JUAN GÓMEZ-JURADO

REINA ROJA
LOBA NEGRA
REY BLANCO

NUNCA HAS CONOCIDO A NADIE COMO ELLA.
NO HAS LEÍDO NUNCA UNA HISTORIA COMO ESTA.



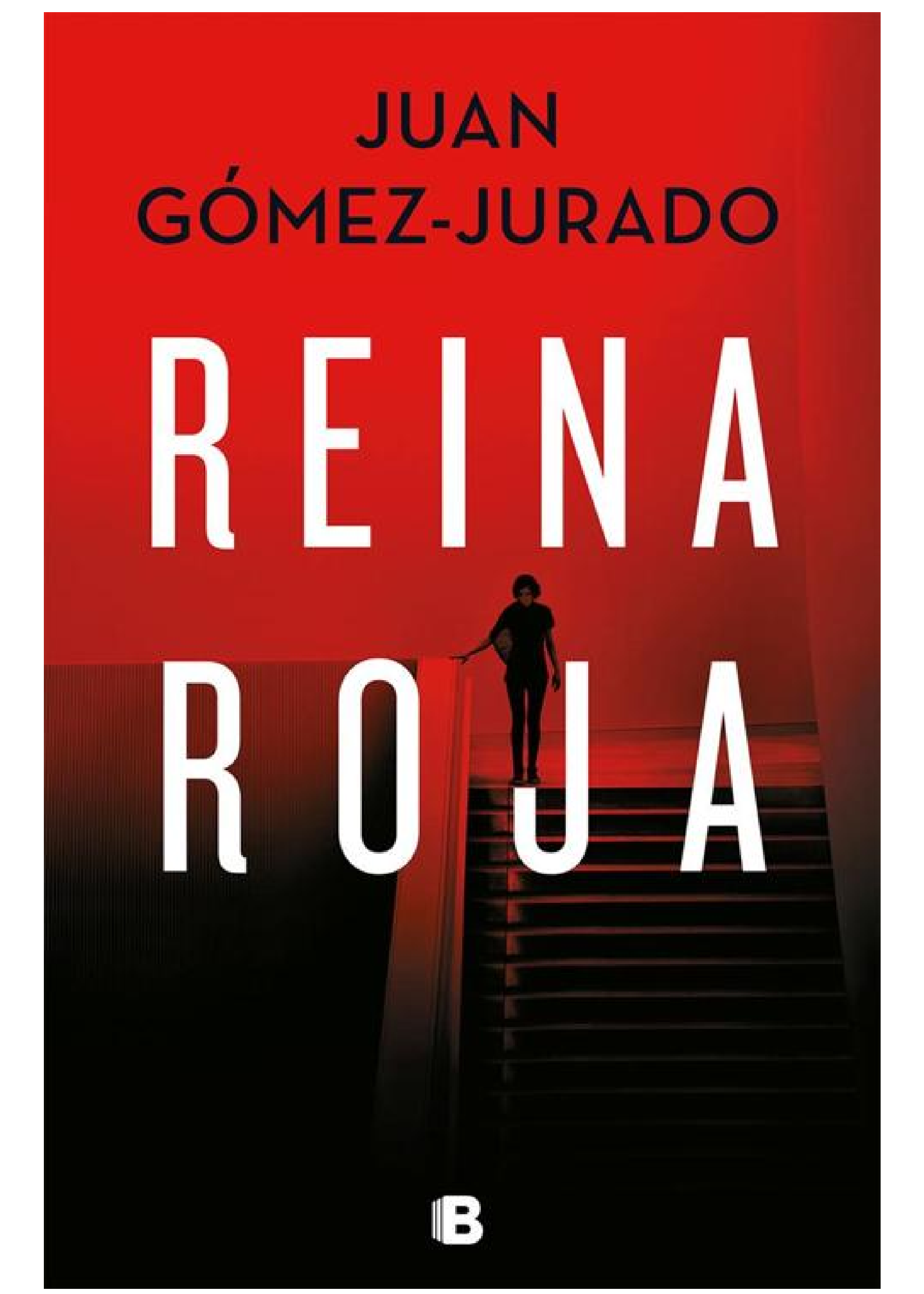
Juan Gómez-Jurado

Reina Roja

Loba Negra

Rey Blanco

B


JUAN
GÓMEZ-JURADO
REINA
ROJA
B

Reina Roja

Juan Gómez-Jurado



Para Babs

Una interrupción

Antonia Scott sólo se permite pensar en el suicidio tres minutos al día.

Para otras personas, tres minutos pueden ser un período minúsculo de tiempo.

No para Antonia. Diríamos que su mente lleva muchos caballos debajo del capó, pero la cabeza de Antonia no es como el motor de un deportivo. Diríamos que es capaz de muchos ciclos de procesamiento, pero la mente de Antonia no es como un ordenador.

La mente de Antonia Scott es más bien como una jungla, una jungla llena de monos que saltan a toda velocidad de liana en liana llevando cosas. Muchos monos y muchas cosas, cruzándose en el aire y enseñándose los colmillos.

Por eso en tres minutos —con los ojos cerrados, sentada en el suelo con los pies descalzos y las piernas cruzadas— Antonia es capaz de:

– calcular la velocidad a la que impactaría su cuerpo contra el suelo si saltara desde la ventana que tiene enfrente;
– la cantidad de miligramos de Propofol necesarios para un sueño eterno;
– el tiempo y la temperatura a la que tendría que estar sumergida en un lago helado para que la hipotermia imposibilitara los latidos de su corazón.

Planea cómo conseguir una sustancia controlada como el Propofol (sobornando a un enfermero) y saber dónde está el lago helado más cercano en esa época del año (Laguna Negra, Soria). Sobre saltar desde su ático prefiere no pensar, porque el ventanuco es bastante estrecho y ella sospecha que la comida repugnante que le sirven en la cafetería del hospital está yendo directa a sus caderas.

Los tres minutos en los que piensa cómo matarse son sus tres

minutos.

Son sagrados.

Son lo que la mantiene cuerda.

Por eso no le gusta nada, nada, cuando unos pasos desconocidos, tres pisos más abajo, interrumpen el ritual.

No es ninguno de los vecinos, reconocería la manera de subir las escaleras. Tampoco un mensajero, es domingo.

Sea quien sea, Antonia está segura de que viene a buscarla. Y eso le gusta aún menos.

PRIMERA PARTE

JON

—En mi país —jadeó Alicia—,
cuando se corre tan rápido
como lo hemos estado haciendo
y durante algún tiempo,
se suele llegar a alguna otra parte…

—¡Un país bastante lento!
—replicó la Reina—.
Aquí hace falta correr
todo cuanto una pueda
para permanecer en el mismo sitio.
Si se quiere llegar a otra parte
hay que correr por lo menos
dos veces más rápido.

LEWIS CARROLL, *Alicia en el país de las maravillas*



1

Un encargo

A Jon Gutiérrez no le gustan las escaleras.

No es una cuestión de estética. Son antiguas (el edificio es de 1901, se ha fijado al entrar), crujen y están hundidas por el centro después de ciento diecinueve años de uso, pero son firmes, están bien cuidadas y barnizadas.

Hay poca luz, y las bombillas de 30W que cuelgan del techo sólo sirven para hacer las sombras más densas. Por debajo de las puertas, a medida que va subiendo, se escapan voces extranjeras, olores exóticos, músicas extrañas de extraños instrumentos. Al fin y al cabo, estamos en Lavapiés, es domingo por la tarde y se acerca la hora de cenar.

Nada de todo esto le molesta a Jon de las escaleras, porque Jon está acostumbrado a lidiar con cosas del siglo pasado (vive con su madre), con lugares oscuros (es gay) y ciudadanos extranjeros de ingresos dudosos y en dudosa situación (es inspector de policía).

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de las escaleras es tener que subirlas.

Malditos edificios antiguos, piensa Jon. *Sin sitio para instalar ascensores. Esto en Bilbao no pasa*.

No es que Jon esté gordo. Al menos, no tan gordo como para que el comisario le llame la atención. El inspector Gutiérrez tiene un torso en forma de barril, y dos brazos a juego. En el interior, aunque no se aprecie, hay músculos de *harrijasotzaile*. Levantar 293 kilos es su propio récord, nada menos, y eso sin entrenar mucho, por puro hobby. Por echar la mañana del sábado. Por que no le toquen los huevos los compañeros, a cuenta de ser marica. Que Bilbao es Bilbao y los polis son polis, y muchos tienen la mentalidad más antigua que estas puñeteras escaleras centenarias que Jon asciende con tanta dificultad.

No, Jon no está tan gordo como para que su jefe le regañe, y el

comisario tiene mejores motivos por los que echarle la bronca, además. Para echarle la bronca y para echarle del cuerpo. De hecho, Jon está suspendido de empleo y sueldo, *oficialmente*.

No está tan gordo, pero el barril de su torso está montado sobre dos piernas que, por comparación, parecen palillos de dientes. Así que nadie en su sano juicio llamaría a Jon un tipo ágil.

A la altura del tercero, Jon descubre una maravilla inventada por los ancestros: un descansillo. Es una humilde tabla con forma de cuarto de círculo clavada contra una esquina en el rellano. A Jon le parece el paraíso, y se deja caer sobre ella. Para recuperar el aliento, para prepararse para un encuentro que no le apetece nada en absoluto y para reflexionar sobre cómo demonios se ha podido ir su vida a la mierda tan rápido.

En menudo lío estoy metido, piensa.

2

Un flashback

—... un lío de cojones, inspector Gutiérrez —concluye la frase el comisario. Tiene la cara de color bogavante, y respira como una olla a presión.

Estamos en Bilbao, en la comisaría de la Policía Nacional de la calle Gordóniz, el día antes de que Jon se enfrente a seis pisos de escaleras en el barrio de Lavapiés, en Madrid. Por ahora a lo que se está enfrentando es a sendos delitos de falsedad documental, alteración de pruebas, obstrucción a la justicia y deslealtad profesional. Y a una pena de cuatro a seis años de cárcel.

—Si el fiscal se encabrona puede pedir hasta diez años. Y el juez tan contento, te los carga. Porque a nadie le gustan los policías corruptos —dice el comisario, pegando una palmada encima de la mesa de acero. Están en la sala de los interrogatorios, que es un sitio en el que a nadie le apetece entrar como invitado de honor. El inspector Gutiérrez está recibiendo el paquete *premium*: la calefacción alta en ese puntito confortable entre el calor asfixiante y la muerte por sofocación, las luces fuertes, la garrafa de agua vacía, pero a la vista.

—No soy corrupto —dice Jon, resistiendo la tentación de aflojarse la corbata—. Nunca me he metido un céntimo en el bolsillo.

—Como si eso importara. ¿En qué carajo estabas pensando?

Jon estaba pensando en Desiree Gómez, alias la Desi, alias la Brillos. Desi tiene diecinueve años mal cumplidos, y ya lleva tres en la calle. Pateándola, durmiéndola, metiéndosela en la vena. Muñequita de salón, tanguita de serpiente. Nada que Jon no haya visto antes. Pero algunas de estas chicas se te cuelan en el corazón sin saber tú cómo, y de pronto todo es una canción de Sabina. Nada serio. Una sonrisa, un invitarla a un café a las seis y nunca de la mañana. Y de pronto te

importa que el chulo la infle a hostias. Y hablas con el chulo, a ver si para. Y el chulo no para, porque en el cerebro le faltan tantas piezas como en la dentadura. Y ella te llora, y tú te vas calentando. Y antes de que te quieras dar cuenta le has plantado en el coche cuarto y mitad de caballo. Lo justo para que le caigan de seis a nueve años.

—No estaba pensando en nada —contesta Jon.

El comisario se pasa la mano por la cara, se la frota como si quisiera borrar su expresión de incredulidad. No funciona.

—A ver, si al menos te la estuvieras tirando, Gutiérrez. Pero a ti no te van las mujeres, ¿no? ¿O ahora pescas en las dos aceras?

Jon niega con la cabeza.

—Si el plan no era malo —ironiza el comisario—. Quitar a esa basura de la calle era una idea cojonuda. Trescientos setenta y cinco gramos de heroína, directo al penal. Sin atenuantes, ni historias. Sin molestos trámites.

El plan era estupendo. El problema fue que le pareció tan bueno que se le ocurrió contárselo a la Desi. Para que supiera que ese ojo morado y esos cardenales y esa costilla fisurada iban a ser los últimos. Y a la Desi, cocidita de jaco, le dio pena su chulo, pobre. Y se lo contó. Y el chulo instaló a la Desi en una esquina, pero escondida y grabando con el móvil. Y el vídeo se lo vendieron a la Sexta por trescientos euros —que me lo quitan de las manos—, al día siguiente de la detención del chulo por narcotráfico. Y se lio bien gorda. Portada en todos los periódicos, el vídeo en todos los informativos.

—Yo no sabía que me estaban grabando, comisario —dice Jon, avergonzado. Se rasca el pelo, ondulado y tirando a pelirrojo. Se mesa la barba, espesa y tirando a cana.

Y recuerda.

La Desi tenía un pulso de mierda y un encuadre nefasto, pero grabó lo suficiente. Y la carita de muñeca daba muy bien en los platós. Interpretaba de Oscar el papel de novia de un inocente inculpado injustamente por la policía. Al chulo no lo sacaban en los programas de por la tarde ni en las tertulias de la noche con su aspecto actual —camiseta sobaquera, dientes marrones—. No, ponían una foto de hace diez años, con la primera comunión aún sin digerir. Un angelito

desviado, la sociedad es la culpable, todo ese rollo.

—Has dejado la reputación de esta comisaría por los suelos, Gutiérrez. Hay que ser imbécil. Imbécil e inocente. ¿De verdad no te olías lo que pasaba?

Jon niega por segunda vez con la cabeza.

Se enteró del asunto porque el vídeo le llegó al WhatsApp, entre meme y meme. Había tardado menos de dos horas en hacerse viral en todo el país. Jon se presentó de inmediato en la comisaría, donde el fiscal ya estaba pidiendo a gritos su cabeza, con los testículos de guarnición.

—Lo siento, comisario.

—Y más que lo vas a sentir.

El comisario se levanta, resoplando, y sale de la habitación propulsado por su justa indignación. Como si él no hubiera retocado pruebas nunca, estirado el Código Penal o hecho una trampita aquí y otra allá. Presuntamente. Lo que no había sido era tan tonto como para que le pillaran.

A Jon le dejan tiempo para que se cueza en su propio jugo. Le han quitado el reloj y el móvil, procedimiento estándar para que pierda la noción del tiempo. El resto de objetos personales están en un sobre. Sin nada con lo que entretenerse, las horas pasan muy despacio, dejándole bastante hueco para torturarse por su estupidez. Con el juicio mediático perdido, ya sólo le queda preguntarse cuántos años tendrá que chuparse en Basauri. Un sitio donde le esperarán unos cuantos amigos con los puños apretados y muchas ganas de pillar —tres contra uno— al poli que les alojó allí. O quizás le manden más lejos para protegerle, a algún sitio donde su *amatxo* no podrá ir a visitarle. Ni llevarle una tartera con sus famosas cocochas de los domingos. Nueve años, a cincuenta domingos por año, le salen cuatrocientos cincuenta domingos sin cocochas. A bulto. Mucho castigo le parece. Y su *amatxo* ya es mayor. Que le tuvo a los veintisiete, casi virgen del todo, como Dios manda. Y ahora él con cuarenta y tres y ella con setenta. Cuando Jon salga ya no estará *amatxo* para hacer cocochas. Si es que la noticia no la mata del susto. Ya se lo habrá contado la del 2.º B, menuda lagarta, lengua bífida,

pues anda la que montó con lo de los geranios.

Pasan cinco horas, aunque a Jon le parecen cincuenta. Nunca ha sido de quedarse muy quieto en un sitio, así que el futuro entre rejas se le antoja imposible. No piensa en matarse, porque Jon valora la vida por encima de todo y es un optimista irredento. De esos de los que Dios se ríe con más ganas cuando les deja caer encima una tonelada de ladrillos. Pero tampoco encuentra modo alguno de escurrirse fuera de la soga que él mismo se ha colocado al cuello.

Jon está inmerso en estos negros pensamientos cuando se abre la puerta. Espera ver de nuevo al comisario, pero en su lugar hay un hombre alto y delgado. Cuarentón, moreno, de entradas pronunciadas, bigote recortado fino y ojos de muñeca, que parecen más pintados que reales. Traje arrugado. Maletín. Caros.

Sonríe. Mala señal.

—¿Es usted el fiscal? —pregunta Jon, extrañado.

No le ha visto nunca, y sin embargo el desconocido parece encontrarse como en casa. Aparta una de las sillas de acero, que arranca un chillido del cemento, y se sienta al otro lado de la mesa, sin dejar de sonreír. Saca unos papeles del maletín y los estudia como si Jon no estuviera a menos de un metro de él.

—Que si es usted el fiscal —insiste Jon.

—Mmmm... No. No soy el fiscal.

—¿Abogado, entonces?

El desconocido suelta un resoplido, entre ofendido y divertido.

—Abogado. No, no soy abogado. Puede llamarme Mentor.

—¿Mentor? ¿Eso es nombre o apellido?

El desconocido sigue ojeando los papeles, sin levantar la vista.

—Su situación es bastante comprometida, inspector Gutiérrez. Le han suspendido de empleo y sueldo, para empezar. Y tiene unos cuantos cargos encima de la mesa. Ahora vienen las buenas noticias.

—¿Tiene usted una varita mágica para hacerlos desaparecer?

—Algo por el estilo. Lleva más de veinte años en el cuerpo, un buen número de detenciones. Algunas quejas por insubordinación. Poca tolerancia a la autoridad. Le encanta tomar atajos.

—No siempre se pueden seguir las normas al pie de la letra.

Mentor guarda de nuevo los papeles en el maletín con parsimonia.

—¿Le gusta el fútbol, inspector?

Jon se encoge de hombros.

—Algún partido del Athletic de vez en cuando.

Por inercia. Que el Athletic es el Athletic.

—¿Ha visto jugar a un equipo italiano? Tienen una máxima, los italianos: *Nessuno ricorda il secondo*. A ellos les importa poco cómo ganen, mientras ganen. Simular un penalti no es ninguna deshonra. Dar una patada forma parte del juego. Un sabio llamó a esta filosofía *mierdismo*.

—¿Qué sabio?

Ahora es Mentor quien se encoge de hombros.

—Usted es un *mierdista*, como prueba su última hazaña con el maletero del vehículo del proxeneta. Claro que la idea es que el árbitro no le vea, inspector Gutiérrez. Y menos aún que la repetición de la jugada acabe en las redes sociales con el hashtag #DictaduraPolicial

—Oiga usted, Mentor, o como se llame —dice Jon, poniendo sus enormes brazos sobre la mesa—. Estoy cansado. Mi carrera se ha ido a la mierda y mi madre tiene que estar loca de preocupación porque no he ido a casa a cenar y no he podido avisarla todavía de que me voy a tirar un puñado de años sin verla. Así que vaya al grano o váyase a tomar por culo.

—Voy a proponerle un trato. Usted hace algo que yo quiero, y yo le saco de este... ¿cómo lo llamó su jefe? De este lío de cojones.

—¿Va a hablar con la fiscalía? ¿Y con los medios? Venga ya, hombre. Que no nací ayer.

—Entiendo que le resultará difícil escuchar a un desconocido. Seguro que tiene alguien mejor a quien recurrir.

Jon no tiene a nadie mejor a quien recurrir. Ni mejor, ni peor. Lleva cinco horas dándose cuenta de ello.

Se rinde.

—¿Qué es lo que quiere?

—Lo que quiero, inspector Gutiérrez, es que conozca a una vieja amiga. Y que la saque a bailar.

Jon suelta una carcajada en la que no hay ni pizca de alegría.

—Me temo que le han informado mal sobre mis aficiones, oiga. No creo que a su amiga le guste bailar conmigo.

Mentor sonríe de nuevo. Una sonrisa de oreja a oreja, aún más preocupante que la primera.

—Por supuesto que no, inspector. De hecho, cuento con ello.

3

Un baile

Así que Jon Gutiérrez afronta el último tramo de escalera del número 7 de la calle Melancolía (barrio de Lavapiés, Madrid) de un humor bastante agrio. El comisario tampoco quiso explicarle nada cuando Jon le preguntó por Mentor:

—¿De dónde coño ha salido? ¿Del CNI? ¿De Interior? ¿De los Vengadores?

—Haz lo que te diga y no preguntes.

Jon sigue suspendido de empleo y sueldo, aunque los cargos contra él se han paralizado. Y el vídeo en el que se le ve plantando el caballo en el coche del chulo ha desaparecido —¡magia!— de las televisiones y de los periódicos.

Tal y como le había prometido Mentor que ocurriría si aceptaba su extraña propuesta.

La gente sigue hablando del tema en las redes sociales, pero a Jon le importa poco. Es cuestión de tiempo que las hienas de Twitter encuentren otro cadáver que roer hasta dejar los huesos mondos y blancos.

Sin embargo, la respiración del inspector Gutiérrez está agitada y su corazón encogido. Y no es sólo por la escalera. Porque a Mentor no le basta con que Jon conozca a su *amiga* Antonia Scott. También le ha exigido otra cosa a cambio de su ayuda. Y por lo poco que Mentor le ha explicado, esa segunda parte será la más difícil.

Al llegar al último piso, se encuentra la puerta del ático.

Verde. Antigua de narices. Descascarillada.

Abierta. De par en par.

—¿Hola?

Extrañado, entra en el piso. El recibidor está desnudo. Ni un solo

mueble, ni perchero, ni un triste cenicero con la tarjeta de descuento del Carrefour. Nada salvo una pila de túpers vacíos, resecos. Huelen a curry, a cuscús y a otros seis o siete países. Los mismos olores que emanaban de los pisos que Jon se ha ido encontrando en su ascensión.

Al otro lado del recibidor hay un pasillo, también despejado. Sin cuadros, sin estanterías. Dos puertas a un lado, una al otro, una más al fondo. Todas abiertas.

La primera da a un baño. Jon se asoma, y ve sólo un cepillo de dientes, Colgate sabor fresa, una pastilla de jabón. Una botella de gel en la ducha. Media docena de botes de crema anticelulitis.

Vaya, así que cree en la magia, piensa Jon.

A la derecha sólo hay un dormitorio. Vacío. En el armario empotrado, abierto, atisba unas cuantas perchas. Pocas están ocupadas.

Jon se pregunta qué clase de persona vive así, con tan sólo un puñado de objetos. Piensa si se habrá marchado. Teme haber llegado tarde.

Más adelante, a la izquierda, una cocina minúscula. Hay platos en la pila. La encimera es un océano de silestone blanco. Una cuchara de postre, sucia, naufraga a mitad de camino del fregadero.

Al fondo del pasillo, el salón. Abuhardillado. Las paredes de ladrillo visto, las vigas de madera oscura. La luz, tenue, se cuela por dos claraboyas practicadas entre ellas. Y por una ventana.

Fuera, el sol se pone.

Dentro, Antonia Scott está sentada en el suelo, en mitad de la habitación, en la posición del loto. Treinta y tantos. Vestida con unos pantalones negros y una camiseta blanca. Tiene los pies descalzos. Frente a ella hay un iPad, conectado a la corriente por un cable muy largo.

—Me has interrumpido —dice Antonia. Le da la vuelta al iPad, y coloca la pantalla hacia el ajado suelo de parquet—. Es de muy mala educación.

Jon es de esos que cuando se mosquean pasan al contraataque. Preventivo. Por deporte. Por sus huevos morenos.

—¿Siempre dejas la puerta abierta? ¿No sabes en qué barrio vives?

¿Y si fuera un psicópata violador?

Antonia parpadea, desconcertada. No maneja el sarcasmo muy bien.

—No eres un psicópata violador. Eres policía. Vasco.

En lo de vasco, Jon no se engaña, el acento no deja lugar a dudas. Pero que le haya calado como madero, le sorprende. Normalmente los polis apestan a polis. Jon, que no tiene que pagar alquiler, y se deja todo el sueldo en ropa, parece más bien un director de marketing, con su traje de tres piezas de lana fría cortado a medida y sus zapatos italianos.

—¿Cómo sabes que soy policía? —dice Jon, apoyándose en el quicio de la puerta.

Antonia señala el lado izquierdo de la chaqueta de Jon. Pese al cuidado que ha puesto el sastre para compensar el bulto del arma, no lo ha conseguido del todo. Tampoco él ha ayudado con su dieta.

—Soy el inspector Gutiérrez —admite Jon. Duda si ofrecerle la mano, pero se contiene a tiempo. Le han advertido que a esta mujer no le gusta el contacto físico.

—Te envía Mentor —dice Antonia.

No es una pregunta.

—¿Te ha avisado de mi llegada?

—No hace falta. Aquí nunca viene nadie.

—Vienen tus vecinos, a traerte comida. Deben de apreciarte mucho.

Antonia se encoge de hombros.

—Soy la dueña del edificio. Bueno, mi marido lo es. Esa comida es el alquiler que les cobro.

Jon hace un cálculo rápido. Cinco plantas, a tres pisos por planta, a mil euros por piso.

—Vaya. El cuscús te sale por un pico. Ya puede estar bueno.

—No me gusta cocinar —dice Antonia, con una sonrisa.

Es entonces cuando Jon se da cuenta de que es hermosa. *No una belleza, tampoco nos volvamos locos*. A primera vista, el rostro de Antonia pasa desapercibido, como una hoja en blanco. El pelo, negro y lacio, cortado en media melena, no ayuda mucho. Pero cuando sonríe, su cara se ilumina como un árbol de Navidad. Y descubres que los ojos que parecían marrones son en realidad de un verde aceituna,

que un hoyuelo se forma a cada lado de la boca, dibujando un triángulo perfecto con el que le parte la barbilla.

Después se pone seria, y el efecto desaparece.

—Ahora vete —dice Antonia, abanicando el aire con la mano en dirección a Jon.

—No hasta que escuches lo que he venido a decirte —responde el inspector.

—¿Crees que eres el primero que envía Mentor? Ha habido otros tres antes que tú. El último hace sólo seis meses. Y a todos os digo lo mismo: No me interesa.

Jon se rasca el pelo —ondulado tirando a pelirrojo, habíamos dicho — y respira hondo. Llenar ese torso enorme lleva unos cuantos segundos y bastantes litros de oxígeno. Sólo está ganando tiempo, porque en realidad no sabe qué demonios decirle a esa mujer extraña y solitaria a la que ha conocido hace tres minutos. Y todo lo que le había pedido Mentor era: *consigue que se suba al coche. Promete lo que quieras, miente, amenaza, engatúsala. Pero consigue que se suba al coche*.

Que se suba al coche. No le ha dicho lo que pasará *después*. Y eso es lo que le obsesiona.

¿Quién es esta tía, y por qué es tan importante?

—Si lo llego a saber, hubiera traído cuscús. ¿Qué pasa, eras policía?

Antonia chasquea la lengua con disgusto.

—No te lo ha dicho, ¿verdad? No te ha contado nada. Te habrá pedido que me subas a un coche, sin saber a dónde vamos. Para uno de sus ridículos encargos. No, gracias. Me va mucho mejor sin él.

Jon hace un gesto hacia la habitación vacía y las paredes desnudas.

—Ya se ve. El sueño de cualquiera: dormir en el suelo.

Antonia se retrae un poco, entorna los ojos.

—No duermo en el suelo. Duermo en el hospital —escupe.

Eso le ha dolido, piensa Jon. *Y cuando le duele, habla*.

—¿Qué te pasa? No, a ti no. Es a tu marido, ¿verdad?

—No es de tu incumbencia.

De pronto las piezas encajan, y Jon no puede dejar de hablar.

—Le ocurre algo, está enfermo, y tú quieres estar con él. Es comprensible. Pero ponte en mi lugar. Me han pedido que te convenza

de que subas al coche, Antonia. Si no lo consigo, habrá consecuencias para mí.

—Eso no es mi problema. —La voz de Antonia se vuelve glacial—. No es mi problema lo que le ocurra a un poli gordo e incompetente, que la ha cagado tanto como para que le manden a buscarme. Y ahora márchate. Y dile a Mentor que deje de intentarlo.

El inspector Gutiérrez, con el rostro de cemento, da un paso atrás. No sabe qué más decirle a aquella chalada. Se maldice por haberse dejado embarcar en este asunto, que ha sido una enorme pérdida de tiempo. No le queda otra que volverse a Bilbao, enfrentarse al comisario y apencar con las consecuencias de su estupidez.

—Está bien —dice Jon, antes de darse la vuelta y enfilar el pasillo, con el rabo entre las piernas—. Pero me pidió que te dijera que esta vez es distinto. Que esta vez te necesita.

4

Una videollamada

Antonia Scott ve desaparecer la enorme espalda del inspector Gutiérrez por el pasillo. Cuenta los pasos, lentos y pesados, que se alejan. Cuando llega a trece, le da la vuelta al iPad.

—Ya podemos seguir, abuela.

La pantalla muestra a una anciana de ojos amables y pelo cardado. En su rostro arrugado hay más surcos que en un viñedo riojano. Lo cual viene al caso porque la anciana está apurando una copa de vino.

—¿Por qué me has llamado? Aún falta para las diez.

—He llamado cuando le he oído subir. Quería que estuvieras ahí por si la cosa se ponía fea.

Ambas hablan en inglés. Georgina Scott vive en Chedworth, a las afueras de Gloucester, en un pueblo pequeñísimo de la campiña inglesa donde el calendario se detuvo hace siglos. Un pueblecito de postal. Con su villa romana. Sus muros cubiertos de musgo. Su conexión a internet de alta velocidad a través de la cual la abuela Scott y Antonia hablan dos veces al día.

—Ese hombre parecía guapo. Tenía voz de guapo —dice la anciana, que está deseando que su nieta se saque las telarañas.

—Es gay, abuela.

—Tonterías, niña. Ninguno es gay cuando le acercas la mano al grifo. En su día yo curé a unos cuantos.

Antonia pone los ojos en blanco. La abuela Scott está convencida de que «políticamente correcto» significa Winston Churchill.

—Eso está muy feo, abuela.

—Tengo noventa y tres años, niña —dice la anciana, por toda justificación, y comienza a servirse más vino.

—Mentor quiere que vuelva al trabajo.

El chorro de burdeos tiembla un poco, y algo de líquido se derrama sobre la mesa. Inaudito. La abuela Scott apenas es capaz de firmar su nombre sin salirse del papel, pero en cuestiones de escanciar el vino sigue teniendo el pulso de un cirujano plástico.

—Pero no es eso lo que quieres, ¿verdad? —dice la abuela. La voz va disfrazada de inocente ovejita, casi no se ve el lobo.

—Ya sabes que no —admite Antonia, que no quiere volver a discutir con ella.

—Claro, querida.

—Por mi culpa, Marcos está en una cama desde hace tres años. Por mi culpa y por ese trabajo.

—No, Antonia —replica la abuela, bajando la voz—. Por tu culpa no. Por culpa del malnacido que apretó el gatillo.

—Al que yo no supe parar.

—Yo sólo soy una vieja chocha, cariño —dice la abuela, con el lobo enseñando ya los dientes—, pero me parece que si te acusas del pecado de inacción, eso valdría también para quedarte sentadita en ese ático.

Antonia se queda en silencio durante un instante. Suficiente para que los monos de su cabeza trabajen a toda velocidad, intentando en vano salir de la trampa.

—¿Por qué me haces esto, abuela? —protesta.

—Porque estoy harta de verte pudrirte ahí, sola. Porque tienes un don que estás desperdiciando. Pero sobre todo, por puro egoísmo.

—¿Egoísmo tú, abuela? —se sorprende Antonia. A los diecinueve años, Georgina Scott se había alistado voluntaria como enfermera, y había desembarcado en Normandía setenta horas después del Día D, con el casco enorme medio caído sobre las cejas y abrazada a una maleta de cartón llena de ampollas de morfina. Los nazis estaban a tiro de piedra, y ella ahí, dale que te pego, corta piernas, cose heridas y pincha analgésicos.

Para Antonia, pensar en su abuela como un ser capaz de albergar el más mínimo egoísmo resulta impensable.

—Egoísmo, sí. Te has convertido en un terrible aburrimiento. Te pasas todo el día encerrada, y las noches… aún peor. Echo de menos

cuando trabajabas. Y me contabas. Ya me queda poco por lo que vivir. Esto —dice la anciana, levantando la copa—. Y tú. Y el vino ya no me sabe como antes.

Antonia suelta una carcajada de incredulidad. La abuela cree que los dos únicos propósitos del agua son el baño y cocer marisco. Pero Antonia comprende lo que pretende hacer con ella. Desde lo que pasó,

desde lo que hiciste

el mundo ha virado sobre su eje. No ella, claro. Ha sido el mundo, un mundo en el que ella ya no encaja. Un mundo en el que, reconoce a regañadientes, los días son una letanía interminable de culpa y aburrimiento.

—Quizás tengas razón —dice Antonia, al cabo de un instante—. Quizás ocupar un poco la cabeza me venga bien. Sólo por esta noche.

La abuela da otro trago al vino y esboza una sonrisa beatífica, una sonrisa de anuncio de caramelos.

—Sólo una noche, niña. ¿Qué podría salir mal?

5

Dos preguntas

Jon desciende la escalera casi tan despacio como la ha subido. No es lo habitual. Se suele vengar de la muy cabrona en el descenso, aprovechando el tirón gravitacional, que en su caso es considerable (no es que esté gordo). Pero ahora, derrotado en ese encargo tan absurdo como engañosamente fácil, no sabe qué hacer, y la indecisión ralentiza sus pasos.

A la altura del tercer piso, junto al descansillo, suena el teléfono. Jon se sienta para atender la llamada. No le gusta hablar mientras camina, para que no se le note el resuello entrecortado.

El número es desconocido, pero Jon ya sabe quién llama.

—Ha dicho que no —dice, al descolgar.

Al otro lado de la línea, Mentor gruñe con desaprobación.

—Eso es muy decepcionante, inspector Gutiérrez.

—No sé qué es lo que esperaba. Esa mujer no anda bien de la olla. Vive en un piso vacío, sin un solo mueble. Los vecinos la alimentan, por el amor de Dios. Y dice no sé qué de un marido enfermo.

—Su marido está en el hospital. En coma, desde hace tres años. Scott se culpa de ello. Podría ser una palanca para moverla a la acción, pero se lo desaconsejo. Cuando vuelva a hablar con ella...

—¿Cómo dice? Oiga, yo ya he cumplido con mi parte y he transmitido su mensaje. Así que quiero que usted cumpla con la suya.

Mentor suspira. Es un suspiro largo, histriónico.

—Si los deseos fueran pasteles de chocolate, inspector, todo el mundo estaría gordo. Apáñeselas como pueda, pero la necesitamos a bordo de ese coche ahora mismo.

Jon echa una moneda a la tragaperras.

—Quizás si se dejara de tantos secretitos y me contara qué se trae

entre manos…

Al otro lado de la línea hay un silencio, un silencio largo. Jon casi puede escuchar las ruedas de la tragaperras dando vueltas.

—Debe entender que todo esto es confidencial. Habría graves consecuencias para usted.

—Por supuesto.

Y de pronto, contra todo pronóstico, salen las tres fresas.

—Quiero que Antonia me ayude en un caso muy complicado. Permítame que le ilustre al respecto.

Entonces Mentor comienza a contarle al inspector Gutiérrez. Habla durante menos de un minuto, pero es suficiente. Jon escucha, al principio escéptico, después sin creer lo que está escuchando. Sin darse cuenta, se ha puesto en pie. Y, contra su arraigada costumbre, comienza a dar vueltas sin darse cuenta.

—Entiendo. ¿Me dirá al menos para quién trabaja?

—Eso es lo de menos. Cuando llegue el momento, le contaré lo que deba usted saber. Por ahora, lo único que debe preocuparle es llevar a Antonia Scott a la dirección que acabo de mandarle a su móvil.

Jon siente cómo el aparato le vibra en la oreja.

—¿Por qué es Scott tan importante? Seguro que hay seis o siete expertos en Criminalística, en la Sección de Análisis de Conducta que puedan…

—Los hay —le interrumpe Mentor—. Pero ninguno es Antonia Scott.

—¿Qué coño es lo que hace tan especial a esa señora? ¿Es Clarice Starling, y yo no me he enterado? —le apremia Jon, que empieza a estar hasta las narices.

Mentor se aclara la voz. Cuando responde, lo hace con cierto esfuerzo. Renuente. Como si no quisiera compartir lo que va a decir. Y no quiere.

—Inspector Gutiérrez… Esa señora, como usted la llama, no es policía, ni es criminalista. Nunca ha empuñado un arma, ni ha llevado una placa, y sin embargo ha salvado decenas de vidas.

—¿Cómo?

—Podría decirlo, pero no quiero arruinarle la sorpresa. Y por eso

necesito que la suba a un coche y la ponga a trabajar. Ahora.

Mentor cuelga. Jon va a darse la vuelta y volver a subir la escalera, cuando una voz le llama.

—Inspector.

Jon se asoma por la barandilla. Tres pisos más abajo, en la penumbra, Antonia le saluda con la mano.

Esta mujer es sorgin, es bruja, o qué hostias, piensa Jon, que es bastante malhablado para sus adentros, y a veces para sus afueras.

Cuando la alcanza, ella está sonriendo.

—Tengo que hacerte dos preguntas. Si la respuesta es correcta, te acompañaré esta noche.

—¿Cómo...?

Antonia levanta un dedo. Apenas le llega al pecho a Jon, no medirá más de metro sesenta, zapatos incluidos. Y, sin embargo, impone. Ahora que está más cerca, Jon ve unas marcas en su cuello. Como gruesos raspones en la piel. Antiguos. Se pierden por debajo de la camiseta.

—Primera pregunta. ¿Qué has hecho? Sé que la has cagado mucho. Mentor escoge a gente a la que no le quedan opciones. Tiene la absurda teoría de que nadie *elegiría* trabajar conmigo.

—Una teoría absurda, en verdad —responde Jon.

El sarcasmo resbala sobre Antonia como la lluvia sobre un abrigo de GoreTex recién comprado. Se limita a mirarle, expectante, tironeándose de la correa del bolso bandolera que lleva cruzado sobre el pecho. A Jon no le queda otra que contestar.

—Yo... planté trescientos setenta y cinco gramos de heroína en el maletero de un proxeneta.

—Eso está mal.

—Escoria que zurra a una de sus chicas. Acabará matándola.

—Sigue estando mal.

—Lo sé. Pero no lo siento. Lo que siento es que me pillaran. Fui tan idiota que se lo conté a la prostituta, y ella me grabó en vídeo. Se ha montado una buena. Puedo acabar en la cárcel.

Antonia asiente.

—Sin duda, tienes problemas.

—Sin duda eres muy aguda. ¿Y tu segunda pregunta?

—¿Este tipo de irregularidades son habituales en tu comportamiento? ¿Obstruyen tu labor y afectan tu juicio?

—Claro, intento poner pruebas falsas siempre que puedo, mentir, apalear a los testigos, sobornar a los jueces para conseguir condenas. ¿Cómo te crees que he llegado a inspector?

Antonia ni siquiera parpadea. Pero algo en el tono de voz de Jon le hace pensar que el significado de sus palabras quizás no sea exactamente literal.

—Te replanteo la pregunta de forma más simple. ¿Eres un buen policía?

Jon ignora el insulto. Porque la pregunta es demasiado importante. Es, en realidad, todo.

—¿Que si soy un buen poli?

Él mismo lleva haciéndosela una y otra vez desde que empezó todo aquel lío. Y el error infantil que ha cometido no le ha permitido ver la verdad hasta ese instante.

—Sí, sí lo soy. Soy un poli de la hostia.

Antonia le estudia sin parpadear. Hay pesos y balanzas, cintas métricas, básculas en esos ojos. Jon se siente juzgado, y lo está siendo.

—Está bien —concluye ella—. Te acompañaré esta noche. Y luego me dejaréis en paz.

—Espera un momento. Ahora soy yo quien quiere hacerte una pregunta. ¿Cómo demonios has bajado sin que yo te vea?

Ella señala a su espalda.

—Detrás de esa puerta hay un ascensor.

Jon mira boquiabierto a la puerta, que no se le ocurrió abrir. *Si casi no se ve*. Y menos a la luz de esas bombillas tan cutres. Cuando se recompone tiene que trotar detrás de Antonia, que ya camina hacia la puerta de la calle.

—Espero que no sea una pérdida de tiempo. Ya que sólo voy a hacer esto una vez más, espero que valga la pena.

—¿Que valga la pena?

—Que sea interesante.

Jon se ríe para sus adentros, pensando en todo lo que Mentor le ha

contado por teléfono. *Interesante*, dice.

—Ay, bonita. Vas a flipar.

6

Un trayecto

Antonia sonríe cuando ve el vehículo que les espera —tres ruedas sobre la acera, privilegios de poli—. Un Audi A8 enorme. Negro metalizado, lunas tintadas, llantas de aleación, cien mil y pico euros. Jon nunca ha sido de coches caros —tiene un Prius eléctrico para ligar con *millennials*—, pero reconoce la sonrisa.

—¿Te gusta el carro que me ha prestado tu amigo Mentor?

Antonia asiente.

Jon aprovecha y le enseña las llaves como el que le agita un sonajero a un bebé. Lo último que le apetece después de darse la paliza de conducir desde Bilbao es volver a ponerse detrás del volante de un coche, incluso de uno como éste, que es más grande que el salón de *amatxo*.

—¿Quieres llevarlo tú?

Antonia niega con la cabeza.

Y esa es toda la conversación que tienen durante el trayecto. Y no porque el inspector Gutiérrez no se esfuerce, ojo. Que le lanza varios intentos de búsqueda de información camuflados de preguntas bienintencionadas. Pero Antonia no pica, cosa rara, y se limita a apoyar la cabeza en la ventanilla con los ojos cerrados.

Es lo que tienen los críos, en cuanto los subes al coche, se duermen, piensa Jon, que todo lo que sabe de niños lo ha aprendido viendo *Modern Family*.

Veinte minutos más tarde el Audi se detiene con una suave sacudida en la ubicación que le ha dado Mentor por WhatsApp. Antonia se incorpora en el asiento.

—¿Hemos llegado ya?

—Casi.

Están parados frente a una barrera de seguridad. Dos guardias salen de la garita y rodean el coche, uno por cada lado. El potente haz de una linterna LED impacta en las ojeras de Jon y en los ojos soñolientos de Antonia.

—¿Hacéis el favor de bajar la linternita, corazones? —dice Jon, sacando la placa por la ventana.

El guardia se acerca. Su rostro es apenas visible en la oscuridad, acentuada por la gorra calada hasta las cejas, pero Jon percibe que está muy nervioso. Estudia la placa con detenimiento, sin llegar a tocarla. Al cabo de unos segundos hace girar el dedo índice en dirección a su compañero para que levante la barrera.

—Puede continuar.

—¿Estaba usted aquí hace dos noches?

Una pausa.

—No, me tocaba librar.

Miente o me oculta algo, recela Jon.

—¿Y su compañero?

—Aquí nadie ha visto nada. Siga todo recto hasta la segunda rotonda, y allí continúe por el camino de la derecha hasta el final.

Jon prefiere no insistir y arranca de nuevo el coche, ahora que la barrera está levantada. Los faros de xenón iluminan un letrero de acero pulido en el que se lee el nombre del lugar:

LA FINCA

Están a seis canciones y otros tantos mundos de distancia de Lavapiés, como Jon puede observar en cuanto recorre unos centenares de metros por aquellas calles privadas, nítidas, impolutas.

El último lugar del mundo en el que se puede llevar un polo rosa sin ser comercial de Evax.

Al principio del recorrido encuentran varios grupos de adosados cerca del camino principal, pero éstos empiezan a espaciarse a medida que van dejando paso a chalets de diseño cada vez mayores y más caros, cuyas luces cálidas sobresalen como islas en la oscuridad.

—He leído acerca de este sitio. Una urbanización de superlujo para

millonarios celosos de su intimidad —dice Antonia, que ha sacado el iPad del bolso bandolera y navega por la web en busca de información —. Empresarios, jugadores de fútbol. El precio de las casas alcanza los veinte millones de euros. Dicen que es el lugar más seguro de Europa.

Jon tiene el vago recuerdo de un reportaje en la tele sobre La Finca. La mitad de la plantilla del Real Madrid vive en esa maqueta a escala 1:1. Aunque el reportaje no mostraba gran cosa, más allá de las mismas calzadas sintéticas y bien iluminadas que ahora recorrían. Salvo que, de noche, el paraíso de privacidad cobraba un cariz algo más siniestro.

—No sé si será tan seguro como presumen —dice Jon, pensando en lo que Mentor le ha contado por teléfono.

Conduce despacio, con las ventanillas bajadas, intentando comprender el universo en el que se están adentrando. No hay un alma a la vista. El único ruido que se escucha es el de los grillos en el césped impecable y el de la brisa soplando sobre el lago artificial, que Jon deja a la derecha en la segunda rotonda, tal y como el guardia le había indicado. Allí pasan una segunda barrera de seguridad, que el guardia se apresura a descender en cuanto han cruzado.

Es como una zona VIP dentro de la urbanización VIP, piensa Jon.

En esa zona los caminos de entrada se espacian aún más. Las farolas que iluminan las aceras son más escasas, y los muros y portalones que limitan el acceso a las casas son más altos. Medio kilómetro después de la barrera, Jon vislumbra el final de la calle. Justo delante, atravesado en mitad de la calzada, antes del portalón de entrada a la última de las casas, hay atravesado un Audi A8 negro, igual que el que Jon conduce.

—Habrá aprovechado una oferta —dice Jon, aparcando junto al bordillo.

Apoyado en el costado del otro coche se encuentra Mentor, mirando el reloj con estudiada impaciencia. Lleva el mismo traje de la víspera, aunque se ha cambiado de camisa por una limpia y planchada. Sin embargo, nada ha podido hacer para disimular el gris ceniciento de su rostro cansado, acentuado por la luz de los faros, ni un brillo vidrioso en sus ojos de muñeca.

Jon apaga el motor y baja del vehículo. Antonia no le imita.

—Bien hecho, inspector Gutiérrez —dice Mentor, sin moverse del sitio.

Jon se acerca a él y señala a su espalda. Misión cumplida.

—Aquí tiene a su mascota. Estamos en paz.

—Ateniéndonos a la letra de nuestro acuerdo —reconoce Mentor, tras un carraspeo—, en efecto, estaríamos en paz. Pero supongo que su curiosidad profesional le estará pidiendo a gritos saber de qué va todo esto, ¿verdad? Y ni su jefe, el comisario, ni yo querríamos que esa curiosidad quedara insatisfecha.

Jon suelta un bufido de exasperación. Aquel cabrón no pensaba dejarle en paz tan fácilmente. Se maldice por haber sido tan estúpido.

—Me dijo que todo lo que tenía que hacer era subirla a un coche. Soy el primero de todos sus chantajeados que no se ha estrellado contra el muro que ha levantado esa mujer.

—Y por eso mismo no puedo dejar que se marche a casa, inspector —explica Mentor, remarcando cada sílaba, como si el razonamiento por el que había cambiado las condiciones de su acuerdo fuera de una obviedad insultante, como un grano en la punta de la nariz.

—Me ha prometido que estará esta noche con usted. Y que luego se irá a casa. Dentro de unas horas no le serviré de mucho.

Mentor se encoge de hombros.

—Tengo la intuición de que, cuando Scott vea lo que hay ahí dentro, querrá seguir. Y necesito que usted cuide de ella mientras tanto. A ella no se le da demasiado bien.

—Ni que lo diga.

—Tenemos un acuerdo, entonces.

Jon se toma unos instantes para responder. La bilis le arde en la garganta, pero que Mentor le haya engañado era lo menos que cabía esperar. De las pocas cosas que le enseñó su padre antes de largarse, ésta era la que mejor recordaba y la que siempre obviaba: «Cuando un trato parece demasiado bueno para ser verdad, adivina el resto».

Tampoco es que tenga muchas opciones. No sabe qué ha hecho ese hombrecillo elegante y misterioso para que el vídeo de la Desi desaparezca del primer plano de la opinión pública, pero sospecha

que, sea lo que sea, podría deshacer esa magia con sólo chasquear los dedos. A la verga su carrera, a la verga las cocochas de *amatxo*.

Y Mentor tiene razón en una cosa. Llegados a este punto, el inspector Gutiérrez necesita saber a qué viene tanto misterio.

—Qué remedio. Me tiene cogido por los huevos —se rinde Jon.

—Me alegro de que se dé cuenta.

Jon se vuelve hacia el coche en el que sigue aguardando Antonia.

—¿Por qué no baja?

Mentor coge a Jon por el codo y lo aparta aún más del Audi.

—No la mire ahora. Se está preparando. Esto no tiene que ser fácil para ella.

7

Un ejercicio

A solas en el interior del coche, Antonia respira con dificultad. El tiempo que ha pasado con los ojos cerrados durante el trayecto apenas ha conseguido calmarla.

Ha probado algunos de sus mejores trucos, incluyendo:

– calcular el número de vueltas que han dado las ruedas del coche en el trayecto (en torno a 7.300);
– recitar, en orden inverso, la lista de los reyes godos (se ha atascado dos veces en Gesaleico, porque Jon no paraba de hablar);
– trazar el recorrido más corto entre su casa y el parque del Retiro sin pasar por calles que empiecen por una vocal (11 minutos más si hay tráfico).

Nada ha servido de mucho. Su corazón está acelerado, el aliento entrecortado. Ahora que Jon no está a su lado, el pánico la invade. O quizás —más bien— es que ella permite al pánico entrar tan sólo cuando no hay nadie para juzgarla.

Después de todo este tiempo huyendo de lo que es, de lo que puede hacer, la realidad ha acabado alcanzándola. Antonia es cinturón negro en mentirse a sí misma, pero incluso ella es capaz de reconocer que desea tanto como teme bajar del coche y volver al viejo juego.

Aunque no sea una buena idea.

Aunque se haya jurado no volver, por todo el daño que causó al hombre que ama.

Aunque el peso plomizo en la boca del estómago le pida cambiarse al asiento del conductor, poner el coche en marcha, pisar el acelerador

a fondo y salir de aquella jaula de oro. Golpe de melena, chirrido de neumáticos.

Aunque decepcione a la abuela Scott.

Entonces mira por la ventana y contempla con cierta sorpresa la superficie del lago artificial.

Mångata.

En sueco, el reflejo de la luna como un camino en el agua.

Antonia tenía —*tengo, tengo, tengo*, se repite a sí misma, tan alto que casi se alcanza a escucharla— un juego con Marcos. Encontrar palabras imposibles, palabras que reflejen sentimientos bellos e intraducibles, de esas que necesitan un párrafo en castellano. Cuando uno de los dos hallaba una palabra, se la ofrecía al otro como un tesoro. Y justo ahora —golpe de viento y claro de nubes mediante— una de sus favoritas se acababa de materializar frente a sus ojos, una línea plateada, trémula e imperfecta.

Mångata.

Una señal del universo como cualquier otra, que significa lo que Antonia quiera que signifique. Que para eso nos manda el universo las señales, para que hagamos con ellas lo que nos convenga.

El peso en el pecho se aligera, la respiración se ralentiza. Los monos de su cabeza gritan un poco más bajo. Eso es lo hermoso de las certezas, aunque sean temporales. Nos nutren con un cierto alivio.

Antonia exhala el aire que había estado reteniendo y abre la puerta del coche.

8

Un escenario

El camino que asciende hasta la casa está iluminado por focos incrustados en enormes baldosas de piedra caliza. A medida que se acercan, Jon es consciente del enorme tamaño de la mansión, y no le cabe duda de que cuando Antonia había dicho que algunas propiedades de La Finca superaban los veinte millones de euros se estaba refiriendo a una de éstas. Todas las luces aparecen encendidas, tanto las que tiñen la fachada blanca de un destello dorado como las de las habitaciones. La piscina, visible en parte desde la entrada principal, mide al menos diez metros. Su parte exterior, la que se cierne sobre el lago artificial, está formada por un grueso cristal. Jon intuye que, vistas de día desde la casa, ambas masas de agua deben dar la ilusión de ser la misma.

—Vayamos por detrás —indica Mentor.

Antonia y su antiguo jefe no se han saludado. Se ha limitado a echar a andar tras él.

Un sendero de la misma piedra que se ha usado en el camino y en la fachada rodea la casa hasta la piscina. Cuando doblan la esquina aparece ante ellos un comedor al aire libre, sillas de diseño bajo pérgola de acero negro. El suelo de madera comunica la zona de la piscina con el comedor, y llega a alcanzar la gigantesca puerta acristalada del salón, que está abierta. El interior queda oculto a la vista por gruesas cortinas drapeadas.

Una mujer alta, vestida con el clásico mono de plástico de la Policía Científica, espera en una de las sillas del comedor, con un cigarro en la mano y el móvil en la otra.

—Eso acabará matándola, doctora —saluda Mentor.

La mujer murmura algo ininteligible sin levantar la vista del

teléfono y le da otra calada al cigarro.

Mentor chasquea la lengua con desaprobación, y se vuelve hacia Antonia, que le mira expectante, balanceando el peso del cuerpo de un pie a otro, como un corredor en la línea de salida. Mentor se inclina un poco hacia ella, hasta que sus labios le rozan la oreja derecha, y le pregunta:

—¿Cómo era tu rostro antes de nacer?

Antonia no contesta, se limita a dar un paso dentro del salón iluminado.

¿A qué demonios ha venido eso?, piensa Jon

Va a seguirla, pero Mentor le pone una mano en el pecho.

—Una cosa más. Antes de que entre, quiero advertirle de que lo que está a punto de ver, esta investigación, mi mera existencia o la de la señora Scott son estrictamente confidenciales. Verá y oirá cosas que le parecerán extrañas, con las que no estará de acuerdo. ¿Será usted un buen soldado?

—Nunca me ha gustado que me lleven de la correa —contesta Jon, intentando avanzar.

Mentor es fuerte —mucho más fuerte de lo que aparenta debajo de su traje carísimo—, pero no es rival para la inmensidad física de Jon, y baja el brazo con reticencia. La arruga que deja en la pechera del inspector Gutiérrez aumenta otro poquito las ya considerables ganas de darle una hostia que Jon lleva acumulando desde hace dos días.

—No me obligue a forzarlo —insiste Mentor—. Tampoco le estoy pidiendo tanto. Sólo que esté callado y juegue.

Los dos hombres miden de nuevo sus fuerzas, ahora con la mirada. La balanza se inclina del lado contrario. Jon tiene que tragar saliva y reprimir su furia. Ya llegará el momento en que explote, pero no es éste.

—Jugaremos un rato —dice su boca, aunque sus ojos extienden una promesa muy distinta.

Mentor se contenta con un alto el fuego y se echa a un lado.

Afuera la noche está templada. En el interior hace muchísimo frío.

Alguien ha puesto el termostato en modo congelador, percibe Jon al apartar las cortinas.

Cuando entra en el salón, dos cosas que creía saber se tambalean un poco.

Para empezar, creía que conocía, aunque fuera de lejos, el lujo. Su madre es maestra de primaria, de las de mucha vocación y el sueldo justo para apañárselas al principio con las cuatro perras que les pasaba el padre cuando se fue con otra. Pero *amatxo* tenía amigos que recibían de vez en cuando, unos cuantos en Bilbao, otros pocos en Vitoria. Apellidos dobles, terrenos, coches. Joselito cortado a mano para merendar, Vega Sicilia las más de las noches, alguna montería los domingos consumían las tres partes de su hacienda. Y tras visitarles, te ibas a tu piso en la otra orilla del Nervión y te dormías creyendo que habías tocado el cielo.

Y años más tarde entras en aquel salón y comprendes que no sabías ni de qué color era el cielo.

El espacio es inabarcable, aunque el arquitecto había dedicado mucho esfuerzo a intentar adaptarlo a una escala humana. Doble altura, abierto al piso superior, tragaluz en el techo, ventanal de cuatro metros de alto. En un lado el comedor con su chimenea, al fondo el muro que lo separaba del hall de entrada, con su estanque y todo. Cuadros colgados con gusto. Jon reconoce un Rothko y dos Miró. Quiere reconocer a otro, tiene el nombre en la punta de la lengua, es holandés seguro. Al fin desiste, limitándose a un cálculo por lo bajo: las pinturas del salón valen diez veces la casa.

Nadie que viva aquí puede tener el más mínimo contacto con la realidad, ni la más remota idea de lo que es ser humano. El pensamiento invade su cabeza y se marcha, tan fugaz como llegó, dejando atrás un ligero desconcierto.

Al otro extremo del salón está la sala de estar. Hay una tele de ochenta pulgadas, tan fina que parece pintada sobre la pared. Sofás de cuero duro y terso, y en la esquina, lo que hace tambalearse las creencias de Jon por segunda vez.

Los polis se parecen en algo a los perros: un año se lleva siete en el alma.

Después de más de veinte años, Jon ha visto muerte de sobra. Un yonqui rajado en un callejón, un chaval que salta desde el puente de Miraflores, dos ancianos cosidos a cuchilladas por sus vecinos adolescentes. Cuando has visto tanto, te das cuenta de que todos los finales son el mismo repetido. Un apagarse los latidos, ruido de cristales, y al final, la soledad. Echas callo, crees que nada puede ya sorprenderte ni afectarte.

Y entonces miras al adolescente muerto sobre el sofá y comprendes tu inmenso error.

—Rediós —exclama Jon.

No tendrá más de dieciséis o diecisiete años. Está vestido con camisa y pantalones blancos, casi indistinguibles de la piel del sofá y de la suya propia, que en su día fue morena y ahora es mortecina, casi transparente. Todo asomo de vida ha abandonado el cuerpo, imposiblemente delgado, y sin embargo sigue sentado, muy derecho, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano derecha sobre la rodilla, la izquierda sosteniendo una copa de vino llena a rebosar de un líquido espeso y negruzco. No lleva zapatos ni calcetines, y los pies desnudos tienen una tonalidad cerúlea, la misma que los labios. Los ojos están abiertos, y la esclerótica presenta un color amarillento.

La boca abierta, en una parodia de sonrisa, es lo más obsceno de todo. Un coágulo de sangre le resbala del labio inferior y se acumula en el hoyuelo de la barbilla.

Jon contiene una arcada primaria, inmisericorde, que le exige expulsar una cena que no ha tomado. Aprieta los puños con una mezcla de rabia y compasión, para mantener el contenido del estómago dentro y la profesionalidad por fuera.

Cuando logra calmarse, vuelve su mirada hacia Antonia que, en cuclillas junto al cadáver, estudia el rostro de la víctima, los rostros tan pegados que parecen a punto de besarse.

—Scott —llama Mentor con suavidad—. Cuéntanos lo que estás viendo.

Jon no le ha escuchado entrar, pero el misterioso personaje está a tan sólo unos pasos detrás de él. Su voz tiene un doble efecto: sirve para calmar a Jon y para que Antonia vuelva al mundo real. O al

menos se comunique con ellos desde dondequiera que se encuentre.

—No hay signos de violencia —dice, en voz baja, tanto que Jon tiene que acercarse para escucharla—. Sin heridas superficiales, ni marcas defensivas en las manos ni en los brazos.

Vuelve a detenerse, como si le costara un esfuerzo físico seguir hablando.

—Causa de la muerte —le guía Mentor.

Antonia saca de su bolsa bandolera un par de guantes de nitrilo, se los pone, presiona el dedo pulgar del cadáver.

—Choque hipovolémico o hipoxemia, o ambas. Sus riñones debieron de fallar al mismo tiempo que su corazón se quedó sin nada que bombear al resto del cuerpo. Una muerte lenta y dolorosa. La cianosis es muy escasa, tan sólo la presentan los labios y los dedos de los pies. Debía de estar sedado y tumbado, de lo contrario estaría también presente en las manos. El dolor en la cabeza y las náuseas habrían hecho que se doblase sobre sí mismo y se retorciese. Tendría marcas de sus propios dedos sobre la piel.

—¿En cristiano? —pregunta Jon.

—Murió desangrado —dice alguien a la espalda de Jon.

9

Un hijo

—Les presento a la doctora Aguado, nuestra forense. Lleva desde ayer por la tarde trabajando en la escena del crimen —dice Mentor.

La mujer que esperaba fuera se ha unido a ellos, aunque ahora se ha quitado el gorro de plástico del mono y deja ver su pelo, largo y rubio, recogido en una coleta. Rondará los cuarenta. Pestañas largas, maquillaje desvaído, piercing en la nariz, sonrisa cansada en los labios, una pícara languidez en la mirada. No le ofrece la mano, y Jon lo agradece en silencio. Las manos de los forenses le dan repelús.

—¿Desangrado? ¿Cómo, de un navajazo, de un tiro?

—El asesino le introdujo una cánula en la carótida, y le vació —contesta la doctora.

—Lo hizo muy despacio —añade Antonia, más para sí misma que para ellos—. Se tomó su tiempo.

La extrema delgadez del cadáver cobra sentido. El cuerpo humano contiene entre cuatro y cinco litros de sangre. Sin todo aquel líquido, el resultado era el cascarón vacío que tenían frente a ellos. Una oleada de compasión inunda a Jon Gutiérrez al imaginar los últimos instantes del muchacho.

—Ha dicho que no hay heridas defensivas. ¿Cómo logró reducir a la víctima? —pregunta.

—He tomado muestras de mucosas y hay restos de benzodiazepinas. Es todo lo que puedo decirles sin poder realizar la autopsia.

—Ya hemos hablado de eso, Aguado. No tenemos permiso de la familia, así que no insista —le avisa Mentor.

Jon no comprende nada. Cuando hablaron por teléfono en las escaleras de la casa de Antonia, Mentor le había dicho que había habido un asesinato imposible, que el asesino había entrado en un

lugar que disponía de una seguridad extrema y que se había marchado sin dejar rastro. Lo que no esperaba encontrar Jon era aquel sinsentido.

La decisión sobre la autopsia cuando hay un crimen violento no corresponde a los familiares, sino al juez de instrucción. El cual, por cierto, brilla por su ausencia. Todo en aquella escena del crimen, en aquella investigación, está mal, no sigue ningún protocolo ni se atiene a Ley de Enjuiciamiento Criminal ni a las normas establecidas. ¿Una sola investigadora forense? ¿Sin unidades de apoyo, sin inspectores —excluyéndole a él, claro—? ¿Qué puede causar que...?

Jon se interrumpe. No está haciéndose, claro, una pregunta importante.

—¿Quién es la víctima?

La doctora Aguado sale unos instantes y regresa con una carpeta. En ella hay una foto de un muchacho alto y delgado, de pelo rizado y ojos tristes. Está en la playa, posando desganado, como corresponde a su edad y condición. Inmortal, invulnerable, sin una sola preocupación en el mundo. La foto debe de ser de ese mismo verano, deduce Jon. Dios, como odia las fotos del *antes*. Odia reconciliar el ser humano intacto que muestran, ignorante ante el destino que se dirige hacia él con las fauces abiertas, con el despojo que queda atrás.

El muchacho le da la mano a una niña de unos ocho o nueve años, que sostiene una pelota de plástico y dedica a la cámara una sonrisa desdentada.

Ahí hay una niña que ya no volverá a jugar con su hermano, piensa Jon. *Me pregunto cómo se lo dirán. Ésa siempre es la parte más difícil. Mirar a alguien a la cara y decirle que su mundo se ha roto en pedazos. Que no hay manera de recomponerlo, porque alguien se ha llevado unos cuantos*.

Al pie de la foto, Aguado ha escrito el nombre de la víctima. Jon lo lee en voz alta, deteniéndose en el apellido. Sonoro. Inconfundible.

—Espere un momento. Álvaro Trueba. El chico es...

—Sí. Es el hijo. Uno de ellos —le interrumpe Mentor—. ¿Tiene cuenta en el banco de su madre, inspector?

Jon respira hondo. La cabeza le da vueltas al intuir dónde se está

metiendo.

—En Bilbao somos más del BBVA o de la BBK, por eso de barrer para casa.

—Me deja usted de piedra —responde Mentor, la voz alicatada en sarcasmo.

De pronto, Jon cae en la cuenta de por qué el aire acondicionado de la casa está puesto al máximo. Ahí dentro debe hacer 13 o 14 grados como mucho.

—Nada de esto está pasando, ¿verdad? Por eso esto es una puta nevera. Para que el cuerpo de ese crío aguante intacto lo máximo posible. Cuando ustedes hayan acabado con él, alguien se lo dará a la familia de tapadillo. Dirán que el chaval se ahogó en la piscina, o algo así, y tendrán un funeral sin escándalo ni prensa.

—Y con féretro abierto. Le sorprendería lo que es capaz de lograr un embalsamador motivado.

Jon hace un gesto en derredor, al salón inmenso y los cuadros millonarios.

—Todo este dinero, este poder, compra mucha motivación, ¿verdad? ¿Es eso a lo que se dedica usted, con sus coches caros, sus secretitos y sus frases cínicas? ¿A tapar la mierda de los ricos?

Mentor se vuelve hacia él, con los labios apretados y un nubarrón flotando en la mirada turbia.

—¿Eso es lo que cree que está pasando?

—No tengo ni idea de lo que ocurre, ya se ha encargado usted de ello. Lo que veo, lo que creo, es que a usted le importa una mierda el niño muerto del sofá. Están demasiado ocupados sirviendo a... —Jon vacila un instante, pero no puede evitar el tópico— otros intereses.

—¿Y va a decirme usted lo que está bien? ¿El poli gordo de segunda fila?

—Al menos no soy el lacayo de nadie.

Mentor observa a Jon con aire divertido, como el que mira a un animal del zoo que acaba de hacer algo inesperado.

—Le pido que me perdone, inspector. Mi trabajo no es sencillo y no siempre acierto en lo que pretendo.

Jon no se acaba de creer la disculpa. De hecho, no se la cree nada.

Pero como la otra opción es cruzarle la cara, opta por fingir.

—Todos estamos cansados —dice Jon—. Y la situación no ayuda.

—Y es peor para usted, que está trabajando a oscuras —Mentor señala en dirección a Antonia, que apenas se ha movido desde que entró, y cambia una mirada extraña con la doctora Aguado—. Dejémosle espacio, inspector. Si me acompaña fuera, le contaré la verdad.

10

Una copa

Ajena al intercambio que se ha producido a su espalda, ajena a que Jon y Mentor han salido de la casa, Antonia Scott se deja llevar por su entrenamiento, absorbe cada detalle de la escena del crimen. Su mirada pasa de uno a otro elemento en un bucle incesante en el que las paradas son:

– La camisa blanca, abotonada hasta arriba.
– La posición antinatural del cuerpo.
– La ausencia total de sangre en el suelo de roble, en el sofá, en la alfombra de hilo tejida a mano en la India.

Los ojos, la manosobrelarodillalaotrasostienelacopanoesdemasiado.

—Me estoy ahogando —dice, con voz ronca.

Sigue en cuclillas, los ojos cerrados tratando de que no le desborde la información, que no la devore. Intenta volver a visualizar *Mångata*, pero está muy lejos, al otro lado de un muro de ladrillos compuesto

[camisa, cuerpo, la copa sobre el brazo del sofá]

de imágenes.

Creía que podía sola.

Pero.

No puede, ella sola no. Los detalles la inundan, imponen sus propias, abrumadoras condiciones.

Al final, se rinde.

Sólo esta vez. Será la última.

Extiende la mano. Casi suplicando.

La doctora Aguado se acerca por detrás. Lleva un pequeño recipiente de metal del que extrae una cápsula roja que deposita en la palma de la mano de Antonia.

—¿Quiere un poco de agua?

Antonia ni siquiera contesta, se limita a cerrar el puño y meterse la cápsula en la boca. Rompe la gelatina con los incisivos, liberando el ansiado polvo amargo, y lo recibe debajo de la lengua, dejando que la mucosa absorba el cóctel químico y lo lleve a su torrente sanguíneo a toda velocidad.

Cuenta hasta diez, dejando una respiración entre cada número, descendiendo un peldaño cada vez, hacia el lugar donde necesita estar.

De pronto el mundo se vuelve más lento, más pequeño. La electricidad que le hormiguea en las manos, el pecho y la cara, se disuelve.

—Gracias —consigue decir. A la doctora, a la cápsula, al universo en general—. Gracias.

—Así que es usted —dice Aguado—. Estaba deseando conocerla. He leído mucho sobre su trabajo. Lo que hizo en Valencia...

—Soy yo —interrumpe Antonia. Y es verdad. Es ella, otra vez—. Y usted es la nueva forense.

—Robredo se marchó el año pasado, harto de esperar a que volviera. Un trabajo en Murcia. Me pregunto quién querría ir a Murcia —dice Aguado, tendiéndole la carpeta a Antonia— teniendo la oportunidad de trabajar con usted.

Alguien listo, piensa Antonia. Rechaza la carpeta con un gesto. Aún no está preparada. Antes necesita verlo todo por sí misma.

—Ni una gota de sangre en la escena del crimen —dice—. Si exceptuamos la copa, claro.

El líquido espeso ya ha empezado a solidificarse contra las paredes del cristal de Bohemia que el muchacho sostiene en la mano. Cuando el asesino colocó ahí la sangre, debía de remedar vino, servido hasta el borde.

—¿Es la de la víctima?

—He hecho la prueba del bromecresol. Por ahora sólo puedo decirle

que la sangre de la copa y la de la víctima son del mismo grupo, B positivo. Sabremos más cuando tengamos la confirmación de ADN.

O sea, cinco días. Yo no estaré aquí para entonces.

—¿Qué es esta sustancia en el pelo? —pregunta Antonia, que se ha incorporado para examinarlo más de cerca.

La cabeza del chico brilla bajo los focos. Lleva el pelo rizado peinado hacia atrás, y a simple vista parece gomina, pero la apariencia es demasiado untuosa, apelmazada. Una gota minúscula desciende por la sien.

—Aceite de oliva al noventa y nueve por ciento. —Lee la doctora—. Canela y otro compuesto que aún no hemos identificado. He venido en el MobLab, está aparcado en la parte de atrás, pero no tengo suficientes herramientas aquí.

El MobLab es una furgoneta cargada hasta los topes de herramientas de análisis forense. Por fuera parece una Mercedes Sprinter negra, sin ventanas, normal y corriente. Por dentro es como visitar una nave espacial, llena de probetas, productos químicos y ordenadores. Pero tiene sus límites.

—¿Ha mandado muestras a la División?

—Sabremos algo en unas horas —dice Aguado.

Tener que esperar por una pieza del rompecabezas frustra a Antonia. Toda la escena que están viendo ha sido compuesta hasta el mínimo detalle con un propósito, y saber cuál es lo más importante. Señala la copa.

—¿Ha mirado en la cocina?

—Hay un hueco en el aparador. La marca y el modelo encajan.

El asesino ha usado los elementos que había en la casa para mandar un mensaje. Lo único que ha traído consigo es el aceite.

Vino y aceite. Antonia ha leído antes algo así. O escuchado. El recuerdo viene de pronto. Ella, de niña. Siete años, dos meses y ocho días. En la basílica de la Mercé. Todos vestidos de negro. El aroma de las anastasias, la flor favorita de su madre.

—Es un salmo —dice Antonia, señalando al cadáver—. El salmo veintitrés. No recuerdo qué versículo.

La doctora Aguado la mira, desconcertada.

—Creía que usted recordaba todo lo que leía.

Es que no lo he leído. Lo escuché en un funeral. Hace tres décadas. Desde ese día no tuvo mucho sentido leer la Biblia.

—No siempre —dice Antonia.

Aguado consulta en su móvil.

—Creo que lo tengo. «Preparas la mesa ante mí, en presencia de mis enemigos. Unges mi cabeza con aceite, y mi copa rebosa» —recita Aguado—. ¿Es a esto a lo que se refería?

Antonia suelta un gruñido ambiguo. La copa rebosante con la sangre, la cabeza aceitada. Mucha casualidad. Y ella no cree en casualidades.

—Ya estoy lista para su carpeta, doctora Aguado.

Antonia tarda quince minutos en leer las cien páginas de datos, esquemas e información que le ha preparado la forense. Es un trabajo magnífico, mucho más pulcro e incisivo que el de su predecesor. Antonia duda si felicitarla, porque se supone que debe mostrarse lo más distante posible con el equipo (Directriz número 11 del Reglamento) y no empatizar con ellos (Directriz número 3) para que la relación sea lo más unidireccional posible (Directriz número 17). En el pasado, hacía caso al reglamento.

Ya no.

—Enhorabuena por su informe, doctora. Me alegra que Robredo se haya ido a Murcia, hemos ganado con el cambio.

Aguado se vuelve —tarde— para que Antonia no vea el rubor en sus mejillas.

Antonia por su parte se centra en las páginas de nuevo. La peor parte llega cuando encuentra la foto del muchacho en la playa. Antonia sabe que no debe ver a las víctimas como personas. Todo su entrenamiento le ha llevado a construir una barrera emocional que les convierta en hechos, en partes de un jeroglífico que empieza con una imagen y concluye con un resultado. Antes era capaz de hacerlo, si bien con gran esfuerzo.

Ya no.

Todo cambió después de lo de Marcos. De lo que le hice. De lo que nos hice.

Se descubre haciéndole una promesa al chico de la foto. Una promesa que no puede cumplir, porque colisiona con la promesa que le ha hecho a Marcos. Que se ha hecho a sí misma. Que a su vez es lo contrario que espera la abuela Scott de ella.

Cogeré al que te ha hecho esto, le dice al chico de la foto.

Según se forman las palabras en su mente, se arrepiente. No tiene, tampoco, manera de desdecirse. Es lo malo de prometer cosas a los muertos.

Es más difícil pedirles disculpas cuando les fallas.

11

Una explicación

Mentor camina hasta el comedor exterior y se sienta en una de las sillas. Le Corbusier o similar. Cara e incómoda, concluye Jon, cuando hace lo propio y nota que el respaldo no se fabricó para alguien de su tamaño. A no ser que tuvieran la tortura en mente.

Sobre la mesa ha quedado olvidado el Marlboro Light de la doctora Aguado. En la foto disuasoria de rigor impresa en el paquete se ve el ataúd de un niño.

La macabra coincidencia encoge el corazón de Jon, que aparta la mirada.

Menos escrupuloso, Mentor alarga la mano al paquete de tabaco, le ofrece uno al inspector, que niega con la cabeza. Mentor se enciende uno, da tres caladas, tose como un endemoniado, lo apaga en la superficie de cristal, empapada de agua de los aspersores.

—¿No le preocupa contaminar la escena?

—Ojalá hubiera algo que contaminar. Aguado lleva veintiséis horas seguidas trabajando, ha revisado la casa entera y recogido las huellas.

Jon silba de admiración. Había que acotar y delimitar cada uno de los metros cuadrados con una cuadrícula, tomar fotografías, buscar anomalías. En una casa tan grande, era tarea para cuatro o cinco personas.

—Menuda fiera.

—La doctora Aguado es la mejor de España. Por suerte para mí, y por desgracia para ella, le toca trabajar conmigo.

—¿Algún resultado?

—Lo sabremos cuando tengamos las de la familia y el servicio, para descartar. No espero nada. Hay pelos y fibras, pero vete a saber. Ya sabe que nunca sirven para una mierda. Ojalá fuera como en la tele.

Jon lo sabe muy bien. Las series de televisión han ofrecido una imagen tan distorsionada del trabajo de la científica que a veces los propios policías caen en la misma trampa que el público, creer en los milagros.

Mentor vuelve a estrujar el cigarrillo ya apagado contra la mesa y aleja de sí el paquete de tabaco.

—Lo dejé hace meses. De vez en cuando me recuerdo a mí mismo por qué.

—Es más fácil no hacerse mucho daño haciéndose un poquito de daño.

—Exacto. ¿Por qué se hizo policía, inspector Gutiérrez?

Jon hace una mueca de desagrado.

—Hemos salido aquí para que hable usted.

—Deme el gusto, inspector.

Pausa. Jon no sabe qué respuesta darle. La oficial, la que cuenta a los amigos, la que se cuenta a sí mismo, o la auténtica. Sea por la hora, sea por las emociones, al final es esta última la que sale.

—Para que no me hicieran daño —admite.

Ahora es el turno de Mentor de mostrarse sorprendido ante la honestidad.

—Vaya...

—Lo sé, lo sé. Un hombre grande y fuerte como usted, y toda esa mierda. No me joda con el psicoanálisis. Mi padre nos abandonó, me gustan las pollas, vivo con mi madre. Me sé todos los chistes y las explicaciones baratas. Lo cierto es... que tengo miedo. He tenido miedo siempre.

—¿Miedo a qué?

—A todo. A los atentados, cuando era un adolescente. A que me rajaran a la vuelta del cole. A los accidentes, a que me peguen el sida, yo qué sé. Trabajar de policía ayuda. Estar cerca de todo esto, ver las desgracias de otros. Te da una especie de escudo mágico. Como si no fuera contigo.

—Un poquito de daño para no hacerse mucho daño —dice Mentor.

—Exacto.

—Pero hoy no ha sido así, ¿no?

Jon no contesta. No tiene por costumbre responder a obviedades.

Los dos hombres se camuflan en el silencio durante un rato, recuperando posiciones. Mentor se incorpora un poco en la silla y se esfuerza en recobrar con las puntas de los dedos el paquete de tabaco que tan diligente había apartado antes de sí. La llama del mechero roba durante unos instantes su rostro a la oscuridad de la noche. A este cigarro no le da tres caladas apresuradas, sino que se deleita en el humo, tragándolo a conciencia.

—La idea surgió hace cinco años, en Bruselas. En el Fischer Institute. ¿Lo conoce?

—No tengo el gusto.

—Es un *think tank* de la Unión Europea.

—Lo del *think tank* sí sé lo que es: un montón de capullos universitarios ricos que creen que saben mejor que nadie lo que más le conviene al mundo.

Mentor se ríe entre dientes, alza los brazos.

—Culpable. El caso es que los capullos a veces acertamos. Hubo un estudio, hace años. ¿Recuerda el atentado de 2012 en el aeropuerto de Tenerife?

Jon asiente. Cómo olvidarlo. Las cámaras de seguridad más cercanas habían captado la bomba estallando antes de volverse a negro. Las demás cámaras contaron una historia igual de terrible: a gente corriendo despavorida por la terminal arrojando al suelo y pisoteando a los más lentos por el camino.

—El estudio examinaba los datos disponibles por los distintos cuerpos policiales antes del atentado. Las policías locales, la autonómica canaria, la Guardia Civil, la Policía Nacional. Todos ellos tenían piezas del puzzle. Ninguno las compartió con los demás.

—Una vieja historia —confirma Jon. Bien la conoce él, que es policía nacional en Bilbao, y tiene que lidiar casi a diario con la Ertzaintza. La relación de los cuerpos policiales entre sí es amarga como domingo de jubilado. Envidias, diferencias de sueldo. Resquemor de años. Y al final, la gente salía herida.

—Lo de Tenerife es lo mismo que pasaría en Turín en 2015 y en Las Ramblas de Barcelona en 2017, aunque eso fue mucho después. El

estudio lo hicieron unos alemanes. Ellos tienen lo suyo también. Dieciocho cuerpos de policía.

—Puto caos.

—El estudio no se limitaba a terrorismo, consideraba otros casos de perfil alto. Asesinos en serie atípicos, como Remedios Sánchez. Diez ataques en veinticuatro días, tres ancianas muertas. O como Kovacs, el payaso de Düsseldorf.

—Cisnes negros. Impredecibles.

Una mueca de extrañeza se dibuja en el rostro de Mentor cuando Jon dice eso. Un cisne negro es, según una teoría reciente, un suceso terrible de alto impacto que ni la ciencia ni la historia podría haber anticipado, y que sólo puede ser racionalizado a posteriori. Como el 11-S, la crisis inmobiliaria de 2008 o el regreso de las riñoneras.

—No me esperaba que leyese usted a Taleb, inspector —dice Mentor, que mira a Jon como si lo viese por primera vez.

—Nunca me subestime —responde Jon, que ni muerto reconocería que se había quedado con el concepto hojeando una revista ajada en la consulta del dentista.

—Prometo no hacerlo. La conclusión del estudio fue que en Europa hemos generado un mundo nuevo. Sin fronteras, sin aduanas. Cinco millones de kilómetros cuadrados donde los malos pueden moverse a su antojo. Y cientos de organismos de policía que compiten entre sí. Entonces fue cuando surgió el proyecto Reina Roja.

—¿Como la de Alicia? ¿Que le corten la cabeza?

—De ahí viene el nombre. Es una vieja teoría evolutiva. ¿Recuerda el pasaje del libro en el que Alicia y la Reina corren y corren, y no se mueven del sitio?

Jon hace un gesto vago con la mano. Es lo malo de querer parecer más listo de lo que se es, la farsa no aguanta mucho.

—La Reina Roja le dice a Alicia que en su país hace falta correr sólo para permanecer quietos —continúa Mentor—. Aplicado a la evolución, es necesaria una adaptación continua para mantenerse al nivel de los depredadores.

—Pero nosotros ya lo hacemos —se defiende Jon.

—¿Cómo? ¿Más policías? ¿Más ordenadores? ¿Más armas? ¿O se

refiere usted al curso que le dieron el año pasado en la comisaría sobre ciberdelincuencia?

—No sabría decirle. Me lo pasé entero jugando al Angry Birds.

—Al final la ventaja la tienen los criminales, porque se mueven más rápido, invisibles, sin dar cuentas a nadie.

Jon vuelve la mirada hacia la casa.

—Creo que comienzo a entender.

—El proyecto comenzó como un experimento. Una división central y una unidad especial en cada país de la Unión Europea. Con objetivos muy *especiales*. Objetivos que había que mantener ocultos a la opinión pública.

—Póngame un ejemplo.

—Asesinos en serie. Criminales violentos especialmente escurridizos. Pedófilos. Terroristas.

—Escoria solitaria —asiente Jon.

—Al igual que ellos, nuestra unidad no tiene ataduras. Ni jerarquías. Ni rivalidades internas. Ni burocracia. Sólo un agente de enlace, con el nombre en clave Mentor.

—Vaya, y yo que creía que era su apellido de verdad.

El otro sonríe sin humor.

—A su cargo, cada Mentor tiene un equipo de técnicos que están siempre fuera de los cauces normales. Ni medallas, ni premios, ni ascensos. Y en la punta de lanza, en el terreno de juego, dos personas. Un Escudero —dice señalando a Jon— y una Reina Roja.

—Mi papel ha quedado claro: chófer prescindible con placa y pistola.

—No se venda tan barato. Es necesario un policía con experiencia para proteger y aconsejar al activo principal.

—Si usted lo dice. ¿Y ella?

Mentor hace una pausa y se enciende otro cigarro.

—La Reina aparece en la escena del crimen, mira y se marcha. Nuestra unidad nunca se encarga en exclusiva del asunto, sea cual sea. Se limita a trabajar en los márgenes, mirando por encima del hombro de los policías *de verdad*.

—Salvo esta vez.

—Salvo esta vez, que han surgido circunstancias... especiales.

Jon se ríe entre dientes y sacude la cabeza ante el cinismo de Mentor. Siempre ha sido el inspector partidario de llamar a las cosas por su nombre. Miembro, acción armada, económicamente débil. Con lo clarito que se entienden *polla*, *atentado* y *pobre*.

—¿Cómo llegaron hasta ella?

—En cada país comenzó un proceso de selección muy largo y muy costoso. Los candidatos tenían que tener una serie de características muy difíciles de encontrar: escasas relaciones personales, libertad de movimientos, enormes capacidades para el pensamiento lateral. Poco importaba si eran altos o bajos, hombres o mujeres, gordos o delgados. No buscábamos al próximo James Bond. Buscábamos cerebros especiales. Que pudieran mirar como nadie más mira.

Hay un matiz de orgullo en la voz de Mentor que no pasa desapercibido al inspector.

—Fue usted quien la encontró, ¿verdad?

—España era el único país sin su Reina tres meses antes de iniciar el proyecto —dice Mentor—. Y ya llevábamos un año de búsqueda incesante. Consulté miles de expedientes y entrevisté a cientos de personas. Por fin, apareció ella. Y lo supe.

Madrid, 14 de junio de 2013

El hombre alto y delgado se restriega los ojos de puro cansancio. Y la jornada ni siquiera ha empezado.

El escenario de esta semana es una aproximación nueva al problema. Hasta entonces habían estado usando una combinación de test de personalidad con pruebas de inteligencia. El hombre alto está especializado en psicología cognitiva y en análisis del comportamiento. Pero no le ha servido de mucho hasta el momento a la hora de identificar pruebas válidas. Ha probado las más glamurosas, diseñadas por la CIA, FBI, MI6. Todas ellas se quedaban cortas en lo esencial. Reflejaban la inteligencia del candidato, pero no su capacidad para la improvisación.

A quién quiero engañar. El problema es la materia prima.

Esta semana están probando algo distinto. El test ha sido diseñado por una entidad mucho menos sexy que las agencias de inteligencia: una multinacional petrolera. Lo usan para evaluar las reacciones a una situación de crisis con final imposible. Al hombre alto le pareció más divertido que útil cuando la asistente se lo propuso, pero sería un cambio interesante después de tantas pruebas repetitivas e infructuosas. O eso pensaban. Después de varias decenas de intentos, está resultando tan ineficaz como los anteriores.

—Al menos nos ahorramos recitar la lista de cosas que lleva el sujeto en la nave espacial.

—El test de la NASA es muy útil —dice la asistente, dándole un sorbo al café.

El hombre alto la mira de reojo con envidia. Se muere de ganas de meterle cafeína al cuerpo, pero sabe que si toma un tercer cortado antes de comer, pasará la tarde de un humor insoportable. Aún más insoportable.

—Por el amor de Dios, hasta mi abuela sabría que si se queda

abandonada tendría que elegir el oxígeno antes que el agua. Y que la brújula o la pistola no deben cogerse. ¡Están en la luna! En fin, empecemos. ¿Quién es el primer candidato de hoy?

—Número 793. Veintiséis años. Ingeniero industrial.

—Que entre.

La asistente aprieta un botón en el teclado frente a ella, y la puerta se abre.

Se encuentran en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense. Nada mejor para camuflar aquellas pruebas y que nadie sospeche en absoluto que hacerlas pasar por ensayos estudiantiles. Y el lugar es apropiado. Una sala blanca, sin ventanas, en la que se puede controlar la temperatura, provista de visor unidireccional. Cristal por un lado, espejo por el otro. Una cabina de control y unos altavoces.

Al hombre alto y delgado le hizo gracia el sitio cuando comenzó el proceso de selección, hace casi un año. De familia bien, había cambiado la protección del hogar paterno por la protección, de los estudios primero, del Fischer Institute después. Su vida había sido más bien aburrida. Por eso al entrar en el laboratorio había sentido una extraña sensación. Se sentía como en una película de espías. O en *Gran Hermano*.

—Me siento como en una película de espías.

—O en *Gran Hermano*, ¿verdad? —había dicho la asistente.

Al hombre alto le caía bien. Es una buena persona. Flor mañanera. De esas que llegan al trabajo como una rosa después de haber corrido cinco kilómetros y que ve siempre el lado positivo de todo. Con el tiempo ha ido mejorando su opinión de ella. Hay días en los que ya casi no quiere estrangularla, ni a ella ni a la colección de tarados, cerebritos y bichos raros que han pasado por allí. Más de setecientos.

En todo este tiempo han hecho una preselección de seis que podrían dar el perfil. Pero tras una tercera prueba, han sido descartados. Ya no queda ninguno de los preseleccionados. Lo que quiere decir que están empezando de nuevo.

Nada. No tenemos nada. Y todos los demás países ya han iniciado el proyecto.

Sabía bien que los responsables de Bruselas estaban a punto de darle una patada en el culo. Y no le gustaba. Todo lo que había hecho en su vida antes era sentarse delante de un libro. A absorber ideas de otros, sobre todo. Se le daba mejor repetir que crear. Por eso cuando le habían propuesto formar parte del proyecto Reina Roja había saltado dentro de la oportunidad con los ojos cerrados. Ahora se estaba dando un chapuzón increíble dentro de su propio fracaso.

El 793 duró en la prueba casi media hora. Por supuesto, se rindió al final, la plataforma petrolífera se hundió y murieron todos. Ése era el intríngulis. Hiciese lo que hiciese, respondiese lo que respondiese, el candidato no podía ganar. El software que generaba las preguntas seguiría lanzando desafíos y problemas al escenario, hasta que la persona se diese por vencida o cometiese un error.

—No ha dado mala puntuación —dijo la asistente.

Un destello de esperanza...

—¿Habría sido seleccionado?

—Uuuuy... casi en la zona verde, pero no.

... que se apaga rápido. El hombre alto se frota los ojos de nuevo, suplicando paciencia.

—Que pase el 794.

La mujer es pequeña. Fibrosa. No aparenta ser gran cosa hasta que sonríe al espejo, y entonces parece guapa. *No una belleza, tampoco nos volvamos locos*. Pero tiene algo.

—Buenos días —dice el hombre alto, apretando el botón del interfono, que comunica la cabina con la sala de observación—. Voy a plantearle una historia. Todas las respuestas que dé serán válidas para la puntuación que usted obtenga en nuestro estudio. Le rogamos que se esfuerce al máximo, ¿de acuerdo?

La mujer no responde.

—¿Me ha escuchado? Creo que hay problema con el interfono —dice el hombre alto, sin darse cuenta de que no ha soltado el botón.

—Le escucho muy bien. Estaba esforzándome al máximo —dice la mujer.

El hombre alto sonríe, aunque aún no lo sepa, es la primera de las muchas veces que querrá matar a esa mujer.

—Está bien, comencemos —dice, empezando a leer el texto que va apareciendo en la pantalla, y cuyo principio, después de una semana casi conoce de memoria—. Es usted la capitana de la plataforma petrolífera Kobayashi Maru, situada en alta mar. Es de noche y está usted disfrutando de un plácido sueño. De pronto su asistente le despierta en mitad de la noche. Las luces de emergencia están encendidas, la alarma sonando. Hay una alerta de colisión. Un petrolero se dirige hacia ustedes.

—¿Dónde está situada la plataforma? —pregunta la mujer.

—En mitad del mar, lejos de toda ayuda.

—Necesito la localización exacta.

—La localización exacta es irrelevante.

—Yo la necesito —insiste la mujer.

—Hay un petrolero que se dirige hacia usted. A bordo lleva trescientas mil toneladas de crudo. ¿Cuál es su primera reacción?

—Sacar una carta náutica y ubicar la localización exacta de mi plataforma.

El hombre alto está desconcertado. Nadie había dado esa respuesta antes.

—Señorita —dice el hombre alto, intentando que la exasperación no se le note en la voz—. ¿Puedo preguntar por qué ese empeño sobre un dato irrelevante?

Antonia parpadea varias veces, y abre las manos, como si la pregunta se respondiese sola.

—Para encontrar cualquier solución hay que saber dónde estás respecto al problema.

El hombre alto se vuelve hacia la asistente.

—Pregúntale al software la localización de la plataforma.

—83 grados 44 minutos Norte, 64 grados 35 minutos Oeste —responde, tras un breve tecleo.

El hombre alto repite la localización, a través del interfono.

—Bien, ahora que conoce su localización exacta, ¿cuál es su segunda reacción? Le recuerdo que el tiempo de reacción es esencial para salvar las vidas de las personas a su cargo.

La mujer se queda pensativa durante unos segundos.

—Miro un calendario.

El hombre alto suelta un resoplido de incredulidad por la nariz. Tan fuerte, que los papeles que hay frente a él se agitan.

—Porque además del dónde hay que buscar el cuándo, ¿no? —dice, sin llegar a apretar el botón del interfono.

La asistente ha vuelto a teclear y le muestra la fecha en la pantalla al hombre alto.

—Según su calendario es 23 de enero de 2013. ¿Cuál es su curso de acción, señorita?

—Me vuelvo a la cama.

—Disculpe, creo que no la he entendido bien.

—Me vuelvo a la cama —insiste la mujer—. La localización de la plataforma que me ha dado está, a ojo, en pleno océano Ártico. Teniendo en cuenta la latitud y la fecha, el mar está completamente congelado, así que el petrolero no podrá acercarse a mucha velocidad. ¿Hemos concluido el experimento?

Aturdido, el hombre alto apaga el interfono y se vuelve a la asistente, que ha terminado de introducir los datos en el programa.

—Ha sacado la máxima puntuación —dice, boquiabierta—. Según los desarrolladores, sólo una persona de cada siete millones daría una respuesta así.

—¿Quién coño es esta mujer?

La asistente busca entre sus papeles.

—Candidata 794: Antonia Scott.

—Un apellido curioso.

—Nació en Barcelona, hija única. En profesión del padre ha puesto «Cuerpo diplomático». Es todo lo que ha marcado en el formulario.

La voz de la mujer suena a través de los altavoces.

—¿Hola? ¿Puedo irme ya?

—Espere un momento, si es tan amable. Estamos evaluando los resultados —dice, apresurado el hombre alto, antes de soltar de nuevo el botón—. ¿No tienes nada más?

—Del formulario que ella ha rellenado, no. Déjame consultar nuestra propia prospección. Veamos... Ha venido por insistencia de un amigo, que no quería hacer el «ensayo» solo. Está en paro. Novio

guapo. Estudió Filología Hispánica. Un expediente académico bastante mediocre, la verdad. Nota media, seis.

Es una decepción para el hombre alto, después de tantos candidatos con un expediente académico brillante como han pasado por allí.

—De hecho, ha sacado un seis en todas las asignaturas de la carrera —dice la asistente, tras una búsqueda en el ordenador.

Al oír aquello, el hombre alto se queda parado un instante y luego se echa a reír.

—Claro. Claro —dice, dándose una palmada en la rodilla.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—¿Sabes qué es lo único más difícil que acertar todos los números del Euromillones?

—La verdad es que nunca juego. La mejor lotería es el trabajo y la economía.

El hombre alto está tan excitado que incluso olvida enfurecerse ante aquella frase, indigna incluso de una taza de Mister Wonderful.

—Lo único más difícil que acertar todos los números del Euromillones es fallarlos todos.

—No veo la relación —dice la asistente, con cara de extrañeza.

—¿Sabes lo difícil que es sacar la misma nota, exacta, en todos los exámenes de una carrera? ¿Teniendo exámenes tipo test, orales, de preguntas y respuestas, de desarrollo? ¿Con tantos profesores distintos, evaluando subjetivamente? Sacar todas las veces un seis es mucho más complejo que sacar matrícula de honor.

La asistente abre mucho los ojos y pone boca de chupar limones.

—Oh. Oh. —Y, de nuevo—. Oh.

—Exacto. Ahí delante tienes a alguien que lleva toda la vida esforzándose mucho para esconderse a plena vista.

El hombre alto acaricia el rostro de la mujer a través del espejo, como el que llama a los abstraídos peces tocando el cristal del acuario.

Pero yo te he encontrado, señorita Scott.

12

Un poco de envidia

—¿Cómo lo supo? —pregunta Jon—. ¿Cómo supo que era ella?

Mentor apaga el cigarro con un golpe seco.

—Me temo que no puedo revelarle eso. Pero España tenía a su Reina Roja, y no una cualquiera.

—¿A qué se refiere?

—Supongo que se habrá dado cuenta de que Antonia es peculiar.

—Peculiar es un eufemismo. Sería sencillo confundir su comportamiento con locura o estupidez.

—Sería equivocado. La verdad es bien distinta. Antonia Scott es el ser humano más inteligente del planeta.

Jon resopla, incrédulo. Una cosa es dar por hecho que has ido a pasear en el coche a una chalada disfuncional, y otra descubrir que estabas en presencia de un genio, sin saberlo. ¿Qué dice eso de uno mismo?

—Repita eso, hágame el favor —dice, cruzándose de brazos.

—El ser humano más inteligente del planeta. Que sepamos —se cuida en salud Mentor—. Igual hay un pastor de cabras en Bangladesh con un CI de doscientos cuarenta y tres. Uno nunca puede estar seguro del todo. Por lo pronto, el ser humano con el cociente intelectual más alto registrado es Antonia Scott. Podría estar trabajando para la NASA, dirigiendo el país o cualquier cosa que ella quisiera. Y en lugar de eso la convencí de trabajar para mí.

—Hasta que se largó, ¿no? —dispara, a mala uva, el inspector.

Una sombra espesa y fugaz atraviesa los ojos de Mentor.

—Al principio todo fue bien. Antonia superó un entrenamiento duro para ella y costoso para nosotros. Participó en once casos, y resolvió diez de ellos.

—¿Alguno que yo conozca?

—La razón de ser del proyecto es encargarse de casos importantes de forma quirúrgica. Sin titulares. Cuando acabamos, nos hacemos a un lado.

—¿Y algún policía anónimo registra una detención?

—Algo parecido. El caso es que Antonia consiguió los mejores resultados de todo el proyecto. Y hace tres años todo se fue a la mierda.

—¿Qué fue lo que lo jodió?

—Lo que lo jode todo siempre. El amor verdadero.

Jon, que tiene el culo pelado en cuestiones románticas, que busca con regularidad pasmosa alguien a quien poner a su nombre todas las olas del mar —van seis en nueve años—, se incorpora en la silla como un resorte.

—Lo del marido, ¿no? Cuente, cuente.

Mentor se da un par de golpecitos en la barbilla, pensativo. Niega con la cabeza.

—Traicionaría su confianza si lo hiciese.

Jon se derrumba de nuevo en la silla, con los hombros hundidos por la decepción.

—Menudo narrador, se guarda lo mejor de la historia.

—Ya se lo contará ella más adelante. Si lo cree oportuno.

Hay que reconocer que el cabrón tiene confianza en sí mismo, piensa Jon.

—Supone usted que querrá volver. Ya le he dicho que ha sido muy clara. Sólo esta noche.

La sonrisa de suficiencia de Mentor ondea, trémula.

—Eso no sería bueno.

—¿Para el caso o para usted?

—He recibido muchas presiones en estos tres años —admite Mentor —. Ha habido amenazas a la seguridad muy graves en España para las que hemos hecho falta, y no hemos podido ayudar. Desde que ella se fue, hemos estado atascados.

—¿No intentaron buscar un sustituto a Antonia?

—Lo intentamos... —una carretada de frustración en esos puntos

suspensivos— y fallamos. Sin la Reina, esta unidad no tiene sentido. Es la última oportunidad de que este proyecto sobreviva.

—Por eso ha estado mandando mensajeros a Antonia. Por eso vino a buscarme a mí.

—Necesitaba alguien a quien poder chantajear.

Jon recuerda un día, hace años, en el que regresó a casa y se encontró al amor de su vida en el sofá con un tercero. Jon dio un paso atrás volvió a cerrar la puerta, discreto —nunca ha sido él de molestar a nadie—. Antes de que se cerrara por completo, el novio infiel volvió la cabeza en dirección a Jon. Sus miradas se cruzaron, y siguió con la faena.

La crudeza cristalina y cruel que quedó flotando entre ambos —*esto es lo que hay, no me arrepiento, son lentejas*— fue muy similar a la que experimenta el inspector cuando Mentor admite sin ambages que, para él, sólo es una herramienta. Y lo que deja en su ánimo es una mezcla curiosa de compasión, asombro y repulsión. Y quizás, también, un poquito de envidia.

—¿Cómo puede dormir por las noches?

Pausa. Mentor compone un rostro humilde, contrito. O una imitación casi perfecta de uno, bien trabajada frente a un espejo.

—Mi trabajo exige compromisos, me consuelo pensando en que sale algo bueno de todo esto.

Casi, casi me lo creo.

—Duerme como un bebé, ¿verdad?

—Toda la noche. De un tirón.

Definitivamente, envidia. Jon siempre ha admirado a los hijos de puta químicamente puros, de esos que ponen un circo y les encogen los enanos. Quizás por lo imposible que le resulta a él convertirse en uno de ellos. Coitao*, que eres un* coitao. *De bueno, bueno, eres tonto,* le dice su madre cada dos por tres. Y Jon, en realidad, lo que quiere ser es una pizquita malo, como Mentor.

Mal que le pese, aquel cabrón empieza a caerle bien.

—¿Esto es toda la verdad? ¿Sin mentiras, esta vez?

—Casi toda, y muy pocas —dice Mentor, sonriendo con suficiencia —. De lo contrario, no sería yo.

Es entonces cuando Antonia les llama desde la casa.

Mentor se pone en pie y se abrocha el botón de la chaqueta con elegancia.

—¿Qué me dice, inspector? ¿Se apunta a trabajar?

Jon se levanta a su vez, se retuerce, estira los enormes brazos, hace crujir los nudillos.

—Cualquier cosa con tal de levantar el culo de esta mierda de silla.

Cuatro horas antes

(Más o menos a la hora en la que Jon y Antonia llegan a La Finca.)

Carla Ortiz va más atenta a la pantalla de su portátil que a la ruta por la que le lleva Carmelo. La lluvia les ha acompañado todo el camino desde La Coruña, una lluvia insistente, que reventaba contra el parabrisas del enorme Porsche Cayenne. Carla apenas le prestaba atención, enfrascada en el crucial informe en el que está trabajando en el asiento de atrás.

Sólo al pasar el túnel de Guadarrama, cuando la lluvia deja paso a una noche despejada, Carla alza la cabeza del ordenador.

—¿Estará bien Maggie?

Carmelo le dirige una mirada tranquilizadora a través del retrovisor. Los ojos azules, cargados de arrugas. Carla ha visto esa mirada en el retrovisor —divertida, jodona, cariñosa— desde que puede recordar. Lleva con la familia toda la vida. *Es* de la familia.

—Mejor que en brazos, señora. La *van* esa nueva es un lujo de caray.

Carla no las tiene todas consigo. Es verdad que la *van* —el remolque de caballos enganchado al todoterreno— es la mejor que el dinero puede comprar, y que el viaje hasta Madrid no es largo. Pero Carla siempre se ha preocupado mucho por sus compañeros. Cuando era niña, en el club hípico en el que aprendió a montar, presenció cómo tres hombres intentaban subir a un remolque a un potro que estaba nervioso y no quería moverse. Le empujaban, tiraban de la brida. El animal se resistía. Cuando sus cascos tocaron el interior de la *van*, el cambio en el sonido hizo que su miedo se transformara en pánico. Se puso de manos, intentando zafarse. El impulso le hizo golpearse la nuca con el borde del remolque y cayó al suelo, muerto. Carla nunca

olvidará el sonido que produjo su cuerpo al desplomarse, volcando el remolque y arrastrando a dos de los hombres en su caída.

Maggie no es ningún potro asustadizo. Es una yegua holsteiner de once años, educada y criada por algunos de los mejores entrenadores del mundo. También es muy cara. Su padre la había comprado en una subasta por 4,3 millones de euros. Pero para Carla el precio —cualquier precio, de cualquier cosa— es irrelevante. Maggie lleva con la familia seis años. *Es* de la familia.

—Paremos un momento.

Carmelo frena en la primera área de servicio el tiempo suficiente para que Carla baje, estire las piernas, dé un par de caladas a un cigarro y compruebe cómo está Maggie. La yegua asoma el hocico por la ventanilla y Carla lo acaricia despacio, dos veces, recorriendo con el dedo la preciosa mancha blanca sobre la piel alazana.

Decían que estropeaba el conjunto. Qué sabrán esos idiotas.

—¿Cuánto queda para llegar, Carmelo? —pregunta, cuando regresa al coche.

—Algo menos de una hora —dice el chófer, tras consultar el GPS—. Pero si quiere la acerco primero a casa y después llevo yo a Maggie al Centro Hípico.

Carla lo piensa durante un instante. Por tentador que resulte meterse cuarenta minutos antes en la cama, quiere ser ella la que guarde a la yegua en su box. Dormirá mejor esta noche, y pasado mañana tienen que competir. Al fin y al cabo, para eso ha desechado venir a Madrid en el avión privado, para poder acompañarla. No tendría sentido dejar a Maggie en manos de Carmelo sólo por unos minutos más de sueño.

—No, sigamos. Luego me dejas en casa.

Intenta concentrarse en la presentación que está preparando para la junta de accionistas del próximo lunes. Está satisfecha con sus resultados, aunque sabe que no será suficiente. Es la responsable de desarrollo de negocio del imperio textil de su padre, y cada año éste le exige un crecimiento sostenido. Aunque ha logrado alcanzarlo por tercer ejercicio consecutivo, su padre se quejará del escaso empuje entre las mujeres de dieciocho a veinticinco años, o de que las tiendas

crecen menos de lo esperado. Siempre encuentra algo por lo que no estar satisfecho. Pero claro, no se llega a ser el hombre más rico del mundo siendo un conformista.

Cierra el portátil, frustrada y agotada, y saca el móvil. Son más de las doce de la noche. Es muy tarde para hablar con Mario, pero sabe que Therese, la institutriz, seguirá despierta. Probablemente viendo *The Crown* en la tele grande del salón, a pesar de que lo tiene prohibido y de que ella dispone de una de cuarenta pulgadas en su propio dormitorio. Pero Carla procura no reñir al servicio por las pequeñas transgresiones. Hay que darles un poco de cuartelillo. Y Therese lleva con la familia desde que Mario nació. Casi *es* de la familia.

Le queda poca batería, menos de un diez por ciento.

Suficiente para mandar un WhatsApp, ahora lo cargaré, piensa.

Carla: Everything alright?

Therese Nanny: All smooth and quiet. U ok madam?

Carla: Heading home. Can I see him?

Unos segundos después Therese le manda una foto de Mario, tumbado en su cama, boca abajo, roncando a pierna suelta con su pijama de Spiderman, sin una sola preocupación en el mundo. Carla siente una punzada de culpabilidad por no haber estado en casa a tiempo para bañarlo y acostarlo, pero se calma enseguida. Al fin y al cabo ella se crio también con institutrices y viendo poco a su madre, y no ha salido tan mal.

El trabajo por encima de todo, piensa Carla, mientras se arrebuja en el fular y cierra los ojos un instante, sólo un instante, una cabezada...

Le despierta un frenazo seco, que hace que el portátil se le caiga del

regazo.

—¿Qué ocurre, Carmelo?

—Han cortado el camino de acceso al Centro Hípico. Según el GPS estamos a sólo doscientos metros, pero hay una señal de obras.

Carla se asoma a través del parabrisas. El lugar es un centro puntero que se inaugura pasado mañana en una urbanización nueva cerca de Las Rozas aún sin alumbrado definitivo. Afuera sólo se ve oscuridad y árboles. Los faros del Porsche iluminan un cartel de DESVÍO POR OBRAS, con sus luces destellantes.

—Ahí hay alguien —dice Carla, señalando al frente.

Una figura se acerca, con un bastón luminoso en la mano.

—Es un guardia de seguridad, parece.

Les señala hacia un camino de tierra que hay a la izquierda, casi oculto entre los árboles.

—Habrá que dar la vuelta y rodear el Centro Hípico —supone Carla.

Deja la tarea de orientarse en manos de Carmelo, y emprende por el suelo la búsqueda del portátil. Lo recoge con una mueca de disgusto, lo que le faltaba ahora, perder la presentación. Eso sería el fin del mundo.

Lo peor que podría pasarme ahora mismo, piensa.

Con el frenazo también ha ido al suelo su móvil. Ahora no puede ver dónde está. Palpa con los dedos en su busca con la mano derecha, mientras que con la izquierda se apoya contra el asiento.

¿Dónde coño te has metido?

El cuello le duele, por lo incómodo de la posición, casi paralelo al respaldo.

—¿Llegamos ya? —le pregunta a Carmelo. Sus dedos rozan la familiar forma del iPhone. Se ha colado debajo del asiento delantero. El aparato vibra, ha llegado un WhatsApp.

Casi lo tengo, piensa, estirando el brazo. *Sólo un poco más*.

—No me lo puedo creer —dice Carmelo, dando una palmada en el volante—. ¿Otro desvío?

Carla ceja en su intento contorsionista y se incorpora, ya cogerá el teléfono cuando lleguen y pueda encender la luz del techo, ahora no quiere deslumbrar a Carmelo.

—Pero ¿por dónde quieren que vayamos ahora? Si el Centro Hípico está ahí —dice Carla, señalando los altos muros, a menos de cien metros a su derecha.

Una figura ataviada con casco y chaleco reflectante se acerca, lleva otro bastón luminoso en la mano enguantada. Hace un gesto a Carmelo para que baje la ventanilla. El chófer obedece.

—Buenas noches —dice el hombre del bastón luminoso.

—Hágame el favor, ¿podría indicarme por dónde puedo acceder al Centro Hípico? Es que es tarde y la yegua tiene que dormir —dice Carmelo.

Cuando está cansado o tenso el acento de Arteixo se le acentúa, piensa Carla, divertida. *Acento se acentúa*, encantada con su juego de palabras. *Dios, qué tarde es y qué cansada estoy*. Se imagina en su cama, arropada por las mantas. Mañana le espera un día muy duro.

—Es muy sencillo, si baja del coche se lo indico enseguida.

Carmelo abre la puerta del coche, y pone un pie en el camino de tierra. El hombre del bastón luminoso lo alza y apunta con él a la oscuridad, al tiempo que se inclina hacia el chófer, como si quisiera indicarle mejor por dónde debe acceder al edificio.

—Mire, es por ahí.

—¿Dónde?

Maggie, en el remolque, se agita inquieta, relincha, piafa nerviosa.

Los caballos saben.

Carla ve brillar algo en la mano derecha del hombre del bastón un instante antes de que Carmelo lo capte también con el rabillo del ojo y se vuelva, extrañado. Tarde. El cuchillo se hunde en el cuello del chófer con un movimiento descendente y un chasquido húmedo, atravesando la prominente capa de grasa, seccionando la yugular. El desconocido sujeta con el brazo izquierdo a Carmelo contra él, usando el bastón como una palanca con la que aprisiona el pecho de Carmelo, que intenta alcanzar eso que hay en su cuello, ese elemento extraño incrustado en su interior. Catorce centímetros de acero afilado que ahora abandonan su carne, seguidos de un surtidor de sangre desoxigenada que, en lugar de acudir al corazón de Carmelo, salpica la puerta abierta del Porsche, se cuela en la guantera y empapa la

tierra.

Carmelo cae de rodillas, intentando desesperadamente parar la hemorragia, volver a meter dentro de su cuerpo la vida que se le escapa entre los dedos. Emite un sonido borboteante que poco a poco se va transformando en un chillido vidrioso.

Carla no ha abierto la boca, aunque quiere gritar, pero su garganta está atenazada por el miedo y la sorpresa, la terrible disonancia que encuentra entre el cuerpo agonizante que cae al suelo y el hombre afable, educado y cariñoso

es de la familia

que ella conoce y aprecia, y recuerda al potro de su infancia al tiempo que piensa que Carmelo ya no podrá ver más a sus nietos, a uno ella lo conoce, tiene la misma edad de Mario y una vez jugaron juntos en la finca y

Mario. Oh, Dios. Mi hijo.

Carla se da cuenta entonces de que ella es la siguiente, que el hombre del cuchillo —ya no es el hombre del bastón, ahora sólo es el hombre del cuchillo— ya se da la vuelta y comienza a rodear el Porsche, cruzando por delante de los faros, y que si quiere volver a ver a Mario tiene que hacer algo *ya, inmediatamente*, pero sus dedos no aciertan con la manija, resbalan, empapados en sudor y atenazados por el miedo, y de pronto lo logra, suena un chasquido metálico y la puerta está abierta, y el hombre del cuchillo está *ahí mismo*.

Entonces Carla empuja la puerta del coche y se arroja al exterior.

13

Una foto

—No murió aquí. —Es lo primero que dice Antonia, cuando los dos hombres vuelven al salón.

El muchacho ya no está en el sofá. Concluido el análisis de Antonia, la doctora lo había colocado en una bolsa negra con cremallera, que reposa en el suelo.

—Continúa —pide Mentor.

—Ésta es una escena secundaria. El chico no murió aquí, habría sido imposible hacerlo sin dejar rastro. El asesino se limitó a dejar aquí el cadáver y organizar un espectáculo. Para quién, no lo sé.

Jon la mira, extrañado. Algo ha cambiado en ella. Cuando llegó, era como un conejillo asustado, hipnotizado por los faros de un coche. Inspiraba ternura, pese a irradiar la sensación permanente de que no estaba del todo allí. Ahora está tranquila, serena. Está. Incluso su postura ha cambiado, los hombros algo más levantados, la barbilla erguida.

Distinta.

—Nosotros tampoco. ¿Quieres que te resuma lo que sabemos?

Antonia asiente y se apoya en la pared, con las manos en los bolsillos, expectante.

—Hace seis días recibí una llamada de arriba —cuenta Mentor, el dedo índice apuntando al cielo—. Me preguntaban si estabas lista para volver al trabajo. Dije que no lo sabía, pero que podría intentarlo. Entonces me explicaron que quizás no sería necesaria tu participación, pero que había sucedido algo grave.

—El chico había desaparecido —aventura Jon.

—Correcto. Estaba en clase, se excusó para ir al baño y no regresó. Es todo lo que sabemos. El colegio no tiene cámaras de seguridad, y

los profesores pensaron que había decidido fumarse la clase de matemáticas. Al parecer pasa con cierta frecuencia, así que el profesor decidió mandarle un email a los padres. El padre contestó casi inmediatamente diciendo que el chico no se encontraba bien, y que no iría a clase al día siguiente.

—Los padres ya lo sabían —afirma Antonia—. El que se lo llevó les había avisado de que había cogido al chico.

Jon se pasa la mano por el pelo.

—Y también les diría que no denunciaran el secuestro a la policía.

—Los padres son gente con contactos. Sabían a quién acudir. En cuanto el asesino colgó el teléfono, empezaron a moverse las piezas en los despachos de más arriba. Yo recibí la llamada tan sólo hora y media después de que el chico desapareciera.

La justicia es igual para todos, piensa Jon, que necesita urgentemente tomarse una cerveza, o diez.

—¿Y después?

—Después nos ordenaron no hacer nada. Prepararnos para intervenir si era necesario. Nada más.

Cinco días perdidos, piensa Jon. *Cinco días en los que el asesino tuvo campo libre para moverse a su antojo, y hacer lo que quiso con el pobre Álvaro*.

—Ayer a las siete de la mañana el personal de servicio descubrió el cadáver de Álvaro Trueba —interviene la doctora Aguado—. Y entonces nos pidieron que interviniéramos.

—Confiando en que tú te unieras a la fiesta —añade Mentor.

Antonia se incorpora y se acerca a ellos.

—¿Qué pasará con el chico?

—Dirán que fue meningitis. Una fiebre fulminante. Uno de nuestros médicos lo certificará.

Antonia le mira sin pestañear.

—No es así como hemos trabajado nunca, Mentor. Antes hemos torcido las reglas un poco. Nos hemos escurrido por los márgenes. Pero esto… esto no está bien.

—Quizás no estuviera bien antes, Antonia —dice Mentor, encogiéndose de hombros—. Pero luego tú te fuiste. Nos dejaste

tirados.

—No te atrevas a echarme eso en cara —dice ella, apuntándole con el dedo.

Mentor saca la fotografía de la carpeta, en la que se ve al muchacho y a su hermana en la playa y se la muestra a Antonia.

—Y tú no te atrevas a decirme que a este niño se le hará mejor justicia si su nombre aparece arrastrado en los programas de la mañana. Si los lobos despedazan cada parcela de su vida cuando sea *trending topic* en Twitter. Si su hermana crece con el recuerdo constante de lo que le pasó de verdad. A otra niña puede que le dejaran olvidarlo. Esta chiquilla —dice Mentor, golpeando con el índice en la foto— es la hija de la presidenta del banco más grande de Europa. No le dejarán que lo olvide nunca. En cada reportaje en el que salga, en cada foto que le hagan, añadirán «marcada por la tragedia». ¿Querrías eso para tu hijo?

Mentor concluye, y se queda mirando a Antonia con una bien ajustada máscara de integridad.

Jon, por su parte, está tentado de aplaudir.

El cabrón está manipulándola con material de primera clase. Una mentira tan parecida a la verdad que es casi indistinguible. Ahora comprendo a qué se refería con mierdismo. *Este tío pisaría el cuello de su abuela moribunda con tal de ganar.*

—Espera un momento, ¿tienes un hijo? —pregunta Jon, cuando el significado de la última frase que ha escuchado alcanza su cerebro.

Antonia no contesta, su mirada se ha trabado con la de Mentor.

—Dime que quien ha hecho esto no va a volver a matar —dice éste, con voz suave.

Antonia respira hondo. Tarda en contestar, y cuando lo hace, habla muy despacio.

—Una planificación exhaustiva en el secuestro. Un crimen sin escrúpulos especialmente cruento. Quien ha hecho esto es extremadamente inteligente y sí, volverá a matar. Esto es sólo el principio.

—¿Estamos ante un asesino en serie? —pregunta la doctora Aguado.

—No —responde Antonia—. Es algo distinto. Una clase de animal

diferente. Algo que nunca había visto.

Tres horas antes

Carla abre la puerta del Porsche. El hombre lanza su cuerpo contra ella, tarde. La puerta se cierra a su espalda como unas fauces hambrientas, pero Carla ya está fuera, cae sobre las manos. Sus pies no hacen suficiente contacto con el suelo, sus zapatos planos patinan sobre el terreno irregular.

No caigas, no caigas ahora.
Si caes, te cogerá.

Carla trastabilla, los músculos sin fuerzas tras tantas horas en el coche, pero logra incorporarse lo suficiente como para correr. Un paso, dos pasos, es todo lo que necesita, correr, alejarse de allí. Una mano se cierne hacia ella.

Crac, suena.

El cuerpo de Carla se detiene en seco, la respiración se corta en su garganta.

Los dedos del hombre han logrado aferrarse al fular —el sonido de la tela chasqueando es lo que ha escuchado, y no, como temía ella, su cuello rompiéndose—, y tiran hacia él.

Carla gira sobre sí misma, llevada por el impulso. La casualidad quiere que lo haga de izquierda a derecha, como las educadas y obedientes manecillas del reloj, y que su cuerpo quede libre, y el fular en manos del hombre del cuchillo, que lo deja caer y emprende la persecución.

—Ven aquí —gruñe, la voz a su espalda.

Carla rodea el *van* de Maggie, que relincha a su paso, y hace un quiebro en dirección contraria, interponiendo el remolque entre ella y su perseguidor. Al otro lado sólo hay carretera, ningún sitio adónde ir, y ella no llegará muy lejos con esos zapatos planos, casi unas

sandalias. Quitárselas no es una opción, tampoco. El camino está lleno de arena y piedras, huele a polvo y a sequedad. Descalzos, sus pies acabarían destrozados en cuestión de segundos, y su perseguidor —con sus suelas resistentes, sus piernas largas y fuertes de hombre— la alcanzaría enseguida.

Hay luces en el Centro Hípico.
Ve hacia allí, idiota,

oye en su cabeza, y la voz que le habla es la de su madre, aunque no es posible, porque su madre murió hace once meses.

Carla corre, su cuerpo rebasa el coche y entonces ve el bastón luminoso, delante de él en el camino de tierra que asciende al Centro Hípico, y no comprende cómo ha podido moverse tan rápido. Quiebra de nuevo y salta el arcén, se mete entre los árboles, nota las ramas de un arbusto partiéndose, lacerándole las pantorrillas y lamenta, no por última vez, haber elegido un vestido en lugar de unos vaqueros.

Tarde. La tela se le enreda en una rama, y Carla cae hacia delante, manoteando. Lo que detiene la caída es el tronco de un árbol, sobre el que aterriza de cara. Se oye un chasquido. No puede contenerse, suelta un quejido.

Está sangrando por la nariz. Mucho.

Me la he roto. Dios cómo duele.

Aprieta los dientes.

Sigue.

A su espalda se oyen los pasos del hombre, pesados, implacables, internándose en el bosquecillo. Pero ahora Carla tiene ventaja: unos pocos metros y la oscuridad, la bendita oscuridad. Se parapeta detrás de un árbol —es una encina, nota la corteza rugosa y gruesa en la espalda, sus manos están pringosas por la resina, el olor se mete en su nariz, leñoso y fragante—, intentando pensar qué hacer.

Llamaré a la policía.

El teléfono está en el coche,
bajo el asiento.

Cogeré una rama y le atacaré, le pillaré por sorpresa.

Es mucho más grande que tú.

Entonces correré hacia el remolque y me subiré en Maggie, picaré espuelas y galoparé como el viento.

Te cortará el paso antes.
Y necesitarás unos segundos
para abrir el pestillo y ayudar
a Maggie a bajar. Incluso aunque
montes a pelo, de una vez
y sin resbalarte, aunque logres
mantener el equilibrio, puede
subir al Porsche y perseguirte
mucho antes de que logres
encontrar la carretera principal
en la oscuridad.

La voz, que sigue pareciéndose a la de su madre, no le ha dejado más opciones.

Tienes que ir al Centro Hípico
y pedir ayuda.

—Ven aquí —repite el hombre—. Ven aquí. —Cada vez está más cerca.

El haz de una linterna escudriña entre los árboles como un tentáculo ansioso, en su búsqueda.

Carla se agacha, palpa, a ciegas. Mantillo. Ramas secas que le

desgarran las uñas. Algo pastoso que prefiere no identificar. Una piña, no, esto no sirve. Por fin su mano se cierra alrededor de una piedra, pequeña, rugosa.

Los pasos del hombre del cuchillo están casi encima de ella. Puede escuchar su respiración, rota y ronca.

Carla arroja la piedra en dirección contraria, lo más lejos que puede. No es mucho. El sonido suena lastimosamente próximo.

Ésa es toda la ventaja que tienes, aprovéchala.

El hombre del cuchillo se ha girado, el haz de luz explora, hambriento, más cerca del remolque. Carla decide quitarse los zapatos, sabe que dolerá, que dolerá mucho, pero también que hará menos ruido y ahora mismo evitar el ruido es su única forma de escapar. Echa a andar, encorvada, en dirección al Centro Hípico. Cada paso es una tortura para el alma, cada pisada parece resonar por todo el bosque, gritando ¡*estoy aquí, cógeme*!

A la tortura mental se une el dolor físico cuando las agujas de pino que alfombran el suelo comienzan a clavarse en la planta de los pies, en el espacio, suave y vulnerable, entre los dedos. El dolor acumulado y reiterado es, paradójicamente, más soportable que el individual que produce un solo pinchazo, y Carla deja que la adrenalina tome el control. La lucidez absurda que nos invade, a veces, en los momentos de mayor pánico, le hace remedar una frase que aprendió en la universidad.

Un pinchazo es una tragedia, mil pinchazos son estadística.

Veinte metros más adelante se acaban los árboles y allí están los muros del Centro Hípico, a tiro de piedra, al final de una cuesta llena de arbustos secos y restos de materiales de obra.

No hay camino. No hay puertas.
Tendrás que rodear el muro.

Pero estaré expuesta. Podrá verme.

Cerca de la esquina visible hay unas cuantas vigas de acero y sacos

de arena. Si corre hasta allí, podría usarlos como escondrijo antes de doblar la esquina.

Serán ochenta metros. Quizás menos. En la universidad hubieras logrado hacerlo en doce segundos. Un esprint glorioso, con los brazos doblados en ángulo recto, los dedos extendidos y cara de velocidad.

Carla palpa sus pies descalzos y maltrechos, llenos de heridas. Arranca como puede algunas de las agujas, aunque otras se han metido entre la piel y el músculo y se han partido, harán falta unas pinzas, un baño de agua caliente con desinfectante y un millón de tiritas.

Cuando llegue a casa. Cuando llegue a casa. Voy a llegar a casa esta noche. Voy a besar a mi hijo esta noche.

Se incorpora un poco y mira hacia atrás, pero no ve ni oye rastro del hombre del cuchillo. Quizás lo haya perdido. Quizás se haya cansado y marchado a su casa. Quizás los percebes aprendan a cantar esta primavera.

Sale al camino, despacio, intentando pisar con cuidado, y comprende ahora, en carne propia, que la traicionera cama de agujas de pino era un paraíso en comparación con el terreno pedregoso, que le dobla los tobillos y envía espasmos de dolor a su cerebro cuando las piedras, rugosas y afiladas, entran en contacto con su piel. Cada paso es un sufrimiento en tres tiempos. Primero, la anticipación del dolor que va a sentir, con el pie aún en el aire. Segundo, el dolor que causan las heridas que ya tiene al entrar en tímido contacto con el suelo. Tercero. El dolor auténtico, real, cuando todo el peso del cuerpo cae sobre el pie, y tiene que apretar los dientes fuerte para no romper a gritar.

Cincuenta pasos.

Veinte.

Voy a conseguirlo.

Entonces los faros del Porsche, que apuntan al muro en ángulo recto a la posición donde ella se encuentra, se mueven. Carla se apresura,

saca fuerzas del único lugar que le queda: el deseo inquebrantable, casi físico, de estar de nuevo en casa con su hijo.

El coche se desplaza e ilumina a Carla justo cuando logra alcanzar los sacos de arena. Se acuclilla detrás, se encoge.

No me ha visto. No ha podido verme.

El coche se acerca, se detiene.

Carla escucha cómo se abre la puerta.

—Ven aquí —dice el hombre del cuchillo. No debe de estar ni a seis metros—. Ven aquí, o bajaré y degollaré a tu caballo.

Es una yegua. Es una yegua, y se llama Maggie.

Carla intenta hacerse diminuta, aprieta la cabeza contra los sacos de arena, como si quisiera fundirse con ellos y desaparecer. Pero eso no va a ocurrir.

—Ven aquí —repite el hombre del cuchillo—. Ven aquí, ahora. O degollaré a tu caballo.

Y Carla aprieta los puños, y grita de miedo y de frustración.

No lo hagas. Sólo es una yegua,

dice la voz de su madre.

No puedo permitir que le hagan daño. Es *de la familia*.

Y entonces se pone en pie, y el hombre del cuchillo está ya a su lado, echándose sobre ella, con su respiración ronca y sus brazos fuertes, y Carla nota el metal en el cuello, y el mundo desaparece.

14

Una furgoneta

—Está bien —interviene Jon—. Empecemos por lo que sí sabemos.

Jon y Antonia están sentados en el MobLab, comparando sus notas, mientras la doctora Aguado —despojada ya de su mono, vestida con vaqueros y jersey— teclea en su MacBook, con los cascos puestos. La música está muy alta, alguna clase de rock extranjero que Jon no consigue identificar.

El interior de la furgoneta tiene espacio para que cuatro personas trabajen con comodidad. A través de la puerta abierta, Jon puede ver a Mentor, organizando a un equipo de tres hombres vestidos con monos azul oscuro que han venido en otra furgoneta negra sin ventanas. Sacan cajas de metal y bolsas de plástico que apilan sobre el terrazo blanco que cubre el acceso al garaje de la mansión. Aunque Jon no escucha lo que Mentor les dice, tiene claro cuál será el cometido de los recién llegados: borrar toda huella de lo sucedido en la casa.

—El chico desapareció en el colegio, antes de que acabaran las clases. Los padres pidieron ayuda casi inmediatamente, de forma discreta.

—El asesino habló con ellos —afirma Antonia—. Después, nada hasta ayer por la mañana, en el que el cadáver del muchacho aparece, como por arte de magia, en el salón de casa de sus padres. ¿Por dónde empezarías tú si esto fuera un caso de los tuyos?

Jon sonríe con amargura. Los casos en los que él trabaja son apuñalamientos por cuestiones de drogas, putas que se esfuman (con suerte, a otros pastos; sin suerte, debajo de ellos), coches que desaparecen de aquí y aparecen, quemados, allá. Vidas de mierda que culminan en actos de mierda.

—Éste no es un caso de los míos.

—Inténtalo, al menos.

El inspector Gutiérrez enuncia una lista rápida. Informes financieros de los padres; registros bancarios y de tarjetas de crédito, los familiares, amigos y gente del entorno; teléfono, ordenador del muchacho; entrevistas con testigos potenciales. Eso sería lo primero que pediría.

—Nada de todo eso sirve —admite Antonia—. Los padres no son gente normal. Sus informes financieros nos tendrían atrapados durante meses. No hay testigos, más allá del profesor que dice que el chico se levantó para ir al baño.

—Quizás haya alguien que viera algo y no lo haya contado. O no lo sepa. Podríamos ir al colegio.

Antonia señala fuera, adonde Mentor da órdenes y gesticula.

—No te dejaría. No es así como hacemos las cosas. Además, a los seis minutos de que estuviésemos en el colegio uno de los chavales subiría nuestra foto a Instagram. Al cuarto de hora aparecerían los periodistas.

Jon se pega una palmada en el muslo, exasperado.

—El secretismo no va a ayudar a encontrar al asesino de ese chico. Las cosas no se hacen de esta forma.

—La policía no hace las cosas de esta forma. Nosotros no somos la policía. La policía es lenta, segura, predecible. Es un elefante que agacha la cabeza, se fija una meta y arrasa todo a su paso. Nosotros somos otra cosa.

Yo sí soy la policía, piensa Jon. *Lento, confiable. Pero no un elefante, no estoy gordo*.

Luego sigue la dirección de la vista de Antonia, que vuelve a indicarle la puerta del MobLab, y a Mentor, que aguarda fuera, ahora ocupado en hablar por teléfono.

Jon, frustrado, se niega a darle la razón. Se siente como si le hubieran arrojado al Nervión con la ropa puesta y dos pesas atadas a los pies.

—No sé si quiero jugar a vuestro juego.

—Yo no te lo he pedido —dice Antonia—. Por mí, puedes irte

cuando quieras.

—Ojalá eso fuese verdad.

—Si estás aquí es porque cometiste un error.

Quizás un ratón, atrapado por una trampa que acaba de cerrarse con un sonoro chasquido, con la espalda partida y el queso fuera de su alcance podría explicar mejor que Jon la broma macabra que el destino parecía querer jugarle.

—Está bien. Nosotros no somos un elefante. ¿Qué somos?

—Nosotros cogemos lo que hay, y nos apañamos.

—¿Y qué hay que podamos usar?

Antonia vuelve a repasar mentalmente todos los elementos del caso, uno por uno. El cadáver, manipulado pero sin pistas. Una escena preparada. Elementos de la casa empleados como parte del perturbado propósito del asesino.

Puede verlo colocando el cuerpo, una sombra negra que se mueve, con total precisión. Que entra y que sale de una urbanización impenetrable.

—Cuando un ser humano mata a otro siempre es un caos enorme —dice Antonia—. Hay sangre por todas partes. Sillas volcadas, muebles rotos.

Y dientes, y cristales y botellas desparramadas, piensa Jon, que ha visto lo que pasa cuando el hombre es lobo para el hombre.

—Pero eso es algo que tenemos en contra. Dijiste que el asesino mató al chico en otro sitio, y por eso no hay pistas.

—No hay huellas, ni pelos, ni fibras. Tampoco se dejó el DNI encima de la mesa de la cocina.

—Hubiera sido un detalle por su parte.

—Pero te equivocas, sí es algo que podemos usar. Sabemos que dejó un mensaje, o hay razones suficientes para pensarlo. El aceite en el pelo del chico.

—El salmo veintitrés. ¿Un motivo religioso?

—No lo sé. Pero sabemos que se esforzó mucho por dejar ese mensaje y que lo hizo sin cometer errores. Y eso nos habla más acerca de él que lo contrario. Mira esto.

Antonia busca en su iPad y le muestra una foto. No es bonita.

—¿Un caso antiguo? —pregunta Jon, intentando no apartar la mirada.

—De los primeros.

En la imagen se ve a una mujer muerta en un dormitorio. La ropa de cama está deshecha y llena de manchas oscuras. La cara de la víctima está cubierta por una funda de almohada.

—Un asesino en serie. Sevilla, hace años. Tres víctimas antes de que lo cogiéramos. Ésta es la tercera, aunque fueron todas similares. El asesino era el dueño de un bar de carretera en Écija.

—El asesino de las Tijeras. Lo recuerdo. ¿Fuiste tú la que le cogió? —dice Jon, con repentino respeto.

Antonia le dedica una sonrisa indescifrable que parece pintada por Da Vinci.

—Historial de abusos sexuales y malos tratos desde el instituto. Asuntos feos, pero se iba librando.

—Hasta que un día el angelito decidió subir el listón.

—Era un tipo astuto. Intentó cubrir sus huellas lo mejor que pudo, por eso logró pasar del primer crimen. Si no hay más asesinos en serie en España es casi siempre porque cometen errores y les cogen antes de que lleguen a la víctima número dos. Éste era listo. Aun así, observa la escena.

—Es un desastre.

—Caos. Un estallido de violencia mientras él obtiene lo que quiere, el objeto de su placer y de su deseo. Los cortes en el cuerpo de ella no son limpios, vacila antes de clavar las tijeras. Y cuando acaba... la culpa, el remordimiento.

—Por eso le tapa la cara —dice Jon, señalando la foto.

Antonia toca en el brazo a la doctora Aguado, que se quita los cascos y la mira con cara de interrogación.

—Puede poner en las pantallas las fotos de la escena, ¿por favor?

La forense asiente y echa mano del ratón. Un instante después los siete monitores de treinta pulgadas que cubren una de las paredes del MobLab comienzan a mostrar en bucle las fotos que ha tomado Aguado. Muestran el salón, las habitaciones, y, por supuesto, el sofá y la víctima.

—¿Qué es lo que no ves? —pregunta Antonia.

—No hay culpa, ni remordimiento.

Antonia no continúa. Tiene la mirada clavada en el carrusel de fotografías, sus pupilas van de una a otra. Jon espera, paciente, pero intuye que algo no va bien. A los ojos de Antonia ha asomado de nuevo el mismo brillo tembloroso que tenía antes cuando estudiaba el cadáver, acuclillada en el salón.

—¿Estás bien?

Una eternidad después, Antonia parece registrar la pregunta. Pero elige contestar otra, una que se está haciendo a sí misma.

—Todo es artificial —dice—. Esto no es por...

Se para en mitad de la frase, muy despacio.

Como si le hubiesen quitado las pilas, piensa Jon.

La doctora Aguado se interpone entre Antonia y él, le ofrece algo. Antonia le aparta la mano.

—No. Debo pensar.

—Será más fácil así.

—He dicho que no. Márchese.

—Señora Scott...

—He dicho que se marche —dice Antonia, la voz dura y chillona. Un diamante rayando vidrio.

Aguado se incorpora, incómoda, se alisa los vaqueros, se tira de las mangas del jersey.

—Voy a salir a ver si Mentor necesita ayuda —dice, como si se le acabara de ocurrir.

Jon espera hasta que la forense haya saltado de la furgoneta, y sólo entonces se incorpora en la silla y se inclina hacia Antonia.

—Has dicho que es artificial.

Antonia le mira, el esfuerzo para comunicar sus pensamientos es visible en sus ojos.

—No es por el chico. Esto es por algo más. Es por poder.

—¿Poder? ¿Qué clase de poder?

—El asesino cree que lo ha pensado todo. Pero se equivoca. Nos ha dejado dos... dos...

—¿Dos qué?

Antonia agacha la cabeza. Cuando la vuelve a incorporar, gruesas lágrimas le corren por las mejillas.

—Lo siento. Creía que podría. Pero no puedo.

Y, poniéndose en pie, sale de la furgoneta.

15

Un avión

Es sólo un punto en el cielo de la mañana.

El Bombardier Global Express 7000 había despegado del aeropuerto de La Coruña cuando aún era de noche, y tenía previsto iniciar la aproximación de descenso en Madrid justo después del amanecer. Aunque el dueño y único pasajero a bordo del avión verá aparecer el sol junto a su ventana antes que los habitantes de la capital de España.

—Señor, quedan dos minutos —avisa el piloto por el intercomunicador de la aeronave.

Ramón Ortiz no levanta aún los ojos de los papeles que uno de sus ayudantes le entregó en mano en la escalerilla del avión. Incluyen el informe de ventas del día anterior, problemas en la apertura de una nueva tienda en Singapur y otros asuntos menores. No puede estar pendiente de todo como le gustaría, pero ha hecho correr el rumor —que él mismo ha llegado a creerse— de que no hay detalle, grande o pequeño, que escape a su control. Le gusta presentarse de improviso o llamar a alguna de las tiendas, preguntar por la encargada (cuyo nombre le pasan convenientemente antes) y charlar de trivialidades. Sabe que luego se lo contará a todo aquel con el que se cruce. Así se crean las leyendas, con muy poco.

A sus ochenta y tres años, Ortiz ha recorrido un largo camino desde que era un mocoso que regresaba a casa caminando durante cinco kilómetros por una carretera nevada con los zapatos en la mano para no destrozarlos. Porque no había otros.

Entre el cuero duro de aquellos zapatos y la suave piel de anca de potro que recubre los asientos de su avión privado ha habido muchos amaneceres. Pasa la mano por el reposabrazos, con apreciación no exenta de cierta desazón. La piel es excelente, sin duda. Aunque el lujo

desorbitado sigue resultándole, aun después de tantos años, ajeno. Como si fuera de prestado. Fue su hija Carla quien insistió en que personalizaran los asientos con esa piel en concreto, a juego con el sofá Chesterfield que aún conserva en su casa y que le acompaña desde la apertura de su primera tienda, hace cuatro décadas.

Ramón había enarcado la ceja ante el gasto, que subiría la factura del avión —35 millones de euros— en otros cien mil. Pero con Carla no hay forma de discutir. Todo lo salda con un:

—Calla, calla, que vas a ser el hombre más rico del cementerio.

Y, por supuesto, será verdad. Le entierren donde le entierren.

—Un minuto, señor —dice el piloto.

Ramón le ha instruido para que le avise siempre del instante en que el sol va a hacer su aparición. No quiere perdérselo, enfrascado en su trabajo. Sabe que el piloto hace un poco de trampa, pues el avión asciende ligeramente para que la predicción se cumpla en el momento preciso. Uno de los privilegios de ser el hombre más rico —aún sobre la tierra, y no bajo ella— es que puede elegir la hora a la que amanece.

Se quita las gafas de leer, que caen sobre su pechera, sujetas por la cadena que lleva al cuello, y se recuesta para ver el espectáculo. Pero una vibración sobre la mesa de caoba maciza le distrae. Está sonando su móvil particular, que dispone de cobertura wifi gracias a la conexión vía satélite del Bombardier. Otros cincuenta mil euros de sobrecoste, además de cincuenta euros el minuto de conexión. Otro gasto que no protestó.

—No querrás perderte una llamada importante mientras estás volando —había dicho Carla.

Teniendo en cuenta que sólo un puñado de personas tienen ese número, Ramón sabe siempre que, si suena, es importante. Por eso aparta, a su pesar, la vista de la ventanilla.

Es una llamada de FaceTime de audio. La foto de Carla le saluda desde la pantalla. Raro en ella, que no suele despertarse temprano, y menos aún llamar a esas horas.

Descuelga.

—¿Qué haces con el ojo abierto?

La voz que le contesta no es la de Carla.

—Buenos días, señor Ortiz.

—¿Quién es? ¿Cómo tiene este número?

Una voz, grave, seca, le explica con todo lujo de detalles por qué tiene ese número de teléfono y por qué llama desde el FaceTime de su hija.

—Oiga, como le haga usted daño...

—Ya le he hecho daño, señor Ortiz. Y le haré más. Y usted no podrá impedirlo. Y ahora cállese —le interrumpe.

Y Ramón Ortiz escucha. Y cuando el sol sale y le da de lleno en la cara, no presta atención, porque en su interior está creciendo la oscuridad. Y cuando el hombre que tiene a su hija interrumpe la comunicación, Ramón Ortiz se queda, por primera vez en su vida, sin saber qué hacer.

—Cinco días —es lo último que le ha dicho.

Cinco días.

Durante unos largos minutos, Ramón Ortiz se devana los sesos. Ni siquiera es consciente, tal es su estado de nervios, de que han aterrizado y de que el piloto le indica que ya puede bajar del avión.

Ramón toma una decisión. Busca en su agenda de contactos un número de teléfono. Uno que, como el suyo, está al alcance de muy poca gente.

Un número de teléfono que nunca creyó que tendría que usar.

16

Una cama de hospital

La abuela Scott está decepcionada.

A Antonia le da igual.

—Estoy decepcionada, niña —dice la abuela Scott.

—Me da igual —responde Antonia, sin dejar de rascar con la lima.

Está en la habitación 134 del Hospital de la Moncloa. El iPad está sobre la mesa, y Antonia intenta arreglarse las uñas como buenamente puede. Las elecciones de iluminación en la 134 son dos: penumbra decimonónica o pupilas abrasadas. Por suerte, Antonia cuenta con sus propios medios. Se ha traído un flexo de casa. De hecho, se ha traído muchas más cosas. Casi toda su ropa, para empezar. Una cómoda, una plancha, una cafetera Nespresso y una cantidad indeterminada de productos de belleza e higiene que ocupan casi todo el suelo del cuarto de baño. Entrar en él es una versión del juego del Buscaminas, salvo que con cremas para la celulitis y mascarillas para el pelo.

Tampoco es que Marcos vaya a usar el baño en un futuro próximo.

—Necesitas salir de ahí.

—Dijimos una noche.

—No llevo la cuenta de lo que dijimos —miente la abuela Scott—. Pero sabes que seguir encerrándote en ti misma no te hace ningún bien.

La parte buena de comunicarte con alguien a través de una videollamada mientras te haces las uñas es que puedes esconder los ojos sin que la otra persona pueda hacer nada al respecto.

—Estoy bien.

Su mantra desde que era una niña. Para alguien como ella, que percibía todo a su alrededor (la frialdad de su padre, la enfermedad que su madre le ocultó hasta que sólo pudo llorarla, la incomodidad

de todos los que se encontraban ante aquella niña rara y menuda), es irónico lo poco que se ha esforzado siempre en transmitir nada.

Claro que estaba hablando con la abuela Scott. Y a la abuela pocas cosas se le escapan. Es tan perceptiva que es capaz de deducir que el hecho de que su nieta viva prácticamente en la habitación de hospital de su marido comatoso; que no tenga medios de ganarse la vida; que apenas hable con nadie que no sea ella es lo contrario de estar bien. Se ha dado cuenta ella sola, sin ayuda de nadie.

La sabiduría de los ancianos.

—Mírame a la cara cuando te hablo, niña.

—Tengo las uñas hechas un desastre —dice Antonia, que está a dos pasadas de empezar a limar el hueso.

Durante un momento dulce y efímero Antonia cree que la abuela va a dejar el tema. Error. La pausa se debe a que está dándole un sorbo a su té Darjeeling (con tres terrones) y engullendo una pasta de mantequilla. Es diabética, pero vive según sus propias normas.

—Ya ha pasado suficiente tiempo. He estado aguantando tus excusas, tu autocompasión, tus lágrimas. Ya no más. Tienes un trabajo en el que eres muy buena, un trabajo en el que puedes cambiar las cosas. Un trabajo en el que no te aburres.

Si las cosas fueran tan fáciles.

La abuela tiene razón en algo. Lo que Antonia hace —lo que hacía— es algo que nunca creyó posible. Para ella los desafíos se quedaban siempre cortos, como descubrió de adolescente. Cualquier disciplina del conocimiento que abordaba se le volvía de un gris plomizo a las pocas semanas. A diferencia de otros superdotados, que casi siempre optaban por el campo de la física o de las matemáticas, donde el raciocinio puro les ofrecía recompensas intelectuales, a Antonia no le gustaban los números. No era que no se le dieran bien. Podía calcular una raíz cuadrada de nueve dígitos sin usar lápiz ni papel, en pocos segundos. Pero a disgusto.

Hay muchas personas que, a esa edad complicada en la que el cuerpo cambia y el mundo se hace inmensamente grande, piensan que jamás podrán ser amadas. Antonia también entraba en esa categoría, por supuesto. Además de eso, ella creía que jamás podría encontrar

nada que le interesara realmente, que le obligara a poner todo su cerebro y sus sentidos al servicio de una tarea.

Lo primero quedó invalidado cuando conoció a Marcos.

Lo segundo, cuando conoció a Mentor.

Con ambos había conocido el amor, un amor distinto. El primero le había dado amor, el segundo le había dado algo que amar. Por supuesto, donde hay amor hay ingentes, interminables, cantidades de sufrimiento.

El que causas, el que te causan.

—Abuela —dice Antonia, dejando a un lado por fin la lima y el quitaesmalte—. Lo he intentado, te lo prometo. Pero es muy duro. Te quema por dentro.

—Antes podías.

—Antes era antes y ahora es ahora.

—Cuando ocurrió lo de Marcos...

—No ocurrió sin más, abuela.

—Ocurrió —dice la abuela Scott, incorporándose y meneando el dedo frente a la pantalla. El dedo acusador, inflexible de la abuela. Claro que no sabe bien dónde mirar y el dedo acaba apuntando en otra dirección, así que el efecto se pierde un poco—. No fuiste tú quien disparó.

—Sigo siendo la responsable.

—No, no lo eres. Entiendo que cuando pasó lo de Marcos, te quedaste tocada. Pero tienes que seguir adelante. ¿No quieres volver? Me parece bien. Búscate otro trabajo.

Antonia no se ve poniendo cafés en un bar ni ejerciendo su brillante título de Filología —que obtuvo únicamente para quitarse de encima a su padre— como profesora de Lengua en un instituto.

Lo cual nos deja con un bonito dilema.

Disyuntiva, conflicto, alternativa, duda, argumento cornuto, callejón sin salida. Para algo sí que sirve la licenciatura en Filología. Acabas conociendo un montón de sinónimos para definir una situación de mierda.

—Abuela... —empieza a decir Antonia.

Y luego se calla, porque, en realidad, no tiene gran cosa que decir.

Porque por inane que se le antoje la vida, tiene que vivirla. Ojalá supiera cómo.

—Ya ha pasado suficiente tiempo. Deja de esconderte —termina la abuela.

Corta la comunicación, y de la pantalla del iPad desaparece su rostro, dejando sólo el de Antonia, confuso y desorientado. Justo lo último que Antonia desea ver ahora.

Apaga la tablet. En los últimos tres años no ha tenido muy buena relación con su rostro. Nunca se mira en un espejo después de anochecer, si puede evitarlo.

Ya ha pasado suficiente tiempo.

Antonia contempla al hombre tendido en la cama. La cara, antes de rasgos tan afilados que te podías cortar sólo mirándolos, es ahora una máscara de cera, pálida y sin vida. El pelo, negro, grueso y largo en otro tiempo, está ahora lacio, tan fino que podría partirse con un soplo de aire. Los labios, los labios que con sólo rozarla le hacían *kilig* (una palabra en tagalo que significa «cuando sientes mariposas en el estómago por la felicidad») están secos y agrietados. Sus músculos, duros y fibrosos, ya no son sino un mero testimonio, un recordatorio doloroso de lo que ya no es.

Antonia le coge la mano, y encuentra consuelo.

Las manos no han cambiado. Ya no manejan el cincel, ya no le apartan de la cara el flequillo rebelde, ya no se ahuecan sobre sus pechos, ya no le arropan por la noche cuando se destapa, pero siguen siendo sus manos. Dedos nudosos, palmas cuadradas. Manos de hombre, manos de escultor.

De él, del Marcos que ella ama y añora tanto, sólo quedan esas manos y un corazón fuerte. Un corazón que sigue latiendo 76 veces por minuto. A veces ella se queda mirando el electrocardiograma, con su molesto y constante *bip, bip, bip*, hasta que el agotamiento vence y se queda dormida en el sofá de cortesía que ha sido su única cama en las últimas mil ciento dieciséis noches. Luego, durante el día, vuelve a su piso, que ha vaciado completamente de todo lo que le recuerde a su marido, para estar sola y ejecutar su ritual. El ritual que la mantiene cuerda. Los tres minutos al día, los únicos tres minutos, en los que se

permite pensar en abandonarlo todo, el sufrimiento y la culpa y la cárcel de su privilegiada mente.

Antonia Scott sólo se permite pensar en el suicidio tres minutos al día. Tras haber pasado en vela la noche anterior, no tiene fuerzas, ni ganas de volver al piso y regresar para dormir con Marcos, así que se dispone a conseguir su miserable cuota de paz allí mismo.

Se quita los zapatos.

Adopta la posición del loto en el suelo.

Cierra los ojos.

Vacía los pulmones.

Llaman a la puerta.

17

Un sándwich mixto

—No tienes buen aspecto.

El inspector Gutiérrez está en la puerta de la habitación, con una sonrisa y un café de máquina en la mano. Su elegante traje italiano de lana fría está tan arrugado que parece que no haya acabado de salir de la oveja. Lleva los pelos de la coronilla levantados. Tiene aspecto de haber dormido en el coche, porque ha dormido en el coche.

—¿Cómo me has encontrado? —dice Antonia.

—Puede que no sea el hombre más inteligente del mundo, pero sigo siendo policía.

—Sólo quiero estar sola.

—Y yo sólo quiero hablar contigo.

—No puedes entrar.

—No lo pretendía. Odio los hospitales.

—A nadie le gustan los hospitales.

Antonia le cierra la puerta en las narices.

Jon está tentado de volver a llamar, pero tiene el suficiente buen juicio para sentarse a esperar en un banco junto a la fuente de agua. Mata el rato leyendo un cartel escrito en elegante Comic Sans que avisa de que las infecciones contraídas en el hospital son la tercera causa de muerte en España y anima a usar el bote de gel antiséptico clavado en la pared. Jon aprieta el émbolo del dispensador que está, faltaría más, vacío.

Antonia sale al cabo de unos minutos. Se ha puesto los zapatos y se ha colgado al hombro su bolsa bandolera.

—Vamos a la cafetería.

Jon la sigue al piso de abajo, en silencio. Un policía tiene sus trucos. Uno de los más útiles es dejar que hablen otros cuando tu media de

sueño en las últimas noches es de tres horas y cuarto.

Antonia se sienta a la barra. El camarero la saluda con una sonrisa deslavazada que reserva para los habituales y le sirve, sin preguntarle, una Coca-Cola Light de lata y un vaso con un hielo anémico y solitario.

—Y, ¿para usted? —le pregunta a Jon.

—Yo lo mismo, pero en un vaso limpio, por favor.

El camarero le dedica una mirada asesina y elige con sumo cuidado el vaso que ha salido más turbio del lavavajillas.

—Ponnos dos mixtos con huevo, Fidel.

—¿Comes siempre aquí? —le pregunta Jon.

—La cena, siempre. Suelo comer en casa.

El inspector recuerda los túpers resecos de la entrada con una mueca de disgusto. Cuando el sándwich mixto llega, Jon comprueba que en el hospital se apegan a la tradición. La plancha debe llevar sin limpiar desde que la compraron.

—Unas verduras te vendrían bien.

Por toda respuesta, Antonia se da un sarcástico paseo con la mirada por los ciento y pico kilos de policía que están haciendo crujir el taburete. Le lleva un rato.

—Yo no estoy gordo, lo que estoy es fuerte. Aunque te voy a confesar una cosa —dice, bajando la voz, como si fuera a hacerle partícipe de un gran secreto—. Me gusta comer.

—A mí tanto me da. Tengo anosmia.

Jon eleva una ceja, pidiendo desarrollo.

—Significa que no puedo oler nada.

—¿Nada de nada? ¿Como cuando estás acatarrado?

—Es de nacimiento. Sólo puedo percibir los sabores muy fuertes, como el dulce y el salado. El resto me sabe casi todo a cartón.

—¿Y si cortas cebollas? ¿No lloras?

—Lloro como todo el mundo. No tiene nada que ver con el olor, es que se te meten las moléculas de azufre de la cebolla que reaccionan con la humedad de tus ojos produciendo ácido sulfúrico.

—Qué putada —dice el inspector. Y lo dice en serio. Sin darse cuenta, porque es un trozo de pan, y porque cuando se le enternece el

corazón no piensa mucho, pone su enorme manaza en el antebrazo de Antonia y le da un apretón.

Jon no es muy fan de los vídeos de gatos, pero hay una variedad que le hace mucha gracia: ésos en los que sus malnacidos dueños ponen un pepino detrás del animal, de forma que, cuando el felino se gira, pega un salto de medio metro, con todo el cuerpo en tensión. Su instinto lo ha confundido con una serpiente.

La reacción es bastante parecida a la que tiene Antonia cuando Jon le pone la mano en el brazo. El taburete cae al suelo, con un gran estrépito. La media docena de personas que hay en la cafetería se giran en dirección al espectáculo.

—Lo siento —intenta disculparse Jon. Se agacha a recoger el taburete al mismo tiempo que Antonia, y los dos se dan un cabezazo.

Idiota, idiota, idiota. Mira que te han dicho que no la toques nunca.

—No me toques nunca —dice Antonia, sujetándose la frente, allí donde se ha golpeado—. Madre mía, eres macizo, siento que me he dado con una pared.

—Cada uno usamos la cabeza para una cosa. La mía vale para allanar puertas.

—Y que lo digas.

Fidel aparece con unos cuantos cubitos de hielo envueltos en una servilleta. Sólo para ella, claro. A Jon también le duele, pero le da vergüenza pedir más y lo deja pasar.

El incidente no parece haberle quitado el hambre. Sujetando el hielo con una mano contra la frente se termina el sándwich con la otra. Y las patatas fritas de bolsa que les han puesto de acompañamiento. Y se pide otra Coca-Cola.

Tácticas de dilación. Está esperando a que hable yo, piensa Jon. *Pero al juego de quién es más cabezón es muy difícil ganar a uno de Bilbao*.

Así que se queda callado, acabando su propio y grasiento sándwich con bocaditos pequeños y educados.

—Vale, ¿qué es lo que quieres? —dice Antonia, cuando se cansa de esperar a que el otro empiece.

—Pues, chica, sinceramente, volverme a mi casa con mi madre, que está insoportable mandándome WhatsApps para ver cuándo regreso,

que me necesita para mover la cómoda. Cada vez que veo en su estado *Escribiendo*... sé que en media hora más o menos voy a tener lío.

—¿Está enferma, o algo?

—Sólo de apego. Quiere que la lleve al bingo Arizona. A ella sola le da vergüenza cantar las líneas.

—Teniendo en cuenta que yo no voy a continuar, enseguida dejará de echarte de menos.

Jon asiente, con una sonrisa agotada.

—Tu amigo el conspirador ya me ha liberado —dice, y es verdad. Mentor le ha dicho que ya no está obligado a quedarse. Claro, que también le ha contado otra cosa. Una que lo cambia todo.

Antonia le mira, suspicaz.

—Entonces ¿a qué has venido? ¿A despedirte?

—No. He venido a saber qué es lo que quieres tú.

—Ya te lo he dicho. Quedarme aquí con mi marido. Y antes de que digas nada —advierte, viendo venir la pregunta en los ojos de Jon—, te aviso de que no es un tema del que me guste hablar.

—Lo entiendo. ¿Y qué pasa con Álvaro Trueba?

Ella se lo piensa durante lo que parece una semana y media, más o menos. Luego se lleva el vaso a la boca para acallar su conciencia. Claro que es de Coca-Cola Light, así que no queda como en las películas.

—No es mi problema. El chico está muerto, y nada va a cambiar eso.

—Y el que lo hizo está suelto por ahí.

—Puede que nunca volvamos a saber de él.

Jon sorbe fuerte por la nariz y mira para otro lado.

—Ya, bueno, ahora que lo dices...

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca la foto. La pone sobre la barra. Rubia teñida, ojos marrones y grandes, pómulos marcados. Más cerca de los treinta que de los cuarenta. Un aspecto corriente, como cualquier universitaria que esté empezando su vida laboral y haya comenzado a prosperar. No mira a la cámara, y en su sonrisa hay una timidez escueta. También un cierto calor humano, aún más escueto.

Antonia cree haberla visto en alguna parte. De pronto recuerda. Una revista de papel cuché que encontró tirada en uno de sus vagabundeos por el hospital. Una mujer, montada a caballo, con pantalones claros y cara de concentración.

—¿Es quien yo creo?

—Carla Ortiz —confirma Jon en voz baja, tras asegurarse de que el camarero está al otro extremo de la barra, enfrascado en el fútbol que están emitiendo por televisión—. La heredera del hombre más rico del mundo.

Antonia parpadea varias veces, mientras asimila la información. Luego deja escapar un suspiro cansado, con el que quiere alejar de sí lo inevitable, sin conseguirlo.

—¿La han...? ¿La han encontrado?

—No. Sabemos que ha desaparecido, junto a su chófer y a su yegua favorita. Ayer por la tarde salió de La Coruña en coche, destino a Madrid, pero nunca llegó.

—Podría haber tenido un accidente.

—El padre recibió una llamada del secuestrador esta mañana temprano.

Detrás de los ojos de Antonia se mueve maquinaria de gran tonelaje. Jon ya lo ha visto antes. La deja hacer.

—Podría ser nuestro hombre.

No «el mismo hombre», piensa Jon. *Ha dicho «nuestro hombre». El que nos ha tocado en perra suerte. Con lo bien que estaría yo camino de vuelta a Bilbao, me cago en todo lo que se menea*.

No necesita ya hacer la pregunta, pero la hace de todos modos.

Y Antonia Scott responde lo único que puede responder.

SEGUNDA PARTE

CARLA

Mentiras que ganan juicios
tan sumarios que envilecen
el cristal de los acuarios
de los peces de ciudad.

JOAQUÍN SABINA / PANCHO VARONA



1

Un inconveniente

—Tenemos que estudiar cómo abordamos la situación —dice Mentor.

Les ha citado en la plaza de París, en los jardines que hay junto al Tribunal Supremo. De jardines sólo tienen el nombre, porque aparte de cuatro setos mal puestos, lo único que crece allí son piedras. Mentor se ha sentado a esperarles en un banco junto a una farola. Ya es noche cerrada, y los otros únicos visitantes del parque son un hombre y su perro, que va olisqueando el suelo.

—¿Qué hay que estudiar? —se queja Jon—. Subimos, hablamos con él, y nos ponemos a trabajar.

—Me temo que va a haber inconvenientes.

—Ha venido alguien más —dice Antonia. No es una pregunta.

Mentor hace un gesto de exasperación.

—El señor Ortiz hizo una llamada a una persona adecuada, y esa persona adecuada nos llamó a nosotros. Pero su abogado se ha puesto nervioso y le ha puesto a él más nervioso. Así que los de la USE están ahí arriba, y ahora quien está nervioso soy yo.

La Unidad de Secuestros y Extorsiones de la Policía Nacional, piensa Jon, con una punzada de envidia. *Un cuerpo de élite. Tipos duros, profesionales*.

—Entonces ¿qué? ¿Lo dejamos en sus manos y nos vamos a casa?

—Trabajaremos como hemos hecho siempre antes de que llegara a nuestras vidas, inspector Gutiérrez. Ustedes se quedan en un lado, sin molestar. Y sin abrir la boca de más.

—¿A qué se refiere? —pregunta Jon, molesto.

—Se refiere a que nosotros no sabemos nada del otro caso —le aclara Antonia.

El caso del chico asesinado en La Finca, simplemente, no existe. Para ser una unidad creada para evitar la competencia y el secretismo entre distintos departamentos de Policía, no se nos da nada mal replicar los viejos vicios.

—No hay otro caso. Éste es el único caso —reitera Mentor, con énfasis en una larguísima *u*—. ¿Han comprendido?

Antonia asiente y Jon la imita de mala gana. Si se confirma lo que sospechan y la misma persona está tras la desaparición de Carla Ortiz y el asesinato del muchacho, tendrán que jugar según las normas.

—¿Usted no viene? —le pregunta a Mentor.

—Tengo llamadas que hacer. Pásenlo bien y no hagan ruido. Ah, por cierto, Scott…

Antonia le mira.

—… me alegro de que estés de vuelta.

Antonia se vuelve sin contestar. Cuando ella se aleja, Mentor le da a Jon una minúscula cajita metálica.

—¿Qué es esto? —dice Jon, agitándola—. Suena como una maraca.

—Usted guárdelo. Son para ella.

—¿Cápsulas? ¿Cuándo se supone que se las tengo que dar?

Mentor le guiña un ojo.

—Cuando ella se las pida.

El piso está a un par de minutos andando, en la calle General Castaños. Un ático de mil metros cuadrados, reformado con las más altas calidades por el estudio de arquitectura de Enrique Barrera. Con un salón precioso y acogedor. Y todo eso lo averigua Jon sin necesidad de subir, con un par de *clics* en el navegador de su móvil, mientras esperan abajo junto al telefonillo para que les permitan el acceso. Todas las fotos están en una famosa revista del corazón. El resto, en el Instagram de Carla Ortiz.

La vida de esta gente es un escaparate permanente, piensa Jon. *Y una vía de entrada. Con cada foto que suben, abren una puerta a los tarados. ¿Es que no se dan cuenta?*

La última foto que había subido Carla Ortiz la muestra a ella junto a

su hijo en la terraza de aquel piso, tras el que se veía perfectamente el edificio del Supremo. Cualquiera de sus 228.000 seguidores con dos dedos de frente y acceso a Google Maps tardaría menos de diez minutos en ubicar la dirección exacta.

Al menos el niño está de espaldas. Al menos eso lo ha hecho bien.

La puerta del portal se abre. Jon y Antonia suben al ático en ascensor, tras pasar junto a un guardaespaldas que les saluda con una seca inclinación de cabeza. Otro aguarda en la entrada del piso —el único de la planta— con la puerta abierta.

Un poco tarde para tanta seguridad.

En esta casa no hay un Rothko colgado de las paredes, pero la impresión que se lleva Jon al entrar es que podría haberlo. El suelo es de microcemento gris y los muebles de madera decapada, estilo industrial. En las paredes cuelgan fotografías de paisajes en blanco y negro, y algunas de Carla y su hijo. Sin hombres. El recibidor se abre a un salón inmenso y a una televisión de 82 pulgadas. Al otro lado, una chimenea.

De ésta a aquella da zancadas inquietas un hombre bajo, fuerte —*rechoncho* es la primera palabra que le ha venido a Jon a la mente— y calvo. Vestido con su sempiterna camisa blanca remangada, ahora tan empapada de sudor en las axilas que las manchas húmedas casi se juntan en el pecho. No les saluda al entrar, apenas les mira, indiferente ya al desfile de desconocidos.

En el sofá, con los portátiles y las grabadoras en marcha, están los dos agentes de la USE que se identifican como capitán José Luis Parra y cabo Miguel Sanjuán. El tal Parra —cabeza afeitada, perilla, apretón de ciclado macho alfa— parece el jefe.

—Ustedes son los observadores de los que me han hablado mis superiores —dice. Su voz es profesional, pero su mirada trasluce lo poco que le gusta tener compañía.

—No les molestaremos —dice Jon, apoyándose en la pared—. Continúen, por favor.

—El señor Ortiz ya ha hecho su declaración y está exhausto —interviene un hombre canoso, trajeado y de voz meliflua, que está de pie y cruzado de brazos en mitad del salón. Se parece a Michael Caine,

sólo que sin una pizca de humanidad. Jon no tiene que esforzarse mucho para deducir que es el abogado.

—Señor Torres, sé que es tarde y que están agotados después de un día lleno de ansiedad, pero créame, no tenemos gran cosa por dónde empezar. Si no nos ayuda a crear una lista de sospechosos, poco podremos hacer.

—No importa —dice Ortiz.

—Ramón —le advierte el abogado, bajando la voz—. Ya sabes lo que ha dicho el médico.

Baja la voz, pero lo suficiente para que nos enteremos todos. Mi cliente es un octogenario, no le aprieten muy fuerte o se romperá.

—Y yo he dicho que no importa. Ya has oído a estos señores. Las primeras horas son cruciales.

—Necesitamos una lista completa de personas con acceso a su hija, señor Ortiz —dice Parra—. Y, sobre todo, una lista de gente que quisiera hacerle daño.

—¿Qué hay de su ex marido? —pregunta Sanjuán. Es un tipo de barba espesa y gafas, que muerde con insistencia el extremo del boli Bic y que mira a su jefe antes de abrir la boca.

—¿Borja? No ha sido él —responde Ortiz.

El divorcio del tenista de medio pelo y la hija del multimillonario después de sólo tres años de matrimonio había sido sonado en las revistas del corazón, aunque Jon recordaba haber leído que había sido de buen rollo y mutuo acuerdo.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque es un monicaco sin pelotas. Si no tuvo agallas para pelear por mi hija durante el matrimonio, aún menos para hacer algo así.

—Tengo entendido que firmó un contrato prematrimonial.

—Le ha salido redondo. Cinco mil euros al mes, de por vida, por largarse y cerrar la boca.

¡*Toma mutuo acuerdo*!

—Quizás esa cantidad le parezca poca. Al fin y al cabo su hija es...

—Lo único que tiene que hacer es estar cada dos fines de semana disponible para ver a mi nieto —interrumpe Ortiz, al que incomoda que le recuerden que su hija va a heredar ochenta mil millones de

euros—. Con el que se porta muy bien, por cierto. Además ayer tenía un torneo en Ibiza. No ha sido él.

Parra y Sanjuán se miran de reojo. Jon se da cuenta de que están pescando. Sabían perfectamente que no había sido el ex marido, pero ahora están agitando a Ramón Ortiz a ver qué pasa.

—Quizás haya podido contar con la colaboración de alguien —sondea Parra.

—Oh, por el amor de Dios —dice Ortiz, apoyándose en la silla. Parece faltarle el aliento durante un instante.

—Señores... —dice el abogado Torres, acudiendo para coger del hombro a su cliente.

Ortiz se lo quita de encima, con suavidad pero con firmeza. Su rostro está congestionado, pero no piensa detenerse.

—¡No es él! El hombre que me llamó era otra persona, y desde luego no sonaba como alguien que pudiera ser amigo de Borja.

—Quizás sería bueno que nos relatara la conversación completa —dice Antonia, hablando por primera vez.

Todos se vuelven hacia ella.

—Ya hemos pasado por ahí. Mañana les daremos un resumen de la declaración del señor Ortiz —dice Parra, señalando su ordenador—. Volviendo a la lista de sospechosos...

—Será bueno que lo escuchen un par de oídos nuevos —interviene Antonia de nuevo.

—Señora... como se llame —protesta Parra—, tenemos mucho terreno que cubrir, y ya ha visto que el señor Ortiz está agotado.

—Entendemos que es un esfuerzo excesivo para el señor Ortiz repetir la conversación —dice Jon, con su tono de voz más inocente y considerado.

Parra le fulmina con la mirada, pero ya es tarde.

—No es ningún esfuerzo. Sólo estoy cansado —dice, por supuesto, Ortiz—. Recibí la llamada en el móvil a las 6.47 de la mañana de hoy.

—¿Por teléfono?

—Por FaceTime de audio. Carla suele usarlo mucho, dice que es más seguro. Yo no entiendo de estas cosas.

—¿Que le dijo el secuestrador?

—Era un hombre con voz grave, que me dijo que tenía a mi hija Carla en su poder. Le dije que no le hiciera daño, y me dijo que ya se lo había hecho. Y que le haría más y que no podría impedirlo.

—¿Dijo algo más?

—Me dijo su nombre. Me dijo que se llamaba Ezequiel.

Carla

Lo primero que llega es el dolor.

Una punzada aguda, insufrible, que lo llena todo. Que le hace gritar.

Chilla durante lo que se le antoja una eternidad, con toda la fuerza de sus pulmones. Es un sonido desgarrador, primario. Aún no hay miedo —eso vendrá después—. Sólo la necesidad imperiosa de que el dolor cese cuanto antes.

No cesa.

Amaina cuando logra incorporarse un poco. Estaba tendida sobre la nariz rota, con los brazos extendidos, desmadejada. Cuando se mueve, los huesos nasal y frontal se rozan y ella lo siente en el interior de su cara, casi oye, el chasquido rasposo, antinatural.

No puede ver nada. La oscuridad es sólida.

El miedo no llega aún. El dolor punzante se ha retirado, pero ha dejado a su hermano pequeño, el martilleo. Ahora su rostro es como el parche de un tambor que recibe una percusión constante, inclemente, y que irradia ese dolor hacia los ojos, el nacimiento del pelo, las orejas, la mandíbula, en oleadas regulares.

Carla solloza ahora, bajito, mientras su cerebro intenta asimilar de dónde procede ese dolor y cómo gestionarlo. Intenta sentarse, pero la afluencia repentina de sangre a la cabeza incrementa la agonía.

Cálmate. Cálmate.

Vuelve a tenderse, esta vez boca arriba, y con eso parece que el tamborileo se suaviza. No mucho, pero deja hueco al resto de sensaciones.

Carla nota la boca árida y amarga. La sangre, ahora seca, le ha pegado los labios entre sí y a la cara externa de los dientes.

Duele cuando los despega.

Un dolor pequeño, manejable, que le hace olvidarse durante un dulce momento del otro dolor. Como cuando uno deja de mirar al

tigre en la habitación porque un ratoncillo se ha cruzado correteando entre ambos, y, tan pronto el roedor desaparece por un agujero en el rodapié, el tigre demanda su alimento, con una sonrisa afilada y un por dónde íbamos.

No es la sangre, sin embargo, lo que amarga la boca de Carla. El sabor a hierro y a pila de petaca está ahí, en la punta de una lengua hinchada, algodonosa y seca. El resto de ella, el paladar, los carrillos, están colonizados por un sabor químico y desagradable, ajeno.

Tengo algo dentro.

Sus brazos y sus piernas no parecen pertenecerle, se han convertido en provincias independientes y adormiladas a las que envía órdenes que son respondidas a regañadientes. Su estómago es una minúscula y apretada bola de ácido, en la que algo pugna por salir. Carla deja escapar un eructo, sonoro y seco como un disparo, repleto de los mismos efluvios extraños que pueblan su boca. Tras el aire, abiertas las compuertas, sigue el contenido del estómago, que no es gran cosa. Carla vomita saliva y bilis, sin poder contenerse, dos, tres veces, hasta que los retortijones se detienen.

Entonces el recuerdo la alcanza. El desvío. El hombre del cuchillo. La persecución en el bosque. El pinchazo en el cuello, cuando ella se rindió.

No.

No.

La realidad de su situación se abre ante ella con una espantosa claridad. La peor situación.

Es entonces cuando llega el miedo.

2

Una evidencia

—¿Eso fue todo?

Ortiz no contesta enseguida. Busca la ayuda de su abogado con la mirada durante una fracción de segundo, aunque se contiene. El gesto no pasa inadvertido a Jon, que sabe reconocer a un mentiroso cuando lo ve.

—Sí. Luego colgó.

—¿No planteó exigencias, no dijo que volvería a llamar?

—No —dice Ortiz, tajante.

Demasiado tajante.

—Volverá a llamar. Siempre llaman —dice Sanjuán.

—Ha dicho que no sonaba como alguien que pudiera conocer al ex marido de su hija —interviene Parra, decidido a volver a llevar la conversación a su terreno—. ¿A qué se refería?

—Era un hombre con una voz dura. Parecía... implacable. Lo contrario de Borja, vamos.

He aquí a un hombre encariñado con el ex de su hija. Pero por otro lado, ¿quién lo está?

—Su hija no conoce a nadie llamado Ezequiel, ¿verdad?

—No, que yo sepa. Ni yo tampoco.

—Trabajaremos con la presunción de que es un seudónimo, no un nombre real.

Se nota que son un cuerpo de élite, piensa Jon.

—¿Alguna pregunta más que quiera hacer sobre la llamada de teléfono, o podemos seguir por dónde íbamos? —pregunta Parra, volviéndose hacia Antonia.

Ésta murmura una disculpa y algo sobre tener que ir al cuarto de baño. Nadie le presta atención.

—Sigamos, entonces. Su hija desapareció ayer entre las diez de la noche y esta madrugada. La última constancia que tenemos de ella es el momento en el que su chófer…

—Carmelo —dice Ortiz, reanudando su paseo nervioso por el salón—. Es como de la familia.

—En que su chófer, Carmelo Novoa Iglesias, para a repostar en una gasolinera en Villanueva de los Caballeros, en Valladolid. Hay un registro en la tarjeta de crédito de Carmelo de setenta y ocho euros. Gasolina, dos botellas de agua y un paquete de regaliz. Hemos pedido a la gasolinera las imágenes de seguridad, para comprobar si en ese momento Carla iba con él a bordo del coche.

—¿A qué se refiere?

—¿Desde cuándo conoce a Carmelo Novoa, señor Ortiz? —dice Parra, inclinándose hacia delante en el asiento.

—Ahora entiendo —responde el empresario—. Como no pueden echarle mano a mi ex yerno, ahora van a por Carmelo. ¿Cuántas veces tengo que decirle que el secuestrador es un desconocido?

—Señor Ortiz… entenderá que tenemos que buscar dentro del entorno. Cuando hay un caso de desaparición, el setenta y ocho por ciento de las veces el responsable pertenece al ámbito familiar. Por eso siempre empezamos por los más allegados y vamos ampliando el círculo.

—No es un caso de desaparición. Es un caso de secuestro.

—Un secuestro sin exigencias. Que sepamos —añade Parra.

Éste se huele algo, piensa Jon. *Igual el cachitas tiene algo de cerebro dentro de esa cabeza pelada, después de todo*.

—Suponemos que las harán más adelante —interviene el abogado, ante el silencio de Ramón Ortiz—. Ustedes mismos lo han dicho.

—Sí. Sí que es verdad que lo hemos dicho, sí. Entonces ¿usted diría que el chófer, el señor Carmelo Novoa, es una persona de confianza?

Se huele algo, y va mareando la perdiz alrededor del viejo, a ver si comete un error. Porque sabe que no se lo está contando todo. El viejo truco.

—De toda confianza.

—Hemos enviado a un compañero de La Coruña a hacer alguna

indagación sobre el señor Novoa —dice Parra, mostrando una ventana de WhatsApp abierta en su móvil—. Me cuenta que es un asiduo del Casino Atlántico.

Ortiz no responde.

—¿Sabía usted algo?

—Señores, mi cliente no tiene por qué tener conocimiento de...

—Sí, lo sabía —interrumpe el empresario—. Está controlado.

—Al parecer va varias noches por semana. Blackjack, sobre todo.

—También lo sé.

—Y tiene deudas de más de cien mil euros.

El abogado Torres alza la cabeza con sorpresa al escuchar aquello, y mira a Ortiz con preocupación.

Ortiz se para, se apoya en la chimenea, se muerde la cutícula del pulgar.

—No me siento cómodo hablando de esto.

—Lo entiendo, señor Ortiz. Pero es importante —insiste Parra.

Tras una eternidad haciéndose la manicura a bocados, Ortiz acaba por responder.

—Carmelo tuvo una crisis cuando murió su mujer. Treinta y un años casados. Le dio por las cartas.

—¿Y acudió a usted?

—Acudió a mí hace unos meses. Ya le he dicho, es de la familia. Soy el padrino de su nieto mayor, por el amor de Dios.

—¿Le dio usted dinero?

—No, claro que no —dice el empresario—. No habría sido buena idea.

—Para usted esa cantidad no es gran cosa, ¿verdad?

—El patrimonio de mi cliente es irrelevante en este caso, capitán Parra —interviene el abogado.

—Salvo que no lo es, ¿no?

Ortiz agarra uno de los adornos que hay sobre la chimenea —una bola de cerámica en delicados tonos chocolate y naranja, salida de una de sus tiendas de la división Hogar— y lo estrella contra el suelo. El crujido de la loza desintegrándose parte en dos el silencio incómodo que se había producido tras la aseveración de Parra, y lo convierte en

un silencio glacial y físico.

—Soy rico —dice Ortiz, con el rostro desencajado—. Tengo dinero, muchísimo. Podría haber hecho que se esfumaran los problemas de Carmelo con un simple gesto, sí. En lugar de eso, le ofrecí mi apoyo. Le busqué ayuda. Le dije que seguiría trabajando con nosotros durante el resto de su vida. Que es lo que se hace con alguien de tu familia. Carmelo es de la familia.

—Su negativa a darle dinero, una cantidad que para usted es insignificante, sería humillante para él. Y eso podría haber desencadenado el resentimiento. En un viaje de seis horas por carretera hay muchas oportunidades. Sólo tenía que apartarse en un área de servicio con cualquier excusa, reducir a su hija y después pedirle a un cómplice que llamase por teléfono.

El rechazo a lo que dice el policía comienza a ceder. Ortiz no es un hombre dado a reconocer errores. No lo era cuando era un veinteañero pobre, y ahora mucho menos.

—Es decir, que yo tengo la culpa —dice el empresario, con un último arrebato de indignación—. Está acusándome de ser el causante de la desgracia de mi niña.

—Yo no he dicho eso, señor Ortiz. Sólo queremos que abra los ojos a la evidencia.

Y Ortiz abre los ojos, y con la evidencia se le desploman los hombros, y el aire se le escapa de los pulmones. Parece a punto de echarse a llorar, y no para de masajearse el brazo izquierdo con el derecho.

—No me encuentro muy bien —musita.

El abogado se acerca a él y le pone las manos en los hombros.

—Aguanta —le dice al oído—. El médico está esperando.

Y a los demás:

—Señores, esta reunión ha concluido.

Parra y Sanjuán se ponen en pie de mala gana. No parecen muy contentos con el desarrollo de los acontecimientos.

—Necesitaremos acceso al ordenador de Carla, las contraseñas...

—No dispongo de esa información, pero ayudaremos en lo que podamos —dice Torres, interponiéndose entre ellos y Ortiz—. Yo me

encargaré personalmente.

Antonia maniobra para salvar la barrera que representa el abogado y se acerca al empresario.

—Una cosa más, señor. ¿Dónde está su nieto?

Ortiz la mira, como si intentara entender quién es esa mujer y qué está haciendo en casa de su hija. Cuando habla, su voz parece venir desde un millón de kilómetros de distancia.

—Mi nieto ha sido trasladado a un lugar seguro. Fuera de España. No quiero que esté aquí si todo esto acaba saliendo en los periódicos.

—Por nosotros no será, señor Ortiz —dice Parra.

Por nosotros, ni te cuento, añade Jon, para sus adentros.

Carla

Un golpe —metálico, atronador— interrumpe los gritos.

Ha perdido la cabeza durante un rato, no sabe cuánto. Es vagamente consciente de haber buscado a ciegas una salida, pero no hay ninguna. Dominada por la ansiedad, pidió auxilio hasta quedarse ronca, hasta que apenas pudo extraer un jadeo desfallecido de los pulmones. Entonces había sonado el golpe, retumbando alrededor de Carla con un eco sordo e impreciso.

—No me gusta que grites —dice alguien, cuando el eco enmudece.

Es una voz grave. Una voz de hombre.

—Señor. Oiga, señor. Necesito ayuda —contesta Carla, con un hilo de voz.

Silencio.

—Señor… ¿me oye? —insiste Carla, forzando al máximo su garganta. Suena como un fuelle al final de su recorrido.

—Te he oído. No me gusta que grites.

—Señor, necesito salir de aquí. Tiene que dejarme salir, por favor. Tengo miedo a la oscuridad.

—Dime la contraseña de tu correo electrónico.

Carla está mareada. Hace mucho, mucho calor. No puede respirar bien, apenas hay oxígeno. Necesita salir de ahí como sea.

—¡Déjeme salir! ¡Quiero salir!

Se echa hacia delante, gateando, en busca de una salida en la negrura, con las manos extendidas. Sus dedos encuentran algo sólido, metálico. Al apoyarse en ello, cede un poco y luego vuelve a su posición.

Una puerta. Es una puerta.

De rodillas, apoyada en la plancha metálica, Carla comienza a golpear con insistencia. Las palmas de sus manos apenas arrancan tímidos susurros al metal.

—¡Abra! ¡Abra, por favoooooor…!

La última sílaba de la súplica se resquebraja en un sollozo cada vez más débil. Carla se deja caer, de espaldas, contra la puerta de metal, sin dejar de llorar.

Entonces viene el segundo golpe. Al estar Carla apoyada en la plancha —con los hombros, con las manos, con la cabeza—, retumba por todo su cuerpo. Los oídos le zumban, el diafragma se le comprime, el dolor de la nariz se multiplica, se muerde la lengua por el sobresalto.

—No me gusta que grites y tampoco me gusta que llores.

Carla quiere gritar de nuevo, todo su cuerpo le pide gritar de nuevo, pedirle, *exigirle* a ese hombre que la deje libre, *inmediatamente*. Pero el agotamiento, el dolor, y algo más le dicen que espere.

Y eso hace, en silencio, apretando los puños para no gritar.

—¿Ya estás más tranquila?

—Sí —susurra Carla.

—Dime la contraseña.

Carla abre la boca para contestar, y de nuevo hay algo que la retiene. Es una voz que ya ha oído antes. En el bosque.

No digas nada.

Me matará.

No digas nada. Si le das la
contraseña, tendrá acceso a TODO.

Si me hace daño, la tendrá de todos modos.

Entonces negocia. Él quiere algo,
tú le pides algo.

—La contraseña —repite el hombre.

—No.

—Dame la contraseña o entraré ahí y te mataré.

La amenaza hace encogerse de nuevo a Carla. La respiración se le acelera.

Es un farol.

—No va usted a matarme. Si me mata, no tendrá la contraseña.

Silencio.

—Puedo entrar y hacerte daño hasta que me la digas.

No puedo. No puedo. Tengo que decírselo.

No te rindas tan fácil. Siempre te has rendido demasiado fácil.

Carla aprieta los puños, menea la cabeza adelante y atrás, intentando pensar por encima del dolor.

Está bien. Está bien.

—¿Cómo se llama? Yo me llamo Carla. Mi nombre es Carla —repite, porque ha escuchado en algún sitio, o leído, quizás, o visto en alguna película, que hay que conseguir que el

Dilo. Secuestrador. Violador. Asesino. Elige una.

hombre que puede hacerte daño, que te vea como una persona. Que te humanice. Que sepa que no eres sólo un cuerpo, que no eres un objeto.

—Ya sé cómo te llamas.

—Y usted, ¿cómo se llama?

Silencio.

—Puedes llamarme Ezequiel.

—Ezequiel... Yo me llamo Carla. Déjeme salir y le daré dinero. Puedo hacerle una transferencia ahora mismo. Luego me deja salir. Le juro que no diré nada de lo que ha pasado.

—No quiero dinero. Quiero la contraseña.

—Está bien. Deme agua, entonces.

Silencio.

—Me darás la contraseña si te doy agua. —No es una pregunta.

Un silencio más largo, al final del cual Carla oye un chirrido metálico en la puerta.

—Ahí la tienes.

—¿Dónde está? ¡No puedo ver nada!

Se oye un *clic*. Un rectángulo de luz se recorta en la oscuridad, en el suelo, al final de la puerta.

En su centro hay una botella de agua de medio litro.

El brillo que desprende es irreal, un recordatorio de que a su alrededor no hay más que negrura. Carla se arroja sobre ella. El plástico cruje bajo sus manos ansiosas cuando quita el tapón y se lo lleva a la boca. Se bebe la mitad de dos largos tragos. Caen en su estómago, vacío y débil, como dos puñetazos. Vuelven los retortijones, y Carla vomita casi todo el líquido en el suelo sin poder contenerse.

—Ya tienes tu agua. Ahora, la contraseña.

Carla se aproxima al rectángulo de luz. No debe medir más de un palmo de alto y dos de ancho. Intenta asomar la cara por él, arrodillada. Logra ver, al otro lado, unas botas, iluminadas por una linterna. El haz le hiere los ojos. Alza una mano e intenta ver algo a través de los dedos.

—Espere un momento. Hablemos, podemos... puedo...

El rectángulo de luz desaparece, con un repiqueteo metálico. Carla oye un chasquido al otro lado. Un pestillo, quizás.

No. No.

—¡Déjeme salir! —dice, golpeando de nuevo en la puerta.

—Has pedido agua a cambio de la contraseña. Dímela.

Carla, confusa, llora, desesperada.

No se la digas. Si se la dices, no te
quedará nada con lo que negociar.

—Por favor...

Esta vez son tres golpes, en rápida sucesión, furiosos, los que

atronan el mundo de Carla. Sus tímpanos tañen, reverberan, la puerta se agita. Carla se hace una bola en el suelo, encogiendo las rodillas, tapándose los oídos con las manos.

Entre lágrimas, empieza a recitar la contraseña.

3

Un masaje

Antonia y Jon intentan marcharse discretamente en el ascensor, pero cuando llegan al portal del edificio se encuentran a uno de los hombres de la Unidad de Secuestros bloqueando la puerta.

—No nos vas a dejar pasar, ¿no?

El policía niega con la cabeza, señala detrás de ellos, se cruza de brazos. Cuando se vuelven, ven a Parra con el rostro encendido. Ha bajado las escaleras de dos en dos.

—¿Se puede saber de dónde salís vosotros? —dice, encarándose con Jon.

—Vamos a calmarnos, capitán, que aquí somos todos amigos —dice Jon, sacando la placa del bolsillo de la chaqueta y poniéndosela a la altura de los ojos.

Parra ni se molesta en mirarla.

—Ya sé quién eres, inspector Gutiérrez. Lo que no sé es qué está haciendo un poli de tercera categoría metiendo la nariz en un caso de primer nivel. Mi caso, por cierto. ¿Y ésta quién es?

Antonia se encoge un poco ante la agresividad del capitán. No puede moverse, el otro policía ha dado un paso adelante y la intimida por la espalda.

—A ésta ni le hables. Y tú, échate atrás —avisa Jon—, que igual te llevas una hostia.

El otro retrocede un milímetro o dos.

—Te he preguntado que quién es.

—Qué más te da. Te han avisado que veníamos, ¿no? —dice Jon, guardándose la identificación.

—Me lo han dicho de arriba, sí. Que venían dos observadores.

—Pues eso hacemos, observar. ¿Es que no te gusta que te miren?

Jon le imprime a las últimas palabras el toque justo de pluma y de mala baba como para que el muy heterosexual capitán José Luis Parra, padre de familia y orgulloso portador de un polo con el escudo de España bordado en la manga, se altere.

—Escúchame, mariconazo…

Jon tensa todo el cuerpo, listo para recibir el puñetazo que ve venir en los ojos de Parra, pero éste no llega. Lo que llega es la voz de Antonia.

—Capitán Parra, soy Antonia Scott. Trabajo en análisis de crímenes de perfil alto con la Interpol.

Jon se queda de piedra. Antonia ha untado su voz con sirope y su sonrisa con purpurina. La viva imagen de la concordia. Incluso le tiende la mano a Parra. Ella, que huye del contacto físico como un autónomo de una inspección de Hacienda, con la mano extendida.

Por suerte para Antonia, Parra no parece dispuesto a estrechar manos. Mira hacia abajo —le saca casi treinta centímetros de altura— con incredulidad.

—¡Tú qué vas a ser de la Interpol!

Antonia echa mano de su bandolera y saca de uno de los bolsillos una identificación. Ésta sí que la acepta el capitán Parra, estudiándola con extrañeza.

—Ya —dice, dándose golpecitos en la palma de la mano con la identificación de Antonia—. ¿Y qué pinta aquí la Interpol, preciosa?

—Formo parte de un gran proyecto que estamos preparando a nivel mundial. Criminales que escapan a las características normales, y nuevas maneras de enfrentarse a ellos. Hace tiempo que pedí trabajar con usted y con los especialistas de la USE. Cuando supimos que estaban trabajando en una desaparición tan importante, me subí al primer avión con destino a Madrid.

Si hay algo que un macho alfa como éste adora es que le masajeen el ego, piensa Jon.

—Estudiar sus métodos nos dará una información valiosísima para los cuerpos de policía de todo el mundo —continúa Antonia—. No todos los días se puede trabajar con una unidad que tiene un ochenta y siete de efectividad en los últimos seis años.

Menudo magreo, chica.

Parra se mordisquea el labio inferior con cautela. Está tentado de creérselo.

—Ochenta y ocho coma tres de efectividad, en realidad. ¿Y éste? —dice señalando a Jon.

—El inspector Gutiérrez me ha sido asignado como enlace. En estos momentos se encuentra en una etapa de transición profesional.

—Suspendido de empleo y sueldo, más bien. ¿Qué tal la putita, Gutiérrez? Creo que te sacó el ángulo bueno.

Jon tiene en la punta de la lengua varias réplicas que incluyen a la madre, a la mujer y a la hermana —si la hubiere— del capitán Parra. Pero es el momento de tragársela.

—La cagué. Y aquí me tienes, haciendo de niñera.

—Sé que nuestra presencia es algo desacostumbrado, capitán, pero créame, sólo queremos ver cómo lo hacen. Y quizás aportar un granito de arena.

Parra asiente, muy serio, intentando recoger cable sin que se note lo complacido que está.

—Que sea un granito pequeño. Como estorbéis lo más mínimo, os vais a tomar por culo, Interpol o no. Y nada de hablar con testigos sin que yo me entere y haya uno de mis hombres delante, ¿estamos?

—No se nos ocurriría —dice Antonia.

Parra se vuelve hacia Jon, que le pone ojos de corderito.

—Lo que ha dicho ella.

—Pues hala, a dormir —dice el capitán, como quien manda a acostar a dos niños de preescolar—. Mañana por la mañana pasaos por Jefatura y ya os pondrá alguien al día.

Ezequiel

Soy, esencialmente, una buena persona, escribe el hombre, en su cuaderno. Siempre lo lleva consigo. Nada especial. Es una libreta como la que tiene cualquier escolar, 3,95 euros en el supermercado.

He cometido errores, como todo el mundo. No soy perfecto. Me dejo llevar por mis impulsos, a veces. Cometo actos impuros, de pensamiento, casi siempre, a veces de obra. Cuando no puedo evitarlo, cuando no queda otro remedio, porque la carne es débil, por muy fuerte que intentemos sujetarla. Cuando eso pasa me siento sucio y avergonzado enseguida, y a veces pierdo los estribos. Siento una pesadez opresiva en las manos y en la cara, y no puedo dormir bien. Estoy irritable.

El hombre arranca la hoja, la coloca sobre el cenicero y le prende fuego a una esquina. El papel empieza a arder, despacio al principio, más deprisa en cuanto la llama alcanza el borde superior. La lengua voraz busca sus dedos, cada vez. Nunca lo logra.

El infierno ansía mi carne, escribe el hombre en una nueva hoja. *Pero hay medios para evitarlo. La confesión, que limpia nuestra alma y nos prepara para el cielo, donde Jesús nos espera con los brazos abiertos. Pero la confesión, los sacramentos, no son todo. Es imprescindible tener la voluntad firme de arrepentirse y hacer la voluntad de Dios sobre la Tierra. Y ser buenas personas. Yo soy una buena persona*.

Para de escribir, pues no logra concentrarse. Su letra, pulcra siempre, redonda y clara, le sale hoy abigarrada, delgada como patas de araña. No logra obtener el placer, simple y honesto, que deviene naturalmente de la posibilidad de transcribir los propios pensamientos con buena y sincera caligrafía. Ni, por descontado, la paz de espíritu. Cuando era un niño, Padre le enseñó a hacerlo. Era un hombre rudo, era un hombre recio, pero también era un hombre sabio. Conocía el modo de limpiar del alma los actos que la ensuciaban cuando no había un sacerdote cerca. Sólo había que escribirlos en la hoja y mandársela

a Dios, como Abel ofrecía su sacrificio. Y su humo asciende recto hacia el cielo.

Padre escribía y quemaba una hoja cada noche. A veces incluso desnudo, con los nudillos aún inflamados, recuerda. *Y la serenidad que quedaba en su cara, cuando el pecado se esfumaba*.

Quiere escribir acerca de ese recuerdo, pero le es imposible.

Carla Ortiz está gritando de nuevo.

He ahí un claro ejemplo de egoísmo e ingratitud. Le ha dado el agua que le pidió, a pesar de que no tenía por qué hacerlo. Podría haberle sacado la contraseña del ordenador a golpes. De golpes él sabe.

El hombre aborrece la violencia, porque no es de buenas personas. Le horroriza emplearla, y cuando lo hace —cuando no queda otro remedio— tiene que correr a escribir una hoja de confesión cuanto antes. Quiso evitarlo buscando una solución pacífica, y aquí está el resultado. No hay buena acción que quede sin castigo.

Se levanta y golpea la puerta empleando una llave de tubo. Dos veces. Su prisionera se calla enseguida.

Vuelve a su mesa. Está satisfecho consigo mismo.

No ha cometido errores esta vez. El hombre no es un criminal, no lo ha sido nunca. Siempre ha tenido un trabajo honrado. No estaría haciendo esto si no le hubieran obligado. Si le hubieran dejado otra opción.

Por eso está satisfecho de no haber cometido errores.

El punto más difícil en un secuestro es siempre la comunicación con los familiares. Los móviles, los emails, todo es susceptible de ser rastreado. Pero él siguió los pasos que le habían explicado antes de llamar al padre. Emplear un servidor VPN anónimo que enmascaraba su dirección antes de conectarse a internet, desconectar el ordenador inmediatamente. El resto de la operación ha sido pan comido. Matar a la yegua, para que sus relinchos no llamaran la atención, fue lo único que le costó. No le gusta hacer daño a un animal inocente. Por eso apartó la mirada cuando le seccionó la médula espinal. Después ocultar el coche entre los árboles, desenganchar el remolque.

Es entonces cuando se da cuenta del error que ha cometido. Uno muy grave.

Uno que va a tener que solucionar cuanto antes, ahora mismo.

4

Un argumento

Antonia da seis fuertes zancadas por delante de Jon, en dirección al coche, que había dejado aparcado en doble fila en la calle Génova, casi a la altura de la plaza de Colón. Jon le concede a su compañera unos metros de ventaja. Total, la llave la tiene él. Y sabe reconocer a una mujer enfadada por detalles sutiles como ir pisando el suelo como si fueran cráneos enemigos.

Se suben al coche, se ponen el cinturón. Jon sujeta el volante, las manos a las diez y diez, y se queda mirando al tráfico que baja de Castellana al paseo de Recoletos. Son casi las tres de la mañana, así que no es mucho.

Otro dato importante que conoce Jon sobre las mujeres es que cuando están muy calladas y muy cabreadas necesitan que les preguntes por qué están tan calladas y tan cabreadas.

—¿Qué te pasa?

Jon espera un «nada», el top ventas de las respuestas de las mujeres a esa pregunta, pero en lugar de eso obtiene una respuesta sincera.

—Esa pelea de machos sobraba.

Bonita forma de darme las gracias.

—El machote es él, guapa. Que yo como pollas.

—Los dos ibais de machotes. Todos los hombres sois iguales, comáis lo que comáis.

Jon guarda silencio, maldice internamente, hace examen de conciencia, se rasca el pelo. Sigue sin ver en qué se ha equivocado.

—Tenía que defenderte, ¿o no te das cuenta? Pretendían intimidarnos. Y a mi compañera no la intimida ni Dios.

—Si quiere, Parra nos puede poner las cosas muy difíciles.

—Ya lo sé. Y si dejamos que nos achiquen, nos convertirán en

recaderos o nos dejarán fuera. Ya puede venir el ministro de Interior a decírselo, que tú a uno de estos superpolis no le mangoneas.

—La solución era la mano izquierda, ya lo has visto.

—La solución... ¿Te crees que se lo ha tragado? Sí, es verdad que se ha puesto hinchado como un pavo con tu numerito, pero en cuanto se desinfle, volverá a comportarse como un gilipollas. No le gusta que estemos aquí.

—Estoy acostumbrada a trabajar de esa forma.

—Pues yo no. Es mi primera vez. Y mucho menos teniendo que ocultar información que es crucial para el caso.

—Es la misma razón por la que no podemos permitir que nos dejen a un lado.

—¿Y por qué no le contamos todo a Capitán Musculitos? ¿Que sospechamos que la misma persona que tiene a Carla Ortiz ya ha secuestrado y matado antes, y que están más perdidos que un pulpo en un garaje?

Dios, eso sería fantástico, piensa Jon, relamiéndose por dentro al imaginar la cara del capitán Parra en semejante situación.

—No se lo vamos a contar.

—¿Por qué?

—Porque Mentor nos ha pedido que no lo hagamos.

—Mentor, ¿el señor que te ha arrastrado contra tu voluntad a este cenagal de mentiras, para que hagas algo que no quieres hacer?

Antonia parpadea asombrada.

—Sí, él —dice, tan impermeable al sarcasmo como siempre.

Jon bufa con exasperación.

—Quiero decir que no tienes por qué seguirle el juego en esto.

—Tiene sus motivos.

—Esa mierda del pistolero solitario y de que nosotros busquemos justicia para el chico desangrado podría valer antes, y tampoco mucho, cuando todo lo que estaba en juego era la intimidad de los padres y el escándalo. Pero ahora no. Ahora hay vidas en juego. Carla Ortiz, y también su chófer. Que parece que sólo ha desaparecido ella, hostias —dice Jon, dando una palmada en el volante.

Es un buen argumento, y Jon nota cómo Antonia lo absorbe y lo

procesa lentamente. El inspector se pone a contar los coches que pasan en ambas direcciones. Gente con prisa, gente con vidas que va a sitios, sitios donde otras personas les esperan despiertos.

Dios, qué cansado estoy.

Once coches hacia el norte y seis hacia el sur después, Antonia responde.

—No podemos decir nada aún. Lo que ha descubierto Parra sobre el chófer es una causa probable. El chófer tiene móvil, medios y oportunidad. Sería mejor que averiguásemos algo por nuestra cuenta antes de contarles nada sobre lo del asesinato de La Finca. Incluso aunque quisiéramos hacerlo.

—Tú no quieres.

Antonia se encoge de hombros.

—Por lo general suele ocurrir que cuando me llaman a mí es porque la cosa es tan difícil que los demás tienen muchas posibilidades de cagarla.

En algo tiene razón, piensa Jon. *Si algo puede poner cachondo a Capitán Musculitos es una foto suya en primera plana de los periódicos, ayudando a la rica heredera de la fortuna más grande del mundo a salir de dondequiera que la tengan escondida. Una oportuna llamada en el momento adecuado. No es cuestión de si el secuestro de Carla Ortiz va a ser del dominio público o no, es cuestión de cuándo lo será. Y si encima le sumas el otro caso…*

—Vale, yo tampoco confío en Parra, pero eres tú la que ha dicho que su teoría sobre el chófer tenía visos de realidad. ¿De verdad crees que puede ser él quien ha secuestrado a Carla Ortiz?

—Tenemos que comprobarlo antes de decidir qué hacer. Pero si el chófer sigue vivo a estas horas, te invito a otro mixto con huevo —dice Antonia con una sonrisa lúgubre.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —dice Jon, poniendo el coche en marcha.

—Por ahora, comer algo. Estoy muerta de hambre.

—Son las cuatro de la mañana.

—Tú conduce, anda.

Carla

Cuando Ezequiel se marcha, cuando el silencio vuelve, el tiempo desaparece.

Estamos tan acostumbrados a él, tan inmersos en nuestra realidad cotidiana de trabajo, comida, conversación, sueño, que hemos dado el tiempo por sentado. El natural transcurrir de los días, los pequeños desafíos, las alegrías, las frustraciones, se convierten en todo nuestro horizonte. El tiempo mismo se vuelve un sedante que nos anestesia acerca de la única realidad indiscutible. Todo lo que somos, lo que tocamos, lo que masticamos, lo que poseemos y nos follamos, a lo que hacemos daño y lo que nos lo hace, existe en un aquí y ahora que comienza en nuestra piel y acaba en nuestros pensamientos. Cuando a Carla le retiran el tiempo, esa crudelísima realidad es todo lo que queda.

Esto es lo que eres, esto es lo que hay.

Es tan difícil de asimilar esa realidad que dedicamos toda la vida a evitarla. Nuestra sociedad, nuestra cultura, nuestro cerebro. Los tres pilares de una perfecta obra de ingeniería dedicada a un único fin: esquivar la insoslayable verdad de la carne. Que es una prisión que se desmorona.

Cuando te quitan el tiempo, te quitan el velo de delante de los ojos.

Es inaceptable.

Lo sería para cualquiera en su situación. Para Carla Ortiz, la niña que creció como princesa sabiendo —por más que sus padres quisieron protegerla, hay empeños imposibles— que sería reina, lo es aún más.

Así que Carla, aún en posición fetal, con las manos tapándose los oídos, se instala en el no.

Es una propiedad bastante confortable.

Ella es Carla Ortiz, la heredera del hombre más rico del mundo.

Dentro de unos años —muchos, espera, no tiene prisa, ama *tanto* a su padre, pero es ley de vida— será, a su vez, la mujer más rica del mundo. La mujer más rica del mundo no puede haberse quedado sin tiempo, a sus treinta y cuatro años.

Ella, simplemente, no está allí. Esto no está sucediendo.

Está en una competición, a punto de salir a la pista. Comprueba las cinchas de Maggie, dos veces, como siempre. La brida, las botas. Golpea dos veces con el tacón en el suelo, antes de montar. Por la buena suerte.

No, no estás ahí. ¿Dónde están
tus botas, tu casco, tu fusta?

No, está en la oficina, preparando su informe. El informe importante. El informe que demuestra que lo ha hecho bien. Que un año más ha peleado por ganarse la aprobación de su padre, que nunca acaba de llegar.

No, no estás ahí. ¿Dónde está
el puntero láser, tu ordenador, la pantalla?

No, está en casa, con su hijo. Es de noche, y él quiere ver otro episodio de *El Asombroso Mundo de Gumball*, o de *Bob Esponja*, o de *Rexcatadores*. «Sólo uno más, y a la cama.» «Y luego un cuento, mami.» «Sí, y luego un cuento.»

No, no estás ahí tampoco.

Es entonces cuando llega la ira. Porque no lleva sus botas puestas, ni está frente a una presentación de Power Point en la larga mesa de caoba de la sala de juntas de la oficina, ni puede oler el pelo de su hijo recién bañado —el mejor aroma del mundo.

¡*Soy Carla Ortiz! ¡Esto no puede estar pasándome*!

Abre los ojos. Te está pasando.

No es justo. Soy una buena madre, cuido de mi hijo. Soy una buena hija, soy una buena profesional. Soy una buena amazona. Soy una buena persona. Desde que he nacido, toda mi vida he dado el máximo, me he portado bien con las personas que me rodeaban.

No es justo.

La vida no es justa.

Tengo muchas cosas que hacer. Tengo que dirigir una empresa, tengo que criar a un hijo. Tengo toda la vida por delante. Estas cosas le suceden a... otras personas.

¿A qué personas?

Carla quiere ignorar la voz que escucha —tan nítida, a su lado, tendida en la oscuridad—. La voz que rebate cada uno de sus pensamientos. Pero esa pregunta sí que la contesta.

—A otras personas que no son yo —susurra.

Y, sin embargo, aquí estás.

Esto debería estar pasándole a otro.

¿A alguien viejo?
¿A alguien pobre?
Alguien... ¿prescindible?

Carla está llorando, de rabia y de asco de sí misma. Porque la respuesta es sí. Ahora mismo cambiaría a cualquier persona por ella misma. A cualquier desconocido. El pensamiento es tan vívido, tan fuerte, que por un instante se ve de vuelta en La Coruña, caminando por el paseo Marítimo. Un río de gente camina hacia ella, y Carla se abre paso entre la multitud, eligiendo *quién*. A quién encerraría en la oscuridad, para poder seguir ella viva, libre, feliz. Intacta. Todas las personas con las que se cruza, vuelven la cabeza en su dirección. Una monja, una madre, un ciclista, un jubilado con su nieto de la mano.

Todos la miran, con sus expresiones vacías y sus vidas vacías e insignificantes, y a todos y cada uno de ellos los cambiaría por ella, sin dudar ni un solo segundo. Intenta agarrar del brazo a uno de ellos, y luego a otro, para arrastrarlo, para *empujarlo* a la negrura que avanza, que viene hacia ella. Todos la esquivan, y ella sigue caminando, y todos desaparecen, y sólo queda Carla en la oscuridad.

Ella, y la voz.

No eres especial.
Sólo te crees especial.
Pero nadie lo es.

Sí, ella sí que es especial. Es Carla Ortiz. Es la jefa de miles de personas, y dentro de unos años —muchos, espera, no tiene prisa, ama *tanto* a su padre, pero es ley de vida— será la jefa de cientos de miles. Cuando sale a la calle, hay *paparazzi* esperando en la puerta. Cada gesto suyo, cada palabra, cada conjunto que viste genera noticias, fotografías, comentarios. Su padre es un hombre poderoso, con contactos importantes. Ahora mismo su desaparición es portada en todos los medios de comunicación del planeta, es *trending topic* mundial. #DóndeEstaCarla, o quizás #BringBackCarla. Toda España estará pendiente de encontrarla, atenta a la más mínima pista. Un país entero apoyando al ejército que su padre habrá reclutado para rescatarla.

En un instante, su fantasía es ya una verdad tangible. Es cuestión de horas, quizás de minutos, que un montón de hombres uniformados irrumpan en este lugar, arranquen esta puerta de metal, la lleven con su hijo. Su padre estará esperando afuera, y también los periodistas. Carla tendrá el gesto cansado, pero la mirada serena y la cabeza alta. Saludará con una sonrisa tímida, pero fuerte. Que quede muy claro que no la han quebrado. La foto dará la vuelta al mundo. Y dentro de unos meses, cuando sea prudente, ella dará su primera entrevista, una entrevista muy bien escogida con una periodista *de confianza*, a la que le contará su ordalía. Y eso será una excelente publicidad para sus marcas, que llevan las mujeres fuertes de todo el mundo, y las ventas

subirán mucho, y su padre por fin la querrá más que a su hermanastra.

Es cuestión de horas. Quizás de minutos.

5

Una contraseña

Antonia guía a Jon hasta un bar cerca de la glorieta de Embajadores. Afuera, una convención de taxis. Dentro, un rebaño de taxistas hambrientos. El sitio es un chigre infecto, a una sola cucaracha de que lo cierre una inspección de Sanidad. Pesadilla en la Cocina *se negaría a grabar aquí*, piensa. Pero luego llega la comanda y oh, los prejuicios. Al inspector Gutiérrez le sirven un tercio y un entrecot con pimientos —tan grande que tiene su propio código postal— que le hacen reconciliarse con la humanidad. Antonia se conforma con un bocadillo de lomo con queso y un vetusto pincho de tortilla recalentado al microondas.

Por Dios, qué mal come esta chica. No sé cómo está tan delgada. La cabeza debe consumirle mucha gasolina.

—Por cierto —dice Jon, cuando acaban de comer—. ¿Y esa placa que has sacado antes?

—Es de verdad. O todo lo de verdad que puede ser un trozo de plástico que no significa nada. Mentor me consiguió varias.

—Es una caja de sorpresas, tu amigo.

—Es un hijo de la gran puta.

Intuyo un pero, piensa Jon.

—... pero lo que hace, lo que hemos hecho... ha servido de algo. Siempre. Con sus costes —dice Antonia, y el rostro se le ensombrece.

El sonido de la tele —Canal 24 horas en bucle— ocupa el espacio entre ambos durante un rato.

—Nada que me quieras contar.

—Son mis cosas —esquiva Antonia. De pronto, se ríe.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Antes me has llamado tu compañera. ¿Ya no soy una carga

de la que librarte cuanto antes?

Jon se cruza de brazos. Pregunta importante, que merece respuesta detenida. Sí, Antonia Scott es insoportable, reservada, mandona, tiene un mal gusto terrible a la hora de comer, es impredecible y lo más probable es que esté loca de atar, o a un empujoncito de estarlo.

Pero.

—Sí, eso creo. Nos hemos visto envueltos en esto, y lo suyo es que te ayude hasta el final. Tampoco es que haya nada esperándome en Bilbao. Sólo *amatxo* con el bingo y las cocochas.

—¿No tenías un compañero en la comisaría?

—Se jubiló hace tres meses. Buen tío. Muy gracioso. El Cristiano Ronaldo del Scrabble. Le echo de menos.

—¿Novio?

—Ahora mismo no. ¿Y tú?

—Marido. Ya sabes dónde está.

—¿Desde hace cuánto?

— Tres años.

—Ya. Y tú tienes treinta y ¿cuántos?

—Treinta y no te importa —dice Antonia, tirándole una servilleta arrugada y grasienta.

—Pues eso. Que el cuerpo te pedirá ritmo de la noche de vez en cuando.

Antonia se ruboriza de forma inmediata. El efecto es asombroso, sus mejillas se ponen de color grana en cuestión de un segundo. Jon no había visto algo así desde *Heidi*, y aquella niña era un dibujo animado.

—No me fastidies... vaya con la señorita Scott... Así que le has dado a los polvos de una noche. Bien por ti —dice Jon, levantando su cerveza y apuntando el cuello hacia ella.

Antonia abre la boca, va a tratar de negarlo, pero se da cuenta de la futilidad del gesto.

—No es para celebrarlo. No estoy orgullosa —dice, muy seca.

—Chica, el cuerpo quiere lo que quiere.

—El cuerpo lo que tiene que querer ahora es trabajar.

Jon la mira, mosqueado. Mira el reloj. La vuelve a mirar, aún más mosqueado.

—Pensaba que íbamos a descansar unas horas. Tu amigo Mentor me ha reservado una habitación en un hotel de cuatro estrellas. Será un cabrón, pero es un cabrón con estilo. Y yo estoy roto.

—Pensabas mal. Coge tu cerveza y vamos a la mesa del fondo.

Jon la sigue, lo más lejos posible de los demás clientes. Antonia se frota las manos en los fondillos de los pantalones para desechar cualquier rastro que le haya podido quedar de la grasa del bocadillo y saca el iPad de la bolsa bandolera.

—Hay algo más por lo que tenemos que tener cuidado, Jon. La charla con Ramón Ortiz no me ha gustado nada. He visto miedo en sus ojos.

—Tiene miedo por su hija. Es lógico —dice Jon, que quiere saber por dónde va.

—Es lógico —repite Antonia, y se queda callada.

—¿Qué es lo que has visto?

—No soy la mejor interpretando las emociones humanas.

—Eso por descontado. Pero...

—Pero el miedo en un caso así se manifiesta de tres formas: ansiedad, duda y trauma. La tercera es la que debería estar más presente. Y con ella, la necesidad de protección.

—No estamos hablando de alguien normal. Estamos hablando de un millonario que emplea a cientos de miles de personas.

—Lo sé. Sigue siendo el padre de esa mujer.

Jon le da un trago largo a la cerveza.

—Todo eso lo has sacado de un libro, ¿no?

Antonia asiente, despacio.

—Pues yo no he leído mucho y mi instinto me dice exactamente lo mismo. Que ese hombre nos ha mentido.

—Oculta algo. Y eso que se está callando es lo más importante.

—¿Y qué pretendes que hagamos?

—Tenemos que adelantarnos un poco a Parra y los demás, antes de sacar más conclusiones. Mi plan es usar el servicio de localización del móvil de Carla, y empezar por ahí.

—Ahí va esta —dice Jon, pronunciando *áiba*—. Para eso no hace falta un intelecto superdotado. Lo primero que habrá hecho Parra será

llamar a Apple para que le den esa información.

—Y Apple tardará días en dársela. Ahora mismo Parra estará usando el ordenador del despacho de Carla para intentar entrar en su aplicación, pero necesitará su contraseña de la nube. Que no tiene.

—Claro, y tú vas a averiguarla, ¿no? —dice Jon, rematando la cerveza.

—Puedo intentarlo —dice Antonia.

Levanta la tapa de su iPad y se pone a teclear.

—Es absurdo, Antonia. Tiene que haber millones de combinaciones.

—Seiscientos cuarenta y cinco billones de posibilidades. Y pico.

—Bueno, como parece que te va a llevar un rato, me voy a por otra cerveza.

—Que sea sin alcohol, que vas a tener que conducir en un rato.

Claro, piensa Jon, levantándose y yendo a la barra. *Lo único que voy a conducir es este cuerpo serrano a la cama. Que estoy molido*.

Recoge su cerveza —y unas aceitunas resecas por arriba y empapadas en líquido por abajo, en este bar son muy dadivosos—, y regresa a la mesa. Antonia ha dejado de teclear, y le espera cruzada de brazos.

—¿Ya te has rendido?

—No. Ya lo he conseguido.

El asombro de Jon es tal que casi tira la cerveza. Casi, que para que uno de Bilbao tire la cerveza, mucho tiene que asombrarse.

—No es verdad.

Antonia le da la vuelta al iPad, mostrándole cómo ha conseguido entrar en la cuenta de Carla Ortiz.

—¿Cómo lo has hecho?

—Un poco de psicología básica —dice Antonia, muy seria—. Estudias a la persona cuya contraseña quieres averiguar, piensas en las palabras claves más fáciles que puede utilizar, las añades antes o después de su año de nacimiento, el cumpleaños de su hijo, de su padre, de su mascota, del año en que acabó la carrera... a partir de ahí era combinatoria básica. Unos cuantos intentos, y listo.

Jon, que ya estaba boquiabierto, tiene ahora la sensación de que tendrá que recoger su mandíbula del suelo con una grúa. Y así se

habría quedado, de no ser porque Antonia le dice:

—La tenía pegada con un postit en el reverso del cajón de su escritorio. La encontré antes, cuando me excusé para ir al baño. Ven, vamos a ver si localizamos su móvil.

Carla

El caso es que no viene nadie.

Para Carla pasan horas, minutos, meses. Es imposible saberlo, porque el tiempo ha desaparecido.

Todo es ahora, y ahora es la oscuridad.

Y nadie viene.

No va a venir nadie.

—Sólo es cuestión de tiempo. Me quedaré aquí quieta, sin moverme, cinco minutos más —susurra.

Carla deja pasar un siglo entero. O un minuto. Es imposible saberlo. Después se echa a llorar. La tristeza llega de pronto, tan poderosa, tan intensa, como la rabia y la negación. Carla siente una enorme pena por Carla, una pena inconsolable. Sea cual sea el error que ha cometido, la culpa que haya merecido este castigo, todo ha terminado. El cielo arde sin llamas, la luz se ha desplomado y roto. La música, las caricias, la justicia, la risa, todo ha sido devorado, y en su lugar quedan cenizas. No hay nada al otro lado de esa plancha de metal. El mundo ha desaparecido. No hay personas en otras ciudades, en otros países, trabajando, jugando, comiendo, riendo y haciendo el amor. Si los hubiera, Carla tendría que odiar a esas personas. Es preferible creer que todo se lo ha llevado la marea y dejarte ir con ella.

Ya basta, inútil, estúpida.

Déjame.

Levántate.

No puedo.

¿No puedes como no pudiste conseguir que Borja mantuviera la polla en los pantalones?
¿No puedes como no puedes estar a tiempo en casa para acostar a tu hijo?
¿No puedes como no puedes conseguir que tu padre te quiera más que a tu hermanastra?

¡*Ya basta, mamá*!

Carla llora. Pero ya no son lágrimas de pena, ni de rabia, ni de negación. No sabe de qué son esas lágrimas, que ni siquiera llegan a formarse en sus ojos secos y en su cuerpo deshidratado y sudoroso.

Levántate.

Carla obedece. Por primera vez desde que Ezequiel se marchó, intenta incorporarse. Los músculos de las piernas y de los brazos no responden, están agarrotados. Siente unos calambres muy fuertes, y el dolor de la nariz regresa como si no se hubiese marchado unas horas —o meses, o minutos—. Con el dolor llega de nuevo a Carla un rastro de conciencia y de voluntad. El suficiente para tratar de ponerse en pie. No llega a conseguirlo, sus hombros chocan contra el techo.

Es de piedra. Frío al tacto. Rugoso. Amenazador.

Carla vuelve a dejarse caer al suelo. Encontrar el techo tan sumamente cerca le ha generado otro ataque de pánico que le cuesta varios minutos superar. Cuando recobra el dominio de sí misma nota una humedad y un frío en las bragas y entre los muslos. Se ha orinado encima. Es el menor de sus problemas. El mayor:

No puede ver nada.

Si un amigo adulto de Carla le hubiese preguntado la semana pasada a qué tenía miedo, Carla hubiera hecho una lista adulta: a la vejez, al desamor, a la incompetencia de los gobiernos. Pero Carla nunca hubiera admitido delante de ellos lo que admitió —por puro terror— a Ezequiel hace días, horas o meses.

Carla tiene un miedo cerval a la oscuridad.

Desde que era una niña de tres años, si apagaba la lámpara de su habitación, chillaba y chillaba hasta que su madre volvía a encenderla. Tuvo que dormir con una luz de bebé hasta los trece años. Si se la quitaban, era completamente incapaz de dormir.

A los trece años, su hermanastra entró una noche en su habitación y arrancó la luz azul de la pared.

—Ya no eres un bebé —le dijo.

Rosa no es mala, nunca lo ha sido. Pero tampoco ha sentido un gran amor por Carla. La madre de Rosa murió cuando ella tenía ocho años. Su padre se volvió a casar, y enseguida tuvieron a Carla. Rosa vivió ambos eventos como una traición a la memoria de su madre. Quizás por eso haya habido siempre una sombra de crueldad en su trato con Carla. Quizás sea sólo la mutua antipatía, física, que han sentido siempre la una por la otra. Rosa, con su ojo bizco y su cuerpo grueso, con su pelo basto y pueblerino, con su amor por los libros y su andar extraño, pesado, que a Carla siempre le ha parecido el de un animal herido. Rosa, que miraba siempre como a una mosca en la sopa a esa niña de piernas ligeras y rizos rubios que a todos gustaba, a la que todos se esforzaban por complacer.

Desde luego, había frialdad en sus ojos cuando le quitó la luz.

Odio, quizás.

De nada sirvieron las protestas de Carla, sus súplicas. Su madre se mostró comprensiva. Su padre no. Estaba criando a Carla para ser su heredera, la que Rosa no quería ser. Ella estudiaba para médico. Del textil, nada. Así que todo lo que endureciera a Carla le parecía bien a Ramón.

Carla no se endureció, al menos por ese lado. Tiraba cosas por el suelo de su cuarto para justificarse si su padre entraba y encontraba las luces encendidas. *Así, si me levanto, no me tropiezo*, decía. Aunque pronto aprendió a poner una toalla bajo la puerta para que el resplandor no se colara por debajo.

En la oscuridad acechaban monstruos. Formas escurridizas, hambrientas de tu carne, de la sustancia gelatinosa del interior de tus huesos, que se morían por triturar entre sus dientes afilados. Puede que no puedas ver a los monstruos, pero ellos desde luego sí pueden

verte.

Carla siempre lo había sabido.

Y resulta que tenía razón.

Ahora tiene que afrontar la oscuridad que tanto teme. Tiene que encontrar un modo de navegarla, de hacerse con su entorno. Pero su mente no parece querer colaborar. Las formas escurridizas han vuelto, salvo que esta vez tienen un nuevo aspecto. El hombre del chaleco reflectante, el hombre del cuchillo. Lo imagina de este lado de la puerta metálica, acechando en las tinieblas, con el filo dispuesto, esperando a que ella extienda el brazo para clavárselo en la palma de la mano.

Empieza por algo sencillo.
Ponte de rodillas.

Carla intenta hacer caso a la voz, porque ¿qué otra cosa puede hacer?

Está temblando, pero consigue girar el cuerpo desde la posición fetal en la que se encuentra, hasta colocar las dos rodillas en el suelo. Luego las palmas. Finalmente se incorpora.

Primero, arriba.

Levanta el brazo, tan despacio que apenas lo siente moverse. Cuando las puntas de sus dedos alcanzan el techo —apenas un leve roce con las uñas— retira la mano a toda prisa, como si se hubiera quemado con una sartén. Vuelve a intentarlo, y esta vez llega a tocar el techo con las yemas de los dedos. Una tercera vez. Lo palpa. Más o menos a un palmo por encima de su cabeza estando de rodillas. ¿Un metro veinte, quizás?

Ahora viene lo más difícil.

Ahora tiene que moverse.

No espera a que la voz se lo diga. Ya lo sabe. Necesita saber dónde está, saber si hay alguna herramienta a su disposición. Tarda un buen

rato en decidir cómo hacerlo. Finalmente opta por gatear. Primero localiza la plancha de metal que sirve de puerta de su prisión. Pega a ella las caderas y la pierna, posa una mano en el suelo —intentando no pensar qué puede corretear, arrastrarse por el suelo, con sus patas queratinosas— y la otra la mueve delante de ella. Los dedos extendidos. Buscando. Palpando.

Así logra encontrar los bordes de la puerta. En la parte superior hay una especie de respiradero, un millar de pequeños agujeros. Intenta pegar el ojo a alguno, pero no logra ver nada. Sin embargo, una corriente de aire fresco, pequeña pero perceptible, se filtra a través de ellos.

Carla calcula que la puerta debe medir unos dos metros de longitud.

Hay que explorar el resto. Carla es consciente, pero apartarse de la puerta de metal no es fácil. Apartarse de la dirección que, de alguna manera, ha identificado como la de escape. Tarda mucho en decidirse.

Tienes que seguir. Tienes que
saber dónde estás.

Cuando lo hace, sigue el mismo método. Se pega a la pared contraria con el hombro, y comienza a gatear con el brazo extendido. No le lleva mucho. La pared contraria a la plancha de metal está a sólo metro y medio de distancia. Todo su mundo se reduce ahora a un área de tres metros cuadrados.

En una esquina, Carla localiza en el suelo una especie de sumidero.

Creo que acabo de encontrar el cuarto de baño.

Hace un millón de años, en su luna de miel con Borja, gritó la misma frase desde un extremo de un bungalow de mil quinientos metros cuadrados en las islas Fiji, mientras en el extremo contrario su flamante marido le daba una propina excesiva al botones para que se largara cuanto antes.

La discordancia entre el recuerdo y su realidad es tan grande que Carla suelta una carcajada. Histérica, irreprimible. Estruendosa. Ríe hasta las lágrimas.

Y es entonces cuando escucha a alguien llamándola desde el otro


lado de la pared.

6

Una localización

El inspector Gutiérrez nunca ha sido de trasnochar.

Es más bien de quedarse dormido en pijama en el sofá delante de una serie a eso de medianoche. Tres ronquidos y luego al dormitorio arrastrando los pies cuando salta el siguiente episodio y el logo de Netflix da sus dos sonoros aldabonazos. Por desgracia, la gente mala elige la noche para hacer cosas malas. Así que trasnochar es una obligación en la profesión que ha escogido.

Que tampoco la elegí yo. Que me eligió ella a mí.

Cuando se acabó el instituto, cuando tenía que comenzar la vida, Jon tenía miedo. Esa parte que le contó a Mentor es verdad. Pero también había algo dentro de él, un fuego del que quedan más que brasas. Ponerle nombres a ese fuego sería empequeñecerlo. Y así se dejó 874 pesetas en una solicitud para la oposición. Se presentó, pasó las pruebas físicas —no es que esté gordo, pero esa parte le costó— y se encontró en la academia de Ávila, y luego con un arma en la mano, y con un uniforme, y después ayudando a gente en la calle. En Pamplona, un año, y también en La Rioja, otro par. Incluso se libró de hacer DNI, aunque le decía a *amatxo* que eso era lo que hacía, y ella fingía que se lo creía. Y acabó volviendo a Bilbao, y allí se hizo inspector, y ya tenía metida la profesión, tan dentro que no se la podría sacar nunca. Y el fuego, pese a toda la mierda que había visto, sigue ardiendo de manera razonable, a sus cuarenta y pocos tacos, y ya ves tú.

De ese fuego tira el inspector Gutiérrez, agotado tras tres días larguísimos, cuando vuelve al coche con Antonia y ponen el coche en marcha. La aplicación Buscar Mi iPhone de la cuenta de Carla Ortiz ha arrojado un punto en el mapa, y hacia ella se dirigen.

—El móvil está apagado —dice Antonia—. Y hay algo que me extraña. Alguien como Carla Ortiz debería tener un portátil.

—¿Qué ordenador tenía en su casa?

—Un iMac Pro. El más caro de Apple.

—Es una ejecutiva que se mueve mucho. Lo lógico sería que tuviese un portátil de la misma marca.

—Y que éste estuviese con el mismo servicio de localización en la nube que el resto de sus dispositivos.

Jon, que nunca ha sido de Apple, no acaba de entender muy bien cómo funciona el asunto.

—No acabo de entender muy bien cómo funciona el asunto —dice.

—Tú te compras el dispositivo, y lo asocias a tu cuenta. Si te lo roban o lo pierdes, te conectas a tu cuenta desde cualquier otro usando tu contraseña y puedes ver dónde está. O, como en este caso, cuál es la última localización. Si el dispositivo se vuelve a encender y se conecta a internet, actualiza esa información en la nube.

—¿Y el portátil no está?

—No. Así que, o no tiene, que no creo, o alguien lo ha borrado de la nube. Y para eso es necesaria la contraseña.

—Así que, o lo ha hecho Carla, o alguien le ha obligado a decírsela.

—Eso es. Así que es probable que siga viva.

Una buena noticia. Un poco de combustible para el fuego.

—Ya estamos llegando —dice Jon.

Les ha llevado menos de veinte minutos llegar. Aún no son las seis de la mañana y la M-30 está casi desierta, así que Jon le ha pisado un poco. No mucho, no le gusta correr. Pero el tiempo corre para Carla Ortiz y ésta es la primera pista sólida que tienen.

—No te asustes si lo pongo a ciento cuarenta —le ha dicho a Antonia. Y Antonia no se ha inmutado, y han llegado enseguida.

Lo que no saben muy bien es a dónde han llegado. Jon detiene el coche cuando el GPS le indica que «ha llegado a su destino». Están en una carretera solitaria.

—¿Y ahora qué?

—Estos sistemas no siempre son precisos, sobre todo en zonas despobladas —dice Antonia—. Si en una ciudad tiene una precisión de cincuenta metros, aquí en el campo el radio puede ser de doscientos, o más.

—¿Y si el tal Ezequiel tiró el teléfono por la ventana del coche? Eso quiere decir que tenemos que buscar un cacharro de diez centímetros en un área de ¿cuánto? Soy malísimo en matemáticas.

—Alrededor de 125.664 metros cuadrados —dice Antonia, tras un parpadeo—. Redondeando.

—Redondeando… Tendremos que venir de día. Y con mucha gente.

—No desesperes tan rápido. Mira, allí hay algo.

No es un edificio, más bien parece un conjunto de ellos, rodeados por un muro. A la entrada hay una luz encendida. Es un portón de entrada de color verde botella, con una garita de seguridad.

Jon para junto a ella, se baja del coche y da dos golpes en la ventanilla.

—No parece haber nadie —dice Antonia.

—Menos mal que la puerta está abierta —se alegra Jon, agachándose junto a la entrada de la garita y sacando algo del bolsillo.

Hace siete u ocho años, una tarde

Jon perseguía a la carrera a un ladrón que ya le tenía hasta las narices. Era la cuarta vez que Luis Miguel Heredia escapaba por piernas. Las suyas, ligeras, de adolescente. Las de Jon, más débiles y más lentas —no es que esté gordo—. El chaval cada vez se crecía más, y ya se tomaba a choteo lo de escapar del, entonces, subinspector Gutiérrez. Tan felices se las veía que se dio la vuelta, en plena carrera, para hacer una doble peineta en dirección a Jon. Con tan mala suerte —o buena, según a quién preguntes— que al volverse se comió una señal de ceda el paso con los morros. El *clon* sonó hasta la otra orilla.

Jon le alcanzó unos, bastantes, segundos después. Luismi el Rata, que así se llamaba en la calle, estaba empezando a volver en sí. Tenía los labios empapados en sangre.

—Ya no corres tanto, ¿eh, Luismi? —dijo Jon, apoyando las manos en las rodillas. Aún no había recuperado del todo el aliento. Se sintió tentado de darle un par de patadas en los huevos para asegurarse de que no se levantaba y seguía corriendo. Muy tentado, notaba el hormigueo de anticipación en la punta del pie derecho.

En lugar de eso, se agachó y le ayudó a apoyarse en la señal que había interrumpido su carrera.

Al incorporarle Jon, la sangre tiñó de rojo la pechera de la camiseta blanca de publicidad, casi tapando el teléfono de Andamios Atxukarro, S.L.

—Joder, es la única que tengo limpia —dijo, espurreando más hemoglobina sobre sus propios pantalones y los del policía.

—Ya no —dijo Jon, sacándose un pañuelo del bolsillo y comprimiéndole la nariz para restañar la hemorragia—. No se te ocurra correr otra vez, que te rompo el alma.

—Para correr estoy yo —quiso decir, aunque debajo del pañuelo y con la nariz apretada, sonó más bien *bacorreftoio*.

—Si es que eres gilipollas. ¿Y cómo te pones a reventar puertas en Otxarkoaga? ¿No sabes que aquí sólo hay pobres?

Claro, que el chaval vive en San Francisco, que es todavía peor.

—¿Y dónde quieres que robe?

—Vete a Abandoibarra, y así me libro de ti. Además allí igual no te revientan la cabeza si te pillan. Como mucho te detienen.

Luismi negó con la cabeza todo lo que le permitió la manaza de Jon.

—Sale muy cara la Barik. —La tarjeta de transporte público—. Y las puertas son más duras.

—Pues aquí poco hay que rascar. —Jon retira el pañuelo, la hemorragia ha remitido—. Anda, tira para la comisaría.

El Luismi se pone tenso y está a punto de echar a correr, pero cada brazo de Jon pesa aproximadamente lo mismo que él, y tiene ambos encima.

—No puedo ir a la comisaría. Mañana tengo examen y no he *estudiao*.

—¿Examen? ¿De qué vas a tener tú examen?

—Me estoy sacando la FP.

—Anda ya.

—Te lo juro.

Se sacó de la mochila una libreta de apuntes. Estaba debajo de media docena de móviles que no tenía pinta de haber comprado.

—Déjame ir, anda. Si total el juez me iba a soltar mañana, que soy menor.

Jon se rascó la cabeza durante un rato, y acabó soltando al Luismi. Éste le prometió que a cambio le enseñaría a reventar puertas.

—Es muy fácil, hasta un *txakurra* viejo como tú puede aprender.

Jon no esperaba nada, ni siquiera que lo del examen del chaval fuera en serio —igual hasta había robado la libreta, vete a saber—. Pero Luismi se presentó dos meses después en la comisaría de Gordóniz, preguntando por él. Traía un título de FP de Grado Medio bajo el brazo, y un neceser pequeño para él.

—Ya no robo —le dijo—. Anda, vamos para tu casa.

—A mi casa no vienes tú, que está mi madre.

Se lo llevó a un edificio abandonado en Artxanda, y allí Luismi le

enseñó a usar las herramientas del minúsculo neceser en todas las cerraduras que encontraron.

—Todo está en el tacto, en la punta de los dedos. Tienes que sentir las pequeñas vibraciones, y luego, *zas*.

—Ay, ladrón, algún día harás muy feliz a una mujer —dijo Jon, sin dejar de hurgar con la ganzúa.

—Toma, claro. ¿Tú sabes lo que gana un cerrajero?

7

Un centro hípico

—Ya está —dice Jon, cuando logra alinear las piezas del bombillo y éste gira con un chasquido. No puede evitar una punzada de amargura al recordar la edad que tenía Luismi cuando se estampó contra la señal. No debía de ser mucho mayor que el chaval al que habían hallado desangrado en La Finca. Vidas muy distintas.

Se pone en pie y le abre paso a Antonia para que entre.

Desde la garita al interior de la propiedad hay una puerta que no tiene más que un pestillo interior. Al otro lado, un enorme patio, y mucho silencio. Frente a ellos, un edificio de una sola planta. A la derecha, pegado al muro, otro. Por delante, oscuridad.

—Aquí guardan caballos —dice Jon.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es que no lo hueles?

—No.

—Ah. Cierto. Perdona —se disculpa Jon, recordando el problema de Antonia.

De pronto, una linterna les alumbra a la cara. Jon se pone delante de su compañera de forma instintiva.

—¡Quietos! ¡Manos arriba!

—Venga, no te flipes —dice Jon, levantando las manos de todas formas—. Somos la policía.

El guardia de seguridad baja la linterna y la apunta al suelo. No debe tener ni veinte años. Ni tampoco una pistola. Les ha mandado levantar las manos armado sólo con una potente luz y mucha fuerza de voluntad.

—¿Cómo han entrado?

—La puerta de la garita estaba abierta. ¿A quién se le ocurre?

—Es mi primera semana. No deberían haber entrado.

—Hemos llamado y no había nadie.

—Había ido al baño.

—Tienes paja en el hombro —interviene Antonia, señalando la camisa del guardia.

—Bueno, está bien, me he echado un sueño en la parte de atrás de la cuadra, en las balas de heno. Esta hora es muy mala, al final del turno. Cuesta aguantar.

—Pues así no vas a conservar el trabajo otra semana. ¿Y cómo sabes que somos de la policía, si no nos has pedido ni la identificación?

El joven lo piensa un momento.

—¿Por qué iban a decirme que son la policía si no lo son?

Un argumento inatacable.

—Supuse que se habrían olvidado algo —continúa el guardia—. Sus compañeros han estado aquí toda la tarde. Se fueron cuando yo llegué. Venían buscando a una yegua robada, o algo así. Mi jefe les enseñó todo el recinto, pero no encontraron nada.

Antonia y Jon se miran.

—¿Y de quién era la yegua? —dice ella.

—Yo qué sé, a nosotros nunca nos cuentan nada. Yo sólo soy el vigilante de noche. Sólo sé que una yegua tenía que haber llegado anoche y no llegó.

—Perdónanos un momento —dice Jon, llevándose a Antonia a un aparte.

—Este debe de ser el lugar donde Carla traía a su yegua para la competición de mañana —dice ella—. Es un sitio nuevo, ni siquiera sale en Google Maps.

Jon enciende la linterna de su móvil y alumbra a un cartel que hay en la pared. Anuncia la *GRAN INAUGURACIÓN DEL CENTRO LAS ROZAS SPORT CLUB AND SPA*. Justo al día siguiente. En la lista de participantes, está Carla Ortiz, junto con su yegua Maggie.

—Ahí la tienes. A la vista de todo el mundo.

—Vamos a dar una vuelta —pide Antonia.

—Los de la USE lo habrán registrado a fondo.

—Lo sé. Pero el móvil de ella está en un radio de doscientos metros.

Y dónde iba a estar si no es en el sitio al que se supone que…

Antonia se detiene en mitad de la frase. Se da la vuelta y corre hacia el vigilante de seguridad.

—Necesito una escalera.

—¿Una escalera? Quizás en el cuarto de mantenimiento…

—Da igual.

Cerca de la entrada hay dos contenedores de basura de color verde botella, casi negros en la oscuridad. Antonia se acerca a uno de ellos, y se sube a la tapa. Después intenta auparse al muro, pero está demasiado alto para ella.

—¿Es que no vas a ayudarme?

Jon, que ha estado contemplando la operación con perplejidad, se acerca al contenedor. No sabe qué es lo que contiene, pero desde luego nada que quiera averiguar. Claro que Antonia no tiene que preocuparse de ese problema.

—Si crees que voy a subirme a ese cubo de basura, es que estás loca. Este traje es de Tom Ford.

—Ese traje no es de Tom Ford. Con tu sueldo no puedes pagarlo.

—Bueno, pero es una imitación casi perfecta. ¿Y tú sabes cuánto gano?

—Calla y súbete aquí. Yo te compraré un Tom Ford, uno de verdad.

—Pero si no tienes un chavo. Si te alimentan los vecinos.

—Sube y te diré el sueldo que te va a pagar Mentor mientras estés ayudándome.

Jon intenta seguir el mismo camino que ella, pero no logra subirse a la tapa. No es que esté gordo.

—Ven aquí y échame una mano —dice, llamando al guardia de seguridad.

Éste se aproxima y cruza las manos a la altura de las rodillas para darle impulso a Jon.

—Ojalá supiera qué demonios pretenden ustedes.

—Ojalá lo supiera yo, niño.

Puede que no sea la bombilla más brillante de la caja, pero el joven es fuerte y logra sostener el peso del inspector Gutiérrez para que éste se aúpe al contenedor grasiento. Con escaso garbo y menos dignidad,

torpe como un suicida sin vocación. Pero sube.

—¿Cuánto has dicho que va a ser mi sueldo?

—Luego te lo digo. Ayúdame.

Jon repite la operación que ha hecho el vigilante con él, y Antonia consigue auparse al muro. Primero se sienta sobre él a horcajadas, luego se pone de pie sobre la parte superior, que por suerte no tiene cristales pegados. Jon supone que hasta allí no llegan los gatos. No concede más hueco a ese pensamiento. Bastante tiene con procurar que su compañera no se caiga sin llegar a tocarla y sin perder pie en la tapa sobre el contenedor, que se comba peligrosamente bajo sus ciento y pico kilos de peso.

Por Dior, muchacha, no tardes.

8

Un muro

De pie sobre el muro, Antonia observa la oscuridad, que ha empezado a desleírse en la luz índigo que precede al día. Hace frío, aún queda media hora larga para el amanecer, pero las copas de los pinos ya se recortan, borrosas, contra el cielo que muda de negro a gris. El viento arranca murmullos del pinar, y el rasgueo de las cigarras parte el tiempo en intervalos desagradables. Al fondo del paisaje se intuye, más que se ve, la carretera principal. A sus pies termina la secundaria, poco más que un camino, aún sin asfaltar.

Antonia no saca el iPad para ubicarse. Su pantalla la deslumbraría, y necesita que sus ojos se acostumbren a la penumbra.

Tiene un método mejor.

Evoca en su memoria el mapa de la zona, que ha estado estudiando mientras llegaban. Lo superpone mentalmente sobre el paisaje que se extiende ante ella. El Centro Hípico está en lo alto de una colina, un desnivel de veinte metros, rodeado por dos pinares que se convierten en uno a la espalda del complejo.

Alguien le ha robado a la naturaleza muchas hectáreas para que los ricos puedan montar a caballo, piensa, y enseguida intenta arrojar fuera las distracciones, todo lo que no sea la tarea.

Aquí. Ahora.

En su mapa mental comienza a configurarse la posición del lugar, a la que le añade el punto en el que el servicio de localización había arrojado la última conexión con el teléfono de Carla. Traza un círculo a su alrededor, y calcula la posición relativa al lugar donde está.

Se encuentra casi en la intersección contraria.

Busquemos lo que busquemos, no está en el Centro Hípico, piensa.

Ahora visualiza sobre ese mapa mental el coche de Carla Ortiz, y le

hace recorrer el trayecto desde la carretera principal hasta el Hípico. La línea se interrumpe en el punto en el que ha trazado la intersección mental.

Hacia su izquierda, el desnivel del terreno se pronuncia, el pinar, escalonado, se convierte en monte. No es lugar al que pudiera acceder un coche. En la otra dirección, a su derecha, la inclinación es más suave.

Aunque no lo vea, Antonia sabe que entre aquellos árboles hay un camino.

—Tiene que estar por allí.

Carla

Al principio, Carla cree que lo que ha escuchado es la voz que ha estado resonando dentro de su cabeza. La voz que no existe. La voz que suena como la de su madre, pero que no puede ser su madre, porque su madre murió hace once meses. Entonces escucha:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Suena muy apagado, al otro lado del muro.

Ya vienen. ¡Ya vienen a buscarme!

El corazón de Carla empieza a bombear sangre, su adrenalina se dispara. Por fin. Sabía que tenía que aguantar. Sabía que era cuestión de tiempo. Gatea hasta la pared, y empieza a golpear en ella.

—¡Sí! ¡Estoy aquí! ¡Ayúdame, ayúdame, por favor!

Al otro lado hay un silencio. Pesado.

—¿Hola? ¿Me oyes? —insiste Carla.

—A ti también te ha cogido —responde la otra persona. Es una voz de mujer, dulce y con un deje madrileño por debajo del desencanto.

La emoción de Carla se transforma en decepción. No está hablando con uno de sus rescatadores, está hablando con otra víctima. El llanto regresa, se le atasca en la garganta, lo manda de vuelta hacia el estómago con gran esfuerzo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—No... no sé si debería decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque no sé quién eres.

La otra mujer suena, muy, muy asustada. De alguna forma este hecho, en lugar de contagiarle el miedo, le infunde valor a Carla.

—Yo me llamo Carla. —Va a decir su apellido, pero se interrumpe a tiempo.

—Yo soy Sandra —contesta ella, al cabo de un rato larguísimo.

—¿Sabes dónde estamos, Sandra?

—No. —Parece a punto de echarse a llorar.

—¿Sabes quién nos ha secuestrado?

—Un hombre alto. Se subió a mi coche. Tenía un cuchillo.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Ezequiel. Me ha dicho que se llama Ezequiel.

—¿Te ha hecho daño, Sandra?

Es entonces cuando ella se derrumba. Durante largos minutos sólo se oye el sollozo, quedo y desesperado. El sonido queda amortiguado por la pared que hay entre ambas.

La angustia, no.

La angustia se filtra a través del muro de ladrillo como una niebla, tenue y ponzoñosa que se introduce en los pulmones de Carla. Porque sabe, presiente, que el destino de Sandra es también el suyo.

—Te ha hecho daño —dice Carla, cuando ella se calma un poco.

—No quiero hablar de ello.

Carla *sí quiere* hablar de ello, de hecho no cree que haya habido nunca jamás un tema que le haya interesado más en toda su vida que saber lo que le ha hecho a Sandra.

Traga saliva. Se fuerza a no obligarla. No quiere que se cierre. Viene a su mente —la mente, qué cosa tan extraña— su profesora de negociación en Brompton. *Nunca muestres ansiedad por una información, nunca te dejes llevar por las emociones*. Miss Rathe. Qué hija de puta, cómo la apretaba. *Algún día estos conocimientos pueden salvarte la vida*, decía. Claro, si pudiera recordarlos.

Desvía la atención. Cambia de tema. Da un rodeo para llegar al mismo punto.

—¿A qué te dedicas?

—Soy taxista. Así me cogió —dice Sandra—. ¿Y tú?

—Trabajo en una marca de ropa. En temas de gestión.

—¿En cuál?

Carla le dice el nombre.

—Yo tengo cosas vuestras —dice la taxista—. Sobre todo compro en rebajas. Aunque no siempre hay de mi talla.

Claro que no, porque la clave de su negocio es que todo lo que sacan se acabe muy rápido para obligar a que visites las tiendas cada

diez días. Así lo diseñó su padre, la idea genial que hizo entrar el dinero a espuertas.

—Estuve la semana pasada —sigue Sandra—. Había un top azul que me gustaba. Con flores blancas. Pero era muy caro, incluso con rebajas.

Carla lo conoce. Es uno de los éxitos de la temporada. Y eso que a ella no le acaba de convencer.

—Sandra, cuando salgamos de aquí, yo personalmente iré contigo a una tienda y nos llevaremos todo lo que quieras.

—¿Harías eso por mí?

—Claro.

—Si salimos.

Guardan silencio las dos.

—¿Cómo...? ¿Cómo has acabado aquí?

—Salía del trabajo, de noche. Paró con una furgoneta a mi lado, y se me echó encima. Noté un pinchazo en el cuello. Creo que me drogó. Me desperté aquí. No me he encontrado bien desde entonces.

—¿Qué te pasa?

—Tengo mucho sueño todo el rato. Creo que pone algo en mi agua. Sabe rara, amarga. Me cuesta mucho mantenerme despierta —dice, y es verdad que su voz suena cada vez más apagada.

Repentinamente alarmada, Carla palpa su propia botella de agua, a la que apenas le queda un tercio. Desenrosca el tapón, da un corto sorbo. No tiene sabor ni olor.

Sea lo que sea lo que quiere Ezequiel, no las está tratando de la misma forma.

—No bebas nada.

—Hace mucho calor y tengo mucha sed. Y me dijo antes de irse que me acabase el agua, o que si no...

—¿Irse? ¿Cómo que irse?

¿Dónde se ha ido? ¿Les ha dejado allí solas? El pensamiento es pavoroso, ambivalente. Por un lado produce alivio, por el otro un terror informe. ¿Y si le pasara algo? ¿Y si tiene un accidente, y nadie es capaz de encontrarlas, nunca? A Carla se le ocurren muy pocos destinos más atroces que morir de hambre y sed en aquella oscuridad.

Necesitan a Ezequiel para mantenerlas con vida. Y Carla tiene que saber cómo sabe Sandra que Ezequiel se ha ido.

Sandra no contesta.

—Sandra. Escúchame. Tienes que mantenerte despierta. Sandra.

—No puedo. —Su voz es casi inaudible.

—¿Cómo sabes que se ha ido? ¿Cómo lo sabes, Sandra?

El silencio dura una eternidad.

Se interrumpe un momento...

—Hay... un agujero.

Y después, la nada.

9

Un camino

—Tiene que estar por allí —dice Antonia, once segundos después de haber subido al muro.

—¿El qué?

—Un camino entre los árboles.

—¿Puedes verlo, con lo oscuro que está?

—Puedo verlo en mi cabeza. Ayúdame a bajar, me da miedo darme la vuelta.

—¿Cómo? ¿Quieres que te coja?

—Yo creo que podrás conmigo.

—Chica, puedo con cuatro como tú.

Quizás cinco, decide Jon cuando agarra a Antonia por la cintura y la baja del muro. Con su récord como *harrijasotzaile* en casi trescientos kilos de peso, aquella mujer tan delgada que tiene que echarse piedras en los bolsillos para que no se la lleve el viento le parece una pluma.

—Creía que no te gustaba que te tocaran.

—Y no me gusta. Pero si estoy prevenida, es más fácil.

Vuelven al coche tras despedirse del vigilante, que lo único que les pide al salir es que no le digan a nadie que se había dejado la puerta de la garita abierta.

—Descuida —le asegura Jon—, que nosotros estaremos callados como tumbas.

—Baja por el camino. Y ve despacio, todo lo despacio que puedas —le indica Antonia, cuando Jon se pone tras el volante—. Y enciende las largas.

Los faros de xenón del Audi A8 —tan potentes que apuntados al cielo podrían llamar a justicieros enmascarados— convierten el amanecer en pleno día a medida que Antonia va caminando por

delante del coche, camino abajo. La vista fija en el lado derecho, la bandolera ceñida y el paso muy corto, tan corto que Jon tiene que ir todo el rato jugando con el freno. Por no atropellar, que queda feo. El Audi, que no está hecho para este caminar de anciana ociosa, protesta, se quiere ir hacia delante, hay que ir reteniéndolo.

—¿Se puede saber qué estamos buscando? —dice Jon, asomando la cabeza por la ventanilla.

Antonia le manda callar agitando la mano sin volverse.

Un par de minutos después, el GPS vuelve a avisarle de que:

—Hemos llegado al punto que habías marcado antes en el navegador —dice, asomando de nuevo la cabeza.

Diez metros más adelante, Antonia hace un alto y se agacha junto a los arbustos y la breña que enmarca el camino, desapareciendo de la vista por un segundo. Cuando vuelve a incorporarse, está arrastrando algo.

Jon se incorpora y puede ver que está tirando de los arbustos, que no están sujetos a la tierra por las raíces, como están los arbustos de bien, sino colocados con malas artes y peores intenciones.

Antonia le hace gestos para que maniobre con el coche. Jon comprueba enseguida que los arbustos estaban tapando un camino de tierra entre los árboles, poco más que una trocha polvorienta. Un reflejo a su derecha le llama la atención y baja del coche para investigar.

—Creo que he visto algo —le dice a su compañera.

Oculto entre la maleza encuentran un objeto reflectante. Jon tira de él, está enganchado. Cuando finalmente cede y queda bajo el resplandor de los faros, Jon suelta un silbido.

—Creo que empiezo a entender qué es lo que ha pasado aquí.

Antonia pone de pie la señal y aparta un par de hojas secas que han quedado pegadas encima del letrero DESVÍO POR OBRAS.

—Está casi nueva.

—Seguramente la haya robado.

—No necesariamente. Se pueden comprar por internet. No valen ni veinte euros.

—¿Cómo sabes estas cosas? —se asombra Jon, mirándola de reojo.

—Igual que casi todo: por curiosidad.

—¿Me estás diciendo que cualquiera puede comprar señalización oficial y cortar una carretera por menos de lo que cuesta un chuletón con patatas?

—Incluso puedes personalizarla con el nombre de un ayuntamiento, si quieres —dice Antonia, señalando la esquina del letrero, donde se puede ver claramente AYUNTAMIENTO DE LAS ROZAS.

—¿Y nadie te pide ninguna documentación?

—No. Hacen como nuestro amigo el vigilante del Centro Hípico. ¿Para qué vas a decir que eres de un ayuntamiento, si no lo eres?

Pues si eres un psicópata que quiere desviar a alguien de su ruta para poder secuestrarlo, por ejemplo, piensa Jon. *Pero esto es lo que ha generado internet. No sólo pone nuestra dirección, nuestro teléfono, nuestros hábitos a disposición de cualquier puto loco. También facilita las herramientas para que nos haga daño*.

—Sigamos, a ver adónde lleva esto.

Jon regresa al Audi y lo lleva por la trocha, mientras Antonia vuelve a caminar delante de él, atenta al recorrido. No faltan baches ni virajes, y esta vez Jon agradece ir al paso que le va marcando ella. Cuarenta o cincuenta metros más adelante, el camino se ensancha. Los árboles dejan paso a un claro de unos veinte metros de diámetro.

Antonia se detiene. Algo en el suelo ha llamado su atención.

Jon baja del coche y se acerca a ella. En el suelo pedregoso hay una mancha, grande y oscura, casi negra a la luz del alba que no acaba de romper. El inspector Gutiérrez no necesita que Antonia se agache, coja un puñado de tierra manchada y reseca y se lo acerque a la nariz. El olor metálico es distinguible incluso de pie.

Pero ella lo hace, de todas formas.

—Huele.

Jon aparta la cara.

—No hace falta. Es sangre, Antonia.

—Mucha sangre —dice ella—. Sea quien sea, no saldrá de esta.

—Probablemente una puñalada en el cuello —supone Jon, que ha

visto antes manchas parecidas. Una vez dos yonquis se pelearon en el barrio de las Cortes por quién le debía cinco euros a quién. El que ganó se llevó un billete de ida a Basauri con todos los gastos pagados. El que perdió dejó un charco oscuro que no difería mucho de éste.

—Alumbra por aquí —pide Antonia, señalando un poco más adelante.

Jon enciende la linterna del móvil y ve que hay un rastro en el suelo. Es débil, apenas unas marcas allá donde las piedras del terreno abandonan su configuración irregular y forman una línea apenas visible.

Unos pasos más adelante, el rastro se pierde entre los arbustos, alejándose del claro y del camino.

El inspector Gutiérrez se desabrocha la chaqueta, y deja a la vista la pistolera.

—Ponte detrás de mí. Y será mejor que alumbres tú —dice, pasándole el móvil a Antonia.

—Eres un exagerado. Quien haya hecho esto hará muchas horas que se habrá marchado.

Jon siempre ha tenido el instinto de proteger a otros, desde que era un niño. Influyen el tamaño de su cuerpo y el de su corazón. Y porque sí, hostias. Porque hay cosas que son como son. Así que con una mano agita el móvil para que lo coja y con la otra la echa sutilmente hacia atrás.

—Tú hazme caso.

Antonia coge el móvil.

—Tendríamos que haberle pedido su linterna al vigilante.

O haber traído una Mag-lite en condiciones, piensa Jon, que siempre tiene una. En su propio coche, el que se ha quedado en Bilbao, aparcado a dos manzanas de la comisaría. Ahí puede estar.

Cuando se meten entre los árboles, siguiendo el rastro, las hojas de pino crujen bajo sus pies, denunciando su intromisión.

El resto es silencio.

Jon siente un extraño hormigueo en el cuero cabelludo. Un hormigueo que ha sentido antes, muy pocas veces. Ocasiones en las que las cosas nunca han salido bien. Nunca en su vida ha tenido que

disparar su arma —muy pocos policías llegan a hacerlo en su vida—. Pero ha tenido que sacarla alguna vez. Y esa electricidad —un centenar de insectos correteando entre su cráneo y su pelo— ha estado presente, siempre.

Se lleva la mano a la pistolera, y quita la trabilla.

—Ve con cuidado.

—Ya te he dicho que no tenemos nada que temer. Y menos de éste —dice Antonia, apuntando la luz hacia su izquierda.

En el círculo de luz brillante hay una mano.

La piel, pálida y grisácea, irradia un fulgor fantasmal.

Cuando se acercan, comprueban que la mano está unida al resto del cuerpo de Carmelo Novoa Iglesias. Yace boca arriba sobre una mata de jaras que aún conserva algunas de sus flores. Los vacíos ojos del chófer parecen buscar una respuesta al sentido de su muerte en las copas de los árboles. No lo encuentran. Gotas de rocío centelleantes en sus pestañas lo lamentan.

Carmelo ofrece una doble sonrisa de desconcierto. El rictus de la muerte, y lo que se la causó: Una boca cruel, abierta en el lateral de su cuello.

—Creo que me debes un sándwich mixto —dice Antonia.

Jon, que por muchos años que lleva de policía sigue sintiendo arcadas ante el hedor característico de la muerte, aprieta los dientes para mantener dentro la única comida decente que ha ingerido en dos días.

—Me temo que las sospechas de Parra sobre la culpabilidad del chófer eran infundadas —dice, cuando logra recobrarse.

—A no ser que fuera un cómplice y el tal Ezequiel decidiera borrar sus huellas. Pero no parece probable. Me equivoqué, Jon. Tenías razón. Teníamos que haberle hablado cuanto antes a Parra del crimen de La Finca.

—Vaya, vaya. Antonia Scott se ha equivocado. Paren máquinas.

—No seas crío. Además, comprobarlo era lo más…

Jon la interrumpe, levantando una mano.

—¿Has oído eso?

Un sonido áspero y un ronroneo. El inconfundible sonido de un

coche arrancando. Y después, el rugido amenazador de un motor revolucionándose al máximo, una vez, dos veces. En el silencio incorpóreo del bosque al amanecer, el sonido parece venir de todos sitios y de ninguno.

Ambos miran confusos a su alrededor.

—¿Qué...?

Entonces se encienden los faros del Porsche, y pasan tres cosas a la vez.

El conductor suelta el freno y el coche, impulsado por la fuerza de su motor de quinientos caballos, sale disparado hacia Antonia Scott como un gigantesco depredador negro.

Antonia, deslumbrada, se queda clavada en el sitio. Sus pies están anclados al suelo, no puede moverse. En el intervalo —segundo y medio, quizás dos— que tardan las dos toneladas de coche en recorrer la distancia hasta su cuerpo paralizado, comprende un concepto que siempre le había fascinado. ¿Por qué los ciervos y los conejos no huyen del coche que les va a atropellar? La respuesta se la ofrece su propio sistema nervioso: el mecanismo natural del cuerpo de un mamífero a la hora del crepúsculo cuando recibe una amenaza y se queda ciego, es permanecer en el sitio. Como último pensamiento antes de morir, no está mal.

Y tres: Sin valorar en lo más mínimo su integridad física, y con una valentía más allá del deber, el inspector Gutiérrez se lanza sobre Antonia Scott, arrojándola al suelo justo antes de que el parachoques del enorme todoterreno de lujo choque contra su pecho a cincuenta kilómetros por hora, el equivalente a caer desde un quinto piso.

Menudo gilipollas estoy hecho, piensa Jon, aún encima de Antonia.

—¡Quita, quita! —le dice ella, escurriéndose como una lagartija bajo su cuerpo.

Jon se pone en pie y echa mano a la pistola a tiempo de ver las luces de posición del Porsche zigzagueando entre los árboles que llevan al camino. Adopta la posición isósceles —pies separados, rodillas flexibles, mano izquierda sosteniendo la derecha— y dispara.

El tiro destinado al parabrisas trasero se hunde en el maletero. Le falta práctica. También influye el hecho de que el condenado Porsche

va botando por el terreno irregular como una canica en un tambor.

No llega a realizar el segundo disparo, porque Antonia se ha interpuesto en su línea de visión.

—¿Dónde cojones vas, *zoroputoa?* ¡Quita de en medio!

No contesta. Y donde va, es derecha al coche.

Esta tía me va a matar, piensa Jon, corriendo detrás de ella. *Y si no, la mato yo*.

10

Una autovía

A Jon Gutiérrez no le gustan las persecuciones a alta velocidad.

No es una cuestión estética. Cuando las ves en el cine, todo es magia. El montaje acelerado, los cambios de plano, la música, el sonido que se traslada de los altavoces delanteros a los traseros para que tú sientas la sensación de movimiento.

Lo que a Jon no le gusta de las persecuciones a alta velocidad es tener que ir de copiloto.

Llegó al coche por los pelos, cuando Antonia ya había arrancado y estaba dando la vuelta en el descampado. La inercia dejó el coche parado un instante, y Jon aprovechó para abrir la puerta y colarse dentro, cuando Antonia ya estaba metiendo la marcha para enfilar el camino.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —dice Jon, poniéndose el cinturón—. ¡Podría haberte disparado!

Antonia no contesta. Conduce el coche a casi noventa kilómetros por hora por un espacio tan estrecho que la velocidad recomendable sería andando y con una cesta de picnic. Los extremos de los parachoques arrancan los arbustos al pasar. Pero Antonia ni se inmuta.

Tiene esa expresión que Jon ha visto antes y ha aprendido a reconocer. Los ojos vidriosos, la mandíbula tensa. Esa expresión que indica que su cerebro está trabajando a más revoluciones de lo normal, más de las que puede procesar. Su mente tiene que manejar dos problemas complejos al mismo tiempo, y está empeñada en hacerlo a la vez.

Velocidad máxima del Audi A8 (225 km/h).

La posición del cadáver.

Distancia entre los árboles.

Velocidad máxima del Porsche Cayenne Turbo (la desconoce, se maldice por no haberlo consultado).

La puñalada del cuellosinheridasdefensivasenlasmanosnopuedotodoalmismotiempo…

De nuevo el ahogo. No es buena idea, conduciendo a esa velocidad. Cuando Antonia se dirige por fin a su compañero, es una rendición. Otra más.

Sólo esta vez. Será la última.

—¿Te dio Mentor algo para mí? —dice, tendiéndole la mano.

Jon no comprende al principio a qué se refiere, está demasiado pendiente de la trayectoria. Señala frente a ellos.

—¡Cuidado!

El camino se revira de nuevo, están a punto de salir a la carretera sin asfaltar que une el Centro Hípico con la autovía. Antonia pelea por controlar la parte trasera del coche en el terreno pedregoso, girando el volante en dirección contraria. El Audi logra salir a la carretera sin más que una puerta trasera abollada por un árbol que les ayuda a terminar de frenar.

Del Porsche no hay ni rastro. Es un cuatro por cuatro, aunque sea de los de pintar la mona. Y en ese terreno lleva ventaja.

—¿Te dio Mentor algo para mí? —insiste, golpeando a Jon en el hombro.

Jon comprende por fin qué es lo que le está pidiendo. Se registra los bolsillos, rogando para no haber perdido la cajita metálica. Por fin la encuentra en el bolsillo del chaleco, en lugar del reloj que debería ir en esa zona y que su padre nunca le regaló.

Abre la cajita. Está dividida en dos zonas.

—¿Cuál?

—La roja —dice, extendiendo la palma—. Ya.

Jon le da la cápsula.

Ella se la pone en la boca. Oye cómo la muerde, y ve la lengua moverse, con la precisa maestría de la experiencia. Jon ha visto también esa maestría gestual antes, en gentes delgadas de dientes marrones y venas finas.

—Sujeta el volante —le ordena.

Y cierra los ojos. Cierra los ojos, sin soltar el pie del acelerador.

—¡Nos vas a matar! —dice Jon, desenganchando el cinturón de seguridad y agarrando el volante. Al menos la carretera es recta, pero a esa velocidad y en ese terreno podría pasar cualquier cosa.

Su asistencia en la conducción dura diez segundos exactos. Jon lo sabe porque Antonia los ha contado en voz baja, casi susurrándoselos al oído, inclinado como está sobre ella. No llega al cero (eso serían once). Sólo dice:

—Ya. —Y agarra el volante de nuevo.

Jon vuelve a su asiento y busca como un desesperado el cinturón. Sólo cuando se lo abrocha se atreve a abroncarla. Pero no llega a hacerlo, porque ve que algo ha cambiado en ella. Parece sentarse más recta, con los hombros más altos. Y sus ojos ya no están vidriosos, sino que se han convertido en dos rayos láser.

—*Zoroputoa*. Estás como una puta cabra —dice Jon.

—Espero que no te moleste si lo pongo a doscientos —le remeda ella, golpeando la palanca para poner el coche en modo secuencial y tocando ligeramente las levas para meter una marcha más. Por ahora sólo va a cien, el doble de lo permitido. Las ruedas del Audi no se hicieron para la tierra.

Joder, cuando le pregunté si le gustaban los coches no me imaginaba esto.

El trecho sin asfaltar se acaba doscientos metros más adelante. E incorporándose a la autovía, qué te parece, está el sospechoso. Eso, o alguien más huye a gran velocidad en un Porsche Cayenne Turbo de color negro por esta carretera solitaria.

Antonia pisa el acelerador a fondo, ahora que su objetivo está a la vista.

—Necesito —le dice a Jon, con la voz muy tranquila— que mires en internet a qué velocidad máxima puede ir ese coche.

—¿Ahora quieres que me ponga a escribir en el móvil? —dice Jon, que se ha agarrado con ambas manos a la manija del techo.

—¿Y tú qué quieres, vivir cien años?

—Pues sí, tenía pensado.

—Pregúntaselo a Siri —dice Antonia, reduciendo una marcha para poder tomar la curva de la autovía sin volcar.

No del todo convencido, Jon suelta una mano y aprieta el botón lateral de su teléfono.

—Siri, cuánto corre un Porsche Cayenne.

Tras pensarlo un instante, Siri responde solícita.

—Esto es lo que he encontrado en internet sobre «Cuando corres, me pones a cien».

Jon decide que Siri no entiende el acento de Bilbao y se limita a buscarlo a mano.

—Sobre 286 kilómetros por hora —dice Jon.

Antonia aprieta los labios. A medias jodida por la noticia de que el otro coche es capaz de sacarles sesenta kilómetros de velocidad punta, a medias concentrada en la conducción. Ahora todos sus sentidos y sus capacidades están puestos al servicio de mover esa enorme máquina. Cuando los neumáticos pisan asfalto, abandona las precauciones. Si es que hasta ahora ha tenido alguna.

—Agárrate fuerte —le dice a Jon.

—¿Más? —dice Jon, que ya tiene los nudillos blancos por el esfuerzo.

Suerte que las manijas están soldadas al chasis.

—Llama a Mentor —dice Antonia—. Dile que el sospechoso está en la A-6 en dirección Madrid.

El tráfico en la carretera es aún intermitente. No son ni las siete de la mañana, y ya ha amanecido. Por eso Antonia puede poner el coche a ciento sesenta, y comienza a adelantar coches, a izquierda y derecha, como si las leyes de la Física y del sentido común no fueran con ella. Dos minutos después, Antonia puede ver el Porsche, a lo lejos. Ni un segundo demasiado tarde.

—¡Se está desviando! —grita Jon.

—La salida de la M-50.

Un segundo más y lo hubieran perdido de vista. Antonia aprieta aún más el acelerador. Conoce esa carretera. Tiene mucho menos tráfico y está repleta de desvíos. Si no es capaz de acortar la distancia, el sospechoso desaparecerá.

Durante unos interminables cinco segundos tiene que dejar paso a los coches que han tomado el desvío antes que ella. No hay sitio para que pase el enorme Audi. Sólo cuando el último se incorpora al carril —a paso de tortuga—, Antonia le adelanta por la derecha. El sonido del claxon se queda atrás, las maldiciones se las imagina y las ignora.

—Vamos. Vamos.

Frente a ellos hay una recta enorme. Toma el carril de la izquierda, y pone el coche a doscientos kilómetros por hora. El acelerador lo lleva pegado al suelo, y el motor va al máximo de su capacidad. Poco a poco consigue sacarle un poco más de velocidad, y el Porsche va quedando cada vez más cerca. Cien metros, ochenta. Sesenta metros.

—¡Ten cuidado!

Otro coche, un Volkswagen Passat está adelantando a un Fiat. Antonia le deja completar la maniobra y después introduce el coche en el espacio que ha quedado entre el Passat y el Fiat. El parachoques trasero del Audi queda a menos de treinta centímetros del Fiat, que se bandea llevado por el aire que desplaza el coche de Antonia y pega un frenazo. Sin dudar un segundo, Antonia cruza el coche delante del Passat, que también frena.

Jon masculla algo entre dientes.

—¿Qué dices?

—A ti nada. Le rezo a san Cristóbal, patrón de los conductores, que me deje volver al Bingo Arizona.

—Bueno, toda ayuda es poca.

Un nuevo adelantamiento. El último.

El Porsche está delante, a menos de cuarenta metros, y la carretera despejada.

—Tiene que habernos visto.

—Joder, claro que nos ha visto. Vamos a doscientos y pico, y no reduce.

El motor del Audi apenas puede dar de sí, pero el rebufo del gigantesco todoterreno ayuda a que Antonia casi pueda alcanzarle. Ambos coches casi están pegados.

Si frena ahora nos matamos, piensa Jon. El corazón le zapatea en el pecho como un bailaor en el cumpleaños de un narco.

—Dime que no hay nadie por tu lado —pide Antonia.

—¡Despejado!

Con un volantazo seco y preciso, Antonia sale del rebufo del Porsche y comienza a ponerse a su altura. El bofetón del viento es ahora brutal, vuelve más lento al Audi, y Antonia lucha por alinear ambos vehículos ante la superior potencia del todoterreno.

Unos centímetros más. Pisa hasta dejarse el calcáneo contra el acelerador. La pierna está tan tensa que se le está agarrotando el gemelo de mantenerla apretada.

—¡El móvil, Jon! ¡Hazle una foto cuando lleguemos a su altura!

Jon pelea con el desbloqueo del teléfono y con la aplicación de la cámara.

Un esfuerzo más.

Las ventanillas se alinean. Y allí está Ezequiel. Alto, o quizás sea el vehículo. Brazos fuertes. Ojos intensos, que refulgen con odio desde detrás de un pasamontañas negro. Un tercer ojo, el de una pistola, mirando de frente a Antonia, a punto de disparar.

El grito de Jon es lo primero que les salva la vida.

—¡Frena! ¡Frena!

El disparo hace trizas la ventanilla del Porsche, pero la bala se pierde en la distancia. Porque en el mismo carril que el Audi hay un camión de cuatro ejes, a menos de doscientos metros. Antonia levanta el pie del acelerador justo a tiempo, y cambia el peso al del freno, muy despacio, lo justo para volver a colocarse detrás del Porsche. Pero Ezequiel no va a dejar esta vez que use su rebufo para avanzar, y pega un volantazo. Bloquea el paso de Antonia, y ésta se ve a su vez obligada a reducir mucho la marcha para no chocar con el Porsche. Cuando quiere darse cuenta, el camión está casi encima.

Antonia tiene que decidir si chocar con el quitamiedos o estamparse contra treinta toneladas.

Elige bien.

A esa velocidad, el Audi atraviesa la aleación de acero y zinc como si fuera de papel. Lo segundo que les salva la vida es que el terreno en ese punto hace un desnivel suave que —caprichos de un diosecillo benévolo— coincide casi con la trayectoria que hace el vehículo en el

aire. Las ruedas no estallan al tocar el suelo, y la inercia les respeta unos buenos cincuenta metros antes de acordarse de su existencia y apercibirse de que tendrían que haber dado varias vueltas de campana. Para cuando el neumático delantero izquierdo revienta, la fricción y la gravedad ya se han encargado de ralentizar el impulso para que el coche se limite a volcar sobre la puerta del conductor y recorrer los últimos metros de lado hasta detenerse por completo en mitad de un campo yermo.

Jon —en ángulo de 90º con respecto al suelo— se palparía todo el cuerpo para comprobar que está bien si no estuviera aprisionado por un montón de airbags. El delantero, el central, los de cortina y los de las piernas. Medio minuto después, cuando se desinflan lo suficiente, consigue liberarse de ellos y luego del cinturón de seguridad. Llama a Antonia, pero no le contesta. Manotea con el airbag central que los separa —el coche vale cada uno de los cien mil euros que cuesta— hasta conseguir ver su cara. Su compañera tiene los ojos cerrados y un hilo de sangre le escapa de la nariz y le desciende por la mejilla.

No. No.

Jon se apresura a comprobar el pulso en su cuello. Con los nervios, tarda en encontrarlo. Pero cuando lo localiza, respira tranquilo. Es fuerte y regular. Quizás sólo está atontada por el bofetón del airbag en la cara.

—Te he dicho que no me toques —murmura.

Pulso normal, modo bitch on. *Vale, sí que está bien.*

—Y yo que no nos mates al volante.

—No, nunca me lo has dicho —se extraña ella, siempre tan literal.

—Es una norma básica de convivencia.

Jon trepa para salir del coche —el mundo parece tan lento ahora, tan inmóvil, el terreno del secarral tan estable y seguro— y ayuda a Antonia a bajar también.

—Pues lo hemos perdido.

—Pues eso parece —dice Antonia, lanzando una patada a la piedra más cercana.

Aún algo mareada, falla.

Ezequiel

Cuando regresa al refugio, lleva fuego en los pulmones y ácido de batería en el estómago.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Es el segundo error que comete en muy corto espacio de tiempo. Todo podría haberse arruinado en un segundo. Todo. Y por culpa de un descuido.

Todo por no haber recordado algo de lo más básico.

No podía manejar el cuchillo con los guantes, así que se los quitó. Y cuando la mujer salió huyendo, él perdió el equilibrio y se apoyó un momento en la ventanilla. Se había dicho a sí mismo que tenía que pasar un trapo, borrar aquellas huellas, pero la nota mental se desvaneció en mitad de los nervios y la excitación de la persecución. Cazarla por el bosque había sido más difícil de lo que esperaba, y le había proporcionado una satisfacción animal, primitiva y pecaminosa, a pesar de que no le había hecho daño alguno. Ella era muy valiosa viva, lo más valioso de todo.

Por eso se había arriesgado tanto para capturarla.

Estúpido, estúpido. Demasiado cerca.

Hubiera preferido hacerlo más adelante, sobre todo estando tan reciente el primer trabajo. El primer capítulo de su obra. Coger al primero no había sido difícil.

Le había reducido sin hacerle daño, le había tratado con humanidad. Había gritado más que la mujer y había tenido que amordazarlo, es cierto, pero sólo porque estaba mucho más asustado. Cuando se cumplió el plazo que le había dado a la madre y llegó el inevitable final, Ezequiel le había hablado con voz suave y había usado medicamentos. No había sufrido más que lo estrictamente necesario.

Soy, esencialmente, una buena persona.

Habían sido meses y meses de arduo trabajo. Y el remate, cuando puso su obra a disposición de los padres, había sido lo más duro de todo. Hubiera preferido descansar un poco antes de abordar el siguiente capítulo. Pero la oportunidad de coger a la mujer se había presentado, y no podía dejarla escapar. Ella estaba muy arriba en la lista.

Y el error, el estúpido error había estado a punto de dar al traste con todo.

Intenta sentarse a escribir para tranquilizarse. Abre su libreta y comienza:

Padre decía siempre que por un clavo se pierde una herradura se pierde un caballo se pierde el jinete se pierde la batalla se pierde la g…

No puede. No puede concentrarse. Arranca la hoja y, contra su costumbre, la arroja contra la pared húmeda y grasienta, sin quemarla. Deja en la mesa la libreta y el lapicero, con cuidado. Después la ira estalla, como una oleada, y arrasa con el brazo todo el contenido de la mesa. El cenicero se hace pedazos contra el suelo.

Necesita el desahogo. Necesita el desahogo, y lo necesita ahora. La libreta por sí sola no puede ayudarle. Ya lo hará después, cuando tenga lo que quiere.

Sólo una cosa puede ayudarle ahora.

Se pone en pie y camina pasillo abajo, pasando por encima de los residuos que se oxidan en el suelo, y se detiene frente al lugar donde guarda a la mujer.

Puede escuchar su respiración agitada al otro lado de la puerta. Acerca la mano a la cuerda que levantaría la pesada plancha de metal. Acaricia el chicote, que ha cortado con cuidado y anudado con tanto celo. Un leve tirón, y la cuerda se alzaría. Sería tan fácil.

No. No, con ella no.

Sigue andando, hasta el final del pasillo, para tomar lo que necesita.

Carla

Del otro lado del muro llegan sonidos difusos. Sonidos espantosos.

Sonidos que su imaginación convierte en actos concretos e identificables.

Carla sabe que debería gritar, protestar, defender a Sandra. Intentar algo, aunque sea hacer ruido. Lo sabe de una forma tan cristalina como que existen veinticuatro apelativos para los pelajes de un caballo. Pero ambos conocimientos son absolutamente inútiles en su situación.

El ruido no cesa. Sigue atravesando la pared e infectando su alma, de miedo y de vergüenza.

Carla decide hacer algo al respecto.

Se tapa los oídos con las manos, y comienza a recitar en voz baja.

—Alazán. Pinto. Zaino. Ruano. Bayo…

En las pausas, aún se cuela el sonido. El horrible sonido. Carla recita más rápido.

11

Un hueso

Mentor llega media hora después, y no está de muy buen humor. Los encuentra a ambos sentados en el interior de la furgoneta de la Guardia Civil.

—Vaya, Scott. Desde lo de Valencia no me rompías uno de éstos —dice, señalando al Audi volcado.

Está a un arañazo de siniestro total.

—Tenías que ver cómo quedó el otro —dice ella.

—Pues eso me gustaría, haber visto al otro —contesta Mentor, exasperado—. Si ibas a montar un escándalo semejante, al menos podrías haber tenido la delicadeza de detener al sospechoso.

—El coche que llevaba era mejor —dice Antonia, encogiéndose de hombros—. ¿Podríamos tener un Cayenne?

—Yo me conformaría con que nos desengrilleten —dice Jon, señalando los brazos a su espalda.

De nada habían servido las credenciales de Antonia y de Jon. Tan pronto como la Guardia Civil apareció en el lugar del siniestro —despacio, venían en un Prius—, les habían esposado, hecho el test de alcoholemia, el de drogas y, cuando ambos dieron negativo, se plantearon seriamente llamar a un psiquiatra. Habían insistido mucho en que era un milagro que no se hubieran hecho nada.

—¿Ha visto mi nariz? —dijo Antonia, señalándosela. Estaba hinchada y con un algodón en cada narina.

—Ni siquiera está rota. Lo normal es que estuviesen muertos —dijo uno de los guardias.

De ser así, probablemente Mentor se habría enfadado menos.

—¿Saben lo mucho que me va a costar cubrir esta cagada? —les dice.

Antonia mira para otro lado. Jon, que tiene el cuerpo dolorido, está cansado y hambriento y se muere de sueño, no sabe si estrangularla o defenderla. Opta por lo segundo.

—Al menos Antonia ha localizado el cadáver del chófer.

—Oh, sí, su amigo el capitán Parra está ahora mismo en la escena del crimen que han encontrado. Y alterado irremediablemente.

—Parra no tiene que estar muy contento —dice Jon, intentando no sonreír.

—¿Usted qué cree, inspector? No sólo han tirado por tierra su teoría, arruinado la escena del crimen, actuado por su cuenta sin avisar a nadie, dejado escapar a un sospechoso... también le han hecho quedar como un gilipollas.

—No hemos tenido que esforzarnos mucho.

Mentor menea la cabeza.

—Y una persecución a doscientos y pico por la autovía, con cientos de civiles mirando. Y la prensa, que por cierto, está ahí fuera. Hemos dado la versión de que ha sido «una carrera ilegal que ha terminado afortunadamente sin daños personales».

—¿Has visto mi nariz? —dice Antonia, señalándosela.

—Ni siquiera está rota. Inspector, me gustaría hablar con usted un momento a solas.

Jon se da la vuelta para que Mentor le quite las esposas, y ambos caminan en dirección a los restos del coche.

—Sinceramente, esperaba mucho más de usted —dice Mentor, cuando se han alejado lo suficiente de Antonia.

—Si tuviera un euro por cada vez que me han dicho eso...

—Se suponía que tenía que proteger a Scott.

—¿Incluso de sí misma?

—Especialmente de sí misma.

Jon agacha la cabeza. Aquello era cierto. Había un montón de peros y un montón de excusas, pero la verdad es que podría haber manejado mucho mejor la situación.

—No es fácil.

—Lo sé.

Mentor se saca un paquete de Marlboro de la chaqueta. Extrae un

pitillo de la cajetilla y da dos golpes con el filtro sobre la foto disuasoria. El retratado parece un extra de *The Walking Dead*.

—¿No lo había dejado?

—No me joda, inspector. Que bastante tengo con lo que tengo.

El coche tumbado, como un animal moribundo, ofrece la panza al sol de la mañana. Jon pega una palmada sobre una de las ruedas.

—No he pasado más miedo en mi vida.

—Pues haber impedido que condujera.

—El caso es que la hija de puta conduce de cojones.

—Sí. Sí que lo hace —dice Mentor—. De haber sido otro coche menos potente el que llevara Ezequiel, ahora estaría esposado en comisaría, cantando el paradero de Carla Ortiz.

—Pues no ha sido así. ¿Y ahora qué?

Mentor se enciende el cigarro con un Zippo de Iron Maiden. Jon arquea una ceja. No ve a Mentor como un fan de Bruce Dickinson.

Más bien de un cuarteto de cámara con palos metidos por el culo.

—Ahora. Ahora se acabó el caso Carla Ortiz.

—¿Perdón?

—Es la única solución que puedo darle. Su situación como observadores era una cortesía por parte de Parra. No hace ni diez minutos me ha dicho que si vuelve a verles alguna vez en su vida, le cortará las pelotas.

—Qué obsesión tienen los heteros con según qué.

—La verdad es que quería denunciarle a Asuntos Internos.

Jon se pone blanco. Ningún compañero, nunca, jamás amenaza a otro con denunciarle a Asuntos Internos. El edificio sin distintivos ni dirección conocida de Cea Bermúdez, donde viven los que cazan a los malos con placa, es el último lugar que querría visitar un policía. Los que trabajan ahí son despreciados y odiados por el resto de los setenta mil funcionarios del cuerpo en toda España. Pero si hay algo que pueda causar más desprecio, es que un policía denuncie a otro compañero.

En todos sus años, y mira que ha visto cosas, nunca había escuchado una amenaza semejante. Copón.

—No puede estar hablando en serio.

—Y tan en serio. Parra es un yonqui del poder y del reconocimiento. Y en sus manos el secuestro de Carla Ortiz es una bomba de relojería.

—Con lo humilde que parece desde fuera.

—Hubiera preferido que fueran ustedes quienes se encargaran de encontrar a Ortiz, pero ya no puede ser. La esencia del proyecto Reina Roja es que no existe. Ahora Ortiz está en manos de Parra y la USE.

—No creo que se lo tome muy bien —dice Jon, señalando a Antonia con la cabeza. Sentada en la furgoneta, ella no les quita ojo de encima.

—¿Por qué cree que quería hablar con usted a solas? Ella sabe perfectamente lo que le estoy explicando ahora mismo. —Mentor aplasta el cigarro y le da la espalda a Antonia—. Por cierto, también lee los labios. No sé si estamos bastante lejos, creo que sí, pero por si acaso dese la vuelta.

Jon obedece.

—Mi padre tenía un perro —continúa Mentor—. Se llamaba Sam, un bóxer adorable. Bueno y dulce. Unos amigos nos regalaron un jamón de bellota y mi padre me pidió que lo llevara al carnicero a lonchear y deshuesar. No me di cuenta y al regreso dejé los huesos sobre la encimera. El perro los cogió.

Se enciende otro cigarro, con el mismo y parsimonioso ritual antes de continuar:

—Estuvimos casi tres horas sin poder entrar en la cocina. Se volvió completamente loco, muy posesivo y territorial, no quería soltar el hueso y amenazaba a todo el que se acercaba. Hasta que no se los comió no paró. Cualquiera se mete con un bicho que tiene doscientos kilos de presión por centímetro cuadrado en la mandíbula.

—¿Su padre lo sacrificó?

—Al día siguiente. Me obligó a mí a llevarlo al veterinario. *Tú la has cagado, tú apechugas*, dijo. No era un hombre de letras. Fui todo el camino hasta el veterinario llorando. El perro, contentísimo. Con una diarrea tremenda, pero contentísimo.

Jon asiente, despacio. Ya ve dónde quiere ir a parar Mentor.

—Mantendré a Antonia lejos del caso de Carla Ortiz.

—No, no lo hará. No lo hará porque no puede, igual que yo no pude convencer a Sam de que soltara el hueso de jamón.

—Pues a sacrificar la lleva usted.

—No va a soltar el hueso, pero podemos hacer que mastique otro. Nada de Ortiz, pero pueden ustedes dos seguir con el caso de Álvaro Trueba. Ambos caminos llevan al mismo objetivo. Limítese a mantenerla alejada de Parra y de sus hombres, ¿de acuerdo?

Bruno

Hubo un tiempo en el que ser periodista significaba algo.

A Bruno Lejarreta le gusta decir frases de ésas de vez en cuando. Cuando hay un becario cerca lo suficientemente idiota como para sentir respeto por un viejo reportero de sesenta y tres años, autoproclamado leyenda viva de la redacción de *El Correo de Bilbao*. Con sus chalecos y sus camisetas negras, sus anillos (incluso uno en el pulgar), sus vaqueros y sus botas, con sus arrugas y su pelo negro (se lo tiñe porque no le da la gana reconocer que se hace viejo) recogido en una coleta, Bruno fue siempre un gurú del viejo mundo para los imberbes jovenzuelos que entraban deslumbrados en la redacción en su primer día.

Ya no quedan becarios de ésos, claro. Hoy sólo sienten respeto por los *youtubers*, por el número de seguidores en Twitter y en Instagram, por el número de *clics* que ha conseguido un artículo. «*Diez cosas que necesitas saber sobre [Inserte nombre de famoso recién muerto]*.» Con sus diez correspondientes páginas, para que vayas pinchando y pinchando y el periódico aumente el número de impresiones y pueda seguir vendiendo a los anunciantes la vieja mentira. Somos relevantes, la gente aún nos hace caso. ¡Denos una limosna!

No siempre fue así, recuerda, poniendo los pies sobre la mesa. Puede hacerlo porque no hay nadie en la redacción, ya nadie va tan temprano. Cuando van, que hoy están todos locos con lo del teletrabajo. Sólo está él, que no tiene otra cosa mejor que hacer, más que matar el tiempo. Las diez de la mañana. A esa hora, cuando él era joven, los redactores ya estaban tecleando como locos, los de archivos buscando fotos, los fotógrafos entrando y saliendo de la redacción y metiendo los carretes en los tubos neumáticos. La época del papel. Los ochenta, los noventa. La mejor época. La época de los mejores.

Entonces, ser periodista era la hostia. Te llamaban los policías, los

políticos, te presentabas donde pasaban cosas. En los años duros del conflicto no daba abasto. Se imagina que ahora hubiera que cubrir esas noticias al estilo de los *millenials*. *«¿Quieres saber a cuántos ha matado la última bomba de ETA? ¡La respuesta te sorprenderá!»*

Hoy en día a nadie le importan los periódicos. Y dentro de los periódicos, a nadie le importan los sucesos, que es donde le han dejado aparcado, tan inútil como un jarrón chino o un ex presidente del Gobierno. No, a nadie le importan las noticias de sucesos. Lo único que importa es el último *zasca* de Pérez-Reverte a un político. Si acaso, cuando la víctima es una mujer asesinada por violencia de género, consiguen un poco de atención.

Pero sólo porque está de moda ofenderse por estos crímenes. Antes no le dábamos ni un suelto en la página veintisiete. Y había los mismos o más que ahora.

Al periódico le gustaría que Bruno Lejarreta se marchara del periódico. A Bruno Lejarreta no, y así se lo ha hecho saber al periódico.

«No tengo nada mejor que hacer», les dijo.

«Seguramente preferirías disfrutar de tu tiempo libre, de la jubilación», dijeron, con mucha educación (Bruno tiene un contrato de los tiempos anteriores a la esclavitud).

«Si me voy ahora, me queda una pensión de mierda —dijo él—. Así que, pagadme la indemnización.»

Y el periódico no pagó, porque acumula muchos trienios y son seis cifras. Así que él sigue cobrando su sueldo de tres mil euros al mes, el más alto del periódico después del director, por, hablando mal y pronto, tocarse los huevos. Esperando a ver cuál de los dos dinosaurios muere primero, si el periodismo impreso o Bruno Lejarreta. Bruno no bebe apenas, de fumar, nada, y malas mujeres, menos —a la suya la quiere y la respeta demasiado para eso—. Tampoco tiene hijos que le provoquen úlceras o infartos. Así que las apuestas están al cincuenta por ciento.

Bruno, sin embargo, suspira por encontrar algo que hacer. Una última gran cabalgada hacia el horizonte, diría, si le gustaran las películas de vaqueros, que no es el caso. Lo que a él le gusta es el olor

de la tinta impresa del primer ejemplar que sale de la rotativa a la una de la mañana, ese periódico que te deja las manos negras y que en la portada, lleva una hostia en la cara para alguien. Alguien a quien no le va a gustar lo que has escrito. El resto, relaciones públicas.

Pero en sucesos no tendrá nunca ya esta última oportunidad.

O eso pensaba hasta hace treinta y cuatro segundos.

Hasta que fijó distraídamente la mirada en la tele, Bruno Lejarreta era un viejo acabado que afrontaba otro día de tedio. Y entonces vio la noticia en el informativo de la mañana.

—«... una carrera ilegal que ha terminado afortunadamente sin daños personales. En el espectacular accidente a las afueras de Madrid...»

A Bruno le trae sin cuidado lo que la presentadora está diciendo. Lo que le importa es lo que está *viendo*. Ni más ni menos que al inspector Gutiérrez junto al coche. El cámara ha tomado las imágenes desde muy lejos, y el zoom extremo hace que la imagen tiemble como un constructor en una comisión de investigación. Pero es él. Con su traje elegante y su silueta robusta. No es que esté gordo.

El olfato de Bruno Lejarreta se agudiza, su expresión se afila.

La última noticia que teníamos del inspector Jon Gutiérrez era que estaba siendo investigado por conducta impropia. El vídeo en el que salía colocando la heroína en el maletero del chulo se había hecho viral —Dios, como odia esa palabreja— de la noche a la mañana y luego *puf*, el asunto se había esfumado. Como por arte de magia.

Bruno conoce a Gutiérrez, para desgracia de ambos. No se soportan desde que tuvieron unas palabras acerca de una noticia que uno quería dar y el otro no. *Txakurra faxista*, pero no sólo eso. Hay algo, mucho, de piel. Se la tiene un poquito jurada. Así que se alegró, y mucho, cuando el inspector Gutiérrez la cagó a lo grande. El propio Bruno había redactado la noticia de lo del maletero, con la alegría insana que produce siempre clavar clavos en ataúd ajeno. Derivada de la inconveniencia de clavarlos en el propio.

Lo máximo a lo que debería poder aspirar Gutiérrez era a pilotar un escritorio durante el resto de su vida laboral. Como él.

Aquí pasa algo.

Hace treinta y cuatro segundos, Bruno Lejarreta era un viejo cansado y aburrido. Pero ahora ha olido algo en el aire. No sabe qué hace el inspector Gutiérrez en Madrid en un accidente de coche, pero tiene curiosidad por averiguarlo.

Llama a su mujer —nada de esa cursilería del WhatsApp, los hombres de verdad llaman— para decir que va a ausentarse, se palpa el bolsillo de la cazadora para asegurarse de que lleva las llaves del coche, y mira el reloj. Con buen ritmo, a la hora de comer se planta en Madrid.

Con una parada antes en Santutxu, claro. Una parada importante, piensa. Y sonríe. Sonrisa lobuna.

No se despide de nadie al salir, porque aún no ha llegado nadie. Tampoco pide permiso. Duda mucho de que noten su ausencia.

12

Un subterfugio

Bien entrada la tarde, después de haber dormido —por fin— unas horas, Jon y Antonia se encuentran en Gran Clavel, la cafetería del Hotel de las Letras, donde Mentor ha alojado al inspector Gutiérrez. Un lugar curioso, esquina a Gran Vía, todo cristaleras. Repleto de libros por todas partes. La gente ni los toca, pero hacen bonito.

—Estamos fuera de lo de Ortiz —dice Jon. Y luego le cuenta.

Antonia no se lo toma bien.

—Hay una mujer en algún agujero de mierda ahora mismo. Estará en un sótano, o en un almacén, o en una habitación forrada de cartones de huevo.

—Creía que los cartones de huevo no servían.

—Pero los locos lo han visto en las pelis. Y estará sola. Sin su familia, sin sus amigos. Sin poder abrazar a su hijo por última vez. Probablemente la hayan atado y le hayan hecho daño, o algo peor. Y ese... ese hombre... ese Parra...

Luego se detiene, pues vuelve a descubrir una verdad universal que olvida cada día cuando se acuesta. El mundo está manejado por los mediocres, los egoístas y los idiotas. Muy especialmente estos últimos. Y el capitán Parra parece una interesante combinación de los tres.

Jon se descubre defendiéndolo.

—Sólo está haciendo su trabajo.

Y se odia, pero Antonia tiene que comprender que el juego ha cambiado.

—Su trabajo lo hemos hecho nosotros. Ellos son ocho policías en la unidad. Ocho. Tienen bases de datos, tienen coches con sirenas, tienen armas, tienen equipo de apoyo. Pero no saben pensar.

Antonia vuelve a pararse. Sin lograr el desahogo, porque no hay

desahogo ante la estupidez. Para lidiar con la estupidez sólo vale la aceptación o el suicidio. En el que últimamente no ha tenido tiempo para pensar. Por lo de estar persiguiendo a un sospechoso.

—No importa —dice, y su voz regresa a la gélida serenidad habitual —. Vamos a encontrar a Carla Ortiz. No porque sea millonaria. Sino porque es una mujer que quiere abrazar a su hijo y no puede.

Jon sonríe ante la inocente e incontestable afirmación. No por ser *naif* es menos verdad, y viceversa. La resolución irradia de Antonia como el calor de un horno.

Ah, el fuego.

—Vamos a hacerlo. Pero lo haremos de forma inteligente. No cargando como un caballo en una cacharrería.

Y, aunque no es lo que quiere responder, lo que responde resignada ella es:

—Está bien.

Porque al fin y al cabo la naturaleza de su trabajo es el subterfugio. No puedes ir diciéndoles a los demás que eres más inteligente que ellos.

—Por cierto, ¿qué llevan esas cápsulas que te tomas? —pregunta Jon, como quien no quiere la cosa. Porque es un tema que le preocupa mucho.

—Lo que llevan, no lo sé —miente Antonia.

—Bueno, pues ¿qué hacen?

—Me ayudan a filtrar el exceso de estímulos en los momentos clave. Me hacen más lenta, en realidad.

—¿Las necesitas? ¿Estás enganchada?

Antonia ignora el insulto. Porque la pregunta es demasiado importante. Es, en realidad, todo.

—Quiero pensar que no. No siempre acierto.

Jon no hace ningún comentario. No es quién para juzgar a nadie. Que también tiene sus propias adicciones a las que promete asiduamente renunciar. Como enamorarse, por ejemplo. Cada cual tira adelante como puede. Le basta con saber que no va a ser un problema.

—Me basta con saber que no va a ser un problema —dice—. Que no va a obstruir tu labor y afectar tu juicio.

—Rencoroso de mierda —dice ella, al reconocer sus propias palabras.

—Lo he preguntado en serio.

—Ya lo veremos.

Tendrá que bastar.

—El otro día, en La Finca, cuando bajaste de la furgoneta...

No añade: llorando y hecha un manojo de nervios.

—Sí. Las había tomado. Y no, no quiero hablar de ello.

—No es eso. Dijiste que el asesino no había pensado en todo.

Jon está intentando establecer un punto de partida. Lo cual no es fácil. Una investigación suele llevar semanas y una docena de personas. Carla Ortiz puede que tenga la docena de personas, pero no tiene el tiempo. Y Álvaro Trueba ya sólo les tiene a ellos.

—Creo que tenemos dos hilos de los que tirar. Un cómo y un porqué.

—Explícate.

Antonia se pide otro té con pastas (costumbre de su mitad inglesa que no piensa abandonar nunca), y se explica.

—Nada en este caso es normal.

—Me he dado cuenta.

—Vamos a imaginar. Imagina que eres un secuestrador que logra hacerse con el hijo de la presidenta del banco europeo más grande. ¿Qué haces?

—Pido dinero. Ingentes cantidades de dinero. Todo el que pueda.

—Exacto. Has secuestrado al familiar de un industrial famoso, como lo de Revilla hace tantos años. Mil millones de pesetas. ¿Cómo los cobras?

—Tanta pasta tiene que pesar mucho —piensa Jon, que recuerda el caso, aunque en el 88 era un niño de doce años. Pero es de los que acabó estudiando en la Academia de la Policía en Ávila.

—Una tonelada larga. Por eso se le llamaba un kilo a un millón de pesetas, aunque en realidad eran más bien mil cien gramos por millón.

Jon, que ya lo sabía, asiente con educación para no interrumpirla. A veces con Antonia hay que hacerse el tonto y dejar que siga fluyendo.

—Si eres una organización terrorista y le estás pidiendo el rescate a

un fabricante de salchichas, cobrar es complicado —continúa ella—. Hay dos puntos críticos siempre en un secuestro: la comunicación con la familia y el cobro del rescate. Hoy en día el primero está casi resuelto.

—Cualquier idiota puede usar internet para ocultar quién es.

—Y cobrar el rescate cuando se lo pides a una banquera cuya entidad gana miles de millones al año es un paseo por el campo. Bastaría que ingresaran el dinero en una cuenta en Bahrein o en las islas Marshall o en cualquier paraíso fiscal.

—Para alguien como Laura Trueba sería pan comido.

—Da igual la cantidad. Diez millones de euros, cien, mil millones. Mover el dinero le llevaría cinco minutos. Luego ya se encargaría de reponerlo.

Jon se rasca el pelo, como siempre que está a punto de llegar a un pensamiento que no acaba de salir.

—Creo que sé por dónde vas. En este secuestro, nada *debía* salir mal.

—Exacto. La madre tiene fondos ingentes a su disposición. No hay posibilidad de que capturen a Ezequiel en la entrega del rescate.

—Nada *podía* salir mal.

—Y, sin embargo, salió mal.

—¿Crees que pudo verle la cara, y que por eso decidió matarle?

—No lo creo. Ezequiel parece cuidadoso, ya viste que llevaba puesto un pasamontañas cuando nos lo encontramos. Hablando de eso, ¿pudiste hacer fotos con el móvil?

Jon saca el teléfono y le muestra la única foto que pudo tomar. Es una ráfaga, porque dejó el botón de la cámara apretado.

—Se la he pasado ya a Mentor para que se la dé a su vez a Parra. Esto no nos lo podíamos guardar.

—Has hecho bien.

Antonia abre la ráfaga y repasa una a una las imágenes que Jon pudo tomar. De las setenta y tres, dos terceras partes sólo llegan a captar la ventanilla y el lateral del Porsche. El resto son tomas parciales o están demasiado movidas. Tan sólo dos de ellas son medianamente aceptables, sin ser dignas del Pulitzer. Ambas son muy

parecidas. La mayor diferencia es que en una Ezequiel tiene ambas manos sobre el volante y mira al frente, mientras que en la otra se ha girado hacia ellos y ha comenzado a sacar la pistola.

En ninguna de las dos se le ve la cara.

Antonia se las envía a su iPad, para poder verlas mejor.

—Mentor ya se las ha mandado a Aguado.

—Bien. Quizás ella pueda descubrir algo más. Espera un momento...

Antonia amplía al máximo la fotografía. Algo en el brazo derecho le llama la atención. Ezequiel lleva un jersey negro y guantes, pero en la foto en la que comienza a sacar el arma el jersey está algo levantado.

Debajo hay algo.

—Parece un tatuaje —dice Jon, que se ha inclinado para ver mejor.

Apenas se ve, debe de tener una extensión de unos tres centímetros.

—Llama a Aguado y dile que se centre en esto, aunque ya estarán en ello. Tienen herramientas de análisis forense. Quizás puedan darnos algo más.

Un tatuaje no es mucho, pero es *algo*. Y ahora mismo ese algo puede ser la única esperanza de Carla Ortiz.

Un clavo ardiendo.

Cuando Jon cuelga después de hablar con la doctora Aguado, los dos están pensando lo mismo.

En el tiempo que pasó entre el secuestro de Álvaro Trueba y el momento en el que encontraron su cadáver.

Seis días.

—Si no salió nada mal, si Ezequiel no tenía motivos para matar al chico, ¿por qué lo hizo?

—No es por dinero, eso ha quedado claro. Tampoco creo que lo haya hecho por placer. No es un psicópata, al menos no uno corriente.

—Dijiste que era algo que no habías visto antes.

—Ni yo, ni nadie. Creo que Ezequiel secuestra y mata por algo muy concreto. Que tiene que ver con el poder.

—También con el miedo —dice Jon—. Ya viste que Ramón Ortiz estaba muy asustado.

—Y que nos mintió. No nos contó todo lo que le dijo Ezequiel. ¿Qué motivo podía tener un padre para ocultar una información que podría

salvar la vida de su hija?

Por más vueltas que le dan, no encuentran lógica alguna al comportamiento del empresario.

—Creo que lo más importante que tenemos que hacer es averiguar esa información que nos falta.

—A Ortiz no vamos a poder acceder.

—Lo sé. Pero la primera clave de este caso es un *porqué*. Si descubrimos por qué mata Ezequiel, estaremos más cerca de atraparle.

Parra

El capitán Parra es un hombre de acción.

Tan pronto recibe la llamada, moviliza todos los medios a su alcance. La Policía Científica, el forense, el juez de instrucción para el levantamiento del cadáver.

—Todo con total discreción, ¿os queda claro?

Empiezan a llegar a las afueras del Centro Hípico a eso de las nueve. A las once ya está montado el circo completo, sólo faltan las palomitas y los elefantes. El paso al Centro Hípico queda obstaculizado por tres coches patrulla, varios coches de paisano, un transporte con dos unidades de caballería —hay que tener en cuenta el terreno—. Incluso se llevan el LAE, el Laboratorio de Actuaciones Especiales. Un camión como el MobLab al mando de la doctora Aguado en el proyecto Reina Roja. Sólo que menos preparado. Y más grande. Blanco y azul, con la bandera de España a lo largo y la palabra POLICÍA en letras de medio metro de altura.

Pura discreción.

A las doce empiezan a llegar a la zona los participantes en la competición de la inauguración del centro. Gente, digamos, de perfil alto. Gente con móviles e Instagram. Gente que se abre paso por el Gran Carnaval y va tirando fotos sin bajarse del coche.

¿Quién podría haber anticipado esto?

El capitán Parra podría.

Y lo ha hecho, claro. José Luis Parra es un gran profesional. Muy bueno en su trabajo. Lleva seis años al frente de la USE con unos resultados espectaculares. En este tiempo se ha encargado de más de doscientos secuestros, y el 88,3 por ciento de ellos han concluido felizmente.

Cuando Parra recibió el encargo de montar la unidad, se centró en que sus subordinados tuvieran un perfil de negociadores. Les mandó a

estudiar —él el primero— con los mejores. En Nueva York y en Quantico, en la sede del FBI. Y se dejan la piel y la vida en el puesto de trabajo. Una vez el capitán Parra tuvo que estar siete horas bajo la lluvia, en una azotea, intentando convencer a un hombre de que bajara la escopeta. Su mujer y su hijo estaban en el suelo, arrodillados delante de él, al otro extremo del cañón. La pretensión del hombre era matarlos y luego volarse la tapa de los sesos. Calado hasta los huesos, en pleno invierno, Parra sólo quería que invirtiera el orden de los factores. *Primero mátate tú y luego ya les matas a ellos, cabrón*. No lo dijo. Los negociadores nunca dicen esas cosas. Hablan con mucha suavidad.

El capitán Parra lleva ya seis años teniendo éxito tras éxito. El problema es que lo hace tan bien que nadie cree que deban ascenderlo. Y Parra cree que se lo merece. Él quiere ser comisario, porque está hasta los huevos de sentarse durante horas a hablar con chalados. Y porque se cobran cuatrocientos euros más al mes. Y eso, cuando eres padre de familia numerosa, es la diferencia entre cenar pasta cada noche desde el día 20 de cada mes o poder alimentarte. El capitán Parra es un convencido de la proteína, lleva bastantes kilos en cada brazo. Algún pinchacito en el culo lleva también, todo hay que decirlo. Pero para parecerse a Dwayne Johnson, hay que sufrir.

Para ascender también, está claro. Para ascender *alguien* tiene que sufrir, en cualquier caso. Así que Parra ha hecho sus cálculos. Si consigue rescatar a Carla Ortiz a tiempo, la gloria está asegurada. Pero si no lo consigue no sería ninguna tragedia tampoco. Lo importante es que la historia sea relevante. Si sus jefes sintieran la tentación de apartarle de su puesto por la «presión popular», eufemismo donde los haya, tendrían que darle una patada hacia arriba. Con su historial del 88,3 por ciento de éxitos, si Carla Ortiz cae dentro del porcentaje de casos fallidos, qué se le va a hacer.

Y podría pasar, claro que podría pasar. Porque la teoría de Parra que situaba a Carmelo Novoa como principal sospechoso del secuestro se había ido al carajo menos de doce horas después.

Parra llegó a la escena del crimen —diciendo: «*¿Qué tenemos?*», como los polis de la tele— y comprobó cómo su sospechoso principal

parecía ahora víctima secundaria. Con cuello rajado y todo.

El caso es que Gutiérrez y la otra idiota de la Interpol le han hecho un favor. No sabe cómo han logrado localizar tan rápido el coche, pero les han ahorrado muchas horas y explicaciones embarazosas. A pesar de ello, está muy cabreado. Porque si no hubieran actuado por su cuenta, ahora tendrían a uno de los secuestradores bajo custodia, y de ahí al rescate de la víctima sólo hacen falta unas cuantas horas en una habitación cerrada y una guía de teléfono —no dejan marca— aplicada con maestría en las costillas. Ya no va a poder ser, porque los muy imbéciles quisieron actuar por su cuenta. De todas formas se los ha quitado de encima, y hasta le ha venido bien. Un par de chivos expiatorios, por si acaso. Y están más cerca.

Ahora saben que el secuestro de Carla Ortiz tiene una motivación económica, así que es cuestión de pegarse al padre como lapas y asegurarse de estar ahí cuando reciba la siguiente llamada de los secuestradores. Y cuando entregue el rescate. Porque el padre pagará, claro que sí. Dinero no le falta.

De todas formas el capitán Parra sabe que en cuanto esto sea público van a examinar cada paso que dé con microscopio, y tiene que cubrirse las espaldas.

Así que hace todo el despliegue. Aún no es público quién es la víctima, pero sabe que esas fotos, que están ahora mismo subiendo los pijos a las redes sociales, van a acabar en los medios de comunicación antes o después, y quiere asegurarse de que, cuando lo hagan, quede muy claro que no se escatimaron esfuerzos. Y mientras van pasando los BMW y los Mercedes por el camino hacia el Centro Hípico, con sus ocupantes haciendo fotos, Parra sonríe desde el pinar.

Para sus adentros, claro.

Por fuera da órdenes, gesticulando, como el hombre de acción que es.

13

Un aceite

Mentor les ha dejado en recepción las llaves de otro Audi A8, casi idéntico al primero, salvo que el nuevo es azul marino en lugar de negro. Ha tenido incluso la gentileza de dejar una nota manuscrita en el salpicadero.

Sean tan amables de no siniestrar éste.

M.

lee Jon en voz alta, y le pasa el papel a su compañera. Antonia hace una pelota con él y lo arroja al asiento de atrás.

—Tenías que dejarme conducir —dice ella.

—No, muchas gracias.

—¿Ahora estás de su parte?

—Estoy de parte de mi salud. ¿Dónde vamos?

—Volvemos a La Finca.

—Sospecho que ahí está el primer hilo del que quieres tirar.

—Dime, ¿por qué crees que dejó allí el cadáver? Podría haber abandonado a Álvaro Trueba en un descampado. Pero no, lo dejó en una de las casas de la familia, y no en cualquiera. Tienen más de una docena, Ezequiel tiene dónde elegir. Lo dejó en la casa que poseen en la urbanización supuestamente más segura de España.

Jon asiente, despacio, mientras disfruta de la maravilla que es conducir por la Gran Vía. Siempre en obras. Siempre en hora punta. Calcula que a esa velocidad alcanzarán la plaza de Cibeles dentro de dos jueves.

—Y no lo dejó de cualquier manera. Se tomó muchas molestias para

preparar el cuerpo y el resto de los elementos de la escena. Quería mandarnos un mensaje.

—No, a nosotros no. Nosotros no le importamos.

—Entonces ¿para quién?

—No lo sé —dice Antonia, frustrada, tras meditar la respuesta un buen rato—. Eso es lo que me confunde. Si fuera un asesino en serie, obtendría placer de lo que hace, y también de que todo el mundo supiera lo que hace. Si fuera un secuestrador, querría dinero, no dejaría un mensaje. Si el asunto fuera específicamente en contra de la familia Trueba…

—No habría dejado una escena del crimen tan elaborada —completa Jon—. Ni se habría llevado a Carla Ortiz.

—Y luego están las connotaciones religiosas. Toda la escena del crimen evocaba al salmo veintitrés.

Jon da un salto en el asiento al oír eso.

—Pues claro… «Unges mi cabeza con aceite y mi copa rebosa.» ¿Cómo no me di cuenta antes?

—No te hacía yo muy religioso, inspector —se sorprende Antonia

—Muchos años de catequista, bonita. Se te quedan cosas, además del *Yo tengo un amigo que me ama*.

Lo del amigo y lo del amor era cierto, literalmente. Jon se metió en catequesis en el instituto por el mismo motivo que otros se apuntan a teatro en la universidad. Pero una vez dentro, descubrió que había mucha paz en todo lo que escuchaba y aprendía como homosexual. No terminaba de creer en una Iglesia que no podía creer en él, pero le daba un poco igual, porque estaba convencido de que Jesús no creía en su propia Iglesia.

Antonia, por supuesto, es una firme creyente en el ateísmo. Que es otra forma de religión, sólo que más barata.

—Mientras dormíamos, la doctora Aguado me mandó un email con la composición del aceite que había en la cabeza de Álvaro Trueba —dice Antonia, abriendo el correo en el iPad—. Es aceite de oliva aromatizado con mirra. Ha estado investigando y al parecer es algo llamado «Aceite de la unción santa».

—Extremaunción. Los sacerdotes ponen un poco en la frente y en

las manos de los moribundos.

—¿Y qué se supone que hace eso?

—Prepararlo para el encuentro con Dios. Es como engrasar al camello para que entre por el ojo de la aguja.

Ambos intentan no pensar en los últimos momentos de Álvaro y en lo que tuvo que sufrir. Sin éxito.

—Al menos si ese aceite es difícil de encontrar, quizás nos sirva para rastrear a Ezequiel —apunta Jon, optimista.

—No, ya lo he buscado. Se puede conseguir en Internet por menos de cinco euros. Si hasta lo venden en El Corte Inglés. Por no mencionar en cada tienda esotérica de Madrid.

—¿Hay mercado para aceite de muertos?

—Se usa en rollos de aromaterapia y otros disparates.

A Jon no deja de asombrarle la naturaleza humana, sobre todo la suya propia. Siempre que encuentra que ahí fuera hay un universo completo que él nunca habría imaginado que existiese, se sorprende. *Cuánto chiflado*, piensa. *Hay gente para todo*. Y luego se sorprende de su propia sorpresa.

—Entonces ¿crees que estamos ante un fanático religioso?

—Sinceramente, espero que no. Me costaría mucho más comprenderlo.

El peso del mundo recae sobre los hombros de Antonia Scott. Su rostro está ensombrecido, de sus ojos cuelgan sendas hamacas violáceas. Se ha tomado como algo personal atrapar a Ezequiel y rescatar a Carla Ortiz. Lo cual suele ser siempre una receta para el desastre. Pero avisárselo no tiene utilidad alguna. Así que en lugar de ello, Jon dice:

—No estás sola en esto, ¿sabes?

Jon reprime la tentación de darle dos palmadas en el hombro, y las cambia por un par de palmadas en el asiento, lo bastante cerca del hombro para que se entienda la intención.

Y, quién lo habría imaginado, Antonia sonríe.

—Gracias.

Una palabra amable. ¿Nunca acabarán los milagros?

Va callada durante los minutos —bastantes— que tardan en salir del

centro de la ciudad y alcanzar la M-40. A medio camino de La Finca.

—No, no creo que sea un fanático religioso —dice Antonia, al cabo de un rato—. En este caso los elementos religiosos son sólo un aderezo. Un barniz de última hora.

—Con lo cual seguimos sin tener un porqué.

—No es eso por lo que volvemos a la escena del crimen. Aquí venimos a por el cómo. ¿Cómo logró entrar Ezequiel?

—De acuerdo. Éste es tu primer hilo. ¿Y cuál es el segundo? ¿Cómo llegamos al porqué?

—Te va a parecer una locura.

—Sorpréndeme.

Y Antonia se lo dice.

Y sí, es una locura.

Carla

Sandra no responde.

Carla insiste, la llama en repetidas ocasiones —sólo cuando está segura de que el peligro ha pasado—. Pero Sandra no responde. Está sola.

Olvida a esa mujer.
Preocúpate por sobrevivir tú.

La voz le habla, pero ha perdido parte de su fuerza, de su imperativo. De algún modo, el saber que no está sola, que hay alguien más al otro lado de ese muro, ha cambiado las cosas.

Pero Sandra no responde.

Pasan horas, o quizás años.

Carla duerme, se despierta. Vuelve a dormir. Revolotea alrededor del sueño como una polilla cerca de una vela. Cada instante en el que cede a la pesadez en los párpados y se deja llevar por la corriente, es una bendición envenenada. Porque luego, meses o minutos después, Carla despierta. Y a la breve sensación de paz, sucede enseguida la espantosa claridad de su situación. La peor situación.

En uno de esos intervalos, Carla cree escuchar la trampilla abriéndose. Cuando palpa cerca de la puerta, encuentra otra botella de agua y una chocolatina. Bebe un poco, orina en la esquina del sumidero, pero no quiere comer. No tiene hambre, su estómago sigue invadido por la sensación ácida, su boca aún poblada por el amargo sabor a hierro.

Hay algo más.

Tiene miedo a que le hayan puesto algo a la chocolatina.

Tienes que comer.

Puede estar envenenada.

Te tiene a su merced. Puede matarte cuando quiera. Si no comes, si no conservas tus fuerzas, no tendrás ninguna oportunidad.

La voz ha vuelto a ganar poder y presencia, ocupando el hueco que ha dejado el silencio de Sandra. Ahora puede escucharla más fuerte que antes, no sólo en el interior de su cabeza, sino en el aire rancio a su alrededor.

Carla arranca el papel de la chocolatina y pega un bocado, intentando contentar a la voz. Ahora ya no suena con el timbre de su madre. Es distinta. Más joven. Más nítida.

Más implacable.

—¿Quién eres? —le susurra a la voz.

Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

La voz no ofrece más respuestas.

Carla come un poco más. El azúcar y los frutos secos equilibran sus niveles de glucosa, le devuelven a su cuerpo agotado algo de su energía.

Tienes que encontrar algo que hacer. O te volverás loca.

Y eso lo dice una voz dentro de mi cabeza, piensa Carla.

Pero la voz tiene razón. Así que se dedica a explorar su entorno. Esta vez con mayor detenimiento. Estudia los detalles de su celda, palpando con atención el suelo y las paredes.

A los lados no encuentra gran cosa, sólo cemento desnudo.

La pared contraria a la puerta de metal, sin embargo, está recubierta de pequeñas baldosas cuadradas, de unos diez centímetros de lado. En la esquina del sumidero, la última de ellas está un poco suelta. Asoma unos cuantos milímetros, y cede ligeramente, con un crujido suave y arenoso, cuando la tocas.

Si pudiera introducir los dedos entre la baldosa y la lechada, quizás podría soltarla.

¿Y de qué serviría?

De nada, piensa Carla, sintiendo de nuevo el tirón inmisericorde de la desesperación.

14

Una bolsa de papel

El recibimiento en La Finca no es muy caluroso.

No hay bailarinas, ni confeti, ni alfombra roja.

Jon Gutiérrez nunca ha sido partidario de fomentar la tradicional rivalidad entre guardias de seguridad y policías. Su película es vivir cien años, y por lo tanto vive y deja vivir. Ellos en su curro, él en el suyo. No es lo habitual. Cuando eres policía y te dejas la piel, el resuello y el alma en el zeta, de una llamada a la siguiente por cuatro duros, lo de mirar por encima del hombro pasa. Es la naturaleza humana, despreciar al de abajo y odiar al de arriba hasta que subes un escalón y el ciclo empieza de nuevo.

Los de seguridad, igual de resabiados, y poco informados de que el inspector Jon Gutiérrez es de naturaleza tierna y receptiva, por mucho que lo desmienta su aspecto robusto y su porte amenazador, no van a colaborar esta noche.

Jon aparca el Audi al lado de la garita. Bajan. Los vigilantes están junto a la barrera. Fumando con una mano y con la otra en la presilla del cinturón. Posición Clásica número 1, se la enseñarían el primer día de clase si fueran a clase.

—¿En qué puedo ayudarles?

Traducción: ¿Qué cojones queréis?

—Buenas noches. Soy el inspector Gutiérrez, de la Policía Nacional. Ésta es mi compañera. Estuvimos aquí hace dos noches, no sé si me recordarán.

—Hace dos noches me tocaba librar.

Mentira, por supuesto, porque a pesar de la oscuridad, Jon ha reconocido a ambos. Especialmente al que habla. Barba de tres días, un pendiente que se quita para trabajar, casi los cincuenta. Miente

como le mintió anteanoche, cuando le dijo que no trabajaba cuando encontraron a Álvaro Trueba.

—Necesitamos acceder a las grabaciones de seguridad de hace tres noches.

El vigilante se cruza de brazos y abre las puntas de los pies hacia fuera (Posición Clásica número 2) y da una respuesta inesperada.

—Por supuesto, inspector, será un placer atender su petición.

Jon sonríe.

—Tan pronto se la haga llegar al gerente de la empresa por escrito identificando el nombre del funcionario solicitante, especificando las grabaciones que se solicitan y dejando claro que es en el marco de la investigación de un delito. Es la Ley de Protección de Datos, ya sabe.

Claro que sí, piensa Jon. *Salvo que Carla Ortiz no tiene tiempo de esperar a que yo haga una petición por escrito de un delito que supuestamente no ha existido nunca*.

—Verá usted, es que tenemos prisa. Quizás podríamos saltarnos el papeleo, una cortesía entre profesionales.

—¿Y de cuánta cortesía estamos hablando?

Jon se rasca el pelo, y luego se rasca el bolsillo. Todo lo que lleva en la cartera. Cincuenta euros.

—Cincuenta euros. Es todo lo que llevo encima.

—Pues vuelva cuando lleve cinco mil —dice el guardia de seguridad, que sabe muy bien que un policía no ha visto cinco mil euros juntos en su puñetera vida.

El inspector Gutiérrez valora seriamente las consecuencias de cruzarle la cara a bofetadas. Luego dice:

—Pues nada, nosotros ya nos íbamos. Muchas gracias.

—De nada, corazones.

De vuelta, en el coche. Jon conduce cabreado, y habla cabreado.

—...Y, ¿no me ha dicho, el muy imbécil, «De nada, corazones»? Que es lo que yo les dije el otro día cuando no paraban de alumbrarnos con su linternita a la cara. Como para dejarnos claro que era él el que estaba el otro día, haciéndose el listillo. Imbécil. *Memelo*. No sé por

qué Mentor no pidió las grabaciones de seguridad, y por qué tenemos que hacerlo nosotros, y… ¿se puede saber qué haces?

Antonia no le presta atención, está programando el GPS del coche. Aparece una dirección. Diecinueve minutos.

—¿Dónde vamos?

—No me molestes —dice Antonia. Ha abierto su iPad y busca información. Abre una página web y se pone a leer—. Sólo tengo diecinueve minutos para aprender.

Cuando frenan en la puerta del destino que Antonia había programado en el GPS, Jon no se lo puede creer.

—¿Ahora quieres entrar aquí?

—Necesito tus cincuenta euros.

—Son mis últimos cincuenta euros. Te recuerdo que estoy suspendido de empleo y sueldo.

—Ahora te los devuelvo.

Jon le alarga el billete. Antonia lo coge, saca su DNI de la mochila bandolera, y la deja en el asiento del copiloto.

—Espera aquí. Y echa el cierre. No quiero que te la roben si te echas una siesta.

Hasta ese día, Jon habría pensado que era imposible pasar noventa y cuatro minutos seguidos maldiciendo, pero es a lo que dedica casi todo el tiempo que Antonia Scott tarda en salir.

Cuando lo hace, trae una humilde bolsa de papel en una mano y un billete de cincuenta euros en la otra.

—Volvemos a La Finca.

Jon aparca junto a la garita, toma dos.

Temperatura del recibimiento, bajo cero.

—Inspector, si trae la petición de las imágenes por escrito, debo comunicarle que mi supervisor está de vacaciones. Con gusto

podremos atenderles la semana que viene.

Antonia le alarga la bolsa de papel a Jon, y éste se la tiende a su vez al guardia. Una humilde bolsa de papel, con el logo en negro de la diosa Cibeles. Debajo, en letras muy pequeñas: Casino Gran Madrid. El guardia la mira sin abandonar la Postura Clásica número 2.

—¿Qué es esto?

Arruga la nariz, como si la bolsa contuviera pañales de segunda mano.

—Cortesía entre profesionales.

La curiosidad puede a la arrogancia. El guardia alarga la mano y coge la bolsa. Pesa. La abre. Mira dentro. Saca la linterna. Vuelve a mirar dentro. Mira a Jon. Mira a su compañero.

—No sabía si los cinco mil euros eran en total o por cabeza, así que hemos traído diez mil para asegurar —aclara Jon.

Mientras el compañero y él conferencian en un aparte —sin dejar de abrir la bolsa cada tres segundos—, Jon y Antonia se susurran entre dientes sin dejar de mirarles y de sonreír.

—¿Cómo demonios se te ha ocurrido esto?

—Al escuchar lo del chófer de Ramón Ortiz el otro día.

—¿Y has aprendido a jugar al blackjack en diecinueve minutos?

—No, a jugar he aprendido en un minuto. Los otros dieciocho he aprendido a contar las cartas.

15

Una garita

Diez mil euros después, Tomás y Gabriel, que así se llaman los guardias, resultan ser encantadores. Tomás, el cincuentón de barba de tres días, les conduce al interior de la garita, mientras que Gabriel se queda fuera, encargándose de la barrera. La garita es mucho más grande de lo habitual, y resulta ser sólo la antesala del lugar al que Jon y Antonia necesitaban acceder.

—Vengan por aquí, por favor —dice, abriendo una puerta situada al fondo. Unas escaleras llevan a un subnivel soterrado bajo la entrada. Ahí encuentran taquillas, una zona de descanso, duchas, un pequeño gimnasio.

—¿Quieren un café?

Jon sí se tomaría uno, gracias. Antonia un té, si hubiera. Hay. Tomás prepara las infusiones en una máquina similar a la que encontrarías en la zona de desayunos de un hotel de cinco estrellas.

—La verdad, no nos podemos quejar. Aquí nos han puesto todas las comodidades. Antes trabajaba en un hipermercado. Día sí, día también gresca con los gitanos metiéndose cosas debajo de la camiseta. Que no pasa nada con los gitanos, algunos de mis mejores amigos son gitanos, pero...

Jon le interrumpe antes de que acabe de ahorcarse.

—Tiene usted aquí un buen puesto de trabajo.

—El mejor que podría encontrar. Y más con mi edad.

—Entiendo que no quiere arriesgarse a perderlo.

Tomás les da las tazas humeantes. Se sirve él otro café.

—Soy muy viejo para encontrar otro trabajo. Y tengo dos hijos en la universidad.

—¿Sabe lo que pasó el otro día en el chalet de Los Lagos?

Tomás aparta la mirada.

—El trato era que les enseñaría las imágenes. Nada más.

—Necesitamos su ayuda, Tomás —dice Antonia.

En veinte años de policía, Jon ha interrogado a muchas personas. Los ha visto de todos los colores, formas y tamaños. Los que no quieren hablar por miedo, los que se cierran en banda y hacen del silencio un orgullo, los que mienten para librarse de algo… y los que se mueren de ganas de hablar. Estos últimos te dicen cosas como:

—No sé si puedo confiar en ustedes.

Y tú tienes que darles confianza, entregarles algo a cambio.

Así que Jon mira a Antonia. Le pide permiso. Antonia asiente con la cabeza.

—Tomás… nosotros no somos policías ordinarios.

—No lo entiendo —dice el hombre, desconcertado—. He visto su placa, y es de verdad.

—Es de verdad. Pero nosotros no somos como los demás.

—De eso me he dado cuenta. Los demás no van regalando fajos de billetes de cien.

—Lo que nos cuente no se va a usar en un juicio. Ni quedará registro alguno. Hay una persona que necesita ayuda. Y hay alguien a quien hay que hacerle justicia. Usted sabe lo que pasó aquí, Tomás.

El vigilante agacha la cabeza. Resulta que, en cuanto abandona las Posturas Clásicas número 1 y número 2, Tomás es un hombre decente. Uno que se avergüenza de lo que sus jefes le han mandado hacer. Que es callarse, mirar para otro lado, si te he visto no me acuerdo y aquí no ha pasado nada. Muy sencillo de decir, algo menos de hacer. Imposible que salga gratis.

—Sí. Lo sé.

—¿Cuánta gente más lo sabe?

—Gabriel y yo. El supervisor. Y la gobernanta de los Trueba. Ella fue la que entró en el salón y vio al niño.

—Y luego le llamó a usted. Y usted llamó al supervisor.

Tomás asiente.

—Yo estaba acabando mi turno.

—¿Es eso normal? —pregunta Jon—. ¿Es normal que una empleada

le llame a usted, en lugar de a la policía?

El hombre calla, avergonzado. Su rostro está congestionado, sus manos agarran la taza como si fuera el último salvavidas del naufragio.

—Tomás —dice Jon, suavemente, animándole a continuar.

—En esta urbanización las cosas se hacen de otra forma. No es un lugar peligroso, los promotores se han cuidado mucho de no venderle a cualquiera. Tiene que estar muy claro de dónde procede el dinero. Ha habido rusos y colombianos que han querido venir. Les dijeron que no. Pero aun así, los que están aquí son gente especial. Con necesidades especiales.

—¿Ha habido incidentes antes?

—Nunca tan graves como éste. Ni por asomo. Pero la consigna siempre ha sido calla y no preguntes.

—Y esta vez hizo lo mismo.

—No me pagan para encargarme de estas cosas.

No, piensa Jon. *A quien le pagan para ello es a mí. Tú y todos los españoles*.

No dice nada. Tampoco iba a servir. Ni es él quién para abanicarse con la Constitución, artículo 24.

Me estoy volviendo un cínico, piensa. Y le da igual, claro. En eso consiste.

Lo único importante es encontrar a Ezequiel.

—¿Había alguien esa noche en el chalet de Los Lagos?

—No. Terminaron la casa hace seis o siete meses, pero aún no se han instalado. Apenas han venido por aquí. He oído que viven en un chalet en Puerta de Hierro.

—¿Sabe si tenían previsto mudarse?

Tomás sacude la cabeza.

—Normalmente los residentes dan una gran fiesta de inauguración cuando abren la casa. Nosotros siempre nos enteramos, claro. Si invitan a cien personas, tenemos que tener antes los cien nombres y las matrículas que hagan falta. Si no, no pasan.

—¿Y no ha visto a la familia por aquí?

—En mi turno nunca les he visto. Pero yo empiezo a las ocho de la

tarde y termino a las ocho de la mañana. Una vez vino una asistente con el decorador, tenían que cambiar el suelo de la cocina porque no les gustaba el color, creo. Vinieron muy temprano, por eso lo recuerdo.

Tener una casa de veinte millones de euros y no pisarla. Eso es poderío.

—¿Y el servicio de limpieza? ¿Viene a menudo?

—Todos los días —afirma Tomás—. La casa tiene que estar impoluta, aunque no viva nadie en ella. Entran a las siete de la mañana, la hora a la que se van no la sé. Supongo que a las tres, es la jornada habitual aquí.

—De acuerdo. Vamos a esa noche. ¿Hubo algo que le llamase la atención? ¿Cualquier cosa que no fuera normal?

—No, me temo que no.

—Está bien —dice Jon—. Supongo que tendrá la lista de entradas y salidas de su turno. Necesitaré ver eso, y también las grabaciones.

El sistema de vigilancia resulta ser una maravilla. Una auténtica obra de arte de alta tecnología. Alrededor de todo el perímetro de La Finca hay sensores de movimiento.

—Por supuesto, los tenemos apagados —dice Tomás—. Si no, estarían saltando todo el rato. Por los conejos.

Además del área de descanso y del resto de áreas del personal, el subnivel contiene una habitación dedicada a la monitorización de la urbanización. Diez monitores que van rotando las imágenes de cuarenta cámaras de seguridad. Hay otros dos sobre la mesa, uno suministra la información de los sensores de movimiento (apagado, también).

—¿Hay muchos conejos?

—Muchísimos. Antes todo esto era campo.

—No se crea que nos ayuda esto.

—Es un sistema redundante. No necesitamos los sensores de movimiento. Tenemos los de infrarrojos. Y con ésos salta una alerta visual, no una que nos destroza los tímpanos. Además, está regulada de forma que nada que pese menos de veinte kilos los haga saltar.

—Pero no hubo ninguna alarma de los infrarrojos aquella noche.

—Me temo que no. Por lo que al sistema respecta, no hubo ninguna intrusión.

—Las cámaras están todas apuntando hacia fuera, ¿verdad? —dice Antonia, que apenas ha intervenido desde que llegaron.

—Claro. Todas las calles del interior de la urbanización son privadas. No se puede grabar dentro.

—Entonces la única grabación que necesitamos es la de la puerta de acceso.

—Ponga ésa, si es tan amable, Tomás —dice Jon, y mientras el vigilante busca en el disco duro el archivo correspondiente, Jon se vuelve a Antonia—. ¿Por qué no las demás?

—Si Ezequiel entró saltando las vallas con el cadáver de Álvaro, tuvo que hacer saltar la alarma de infrarrojos.

—¿Y si el sistema falló?

Antonia se encoge de hombros.

—Cuarenta cámaras perimetrales, con un margen de tiempo de cinco a seis horas cada una. Tardaríamos diez días seguidos sin dormir, ni comer, ni hacer nada que no fuera mirar la pantalla.

—No tenemos tanto tiempo —dice Jon.

Carla no tiene tanto tiempo.

—Por eso vamos a apostar. Según Aguado, la víctima murió entre las ocho de la tarde y las diez de la noche.

—Sabemos que tuvo que trasladar el cadáver. Así que las ocho de la tarde es un buen comienzo.

Antonia le pide a Tomás que ponga la grabación en los diez monitores, sólo que a horas distintas. El de más arriba comienza a las ocho de la tarde, el siguiente a las nueve, y así sucesivamente. El último comienza a las cinco de la mañana.

Tal que así:

20 | 21 | 22 | 23 | 00
01 | 02 | 03 | 04 | 05

—Cada vez que aparezca un coche en alguno de los monitores,

paramos la grabación y comprobamos con el registro de entrada —le explica a los otros.

—Es muy buena idea —dice Tomás—. En lugar de tardar diez horas en ver la grabación, tardaremos una.

Tardan mucho más, porque cada una de las entradas obliga a una parada y una comprobación en el registro de entrada, lo que lleva su tiempo. Y hay decenas, sobre todo entre las ocho y las once de la noche.

Están buscando una anomalía. Algo inusual. No encuentran nada. Con la excepción de un par de taxis y varios Uber, todos los que entran son coches de residentes, o amigos de los residentes que éstos habían autorizado para entrar. Habría que comprobar personalmente cada uno de los nombres de los autorizados, pero eso requeriría de días y mucho personal.

Por eso los asesinatos son tan difíciles de investigar.

Tres horas después, la línea de tiempo se está acabando. Y ellos están agotados. En los monitores de arriba sigue entrando gente, llegando a sus casas después de su jornada, o de cenar con su familia. En los de abajo, apenas hay movimiento.

De pronto Antonia se endereza. Señala al monitor central de la fila inferior.

—Ahí. Ese taxi.

Es un Skoda Octavia, el taxi más común de la ciudad de Madrid. Llega con el número cero puesto en la luz del techo. Lo habitual cuando van a recoger a alguien a mucha distancia.

Según se aproxima el taxi, la imagen muestra cómo Gabriel lo deja pasar, sin preguntar.

El código de tiempo marca las 03.52.

—¿Qué tiene de especial?

—Ya hemos visto antes ese taxi —dice Antonia—. 9344 FSY. Llegó a las diez y media de la noche. Y venía a dejar a alguien.

Así es. Una rápida comprobación rescata las imágenes de la llegada del taxi, con la tarifa 2. Ahí se ve cómo Tomás se agacha para preguntar al taxista algo, y enseguida le deja pasar. Las imágenes son cenitales, el ángulo desde arriba no permite ver la licencia en el

costado.

—¿Recuerda ese taxi, Tomás?

El vigilante les mira, confuso.

—No... No recuerdo nada. Probablemente me agaché para hablar con él y preguntarle dónde iba, me daría una dirección y un nombre y eso fue todo. Es lo que hacemos siempre con los taxis. Y más en hora punta.

Es cierto. Las imágenes muestran como el taxi es sólo uno de una docena de coches que aguardan para entrar en La Finca, mientras unos agobiados Gabriel y Tomás van haciendo lo que pueden. Los ricos nunca han destacado por su paciencia.

Lo que no muestran las imágenes que tienen es ni al conductor ni al pasajero.

—Hay otra cuestión importante. ¿Quién conducía el taxi? —le dice Jon a Antonia—. ¿Tiene un cómplice, o sólo alguien que pasaba por ahí?

Ni Tomás ni Gabriel recuerdan nada del conductor. Sólo otro taxi anónimo, inadvertido. Pasando impunemente por la barrera, como tantos cada día. Puede que hayan encontrado el modo en el que Ezequiel ha entrado. O puede que sea sólo una coincidencia.

En otras palabras, que no tienen nada.

Y el tiempo sigue corriendo para Carla Ortiz.

16

Una mala noche

Jon deja a Antonia en el hospital.

El resto de la noche transcurre muy despacio.

Es tarde para llamar a la abuela Scott, y está demasiado excitada para dormir. No es capaz de desconectar del caso de Ezequiel, ni quiere hacerlo. Repasa una y otra vez todos los ángulos, todas las informaciones. No hay nada que pueda hacer. Han pasado a Mentor lo de la matrícula del taxi para que le haga llegar la información a Parra —usará, como siempre, el truco de que parezca que la envía un tercero, como la UCO o el CNI—, pero Antonia sabe que será un callejón sin salida. Así que aproxima el sillón a la cama y se agarra a la mano derecha de Marcos, como en las peores noches, y se limita a contemplar la pared y concentrarse en el sonido del electrocardiograma.

A las tres de la mañana entra un email de la doctora Aguado.

Para: AntoniaScott84@gmail.com
De: r.aguado@europa.eu

Scott:

Por la distancia entre el codo y la muñeca, y la proporción respecto a la altura del habitáculo del Porsche Cayenne, calculo que Ezequiel es un hombre de entre 1,75 y 1,85. Ojos marrones, edad indeterminada. Llámeme cuando pueda, me gustaría hablar de esto.

También he conseguido realzar lo suficiente la fotografía que tomó el inspector Gutiérrez, y he logrado aislar el tatuaje. Lo tiene en el archivo adjunto. Es parte de una especie de escudo o icono que no consigo identificar.

Saludos,

Dra. Aguado.

Antonia llama inmediatamente a la doctora.

—No la esperaba a esta hora.

—No tenía nada mejor que hacer.

Aguado le explica que ha enviado la fotografía del tatuaje a un centenar de establecimientos de España que se dedican a este negocio.

—Es una posibilidad muy remota. Les he pedido que me ayuden a identificarlo, con la excusa de que se trata de un caso de violación. Eso echará atrás a muchos, pero hay un buen número de artistas que son mujeres. Quizás alguna pueda ayudarnos.

La maniobra es tan desesperada que no llega ni a clavo ardiendo. Pero tampoco tienen para escoger.

—Hay otra cosa que le quería comentar —dice Aguado—. No me he atrevido a ponerla por escrito, no me parecía profesional. Basándonos en la evidencia, no he conseguido gran cosa de la fotografía, por eso he escrito edad indeterminada. Pero cuanto más miro la imagen, más convencida estoy de que ese hombre ronda los cincuenta años.

—¿En qué se basa?

—En nada científico. La postura, la complexión física… Por eso quería explicárselo. La intuición nunca ha servido como prueba. Pero hay cosas que una simplemente *sabe*. Y si no me equivoco y es alguien de esa edad, sería muy extraño.

Antonia medita durante un instante sobre la intuición de la doctora Aguado.

La mayoría de los asesinos en serie comienzan su macabra carrera antes de los treinta años. Es una consecuencia natural de la secreta escalada de violencia que va desarrollándose en sus vidas. Se han escrito incontables páginas sobre ellos, se han rodado decenas de películas y series de televisión, hasta convertirlos en villanos característicos, confiriéndoles una mística particular que el público ha llegado a considerar manejable: la infancia rota, la tortura de animales, la fascinación por los incendios, la necesidad de satisfacción sexual. Todos esos detalles se dan a veces en los asesinos en serie, y muchas otras no. La simplificación es fruto de la sociedad reaccionando a algo que no comprende, dibujando una caricatura encima de una realidad cotidiana. Sólo en España hay más de un

millón de psicópatas. Muy pocos de ellos llegarán a matar, muchos llevarán unas vidas aparentemente normales. Felices en su puesto de director de recursos humanos, de ministro, de propietario de un bar. Si llegan a causar mal será a pequeña escala, no será nunca llevado a una película.

De muchos otros nunca sabremos nada. O sabremos cuando sea muy tarde. Luis Alfredo Garavito tenía cuarenta y dos años cuando le detuvieron. Un mendigo le apartó a pedradas de un menor al que estaba agarrando. Ya había matado a otros ciento setenta niños en sólo seis años.

La triste realidad es que la ciencia está aún empezando a poner el pie en el umbral de la mente humana. Una cueva de kilómetros de profundidad.

La triste realidad es que no les entendemos.

—¿Sigue ahí, Scott?

—Sigo aquí. Estaba pensando que es una edad muy tardía para iniciar este comportamiento.

—Lo sé. Eso lo hace todo más extraño. A no ser que haya sufrido una ascensión muy lenta, u oculta a la vista de la gente, llegado a esta edad tendría que haber dado manifestaciones anteriores de violencia extrema.

—No es la primera vez que una persona aparentemente modélica comete un crimen inimaginable. Piense en los padres de aquella niña de Santiago de Compostela.

—Es cierto. Pero sospecho que Ezequiel no entra dentro de ninguna tipología descrita.

—¿Cree que hay rasgos psicopáticos en su manera de actuar?

—Sin duda hay indicativos de sociopatía. Narcisismo. Sadismo. Pero aún sigo intentando entender por qué todos los medios no están hablando de Ezequiel.

Ésa es la parte que más desconcierta a Antonia. Que Ezequiel no haya hecho públicos sus actos. Eso sería lo que querría un secuestrador. Un asesino en serie, narcisista por definición, disfrutaría escuchando su nombre en todas las radios y las televisiones. Teniendo el acceso a la atención del país y del mundo entero a un *clic* de

distancia, a un tuit de distancia, ¿por qué no reclamaba su premio?

—Hay algo en todo esto que se nos escapa. Una pieza clave.

—Quizás el tatuaje pueda ayudarnos —dice Aguado—. Lamento no haber encontrado nada más aún. Le prometo que sigo trabajando sin descanso.

—Gracias, doctora.

Suena el teléfono casi en cuanto cuelgan. Es Mentor.

—He comprobado la matrícula 9344 FSY. No existe ningún taxi con esa placa. Pertenece a un Renault Megane de hace un par de años. Según el registro de tráfico la dueña tiene veintitrés años.

—Matrículas dobladas.

—Un coche que no se usa mucho. Un destornillador de cabeza plana. Un remache blanco (3 euros la caja de cincuenta). Un martillo. Cinco minutos para cambiar las matrículas. Y la víctima puede tardar días en darse cuenta, porque ¿quién mira la matrícula de su coche antes de subirse?

—Eso parece. Buscaremos el coche, a ver si encontramos así el taxi.

—Lo cual quiere decir que el que conducía el taxi sabía lo que estaba ocurriendo. Lo cual quiere decir que Ezequiel no trabaja solo.

—En un asesino psicópata, es una característica aún más extraña.

Antonia cuelga. Vuelve a mirar la pared fijamente. Repasa en su memoria inabarcable decenas de casos que conoce de asesinos en serie, sus motivaciones, su *modus operandi*, buscando un paralelismo que no encuentra.

Dentro de ella hay de todo menos silencio.

Bruno

A Jon Gutiérrez no le gustan los periodistas.

Eso intuye Bruno Lejarreta tan pronto se aproxima a él en la cafetería del Hotel de las Letras. Son las siete menos cuarto de la mañana, pero el inspector Gutiérrez ya está hecho un pincel, duchado, perfumado y desayunando. Huevos fritos con bacon, zumo de naranja, seis tostadas y lo que parece una piscina de café.

El muy bruto se ha llenado de café el bol de los cereales.

Que al inspector Gutiérrez no le gustan los periodistas en general y Bruno Lejarreta en particular queda claro: en cuanto Bruno aparece, pone cara de que le va a dar una hostia. Hasta cierra el puño, y todo. Bruno Lejarreta, autodenominada leyenda del periodismo vasco, disfruta de aquella cara de repulsa que provoca su presencia como otros apreciarían la *Gioconda* o la *Capilla Sixtina*.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Buenos días a usted también, inspector.

Lejarreta se sienta frente al inspector Gutiérrez. Tiene que apartar uno de los platos rebosantes para hacer hueco para su libreta, su boli y la grabadora. Jon mira los útiles de la profesión como si hubiera puesto sobre la mesa una jeringuilla usada y seis gramos de heroína.

—Guárdate eso.

—Estoy trabajando.

—Y yo también.

Bruno hace un gesto hacia el plato de huevos fritos al que, de repente, el inspector ya no le hace honores.

—¿Desayuno a cuenta de los contribuyentes, inspector?

—Desayuno a cuenta de tu puta madre.

Las dietas han mejorado mucho en la Policía Nacional. Antes eran de cien euros al día. Y la habitación más barata de este hotel cuesta trescientos, piensa Bruno.

—Hablando de madres, inspector. La suya le manda saludos.

En realidad, encontrarle fue pan comido.

Begoña Iriondo, la madre del inspector Gutiérrez, es una mujer tranquila. Confiada. Es lo bueno de ser la madre de un inspector de policía. Ahora. En su día, cuando el conflicto, en los años del plomo, había que ir con pies de ídem. Una palabra de más en la carnicería, y la tenías liada. Había *salatoris*, chivatos, por todas partes. Ahora es al revés. Ahora es intocable. A las once de la noche, Begoña sale del metro en Santutxu y camina tranquila a casa. Una cuadrilla la ve, uno se aparta, la mirada fija en el bolso de ella, y otro enseguida le agarra del codo y le devuelve a su sitio con una colleja. Es la madre de un *txakurra*, idiota. Tú jódela, verás qué risa te entra cuando lleguen entre cuatro y te hagan una endodoncia a patadas detrás de un contenedor. Y merecido lo tendrías.

Sí, todo el mundo sabe ahora dónde vive Begoña Iriondo, y a nadie se le ocurren cosas raras. Ésa es la parte buena. La parte mala es que *todo el mundo sabe* dónde vive Begoña Iriondo, con lo cual a Bruno Lejarreta le lleva sólo media hora, diez euros y un paquete de LM —casi entero, coño— localizarla y llamar al telefonillo.

Begoña es una mujer cándida y confiada, y le dice que no, que no está el hijo, que anda por Madrid en no sé qué caso importante; no me diga, señora; como le cuento, y yo aquí sola, ya ve, estos jóvenes, no tienen respeto por nada; y no sabrá por casualidad dónde se aloja; para qué quiere saberlo; para hacerle un reportaje, señora; pues eso le viene bien que últimamente ha tenido muy mala prensa y usted parece de confianza.

Y así Bruno Lejarreta se planta en el Hotel de las Letras, se gana la confianza del botones, le da su número de teléfono —mándame un WhatsApp a cualquier hora—, suelta cincuenta euros —en la capital, ya se sabe, los precios— y ya tiene controlado al inspector Gutiérrez.

Al que no le hace ninguna gracia la referencia a su madre.

—Como te hayas acercado a mi madre te inflo a hostias.

Cómo son los homosexuales con su amatxo.

—Es usted un desconsiderado. Mire que dejarla sola allá en casa. Pero bueno, dice que anda en un caso importante.

—Estoy en Madrid de vacaciones.

—Diga que sí, todo el mundo tiene que descansar de vez en cuando. Oiga, ¿y cómo es que estaba usted ayer en la M-50, en el accidente aquel?

El inspector Gutiérrez no cambia el gesto. Ni un ápice.

—Creo que se confunde.

—No me confundo. Le vi por la tele, con su traje de lana gris. Estaba algo arrugado. No como este. Usted siempre va hecho un pincel.

El inspector Gutiérrez no contesta. Pero los puños los tiene apretados.

A Bruno le encantaría que se le escapase la mano, porque eso de por sí sería noticia. Es decir, le encantaría en el terreno de lo metafórico, porque como aquella mano del tamaño de una paella te cruce la cara, te manda al jueves que viene. Y los brazos van a juego con las manos. Que el inspector levanta piedras tirando a bien. Y en Bilbao hay un dicho. De menor a mayor, brazos de Schwarzenegger, brazos de pelotari, brazos de *harrijasotzaile*.

Pensándolo bien, mejor que no se le escape la mano.

—Verá, inspector. Es que me llama la atención que su madre diga que está usted aquí en un caso importante, mientras que en la comisaría de Gordóniz me han dicho que está usted suspendido de empleo y sueldo. Con lo cual, según el Estatuto de... espere lo tengo por aquí —dice, consultando sus notas—, según el Estatuto Básico del Empleado Público, usted «queda privado del ejercicio de sus funciones y de todos los derechos inherentes a su condición».

—Pues menos mal que estoy de vacaciones.

—Sí, menos mal, porque al estar usted suspendido de empleo y sueldo, ejercer de inspector de policía sería un delito grave.

El inspector Gutiérrez es bueno. Muy bueno. Aguanta el empellón como un roble. O casi. Porque el rostro se le demuda un poco. Un par

de tonos. Del saludable coloradote habitual, a un rosa tirando a chicle. Y Bruno sabe que miente. Y sabe también que ha hecho bien en venir a Madrid.

—Pues nada, inspector, le dejo disfrutar del desayuno. —Gutiérrez ya ha tirado la servilleta sobre la mesa, parece haber perdido el apetito—. Yo también estoy de vacaciones. Igual nos vemos por aquí.

—Espero que no.

Oh, sí. Y antes de lo que te imaginas, piensa Bruno.

17

Un bisonte

—No va a ser nada fácil —dice Jon.

—Nada lo es —responde Antonia.

Acaba de colgar. Convencer a Mentor de que les consiguiera aquella cita ha llevado a Antonia casi una hora, una hora al teléfono en la que ha habido gritos, susurros, veladas amenazas, recordatorio de pago de viejas deudas y mal rollo en general.

—No sabes lo que me estás pidiendo —le había dicho Mentor.

Acabó aceptando.

El inspector y su compañera están en el Audi, esperando en la puerta del edificio del banco a que Mentor les llame y les confirme que pueden subir. Antonia no duda de que lo conseguirá. Tiene las herramientas a su alcance. Lo que ocurra después, ahí arriba, eso será otra historia.

Antonia baja la ventanilla y se asoma. Ni siquiera torciendo el cuello puede abarcar la forma completa del edificio.

Cien mil toneladas de acero, cemento y cristal en mitad del paseo de la Castellana.

Cuesta creer que todo aquello empezara con un bisonte.

El tatara-tatarabuelo de Álvaro Trueba seguía una rutina escrupulosa. Se levantaba más bien tarde, se desayunaba un chocolate con picatostes en la veranda de su finca solariega en Puente de San Miguel y leía la prensa mientras fumaba. *La Voz de Cantabria*, un caliqueño. *El Adelantado de Santander*, un caliqueño. *El Imparcial* y *La Correspondencia de España*, medio caliqueño entre los dos, que los diarios liberales había que leerlos rápido y con la ceja arqueada, no

fuera a ser que se pegue algo.

Por la tarde, tras la comida y la preceptiva siesta, don Marcelino Trueba ordenaba a los criados que engancharan el faetón y recorría, diligente, sus fincas. Había que asegurarse de que los campesinos cumpliesen con su jornada, y el recorrido de hora y media, aunque una obligación pesada, era algo que asumía como necesario. La silla del carruaje tenía un acolchado deficiente, y a veces el trasero de don Marcelino llegaba algo magullado, pero ¿cómo si no podría evitar que los jornaleros holgazaneasen?

Tras el paseo y el baño caliente, el mayordomo le ayudaba a vestirse para la cena. Siempre formal, como correspondía a un caballero. Él a la cabeza de la mesa, su esposa a la contraria, seis metros más lejos. La niña en el centro, que ya tenía edad para manejar correctamente los cubiertos sin confundir la cucharilla de las ostras con el tenedor de los caracoles. Tras la cena, don Marcelino se retiraba a su despacho, donde se entregaba a sus estudios de botánica y geología, materias ambas en las que poseía ciertos conocimientos. *Un caballero ha de ser ilustrado*, decía siempre su padre. *Pero sin exagerar*.

La rutina escrupulosa conformaba también al hidalgo, lo distinguía del bruto sudoroso. Por lo tanto, cuando una mañana entró Modesto Cubillas, aparcero de sus fincas, en la veranda, don Marcelino se sintió incómodo. No eran horas.

Modesto haciendo honor a su nombre se quitó el sombrero, retorciéndolo entre ambos puños, morenos y ásperos.

—He encontrado algo que podría interesarle, patrón.

Marcelino dudó. La intromisión era inaceptable, pero la prensa venía hoy aburrida, y decidió vivir una aventura junto a su aparcero, *à la manière* de esas novelas francesas que su esposa siempre andaba leyendo —y que Marcelino devoraba en secreto—. La última, recién publicada, *Le Tour du monde en quatre-vingts jours*, contaba las hazañas de un caballero y su criado. Sintiéndose un poco Phileas Fogg, se lanzó a los campos en pos de Modesto Cubillas.

El aparcero le condujo hasta una cueva a una hora de caminata, y el resto es historia. Marcelino quedó fascinado por las bellísimas pinturas polícromas que halló en las paredes, y publicó sus conclusiones al año

siguiente. Don Marcelino recibió muy pocos apoyos, por desgracia. Casi nadie de la comunidad científica creyó que las pinturas de Altamira fueran restos prehistóricos, incluso alguno le acusó de haberlas pintado él mismo.

El revuelo fue tan grande que la propia Isabel II, durante un viaje para tomar las aguas en Puente Viesgo, manifestó su interés por la susodicha cueva. Así que un grupo de hidalgos santanderinos se presentó en la finca solariega e interrumpió el desayuno de don Marcelino. Éste ni se inmutó, porque eran hidalgos, y porque andaba en negocios con ellos.

—La reina desea ver la cueva de tus tierras, Marce —dijo uno.

—Estaré muy honrado de recibir a su majestad —respondió Marcelino, envarándose.

—El caso es —dijo otro— que ya que viene, podrías hablarle del tema del banco.

El banco. Asunto menor, insignificante. Palidecía en comparación con la posibilidad de verse reivindicado. Don Marcelino accedió a toda prisa.

La reina llegaría un par de semanas más tarde. Ahí fue cuando las malas lenguas se pusieron a trabajar. De Isabel II no se pudieron nunca admirar muchas virtudes salvo la castidad, que tampoco. El caso es que cuentan que al ver a don Marcelino, con sus patillas unidas por el bigote y su planta de buen mozo, la reina exigió una visita privada de las cuevas. Al parecer la visita duró lo suyo, y durante ella la reina exigió a voces desde la entrada a sus doncellas que le subieran vino y pastas, para recobrar las fuerzas.

Don Marcelino salió horas más tarde, con el cuello algo menos almidonado y la promesa —arrancada a última hora, casi de pasada— de que el ministro de Economía daría preceptiva licencia a los comerciantes santanderinos para constituirse en entidad bancaria.

La reina, desde el coche, le tiró dos besos —uno por mejilla— y se perdió en el polvo del camino. Un mes más tarde se constituía el banco, con cinco millones de reales de vellón por capital y las exportaciones de trigo a través del puerto de Santander como objetivo principal.

Con respecto a su descubrimiento arqueológico don Marcelino murió en el descrédito —qué ironía—, pero aún más rico. Y desde entonces la familia Trueba fue haciendo crecer el banco. Sólo tenía dos consignas. Primera, con el gobernante de turno —rey, presidente o generalísimo— no se discute nunca. Total, si está de interino. Segunda, el banco tiene que crecer poco a poco.

Ciento y pico años más tarde, bajo la astuta dirección de los Trueba y un montón de pocos, se construyó ese edificio de cien mil toneladas y con activos de un billón y medio de euros. El banco más grande de Europa, entre los veinte primeros del mundo.

Suena el teléfono a través del manos libres del Audi.

—Pueden subir —dice Mentor—. Sólo quiero recordarles una cosa. A ti, Scott, que he tenido que pedir muchos favores para esto. Y a usted, inspector Gutiérrez, que le hago responsable.

Cuelga.

Claro. Porque es muy fácil controlar a Antonia Scott, piensa Jon, mientras echa el cierre al coche con el mando a distancia y se arranca a trotar por enésima vez detrás de su compañera, que ya se dirige a la puerta acristalada.

Ninguno de los dos repara en la figura —chaqueta de cuero y vaqueros, cabeza enfundada en un casco— que les hace fotos desde la acera de enfrente.

Carla

La voz de Sandra la arranca del sueño.

Repite su nombre.

—Estoy aquí —dice Carla—. ¿Estás bien?

—Tengo mucho sueño.

—¿Te ha hecho daño?

Esta vez Sandra no solloza. Esta vez responde a la primera.

—No quiero hablar de ello.

—Lo escuché, Sandra.

—No escuchaste nada.

Carla no contesta. Ella ha vivido hace poco —meses, quizás horas— su propio episodio de negación.

—No escuchaste nada, porque no ha pasado nada. Y si escuchaste algo, ¿por qué no hablaste? ¿Por qué no gritaste, para ayudarme?

Porque tenía miedo.

Porque no quería compartir tu suerte.

Porque me limité a taparme los oídos y recitar nombres de pelajes de caballos, tal y como hacía cuando mi hermana me quitaba la luz de mi cuarto, y yo me quedaba sola en la oscuridad.

—Tienes razón —admite Carla—. No ha pasado nada.

Sandra se encierra en un largo mutismo. Carla quiere preguntarle por el agujero, el agujero por el que espía a Ezequiel, por el que quizás pueda hacer algo más útil. Como hacer alguna señal a la calle, o quizás conseguir información. Pero ahora no se atreve a tomar la iniciativa.

—Había un chico —dice Sandra al cabo de un rato.

Carla se incorpora un poco.

—¿Qué chico?

—Un chico. Donde tú estás ahora.

Carla siente un vacío en el estómago y en el pecho, como si su

cuerpo se hubiera dividido en dos mitades. La primera, sus piernas y su cabeza siguen teniendo una consistencia física, más pesada de la habitual. La segunda mitad, el espacio que hay entre sus piernas inútiles y su cabeza aturdida pertenece a otro territorio, al territorio de la pesadilla. Con esa segunda mitad, Carla comprende, Carla sabe lo que le está diciendo Sandra.

Pregunta, de todas formas.

—¿Qué pasó con él?

—Chillaba mucho. Tenía miedo. Y luego dejó de chillar.

La celda, con sus paredes próximas, con sus confines impracticables, se había convertido para Carla en algo, si no familiar, sí comprensible. Estaba allí. Había sido capturada. No podía escapar, no podía comunicarse con nadie. Sólo podía esperar, esperar, esperar. Y por lo tanto había establecido las fronteras de su celda como los nuevos límites de su universo. Su cuerpo había aprendido, en las horas —meses, quizás— que llevaba allí dentro, a vivir en esa nueva y minúscula comarca. Sus ojos se habían acostumbrado a no ver, y ya no le sugerían imágenes fantasmagóricas. Sus dedos eran capaces de encontrar diferencias imperceptibles en el suelo que le indicaban dónde estaba. Sus oídos se habían acostumbrado a que cada roce de la piel, de la tela, cada sonido que producía su cuerpo, se magnificaba, se multiplicaba. Ahora la celda era un castillo donde había establecido su feudo, la frontera en la que organizar la defensa última de su vida y de su dignidad. La esperanza, si es que existía, se ceñía a esto. Mientras Ezequiel la dejase sola, mientras no traspasase esas fronteras, la espera se convertía en asumible, en el precio que pagar hasta ser rescatada y liberada.

Las palabras de Sandra habían destruido esa quimera con la misma brutal eficacia con la que un elefante deseca una charca de un único y despreocupado pisotón.

—¿Qué pasó con el chico, Sandra? ¿Quién era? ¿Sabes si lo rescataron?

—Cállate. Él ha vuelto. Y no quiere que hablemos.

Silencio. Fuera, quizás, unos pasos. Carla no está segura, porque ahora mismo lo único que oye es el galope desbocado de su corazón.

—Vamos, tienes que contármelo —dice, desesperada—. Necesito saberlo.

Sandra, su voz ya sólo un susurro, repite:

—Chillaba mucho.

Y luego, silencio.

18

Un despacho

El poder es extraño, piensa Jon.

Tiene sus símbolos. Un despacho enorme en la última planta de un edificio, con vistas de infarto. Varias antesalas, cada una con sus secretarias, para que seas consciente de que vas atravesando barreras. Moqueta en el suelo. Ascensor con llave. Un guardaespaldas en la puerta.

Pero todos esos indicativos externos son sólo los aderezos. Entremeses. Cuando llegas al plato fuerte, tiene que estar a la altura de lo que esperas.

Laura Trueba no está a la altura, está contemplándola desde muy arriba, como un halcón.

Es alta, mucho más de lo que parece en las fotos. Seca de carnes, de piel tostada, pelo negro, ojos de acero. Vestida con falda y chaqueta rojas, como en las fotos que salen casi a diario en los periódicos.

Por muy corporativo que sea... ¿Rojo después de perder a un hijo?, se extraña Jon.

Con su pañuelo al cuello, una sola vuelta. Una concesión elegante a la coquetería, tapa así las arrugas del cuello que traicionan su edad. El único signo de debilidad en una apariencia estudiada al milímetro y ensayada hasta la extenuación.

—Buenos días. Les ruego por favor que se sienten —dice, saliendo desde detrás de su mesa y guiándoles hasta una zona con sofás y una mesita baja, presidida por un retrato de ella y de su marido. Para llegar hay que hacer transbordo.

—¿Los señores tomarán café, infusión? —pregunta, educada, la secretaria.

—Los señores se marcharán enseguida —responde su jefa, cortando

en seco la petición de uno doble que Jon ya había empezado a formular.

Aún llora por el que Bruno Lejarreta le arruinó por la mañana en el hotel. Una presencia tóxica. Una presencia de la que no le ha hablado a Antonia aún. Pero no sabe cómo abordar el tema, así que decide esperar.

Quizás no sea nada.

Famosas últimas palabras.

Nada de café.

La secretaria ha captado a la perfección el tono en la voz de su jefa y les deja solos.

Salvo que no me lo creo. Todo este numerito del café estaba preparado, piensa Jon. *Pero ¿por qué?*

—Quiero que sepan —dice Laura Trueba, cuando la puerta se cierra tras la secretaria y se quedan los tres solos— que me he visto obligada a esta reunión. En estos momentos me gustaría estar sola.

—Nos hacemos cargo, señora Trueba. Sabemos que está pasando por un momento terrible. Pero supongo que también querrá que se haga justicia para su hijo.

—No veo de qué va a servir eso ahora —responde ella, cortante—. Sé que es su trabajo y su obligación. Pero también sabrán que sus jefes y yo hemos llegado a ciertos… acuerdos.

—Por el bien del banco, cualquier cosa —dice Antonia—. ¿Verdad?

Jon, sentado al lado de Antonia, no puede darle la preceptiva patada por debajo de la mesa. Pero ahora mismo le gustaría. A Laura Trueba parece que también. Ha aguantado el puyazo muy envarada, pero su cara lo ha registrado.

—¿Es usted madre, señora Scott?

Antonia se toma su tiempo en responder.

—Sí. Sí que lo soy.

—Entonces usted podrá valorar mejor que nadie el sacrificio que tengo que hacer. Todo esto —dice, señalando a su alrededor— y esto de aquí —continúa, dando un golpe de tacón en el suelo. Resuena sobre el parquet como un disparo—. Todo esto, tan sólido aparentemente, no es nada. Quítennos todas nuestras oficinas mañana,

demuelan nuestras sedes. El banco seguiría intacto. Porque el banco, señores, es una idea.

—Una idea que proteger a toda costa —insiste Antonia.

—No espero que me entiendan, ni mucho menos que no me juzguen. Ustedes ya lo han hecho en cuanto han entrado en el despacho. Están juzgando a una madre, pero una mujer en mi posición es muchas cosas. Al niño ya lo he perdido. Ahora la presidenta del banco se encarga de evitar más daños.

—No es usted la única que ha perdido a su hijo, señora Trueba. Carla Ortiz desapareció hace dos noches —dice Jon.

La noticia cae en Laura Trueba como una piedra en el centro de un lago. Se expande por su rostro y termina en su mano izquierda, que tiembla un instante, de forma visible, mientras se la lleva a la boca para ahogar una exclamación.

—No puede ser.

—Me temo que sí.

—¿La misma... persona?

—Eso es lo que necesitamos que nos ayude a averiguar. Sabemos que usted intenta evitar el escándalo por encima de todo, pero ahora hay otra vida en juego. Una que estamos a tiempo de salvar.

Laura Trueba se levanta, y se aparta de ellos, dirigiéndose a la ventana. Cristal de suelo a techo, doce metros de lado a lado, tiene dónde escoger. Se queda allí parada durante largos minutos, con los brazos cruzados. Las vistas, increíbles, conducen de tejado en tejado hasta insinuar, en la lejanía, el Palacio Real y el parque del Oeste. Pero la banquera está perdida en su propio paisaje interior, mucho más cerrado. Sembrado de espinas y recovecos.

Cuando vuelve a su lado, tiene los ojos enrojecidos, pero secos. Querer llorar y poder hacerlo son cosas distintas.

—Lo que voy a contarles es estrictamente confidencial. No podrán repetirlo, ni emplearlo de forma pública. ¿Está claro?

—Sí, señora —dice Jon.

Trueba se vuelve a Antonia. Ésta asiente, despacio.

—No sé si lo sabe, pero nosotros ni siquiera existimos.

—Si incumplen este trato, lo lamentarán —avisa Trueba, con una

voz tan fría que se podría patinar encima.

A Jon no le cabe la menor duda de que tener a esa mujer como enemiga es la peor idea posible.

—El niño desapareció por la tarde. Nosotros no lo sabíamos, nos enteramos por la llamada de teléfono que hizo el secuestrador. Otra persona atendió el teléfono. Cuando yo me puse, el… ese hombre se identificó como Ezequiel.

Jon y Antonia se incorporan en el asiento al mismo tiempo. Se miran. Laura Trueba cierra los ojos y aprieta los labios. Ha descifrado el significado de esa mirada.

—Me dijo que tenía al niño y después me hizo una exigencia imposible.

El inspector Gutiérrez reprime la tentación de volver a mirar a Antonia. Ambos tienen la pregunta en la punta de la lengua y están esperando a que el otro la haga. Finalmente es Jon el que da el paso.

—Con todo el respeto, señora, pero ¿qué le pidió que usted no le pudiera dar?

Laura Trueba, la mujer más poderosa de España, presidenta del banco más grande de Europa, respira hondo, aparta la vista y permanece en silencio. Un silencio que rezuma tanta culpa que es casi visible.

—Necesitamos conocer las motivaciones del asesino, señora.

—Pregúntenle a Ramón Ortiz, entonces. ¿Les ha dicho acaso él lo que le ha pedido Ezequiel?

Ahora son Antonia y Jon los que se callan.

—Eso suponía.

Jon oye varios sentimientos llamando a la puerta: confusión, rabia, tristeza. La cierra con llave, doble vuelta, y se la echa al bolsillo. Debe continuar. Encontrar cualquier indicio, por pequeño que sea.

—Debe haber algo más que nos pueda contar.

—Poca cosa. Después de hacer su exigencia imposible, me dijo que tenía cinco días para cumplirla. Luego añadió: los hijos no deben pagar los pecados de los padres. Y colgó.

—¿Y después? ¿No volvió a ponerse en contacto con ustedes?

La mujer mira al suelo.

—Lo siguiente que supimos fue que se había encontrado el cadáver.

Jon y Antonia intercambian una mirada. No son buenas noticias. El contacto entre el secuestrador y la familia de la víctima es esencial. Ese hilo invisible es una de las mejores armas de la policía para dar con los malos.

—Durante ese tiempo, ¿nada?

Trueba se ríe. Una carcajada seca, amarga, indigna de tal nombre.

—Noches en vela, mirando el reloj, mirando el teléfono. Angustia absoluta, culpa y dolor. Que no cesan ni van a cesar nunca. Llámelo nada. Yo lo llamaré infierno, si le parece bien.

—Lo lamento mucho.

—Hay decisiones que no se pueden tomar. Elecciones que nadie debería verse obligado a hacer. Ahora váyanse, por favor.

Jon se pone en pie. Antonia no. Jon le roza suavemente el hombro, y ella por fin reacciona. Laura Trueba sigue en la silla, inmóvil, con la mirada perdida, cuando sus visitantes se encaminan hacia la puerta.

—Inspector —llama.

—Señora.

—¿Va usted armado?

—Sí, señora.

—Si le mete una bala en la cabeza a ese hijo de la gran puta, ni a usted ni a nadie de su familia les faltará nunca de nada.

Espera a que se hayan ido para permitirse llorar.

No lo consigue.

Parra

El capitán Parra está agotado.

El operativo en la escena del crimen del Centro Hípico fue extenuante. Han llegado, además, peticiones de entrevistas de varios medios de comunicación. Periodistas que reconocieron al heroico líder de la Unidad de Secuestros y Extorsiones de la Policía Nacional en las fotos que algunas personalidades del mundo del famoseo y de la equitación subieron a su Instagram y a su Twitter, y quieren saber qué se cuece.

Parra, por supuesto, no ha contestado. Debe dar la apariencia de hombre ocupado, de que su atención está centrada como un láser de alta potencia en el caso. Y lo está, pero, como la mujer del César, no sólo hay que ser bueno, hay que *parecerlo*.

Para cuando llegue el momento de que se enteren de lo que pasa. De la forma adecuada, piensa. Se precia de ser un estratega, un maestro titiritero.

El capitán no ha dormido casi nada. Llegó tarde a casa, se acostó al lado de una esposa que apenas se movió. Son ya diez años de matrimonio, acostándose a las mil, y su cuerpo ya no hace ondas en el colchón. Se ha levantado antes de que nadie de su familia abriese el ojo, ha comprobado que los niños duermen en paz —bendito silencio de la madrugada—. El alba le encuentra en su despacho de la segunda planta de la Jefatura Superior de Policía. Un lugar color salmón triste.

Hace inventario. No son muchos pero hay indicios.

Tengo las vallas de obra, piensa.

Tan pronto como la empresa murciana que las ha fabricado abra al público dentro de unos minutos les pedirán el nombre del cliente que las compró. Parra ya ha llamado personalmente varias veces, pero no hay nadie aún.

Tengo la fotografía del sospechoso a la fuga que captaron el marica y la

idiota de la Interpol.

En la que no se ve absolutamente nada, más que un hombre que podría ser cualquiera y tener cualquier edad. Y que no pueden hacer pública, por las especiales circunstancias del caso.

Tengo la autopsia del chófer.

Que le ha dejado sin su principal sospechoso, y cuyo informe preliminar lo único que indica es que el asesino es diestro y que el arma homicida es un cuchillo de unos doce centímetros de hoja, extremadamente afilado.

No tengo una mierda, piensa Parra.

Pero el secuestrador de Carla Ortiz volverá a llamar.

Esa mujer vale un pastón.

De hecho, se pregunta cuánto. El rescate más caro de la historia de España es el de Revilla, mil millones de pesetas, unos catorce millones de euros de hoy. Ni se acerca al rescate más alto de la historia moderna, los sesenta millones de dólares que pagó el padre de Jorge y Juan Born por su liberación en 1974.

Parra muerde el capuchón del boli —ha dejado de fumar hace poco, vicio caro— y se estira hacia atrás en la silla, mientras recuerda los detalles de aquel secuestro. Un grupo terrorista, los montoneros, cortaron la calle principal de Buenos Aires, la avenida Libertador, haciéndose pasar por obreros que reparaban una tubería de gas. Cuando pasó el coche de los Born, los terroristas lo acribillaron a balazos y se llevaron a los dos hermanos. El padre —la primera fortuna del país, comerciante de grano— se negó a pagar durante nueve meses, hasta que Jorge Born le convenció de que abriera las arcas. Nunca se recuperaron.

Aquellos sesenta millones de dólares serían hoy doscientos cincuenta millones de euros. Pero el padre de Carla Ortiz puede pagar eso y más. Puede pagar mil millones, dos mil millones. Lo que le pidan. *Será el rapto más sonado de la historia*, piensa Parra. Y será largo, porque los secuestradores pedirán mucho, y el padre puede pagarlo, pero hace falta tiempo para reunir todo ese dinero en efectivo.

Volverán a llamar. Y entonces les cogeremos.

Tengo los teléfonos de Ortiz pinchados. Sus comunicaciones están intervenidas. Antes o después…

Satisfecho, Parra cierra los ojos. Sólo tiene que esperar a que llamen. Porque al final, todos llaman.

¿Quién desaprovecharía la oportunidad de trincar tanta pasta?

19

Una valla

Ninguno de los dos dice nada.

Cuando llegan al coche, Antonia se limita a programar una dirección en el GPS y luego mira por la ventana. Jon sabe que ella está a punto de echarse a llorar, porque él mismo lo está.

No pregunta dónde van. Se limita a conducir.

Están cerca. Ocho minutos más tarde, llegan a la puerta de un colegio. En la entrada, una bandera británica.

Antonia baja del coche. Luego golpea en la ventanilla.

—¿Vienes?

La puerta está cerrada, pero tan pronto se acercan, un zumbido les facilita la entrada. En recepción, una persona saluda a Antonia. La sonrisa es cauta.

—Están en el patio —le dice, en inglés—. Acaban de salir.

—Gracias, Megan —responde Antonia, en el mismo idioma—. Iré donde siempre.

Antonia guía a Jon por los pasillos hasta el segundo piso. Un ventanal se abre sobre el patio. Antonia abre ambas hojas y se acoda sobre el alféizar. A su lado hay un hueco que Jon no sabe si llenar. Al final decide aproximarse. Piensa, y con razón, que de lo contrario no le habría invitado a acompañarla.

Hay más o menos un millón de monstruos con jersey verde, polo blanco y pantalones grises.

—Es aquel de allí —dice ella, señalando a uno de los pequeños, que lleva una pelota en la mano. Debe de tener cuatro años. Pelo negro, sonrisa de diez mil vatios. Inconfundible.

—¿Cómo se llama?

—Jorge. Jorge Losada Scott —recita, orgullosa.

—Se parece a ti.

—Se parece más a su padre.

—La sonrisa es tuya.

—Eso dice mi abuela.

—Las abuelas suelen ser sabias.

—La mía lo es. Ojalá la conocieras. Le gustarías.

—Yo le gusto a todas las abuelas, bonita. La cuestión es si ella me gustaría a mí.

Antonia lo piensa un momento.

—Creo que sí. Ama la vida con pasión, y es muy cabezota. Como tú. Y a los dos os gustan el vino y la lana inglesa. Creo que os llevaríais muy bien.

La siguiente pregunta es tan jodida que no hay manera de hacerla bien. Jon lo hace lo mejor que puede.

—Jorge no vive contigo, ¿no?

Los siguientes minutos van calzados con botas de metal. Jon no sabe si la ha ofendido, justo ahora que estaba empezando a abrirse. Sabe el privilegio que supone para él que alguien tan reservado como Antonia le haya mostrado a su hijo, aunque sea en la distancia. Siente ganas de abofetearse por su propia estupidez. Y luego ella responde.

—Cuando pasó lo de Marcos, Jorge tenía un año. Yo... no reaccioné bien. Sufrí un trastorno de ansiedad. Dejé el proyecto Reina Roja. No me apartaba de la cama de Marcos.

Una de las maestras toca la campana, el recreo se acaba. Los niños corren a ponerse en fila, cada uno a la suya. En el suelo hay rayas pintadas encabezadas por animales. Jorge se coloca sobre la que tiene dibujado un león.

—Mi abuela y mi padre intentaron hacerme reaccionar, pero yo me cerré en banda.

Los niños comienzan a desaparecer en el interior de la escuela. Fila a fila, el edificio los va absorbiendo. La de Jorge es la penúltima en ser tragada por las puertas de color rosa.

—Mi padre me quitó la custodia del niño. Yo ni siquiera me defendí. Creo que entonces me pareció un alivio. Sólo quería revolcarme en mi dolor y en mi sentimiento de culpa. Aún hoy, tres años después, me

parece más fácil eso que cualquier otra cosa.

Antonia se queda mirando el patio vacío. Como todos los patios de colegio, tan pronto se marchan los niños se convierte en un lugar gris y deprimente.

—No puedo estar con él más que una vez al mes, y nunca a solas. Mi padre exige que me someta a tratamiento psicológico antes de confiar en mí. No le culpo. Por suerte en el colegio me dejan venir a verle jugar desde esta habitación, a condición de que mi padre no se entere.

—Pues sí que le tienen miedo. ¿Qué iba a hacer?

—Pues para empezar, quitarles la licencia.

Jon suelta una carcajada.

—¿Qué es, el ministro de Educación?

—Peor. Es el embajador del Reino Unido en Madrid. Y esto es un colegio británico...

—Joder. Bueno, al menos puedes verle.

—Durante un tiempo, eso fue suficiente.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —pregunta Jon, aunque en realidad se refiere a:

Qué es lo que ha cambiado para que me cuentes esto.

Qué es lo que ha cambiado para que me traigas aquí.

Qué es lo que ha cambiado para que de pronto parezcas humana.

Antonia sacude la cabeza. Este lugar es sagrado.

—Aquí no quiero hablar de eso.

20

Una tortilla

A Jon Gutiérrez le gusta cocinar.

Los dos estaban muertos de hambre, y Antonia sugirió ir a un restaurante para un almuerzo temprano. Jon dijo que a esas horas dónde se iba a poder comer bien, que esto es Madrid; Antonia, que a ver qué te crees; Jon, que no tienes ni idea de cocinar; Antonia que, aquí se come mejor que en ningún sitio; Jon, que tú qué sabrás si a ti te sabe todo a cartón. Y acabaron en casa de Antonia tras un no hay huevos. Una parada previa en el súper de abajo: Una malla de patatas, una cebolla, una botella de aceite de oliva, media docena de huevos camperos (que no había).

Así que Jon se quita la chaqueta, se arremanga, se lava las manos. Pela las patatas y las corta en láminas muy finitas, chascándolas un poco. Pone el aceite a calentar, mucho, vigilando que no esté demasiado caliente. Echa las patatas, veinte minutos. Mientras, pica la cebolla y la pocha en sartén aparte hasta que está cristalina. Saca las patatas. Las escurre. Las deja reposar hasta que han enfriado un poco. Luego pone el aceite caliente como los pozos del infierno, y echa las patatas. La doble fritura es la clave. A partir de ahí, cuesta abajo. Bate los huevos, homogéneos pero sin pasarse. Saca las patatas, están crujientes y un punto tostadas. Las escurre, las seca un poco con papel de cocina. Las deja atemperar para que no cuajen el huevo al entrar en contacto con él. Las mezcla con el huevo, apretando un poco para que se empapen. Las echa en la sartén. Cuando los bordes están cuajados, le da la vuelta con un plato. Momento crítico. Sale bien. La sirve.

Antonia corta la tortilla, que se derrama un poco, oro líquido. La prueba.

—Me sabe a cartón —dice, con la boca llena.

—Me cago en tu padre, Scott.

Resulta que es la mejor tortilla de patatas que Antonia ha probado en su vida, claro. Aunque ella no lo sabe, por lo de su anosmia. Pero Jon sabe por los dos, por eso se come tres cuartas partes, mojando pan. De pie, en la cocina y pinchando por turnos en el plato, porque no hay otro sitio. Luego un par de cápsulas en la Nespresso.

Acaban sentados en el salón, en el suelo. Por el ventanuco se cuela la primera luz de la tarde. Un millón de motas de polvo bailan en el rayo que ha quedado entre los dos.

—Tienes una casa de lo más acogedora —dice Jon, señalando las paredes desnudas, la ausencia de muebles.

—Cuando pasó lo de Marcos, me deshice de todo —explica Antonia, con voz débil—. Nada que no fuera imprescindible.

Parece más frágil y vulnerable que de costumbre.

—Estabais muy unidos.

—Estamos. Marcos es especial. Es escultor, ¿sabes? Es dulce, es cariñoso...

—¿Cómo os conocisteis?

—En la universidad. Yo acababa Filología. Él Bellas Artes. Nos encontramos en un cumpleaños de una amiga. Nos pusimos a hablar y ya no dejamos de hacerlo. Me vine a vivir con él una semana después.

—Me habías dicho que el edificio era suyo, ¿no?

—Una herencia familiar. Le permitía centrarse en su carrera como escultor. Había conseguido ya un par de exposiciones en galerías de arte. Estaba empezando a despegar cuando pasó...

No termina. Jon señala alrededor.

—¿Por qué la redecoración?

Antonia se encoge de hombros.

—Mi cerebro... no es normal. Puedo hacer cosas que los demás no pueden.

—De eso ya me había dado cuenta —dice Jon, dándole un sorbo al café—. ¿Como por ejemplo?

—Puedo decirte qué día de la semana naciste...

—Catorce de abril de 1974.

—Domingo. Si leo algo, no lo olvido nunca.

—A ver —desafía Jon, sacándose un paquete de chicles del bolsillo y arrojándoselos en el regazo.

Ella lo mira, enarcando una ceja.

—No soy un mono de feria.

—Venga, dame el gusto. Total, estamos solos.

Antonia le da la vuelta al paquete, lee los ingredientes, se lo lanza de vuelta. Recita de memoria:

— Edulcorantes (sorbitol, isomalt, jarabe de maltitol, maltitol, aspartamo, acesulfamo K), goma base, agente de carga (E170), aromas, humectante (E422), espesante (E414), emulgentes (E472a, lecitina de girasol), colorantes (E171, E133), agente de recubrimiento (E903), antioxidante (E321).

—Gu-a-u. Haces una gira por Soria y te forras.

—Ah, y no te olvides que un consumo excesivo puede producir efectos laxantes.

—Qué más quisiera.

—Comes demasiada carne roja.

—Como si hubiera otra. Pero no entiendo qué tiene que ver tu memoria con que no tengas muebles.

—A la mayoría de las personas todo se les acaba olvidando, o el tiempo matiza sus emociones. Mi memoria es casi perfecta. Si un recuerdo me afecta, puede hacerme mucho daño. Por eso no tengo nada que me recuerde a Marcos.

—Excepto Marcos —dice Jon, como quien no quiere la cosa.

—Paso todas las noches en su habitación. Eso las hace un poco más llevaderas. Pero durante el día intento alejarme. Vengo aquí, trabajo en… un proyecto personal. Y aguanto como puedo.

—¿Siempre ha sido así? ¿Lo de tus recuerdos?

—No —dice Antonia, tras una pausa—. Siempre, no.

En esa pausa de tres segundos hay océanos de tiempo. Repletos de tifones y oleaje, de remolinos profundos y agitados.

—¿Qué te hicieron, niña?

Antonia suspira. *Niña*. No le dice que así la llama la abuela Scott. No le dice cuántas veces ella le ha hecho la misma pregunta que Jon acaba de hacer. Aparta la mirada.

—No puedo contártelo.

Lo que hicieron primero

La sala es negra y está llena de luz. Paredes y techo están alfombradas de material aislante, tan grueso que no deja pasar el sonido. Cuando Mentor habla por los altavoces, su voz parece venir de todas partes al mismo tiempo.

Antonia está sentada en el centro, en la posición del loto, vestida sólo con camiseta blanca y pantalones negros. Está descalza. El aire de la habitación es frío, aunque eso puede cambiar en cualquier momento. Mentor controla la temperatura a su antojo, para poner las cosas más complicadas.

—1997. Un serbio llamado Dejan Milkiavich secuestra un avión con destino a Barcelona. Exige a las autoridades una mochila con un millón de dólares para liberar a los ciento catorce pasajeros, y dos paracaídas. El avión aterriza y el hombre deja libres a todos los pasajeros. Después ordena al piloto que despegue y ponga rumbo al desierto de los Monegros. Cuando sobrevuelan el desierto, el hombre salta del avión con un solo paracaídas. ¿Por qué?

—Si hubiera pedido uno solo las autoridades sabrían que era sólo para él y podrían habérselo dado dañado. Al pedir dos no podían jugársela a que el piloto muriese —dice Antonia, al momento.

—Fácil. Mira la pantalla.

Antonia mira el enorme monitor sentado frente a ella. La pantalla a oscuras deja paso a una instantánea con un grupo de personas desnudas, mirando de frente a la cámara.

—¿Dónde estás?

Los ojos de Antonia escanean la imagen a toda velocidad, y encuentran la discordancia enseguida.

—En el cielo.

—¿Por qué?

—Hay un hombre y una mujer sin ombligo.

—Demasiado fácil y demasiado lento.

Debajo del monitor hay un cronómetro con los números en rojo. Mide el tiempo con una precisión de milésimas de segundo. Ahora marca **02.437**. Dos segundos y cuatrocientas treinta y siete milésimas.

—Cada noche me dices qué hacer y cada mañana hago lo que me has dicho, y sin embargo te enfadas conmigo.

Antonia está cansada, apenas ha dormido esta noche, Mentor exigía que hiciera ejercicios de memoria, casi seis horas seguidas recitando números primos. Duda.

—El despertador.

Los números se detienen en **01.055**.

—Demasiado lento. No progresas lo suficientemente rápido.

—Sólo necesito respirar un poco.

Antonia siente los ojos pesados, la cabeza ligera. Mentor está jugando de nuevo con la cantidad de oxígeno de la habitación. Piensa en si ha llegado el momento de dejarlo, abandonar todo esto. Pasar más tiempo con Marcos. Aunque él es muy comprensivo con sus ausencias, sabe que ella quiere todo esto, necesita todo esto.

O eso cree. A veces, cuando se encuentra tan cansada, ni siquiera sabe por qué está aquí.

Mentor le habla cada día de alcanzar su pleno potencial.

—Puedes llegar más lejos. Puedes ir a un lugar donde nadie ha estado antes —le ha dicho—. ¿Quieres?

Antonia quiere.

—Hay un modo, pero dolerá. Dolerá mucho. Y serás distinta.

Antonia acepta, sin pensarlo demasiado. Firma unos papeles que le dan, se compromete a pasar unos meses lejos de su familia. Siente entusiasmo cuando lo hace. Intuye que va a poder cruzar una puerta que lleva a un lugar que, por primera vez, no es capaz de anticipar.

Han pasado días de eso.

Ahora ya no está segura.

Antonia siempre ha sido diferente. Desde que era niña.

En los últimos días, un pensamiento se abre paso en su cabeza, como una horrible gotera en el techo.

Quizás ser diferente no es lo que ella quiere. Quizás lo que desea, lo que desea de verdad, es ser menos diferente.

Menos diferente es más feliz.

—Mentor, yo... —comienza a decir.

No tiene tiempo de continuar. No tiene tiempo de arrepentirse. La puerta se abre, y entran tres personas con monos azules. Antonia se gira, alarmada, pero no tiene tiempo de protestar. Uno de ellos le inmoviliza los hombros rodeándole con los brazos y la derriba, el otro le sujeta la cabeza contra el suelo.

La tercera es una mujer y lleva una jeringuilla en la mano.

Cuando entra en el campo de visión de Antonia, ésta contiene un hipido de terror. Tiene un miedo cerval a las agujas. Le aterroriza el dolor en todas sus formas, pero las agujas están en lo más alto de su particular medallero olímpico del terror.

Tripanofobia, se llama. No es que importe.

Las increíbles capacidades de la mente de Antonia se disuelven ante la perspectiva del dolor.

La piel es el órgano más grande del cuerpo, aunque no pensemos en ella muy a menudo como tal, sino como una simple funda que protege a los órganos importantes. Son dos metros cuadrados cuajados de terminaciones nerviosas. Cien millones, receptor sensitivo arriba, receptor sensitivo abajo.

Si se ponen a gritar todos a la vez, estimulados por el estrés de la situación, pueden hacer mucho, mucho ruido.

En la cabina de observación —ya no están en la Universidad Complutense, sino en un lugar mucho más pequeño y secreto—, Mentor conversa con un octogenario pequeño, tembloroso, calvo y medio ciego, vestido con una chaqueta de cuadros escoceses. El viejo no tiene muy buen aspecto. Tiene, más bien, un pie en la tumba y otro en una piel de plátano.

Tampoco nos quedemos con su edad. Quizás sea el genio neuroquímico más grande de su generación. Su nombre sonaría entre los candidatos al Nobel si no estuviera un tanto desequilibrado.

—No crea que acabo de sentirme cómodo con esto, doctor Nuno.

El médico apoya en el cristal una mano sembrada de venas varicosas que parece una tormenta de rayos púrpura. Tamborilea con los dedos —sus uñas, largas y duras, producen un repiqueteo desagradable— y observa cómo la mujer introduce la jeringuilla en el brazo de Antonia.

—Ella ha firmado los papeles, ¿no? Además, tiene que ser así. El miedo y la ansiedad del sujeto disparan la producción de norepinefrina en la médula suprarrenal. Eso ayudará a que el compuesto sea más efectivo.

A través del interfono se oyen los gritos de Antonia, y Mentor lo desconecta.

—Por supuesto, estamos matando moscas a cañonazos. Una sola gota del compuesto inyectada directamente en el hipotálamo sería suficiente. Pero dado que el sujeto tendría que estar despierto y que el más leve error en la introducción de la aguja lo mataría, no lo contemplamos como opción. Sobre todo con un sujeto tan poco colaborativo.

Frente a ellos, Antonia se sigue retorciendo, sacudiendo las piernas, intentando liberarse. La mujer ha concluido con la primera jeringuilla, y saca una segunda.

El pataleo se intensifica.

—¿Está completamente convencido de que el procedimiento es seguro? —dice Mentor, apartando la mirada.

Se diría que después de haber realizado esta intervención en una docena de países y de haber dado un centenar de explicaciones, Nuno estaría harto. Muy al contrario, toma aire y lo suelta de carrerilla.

—El compuesto de mi invención es la culminación de una vida dedicada a la neuroquímica.

He aquí a un hombre enamorado de su propia voz, piensa Mentor, que enseguida reconoce —y detesta— a los de su misma especie.

—No volverá más inteligente al sujeto —continúa el doctor Nuno—.

Nada puede hacer eso. Pero puede modificar ligeramente el comportamiento del hipotálamo, de forma que éste genere una mayor cantidad de histamina. De forma, digamos, permanente.

—Y, ¿para que yo lo entienda?

Mentor ya sabe lo que hace el compuesto del doctor Nuno, porque ha leído el informe de casi trescientas páginas, pero lo único que desea es que el viejo siga hablando para que lo distraiga de lo que está a su espalda.

—La histamina adicional le permite al sujeto estar en un estado de alerta permanente. Sus capacidades cognitivas se ven potenciadas. Su atención, su percepción, su capacidad de resolución de problemas y su memoria estarán siempre al máximo. Simple y llanamente.

—Simple y llanamente —repite Mentor, sombrío.

Se da la vuelta. En la habitación, la mujer ha concluido con las agujas. Los dos hombres sueltan a Antonia y se retiran. Antonia no es consciente de lo que está ocurriendo. De hecho apenas recordará el abuso que se ha cometido con su cuerpo y su libertad. Quizás en el futuro lleguen retazos, imágenes. Por ahora, se limita a permanecer en el suelo, con los brazos encogidos, la mirada perdida y una pierna sacudiéndose lenta y espasmódicamente.

—Pero teniendo en cuenta la particular inteligencia del sujeto y la enorme cantidad de norepinefrina que parece que ha producido ante tal estrés, los resultados podrían verse modificados —dice el médico, tamborileando nuevamente sobre el cristal con las uñas—. Serán sin duda... interesantes.

—¿Ya hemos concluido? —pregunta Mentor, ansioso por volver a casa.

Nuno se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz y esboza una sonrisa llena de ausencias. De su maletín extrae un sobre de papel manila que le tiende a Mentor.

—Yo, sí. Usted, querido señor, acaba de empezar.

Mentor abre el sobre. En su interior hay una carpeta de anillas. A medida que hojea la información contenida ahí, su rostro va perdiendo color.

—Esto... ¿es necesario?

El doctor Nuno vuelve a sonreír.

Mentor desearía que dejara de hacerlo.

—Si quiere tener éxito, es el único camino.

21

Una respuesta clara

Jon mira a Antonia fijamente.

—¿No puedes contármelo o no quieres contármelo? Antonia aparta la vista.

No va a hablarle de los retazos de memoria. De las imágenes que aún vienen al anochecer. —No puedo. Y no quiero.

Lo que hicieron después

La sala de pruebas ha cambiado.

Ahora es más grande. La silla está anclada al suelo con tornillos de doce centímetros. Del techo cuelgan cintas de nailon negro. La más ancha está destinada a la cintura. Las otras cuatro, a las muñecas y los tobillos. Cada una de estas tiene incorporado un electrodo en el extremo, al final de los velcros de sujeción. Ese electrodo puede soltar descargas de treinta voltios.

Hoy toca cintas.

A Antonia no le importan los electrodos. Tampoco es que recuerde gran cosa de las sesiones de entrenamiento. Cuando comienzan, se sienta a la mesa. Hay un vaso de agua y dos cápsulas frente a ella. La roja la toma al principio, junto con la mitad del contenido del vaso. La azul la toma al concluir. Es la que se lleva los recuerdos.

El recuerdo, por ejemplo, de que un minuto después de tomar la cápsula, dos hombres vestidos con monos azules la cuelgan de las cintas, cabeza abajo.

La voz de Mentor resuena por los altavoces.

—¿Cómo era tu rostro antes de nacer?

Antonia respira hondo y cierra los ojos. Intenta limpiar su mente de ruido, acallar los monos que saltan de un lado a otro. Poco a poco, a medida que la droga va haciendo efecto, obtiene algo parecido al silencio.

En esa creciente oscuridad, se concentra en el *koan*. La pregunta irresoluble que los maestros zen hacían a sus discípulos hace siglos, y que Mentor le hace ahora antes de cada sesión.

Y en el silencio encuentra cómo era su rostro antes de nacer.

Abre los ojos.

La sesión comienza.

Una imagen aparece frente a ella en la pantalla. Seis sujetos en fila,

mirando hacia la cámara. La imagen permanece menos de un segundo en el monitor.

—¿Quién llevaba el pañuelo al cuello?

—El número tres.

—¿Quién era la mujer más alta?

—La número seis.

—¿De qué color era el pañuelo del número dos?

—Rojo. —Cae en la trampa Antonia, antes de comprender que el número dos no llevaba pañuelo. La descarga le atenaza manos y pies y le transforma el diafragma en una pandereta.

Las cintas ascienden hasta que la espalda y los talones de Antonia casi rozan el techo.

Una nueva imagen aparece en la pantalla. Esta vez son números. Seis líneas de once cifras cada una.

El cronómetro se activa bajo la pantalla, al tiempo que los números desaparecen. Antonia comienza a repetirlos, lo más deprisa que puede.

El cronómetro se para.

06.157.

—Ni un solo fallo. Bien.

Las cintas descienden veinte centímetros.

Las normas son claras. Una respuesta correcta, veinte centímetros. Si tocas el suelo, el entrenamiento termina. Si fallas, si no contestas suficientemente deprisa, recibes una descarga y asciendes hasta el techo, perdiendo todo el progreso.

—Cuantos más das, más dejas atrás.

Pasos.

Antonia sonríe. El sudor que le cae de la frente nubla sus ojos.

Ya sólo quedan dos metros y medio hasta el suelo.

No es una sonrisa feliz.

22

Un profeta

Jon siente una pena enorme, quiere ofrecer consuelo por las noches eternas, por el frío y la soledad y el dolor que percibe dentro de ella. Quiere adelantar la mano, quiere abrazarla. No hace nada, porque siente que, de alguna forma, sería peor.

—Vamos a trabajar —zanja Antonia.

—Una cosa más. Antes me dijiste que algo había cambiado. Que ya no es suficiente con ver a tu hijo una vez al mes, y desde un balcón. ¿Por qué?

—Laura Trueba.

Jon lo comprende. La escrupulosa, aséptica declaración de la presidenta del banco, había sido un mazazo para los dos. No le extraña en absoluto que Antonia quisiera ir cuanto antes a ver a su hijo.

—Una zorra fría y sin corazón.

—No lo sé. Quizás. Sé que no entiendo lo que ha hecho. No sé qué es lo que le pidió Ezequiel que haya sido incapaz de entregarle. Pero es importante que intentemos acercarnos.

El inspector Gutiérrez se queda pensativo un momento.

—Esa frase que dijo... los hijos no deben pagar los pecados de los padres. Búscala en tu iPad. Es de la Biblia.

Antonia teclea un momento y le muestra el resultado.

> El que peque merece la muerte. Ningún hijo pagará por el pecado de su padre, ni tampoco ningún padre pagará por el pecado de su hijo. ¿Acaso me es placentero que el malvado muera? Quiero que se aparte de su maldad y que viva.

—Ezequiel, capítulo dieciocho —dice Antonia—. Tenías razón.

—Como diría el Capitán Musculitos, «vamos a presuponer que Ezequiel es un seudónimo». Nuestro asesino ha tomado el nombre de un profeta.

Antonia se pone en pie y se apoya en la pared.

—A ver, catequista, para que lo entienda una atea. ¿Quién era este señor con barba? Porque supongo que tenía barba.

—Todos tenían barba, bonita. Ezequiel era un sacerdote judío en la época en la que los judíos estaban cautivos en Babilonia. El pueblo era preso de un poder opresor y tiránico. Y Jeremías habló de la justicia en tiempos difíciles. Que cada uno pague sus propias culpas, es lo que significa.

—No soy teóloga, pero creo que nuestro hombre lo está entendiendo al revés.

—Tenemos un hijo secuestrado, una petición imposible, y la frase «que los hijos no paguen los pecados de los padres».

—Me pregunto qué clase de pecados puede haber cometido la presidenta de un banco —dice Antonia.

—Pues no se me ocurre ninguno.

Antonia le mira con extrañeza.

—Estaba utilizando el sarcasmo.

—Se te da igual de bien que la teología —dice Jon, conteniendo las ganas de reír.

—Entonces el secuestro está motivado por un chantaje —continúa Antonia—. Ezequiel secuestró a Álvaro Trueba, le dijo a su madre que para liberarlo tenía que hacer algo. Ella se negó. No hubo más negociaciones, ni presión, ni llamadas.

—Y ahora le ha pedido algo parecido a Ramón Ortiz. Algo que no apela a su condición de padre, sino de empresario.

—Y que Ortiz se ha negado a revelarnos. ¿Por qué?

—Quizás para que no le juzguemos.

—Ya has visto lo que le ha importado nuestro juicio a Laura Trueba. No. Si no hay un sitio de entrega, si no va a haber llamadas... ¿cómo va a recibir el *pago* del rescate?

—Tiene que ser algo que él sepa que Ortiz ha hecho. Una declaración pública.

Es lo único que cuadra, piensa Jon.

—Por eso Ortiz ha insistido tanto en el secreto absoluto. Y también Trueba. Porque si esto saliese a la luz…

Jon se rasca el pelo.

—Antonia, tenías razón. La noche en la que estuvimos con Ortiz. Dijiste que su comportamiento no era normal. Que tenía miedo, un miedo que no entendías, un miedo que no era por su hija. Ahora ya sabemos de qué tenía miedo.

Antonia asiente, despacio.

—Nos tenía miedo a nosotros.

Jon mira el reloj.

—A Carla Ortiz no le queda mucho.

—Cuarenta horas y media —responde Antonia.

Dos mil cuatrocientos treinta y seis minutos. Tiempo suficiente para que su corazón lata ciento setenta mil veces más antes de que Ezequiel lo haga detenerse, como castigo por los pecados de su padre.

—Pues pongámonos en marcha —dice Jon, poniéndose en pie.

No queda otra solución y los dos lo saben.

Sin pistas, con todos los caminos agotados, el único lugar del que pueden extraer alguna información es el único lugar al que les han prohibido ir.

23

Un padre

Hay dos guardaespaldas en el portal de Ramón Ortiz.

El multimillonario no había regresado a La Coruña, sino que había cancelado sus planes de trabajo y se había quedado en la capital, en su piso de la calle Serrano. No tenían la dirección, pero a Antonia le costó menos de dos minutos localizarla usando las fotos de los blogs y las revistas del corazón. La última planta de un edificio señorial, a menos de cincuenta metros de El Corte Inglés.

El inspector Gutiérrez deja el coche aparcado muy ilegalmente en la parada de taxis frente a la casa, sin darse cuenta de que una moto se sube a la acera un poco más atrás.

Jon espera un par de minutos y luego baja del Audi. Se dirige hacia un encuentro que pinta corto y desagradable. Jon supone que a los guardaespaldas les habrán avisado de que son personas *non gratas* cerca de Ortiz.

Supone bien. Los guardaespaldas se envaran cuando le ven acercarse, los dos a la vez. Dos muñecos de resorte con traje negro, corbata y cara de haber pisado algo nauseabundo. Sólo que ese algo no lo llevan pegado a los zapatos, sino que camina hacia ellos con una sonrisa deslumbrante.

—Hola, buenas tardes —dice el inspector Gutiérrez.

Antonia también ha hecho suposiciones. Ha supuesto que la cafetería —de franquicia famosa, horrendo nombre en francés, con lo bonito que es el castellano— que hay junto al portal tendría una puerta trasera. Así que se ha bajado un poco antes del coche y ha dado la vuelta a la manzana. Entra en la cafetería y cruza al otro lado de la

barra sin pedir permiso. Pasa casi rozando a la camarera que atiende a los clientes cargados de bolsas de papel de tiendas muy caras. La camarera se gira hacia ella, le dice algo, pero Antonia no se para a escucharla ni a discutir, sino que sigue andando hasta cruzar la puerta batiente —con el preceptivo ojo de buey— y entra en la cocina.

Huele a almendras tostadas y a pan recién hecho, aunque el olor procede de los bollos que una máquina fabricó en un polígono y empleados mal pagados recalientan en horno vertical, repleto de bandejas. Dos jóvenes miran a Antonia con extrañeza, pero ella no se para. Cruza una segunda puerta batiente, y pasa junto al encargado, que está inclinado sobre su ordenador, estudiando una hoja de cálculo, tan concentrado que al principio no percibe la presencia de Antonia. Al otro lado del despacho hay un pasillo.

Antonia aún no ha empezado a recorrerlo cuando el empleado se levanta y grita.

Ella le ignora, porque cuenta con un elemento a su favor. Casi nadie reacciona de forma instintiva a una invasión como aquella de forma inmediata. Hace falta un período de reajuste, de reinterpretación de la realidad cotidiana para poder actuar acorde a lo que otra persona está haciendo que *se supone* que no debería estar haciendo.

—¿Oiga? ¡Oiga, señora!

Antonia enfila el pasillo con decisión. Hay varias puertas, y Antonia no tiene tiempo para abrirlas todas, así que traza en su cabeza un mapa mental —la posición de la calle, el primer giro en la barra de la cafetería, el segundo en la cocina— y el resultado le dice que elija la puerta del fondo. Cuando llega, se da cuenta de que ha elegido bien, es la única con cerrojo y resbalón. Trastea con el cerrojo, que va muy duro.

—No puede estar aquí. —Oye la voz del encargado a su espalda. Lo tiene casi encima.

—Llego tarde. Llego tarde —responde Antonia, sin darse la vuelta, en su mejor imitación del conejo blanco de *Alicia en el país de las maravillas*—. Llego tarde al dentista.

La puerta se abre, justo a tiempo, cuando las manos del encargado ya le rozan el hombro. Antonia se desliza entre el marco y la puerta

entreabierta, sale al portal y pega un tirón para cerrarla a su espalda.

—Loca del coño. —Oye, al otro lado de la puerta, amortiguado, inocuo. Se prepara para correr por si el encargado decide perseguirla por el portal, pero parece que su imitación del conejo ha surtido efecto. El sonido del cerrojo cerrándose de nuevo a su espalda le indica que el encargado ha dado el problema por resuelto.

A Antonia le quedan problemas por delante. Desde el portal se asoma y ve a Jon discutiendo con los dos guardaespaldas. No puede oír nada, pero el inspector Gutiérrez gesticula como un vendedor de mercadillo. Mala señal, si las cosas se calientan mucho, Parra o alguno de sus lacayos no tardará en aparecer. Corrección. No si se calientan. Cuando se calienten.

Antonia estima que tiene entre diez y quince minutos en el mejor de los casos.

Complicación: el ascensor se pone en marcha. Uno de esos ascensores descubiertos de hace cien años. Tipo Stiegler, Camerín de caoba que desciende medio metro por segundo. Instalado por el propio Schneider, lo pone en la verja de hierro forjado, junto a la fecha, 1919.

Otra complicación: Los guardaespaldas de la puerta han abierto el portal. Uno de ellos empuja a Jon Gutiérrez al interior.

Aún no han visto a Antonia, pero lo harán pronto. Sus posibilidades se reducen.

Antonia elige subir andando, por si los guardaespaldas de la puerta han pedido refuerzos al que, inevitablemente, aguarda en la puerta de arriba. Su intuición se prueba correcta cuando se cruza con el camarín a la altura del segundo piso. El hombre de traje negro y corbata completa su atuendo con un cable en espiral que termina en la oreja. Antonia se clava contra la pared, intentando hacerse invisible, pero Jacobo Schneider, legendario instalador, tuvo el mal gusto de forrar el interior del ascensor de espejos. Por los cuatro costados.

Las miradas de Guardaespaldas número 3 y Antonia se cruzan. Antonia echa a correr, escaleras arriba. Sus diez minutos de ventaja se han reducido considerablemente.

Llega al quinto piso sin resuello —Antonia no está en buena forma

— y llama a la puerta. A veces sólo puedes esperar lo mejor.

El que abre es el propio Ramón Ortiz. En un día bueno, el octogenario aparenta setenta. Hoy no es uno de esos días. Tiene los ojos hundidos, la piel grisácea y apagada.

—¿Quién…? —Luego reconoce a Antonia.

Sostiene la puerta entreabierta como un escudo.

—No tengo mucho tiempo, señor Ortiz. Y su hija tampoco.

En las escaleras —todo mármol, frisos señoriales—, los pasos de Guardaespaldas número 3 resuenan cada vez más cerca.

—Se supone que no debo hablar con usted —dice Ortiz, dudando.

Si le cierra la puerta en las narices, que ahora es su opción favorita, el partido se habrá acabado. Antonia se la juega.

—Se supone que usted debería haberle dicho la verdad a la policía sobre lo que le pidió Ezequiel.

Ramón Ortiz se queda congelado. El único movimiento en su cuerpo es el de su piel, cambiando del gris ceniza a un blanco culpable.

—Por favor. Puede ser nuestra última oportunidad —suplica Antonia.

Seis segundos es lo que queda hasta que Guardaespaldas número 3 la alcance.

Para otras personas, seis segundos pueden ser una cantidad minúscula de tiempo.

No para Ramón Ortiz.

En seis segundos, Ramón Ortiz ve pasar ante sus ojos los resultados de ambas posibilidades: dejar entrar a Antonia, y admitir que mintió a la policía, convirtiéndose en culpable de obstrucción a la justicia, abriendo el camino para que toda la verdad salga a la luz; o mantenerla fuera, ateniéndose a su primera versión. En esos seis segundos el rostro de su hija Carla —de niña, dejando caer un helado en la alfombra persa; de adolescente, la primera vez que volvió a casa tarde, llorando porque su primer novio había roto con ella— aparece también.

Guardaespaldas número 3 alcanza a Antonia y la reduce. No le cuesta mucho ponerle el brazo a la espalda y retorcérselo. Antonia no opone resistencia —y aunque la opusiera, pesa treinta kilos menos que él—. Su mirada no se aparta de la de Ortiz en todo el proceso.

—Por favor —repite Antonia, con el cuello retorcido, para no interrumpir el contacto visual.

Con un solo gesto usted puede parar esta locura, dicen sus ojos. *Con una sola palabra, puede cambiar las cosas*.

El multimillonario aparta la mirada y cierra la puerta, despacio.

Ni Coppola la hubiera cerrado mejor.

Bruno

Así es como se hace buen periodismo, piensa Bruno Lejarreta. Nunca nadie se amó tanto ni tan intensamente como se ama Bruno ahora mismo.

Retrocedamos un poco.

La motocicleta que alquiló la tarde anterior le había salido por un ojo de la cara, 129 euros al día, pero resultó ser una inversión estupenda. Gris, discreta, con su baúl y todo. En cuanto se pone el casco, el periodista vasco se convierte en uno más de los miles de mensajeros que circulan por Madrid. Le hace invisible. Al menos al espejo retrovisor del inspector Gutiérrez, que no se ha dado cuenta de que lleva siguiéndole todo el día. Tan pronto como el muy bruto acabó precipitadamente de desayunar se había subido al coche, y ahí estaba Bruno esperando en la calle. El recorrido había sido de lo más interesante. Primero, a una casa particular en Lavapiés, un barrio que ahora los políticamente correctos llamarían multiétnico, y que Bruno apoda cariñosamente *gueto de moros*. Calles estrechas de sentido único en las que Bruno tuvo que esforzarse mucho para que no notasen que los seguía, *cagüen*. Ahí recogió a una moza que Bruno no vio bien, se metió muy rápido en el coche.

De ahí a la Castellana, a la sede de *ese* banco, no me jodas. Bruno tiró varias fotos desde el otro lado de la acera. Luego a un colegio, que ya ves tú. Bruno está más perdido que el alambre del pan Bimbo. De vuelta a la casa de Lavapiés, donde se pegan una buena tirada. Bruno no se atreve a picar nada en ningún bar, en parte por no perderlos, en parte por no pillar algo. Hace de tripas corazón y se compra una palmera en un chino, de esas que vienen envueltas de fábrica. En el pecado lleva la penitencia, el ardor de estómago ante aquel veneno industrial no tarda en aparecer.

Bruno Lejarreta, autodenominada leyenda del periodismo vasco, cuyo olfato le granjeó titulares para el recuerdo en los ochenta y los noventa, que ha hecho un viaje de cuatrocientos kilómetros hasta la capital y que se ha pulido lo que le quedaba en la visa en el alquiler de una moto por pura intuición…

Y por pura inquina, coño. Que todo hay que decirlo.

… está ahora mismo harto de la vigilancia, con el culo dolorido y el estómago del revés, ansiando que el inspector Gutiérrez haga *algo*.

O tomarse un Almax. Cualquiera de las dos opciones le vale.

Qué fracaso. Soy un viejo inútil.

Al final el inspector y su compañera acaban saliendo de nuevo. Bruno quita el pie de cabra y da gas. Quince minutos después están en la calle Serrano, y entonces pasa *algo*. Pasa que la moza chiquitaja se apea del coche y echa a correr en una esquina. Y que Gutiérrez sigue unos metros, y aparca en zona prohibida. Parada de taxis frente a un portal señorial. Lo de aparcar mal lleva haciéndolo todo el día, tal y como Bruno ha documentado. El inspector Gutiérrez no tiene bula policial para eso, porque está suspendido de empleo y sueldo, pero a palo seco, para un artículo, pues no da.

Haz algo, Gutiérrez.

Ni que le hubiera oído. Gutiérrez se baja del coche y se dirige al portal, *cual muñeca de Famosa*, piensa Bruno, que es un antiguo.

En su día lo de ser guardaespaldas en Bilbao era un negocio en auge, no hay mal que por bien no venga, que los políticos de derechas bien mojeteaban en esa salsa. Así que Bruno ha visto unos cuantos, y los reconoce a la legua, a legua y media.

Los dos que hay frente al portal se ponen tensos, echan el alto, mano al pecho, no me toques, qué hace usted aquí. Gutiérrez mueve las manos como si estuviera dirigiendo la Filarmónica de Viena, lo cual queda estupendo en las fotos que sigue tirando Bruno desde la otra acera. Y los guardaespaldas le meten a empellones en el portal, no sin antes mucho toqueteo al pinganillo —pincha para hablar, suelta para escuchar— para pedir instrucciones o refuerzos.

Bruno se queda como estaba. Sigue sin tener nada. Pero se le ocurre, que por eso es una autodenominada leyenda del periodismo vasco,

que podría ver quién vive en esa casa. Echar una ojeada al buzón está descartado, pero hoy en día está todo en Internet. A Bruno Lejarreta, que ya tiene sesenta y tres, le lleva sus buenos quince minutos averiguar quién es el propietario del ático del edificio.

Hostias.

Empieza a ponerse nervioso, como todo periodista cuando intuye que puede tener un *scoop*. *Que se llama* scoop*, hombre, no exclusiva, ni primicia.* Scoop, piensa Bruno —ya hemos dicho que era un antiguo—. Pero cómo de grande, pues vete a saber.

Bruno espera a que salga el inspector.

Gutiérrez no sale, es otro el que llega. Se baja de un coche de la secreta, pero entre el chaleco antibalas y el aire de madero, lo de secreta vamos a dejarlo. Fuertote, cabeza rapada. Perillita. Bruno Lejarreta lo ha visto en algún sitio, está completamente seguro. Si tan sólo pudiera recordar...

De pronto su memoria hace *clic*, y todo encaja a la perfección. Como cuando tienes todas las piezas en el Tetris listas y cae la recta.

José Luis Parra, capitán de la Unidad de Secuestros y Extorsiones de la Policía Nacional. En el portal de Ramón Ortiz, el hombre más rico del mundo.

Ping, ping, ping, ping, el premio gordo.

Así es como se hace buen periodismo, piensa Bruno Lejarreta, sin dejar de hacer fotos. Nunca nadie se amó tanto ni tan intensamente como se ama Bruno ahora mismo.

Aguarda un par de minutos, esperando a que Parra o alguien emerja del portal, aunque no sale nadie.

Se baja de la moto, y va hacia el meollo. No tiene ningún plan, sólo quiere saber, necesita saber.

Entonces salen ellos. Todos a la vez. El inspector el primero, después la moza, Parra el último.

—Te has caído con todo el equipo, Gutiérrez —dice el capitán.

—Si pudieras sacarte un momento las orejas del culo y escucharme... Tienes que revisar el taxi. Al menos mira eso, ¿quieres?

—No tengo nada que escuchar. Te avisé que no te acercaras, te lo dije, ¿no? He sido compañero, incluso con un metepatas como tú.

—Muy compañero, sí —Gutiérrez se da la vuelta, le apunta con el dedo—. Con los de Asuntos Internos. Hay que ser cerdo y mala persona, Parra. Cerdo y mala persona.

—Disfruta de la suspensión permanente, *inspector*.

Gutiérrez se da la vuelta y le suelta una hostia, una hostia fina, de ganar la Champions. Con la mano abierta. Suena como un petardo dentro de una olla.

Parra ni la ve.

Bruno Lejarreta sí, y dentro de poco lo verá mucha más gente, porque lo está grabando todo con su móvil de alta definición desde detrás de una marquesina. Con publicidad de la competencia de Ortiz, qué ironía.

Ante semejante bofetón, otro hombre más débil se hubiera caído de culo. Otro hombre menos templado hubiera contestado a la agresión.

Parra —media cara roja como un carabinero a la plancha— se limita a encajar y sonreír, porque sabe que ha ganado.

Gutiérrez también lo sabe. Se marcha humillado.

Bruno duda de si seguirle, pero decide que no. Gutiérrez está acabado, aunque de rebote. Ahora es lo de menos. Porque él tiene un *scoop, el scoop* al alcance de la mano. La misma mano con la que saluda al inspector cuando pasa a su lado con el coche. Gutiérrez finge no verle.

El periodista le da a Parra un instante para serenarse —no quiere que el capitán le suelte a él la que no le ha dado al pronto ex inspector — y luego le aborda cuando ya se dirigía de vuelta a su coche, con el teléfono en la mano.

—Disculpe, capitán. Si es usted tan amable.

Parra se da la vuelta de golpe, tiene los ojos en llamas. Aún no se le ha pasado del todo la furia, y el periodista retrocede un paso. O dos. Levantando los brazos en actitud conciliadora.

—¿Quién coño es usted?

—Me llamo Bruno Lejarreta, capitán. Me parece que usted y yo



tenemos mucho de qué hablar.

24

Un email

En su DNI pone Laura Martínez, pero no responde si la llamas así.

Desde que era una cría de diecisiete años no usa ese nombre, y de eso hace ya tres. Ahora es una mujer madura, una mujer con las ideas claras. Puede elegir cómo llamarse a sí misma, y así lo ha hecho.

Ladybug.

Se lo ha tatuado ella misma en el antebrazo derecho, con gran maestría. Necesitó un poco de ayuda de Espectro para sostener la plantilla, pero luego fue fácil. La mariquita cabalgando la filacteria en la que ha inscrito el nombre es uno de sus mejores trabajos, y está orgullosa de él. Una artista del tatuaje tiene que llevar en la piel el reclamo del negocio.

Hoy está cansada, lleva no uno, ni dos, sino tres TIB (Turistas Idiotas Borrachos) esta tarde en el estudio. Los tres vinieron juntos —la campana de la puerta de la entrada montó un escándalo— y querían un tatuaje en chino. Eligieron uno del muestrario.

—¿Qué significa?

—Libertad —dijo Ladybug, con el rostro perfectamente serio, y pidió el dinero por adelantado.

Los idiotas aullaron como perros maltratados cuando la aguja les tocó la piel, pero aguantaron gracias a esa mezcla estupenda que obtienes cuando empapas a un machito en alcohol delante de sus amigos. Los tres se marcharon con la palabra «alfombra mojada» tatuada en el hombro. El auténtico sinograma de «libertad» es mucho más feo, claro. Simple y esquemático, parece una cómoda y una ventana. Por eso no lo ha incluido en su muestrario.

Después de los TIB no viene nadie. Si descontamos a Espectro, que pasa a ver si hay suerte y logra meterse en sus bragas.

Ladybug se lo monta con él detrás del biombo durante un rato, por aburrimiento. Unos cuantos besos, y ahí va él, derecho a sus tetas. Le baja un poco la camiseta y juega con el pezón izquierdo por encima del sujetador. Se lo pone como una piedra, a juego con la erección que lleva él debajo de los vaqueros. Ella está a cien, le come un poco más la boca y le magrea por encima de la tela, pero de pronto se arrepiente. Siempre es lo mismo cuando se enrollan en la tienda. Ahí no pueden hacer nada, nada realmente satisfactorio para ella, al menos. No con su padre en la trastienda. Pasa de ponerse más cachonda para luego quedarse a medias, así que le corta el grifo a Espectro.

—Ya vale.

—Tía, no me puedes dejar así —dice él, apretando el bulto contra la entrepierna de ella.

—Pues claro que sí.

—Hazme una paja, por lo menos.

—Paso. Háztela tú. Mañana voy por tu casa y follamos.

Espectro se mosquea un poco, pero se aparta.

—Vente luego —dice él, apartándole un mechón verde de los ojos.

—Ya veremos —responde ella, saludándole con la mano cuando se marcha. Pero sabe que no irá, porque está hecha una mierda y le duele la barriga. Está a punto de venirle la regla, y esos días siempre está más cachonda, pero más irritable. Si va a casa de Espectro, le acabará de bajar en cuanto se acuesten.

Y entonces será Mordor.

Espectro se llama en realidad Raúl, pero cuando ella decidió que se iba a cambiar el nombre, él también lo hizo. Al principio le pareció algo romántico, pero se da cuenta de que Raúl no siente lo gótico *de verdad*. Se viste de negro y escucha 45 Grave, The Wake y Diva Destruction, pero sólo porque lo hace ella. Y Ladybug se aburre un poco. Se da cuenta —la madurez tiene estas cosas— de que está convirtiéndose en un cliché ambulante, de que acabará dejando a Espectro, por calzonazos. O peor aún, cumpliendo su mayor miedo: casarse con un liberal encorbatado, con un MBA y que vota a Ciudadanos. El mal absoluto.

Antes muerta.

Además, tiene que cuidar de su padre. Desde que le dio la embolia no ha podido atender el negocio, y se pasa las horas muertas en la trastienda, viendo películas viejas en la tele. Sólo puede mover el brazo izquierdo con soltura, pero le basta para cambiar de canal. Para todo lo demás, depende de su hija. Ladybug le hace la comida, le acuesta, le ducha y le da de comer sin una sola queja, ni por dentro ni por fuera. Siempre ha sido un buen padre. Ellos dos solos contra el mundo. Si el mundo quiere joderles, se llevará una buena sorpresa.

Además, está recuperándose, piensa Ladybug, con una sonrisa.

Es cierto. *Va mejorando*, dice el médico. Si no le da otro ataque en los próximos meses, quizás podría hasta hablar. Caminar va a estar difícil, pero quizás hablar. Es joven, sólo tiene cuarenta y nueve años.

Quizás es todo lo que necesita Laura, perdón, Ladybug, para levantarse cada día sonriendo.

—Es mi puto padre. Calla o te rajo —amenaza, cuando Espectro pregunta si no se cansa de tener que cuidarle todos los días. Luego le aprieta los huevos, para que sepa que va en serio, que con su padre no se juega. Y después le da un beso, para que no se enfade.

Otro además: le encanta su trabajo. Hoy en día el dinero lo dan los TIB —es lo que tiene el tener el estudio en la calle Huertas—, que no aprecian su talento, pero de vez en cuando aparece un cliente de verdad. Alguien que cree en el Arte. Y entonces es precioso, y el mundo se hace un poco mejor cuando la piel desnuda se convierte en un lienzo para algo bello.

Toca ir recogiendo, hace *clic* en el comando que apaga el equipo. Si se da prisa quizás aún pueda pasarse por casa de Espectro, después de todo.

Está guardando sus cosas en el bolso, pero el ordenador no se cierra. *Mail no ha permitido apagar el equipo*. A ver qué pasa.

Un correo que se habrá quedado atascado en la bandeja. Y sí. Era uno que no había terminado de entrar, últimamente pasa mucho. De ayer por la tarde. Ladybug lo abre. Es un correo masivo, y está a punto de mandarlo a la papelera cuando algo se lo impide.

Contiene una petición extraña.

Identificar el tatuaje de un violador.

Baraja la posibilidad de que sea un *invent*, pero la dirección parece real, y quien hace la petición es una mujer. Así que hace *clic* en la foto. Como todas las mujeres que conoce, ha sufrido violencia sexual por parte de los tíos, en mayor o menor medida. *Pero las cosas ya no son como antes. Ahora las hermanas estamos aquí las unas para las otras*, se dice Ladybug.

La imagen no es muy clara, y sólo hay una parte del tatuaje, una parte pequeña, pero contiene algunos rasgos identificables. Es la parte inferior de un escudo, sin duda. Y a un lado, enroscada por debajo, lo que parece una serpiente…

No. Es otra cosa.

Tienes talento para las formas, Laura, le decía su padre cuando ella era niña y emborronaba sus primeros papeles. Clavaba a los personajes de *Los Vengadores* con figuras geométricas. Un cuadrado verde, un círculo azul, un triángulo rojo era todo lo que necesitaba para representar sus superhéroes, a una edad en la que los demás niños pintaban manos de ocho dedos que parecían arañas apisonadas. Su padre tenía razón. Leía las formas como otros leen un libro. Un talento que ha permanecido.

No es una serpiente lo que se arrastra por debajo del escudo.

Es una cola de rata.

Y cree haber visto antes esa cola de rata.

Su corazón se acelera, porque de pronto recuerda dónde la ha visto. Y siente alegría, cuando le da a responder al correo, pero también una punzada de malestar, aunque por otro motivo.

Mierda, me acaba de bajar la regla.

Parra

El capitán Parra es un hombre precavido.

Puede que se alegre de que Gutiérrez se haya puesto él solo la soga al cuello. Con la inesperada ayuda de su nuevo amigo, el periodista vasco ese. Menuda cara de viejo acabado que tiene. Pero oye, qué bien graba. El vídeo que le ha mostrado —menuda racha, inspector, primero la puta y ahora esto— le habrá acabado de poner el lazo a Gutiérrez, pero también le ha cargado a él con un plumilla a cuestas.

Por otro lado... Casi mejor.

La información tiene que salir, antes o después, y es preferible que alguien se lleve una exclusiva y le añada un poco de color a la historia. Un poco de heroísmo. El ángulo adecuado, el ángulo correcto. Luego todos los demás medios le seguirán. Hoy en día ya no piensan, se limitan a repetir lo que ha dicho el primero.

Y hablando de información.

Parra va en el coche, de vuelta a Jefatura, al teléfono con Sanjuán.

—¿Qué cojones es eso de un taxi, que yo no me he enterado?

—No creía que fuera importante...

—Eso soy yo quien lo tiene que decidir, ¿no crees?

Sanjuán traga saliva. Parra casi puede verlo al otro lado de la línea, encogido como un perrillo asustado. Siempre temeroso de que le digas «mal hecho».

—Nos llegó un correo del CNI.

Parra se incorpora a la glorieta de Cuatro Caminos. Deja pasar al coche anterior, incluso indica con el intermitente mientras permanece en el interior de la rotonda —a pesar de no ser obligatorio—, porque es un conductor bien educado.

—¡Hostia puta! ¿El CNI?

—No sé cómo ni cuándo se han enterado de en qué andamos —continúa Sanjuán—. Decían que investigáramos la posibilidad de que

hubiera un taxi robado con matrículas dobladas que hubiera participado en el secuestro.

—Te llegó un correo del CNI y pensaste que no era importante.

—Ha sido esta mañana, y ya sabes que hoy…

—Sanjuán, te juro por mi suegra, que en paz descanse pronto, que te reventaría la cabeza.

Mientras Sanjuán se toma un momento para lamerse las heridas y mirar al teléfono con cara de pena, Parra intenta atar cabos. Se ha cruzado antes con los del CNI, unos cabrones sin escrúpulos que van a lo suyo. Pero, si se encuentran con un trozo de comida en la mesa que no se van a comer, suelen dejar caer las migajas para que se alimenten los perros.

—Hay que investigar lo del taxi. Pero con cuidado y precaución. *Timeo danaos et dona ferentes*, y toda esa mierda.

—¿Timeo qué?

—Sanjuán, coño. No me avergüences.

Cuando llega a Jefatura, Sanjuán está esperándole en la puerta del despacho, con un montón de papeles y cara de pachón arrepentido.

—Una llamada anónima avisó hoy al mediodía a la comisaría de Canillas de que había un taxi en el descampado enfrente del Centro Comercial Gran Vía de Hortaleza. Está medio quemado. Debieron prenderlo de madrugada, porque ya no humeaba. Los compañeros no le han hecho mucho caso. La grúa lo iba a recoger cuando les he dicho que era cosa nuestra.

Parra suspira. De no haberle ordenado él que buscara, el coche estaría camino del desguace.

—¿Has mandado a la científica para allá?

—Van de camino. Pero mira la foto que me ha mandado uno de los agentes que estaba con el taxi.

Parra mira la foto. Luego mira a su segundo.

—¿Se lo has enseñado al padre?

—Lo ha reconocido.

—Buen chico, Sanjuán.

A Sanjuán sólo le falta menear la cola.

25

Un sapo

A Jon Gutiérrez ya casi se le han pasado las ganas de llorar.

La tarde ha transcurrido, larga y triste, en una cafetería cerca de las Cortes, en la calle Cedaceros. Ninguno de los dos prueba su bebida. No se miran, tampoco.

Antonia apenas ha hablado, sólo le ha contado lo sucedido en la puerta de Ortiz. Lo ha explicado con un tono aséptico. Sin inflexiones en la voz. Sin emoción.

Los hechos hablan por sí solos.

a) Ramón Ortiz no colabora.

b) De las cuarenta horas que le quedaban a Carla Ortiz, han consumido cinco. ¿En qué? En

c) terminar de arruinar la carrera del inspector Gutiérrez.

Antonia está furiosa con él. Una furia gélida, blanca.

—No tenías que haberle pegado. Le has dejado ganar.

Jon no contesta. Sabe de sobra que tiene razón. Al menos Antonia no se ha percatado de la presencia de Lejarreta. Jon sí le ha visto, saludándole con la mano desde la acera cuando sacó el coche de la parada de taxis y se incorporó al tráfico de Serrano.

El hijo de la grandísima puta ha debido de estar siguiéndonos todo el día.

Son muy, muy malas noticias. Noticias que ella debe conocer.

Antonia sigue mirando por la ventana. A saber qué le pasa por la cabeza.

Jon quiere pedir perdón y contarle lo del periodista, librarse de ese peso cuanto antes. Es un sapo verde y venoso, que le sube por la garganta y le asoma a la boca, queriendo salir, pero el orgullo obliga a

Jon a apretar los dientes muy fuerte, guardárselo dentro. Que vaya de vuelta tráquea abajo y siga royéndole las tripas.

Es lo menos que me merezco.

Un castigo pequeño en comparación con lo que le espera a Carla Ortiz.

La camarera se acerca, boli y libreta en mano, les pregunta si van a desear *algo más*, en ese tono tan preciso que significa *necesito la mesa, así que hagan el favor de consumir o marcharse*. Jon alza la mirada para decirle que no, y ve que es Carla Ortiz. También la ha visto en la mesa de al lado, y antes de entrar, cruzando la calle. Ahora la ve en todas partes, allá donde mire. Tiene que reprimir la necesidad de echarse a la calle, de salir a buscarla por todas partes. Sabe que no es otra cosa que la desesperación lo que tira de su cuerpo y engaña a su cerebro. La desesperación del que intenta aferrar algo y sus dedos no encuentran más que aire.

—Nada más, gracias —dice, mirando a la camarera, que ya no es Carla Ortiz, sino una mujer gruesa que va para los cincuenta.

Algo debe de intuir ella en sus ojos, que no insiste. Da un par de golpes con el boli en la libreta —*clac-clic*, punta fuera, *clic-clac*, punta dentro— y dice:

—Tómense el tiempo que necesiten.

En un mundo desolado y asfixiante, el pequeño gesto amable de la mujer se le antoja a Jon una bocanada de aire puro. Lo agradece tanto que deja diez euros de propina sobre la mesa. Echando cuentas, ahora la camarera tiene más dinero que él.

Ese pequeño respiro que le ha concedido el universo le da a Jon fuerzas para contarle lo del cabrón de Lejarreta.

—Scott, hay algo que yo... —empieza a decir.

Antonia alza la mano para interrumpirle. La otra se la lleva al bolsillo. Su móvil está sonando.

—Espero que sean buenas noticias.

La expresión de su cara cambia cuando escucha lo que Aguado le cuenta. No exactamente a alegría, pero desde luego la oscuridad se alivia.

Se lo explica a Jon.

—Voy por el coche —se ofrece él.

—No hace falta. Estamos a diez minutos andando.

26

Una de vaqueros

El neón del estudio refulge en la esquina. TATOO, letras enormes, en naranja. Ladybug ha decidido dejar el negocio abierto, ya que la señora del email, doctora *nosecuantos*, le ha pedido que espere a sus compañeros de la policía. A esa hora dejar el negocio abierto supone más TIB y más letras chinas. Hay un holandés cuarentón, rubio y fofo tumbado en la camilla —éste quiere la palabra *fortaleza* en el cuello— cuando llegan los polis.

Ladybug se asoma por detrás del biombo.

—Siéntense —les dice, apuntando con la aguja a las sillas de la zona de espera—. Estoy acabando.

El holandés emerge del biombo apestando a desinfectante, seguido de la joven gótica. Ella va vestida con top y vaqueros negros. Él lleva el cuello enrojecido, con dos flamantes sinogramas bajo una oreja. La joven saca un apósito de una caja bajo el mostrador —el tatuaje es pequeño, no merece la pena un aparatoso vendaje— y se lo coloca al holandés sobre el área enrojecida.

—¿Por qué *garrapata?* —dice Antonia, señalando al cuello del holandés.

Éste mira confundido a la tatuadora.

—*What does she said?*

—*She said that you are strong* —dice Ladybug, haciendo el universal signo de sacar bíceps.

—*Ha, ha. Garapata, strong* —dice el holandés, complacido, creyendo que ha ligado. Saca los cincuenta euros del tatuaje y añade cinco de propina.

Se marcha. En cuanto se desvanece el estruendo de las campanillas de la puerta, la joven se vuelve hacia Antonia.

—Casi me estropea el negocio, oiga.

Antonia sonríe —por primera vez en todo el día—. Jon sonríe al verla sonreír.

—Espero que no vaya a un restaurante chino en los próximos días —dice Antonia, haciendo un gesto en dirección a la puerta por la que se acaba de marchar el holandés.

—No ha de preocuparse por eso. Los chinos adoran ver a los *laowai* tatuados con palabras graciosas en mandarín. Nunca desvelarían el secreto. Soy Ladybug —dice, alzando una mano llena de anillos. Jon y Antonia se identifican a su vez—. Si me disculpan...

Le da la vuelta al cartel de CERRADO —que ahora pone ABIERTO por dentro, es un poco confuso si uno se para a pensarlo— y echa el pestillo.

—¿También hablas mandarín? —susurra Jon.

—Leo mejor que hablo —responde Antonia, humilde.

Ladybug regresa junto a ellos.

—Han venido muy deprisa.

—Estábamos cerca —explica Jon—. ¿Le dijo a nuestra compañera que tenía información sobre el tatuaje que estamos buscando?

—Así es. Esperen un momento.

Desaparece tras la cortina de bolas que lleva a la trastienda, y vuelve con una abultada carpeta de anillas de tapas negras. En el lomo lleva marcado un número con Dymo autoadhesivo de color amarillo: 1997-1998.

Ladybug lo coloca sobre la mesa y la abre. Está llena de fotografías Polaroid, fijadas sobre cartulina y cubiertas con film transparente.

—Está por aquí... —dice, pasando las hojas, de atrás hacia adelante.

Se detiene a tres cuartas partes del final, y le da la vuelta al cuaderno. La página sólo contiene una foto.

Cuatro brazos derechos, iluminados por el flash. Sus dueños desaparecen en la penumbra borrosa que ha creado el relámpago. Los cuatro brazos lucen idénticos tatuajes. La piel alrededor, carmesí, con puntos sangrantes, envuelve músculos grandes y fibrosos.

El diseño del tatuaje es elegante, con un estilo más cercano al cómic que al realismo. Una rata de dientes afilados sostiene un escudo con el que se cubre el cuerpo. El escudo lleva grabada una inscripción en caracteres germánicos ilegibles. La foto es de mala calidad, y apenas se aprecian las letras.

El pulso de Jon se pone a echar una carrera, y el inspector intenta calmarlo. Uno de aquellos hombres puede ser Ezequiel. Uno de aquellos brazos es el que mató a Álvaro Trueba, el que retiene a Carla Ortiz, el que disparó contra ellos desde el Porsche Cayenne.

—Necesitaríamos facturas. Libros de cuentas. Algo. Tenemos que identificar a estas personas, señorita —dice Jon.

—Señora, inspector. Lo de señorita es machista. Y me temo que no puedo ayudarles con eso. No nos queda nada de aquella época. Yo no había nacido, y mi padre siempre fue un desastre.

Joder con los millennials, piensa Jon. *Como alguien le llame señora a mi madre, y va para los setenta…*

—¿Fue su padre quien hizo estos tatuajes? —interviene Antonia.

—Sí. Estaba empezando pero ya era bastante bueno entonces.

—Nos gustaría hablar con él.

Ladybug suspira con cierto abandono gótico. Ella cree que clava a la Mina Harker de Winona, pero es más bien como el aire que escapa al sentarse sobre un cojín grueso.

—A mí también, no se crea. Síganme, por favor.

Les guía a través de la cortina de bolas y de un pasillo hasta una habitación trasera con olor a sudor y a naftalina. Contiene: Un hombre pálido y contrahecho. Una silla de ruedas. Una tele de 30 pulgadas. Una película de vaqueros. La única luz procede de la pantalla, y el tiroteo en el OK Corral recorta sombras pronunciadas en el rostro del hombre.

—Papá. Han venido a verte.

El hombre de la silla no aparta la mirada de la televisión, donde Kirk Douglas le está explicando a Burt Lancaster que él no va a bodas, sólo a funerales.

—Papá —insiste Ladybug. Se agacha junto a él y le agarra de la mano izquierda. Se la acaricia despacio, con cariño.

El hombre aprieta la mano de su hija.

—Esto es todo lo que consigo de él en estos días —dice Ladybug—. Tuvo la embolia hace año y medio, y desde entonces se ha ido recuperando poco a poco. Muy poco a poco.

Los rostros de Antonia y Jon reflejan la desesperación que sienten. No es posible que hayan podido encontrar la pista más sólida hasta ahora sobre la identidad de Ezequiel… y quien la custodia sea prácticamente un vegetal.

Dios tiene un humor muy cruel, piensa Jon.

—¿Podemos intentar preguntarle? —dice Antonia.

Ladybug se lo piensa, mordisqueándose los labios pintados de negro. El piercing de su nariz se agita indignado durante el proceso.

—No se pierde nada por intentarlo, supongo. Pero es mejor que le hagan las preguntas a través de mí.

Antonia le pide que le muestre la fotografía.

Sin respuesta.

—¿Recuerda haber hecho ese tatuaje?

Sin respuesta.

—¿Recuerda a esas personas?

Sin respuesta.

Ni a ésa ni a ninguna de las siete preguntas siguientes.

—Es inútil —dice Ladybug—. Ni siquiera en los días buenos hace gran cosa más que señalar. No saben lo que es esto.

Jon se imagina que Antonia lo sabe.

Se imagina que sabe qué es vivir con alguien que era fuerte, que era cariñoso, que era cortés. Que hablaba, que soñaba, que bromeaba, que comía y que reía y cantaba. Que estaba vivo, y feliz, y que era una presencia permanente, un motivo de alegría para los que le rodeaban. Y que luego, en un instante, se convierte en otra cosa. En un recuerdo, una sombra que requiere atención constante, sin ofrecer nada a cambio más que dolor, frustración y obligaciones. Sin ser más que un agujero negro que absorbe, en su gravedad infinita, todos los recuerdos, la calidez y la dicha, sin dejar a cambio nada más que la satisfacción —vaga, intelectual— de un deber cumplido.

Antonia no dice nada.

Antonia sigue pensando. Tratando de encontrar la manera de rodear el obstáculo imposible. Hay un *koan* que a veces Mentor le repetía antes de sus sesiones de

(tortura)

entrenamiento.

¿Qué pasa si una fuerza imparable choca contra un objeto inamovible?

Como todos los *koan*, no tiene respuesta.

Pero eso no significa que dejemos de buscarla, piensa Antonia.

—¿Ha dicho que puede señalar? —le pregunta a Ladybug.

—Creo que será mejor que lo dejemos ya —dice la joven, poniéndose en pie.

Quiere que se marchen.

—Por favor. Es importante, escúchela —interviene Jon, y luego añade—, señora.

La joven gótica le mira con desconfianza, pero se vuelve hacia Antonia.

—Sí, a veces es capaz de señalar.

—Necesitamos saber qué pone en el escudo. Eso podría ser de ayuda.

Ladybug medita durante unos instantes. Luego va a por el muestrario de la entrada. Lo apoya en el suelo y extrae dos páginas.

Contienen un alfabeto, recargado. Emerge a duras penas entre hiedras, puñales, runas y calaveras.

—Papá, ¿recuerdas lo que pusiste en el tatuaje de esas personas? —pregunta, con suavidad. Vuelve a mostrarle la foto, donde los caracteres germánicos son sólo un borrón oscuro.

Sin respuesta.

Su hija sostiene ambas hojas frente a sus ojos. No llega a taparle la vista de la televisión, no quiere alterarle.

En la pantalla, Kirk Douglas tose sangre, se lleva el pañuelo a la boca, se limpia la barbilla con el famoso hoyuelo.

Sobre la silla de ruedas, el hombre mueve la mano izquierda. Muy

despacio.

El silencio es absoluto. Antonia y Jon, del otro lado del papel, no pueden ver las letras que toca, y los minutos que tarda en marcarlas transcurren insoportablemente lentos.

—Ene. Be. Cu. ¿Eso es lo que pusiste, papá? ¿NBQ?

La mano del hombre aprieta la de su hija.

Antonia y Jon se miran.

Sólo tres letras.

Que lo cambian todo.

Ambos esperan hasta estar fuera de la tienda, después de agradecer apresuradamente a la joven y a su padre el enorme esfuerzo que han hecho.

Después ella lo dice en voz alta.

—Es un policía.

27

Tres letras

A Jon Gutiérrez aún le quedan amigos.

No muchos, pero le queda alguno. El que le coge el teléfono es un colega navarro, Txema Barandiarán, que lleva en Madrid ni se sabe. Veinte años, lo menos. Coincidieron en la academia de Ávila, y se han visto alguna vez desde entonces. En los encuentros de la promoción, se juntan de nuevo en Ávila, éxodo de oscuras golondrinas. El Txema. Un tipo majo. Llevó regular cuando Jon salió del armario, porque se habían duchado juntos, y esas cosas se avisan. Pero se le pasó.

Resulta que el Txema es una enciclopedia. Un estudioso, vamos. De los que se quema las cejas sobre los libros. Pero no le gustan las novelas, ni la poesía ni esas mandangas. A él lo que le gusta es la historia de la policía. Trabaja en Recursos Humanos en Jefatura. Sabe cosas.

El Txema le cuenta. *Podríamos decir que empezó en 1937 en Lisboa. Una mañana en la que el Primer Ministro y dictador portugués Oliveira Salazar iba a misa en la capilla particular de un amigo. Los terroristas, no me acuerdo cuáles, pusieron una bomba en el colector de la alcantarilla, y la activaron.*

No salió bien. La fuerza de la explosión se perdió por los túneles bajo el asfalto, limitándose a abollar el coche y lanzar unos cuantos cascotes. Pero sentó un precedente.

La primera unidad de Policía del Subsuelo se creó en Madrid en 1958. Treinta y siete efectivos provenientes del ejército. Su cometido oficial era evitar los crímenes bajo tierra. El expolio de cable de tendido eléctrico, de material de tratamiento de aguas, los robos con butrón en bancos y joyerías. Pero, en realidad, a lo que dedicaban más tiempo era a vigilar que al Generalísimo no le pusieran una bomba, estilo Salazar.

Los dictadores tienden a prestar atención a estos detalles.

Era cuestión de tiempo que alguien intentara poner una bomba bajo el subsuelo, al paso alegre de la paz. Como se vio años más tarde. El 20 de diciembre de 1973, cuando los tres terroristas —que resultaron ser tres integrantes de una de las bandas de asesinos más sanguinarios de la historia reciente— mandaron a Carrero Blanco al espacio exterior, asesinando de paso a su chófer y al inspector de policía que viajaba en el coche e hiriendo gravemente a una niña de cuatro años que tuvo secuelas de por vida. Aquellos tres hijos de puta pusieron la bomba en un túnel bajo el coche del entonces presidente del Gobierno. Éstos habían sido más listos. Habían estudiado bien el atentado fallido de Salazar —los terroristas tienden a prestar atención a los detalles, también—. Pusieron sacos de arena para que la onda expansiva fuera en la dirección apropiada, abriendo un socavón de ocho metros de diámetro en la calle Claudio Coello.

El coche aterrizó en una terraza del colegio de los jesuitas donde estudian doscientos cincuenta niños, que a esa hora solían estar en el mismo espacio donde cayeron mil ochocientos kilos de chatarra. De casualidad les habían dado vacaciones a los chavales dos días antes de lo que tocaba, cosa que los terroristas —en esos detalles se fijan menos— no habían considerado. Ja, ja, ja, qué risa los chistes con el atentado de Carrero Blanco, ¿eh?

La unidad de Policía del Subsuelo no había estado muy fina aquella mañana de 1973, pero la unidad creció y se estableció. Cuando España se convirtió en una democracia, las amenazas a los políticos y otras personalidades continuaron. Madrid era una ciudad cada vez más grande, y necesitaba alguien que vigilara lo que pasaba bajo cota cero, como llaman los policías al subsuelo. Con el paso del tiempo los desafíos a la seguridad se hicieron más complejos. En 1996, la Policía Nacional creó una nueva unidad dentro de la Policía de Subsuelo. La unidad NBQ. Expertos en explosivos, pero también en amenazas nucleares, biológicas y químicas. Cuatro hombres formaban aquella unidad en sus inicios.

—Cuatro máquinas —concluye Txema—. De lo mejor que hemos tenido nunca.

Apuesto a que sé qué tatuaje se hicieron cuando se formó la unidad,

piensa Jon.

—¿Sabes qué fue de ellos? ¿De los cuatro hombres de esa primera unidad?

Txema se toma un rato para pensar la respuesta. Jon cree también que le escucha teclear, quizás busca información en su ordenador, pero no está seguro. El caso es que le dice:

—Dos de ellos siguen en activo. Otro se marchó de España, creo que ahora vive en México, no lo sé.

Una pausa.

—¿Y el otro?

—El otro murió, Jon. La versión oficial es que fue una explosión en un túnel. Dicen que fue un suicidio, porque el tipo era muy bueno. Andaba muy tocado desde que su hija se mató en un accidente de coche seis meses antes.

Uno menos. Quedan tres.

El Txema añade otra cosa más antes de colgar.

—Gordo. —El mote incomprensible que le pusieron a Jon en Ávila—. Aquí en Jefatura todo el mundo lo comenta. Mañana por la mañana te van a ir a buscar los buitres.

Los buitres. Los de Asuntos Internos. Así que Parra le ha acabado denunciando. ¿Por qué no le sorprende?

Si van a detenerle mañana por la mañana, si le llevan al edificio de Cea Bermúdez y le apuntan un flexo a la cara, se acabó. Lo de la droga en el maletero del chulo lo exprimirán a saco, claro. Por ahí pueden hacerle mucho daño. Pero en cuanto se pongan a examinar con lupa lo que ha estado haciendo los últimos tres días, Jon va a tener que dar muchas explicaciones. Explicaciones que no puede dar sin traicionar a Antonia.

Voy a tener que elegir entre la cárcel y ella.

—Gracias, Txemita.

—Cuídate.

Jon regresa junto a Antonia, que aguarda sentada en un banco de la calle Huertas. Le cuenta sólo la parte buena. La que confirma sus sospechas.

El sapo verde en su interior se ha convertido en el Increíble Hulk.

Antonia no le ve apretar los dientes para dejar dentro el sapo. Ella está centrada en la primera pista real que tienen desde que empezó esa locura. Uno de aquellos cuatro hombres tiene que ser Ezequiel. Lo cual explicaría su capacidad para no dejar pistas en el escenario del crimen de Álvaro Trueba, incluso la manera desquiciada en la que había huido por la M-50. Aquella manera de conducir que Antonia sigue recordando con envidia (sí, es humana).

Le pide a Mentor el teléfono del capitán Parra. Mentor se lo da a regañadientes. No está contento.

—No estoy contento —dice.

Antonia le ignora. No hay tiempo para egos absurdos o peleas. Lo único que importa es que aún quedan treinta y dos horas para que se cumpla el plazo del asesino. Aún pueden salvar a Carla Ortiz.

Marca el teléfono de Parra y le dice:

—Capitán, tengo información sobre Ezequiel que debe conocer.

Parra

—¿Quién es? —dice Parra, antes de darse cuenta—. Ah, ya. Eres el llavero ese que Gutiérrez lleva colgado a todas partes. La Interpol, mis cojones. Si tuviera tiempo me dedicaría a averiguar qué es lo que os traéis entre manos tu amiga y tú.

—Capitán, sé que no nos tiene en una gran consideración, pero esto es mucho más importante que nosotros y que usted.

—Que no les tengo... —El capitán suelta una carcajada seca, más un ladrido que un signo de humor—. Actuando por su cuenta estuvieron a punto de cargarse esta investigación.

—Quizás deberíamos haberle llamado antes de ir al Centro Hípico, pero a cambio...

—Quizás. Quizás. Quizás —se burla Parra, con su mejor voz de Sara Montiel—. No me diga que a cambio ha descubierto algo fundamental para la investigación.

—Lo cierto es que sí. Tenemos indicios muy fuertes para sospechar que Ezequiel es un...

De nuevo un ladrido. Pero éste sí que tiene alegría. Malsana.

—¿Un policía? Va usted muy retrasada, Interpol. El nombre de Ezequiel es Nicolás Fajardo. Un policía de la Unidad de Subsuelo. Se le dio por muerto hace un par de años. Pero ha cometido un error. Hemos recuperado su huella del volante de un taxi que habían robado la semana pasada. Lo había rociado de lejía y limpiado a fondo antes de quemarlo, pero esa huella se le escapó... Y al mover el coche hemos encontrado debajo del maletero un zapato que pertenece a Carla Ortiz. Tiene sus huellas y también las de Ezequiel.

Hay un silencio al otro lado. Suena a frustración.

—Recuérdeme quién le dijo que tenía que buscar un taxi, capitán.

¿Cómo sabe ésta lo del CNI? Una alarma suena al fondo de la cabeza de Parra, pero está demasiado ocupado con lo que tiene entre manos

como para hacerle demasiado caso.

—No sé de qué me habla. Lo que sé es que estamos a punto de entrar en casa de Fajardo. Que a pesar de estar muerto, lleva dos años pagando la luz, el agua y el gas. Y vive en un semisótano. Le dejo. Dele recuerdos al inspector de mi parte.

Parra cuelga. Justo después de colgar, se le ocurre que podría haber añadido algo como «*Dígale que se vaya pronto a la cama, que mañana le espera un día duro*», para rematar. Hay que joderse, las mejores réplicas se te ocurren siempre después. En las escaleras cuando te estás yendo de un sitio. O peor: estás durmiendo, te levantas a mear medio zombi y mientras estás frente a la taza sosteniéndote el pene con las manos, llega la contestación perfecta, la que *tendrías* que haberle dado a algún idiota, y entonces te despiertas del todo y aunque vuelvas a la cama ya no puedes dormir, sólo darle vueltas a eso que no has dicho.

En fin.

La furgoneta —blanca, sin distintivos— está aparcada a la vuelta de la esquina. La Unidad de Secuestros y Extorsiones al completo está dentro. Parra se ha traído a todos.

Está Cleo, la más bruta del equipo, porque es la única mujer y siempre intenta demostrar que se puede ser madre y una tía dura.

Está Ocaña, el más listo de todos, con una labia que para sí la quisiera Parra. Su mejor negociador.

Está Giráldez, el abuelo, que va para los cincuenta y, sin embargo, tiene más marcha que todos ellos juntos. Un Miguel Ríos con pistola.

Está Pozuelo, el niñato, recién salido de la academia, verde como una aceituna pero con los huevos de titanio.

Está Cervera, el más macarra, tocándose la nariz y frotándose las encías. Se ha metido un tiro antes de entrar, y eso a Parra le parece mal, muy mal. Ser policía es una cosa seria. Duda de si hablar con él y decirle que se quede fuera, pero sería malo para la moral de los demás. Luego le echará una buena bronca. Las cosas hay que hacerlas bien.

Y por supuesto está el cabo Sanjuán, su segundo, su mano derecha. Siempre pisando su sombra. Su lameculos.

Insultan, ríen, mastican chicle, dan patadas en el suelo. Vuelven a insultarse. Es su idioma secreto. Código que enmascara el amor que se tienen unos a otros.

Los quiere a rabiar. A todos. Son sus chicos, joder. Su familia. Carne de su carne, sangre de su sangre. Daría la vida por ellos, y ellos por él.

Todos le miran, expectantes. Esperando a que dé la orden.

Es pronto aún. Quiere asegurarse de que no hay nada de qué preocuparse. Tiene a Sixto, el octavo en discordia, dando un paseo alrededor de la manzana. Se ha traído al perro de casa y todo. Sólo un hombre normal, dando un paseo a su labrador al final de la jornada. Vestido normal. Pantalón corto, tenis. Camiseta. Lo que corresponde a un barrio obrero como Lucero.

Sixto tardará unos diez o quince minutos en dar la vuelta a la manzana, San Fulgencio arriba, doblar dos esquinas, San Canuto abajo, y otra vez en la furgo. En cuanto les confirme que todo está bien, lanzarán el operativo.

Intenta pensar en una frase gloriosa, inspiradora, que decirles antes de bajar de la furgoneta.

No se le ocurre ninguna.

Ya verás tú cómo me viene a la cabeza esta noche, piensa, resignado. *Lo que yo te diga. Las mejores frases…*

Carla

Carla llama a Sandra cada poco rato. Al principio sólo susurra. Dice su nombre, cuenta hasta treinta, vuelve a llamarla.

Poco a poco va subiendo el tono, llevada por la angustia, hasta que al final está gritando, llamándola a voces, dando palmadas en la pared. Pero lo único que obtiene son tres golpes en la puerta de metal, que estallan en sus tímpanos y la empujan, hecha un ovillo de mocos, miedo y lágrimas, a la esquina contraria de la celda.

No han pasado más que unos segundos, o quizás unas horas, cuando Sandra responde.

—Te he dicho que no quiere que hablemos. Has conseguido enfadarle.

Ahora es Carla quien no responde. Sigue sollozando, con las piernas encogidas y las manos cubriéndole el rostro.

Los nuevos límites del castillo: la distancia entre sus brazos y su pecho. En esos pocos centímetros encuentra consuelo.

—Ahora se ha marchado —dice Sandra—. Pero cuando te avise de que vuelve, tienes que callarte. Son las normas.

Carla se limpia los ojos con los pulpejos de las manos, se sorbe los mocos.

—No me importa. Que me mate ya, y acabamos de una vez.

—Suponía que dirías eso.

Carla se estira del vestido, que se le ha hecho un siete, se recompone la tira del sujetador.

—¿A qué te refieres?

Sandra duda un momento.

—Bueno, porque eres tú.

—¿Cómo que yo? ¿Quién soy yo? —contesta Carla, agresiva.

Al otro lado del muro hay un silencio molesto.

—¿Sandra?

—Si me vas a contestar así, será mejor que no hablemos. Ya tengo bastantes problemas.

No me lo puedo creer. Estamos en manos de un puto psicópata y la tipa esta se preocupa por mi tono de voz, piensa Carla.

Pero no lo dice. Porque no quiere enemistarse con Sandra. No quiere estar sola. Se da cuenta de que ahora mismo es su mayor terror. Morir sola, en la oscuridad.

Puede que Sandra no sea muy inteligente, y puede que esté completamente desbordada por lo que está sucediendo.

Joder, yo también lo estoy.

Pero ahora mismo es lo único que tiene.

—Siento que te haya molestado mi tono.

—Está bien —responde Sandra, al cabo de un rato—. Supongo que es lo normal.

—¿A qué refieres?

—Alguien como tú no está acostumbrada a pedir disculpas. Por ser rica, y eso.

Carla respira hondo.

—¿Te lo ha dicho él?

Son buenas noticias. Si Ezequiel sabe quién es ella, eso es porque quiere algo. Algo que no tiene que ver con su cuerpo.

—Me ha comparado contigo. Me ha dicho que tú *sí* eres importante. Quizás por eso no ha entrado aún ahí. Para eso me tiene a mí.

Carla traga saliva, despacio, eligiendo sus palabras con mucho cuidado.

—Sandra, yo…

Se detiene. No se puede contestar a lo que Sandra le acaba de decir. Es, sencillamente, imposible.

Porque es lo que ella piensa.

Porque es verdad.

Carla es la heredera del hombre más rico del mundo.

Sandra conduce un taxi.

Puede que en Twitter algún indignado pueda afirmar con un mínimo de criterio que las vidas de ambas valen lo mismo, pero aquí, en la madriguera de un asesino, encerradas en la oscuridad, esa

afirmación es insostenible.

—Saldremos de aquí las dos, te lo prometo —dice Carla.

Ahora comprende la hostilidad pasivo agresiva de Sandra. Cuando Carla sólo era una empleada común y corriente, las dos eran víctimas. Pero incluso en la madriguera de un asesino, hay víctimas y víctimas.

—No prometas cosas que no puedes cumplir. Supongo que a mí sólo me quiere para usarme —dice Sandra—. Para ti… tiene pensada otra cosa.

Carla aguarda a que continúe la frase, pero no lo hace.

En ese silencio, en ese territorio ignoto, viven dragones.

—¿Qué tiene pensado, Sandra? Si lo sabes, tienes que decírmelo. Dímelo, Sandra —suplica Carla.

—Chisss. Calla. Ha vuelto, y está enfadado. Creo que está pasando algo —dice la taxista.

28

Un recuerdo

Antonia cierra los ojos.

No le cuesta mucho encontrar en su colección de palabras la que describe cómo se siente. *Ajunsuaqq*. En inuit quiere decir «morder el pez y encontrar dentro sólo cenizas».

Después de tantos esfuerzos, no le queda nada por lo que alegrarse ni sentirse orgullosa. Pero poco importa si de esa forma consiguen rescatar a Carla Ortiz.

Jon está a su lado en un banco en la calle. Excepcionalmente callado. Le ha contado lo que le ha dicho Parra, y se ha limitado a asentir. Delante de ellos pasa gente, pero Antonia no presta atención. Busca en las hemerotecas online la información que necesita. Es difícil encontrar algo, la noticia es un caso menor. Sin importancia.

Una explosión de gas en el subsuelo bajo la calle Narváez. Una única víctima mortal. El oficial de policía Nicolás Fajardo. Una inspección de rutina. Fajardo no deja familiares conocidos.

Ni una sola mención al suicidio.

¿Qué había sido lo otro que había mencionado Jon? Una hija.

Ésta cuesta algo menos encontrarla. Seis meses antes de la muerte de Nicolás Fajardo.

Accidente mortal en la M-30. Un coche impacta contra los pilotes del puente de la M-30. No hay marcas de frenos. La policía cree que se trata de un suicidio. La víctima es una mujer de veinte años que responde a las iniciales S. F.

Amplía las fotos. Los bomberos se afanan en torno al vehículo siniestrado. No hay mucho que hacer. La mitad del coche ha desaparecido, comprimida y aplastada como una botella vacía. Hay que ir muy deprisa para golpearse tan fuerte.

Suena el teléfono.

—Diga.

—Señora, soy Tomás.

Antonia parpadea, está tan dentro de su cerebro en este momento que tiene que vadear con fuerza para ajustarse a la realidad del mundo exterior. Entonces recuerda. Tomás. El vigilante de seguridad de La Finca.

—Nos dejaron sus teléfonos el otro día por si recordábamos algo. He estado llamando antes a su compañero pero comunicaba, así que he decidido probar con usted.

Ella hace un ruido de aquiescencia, un *ajá* o un *ujúm*, porque sigue concentrada en la fotografía del accidente. En algo que no termina de encajar del todo. Algo que debería estar viendo y no es capaz de ver.

—El caso es que hoy cuando ha empezado el turno —continúa Tomás— estábamos hablando Gabriel y yo, y de pronto ha venido un taxi a recoger a alguien. Esta vez nos hemos fijado más, ya sabe, desde lo que pasó miramos muy bien dentro de los taxis, no les dejamos pasar sin más.

Otro *ajá*.

—Y verá, lo que son las cosas, la taxista era una mujer, que hoy en día es muy normal, es algo en lo que ya te fijas menos, hace cinco años era impensable, parece sólo un trabajo de hombres, porque hay que ir a sitios y recoger a desconocidos en plena noche... el caso es que Gabriel y yo nos fijamos y de pronto nos acordamos, los dos a la vez. ¿No le parece maravilloso cómo funciona el coco? No te acuerdas de nada, tu compañero tampoco, y de pronto *pum*, ahí lo tienes, los dos a la vez, recordando lo mismo. Debe de ser una de esas asociaciones de ideas. Rojo es sangre. Morado es fruta. Justamente le estaba diciendo a Gabriel que...

Antonia consigue interrumpirle.

—¿Qué es lo que recordaron, Tomás?

El vigilante se aclara la garganta.

—Verá, es que el taxista era una mujer.

Carla

De nuevo intenta dormir. Pero cada vez se encuentra más débil y más agotada. Tiene un sueño, un sueño en el que la oscuridad se desvanece, sustituida por una enorme pared de luz, blanca y hermosa, que lo llena todo.

Entonces escucha fuera el ruido y las voces.

Voces de hombres adultos que gritan: «¡Policía!».

Que gritan su nombre.

Sabía que vendrían. Sabía que era cuestión de horas. Quizás de minutos. Y ya están aquí. Por fin la han encontrado.

El corazón le brinca en el pecho, intenta incorporarse, olvidándose de la altura del techo, se golpea en la cabeza, provocándose una herida que sangra profusamente, pero la ignora. Ni siquiera siente el dolor. Logra gatear hasta la puerta de metal, da golpes, intenta gritar a través del respiradero.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Estoy aquí!

29

Una palabra aborigen

Antonia se detiene.

El mundo también.

—¿Cómo ha dicho?

—Era una mujer —repite Tomás—. Ahora que lo pienso es raro que una mujer haga servicios tan tarde, o tan temprano, como yo digo siempre, uno nunca…

Antonia ya no escucha nada más.

Murr-ma.

Una expresión en wagiman, un idioma aborigen australiano que sólo hablan ya diez personas en todo el mundo, que indica lo que han estado haciendo hasta ahora.

Murr-ma.

Caminar dentro del agua buscando algo con los pies.

Lo cual es muy difícil, ya que tus otros sentidos se empeñan en colaborar, cuando sólo entorpecen.

—¿Oiga?

Antonia cuelga. Necesita las dos manos.

Amplía al máximo una de las fotos del accidente.

Es un Megane amarillo.

La matrícula no se distingue bien. Antonia hace captura de la foto, la transfiere a la app de Photoshop Express, aplica el filtro de enfoque.

Entonces aparece.

9344 FSY

Murr-ma. Una búsqueda a ciegas. Pero cuando rozas algo con el dedo gordo —y no antes—, puedes zambullirte a por ello. Juntas las

piezas del puzzle, haces la suma.

En décimas de segundo Antonia pone frente a sí todos los elementos de los que dispone.

- La hija de Fajardo se mató en un accidente de coche en la M-30.
- Su matrícula resurge dos años después en el taxi que usa Ezequiel para dejar el cadáver de Álvaro Trueba.
- El taxi aparece quemado y empapado en desinfectante en un descampado a un kilómetro de una comisaría.
- Una llamada anónima avisa de su localización.
- El hombre que nunca ha dejado ninguna huella, deja dos:
    - a) una en el zapato de Carla Ortiz,
    - b) otra en el volante.
- El volante que Ezequiel no tocó. Porque la que conducía era una mujer.

La conclusión llega, nítida, un instante después.

Antonia agarra la manga de la chaqueta de Jon, tirando de él para que se levante.

—¿Qué pasa? —dice Jon, regresando de donde fuera que estuviera.

—Tenemos que avisarles. Tenemos que avisarles YA.

—¿Avisarles de qué?

—¿Dónde están, Jon?

No lo saben.

Antonia marca el número de Parra.

Un tono.

Dos tonos.

Buzón de voz. «*Ha llamado al…*»

Antonia no deja el mensaje. Lo grita.

—Parra, escúcheme. No entre, repito, no entre. ¡Es una trampa!

Parra

Han tomado posiciones frente a la puerta del piso. La entrada está en la planta inferior al portal, bajando un nivel. Es el único semisótano del edificio.

Los hombres de la Unidad de Secuestros y Extorsiones ocupan el rellano y la escalera, armados con subfusiles MP-5. Las ventanas del semisótano dan a la calle San Canuto, pero están enrejadas y son pequeñas. Nadie puede salir por ahí. Por si acaso, han dejado a Sixto en la furgoneta, junto al periodista.

Hará falta alguien que cuente el heroico rescate. Y el tipo se ha ganado la exclusiva.

Esto está hecho, piensa Parra, tras repasar mentalmente el plan. Su principal angustia es que Fajardo haga daño a la rehén cuando se sienta acorralado, pero para eso está aquí Ocaña, el pico de oro. Capaz de venderle arena a los beduinos.

También le preocupa que al tipo le dé por disparar. Es un policía, al fin y al cabo, aunque haya perdido la cabeza. Parra no piensa subestimarlo, y ha venido preparado. Todos ellos van armados con subfusiles MP-5 y protegidos con chalecos antibalas. Cleo, que es la que va en cabeza, lleva un escudo balístico detrás del que se pueden parapetar si las cosas vienen mal dadas. Un metro de acero y kevlar, impenetrable.

Algo le vibra a Parra en la pierna. Se da cuenta de que no ha apagado el móvil. Un olvido que no perdonaría en ninguno de sus hombres. Aprieta el botón de colgar a través de la tela del pantalón —confiando en que no se den cuenta— hasta que el teléfono se apaga.

Vamos, que nos vamos.

Va a dar la orden, pero falta un detalle importante. Se hurga en el cuello para sacar, a tirones, la cadena. De ella cuelga una medalla. Un ángel extiende sus alas sobre una niña que va a adentrarse en el

bosque. Es el Custodio, el santo patrón de los policías. Le da un beso. No siente pudor alguno al hacerlo. Pozuelo, que está a su lado, se santigua. Y eso que es *millenial* y la única referencia que tiene de Dios es el Morgan Freeman de aquella película. El movimiento se contagia por la fila.

Ahora sí.

El capitán le hace un gesto a Sanjuán, que está manejando el ariete. Catorce kilos de una mezcla densa de plomo y hierro, que incluso en manos de un tirillas como Sanjuán son capaces de echar abajo una puerta de un golpe.

¡BLAM!

Bueno, tal vez dos.

¡BLAM!

Al segundo embate, la cerradura se parte y Cleo entra la primera, escudo en alto, gritando a pleno pulmón.

—¡Policía! ¡Salgan con las manos en alto! ¡Venimos a por Carla Ortiz!

Los demás le siguen, en tromba.

Hay un salón, lleno de suciedad, nada más entrar. Los muebles están apilados contra la pared. Sofá, mesas. En el suelo hay restos de papeles, hierros y cables. Las luces del techo están encendidas, aunque sólo uno de los halógenos funciona.

—Capitán —dice Cleo, dándole con el pie a algo que hay en el suelo.

Es un zapato de mujer. La pareja del izquierdo que han encontrado en el descampado de Hortaleza.

Parra le hace a Cleo un gesto para que avance hacia el pasillo oscuro que hay al fondo. El resto la sigue, en fila de a dos. Cubren los unos las espaldas de los otros. Como debe ser.

La policía entra en el pasillo, escudo en mano.

El bidón del pasillo, astutamente camuflado dentro de la cómoda, es el primero. Contiene cuarenta litros de una mezcla de hipoclorito de sodio, ácido clorhídrico y acetona. Lejía, limpiador de tuberías y quitaesmalte. En la proporción correcta, estos tres elementos sólo necesitan un empujoncito. La señal, transmitida por internet a través de una tarjeta SIM, activa el detonador eléctrico, que a su vez hace explotar un cartucho de plástico relleno con pólvora —de la que puedes encontrar en cualquier petardo—, pero mezclada con magnesio —que puedes encontrar en cualquier bengala de Navidad— para desencadenar correctamente la explosión.

La bomba que ha preparado Fajardo no es como la dinamita o el explosivo plástico. Los gases que genera una explosión de estos elementos pueden expandirse a más de diez mil metros por segundo. La bomba de cloro se fabrica con ingredientes que valen menos de treinta euros en cualquier Leroy Merlín, pero tiene que conformarse con una velocidad de detonación de unos humildes cuatro mil quinientos metros por segundo. Son suficientes, no obstante, para convertir el aire que desplazan en fuego, aunque éste va por detrás de la onda expansiva, siguiéndola como una cola a su perro.

La onda expansiva, sin más salida en el minúsculo pasillo que la dirección en la que se encuentran los policías, golpea primero a Cleo. Empuja el borde de acero del escudo balístico contra su cara, hundiéndole el pómulo y una ceja, partiéndole la nariz y arrojándola al suelo como quien sopla una carta. Sanjuán, que iba a su lado, no tiene tanta suerte. Su cuerpo se alza en el aire más de un metro, su cabeza se estrella contra el techo, su espalda se parte contra la jamba de la puerta del pasillo. La presión del aire es tan fuerte que compite con la gravedad y con la corriente secundaria de convección por el cuerpo del cabo Sanjuán. Las tres fuerzas se encargan de romper su clavícula, separar entre sí las vértebras del cuello y partir su brazo izquierdo en dos a la altura del codo como si fuera una rama seca, puesto que los tendones no están diseñados para soportar semejante esfuerzo.

Junto al oxígeno ardiendo llega la metralla.

Fajardo ha pegado una capa gruesa de tornillos en el interior del

bidón. De acero cincado y cabeza de mariposa, de forma que a esa distancia tan corta, la aerodinámica del tornillo haga que todavía esté girando cuando alcance los cuerpos que encuentre en su camino. Cleo, que aún está viajando hacia el suelo arrojada por la explosión —contar esto lleva tiempo—, se salva de la mayor parte de la metralla, que impacta en el escudo. Uno de los tornillos le atraviesa la tela del pantalón táctico y la piel suave de la pantorrilla y acaba alojado en el interior del fémur, dejando atrás una herida de entrada del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. Otro pasa rozando el dedo índice de su mano derecha y se limita, caprichoso, a saltarle un poco el esmalte de la uña izquierda. Un tercero se hunde en la cuenca del ojo izquierdo, reventando el globo ocular, aunque por suerte una de las aletas de la mariposa se atasca en la apófisis frontal antes de alcanzar el cerebro.

Sanjuán acaba destrozado. A esa velocidad, ni chaleco antibalas ni la madre que lo hizo. Sus órganos internos son mermelada antes de tocar el suelo.

Los que aún no habían entrado en el pasillo son arrojados al suelo por la onda expansiva, aunque el escudo de Cleo desvía parte de la fuerza de la explosión. Y mucha de la metralla que, tras rebotar en el acero, se incrusta, inofensiva, en el techo.

Los seis hombres que quedan en el salón no llegan a escuchar la segunda bomba.

La primera era un único bidón de cuarenta litros.

Debajo de los sofás y los muebles apilados a un lado del salón hay otros doscientos. Claro que es un espacio más grande.

Los hombres siguen aún levantándose, en distintos estados de aturdimiento, cuando el temporizador —puesto en marcha tras la primera explosión— hace estallar la segunda bomba. Eso hace que los cuerpos ofrezcan mucha menos resistencia a la onda expansiva y a los materiales que manda la explosión hacia ellos.

En esta segunda bomba, Fajardo no ha puesto metralla, pero no hace falta. La mesita baja de café es propulsada a cuatro mil metros por segundo contra la cabeza de Cervera —que es decapitado en el acto por el borde de melamina—, antes de girar sobre sí misma y

golpear el costado de Pozuelo como una pala golpearía una pelota de ping pong. El costillar del novato se hunde como si estuviera hecho de azúcar, y los huesos le laceran el pulmón. El sofá, partido en tres pedazos por la fuerza de la explosión, vuela por todo el salón, en distintas direcciones. El trozo más grande, el lugar donde Fajardo se sentaba a ver la tele junto a su hija, vuela derecho a Giráldez, que ya se había incorporado, y le alcanza en la espalda, partiéndole la columna vertebral mientras arrastra su cuerpo contra la pared contraria, donde acaba aplastado, con el cráneo roto.

La lámpara de pie Hektar, comprada en Ikea un sábado, sale disparada hacia delante. La pesada base de hierro, girando sin control, alcanza a Ocaña en la pierna derecha cuando se apoyaba en ella para levantarse. No sólo se la parte a la altura de la rodilla, se la arranca, dejando el hueso al descubierto, de un blanco perfecto, donde antes había carne, piel, y una pierna que llegaba hasta el suelo.

A Parra le va más o menos bien. El cuerpo de Cervera le ha protegido de la primera explosión y el de Pozuelo de la segunda. Tiene astillas clavadas en el cuello, una de ellas especialmente larga, que ha atravesado la piel hundiéndose en la carne y saliendo por el otro lado, pero vivirá.

Al menos un rato.

El capitán grita. De dolor, de pánico, de furia. No puede oír sus propios gritos pues tiene los tímpanos destrozados. Tampoco los de sus hombres. Ve a Ocaña agarrándose la pierna —ahora un cincuenta por ciento más corta— con incredulidad, y va hacia él para intentar ayudarle. Cleo también chilla, se acuerda de todos los santos del santoral y no para de maldecir, pero Parra tampoco puede oírla. Los demás están más o menos callados, Sanjuán porque no tiene pulmones, Cervera porque no tiene cabeza, y el resto porque está inconsciente.

El problema de las bombas de cloro es que no es sólo la explosión lo que te mata. También el gas de color amarillo anaranjado y extremadamente venenoso que viene después, producido por la combustión.

El gas, espeso, alcanza primero a Cleo. Intenta contener la

respiración, pero el pánico la alcanza y no puede evitar tragar. Es como absorber fuego líquido, que baja por su tráquea y se asienta en los pulmones, incendiando su interior.

Parra, de espaldas a ella y completamente sordo, no ve ahogarse a su compañera, no la ve quedarse sin aire, luchando por respirar, intentando salir del pasillo lleno de humo, no ve cómo logra darse la vuelta a pesar de estar herida, no ve cómo se engancha a la puerta con los dedos, intentando sacar la cara del humo, intentando respirar. No ve cómo sus dedos se agitan, se crispan, hasta perder la fuerza.

No ve el humo que se dirige hacia él desde dos direcciones distintas, que estará con él dentro de un segundo, porque está ocupado tratando de salvarle la vida a Ocaña. Su mejor negociador, su pico de oro, que estará muerto en menos de un minuto por la pérdida de sangre si no consigue hacerle un torniquete. Si consigue llegar a sacarse el cinturón.

Tampoco puede exigírsele mucho al capitán Parra, dadas las circunstancias. Su oído interno, hogar de los órganos sensoriales que nos ayudan a mantener el equilibrio y la estabilidad, ha sido vapuleado por la explosión. Por eso sólo descubre que está a punto de morir envenenado cuando la nube le envuelve e inspira la primera bocanada de gas.

El gas reacciona con la humedad de su tracto respiratorio, convirtiéndose instantáneamente en ácido. Parra comprende lo que está pasando, pero no sólo es un hombre fuerte, es un hombre valiente. No cede a sus pulmones, que le piden aire, aire limpio, porque no lo hay. Resistiendo a un dolor insoportable, trastabillando, a trompicones, comienza a arrastrarse hacia el lugar donde cree que está la puerta, tirando del brazo de Ocaña, arrastrándole. Siente dos necesidades imperiosas antagónicas. Vomitar, respirar. El enorme esfuerzo de arrastrar los ochenta kilos de Ocaña (menos lo que pesara la pierna) hace a sus músculos consumir un oxígeno que ya no están recibiendo.

Con la vista nublada por el gas —que también ha reaccionado con la humedad de sus ojos, convirtiéndose en un millar de alfileres—, es un milagro que encuentre la puerta. Pero los milagros ocurren. Quizás

haya sido la medalla.

En el rellano, Parra obtiene un segundo, sólo un instante de aire limpio. El humo le ha seguido, resistiéndose a abandonar su presa. Pero la bocanada que logra absorber e introducir en los pulmones proporciona escasa ayuda o alivio. Sus bronquios inflamados e irritados protestan, los espasmos en el vientre se agudizan. El capitán cae de rodillas —por un instante piensa en su hijo pequeño, Lucas, subido a horcajadas sobre su espalda, hace menos de una semana—, cediendo a las arcadas, sujetándose el estómago con las manos. Logra vomitar unas gotas de baba amarillenta, pero el proceso le ha costado caro. El humo venenoso le rodea ahora, no sabe dónde está la escalera y, lo que es peor, ha perdido a Ocaña.

No voy a dejarte aquí. No voy a dejarte aquí.

A tientas, busca a su compañero en el suelo. Su mano izquierda encuentra su cara, la derecha le agarra por la hombrera del chaleco antibalas y empieza a tirar. ¿Hacia dónde? No lo sabe. Busca, de rodillas y ciego, alguna referencia.

No encuentra nada.

De pronto, la mano derecha logra asir el pasamanos de la escalera. Se aferra a él como un náufrago a la línea salvavidas. Tira de su cuerpo hacia arriba, escala con las rodillas, tira del cuerpo de Ocaña, que se traba con los escalones, que no quiere ascender. Cada peldaño, cada veinte centímetros, es un Everest.

Parra salva once, antes de alcanzar el punto en el que el gas, más pesado que el aire, tiene que abandonar la persecución.

Sigue tirando, con sus últimas fuerzas, hasta colocar la cara de Ocaña junto a la suya. El capitán está a punto de desmayarse.

Aún aferra con una mano el pasamanos de la escalera y con la otra a su compañero cuando escucha acercarse las sirenas.

Su último pensamiento consciente es para la frase que no ha dicho antes de bajar de la furgoneta.

A mi señal, ira y fuego.

Las mejores frases se te ocurren siempre después.

Ezequiel

Nicolás se aparta de la pantalla, con gesto convulso. No quiere seguir mirando. Todo ha terminado.

Frente a él, el ordenador portátil sigue abierto, pero las cámaras web están apagadas. Los altavoces por los que llegaban los gritos, ya sólo emiten estática. La explosión ha cortado la comunicación entre su antiguo piso y el refugio. Pero ha durado lo suficiente para que pueda acabar con los intrusos.

Ella tenía razón. Acabarían encontrando su rastro, *pero hemos sido más listos que ellos*.

No debo jactarme, piensa. *Han muerto policías*.

Echa mano de su cuaderno, e inicia una nueva hoja de confesión.

He pecado contra el quinto mandamiento, escribe. *No quería hacerlo, pero me he visto obligado. La misión es demasiado importante. Humillar a los poderosos, enseñarles que su fuerza no es nada al lado del poder de la justicia. A todos alcanza el poder de Dios, y yo estoy haciendo Su voluntad.*

Arranca la hoja, y le prende fuego. El papel arde, pero Nicolás no siente que sus pecados se desvanezcan en el humo, como en otras ocasiones. Esta vez sólo es capaz de pensar en los hombres que han muerto. Que no eran poderosos, ni ricos. Eran sus iguales.

Pero servían al Maligno. Servían a Mammón, el demonio de las riquezas y de la avaricia. Nadie puede servir a dos señores, se dice Nicolás, que no comprende que su alma siga sucia y pesada, como una manta llena de barro.

Cuando estalló la primera bomba, que había preparado con tanto esmero, con atención al detalle, se sintió orgulloso. Eran muchos los elementos que podían fallar, pero él los había resuelto todos.

El vídeo se perdió tras la primera explosión. Pero siguieron llegando los gritos a través de los altavoces. Gritos de dolor, gritos de

desesperación, de incredulidad. Gritos de muerte. Y Nicolás comprendió que había sido el que había causado toda esa destrucción. Cuando se volvió, confuso, hacia Sandra, en busca de aprobación, lo que vio en su rostro le heló la sangre en las venas. No había rastro de humanidad en él, ni de dudas, ni de remordimientos. Sólo una sonrisa de reptil, que mantuvo hasta que la segunda explosión les privó también del sonido.

Entonces ella se dignó a mirarle. Detectó en sus ojos la culpa. Hizo patente su asco.

Nicolás se giró y mantuvo la cabeza gacha. No quería encontrarse de nuevo con esa mirada hueca. Ella le dio la espalda y se marchó, pasillo abajo. Y él se quedó a solas, con las pantallas negras, con la estática, y con un alma contaminada que el fuego no consigue limpiar.

Al fondo, Carla Ortiz sigue gritando y golpeando la puerta, pero Sandra le ha avisado de que la deje desgañitarse. Nicolás aborrece el ruido, que aumenta su padecimiento y le recuerda su iniquidad, pero no quiere contrariarla.

Toma una nueva hoja de su cuaderno.

Soy, esencialmente, una buena persona, escribe.

Se detiene, lee las palabras con detenimiento. Las letras se confunden en el cuaderno, bailan en la línea, cambian de orden, pierden el significado.

Arranca la hoja, la arroja al suelo, vuelve a empezar.

No soy una buena persona, escribe.

Esta vez las letras se quedan en su sitio.

30

Siete instantáneas

Ni Jon ni Antonia recordarán con claridad las siguientes horas de su vida, más allá de una colección de instantáneas, momentos congelados en el tiempo, sin solución de continuidad entre ellos.

1. Antonia le grita a Mentor a través del teléfono del coche. Jon está saltándose un semáforo en rojo en la cuesta de San Vicente, esquina Arriaza. Esquiva a un hombre de unos treinta años, vestido con un traje barato. Lleva una botella en la mano izquierda. Un poco de sidra está cayendo sobre el parabrisas. La luz del semáforo transforma las gotas ambarinas en sangre iridiscente.
2. Jon muestra su placa a un agente de la municipal que está cortando el tráfico a la entrada de la calle San Canuto. El municipal dice algo y señala con una mano hacia fuera mientras con la otra intenta agarrar a Antonia, que se desliza por debajo de la cinta. Su espalda toca el plástico en el punto exacto entre las palabras NO y PASAR, convirtiendo la recta en un triángulo escaleno. Es el tipo de cosas en las que se fijaría Antonia, pero esta vez no lo hace.
3. Dos paramédicos del SAMUR están inclinados sobre una camilla. Los brazos de uno apretados contra el pecho del herido, las manos del otro colocando una mascarilla sobre su cara. Las luces de la ambulancia que ya parte hacia el hospital con Cervera en su interior enmarcan los rostros de los paramédicos con un brillo sobrenatural.
4. Un bombero, la cara cubierta por la máscara de oxígeno, arrastra un cadáver, que se reunirá con los otros tres que hay fuera

alineados sobre la acera, cubiertos por mantas isotérmicas de color plateado. En lugar de devolver los reflejos de las luces estroboscópicas de los coches de la policía o del camión de bomberos, la cara aluminizada de la manta parece absorberlos. Como si los cuerpos que hay bajo ellas intentaran extraer un último hálito de vida del aire que les rodea.

5. Antonia se agacha para recoger una medalla que hay caída en el suelo. Sus dedos la están rozando. Los paramédicos se la han arrancado al capitán Parra sin darse cuenta cuando le hacían la reanimación cardiopulmonar. Un agente habla con Jon sobre la actuación del capitán. Jon tiene el rostro desencajado. El agente tiene los labios extendidos hacia delante —como si se preparara a dar un beso—. Están formando la cuarta letra de la palabra *héroe*.
6. Antonia llora, un antebrazo apoyado en la ventanilla del coche, la mano izquierda apartando el brazo de Jon que se dirige a consolarla, aunque sin mirarla. Jon sigue con la vista clavada en el lugar por el que la ambulancia del SAMUR se ha llevado al capitán Parra. Está empezando a llover, una lluvia tenue y fina que no logrará borrar las manchas de sangre de la acera, sólo mantenerlas frescas más tiempo.
7. Antonia pone un pie en la acera frente al hospital de la Moncloa. Se baja del Audi sin despedirse, con los ojos aún llorosos. A su espalda, la mirada de Jon refleja tristeza, miedo, dudas y una enorme, inabarcable angustia. También una súplica de que no le deje solo esta noche, quizás la primera desde que se conocen, en la que él la necesita a ella más que al revés. Antonia no la percibe, porque está de espaldas.

Carla

No viene nadie.

La puerta metálica sigue exactamente en el mismo sitio. La oscuridad sigue igual de densa, las paredes siguen rezumando humedad, y la garganta de Carla está en carne viva.

Carla llora, sin lágrimas. Sólo emite pequeños jadeos ásperos, broncos, que se acaban convirtiendo en toses. Se deja caer al suelo. La herida de la cabeza, que sigue sangrando, encharca la cavidad entre la nariz y el lagrimal. Siente cómo su propia sangre le entra en los ojos, irritándolos, pero no es capaz de hacer nada al respecto.

Su estallido de esperanza y de energía se ha cobrado un precio muy caro, y ahora está pagando la factura con intereses. Tiene el cuerpo tan agotado como el ánimo.

Decide dejarse morir. La muerte es una manera de escapar. Dejar que su cuerpo cese de respirar, detener el corazón, impedir el flujo de sangre al cerebro. Y después, flotar. Dicen que cuando mueres, tu cuerpo se queda en tierra, como un ancla, mientras que tu alma se eleva. Como en los dibujos animados, como en aquella película de moteros, cuando Mickey Rourke era guapo. Si todo el mundo lo dice, tiene que ser cierto.

Por un instante, Carla siente cómo sucede. Cómo su espíritu asciende, atraviesa las paredes, vuela por encima de los edificios, pero no al encuentro con Dios, sino al encuentro con su padre, que aguarda, en vela, esperando noticias de ella. Y ella le besará en la frente, y él notará su presencia, y después continuará su ascenso, hasta el calor y la luz, hasta la inmensa campiña verde, tendida ante un fugaz amanecer.

No muere, sin embargo.

La oscuridad continúa.

—¿Lo has escuchado?

Sandra la llama, devolviéndola a la realidad de su situación —la peor situación—. Pero Carla no responde. Contestar supone regresar, admitir que la luz se aleja, que sigue encadenada a ese trozo de carne que sufre y que sangra y que tiembla de miedo.

—¿Lo has escuchado, Carla? —repite Sandra.

Carla se rinde.

Necesita saber.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Han intentado encontrarte. Pero han fallado. Y ahora están todos muertos.

—Mi padre pagará —dice Carla—. Tiene que hacerlo.

—Quizás. Aún le queda tiempo.

Suena distinta, piensa Carla.

No hables más con ella.

Te dije que no hablaras con ella.

—¿Tiempo? ¿Es que hay un límite?

—No te preocupes, yo voy a ayudarte —dice Sandra.

Carla, aún débil, confusa y mareada por la pérdida de sangre, se incorpora un poco. Ahora comprende por qué Sandra suena distinta. No le habla desde detrás de la pared. Le está hablando desde el otro lado del metal.

—¡Sandra! ¡Estás fuera! ¡Tienes que abrir la puerta, rápido!

—Ahora mismo —responde Sandra.

Carla oye cómo Sandra camina hacia la izquierda de la puerta. Oye un tirón, y cómo un mecanismo se mueve, tirando hacia arriba de la pesada plancha. La parte inferior de la puerta se levanta, un centímetro, luego cuatro, ocho.

Después vuelve a caer, con un golpe metálico que retumba por toda su celda.

—Otra, vez, Sandra. Tú puedes hacerlo.

Sandra dice algo que Carla no comprende. Y luego entiende que no habla. Se está riendo.

Una risa aguda y filosa, como la hoja de un cuchillo.

¿Por qué se ríe?

No.

No, no, no.

—Estás con Ezequiel —dice Carla, con el estómago encogido por el miedo.

Sandra aún continúa riéndose un poco más, como si no pudiera controlar esa risa. La clase de risa que viene de un lugar muy lejano, y que puede conducirte a la locura.

—Ay, qué cosas tienes, mujer. ¿Aún no lo has comprendido? Yo no estoy con Ezequiel. *Yo* soy Ezequiel.

Carla siente un puño de hielo hurgar en su interior, rascar sus tripas, atascarse en su esófago.

—¿Qué es lo que quieres, Sandra?

—¿De ti? Nada. Que te quedes quieta y tranquila.

—¿Cuánto le has pedido a mi padre? Estoy segura de que...

—Carla Ortiz, siempre negociando. La princesa heredera. Esta vez no es cuestión de dinero.

—¿Qué le has pedido entonces?

—Le he pedido que diga unas cuantas palabras en la televisión.

—No comprendo...

—Le he pedido que hable de vuestros talleres de Brasil. De Argentina. De Marruecos y de Turquía, y de Bangladesh.

Carla se revuelve, se acerca a la puerta, intenta asomarse por el respiradero.

—Puedo explicarte todos y cada uno de esos sitios, Sandra. No es como la prensa dice...

Sandra vuelve a reírse.

—Ahórrate el discurso, Carla. Sería más creíble si no tuviera las claves de tu ordenador. La de cosas que he encontrado dentro. ¿Es verdad que los dedos más pequeños son mejores para quitar el hilvanado?

—Nosotros ayudamos mucho en esos países. Esos niños trabajan con el consentimiento de...

Tres golpes, en rápida sucesión, furiosos, la silencian. Tan cerca de la puerta, que la reverberación le llena los oídos de clavos afilados.

—Cállate, zorra. ¿Cuánto cuesta tu casa? ¿Cinco millones? ¿Cuánto cuesta tu coche? ¿Cuánto costó tu vestido para el Bal Des Debutantes? Veinte mil putos euros, zorra. El sueldo de mil niños durante un mes, para que tú lucieras un trapo de Zuhair Murad durante unas horas…

La voz de Sandra se acelera, sus siguientes palabras se vuelven ininteligibles. Sigue hablando durante un rato, y riéndose sola, aunque Carla no puede entender nada.

Quiere contestar, quiere hablarle de los matices, de las complicaciones del mercado internacional. De cómo está malinterpretando todo.

Se limita a esperar, con los labios apretados.

Cualquier cosa antes de que vuelva a golpear otra vez.

—Perdona, perdona —dice Sandra, cuando logra recomponerse—. A veces me dejo llevar. Dicen que hay algo aquí arriba que no anda del todo bien, pero qué coño sabrán los psiquiatras, ¿verdad? Qué coño sabrá nadie. En un mundo cuerdo, serías tú la que estarías entre rejas. Así que supongo que en realidad no estoy tan loca, ¿no?

Sandra se agacha, hasta pegar su rostro al respiradero, y baja la voz. Es una vieja amiga, contando un secreto al oído.

—Oye, me lo he pasado muy bien contigo. Me has dado mucho más juego que el niñato que estuvo ahí antes. Puto mentiroso, no sabes cómo intentó engañarme. Pero tú no, Carla. Tú has estado muy bien.

Sacando fuerzas de donde puede, Carla logra preguntar:

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Algo menos de veintiséis horas. Pero no creo que debas preocuparte. Seguro que tu padre hace lo que le he pedido. Al fin y al cabo son sus pecados, no los tuyos. Y un padre haría cualquier cosa porque su hija no pague por sus pecados, ¿verdad?

Se marcha, pero su risa queda flotando en las paredes durante un rato más, como una niebla densa y ponzoñosa.

31

Una foto

—No se puede salvar a todos —dice la abuela Scott.

Antonia la ha despertado —no son aún las cinco de la mañana en la campiña inglesa—, pero a la abuela no le importa. Ella está hecha de un material especial. Un material que sólo brilla, que sólo revela su naturaleza, cuando le exiges algo. Saber esto sobre alguien confiere un gran poder que Antonia ejerce con gran responsabilidad. Por eso la abuela, cuando contestó a la videollamada al decimocuarto tono, con la cara aún adormilada, estaba sonriendo. Sabe que no llamaría si no fuera importante.

—Estaba ahí, todo el rato. Delante de mis ojos. Si hubiéramos comprobado la matrícula del Megane ayer por la noche...

Antonia no puede creer que sólo hayan pasado veintiséis horas desde el momento en el que descubrieron que la matrícula del taxi estaba doblada. Su error, su tremendo error, fue asumir que había sido robada a alguien al azar.

Veintiséis horas. Una más de las que le quedan ahora mismo a Carla Ortiz antes de que se cumpla el plazo de Ezequiel.

—No puedes echarte el peso del mundo sobre los hombros, niña.

Pero la abuela Scott sabe que lo hará. De la misma, inflexible manera, con que aguanta sobre ellos la culpa de lo que le pasó a Marcos. Hay mucho espacio, aparentemente, sobre esos hombros para la culpa. La abuela lo achaca a su deficiente educación católica (y, aunque se irá a la tumba sin admitirlo, a la sangre española de su madre).

—Seis muertos, abuela. Sólo porque no llegué a la conclusión

correcta dieciséis minutos antes.

Normalmente la abuela Scott tiene una paciencia infinita con su nieta, pero a veces esa paciencia encuentra tropiezos.

—Deja de lloriquear. No eres tú la que puso esas bombas, ni eres tú la que tiene a una mujer secuestrada. ¿Cómo es esa palabra de los africanos que me dijiste una vez?

«Los africanos» a los que se refiere la abuela son los ga, una tribu que vive al sur de Ghana, con su propio idioma. Y la palabra a la que se refiere la abuela no es una, sino dos.

Faayalo zweegbe.

—Sólo aquel que va en busca del agua puede romper el cántaro. Lo sé, abuela. Pero cuéntaselo a quien espera en la aldea muerto de sed.

Cuéntaselo a Carla Ortiz, o a los hombres de Parra. Seis muertos, otro colgando entre la vida y la muerte. Y el propio capitán, pronóstico reservado.

—Niña, deja de lamerte las heridas. Deja de lamentarte por lo que no has hecho. ¿Alguna vez te alegras por toda la gente a la que has ayudado? ¿Gente que ni siquiera sabe tu nombre? No, por todos los cielos. Sólo te regodeas en aquellos a los que crees que has fallado, y corres a esa habitación de hospital para seguir sintiéndote mal. Lo cual hace muy difícil poder ayudarte. ¿Sabes qué?, me vuelvo a la cama.

Cuelga.

En alguien como la abuela Scott, este signo de mala educación es tan extraño que Antonia se queda desconcertada.

Sabe que tiene razón, pero así es como funcionan las cosas. Sólo importan aquellos a los que no has podido ayudar.

Tanto más cuando aquellos a los que has fallado son los más importantes.

El hombre tendido sobre la cama, por ejemplo. Perdido en el interior de su cabeza para siempre.

—Te echo tanto de menos —le dice Antonia.

Marcos no responde. Su ritmo cardíaco sigue inalterado, afirma el electrocardiograma.

Antonia desbloquea el iPad, y abre la aplicación de Fotos. En la

sección Favoritos hay una única imagen. Ella y Marcos, sosteniendo entre los dos un pastel de cumpleaños. Marcos mira al pastel, ella a la cámara.

Como siempre, se contempla a sí misma con desdén, porque esa persona en la foto no es ella. Es una extraña ignorante, que no es capaz de prever lo que va a suceder tan sólo unas semanas después.

Se duerme.

Sueña.

Marcos está en su pequeño estudio. El cincel arranca de la piedra arenisca sonidos secos, sincopados. Ella es dolorosamente consciente de lo que va a ocurrir, puesto que ha ocurrido mil veces. No está en el salón, delante de un montón de papeles con pistas, con informes, con fotografías. Está a su lado, mirando por encima del hombro la escultura en la que él trabaja. Es una mujer, sentada. Las manos reposan quietas sobre los muslos, la espalda está inclinada hacia delante, en una postura agresiva que contrasta con la quietud de su rostro. Hay algo frente a la mujer que la impulsa a querer levantarse, pero sus piernas están hundidas en la piedra, el cincel aún no ha logrado liberarlas. Nunca llegará a hacerlo.

Suena el timbre de la puerta. Antonia quiere detener a Marcos, decirle que siga trabajando, que continúen con sus vidas, pero su garganta está tan seca como los trozos de informes que hay por todo el suelo del estudio. Se oye a sí misma —a esa otra mujer, a esa tonta e ignorante mujer que sube el volumen de la música en sus auriculares— gritar algo, y Marcos deja el martillo sobre la mesa junto a la escultura a medio terminar. El cincel se lo guarda en la bata blanca, y va a atender la llamada. Antonia, la Antonia real, la Antonia que sabe lo que va a ocurrir, quiere seguirle, y lo hace, pero despacio, muy despacio, de forma que no ve cómo abre la puerta, que no ve cómo el extraño de traje elegante y Marcos forcejean. Cuando alcanza el pasillo, Marcos y el extraño ya están en el suelo. El cincel ya asoma de la clavícula del extraño, su sangre está sobre la bata de Marcos, el extraño se retira, pero puede disparar dos veces. Una bala atraviesa a Antonia, la Antonia real, la Antonia que espera en el pasillo, y

alcanza a esa mujer ignorante que está en el salón, con los cascos puestos y la música ya a todo volumen, sin apartar la vista de los papeles frente a ella. El tiro roza la esquina de madera de la cuna donde duerme Jorge, lo cual desvía la bala lo suficiente como para que, en lugar de entrar en el cráneo de Antonia, entre por la espalda y salga por el hombro. Una trayectoria amable para un balazo. Sin graves consecuencias. Sólo unos meses de recuperación. Quizás volver a barnizar la cuna.

El otro disparo no es tan afortunado. El otro disparo alcanza a Marcos en el hueso frontal, del que los médicos tendrán que arrancar luego un buen trozo para que el cerebro se expanda, en un intento desesperado por sanarse. Dicen que tras un rebote en la pared. Dicen que porque Marcos se arrojó sobre el extraño.

La pesadilla nunca lo deja claro. La pesadilla termina siempre con el estampido del segundo disparo aún resonando en sus oídos.

Entonces se despierta.

Y luego, la noche en vela, plagada de remordimientos.

Carla

Carla vuelve a llorar, pero esta vez es de rabia y de vergüenza por haber sido engañada. Siente la necesidad imperiosa de vomitar, de expulsar de sí todo lo que ella creía que era Sandra, su compañera de cautiverio, para poder hacer hueco a la furia que la invade, que le hace hormiguear la piel y le inflama el cuello y la frente y las orejas. Aprieta los puños, imaginando que es el cuello de Sandra lo que retuerce entre ellos, en lugar de aire. Aprieta el pie, imaginando que es el cráneo de Sandra lo que está aplastando, en lugar de la puerta...

Espera.

La puerta ha cedido un poco.

Vuelve a presionar de nuevo con el pie, pero la puerta sólo cede un par de milímetros, no más.

Cuando Sandra cerró la puerta, ésta no cayó exactamente en su sitio. Está un poco desplazada, nada más. Lo suficiente para que no encaje del todo en el marco. Ha dejado un pequeño hueco insignificante.

Carla se revuelve, con frustración. Entonces la voz le habla.

Hay algo que podrías hacer.
Sólo tienes que escucharme.

Y Carla escucha.

La percibe más fuerte que nunca. Sabe que la voz es su única amiga. Siempre lo ha sido. Y sabe otra cosa. Sabe quién es. Es la Otra Carla. La Otra Carla es más fuerte, es más decidida, sabe perfectamente lo que tiene que hacer. La Otra Carla no pide permiso, la Otra Carla actúa.

Y ella va a actuar también.

Se dirige hacia la esquina del sumidero, donde la humedad ha

debilitado la lechada, donde una baldosa se movía. Tampoco mucho, apenas lo suficiente para introducir el dedo debajo.

Carla mete el índice entre la baldosa y la pared —sin pensar en lo que se puede arrastrar al otro lado, en qué patas, en qué aguijones—, y nota cómo el cemento cede, se desmigaja. No mucho, unos pocos granos. Sólo unos pocos granos.

Piensa en su padre. Cuando le preguntan cómo comenzó su imperio, dice: *vendiendo tres camisas*.

Carla comienza a rascar con el dedo. Unos pocos granos cada vez.

32

Un rostro amable

La mujer de recepción —Megan es su nombre— está enfrascada en una novela romántica. Lee mucho para soportar el tedio de las horas muertas. Uno de los escasos beneficios de su mal pagado trabajo.

Unos dedos de manicura perfecta repiquetean sobre el cristal de la puerta. Es una mujer, bien vestida y sonriente. Tiene un rostro amable.

Megan aprieta el botón electrónico de apertura sin dudarlo. Nadie desconfiaría de un rostro amable como ése.

Cuando la mujer de rostro amable cruza la puerta, Megan deja a un lado la novela con cierto fastidio. Está deseando saber si la heroína logrará reconciliarse con el amor de su vida, a pesar de ser del malvado clan rival de los MacKeltar. En la portada se ve a la heroína de espaldas. Poco importa, el protagonismo lo ocupa un hombre de pecho descubierto y falda de cuadros escoceses. Los abdominales de ensueño y los pectorales labrados en mármol no parecen propios de las Tierras Altas en el siglo XIII, pero (*bom chicka wah wah*!) a quién le importa.

—Buenos días. Bienvenida al colegio Hastings. ¿En qué puedo ayudarla?

La mujer se aproxima a ella. Tiene una mano a la espalda. Está sonriendo.

Ahora que Megan la ve más de cerca, su rostro no parece tan amable.

TERCERA PARTE

ANTONIA

Adiós, sombras queridas;
adiós, sombras odiadas.
Yo nada temo en el mundo
que ya la muerte me tarda.

Rosalía de Castro



1

Un titular

Por una vez, el agotamiento es más fuerte que la culpa. Unos minutos después de despertarse de la pesadilla, Antonia cae de nuevo abducida por el cansancio.

Un sueño pesado, pegajoso y denso como la brea, del que le arranca el tono de llamada del teléfono. Afuera, el sol brilla implacable.

—Pon la televisión —exige Mentor.

—¿Qué canal?

—No importa.

Es cierto. Del 1 al 5, sólo cambian las caras alrededor de las mesas. Las cadenas han interrumpido su programación habitual para ofrecer un *Especial Informativo*. Antonia no tiene ni que esperar a escuchar cuál es el tema. El *hashtag* sobreimpreso en la pantalla le aclara lo que ya imaginaba.

—¿Cuándo ha pasado? —dice, mirando al reloj. Es más de la una de la tarde.

—Hace hora y media, un periodista vasco lo ha publicado en la página web de su periódico.

—¿Y me llamas ahora?

—He tenido una reunión con la gente de arriba. Estás fuera, Scott. Se ha terminado.

Antonia no se puede creer lo que está escuchando.

—No puedes estar hablando en serio.

—Es una orden de arriba, Scott.

—Pero ahora tenemos un nombre. Sabemos quién es, y podríamos...

—Ahora es demasiado peligroso —interrumpe Mentor—. Hay algo más, Scott. Ese periodista...

Antonia se lo encuentra en uno de los canales, sentado a la mesa

entre otros tertulianos tan ignorantes y bocazas y gritones como él. Un sesentón semirretirado, con el pelo canoso y sucio peinado en una coleta. Antonia lo reconoce al instante.

Es el hombre que saludó a Jon ayer en la calle Serrano. Con esa sonrisa.

Glas wen.

En galés, sonrisa azul. Una mueca malévola ante el sufrimiento de nuestro peor enemigo.

—... al parecer el periodista vio al inspector Gutiérrez en la televisión después de vuestra carrera por la M-50. Era uno de los que había denunciado su asunto con el proxeneta al que quiso inculpar.

—Le siguió hasta aquí —susurra Antonia.

—Intuyó que había gato encerrado. Supongo que habló con Parra para conseguir la exclusiva. Estas cosas pasan.

—Tú le metiste en esto —dice Antonia.

—Ya te he dicho que fue Gutiérrez quien...

—Tú metiste en esto a Jon. Tú, que necesitas siempre a tus marionetas con una pata rota. Tú, Mentor. Has sido tú el que ha hecho esto.

—Puedes culparme tanto como quieras. Mientras no hagas nada.

—Quedan diecisiete horas.

—Ahora es problema de la policía, Scott. Es una orden. Mantente al margen.

—¿Y Carla Ortiz?

—Habrá otras batallas, Scott. Si te estás quieta.

Mentor cuelga.

La lógica aplastante, matemática, de Mentor. Sacrificas un alfil para seguir en el juego. Porque lo único que importa es seguir jugando. Una vida hoy puede valer cien mañana. Como en la vieja fábula del ajedrez. Un grano en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera. Incontables en la última.

Cuéntaselo a Carla Ortiz, cuéntaselo a su hijo.

Llaman a la puerta.

El golpeo es inconfundible.

Antonia tarda en contestar. En realidad no quiere hacerlo, porque la furia que bulle en su interior está buscando por dónde salir.

Y aquí está el sacacorchos, llamando a la puerta. Antonia se acerca pero, en lugar de abrir, echa el pestillo.

—No quiero hablar contigo —dice Antonia.

Puede notarlo al otro lado, apoyado en la puerta.

—Quería contártelo —dice Jon, y por las arrugas de su voz se filtra la desolación—. Pero no encontré el momento.

—Estuvimos en esa cafetería de Cedaceros durante tres horas y once minutos. En completo silencio. A mí eso me parece un momento.

—Tenía miedo. Y vergüenza.

Entonces, Antonia estalla. De forma cruel, de forma injusta.

—Tu miedo y tu vergüenza han matado a Carla Ortiz.

Quiere hacerle daño. Quiere trasvasarle todo el dolor de su alma.

Lo consigue.

El dolor, por supuesto, no desaparece de la suya, sólo se amplifica y multiplica.

Nota, a través de la puerta, cómo el peso del cuerpo de Jon deja de apoyarse en la madera.

Hay un silencio. Largo.

Un movimiento a sus pies llama su atención. Algo se ha deslizado entre la puerta y el suelo, con un susurro de metal sobre el terrazo.

Es la cajita que contiene sus cápsulas.

Antonia se deja caer hasta el suelo. Coge la cajita y la aprieta con fuerza en el puño. Intenta llorar.

No lo consigue.

2

Un reencuentro

Antonia sigue en el suelo intentando recomponerse —habrán pasado diez o doce minutos— cuando la puerta vuelve a sonar. Creyendo que Jon ha regresado, se levanta en el acto, gira el pestillo y abre de golpe.

—Lo siento, yo…

Se interrumpe en el acto. No es Jon.

Ese hombre alto, delgado, de pómulos hundidos es, de hecho, la última persona del mundo a la que Antonia querría ver allí.

Sir Peter Scott, embajador del Reino Unido en Madrid, ex cónsul general en Barcelona, comendador de la Excelentísima Orden del Imperio Británico, está en el hueco de la puerta con intención clara de entrar.

—Padre —se sorprende ella.

—Antonia —saluda él.

No hay besos, ni abrazos, ni asomo de alegría o calidez entre ellos. Más bien un frente frío con bajas presiones y posibilidad de borrasca.

Es complicado.

Sir Peter —entonces sólo Peter— llegó a Barcelona en 1982. El año del Mundial de Fútbol. Mientras el mundo entero veía a Alemania caer derrotada a los pies de Italia, Peter Scott terminaba de instalarse en su piso de la calle Sardenya. A un paso de la plaza de toros, qué bárbara costumbre, decía a su madre por teléfono. Entonces no era más que un funcionario de carrera. El día lo dedicaba a sus labores administrativas en el consulado. La tarde, a pasear por la Rambla, tomar un café y dedicarse a su vicio secreto: la literatura inglesa del siglo XVIII.

Estaba inmerso en la lectura de los *Cantares de Inocencia y*

Experiencia, de Blake, cuando una mujer que pasaba a su lado se tropezó y le volcó el cortado encima del pantalón. El líquido estaba ardiendo, pero a Peter no le importó. Estaba más preocupado de los ojos negros de aquella mujer. Pequeña, de pelo castaño oscuro y piel tan clara que era casi transparente. Estaba tan avergonzada por lo ocurrido que ni siquiera se disculpó. Mientras ayudaba a Peter a recoger los pedazos de la taza del suelo, el libro que éste leía cayó también, entre trozos de loza y un charco de café. Ella, al ver la portada, recitó.

—¿Qué martillo, qué cadena? ¿En qué horno se forjó tu cerebro?

Sorprendido por la cita de su poema favorito —el más hermoso, terrible y desolador que se ha escrito jamás—, Peter dijo:

—No hay muchos españoles que conozcan a Blake.

La sonrisa de la desconocida ilumina la Rambla entera, rebota en Montjuïc y funde, de vuelta, el corazón de Peter.

—Más me vale conocerlo —respondió—. Estoy terminando mis estudios de Filología Inglesa.

Once meses después, una soleada tarde de septiembre, Peter Scott y Paula Garrido se casaban en Santa María del Mar. Al año, nacía una niña de ojos negros a la que su padre quiso llamar inmediatamente Mary. Por Wollstonecraft, claro, no por Shelley —a quien Peter no tiene en muy alta estima.

—Me da igual —dice Paula—. Se va a llamar Antonia, como mi madre, que en paz descanse.

Seis años después, tras mucho esfuerzo y trabajo, Peter era nombrado cónsul. La felicidad de la familia era completa. Paula y él estaban perdidamente enamorados, y querían con locura a la pequeña.

Un mes después de que nombraran cónsul a su marido, Paula vomitó una mañana al levantarse. Sentía un dolor sordo en el costado. Ocho semanas después, el cáncer de páncreas la mató.

Antonia se fue a vivir con su abuela Scott durante tres años. Era toda la familia que le quedaba. Su padre se volcó en el trabajo y la ignoró por completo. Al regresar Antonia a Barcelona, el hombre que la recibió ya no era su padre. Era el hombre que pagaba las facturas de sus institutrices. La muerte de Paula le había dejado el corazón

seco, le había vuelto egoísta y huraño, como si la difunta se hubiera llevado con ella, agarrada entre los dedos convulsos, el significado del amor. Le dejó muy claro a Antonia que ella era algo superfluo en su vida, un pie de página de un capítulo que se había cerrado para siempre y que, por alguna extraña razón, seguía suelto, vivo y respirando. Y la inteligencia de Antonia, esa brillantez que mostró desde muy niña y que tanto le había fascinado en Paula, le resultaba en su hija algo desagradable. Pero la inteligencia de Antonia no tenía la cualidad modosa de la madre. Era más bien filo, cuchilla y cepo. La niña aprendió a ocultarla bien pronto, no por ganarse el amor del padre, sino por evitar conflictos.

Tan pronto pudo, Antonia se largó a estudiar a Madrid. A su padre le nombraron embajador cuando ella ya era novia de Marcos, antes de entrar en el proyecto Reina Roja. En todos esos años se habían visto en un total de cinco ocasiones.

Tuvieron que pasar muchos años para que Antonia comprendiera por qué su padre la odiaba. O sentía por ella una emoción tan parecida al odio (tres cuartas partes de rechazo, una de resentimiento) que se le hiciera insoportable mirarla. Tuvo que suceder lo de Marcos para que entendiera. Cada vez que Jorge aparecía frente a ella, el vivo, punzante, penoso retrato de Marcos —tal y como ella lo era de su madre—, Antonia entendía. Pero no disculpó ni perdonó a su padre por ello, puesto que contra los sentimientos insanos puedes pelear, como estaba haciendo ella ahora, con mayor o menor fortuna. Y porque los niños viven en el ahora, en el presente continuo, en el que no quieren, no pueden, no deben conocer otra cosa que no sea el amor. Y ella sí, quizás —admite ahora, tres años después— le falló a Jorge, quizás fue entonces su padre el que estuvo ahí para él tal y como no había estado para ella. Haciéndose cargo de él cuando para Antonia era demasiado doloroso.

Quizás.

Pero Antonia no había colaborado. Sir Peter había peleado, había conseguido la custodia de Jorge delante de un juez. Había exigido que ella acudiese a terapia antes de ver al niño. Y tenía el convencimiento personal —alimentado por años de distanciamiento— de que su

propia hija estaba loca de atar.

Es complicado.

Antonia se aparta para que su padre pueda entrar.

Sir Peter entra en la habitación como si le perteneciera. El joven inglés de buena familia y un poco estirado que había conocido Paula en aquella cafetería había acabado de estirarse del todo.

—¿Cómo está? —dice, señalando a la cama, aunque no mira a Marcos, sino por la ventana.

No estuvo presente en su boda, claro. Hubiera sido mucho pedir. Pero mandó una tarjeta que, Antonia está casi segura, había firmado él personalmente.

—En coma —responde Antonia—. ¿Qué es lo que quieres?

Su padre se da la vuelta y la mira fijamente. Antonia, que piensa por igual en inglés y en castellano, recurre esta vez a una palabra que no existe en nuestro idioma, aunque no sea una de sus palabras especiales. *Stare*. Mirar fijamente a alguien de forma que te hace sentir incómodo. No es algo que su padre haya hecho antes.

—¿Dónde está, Antonia?

En su voz hay algo que ella tampoco le ha escuchado nunca antes.

Miedo.

—¿Dónde está quién?

—Dónde está Jorge.

Y con esas tres palabras, el universo se parte en dos. El miedo salta de la voz de su padre y se instala en su piel como una corriente eléctrica de bajo voltaje, zumbando desde la punta de los dedos hasta sus orejas, encogiendo su diafragma y apretándole el pecho.

—Está en el colegio. Dime que está en el colegio.

—No está en el colegio, Antonia. Alguien se lo ha llevado de su clase. La profesora está en el hospital, inconsciente. La mujer de recepción está muerta. A las dos las han apuñalado. Y los niños dicen que fue una mujer. Están aterrorizados.

Todo lo que le ha dicho su padre parece irreal. Como si le estuviese sucediendo a otra persona.

Pero ya sentí algo parecido una vez. Cuando me desperté en este

hospital, y Marcos agonizaba en la UCI mientras ella, impotente, repasaba cada uno de los instantes antes de la tragedia. Con tanta insistencia que se habían quedado para siempre en sus sueños, al igual que una luz fuerte se queda en nuestra retina tras cerrar los ojos.

No va a volver a ocurrir.

Antonia se pone en pie a toda prisa, coge su móvil, su bolsa bandolera. Mete el teléfono, el iPad.

—Tengo que irme.

—No vas a ir a ninguna parte, Antonia. No hasta que aclaremos esto. En el colegio dicen que has estado yendo a verle sin mi permiso, cada pocos días. Y la mujer de recepción abrió la puerta. Tuvo que ser a alguien que conociese. ¿Dónde estabas hace tres horas, Antonia?

Ella no responde.

El dolor que produce la desconfianza de su padre apenas llega a alcanzarla de refilón. Antonia lo registra como quien, corriendo para salvar su vida, nota que empieza a llover. En su estómago hay una sensación de vacío, como cuando llegas a lo más alto de la montaña rusa. La sangre le repiquetea en las sienes al ritmo de un tenedor en un cuenco de claras de huevo, es consciente de cada respiración.

Ignorando a su padre, se dirige hacia la puerta. Tiene que llamar a Jon. Tiene que llamar a Mentor. Tiene que...

—¿Dónde está mi nieto, Antonia?

Antonia se da la vuelta para decirle algo sin dejar de caminar y entonces tropieza contra un muro de ladrillos con traje. Cae al suelo, y enseguida nota unas manos enormes, sujetándola, al tiempo que siente en las muñecas el inconfundible rasgueo de unas bridas de plástico ajustándose al máximo.

—Te he dicho que no vas a ir a ninguna parte —dice su padre—. Excepto con nosotros a la comisaría.

Ezequiel

El agua le sabe a cenizas.

Últimamente, todo lo es.

Ha cambiado de sitio el jergón que le sirve de cama. Antes compartía la habitación al fondo del pasillo con Sandra, pero ahora su hija le ha ordenado que lo saque de allí, porque ha atado al niño a una pared, y quiere que tenga suficiente espacio.

Nicolás se pregunta desde cuándo estar con Sandra ya no es bueno. Desde cuándo ha dejado de suavizar con una sonrisa los insultos y los desprecios.

Eres un viejo inservible.

No me extraña que tu padre te pegara.

Luego le rozaba el hombro con la mano, o le dedicaba una sonrisa que atenuaba el golpe.

¿Cuándo comenzó a pasar?

Nicolás no lo sabe o no lo recuerda. A veces quiere marcharse muy lejos, dejarla de lado, huir sin mirar atrás. Pero luego recuerda cómo fueron los meses en los que Sandra estuvo *(muerta)* lejos de su lado, en cómo se hundió en un pozo de brea del que no se podía escapar. Cómo era salir a la calle, subir al metro, estar rodeado de personas, sentir sus miradas resbaladizas en la nuca y en la espalda. Ahí va un hombre que ha perdido a su hija.

Un viejo inservible.

No me extraña que tu padre te pegara.

Luego Sandra volvió.

Simplemente, regresó. Llamó a la puerta, una noche, y todo fue perfecto.

No, no todo. Porque regresó distinta.

Nicolás no quiere admitirlo, no le gusta la verdad que acecha detrás de esa idea. No quiere renunciar al influjo poderoso de la voluntad de

Sandra. Desde que ha vuelto, irradia una energía que le envuelve, que le impulsa.

Pero no es una energía buena. Ahora Esa energía envenena.

El camino que le ha hecho recorrer parecía claro, pero han surgido desvíos. Imprevistos, los llama ella.

Ese niño. Ese niño no debería estar aquí.

Es demasiado pequeño.

Nicolás fantasea con enfrentarse a Sandra tal y como fantasea con huir. De forma breve, superficial e inofensiva. Tan pronto como la fantasía comienza, tan pronto como se intuye como solución a la angustia y a la confusión, Nicolás recuerda la soledad. Pavorosa, fría e inhumana.

¿Era así antes? ¿Antes de regresar?

Nicolás tampoco lo recuerda. No tiene imágenes concretas del *antes*. Quizás fragmentos de la melodía, pero ni mucho menos la letra. Recuerda largas jornadas por los túneles, recuerda tener la sensación de ser padre. Recuerda cosas que no quiere recordar, cosas que pasaban por la noche, momentos en los que visitaba el dormitorio de Sandra, momentos en los que él era su padre y Sandra era él. Pero los desecha, como si en realidad esas imágenes no formaran una parte integral de quién es. Sólo son sueños. No son reales. Si lo fueran, habría quemado por ellas las correspondientes hojas de confesión.

Además, desde que regresó, no ha vuelto a ocurrir.

Ahora es él quien acude a ella, para obtener un desahogo distinto, el método que ella le enseñó. Se arrodilla, y entonces ella coge el cinturón y lo descarga en su espalda. Como hacía su padre de niño con él para que Nicolás no pecase. Como hacía justo antes de pecar con él.

Nicolás siente de nuevo el sabor a ceniza en la lengua y en el paladar. No le gusta esta confusión que siente. Desde que ella regresó.

Toma la pistola de encima de la mesa. El peso, la presencia física del arma, le confieren una extraña determinación.

Es una puerta. Una puerta, piensa Nicolás.

Se introduce el arma en la boca. Sus dientes rozan el metal, lo muerden. La grasa del arma, el metal, arrastran el sabor a cenizas.

Una ligera presión, es todo lo que hace falta. Y después sólo habrá

paz.

Aprieta el gatillo, pero el arma sólo le devuelve el chasquido del seguro.

Eres un viejo inservible.

No me extraña que tu padre te pegara.

Suenan sus pasos, acercándose, y Nicolás deja el arma sobre la mesa a toda prisa.

La próxima vez. La próxima vez se atreverá.

—¿Está todo listo? —pregunta Sandra.

Nicolás asiente. Se ha esforzado mucho, pero ha cumplido con todo lo que le ha pedido.

Ella le sonríe.

3

Un Rolls-Royce

Antonia Scott (metro sesenta, cincuenta kilos) calcula sus posibilidades de deshacerse del hombre que la arrastra hasta el coche que está en la puerta (metro noventa, ochenta y siete kilos). Son nulas. No hace falta ni siquiera incorporar el dato de que el hombre es, como todos los que prestan servicio de seguridad en la embajada, un oficial del SAS británico. Como los GEOS o los Marines, pero en *fish and chips*.

El SAS ha hecho su trabajo de reconocimiento. La lleva, a empellones y gruñidos, por los pasillos menos concurridos de la parte trasera. Sir Peter les sigue, tres pasos por detrás. Descienden las escaleras, atraviesan la zona de oncología —siempre en el lugar más escondido— y acaban en el exterior del recinto por una puerta lateral que ni siquiera Antonia había visto, y eso que prácticamente vive en el hospital de la Moncloa desde hace tres años. Todo estudiado para cruzarse con el mínimo número de personas.

El Rolls-Royce Phantom que aguarda fuera —un segundo SAS sostiene la puerta del coche abierta— es el coche oficial del embajador del Reino Unido, lo cual no quita para que sir Peter se sienta más que orgulloso de él. En otras circunstancias, Antonia quizás apreciase que la estén metiendo a la fuerza en un coche de medio millón de euros, pero no es el caso. Ahora mismo sólo es capaz de pensar en que, si se suben a ese coche, todo habrá acabado para Jorge, para ella y para Carla Ortiz.

No puede permitirlo.

Y, sin embargo, no se le ocurre ninguna forma de evitarlo. Dejarse dominar por el pánico, arrojarse al suelo, gritar… todo eso sólo empeorará las cosas.

Cuando quiere darse cuenta, ya está sentada en el coche, en el asiento detrás del conductor.

—Estás cometiendo un error —le dice a su padre, que ocupa el asiento a su lado. Los dos SAS se colocan delante.

—Ojalá sea verdad, Antonia —dice él, pero no la cree. Él ya la ha juzgado culpable, porque cree que lleva tres años sin estar en sus cabales. Y esa segunda parte quizás fuera cierta hace unos días, pero ya no lo es.

Ya no quiero quitarme la vida, piensa, y se da cuenta de que es verdad. Después de años controlándose, permitiéndose sólo fantasear con acabar con todo durante tres únicos minutos cada noche, tan sólo cuatro jornadas han sido suficientes para cambiarlo todo.

No puede terminar así.

Las puertas del coche se cierran.

Antonia mira a su alrededor con desesperación, buscando una salida que no existe.

El conductor, el mismo SAS que la ha traído a remolque, pone el coche en marcha.

Entonces hay un cataclismo.

Treinta segundos antes

A Jon Gutiérrez no le gustan las injusticias.

Las palabras de Antonia le han herido, mucho más de lo que está dispuesto a admitir. Había puesto todas sus expectativas en ella, había supeditado todo a conseguir, como fuese, que encontraran juntos a Carla Ortiz. Por supuesto, la vida no es una línea recta ni un camino despejado, y la mochila que Jon se había traído de Bilbao

Y tus mentiras

habían acabado con el sueño.

Así que Jon Gutiérrez está sentado en el Audi A8 sin trabajo, ni objetivo, ni esperanza. Campana herida en el campanario, mitad partida por la mitad. En su hotel le están esperando los amigos de Asuntos Internos, como hay Dios. Pero él no va a darles el gusto, no señor. Si quieren hablar con él, que vayan al Botxo, que en esta época del año está precioso, y la caseta del perro —así llaman los de Bilbao al Guggenheim— refulge al sol de junio, junto a la ría.

Aún está a tiempo de plantarse en Bilbao para una cena tardía si arranca ahora y pisa con garbo. Podrá abrazar a *amatxo*, contarle las penas, y dejar que el mañana traiga tiempos peores.

Pero claro, entonces ve a Antonia siendo arrastrada dentro del coche por un tipo grandote e indudablemente armado.

El inspector Gutiérrez nunca ha sido devoto de la doctrina *de perdidos al río*. La primera vez que se dejó llevar por las circunstancias fue hace cuatro días, y porque no le quedó otro remedio. De la iglesia de la que sí es devoto Jon Gutiérrez, donde pone velas, hace genuflexiones y recita plegarias es la de Nuestra Señora de Con Mi Compañera No se Juega. Así que, sin mediar más pensamientos, pone el coche en marcha, aprieta el acelerador, mete marcha —truquitos que uno aprende cuando se junta con psicópatas— y lanza el Audi disparado contra el costado del Rolls-Royce.

Y van dos.

4

Una negativa

La fuerza del impacto hace trizas la ventanilla trasera izquierda, cubriendo a Antonia de cristales. Deforma el habitáculo del Rolls-Royce y la arroja contra su padre, que aún no se había puesto el cinturón. Los airbags saltan en el asiento del conductor y del pasajero pero, por alguna razón, este coche de medio millón de euros decide que los pasajeros de atrás no los necesitan.

La frente de sir Peter ha golpeado contra la ventanilla de su lado, y ha dejado una telaraña en cuyo centro hay una araña carmesí. Su pelo blanco —Antonia está convencida de que se lo tiñe— está ahora empapado en sangre.

Antonia está sobre él, en una postura íntima, su cabeza sobre el pecho, que no se producía desde hacía ¿veintisiete?, ¿veintiocho años? Pero ella no busca el contacto —a pesar de que puede oír con nitidez el corazón de su padre, latiendo a menos de veinte centímetros de su oreja derecha—. Lo que busca es la manija de la puerta, con ambos brazos extendidos hacia delante por culpa de la brida que le une las muñecas.

—No… —susurra su padre, aturdido aún por el golpe.

Ella logra abrir la puerta e incorporarse, pasa por encima de su padre —es consciente de haberle dado un rodillazo en los riñones que no lamenta mucho—, pero cuando ya tiene medio cuerpo fuera, sir Peter le agarra de la pierna y tira hacia atrás.

—Sólo vas a empeorar las cosas —dice sir Peter.

Su hija patea, cocea con fuerza las piernas y el pecho y los brazos de su padre, hasta que logra librarse.

Las cosas no pueden estar peor.

Los dos SAS están empezando a deshacerse del amoroso abrazo del

airbag. Al otro lado del coche, Jon Gutiérrez está en las mismas. Sólo que él tiene algo más de experiencia. Ha logrado incluso volver a encender el coche y le hace gestos con la mano para que suba.

Antonia le mira, niega con la cabeza.

Echa a correr en dirección contraria, alejándose de Jon, alejándose de su padre.

*Corre, Antoni*a.

5

Una línea despejada

Tres horas más tarde, Antonia ha dejado de huir.

Aún no está a salvo, por supuesto.

Logró perder a los SAS metiéndose en la estrecha calle entre el hospital y la residencia de ancianos del edificio contiguo. Cuando dobló la esquina tenía pocas opciones. Por delante de ella sólo estaba el Manzanares. Al otro lado del río, un barrio de pequeñas casas unifamiliares donde Antonia sería un objetivo fácil. Así que decidió entrar en la residencia de ancianos. Iba a paso lento para no llamar la atención, a pesar de que sabía que le andaban a la zaga. Llevaba la mochila bandolera colgando delante de sus manos esposadas. Cuando alcanzó la escalera echó de nuevo a correr hasta el segundo subsótano, donde hay un túnel que conecta con el cercano hospital. Salió por la puerta principal —a menos de seis metros de su padre, que estaba de pie, de espaldas a ella, sujetándose la cabeza con las manos, y mirando en la dirección en la que ella había huido antes— y cruzó la calle, en dirección al parque de la Bombilla, donde usaría el borde de una papelera para deshacerse de las esposas de plástico.

Jon ya no estaba a la vista. El Audi había desaparecido. Aunque no cree que pudiera circular mucho con él, al menos no le cogerían tan pronto.

¿En qué momento dejamos de ser los cazadores para convertirnos en presas?, piensa Antonia.

Está en el McDonald's de Gran Vía. Probablemente el lugar más

anónimo sobre la faz de la Tierra, con cientos de personas entrando y saliendo cada minuto, y más a esa hora. Las seis de la tarde, el momento en que se junta la merienda de los españoles con la cena temprana de los turistas extranjeros. Conseguir mesa ha sido imposible, así que Antonia se come su Cuarto de Libra con Queso, sus patatas extragrandes y su McFlurry —va a necesitar toda la energía que pueda— sentada en uno de los puf de la entrada, con la bandeja sobre las rodillas. No cree que la estén buscando por la calle, aún es muy pronto, pero está de espaldas a la cristalera. Por si han metido su fotografía en el sistema y por casualidad la reconoce un agente avispado.

No, su padre la habrá denunciado a la policía. Sin duda, la gente de Homicidios estará trabajando en el caso y querrá hablar con ella. Desde luego no pueden pedir ayuda a la Unidad de Secuestros y Extorsiones. Ezequiel se ha encargado de eso.

Estamos exactamente donde Ezequiel quería. Le hemos encontrado cuando ha querido que le encontremos. No antes.

La gente de Homicidios se toma las cosas con más calma que los de la USE. Sus clientes ya no protestan ni se les puede hacer más daño, así que lo de coger a un responsable que huye es una cuestión de tiempo. Que de hecho siempre corre a su favor. Cuando el fugitivo corre, se desgasta. No se puede huir eternamente, y menos hoy, cuando todo lo que un fugitivo necesita —comer, beber, dormir— deja una huella electrónica. A no ser que lleves un quintal de dinero en efectivo.

No es el caso de Antonia. Todo su capital era un billete de veinte euros que lleva siempre, doblado, entre el móvil y la funda, para una emergencia. Un Cuarto de Libra con Queso parece una emergencia muy necesaria, pero ahora sólo le quedan nueve euros y cuarenta y cinco céntimos.

Pensándolo bien, no tenía que haber pedido el helado.

No ha usado la tarjeta de crédito por un exceso de precaución. Es mucho más peligroso tener el móvil encendido. Si de verdad quieren atraparla, ese pequeño aparatito les llevará directamente hasta ella como un faro a un barco en mitad de la tormenta.

Pero tampoco puede apagarlo ni deshacerse de él. Porque está esperando una llamada que sabe que no tardará en producirse. Por ese mismo motivo ha colgado a Mentor, que ya la ha llamado tres veces, y a Jon, que ha llamado otras seis.

La que más le ha dolido ha sido la abuela, que ha llamado también. Una sola vez. Tampoco la ha cogido, por difícil que haya resultado.

La línea debe estar libre.

Guarda los últimos restos de la bebida para ingerir una de sus cápsulas rojas. La sobrecarga de estímulos —la gente, las luces, las conversaciones, los coches, sus propios pensamientos acelerados— a su alrededor está volviéndola loca, y necesita frenar su mente, recuperar el control, filtrar. Cada una de las cápsulas le concede escasos cuarenta minutos.

Constata, con alarma, que sólo le quedan otras dos.

Arroja los desperdicios a la papelera y sale a la calle, bajando por Montera en dirección a Sol, con el móvil en la mano. Estar en movimiento ayudará a seguir libre. Y sólo si está libre podrá salvar a Jorge.

Continúa caminando.

Cuando la llamada llega, por fin, Antonia ha llegado casi a la plaza de Canalejas.

—Buenas tardes, señora Scott —dice una voz de hombre. Grave y seca.

—Quiero saber que mi hijo está bien —responde Antonia.

—Lo está. No ha sufrido daño alguno.

—Quiero hablar con él.

—Eso no va a ser posible. Pero insisto, no va a sufrir. Los hijos no deben pagar por los pecados de los padres.

—Y, sin embargo, usted no deja de hacerles pagar, ¿no es cierto?

—Sólo hago la obra de Dios.

—Si usted lo dice. ¿No va a dejarme hablar con mi hijo?

—Le he dicho que no.

—En ese caso quiero hablar con Ezequiel.

—Ya está hablando con Ezequiel.

—Usted no es Ezequiel. Usted no es más que su recadero. Páseme

con ella.

Al otro lado de la línea hay un silencio humillado. Antonia cree que ha colgado. Siente de nuevo el vértigo, la presión en la boca del estómago, el pánico ante el que no puede permitirse ceder.

Y algo más. Un sonido traquetea, lejano. Antonia lo registra en su cabeza, para volver a él después. Puede ser importante.

Entonces hay una voz nueva en el teléfono. Una voz de mujer, suave y cariñosa.

—Enhorabuena, Antonia Scott.

Sin saber por qué, Antonia asocia esa voz de mujer a un rostro amable. Pero cuando te paras un segundo a escuchar, a escuchar de verdad, percibes que debajo reptan los gusanos. Gruesos y pálidos, como los dedos de un cadáver.

—Quiero hablar con mi hijo —insiste.

—Mi padre ya ha sido muy claro en ese punto. Dígame, ¿cómo lo ha sabido?

Antonia no lo sabía. Sus sospechas se habían iniciado cuando se desveló la identidad de Ezequiel, pero había sido un tiro a ciegas que había dado en el blanco. Por supuesto, no va a admitirlo.

—Eso es cosa mía.

Ella se ríe. Y en esa risa los gusanos asoman por debajo de la máscara, una masa pulsante y amenazadora.

—La gran Antonia Scott. Siempre misteriosa. Está bien. Para usted rigen las mismas reglas, Scott. Voy a imponerle una penitencia por sus pecados, como la que recibió Laura Trueba, como la que recibió Ramón Ortiz. ¿Está preparada para escuchar?

Antonia no contesta.

—¿Está ahí?

—Estoy aquí.

—¿Quiere volver a ver a su hijo?

—Ya sabe que sí.

—Su pecado, Scott, es el orgullo. Un pecado menor, en comparación con los de los demás padres. Merece un castigo menor. Su penitencia es esperar. Doce horas. Si mañana a las siete de la mañana la ha cumplido, soltaremos a Jorge, en un lugar visible. Donde cualquier

buen samaritano pueda encontrarle.

—¿Cuál es la alternativa?

—La alternativa es intentar encontrarnos. Puede que tenga éxito, porque ya está muy cerca. Pero sepa una cosa: su éxito sería su fracaso. ¿Lo ha comprendido?

Antonia lo ha comprendido. Lo ha comprendido muy bien.

—¿Y qué pasará con Carla Ortiz?

—Su destino no le incumbe. Está en manos de su padre. Él tiene su propia penitencia.

—¿Por qué hace esto, Sandra?

De nuevo la risa agusanada, infecciosa y cruel.

—¿Por qué? Me extraña que alguien con sus capacidades no lo haya entendido aún. Digamos que lo hago porque puedo. Lo hago porque es… divertido.

Y vuelve a reír, esta vez de un chiste que sólo ella comprende.

—Hasta mañana, Antonia Scott.

6

Un té verde

Se mete en el primer bar que encuentra, intenta serenarse, considerar las opciones.

Se sienta en la barra. Pide un té verde, para digerir la comida basura que le atora el estómago y la información que le rebota en el cerebro.

La camarera aún está echando el agua hirviendo en la jarra metálica —diseñada cuidadosamente para verter más agua en el platillo que en el interior de la taza— cuando Mentor vuelve a llamar.

—¿No te has preguntado por qué aún no te han cogido, con el móvil encendido?

Antonia sí que se lo ha preguntado.

—¿Qué has hecho?

—Hemos —la gente como Mentor siempre se refiere en plural a las cosas que no saben hacer— redireccionado la SIM de tu móvil para que parezca que estás donde no estás. Según un friki nuevo que tenemos en el equipo, estás de visita en Afganistán. Me debes una.

—Réstala de las que me debes tú.

—No durará mucho, no obstante. Una hora más, a lo sumo, antes de que tiren abajo las barreras. La policía también tiene sus frikis. Asegúrate de haber apagado tu móvil para entonces.

La camarera pone la taza frente a ella. Antonia agarra el sobre de azúcar y lo sacude entre el índice y el pulgar.

Una hora. Como mucho.

—¿Cómo de mal está la cosa?

—Ha desaparecido el nieto del embajador británico, el secuestro de Carla Ortiz ocupa todos los telediarios, han matado a una mujer, han apuñalado a otra. Una bomba se ha llevado por delante a cinco

policías y herido de gravedad a otros dos. Y tú eres el único nexo de unión.

—Entonces mal, ¿no?

Mentor suelta un bufido exasperado.

—Te prefería antes de que aprendieras a usar el sarcasmo, Scott. Tu padre está presionando mucho para que te encuentren.

Lo cual no es una opción. Lo último que puede hacer ahora es pasarse toda la noche en comisaría, atada a una silla y respondiendo preguntas.

—Tu padre insiste en que sabes algo, aunque la descripción de la mujer que se llevó a Jorge encaja con varias posibles sospechosas. Una de ellas es la madre de Peppa Pig con gabardina.

Normal, cuando tus testigos son diecinueve niños de cuatro años.

—Cuando la profesora salga de la UCI —continúa Mentor—, si es que sale, podrá aclararlo todo. Pero mientras tanto no puedes dejar que te cojan, Scott. No puedes comprometer el proyecto.

Antonia no puede creer lo que escucha. La frialdad de Mentor a veces logra sobrepasarla.

—Tienen a mi hijo. Lo sabes, ¿no?

—Razón de más. Si te cogen, no podrás ayudarle. Tienes que seguir libre. Descubre dónde está y dínoslo. Nosotros haremos el resto.

Así de crudo. Así de simple.

Así de imposible.

Antonia respira hondo. El efecto de las cápsulas está empezando a desaparecer, y, por lo tanto, el mundo empieza a ganar velocidad, las emociones llaman a la puerta. Aprieta el teléfono con fuerza, forma un puño con la mano izquierda, se golpea en el muslo. Una, dos veces.

La camarera le echa una mirada extraña.

Calma. Calma, se dice. *Lo último que quieres es dar un espectáculo y que acaben llamando a la policía*.

Sugerirse calma no va a cambiar nada. La química de su cerebro es la que es. Y ahora mismo su hipotálamo, modificado para funcionar de manera natural como si siempre estuviera bajo presión, está realmente bajo presión. Por lo tanto, está bombardeando histamina en su torrente sanguíneo como si no hubiera un mañana. Antonia es

consciente hasta del último de los ítems de información que la rodean.

De la máquina tragaperras que no para de dar vueltas.

Del hombre de la esquina que finge estar leyendo, aunque en realidad se está tocando por debajo de la chaqueta que tiene sobre el regazo.

De la puerta del baño, que chirría.

Del sonido del televisor, de la silla que tiene una pata rota de la puertadelacafeteradelsilbiditodelwhatsappdelhombreque

BASTA.

—¿Estás ahí, Scott?

—No puedo...

—¿Scott? ¿Tienes tus medicinas? Tienes que tomarte una, ahora.

Antonia lo sabe.

Mete la mano en el bolsillo, saca la cajita metálica. Cuando intenta coger una de las dos cápsulas que quedan, ésta cae al suelo, en el vertedero de cáscaras de cacahuete, palillos usados, huesos de aceituna y servilletas grasientas.

¡*No*!

Antonia se agacha, la busca entre la porquería, se la mete en la garganta y la muerde sin preocuparse por los gérmenes.

Esta vez ni siquiera cuenta hasta diez, ni espera a que la química obre su magia. No hay tiempo.

—¿Qué han averiguado sobre Fajardo?

—Por lo pronto, que no está muerto. Le están buscando por todas partes, pero va a llevar tiempo. El tipo sabía lo que hacía cuando decidió borrar sus huellas. El único vínculo que le ataba a la vida era la cuenta del banco desde la que se seguían pagando sus facturas, pero eso es habitual cuando muere alguien. Si nadie reclama ese dinero ni avisa al banco de que el titular ha muerto, se cargan los recibos mientras haya saldo.

—Dame algo que pueda usar, Mentor. Lo que sea.

—Te he mandado a tu email la ficha de Fajardo. Aparte de eso, que es poco, no hay nada, Scott. Lo único que han averiguado es que Fajardo recibió una baja médica después del suicidio de su hija.

—Ya, bueno, resulta que su hija no está muerta tampoco —dice

Antonia.

—¿Cómo dices? —se asombra Mentor.

—No importa. Demasiado largo de explicar. Continúa.

A Mentor le cuesta recuperar el hilo después de la revelación de Antonia.

—A la semana de reincorporarse al trabajo, murió en el derrumbe del túnel. Eso es todo.

No es nada.

—¿Cómo está Jon?

—Completamente desquiciado. Me llama cada cinco minutos. Quiere ayudarte, Scott.

—Pues va a ser que no.

No después de cómo mintió, piensa Antonia. *Ya no puedo confiar en él. Y también tiene a los de Asuntos Internos en los talones. Y a los periodistas. Si le llamo y viene, quién sabe lo que podría presentarse junto con él. Podría arruinarlo todo*.

Tampoco puedo confiar en Mentor. No puedo confiar en nadie.

Demasiado riesgo para Jorge.

—Como quieras. Apaga el móvil, Scott. Y atrápale.

Cuelga. Antonia apaga el móvil. Abre el iPad, lo pone en modo avión y se conecta luego a la wifi del bar para descargar la ficha de Fajardo.

No es gran cosa. Pero hay en ella el esbozo de una historia.

Carla

Con un último tirón, la baldosa cae en su mano.

Los dedos índice y corazón de Carla sangran profusamente, sus uñas están astilladas y rotas, pero ha conseguido soltar la baldosa.

La sostiene con la mano izquierda mientras se chupa los dedos de la derecha, escupiendo sangre, trozos de uñas y arena. Carla no puede ver la expresión de su rostro, la fiereza animal, primaria que desprende cuando por fin se hace con ese cuadrado de cerámica de diez por diez.

Intentando ignorar el sufrimiento y la grima que le producen las yemas de los dedos en carne viva, Carla se quita el vestido. Envuelve cuidadosamente la baldosa en la falda, y después coloca la baldosa envuelta, con las esquinas hacia arriba, apoyada entre el suelo y la pared.

Ha estado pensando en este momento durante horas, visualizando cada detalle de lo que iba a hacer, de manera que no cometiera ningún error, hasta que el recuerdo ha alcanzado una cualidad casi física.

Tiene que darle un golpe con el canto de la mano. Un golpe seco, justo en el centro. No puede mellar la esquina simplemente, o que se parta de una forma muy irregular.

Tiene que ser perfecto. Un golpe preciso, a ciegas en la oscuridad.

Traza el recorrido varias veces.
Suavemente. Luego hazlo.

Carla obedece a la Otra Carla, quien cada vez parece tomar mayor control de la situación, hasta el punto de que Carla siente que está a punto de pasar al asiento del copiloto. No le importa. Haría cualquier cosa por salir de ahí, por estrangular a Sandra con sus propias manos.

Piensa en ella cuando su mano impacta con la baldosa. Siente un crujido suave bajo el vestido.

La tela ha cumplido su función, que no se oiga cómo se parte la cerámica. Ahora desenvuelve el paquete con miedo a haberla destrozado. Esa baldosa es lo más importante que hay ahora mismo en su vida.

Varios trozos minúsculos caen del vestido, otros se escurren por la tela. Carla, a ciegas, rebusca entre ellos con angustia. Si la baldosa se ha convertido en migajas, todo su esfuerzo de las últimas horas será inútil.

Y morirás. Sabes que tu padre
no va a ayudarte, ¿verdad?

Puede que le haya llevado tiempo… Al fin y al cabo es una decisión muy importante.

Si fuera Mario el que
estuviera aquí y tú tuvieras que
prender fuego a la empresa,
¿qué harías?

Aún tiene tiempo. Aún puede hacerlo. Aún puede demostrar que…

¿Que le importas más que su imperio?
Estúpida vaca. No va a hacerlo.
Te ha abandonado. Tienes que pelear
por ti. ¡No puedes contar con nadie!

Carla da un paso más hacia atrás, cede un poco más el control a la Otra Carla. Hurga en el vestido, que se ha desgarrado al partir la baldosa, y encuentra entre los pedazos una mitad casi perfecta.

Se aferra a ella con un instinto feral. Ni siquiera se vuelve a poner el vestido, tan sólo se dirige de nuevo a la pared sobre el sumidero y comienza a introducir la punta de su improvisada herramienta entre la

lechada y la siguiente baldosa. Ahora avanza mucho más deprisa, y al menos no siente dolor en los dedos. Esta vez tarda menos de una hora en conseguir desprender la segunda.

La recoge con mucho cuidado, no quiere alertar a sus captores de lo que está haciendo. Tiene el oído atento a cualquier sonido que provenga del exterior.

Es entonces cuando escucha el llanto, al otro lado del muro. Es un niño, un niño pequeño. Suena como…

¡*Mario*!

Carla va a levantarse, va a gritar que está aquí, que es mamá, que todo va a ir bien, pero la voz la detiene.

No es más que un truco.
Ahí al otro lado del muro
no hay ningún niño.

Carla duda, pero finalmente comprende que es producto de su imaginación. No puede haber un niño de cuatro años al otro lado del muro. Y si lo hubiera, no puede ser su hijo. Sólo es otro truco de Sandra para torturarla.

Así que obedece el impulso de la Otra Carla. Cuidar de sí misma. Nada más.

Deposita la segunda baldosa sobre el vestido, y regresa a la esquina.

Necesitará al menos diez baldosas más.

Y no tiene suficiente tiempo. Sabe que es un plan condenado al fracaso, pero está dispuesta a luchar. La Otra Carla le ha mostrado una verdad irrebatible: La vida no es nada. Sólo un fogonazo entre dos negruras infinitas.

Pero ella va a aprovechar hasta el último de los instantes de ese fogonazo.

7

Una penitencia

La única manera de poder ganar una partida es comprender las reglas del juego.

Desde que comenzaron a jugar el juego de Ezequiel, todo ha sido *murr-ma.* Caminar dentro del agua buscando algo con los pies.

Ahora el juego empieza a estar claro, piensa Antonia.

Nicolás Fajardo, un policía nacional con una hoja de servicios mediocre, entra en el cuerpo en 1996. No tiene estudios superiores, y, según una evaluación psicológica tras un altercado, «no tiene grandes habilidades sociales», así que no se recomienda que participe en actividades cara al público.

Si estuviera aquí Jon, diría que es un eufemismo, piensa Antonia. Le echa de menos. Pero ése es un sentimiento peligroso.

El psicólogo incluso se asombra de que Fajardo haya aprobado los test de la academia. Antonia no. Determinados trastornos mentales tienen un proceso gradual, insidioso, y Fajardo además tendrá habilidad para ocultar sus rarezas. Al menos en situaciones sencillas. Pero cuando las cosas se complican, se desvela lo que hay debajo. Y sus superiores se mosquean. No saben qué hacer con él, porque para eso es funcionario.

No obstante, Fajardo ha estado en el ejército. Dos misiones en Bosnia, en 1993 y 1994. Experiencia con explosivos.

Así que le meten en la unidad NBQ.

Es perfecto. Entrando y saliendo de túneles para que no le pongan bombas a los políticos, no tendrá que ayudar a ancianas a cruzar la calle. Sólo se arrastrará por agujeros oscuros, como la rata que los cuatro compañeros se tatúan en el brazo.

Las cosas le sonríen a Fajardo, como prueba la escasez de

anotaciones en el expediente. Salvo las personales. Un permiso de quince días por enlace matrimonial, en 1997. Una baja por paternidad de otros quince, en 1998. Una baja por defunción de una semana, en 2007. Entre paréntesis, esposa.

No dice la causa de la muerte. Pero Antonia puede sacar sus propias conclusiones. Porque desde 2006, se repiten las evaluaciones psicológicas. Los terapeutas siempre hacen la misma valoración, muy probablemente porque el interesado ni siquiera se presentara a las sesiones: estrés. Sólo uno de ellos, en 2008, se atreve a profundizar más en las raíces de su conducta, y su informe es devastador.

> El paciente narra haber crecido en una familia de clase media baja, con un padre violento y cruel. Afirma haber sido abusado, sin aclarar si sufrió abusos sexuales, sin embargo su discurso sí menciona graves castigos físicos. Según las pruebas realizadas, detalladas en la evaluación, su desarrollo afectivo y su personalidad están profundamente afectados probablemente por el entorno tóxico en el que afirma haberse criado. Su salida profesional fue el ejército, donde las situaciones de estrés empeoraron su TEPT. A pesar de ser altamente funcional por imitación, el paciente carece de habilidades sociales básicas, o de estrategias reales de afrontamiento. El trabajo diario ha agravado los trastornos derivados de su TEPT. Recomendamos su baja inmediata del servicio activo.

Tenemos suerte de que le dieran por muerto, o nunca habríamos tenido esta información, porque jamás habría salido del cajón del psicólogo.

Y probablemente nunca lo hizo. Porque Fajardo siguió trabajando. Con decenas de miles de plazas vacantes sin cubrir en España, muchas más durante la crisis económica, alguien decidió que no se podía prescindir de Fajardo. Total, su trabajo no era muy distinto del de esos perros de aeropuerto que se sientan frente a las maletas si huelen un explosivo. Así que le fueron poniendo parches. Risperidona. Olanzapina. Ziprasidona.

Así fue tirando.

Un día, hace dos años, ocurrió algo.

Sandra Fajardo fingió su suicidio.

Antonia intenta imaginar cómo sería la relación de Fajardo y de su hija. Una niña que crece sin madre, un adulto con gravísimos

problemas psicológicos y sin más compañía femenina, que ha sufrido graves abusos en la infancia.

Cómo sería esa niña con diez años. Con once.

Con trece y catorce, cuando su cuerpo cambiase.

Mientras los jefes de Fajardo miran para otro lado, sabiendo que ese hombre es una bomba de relojería mucho más peligrosa que aquellas que busca bajo el subsuelo.

Antonia se pregunta cómo sería la vida de esas dos personas.

¿Quién puede saber lo que ocurre tras puertas cerradas, en los salones y en los dormitorios? ¿Quién puede saber lo que pasa entre dos personas, día tras día, año tras año, en un millar de madrugadas?

Ella no lo sabe. Pero ha confirmado con esa llamada de teléfono lo que ya había intuido. En el instante en el que supo que la huella dactilar del volante del taxi pertenecía a Nicolás Fajardo, dedujo que él no era Ezequiel. Dedujo que Parra y sus hombres estaban en peligro.

Antonia no sabe lo que pasó entre Sandra y su padre, pero cree saberlo. Cree que la parte más débil se adaptó y evolucionó hasta convertirse en la parte más poderosa. Primero tuvo que sufrir, que recibir mucho dolor, hasta que aprendió a dominar al que se lo causaba. Y después, un día, decidió que había llegado la hora de causárselo a otros.

Era Sandra quien, de niña, había pagado los pecados del padre de Nicolás. Era Sandra quien había crecido y quien estaba ahora dispuesta a hacérselos pagar a otros. A imponerles penitencias imposibles de cumplir, como había hecho con Laura Trueba y Ramón Ortiz.

Obligarles a renunciar a lo que eran, a sí mismos, a lo que les definía. Al éxito.

Como había hecho con la propia Antonia, dándole aquella elección imposible.

Para salvar la vida de su hijo, tiene que dejar ganar a Sandra.

Tiene que quedarse quieta durante diez horas y media más. Abandonar a Carla Ortiz a merced de la decisión que tome su padre, sea cual sea la penitencia que a él le haya impuesto Ezequiel, que

Antonia está segura de que no cumplirá.

Y Jorge vivirá. Una vida por otra. Una vida por limitarse a hacer lo mismo que ha estado haciendo los tres últimos años: nada.

No, piensa Antonia. *Eso no va a ocurrir*.

No me fío de esa zorra. No voy a permitir que mi hijo pase un segundo más del necesario en sus manos. No voy a permitir que el hijo de Carla Ortiz no vuelva a ver a su madre.

No pienso abandonarla.

Sería como abandonarse a sí misma.

Antonia siente una punzada extraña. No deja de tener gracia que ella, a quien le pareció monstruosa la decisión de Laura Trueba —que le había costado la vida a su hijo—, esté en la misma situación y esté tomando idéntica decisión.

Va a ser verdad que estoy empezando a entender la ironía, se sorprende Antonia.

Es cierto. A veces el amor nos lleva a sitios complejos. Pero nunca podemos renunciar a nosotros mismos.

Piensa en aquella muchacha de la tienda de tatuaje, en cómo cuida a su padre de forma incondicional. Pero no había renunciado a ser ella. Cualquier otra en su situación no les hubiera dejado acercarse a su padre, hubiera primado el amor por encima de hacer lo correcto. Y, sin embargo, ella insistió, obligó a su padre a prestarles atención, a quitar la vista de aquella película…

Entonces el rayo la golpea.

—Kirk Douglas —dice Antonia, en voz alta—. ¡El puñetero Kirk Douglas!

—¿Qué dices, corazón? —dice la camarera, con acento de La Habana.

Antonia ni siquiera llega a oírla. Porque sus pies acaban de encontrar en el fondo arenoso bajo el agua (¡*murr-ma*!) una pieza del puzzle que ni siquiera sabían que estaban buscando.

Y de pronto sabe cómo puede derrotar a Ezequiel.

Mira el reloj. No tiene mucho tiempo para prepararse.

Tendré que encontrar el camino. Y tendré que hacer dos llamadas.

8

Una llamada

La primera, a Mentor.

—¿Te has vuelto loca? Te he dicho que apagues el móvil.

—Necesito un número de teléfono.

—Tu camuflaje ya no funciona, Antonia. Ahora mismo la policía ya sabe dónde estás. Será mejor que corras.

—Antes dame el número de teléfono.

—¿El número de teléfono de quién?

Antonia se lo dice.

—¿Estás loca? No, no pienso dártelo.

—Está bien. Pues yo me voy a quedar en este bar sentada tranquilamente.

—Antonia...

—Creo que ya oigo las sirenas.

—Eres insufrible.

9

Otra llamada

La segunda llamada, al número que Mentor le ha dado antes de colgar. Descuelgan al tercer timbrazo.

—Lo sé todo.

Un clásico, sí. Pero infalible.

10

Un chantaje

Parque del Retiro, puerta de O'Donnell. Frente a la Casa Árabe.

Ésa es la dirección que ha dado.

Antonia espera apoyada —la espalda recostada, los brazos cruzados, la pierna encogida— en un cartel que informa que las puertas del parque se cierran a medianoche. Pasan dieciocho minutos, y aún hay gente saliendo del parque. Durante la Feria del Libro, los horarios se alargan. Hay libreros que no abandonan sus casetas hasta muy tarde.

Antonia consulta el reloj cada treinta segundos. A Carla Ortiz le quedan tan sólo seis horas y media.

Trescientos noventa minutos.

Veintitrés mil cuatrocientos segundos.

Un coche aparece. Grande. Negro.

Antonia se separa del letrero —presiona la pierna, descruza los brazos, empuja con la espalda— y echa a andar hacia el vehículo.

Abre la puerta de atrás, entra y se sienta.

Hay dos personas en los asientos delanteros, que miran al frente. Una tercera figura está sentada, encogida en una esquina.

Las luces del coche están apagadas, el motor también. La única claridad en el interior es la que emiten las farolas y consigue, a duras penas, atravesar los cristales tintados.

Algunas conversaciones se tienen mejor en la oscuridad.

—Supongo que se dará cuenta de que me está haciendo chantaje —dice la figura de la esquina. Su voz gastada es poco más que un susurro.

—Es la idea, sí.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Dinero?

Antonia sacude la cabeza y le explica lo que necesita.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Posee usted un secreto muy valioso, señora Scott. Un secreto que muchos matarían por poseer.

—No me importa.

La figura se inclina hacia delante, y Antonia puede verle la cara por primera vez. Incluso a la difusa luz de las farolas, es obvio que Laura Trueba ha envejecido diez años en sólo un par de días.

—¿Cómo lo ha descubierto?

Antonia piensa en Kirk Douglas. *El puñetero Kirk Douglas*.

—El retrato de su despacho —responde—. El niño que murió tenía un hoyuelo en la barbilla. Ni usted ni su marido lo tienen. El gen del hoyuelo requiere que uno de los progenitores lo aporte. Es posible, en teoría, que lo hubiera heredado de otro familiar, pero las posibilidades son de una entre cinco mil.

—No lo sabía —dice Laura Trueba.

No, claro que no.

—Su manera de comportarse hizo el resto. Usted sentía culpabilidad. Pero no se comportaba como una madre que hubiese dejado morir a su hijo. De hecho, me pregunto qué hubiera ocurrido si ese niño hubiera sido Álvaro.

—Yo también, no se crea. Me gustaría poder decirle que conozco la respuesta, que actuaría de forma distinta. Pero estaría mintiendo.

Antonia lo comprende. El alma está hecha de pequeños compartimentos autocontenidos, como una muñeca rusa. Si sigues abriendo y abriendo, acabas encontrando la última de las muñecas. Y su rostro nunca es como el de la muñeca más grande. Ese último rostro puede ser mezquino y cruel.

—No es la única mentira que nos ha contado. Nos mintió desde el principio. Ezequiel no lo secuestró en el colegio, ¿verdad? Entonces no hubiera habido confusión posible.

—No —reconoce Laura Trueba—. Fue cerca de la casa que usamos habitualmente, nuestro chalet de Puerta del Hierro. Por eso se confundió.

—¿Quién era?

—El hijo de mi gobernanta —reconoce ella, su voz apagada teñida por la vergüenza—. Tiene la misma edad que Álvaro, la misma estatura. Viven con nosotros, llevan en la familia desde siempre. Incluso viajan con nosotros a Santander en verano. Su madre administra todas mis casas.

—Por eso tenía una foto con su hijo en la playa.

—Era la única foto que tenía de él.

—¿Cómo se llamaba?

—Jaime. Jaime Vidal. Era un buen chico. Álvaro y él eran amigos. Él iba a un buen colegio, yo me encargué de eso. No al mismo de Álvaro, claro… No hubiera sido apropiado… pero era un buen colegio.

—Un colegio privado.

—Sí.

—Por eso llevaba uniforme cuando Ezequiel se lo llevó.

Antonia visualiza enseguida lo que ocurrió. Jaime, de espaldas, con uniforme, chaqueta y corbata. En una urbanización que no tiene seguridad privada. Fajardo se limitó a esperar en el coche cerca hasta que vio al que creyó que era Álvaro abriendo la puerta del chalet con sus propias llaves.

—Sabemos que bajó del autobús del colegio. De ahí hasta casa eran seiscientos metros, pero nunca llegó. Su madre estaba preocupada. Entonces llamó… ese hombre. Me dijo que tenía a Álvaro.

—Y usted no le sacó de su error.

—¡Tenía miedo! —se defiende Trueba, a punto de echarse a llorar—. ¿Y si volvía a por Álvaro? ¡Tenía que proteger a mi hijo!

—¿Qué le pidió Ezequiel?

Laura Trueba se echa de nuevo hacia atrás en el asiento.

—Eso ya no importa. Algo que no podía aceptar.

—Y menos por el hijo de la criada.

La banquera aprieta el botón de la ventanilla. La estrecha rendija que abre ofrece escaso alivio al calor del interior.

—No puede usted herirme con ninguna palabra con la que no me haya herido yo antes, señora Scott.

—No, supongo que no —dice Antonia, tras reflexionarlo un

momento—. ¿Qué le contaron a la madre?

—La verdad. Una verdad. Que alguien se había llevado a Jaime confundiéndolo con Álvaro. Que haríamos todo lo que estuviera en nuestra mano por recuperarlo, costara lo que costara.

—Y luego le entregaron un cadáver.

Laura Trueba guarda silencio. Antonia sabe que esa mujer nunca se enfrentará a la Justicia, nunca sufrirá la humillación de tener que justificar sus actos ante un juez y un jurado de sus *iguales*. Nunca recibirá castigo alguno. Pero parece que ella sola se ha aplicado a la tarea.

Al igual que la rendija de la ventana, produce escaso alivio.

Pero es mejor que nada.

—¿Hemos terminado? —pregunta Trueba.

—Cuando me dé lo que le he pedido.

—Alejandro.

Uno de los hombres del asiento de delante se da la vuelta y le entrega a su jefa una bolsa de tela negra. Trueba se la da a su vez a Antonia. Es pesada, y a través del tejido se palpa el bulto del metal que hay dentro.

Antonia extrae la pistola. Incluso en la penumbra, el metal parece absorber la escasa luz de forma peligrosa y letal.

—¿Sabe cómo usarla? —le pregunta el hombre a Antonia.

—No.

El hombre se gira, con una expresión inescrutable en el rostro, toma el arma de manos de Antonia y le explica.

—Es una Glock de cuarta generación. Diecisiete balas en el cargador. No tiene seguro, así que, si aprieta el gatillo, mejor que sea porque quiere disparar.

Antonia coge el arma y la mete en su bandolera. Abre la puerta y se incorpora para salir.

—La misma oferta que le hice a su compañero vale para usted, señora Scott —dice Trueba—. Si le mete una bala en la cabeza a ese hijo de la gran puta...

Pero Antonia ha bajado del coche antes de que pueda acabar la frase.

Ramón

De noche, la vejez es más terrible.

La creencia popular, esa gran mentirosa, atribuye a los ancianos una sabiduría y una serenidad superiores a las de los jóvenes. Alcanzada una edad provecta, el cuerpo se ha liberado de sus necesidades más acuciantes, de sus deseos lascivos, de su hambre voraz y de su temperamento irascible. Los ancianos son pacientes, los ancianos prefieren la paz a la guerra, los ancianos saben escuchar y, cuando hablan, lo hacen desde la atalaya de mármol con letras de bronce en la que el tiempo y la paciencia les han colocado, y en la que es cuestión de tiempo que acaben sus días, solidificados, como ejemplo y recuerdo para las generaciones venideras.

Todo eso no son más que gilipolleces, piensa Ramón Ortiz.

Los ancianos son intransigentes, están cargados de prejuicios, sólo conocen una manera de hacer las cosas.

Los ancianos son los que comienzan las guerras, por orgullo, por dinero o por patriotismo. O cualquier mezcla de las tres anteriores.

Los ancianos tienen las mismas necesidades que cualquier adolescente salido y famélico. Si el cuerpo se lo permitiera se pasarían el día bebiendo hasta perder el conocimiento, comiendo hasta reventar y follando hasta que la polla se les cayera a trozos. Dos mil millones de cápsulas de Viagra vendidas al año ratifican esto último.

Pero el cuerpo no se lo permite.

Lo que le queda a Ramón Ortiz, lo que antes fue una máquina robusta y enérgica, es un saco de achaques e indignidades. Levantarse cada día, después de dos o tres horas de sueño ligero e intermitente, con los huesos doloridos, la garganta de lija y el calzoncillo húmedo por las pérdidas de orina. La visita al médico cada pocos días, siempre con otro *ay*, siempre con otra receta. Los recuerdos, permanentes y dolorosos, de dos esposas muertas, una en la flor de la vida, la otra

hace menos de un año. Comer poco, porque el apetito físico se ha diluido, aunque el mental sigue presente, como una leve sombra, como un miembro fantasma que el soldado aún quiere rascarse, pero para el que los dedos sólo encuentran aire.

De noche, cuando el cansancio envuelve los hombros como una manta helada, cuando los ojos escuecen, cuando las piernas ya no soportan el peso, la vejez es un castigo peor que la muerte.

Ramón conoce unos cuantos ancianos. Los hay que ríen ante las propias dolencias, que sólo quieren otra partida de mus, otro chato de vino, otro atardecer. Los hay que maldicen su suerte, los hay que lo guardan todo en su interior. Casi todos se miran al espejo por las mañanas, sin reconocer la cara que les devuelve el reflejo y se preguntan quién les ha robado el mes de abril, cómo ha podido sucederles a ellos.

Todos los que conoce, sin excepción, no son más que críos asustados ante el lobo que devora sus jornadas a dentelladas cada vez más grandes.

Todos los que conoce, sin excepción, darían todo lo que poseen por que les apareciera la lámpara de Aladino dentro de una chistera. De los tres deseos les basta uno. Volver a tener veinte años, sabiendo lo que sé ahora. Una oportunidad de volver atrás, de hacerlo *bien* esta vez. Dirían adiós a todo lo que tienen y conocen. Casa, renta, familia y amigos. Hijos. Sin dudarlo. En la noche oscura del alma, su vista escudriña los rincones sombríos en busca de un diablo codicioso que venda elixires de la eterna juventud. Pero las sombras están huecas y vacías, como el reloj de arena de sus vidas.

Todos lo darían todo.

Yo no.

Ramón Ortiz es un hombre excepcional. Cuando se examinan las vidas de aquellos que han alcanzado grandes logros, debe entenderse su éxito como una combinación de talento, inteligencia, trabajo y suerte. Ramón Ortiz suma un quinto factor. Tiene una voluntad inquebrantable. Su vida, lo que él es, la ha definido por el trabajo, por la edificación lenta, piedra a piedra, grano a grano, de una pirámide en la que pasar la eternidad.

Si a un hombre así le pones una pistola en la mano y le dices: vuélate la cabeza o mato a tu hija, el disparo sonará antes de que acabes de hablar.

Si a un hombre como Ramón Ortiz le dices que destruya el trabajo de su vida...

—Haría cualquier cosa, Jesús, cualquier cosa.

Están sentados en el salón de su casa, en sendos sillones. Ha apagado todas las luces, menos una lámpara de pie, al otro extremo del salón. Algunas conversaciones se tienen mejor en la oscuridad.

—Lo sé, Ramón. Lo sé muy bien —dice su abogado.

Lo que quieres decir es cualquier cosa... menos esto.

Jesús Torres lleva siendo el consejero particular de Ramón Ortiz más de treinta años. En tres décadas ha aprendido a ajustar su papel a cada situación con excepcional finura, como uno de esos relojes suizos que tanto aprecia. O mejor, como un buen whisky.

Mira el vaso que tiene en la mano. Es un escocés asombroso. Un regalo que le hizo a Ramón un jeque árabe el invierno pasado por su cumpleaños. Dalmore Trinitas. Sesenta y cuatro años de maduración. Sólo tres botellas en todo el mundo. Más de cien mil euros cada una.

Ramón la ha cogido antes del mueble bar, sin pensar. La ha abierto, la ha puesto encima de la mesa, ha servido tres dedos de licor a cada uno —de un color caramelo brillante—, y después se ha puesto a mirar el reloj en silencio.

Torres da un sorbo —un sorbo de mil euros— y se recrea en los detalles y sensaciones, reteniéndolo en la boca antes de tragar. Primero notas poderosas de pasas, café, avellanas y naranja amarga. Pomelo, quizás. Sándalo y almizcle, por descontado. Luego, al tragar, una oleada de moscatel, mazapán, melaza. Y al marcharse, un retrogusto en el paladar de trufas, azúcar mascabado y cáscara de nuez.

Es un whisky magnífico, como debe ser la labor de un buen consejero.

Hay matices, sutilezas, notas que se perciben en un primer

momento, otras que quedan para después, y van sembrando el camino para el futuro.

Hoy la labor de Torres no es la de abogado, sino la de confesor.

—Es mi hija, Jesús. La quiero con toda mi alma.

—Sí, Ramón. No te preocupes. No se atreverá. Mañana llamará y pedirá dinero a cambio. Volverá sana y salva.

El multimillonario duda. En la mano izquierda, apoyada sobre el regazo, sostiene la foto de su hija. En la derecha, su móvil. Una sola llamada bastaría, a pesar de lo avanzado de la hora. En treinta minutos podría estar dando una rueda de Prensa en todas las televisiones del país. En sesenta, la noticia se conocería en todo el mundo.

Multimillonario admite que se ha enriquecido con mano de obra esclava y anuncia el cierre de su empresa. Un titular demoledor.

—Aún estoy a tiempo de llamar.

—Es tu decisión. Si es lo que crees que debes hacer, hazlo. Llama.

Ramón le mira. En la penumbra, sus ojos son dos grietas que se abren a un abismo de obsidiana.

—¿Tú qué harías, Jesús?

Si fuera mi hijo, prendería fuego al mundo entero antes de permitir que le tocasen un pelo de la cabeza, piensa el abogado. Pero no dice eso. Su hijo está a salvo en casa, con sus nietos. Y no es él lo que está en juego. Lo que está en juego es el trabajo de Torres. Le quedan dos años aún para jubilarse, piensa hacerlo a los setenta, y después sentarse en su yate a emborracharse. Con la minuta que le paga cada mes Ortiz se pueden comprar aún muchos vasos de escocés. *Quizás no tan buenos como éste*.

—No es cuestión de qué haría yo —responde el abogado—. No es mi responsabilidad el bienestar y el empleo de casi doscientas mil personas en empleo directo. Ni de más de un millón de empleos indirectos. Ni de los accionistas, muchos de ellos gente que ha invertido los ahorros de toda una vida.

Definitivamente no tan buenos como éste, piensa, tras dar otro sorbo al Dalmore.

—Es mi responsabilidad. Es una carga pesada —dice Ramón Ortiz.

Parece a punto de echarse a llorar.

Tú asegúrate de que el dinero siga fluyendo, viejo amigo. La princesa es contingente. El dinero es necesario.

—Inquieta reposa la cabeza que sostiene la corona, Ramón. Los grandes hombres tenéis que tomar decisiones difíciles —dice, con voz grave.

Ortiz reacciona agitándose en el sillón y desbloqueando el teléfono.

Torres arruga el entrecejo. Lo último que le ha dicho ha sido un error. Ha alimentado su ego, sin duda, pero también ha equiparado ambas decisiones. No basándose en la moral —sabe Dios que Ortiz está muy lejos de regirse por algo tan simple—, sino en la dificultad. Ambas decisiones no pueden ser igualmente costosas.

Toca ajustar un poco.

—Un hombre más pequeño tomaría la decisión más fácil. Pero tú ya has escogido. Y, como siempre, has escogido el camino más arduo.

Ahora sí. Un toque de adulación, con retrogusto a grandeza y majestuosidad, piensa Torres. Da otro sorbo.

Definitivamente, un whisky digno de un rey.

Ramón Ortiz vuelve a bloquear el teléfono. No, un hombre como él no puede comportarse como los demás. Los ancianos asustados, quizás puedan permitirse destruir el trabajo de toda una vida ante una amenaza. Un hombre como él tiene que tomar decisiones que a otros harían palidecer, temblar y echarse atrás. Un hombre como él es capaz de asumir la tristeza que se deriva de tomar las decisiones que a otros amedrentan.

El amor o la responsabilidad.

—Es muy duro, Jesús —dice.

—Hacer lo correcto está al alcance de muy pocos —le responde Torres.

Tengo suerte de tenerle a mi lado en este momento tan difícil, piensa el millonario.

11

Un email

La tapa de registro está en la esquina entre las calles Hermosilla y General Pardiñas. No tiene nada de especial. Sólo un humilde círculo de hierro, pisado cada día por cientos de personas.

Antonia mira alrededor, pero no viene nadie. Es casi la una de la mañana, y en esa zona no hay bares ni turistas.

De camino a su cita con Laura Trueba, Antonia se había parado en una tienda de todo a cien a gastarse siete de sus últimos nueve euros en una palanca de encofrador. Introduce uno de los extremos en el borde de la tapa de registro. Al principio no cede —dónde está Jon cuando lo necesitas—, pero tras varios intentos, logra introducir la punta entre la tapa y el brocal. A partir de ahí, es sencillo. La tapa se abre, y Antonia la aparta con gran esfuerzo y un estruendo de mil demonios.

Escaleras.

Quedan poco más de cinco horas.

Más vale que no me haya equivocado.

Sentada en el brocal de la alcantarilla, Antonia enciende el móvil —ahora no importa si la encuentran, porque a donde va no pueden seguirla— y graba un mensaje en vídeo para mandárselo por email a la abuela Scott.

—Hola, abuela. Voy a hacer lo correcto, tal y como tú me has enseñado. Si no sale bien, sólo quiero que sepas que...

Hace una pausa. Cuesta mucho decir esas dos palabras.

—... que te quiero. Y míralo por el lado bueno —dice, con una sonrisa trémula—, al final he tenido razón yo. Noventa y tres años y nos vas a enterrar a todos.

Envía el email a la abuela, y después hace su última llamada.

No necesita hacer la pregunta, pero la hace de todos modos.

Y Jon Gutiérrez responde lo único que puede responder.

Antonia apaga el móvil y echa un último vistazo a la calle silenciosa y sin tráfico. Va a haber tormenta, y el aire está encrespado, furioso. Las luces de las casas están apagadas. Al otro lado de las ventanas, las personas normales duermen, agotadas por sus vidas normales, ajenas a la existencia de monstruos que acechan bajo sus pies.

Antonia sonríe y empieza a descender hacia la oscuridad. No es una sonrisa feliz.

12

Un dilema

—Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son —dice Antonia, en voz alta, para infundirse ánimo.

Cuando Antonia piensa en Madrid, no piensa en la puerta del Sol, en el Museo del Prado o en la puerta de Alcalá. No, ella piensa en el mural de la plaza de Puerta Cerrada.

Cuando Antonia se vino a estudiar a Madrid, renunció a ocupar una de las muchas viviendas que la Embajada del Reino Unido posee en la capital. Quería vivir lejos de la influencia de su padre, así que alquiló un pequeño estudio en la Cava Baja. Eran otros tiempos.

Cada tarde, al volver de la facultad, se tomaba un café en un bar de la plaza. Si hacía bueno, se sentaba en la terraza con sus apuntes, frente al gran mural de Alberto Corazón. Sobre un fondo color violeta, un pedernal sumergido en agua golpea una piedra de sílex que desprende chispas. Encima de ellos, la leyenda:

—Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son —repite Antonia.

Esta vez en voz más baja. Aquí abajo, el sonido funciona de manera extraña.

Ha descendido casi metro y medio por la boca de registro, y ahora se encuentra en una galería de servicio. Se detiene un momento para estrenar su nueva adquisición, una linterna en la que ha invertido sus últimos dos euros. El dueño del todo a cien, un ciudadano chino que decía llamarse Pepe, tuvo la amabilidad de no darse cuenta de que

Antonia se metía unas pilas en el bolsillo de atrás de los pantalones.

Antonia introduce las pilas y presiona el botón, cruzando los dedos. Al fin y al cabo, una linterna de dos euros del todo a cien es un acto de fe.

Los LED se encienden.

Antonia se interna por la galería de servicio, y comienza a buscar entre desvíos, túneles y escaleras. La galería de servicio es una construcción moderna, diseñada para albergar la fibra, la línea de teléfono y la electricidad. Es la parte más superficial del subsuelo. Para encontrar lo que busca, tendrá que bajar más, mucho más. Y no todos los caminos son tan practicables. En muchos de ellos tiene que vadear aguas fétidas y heladas, en las que flotan toda clase de residuos. Prefiere no pensar en qué será lo que le roza los muslos o se queda prendido a su ropa.

Se pierde varias veces, tiene que desandar lo andado. Tiene los zapatos chorreando, las piernas empapadas por encima de las rodillas.

El tiempo corre.

Aunque los madrileños lo hayan olvidado, el mural de Corazón representa al primer emblema de la ciudad de Madrid, datado en el siglo XII. Un pedernal y una piedra de sílex, porque de esa piedra estaban hechos los muros, y las flechas de los invasores en la noche arrancaban chispas, haciéndolos parecer de fuego. Y acompañándolos, esa hermosa leyenda en castellano, que Antonia sigue repitiendo en voz baja, como un mantra mientras intenta orientarse con los planos del subsuelo que ha conseguido descargar de un foro de aparejadores. Son antiguos, de hace más de dos décadas, así que está teniendo problemas. Pero lo que ella busca no tiene veinte, sino mil cien años.

Los árabes que fundaron la ciudad en el siglo IX la llamaron Magerit, que significa «lugar abundante en aguas». Había decenas de arroyos, riachuelos y pantanos. Y por debajo de ellos, un acuífero formado hace diez millones de años, con más de 2.600 kilómetros cuadrados de extensión, y 3.000 metros de profundidad en algunos puntos.

Sobre agua edificada.

Antonia desemboca por fin en el colector de aguas, un espacio abierto a tres alturas en el que convergen siete túneles medianos en una enorme canalización inferior. A medida que el haz de luz de la linterna va recorriendo las gigantescas bocas de hormigón que vomitan un líquido barroso, Antonia se alegra enormemente de no ser capaz de oler nada. Los desechos y la suciedad se acumulan por todas partes. Una masa informe de toallitas húmedas se acumula en la reja que divide en dos el túnel principal.

No hay más indicaciones en el plano.

Antonia mira el reloj. Pasan de las cuatro de la mañana.

Está perdiendo demasiado tiempo. Y no es lo único que está perdido.

Hay siete túneles frente a ella, y tiene que descartar, eliminar, conseguir avanzar. No puede recorrerlos todos.

Tengo que estar a menos de quinientos metros, piensa. *Pero cualquier desvío incorrecto que tome ahora puede ser fatal*.

Invoca en su mente un mapa mental de los lugares que ha recorrido, intentando encontrar el trazado que sirva para orientarse, pero no lo consigue.

Su mente está demasiado llena, está demasiado tensa, y está acusando la escasez de oxígeno y el cansancio.

Antonia se lleva la mano al bolsillo, donde la cajita metálica guarda su última cápsula roja. Tiene que elegir. Si se la toma ahora, para encontrar el camino, puede que su efecto haya pasado cuando llegue a su destino.

Cuarenta minutos de claridad, y luego... se acabó.

Vuelve a mirar el reloj.

No sé por dónde continuar. Y no puedo explorarlos todos.

Si no tomo la cápsula, no llegaré a tiempo.

Si la tomo, y consigo llegar a tiempo...

No llegará en condiciones de enfrentarse a Sandra Fajardo y a su padre. Lo sabe.

Antonia se sienta en el suelo, entre charcos nauseabundos, y se mete la cápsula bajo la lengua.

Sólo esta vez. Será la última, piensa. Muerde la cápsula.

Luego cuenta desde diez hasta cero, mientras desciende los escalones hacia la cordura.

Carla

La geometría es algo maravilloso.

Carla nunca sacó buenas notas en las asignaturas de ciencias. Esforzarse, se esforzaba. A papá le importaban mucho, y ella se esforzaba. Pero no se le daba bien. Sin embargo, ya de adulta, tuvo que trabajar en un taller de confección de la empresa. Era parte de su formación, que comenzó en una tienda doblando ropa durante meses, y concluyó con ella asumiendo la dirección de una de las ramas del negocio. Entretanto, en una de sus escalas hacia la cima, su padre la envió a un taller de costura.

No uno de los talleres que hay en el mundo real. El mundo en el que las personas reales quieren vestir bien por poco dinero. El mundo en el que su padre y ella —sí, también ella— han hecho posible el deseo de esas personas reales, que a cambio les han convertido en millonarios sin hacer preguntas incómodas.

No, a ella Ramón la mandó a uno de los talleres de Galicia. De los que se tienen para que aparezcan en la foto de la memoria anual, con trabajadores bien pagados y sonrientes.

En su segunda semana en el taller, a Carla la pusieron detrás de la aguja de una de las poderosas máquinas de coser industriales, y le explicaron qué debía hacer. Cuando la puso en marcha, movió imperceptiblemente el rodillo de alimentación. Antes de que lograra pararla, la aguja había zurcido un hilo de tela blanca a lo largo de diez metros de tela. En una espantosa diagonal.

—Una desviación minúscula al principio de cualquier recta, y acabas muy lejos de donde debías estar —le había dicho el oficial del taller.

Carla había almacenado aquel conocimiento en el fondo de su memoria, creyendo que jamás le sería útil.

Hasta ahora.

Ha desgarrado su vestido en tiras rectangulares, más o menos del doble del tamaño de las baldosas. No ha sido una tarea sencilla, en la oscuridad. Después, envuelve la primera de las baldosas en ella, e intenta encajarla entre la puerta y el marco de la pared.

No entra.

Carla intenta empujar la puerta con la mano para ganar los milímetros que necesita, pero la puerta tampoco se mueve. Antes había conseguido desplazarla un poco, pero sus músculos apenas responden después de tantas horas encorvada, trabajando sobre las baldosas. Casi no le quedan fuerzas.

Si pudiera dormir un rato. Cerrar los ojos tan sólo unos minutos.

Hazlo. Hazlo y no volverás
a abrirlos nunca.

Carla está tan cansada, tan exhausta, que lo único que siente es un aturdimiento enorme. Da otro paso atrás en su propia mente, cediendo un poco más de terreno a la Otra Carla. Es ella la que prueba a empujar la espalda contra la puerta para intentar desplazarla, pero las plantas de los pies descalzos y sucios resbalan en el suelo húmedo. Finalmente da con la postura adecuada. Tumbada en el suelo, boca arriba, haciendo fuerza con las piernas en la pared, la palma de la mano derecha extendida sobre la puerta, la izquierda intentando encajar la baldosa.

Se mueve.

Encaja.

La puerta sólo se ha desplazado unos milímetros hacia fuera, pero Carla lo celebra con alegría salvaje, sintiendo cómo una oleada de euforia asciende desde el final de su espalda hasta la nuca, un escalofrío de anticipación. Es su mente premiándola, pero también es una trampa. No puede detenerse ahora.

La siguiente la coloca debajo. Con cuidado de no tirar la primera.

Cinco centímetros. Sólo necesito cinco centímetros.

Si tan sólo dispusiera de un poco más de tiempo para arrancar más baldosas…

—Pero no lo tienes. Sigue trabajando.

Esta vez la Otra Carla ya no ha hablado dentro de su cabeza. Esta vez ha usado su voz, su garganta, sus cuerdas vocales. Carla se da cuenta de que ahora están compartiendo el aire que respiran. Y de que si sigue respirando cuando salga el sol, quizás ya no quede nada de ella. De lo que era antes.

Si sigue respirando.

13

Un viaje

Ayudada por la cápsula roja, Antonia ha estudiado las opciones durante largos minutos, y ha decidido que es uno de los caminos situados frente a ella el que debe tomar. Eso reduce las posibilidades a tan sólo tres túneles.

No le gusta la idea del camino del medio, ni le gusta la densidad del aire del de la izquierda, que le parece más viciado y espeso. Además, hay ratas correteando en el último: puede escuchar sus chillidos en la oscuridad.

Es buena señal. Las ratas respiran el mismo oxígeno que yo.

Toma el pasaje de la derecha.

El camino va ascendiendo lentamente, antes de torcer de forma brusca, doscientos metros más adelante, bifurcándose en dos caminos diferentes. El agua que discurre por el fondo es mucho más rápida, dificultando su avance. El de la derecha es impracticable, demasiado estrecho. El de la izquierda es más pequeño que el principal, y debe caminar encorvada, pero logra salir a una nueva bifurcación. Un espacio de un par de metros cuadrados, tan bajo que casi tiene que arrodillarse.

Es aquí, piensa Antonia. *Aquí es donde murió Fajardo*.

Los elementos de los que disponía Antonia para encontrar el lugar eran muy escasos. El informe de su muerte mencionaba «el final de un viaje de agua en desuso a trescientos metros del nudo colector número 78».

Allí estaba.

Un *qanat*. Un viaje de agua, construido hace once siglos por los

árabes. Metro noventa de alto, setenta centímetros de ancho, una canalización inferior. Una de los cientos de galerías olvidadas que excavaron en el subsuelo los moradores originales de la antigua Magerit.

Los *qanat* habían sido el principal medio de abastecimiento de agua de la ciudad hasta entrado el siglo XIX, cuando modernas técnicas de construcción y materiales sustituyeron aquella obra faraónica. Más de cien kilómetros, horadados en el corazón de la tierra. Inútiles, olvidadas, aquellas maravillas arquitectónicas permanecían incólumes.

Según el informe, el detector de gases del compañero de Fajardo había saltado cuando estaban inspeccionando el túnel anterior. Fajardo, que iba adelantado, no lo escuchó, siguió internándose en el viaje de agua. Su compañero lo llamó, pero era tarde. Una bolsa de metano se había acumulado en la bifurcación, desplazando el oxígeno del interior del *qanat*. El compañero de Fajardo siguió llamando, y entonces ocurrió la explosión. Una parte del túnel se derrumbó. El compañero fue a buscar ayuda. En aquel lugar tan estrecho, tardaron seis días en recuperar el cuerpo de Fajardo.

Aún quedan restos de escombros en el exterior del *qanat*. La cinta policial se ha desprendido de un lado, y cuelga con desgana de uno solo de sus extremos.

Los técnicos despejaron el túnel lo suficiente para sacar el cuerpo de su compañero, aunque dejaron una gran cantidad de escombros en el interior.

Sólo que no era el cuerpo de su compañero lo que se llevaron, piensa Antonia mientras se arrastra sobre el tapón de escombros. Las piedras le laceran los antebrazos y las rodillas, pero logra pasar. Cuando emerge al otro lado, tosiendo y cubierta de polvo, está cada vez más segura de que su intuición era correcta.

No tiene los detalles, pero sabe lo suficiente.

Fajardo engañó a su compañero. Cuando estuvo lo bastante lejos de su vista, hizo estallar una bomba. El metano por sí solo no habría podido hacer caer tal cantidad de escombros del techo del *qanat*.

Fajardo tuvo que añadir sus propios ingredientes a la ecuación. Pero con la alarma de gases, y el testimonio de su compañero, nadie investigó demasiado a fondo el accidente ocurrido a ese tipo solitario y problemático. Se limitaron a sacar el cuerpo.

Un cuerpo. Un cuerpo de complexión similar al de Fajardo, vestido con el uniforme de Fajardo, quemado y aplastado bajo media tonelada de escombros. Que nadie miró dos veces. Sólo le dieron un entierro rápido y carpetazo al asunto.

Estaba delante de sus narices. Y no lo vieron.

Antonia comienza a comprender cómo funciona la mente de Ezequiel a estas alturas. Aún le faltan muchos detalles. No sabe con certeza cómo consiguió Sandra Fajardo fingir también su propia muerte, aunque tiene varias teorías posibles. No sabe tampoco de dónde logró obtener Nicolás Fajardo el cadáver que hizo pasar por el suyo, aunque es algo muy sencillo para un policía.

¿Cómo lo haría yo? Probablemente en la morgue de la Policía Judicial. O mejor aún, en la Facultad de Medicina de la Complutense.

En su sótano se hacinan cientos de cadáveres sin control alguno, marionetas arrinconadas para los estudiantes. Antonia estuvo allí una vez, llevada por un caso complejo. Cientos de cuerpos, con las venas y las cavidades repletas de formol, con los miembros resecos asomando bajo las sábanas blancas. Miembros sueltos, cabezas cortadas de lenguas hinchadas, y toda clase de piezas que un día fueron personas que dieron su carne a la ciencia para que otros vivieran en el futuro y hoy en día yacen olvidados. Sería tan fácil subir uno de ellos a una camilla…

Basta.

Todos esos detalles y procedimientos, por fascinantes que resulten, son ramificaciones que se extienden en su pensamiento, tentadoras, en las que no puede recrearse. De no hallarse bajo el menguante influjo de la cápsula roja, la compleja mente de Antonia podría perderse en ellos durante horas. Pero no puede permitírselo.

El tiempo se agota.

Ahora lo único importante es un *dónde*. Pero tras comprender lo bastante del *cómo*, Antonia está cada vez más segura de haber

acertado con el lugar donde se oculta Ezequiel.

Le gusta restregarnos por la cara que es más lista que nosotros. Primero fue la matrícula doblada del taxi, la que había sacado de su propio coche siniestrado. Después la trampa mortal que nos preparó en su antigua casa. Todo son círculos alrededor de aquello que conoce.

¿Y dónde podría ocultarse durante meses alguien que está muerto, alguien que no pudiese usar dinero ni firmar papeles? ¿Qué lugar escogería alguien acostumbrado a moverse como pez en el agua en el subsuelo, que conoce a la perfección cada uno de los secretos que yacen bajo la piel de Madrid?

La pista se la dio el traqueteo lejano que escuchó en la pausa de la llamada.

La respuesta está a menos de doscientos metros del lugar donde Fajardo fingió su muerte.

Antonia recorre el viaje de agua, consciente de que cada vez queda menos tiempo. Pero a pesar de ello se detiene, saca el móvil y abre la aplicación de Notas de Voz. Graba un mensaje, con voz fuerte y clara, antes de continuar.

Al final del *qanat* hay una puerta. Antigua. Hierro colado, con una rueda pesada como plomo. Antonia pone la mano en el manillar que acciona la rueda. Va a girarla, cuando un vistazo más atento le permite apreciar algo que no debería estar ahí.

Un cable eléctrico, de color negro. Camuflado tras las palancas del mecanismo de la cuerda. Antonia no lo habría visto si uno de los pedazos de masilla adhesiva que sujetan el cable no hubiera perdido su adherencia, soltándolo un poco.

Sigue el cable con la linterna, hasta la parte superior de la puerta. Colocada astutamente sobre el marco hay una larga y gruesa tira de una masa amorfa. Antonia está convencida de que no quiere que a esa masa amorfa le llegue ningún impulso eléctrico.

Al final del cable hay un contacto. Si se gira la rueda… Bum.

Ha estado a punto de morir. Y, sin embargo, reprime una exclamación de triunfo.

La bomba trampa sólo puede querer decir una cosa.

Ezequiel está muy cerca.

Antonia no tiene conocimientos sobre desactivación de bombas. Pero el dispositivo es rudimentario. Sólo un cable, en un dispositivo básico. Una salvaguarda final de alguien que está convencido de que nadie va a entrar por ahí. Pero que, por si acaso…

Tengo que tirar del cable lo suficiente como para que no haga contacto. Y después girar la rueda.

El tiempo se acaba para Carla Ortiz. Así que Antonia no piensa, se limita a tirar del extremo del cable, y desear lo mejor. Cierra los ojos, aprieta los dientes.

La explosión no llega.

Antonia gira la rueda con gran esfuerzo, haciendo crujir y protestar a las dos palancas que destraban la puerta.

Mira el reloj. Son las seis de la mañana. A Carla Ortiz le quedan cuarenta y siete minutos.

Antes de cruzar, su último pensamiento es para Jon.

Allá donde estés, espero que tengas los ojos bien abiertos.

Carla

La séptima baldosa es imposible.

Ha ido encajando las anteriores con sumo cuidado, ganando unos milímetros cada vez. El proceso es el mismo que empotrar un último libro en una estantería repleta. La mejor manera de lograrlo es extraer dos libros lo suficiente para colocar el tercero entre ambos.

La presión de las baldosas entre la puerta y el marco ha ido alzando poco a poco la puerta, separándola apenas unos centímetros en su parte inferior. No los suficientes.

Carla ha probado a introducir la mano, pero no logra pasar de la muñeca. Necesita una baldosa más.

La séptima, no obstante, se le resiste. El peso que están soportando las anteriores es ya tan grande que no puede separarlas lo suficiente como para introducir la última. Por no hablar de que debe sujetarlas al mismo tiempo con la palma de la mano, haciendo presión hacia arriba para que no se caigan. Y todo el proceso ha de realizarlo con una sola mano, la izquierda, ya que necesita la derecha para empujar la puerta hacia fuera.

Lleva horas con el brazo en alto, y tiene los músculos completamente agarrotados. Ha ido haciendo pequeñas paradas para recuperar la circulación, pero su cuerpo está débil y deshidratado y no responde. Está al límite de sus fuerzas. Puede desmayarse en cualquier momento.

Hasta aquí he llegado, piensa.

—Está bien —responde, con su voz, la Otra Carla. Que ahora es, cada vez más, la Carla Auténtica. La que está al mando. La que las ha llevado hasta allí a las dos—. Está bien, ríndete. Haz caso al dolor, haz caso al agotamiento. Ríndete a cuatro milímetros de la meta.

Déjame.

—Espero que te encuentren aquí, para que tu padre vea cómo tenía

razón. Cómo no merecía la pena destruirlo todo para salvarte.

No. No.

—Porque nunca has estado a la altura.

Carla, humillada, enfurecida, empuja por última vez, tensa todo su cuerpo, logra mover la puerta y sostenerla lo suficiente. La séptima baldosa entra. Apenas un tercio de su longitud.

Agotada, respirando con dificultad, Carla se desinfla. El dolor le inunda las extremidades, rígidas.

—No te pares —susurra la Otra Carla—. Ahora es cuando empieza lo más importante.

Carla obedece, se gira para introducir la mano por la abertura en la oscuridad. Antes de hacerlo, un fugaz pensamiento cruza por su mente. El de que al otro lado, en la oscuridad, las formas escurridizas de su infancia han vuelto a adoptar la silueta del hombre del cuchillo, acechando en las tinieblas, con el filo dispuesto, esperando a que ella extienda el brazo para clavárselo en la palma de la mano.

Que se atreva, piensa.

Saca la mano.

El brazo se le queda atascado a mitad del antebrazo, pero llega a rozar la cuerda con la punta de los dedos.

Sólo tiene que tirar de ella. Pero está demasiado lejos.

—Para acercarla, tendrás que cortarla.

Carla vuelve a introducir el brazo. Cuando asoma de nuevo la mano, esta vez lleva la media baldosa sujeta firmemente entre los dedos.

14

Un túnel

A Jon Gutiérrez no le gustan los túneles abandonados.

No es una cuestión de estética, porque apenas puede ver nada. No hay luz, así no tiene que ver sus propios pantalones del traje, que se ha manchado y desgarrado al saltar desde el andén.

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de los túneles abandonados es que estén cargados de explosivos.

Malditas bombas trampa, piensa Jon. *Esto en Bilbao ya no pasa*.

—Tienes que entrar a las seis de la mañana en punto, tan pronto abra el metro —le había dicho Antonia Scott, cuando le llamó hace cinco horas—. Tendrás muy poco tiempo para llegar.

—Déjame que avise a alguien. Tú y yo solos...

—No, Jon. Es mi hijo. No quiero a nadie más en esto.

Jon intentó memorizar las indicaciones de Antonia.

—Una cosa más —dijo ella—. Cuanto más te acerques, más probabilidades hay de que te encuentres con una bomba. El túnel es muy amplio, así que seguramente el disparador esté en el suelo, o a muy poca distancia por encima. Ve con cuidado. No pises en ningún sitio que no puedas ver.

Tan pronto como pasa el primer tren por el andén desierto de la estación de Goya, Jon salta a las vías. El desvío está oculto tras una puerta metálica, trabada con un grueso y viejo candado. Salvo que el candado aparentemente intacto, no sujeta nada. Tan pronto Jon gira el pomo, el candado se mueve con la puerta.

Aquí vamos.

El aire dentro del túnel es antiguo, amargo. Las paredes rezuman, y la pintura es apenas un vestigio, blancuzco, entre manchas de humedades. El silencio sólo se ve interrumpido por el sonido de los trenes de la línea 2.

—Serán ciento setenta metros —había dicho Antonia—. El túnel está prácticamente entero en curva salvo una recta al final, pero tendrás que tener cuidado. Si te ven acercarte, serás un pato de feria.

Lo cual quiere decir que tendrá que apagar la luz de la linterna e ir a ciegas los últimos treinta metros.

Jon camina muy despacio, atento al suelo. Hay un limo verdoso y maloliente acumulándose en el fondo, cubriendo los agujeros donde antiguamente habían ido fijadas las vías.

No pises en ningún sitio que no puedas ver.

Jon escoge con mucho cuidado dónde pone los pies. El limo no cubre del todo el cemento, y Jon sólo apoya su peso en los lugares secos. En ocasiones tiene que dar pasos en diagonal, otros enormes, de noventa centímetros de largo.

Avanza muy despacio. Y menos mal.

La primera de las trampas es un hilo casi invisible. Cruza el túnel, de un lado a otro, sujeto con una hembrilla a la pared. El otro extremo se hunde bajo el limo.

Jon se agacha y usa uno de sus pañuelos para retirar parte del barro verdoso que hay en los agujeros donde antes se anclaban las vías.

Debajo asoma un plástico azul eléctrico, que envuelve algo. Jon no sabe lo que es, pero está seguro de lo que sucedería si el hilo se rompiera.

Se pone de nuevo en pie, y pasa con cuidado sobre el hilo.

Jon no se relaja. Y menos mal.

La segunda trampa está casi inmediatamente después. Pero esta vez no es un hilo. Jon la ve casi por casualidad, ya que la linterna refleja en la lente del emisor de rayos infrarrojos colocado en la pared. Diez euros en cualquier tienda de electrónica. Igualito que los de los ascensores.

Pegado a la pared empapada, el inspector Gutiérrez tiene que hacer acrobacias para pasar por encima del sensor, situado a medio metro

del suelo. Cuando consigue alejarse un poco, suelta un suspiro de alivio.

Jon sospecha que si hubiera interrumpido la comunicación entre los dos sensores, el mundo a su alrededor hubiera hecho *bum*.

Hay una tercera trampa ochenta metros más adelante. Es idéntica a la primera, salvo que esta vez el hilo está colocado tan pegado al suelo que es prácticamente invisible. De hecho, Jon no lo ve cuando pasa por encima de él. Si no lo pisa, es por pura y simple casualidad. Sólo se da cuenta de su existencia, con un sudor frío, cuando ve un segundo y tercer sensor infrarrojo por delante de él. Situados a distintas alturas. Medio metro y un metro por encima del suelo.

Me cago en Dios, piensa Jon.

Porque a ver cómo pasa por ahí.

No queda sino arrastrarse, y confiar en que no haya ningún hilo más por el suelo.

El inspector Gutiérrez se arroja al barro, con el cuerpo paralelo al hilo, y después repta por debajo de los sensores. Emerge al otro lado. El traje, las manos y la cara llenos de limo hediondo, unas náuseas terribles. El olor que le invade las fosas nasales es absolutamente repugnante.

No puede contenerse y vomita, aún a gatas. El asco se adueña de su cuerpo, lo posee y lo mueve de forma involuntaria, como un músculo bajo una corriente eléctrica. Escupe saliva, traga, vuelve a escupir más saliva. Cuando abre los ojos

(aún vivo, joder, aún vivo) le lleva un momento recuperar el control.

Se siente sucio.

Sin pañuelo para limpiarse, Jon se arranca la chaqueta, e intenta quitarse de la barba el cieno pegajoso, y limpiarse las manos lo mejor posible, usando el forro interior de seda. Deja atrás la prenda, inútil ya.

Esto no hay tintorería que lo arregle, piensa.

Se queda en mangas de camisa. Bajo ella se transparenta la palabra POLICÍA de su chaleco antibalas. No mucho, no obstante. La camisa es de algodón egipcio, y ha costado una cifra.

Ha llegado la hora de tomar una decisión. Porque un poco más

adelante, presiente cómo el túnel se acaba. Ahora que los LED de la linterna están cubiertos de barro, puede ver una luz tenue filtrándose tras las paredes curvas.

—Habrá una recta al final. Cuando llegues allí apaga la linterna —había insistido Antonia—. O te verán.

—Y si hay alguna trampa en los últimos metros, ¿qué pasa?

Antonia no había respondido a eso.

Jon apaga la linterna. Ahora ha llegado el momento de caminar a ciegas, guiado sólo por el tenue resplandor que tiene delante.

Mientras avanza en la oscuridad, sin otra referencia que la de la pared a la que ha pegado los brazos y la espalda, Jon es extraordinariamente consciente de su cuerpo. Sus músculos agarrotados por la tensión. El estómago que ahora es un nudo vacío, empujando contra el diafragma. El corazón que late desbocado. La sangre golpeando en los oídos. La mandíbula dolorida de tanto apretar los dientes. Los ojos, sedientos de información. Las yemas de los dedos extendidos, que perciben cada mancha de humedad. El mundo es un abismo, y la oscuridad no ofrece cobijo, sólo amenazas.

Piensa en su muerte, que se le antoja inevitable. En todo lo que alguna vez quiso hacer y desechó, porque mañana será otro día. En *amatxo*, a la que no ha dicho *agur*.

Treinta metros. Treinta metros más, sin saber si el siguiente paso va a soltar un hilo o cortar el circuito de dos sensores de infrarrojos. Sin saber si el siguiente paso será el último. Sin tener realmente claro por qué sigue adelante. Las certezas se han disuelto en el barreño ácido del miedo. Deber, honor, bondad, no son ahora más que palabras, letras amontonadas sin significado alguno. Que su cuerpo aborrece, ávido de supervivencia.

Si lo que quieres es vivir cien años, piensa Jon, *no vivas como vivo yo*.

15

Un secreto

Al otro lado del *qanat* y de la puerta trampa, una galería de servicio.

Pero ésta es décadas más antigua que aquella que Antonia encontró al principio de su viaje, hace horas que parecen ya días. Ahora está abandonada. De las personas que lo recorrieron sólo quedan vestigios. Un anuncio de cerámica en la pared nos ofrece «Válvulas Castilla, sólo lo mejor para su radio, apartado 242 de Madrid». Otro más adelante está convencido de que «¡Fumar Ideales te mantiene delgado! a la venta en las expendedurías de la Compañía Arrendataria de Tabacos».

Años treinta, calcula Antonia mentalmente. Antes de ser una galería de servicio, fue un túnel de paso del público. Cegado hace muchos años, deduce, al ver cómo se detiene abruptamente. La pared de ladrillo sin revestir probablemente tapa un acceso a la calle.

El extremo contrario del túnel, conduce a un lugar que lleva cerrado desde hace casi medio siglo.

Un lugar que ahora es la madriguera de Ezequiel.

El metro de Madrid guarda en su interior muchos secretos.

Uno de ellos es una estación fantasma, abandonada hace décadas. En su día formaba parte de un ramal único de la línea 2, que conectaba Goya con Diego de León. Inaugurada en 1932, cayó en desuso veintiséis años después, cuando el trazado cambió y se inauguró la línea 4. La enorme infraestructura se clausuró al público, pero los empleados del suburbano le dieron una utilidad diferente. Por la noche, cuando ya había concluido el servicio, los conductores hacían un último viaje.

Era conocido como *el tren del dinero*.

Sesenta hombres corpulentos recogían los miles de monedas que habían recaudado las taquilleras durante el día y los reunían en grandes sacos que cargaban en el tren del dinero. Después los acarreaban hasta la estación fantasma de Goya *bis*, donde volcaban los sacos en grandes mesas alargadas en el andén. Allí contaban la montaña de calderilla hasta la madrugada. Lo que no eran capaces de contar durante la jornada se acumulaba en dos enormes cajas fuertes creadas a medida por la prestigiosa casa Fichet. Tan sólo dos de los empleados más veteranos y de confianza conocían la combinación de las cajas.

A principios de los setenta, el lugar fue abandonado. Los empleados fueron reubicados, y los trenes del dinero, cancelados. Modernos métodos se emplearon para recoger la recaudación.

Goya *bis* se convirtió realmente en una estación fantasma. Sin electricidad, con la vía que conducía hasta ella retirada para ser usada en otros puntos de la red. Y el túnel de casi doscientos metros que llevaba hasta ella, bloqueado con una puerta que ya nadie cruza.

Un sitio que todo el mundo ha olvidado.

El escondrijo perfecto.

Antonia estudia el pasillo frente a ella. Al final, hay dos escaleras que descienden hacia el andén. Calcula el número de pasos que serán necesarios.

Apaga la linterna.

Las paredes están cubiertas de azulejos blancos, que reflejan la luz a pesar de estar cubiertos de polvo. No quiere alertar a sus enemigos de su presencia.

El resto del camino tendrá que hacerlo a oscuras.

El tiempo ya no es una línea recta, se ha desvanecido en la hoguera de la urgencia. Su vida —quién es, por qué lo es— carece de significado alguno. Todo lo que importa es el incierto y peligroso presente. Ahora el destino de Jorge, de Carla Ortiz, el suyo propio, no descansa enteramente en sus manos.

Todo este enorme esfuerzo no servirá de nada si cuando ponga en

práctica su plan, Jon no cumple con su parte.

Ahora debe hacer aquello a lo que se ha resistido con uñas y dientes toda su vida: confiar en otra persona.

Ezequiel

Para Nicolás, la noche ha estado plagada de espectros.

Se ha esforzado por dormir, porque el día siguiente será difícil, será peligroso, y necesita sus fuerzas. La muerte que contemplaba anoche —una salida, como una bendición oportuna— se le antoja ahora imposible. El infierno, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga, es real. Ahora lo sabe, porque se lo han dicho los espectros. Esta noche han hecho cola para visitarle, para deslizarse entre el jergón y la pila de ropa que le sirve de almohada, para torturarle durante su duermevela. Los espectros. El niño al que desangró, los policías de su antigua casa. Su hija Sandra. Ella no había hablado, sólo le había mirado con aquellos ojos tristes, los párpados a media asta de quien vive una vida que no le corresponde.

Sandra, le había recordado con aquella mirada la realidad de la que él lleva escapando durante meses.

No estás muerta. No quiero que estés muerta.

Ezequiel se revuelve en el camastro. Ve delante de él —o quizás sueña— un nido, en el que un pájaro de plumas negras deposita un huevo, antes de marcharse. Se despierta, con la piel ardiendo, pero no suda, porque tiene fiebre, una fiebre alta que le deja la cabeza pesada y los brazos doloridos. En el bolsillo de la camisa se ha guardado los comprimidos de ibuprofeno, el último blíster de la caja. Echa mano a él. Al tacto nota que todos los compartimentos transparentes están vacíos, sus pequeños hímenes plateados colgando tristes.

Se incorpora lo suficiente para girar la llave de la lámpara de gas. La bombona azul está casi vacía, pronto habrá que cambiarla, pero queda la suficiente para iluminar una buena parte del andén. Contra la pared hay dos cajas fuertes, enormes, altas. Entre ellas, el pasillo que lleva a la habitación que una vez sirvió de oficina, y donde ahora duerme Sandra

junto al niño, el niño pequeño que no ha parado de llorar desde que llegó, y que ahora parece haberse rendido al agotamiento.

Sandra se ha levantado. La oye abrir la puerta de la oficina y dirigirse hacia allí.

Nicolás sabe lo que va a decirle. La noche se termina, y ha llegado el momento. La mujer tendrá que unirse a los espectros. Sandra ha pensado la manera, una particularmente cruel. También le ha explicado lo que harán luego con el cuerpo. Lo abandonarán de madrugada, frente a una de las tiendas de su padre. Donde todo el mundo pueda verlo. Sandra dice que ha acabado el tiempo de ocultarse. Que ha llegado la hora de que el mundo conozca su obra.

Nicolás no quiere.

Busca su cuaderno sobre la mesa con la mirada, pero está muy lejos, y ella ya está allí, vestida con un mono azul, en el que aún quedan resecas manchas marrones. El consuelo de la confesión tendrá que esperar unas horas. Habrá añadido un nuevo racimo de pecados para entonces. Y más manchas de sangre a ese mono.

—Espero que hayas descansado bien —dice Sandra. Y no hay ironía ni crueldad en su voz, ella no sabe de los espectros. Tampoco dulzura, ni auténtico interés. En esa voz neutra, aterradora, no hay más que la exposición de un deseo propio, de una necesidad propia.

Nicolás adquiere en ese momento —es un momento breve— la certeza de que los espectros tienen razón. La niebla que vela sus pensamientos desde hace meses se levanta, y Nicolás ve la realidad tal y como es por un segundo. Va a responder a Sandra que se marcha. Mejor, se irá sin decir nada.

Después la niebla vuelve a caer, la resolución le abandona, el momento pasa.

—Trae ya a la mujer —exige Sandra.

Nicolás mira su reloj. Negro. Correa de nailon. Esfera grande y cuadrada. Una maquinaria extraña en este lugar, un siervo del orden en un laberinto de caos.

—Aún quedan once minutos.

Sandra se encoge de hombros.

—No tiene sentido alargarlo más.

Trae las gruesas correas de cuero. Se las tiende a Nicolás con un gesto imperativo, enervante.

Nicolás mira la mano de Sandra como si de ella colgaran dos serpientes venenosas. Él sí que quiere alargarlo más. Posponerlo unas horas. Después de una noche acosado por los espectros, lo último que quiere es atar esos instrumentos de tortura, sentir la carne blanda, suave y trémula de la mujer bajo aquellas correas. Quizás mañana, cuando haya podido utilizar su cuaderno, encontrar un relato que dé sentido a lo que le pasa. A lo que está haciendo.

—¿Hay algún problema?

Sandra tiene un brillo extraño en los ojos. Hay amenaza, por supuesto, pero también algo más. Cálculo. Aritmética. Nicolás no sabe que está siendo evaluado, que Sandra intenta decidir si puede seguir obteniendo provecho de él o si, por el contrario, ha llegado la hora de dejar atrás un caballo desfondado. Nicolás no lo sabe, pero intuye un peligro, al igual que los perros cuando sus dueños se preparan para salir de casa y dejarlos solos durante horas.

—Ningún problema —afirma Nicolás, extendiendo la mano y asiendo las correas.

Ella aún no las ha soltado, cuando escuchan la voz.

—Buenos días. Perdonen que les interrumpa.

Hace un millón de años, Nicolás fue una vez al zoo con su hija. En el pabellón de las serpientes había una pitón de Burma. Cuando se acercaron, el reptil giró la cabeza exactamente igual que Sandra lo acaba de hacer hacia el sonido.

Proviene de las escaleras, al fondo del andén.

—Lamento haber estropeado con mi presencia lo que estuvieran haciendo —insiste la voz de Antonia Scott.

Sandra suelta las correas, que quedan en manos de Nicolás. Se inclina sobre la mesa, y coge la pistola y una de las linternas.

—Mata al niño —le ordena—. Yo me encargo de esto.

A Nicolás lo que le aterroriza no es la orden, sino la sonrisa que le acompaña. Como si estuviera esperando aquella intromisión. Como si fuera lo que realmente más desease en el mundo.

Carla

Tres minutos antes

La cuerda está casi cortada.

La piel de sus antebrazos está desgarrada por varios sitios, y sus hombros protestan por haber mantenido la misma postura durante horas, pero apenas quedan unas pocas fibras.

Con un último esfuerzo, logra acabar el trabajo. Tan pronto la cuerda se parte con un suave chasquido, el enorme peso de la puerta metálica cae sobre su brazo, presionándolo. El dolor es inhumano, pero ella no suelta la cuerda, a la que se ha aferrado con todas sus fuerzas.

Sujeta el pedazo de baldosa con los dientes y comienza a tirar, arrancando más piel aún de sus antebrazos, que se queda enganchada en el borde oxidado de la puerta. Consigue agarrarla también con la mano izquierda, y sigue tirando. No hay esperanza en su corazón, tampoco certeza de sobrevivir. Sólo la urgente necesidad de seguir respirando. El dolor es secundario, el dolor es asumible. El dolor es vida, el esfuerzo titánico es vida. La sed insoportable, el líquido corrosivo que le bulle en los pulmones, pidiéndole que abandone su empeño, es vida. Rendirse, es muerte.

Dos palmos. Tres. Las baldosas que había usado como tope caen al suelo, y el ruido que hacen se le antoja a Carla fuerte como una sirena de bomberos.

Tiene que darse prisa. Es imposible que no lo hayan oído.

Comienza a arrastrarse, poco a poco, hacia la abertura que ha conseguido crear. No puede soltar la cuerda. Cuando la suelte, caerá. El sonido podría alertar a sus captores, si es que no lo han hecho ya las baldosas al caer.

Cree oír voces a lo lejos, una voz fuerte de mujer, pero no le presta

atención.

Tiene casi el cuerpo fuera. Pero sigue con el brazo extendido, sosteniendo la puerta metálica a duras penas.

Quien emerge al otro lado de la celda es la Otra Carla. La antigua Carla ahora le parece una pariente lejana, de esas que encuentras en las bodas y cuyo nombre alguien tiene que susurrarte al oído antes de saludar.

Es sobre el brazo derecho de la Otra Carla sobre el que cae la puerta —con un sonido tierno—, cuando las fuerzas la abandonan.

Cuando era niña, Carla —la antigua Carla— había corrido delante de su padre para impedir que una puerta de garaje se cerrara. Una de esas grandes puertas de garaje de cierre horizontal. Metió la mano para tocar la célula fotoeléctrica antes de que se cerrara del todo. Pero llegó tarde. Y la puerta la atrapó. La antigua Carla había chillado y llorado todo el camino al hospital. Le quedó una fea cicatriz en el antebrazo, y el músculo ligeramente hundido, incluso décadas después.

La Otra Carla, la Nueva Carla, no emite ni el más mínimo ruido. Sin soltar la baldosa, se muerde la cara interior de los carrillos para desviar la atención del dolor que está sintiendo en el brazo. Carla es ahora un animal atrapado, peligroso. Sería capaz de arrancarse a mordiscos su propio brazo con tal de salir de allí. Tiene que girar el cuerpo, ponerse en cuclillas, y alzar con sus últimas fuerzas la puerta sobre sus goznes, de forma que consigue liberar su antebrazo.

La puerta se encaja con un chasquido.

Carla está libre.

Estar allí, sola, en la penumbra incierta, le produce un miedo que no había sentido antes. El miedo a ahogarse en la orilla, tras haber cruzado a nado un mar embravecido.

Ahora su cuerpo le exige huir, correr en cualquier dirección. A un lado del pasillo puede percibir una luz tenue, así que intuye que ése no es el lado correcto. Lo sabe. La Nueva Carla sabe cosas. Al lado contrario sólo hay más oscuridad, en la que sólo hay una isla de luz.

Procede de una puerta.

La puerta de la habitación que había junto a su celda. Una puerta de

madera y cristal. Una puerta a través de la cual se vuelve a escuchar el llanto de un niño, que llama a su madre.

Es un truco. Huye. Huye.

Pero no puede huir. Tiene que saberlo.

Tengo que saberlo, piensa, mientras se vuelve hacia la puerta de madera.

Puede que su cuerpo esté pidiendo a gritos no saber, pero lleva demasiado tiempo —una vida— dándole la espalda a la verdad como para ceder esta vez.

La habitación es una oficina minúscula iluminada por una lámpara de gas, en la que los muebles se han apartado para hacer sitio a un colchón en el suelo. Al otro lado, atado con cinta americana a una tubería por una de sus muñecas, hay un niño pequeño. Vestido con pantalón gris y jersey verde. Los ojos hundidos y enrojecidos, la voz ronca por el llanto. Cuando Carla entra en la habitación, el niño la mira, aterrorizado. Carla no es consciente de su propia imagen hasta que se contempla a sí misma a través de los ojos del niño. Una aparición ensangrentada, sin otra ropa que el sujetador y las bragas, cubierta de suciedad y sudor.

Carla se arrodilla junto al niño.

—¿Cómo te llamas?

El niño aparta la mirada, ante aquel nuevo monstruo que ha surgido de la negrura para atormentarla. Abre la boca para llorar, hincha de nuevo los pulmones.

—No. No. Cálmate. Me llamo Carla. Vengo a ayudarte.

No espera a que el niño le conteste o a que procese su presencia, porque no hay tiempo que perder. Empieza a cortar la cinta americana por la que el niño está sujeto a la tubería, usando el trozo de baldosa. Ahora que puede verlo, por primera vez, se da cuenta de lo minúscula y patética que es esa improvisada herramienta. Y, sin embargo, la ha traído hasta aquí.

El niño la mira con los ojos muy abiertos, sorbiéndose los mocos. No es capaz de comprender por qué el monstruo sucio y cubierto de sangre lo está ayudando.

De pronto mira por encima del hombro de Carla, y sus ojos vuelven

a reflejar el terror.

Oh, no, piensa Carla, comprendiendo, un instante demasiado tarde, que ha cometido un error.

El hombre del cuchillo está a su espalda, la agarra del pelo, la lanza al suelo con brutalidad.

—No puedes hacer eso. ¡Se supone que no puedes hacer eso!

La cabeza de Carla rebota contra el cemento, y se queda atontada, boca arriba. El hombre del cuchillo se arroja sobre ella, entrelaza los dedos alrededor de su cuello y comienza a apretar.

Esto es lo que obtienes cuando intentas hacer algo bueno, piensa Carla. *Esto es lo que obtienes*.

Mientras los dedos del hombre del cuchillo aplastan su tráquea, Carla sólo siente una incomprensible sensación de injusticia. Durante su estancia en la oscuridad había aprendido que Dios, el Bien y el Mal, no eran más que monosílabos en mayúsculas. Pero aún quedaba dentro de ella un hálito de esperanza en una especie de equilibrio universal. El mismo que la había impulsado a entrar en la habitación, atraída por el llanto de aquel niño, cuya pierna se agita a sólo unos centímetros de su cara. La zapatilla tiene serigrafiado en el tobillo un Bob Esponja que ha perdido un ojo y parte de una mano, a fuerza de golpear un balón. Carla se da cuenta —en un último lapso de lucidez de su cerebro, que consume sus últimos restos de oxígeno— de que esa zapatilla también la tiene su hijo Mario. También está rozada en el mismo sitio. Es una de las que ellos fabrican. Un defecto que habría hecho notar al departamento correspondiente con un correo electrónico. Firme, pero cariñoso.

Sus ojos se inundan de nuevo de la luz blanca y cegadora.

Voy a morir, piensa Carla. No hay incredulidad, ni miedo, ni lamento. Sólo derrota.

Entonces oye algo —el sentido del oído es el primero que se pone en marcha en el cerebro cuando uno se despierta, y también el último en desaparecer—. Una voz masculina, seca. No entiende el sentido de las palabras. Pero los dedos dejan de apretar su garganta, y el cuerpo de Carla toma el control, pone en marcha los pulmones, de nuevo, traga el aire en bocanadas enormes, siente cómo la vida vuelve a inundarla

de nuevo…

Entonces suenan los disparos.

16

Un señuelo

Antonia avanza muy despacio.

Sabe que su única oportunidad descansa en manos de Jon. Que ella no es más que un señuelo, que debe servir para alejar a uno de los dos de la puerta, y darle al inspector Gutiérrez una oportunidad.

Mientras su voz resuena con fuerza por los pasillos, Antonia se mueve tan despacio como puede, confiando en que el eco en los azulejos sirva para despistar lo suficiente a cualquiera de los dos que vaya en su busca.

Antonia está convencida de que será Sandra. Querrá acabar con ella personalmente.

Se mueve, despacio. Tanto como puede. A su alrededor, el mundo conspira para delatar su ubicación. El cemento cruje bajo sus pies, el roce de su ropa arranca susurros de las paredes. Cada movimiento es una denuncia.

Su mente está cada vez más llena. Con el efecto de las cápsulas completamente desaparecido, Antonia tiene que luchar por mantenerse cuerda bajo la tensión.

—Es una cosa maravillosa, el sonido, ¿no te parece? —resuena la voz de Antonia por el pasillo—. Uno nunca puede estar seguro de su procedencia.

Sandra está subiendo las escaleras. A su espalda, Antonia puede ver el reflejo de su linterna, escudriñando la oscuridad, y sigue hacia delante, el único camino que le queda. El haz de luz ilumina la entrada del pasillo. Después Sandra se agacha, al final de las escaleras, y vuelve la esquina bruscamente. Dispara dos veces, y las balas

atraviesan el pasillo, se incrustan en la pared contraria, junto a los tornos de salida, sin encontrar en su camino nada más que aire. La linterna ilumina entonces el teléfono en el que Antonia ha grabado una larga nota de voz, llena de pausas, como señuelo para atraerles.

Sandra comprende el engaño tarde, y aplasta el teléfono bajo el talón con un gruñido frustrado, antes de correr de nuevo escaleras abajo.

17

Una oficina

El plan era muy sencillo.

Tan pronto como escuches mi voz, vendrán hacia mí.

Jon surge del túnel, milagrosamente vivo. No ha pisado ningún hilo, o si lo ha hecho, éste no ha activado ninguna trampa.

Frente a él está la estación abandonada. El andén a su izquierda es visible bajo la luz de una lámpara de gas, que crea una burbuja fantasmagórica y dibuja sombras oscuras en las paredes. Del pasillo más cercano vienen ruidos de pelea.

Jon sube a duras penas al andén, sintiéndose completamente expuesto mientras asciende. Tiene que apoyar ambas manos para conseguirlo. Después se interna por el pasillo. Un pie delante de otro, las rodillas ligeramente flexionadas, la pistola apuntando delante de él. A su espalda escucha dos disparos, pero sigue adelante igualmente.

La prioridad es mi hijo, Jon. Oigas lo que oigas, no vengas a ayudarme. Sigue adelante. Encuéntrale.

Eso piensa hacer.

Al fondo está la oficina, de la que proceden los ruidos. Cuando se asoma a la puerta puede ver a un hombre, de espaldas, a horcajadas sobre una mujer semidesnuda a la que está ahogando con sus propias manos. Las piernas de ella se agitan bajo su cuerpo.

—¡Alto, policía! —dice Jon, con la pistola, apuntando directamente entre los omóplatos del hombre—. Las manos sobre la cabeza, ahora.

El hombre tarda un instante en detenerse. Incluso de espaldas, Jon es capaz de percibir su asombro. No esperaba que le interrumpieran, no en ese momento.

—Las manos sobre la cabeza —insiste Jon—. No me haga repetírselo, Fajardo. Esto se ha acabado, joder.

Fajardo se vuelve —su rostro se recorta contra el resplandor de otra lámpara de gas—. Tras él, Jon puede ver al hijo de Antonia, con los ojos muy abiertos.

Está vivo. Está vivo. Hemos llegado a tiempo.

Sin dejar de apuntar a Fajardo, Jon se lleva la mano al cinturón y saca las esposas. Coloca una en torno a una de las muñecas de Fajardo. No llega a colocar la segunda. Tampoco llega a escuchar el sonido de los pulmones de Carla Ortiz, volviendo a llenarse de aire. Ni alcanza a oír los dos disparos que le derriban. Sólo siente el dolor, antes de que el suelo se alce en su busca.

Carla

El hombre del cuchillo se aparta de encima de ella, y Carla se escurre, gatea hasta el niño. Sus pensamientos están sorprendentemente vacíos, sus recuerdos han desaparecido. También el miedo y el dolor. Nada importa, salvo terminar de liberarle de ese trozo de cinta americana que ha dejado a medio cortar. La baldosa está en el suelo. La recoge, con dedos muy débiles, y sigue cortando. Apenas araña la superficie plástica, ni hablemos de cortar las fibras de tela que hay entre la capa plateada y la que contiene el adhesivo. Sus manos son las de una muñeca de trapo, su cerebro de serrín. Intenta aspirar más aire, intenta concentrarse por encima del mareo, de la visión borrosa, en los cuatro centímetros de cinta que faltan por romper. La baldosa es inútil en sus manos flácidas —la derecha no responde ya, la izquierda nunca sirvió de gran cosa—, así que se inclina sobre la muñeca del niño y emplea los dientes, los caninos que una vez insistió a su dentista en que no debía quitarle, a pesar de que eso le ahorraría meses de ortodoncia. Pero ella quería tener todas sus piezas.

Carla muerde, clava, roe. Uno de los caninos se parte, de forma longitudinal, cuando ella tira de la cinta. El dolor la alcanza al mismo tiempo que, con un rasgueo, la cinta se rompe

—Corre —le dice Carla al niño—. Corre y no mires atrás.

El pequeño se levanta, pasa junto al hombre del cuchillo —que está inclinado sobre el policía, estrangulándole como antes le había estrangulado a ella—, atraviesa la puerta y se desvanece en la oscuridad del pasillo.

18

Un andén

Desde las escaleras en las que está agazapada, Antonia escucha a Sandra correr de vuelta por donde ha venido. Su plan, que consistía en atraerla primero con el teléfono y emboscarla cuando descendiera por el otro lado, se ha ido al garete. Sandra se adelanta a ella, y regresa al andén, porque ha intuido la trampa.

Antonia se pone en pie, e intenta seguirla, desciende por las escaleras, pero su mente se empeña en jugar en el equipo contrario. Cuando el andén pobremente iluminado se abre ante su vista, los elementos se acumulan en su cabeza, ofreciéndoles su triste y macabra historia en décimas de segundo.

La mesa en la que murió Jaime Vidal, el adolescente secuestrado por error en lugar de Álvaro Trueba.

La lámpara de gas, que pestañea, intermitente, avisando de que se acaba.

Los restos de ropa, cartones de comida envasada, la asombrosa y mundana realidad cotidiana de los causantes del horror.

Las grietas en la pared, antiguas y amenazadoras.

El polvo en los rincones, una cucaracha que corre tan pronto ella pisa cerca.

El jergón, los elementosdetorturaabandonadosenelsuelo…

Antonia no puede respirar. La sobrecarga de información es demasiado para su cerebro, que le reclama una manera de filtrar, de controlar todos aquellos impulsos que le cuentan lo que ha sucedido aquí durante días y días con tanta viveza y exactitud como si estuviera viendo un vídeo en alta definición, superpuesto a las imágenes del mundo real.

Tengo que seguir. Tengo que seguir.

Sigue adelante, caminando por el andén, a trompicones. Levanta la pistola, porque al fondo Sandra está apuntando hacia delante, hacia el pasillo, y sea quien sea a quien vaya a disparar, Antonia sabe que debe impedirlo. Se restriega los ojos, intenta apuntar. Su cerebro envía a sus dedos la orden de apretar el gatillo, pero éste parece tardar una eternidad en transmitirla, en remontar la corriente de datos.

Sandra dispara dos veces.

Antonia dispara una.

El disparo de Antonia pasa junto a Sandra, y todo lo que consigue es alertarla de la presencia de Antonia a su espalda. Sandra se agazapa detrás de una de las cajas fuertes. Antonia parpadeando varias veces, intentando calmarse, se parapeta tras la otra.

En la oficina al fondo del pasillo, Jorge sale corriendo, pasa junto a Jon, caído en el suelo mientras Nicolás le estrangula, y corre hacia el andén.

Directo a las manos de Sandra, que le atrapa cuando llega a su altura.

Le sostiene en el aire, cogiéndole de la cintura, a pesar de que el niño patalea y se revuelve, y le pone la pistola en la cabeza.

—Muévete y te mato, mocoso de mierda —le susurra al oído.

Sandra se pone en pie

—Tengo a tu hijo —dice—. No se te ocurra acercarte.

—¡Jorge! —grita Antonia.

El niño reconoce a su madre, grita, vuelve a patalear. Quiere ir con ella, pero no es rival para la fuerza de Sandra, que, usándole como escudo, salta con él al andén y se interna en la oscuridad del túnel.

Carla

Carla siente una paz insólita. La pérdida de sangre, la asfixia, la deshidratación se han cobrado su precio. Se deja caer contra la pared, y cierra los ojos.

Ya puedo descansar, piensa.

Pero hay algo más que tiene que hacer. Aunque no puede recordar qué es. Aunque presiente que es importante.

Abre los ojos de nuevo. El policía sigue en el suelo, y está muriendo. Carla lo sabe, presiente que tiene que hacer algo al respecto. Salvarle, como él la ha salvado a ella. Pero Carla está débil. Y sin embargo…

Se incorpora, trastabillando, y consigue gatear, acercarse al hombre del cuchillo.

Piensa en Carmelo, desangrándose en un descampado.

Era de la familia.

Aún lleva la baldosa en la mano izquierda. La baldosa puntiaguda. La sostiene con la izquierda, alza el brazo para coger impulso, y la clava como si fuera un puñal en el cuello del hombre del cuchillo.

El hombre presiente algo en el último instante, y vuelve el rostro bruscamente. Su impulso se suma a la puñalada de Carla, que le hunde la punta de la baldosa en la carótida. El hombre mira a Carla con incredulidad —intentando recalibrar qué está pasando—, al tiempo que aparta los dedos de la garganta del policía e intenta quitarse ese elemento extraño del cuello. Un surtidor de sangre intermitente brota de su arteria, al tiempo que el hombre se desploma en el suelo, en un charco tibio y creciente que empapa las rodillas de Carla.

Tarda en morir, y Carla no pierde detalle de sus últimos instantes, de su lucha patética por contener la hemorragia, de sus ojos saltones y desencajados. Ojos vacíos de marioneta. Le mandaría al infierno, como hacen las heroínas de las películas cuando acaban con el villano,

pero no ve la necesidad. No siente emoción alguna. Se ha limitado a eliminar una alimaña. Como aplastar una babosa bajo la suela del zapato.

¿Ahora sí? ¿Ahora puedo descansar?

Su cuerpo responde por ella. Se deja caer sobre el pecho del policía. No escucha su corazón latir. Carla siente una vaga tristeza por haber llegado demasiado tarde, antes de sucumbir a la negrura.

19

Un andén

Antonia está a punto de desmayarse. Lo sabe. Su cerebro está programado —mutado, perversamente alterado— para funcionar al máximo en situaciones de tranquilidad. Pero una situación de amenaza hace que la histamina de su cerebro se descontrole, la vuelva receptiva a cada uno de los *inputs* de información que su mente excepcional recibe e intenta administrar. Una psicópata asesina que apunta a la cabeza con una pistola a tu hijo y le usa como escudo humano mientras huye por un túnel potencialmente cargado de explosivos está muy arriba en las situaciones de amenaza que Antonia Scott —o cualquiera— puede imaginar.

Completamente consciente de todos los elementos de su entorno, desde un antiguo anuncio en la pared

(Persil lava por sí solo)

hasta una lata de Coca-Cola a medio beber

(sensación de vivir)

junto a la pata de la mesa, a menos de medio metro de un charco de sangre reseca, Antonia se pone en pie. El peso del arma en su mano tira de ella hacia delante, hacia el semicírculo de negrura que se ha tragado a Sandra y a su hijo. Baja al andén de algún modo, tropieza, cae en el cemento. Siente la cabeza a punto de partirse en dos.

Cuando se incorpora de nuevo, vuelve a tropezar. Muy a tiempo, porque hay un fogonazo en la oscuridad. Sandra le ha disparado, y Antonia siente el disparo pasar rozando su pelo, tan cerca que el silbido le hiere los oídos.

—¡No me sigas, Scott!

Antonia no escucha —su mente ha procesado el disparo al mismo nivel que un tornillo oxidado en el suelo, que ha visto muy de cerca al

caer—. Se limita a seguir caminando hacia delante, en dirección a su hijo.

Se interna en las tinieblas. La paulatina reducción de estímulos en el interior del túnel, a medida que Antonia se va adentrando en él, va ayudándola a recuperar la calma.

Puede utilizar esa oscuridad que la rodea.

Antonia se pega a la pared, respira hondo y cierra los ojos. Intenta limpiar su mente de ruido, acallar los monos que saltan de un lado a otro.

Cuenta despacio, de diez a uno.

¿Cómo era tu rostro antes de nacer?

Abre los ojos de nuevo, y sigue adentrándose en el túnel. Por delante de ella puede escuchar cómo Jorge se revuelve.

—Tu hijo no me está ayudando nada, Scott. —La voz de Sandra resuena en las paredes, adquiriendo un tono omnipresente, amenazador—. Hay trampas en este túnel, ¿sabes? Y yo no he traído mi linterna. Así que, si sigue pataleando y no me deja concentrarme, quizás me encuentre con una por casualidad.

Antonia, con el corazón encogido por el miedo, tiene que volver a cerrar los ojos y respirar hondo.

—Jorge. Jorge, escúchame.

—¡Mamá! ¡Mamá, ayúdame!

Su hijo está llorando, desesperado. El corazón de Antonia se desgarra de dolor y de ansiedad. Pero no podrá ayudarle si no se calma. Si no le calma.

—Jorge, necesito que estés quieto. Necesito que estés quieto y que me escuches. Es peligroso que te muevas. Muy peligroso. Tienes que estar quieto, ¿me escuchas?

—¡Quiero ir a casa! ¡Quiero ver al abuelo!

Al abuelo, piensa Antonia, y su alma se lleva un buen mordisco.

—Irás con el abuelo enseguida, mi amor. Pero ahora tienes que estar quieto.

El niño deja de patalear.

—Así es mejor —dice Sandra.

Puede escuchar cómo deja a su hijo en el suelo —normal, el niño

pesa un quintal—. Intenta interpretar la situación por los sonidos que le llegan. Ahora debe estar caminando por delante, arrastrándole con la mano.

Antonia está acercándose al lugar donde el túnel comienza a trazar una curva. Asoma una mano, y la retira. Tal y como había anticipado, Sandra la estaba esperando, y dispara contra el movimiento que ha podido captar en los restos minúsculos de luz que se filtran desde el andén. Antonia se mueve en cuanto escucha el disparo, aprovechando que la deflagración habrá cegado momentáneamente a Sandra. Corre en diagonal a la pared de enfrente, y después se coloca en la misma en la que estaba antes, justo a tiempo de esquivar el disparo que Sandra ha hecho en dirección a la pared de la que acaba de marcharse.

—No conseguirás escapar, Sandra. Y Carla Ortiz vivirá. Has fracasado en todo —dice Antonia, poniendo la mano delante de la boca, para amortiguar el sonido y que Sandra no pueda reconocer con claridad de dónde viene.

Hay una risa, una risa agusanada, infecciosa y cruel.

—¿Todavía piensas que esto es por Carla Ortiz? ¿O por Álvaro Trueba? ¿Todavía crees en alguno de los cuentos bobos que usé con ese tarado de Nicolás Fajardo? Eres bastante menos impresionante de lo que me habían dicho, Antonia Scott.

Antonia camina cada vez más despacio. La voz de Sandra suena cada vez más cerca, con menos eco. Debe de estar a menos de seis o siete metros de ella. Si la escuchara acercarse, no tendría que esforzarse demasiado para acertar.

Se da la vuelta para contestar —no debería, pero necesita que siga hablando—, apunta su voz hacia el andén, usa la mano de nuevo para amortiguarla, para volverla imprecisa.

—¿Quién te había hablado de mí, Sandra?

—Y aún necesitas que te lo diga... Tú, que lo recuerdas todo, ¿no te acuerdas de a quién has hecho daño? ¿Qué secuelas va dejando tu batalla contra el mal?

Antonia no responde, porque no tiene respuestas.

—Pero él me encontró, Scott. Él me recogió, y me hizo mejor. Me enseñó a manipular a Fajardo. Inventó a Ezequiel para ti. No elegimos

el nombre de un profeta por casualidad. Un profeta habla por un poder mayor. Un profeta anuncia al que vendrá.

Antonia siente cómo el cuerpo se le contrae en un escalofrío de puro terror. Y odio, también. Porque ha comprendido por fin —con una certeza fría, afilada— qué es lo que ha estado ocurriendo desde el principio. Cómo han jugado con ella.

Él.

Dios, qué estúpida he sido.

Pero ahora no puede pensar en ello.

Cerca —cada vez más cerca—. Antonia escucha a Jorge revolverse de nuevo, intuyendo, quizás, la presencia de su madre.

—Haz que pare, Scott —dice Sandra, y en su voz hay algo más que crueldad esta vez—. Haz que pare, o moriremos los tres.

Miedo. Tiene miedo.

Tenemos que estar cerca de una de las bombas.

Antonia se devana los sesos, intentando encontrar la manera de rescatar a su hijo.

Y entonces comprende que esto no es un trabajo para la persona más inteligente del mundo.

Es un trabajo para una madre.

—Jorge —le llama—. Quiero que me escuches. Estás en peligro. Vamos a jugar a un juego, un juego al que juegas en la escuela. El huevo y el pato, ¿te acuerdas? Tienes que estar muy quieto, muy quieto como un huevo, y cuando yo te diga…

Antonia ha olvidado poner la mano delante de la boca y Sandra ha identificado de dónde procede su voz. Alza el arma en la oscuridad.

Antonia también.

—¡Duck! —grita.

Jorge se arroja al suelo, como ha hecho un millón de veces en el patio del colegio y en clase, porque *Duck* es pato en inglés, y también —ventajas de una educación bilingüe— agacharse.

Sandra dispara.

Antonia también.

Ambos fogonazos, casi simultáneos, interrumpen la oscuridad. El tiro de Sandra se aplasta en la pared, a milímetros del ojo de Antonia.

El de Antonia impacta en el hombro de Sandra, que cae hacia atrás en las tinieblas.

Jorge corre hacia su madre, que lo agarra, lo arroja al suelo, lo tapa con su cuerpo.

Entonces llega la explosión.

El fuego pasa sobre ellos —Antonia nota el calor abrasador en la piel desnuda de los antebrazos, en el pelo chamuscado—. Una tonelada de cascotes cae del techo y las paredes, algunos muy cerca.

Cuando pasa el polvo y el humo, siguen ambos bastante vivos.

Jorge abraza a su madre, en la oscuridad.

—¿Lo he hecho bien, mamá?

—Muy bien, Jorge —dice ella.

—Quiero ir con el abuelo.

—Ya te he oído antes —admite su madre, de mala gana.

Y luego hace algo, por primera vez en tres años. Le besa, en la frente. Un beso lleno de ternura. Tan pronto como sus labios abandonan su piel, Antonia se pregunta, atónita, cómo ha podido vivir sin esto.

Carla

Lo primero que ve cuando se despierta Carla es a una mujer inclinada sobre ella. Su rostro no tiene nada de especial, hasta que sonríe. Y es una sonrisa llena de luz.

El policía está allí también. Parece estar bien, después de todo, aunque tiene la cara roja y el cuello amoratado. Carla recuerda haberle salvado la vida. Se alegra de ello.

Hay llamadas de teléfono, varias. Carla no es demasiado consciente de lo que sucede. El policía habla, y la mujer también.

Estoy en shock, piensa. Se abandona a ello.

Después ambos la conducen por unos túneles antiguos y malolientes. Hay un niño, que viaja con ellos. Todo tiene la tonalidad evanescente de un sueño. A pesar de que se arrastran por lugares terribles, Carla se siente a salvo. Ya vendrán las pesadillas, ya habrá tiempo. Ahora sólo se siente flotar, como si el camino hacia la luz del día lo estuviera haciendo a bordo de una alfombra mágica.

A mitad de camino se encuentran con dos policías y un paramédico, que se vuelcan en atenciones con ella, le echan antiséptico en las heridas, le cubren los hombros con una manta, le dan líquidos. Le arrancan del lado del otro policía, el grande y ancho —no es que esté gordo—, de la mujer y del niño. La llevan hasta una escalerilla. Al otro lado se escucha la calle, la vida normal, la libertad. El final.

Carla se niega a subir, se retuerce, se agarra a la escalerilla.

—Quiero ir con ellos —dice, señalando hacia atrás—. Son los que me han salvado.

La mujer pequeña se agacha para abrazar a su hijo y le hace un gesto al policía grande, señalando hacia Carla. El policía grande niega con la cabeza. Ambos parecen discutir durante unos instantes. Al final el policía grande se encoge de hombros y se acerca hacia Carla.

—¿Cómo se llama? —pregunta ella.

—Jon Gutiérrez, señora Ortiz.

—Gracias por salvarme la vida.

—Lo mismo digo, señora. Estamos en paz.

—A usted le han pegado dos tiros por mi culpa. Creo que sigo ganando.

Jon se da la vuelta y señala los dos agujeros en su camisa.

—Esto en Bilbao son dos perdigonadas. Con el chaleco no creo que dejen ni cardenal.

Carla quiere reír, aunque apenas alcanza a esbozar una sonrisa.

Señala arriba, al círculo de luz, en el que se recortan un par de cabezas expectantes.

—¿Está esperándome?

—¿Su padre? Le hemos avisado, sí. Seguramente esté ya ahí arriba. Estamos cerca de su casa.

Carla piensa en qué le dirá cuando le vea. En si se atreverá a echarle en cara su traición, su cobarde traición como padre.

No estarán solos. Puede escuchar, a lo lejos, los flashes de los fotógrafos, las crónicas improvisadas de las reporteras, hablando a las cámaras en directo. Al fin y al cabo, sólo están a tres metros del suelo. Y una vida de distancia.

Avergonzarle en público. Ésa sería la mejor venganza, sin duda.

Pero también significaría destruir mucho y a muchos.

—¿Está listo para ser famoso? —le pregunta a Jon.

—Ya he sido famoso, señora. Pero para mal. No le niego que me vendría bien un poco de buena prensa.

—Pues suba usted primero, inspector. Y cuando esté arriba, ayúdeme a salir, páseme un brazo por el hombro y acompáñeme hasta mi padre.

Jon asiente, educado, y comienza la ascensión. Carla le sigue.

Aún no sabe qué le dirá a Ramón Ortiz.

Pero le quedan unos metros para decidirlo.

EPÍLOGO

Otra interrupción

Antonia Scott sólo se permite pensar en el suicidio tres minutos al día.

Para otras personas, tres minutos pueden ser una cantidad minúscula de tiempo. No para Antonia.

Los tres minutos en los que Antonia piensa en maneras de morir son sus tres minutos. No se los quita. No se priva de ellos. Son sagrados.

Antes eran lo que la mantenía cuerda, ahora son su tecla de escape. Le ordenan la mente. Le recuerdan que, por mal que se ponga el juego, siempre podrá ponerle fin. Que siempre habrá una salida. Que puede intentarlo todo. Ahora los vive casi con optimismo. Especula con ellos como un científico especula con sus fórmulas. Como un niño juega a soñar que será astronauta, aunque acabe trabajando en un taller. Le ayudan. Ahora son los que le dan fuerza para vivir.

Por eso no le gusta nada, nada, cuando unos pasos que conoce muy bien, tres pisos más abajo, interrumpen el ritual.

Antonia está segura de que viene a despedirse. Y eso le gusta menos aún.

Un ficus

A Jon Gutiérrez no le gustan las despedidas.

No es una cuestión de pereza. Sus despedidas suelen ser breves y concisas, nada de largos y emotivos discursos, ni cenas hasta la madrugada con borrachera y exaltación de la amistad. Un par de palmadas en el hombro, tanta paz lleves como descanso dejas. Sin miradas tristes, sin ojalás que esconden nuncas, sin nostalgia por anticipado.

Nada de todo esto molesta a Jon de las despedidas, porque Jon no tiene demasiadas relaciones (es monógamo), ni sufre en exceso cuando la gente sale de su vida (es monógamo en serie).

Lo que a Jon le jode es despedirse de Antonia Scott.

Quizás por eso ha subido por las escaleras. Para retrasar el momento.

—No aprendes, ¿eh?

Jon asoma desde detrás de una enorme planta. Ha venido cargando con ella los seis pisos, y no está para hostias.

—No cabía en el ascensor —miente.

—¿Qué es eso?

Antonia señala el enorme ficus como si en su casa acabara de aparecer un mono de tres cabezas.

—Es un ficus.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué me traes un ficus?

Jon deposita la gigantesca y pesada maceta en la esquina del salón, donde a Antonia no le va a quedar más remedio que convivir con ella. Eso, o llamar a un camión de mudanzas para que se la lleve.

—He pensado que quizás sea el momento de que vuelvas a amueblar la casa. Así, de a pocos —dice Jon, limpiándose un poco de tierra que ha quedado en la manga de su chaqueta.

—Soy malísima con las plantas. Las mato todas. En serio, es un

superpoder. Estará muerta antes de que salgas por la puerta.

Jon sonríe para sus adentros. Tanta inteligencia y aún no se ha dado cuenta de que la planta es de plástico.

Probablemente tardará.

—Tendremos que correr el riesgo —dice.

Antonia mira el ficus con perplejidad.

Al igual que el sarcasmo, figuras de pensamiento como la metáfora o la analogía no han formado nunca el grueso de su repertorio, pero la gente cambia.

Incluso ella es capaz de hacerlo.

—Hay una familia ahí abajo, en el tercero izquierda que quiere mudarse. Han encontrado un buen trabajo en otra ciudad.

—Me alegro por ellos.

—He pensado... He pensado que quizás podría interesarte. Es decir, si no tienes mucha prisa por volver a Bilbao.

Jon lo piensa un rato. No mucho rato.

—¿Y qué hacemos con *amatxo?*

—Aquí también hay bingos.

—¿Me vas a cobrar en tuppers, como al resto?

—¿Tu madre cocina bien?

Jon se ríe para sus adentros, pensando en las cocochas de su madre. *Bien*, dice.

—Ay, bonita. Fliparías.

Ambos se quedan en silencio, mirando el ficus.

—Así que estamos juntos —dice Jon.

—Eso parece.

—¿Y qué es lo que viene ahora?

Eso mismo lleva Antonia preguntándose un tiempo.

Han pasado ocho días desde el rescate *in extremis* de Carla Ortiz, y el polvo ha comenzado a asentarse. Los medios ya han olvidado a los policías por cuyas muertes se escandalizaban, y la falta de información

pública sobre la vida de Nicolás Fajardo y su hija ha secado el grifo. Ahora la atención vuelve, gradualmente, a las victorias de los equipos de fútbol y los deslices de los famosos.

El problema es que la Policía Científica fue al cementerio de la Almudena con sus tubitos de ensayo a comprobar quién demonios estaba enterrado en el nicho marcado como SANDRA FAJARDO.

Y, cinco días después, lo que sucedió te sorprenderá.

—El análisis de ADN es concluyente —le dice Mentor a Antonia por teléfono—. La mujer de la tumba es la hija de Nicolás Fajardo.

—¿Cómo de concluyente?

—99,8% de concluyente.

—Es bastante concluyente, sí —admite Antonia.

—No van a hacerlo público. Oficialmente, el caso está cerrado.

Qué sorpresa.

Antonia Scott tiene un problema.

Le falta un cadáver y le sobra otro.

Porque si la mujer de la tumba es la hija de Nicolás, ¿quién es entonces la mujer a la que ella disparó en el túnel? ¿Quién es la mujer que huyó, que activó la bomba trampa y sobre la que se derrumbó media tonelada de cascotes?

Cuyo cadáver —ése es el que le falta— aún no se ha encontrado.

Antonia no para de darle vueltas al misterio.

No puede dejar de pensar en cómo le hablaba, cómo se dirigía a ella. Como si la conociera. Con una familiaridad inexplicable, que Antonia achacaba a la locura.

Ahora ya no lo tiene tan claro.

Las últimas frases de Sandra —por llamarla de alguna forma— siguen resonando en su memoria.

Tú, que lo recuerdas todo, ¿no te acuerdas de a quién has hecho daño? ¿Qué secuelas dejó tu batalla contra el mal?

Él me recogió, y me hizo mejor.

Él.

No elegimos el nombre de un profeta por casualidad.

Un profeta habla por un poder mayor.

Un profeta anuncia al que vendrá.

—¿Y qué es lo que viene ahora? —ha preguntado Jon.

Antonia duda de si debe involucrarle en esto —o cuánto puede contarle—, pero al final va al armario de su dormitorio. Cuando regresa, trae una abultada carpeta marrón. Vieja, manoseada.

Se sienta en el suelo —de espaldas al ficus, las cosas llevan su tiempo— y comienza a expandir el contenido de la carpeta sobre el suelo.

Jon, resignado ya a la incomodidad, se sienta a su lado.

—He pensado que, mientras Mentor no encuentra otro trabajo para nosotros, quizás podrías ayudarme con un pequeño proyecto personal. El único caso que aún no he logrado resolver.

—Mentor me habló de ello. Pero no me dijo de qué se trataba. ¿Cuál es el caso que el ser humano más inteligente del planeta no es capaz de resolver?

Antonia no lo dice, pero piensa en cómo los sistemas complejos se reajustan. La escalada. La policía compra semiautomáticas, los criminales compran automáticas. Se ponen chalecos antibalas, ellos usan balas perforadoras. Pones a una mente especial a trabajar por su cuenta y ellos…

—Siempre hay alguien más inteligente que tú.

De la carpeta extrae una pequeña bolsa de plástico zip y se la tiende a Jon. Contiene una cartulina. Cuando Jon le da la vuelta, ve una fotografía.

Está realizada desde lejos, y muestra a un hombre elegante de unos treinta y cinco años. Pelo rubio y ondulado. A punto de subirse a un coche. Jon piensa que tiene cierto parecido con el actor escocés que protagonizaba *Trainspotting*. Pero es difícil decirlo. La imagen es borrosa.

—Es la única foto que existe de él. De hecho, él no sabe que existe. De lo contrario, no hubiera parado hasta destruirla y matar a todos los que la han visto. Tiene un cierto gusto por lo teatral.

—¿Quién es?

—Un asesino a sueldo. Quizás el más caro del mundo, no lo sé. Sin duda, el mejor. Puede hacer pasar cualquier asesinato por una muerte accidental. Incluso los más complicados. Ha trabajado en América, en Oriente Medio, en Asia… Desde hace tres años se ha instalado en Europa.

Jon se sorprende. Hay unos cuantos asesinos a sueldo en activo en Europa, y todos ellos tienen cierto predicamento entre las fuerzas del orden. Al fin y al cabo, que se sepa de ti es buena publicidad.

—¿Por qué no he oído hablar de él?

—Porque éste no es el típico pistolero, Jon. Este hombre es diabólico. Casi nunca se acerca a la víctima personalmente. Su método favorito es obligar a alguien para que mate por él.

El inspector Gutiérrez se rasca el pelo.

—Parece un tipo serio.

—Es el hombre más peligroso que existe, Jon. Diabólico —insiste ella—. Y quiero que me ayudes a cazarlo.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre real no lo sé. Nadie lo sabe.

Antonia duda un momento. Y finalmente dice el nombre, el nombre que no ha vuelto a pronunciar en voz alta desde hace tres años. Desde que entró en su casa, desde que le disparó a ella, desde que dejó a Marcos en coma. Desde que se lo robó todo.

—Se hace llamar señor White.

Madrid, junio de 2015 - mayo de 2018

Nota del autor

Me gusta incluir algunos detalles sobre los sucesos reales que han inspirado o servido de documentación para mis novelas, y por alguna razón hay lectores que los aprecian.

Comencemos por la inteligencia de Antonia: no está tan lejos de la realidad. Para la creación de sus procesos mentales me he basado en el modo en el que descubrieron la grandeza de su propia mente y las capacidades de dos mujeres: Marilyn Vos Savant, con un cociente intelectual de 228 (si bien los números son discutidos) y Edith Stern, que a los dieciséis años ya era profesora de Matemáticas Abstractas en la Universidad de Michigan. En el caso de Edith, con un cociente de 205, la naturaleza no obró sola. Dos días después de su nacimiento su padre, Aaron Stern, dio una rueda de prensa para comunicar que iba a convertir a su hija en un genio. Dedicó su vida entera y todo el tiempo de la niña (a la que apartó de su madre) a esa tarea, trabajando con tarjetas en las que le mostraba animales, edificios famosos y conceptos desde que tenía semanas de edad. A los dos años la niña conocía el alfabeto completo. Hoy Edith tiene 128 patentes a su nombre y es una de las personas cuyo trabajo más ha influido en la computación en tiempo real. El método, aunque inhumano y absolutamente desaconsejable, no es la primera vez que se usa. Teón ya lo empleó en el siglo IV con su hija Hipatia, la primera mujer reconocida como un genio universal. Hipatia destacó en los campos de las matemáticas, la filosofía y la astronomía. Fue asesinada por una turba de fanáticos religiosos. Los motivos han dado para muchos libros apasionantes, no dejes de buscar alguno, lector.

Me he tomado algunas libertades con la geografía de Las Rozas y el barranco de Majalacabra, el lugar donde he situado el Centro Hípico, que espero que los vecinos de Las Rozas sepan perdonarme.

El poema que inicia el amor entre sir Peter Scott y Paula Garrido, causa última de la existencia de Antonia Scott, es *Tigre, Tigre*. Es, efectivamente, el poema más hermoso jamás escrito. Una lectura reposada, incluso en su traducción al español, llena el alma de belleza, de miedo y de desconcierto. Blake dialoga con el Mal, encarnado en el tigre, y se pregunta:

¡Tigre! ¡Tigre!, fuego que ardes
en los bosques de la noche,
¿qué mano inmortal, qué ojo
pudo idear tu terrible simetría?

Blake interroga al tigre y a los cielos distantes sobre ese Dios, ignorante a las plegarias, capaz de crear al cordero y a una pesadilla de tres metros. Todo el poema es magnífico, pero el verso que la madre de Antonia le recita a su futuro marido me parece el más significativo. Al fin y al cabo, ella es el horno que forjará un cerebro cuyo único propósito es vencer al Mal.

La frase «¿Cómo era tu rostro antes de nacer?» es un *koan*, al igual que podría serlo la paradoja de la fuerza irresistible. Los ejercicios de lógica que plantean argumentos irresolubles siempre me han apasionado. De hecho, la palabra china *máodùn*, «paradoja», es una de esas palabras especiales que Antonia podría incluir en su vocabulario. Literalmente significa «lanza-escudo». La historia del origen etimológico la recoge un tratado filosófico del siglo III, *Han Feizi*.

El cuento narra cómo un hombre intentaba vender una lanza y un escudo. Los potenciales compradores preguntaban:

—¿Cómo de buena es la lanza?

—¡Puede perforar cualquier escudo!

—¿Y tu escudo?

—¡Podría parar cualquier lanza!

—¿Y qué ocurriría si tu escudo intentase parar tu lanza?

Y entonces el hombre no supo qué contestar.

Una aclaración final, aunque supongo que no hace falta, pero tengo la sensación de que con ella me voy a ahorrar muchas cartas.

Sí.

Antonia y Jon regresarán.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias.

A Antonia Kerrigan y todo su equipo: Hilde Gersen, Claudia Calva, Tonya Gates y los demás, sois los mejores.

A Carmen Romero, que creyó en este libro por encima de todo y de todos, que tuvo más paciencia conmigo de la que merecía. A todo el equipo de Penguin Random House y muy especialmente a los comerciales, que se dejan la piel y el aliento en la carretera para hacer apostolado de nuestros libros. A Raffaella Coia, Eva Armengol y Juan Díaz.

A Rodrigo Cortés, que restó horas —ya de por sí escasas— al sueño durante el montaje de su genial largometraje *Blackwood* para leer el manuscrito y hacer imprescindibles aportaciones.

A Arturo González-Campos, mi amigo, mi socio en tantas locuras, que leyó, aportó y me tranquilizó.

A Javier Cansado, que no se lo ha leído, pero ha visto el tráiler.

A Joaquín Sabina y Pancho Varona, que me arrullan desde el altavoz.

A Manuel Soutiño, otra vez has vuelto a estar, con tus ánimos, con tu amistad. Gracias. Te debo mucho.

A Bárbara Montes, siempre. Incluso cuando mientras escribías tu propia novela, *El Pintor de Tiovivos* (¡pronto en librerías!), te preocupaste por echarme una mano con ésta. Tú eres mi Guantelete de Infinito con todas las gemas dentro. Te quiero.

Y a ti, lector, por haber convertido mis obras en un éxito en cuarenta países, gracias y un abrazo enorme. Un último favor. O mejor dicho, dos favores.

El primero: no hables a nadie del final, ni me hagas comentarios en redes sociales acerca del final. Si escribes una reseña en una librería online o en Goodreads (gracias, por cierto, eso ayuda mucho), no

comentes nada, ni siquiera bajo la etiqueta *SPOILER*, pues todo el mundo podría verlos y se arruinaría la sorpresa. Si quieres comentarme o preguntarme algo sobre *ESE TEMA*, puedes hacerlo por email, y te responderé con mucho gusto personalmente.

El segundo favor: Si has pasado un buen rato, escríbeme y cuéntamelo (pero insisto: ¡pero no hables del final en redes!).

juan@juangomezjurado.com
twitter.com/juangomezjurado

JUAN GÓMEZ-JURADO

LOBA NEGRA

B

Loba Negra

Juan Gómez-Jurado



Para Babs,
porque la amo

Para Arturo, Javi y Rodrigo,
por lo que sea

Un abismo

Antonia Scott nunca se ha enfrentado a una decisión tan difícil.

Para otras personas, el dilema ante el que ella se encuentra podría ser algo insignificante.

No para Antonia. Diríamos que su mente es capaz de trabajar a muchos niveles de distancia en el futuro, pero la cabeza de Antonia no es una bola de cristal. Diríamos que es capaz de visualizar frente a ella decenas de unidades de información al mismo tiempo, pero la mente de Antonia no funciona como en esas películas donde ves un montón de letras sobre la cara del protagonista mientras éste piensa.

La mente de Antonia Scott es más bien como una jungla, una jungla llena de monos que saltan a toda velocidad de liana en liana llevando cosas. Muchos monos y muchas cosas, cruzándose en el aire y enseñándose los colmillos.

Hoy, los monos llevan cosas terribles, y Antonia siente miedo.

No es una sensación a la que Antonia esté acostumbrada en absoluto. Al fin y al cabo Antonia se ha visto en situaciones como:

– Una persecución a gran velocidad con lanchas motoras de noche en el Estrecho.
– Un túnel lleno de explosivos en el que una secuestradora apuntaba a un rehén particularmente valioso a la cabeza.
– Lo de Valencia.

Su astucia le salvó el día de las motoras (dejó que los de delante se estrellaran) y su conocimiento (de aves en inglés) en el túnel. Sobre lo de Valencia, se desconoce cómo salió con vida (la única) de aquella carnicería. Se ha negado siempre a contarlo. Pero salió. Y no sintió miedo.

No, Antonia no siente miedo de casi nada, salvo de sí misma. De la vida, quizá. Su pasatiempo es imaginar durante tres minutos al día cómo matarse, al fin y al cabo.

Son sus tres minutos.

Son sagrados.

Son lo que la mantiene cuerda.

Es, de hecho, la hora. Pero en lugar de estar sumida en la paz de su ritual, Antonia está sentada frente a un tablero de ajedrez. Las fichas, blancas y rojas, al estilo inglés. Un alfil de Antonia tiene a su alcance el jaque mate.

Rojas juegan y ganan.

Una decisión sencilla.

No para Antonia.

Porque al otro lado del tablero está Jorge, mirándola muy fijo, con los ojos entornados. A través de esas medias lunas verdes se intuye todo el desafío y mala baba que caben en un metro diez.

—Mueve de una vez, mamá —dice Jorge, dando un ligero puntapié bajo la mesa de mármol—. Me aburro.

Está mintiendo. Puede que Antonia no sepa qué hacer. Pero reconoce la mentira.

Jorge espera, ansioso, para saber si moverá el alfil y le ganará, para poder iniciar una rabieta por haber perdido. O, por el contrario, que Antonia mueva otra pieza, para poder iniciar una rabieta por haberle dejado ganar.

De la parálisis la arranca una interrupción. Sobre la mesa, el teléfono muestra una cara rubicunda. Muy pelirroja y muy vasca. La vibración del aparato agita las piezas, furiosas, en los escaques.

Jon sabe que está con Jorge. Su tercera visita desde que el juez consideró darle una segunda oportunidad, en contra de la opinión del abuelo del niño. Está a prueba. Jon no llamaría si no fuera importante.

Antonia se excusa con un leve encogimiento de hombros, y se pone de pie para contestar la llamada. Dando la espalda a la frustración de su hijo y a la trabajadora social que no deja de tomar notas con cara inexpresiva en una esquina de la habitación.

Por poco que le guste escaparse con un subterfugio, Antonia ya ha

decidido que ése era un juego al que no podía ganar.

Y eso le gusta aún menos.

PRIMERA PARTE

ANTONIA

Puedes hacerte amigo de un lobo.
Puedes romper al lobo.
Pero nadie puede domesticar a un lobo.

GEORGE R. R. MARTIN



1

Un cuerpo

A Jon Gutiérrez no le gustan los cadáveres en el río Manzanares.

No es una cuestión de estética. Este cadáver es muy desagradable (parece que lleva un tiempo en el agua), con la piel cerúlea repleta de manchas violáceas, las manos casi separadas de las muñecas. Pero no es cuestión de ponerse exquisitos.

La noche es particularmente oscura, y las farolas que iluminan el mundo de los vivos, a seis metros por encima de ellos, sólo sirven para hacer las sombras más densas. El viento arranca extraños murmullos de los carrizos, y los ochenta centímetros de agua están tirando a fresquitos. Al fin y al cabo, estamos en el Manzanares, son las once de la noche y febrero ya asoma su grisácea pata por debajo de la puerta.

Nada de todo esto molesta a Jon de los cadáveres en el Manzanares, porque está acostumbrado a las aguas gélidas (es de Bilbao), a los murmullos en la oscuridad (es gay) y a los cuerpos sin vida (es inspector de policía).

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de los cadáveres del Manzanares es tener que sacarlos a pulso.

Si es que soy imbécil, piensa Jon. *Esto es trabajo de novatos. Claro que estos tres madrileños tirillas no pueden ni con sus propias*.

No es que Jon esté gordo. Pero media vida siendo el tipo más grande de la habitación va generando unos hábitos, quieras que no. El defecto de ayudar. Que se vuelve necesidad cuando ves a tres memos recién salidos de la academia hacer el pato entre los juncos, intentando sacar el cuerpo. Consiguiendo, casi, ahogarse a cambio.

Así que Jon se enfunda el traje de plástico blanco, se calza las botas de goma y se tira al agua con un *mecagüenvuestraputamadre* que deja las mejillas de los novatos color rojo bofetada.

El inspector Gutiérrez se acerca, a grandes zancadas, desplazando por igual el agua y a los polis primerizos, y llega hasta la isleta de vegetación donde ha embarrancado el cadáver. El cuerpo se ha enredado en unas raíces, y está sumergido en la corriente. Sólo asoman el rostro desvaído y uno de los brazos. Agitada por el río, parece que la víctima intente nadar para escapar al destino inevitable.

Jon se santigua mentalmente y hunde los brazos por debajo del cadáver. Está blando al tacto y la grasa subcutánea se menea bajo la piel como un globo relleno de pasta de dientes. El inspector jala. Con todas sus fuerzas de *harrijasotzaile*, de levantador de piedras. Hasta con trescientos kilos puede, en un día bueno. Afianza las piernas.

Se van a enterar estos novatos.

Sus enormes brazos se tensan, y ocurren dos cosas al mismo tiempo.

La segunda, que el cuerpo no se mueve ni un centímetro.

La primera, que el fondo arenoso del río se traga el pie derecho del inspector, que cae de culo en mitad de la corriente.

Jon no es un fulano con la lágrima fácil, de esos que se quejan sólo por vicio. Pero las risas de los novatos no las atenúan ni el ruido de la corriente, ni los murmullos del viento entre los carrizos, ni sus propias blasfemias. Así que Jon, con el agua hasta los hombros y el orgullo raspado, se permite un instante para eso tan humano de compadecerse de sí mismo y echarle las culpas de sus males a otro.

¿Dónde coño estás, Antonia?

2

Un cable

—Así no va a salir, inspector —dice una voz femenina junto a su oreja.

Jon se agarra del antebrazo de la doctora Aguado, que le ayuda a incorporarse. Las manos de los forenses le dan repelús, pero cuando tienes el culo hundido en el lecho arenoso te aferras a lo que te ofrecen.

—Creía que los cadáveres flotaban. Pero éste parece empeñado en hundirse.

Aguado sonríe. Rondará los cuarenta. Pestañas largas, maquillaje desvaído, piercing en la nariz, una pícara languidez en la mirada. Ahora con una chispa de alegría. Se ha echado novia, dicen las malas lenguas.

—El cuerpo humano es agua en más del sesenta por ciento. El agua no flota, así que primero se va al fondo. En las condiciones adecuadas de temperatura, las bacterias comienzan a descomponer el cuerpo en cuestión de horas. Estamos a cuatro grados, y el agua a unos seis, así que… más bien días. Los gases llenan el estómago e intestinos y *pop*. Arriba otra vez.

Aguado se arrodilla, sujeta con una mano el cuerpo e introduce la otra debajo, y va palpando.

—¿Quiere que la ayude, doctora?

—No se preocupe. Sólo necesito encontrar qué es lo que la está reteniendo.

Jon echa una mirada a la masa informe e hinchada. Flota bocabajo, semihundida, desnuda. El pelo, de un color indefinido, lo lleva muy corto. Jon se pregunta cómo narices ha sabido que era una mujer.

—¿Cómo narices ha sabido que era una mujer?

—Por muchos motivos, inspector —responde Aguado—. Por el ángulo clavicular, por la ausencia de protuberancia occipital, y porque, aunque usted no lo vea, ahora mismo estoy sosteniendo bajo el agua lo que, con total seguridad, es el pecho izquierdo de la víctima.

La forense se pone en pie y le pasa su linterna. Pequeña, pero potente. Jon la ayuda a orientarse mientras Aguado extrae unas tijeras redondeadas de la bolsa impermeable que lleva colgando del cuello. Vuelve a agacharse, y forcejea debajo del cadáver. De pronto, con un movimiento brusco, éste se libera y asciende por completo a la superficie.

—El asesino le ató un cable al muslo —dice Aguado, señalando una línea fina y hundida en la parte de atrás de la pierna—. Seguramente con un peso. Ayúdeme a darle la vuelta.

Ahora el cuerpo no pesa, y girarlo no les lleva más esfuerzo que pasar una página, la última. Los ojos han desaparecido, comidos por los peces. El rostro parece una máscara que quiso Carnavales y encontró fatalidad.

Antes de venirse a Madrid, cuando todavía pateaba las calles malas del *botxo*, Jon se creía más duro. En Otxarkoaga todo era ruido de cristales, nidos de manzanas que se acaban por pudrir. Allí, cuando veía un muerto, Jon no sentía una punzada de desánimo, ni un apretar de dientes, ni un qué te ha pasado, quién te ha hecho esto.

Allí se sentía funcionario.

Aquí se siente responsable.

Maldita Antonia.

Arrastrándolo por debajo de los hombros, Jon se abre paso entre los carrizos y lleva el cadáver hasta el terreno seco de la isleta.

—Sin causa de la muerte aún —dice Aguado, como hablando para sí misma. Hace una pausa, parece escuchar algo—. El nivel de adipocira es muy elevado. Al menos una semana sumergida, quizá más.

—En cristiano, doctora.

La forense señala los bultos y protuberancias bajo la piel azulada del

cuerpo. El estómago, amorfo e hinchado, cuelga sobre el hueco del pubis hasta hacer desaparecer el vello.

—La adipocira se produce cuando un cadáver permanece sumergido en agua. Los microorganismos convierten la grasa subcutánea en jabón, para entendernos. Les diré más mañana, ahora tengo que ponerme a trabajar antes de que el contacto con el aire ponga en peligro las pruebas, inspector —dice Aguado, señalando la orilla.

Jon sabe cuándo lo echan. Hace un gesto, y los novatos se acercan a la isleta, provistos de una camilla y grandes plásticos transparentes. El cadáver está demasiado deteriorado como para meterlo en una bolsa estándar. El inspector les deja —ahora sí, ahora ya podrán— el trabajo sucio. Vadea a grandes zancadas de vuelta al murete que canaliza el río. En esa zona no hay escaleras ni modo habitual de subir, pero los policías han instalado una escala de cuerda, por la que Jon eleva sus ciento diez kilos de regreso al nivel de la calle.

Desierta, salvo por un hombre apoyado en un coche patrulla. Moreno, de entradas pronunciadas, bigote recortado fino y ojos de muñeca, que parecen más pintados que reales. Abrigo corto, color camel. Caro.

—Parece que refresca —dice Mentor, exhalando una bocanada.

El orgullo raspado de Jon cicatriza un poco. No hay nada que cure más la propia ignominia que ver a otro ser humano caer en una mayor. Y Mentor está *vapeando*.

—¿Y eso? —dice Jon, señalando al cacharro.

Mentor se introduce la boquilla entre los labios —finos, casi invisibles—, aspira y exhala de nuevo. El viento arrastra hasta Jon una nube con olor a mandarina.

—Ya estaba en tres paquetes al día. La semana pasada me encendí un cigarro en la ducha. Así que pensé que por qué no probar.

—¿Y funciona?

—Qué quiere que le diga. Me meto el doble de nicotina que antes, y tengo el triple de ganas de fumar. ¿Ha dicho algo Aguado ya?

—Que la víctima es mujer. Asesinada. Una semana en el agua, o más. Y que la deje en paz.

—Bastante comunicativa, para lo que suele ser. ¿No la ha notado

más alegre estos días?

—Yo creo que se ha echado novia —dice Jon (él es las malas lenguas).

El inspector comienza a despojarse del traje de plástico, aunque rechaza la manta que le tiende Mentor.

—Espero que no se haya mojado, inspector. Esta zona del río no es demasiado recomendable para la salud.

—¿Y eso?

Mentor aguarda a que el inspector recupere su abrigo y sus zapatos de vestir, y le conduce hasta la orilla.

—En 1970 se rompió una tubería de un centro experimental secreto no lejos de aquí. Resulta que el Caudillo estaba empeñado en tener la bomba atómica como fuera, y tenía a unos cuantos científicos haciendo pruebas con plutonio. No fue público hasta 1994, pero más de cien litros de material radiactivo acabaron vertiéndose en el Manzanares por ese desagüe de ahí. —Mentor señala a un punto de la oscuridad—. Unos cientos de casos de cáncer aquí y allá, nada serio. Pero no es un sitio que yo elegiría para bañarme.

Jon no reacciona. Siente, por supuesto, que le pica la piel de todo el cuerpo, y que el pelo rojizo de la barba está empezando a caerse. Pero no piensa abrir la boca. No sea que, al hacerlo, se le desprendan los dientes.

Mentor, muy serio, mira el reloj.

—¿Dónde está Scott?

—La llamé hace más de tres horas —contesta Jon, cuando comprueba que, después de todo, el envenenamiento por radiación no ha hecho aún acto de presencia.

—Tampoco es que sea imprescindible que venga. Sólo hemos apartado a las autoridades competentes y movilizado a la unidad Reina Roja en plena noche por ella.

—Eso es injusto —protesta Jon, con energía—. Podría...

La vehemencia es de puertas para fuera. Por dentro, Jon tiene la duda asomando tras las cortinas.

Han pasado siete meses desde que Antonia y Jon rescataron a Carla Ortiz. El caso había dado la vuelta al mundo, tanto por la misteriosa desaparición de la heredera como por lo que sucedió después entre ella y su padre. De Antonia Scott y del proyecto Reina Roja, ni una línea en los medios. De Jon, poco. Al salir de la alcantarilla junto a Carla se protegió la cara de los flashes de los fotógrafos. Una foto borrosa, una flor sin olor.

No hay premios en el proyecto Reina Roja, sólo anonimato. Una vida sin nombre, un montón de ilusión. Y eso ya fue bastante premio.

El odioso Bruno Lejarreta, que pretendía hacer carrera televisiva en Madrid a costa del escándalo, se encontró con un problema. Ya no se podía hablar del inspector Gutiérrez. Cuando ya no te sacan ni en Trece TV, ha llegado la hora de volverte a casa con el rabo entre las piernas. *Uy, qué pena*, pensó Jon cuando se enteró. Y se abrió otra cerveza.

Los contenedores de basura matinales escarbaron durante unos días en el caso Ortiz. El cadáver de uno de los secuestradores había aparecido, pero el otro seguía presuntamente bajo los escombros del túnel de Goya Bis. Se preguntaron por su identidad. Esto. Y lo otro. Y lo de más allá. Todólogos y tuiteros hablaron sin saber del tema antes de pasar a hablar sin saber de otro distinto. La vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido.

El mundo pasó página.

Antonia no.

Antonia Scott *nunca* pasa página.

—Podría ser ella... —concluye Jon, señalando al cadáver, tendido sobre el plástico en mitad de la isleta. Los novatos han colocado seis focos halógenos potentes, con su pie naranja clavado en el suelo entre la vegetación. La oscura intimidad de la muerte se ha transformado en una deforme lección de anatomía.

Mentor sacude la cabeza con desagrado.

—Sólo es otro cadáver sin identificar aún. El sexto, si no recuerdo mal. Otro más que acabará siendo obra de un mal viaje o de un

maltratador. Nada de nuestra competencia. Estamos perdiendo el tiempo.

Antonia no ha dejado de buscarla. Tirando de cada hilo. Analizando cada retazo de información. Insistiendo en que investiguen cada cadáver sin identificar que aparezca en Madrid o alrededores. Pero por más tiempo y recursos que ha dedicado, la mujer anteriormente conocida como Sandra Fajardo no aparece.

Antonia se ha negado a aceptar más casos hasta que no aparezca. Y eso es un grave problema. Por mucha manga ancha y crédito extraoficial que les diera el asunto Ortiz, han pasado siete meses.

El problema del crédito extraoficial es que es tan volátil como la memoria de los políticos. Que son los que le dan cuerda a Mentor.

—Tampoco es que haya habido otros casos —insiste Jon.

—Y usted qué coño sabrá, inspector —dice Mentor. Que entre la falta de cuerda, el frío y el mono de fumar, está *umore txarra*. Muy mala uva. Ni una sola de esas sonrisas suyas, fáciles y vacías—. Usted qué sabrá de las órdenes de arriba que he tenido que parar. O las amenazas oscuras en las que ella podría haber ayudado.

Jon se rasca el pelo —ondulado tirando a pelirrojo, habíamos dicho — y respira hondo. Llenar ese torso enorme lleva unos cuantos segundos y bastantes litros de oxígeno. Que son los que necesita para calmarse y no calzarle a su jefe una galleta que le mande dando vueltas al fondo del río.

—Hablaré con ella. Pero...

Jon se detiene a mitad de la frase. Mentor se vuelve hacia él, extrañado, y sigue la dirección de su mirada hacia el centro del Manzanares. Una luz flota corriente abajo. Fantasmagórica, si los fantasmas brillaran en rosa fosforito. La luz se va alejando de la isleta, pegada al talud de la orilla opuesta. Otra le sigue, flotando más hacia el centro. Y otra más se intuye río arriba.

A cincuenta metros de ellos, una cuarta luz parece saltar desde el murete que protege el río un poco más arriba, antes de impactar en la superficie con un lejano *plof*.

—Scott —masculla Mentor. Más enfadado que nunca. Se gira hacia Jon, y su mirada dice: «Vaya a buscarla y hágala entrar en razón».

La mano apretada en un puño de Jon dice: «Qué ganas tengo de cruzarte la cara». Pero como la lleva metida en el bolsillo del abrigo, no transmite el mensaje. Y al inspector Gutiérrez no le queda otra que obedecer e ir en busca de Antonia Scott.

3

Un puente

Así que Jon Gutiérrez entra en el puente de la Arganzuela (distrito de Carabanchel, Madrid) de un humor bastante agrio. Por la ignominia de la caída, por las horas, por el hambre, y porque a Antonia no hay quien carajo la entienda.

Ha ido siguiéndola río arriba, atisbándola a lo lejos. Una figura diminuta que, cada pocos pasos, arrojaba al agua una de aquellas luces, se detenía unos instantes y luego seguía su camino.

Jon ha acortado distancias despacio, dándole vueltas en su enorme cabezota pelirroja a cómo abordar la situación. Antonia Scott no es precisamente una persona razonable. Los argumentos resbalan por encima de ella como el agua por las plumas de un pato. Y más cuando lo que está en juego es encontrar al hombre que dejó en coma a su marido. El hombre que, según Antonia sospecha, estaba moviendo los hilos de Sandra Fajardo. Por llamarla de algún modo.

El misterioso, elusivo, mitológico señor White.

Mentor no había querido saber nada de la investigación de Antonia acerca de White. Jon pensó al principio que Mentor no creía en su existencia, que pensaba que el tal White no era sino una leyenda. O, aún peor, una obsesión de Antonia a la que había acabado poniéndole nombre. Pero todo el espacio que le había concedido Mentor durante aquellos siete meses probaba otra cosa.

Y luego estaban los susurros. Las miradas atemorizadas. Y una advertencia enigmática que le había hecho Aguado hacía unos días. En voz baja, apresurada, a mitad de pasillo.

—Sería mejor dejarlo correr.

Aguado desapareció antes de que Jon pudiera preguntarle nada, dejándole mosqueado cual pavo en Nochebuena. Y ninguno de sus

ulteriores intentos de sonsacarle qué había querido decirle dieron resultado.

A pesar de todo, Jon se guardó sus reservas y dejó a Antonia actuar.

Ahora, el tiempo se ha acabado.

Jon entra en el puente de la Arganzuela, donde la noche no existe. La gigantesca estructura, ultrametálica, ultramoderna y ultracara tiene forma de canutillo de encuadernar. Está repleta de potentes focos que arrancan destellos metalizados del interior, creando un reflejo casi perfecto en la superficie del agua. Jon no ha sido nunca de apreciar la arquitectura contemporánea. A él le basta con que los puentes le sostengan —no es que esté gordo—. Pero aprecia la cantidad de luz, suficiente para operar a corazón abierto. Sumada al ruido que hacen sus pisadas sobre las lamas de madera del suelo, anunciarán su llegada.

A ver si dejas de escabullirte, neska.

Antonia Scott está en cuclillas en mitad del puente. Treinta y tantos. Vestida con abrigo y pantalón negro. Zapatillas de deporte blancas. Junto a ella, en el suelo, hay una bolsa de plástico verde, de esas que te dan en los chinos sin cobrarte los cinco céntimos de rigor.

Jon se aproxima, haciendo resonar sus pasos enojados en la madera un poco más de la cuenta.

Antonia alza un dedo que dice «no me interrumpas, es de mala educación», y detiene en seco a su compañero a pocos metros.

—Podrías haberme dicho que ya estabas aquí —dice Jon—. O al menos haber mandado un…

En ese momento le vibra el bolsillo. Acaba de recibir un WhatsApp de Antonia. Desde que ha descubierto los stickers, más de la mitad de sus comunicaciones se producen usando una de esas imágenes recortadas. La mitad de ellas son perritos con caras graciosas. Jon se pregunta qué clase de información pretende transmitir con el sticker de un carlino con sombrero.

—¿Se supone que esto es que has llegado?

—Entiendo —dice Antonia.

—Pues menos mal. Porque yo no comprendo nada.

Antonia no responde. Hurga en la bolsa, de la que saca un paquete de varitas de plástico translúcidas y una botella de agua pequeña. Vacía la mitad de la botella sobre las lamas, y el líquido se escurre en los espacios entre ellas, cayendo al río que circula debajo. Coge uno de los cilindros translúcidos y lo dobla entre los dedos. Se escucha un pequeño crujido cuando la cápsula de cristal del interior se rompe, liberando peróxido de hidrógeno. Al mezclarse con el oxalato de difenilo, la varita desprende un intenso resplandor naranja.

¿Esta mujer viene a investigar un asesinato o a una rave*?*, se pregunta Jon.

—¿Edad aproximada de la víctima?

—Aguado no me lo ha dicho. Estaba comenzando a...

Antonia levanta de nuevo el dedo. Irritante.

Jon es de esos que cuando se irritan pasan al contraataque. Preventivo. Por deporte. Por sus huevos morenos. Pero Antonia está comportándose de un modo extraño esta noche. Y el estándar de extrañeza —el *extrandar*, como lo llama Jon— con Antonia Scott es muy alto.

Antonia introduce la varita luminosa en el interior de la botella semivacía. Enrosca el tapón, se pone de pie. Duda un instante, alzando la nariz, pendiente del viento. Cuando éste amaina un momento, Antonia arroja la botella al agua, y observa el recorrido que hace el resplandor naranja río abajo. Sus ojos parpadean varias veces, como el diafragma de una cámara de fotos.

Jon ya ha presenciado eso antes. Sabe que Antonia está haciendo un dibujo mental. Y ahora comprende por qué ha ido tirando botellas al agua desde distintos puntos.

—¿No había un método más ecológico?

Antonia, la mirada fija, le ignora.

La corriente parece dar un bandazo hacia la mitad de la distancia que les separa de la isleta, como si quisiera llevarse la botella hacia la orilla norte. Pero el minúsculo trozo de plástico acaba encallando

entre los carrizos.

—Confirmado, doctora. La arrojaron desde el puente. La corriente cambia a mitad del recorrido. El peso que le ataron a la pierna no fue suficiente para mantenerla bajo el agua. A medida que se iba hinchando por los gases e iba ganando flotabilidad, tuvo que arrastrar el peso por el fondo hasta encallar en la isleta.

Guarda silencio unos instantes. Luego dice:

—Sugiero que suba aquí con el Luminol. Y pídale a Mentor que ordene apagar las luces del puente, si es tan amable.

Antonia se aparta el pelo de la oreja —negro y lacio, media melena—, dejando ver unos AirPods inalámbricos. Golpea uno de ellos con la yema del índice un par de veces para cortar la comunicación, antes de volverse a Jon.

—Así que por eso ninguna de las dos me hacía caso —protesta el inspector, dolido—. Al menos podrías haberme dicho que estabais hablando por teléfono. Me he frito las pelotas intentando sacar tu cadáver del agua.

Antonia enarca una ceja, sorprendida.

—Mentor me ha dicho que ese desagüe fue escenario de un vertido radiactivo —explica Jon, señalando frente a él.

—Eso es completamente falso —dice Antonia.

—Menos mal —suspira Jon.

—El desagüe del vertido radiactivo fue ese otro —dice Antonia, señalando al siguiente, aún más cercano al lugar donde se sumergió Jon.

Jon vuelve a suspirar. Es un suspiro distinto.

—Adiós a mi fertilidad.

—No exageres. La cantidad que habrás absorbido será el equivalente a siete u ocho radiografías. Tu esperma está bien. Además, creía que no querías tener hijos.

—Me gusta tener las opciones abiertas.

—Los niños no traen más que miseria.

En ese momento se apagan las luces del puente, y de pronto son dos figuras en la oscuridad. Una, inmensa, se agita inquieta. La otra, minúscula, saca el móvil del bolsillo y enciende la linterna.

—Veo que la visita a tu hijo ha ido muy bien —dice Jon, sacando a su vez una linterna del bolsillo. Una de verdad—. ¿Qué estamos buscando?

—Manchas de sangre. Especialmente en los bordes metálicos.

Paradójicamente, a veces es más fácil ver las manchas de sangre a oscuras. El Luminol ayuda mucho, una sustancia milagrosa que esparcida sobre la escena del crimen es capaz de hacer brillar la sangre y otros materiales orgánicos bajo una luz ultravioleta. A falta de Luminol, cuando la sangre es ya vieja puede adoptar tonalidades caprichosas que van desde el marrón al negro, dependiendo de la superficie donde haya caído, el tiempo transcurrido y la oxidación a la que se haya visto sometida. En estos casos Antonia y Jon prefieren trabajar a oscuras, centrándose sólo en el pequeño círculo de luz que está frente a ellos, peinando la zona poco a poco.

Ver menos para ver más.

—¿Por qué no has bajado? Te estábamos esperando —reprocha Jon, sin dejar de pasar la linterna por las superficies cercanas. Está intentando comprender el comportamiento de Antonia. Lo cual nunca es sencillo.

—No sé nadar.

—Hay ochenta centímetros de agua. Incluso tú haces pie.

—Suficiente para ahogarte. Incluso tú te has caído.

Jon aprieta los labios. Desearía que la Reina Roja no hubiera visto caer de culo a su Escudero, al hombre que se supone que tiene que protegerla. También desearía estar en casa frente a unos callos a la vizcaína. Y que el veinteañero con el que ha estado tonteando por Grindr se decida a quedar con él de una vez. Y la paz mundial.

Como dice amatxo*, te jodes y bailas*.

Y eso es lo que toca con Antonia. Sacarla a bailar. Aunque sólo ella oiga la música.

—No es propio de ti quedarte tan lejos de la escena del crimen.

—A veces veo mejor desde la distancia —responde Antonia.

Por el rabillo del ojo, el inspector Gutiérrez percibe los síntomas de su compañera, síntomas de que su particular cerebro está funcionando a más velocidad de lo aconsejable. Son ya muchos meses en los que ha

aprendido a leer la particular rigidez de los hombros y el cuello. La respiración entrecortada. La voz una octava más aguda. Los dedos que se abren y se cierran sin que ella se dé cuenta.

Jon se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta, donde aguarda la familiar forma cuadrada de la caja de pastillas. Pero no llega a sacarla. En lugar de eso, se agacha y sigue explorando la barandilla con lentitud. Centímetro a centímetro.

No.

No hasta que ella lo pida.

No tiene más tiempo para pensar en ello, porque ha encontrado algo en el borde de la barandilla. Una mancha marrón, reseca.

—Mira aquí.

Antonia se da la vuelta y se acerca a él. Ahora están agachados, ambos, bajo la barandilla, mirando hacia arriba.

—¿Esto es lo que buscas? —pregunta Jon.

Antonia parpadea varias veces. Otra señal que Jon ha aprendido a leer. Es como cuando escuchas el disco duro de un portátil, zumbando, mientras el cabezal busca la información.

—Podría serlo. La mancha es compatible con que el asesino arrojara a la víctima desde aquí.

Por el extremo del puente llega Aguado, con las herramientas necesarias para continuar el trabajo. Ambos se ponen de pie, para dejarle espacio, y apagan las linternas.

—No quieres comprometerte, ¿verdad? Es eso.

Antonia asiente, en la oscuridad.

—No quiero verla. No quiero, si no es ella.

Jon sabe, porque lo ha vivido, que la mirada acusadora de los muertos a veces te arranca promesas que no se pueden cumplir. Antonia le hizo una a un adolescente desangrado, en una mansión desierta, hace siete meses. Una promesa que colisionaba con la que le había hecho a Marcos, su marido, de que nunca volvería a hacer nada que les pusiera en peligro. Ha roto ambas.

—Yo también sé lo que es mirarles a los ojos, bonita. Pero en este caso no hubieras tenido que preocuparte. Se los han comido los peces.

—No veo cómo eso pudiera hacer que me preocupe menos —dice

Antonia, que es al sarcasmo lo que Superman a las balas—. La ausencia de globos oculares reduce las posibilidades de identificación.

Jon tarda en contestar. Porque lo que tiene que decirle a continuación a Antonia, lo que le ha encargado Mentor que le diga, no va a gustarle nada.

Lola

Centro Comercial Paraíso, Marbella

Lola Moreno salva la vida por un cúmulo de casualidades. La primera es que el cochecito de bebé que está mirando a través del escaparate de Prenatal es de color azul marino. Si hubiera sido de color claro, el cristal no hubiera reflejado la pistola que ha alzado el hombre a su espalda. Si no fuera la esposa de quien es —y supiera que el asesinato cabe dentro de lo posible en su vida—, es poco probable que su reacción hubiera sido tan adecuada.

En lugar de quedarse clavada, de darse la vuelta o enfrentarse a su agresor, Lola se arroja al suelo justo a tiempo de que las tres primeras balas de la Makarov hagan añicos el cristal y conviertan en harapos la capota del cochecito.

Salva la vida... momentáneamente. *Poco dura la alegría en casa del pobre*, le dice siempre su madre. Lola Moreno, que viste vaqueros de Balmain, jersey suave de cachemir y bolso de Prada, no es pobre, pobre.

No es pobre de dinero.

Pobre de tiempo, ya es otro tema.

Treinta kilos de vidrio del escaparate se derrumban sobre Lola, que se cubre la nuca con las manos, confiando en que Tole se encargue del asunto. Que para eso le pagan, y muy bien.

(Lola está gritando algo al respecto, pero no se entiende.)

Anatoly Oleg Pastushenko cobra bien. Tan bien que se ha podido permitir volverse adicto al café de Starbucks. Por lo de mantenerse alerta. El problema es que las dieciocho cucharadas de azúcar de cada Frappuccino Venti le han vuelto lento y descuidado. *Gordo de reflejos*,

dice Yuri, que a veces equivoca las palabras en castellano con gran acierto.

Llevar una bebida enorme en la mano en la que tienes que sacar la pistola también es un obstáculo para un guardaespaldas, y sobre todo si en la otra vas mirando en el móvil cómo quedó anoche el Spartak. Por muy rápido que tires al suelo ambas cosas, el asesino armado tarda menos en girarse hacia ti que tú en desenfundar.

A Tole le alcanzan cuatro de las cinco balas.

Una en la pierna, cuando el asesino aprieta por primera vez el gatillo, casi sin apuntar. La que más dolió.

La segunda y la tercera abren un par de agujeros en la chaqueta negra, para alojarse en el pulmón izquierdo y en el bazo, que revienta. A Tole le va a resultar mucho más difícil respirar y luchar contra las infecciones en los seis segundos que le quedan de vida. Esas dos balas no duelen nada, no obstante. La adrenalina y el dolor de la primera bala no dejan sitio.

Tole logra sacar el arma entre el tercer y cuarto disparo de su contrincante. Él dispara una vez, consiguiendo sólo rozar el brazo del asesino y haciéndole perder la puntería. La cuarta bala rebota en un letrero de la pared y acaba rodando, inofensiva, cayendo por el hueco bajo la baranda de cristal hasta el piso de abajo. Desde donde suben los gritos y las carreras de la gente que ha escuchado los disparos. Donde un aburrido empleado de la limpieza la barrerá mañana, sin darse cuenta, junto con el resto de los desperdicios.

La quinta bala —la que le mató— abre un agujero perfecto sobre la ceja izquierda de Tole, cavando un surco en su cerebro, perdiendo fuerza a medida que la va frenando la masa encefálica, y deteniéndose sin llegar a alcanzar el hueso parietal.

Cae.

Lola deja de gritar a tiempo de ver el rostro de Tole desplomándose en el suelo, sobre un charco de Frappuccino, a escasos centímetros de ella. Una pompa escarlata asoma de entre sus labios sanguinolentos. La mirada amable y leal de su chófer y guardaespaldas, que cada

mañana desde hace seis años ha estado viendo en el espejo, es ahora de asombro e incomprensión. Tole, muerto a los cuarenta y siete sin haber hecho gran cosa en la vida, ni haber cumplido ninguno de sus sueños.

Ese pensamiento no pasa por la mente de Lola ahora, claro. Ni lo hará después, cuando cruce descalza el parking del centro comercial, con los pies sangrando, tratando de sobrevivir. Lo hará esta noche, cuando se acurruque en un cuarto de baño para llorar —tapada con una chaqueta robada, temblando de miedo— y no lo consiga.

La pompa en los labios de Tole revienta, salpicando las mejillas de Lola de minúsculas gotas de sangre y saliva. Y eso —más que los disparos, más que la necesidad de proteger a su hijo no nacido— dispara su respuesta de estrés agudo. Esa pompa, que ha reventado con el último aliento de Tole.

Cuando las envidiosas se cruzan con Lola a la salida de los restaurantes caros y las tiendas de moda, se codean entre ellas. Codazos que significan «mujer florero», cuando las codeantes son españolas. «Esposa trofeo», cuando son inglesas o rusas.

Lo cierto es que Lola tiene más tiempo que otras mujeres en los treinta y tantos (según Lola, veintimuchos) para ir al gimnasio. Y eso vuelve a salvarle la vida cuando:

– Se incorpora haciendo un *burpee*, apoyando las manos en el suelo, sacudiéndose de encima los cristales, e impulsándose hacia arriba con un movimiento explosivo de glúteos y recto femoral (Zumba, miércoles de 11.00 a 11.45).
– Consigue saltar por encima del cuerpo de Tole de un salto vertical sin perder el equilibrio (Body Balance, martes de 12.15 a 13.00).
– Lanza un doble gancho de codo al pómulo del asesino (Cardio Box, lunes y viernes a las 10, su favorita).

Por pura casualidad —y porque Lola se tropieza un poco—, el doble gancho de codo impacta las dos veces, aunque no con mucha fuerza. Lola es alta. Metro setenta y cinco. Pero no ha pegado un puñetazo de verdad en su vida, y lo del Cardio Box está bien para que un ama de

casa endurezca el culo, no para romper pómulos. Aunque el asesino se echa un poco hacia atrás, confundido.

También se le mueve un poco el pañuelo que le tapa la boca.

Lola tarda medio segundo en reconocerle.

Un segundo entero en darse cuenta de que está jodida.

Menudo percal, piensa.

Cuando nuestro cerebro se enfrenta a una amenaza, la médula adrenal nos suministra una descarga inmediata de catecolaminas en el torrente sanguíneo, ofreciéndonos de inmediato energía para luchar o huir. Lola ya ha luchado —esos dos débiles ganchos de codo han sido el pobre resultado—. Ahora el terror le exige la huida.

Al levantarse, perdió una de las sandalias de Miu Miu. Al darse la vuelta despavorida, se resbala sobre los cristales y se cae de bruces al suelo. Vejigazo, que dicen en Marbella. Pierde la otra sandalia cuando intenta incorporarse, clavándose las esquirlas de vidrio en los pies desnudos. Ignora el dolor, porque siente demasiado miedo como para ceder a él, y vuelve a levantarse, ofreciendo a su asesino un blanco perfecto mientras huye hacia la salida de emergencia al final del pasillo.

El asesino, que se ha recuperado ya de los dos golpes en la cara, alza la pistola y aprieta el gatillo. El jersey rosa es una diana fácil a tan poca distancia, pero es requisito indispensable para que una pistola dispare que haya balas en el cargador. El de la Makarov sólo albergaba ocho. Tres al cristal, cuatro al cuerpo de Tole, una al segundo piso. Así que el esperado *blam*, *blam*, *blam* se convierte en un inofensivo *clic*, *clic*, *clic*. El asesino maldice —está acostumbrado a otras armas con más cartuchos— y se mete la mano en la cazadora para sacar un segundo cargador que nunca creyó tener que usar. Forcejea con la corredera de la pistola y logra meter el cargador, pero no tiene tiempo de disparar al cada vez más alejado jersey rosa, porque a su espalda suena un:

—¡Manos arriba!

Y el asesino alza las cejas —seguro que está pensando *¿en serio?*

¿Manos arriba? ¿En serio?— y se da la vuelta. El guardia de seguridad de la joyería Chocrón —revólver en mano, bigote en labio superior, barriga cervecera en cintura— ha salido de la tienda y le está apuntando.

El asesino no le da oportunidad. Dos disparos en el pecho, uno en la cabeza. Aún le quedan cinco balas. Se gira hacia Lola antes de que las rodillas del guardia toquen el suelo. Dispara, pero la cuarta bala sólo encuentra el marco de la puerta de emergencia, que ya se ha cerrado a la espalda de Lola, ahogando el grito de frustración del asesino.

Pero no, Lola no está a salvo, aún no.

Ni por asomo.

4

Una videollamada

Antonia está de muy mal humor, y la abuela Scott lo nota.

—Estás de muy mal humor, niña. Lo noto —dice.

Está en la cocina untándose una tostada de mantequilla y mermelada frente a la videocámara de su iPad. La mermelada, de frutos rojos, casera y repleta de azúcar, parece salirse de la pantalla. Antonia se abstiene de recordarle que no debe tomar azúcar, ni grasas. La abuela Scott se limitaría a decirle su edad. Noventa y tres para noventa y cuatro, el mes que viene. Y como una rosa.

No, Antonia no dice nada de las tostadas. Ya ha renunciado a controlar los niveles de azúcar y colesterol de la abuela. En realidad, lo que le molesta es que la anciana pueda atiborrarse, mientras ella tiene que contar hasta la última caloría. A pesar de que los sabores muy dulces son los únicos que llegan a atravesar el muro de su anosmia, para ella se han acabado.

Kummerspeck.

En alemán, el beicon de la tristeza. El peso que ganas cuando eres infeliz.

Desde que volvió al trabajo hace siete meses intenta no abandonarse. Compensar los excesos de tres años comiendo basura procesada. Una tostada como ésa le iría directa al culo, con su forma de rebanada y todo.

Así que está en la cocina de su ático de Lavapiés, con café de cápsula por desayuno. Muerta de envidia.

—La noche no ha ido bien —se limita a responder.

La abuela entrecierra los ojos, se acerca a la pantalla. Se acaba de dar cuenta de algo.

—¿Me estás llamando desde casa?

Antonia apoya el iPad sobre la mesa para poder enterrar la cara entre las manos.

—Me he venido a dormir aquí. No tenía sentido ir al hospital tan tarde.

No le dice que es la cuarta noche seguida que duerme en casa. Que cada vez pasa menos tiempo acompañando a Marcos.

No le dice que ha comprado un colchón hinchable, que enchufa cada noche y recoge cada mañana. Que lo mete en el armario para que la luz del sol no sea testigo de su vergüenza.

No le dice que se ha vuelto cada vez más difícil ver a su marido, tomar su mano para quedarse dormida a su lado. Que la figura, cada vez más cansada y encogida, la piel cada vez más áspera y fría, le resulta una acusación insoportable. Que la compasión que antes sentía por Marcos, la culpabilidad, la pena, se ha ido transformando en resentimiento.

La empatía por la desgracia ajena tiene un límite. Pasado el cual comienzas a sentir que su infortunio es un acto de maldad, cuya víctima eres tú.

Eso tampoco lo dice. Puede que Antonia Scott sea el ser humano más inteligente del planeta. Pero eso no le da la sabiduría para saber qué hacer ni la fuerza para afrontarlo.

Antonia no dice nada, pero la abuela no necesita escucharlo.

La abuela sabe.

—Ayer vino el del gas a hacer la revisión anual. Un chaval apuesto.

Sólo la abuela Scott es capaz de revestir la expresión inglesa (*nice ol' chap*) de un matiz lujurioso, incluso con su dentadura postiza.

—Por Dios, abuela, que le sacas cuarenta años.

—Treinta y ocho, niña. Pero si vieras qué huchita —dice, dándole un bocado a la tostada—. Y está viudo, el pobre. Igual le invito a cenar un cordero a la menta una noche de éstas.

La abuela Scott considera que su cordero a la menta tiene propiedades afrodisiacas irresistibles. Antonia no se escandaliza, sabe bien que la abuela coqueteará con el enterrador mientras esté echándole tierra sobre el ataúd.

—Adonde yo quería llegar… —continúa la abuela.

—Sé perfectamente adónde querías llegar —interrumpe Antonia—. No necesito a ningún hombre en mi vida.

—Tonterías. Mira lo que estoy leyendo. Es un test interesantísimo.

La abuela alza una revista. Antonia lee nueve de las doce letras de la cabecera. Con su fuente Franklin Gothic y su discreto rosa fucsia. El resto de las letras las tapa la frente de una señora rubia. Antonia no comprende cómo puede estar tan sonriente si se está mordiendo el pulgar.

—«¿Ha llegado la hora de encontrar macizo? Descúbrelo en cincuenta preguntas.»

—¿Pretendes diseccionarme con ese burdo instrumento?

—No te hagas la interesante, niña. Mira, la pregunta tres...

Antonia la deja hablar un rato, hasta que la abuela se da cuenta de que no está escuchando.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que te ocurre?

Su nieta empieza a hablar.

Habla de su problema de incomunicación con Jorge. De lo insoportable que le resulta la manera en la que su hijo la mira, sin confiar del todo en ella, pretendiendo que sea algo que Antonia no comprende demasiado bien, algo a lo que ninguno de los dos está acostumbrado.

La abuela asiente, y no dice nada.

Antonia cuenta cómo se siente respecto a su marido en coma. Aquí usa muchas evasivas. Es cinturón negro en mentirse a sí misma, y blanco amarillo en expresar su realidad.

La abuela asiente, y no dice nada.

Antonia se mosquea.

—Llevo diez minutos hablando sola.

—Llevas diez minutos compadeciéndote de ti misma. No te crie para que fueras una boba gimoteante. En mí no vas a encontrar compasión, niña. Si quieres llorar, ve a apoyarte en Jon. A él le pagan por prestarte ese hombro enorme y musculoso.

—Ya —dice Antonia, cuando logra recuperarse de la virulencia del ataque de la abuela, que ha envuelto su habitual franqueza con lija y la ha entregado a martillazos—. Con Jon no van demasiado bien las

cosas tampoco. No es que me esté apoyando demasiado con Mentor. Anoche…

—Oh, eres tan cabezota —interrumpe la abuela—. Escucha, y escúchame bien, Antonia Scott. Sólo hay una solución a tus problemas, a todos ellos. Déjalo.

Antonia parpadea, asombrada. La anciana continúa.

—Cometiste un error, hace años. Marcos murió por tu culpa.

—No está muerto, abuela.

—Las dos sabemos lo que ponen los informes médicos. Las dos sabemos que sólo sigues aferrándote a él porque no reconoces tu error. Pero tu marido ya no está. Enfermaste por no querer admitirlo. Enfermaste de soberbia, y eso alejó a Jorge y obligó a tu padre a quitártelo.

La abuela hace una pausa para darle un trago a un vaso que hay sobre la mesa. Parece zumo de grosellas, pero conociendo a la abuela, seguro que es zumo de otra clase. De los que envejecen en roble.

—Por no estar junto a él desde que nació, no has aprendido nada de cómo debe ser una madre. Sobre todo la lección más importante. No acertamos nunca, niña. Hagas lo que hagas, te equivocarás. Y cuando crezca, te echará la culpa de todos sus problemas y defectos. Así es. Así somos.

Antonia comprende esta última parte muy bien. Al fin y al cabo, ella culpa a su padre de muchas cosas.

—Así de crudo, ¿eh?

—Mientras no te permitas equivocarte, seguirás creyendo que eres una mala madre. Que le fallas a tu marido. Que eres una mala investigadora porque no encuentras a alguien al que nunca antes ha conseguido acercarse nadie. Seguirás atascada y muerta de miedo. Tu único reino será el aislamiento y la soledad. Déjalo.

Antonia tarda unos segundos en ubicar dónde ha escuchado esa frase antes, hasta que recuerda qué fue lo primero que le pidió Jorge que vieran cuando los de Servicios Sociales le permitieron volver a estar con él. Una película incomprensible con muñecos de nieve que hablan y una princesa que no consigue salir del armario. Dos horas de su vida que nunca recuperará.

—¿Acabas de citar a Elsa, abuela?

—Y muy orgullosa —dice la abuela, levantando el vaso que definitivamente no contiene zumo de grosellas.

Antonia suelta un soplido de disgusto, que le alborota el pelo del flequillo. Su habitual media melena se ha convertido ya en un pelo que le rebasa los hombros y que está exigiendo un corte. Ni para eso ha encontrado tiempo.

—No creo que tengas que preocuparte por mi obsesión. Sólo tengo unas horas antes de que Aguado emita un informe oficial y le confirme a Mentor lo que todos sabemos. Que el cadáver del Manzanares no es el de Sandra Fajardo.

—Ni siquiera sabéis su nombre aún, ¿verdad?

Todavía puede escuchar a Sandra, en el túnel a oscuras. Con aquella frase que sigue sin poder descifrar.

Tú, que lo recuerdas todo, ¿no recuerdas a quién has hecho daño? ¿Qué secuelas dejó tu batalla contra el mal?

—No tengo nada, abuela. Todo lo que rodeó al caso de Ezequiel era falso. La parafernalia religiosa, el *modus operandi* tan rebuscado... todo mentiras, cortinas de humo. Y sigo sin comprender por qué. Sólo sé que tiene que ver con White.

La abuela da otro trago y esboza su sonrisa beatífica, su sonrisa de anuncio de caramelos. No lamenta ni un poquito que Antonia tenga que abandonar su objetivo.

—Ese hombre es un loco, Antonia.

No, abuela, no lo es. Es mucho más. ¿Por qué nadie es capaz de verlo?, piensa Antonia.

Pero no contesta.

Está deseando colgar.

Está deseando volver al salón y sentarse, con las piernas cruzadas, para tener sus tres minutos. Nunca los ha necesitado tanto.

—¿Sabes qué va a encargarte Mentor ahora?

—No lo sé —dice Antonia, meneando la cabeza—. Cualquier tontería.

—Alegra esa cara, niña. Verás como al final te lo pasas bien.

Lola

Lola corre, escaleras abajo, repitiéndose una información imprescindible.

Siempre son dos, siempre son dos, cuando van a por alguien siempre son dos.

Un retazo, captado de pasada en el salón de su casa, mientras ella sirve blinis de anguila y jarras de kissel, y le pasa la roílla a la encimera. Conversaciones que van subiendo de tono a medida que la noche avanza y el volumen de las voces va ahogando el sempiterno sonido de fondo de Perviy Kanal, sintonizada a través de la parabólica instalada en el tejado del chalet. Hombres peligrosos y bocones, fanfarroneando delante de ella, como si no existiera. El chochito de Yuri. Que apenas habla ruso, parece. Qué más da lo que oiga.

Lo cierto es que no lo habla demasiado bien, a pesar de que lleva seis años estudiando, pero lo entiende casi todo. Al menos comprende lo bastante para haber captado a uno de los amigotes —o socios, porque vienen a ser lo mismo, al menos con Yuri— cuando describía el método de actuación propio de los sicarios, sin imaginarse nunca que ella iba a ser el objetivo.

Una moto o un coche espera fuera. Un sitio público, pam, pam. *Luego el pistolero corre hacia el vehículo que espera fuera, mientras el de la moto monta guardia y cubre la salida. Después*, brum, brum, *acelera y* da svidaniya. *Si te he visto no me acuerdo*. Esa última frase la dijo en español, a los rusos les encantan las expresiones en español.

Lola, que se conoce al dedillo el centro comercial, sabe lo que habría hecho ella. Dejar el vehículo con el motor en marcha en el parking, salir por la puerta de emergencia.

Lo que quiere decir que está huyendo en la dirección incorrecta.

Un ruido dos pisos más arriba se lo confirma. El asesino está siguiéndola. Para asegurarse, Lola se asoma por el hueco de la

escalera. El disparo no la alcanza por pocos centímetros. La detonación le llena los oídos, resuena por las paredes revestidas de hormigón.

Lola se maldice, sigue corriendo hacia abajo. Se está quedando sin escalones, sin opciones, sin sitio. La escalera termina en una puerta de emergencia, que da a la parte trasera del centro comercial.

Y al parking.

Detrás de ella se escuchan los pasos del asesino, bajando a toda velocidad. No hay tiempo que perder. Lola abre la puerta, y ahí está, diez metros por delante de ella, atravesado en la calzada.

Un coche con el motor en marcha.

Lola no se para a ver quién conduce —porque ya lo sabe—, se limita a correr y meterse entre los coches aparcados. No hay muchos tan temprano —la hora punta a mediodía, cuando los guiris vienen a comer primero y a quemar plástico en Gucci y Valentino después—. Así que Lola se tiene que agachar y correr entre ellos, intentando ocultarse. Vagamente consciente de que sus pies van dejando huellas sanguinolentas en el asfalto.

A sus espaldas se oye cómo se abre la puerta de emergencia. Lola, agachada detrás de un Prius nuevecito, se ha quedado sin coches tras los que esconderse. El siguiente está a tres plazas de distancia.

Rompe a llover. A jarrillos.

Lola está paralizada, temblando de miedo, sin saber qué hacer, cuando la ventanilla trasera del Prius estalla en mil pedazos. Lola suelta un grito aterrorizado, y se echa al suelo. No puede ver al asesino, no puede correr hacia otro coche, está demasiado lejos. El único camino es reptar bajo el Prius. Se arrastra con los brazos, notando en las manos y en los codos —colándose a través del jersey de mil doscientos euros— la textura pringosa del aceite de motor.

El coche pierde.

Lola también.

Los cortes en los pies le han hecho verter mucha sangre, y no ha desayunado esa mañana. La idea era tomarse un café después de comprar el cochecito. Dicen que trae mala suerte tan temprano. Lola sólo está en el tercer mes de embarazo. Con ropa holgada, apenas se le

nota. Pero tiene tantas ganas de tener este niño. Y es tan impaciente.

Que trae mala suerte.

Lola comienza a notar la cabeza ligera y la visión borrosa. Le falla la fuerza en los brazos, el suelo tira de ella con fuerza hacia abajo. Prometiendo paz.

No, joder, no me puedo desmayar.

Hay algo dentro de ella que aprecia la idea de desmayarse y dejar que le disparen sin ser consciente de ello. Fundido a negro, *sacabó*. Fácil, indoloro.

No.

Se vuelve a incorporar. El aceite, mezclado con la lluvia, ha dejado una mancha iridiscente y resbaladiza sobre su mejilla, que se escurre al interior de su boca abierta. El sabor es dulce.

No dulce bueno.

Escupe.

Sigue arrastrándose. Repta entre los coches y se refugia bajo el de al lado, justo a tiempo. Hay unas botas frente a ella. Botas gruesas, negras. Una de ellas está manchada de sangre.

La puntera del pie derecho está a menos de un palmo de su cara.

Si se mueve un poco, me trinca.

Si se agacha, me trinca.

Alguien llora por Lola, triste y quedo. Es ella, claro. No hace ningún ruido, apenas se mueve, pero llora desconsolada, por la tremenda injusticia que es morir de esa manera, atrapada bajo un coche, sucia y sola.

Entonces suena la sirena. No a lo lejos, como en las películas, sino muy cerca, muy fuerte. En la manzana de al lado, como mucho.

Las botas se alejan.

Una puerta que se cierra de golpe, el motor de un coche acelerando y desapareciendo en la distancia.

Lola se deja caer de nuevo —un breve descanso, pues no puede detenerse, la amenaza no ha terminado— y sigue llorando.

No deja de llorar, ni siquiera cuando el móvil le vibra en el bolsillo de los vaqueros.

Ya ni se acordaba de que lo tenía.

Es un mensaje de Yuri.

Vienen a por mí. Ya sabes qué hacer.

So idiota. Estúpido, papafrita de los cojones, piensa Lola. Si tuviera delante a su marido le arrancaría los pelos recién reimplantados en Turquía.

¿Ahora me pones sobre aviso? ¿Ahora?

5

Unas prisas

¿Lo bueno y lo malo de Bilbao?

Lo malo de Bilbao es que no hay un sitio como el Attack. Donde apañar la tensión y el dolor genital en un par de horitas de cancaneo si culeas de estribor.

Lo bueno de Bilbao es que no hay sitios como el Attack, de los que Jon sale con el alma pocha y sintiéndose mucho más solo de lo que estaba cuando entró.

Pero más ligero, que todo hay que decirlo.

Que lo que él quiere es que le conteste el mozo del Grindr, pero después de unos cuantos chats, parece habérselo tragado la tierra. Y parecía majo. Y el inspector Gutiérrez, que es monógamo en serie, no quiere comerse una manzana dos veces por semana con ganas de llorar. Lo que quiere es amor civilizado, pero no lo encuentra.

Jon se abrocha la chaqueta al salir, con el pelo aún chorreando de la sauna. El abrigo no se lo pone, porque está a sólo seis minutos de casa. El universo, ubicándote al lado de la tentación, y tal.

Optimista irredento, como siempre, Jon enciende el teléfono. En el Attack los móviles hay que dejarlos en el ropero, junto con todo lo demás, por razones obvias. A ver si hay suerte y le salta un mensaje del mocito.

Lo que saltan son cinco llamadas de Mentor.

Seis, con la que está entrando ahora mismo.

—Son casi las dos de la madrugada —dice Jon, al descolgar.

—Espero que haya preparado a Scott como le pedí.

—Ya tiene el informe de Aguado —suspira Jon.

—Lo que nos temíamos. La mujer no es Sandra Fajardo, así que les relevo del caso.

—¿Y eso no podía esperar a mañana?

—No, porque ha surgido algo muy importante. Necesito que vayan a Marbella.

—Pues eso, mañana a prim…

—Ahora, inspector. Créame, esto es muy urgente. Y muy, muy grande. Vaya a buscar a Scott y pónganse en marcha. Les daré los detalles por el camino.

Jon abre una boca de metro. O bosteza, no hay manera de reconocer la diferencia. Son ya dos noches seguidas acostándose tarde. La anterior pescando cadáveres. Ésta, con sus cosas de marica. Y uno tiene una edad. Así que la orden le hace la gracia justa.

—Seis horas de viaje.

—Con ese coche, si le pisa bien, cuatro. Y tenga cuidado.

—¿Acaba de pedirme que le pise y que tenga cuidado en la misma frase?

—No son incompatibles.

—Me caigo de sueño.

—Si necesita un empujón químico, en la guantera del coche puede encontrar lo que necesita.

Lo que faltaba. Dos drogadictos en el equipo, por el mismo precio.

—Mi cuerpo es un templo, oiga.

—No se puede afirmar eso con un colesterol de 283, inspector.

—Se suponía que los análisis médicos eran confidenciales.

—Eran bastante confidenciales. No se estrelle —ordena Mentor. Cuelga.

Así que media hora después tiene a Antonia en el asiento del copiloto del Audi A8. Negro metalizado, lunas tintadas, llantas de aleación, cien mil euros y pico. Jon le ha bautizado como *Reinamóvil*, un mote que sólo le hace gracia a él.

—Si estás cansado puedo conducir yo —se ofrece Antonia, la voz un retrato de inocencia.

Éste es el tercer coche que les ha dado Mentor, después de que Antonia estrellara el primero en una persecución a más de 250 km/h.

El segundo lo estampó Jon contra el Rolls-Royce de sir Peter Scott, el padre de Antonia, en un pronto. Pero tal como lo ve Jon, eso también fue culpa de ella.

Motivo por el que Jon no piensa volver a cederle el volante hasta el siglo veintidós.

—Tú descansa, bonita. Tú descansa.

Antonia se recuesta en el asiento, contrariada. Cierra los ojos y finge dormir.

Jon mira el reloj y piensa en *amatxo*. En cómo estará. Con setenta y un años que tiene. Y con el bingo Arizona cerrado. Con qué se entretendrá. La pobre, tan sola.

Tan sola, claro, porque le da la gana. Que contra todo pronóstico no ha querido salir de su piso en Bilbao para ir a Madrid con su hijo. Que dónde va ella a su edad, y que vete tú si quieres, que te da igual que me muera aquí sola. Y que no, *ama*, que es que el deber me llama y tal. Y que no se viene. Dejándole a cargo de planchar sus propias camisas por primera vez en cuarenta y tres años. Es un decir, que ahora las plancha la tintorería. Y más con el sueldazo que le paga Mentor todos los meses. Casi cinco cifras. Pero que la echa de menos, vaya.

Tengo que llamarla.

El que llama —cuando van por la A-4 a la altura de Valdemoro— es Mentor. Al iPad de Antonia. Por FaceTime.

Ella coloca la tablet en el soporte del salpicadero, y acepta la llamada.

—Se preguntarán ustedes por qué les he mandado a Marbella en plena noche.

La webcam le acentúa a Mentor las entradas y las bolsas de los ojos. Parece haber envejecido diez años de golpe. Y sigue *vapeando*.

—La verdad es que no. No hay nada como seiscientos kilómetros para estirar las piernas.

—Usted mantenga los ojos fijos en la carretera, inspector.

—Y usted no le eche el vaporcito a la cámara, que no se ve nada.

—Había varios asuntos donde reclamaban a la Reina Roja ahora que hemos desistido de la búsqueda de Fajardo —dice Mentor,

ignorándole—. He tenido que rechazar o demorar su participación en ellos. Ha surgido algo, una oportunidad como hacía mucho tiempo que no teníamos.

Mentor alza una fotografía impresa frente a la cámara. Sacada de un pasaporte, parece. Un hombre joven, moreno, de unos treinta y cinco años. Nariz ancha, pelo corto. Labios gruesos.

Yo le daba, piensa Jon.

—Éste era más o menos el aspecto de Yuri Voronin hasta hace un par de días.

Mentor alza otra foto.

—Éste es su aspecto ahora mismo.

Es una foto de gran resolución, tomada con flash. Demasiada resolución. Se ven los hombros de Yuri, y la barbilla de Yuri. Incluso, haciendo un esfuerzo para diferenciarlo de la sangre y el hueso, alcanza a distinguirse el pelo de Yuri. Lo que no se ve es la nariz, ni los ojos, ni el resto de la cara de Yuri, porque se la han volado con una escopeta.

Ya no le daba, piensa Jon. Y aparta la mirada.

—¿Calibre 12? Con balas de cerámica, diría yo —aventura Antonia, acercándose un poco a la pantalla.

—Qué bien hicimos en mandarte a un colegio de pago —confirma Mentor, enseñando más fotografías. El cuerpo aparece derrumbado sobre un cristal. Desde más lejos parece como si le faltara media cabeza, porque le falta media cabeza—. Yuri Voronin era un empresario ruso legítimo, a todos los efectos —continúa Mentor—. Tenía una empresa de importación. Productos agroquímicos, fitorreguladores, acaricidas. Los traía de San Petersburgo hasta Algeciras o Málaga. También hierro, aluminio y otras materias primas. En los últimos meses se había centrado en el Funduk.

—¿Qué es eso de Funduk?

—Significa avellana en ruso —dice Antonia.

También sabe ruso, piensa Jon. *Cómo no*.

—Es la Nutella rusa —aclara Mentor—. Al parecer hace furor en la Costa del Sol. Incluso la están exportando a Francia.

—La Nutella engorda —aporta Antonia, a la que le resuenan las

tripas sólo con pronunciar esas siete letras.

—El Funduk más. Los rusos no han sucumbido a la tontería buenista de quitarle el aceite de palma, así que sabe a lo que tiene que saber. Dicen que por eso está teniendo tanto éxito.

—Déjeme adivinar —pide Jon—. No le han matado por vender leche, cacao, avellanas y azúcar.

—No, me temo que no. Creemos que Yuri Voronin era el tesorero del clan Orlov. El principal exponente de la mafia rusa en España.

—¿Por qué matar al tesorero? ¿Descuadró una columna de Excel?

—Esa pregunta es importante, inspector. Déjeme que le haga yo otra. ¿Qué sabe del crimen organizado en la Costa del Sol?

—Que no es ninguna broma —responde Jon.

Aunque no estuviera dentro del ámbito de experiencia de Jon cuando tenía un trabajo de policía normal, lleva muchos años leyendo las circulares internas. Conoce las redadas casi semanales. Los millones de euros y de kilos incautados. Las decenas de muertos, que van en aumento y que nunca alcanzan los titulares. Porque por encima de todo hay que proteger lo que nos da de comer. Y en este país lo que nos da de comer es vender sol y playa.

—No, no es ninguna broma en absoluto. Aquello es un caos, inspector. Colombianos, suecos, argelinos, kosovares, todos peleándose por su trozo de pastel. Por encima de todos, los rusos, cortando el pastel. Es una guerra, y vamos perdiendo.

—¿Por lo de siempre?

—Nada de fondos para las fuerzas locales. Bandos. La UDYCO por un lado, el GRECO por otro. La Guardia Civil a su bola. Envidias.

—Por lo de siempre.

—Aquí es donde entran ustedes, inspector.

Mentor muestra más fotografías. Una mujer de pelo castaño claro y ojos azules. Rostro ovalado. Incluso en la del DNI se puede ver que es guapa de narices. *Y eso que las hacemos a mala idea*.

—Lola Moreno Fernández. Nacida en Fuengirola en 1989. Estudió un módulo en secretariado, coqueteó con ser modelo, puso copas, gogó. Nada de provecho. Hace seis años se casó con Yuri, y ahora vive en un chalet de cinco millones de euros.

—Demasiado guapa para ir de luto —dice Jon—. ¿Qué ha declarado?

—No gran cosa. Esta misma mañana intentaron matarla en un centro comercial, a la misma hora que a su esposo. Se cargaron al chófer, y ella ha desaparecido.

—La policía la estará buscando.

—Y también los sicarios de los Orlov, así que ahora mismo tenemos una carrera contrarreloj. Su misión es ganarla. Por eso les mando a Marbella con tantas prisas, antes de que el rastro se enfríe. Lola Moreno es nuestro único vínculo con Yuri Voronin. Si descubren por qué mataron a su marido, si descubren por qué intentaron matarla a ella, quizá podamos abrir una grieta en la armadura del clan Orlov. ¿Alguna pregunta?

Jon suelta un gruñido de negación.

Antonia no dice nada.

Todos saben que está a disgusto. Que ella lo que quiere es quedarse en Madrid, buscando a Sandra Fajardo. O como se llame.

—No pareces muy entusiasmada —le reconviene Mentor, que no va a dar su brazo a torcer.

—Los mafiosos son aburridos —dice ella, encogiéndose de hombros.

—Venga ya. Esto será como lo de Valencia.

—Tú y yo recordamos Valencia de forma bien distinta.

Mentor carraspea.

—Una situación caótica como ésta es precisamente el paradigma por el que se creó el proyecto Reina Roja. Si alguien puede desatascar este lío, eres tú, Antonia. Os he dejado toda la información actualizada en el servidor. Mantenedme al tanto —pide Mentor, antes de colgar.

El coche se queda en silencio. El habitáculo reforzado del Audi A8 es una obra de arte. Ni siquiera se oye el murmullo de las ruedas sobre la carretera, a medida que el potente vehículo va devorando kilómetro tras kilómetro.

—Yo voy siempre de negro —dice Antonia, al cabo de un rato.

Jon la mira, extrañado.

—Has dicho que esa mujer era demasiado guapa para ir de luto. ¿Y yo?

Y tú… y tú ya deberías dejar el luto, piensa Jon. Pero dice:

—A ver cómo te explico esto —poniéndose muy serio—. Puede que tú no vayas para modelo. Pero cuando te da por sacar la sonrisa, ni todas las Lolas Moreno del mundo te llegan a la suela de los zapatos.

Y ahí está.

Antonia sonríe.

Su sonrisa de diez mil vatios, marca registrada.

Jon se da cuenta de que es la primera vez en meses que la ve sonreír, y eso le derrite el corazón. Ahora mismo tiene un coulant de chocolate en el centro del pecho.

Ay, bonita. Lo difícil que eres, y lo mucho que te haces querer.

6

Un letrero

Lo primero es lo primero. Y lo primero es desayunar.

Jon roza el codo de Antonia para despertarla. Suave. Antonia se revuelve, incómoda.

No soporta que la toquen, pero esta vez no dice nada.

Jon no sabe si es un avance. Quiere creer que sí.

—Estamos cerca. Vamos a parar aquí.

Antonia se despereza en el asiento, se frota los ojos. Están aparcados frente a una cafetería. Y no amanece.

—No es la dirección correcta.

—Ya te digo yo que sí. Tengo un *tripa-zorri* que no veo. O me das un café y un bocata, o te vas a ver la escena del crimen tú sola.

Ella echa mano a la guantera. Debajo del manual de instrucciones del coche, hay un sobre rojo. Antonia lo abre, y de su interior saca una bolsita con píldoras blancas. Se las muestra a su compañero.

—No sé si te lo ha avisado Mentor, pero...

—Mira, bonita, no me toques los huevos. Que bastante tenemos con lo que tenemos. Guárdatelas para ti.

—¿Difenilmetilsulfinilacetamida? Si me das una de éstas, me estallaría la cabeza.

—¿Darte yo a ti drogas? ¿Estamos locos? —dice Jon, saliendo. Con portazo.

Antonia lo encuentra dentro, encaramado a un taburete. Desde atrás parece una aceituna gris pinchada en un palillo. No es que esté gordo.

—Al final vas a tener razón. Este sitio es carísimo —dice Jon, con la boca llena—. Diez euros por un montado y un café con leche.

—Un pitufo mixto y un mitad —encarga Antonia al camarero, cuando éste se aproxima.

Voces a la cocina. El tubo de la cafetera. Ruido de platos que aterrizan frente a ellos.

—Cinco euritos —dice el camarero.

Antonia le da un codazo a Jon para que pague.

—Oiga —dice Jon, tendiéndole el billete gris—. Yo le he pedido lo mismo y me ha cobrado el doble.

El camarero señala un letrero tras él. Pequeño. A mala idea.

AVISO: SI NO SE PIDEN BIEN LAS COSAS,
COBRAMOS EL DOBLE.

Y, más abajo, las traducciones al malagueño. Así Jon descubre lo que significan un largo, un mitad y una nube. Y las otras seis variedades locales. Se caga en todo lo cagable por dentro, calla por no hacer ruido, pasa página. Otra más en su negra historia con los camareros.

—No es posible que hayas visto el cartelito.

Antonia ataca el bocadillo. No debería, pero…

—Me entrenaron para verlo todo.

—¿Todo? ¿De cada sitio al que entras, de cada situación?

Ella se encoge de hombros.

—Es lo que soy.

—No es lo que eres. Es lo que haces, bonita. Si te crees otra cosa, acabarás *zoro*. Loca. —Le da un sorbo al café—. Más loca, me refiero.

—Es lo mismo.

—No lo es. Lo contrario no te daría permiso a fallar.

—Es que no lo tengo.

Jon apura el café.

—*Tabernari*, un vaso de agua, haz el favor. Ése me lo puedes cobrar triple.

El camarero le fulmina con la mirada, pero luego echa un ojo a la arquitectura de Jon y acaba poniéndole el vaso. Lo más caliente que puede.

—Antonia… ya sé que estás enfadada conmigo, con Mentor, con el mundo entero. Pero no pasa nada por fallar. No hemos encontrado a Sandra, no hay señales de White. Pues nada. La vida sigue.

Los segundos pasan, mecidos por el sonido de la tele y el parpadeo de la tragaperras. Antonia tarda semana y media en contestar. Cuando lo hace, no le mira a los ojos. Mira a la taza vacía y a las acusadoras migas del plato.

—No sabes lo difícil que es ser yo.

Jon suelta una risotada. Nasal. De mosqueo.

—Claro que no, no te jode. Nadie sabe lo que es ser otro. Pero tú tienes algo especial. Algo valioso, que no puedes desperdiciar. El único superpoder que yo tengo es reconocer a distancia unos Manolo Blahnik.

Antonia le mira, extrañada.

—Bajo ciertas circunstancias, el identificar con precisión el calzado de una sospechosa…

—No te soporto.

Cuando se ponen en pie, el informativo de la mañana de Canal Sur empieza a desgranar los titulares.

«*La policía sigue sin pistas sobre el fallido atraco ayer a una joyería en el Centro Comercial Paraíso. Los atracadores mataron al vigilante de seguridad y a un cliente del centro que…*»

Jon y Antonia se miran. Ninguno habla.

7

Un triángulo

Fuera, el aire está más templado. No pide bañador, pero tampoco abrigo. Y amanece, por fin, y el sol incendia el capó de los coches.

Jon conduce hasta el centro comercial. Queda hora y media para que abran. El parking está vacío, salvo por un coche patrulla, atravesado entre siete plazas. Que no hay nada que le divierta más a los policías que dejar muy claro que las normas de tráfico no les afectan. Uno de paisano, con la placa colgada al cuello y una carpeta bajo el brazo, espera junto a la puerta de emergencia. El acceso a la zona de la investigación se ha delimitado con varios metros de cinta blanca, cruzada de rayas negras.

Jon se acerca y le enseña la placa.

—Soy el inspector Gutiérrez.

—Los de Madrid, ya. Pasen, pasen —dice, alzando la cinta.

Es un hombre joven, aunque los treinta no los cumple. Alto, moreno, fibroso. Ojos amables en rostro afilado. Cara de hambre, pero en guapo. Algo cargado de hombros. Adelanta la mano para estrechársela a Jon cuando ambos han pasado por debajo de la cinta.

—Subinspector Belgrano. Y usted es... —dice, volviéndose hacia Antonia, tendiendo la mano de nuevo.

Se produce un momento incómodo en cinco tiempos, a saber:

Antonia mira la mano del subinspector Belgrano, sin hacer el más mínimo amago de estrecharla.

Antonia mira a Jon.

Jon hace un intento balbuceante de presentarla, hasta que se da cuenta de que se han olvidado de acordar su tapadera.

El subinspector guarda la mano en el bolsillo de los vaqueros.

Antonia se lleva la mano a la mochila bandolera y saca una

identificación de color azul marino.

—Scott. De la OCO.

Belgrano pone cara de debería sonarme pero no caigo.

Antonia aclara.

—Organised Crime Office. Europol.

La Europol. Como la Interpol, pero en Euro. Europol. No podías haber escogido otra agencia, cariño, piensa Jon, poniendo los ojos en blanco por dentro. Sí, él es capaz.

—Vaya, es usted la primera que conozco —se sorprende Belgrano.

—No somos muchos. —Se encoge de hombros Antonia.

Tirando a pocos, piensa Jon. *No llega a mil en toda Europa. Y oficiales de enlace con una chapa como esa que te ha dado Mentor, todavía menos. Si alguien pregunta por ti, va a ser muy raro que no te conozca nadie. Pero bueno, aquí parece haber un ambiente menos hostil que con Parra*.

—Pues qué suerte poder contar también con ustedes. Que aquí necesitamos toda la ayuda posible. Suban, suban. Pero cuidado en la entrada de la escalera, hay una huella de sangre, no la pisen —dice Belgrano, adelantándose para sujetarles la puerta.

Definitivamente menos hostil.

La escalera no tiene otras luces que las de emergencia. A pesar de ello, el triángulo amarillo de marcación de pruebas destaca en el suelo, junto a una marca roja en la que se distingue, nítido, el apoyo del talón y un par de dedos. Hay otro triángulo varios escalones más arriba. Entre medias, hay más pisadas sanguinolentas, aunque muy pocas de ellas completas.

—Hay varias huellas sin marcar —apunta Antonia.

—Bueno, todas pertenecen a la señora Moreno.

—¿Cómo lo saben? ¿Han podido comprobarlo con la desaparecida?

Belgrano parece avergonzado.

—No, pero hemos deducido...

Antonia y Jon guardan silencio, y le miran.

—Verán. La verdad es que nos hemos quedado sin triángulos —admite por fin—. Y había muchas huellas. Hemos preferido usarlos arriba, en el escenario principal.

—¿Está intacto?

—Desde Madrid nos avisaron de que no tocáramos nada, hasta que no llegaran ustedes. El juez ya ha pasado y se han levantado los cadáveres, eso sí, ahí no se podían quedar. El resto está tal cual. La planta está cerrada hasta mañana.

—¿Y los de la científica?

—En el chalet del marido, con el otro cadáver. Empezaron por aquí porque es un sitio público. Y somos muy pocos, no podemos cubrir dos escenarios a la vez.

Los tres comienzan a subir, con Belgrano encabezando la marcha. Antonia en medio. Jon detrás, algo retrasado (no le gustan las escaleras).

—Van cortos de presupuesto, entiendo.

—Ni se imagina. En Málaga contamos con ochenta efectivos menos de lo que Interior tiene asignado. Pero no nos mandan a más gente. Los cadetes, todos a Madrid o a Sevilla. Y ya le digo que lo que Interior tiene asignado no vale ni para tomar por culo.

El subinspector pronuncia *nipatomahpohculo* con un acento cerrado. De Málaga no. Del interior. Granadino.

—Tendríamos que ser el doble, por lo menos. Para poder ir tirando. Literalmente. Que nos dan diez balas para las prácticas cada mes. Si quiero tirar más, me las tengo que pagar yo.

Jon, que ha vivido mil y una batallas con el presupuesto en la policía, se olvida de que ahora gana el cuádruple que el subinspector Belgrano y se pone a despotricar de los sindicatos apesebrados y de los tontos por ciento de Interior, que no saben más que mirar por el duro y no por la gente, a lo que Belgrano responde de manera enérgica, sin darse cuenta de que, por debajo de ellos, una cabeza privilegiada se desliza entre ambos policías y abre la puerta de la escalera con la idea de hacer algo de provecho.

—¡Oiga! ¿Adónde va? No puede salir ahí sin que haya un agente…

Jon le agarra del codo con delicadeza.

—Oiga, Belgrano… Si quiere ver algo realmente curioso, quédese aquí. Déjela trabajar —luego añade, por seguridad—: Y si no, también.

8

Nueve disparos

Antonia esquiva el intercambio de obviedades y abandona la escalera para entrar en la planta superior del centro comercial. Pero no aborda la escena como siempre. Hoy va a probar algo distinto. Quizá así...

Cierra los ojos.

El sueño, ese reborde de la vida que uno no posee, le ha dado la espalda desde hace meses. Esta noche no ha sido una excepción. Una cabezada larga, tenue, semilúcida, en el coche. Plagada de imágenes perturbadoras, que no han ofrecido reposo ni consuelo alguno. En los últimos meses, el descanso ha sido un lujo que no ha querido concederse. Y cuando el resto de su cuerpo se rendía, cuando los ojos le ardían, ya de madrugada, ahítos de datos, exhaustos de tragar hora tras hora de imágenes de cámaras de seguridad, en busca de Sandra, en busca del rostro que puebla sus pesadillas, cuando sus músculos gritaban tras tantas horas de inmovilidad y Antonia cedía...

Su mente se empeñaba en sabotearla.

Le dice que está quemada. Que ya no le queda nada dentro, que ha fracasado.

Por eso se ha resistido con uñas y dientes a aceptar otros casos, a volver a empezar el viejo juego sin haber acabado la partida anterior. Incluso a acercarse a los cadáveres como el del Manzanares hace dos noches. Quizá por temor —no miedo, porque Antonia no tiene miedo a casi nada— de que al echar otra vez a rodar los dados, descubra una verdad que sospecha sobre sí misma y que la abuela le ha confirmado. Que todas esas pamplinas sobre el deber y la responsabilidad sean sólo frases huecas. Que lo que importa, lo que de verdad le importa, es el poder. La responsabilidad es sólo el IVA incluido al final de la factura.

Y luego está lo otro. El problema principal.

Abre los ojos.

La luz de la mañana entra a través del gigantesco ventanal que cubre la pared este del edificio, convirtiendo el lugar en una inmensa cámara, de la que sus pestañas son el obturador y su cerebro es la película.

Cierra los ojos.

La imagen permanece en su mente, tan nítida como si tuviera los ojos abiertos. Menos saturada. Más manejable.

Su respiración se entrecorta, su pulso se acelera, la sangre ruge en sus oídos.

Puede con ella. Puede, por sí misma.

Intenta clasificar los elementos de la escena.

El escaparate, roto, astillado.

Los cristales, formando una cama deshecha en el suelo.

La marca junto a ellos donde hubo un cadáver, ya retirado.

Otra marca de cadáver, algo más lejos.

El bolso, los casquillosdebalasonmuchosporquétantosdisparosestonoesunaejecuciónnormalneces

—No las necesito —se miente.

No funciona.

No extiende la mano. No busca a Jon con la mirada, aunque sabe que está unos metros tras ella, sin quitarle el ojo de encima, listo para acudir cuando ella reclame su dosis, la dosis que sólo él está autorizado a darle.

No pide nada.

Se lleva la mano al bolsillo de los pantalones, procurando que Jon no la vea. Con la punta de los dedos saca dos cápsulas rojas.

Por favor, que sean suficientes. Por favor, que baste con dos.

Rompe la gelatina de la primera con los incisivos, liberando el ansiado polvo amargo, y lo recibe debajo de la lengua, dejando que la mucosa absorba el cóctel de substancias químicas y lo lleve a su torrente sanguíneo a toda velocidad. No basta. Muerde la segunda.

Cuenta hasta diez, dejando una respiración entre cada número, descendiendo un peldaño cada vez, hacia el lugar donde necesita estar.

De pronto el mundo se vuelve más lento, más pequeño. La electricidad que le hormiguea en las manos, el pecho y la cara se disuelve.

Ha vuelto. Ha vuelto la claridad. Y junto a ella, una extraña dicha, mezclada con miseria.

Antonia busca en su diccionario de palabras imposibles para entender lo que siente.

Kegemteraan.

En malayo, la alegría de tropezar. El sentimiento simultáneo de placer y desconsuelo cuando sabes que has hecho algo que no deberías.

Ya lidiará con el desconsuelo más tarde. Ahora, Antonia se sumerge en la claridad, en la que los monos de su cabeza se agazapan, en silencio, a esperar sus órdenes. Siguen enseñando los colmillos y revolviéndose, pero en silencio.

Ahora habla ella.

—El asesino disparó primero al cristal.

—¿Cómo lo sabe? —dice el subinspector Belgrano, en voz baja, desde la puerta.

—Shhh. Calle y aprenda —dice Jon.

Antonia da tres pasos hacia la tienda de Prenatal. Extiende el brazo, forma una pistola con los dedos índice y pulgar. Con su pequeña estatura, parece una niña jugando a polis y cacos.

Coloca mejor los brazos, busca el ángulo. Frente a ella está el cochecito con la capota destrozada. Hay otro a la izquierda, un carrito de paseo de color rosa.

—¿A qué hora fue el ataque?

Jon le da un codazo a Belgrano para que responda.

—A las 11.21. Lo sabemos por el registro de las cámaras de abajo, es el momento en el que la gente se pone a correr y a llamar a la policía.

Antonia mira al suelo, a la sombra que proyectan su cuerpo y su brazo. Mira de nuevo al frente.

—Ella le vio. Quizá en el reflejo del cristal. Por eso se agachó. ¿La tienda estaba cerrada?

—La empleada estaba en el baño cuando sucedió. Había puesto un cartel de VUELVO EN CINCO MINUTOS. Menos mal, porque encontramos una de las balas incrustada en el mostrador.

—¿Y las cámaras de este piso?

—Nada. Alguien saboteó la grabación —dice Belgrano.

—Vaya, qué oportuno —masculla Jon.

Antonia da un paso hacia un lado. La tienda de Prenatal es la última antes de la escalera de emergencia. Antes de llegar, a la izquierda, hay un pasillo que lleva a los baños. Detrás, sólo la barandilla de metal y cristal que se abre sobre el segundo piso. La tienda anterior a Prenatal es la joyería Chocrón. Está también precintada, junto al acceso a las escaleras mecánicas. Hay más tiendas en el resto de la planta, pero no están a la vista, ya que esa parte del edificio hace esquina.

Un lugar idóneo para un asesinato. Una ratonera, con pocos testigos, y una salida sencilla.

Vuelve a levantar el brazo, con el índice extendido.

—Disparó. Falló.

Se gira hacia la derecha. Sus pies pasan por encima de los triángulos de señalización de pruebas.

—El primer cadáver, el de la izquierda, es el del chófer de la señora Moreno, ¿verdad?

Belgrano consulta sus notas.

—Anatoly Oleg Pastushenko. Nacido en Georgia en 1971. Ex policía en Tiflis. Lleva viviendo en España desde hace varios años. No lo sabemos con precisión. Oficialmente tiene la residencia desde hace siete años. Fue el primer empleado del señor Voronin, el marido de Lola.

—¿Sabemos cuántos disparos recibió?

—Cuatro balas, según el informe forense. Dos en el torso, una en la cabeza, una algo por debajo de la rodilla izquierda.

Desde la posición del asesino, Antonia da tres, cuatro, cinco pasos hacia delante, se vuelve, se agacha un poco. Saca un bolígrafo de la bandolera, lo introduce por el extremo vacío de uno de los cartuchos, lo alza hasta la altura de sus ojos. Reconoce los caracteres cirílicos, las tres letras inconfundibles. M-A-K.

—El arma del asesino era una Makarov de 9 milímetros.

—Sí, lo hemos confirmado —dice Belgrano—. Por aquí abundan, por desgracia.

Y tanto. Después de que el célebre ingeniero Makarov la diseñara en los cincuenta, la Unión Soviética y muchos de los países satélites convirtieron aquella pequeña pistola en el arma reglamentaria del ejército y de los cuerpos de policía. Y no paró de extenderse. Ahora, desde China hasta Cuba y desde Ucrania a Zimbabue, hay millones de unidades en servicio, prácticamente idénticas y utilizando una munición compatible. Barata, desechable, ideal para pasar desapercibido y no dejar rastro.

Antonia vuelve a incorporarse y repasa la escena.

Parpadea varias veces.

—El chófer disparó también —anuncia.

Belgrano da un respingo.

—No nos consta que el chófer estuviera armad…

Jon vuelve a hacerle callar.

—Y creo que alguien ha intentado ocultarlo —avisa Antonia.

9

Una decepción

Antonia vuelve sobre sus pasos, se arrodilla, pone las manos en el suelo, pega la nariz a las losetas.

—Jon, ven aquí, por favor.

El inspector Gutiérrez se acerca a ella.

—Dime si hueles a lejía.

Jon no necesita agacharse y hocicar el suelo. Huele a lejía, y mucho. Asiente con la cabeza ante la pregunta de Antonia.

—Hasta yo puedo olerlo —dice Antonia—. ¿Le han pasado el Luminol?

—La científica ha estado aquí, pero en su informe no decía nada de que hubiera habido un disparo de respuesta, ni nada de sangre que no fuera de las dos víctimas o de la mujer —dice Belgrano, confundido.

—El asesino sangró en este punto. No mucho, apenas unas gotas.

Hasta Jon, que lleva ya mucho tiempo junto a Antonia, se asombra ante la deducción.

—¿Cómo...?

Antonia señala al suelo, y luego al escaparate.

—Cuenta los casquillos. Tres balas en la primera secuencia de disparos.

—Cuando el asesino iba a disparar a Lola Moreno. Y falló.

—No te quedes ahí. Observa el comportamiento de las balas. La primera destroza el cristal, pero las tres atraviesan la capota del cochecito, a seis metros de distancia. Es un blanco pequeño. ¿Qué te indica?

—Sin dispersión entre los disparos. Con una nueve milímetros. Precisión. Mucha —concluye Jon.

—La mano del sospechoso no tiembla, aunque no acierte. Falla el

objetivo principal, ahora tiene que hacerse cargo del chófer.

—El chófer, que con ese currículum es más bien guardaespaldas.

—Se gira un poco hacia él. El chófer era torpe, descuidado. Llevaba un móvil en la mano y un café en la otra —dice Antonia, señalando a la mancha reseca del suelo—. Pero el asesino no está dispuesto a correr riesgos, así que su primer tiro es instintivo. Por eso le acierta en la pierna.

—¿Cómo sabes que el de la pierna es el primer disparo?

—Mira la marca del cadáver. Observa la posición y las manchas de sangre del suelo. No hay retrosalpicaduras, no hay pisadas del chófer sobre su propia sangre, no hay marcas de autoarrastre, nada. Eso quiere decir que no avanza ni un centímetro después de recibir el primer disparo.

—Los otros dos tiros fueron en el torso, lo que indica precisión. Y el de la cabeza, aún más.

—Exacto. Así que, el primer disparo en la pierna, al girarse por instinto hacia el chófer, el chófer cae de rodillas, recibe un disparo en el pecho, o los dos. Al final de esos dos disparos, o entre medias, él realiza el suyo. Y luego se desploma.

—Vaya. ¿No lo tienes claro?

—No puedo deducirlo todo —dice Antonia.

—Menuda decepción.

Ella tuerce el gesto con perplejidad, pero reconoce el intento de humor. Las pastillas ayudan.

Premia a Jon con un leve estiramiento de los labios. Casi media sonrisa.

—Pero sigues sin explicarme cómo has sabido que el chófer disparó.

—Fácil. Mira los casquillos del suelo. Al girarse el asesino hacia el suelo, crea una segunda zona de disparo. Y ahora cuenta los casquillos de esa segunda zona.

—Cinco.

—El chófer recibió cuatro disparos. El primero sabemos que fue en la pierna. El último el de la cabeza. Dos acertaron en el pecho. Pero el asesino, que tiene una gran precisión, hace un disparo cuya bala no aparece. Si hubiera disparado en esa dirección...

—... la bala habría acabado en el chófer, en la pared o en el suelo —concluyen ambos al mismo tiempo.

Jon se rasca la cabeza.

—Así que el chófer dispara, da al asesino, le hace perder la puntería de forma que falla uno de sus disparos, que se pierde vete a saber dónde, y finalmente recibe el tiro en la cabeza.

—Eso es.

—Nunca lo hubiera adivinado.

—Menuda decepción —dice Antonia—. Pero alguien ha vertido lejía en el suelo. Alguien que no quería que encontráramos muestras de ADN válidas.

El hipoclorito de sodio en una superficie no porosa aniquila los restos de sangre. En presencia de la lejía, el Luminol se limita a reaccionar por toda la superficie, brillando como un árbol de Navidad. También pasaría inadvertida esa sangre para pruebas más complejas como la fenolftaleína o el inmunoensayo de hemoglobina.

—¿Alguien más ha tenido acceso a la escena del crimen? —pregunta Jon a Belgrano.

—No, claro que no —protesta el subinspector—. Cuando recibimos el aviso vino un zeta enseguida, pero ya era tarde. El asesino se había ido. Y después ha habido agentes de uniforme protegiendo la escena.

—Entonces ¿él mismo vertió lejía sobre su propia sangre? O tenía un cómplice que ha logrado burlarles.

—El vigilante de seguridad no era —dice Antonia, señalando a la segunda marca de cadáver.

Belgrano lee en sus notas.

—Mateo Lorente. Riojano. Vino a Marbella a vivir hace un par de años, con su mujer y su hija, cuando le salió trabajo de segurata. Y ya ven.

—Daño colateral —dice Antonia, con frialdad—. Sigamos.

—Oiga, que los seguratas también son personas —se ofende enseguida Belgrano (sin duda tiene cuenta en Twitter).

El inspector Gutiérrez respira hondo e intenta dulcificar la voz, como cuando hay que hablar con un chihuahua con problemas neurológicos (tuvo cuenta en Twitter).

—Si el papa Francisco hubiera estado haciendo pis detrás de una maceta y hubiera caído en el fuego cruzado, la señora Scott lo consideraría daño colateral.

Antonia se inclina hacia Jon y le susurra.

—Quizá en el caso de un dignatario internac...

—No ayudas.

—Lo siento. —Y, alzando de nuevo la voz—. Sabemos que la víctima, la señora Moreno, huyó por las escaleras.

—Se dejó las *andalias* —dice Belgrano, señalando a las sandalias del suelo, para dejar claro que él también tiene dotes de observación—. Descalza y con los pies heridos. Y el coche en la puerta. Las llaves todavía las tenía el chófer.

—No lo entiendo —dice Jon—. Intentan matarte y huyes a pie, sin dinero, sin el bolso, sin coche y sin zapatos.

Antonia se acerca de nuevo al montón de cristales, entre los que ha quedado el bolso de Lola Moreno, la mitad de su contenido esparcido por el suelo. Con la punta del bolígrafo, los remueve hasta localizar, semienterrada, una pequeña cartera de plástico azul. En su interior hay dos tubos de color rojo. En uno de ellos alcanza a leer TIMESULIN.

—Y no acudes a la policía —insiste Jon—. Tiene que estar muy asustada. O esconder algo muy sucio.

—¿Ninguna señal de ella desde anoche? —pregunta Antonia.

—No, señora. Hemos radiado su descripción a todas las unidades y mandado zetas a dar vueltas por los alrededores pero nadie la ha visto.

Antonia saca su iPad y consulta la ubicación del Centro Comercial Paraíso en Google Maps. Activa la vista tridimensional. Al sur del complejo está la AP-7, al oeste una urbanización. En las otras dos direcciones hay monte. Kilómetros y kilómetros de monte, que se extienden hasta las faldas de la Sierra Blanca. Sin más lugares habitados entre medias que la Funeraria San Pedro y el Cementerio Virgen del Rocío.

—Pues si no quieren que acabe aquí —dice Antonia, señalando los dos macabros puntos en el mapa—, mejor que la encontremos antes de cuarenta y ocho horas. Porque la señora Moreno es diabética y está

embarazada.

—Mala combinación —dice Jon, chasqueando la lengua.

Lola

Había una vez una niña que creció en un hogar triste y sin amor, donde la comida sabía a cenizas y el futuro era negro. Una niña a la que sus padres abandonaron pronto. Una niña que, cuando creció, conoció a un príncipe azul, venido de tierras muy lejanas, que la llevó a vivir a un palacio de mármol blanco y una pechá *de muebles*...

El padre de Lola era contable y la madre es peluquera. De pequeña le dieron todo el cariño que les permitieron sus horarios de clase obrera. Nunca faltó en casa un plato de ajoblanco y unos boquerones, y un abrazo *sudao*. Eso, de diario. En Navidad, gazpachuelo, chivo y bienmesabe antequerano, todo hecho por mamá. Y abrazos limpitos, con olor a Farala y a Brummel. Debajo del belén, un Furby, la granja de Playmobil, un Tamagotchi, depende del año. Si venían malas, sólo un billete de mil pesetas. Se murió la tía Julia, ciega y medio sorda, y una de las abuelas, medio ciega y sorda del todo. Luego papá, el año pasado, de un infarto. Mientras dormía.

Y ése fue todo el drama.

No da para Dickens.

Había una vez una niña que creció en un hogar triste y sin amor, donde la comida sabía a cenizas y el futuro era negro, se repite Lola. Es sólo una versión de los cuentos que se narra Lola a sí misma en las noches en las que no puede dormir, en las que le persiguen las dudas o los remordimientos. Comienza a contarse ese cuento y el sueño termina llegando.

Aunque esta noche lo que le persigue es gente que quiere matarla.

Si ya lo sabía yo, se lamenta Lola.

Rebobinemos.

Cuando las sirenas están casi encima (y el ruido del coche de los

asesinos se desvanece), Lola sale de debajo del coche, atraviesa el parking y comienza a caminar campo a través. Sin mirar atrás, sin preocuparse de sus pies sangrantes hasta media hora después, cuando el dolor se impone al miedo y a la adrenalina.

Para entonces se encuentra en mitad de ninguna parte. Ha recorrido una trocha embarrada y atravesado un sendero de tierra sin haberse cruzado con una sola persona. El suelo está blando después de la lluvia reciente, y no hay nadie en kilómetros a la redonda.

Unos minutos más tarde, escucha el motor. No se para a ocultarse, no lo piensa dos veces. Está al borde de un camino. A un lado un bosquecillo de encinas y pinsapos, al otro un terraplén en el que el terreno desciende diez o doce metros en ángulo pronunciado. Lola se deja resbalar por el terraplén y se acurruca detrás de unas matas, justo a tiempo. El ruido del motor se detiene, y una puerta se abre. Alguien camina hasta el borde del camino, aunque Lola no se atreve a mirar quién es. Sólo lo escucha arriba, respirando fuerte. Por un momento pasa por su cabeza la idea de levantarse y de pedir ayuda. Luego Lola siente que la figura oscura la busca o la *olfatea*, y tiene la certeza de que no quiere que la descubra.

Así que permanece quieta.

Sólo se permite dar vueltas en la falange a su anillo de bodas, usando la yema del pulgar, como único medio para calmar su ansiedad.

Cuando la figura oscura vuelve a su coche y reanuda la marcha, Lola aún tarda un largo rato en ponerse en pie. Teme que el hombre aquel no estuviese solo, que haya dejado atrás a algún cómplice que ahora se arroje sobre ella, aprovechando que se confía.

Cuando se atreve a levantarse, no sucede nada.

Sólo silencio, roto por el cántico de unas pocas cigarras tempranas. No deberían surgir hasta la primavera, pero el cambio climático ha desajustado sus relojes internos, los mismos que les hacen dormir en la tierra durante diecisiete años exactos. Si surgen demasiado pronto, son pasto de depredadores.

Lola sabe todo esto, porque lo vio en un documental de La 2 una vez. Y es mucho más espabilada de lo que da a entender su aspecto, su

currículum, su actitud sumisa.

Al fondo del terraplén hay un pequeño arroyo, casi siempre reseco, pero que en estos días de febrero borbotea perezoso, reticente. Obligado por las circunstancias. Lola desciende hasta él, recorre la orilla y busca un lugar para recobrarse. Una piedra algo más grande, curso arriba, le ofrece descanso apurado para nalga y media. Lola sumerge los pies en el agua. El frío del arroyo es como cuchillas de afeitar entre los dedos. Pero Lola resiste. No es plan de esquivar las balas y morir de sepsis.

Lola se quita el jersey, manchado de grasa, y se saca la blusa. Novecientos euros en Michael Kors. Ahora va a hacerle un apaño distinto. Usando los dientes, logra convertirla en tiras largas e irregulares. El tafetán de seda es lo que tiene, los hilos de distintas densidades parten mal.

Por qué coño no me habré puesto hoy unos tenis, se lamenta. No por última vez.

Saca los pies del agua, y atiende a sus heridas. En una de ellas aún quedan restos de cristales. Dos trozos cuadrados, que se han incrustado en el hueso. Lola los arranca con los dedos resbaladizos, notando el crujido cuando salen, permitiéndose un grito sordo que rebota por las paredes del terraplén y por la superficie del arroyo, sin otra respuesta que un breve parón en el canto de las cigarras. Después se envuelve los pies muy despacio con las tiras de la blusa. Intenta seguir un patrón en espiral, aunque los vendajes improvisados se enrollan, empapados en la sangre y el agua que chorrean sus pies. Le lleva casi una hora, pero al final logra una cierta compresión, torpe, pero fuerte. Puede mover a duras penas los dedos de los pies, y eso es lo único que recuerda que hay que hacer, de una vez que su madre se hizo un esguince de tobillo tras resbalar en el pelo cortado de la peluquería. Por no barrer más a menudo.

El proceso hubiera sido más sencillo si se atreviera a usar el teléfono para buscar en internet, pero lo tiene apagado. No puede permitirse que la localicen.

Cuando acaba, se pone de nuevo el jersey y da una cabezada, apoyada contra el árbol. Más desmayo que intención. Al despertar es

ya media tarde, su estómago ruge, la sangre le martillea en las sienes. Bebe, agachada, con la boca directamente en el curso del agua, que sabe a tierra ácida y a corrupción. Eructa, con el estómago lleno de agua, a falta de otra cosa, y se acaricia el vientre, donde el niño —tiene que ser un niño, por supuesto, un pequeño Yuri— reclama su alimento, extrayéndolo de ella.

Sin comer puede pasar unas horas. Incluso en su estado, aun con su enfermedad. Pero sin pincharse la insulina, la cosa se complica. Conoce bien los síntomas de la hiperglucemia, pues su madre se los hizo repetir una y otra vez de niña, en cuanto le diagnosticaron la enfermedad. No es que los haya sufrido nunca, porque siempre ha sido cuidadosa. Pero los conoce.

Empieza por el dolor de cabeza, la sed, las ganas de orinar mucho, piensa, masajeándose las sienes.

Resuelve lo último detrás de un árbol, antes de volver a ponerse en marcha.

No sabe adónde ir, pero no puede quedarse junto al arroyo. Ahora las temperaturas son suaves, pero por la noche bajarán hasta los ocho grados. Y Lola es friolera, y sin cobijo sabe que puede morir.

Así que camina, de vuelta al camino, y de ahí al punto más alto que encuentra. El terreno, accidentado, sube y baja con lomas pronunciadas, un aperitivo geológico antes del plato principal: la Sierra Blanca, al fondo del paisaje. Y, entre medias, un edificio bajo con tejado rojo.

Allí está Lola, ahora.

Le cuesta mucho decidirse a entrar, porque es muy consciente de su aspecto desastroso. Ni siquiera dándole la vuelta al jersey se pueden ocultar las manchas de grasa. Disimular, sí. Ocultar, no. Así que Lola merodea por la puerta, en la esquina del aparcamiento, hasta que unas cuantas mujeres de ojos enrojecidos salen a fumar. Lola entonces se confía a la suerte, y entra en la funeraria decidida, sin mirar a la mujer de recepción —que está ocupada intentando estafar a una viuda vendiéndole flores a precio de tinta de impresora—, sin cambiar

mirada alguna con nadie. Rogando por que nadie se fije en sus pies, vendados y mugrientos de polvo y barro.

Aunque, sinceramente, ¿cuándo fue la última vez que te fijaste en los zapatos de alguien?

La funeraria consta de varias salas, cada una con su muerto dentro y sus vivos fuera, en unos sofás bastante más incómodos que el ataúd. En la sala más al fondo no hay nadie fuera, pero sí un par de gabardinas y chaquetas abandonadas sobre los sofás. Ningún bolso. Lola pasa deprisa junto a la primera chaqueta —es azul marino, no pega con los vaqueros, qué se le va a hacer—, la agarra, se la echa sobre los hombros, se encoge como si le abrumase la muerte de un ser querido, se frota los ojos, vuelve sobre sus pasos, se refugia en el lavabo de señoras. Tercer cubículo. Los pies, encogidos cada vez que entra alguien. Pestillo echado.

Había una vez una niña que creció en un hogar triste y sin amor, donde la comida sabía a cenizas y el futuro era negro, se repite, mientras espera.

Pasan las horas. Las funerarias no cierran nunca mientras haya familiares que velen. Los de los dos muertos que esperan en la sala uno y la sala dos se atrincheran en el interior, dejando el campo libre a Lola, que sale hacia la una de la mañana. Trastabillando, casi sin fuerzas. La cabeza le estalla.

La mujer de recepción está de espaldas, viendo algo en la televisión. El volumen está muy bajo, pero Lola cree reconocer un programa musical de esos que buscan talentos sin éxito.

Sigue caminando hacia la sala tres, donde hay una habitación vacía, sin féretro tras el cristal. Unas cuantas sillas. Una mesa. Un teléfono fijo.

Lola marca el móvil de Yuri, y contiene el aliento, esperando la confirmación de lo que ya sabe.

Apagado, o fuera de cobertura.

—Está muerto —dice, en voz baja—. Está muerto, el muy gilipollas.

Había una vez una niña que se quedó sola.

10

Otra escena

A la hora en la que Lola está semiinconsciente junto al arroyuelo, Antonia Scott y Jon Gutiérrez llegan a las puertas de la propiedad. Ha sido Jon quien ha tenido que arrastrarla hasta allí.

—Deberíamos estar buscando a esa mujer —protesta Antonia.

—¿Cuántas probabilidades hay de que los que mataron al marido sean los que han intentado matarla a ella, cariño?

—Muchas. Todas —admite.

—¿Entonces? —dice Jon, torciendo el morro. No es propio de ella actuar de forma tan ilógica.

—Sólo quiero volver a Madrid cuanto antes —dice Antonia, cruzándose de brazos.

El sitio tiene tela. Marinera, y de la otra. Gusto, algo menos.

La Urbanización Solfiesta, a quince minutos en coche del centro de Marbella, no es un lugar exclusivo, retiro de altos ejecutivos y millonarios árabes, como La Zagaleta. Solfiesta sólo es cara. Las edificaciones parecen arrojadas en mitad de ninguna parte, con la planificación urbanística hecha por un niño que hubiera volcado el cajón de los juguetes. Se intercalan por la ladera, sin orden ni concierto, muretes de ladrillo y paredes encaladas, protegiendo el acceso a viviendas que rivalizan entre sí por ver quién exhibe el mármol más feo y ostentoso.

Son casas de folclórica, de futbolista de mitad de tabla, de ganador de Eurovisión.

—El paraíso de lo hortera —dice Jon, cuando aparca en la puerta. La tarde, pegajosa y gris, amenaza tormenta y vuelve el entorno más

deprimente.

Antonia apenas levanta los ojos de la documentación que le ha pasado el subinspector Belgrano.

—Las casas son casas.

—Vamos, reconoce que tiene que chocarte un poco —dice Jon, asomándose por la ventanilla para llamar al telefonillo—. Tú, que siempre vas con tus camisetas blancas y tus chaquetas negras. Hay estilo.

Antonia espera hasta leer la última letra de la última hoja del dossier —cincuenta páginas leídas en nueve minutos— y cierra la carpeta con gesto cansado antes de contestar.

—Cuando conocí a Marcos, elegía yo mi ropa. Fue él quien me convenció de dejar de hacerlo.

—¿Por eso siempre te pones lo mismo? —dice Jon, que siente un ramalazo de ternura al imaginar a Antonia entrando al Primark y cogiendo lo primero que encontrase. Combinando según Dios le diera a entender. De pronto la comprende un poco más. Así es con Antonia, para conocerla tienes que ir armando las piezas del puzle con pequeños detalles que uno va captando.

Y no parpadees, que te los pierdes.

—Al parecer la gente me miraba por la calle. Según Marcos, con el negro uno no puede equivocarse.

Lo que está lleno de equivocaciones es el chalet de los Voronin Moreno, tal y como comprueban Antonia y Jon cuando el portón de acceso a la finca se abre con un zumbido. Se bajan del coche. Hay una estatua de niño meón en el jardín, un felpudo con el escudo del Spartak en la entrada, un timbre en el que suena *Kalinka* cuando lo aprietas.

—Pasen —dice Belgrano, abriéndoles la puerta.

Dentro, la fiesta continúa. Hay columnas de estilo romano en el salón, un grifo de cerveza junto a la mesa de billar al fondo. Una barra de *pole dancing*. El forro de los sofás imita piel de vaca.

Dios mío, estoy en el infierno.

Antonia tira de la manga de su compañero con suavidad, y éste se inclina un poco hacia ella.

—Creo que comprendo lo que querías decir —dice Antonia, señalando las luces led de color rosa que hay bajo la mesa de centro. O el gato de la suerte moviendo el brazo sobre ella, el gesto es ambiguo.

—Aún hay esperanza para ti, cariño.

Un pequeño detalle: la casa está patas arriba.

Los cojines rajados, su relleno esparcido por doquier. El barril de cerveza, extraído de su sitio y volcado. Si hubiera libros, estarían caídos de las estanterías. La única concesión a la cultura es un centenar de películas y videojuegos alfombrando el suelo, las cajas abiertas y pisoteadas. Copias piratas, por descontado.

—¿Esto han sido ustedes?

—Estaba así cuando llegamos —dice Belgrano—. Alguien buscaba algo con muchas ganas. Síganme, les llevaré hasta el cadáver.

Antonia y Jon rodean el sofá, pisando con cuidado sobre los restos de los Blu-ray. Para no resbalarse en el suelo de parquet ajedrezado, sobre todo.

—¿Ni una huella? —pregunta Antonia, que ve restos del polvo revelador encima de la superficie azulada de los discos.

—Las de los dueños de la casa. Esa gente usó guantes.

Pasan junto a la televisión de 98 pulgadas. Está encendida, emitiendo un canal de noticias ruso.

Jon siente una punzada de envidia, él que es tan de quedarse sopa viendo sus series. *Frente a una de ésas se tiene que dormir de escándalo*, piensa.

En el jardín trasero, al que se accede por una corredera de cristal en el salón, el horror continúa. Mucho césped artificial. Sillas de plástico barato y forro verde. Una fuente con un par de delfines saltarines escupe agua sobre una de las dos piscinas. La grande.

Porque hay dos. Una con forma de riñón. La otra, circular. Pequeña, climatizada y vallada.

—Pregúntenme para qué es esa piscina pequeña. Pregúntenmelo —dice Belgrano.

—Para el perro —responde Antonia.

El subinspector la mira, sorprendido.

—¿Cómo...?

Antonia señala un cuadro de la familia, pintado a mano, que cuelga en una pared del salón. Yuri, Lola y un perro del tamaño de un autobús. Marrón, de pelo muy largo y máscara negra sobre los ojos y el hocico.

—Eso es un pastor caucásico. Nacen en las montañas. No soportan el calor.

—Creía que no te gustaban los perros —dice Jon.

—No me gustan nada —admite Antonia—. Pero, por alguna razón, yo les gusto mucho. Así que procuro saber todo lo que puedo sobre ellos.

Jon abre el recinto vallado de la piscina y mete un dedo en el agua.

—Está fría.

—La asistenta me ha dicho que mantienen la piscina todo el año a veintidós grados para que el perro se refresque —dice Belgrano, algo mohíno porque su revelación no ha obtenido la sorpresa que él esperaba.

—¿Dónde está el perro?

—Estaba encerrado en el recinto de la piscina cuando llegamos. Hecho una furia. Embistió varias veces contra la valla cuando nos acercamos. Los de control de animales tuvieron que dormirlo para poder llevárselo a la perrera.

—¿Y el cadáver?

—A la vuelta.

En el extremo contrario del jardín trasero, al volver una esquina, encuentran una barbacoa, una mesa de cristal —hecha añicos— y un cuerpo sobre los restos de la mesa. Alguien lo ha cubierto piadosamente con una manta isotérmica. Sólo asoman los pies, descalzos. Con las plantas sucias.

Jon se vuelve hacia Antonia, esperando instrucciones. Está más rígida de lo normal, pero aun así no le pide una de sus pastillas rojas. El inspector se extraña. Puede sentir su tensión, la energía de su cerebro privilegiado cargando el aire a su alrededor de electricidad

estática. O igual es sólo que está a punto de llover, y él se lo imagina todo. *Lo más seguro*.

Lo que no se está imaginando es que no le ha pedido nada.

Algo no va bien, percibe Jon.

Antonia le hace un gesto —un inclinar de la cabeza suave, casi una súplica—, y Jon retira la manta que cubre el cuerpo.

Yuri es un hombre de treinta y muchos, con cuerpo fibroso de adolescente. Los abdominales, marcados. El torso, desnudo. La cara, desaparecida. Las moscas, pululando por los restos.

Sólo lleva un bañador de Superdry. Negro, que contrasta con la piel lívida del torso. A cambio, la espalda está violácea. Han pasado treinta horas desde la muerte, así que la sangre ha abandonado las zonas superiores del cuerpo para acumularse, en ausencia del bombeo del corazón, en las zonas inferiores.

La que no está esparcida por la pared, salpicando el suelo, los restos de la mesa y el saco de briquetas, se entiende.

Jon da un respingo. Seco. Mezcla de asco y horror. Casi una arcada.

—¿Su primer muerto? —dice una voz femenina a su espalda. Matiz burlón.

—Mi primer escopetazo, Chispas —dice Jon, al volverse.

Detrás de ellos hay una mujer de mediana edad, vestida de uniforme. Más fuerte que alta, pelo negro recogido en un moño tan apretado que hace daño al mirarlo. Tiene los ojos oscuros, las pupilas desiguales, como tinta derramada. El rostro severo. Hay una cierta precisión en ella. Cuando adelanta la mano para saludar a Jon lo hace con un gesto breve y rápido, sin malgastar esfuerzo alguno. Como si se reservara para algo que la está esperando.

—No sabe la suerte que tiene. Comisaria Romero. De la UDYCO Costa del Sol.

—Soy el inspector Gutiérrez. Y ésta es...

Jon señala a Antonia, pero ésta no ha hecho ademán de girarse para saludar a la recién llegada, y sigue estudiando la escena.

—Ya sé quiénes son. Me han insistido mucho desde Madrid en que serían de ayuda. Ya pueden serlo, he tenido que discutir con el juez de instrucción para que no levantaran el cadáver hasta que llegaran

ustedes. Es altamente irregular.

—Se lo agradecemos, comisaria.

—El señor Voronin ya tenía que estar en la morgue, en manos del forense.

—Tampoco hay dudas de la causa de la muerte, ¿no?

Romero sonríe, una media sonrisa cómplice.

—No demasiadas. ¿Su colega es muda?

—Sólo introvertida. Verá, la señora Scott tiene sus métodos. Son algo particulares, pero ofrecen resultados.

—También me han avisado. Espero que sea cierto. Estamos necesitados de resultados.

—Ya nos han dicho que están un poco solos por aquí.

La comisaria escupe una carcajada. Desabrida, sin ápice de alegría.

—Inspector Gutiérrez… siéntese un momento, que voy a contarle una historia de terror.

11

Un acelerón

Antonia apenas ha registrado la conversación que tiene lugar a su espalda. Está demasiado ocupada intentando hacer que el mundo vaya más despacio.

Los monos de su cabeza se habían calmado por la mañana lo suficiente para procesar la escena del centro comercial. Pero al entrar en el chalet, los monos le dejan claro a Antonia que sólo estaban haciendo la pausa del bocadillo. Tan pronto como ve el salón arrasado, su cerebro se empeña en absorber, clasificar, ordenar. Se empeña en encontrar un sentido.

No funciona.

En su cabeza

(los monos exigen. Los monos se pelean
por su atención plena, chillando,
sosteniendo cosas en alto),

la jungla se ha convertido en frenopático miserable.

Sola frente al cadáver de Yuri Voronin, Antonia Scott se agarra los codos, intentando abrazarse para calmarse, para ordenar a los monos. Lo único que le responde su cuerpo es el deseo imperioso de consumir más pastillas.

Pero ya ha tomado dos esta mañana.

Una tercera cápsula no bastará. Tampoco una cuarta.

Sabe que tiene que hablar con Jon de lo que le está sucediendo. Buscar ayuda. Pero no puede.

Hay una palabra para definir cómo se siente.

Bakiginin.

En carelio, idioma que se habla desde el golfo de Finlandia hasta el mar Blanco, la tristeza del constructor de paredes. El contraste entre la

necesidad de alejar a todo el mundo de tu vida, y la imposibilidad de hacerlo.

La invocación de la palabra ayuda a Antonia a calmarse momentáneamente. Aparta la mano del bolsillo, donde las yemas de los dedos ya rozaban otra pastilla roja.

Intenta centrarse en el cadáver.

Hay algo extraño en su postura.

Caído de espaldas sobre la mesa, que tuvo que hacer trizas al caer. El disparo, sufrido a bocajarro, las salpicaduras de sangre

(los monos levantan los objetos, ululan,
intentando hacerse escuchar.
Uno de ellos no debería estar allí)

y sesos en la pared, el bañador, la lividez de la piel.

Algo no encaja. Algo está mal, muy mal.

—No sé qué es. No…

La información la desborda. Cierra los ojos, se queda atrapada dentro de su cabeza. Rodeada por

(monos)

los datos, que ahora sólo significan ruido y confusión.

Antonia sale corriendo.

12

Un aviso

La comisaria Romero se acomoda —es un decir— en una de las sillas de jardín, al otro lado de la piscina. Jon hace lo propio.

—Tiene usted un acento curioso, inspector.

—Podría decir lo mismo.

La comisaria le echa una mirada larga.

—Sólo me preguntaba qué hace alguien de tan arriba aquí abajo.

—Pues echar una mano. ¿Vamos a seguir jugando a *Ocho apellidos vascos*, o me va a contar esa historia de terror?

Romero saca del bolsillo el móvil, lo apaga con un gesto, lo vuelve a guardar.

—Según tengo entendido, les han pedido que ayuden a localizar a la señora Dolores Moreno, la mujer de la víctima. ¿Sabe por qué?

Jon sacude la cabeza.

—Sólo nos han dicho que es importante para la investigación.

—Verá, inspector. El día a día en la UDYCO es un poco diferente al que hacen el resto de los compañeros. Nosotros tenemos una cierta… relajación con respecto a los protocolos. No miramos tanto el día a día, como el largo plazo. Si me permite que le pregunte, ¿en cuántos casos ha trabajado?

Jon se encoge de hombros.

—No tiene más que entrar en mi ficha y mirarlo.

—No es mi estilo —dice Romero—. Prefiero que me lo diga usted.

—Unos cuantos.

—¿Importantes?

—Algunos.

—Lo digo porque una, aquí abajo, también escucha cosas. Rumores en los foros y en los grupos de WhatsApp. Como lo de ese inspector

sin nombre que sacó a Carla Ortiz de una alcantarilla. Pelirrojo, fuertote, dicen. No es que esté gordo.

—Me pregunto quién podría responder a esa descripción —dice Jon, aparcando un camión de inocencia en su voz.

La comisaria está empezando a ponerle nervioso. Salvo el momento en el que ha apagado el móvil, permanece totalmente quieta en la silla. La espalda recta, las manos apoyadas en los muslos. La gorra del uniforme la sostiene debajo del sobaco izquierdo, en la postura que recomiendan las ordenanzas. A la luz mortecina del crepúsculo, parece no mover más partes del cuerpo que los labios y la mandíbula.

Es como un muñeco de ventrílocuo a pilas.

—No crea que intento examinarle, inspector. Estamos muy agradecidos de que nos hagan caso en Madrid, para variar. Pero quisiera explicarle que las cosas aquí son distintas. Imaginemos, por imaginar, que una rica heredera hubiera desaparecido. A ustedes les encargan encontrarla. Siguen las pistas, la localizan con vida. Mueren seis compañeros por el camino, pero eso es parte del trabajo, supongo.

Ajá, piensa Jon, que comienza a comprender.

—Le aseguro que…

—No me asegure nada —le interrumpe la comisaria—. Aquí las cosas son diferentes. Nosotros no tenemos que buscar a los malos. Sabemos quiénes son. Nos los cruzamos por la calle a diario, en los bares. En el hiper. Sus hijos y nietos van al mismo colegio que nuestros hijos.

—Lo que sucedió con…

—Silencio, inspector. No he terminado. A ustedes les piden detener a un asesino en serie, lo detienen. Yo no puedo aspirar a acabar con la mafia rusa. Aquí el trabajo consiste en ir recabando pruebas contra ellos, poco a poco, despacio. Encontrar testigos, pasito a pasito. Conseguir que declaren. Mantenerlos vivos hasta que lo hagan. Después también, si cuadra y no sale muy caro.

—Es un trabajo de muchos años —dice Jon.

—Es una guerra —le corrige Romero—. Cuando llegaron aquí, hace un par de décadas, parecían un grupo de alegres jubilados que venían a ponerse tibios de cazón y a bailar *Los pajaritos*. Resulta que hacían

más cosas. Se pusieron a montar empresas. A comprar equipos de fútbol. A construir mansiones horteras como ésta. Y todo el mundo contentísimo. El dinero de los rusos es inagotable. El problema, claro, es de dónde viene.

Ésa Jon se la sabe. La santísima trinidad del mafioso.

—Drogas, extorsión y prostitución.

—Los crímenes que cometen en Rusia sus compañeros producen muchísimo efectivo. El dinero viaja sucio hasta Belice, las Caimán, Delaware. Rebota en los paraísos fiscales y vuelve a entrar limpito en el continente, a través de una telaraña de sociedades impenetrable. No tan buena como la de Google y Apple, pero casi.

—Y después acaba convertido en mármol —dice Jon, señalando la fachada.

—Esto son minucias. El chocolate del loro. Las mafias han montado aquí una franquicia de blanqueo. Marbella y Málaga son la penúltima parada antes de que vuelva el dinero al sitio de donde salió. A San Petersburgo, a Moscú. A la dacha de Putin.

—Rusia es un estado mafioso, lo sabe todo el mundo —afirma Jon, con el conocimiento de causa que le otorga haber visto un documental de HBO.

—¿Sabía que Litvinenko estuvo en Marbella antes de que el Kremlin se lo quitara de en medio?

Jon recuerda el caso. Era un espía del KGB que levantó la liebre sobre la conexión entre la mafia y el gobierno ruso. Alguien le endulzó el té con polonio radiactivo y convirtió sus riñones en una sucursal de Chernobyl.

—Creía que había muerto en Londres.

—Pasó por aquí unos meses antes. Yo misma le entrevisté. Entonces era inspectora, como usted. Nos enseñó muchas cosas, y hemos aprendido muchas más en estos quince años. Sabemos que la mafia rusa no existe. Que son un centenar de organizaciones de trece países. Con un millar de complejas alianzas. Los georgianos odian a los uzbekos, pero les apoyan contra la Tambovskaya. La Tambovskaya está en guerra con la Malyshevskaya, pero sólo en Rusia. Aquí se toleran.

—Menudo berenjenal.

—Y podría seguir toda la noche, y para el desayuno la mitad de la información estaría obsoleta. ¿Comprende lo que pretendo decirle, inspector?

Jon se rasca el pelo, sopesa lo que acaba de escuchar.

—Creo que sí. No quiere que le agitemos el gallinero.

Romero asiente, despacio. Dada su economía de movimientos, es el equivalente a un gran aspaviento.

—El año pasado tuvimos cuarenta y seis muertos, inspector. Cuatro más que Madrid. En una provincia con millón y medio de habitantes.

—¿Cuántos de ellos relacionados con su negociado?

—Tuvimos dos ajustes de cuentas con bombas. Asesinatos a tiros desde motos, desde bicicletas, con asalto a mansiones como ésta. Con secuestro, con mutilaciones faciales a lo Joker, con Kalashnikov, en restaurantes... Y al salir de un bautizo.

—¿Como en *El Padrino?*

—Como en *El Padrino*. Las cosas se están complicando mucho por aquí últimamente. Odios soterrados, rencillas a punto de estallar.

—Si es que no han estallado ya —dice Jon, haciendo un gesto con la barbilla en dirección al cadáver.

—¿Sabe cuántos policías he perdido desde que soy comisaria?

Jon no tiene ni puta idea. Sabe cuántos han muerto en su tierra desde que él juró el cargo. No los mataron rusos, la verdad. También a ellos les daban un discurso del estilo. Empezaban con lo del arrojo y tesón y la estricta observación de las reglas. Y acaban exigiendo que no pisaran callos.

—Supongo que ninguno —dice Jon. Alarga las palabras, como si fueran una goma dada de sí.

—Y así pretendo que siga siendo, inspector. Esto es un pueblo. No hay dónde esconderse. Cada vez que conseguimos información relevante, es a costa de ocultarla a la Guardia Civil, al GRECO, incluso a otros policías por si dan el chivatazo a los malos. Cuando se la llevamos al juez o al fiscal, siempre nos dice que no es suficiente. Cuando hacemos una redada e incautamos una tonelada de farlopa, no sale en la tele. Cuando logramos sentar a alguien en el banquillo, casi

siempre perdemos. Y no nos mandan ayuda, sólo cuando alguien en Madrid tiene una brillante idea. O quiere apuntarse un tanto. Así que dígame, inspector: ¿por qué les han mandado aquí, a usted y a esa mujer que los dos sabemos que no es de Europol?

El cambio de tema es tan brusco que casi suena la aguja rayando el vinilo.

—Ya se lo he dicho. —Jon le sostiene la mirada, incómodo—. Nos han dicho que Lola Moreno es importante, y que hay que encontrarla.

Romero tarda en responder el tiempo que tarda en poner su explicación bajo un flexo y hacerle media docena de agujeros.

—Que Lola Moreno es importante, es verdad. Lo que no se imagina es cuánto, ni por qué.

—Y usted no va a contármelo.

—No, mientras no decida que puedo confiar en ustedes. Mientras tanto...

No llega a terminar la frase, porque en ese momento pasa Antonia corriendo frente a ellos. Jon no pide permiso a su superiora, ni se disculpa. Se limita a hacer una inclinación de cabeza en dirección a la comisaria, y sale en busca de su compañera.

11 (bis)

Un frenazo

Antonia sale de la casa a la carrera. Se apoya en el coche, se lleva la mano al bolsillo, y hace algo que llevaba años sin hacer por propia voluntad. Desde los tiempos del entrenamiento. Desde los tiempos en los que el control de sus capacidades era una batalla imposible de ganar.

Saca una cápsula azul.

La muerde con saña.

Pasan seis segundos.

Siete.

Diez.

Los monos se desvanecen.

El mundo se vuelve un lugar plano, gris, uniforme.

Antonia, de pronto, está vacía. Ya no existe el ruido ensordecedor, ni la velocidad.

Mientras dure el efecto de la cápsula azul, cuya compleja química ha sido diseñada para anularla, Antonia no es más que una persona normal. Recién levantada.

El poder ha desaparecido, pero no la angustia.

Su mente está restringida a una sola idea al mismo tiempo. Y ahora sólo es capaz de pensar en una cosa.

Lo estoy perdiendo, piensa Antonia, mientras lucha por recobrar el aliento. Siente arcadas, boquea con avaricia, intentando tragar aire. Las lágrimas que le caen de las mejillas le entran en la boca.

No es sólo que no pueda controlarlo. Es que lo estoy perdiendo por completo.

13

Un silencio

A Jon Gutiérrez no le gusta Antonia Scott.

No es una cuestión de amor. Jon la quiere, eso por descontado. Antonia está llena de virtudes, por debajo de sus rarezas. Es incapaz de hacer daño, es torpe de una manera adorable. Es de una cabezonería irritante —para un bilbaíno, ya tiene que serlo—. Es generosa y valiente hasta la inconsciencia. Y pertenece a una especie en peligro de extinción: la de aquellos que creen que la justicia se defiende, no se espera.

Es compleja, tiene hábitos desagradables. Está callada cuando no debe, habla a destiempo y normalmente es para meter la pata. Las pocas veces que muestra algo parecido al afecto, no tarda ni medio minuto en ofenderte. *Te lo da y enseguida te lo quita*.

Nada de todo eso molesta a Jon de Antonia. Moriría por ella.

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de Antonia Scott es no poder consolarla.

Ves a tu compañera, a tu amiga, hundida y llorando, sola, encerrada en un coche, con los zapatos sobre el asiento y abrazándose las rodillas. Te remueve cosas. Una opresión en el pecho, una electricidad en los antebrazos. Una incomodidad en los pies, a los que de repente desagrada el contacto con el suelo.

Con cualquier otra persona, vas y la abrazas. *Ven para acá*. La entierras en tus brazos enormes, capaces de levantar piedras gigantescas o de partir nueces en el hueco del codo.

¿Qué haces con una persona que no soporta que la toquen, que rehúye cualquier contacto o cualquier muestra de afecto?

¿Qué haces con Antonia Scott?

Te quedas quieto. Y por dentro te crecen los males *larritasun*.

Angustia, coño, angustia.

Intentas entenderla, sin conseguirlo. Porque sabes que hay una distancia insalvable. Defendida por muros que ella misma levanta. Y te preguntas, qué será esta vez. Qué ocurrirá en esa cabeza imposible y maravillosa. Qué estará viendo, qué batallas estará librando.

Y llamas a la ventanilla, con suavidad. A ver si hay suerte y te abre.

Piu, piu, saltan los pestillos.

Hay suerte.

Jon entra, se sienta en el asiento del conductor. Palpa la tristeza en el aire. Viscosa, llena de textura. Se podría grabar un videoclip de Maná aquí dentro. Antonia tiene los ojos inyectados en sangre, la piel del color del papel viejo.

La tentación de extender la mano y tocarla es acuciante, pero Jon sabe que no es el camino.

También lo es la tentación de hablar. De explicarle que tiene que aguantar, que lo que sea que esté acechándola puede que siga haciéndolo, que sólo queda resistir. Pero Jon sabe que no es el camino.

Así que no dice:

—Nuestros demonios nunca se van, Antonia. Sólo nos queda ser aún más fuertes.

Y ella no le contesta:

—Estoy cansada, Jon. Cansada de las personas que son crueles con los demás. Cansada de todo el dolor que percibo. Son como trozos de cristal en mi cabeza, que no puedo quitarme.

Y él no responde:

—Seré tonto, gay. Hasta puede que gordo. Pero, a Dios gracias, aquí estoy. Aquí estoy.

No se dicen ninguna de esas cosas, porque la vida no es una película, donde un millón de complejas emociones se empaquetan en un diálogo impecable, mientras Michael Giacchino, Thomas Newman o Quincy Jones subrayan todo con una emocionante banda sonora.

No dicen nada, y sólo se sientan en el coche, juntos. En silencio.

14

Un código

Las lágrimas se secan.

Jon baja la ventanilla. En este rato ha llovido y ha escampado. Un olor fragante entra por la rendija, aliviando la tristeza. O cambiándola de sitio. Con cierto humilde consuelo: el que cuando ya nada subsista del pasado que ahora es nuestro presente, los olores perdurarán aún, cargando nuestro recuerdo.

—Petricor —dice Antonia.

—¿Cómo dices?

—El olor después de la lluvia. Se llama petricor.

Jon no entiende muy bien por qué, pero intuye que lo que acaba de suceder —esa palabra que Antonia ha compartido con él— es importante. No quiere estropear lo que no comprende, así que continúa esperando a que ella vuelva a hablar.

Para darle tiempo, se lleva el coche lejos de la urbanización. Ya es de noche. Recorre unos cuantos kilómetros, sin rumbo. Se para en un área de servicio vacía. Al fondo se ve la línea de costa de Marbella, convertida en un rosario brillante e idílico. Que no se vean los edificios ayuda. Más cerca, un letrero de Repsol les sirve de luz de contra y les permite verse las caras.

—Aquí hay algo que anda muy mal —dice Antonia, por fin.

—Pues, chica, recapitulando... Un señor al que le han volado la cabeza. Y otros dos en la morgue cosidos a balazos. Los tres en una mañana.

—No es sólo eso. Las mafias son violentas, pero nunca tan públicas. Lo de esta mañana, ahora esto. Hay algo más aquí.

—He conocido a una señora muy curiosa. La comisaria Romero.

—¿Hostil? —pregunta Antonia.

Siempre que llegan a un sitio es igual. Siempre hay alguien, de los de su lado, que no está cómodo con su presencia.

—Se pone al pairo. No va a dar la lata, siempre que no le revolvamos el gallinero. Por lo que he entendido, aquí puede estallar una guerra en cualquier momento.

—¿Y por qué es curiosa?

—Me ha hecho una pregunta muy extraña. No la mierda de siempre. Querían saber por qué estamos aquí.

—Nunca preguntan eso.

—No. Preguntan quién eres. Preguntan de dónde venimos. Preguntan cómo vamos a ayudar. Sobre todo, preguntan cuándo nos vamos.

Pero nunca *por qué*. El porqué suele ser jodidamente evidente.

Antonia parpadea. Su gesto habitual suele ser acelerado, cinco abrir y cerrar de ojos. A velocidad de ala de colibrí. Esta vez lo hace a cámara lenta. Eso, y su tono de voz despacioso, hacen saltar a Jon sus alarmas de consumado policía.

—Llama a Mentor.

Si no me hubiera pasado unas cuantas noches por el parking de la Fever, incautándole bolsas de maría a las cuadrillas, diría que esta chavala va cocida, piensa el inspector Gutiérrez.

—¿Estás bien, cielo?

—Por supuesto que sí —responde ella, el jueves siguiente.

Jon no dice nada. Pone el teléfono en el manos libres del coche, y obedece.

Mentor contesta al sexto timbrazo. Su voz resuena por los ocho altavoces del Audi como si estuviera dentro.

—No es un buen momento.

—Oiga, que aquí hay gente muerta —protesta Jon.

—Estoy en Bruselas, inspector. Una reunión de jefes de equipo. Han surgido... problemas.

Jon y Antonia se miran, extrañados.

—¿Qué clase de problemas?

—Problemas con compañeros de otros países. Nada que pueda contar por teléfono. Ya les explicaré cuando vuelvan. Y ahora, si me

disculpan…

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta Antonia.

Pausa. Desde el otro lado de la línea llegan ecos distantes de voces preocupadas.

—¿Qué te pasa en la voz, Scott?

También lo ha notado, piensa Jon. Con una punzada de envidia. A Mentor sólo le han hecho falta cuatro palabras, a través de un teléfono, a dos mil kilómetros de distancia. Menuda relación. Con su rosario de cuentas infelices, que callan más de lo que dicen.

—Scott —insiste.

Antonia le hace un gesto a Jon para que conteste.

—No queremos robarle tiempo en su reunión. Pero nos dijo que le tuviéramos informados. Y Antonia está…

—Le he preguntado a ella, inspector —responde Mentor con sequedad.

Pausa. En el coche se oye la respiración pesada de Jon. Que quizá la fuerza porque aborrece el silencio.

—Estoy cansada, eso es todo —responde Antonia.

Pausa. Más larga. Al otro lado las voces se difuminan, como si Mentor se estuviera alejando por un pasillo enmoquetado.

—Está bien. ¿En qué puedo ayudarles?

No se lo cree. Y yo tampoco.

—En saber por qué tiene tanto interés en Lola Moreno —le dice Jon.

—¿No hay rastro de ella?

—Ninguno. Pero hemos visto las ganas que tenían de acabar con ella y con el marido. Le resumo: bastantes ganas.

Mentor suelta un suspiro de adicto en el que caben varios anuncios de Marlboro, de esos que ya no emiten porque está feo matar personas.

—Parecía un caso sencillo, Scott —dice Mentor, más para sí mismo que para ellos—. Encontrar un ama de casa y volver. Algo fácil para que olvidaras tu obsesión particular con ese fantasma tuyo.

Antonia no responde.

—Sólo queremos saber dónde nos estamos metiendo —tercia Jon—. Por qué eligió este caso.

—No te lo dirá —dice Antonia.

—Sabes que no puedo hacerlo, Scott. Y menos por teléfono.

Antonia mira a Jon, y luego a la pantalla del móvil.

—Asumo la responsabilidad.

—No te corresponde tomar esa decisión, Scott.

—Entonces dime sólo el código alfanumérico. Yo le explicaré el resto.

Pausa. Eterna. Al otro lado de la línea, Mentor parece estar regresando sobre sus pasos, las voces preocupadas están cada vez más cerca.

—Si os pido que regreséis, no vais a hacerme caso, ¿verdad?

A Jon le vienen imágenes de un bóxer, en una cocina, con un hueso de jamón. Un bóxer al que hay que ajusticiar antes de que suelte la presa.

—Ya sabes la respuesta.

Al otro lado, las voces preocupadas son ahora gritos preocupados. Quizá es eso lo que hace que Mentor se rinda.

—A la mierda. Con una condición. Encontradla pronto, y volved cuanto antes a Madrid. Me vais a hacer falta. ¿De acuerdo?

—Estamos deseando regresar.

Mentor hace una última pausa, como si evaluara si esas tres palabras son un compromiso válido. Dice, a su vez, otras tres.

—Uno. Cinco. Foxtrot. —Y cuelga.

15

Un oído finísimo

Jon se vuelve a mirar a su compañera. Las cejas levantadas, las manos apretadas contra el volante. La cara, de pasta de boniato. De quedarse de plástico. Por un lado viene el mundo, por el otro su comprensión, en dirección contraria. La vía, de sentido único. Al volante, cómo no, va Antonia Scott.

—¿Te importa explicarte, cari?

Antonia sorbe por la nariz, se pasa la mano por el regazo.

—Es posible que no te lo hayamos contado todo.

—Es posible que me haya dado cuenta —dice Jon con suavidad.

Una suavidad exquisita. De las que envuelven borrascas.

—No me encuentro muy bien —dice Antonia, masajeándose el puente de la nariz.

—Es posible que me haya dado cuenta de eso también.

—Pero no quiero hablar de ello.

—¿Podemos saltarnos toda esta parte?

—¿Qué parte?

—La parte en la que te paras a pensar en elegir qué vas a contarme. Te marchas a algún sitio de dentro de esos ojitos verdes tuyos y vuelves medio minuto después, con medias verdades. Omisiones, eufemismos.

—Yo no hago eso.

—Sí lo haces.

Antonia dedica treinta segundos a pensar cómo rebatirle lo del medio minuto.

—Hay un software —dice, al final.

—¿Cómo dices?

—Un software. Un programa informático. Cuando comenzó el

proyecto Reina Roja, en Bruselas se inició un proyecto paralelo. Mucho más secreto.

—¿Más?

Antonia mueve la mano para que no la interrumpa. Se ha convertido en un seiscientos sin frenos por una cuesta abajo suavecita. Al tran tran, pero imparable.

—Los responsables del proyecto se dieron cuenta de que la mera existencia de los equipos no bastaba. Era tener un arma sin tener una diana. Así que crearon un software especial. Se llama Heimdal.

—¿Como el negro macizo de las películas?

Antonia, que no ha pisado un cine en lo que va de siglo, le ignora.

—Cuentan que Odín se encaprichó de nueve gigantas mientras paseaba a la orilla del mar. Se acostó con ellas, y ellas se combinaron para darle un único hijo.

—Se combinaron. ¿Como un Power Ranger?

—Yo tampoco entiendo lo de la paloma y no te digo nada —continúa Antonia—. Las nueve mujeres dieron a luz a Heimdal, y le alimentaron con lo mejor que tenían. Cuando creció, Heimdal descubrió que tenía una vista que alcanzaba hasta los confines del mundo, y un oído tan fino que era capaz de escuchar crecer la hierba. Así que Odín le asignó como guardián del Bifrost, el puente de arcoíris que lleva a Asgard, el hogar de los dioses. Y Heimdal debe avisar si se acercan los gigantes.

Jon escucha, ahora muy serio, porque comienza a entender qué puede hacer un programa al que han nombrado con un dios nórdico con un oído finísimo.

—El software tuvo también nueve madres. Nueve estados de la Unión, entre ellos España. Se invirtieron doscientos millones de euros en el desarrollo y otros quinientos en crear el mayor superordenador de Europa. Lo instalaron en Barcelona, enterrado cincuenta metros por debajo del Mare Nostrum V.

Jon sí que ha oído hablar del Mare Nostrum, el superordenador científico. Y que enterraran un superordenador debajo de otro tenía mucho sentido.

—Así podían justificar el consumo eléctrico, las entradas de

personal, todo. Qué listos.

—Supongo que te imaginarás qué es lo que hace.

Jon se lo imagina.

Y es una pesadilla.

Pero quiere que ella se lo diga.

Antonia se lo explica. Con todo detalle. Cómo cada vez que entramos en internet, Heimdal está mirando. Sabe lo que hacemos, lo que buscamos, lo que compramos. Cada email que enviamos, cada fotografía que compartimos en nuestro grupo de WhatsApp. Cada mensaje de texto, cada publicación en Facebook. Todo analizado, guardado, medido y pesado. Cada gesto de amor, cada frase de odio, cada posado frente al espejo, cada paja frente a la pantalla. Cada vídeo de gatos, cada orden a Siri, cada canción, cada retuit, cada me gusta.

Todo.

—Sabía que Estados Unidos hace eso con sus ciudadanos. Pero nunca me imaginé que aquí fuéramos a hacer lo mismo —dice Jon, con la voz tan cansada como el alma.

—Europa no iba a quedarse atrás, Jon.

—No puedo creerme que digas eso.

—Es la verdad. Es un sistema imperfecto. Trajeron de Estados Unidos a un experto en reconocimiento de imágenes, y muchos matemáticos para ayudar con los cifrados, pero está aún lejos de los americanos. No se puede analizar todo. Pero al menos podemos acceder a información clave cuando la necesitemos.

Jon menea la cabeza. Sigue sin poder creerse lo que escucha. Siente como si estuviera viviendo en un episodio de *Black Mirror*.

De pronto, una piececita cae en su sitio. *Plim*, línea.

—Dime una cosa. Cuando entraste en la cuenta de email de Carla Ortiz para localizar su teléfono, me dijiste que tenía la contraseña pegada con un postit en el reverso del cajón de su escritorio. Como todo el mundo, dijiste. No había ningún postit, ¿verdad? Usaste Heimdal.

Antonia no contesta. Ni a sus preceptivos treinta segundos, ni a los cincuenta, ni al minuto y medio.

Jon se baja del coche. Deja la puerta abierta, da una vuelta alrededor del coche a grandes zancadas.

Necesita respirar.

—Joder. Joder, joder y joder y me cago en todos los santos en un garrafón y Jesucristo de tapón —grita Jon, a nadie en particular. A la noche. Al letrero de Repsol. A las pintadas en la pared de la gasolinera.

Le sobra la corbata. Le sobra la chaqueta. Se quita las dos, las arroja al suelo. Estira los brazos. Las costuras de algodón egipcio de su camisa blanca crujen cuando Jon vuelve a encogerlos, hinchando dos bíceps tamaño balón de fútbol. Se sienta encima del capó del Audi. La suspensión protesta.

Antonia sale del coche y se sienta a su lado. La suspensión ni se inmuta.

—Hubiera preferido que no me lo dijeras —dice Jon, y es cierto. De alguna manera, el silencio incómodo y reconfortante de hace un rato, el silencio de quien se limita a esperar que las cosas se arreglen por sí solas, era preferible a cargar con el peso que Antonia acaba de echarle sobre los hombros—. Tengo que procesar todo esto.

—Piensa en todo el bien que podemos hacer.

No es eso en lo que Jon está pensando.

—¿Sabes lo que puede hacer Heimdal a los que son como yo?

—¿Vascos?

—Maricas, cielo.

—Estamos en el siglo veintiuno. Las cosas ya no son como antes.

Jon suelta una carcajada sarcástica.

—Si hay algo que tengo claro es que siempre hay alguien que quiere que las cosas vuelvan a ser como antes. Siempre.

Se agacha y recoge la chaqueta y la corbata. Sacude y manotea las dos frente a los faros de xenón. Un millar de motas de polvo bailan, rabiosas, en el haz luminoso.

—Hay algo más —dice Antonia.

Cómo no iba a haberlo.

—A ver —suspira Jon.

—Heimdal no sólo monitoriza las comunicaciones. Su función

primordial para el proyecto Reina Roja es coordinarnos. Combinar todas las bases de datos de los ciento once cuerpos policiales de Europa en una sola.

—En una sola a la que sólo tenéis acceso unos pocos. Por eso llevas el iPad a todas partes.

—Por eso y por el Angry Birds.

Jon dedica cinco segundos de silencio al torpe intento de humor.

—Está bien. Hay una base de datos. ¿Eso es todo?

—Heimdal analiza posibles casos donde podamos ser de utilidad. Atestados policiales, denuncias, llamadas a Emergencias. No sólo por la información que llega, sino por lo que podría suceder.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que una inteligencia artificial decide dónde tienes que ir?

—No decide. Propone. Es cada Mentor quien decide. No hay ningún ordenador que pueda sustituir a las personas.

—¿Y qué es lo que proponía esta vez?

—Mentor nunca me cuenta por qué estamos aquí. Me dice lo menos posible al principio, para no condicionarme.

—Por eso le has preguntado el código. 15F. ¿Qué significa?

—«Posible confidente encubierto de primer nivel.»

—Hostias —dice Jon, soltando un silbido.

De pronto todo cobra otro sentido. Un sentido con filos peligrosos.

—Heimdal tenía marcado a Yuri Voronin. Su muerte hizo saltar una alarma en el software. Voronin era el tesorero del clan Orlov. Orlov es la delegación de la Tambovskaya en España. Nunca habíamos tenido un confidente tan valioso.

—Si Voronin era un chivato, explicaría la brutalidad de su ejecución. Y que intenten matar a su mujer —razona Jon.

—Y también que la comisaria Romero tenga tantas ganas de saber por qué hemos venido.

—No creo que quiera contárnoslo. Si han matado a su confidente, estará loca por saber quién se ha ido de la lengua.

—Entonces tenemos que encontrar a Lola Moreno cuanto antes. Es la única que puede arrojar luz en este berenjenal.

Jon se mete en el coche y enciende el motor.

—¿Berenjenal? No, cari, no. Esto no es un berenjenal. Es un campo de minas.

Lola

Quiere llorar, en un velatorio vacío, la ausencia del hombre del que está locamente enamorada. Quiere llorar por ella, que no sabe qué hacer. Por el niño que viene. Por el miedo y el cansancio.

Quiere llorar, pero no lo consigue.

Había una vez una niña que perdió lo que más quería, a un príncipe encantador, valiente y generoso.

A Lola le gusta presumir de marido. No de lo que le compra, eso sería vulgar. Presume de que nada puede sufrir que él no sepa solucionar. De lo divertido que es. De su desempeño en la cama.

—Mi marido me lo come como si ahí abajo tuviera unas gambas a la plancha.

—Los bajitos son especialistas en bajarse al pilón. Supongo que se esfuerzan más para compensar —sentenciaba la peluquera.

Una peluquera distinta, no su madre. A su madre ni le deja acercarse a su pelo. No es que se lleve mal con ella, es que donde hay confianza da asco. Pero se quieren, *cuidao*. Lola la llama todos los días. Casi siempre para alabar a Yuri.

—Es muy tierno y muy cariñoso.

O bien:

—El otro día me trajo flores.

O bien:

—Me ha dejado una nota en la nevera diciéndome que me quiere antes de irse a trabajar. —Esto, por teléfono, con el café en la mano.

Y su madre:

—¿Seguro? Mira que los rusos tienen la mano muy larga.

Y su madre:

—Mira que los rusos son unos *encogíos*.

Y su madre:

—Mira que los rusos...

Lola piensa que no hay nada más racista que un andaluz. O al menos, que su madre, que tiene todo el día la nacionalidad en la boca. Ella lo que quería para su hija era un buen malagueño, médico o dentista, que le comprara un apartamento en Torroles para echar los veranos.

Y Lola también, no te jode. Pero se encontró con Yuri.

Había una vez una niña que bailaba en una discoteca, y unos cuantos tipos intentaron violarla a la salida, piensa Lola. Ya la tenían arrinconada contra la pared, con las bragas por las rodillas, por más que ella intentaba defenderse. Pero Yuri pasaba por allí. Y los otros eran siete. Malagueños, seguro. Dentistas, a lo mejor. No iban con la bata.

Yuri entró como un vendaval, sin preguntar. Se llevó un navajazo y una hostia. Lola se llevó una hostia. Los otros siete se llevaron bastantes. Salieron corriendo como pudieron.

En Urgencias, mientras esperan para que les atiendan, Yuri le dice cómo se llama. Le dice que tiene veneno en la piel, que está hecha de plástico fino. Intenta robarle un beso.

Un instante después, con la cara ardiendo por un guantazo y dolor de cadera por un rodillazo que ha esquivado a tiempo, comprende que Lola ha definido los límites de su agradecimiento.

Un mes después, se casan.

Lola es la mujer más feliz del mundo.

Había una vez una niña que ayudó a un príncipe a edificar su castillo, se dice Lola, intentando en vano encontrar una postura menos incómoda. Tiene el culo destrozado, la cadera insensible.

El suelo de terrazo no es mucho mejor que la primera cama que compartió con su marido. Que Yuri no tenía dónde caerse muerto. Vivía en un apartamento cerca de la playa, con tres georgianos merdellones que no hablaban ni papa de español.

A Lola, *enchochá perdía*, el arreglo le da igual el primer mes. La segunda vez que le viene la regla y tiene que aguantar porrazos en la puerta del baño mientras se cambia la compresa, a Lola le entra la *jartura* y llama al orden a Yuri.

—Necesitamos un piso para nosotros solos.

—Mi jefe me paga poco.

—Pues que te pague más.

—No es tan fácil.

—A ver, pero tú qué haces.

Yuri se lo cuenta. Con su acento eslavo, repleto de erres arrastradas, de subidas y bajadas. Pero con un español que ya quisieran muchos. Clarito, clarito.

—Doy palizas.

—¿Cómo que palizas?

—Palizas. Alguien no paga a mi jefe, mi jefe me manda. *Pim, pam*. Le suelto una piña, *da?*

Lola mira de arriba abajo a Yuri. Que no llega al metro setenta, que la talla S de camiseta le va holgada. Lola se cree lo que le cuenta. La pinta no la tiene, no. Pero de cabeza es *majarón, majarón*. Cuando se le cruza, lo ve todo rojo y ya puede tener enfrente a siete como a veintisiete. Y a veces vuelve a casa y lo primero que hace es llenar la ensaladera con hielo y meter la mano dentro.

—Pues ya lo estás dejando. A tu jefe le dices que te busque otra cosa.

—Pero, Lola...

—Que lo dejas. Que no ganamos para *yelo*.

Eso fue hace seis años. Seis años y cuatro meses. Se acuerda bien de la fecha. Fue poco antes de su cumpleaños, y Yuri se lo juró como regalo.

Había una niña que hace seis años no tenía nada.

Lola cree que, por fin, va a lograr romper a llorar. Nota las lágrimas agolpándose tras los ojos. El sollozo enroscado en la garganta, como una tenia asfixiante y codiciosa.

Los ruidos la interrumpen.

Lola escucha unas voces que entran, preguntando. Voces de tono inconfundible, arrogante.

Vienen a por mí.

¿Cómo es posible?

Lola pierde unos segundos valiosísimos en intentar entender cómo la han encontrado. Si ha sido muy cuidadosa, no ha encendido el

móvil. Incluso llamó a Yuri a través del…

El fijo.

El fijo de la funeraria.

Si es que soy imbécil.

Las voces se acercan, se mezclan con las de la sala de al lado. No hay tiempo que perder. Tiene que escapar. El problema es por dónde.

La sala no tiene ventanas, ni ningún sitio donde esconderse.

La única puerta es la que da al vestíbulo. Salir por ahí sería echarse en brazos de sus perseguidores.

Con el corazón galopándole en el pecho, Lola escucha cómo las voces que le llegan amortiguadas a través de la pared contigua se trasladan ahora a la entrada. Los tonos se elevan, no sólo por la cercanía. Parece haber una discusión entre las voces.

Entonces Lola se da cuenta de que sí hay otra puerta. La que lleva a la sala acristalada en la que se exponen los ataúdes. Cruza la habitación, gira el pomo, rezando por que no esté cerrada. No lo está.

Lola se cuela en la sala y cierra la puerta justo cuando se abre la exterior. Un rectángulo de luz se dibuja en el suelo, sobre la mesa camilla e ilumina brevemente el rostro de Lola tras el cristal. Lola vislumbra unas manos fuertes, una pistola, una figura oscura, quizá la que antes bajó del coche en el camino de tierra. Sabe que, cuando la encuentren, está lista.

No se queda a darles la oportunidad.

Agachada, se introduce detrás de las cortinas —burdeos grisáceo, devoradas por el tiempo y por el polvo— que ocultan la salida al túnel de servicio. Aquí no hay puerta, sólo un hueco por el que los empleados de la funeraria introducen los ataúdes a través de un pasillo oculto. El mismo por el que Lola se escabulle, en dirección a la parte trasera. Hambrienta, agotada, deshidratada. Sin rumbo, pero no perdida. Sin esperanza, pero no desesperada.

Había una vez una niña que no iba a dejarse coger.

16

Una promesa

El hotel era bueno, el descanso ha sido malo.

Jon no ha podido dormir gran cosa. Revolver de sábanas entre ducha y ducha. Mucho sudar, mucho dar vueltas. Mucho darle vueltas.

Las palabras que Mentor le había dicho el día en el que le reclutó le rebotan por el cráneo como *pilotak* en un frontón. Sólo que ahora tienen un matiz mucho más oscuro.

El proyecto Reina Roja se creó para acabar con objetivos especiales. Asesinos en serie. Criminales violentos especialmente escurridizos. Pedófilos. Terroristas. Sin ataduras, sin jerarquías, había dicho Mentor.

Sin responsabilidades públicas, añade Jon.

Por eso quería alguien como yo. O al menos como el yo que plantó la droga en el maletero del chulo. Alguien a quien le importe más la justicia que la ley.

El problema es quién decide lo que es justo.

El problema es que no estoy seguro de seguir siendo esa persona.

Lo que Antonia le ha contado es aterrador. Y, sin embargo, real. En un mundo en el que el límite del bien está cada vez más difuminado, en el que hemos rendido nuestra privacidad y nuestro intelecto a una red social y a un buscador, la existencia de Heimdal era inevitable.

Ya lo están haciendo las empresas. Si hablas de queso con tu pareja delante de tu altavoz activado por voz, un rato después te encuentras un anuncio de Idiazábal mientras navegas.

Pero Heimdal no va de vender queso. Va de identificar a los ciudadanos peligrosos.

Y la Historia nos enseña que, eso nunca, nunca ha salido mal, piensa Jon.

Se lleva las preocupaciones al desayuno, y luego al coche, donde espera a Antonia durante un par de horas. Han quedado a las diez, pero él ya está abajo a las ocho menos algo. Poniendo disco tras disco de Sabina, aprendiendo que ciertos engaños son narcóticos contra el mal de amor.

No sabe qué hacer. Por momentos siente la tentación de arrancar y largarse.

A tomar.

En diez horitas, en casa con *amatxo*. Aguantar un rato de bronca, normal. Cenar *kokotxas*, ahogarlo todo en *ardo beltza*.

Pero Jon no es de ésos.

Bien lo sabía el hijoputa de Mentor cuando me escogió. Que amatxo *no crio a ningún* beldurtia. *Ningún cobarde, gallina, capitán de las sardinas. Cómo me caló*.

Es cierto, le parece una monstruosidad aquello en lo que está participando. Pero —y Jon es dolorosamente consciente de la incoherencia y el cinismo de la idea, en el momento en el que se posa en su cabeza—, si de verdad Heimdal tiene que existir es mejor que lo tengamos *nosotros*.

Ay, qué difícil es todo, la madre que me…

Jon está acostumbrado a cabalgar las incongruencias. Ser policía y homosexual es un compromiso, aunque no debiera. Se le juzga dos veces. Antes, cuando lo del conflicto, tres. Que te puedes llevar el tiro y el escupitajo, vamos. Las aristas de tu vida son más afiladas que las de otros. Y haces las paces con ello, porque no quedan más. Porque lo has escogido tú, y porque sabes que si caes, caerás luchando y con un *kagoendiós*.

Y si no puedes parar el río con las manos, tampoco vas a dejar de buscar peces. Y, sobre todo, no dejas a tus compañeros para que se ahoguen.

Aquí llega Antonia. Diez minutos antes de hora. En alguien que siempre llega tarde, es muy de agradecer.

No se dan los buenos días. Tampoco es que lo hagan nunca, pero

hoy notan que no lo hacen.

—¿Estás segura de que quieres ir al funeral de Voronin? ¿No prefieres que vayamos a buscar a Lola Moreno?

—La policía ya está controlando los sitios habituales. La casa de la madre, los amigos. No, déjales a ellos que pateen las calles. Prefiero ir a conocer al hombre del que huye. ¿A qué hora empezaba la ceremonia?

—A las once. Vamos con tiempo. Así echamos un ojo según van llegando.

Han dicho vamos, pero no arrancan.

Sigue habiendo un elefante en el asiento trasero, apoyando las patas en el respaldo.

Jon no sabe por dónde abordarlo.

Es ella la que lo hace. De la forma más estúpidamente adorable posible.

—¿Estás enfadado?

Jon sonríe. Hay muchas maneras de estar enfadado. Puedes albergar ira. Puedes guardar rencor. Puedes sentir despecho. O puedes tener la certeza de que alguien a quien quieres lleva mucho tiempo tomándote por gilipollas. Ahora lo que necesita es hacérselo entender a Antonia Scott. Para ella es un rompecabezas lo que para él cae de cajón.

—Sigo procesando. Lo que me contaste anoche es muy gordo. Tengo que pensar sobre ello y tomar decisiones. Pero quiero que me prometas una cosa. Piénsalo bien, porque de tu respuesta depende que sigamos por aquí o que tiremos para Madrid.

Antonia asiente, despacio. No las tiene todas consigo.

Jon tampoco. Pero está dispuesto a darle esta oportunidad.

—Ya soy mayor, cari —dice—. Me dejan llevar pistola. Soy el que te cubre ese culo escurrido que tienes.

—Lo sé.

—Lo hago porque quiero, ya no me obliga nadie.

—También lo sé.

—Pues si quieres que siga haciéndolo, no vuelvas a mentirme. A partir de ahora, se acabaron los secretos. Ayúdame y te habré ayudado. ¿Estamos?

Y claro, qué va a contestar ella.

Aslan

Aslan es un hombre amable, vaya eso por delante.

No hay más que verlo. Sentado en la terraza del Kristin, como cada mañana. Mirando al mar, tomando tostadas de pan moreno, salchichas bratwurst, huevos fritos. Hoy no hace sol, así que los guardaespaldas han recogido la sombrilla. Los escasos turistas que pasan por el paseo marítimo le ven inclinado sobre el plato, enfrascado en su alimento. Si alza la vista y su mirada de ojos grises se cruza con alguien, dedica una educada sonrisa, una inclinación de cabeza.

Es una inclinación pausada, elegante. Aristocrática. Aslan está moreno por el sol, un moreno denso, de jubilado motivado. Hace un contraste espectacular con su melena blanca, que lleva peinada hacia atrás. Cortada con esmero hasta casi rozar los hombros. No ha perdido ni un pelo en toda su vida. Esa melena y su nombre —*Aslan,* león— le garantizaron su apodo de *vor v. zarkone*, de ladrón en la ley.

Aslan Orlov, La Fiera.

Usa una fuente para la comida y un plato para comérsela, cortándola con precisión. Dedos largos y cremosos. Resetea el plato con cada bocado. Ni una miga en los bordes, el tenedor y el cuchillo regresan al mantel en posición de firmes. Una esquina de la servilleta limpia la comisura de los labios antes de volver a cubrir el regazo.

Siempre da las gracias por cada atención, por cada servicio, siempre deja propina. Gentil, casi cariñoso.

—¿Desea algo más, señor Orlov?

—No, gracias, Karina.

La camarera le retira la fuente y, al hacerlo, golpea inadvertidamente el vaso de agua, casi lleno. Se vuelca, derramando el líquido sobre el mantel y salpicando los pantalones de Aslan.

La camarera encoge la mano y el cuerpo con preocupación, casi como si temiera perderla. Casi como si supiera quién es el hombre al

que sirve cada mañana. Lo sabe.

Aslan le dedica una sonrisa amarillenta.

—No te preocupes. Sólo es agua, ¿ves? Seca.

Cuida mucho las formas. Siempre lo ha hecho, desde su juventud. Dirigía un prostíbulo en San Petersburgo en los ochenta. Cuando llegaba una nueva esclava, robada de las granjas de Pskov o Chúdovo, siempre la trataba con amabilidad. Antes de violarla por primera vez —requisito indispensable para que no se rebelara— siempre se enjuagaba la boca con menta. En su ausencia, gárgaras de vodka.

—Hay que hacerlo, pero no tienen por qué sufrir más de la cuenta.

Uno de sus subordinados confundió su amabilidad con debilidad, e hizo un comentario inapropiado durante la cena. Aslan sonrió con delicadeza y después le clavó el tenedor en la garganta. Una, dos, tres veces. La última de ellas retorció el tenedor, desgarrando la piel y creando un agujero por el cual el insolente pudo respirar un par de veces más, entre estertores sanguinolentos, antes de desplomarse. Aslan se limitó a limpiar el tenedor con la servilleta y seguir comiendo.

Nadie volvió a malinterpretar la amabilidad de Aslan Orlov.

Otro tiempo, otro país. No mejores. Otros.

Más serios, más pobres, más libres.

Aslan solía ser fuerte como un roble, pero nada es perdurable. Cuando pone en pie su larguirucho cuerpo tiene que pedirle permiso a sus rodillas. El traje es nuevo. Negro y a medida, un detalle con el lugar y el acto al que se dirigen. Le tira un poco en la barriga. Preferiría algo de ropa deportiva, uno de los chándales de tactel que habitualmente compra en el Carrefour por sólo quince euros. Ropa cómoda, benévola con sus articulaciones de setenta años. Pero hoy hay que mantener las formas.

Es importante.

No elige el Lexus ni el Ferrari para viajar. No son apropiados. Mejor el Maserati Quattroporte. Gris, elegante. Doscientos mil euros sobre ruedas, pero con clase. Conducirá Kiril, por supuesto. Y llevará a otros seis *bojevik* en los coches de delante y de detrás. Seis soldados. Les ha pedido que vistan discretos. Que se note que están, sin molestar.

Cada año que pasa, a Aslan le preocupa más su imagen. No le gusta que le reduzcan a un estereotipo. Cuando baja del coche frente a la iglesia ortodoxa, al otro lado de la calle, siente las miradas de la gente, de los asistentes al funeral, de los policías. A muchos los conoce. Algunos son nuevos. Hay un hombre grande y una mujer pequeña, sentados en un Audi. Ésos son nuevos. Del CNI, quizá. Los imagina buscando en sus notas, en la ficha policial, comprobando las fotos.

La mujer le señala. Está a sólo ocho metros, pero no puede ver si sus labios se mueven. Su vista ya no es lo que era. Sin embargo, imagina que sí. Estará leyéndole al otro su biografía. Dirá algo como esto.

> Aslan Orlov, nacido en Leningrado en 1951. Cursó estudios en la Academia marítima Lenin. Entre 1967 y 1980 tuvo numerosos empleos, como cadete en la Escuela Naval, marinero en reserva. Pasa por la cárcel en 1985, seis años. Eso le da estatus como *vor*, como oficial de la mafia rusa. Seis años en la cárcel. Entre 1991 y 1998, asciende de forma imparable en la Tambovskaya, eliminando a muchos rivales en los años del plomo, cuando San Petersburgo se vuelve una ciudad sin ley. Se le atribuyen veintitrés asesinatos, ninguno probado.
>
> En el año 2000 le mandan a España con visado griego, a dirigir la rama de blanqueo de la Tambovskaya.
>
> No tenemos nada en su contra.

De todas esas frases, la única que le agrada es la última. Lo demás es *vakuum*. Vacío. Mera colección de fechas y lugares, verbos y sustantivos. No significan nada, no pueden atrapar nada. Ni al hombre ni a la esencia de lo que sucedió.

Le enerva.

¿Cómo puede reflejar un puñado de letras lo que fue crecer en Leningrado, entre el hambre y las ratas? ¿Cómo pueden atrapar la brutalidad de la Unión Soviética y del comunismo en unos cuantos caracteres? Solzhenitsyn necesitó tres mil páginas, y se quedó corto. ¿Cómo pretendes que alguien que está abrigado comprenda a alguien

que tiene frío? ¿Lo que tiene que hacer para sobrevivir?

La gente le señala, le apuntan con el dedo. Pretenden juzgarle, cuando lo cierto es que no alcanzan siquiera a conocerle, y mucho menos a entenderle.

Aslan Orlov siente desprecio y rabia ante sus perseguidores, que tantos años llevan tras él. Los rostros cambian, los fracasos se mantienen. Pero saluda con la mano en dirección al coche de la mujer pequeña y el hombre grueso. Hay que mantener las formas.

Es importante.

La calle ya es un cenagal de coches de lujo, trajes baratos y mal gusto. Hombres de mediana edad, barrigas prominentes. Mujeres jóvenes en un segundo plano, muy maquilladas y silenciosas, les siguen, inseguras sobre las baldosas, esas baldosas de Marbella con su diseño acanalado, enemigas de los tacones.

Han venido todos. Una convención del mafioso, lo peor de cada casa. La acera concurrida, donde fuman, cuentan chistes y conspiran en voz baja, es como un mapamundi.

Aslan pasea entre ellos, saludando, por orden de importancia o de volumen de negocio.

Primero a los *vor* de otras *bratvá*, de otras hermandades. Rivales. Orgullosos.

Luego los colombianos. Alquilan sicarios, organizan secuestros, importan cocaína. Clientes. Melifluos.

Los argelinos, a los que les presta dinero para que importen el hachís. Subordinados. Mentirosos.

Los suecos, que pagan el triple por importar un kilo de coca hasta allá arriba. Siempre mendigando una bajada. Prescindibles. Tacaños.

Los kosovares y los rumanos. Ladrones, falsificadores, importadores de armas. Carne de cañón. Inestables.

Cuando se ha asegurado de que no queda nadie importante sin su reconocimiento, se para frente a la puerta de la iglesia, se estira la chaqueta y pone un pie sobre el escalón de la entrada. Es una señal no escrita ni acordada, que todos comprenden y siguen. Aslan se convierte en el vértice de la marea criminal que entra en la iglesia.

Dentro están los borregos. La plebe. Están los escasos amigos de

Yuri que se han atrevido a venir. Están los asalariados del clan Orlov, que no se han atrevido a quedarse en casa. Son los recaderos, los encargados de sus restaurantes, los que conducen sus camiones, las que bailan en sus discotecas, las que limpian las mansiones y los que arreglan los coches.

Los que comen las migajas que caen de la boca de La Fiera.

Las instrucciones eran claras, transmitidas a toda velocidad en los grupos de Telegram, en ruso y en español. Asistencia obligatoria.

La iglesia está abarrotada.

Aslan la mandó construir y la pagó de su bolsillo, se trajo al pope desde la Madre Patria. Los iconos, algunos de los siglos XVI y XVII, los compraron o robaron de parroquias y museos de Ucrania y Bielorrusia. En un lateral está la roca de Pochayiv, una reliquia valiosísima. Según la leyenda, la hendidura de su centro la dejó el pie de la Virgen María en 1675, cuando bajó de los cielos para ayudar a los fieles en su guerra contra los turcos. Tres siglos de besuqueos de los fieles han hecho la hendidura más grande y a sus frailes custodios más ricos.

No me extraña que no se quisieran desprender de ella. Hicieron falta quince hombres armados con metralletas para conseguirla, recuerda Aslan, mientras se inclina a besarla con devoción.

Camina hacia un asiento en la primera fila.

Es un funeral extraño. Sólo una foto del muerto, colocada en un atril.

Sin ataúd, sin flores, sin la esposa del muerto.

No se ha hecho para ellos.

La ceremonia se ha hecho para Aslan. Para que mande el mensaje adecuado.

Cuando el pope pide un voluntario para decir unas palabras sobre el finado, nadie se mueve. El aire en la iglesia es pesado, denso. Y no por la profusión de velas, la escasez de luz, el techo bajo, el incienso, los cánticos que aún se enroscan en las columnas de piedra, resistiéndose a desaparecer.

¿Quién va a levantarse?

¿Qué van a decir?

«Yuri Voronin me ayudó a mover seiscientos kilos de cocaína en camiones modificados.»

«Yuri Voronin creó la estructura societaria con la que blanqueo mis ingresos por la prostitución.»

«Yuri Voronin me ayudó a mentir, a sobornar, a engañar.»

«Yuri Voronin me encargó un asesinato.»

Nadie va a hablar a favor de Yuri Voronin.

Tampoco Aslan, que se pone en pie, y se dirige al púlpito. Un águila de bronce sobre un pie de mármol rojo del Báltico. Sobre ella reposa una Biblia Peshitta. Una traducción directa del siriaco. Más pura, más cercana a la palabra de Dios.

Sobre el libro abierto posa Aslan Orlov sus dedos largos de aspecto cremoso. Comienza a hablar en ruso.

—Yuri era mi amigo. Un amigo muy querido, un hijo para mí. Cuando Yuri salió de la Madre Patria, no tenía nada. No vino huyendo de los enemigos que querían matarle por una deuda de unos pocos rublos. Vino huyendo de la pobreza. Trabajó duro, me dio todo lo que tenía.

Hace una pausa para respirar. Se fija en las caras más cercanas —su vista ya no es lo que era—, y no todo lo que ve le gusta. Cuando saludó antes a cada uno de los invitados especiales percibió respeto y temor, pero es imposible —y muy poco conveniente— sentir nada más cuando Aslan Orlov te estrecha la mano.

Ahora, amparados por la muchedumbre, las miradas revelan lo que albergan los corazones.

Lo que Aslan ve es duda. Crisis. Oportunidad.

Orlov es viejo, piensan.

La Fiera ha perdido los dientes, piensan.

Orlov tenía como lugarteniente a un traidor, a un soplón, a una rata.

Aslan carraspea.

Las lecciones hay que darlas con voz clara.

—Yuri se ganó mi confianza, la de todos nosotros. Era bueno en su trabajo. Prosperó. Una vez le salió particularmente bien un negocio. Cuando fui a su casa a felicitarle personalmente, vi que se había comprado un coche nuevo. Un precioso Maserati Quattroporte. Gris,

muy hermoso.

Hay un leve murmullo. Todos han visto al *vor* llegar en ese coche. Los que no, se enteran por los cuchicheos.

—Yo le dije: Yuri, ése es un coche muy bonito. Y él me habló durante un rato de la velocidad, de los caballos. De la tapicería de cuero. Le dejé hablar. Cuando acabó, le dije: Tu coche cuesta más que el mío, Yuri.

Aslan se detiene, dejando que el peligro quede flotando en el aire.

—¿Sabéis lo que hizo Yuri entonces?

Los cuchicheos se han parado. El único sonido que se escucha en la iglesia es el del roce de la tela contra los asientos, cuando algunos se revuelven, incómodos.

—Se levantó. Se tambaleó un poco, iba un poco bebido, no mucho. Cogió la llave del coche, y me la entregó. Toma, *vor*. Es tuyo. Es tu coche.

Y ahora, la lección. En castellano, para que todos la entiendan.

—Yuri era un buen muchacho. Conocía el honor. Hasta que lo olvidó. Hoy estamos aquí para que nadie olvide.

Aslan abandona el púlpito.

Acaricia suavemente la foto de Yuri al pasar.

Enfila el pasillo central de la iglesia, que divide en dos el silencio sepulcral, el aliento que todos contienen mientras los pasos de Aslan resuenan, implacables. Nadie se mueve. No saben si seguirle o quedarse.

Aslan pasa junto a los policías, que estaban de pie junto a la puerta. La comisaria, sus subordinados. También los nuevos, la mujer pequeña y el hombre grueso.

Saben lo que acaba de suceder, pero no pueden hacer nada.

Se hacen a un lado para que pase.

El pope arranca de nuevo a cantar cuando Aslan sale, solo, a la calle. Los cánticos se ahogan cuando la puerta de la iglesia se cierra a su espalda.

Kiril está esperándole junto al coche.

El viejo *vor* no se sube a la parte de atrás, sino al asiento del copiloto. El tiempo del espectáculo ha concluido.

—¿Dónde está?

—No podemos encontrarla —dice Kiril.

—Si no aparece estamos jodidos. Maldito Yuri. Maldita zorra escurridiza.

—Tengo a todos mis hombres buscándola.

Aslan piensa. Piensa en la policía, en toda la atención que la muerte de Yuri ha generado. En las miradas de la gente, llenas de dudas. Inaceptables dudas.

El castigo para los que traicionan a la *Bratvá* es inapelable. La muerte para él y para su familia.

¿Cómo puede mantener Orlov su imperio si no es capaz de hacer cumplir la ley de la hermandad?

¿Cómo puede mantener Orlov su imperio si no es capaz de atrapar a una miserable ama de casa?

Quizá haya llegado el momento de reemplazarle, dicen esas miradas.

—Retira a tus hombres, Kiril. Necesitamos a alguien más. Alguien que no fallará.

—¿A quién?

Aslan dice dos palabras.

Chernaya Volchitsa.

Kiril se vuelve hacia él.

Llevan juntos más de treinta años. Aslan le ha visto degollar, destripar, disparar y descuartizar a medio centenar de seres humanos. Hacer daño sin dejar de sonreír, sin que detrás de esos ojos azules haya ni el más mínimo cambio. Le ha visto enfrentarse con las manos desnudas a hombres armados, riendo a carcajadas.

Nunca antes había visto esa mirada.

En la mirada de su lugarteniente, un psicópata nato, hay miedo. Y eso es lo que Aslan necesita.

—¿Estás seguro, *vor?*

Tendré que pedir permiso a Pakhan. Y será muy caro. Y peligroso.

Que me teman. Que sepan lo que ocurre cuando se me desafía.

—Estoy seguro. Llama a la Loba Negra.

SEGUNDA PARTE

LOBA

Si hablas a favor del lobo,
habla también contra él.

ALEXANDER SOLZHENITSYN


000
ABC

No sabe quién es ni dónde está.

Sólo existe el dolor.

No hay consciencia, no hay recuerdos de lo soñado. Nada de la tibieza de las sábanas, de la suave caricia de la almohada. La respiración pausada de una pareja, un amante. No hay resaca de una noche anterior ni el fastidioso zumbido de la alarma del móvil.

Sólo existe el dolor.

Un dolor máximo, inaceptable. Una corriente eléctrica que no deja espacio para el yo. Reclama cada hueso, cada músculo, cada centímetro de piel. Hasta la última terminación nerviosa de su cuerpo. No queda ni una brizna de ella. Sólo la injusticia de no saber qué pecados ha cometido para merecer esto.

El sufrimiento extremo dura unos pocos segundos. Se atenúa lo suficiente para que recuerde quién es. Qué es lo que ha hecho. Las vidas que ha segado. De su garganta reseca brota un ladrido rasposo, entre carcajada y lamento. Si este dolor que siente cada mañana al despertar es un castigo, se siente agradecida por que sea tan pequeño en comparación con el daño que ella ha infligido a otros.

Las sensaciones de su cuerpo van revelándole dónde está. En el suelo, duro. Parquet. Desnuda, salvo por un tanga. Bocarriba. El sudor le resbala por los pechos, repta por las colinas de sus abdominales marcados, forma un lago salado en el ombligo. Nota la corriente de aire que se cuela por debajo de la puerta, las vibraciones de pasos en el suelo. Una camarera llama a la habitación contigua. Reconoce el idioma. Español.

Madrid. Estoy en Madrid.

No hay tiempo para recordar. Lo más acuciante es conseguir moverse. Su cuerpo no responde, está paralizada.

Como cada mañana.

Le lleva una eternidad conseguir mover el brazo derecho. Comienza por los dedos, primero una falange, después otra. Después flexiona la muñeca, el codo. Cuando consigue que el hombro le obedezca, es un triunfo. Ahora

es capaz de llevar la mano hasta los muslos. Bajo la piel fina, los músculos están tensos como cables de acero. Se masajea con insistencia el cuádriceps derecho.

La extremidad no responde. Sigue intentándolo. El esfuerzo es agotador. Aburrido. En la habitación a oscuras, lo único que ve es el reloj de la televisión. Marca las siete y once. Se centra en cómo van cambiando los minutos. Pasan diecinueve hasta que logra que se desbloquee la pierna.

Apoya una mano en la cama, dura, compacta. Suave al tacto. Sin usar. Sólo dormir en el suelo le permite conciliar el sueño. Haciendo palanca logra darse la vuelta. Arrastrándose con los codos y la rodilla derecha, logra llegar hasta el baño.

La ducha está a un lado de la bañera. Sólo se aloja en hoteles de cinco estrellas modernos, reformados. Una ducha independiente es imprescindible.

Se apoya en un codo para alzarse. Después de varios intentos, logra activar el mando, usando la punta de los dedos. El agua sale a toda presión, casi al máximo de temperatura. Se coloca debajo como puede, intentando que el chorro le golpee en la espalda, en el punto exacto donde el dolor irradia a todo su cuerpo.

Pasa el tiempo. Incluso llega a dormirse durante un breve instante, después del esfuerzo agotador. Se remueve, logra incorporarse lo suficiente como para sentarse. El agua caliente le deja la piel enrojecida, dolorida. Cuando ha obtenido todo el alivio que puede del agua, gatea hasta la cama. Alzarse hasta ella es un nuevo sufrimiento. Una negociación entre su cuerpo, el dolor y la gravedad. Todos exigen su parte.

Cuando se deja caer sobre el colchón, siente un inmenso alivio. La presión cede. Pero la tortura no ha terminado, sólo ha hecho una pausa.

Son casi las nueve cuando se abre la puerta de la habitación. El hombre es puntual, cualidad rara en un español. Claro que él es medio eslavo, hijo de una ucraniana. Así que no cuenta del todo.

Ella le mira, desde la cama. Está tendida de costado, pero se asegura de que sea él. Le contempla mientras se quita el abrigo.

—Date la vuelta.

El hombre se gira, con las manos alzadas. Es joven, no llega a los treinta, pero el pelo ya le clarea en la frente y en la coronilla. Un bigotito

fino le cabalga el labio superior.

—Ya sabes qué hacer.

El hombre se quita el abrigo, la chaqueta. Se levanta la camisa, dejando ver un rollo de carne que le cuelga en la cintura. Incipiente, pero imparable.

Cuando ha comprobado que no está armado, ella le permite acercarse. Ya le conoce. Es la tercera vez que se encuentran. Pero en su situación de indefensión toda precaución es poca.

—Ven.

El hombre coge su maletín y se aproxima a la cama. Sus ojos recorren el cuerpo de la mujer con deseo, aunque no hace gesto alguno. No dice nada, tampoco, aunque en su entrepierna se forma un bulto evidente.

Ella saca la mano derecha de debajo de la almohada. Agarra la pistola con fuerza. Demasiada fuerza. Pero no va a dispararla. Sólo quiere recordarle al hombre a qué ha venido.

Él comienza a sacar varios objetos del maletín y a ponerlos en la mesilla de noche. Enciende la lámpara. Aparta las cortinas. Necesita luz para lo que va a hacer.

—¿Cuándo empeoró?

—Antes de ayer —responde ella—. Había estado casi bien hasta entonces. Al menos de día.

La culpa es de la L4 y la L5. Dos discos de su columna que nunca se recuperaron del todo tras un mal salto de un segundo piso a un camión en marcha. A cualquier ser humano le obligaría a una o varias operaciones y una rehabilitación de años.

Ella no está dispuesta a pasar por eso.

Su tiempo es muy valioso, como lo son sus habilidades. Sabe que el cuerpo le está gritando que quiere dejar de hacer lo que hace, pero ella no está abierta al diálogo.

Eso requiere medidas extraordinarias.

—¿Cuándo fue la última vez que te pincharon?

Ella se da la vuelta, ofreciéndole la espalda. Conteniendo un grito.

—Ámsterdam. Hace cuatro meses.

Es mentira. Fue en Belgrado, hace tres semanas. Pero no funcionó como siempre. Tampoco va a decírselo, porque teme que no quiera darle lo que

necesita.

Tampoco importa demasiado, porque la marca de las agujas aún persiste en la piel, blanca.

—Es muy peligroso —dice el hombre—. Demasiado pronto. Podrías destruir tu médula espinal por completo. Y entonces…

Ella ya sabe que es peligroso. Sabe que puede quedarse paralítica. No necesita que se lo diga un médico recién licenciado, que hace negocios bajo cuerda.

—Hazlo.

—Pero…

—El dinero está sobre la mesa.

El hombre se da la vuelta y mira a la mesa. Los cuatro billetes púrpura asoman del sobre abierto.

—Es tu cuerpo —dice el hombre.

El algodón empapado en alcohol está frío al tacto. El hombre restriega bien la zona lumbar. Cuando retira el algodón se fija en las cicatrices de la espalda. El álbum de recuerdos de su estilo de vida.

—Ésta es nueva —dice, recorriéndola con el índice. Una línea roja bajo el omoplato.

Un cuchillo. Ella aún siente el filo. El rostro del que le hizo eso todavía viene a atormentarla por las noches. No se ha confundido en la muchedumbre de caras que la acechan en la oscuridad.

—Avisa cuando vayas a entrar. No quisiera dispararte sin querer.

El hombre suelta una risa nerviosa. Luego apoya los dedos sobre ella, buscando el punto exacto. Avisa antes de introducir la aguja. Ella aprieta los dientes, aparta el índice del gatillo. Siente el metal hundiéndose en ella.

El hombre contiene el aliento. Tiene que introducir la aguja en el saco dural, sin llegar a tocar la espina dorsal. Un milímetro hacia fuera, y la inyección no hará efecto. Un milímetro hacia dentro, y ella no podrá volver a andar.

Va muy despacio hasta encontrar el punto exacto. Multiplicando el dolor.

Ella no se permite llorar.

Cuando comienza a apretar el émbolo, el cóctel de cortisona, analgésicos y otros esteroides entra en su cuerpo, con una promesa de alivio. De

fuerza. De tiempo recobrado.

No se despide de él cuando recoge su dinero y se marcha. Al cabo de unos minutos, se pone en pie y camina hacia la ventana. Los rayos del sol iluminan su piel desnuda, mientras ella contempla los tejados frente a su suite. Un ave fénix le devuelve la mirada desde el edificio de enfrente. Sus alas desplegadas se recortan contra el cielo imposiblemente azul y engañoso del invierno madrileño. Ella envidia la inquebrantable fortaleza del bronce.

Entonces suena el teléfono sobre la mesilla. Ha llegado un correo electrónico a su bandeja de entrada.

Ella lo abre. Contiene un documento adjunto codificado. El programa está instalado en el propio aparato, de forma que sólo éste pueda leerlo.

Sus ojos verdes recorren el texto en cirílico. Instrucciones. Fotografías.

Sonríe.

Llaman a la Loba Negra.

1

Una madre

Lo del funeral no sirvió de mucho. Salvo para completar un álbum de cromos de mafiosos. La tarde la perdieron dando vueltas de un lado para otro. Antonia, en el asiento del copiloto. Intentando controlar un temblor imperceptible de su mano.

Sin decir palabra.

A la mañana siguiente se encuentran en el vestíbulo del hotel.

Antonia saca su iPad y le muestra la foto del cadáver de Yuri. La mano la tiene casi, casi, firme.

—Llevo toda la noche pensando en esto.

—Me alegro de que hayas dormido bien.

—No me cuadra. ¿Por qué matarle y luego registrar la casa?

Jon se rasca el pelo a conciencia.

—Hubiera sido un poco más fácil convencerle de que hablara primero.

—Orlov está buscando algo. Con bastante empeño.

—Quizá esto no sea sólo la ejecución de un chivato —dice Jon.

Antonia asiente.

—Podríamos preguntarle a la comisaria Romero.

—No te va a decir nada sobre su confidente. Nos ha dejado muy claro que, por lo que a ella respecta, estamos aquí para ver si casualmente Lola Moreno se nos mete dentro del coche.

—Pues vamos a tener que ir a ver a la madre.

—La policía ya ha hablado con ella, cari.

—No se me ocurre otra cosa.

—¿No puedes usar la magia fascista de tu iPad?

—¿Para qué?

—No sé, reorientar satélites a ver si encuentran a Lola Moreno. Satélites fascistas mágicos.

Antonia dedica varios minutos a explicarle a Jon el funcionamiento concreto de Heimdal, de cómo puede ayudar a las investigaciones de Reina Roja, de lo que puede y no puede hacer. Entrar en bases de datos, forzar la seguridad de cuentas de correo electrónico, emplear algoritmos de reconocimiento facial en grabaciones de seguridad, y unos cuantos trucos más. Todos en fase beta. Falibles.

—En resumen, que no hay función de fascista mágico.

Jon escucha atento, serio. Circunspecto vascongado. Luego aprieta el botón lateral de su teléfono y le habla al micrófono.

—Oye, Siri. ¿Fascistas mágicos existen?

—*He encontrado* Fast and Furious *Siete. ¿Quieres que la reproduzca?* —aporta Siri.

—¿Ves? Funciona igual de mal que el tuyo —dice Jon.

Antonia sonríe. Es una sonrisa de las buenas. De las que hacen que un hoyuelo se forme a cada lado de la boca, dibujando un triángulo perfecto con el que le parte la barbilla. De las que últimamente veía pocas.

Esta mañana está mucho mejor. Ya no quedan restos de la pesadez angustiosa que la envolvía el día anterior como una crisálida.

Jon sabe que algo no va bien con ella. Pero la mañana ha hecho eso que hacen todas las mañanas cuando llegan, prometernos unas horas distintas, nuevas, libres de quehaceres y pesares. Como saben todas las huerfanitas pecosas, el sol brillará mañana. Luego el día te recuerda que sigues sin tener padres, pero oye, el sol brillará mañana.

Así que Jon barre su preocupación bajo la alfombra.

Y se van a ver a la madre.

Todas las fachadas de la calle Salvador Rueda están pintadas en blanco. Salvo la peluquería Tere's. La peluquería Tere's tiene toda su fachada pintada en un malva obsceno. Por dentro, también, por si no tenías bastante.

Tere, la peluquera, no está pintada de malva. Salvo las uñas. Y un mechón de pelo. *Cuando tienes cincuentaytantos, el malva te queda regular*, piensa Jon. No lo dice porque no se insulta a las personas que colaboran en una investigación. Pero coge una tarjeta de la peluquería para mandar un email anónimo, en pro del buen gusto.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted a su hija? —pregunta Antonia.

—Pero qué hartura. Ya se lo he dicho a la policía. Hace seis días. Lo único que quiero es que me dejen tranquila. Yo no sé nada —dice la señora, muy envarada, mientras se ahueca el pelo con la mano—. Me están espantando a la clientela.

Antonia y Jon se dan la vuelta y miran el local vacío y la calle desierta de febrero marbellí. Casi se puede ver una planta rodadora arrastrada por el viento.

—Es una mañana tranquila —dice Antonia.

—Ahora se animará la cosa, en cuanto se vayan ustedes. ¿Quieren una taza de café? Tengo una Nespresso.

—¿Me pondría un mitad, señora? —pide Jon.

—Si me lo pide así de bien.

Tere es una mujer guapa. No sólo considerando su edad, es una mujer guapa, punto. Su hermosura brilla por debajo de las mechas horteras. No es un cañón como la hija, eso tampoco. Pero se nota de dónde le vienen los mimbres a la niña.

Y es una de esas guapas. De las de hazme casito, piensa Jon, que ha participado en demasiados interrogatorios como para dejarse engañar. *Cumplido el trámite de decir que la dejemos en paz, está encantada con la atención que está recibiendo*.

La peluquera canturrea mientras la máquina zumba a diecinueve bares de presión.

—Sus compañeros han estado por aquí varias veces. También me han dicho que les avise si contacta conmigo de alguna forma.

Si viene por aquí, no va a hacer falta que avise. Dos policías de paisano están sentados en un coche aparcado a unos metros. En el edificio de enfrente, un par de señores de aspecto eslavo han alquilado un apartamento con vistas a la fachada malva obsceno de Tere's.

Sentados en sillas de plástico en la terraza, con sus camisetas *sobafresh* y sus tatuajes en los brazos. Fuman y beben sin quitar ojo a la peluquería.

Si Lola apareciera por aquí, usted sería la quinta en enterarse, piensa Jon, asomado a la ventana.

—Hábleme de la relación con su hija —pregunta Antonia.

—Bien. La relación, bien. Bueno, ya saben, los hijos. Si tienen hijos, ya saben.

—Yo tengo uno. Y no sé.

—Pues ya sabrá. Les das todo el cariño que puedes, y ellos en cuanto crecen cogen el portante y hacen de su capa un sayo. Pero bien.

—¿No están muy unidas, entonces?

—No, si me llama todos los días. Pero que la niña hace lo que le da la gana. Si le habré avisado yo veces de que este muchacho no le venía bien.

—Usted no aprobaba a Yuri.

—Si es que es ruso.

Antonia ladea la cabeza.

—No comprendo.

—Pues está muy claro. A ver qué bueno iba a salir de ahí.

—Viven veinte mil rusos en Marbella. Supongo que no los conocerá a todos.

Tere sacude la mano, despejando posibilidades que no le agradan.

—Con la de chicos majos que hay aquí. Españoles como Dios manda. Y mi hija es una prenda. Podía estar con quien quisiera, que le tiran los trastos por la calle. Y a la niña le da por mezclarse con uno de fuera... Y ahora, ahí la tiene. Preñada y viuda. Ahora no habrá quien la toque ni con un palo.

—¿Las cosas iban mal con su marido? ¿No se querían?

—¡No, ni *ná*! Enamorada como una boba. Yuri esto, Yuri lo otro. Se pasaba el día hablando de él. Cosa más cansina. Era su hombre que cambiar. Así nos entretenemos. Todas queremos cambiar a alguien. Y luego: la vida. Nada.

—Me gustaría preguntarle por el día en el...

A Jon le salta una alarma en la cabeza. Levanta una mano e interrumpe a Antonia.

—Perdón. ¿A qué se refiere con que era su hombre que cambiar, señora?

—El muchacho ese era un *tirao*. Cuando lo agarró mi hija, le hizo un hombre.

—¿En qué sentido?

—En cuál va a ser. No tenía dónde caerse muerto. Y ahora miren cómo les va, con su casoplón en una urbanización, como los ricos. Si ya lo digo yo siempre. En el matrimonio, el hombre es la cabeza. La mujer es el cuello. ¿Dónde mira la cabeza? Donde dice el cuello.

—O sea que estaba al tanto de los negocios de su marido.

Aquí Tere se para. En seco. De estos frenazos que uno da cuando se ha pasado el semáforo y tiene que dar marcha atrás en el paso de cebra.

—Ay, eso yo ya no sé.

—¿A qué se dedicaba Yuri? ¿Lo sabe?

—Traía cosas de Rusia. La Nutella esa rara está buenísima. Mire, tengo aquí un poco —dice, sacando un tarro junto a la Nespresso. Le tiende una cuchara limpia—. Ande, ande. Mojetee. Si lo está deseando.

Jon asiste a la lucha entre dos fuerzas invisibles. El tirón gravitacional del tarro contra la fuerza de voluntad de Antonia, que mueve la barbilla de un hombro a otro con los ojos fijos en la pasta marrón.

—Pues yo sí que la voy a probar, con su permiso —dice Jon.

Odio atroz. Envidia malsana. El resquemor más amargo. Todo eso le envía Antonia a su compañero en una sola mirada. Lo cual hace que el Funduk le sepa todavía mejor.

—¡La Virgen, qué rica está! —dice Jon, con la lengua aún rebuscando restos entre los labios.

—¿A que sí? Ya le dije yo que tenía que dedicarse a esto, que se iban a forrar. Ésta es mucho mejor que la nuestra, que ya no sabe a nada.

Antonia levanta la mano para coger la cuchara a su vez, pero Tere

se adelanta y la echa en un táper grande junto con la taza que ha usado Jon para el café. El ruido del metal al chocar contra la loza es el del corazón de Antonia rompiéndose.

—¿No está usted preocupada por su hija?

—Uy, claro. Muy preocupada —dice la señora—. Pero sé que estará bien. Ella siempre ha sabido cuidar de sí misma.

2

Un recado

—¿Has visto a los señores de la terraza de enfrente? —dice Jon, cuando salen.

—Me he fijado. Les va a dar una sobredosis de malva, si no dejan de mirar a la fachada.

—Son rusos. Seguramente vengan inmunizados de su patria.

Han dejado el coche en el paseo Marítimo, porque a Jon le apetecía estirar las piernas. Toca caminar. El aire huele a salitre y humedad. Es agradable. Incluso vuelve a Antonia ligeramente permeable al sarcasmo de su compañero.

—Ya he visto que te han puesto nervioso.

—La España viva —dice Jon.

—A mí me parece más preocupante su estado anímico.

—Estaba ahogándose en preocupación, sí.

—Cuando no sabes dónde está tu hijo, no reaccionas de esta forma.

La mirada de Antonia está perdida en un lugar muy oscuro.

Jon no tiene hijos. Tampoco ha extraviado nunca nada más grande que un agapornis que tuvo de niño. La jaula vacía una mañana, qué disgusto más grande. Se habrá ido a vivir la vida loca, tú tranquilo. *Amatxo* confesó años después que se lo había comido el gato, pero que no le dijo nada para no traumatizarle. *Luego que si salí marica,* ama, se quejaba él.

Antonia perdió a su hijo Jorge hace unos meses, durante las horas más angustiosas de su vida. Lo que sucedió en el túnel de Goya Bis la cambió. Jon lo tiene claro. Lo que está por ver es cómo.

—¿Has hablado con el niño?

Ella menea la cabeza.

—La próxima visita es dentro de once días. Mientras siga a prueba,

me han dicho que el contacto diario está limitado.

—Ya verás como todo sale bien.

—No lo sé. La última visita fue… complicada. Estaba muy raro. Sólo quería provocarme. Deseando que me equivocara en algo.

—Quizá sólo buscaba una reacción por tu parte.

—Quizá no estoy hecha para ser madre.

—Cielo, ninguna estáis hechas para ser madres. Os ponen eso dentro, *pop*, sale un bicho que os trastoca la vida, y os creéis que las hormonas van a aparecer cantando Mocedades para haceros supermamis. Spoiler: no.

—Es sólo que no le entiendo. Y tengo mucho miedo de hacer algo mal.

—Es que no lo tienes que entender. Tampoco tienes que controlar todo, Antonia. Sólo tienes que quererle. Eso ya sería más de lo que tienen muchos.

Desde donde están ya ven el mar. Grisáceo, amenazante. Un peligro contenido a duras penas por dioses cansados, a punto de tirar la toalla. Por el horizonte, una tormenta se arrastra hacia ellos. Aprietan el paso para llegar al coche antes de que descargue.

—¿Crees que está en contacto con su hija? —pregunta Antonia, volviendo a la peluquera.

—Allá en mi tierra, en los tiempos en los que unos cuantos se escondían de la policía, las familias también se preocupaban —dice Jon, con el aliento entrecortado ante el aumento de velocidad—. Y ellos no llamaban, ni mandaban cartas ni emails cuando hubo. Hacían lo que se hace en los pueblos. Mandar el recado con alguien. Dile a los *aitas* que estoy bien, *muxutxus*, *agur*. Y ese alguien llamaba a otro alguien. Al frutero, a la hija de la vecina. Alguien con el que te vayas a cruzar y que te pueda susurrar una frase mientras te da dos besos.

—Eso explicaría la actitud de la madre —dice Antonia, tras reflexionar un momento—. Así que Lola Moreno sigue escondida. Sin bolso, sin tarjetas de crédito.

—Sin familiares conocidos más que la madre, que no la está ayudando, que sepamos.

—Está embarazada y es diabética. Tiene que pincharse insulina a

diario.

—¿O si no?

—Convulsiones, pérdida de conocimiento, muerte. Por ese orden, obviamente —aclara Antonia.

—Pues como no nos pongamos a vigilar farmacias…

—Ya se me había ocurrido. Hay treinta farmacias en Marbella. No es posible.

—Eso sin contar con que la esté comprando ella misma.

—Quizá tendríamos que vigilar las casas de empeños. De algún sitio tiene que sacar el dinero.

—Igual. Pero estamos en las mismas. Aunque…

»La pasta que habría que vigilar es la de la *ama*.

—¿Por qué lo dices?

—Cielo, en mi vida he visto una peluquería con el suelo tan limpio.

Un relámpago ilumina la cara de Antonia, el parabrisas del coche y el escaparate de la tienda de recuerdos desierta frente a la que lo han aparcado. El trueno que le sigue viene acompañado de un jarreón de agua, gruesos goterones que estallan sobre el capó del Audi. Jon abre la puerta de su lado, pero Antonia se queda quieta junto a la suya.

Los monos reclaman su atención.

Jon entra, se quita la chaqueta, la arroja al asiento de atrás. Se pone el cinturón, activa el limpiaparabrisas. Contempla las escobillas perseguirse por el cristal con su *fiuc*, *fiuc*. Aprieta un botón en el reposamanos. La ventanilla del copiloto baja lentamente, revelando a una Antonia inmóvil bajo la lluvia.

—¿Subes? ¿O te viene bien una pulmonía?

Ella parece despertar y darse cuenta de que se está empapando.

—Eres un genio —dice, entrando en el coche.

—Lo sabía. Pero dime por qué.

—El cartel de la entrada de la peluquería. El cartel del horario.

Antonia se agarra el pelo, se lo estruja. Un chorro de agua cae sobre la tapicería y la moqueta del suelo.

—Bendita memoria fotográfica la tuya. ¿Qué ponía?

—Lunes, martes y jueves, de 11 a 13 h.

—Una adicta al trabajo.

—No hay peluquería del mundo que no abra los viernes, Jon. El sitio es una tapadera de blanqueo de dinero.

Tiene sentido, piensa Jon. *Voronin monta el local. La señora pasa un par de horas al día, tres días por semana. Da igual que no vaya nadie, ella declara que factura miles de euros, porque nadie exige un recibo o un tíquet de un corte de pelo. El yerno le paga un sueldecito y los «beneficios» van limpios a una sociedad del clan Orlov*.

—Tenemos que averiguar quién es el dueño de la peluquería.

—Preguntemos a Siri —dice Antonia, sacando el iPad y entrando en Heimdal.

Jon la mira de reojo.

Caray con la Scott. Lento, pero va aprendiendo, la muy cabrona, piensa, riéndose por dentro.

Lola

Había una vez una niña que creció en un hogar triste y sin amor, donde la comida sabía a cenizas y el futuro era negro, se repite Lola, y ha llegado a creerse que es cierto. No es una de esas mentiras blandurrientas, de esas que uno manosea insistente a ver si se sostiene. No, ésta es una mentira dura como una piedra, a tope de Viagra y embadurnada en coca. Se la ha repetido en tantas ocasiones, con tantas y tantas capas de detalles enrevesados, que ha logrado volver difusa la realidad. ¿Tenían en su casa que pasar hambre por las noches? ¿Su madre estaba a punto de que la desahuciaran cuando Yuri le montó la peluquería? ¿Salvó el leñador a Caperucita? ¿Encontró Goku las bolas de dragón? Todas las preguntas son una y la misma.

Si hay algo que Lola ha aprendido de este mundo moderno nuestro es que la verdad es indiferente. Sólo importa aquella versión de la realidad que coincida con tus deseos y aspiraciones.

Salvo cuando te encuentras sin dinero, durmiendo en el sofá de una amiga a la que no veías desde que hace siete años decidiste que eras demasiado buena para ella.

Son las siete de la mañana cuando Yaiza entra por la puerta. Llega de mal humor, agotada y cansada. Arroja al suelo la bolsa de deporte donde guarda la ropa que usa para bailar en las discotecas. Tiene todavía restos de purpurina en la cara.

—Me han despedido —dice, nada más entrar.

—No puede ser. Eres la mejor —dice Lola, cuando Yaiza se deja caer en el sitio donde su cabeza estaba hasta hace unos minutos.

—Tengo treinta y tres años. Soy una vieja. Y estoy gorda.

Yaiza ha echado cuerpo. Lo normal cuando duermes de día, comes de bote y bebes para olvidarte del día en el que se te ocurrió dejar el instituto porque sólo una idiota estudiaría, pudiendo sacarse una pasta meneando el culo a ritmo de *Dragostea din tei*.

—¿Quién te ha echado? ¿Samir?

El encargado de Copacabana ya era un imbécil cuando ambas bailaban allí.

—Ese hijo de puta sólo quiere carne fresca. Niñatas que poder tirarse en los camerinos —explica Yaiza. Tiene los ojos inyectados en sangre y las pupilas dilatadas. Cada noche necesita meterse más para seguir aguantando, bailando una canción tras otra durante horas, con sólo dos descansos de quince minutos.

—¿Qué vas a hacer?

—Volverme a Estepona con mis padres.

—Pero si no te hablas con ellos.

—No puedo quedarme aquí. Ya debo dos meses de alquiler. Dejé tres meses de fianza, así que el dueño me tiene que devolver uno si le doy las llaves mañana.

Lola siente cómo el pecho le hierve.

—Joder, tía. ¿No podías haber aguantado un poco más?

Yaiza la mira, boquiabierta.

—Oye, perdona si mi drama te viene mal ahora.

—Me dejas tirada, ¿por cuánto? ¿Por quinientos putos euros de fianza?

Lola está siendo muy injusta, y lo sabe. Todo el trato que han tenido desde que Lola dejó el curro de gogó han sido unos cuantos «Me gusta» en Facebook. Tuvo suerte de que Yaiza la acogiera cuando se plantó en su puerta hace dos noches, helada de frío, descalza. Con los pies destrozados. El tiempo que pasó sentada en la puerta de la calle esperando a que Yaiza volviera de trabajar se le hizo eterno. Nunca se alegró tanto de que a su amiga le haya ido mal en la vida. Tan mal que aún siga atascada en aquel apartamento en Albarizas. Un solo dormitorio, cocina americana y un sofá de dos plazas tan pegado a la tele que puedes cambiar de canal con las pestañas.

—Puede que quinientos pavos no sean nada para ti, guapa, pero es lo que tengo.

—¡No tengo adónde ir!

—Ya, yo tampoco. No tengo curro, no sé hacer nada y mis padres están los dos en el paro. Me toca limpiar casas o poner el culo en la

rotonda de Guadalobón. Así que no me jodas.

—Estoy metida en un lío y no sé cómo salir.

—Mira, llevas una vida de princesita desde hace mucho, tía. Con tus fotitos en el Insta que si el coche nuevo, que si el spa. Que si estamos embarazados. Ya te he ayudado bastante. Arregla tus mierdas y déjame en paz.

No hay manera de arreglar lo que he roto, piensa Lola.

—Lo siento —dice. Pero es demasiado tarde. Yaiza se levanta y se aleja de ella, en dirección al dormitorio—. Tienes hasta mañana por la mañana.

—Escucha, yo...

Yaiza le manda un «No me gusta» en forma de portazo que hace temblar el espejo encima del sofá.

Lola se viste. La ropa, prestada por Yaiza. Sudadera con capucha, pantalones cargo con muchos bolsillos. Zapatillas cutres del Decathlon, que le están un poco justas. Hace una semana hubiera mirado esa ropa con horror. Sigue haciéndolo. Pero se la pone. Y es lo bastante holgada para que le quepa la tripa, que crece día a día.

Le queda una dosis de insulina. Duda si pincharse o esperar. Al final opta por hacerlo, porque siente los mareos y la deshidratación. No tiene su medidor de hemoglobina, pero no lo necesita para saber que su nivel de glucosa es demasiado alto.

Se baja un poco el pantalón y se pincha en el culo. Duele más que en los brazos, pero leyó una vez en internet que el efecto es más duradero.

Ojalá.

No puede comprar más. Sin receta, cuestan carísimas. Pudo hacerse con unas pocas porque Yaiza le dejó cuarenta euros, pero ahora esa opción ya no existe. Tampoco hay manera de robarla, porque las guardan siempre en una nevera de la parte de atrás.

No sabría por dónde empezar. Lola lleva quince años sin mangar nada en una tienda. Atrás quedaron los tiempos en los que iba con las amigas a El Corte Inglés a meterse pintalabios en el bolso. Entonces ya

sabía que lo más importante es estar buena. Y que ella estaba buenísima. Era lista, pero lo importante era lo otro. Sólo tenía que aprovechar su oportunidad.

Había una niña que esperaba a su príncipe azul…

Lola sacude la cabeza. No es el momento de ensoñaciones.

Es el momento de pensar qué hacer.

No tiene dinero, no tiene tiempo.

¿Opciones? Pocas.

Una.

Pero es muy peligrosa.

3

Una velita

—Y ahora la versión para *dummies*, cielo.

Antonia suspira y empieza, por cuarta vez. Intentando simplificar al máximo. Se han sentado a comer algo en La Bodega del Mar, ahora que ha pasado la tormenta. Jon se ha pedido un pez espada con pisto que le está sabiendo a gloria. Antonia, una ensalada de pollo que apenas ha tocado, porque está demasiado enfrascada en los líos de Yuri.

—Voronin crea una empresa en las islas Caimán llamada Balalaica Ltd. Ya no hace falta que se coja un vuelo al Caribe, se hace todo por internet. Constituirla le cuesta menos de doscientos euros.

—Balalaica. Lo tengo.

—Balalaica es la dueña de una empresa en Luxemburgo, que es a su vez dueña de una empresa en Irlanda, que es a su vez dueña de un local en Marbella.

—La peluquería Tere's.

—Todas esas empresas comienzan a cruzarse facturas entre ellas, y a hacerse transferencias bancarias por servicios inexistentes. La última de la cadena es la peluquería. En el último Impuesto de Sociedades, Tere's declaró unos ingresos de dos millones trescientos mil novecientos cuarenta y siete euros.

Jon suelta un silbido, agudo y musical.

—Eso son muchas permanentes.

—Hacienda cobra su veinticinco por ciento y no hace preguntas. Seguramente la madre de Lola dedique todas las mañanas un rato a llevar al banco los presuntos ingresos de la peluquería. En bolsas de basura.

—Seguro que son bolsas malva.

—¿Lo has entendido ahora?

Jon asiente.

—Lo había entendido a la segunda.

—Entonces ¿por qué me has hecho repetirlo cuatro veces? —protesta Antonia, con un quejido de frustración.

—Tienes que mejorar tus habilidades comunicativas.

Ella se echa para atrás en la silla, se deja caer como los niños pequeños, cuando se cruzan de brazos y amenazan con no respirar. Puede identificar once razones por las que Jon está equivocado, pero no es capaz de comunicar ninguna.

Jon se termina tranquilamente el pisto y hace un gesto al camarero, al que ha puesto sobre aviso antes en un aparte. El hombre trae un brownie de chocolate con una velita encendida. El restaurante al completo —dos jubilados alemanes, una mujer con un perrito, el camarero y Jon— destroza, arrastra por el barro, viola y asesina las dos primeras estrofas de *Cumpleaños feliz*.

—¿Quién te lo ha dicho? —dice Antonia, aún con los brazos cruzados.

—Aguado, hace tiempo. Lo tenía marcado en el calendario.

—No pienso comerme eso. Tengo que adelgazar.

—Los sabores dulces muy fuertes son de los pocos que notas, ¿no? Venga, un día es un día.

—No pienso ni tocarlo.

—Por lo menos sopla la vela y pide un deseo. Luego ya me lo como yo.

Antonia apoya los codos encima de la mesa, sin descruzar los brazos. Sopla la vela. No se apaga. Otra vez. Tampoco. La última. Ahora sí.

Jon coge una cucharilla. Ella también. Sin justificación alguna.

—No me sabe a cartón —dice, cuando se lleva la cucharilla a la boca. Muy sorprendida.

—El relleno está hecho con Funduk, señora —explica el camarero, mientras les recoge los platos—. Ahora les traigo los cafés.

En décimas de segundo, Jon se encuentra peleando por su vida a golpe de cubierto en un campo de batalla de dieciocho centímetros de

diámetro. Antonia es más rápida comiendo dulces que pensando.

No hay problema que no solucione un brownie.

—¿Podemos procesar a la señora por blanqueo? —dice Jon, cuando calcula que se le ha pasado el berrinche.

—No —contesta Antonia, con resquemor residual—. La madre está a sueldo. Cuatro mil euros al mes.

—No está mal por ir a tocarse el papo a la *pelu* seis horas por semana.

—Además, la fiscalía no apreciaría determinados aspectos de la investigación.

—Te refieres al detallito de que toda la información la has conseguido de manera ilegal —dice Jon, señalando al iPad de Antonia.

—Y no ha sido fácil. El único vínculo entre la empresa irlandesa y la peluquería es el sueldo de la mujer. Si no te hubieras dado cuenta antes de que estaba vacía, no habría sabido por dónde empezar.

—¿Eso es un cumplido?

—A veces contribuyes —dice Antonia, raspando el plato con la cucharilla.

Te lo da, y enseguida te lo quita.

—¿Cuánto se lleva alguien por blanquear?

—No tienen un convenio.

—Pero por tu experiencia, ¿cuánto suele ser?

—Poco. Un uno por ciento.

—Pues la comisión de Yuri por la peluquería no da para mantener el tren de vida que llevaban éstos, cari. Así que seguimos sin tener nada.

Antonia se para a pensar. Incluso deja de desafiar a la física, intentando extraer restos de brownie del interior de la cerámica.

—Sólo hay dos caminos. El primero es ir a hablar con Aslan Orlov.

Jon la mira como si le acabara de proponer organizar la despedida de soltero de Hitler. Con presupuesto ilimitado.

—Enfrentarnos al principal sospechoso del asesinato. Que además es un capo de la mafia. Que tiene sicarios rodeándole constantemente. Que no va a decirnos nada. Saltándonos la prohibición de la comisaria Romero, que por ahora nos está dejando en paz.

—Es una opción.

—Que yo gane Miss Universo también es una opción.

Antonia analiza las posibilidades y dice muy seria:

—Eso no va a pasar.

—Pues lo tuyo tampoco. ¿La otra opción?

—Seguir el rastro del dinero. A ver adónde nos lleva.

—Te noto un pero en la voz.

—Hemos tenido suerte con la peluquería. Hay transferencias bancarias regulares que llevan hasta la sociedad irlandesa. No suele ser tan fácil. ¿Por qué te crees que la UDYCO, el Sepblac y la fiscalía no pueden parar a esta gente? Usan hasta el más mínimo recoveco, subterfugio, laguna legal y escapatoria que encuentran. Tienen ingentes cantidades de dinero para pagar a los mejores abogados. Bucear en la maraña que tienen montada llevaría meses. Necesitaría un hilo del que tirar.

—Podías empezar por el Funduk —dice Jon.

Antonia le mira, parpadeando muy rápido.

A veces contribuyo, piensa Jon, dando un sorbo a su café.

Grabación 01

Hace once meses

COMISARIA ROMERO: Voronin, se ha caído usted con todo el equipo.

YURI VORONIN: Comisaria, me temo que mi español no tan bueno. ¿Qué tú dices?

SUBINSPECTOR BELGRANO: No te hagas el tonto, Voronin. Hablas mejor que yo, que te he escuchado pavonearte en la barra del Astral.

YURI VORONIN: Será la presión.

COMISARIA ROMERO: Oiga, Voronin, esto hay dos formas de hacerlo.

YURI VORONIN: Yo no comprendo muy bien su idioma.

SUBINSPECTOR BELGRANO: ¡Que no te hagas el tonto!

COMISARIA ROMERO: Belgrano, siéntese. Es usted muy bueno, señor Voronin, lo reconozco. Nuestros expertos están asombrados. Lo que ha conseguido es un logro al alcance de muy pocos. Pero ya ha visto las pruebas. Podemos relacionarle con el envío de la semana pasada.

YURI VORONIN: Sólo soy un empresario honrado. Un hombre de negocios.

COMISARIA ROMERO: Sí, es lo que dicen ustedes siempre. Soy un hombre de negocios. Sólo trabajo para ganarme la vida.

YURI VORONIN: Es la verdad.

COMISARIA ROMERO: Entonces ¿cómo nos explica esto? *(Ruido de papeles sobre la mesa. Pausa de treinta y tres segundos.)*

YURI VORONIN: No tengo que explicar nada. No tengo nada que ver con esa empresa ni con ese envío.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Ahora parece que sí que entiendes español.

YURI VORONIN: No voy a hablar con usted.

COMISARIA ROMERO: Hay pruebas que relacionan a su empresa con la empresa que embarcó el contenedor en San Petersburgo.

YURI VORONIN: Lo único que prueba esto es que he hecho negocios con

una empresa que según ustedes ha cometido un error.

COMISARIA ROMERO: Esto es causa probable. Suficiente para que la fiscalía y el Sepblac actúen.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Te van a meter un microscopio por el culo, Voronin. Tan dentro que te van a ver los empastes.

YURI VORONIN: He dicho que no hablo con usted. Dígale que no se dirija a mí.

COMISARIA ROMERO: Hable conmigo, entonces. ¿Qué cree que va a pasar cuando se investigue su negocio, Voronin?

YURI VORONIN: Nada. Ya sé cómo funciona justicia española. Oligarkh, tardan seis años. Mármol rojo, ocho años.

COMISARIA ROMERO: Los tribunales van lentos. Muy lentos. Es verdad. Ahora le tenemos en el punto de mira, Voronin. Puede que tardemos años, pero eso no es una buena noticia para usted.

YURI VORONIN: No comprendo.

COMISARIA ROMERO: Ya sabemos a lo que usted se dedica. Sabemos que es usted quien lleva la *obshchak*. La caja común. Usted tiene las llaves del dinero. Y hace sus pequeños apaños por su cuenta, ¿verdad? Encargos. ¿Cómo se llama en el lenguaje de los pijos, Belgrano?

SUBINSPECTOR BELGRANO: Eeeeh... No sé a qué se refiere, comisaria.

COMISARIA ROMERO: Ya lo digo yo. *Outsourcing*. Externalización. Ofrece servicios a los colombianos, a los suecos. Financieros. Logísticos. Asesoría. Se ha montado una franquicia del narco.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Un puto McDonald's.

YURI VORONIN: No tiene ninguna prueba de eso.

COMISARIA ROMERO: ¿Belgrano?

SUBINSPECTOR BELGRANO: Escucha esto que grabamos el otro día. *(Ruido de conversación en otro idioma. Inaudible.)*

YURI VORONIN: Eso es gente hablando. Todo el mundo habla de todo el mundo.

COMISARIA ROMERO: Es verdad. Todo el mundo habla. ¿Y qué cree que van a decir sus clientes cuando le pongamos bajo vigilancia constante? El procedimiento es muy claro. Se congelarán sus cuentas, se procederá al análisis de su permiso de residencia.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Ras, ras. Una cruz. Marcado.

COMISARIA ROMERO: ¿Y cuántos de sus clientes actuales querrán trabajar con un hombre marcado?

YURI VORONIN: Yo…

COMISARIA ROMERO: Sus clientes no querrán tocarlo. Y su jefe… Para Orlov usted será un peligro. Así que lo devolverá a Rusia. ¿A qué hora sale el próximo vuelo a Moscú, subinspector?

SUBINSPECTOR BELGRANO: Sale un Aeroflot mañana a las diez de la mañana. Te podrás pedir un *borsch* en la plaza Roja a la hora de comer. *(Pausa de cincuenta y dos segundos.)*

YURI VORONIN: Yo no puedo volver a mi país.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Pues te jodes.

YURI VORONIN: No lo entiende. Si vuelvo, me matarán.

COMISARIA ROMERO: Entonces va a tener que ayudarnos, Voronin. Tendrá que darnos algo.

YURI VORONIN: ¿El qué?

COMISARIA ROMERO: Información.

YURI VORONIN: *(Inaudible, en ruso.)*

SUBINSPECTOR BELGRANO: Yo no comprendo muy bien tu idioma.

YURI VORONIN: He dicho que no soy *shpik*. No soy un soplón. Si doy el soplo me matan aquí. No me hará falta coger Aeroflot. *(Pausa de veintisiete segundos.)*

LOLA MORENO: Disculpe, comisaria. Me gustaría sugerir algo.

4

Un envoltorio

Doscientos mil.

Ése es el número de contenedores que pasan al año por el puerto de Málaga.

Tres millones.

Ésas son las toneladas que contienen.

Once.

Es el número de aduaneros del puerto.

Jon le muestra al guardia de seguridad de la terminal su placa, y éste abre la barrera.

—Busco al responsable —dice, a través de la ventanilla.

—Siga recto, justo al lado de la tolva está la oficina.

—¿De la qué?

—Un embudo gigante para el procesado de graneles —aporta Antonia.

—El edificio de chapa al lado de la grúa.

—Gracias —dice Jon. A la izquierda primero. A la derecha después.

Hay sesenta kilómetros de distancia desde Marbella a Málaga. Jon los ha cubierto en cuarenta minutos. De esos cuarenta, Antonia ha necesitado veintitrés para identificar la empresa importadora de Voronin.

—Tampoco estaba a su nombre —explica Antonia—. Es una empresa holding radicada en Barbados. La he localizado a través de una filial en Macao, que es la dueña de la casa de Yuri.

Antes o después los criminales tienen que tocar tierra. Alguien tiene que poseer las casas donde viven. Los coches que conducen. Las tarjetas de crédito que queman en joyerías y restaurantes. Pero las leyes las hacen personas y las personas son falibles. No es ilegal que Yuri viva en una casa de cinco millones de euros a nombre de una sociedad extranjera registrada en un paraíso fiscal. Mientras la sociedad no proteste, todos estamos contentos.

Podría ser ilegal la decoración. Ojalá lo fuera. Pero la propiedad, no.

Así que lo único que pueden hacer es seguir miguitas de pan para orientarse en el bosque.

Este bosque es de acero.

Es un espacio gigantesco. Doce kilómetros cuadrados de recio hormigón vasco, repleto de enormes cajas de acero de seis metros de longitud. Apiladas hasta en alturas de cinco. Pintadas en colores primarios.

Hace pocos años una empresa privada, Noatum Maritime, se hizo con la concesión de la terminal de contenedores. El tráfico en Málaga se ha multiplicado desde entonces. Un ir y venir incesante de mercancías, que han ido poco a poco arañando cuota de mercado a los puertos cercanos.

El director de la terminal está de pie delante de su oficina. Lleva un portátil en una mano y un *walkie talkie* en la otra. Vestido con un chaleco naranja y un casco de seguridad blanco. Rubicundo, de piel tan clara y pelo tan claro que esperas que se dirija a ti en extranjero. Hasta que le oyes hablar con un empleado.

—Aliquindoi con la zona H4 sur, ¿vale? Cuando llegue mañana el *Karaboudjan* necesitaremos sitio. Que llenen primero la H5.

El director se vuelve hacia ellos.

—Son de la policía, ¿no? ¿En qué puedo ayudarles? Aduanas ha cerrado ya hoy. De hecho yo me iba ya.

—Sólo le robaremos unos minutos —dice Jon—. Verá, estamos investigando la actividad de una empresa de importación. Lemondrop Málaga Limited. Si pudiera usted ayudarnos…

—Me temo que no —interrumpe el rubio—. Para ver los impresos de importación necesitan ustedes de un oficial de aduanas. Tendrán que volver mañana.

El hombre se da la vuelta y se aleja a paso rápido en dirección a la puerta de las oficinas.

—¿Sabe su mujer que tiene usted un lío con una de sus empleadas? —dice Antonia.

El hombre se detiene, con un pie en el umbral. La espalda se envara.

Desanda el camino.

—Eso es una cochina mentira, señora —dice, bajando la voz, mirando a los lados.

—Pupilas dilatadas, pulso acelerado. Yo diría que no —le dice Antonia a Jon.

—Yo diría que tampoco —responde Jon, metiendo las manos en los bolsillos y alzando los hombros.

El hombre se acerca más a ellos.

—Oiga, no pueden decirle nada de esto a nadie. No quiero perder a las niñas.

—A nosotros nos da igual. Sólo nos incumbe la actividad de Lemondrop Málaga Limited —dice Antonia.

—Sus *metesacas* nos dan igual. Usted nos ayuda, nosotros nos callamos —ofrece Jon.

El hombre se pasa la mano por la cara, aún más enrojecida. Da un poco de pena, como un perrillo cuando no para de dar vueltas alrededor de la mesa. Sólo le falta menear la cola.

La decisión es fácil.

—Está bien, joder, está bien —se rinde, abriendo el portátil—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba la empresa?

Jon se lo repite.

—Sí, son clientes de la terminal —dice el director, tras una búsqueda en su sistema—. De hecho ahora mismo tienen un TEU estacionado en la zona *hot*.

—¿TEU?

—Twenty-feet Equivalent Unit. Es como llamamos a los contenedores estándar. TEU, o *veinte pies*. Porque mide veinte pies,

seis metros de largo. Al ser todos de la misma medida, se los puede pasar del buque a un camión o a un tren con facilidad. Por cierto, que éste tenían que habérselo llevado hace un par de días. Es raro.

Antonia y Jon intercambian una mirada.

—Ya casi estamos —dice el director, alumbrando a los letreros pintados en el suelo que indican las zonas—. Vengan por aquí.

La tarde oscura y nubosa se ha convertido en un anochecer temprano. Jon y Antonia siguen al director a cierta distancia. La suficiente para que Jon satisfaga su curiosidad.

—¿Cómo lo has hecho? —dice, en voz queda.

—¿El qué? —se finge tonta Antonia.

—Ya sabes qué.

Ella se encoge de hombros.

—Cada vez que preguntas algo de eso me siento como un mono amaestrado.

—Vamos. Si lo estás deseando.

Antonia suspira. Y empieza a recitar con cansancio.

—No lleva la alianza puesta, la marca en el anular es muy visible y reciente. Se ha abrochado el segundo botón de la camisa en el espacio del tercero. Ya has escuchado la conversación con su empleado. Es un hombre que presta atención a los detalles, se habría dado cuenta a lo largo del día al ir al servicio, así que ha tenido que desabrocharse la camisa hace poco. Además, cuando nos ha dado la espalda le he visto las suelas de los zapatos.

—¿Y?

—Lleva el envoltorio de un condón pegado en la suela izquierda. Quizá se le caiga antes de llegar a casa. Quizá no.

Jon contiene una carcajada. No piensa avisarle. Y sabe que Antonia tampoco. En momentos como ése, el inspector Gutiérrez es feliz. No se cambiaría por nadie. Qué pena que sean tan escasos.

—¡Es aquí! —dice el adúltero, alumbrando frente a él con la linterna.

El contenedor está al nivel del suelo, y tiene otros dos encima.

Cuando llegan a su altura, el hombre lee del manifiesto de su portátil.

—GD772569. Venido de San Petersburgo hace tres días. Estaba prevista su recogida en el mismo día de su llegada, por eso está aquí en la zona de salida rápida, pero no han pasado a buscarlo. La importadora tendrá que pagar un recargo.

—¿Y no ha pasado la inspección de aduanas?

—No todos los contenedores la pasan. Vienen muchos, y los funcionarios son muy pocos. Y no se imaginan en Algeciras. Nosotros tenemos doscientos mil TEUS al año, ellos cinco millones. Andan muy cortos de personal.

Jon da una palmada en el metal, de color azul oscuro.

—Pues ha llegado el refuerzo. Ábralo.

El director menea la cabeza.

—No puedo hacer eso sin un funcionario de aduan...

—Ah, váyase a la mierda —dice Jon, agarrando los pestillos, tirando y empujando. A ver cómo demonios se abre esa cosa.

—No lo entiende. Incluso si encuentran algo, la ley es muy clara...

El chirrido de la barra de acero girando sobre sí misma ahoga las protestas del burócrata, que se da la vuelta, frustrado, y alza las manos al cielo.

—Yo me lavo las manos —repite—. Yo me lavo las manos.

Jon libera la barra de sus trabas. Tira con fuerza. Un nuevo quejido, estridente. La puerta del contenedor suelta trozos de salitre cuando comienza a girar sobre sus goznes.

El hedor les golpea en la cara.

Punzante. Venenoso.

No es nada que Jon haya experimentado antes. Heces. Orina. La podredumbre dulzona de la carne en descomposición. Todo ello mezclado, sólo que un millar de veces peor.

El director se lleva las manos a la cara para intentar contener las náuseas, pero no lo consigue, y el vómito se escurre entre sus dedos y cae sobre sus zapatos.

Jon tiene mejor suerte. Él logra darse la vuelta y apoyarse en un lado del contenedor antes de echar el contenido de su estómago al completo. Los retortijones son tan brutales que apenas tiene control de

su cuerpo.

—No entres ahí —le dice a su compañera—. Que se encarguen los de la científica.

Antonia le esquiva, en dirección al rectángulo de oscuridad.

5

Un contenedor

Antonia, impasible, les mira luchar contra el hedor.

Ella no percibe gran cosa. Su anosmia no es una ausencia total de sentido del olfato. Casi todos sus receptores olfativos están muertos. Unos pocos permanecen, agonizantes. Apenas llegan a captar la miasma que brota de la puerta abierta del contenedor. Un recuerdo a perfume barato y dulce.

—No entres ahí —intenta retenerla Jon—. Que se encarguen los de la científica.

Antonia le ignora. Se agacha, recoge la linterna del suelo, donde la ha dejado caer el director de la terminal, y entra en el contenedor.

Los pies se le adhieren al suelo. Es de madera, pero está húmedo, pegajoso. Las paredes del interior son de acero, pero no están cubiertas de pintura anticorrosiva como el exterior. Así que Antonia puede ver las manchas de sangre en las paredes. Manos que se han posado y arrastrado, dejando cinco surcos irregulares en el metal acanalado.

A un lado, un dispositivo extractor de aire.

No debió de ser eso lo que falló, porque de lo contrario no hubieran durado tanto, piensa Antonia.

Los monos comienzan a chillar, recogiendo cosas de la escena e intentando contar su historia.

El cubo rebosante en un lado.

El depósito de agua, tirado en una esquina, desgarrado y cubierto de sangre.

El cuchillo en el suelo

Basta.

Antonia no puede permitírselo. Tiene que contener el asco —

racional, no instintivo—, llevarse las manos al bolsillo. Abrir la boca en ese ambiente infestado de partículas en descomposición, muchas de las cuales son infecciosas.

¿Lo has olvidado? ¿Has olvidado el río?

Resuena la voz de Mentor en su cabeza.

No puedes domar un río. Debes ceder.

No, responde Antonia.

No voy a ceder el control.

Puedo.

Esta vez son tres las cápsulas rojas que se introduce en la boca. Tiene que usar los molares para romperlas y liberar la preciosa y amarga sustancia de su interior. Su entrenamiento la ha preparado para contar hacia atrás, dejando una respiración entre cada número, descendiendo un peldaño cada vez, hacia el lugar donde necesita estar. Pero la cantidad de droga lo cambia todo.

No cuenta hasta diez.

No desciende por las escaleras.

Cae rodando por ellas, hacia la oscuridad.

Donde le espera el silencio.

Antonia siente el cuerpo sacudido, como por un golpe de viento. Y después, la claridad la alcanza, de una forma que no había experimentado antes.

Es maravilloso.

Es aterrador.

Es *Chādanāca*.

En bengalí, el gozo atemorizador de bailar al borde de un tejado.

Es la misma calma que siente cuando la pastilla azul reduce sus capacidades, pero conservándolas. Por primera vez desde que comenzó su entrenamiento para convertirse en una Reina Roja, Antonia *ve* lo que ha ocurrido en una escena. No sólo lo deduce.

Lo ve.

Y lo que ve es una pesadilla.

Ve a las ocho mujeres muertas del suelo, saliendo de San Petersburgo. Jóvenes. Quizá hermosas, ahora es imposible saberlo. Atadas con bridas —los cadáveres aún conservan las marcas en las muñecas—. La novena no está atada, suelta a las demás. Tienen agua y comida, pero durante el viaje algo sale mal. Discuten. Pelean por la comida y los recursos. Una de ellas acaba herida en una esquina. Las demás la ignoran. Es la primera en morir.

Después otra, a la que las demás colocan junto a la primera.

Siete sobreviven al viaje. Pero nadie va a buscar el contenedor. El extractor de aire se queda sin combustible y deja de funcionar. Las mujeres golpean las paredes, intentando desesperadamente salir del contenedor.

Cuando se dan cuenta de que van a ahogarse, unas pocas se arrojan contra las demás. Bajo el haz de la linterna que brinca de un extremo a otro del contenedor, Antonia no ve los restos de sangre bajo las uñas, los pelos arrancados, la ropa hecha jirones. Ve a las mujeres peleando, ve el daño que se causan, cómo una golpea a otra contra la pared, antes de ser estrangulada por otra, consumiendo más deprisa los restos de oxígeno por los que se pelean. Hasta matarse entre ellas.

Salvo una.

A la última de ellas, la más menuda, Antonia la ve encaramarse al extractor de aire, rajar el tubo con las uñas.

Quizá.

Quizá.

Antonia se apresura hacia la mujer, caída de espaldas sobre el motor volcado del extractor. Está cubierta de sangre, tiene una horrible laceración en el rostro que ha desfigurado su frente y probablemente haya dañado un ojo. El vestido que lleva, que quizá fuera verde en otro tiempo, es ahora un guiñapo desgarrado que se sostiene sólo por una tira del hombro. Su pierna izquierda está colocada en un ángulo imposible. Rota por la caída desde lo alto del motor cuando se quedó sin oxígeno.

Nada importa, en realidad.

Lo único que importa es el pulso, tenue, que Antonia encuentra en

su cuello cuando coloca los dedos sobre él.

Viva. Por poco.

La coge por los hombros, intenta arrastrarla, resbala sobre la sangre.

Llama a Jon, a gritos, con una voz extraña, metálica. Que nunca antes se había escuchado. Que no creía poseer.

Luego se desmaya.

6

Dos apaños

—Cuando su compañera ha caído al suelo, ¿se ha golpeado la cabeza? —dice el enfermero, señalando a su espalda.

Antonia está sentada en el interior de la ambulancia, aparcada en el exterior del muelle. Con la ropa, la cara y las manos llenas de suciedad. Una manta sobre los hombros caídos, la espalda arqueada. La mirada inerte, perpleja, desenfocada. Una mirada de mil metros.

—No lo sé. Yo diría que no —responde Jon—. Estaba intentando tirar de la mujer a la que se han llevado sus compañeros. Creo que sólo se desplomó por la falta de oxígeno.

El enfermero ladea la cabeza y tuerce el hocico. No le cuadra.

—Podemos descartar la conmoción cerebral. ¿Y tenía una cita con el oftalmólogo hoy?

—Eso seguro que no.

—Pues no he visto pupilas más dilatadas en mi vida. Así que si no ha sido el colirio ni una conmoción... Voy a tener que dar parte.

Jon se lo estaba temiendo. Lo último que necesitan ahora es que el enfermero le vaya con el cuento de las drogas a la comisaria.

Así que le apoya una mano en el antebrazo.

—Por favor. No.

Las luces naranja de la ambulancia que les iluminan parecen girar más despacio mientras el enfermero le mira de arriba abajo. Jon le devuelve el escaneo. Guapete. Cráneo afeitado. Perilla recortada con esmero. Un pendiente con la bandera multicolor deja las cosas claras. Y su siguiente frase:

—Estoy casado, inspector.

Las deja aún más claras.

Jon aparta el brazo con suavidad. No estaba ligando. Aunque no le

hubiera importado. El tipo tiene ojos de buena persona, y ése suele ser el desagüe por el que el inspector Gutiérrez se cuela hasta las trancas. Luego resulta que el refranero es un embustero. Que la cara no es el espejo del alma. Que obras son amores. Y Jon vuelve a cerrar el corazón por derribo. Hasta los siguientes ojos bondadosos.

—Sáltate lo del informe —pide—. Está pasando por un mal momento, con la custodia del hijo y todo.

El enfermero estudia con suma atención la punta de sus botas, después a Antonia, y luego de nuevo a Jon.

—Dígale a su compañera que tenga cuidado con el próximo análisis de drogas —dice, poniéndose la chaqueta, y alejándose hacia los agentes de uniforme que esperan a la entrada de la terminal. Las cámaras de televisión le enfocan, los periodistas le apuntan con los micrófonos desde el otro lado de la cinta policial. El enfermero les dice que no con el dedo. Otro que no hará declaraciones.

Pues al final es buen chaval, piensa Jon, echándole una mirada de despedida. *Pues claro. Todos los buenos están pillados*.

Se vuelve hacia la ambulancia, preparándose para tener una charla con Antonia. Pero alguien se le adelanta.

—Oiga, señora —dice Belgrano. *Pom, pom*. Los nudillos en el suelo del vehículo—. Oiga.

Antonia no reacciona.

—Subinspector —llama Jon.

Belgrano se da la vuelta. No parece tan amigable como hace un par de días.

—Ah, Gutiérrez. ¿Qué es este desastre?

—Ya ve. Parece que el señor Voronin incluía la trata de blancas entre sus aficiones.

El subinspector resopla, se baja la cremallera de la cazadora, se pasa la mano por el pelo.

—¿Cuántas?

—Ocho muertas. Una viva. O casi. Se la han llevado al hospital en estado crítico.

—Joder, qué mal momento —protesta Belgrano—. Y a ustedes, ¿cómo les ha dado por venir aquí?

—Seguíamos una pista.

—Que les ha llevado hasta un contenedor.

»Dígame que había un funcionario de aduanas presente con una causa probable.

El inspector Gutiérrez se rasca el cogote y aguarda, en silencio, a que el tiempo ponga las cosas en su sitio.

—Bufff. A la comisaria no le va a gustar nada, inspector. No podremos usarlo contra Orlov. Y hubiera estado genial colgarle ocho muertes, la verdad.

—Qué quiere que le diga.

—Al menos han salvado a esa mujer. Podemos apañar el informe y decir que ustedes oyeron unos gritos y que no les quedó más remedio que intervenir.

Jon le mira, sorprendido.

—A la fiscal no le va a colar ni de coña —aclara Belgrano—, pero por lo menos se ahorrará usted que le expedienten.

—Se lo agradezco —dice Jon, tendiéndole la mano.

Por una vez está bien que juguemos todos en el mismo equipo.

Belgrano se la estrecha con fuerza. Y avisa.

—Lo que no se va a ahorrar es la bronca de la comisaria.

No, ya me imagino que no, piensa Jon, observando a Antonia. Que tiene un velo de alquitrán en la mirada.

—¿Está bien su compañera?

—Está bien —miente Jon, con gran aplomo—. Afectada por lo que hemos visto.

—Puedo llamar a una compañera de asistencia psicológica, si le hace falta.

El inspector Gutiérrez menea la cabeza para declinar el ofrecimiento. En cualquier otro momento hubiera pagado por ver la escena. Hoy se siente generoso.

Pobre psicóloga. Ahorrémosle el trauma.

7

Otra promesa

Al final todo es cuestión de manejar expectativas.

Por ejemplo, si tu intención es tener una charla muy seria con tu compañera, pero tu compañera no está, tienes que manejar la frustración.

Y Antonia se ha marchado.

Hay quienes se van de viaje y se olvidan al perro. Al abuelo en una gasolinera. Al niño pequeño, que tiene que enfrentarse solo a los ladrones con ingeniosas trampas.

Antonia se ha olvidado su cuerpo.

Así que Jon la ayuda a bajar de la ambulancia, la sube al coche, la lleva al hotel. La acompaña a la habitación, y sigue sin reaccionar. Se queda de pie, junto a la puerta. En ese lugar en el que todos los hoteles del planeta esconden a plena vista la ranura que activa las luces de la habitación. Donde palpas en la oscuridad mientras sostienes la maleta con la otra mano y la puerta con el culo.

Antonia se ha perdido en ese mismo sitio.

—Hay que joderse —dice Jon.

Entra en la habitación de Antonia y la lleva al baño. Sus ropas son un desastre, su piel tiene más centímetros sucios que limpios.

Así no puedo dejarla, o va a coger un cáncer de Ébola, piensa Jon, mientras le da al grifo del agua caliente.

Una vez, hace muchos años, su cuadrilla de la catequesis y él salieron a setas. Sería el año noventa, o el noventa y uno. Quince, tenía él. Les sacaba media cabeza y un cuerpo a todos los demás. No es que estuviera gordo.

Iban por el monte, más preocupados de decir tonterías que de los níscalos. En esto que uno de los chavales, el Gorka, que era un pieza,

señala una rama baja de un roble. Un avispero. Y dice, a que no lo tocas, Jon. Y Jon, a que sí. Se acerca con el bastón de buscar setas, y roza el avispero con la contera. Y el Gorka dice, con la mano. Y el Jon, que si estamos locos. Y el Gorka dice que qué pasa, que si Jon es maricón.

Para Jon no había acusación peor. Estaba tan dentro del armario que las perchas no le dejaban ver la puerta. Así que tiró el bastón a tomar por saco, y dio tres pasos al frente, con el brazo en alto. Muy despacio.

Lo peor no fue el dolor de la docena de picaduras —una de ellas, bajo la ceja izquierda, le dejó el ojo cerrado una semana— ni las risas de la cuadrilla. Lo peor fue el miedo que sintió durante los tres pasos hacia delante. El plomo en el estómago que cargas en la distancia entre lo que te impulsa y lo que temes.

La angustia que sintió antes de tocar el avispero es ridícula en comparación con la que siente cuando levanta la mano para quitarle la camiseta a Antonia Scott. La coge del dobladillo, la levanta. Primero un brazo, luego el otro, y finalmente el cuello.

No hay reacción.

Con infinita delicadeza, Jon le quita el pantalón, los calcetines, el sujetador y las bragas. Parece mucho más joven sin su ropa, con el pubis depilado con láser, y los pechos del tamaño de un limón. Y sí, tiene celulitis en el culo. Pero no una cantidad como para renunciar a los brownies.

Tiene miedo de que se tropiece al entrar en la bañera, así que se limita a cogerla por la espalda y los muslos. Antonia es una pluma en sus manos, tan leve como si sus huesos estuvieran rellenos de aire. La deposita con cuidado en el agua caliente. El agua le empapa las mangas de la camisa hasta los codos, volviendo rosáceas las manchas de sangre.

Quema un poco al entrar.

Tiene que estar así.

Mientras la bañera se termina de llenar, Jon embute la ropa de Antonia en la bolsa de la lavandería. Piensa tirarlas mañana por la mañana, al igual que todo lo que lleva él puesto. Su traje gris marengo

de lana fría hecho a medida, su favorito. Tres mil euros y pico. Pero no tiene sentido lavarlo. Puede que la tintorería saque la mugre, pero no hay manera de quitar el olor a muerte, eso Jon lo sabe bien. Puede tardar años en abandonar una casa. Un coche, jamás. Si alguien muere en un coche y se queda más de once horas en él, las compañías de seguros ni se molestan en mandar a un perito. Envían el coche directamente al desguace, no importa el precio o lo nuevo que esté.

Jon hace un triple nudo a la bolsa. La mete a su vez dentro de la bolsa de basura del baño. Luego se dedica a Antonia.

Comienza por el cuerpo. Cubre la esponja de jabón —es verde, con aromas cítricos—. Frota con cuidado, insistiendo debajo de las uñas y en el cuello. Deja el grifo abierto y va quitando poco a poco el tapón, hasta que consigue que el agua alrededor de Antonia no sea un cenagal. Bajo la mugre, la esponja revela una marca en la espalda, del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. La primera bala que White disparó entró por ahí. La otra se alojó en la cabeza de su marido.

Jon reprime el impulso de pasar los dedos por la cicatriz.

No es fácil.

Ocho gramos puede parecer un peso irrisorio.

Los ocho gramos de plomo de una bala de 9 milímetros, capaz de atravesar en un segundo cuatro campos de fútbol, eso ya es otra historia.

Si eres policía, piensas a menudo en esos ocho gramos. Iguales a los que tú cargas en la pistolera del hombro. Casi siempre con ansiedad. Pero a veces, si la has cagado a lo grande, la ansiedad se torna en anhelo.

Jon se pregunta si Antonia pensará alguna vez en el suicidio.

En el hombro izquierdo de su compañera hay otra cicatriz. Es más grande. Una estrella irregular de cinco brazos, retorcidos allá donde la piel había decidido cómo curarse.

Un médico llamaría a esto el orificio de salida. El inspector Gutiérrez no. Puede que los ocho gramos de plomo atravesaran su cuerpo, pero la bala sigue ahí dentro.

Viajando al corazón de Antonia.

Jon le lava el pelo varias veces, la saca de la bañera, la peina. Le pone el albornoz y las zapatillas. El suelo está frío. La lleva a la cama, la sienta en el borde.

Cuando se agacha para descalzarla, una gota cae en su frente. Jon alza la vista, y comprueba que Antonia está llorando. Jon se incorpora un poco, se sienta sobre sus pantorrillas, de modo que las cabezas se queden al mismo nivel. Antonia clava en él sus ojos de aceituna. Sus pupilas han vuelto a la normalidad. Las lágrimas siguen fluyendo.

—¿Dónde estabas?

—Lejos.

—Lejos, ¿dónde?

—No lo sé —responde ella—. Nunca había estado antes.

Jon piensa en todo lo que está mal, en todo lo que debería decir, en todos los silencios que se ve obligado a habitar. Decide que esta noche nada de todo eso importa.

—¿Y la mujer? —pregunta Antonia.

—Crítica.

Antonia sorbe los mocos, asiente, se tumba sobre la colcha sin quitarse el albornoz. Ya saben las reglas. El universo les cobra un precio enorme, pero no siempre manda la mercancía. No tiene sentido protestar ni perderse en un pañuelo de amargura. Sólo aceptarlo.

—Intenta descansar —dice Jon.

Se levanta, y va hacia la puerta.

—Por favor. No te vayas —pide ella, sin darse la vuelta.

Jon se para, a mitad de camino. Siente la piel pegajosa, su ropa es un desastre. Apesta a lo mismo que ha dedicado tanto rato a quitar de la piel de su compañera. Ese olor a muerte que ella no percibe, pero que él no puede ignorar. Está cansado, triste, confuso y frustrado. Sólo quiere lavarse, por fuera primero y por dentro después.

Pero no va a dejarla sola. Porque de algún modo siente que él es el electroimán que está impidiendo que la bala alojada en el interior de Antonia siga libre su camino y alcance su corazón.

Así que apaga la luz y se tumba a su lado en la cama y la envuelve por detrás con sus enormes brazos. Es como sujetar una muñequita.

—Esas mujeres —dice Antonia.

Esas dos palabras bastan para evocar el horror de lo que han visto esta noche. Puede que el jabón haya sustituido el olor a muerte por un aroma de cítricos —¡*frescor, sol y matices del Mediterráneo*!, pone en la etiqueta—. Pero nada va a borrar la mancha de negrura del mundo. Nada va a conseguir eliminar la atrocidad de sus mentes y de sus corazones.

Antonia se remueve inquieta.

—Quien ha hecho esto, lo va a pagar —promete.

Un susurro suave emitido por una mujer minúscula y medio rota. Una mota minúscula en un universo indiferente.

Apenas perturba la oscuridad.

La oscuridad no sabe nada. Jon sí. Por eso un cubo de hielo desciende por su espina dorsal. No querría ser el destinatario de esa promesa.

Que Dios guarde al culpable de la ira de Antonia Scott.

Grabación 04

Hace once meses

SUBINSPECTOR BELGRANO: Esto es una mierda, Voronin. En Estos Papeles No Hay Nada.

YURI VORONIN: No puedo darles nada más concreto sobre Orlov. Ya se lo he dicho. Me matarían.

COMISARIA ROMERO: No le tocarán si nosotros no queremos.

YURI VORONIN: De Orlov no pueden protegerme.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Somos la policía, Voronin.

COMISARIA ROMERO: ¿Cuántos soldados tiene Orlov?

YURI VORONIN: Ocho *bojevik*, dos *brigadir*.

COMISARIA ROMERO: Ocho soldados, dos jefes. No es gran cosa.

YURI VORONIN: No lo entiende.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Es fácil. Nosotros somos cincuenta. Él diez.

YURI VORONIN: No son números. Esto no es Rusia. En Rusia tendría cien, tendría doscientos. Los que hiciesen falta. Porque aquello es el *Far West*, ¿comprende? En Tambov no entra policía. Se quedan fuera, custodiando. Fuman apoyados en el coche y miran hacia fuera, nunca hacia dentro, porque si miras hacia dentro puedes ver lo que no debes. Pero aquí no necesita un ejército *bojevik*. ¿Para qué? Aquí hay paz. Y tiene otros métodos.

COMISARIA ROMERO: Entonces no tiene miedo de sus hombres.

YURI VORONIN: Claro que no. A lo que temo es a una mujer.

El bar de carretera es la única opción.

Pasa la medianoche, y está hambrienta. Así que toma la salida 244 de la autovía Madrid-Cádiz, en mitad de Despeñaperros, y aparca lo más lejos posible de la puerta. Un mirador que debe de usarse sólo en verano se cierne sobre el desfiladero. El viento lo sacude con fuerza, pero no logra acallar el rumor del río, que corre raudo en dirección sur, cincuenta metros por debajo.

Gira la muñeca y el motor se detiene con una sacudida. Da una pequeña palmada en el depósito, a modo de reconocimiento a su montura. No le gustan las motos japonesas, siempre ha preferido el rabioso temperamento italiano de Ducati o Aprilia. El concesionario no tenía ninguna disponible, así que se conformó con la Kawasaki Ninja H2R. Pintada completamente en negro, salvo el logo de la marca. Le ha quitado los prejuicios.

—Sesenta mil euros.

—Tú das mí pintura también —dice ella, señalando una lata de aerosol metalizado.

El encargado del concesionario le alarga la lata, y ella arroja la tarjeta de crédito sobre el mostrador. Fabricada en titanio, sin límite de gasto. Los fondos no son un problema.

El encargado no puede contener una sonrisa de codicia al ver el famoso rostro del centurión romano. Pero le puede la conciencia.

—Ese modelo no es matriculable, sólo de competición. Si la Guardia Civil te pilla, te paran y te la inmovilizan.

Ella tarda un poco en descodificar lo que pretende decirle el vendedor. Su español es rudimentario, aunque comprende casi todo lo que escucha. Cuando asimila y procesa, decide:

—No importa.

Cumplido su deber cívico, el encargado se da la vuelta para introducir la tarjeta en el datáfono. Ella, mientras, se introduce la placa de muestra entre la cazadora y la camiseta.

Varias horas y doscientos cincuenta kilómetros después, aprovecha la parada en el parking desierto para colocar la placa de la matrícula. Es 0000 ABC, poco creíble en un examen detenido, pero tendrá que servir hasta que uno de sus contactos le mande una definitiva. De todas formas, si la Guardia Civil le hace señales en la carretera, será un placer ver cómo intentan seguirla. Uno de sus Renault Kadjar contra esta bestia de 310 caballos.

El último paso es darle con el aerosol metalizado al logo de la marca. Requiere varias pasadas hasta cubrirlo por completo, con un par de minutos de tediosa espera entre cada una de ellas, y el resultado es un borrón antiestético de distinta textura que el chasis. Merece la pena. Ningún testigo, salvo que sea un profesional, puede identificar una moto. Cualquier idiota es capaz de leer y recordar ocho letras.

Tira el aerosol entre los arbustos, mete la pistola en el interior del casco y la cubre con los guantes, antes de dirigirse hacia la puerta del bar. No carga más equipaje que la ropa que lleva puesta. Chaqueta y pantalón de cuero ajustados. Con refuerzos en los antebrazos, pero discretos, que puedan pasar por ropa de calle sin llamar la atención. En los pies, unas Dr. Martens con punta de acero. Todo tan oscuro como la moto. La única concesión al color son los lazos rojos de las botas. No se pudo resistir.

Camina algo encogida.

No por el frío, aunque la temperatura en lo alto de Despeñaperros baja de cero. No, ella ha vivido veranos en Rusia que causarían una pulmonía a los inviernos españoles. Pero su espalda protesta por el tiempo encorvada en la moto. Quiere creer que es por eso. Quiere creer que esta vez la inyección de cortisona va a durar algo más que unos pocos días, antes de que las vértebras la vuelvan a dejar lisiada, convertida en un amasijo de dolor.

El interior del bar no le llama la atención. Ha estado antes en lugares como éste. Sobreviven en mitad de la nada a costa de ser un supermercado, una tienda de recuerdos, un urinario. Las paredes de ladrillo visto están cubiertas de trofeos de caza, fotos antiguas, banderas rojas y amarillas. Una de ellas, la más grande, tiene en el centro un águila con las alas plegadas. Le recuerda al escudo de Rusia, salvo que este pájaro solo tiene una cabeza.

Sólo hay un puñado de hombres en la barra formando un corro, viendo la tele y tomando cervezas. Se giran cuando entra, pero no dicen nada.

Ella aparta el pan y devora la proteína con calma, a bocados pequeños, mientras sigue un curso de español en su móvil. La aplicación le muestra varias fotos de objetos. «Selecciona la silla.» *Elige la foto correcta, y el teléfono emite un sonido alegre como recompensa.*

En la televisión, las noticias muestran una imagen que le llama la atención. No entiende casi nada —el volumen está muy bajo—, pero comprende el titular sobreimpreso. TRATA DE BLANCAS. *Ésas son palabras que conoce en muchos idiomas.*

Absorbe las imágenes con gesto serio. Los policías no permiten a los periodistas cruzar la línea, pero la cámara es capaz de captar retazos movidos de la escena. Los flashes de las cámaras iluminan a los enfermeros sacando cuerpos en bolsas para cadáveres de color azul. Con el zoom al máximo, un encuadre agitado capta a una mujer de corta estatura, envuelta en una manta, esperando en el exterior de una ambulancia.

Busca la noticia en su móvil, con ayuda de un traductor automático, tan malo como el que han usado para la carta del restaurante. Pero capta lo esencial.

Maldice en voz baja.

No son buenas noticias. Tendrá que modificar sus planes. Se suponía que sería una operación de veinticuatro horas. Llegar, ejecutar, conducir hasta Lisboa y regresar por avión hasta Moscú vía Rabat y Ankara. Salir de la ciudad en tres minutos, del país en cuatro horas, y de la Unión Europea en nueve. El plan hacía imposible que la atraparan.

Ahora va a tener que cambiar todo sobre la marcha. Correr riesgos. Improvisar.

Y no hay nada que odie más que improvisar.

Frustrada, se levanta en dirección al baño. No se le escapan los codazos y las miradas del grupo de borrachos de la barra. A la ida y a la vuelta.

Evalúa la amenaza.

Cinco. Treintañeros, barriga cervecera. Ingesta de alcohol elevada. Uno de ellos es grande. El de la derecha sabe pelear, quizá sea guardia de seguridad o haya estado en el ejército.

Nivel de amenaza: mínimo.

Le alarga un billete de veinte euros al camarero. Él lo coge, le dice algo en voz baja que ella no comprende. Pero la mirada hacia el fondo de la barra, donde está el grupo de borrachos, es significativa.

Ella asiente, coge el casco y sale, despacio. No ha hecho ningún gesto en dirección a los cinco hombres, pero sabe que saldrán tras ella. Todas las jaurías de alimañas son iguales, no importa en qué parte del mundo te encuentres. Perros. Uno a uno, no son nada. Cuando se juntan, se creen capaces de todo. Con derecho a todo.

La grava resuena bajo sus botas a un ritmo pausado a medida que ella regresa a su moto. No tiene tiempo para jugar, pero tampoco piensa darles la satisfacción de ver cómo le han hecho apretar el paso.

La puerta del bar se abre con un chasquido y un campanilleo. Hay voces que la llaman. Al principio sólo lujuriosas, después directamente amenazantes. Uno de los hombres se adelanta, otro de ellos le imita, después ya son cinco los que salvan la distancia que los separa de ella. Cada vez más deprisa.

Ella deja el casco encima del asiento de la Kawasaki. No se molesta en sacar la pistola de su interior, no es necesario. Sólo tiene que subirse a la moto, ponerla en marcha y arrancar. Sería lo más práctico.

Mientras se pone los guantes, lenta y meticulosamente, los borrachos la rodean, ladran a su alrededor. No entiende las palabras, pero el tono es inconfundible. Es cuestión de tiempo que el primero alargue la mano para tocarla.

Ella evita el contacto visual, no quiere provocarles. No del todo ajena al hecho de que no prestarles ninguna atención les está volviendo aún más agresivos. En lugar de subir a la moto, da un par de pasos hacia el borde del mirador. Sólo una exigua valla de ochenta centímetros de alto protege de una caída de cincuenta metros. La jauría se acerca aún más, creyéndola acorralada, babeando con anticipación.

Ha buscado mientras comía el significado del nombre del desfiladero. Despeñaperros.

Qué nombre tan curioso.

Echa un vistazo al reloj. Aún le quedan un par de horas de viaje. Pero la moto es potente. Será fácil recuperar el tiempo.

Sonríe.

Puede entretenerse unos segundos.

8

Un amanecer

A Jon Gutiérrez no le gusta despertarse.

No es una cuestión de horarios, porque su profesión le ha obligado a los turnos más extraños, periodos de ayuno, grandes comilonas, vigilias de cincuenta horas y siestas de once.

Jon tolera despertarse siempre que le permitan ejecutar su rutina favorita de hibernación. Programar la alarma del móvil una hora antes, darle a posponer cuando suena, tambalearse hasta el baño, mear durante lo que parece un siglo —mira, mamá, ¡con los ojos cerrados!—, tambalearse de vuelta a la cama, dejarse caer, apretar posponer cuatro veces más entre ronquidos y, finalmente, rendirse a las exigencias de la verticalidad.

Lo que a Jon le molesta de despertarse temprano es hacerlo de golpe. Un brusco chasquido eléctrico a mitad de camino entre ambos oídos. La luz del sol que te hiere los ojos. Un cansancio patológico. La amenaza de un día arduo. La certeza absoluta de que no habrá forma humana de volver a dormir, por más que te tapes la cabeza con la almohada.

Antonia está despierta, ya vestida, sentada en el escritorio, con el iPad en la mano. La tele, sin sonido, sintoniza el canal de noticias. Emiten imágenes del puerto de Málaga.

Demasiados cadáveres para hacerlo pasar por un atraco.

—¿Qué hora es? —pregunta Jon, con la garganta muy reseca.

—Casi las ocho. Ve a ducharte. Hueles fatal.

—Tú qué sabrás, discapacitada.

—*Sé* que hueles mal. Y lo que es peor, sé qué moléculas hay impregnadas en tu ropa y en tu pelo. Ve a ducharte.

Abrumado por el agradecimiento de Antonia a sus atenciones de la

noche anterior, Jon se incorpora. A su ritmo, que es el de las placas tectónicas, el de los dinosaurios, el de las devoluciones de Hacienda. Cuando consigue enderezar la espalda —después de un montón de crujidos y chasquidos— se dedica a estudiar a su compañera.

Parece normal. Al menos todo lo normal que pueda parecer el ser humano más inteligente del planeta que es al mismo tiempo agente de una organización secreta europea con una actividad rayana en lo ilegal.

Así, sin comas, impresiona más.

—Quiero donuts —dice Antonia—. Ve a ducharte.

Jon no piensa marcharse de la habitación sin abordar lo que sucedió anoche.

—Antonia...

—¿Qué?

—No pienso marcharme de la habitación sin abordar lo que sucedió anoche.

—Anoche, ¿cuándo?

—En el contenedor.

—Me desmayé. Ve a ducharte.

—Eso ya lo sé. Te saqué de allí. Que por qué te dio el soponcio.

—Por una disminución del flujo sanguíneo en el cerebro, provocada por el shock emocional, la falta de oxígeno en el interior del contenedor y el esfuerzo repentino al agacharme para intentar arrastrar a la mujer. Ve a ducharte.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

La explicación es exhaustiva. Pero no suficiente. Porque sigue sin explicar por qué tenía las pupilas tan dilatadas, si no había tomado ninguna de las pastillas rojas. Pero Jon se ha quedado sin energía, así que comete por segunda vez el error de dejar el tema para más adelante.

El sol brillará mañana.

—¿Qué estás haciendo?

—La sociedad que importó el contenedor es un callejón sin salida. Sólo es un intermediario. Pero de la recogida se encargaba una

sociedad diferente. Está a nombre de un testaferro. Un armenio llamado Ruben Ustyan. Tiene su oficina aquí en Marbella. Ve a ducharte.

—Seguramente sólo sea un eslabón más de la cadena.

—Que nos llevará al siguiente. Ve a ducharte.

Es poca cosa. Pero después de lo sucedido anoche, Antonia está decidida a parar a Orlov como sea.

Jon se anuda la corbata. Puede que a esa ropa arruinada sólo le quede un último trayecto por el pasillo hasta su habitación, pero Jon va a asegurarse de que sea un recorrido digno.

Lola

Había una vez una niña que quería tener una capa para hacerse invisible. O una poción que le permitiera cambiar tu rostro con el de otra persona. O un mapa que le avisara de dónde se encontraban sus enemigos.

Ninguno de estos artefactos mágicos está al alcance de Lola Moreno, así que se echa la capucha sobre la cara y camina encorvada, como si tuviese frío. Lo tiene. Las tormentas han bajado aún más las temperaturas, dejando en el ambiente una humedad insalubre y pegajosa, han enfermado de otoño el invierno.

Hoy Lola ya no tiene dónde dormir.

El plazo que le dio Yaiza ha expirado. Ha dejado el apartamento hace unos minutos. Estuvo tentada de llamar a la puerta de su amiga y pedirle que la perdonase y le permitiese acompañarla a Estepona. Había alzado ya la mano e iba a golpear, cuando sus nudillos se detuvieron antes de rozar la madera. No había ningún futuro en tomar el camino fácil. Ni para ella ni para el niño. Tiene que ser un niño, por supuesto, un pequeño Yuri, un pequeño, guapo hijo de puta como el padre, bueno para nada. *O para casi nada*, piensa Lola, con una punzada de añoranza en la zona sur.

La energía y la determinación con la que abandonó el apartamento de Yaiza se ha diluido un poco mientras camina en dirección a Lomas Blancas. Tiene miedo. De pronto, empezar otra vez no le parece tan mala opción. Aunque sea en negro. Limpiar escaleras de nueve a ocho. Poner copas de diez a seis. Qué recuerdos de su época de camarera en la Dreamers y en Mirage. Cuando los clientes de madrugada, *empistelaos* perdidos, meaban contra la barra para no tener que ir hasta el baño. O la clienta que cagó entre dos altavoces del fondo de la pista. O todas las guiris que había que sacar del baño, borrachas como piojos, medio en bolas, empapadas en su propio vómito.

Hay que empezar otra vida, pero no va a ser ésta, le promete Lola al pequeño Yuri, acariciándose la tripa a través de los bolsillos de la sudadera. Sin saber si va a poder cumplirlo. Pero quién puede prometer promesas que no se pueden desprometer.

Camino de Lomas Blancas, a la altura del parque de los Enamorados, el corazón le da un salto, la boca se le seca.

Tiene su cara, seis veces más grande, mirándola de frente.

El camión informativo de la Policía Nacional era una broma recurrente entre los amigotes de Yuri. Un vehículo de seis ruedas que carga una pantalla de ciento cincuenta pulgadas. El LCD va reproduciendo los rostros de los delincuentes más buscados. Tres de ellos pertenecientes al clan Orlov. Debajo, un número de teléfono y una web en los que avisar si te los encuentras.

—Las fotos que usan son horribles. Son tan malas que me podría parar delante del camión y hacerme un selfie y no me reconocerían —se jactaba uno de los que solía ir a casa de Yuri a hacer recados. Un tal Fomin, Kolia, o Vania.

Lola mira su foto de dos metros de alto, su nombre, su fecha de nacimiento, y no tiene ganas de reírse. La foto es muy mala, pero es ella. Se la reconoce, y hasta sale bien. Y mira que nadie sale bien en su foto del DNI. Y el policía parado delante del camión lleva una metralleta, o como se llame. Negra, con un cañón enorme. Muy amenazador.

Como si algún arma de fuego no lo fuera, si no la sostienes tú.

El camión está aparcado al otro lado de la calle, y el policía está mirando en su dirección. Y en caso contrario no hay manera de saberlo, que para algo llevan esa gorra calada hasta los ojos. Lola no puede darse la vuelta ni cambiar de dirección. Así que espera en el semáforo a que cambie el disco, con el estómago encogido. Si tuviese el móvil podría sacarlo y fingir que está consultando su Instagram, pero lo tiró a la basura después de lo sucedido en la funeraria. No duda de que vigilan, no sólo su terminal y el de Yuri, sino el de su madre y sus números habituales. Hoy es demasiado fácil como para no hacerlo.

El último coche pasa frente a ella —un Audi A8 enorme con las

lunas tintadas—, el siguiente frena, el semáforo cambia de color, y a Lola no le queda más remedio que caminar en dirección al policía que custodia el camión.

No te pares. No te desvíes. Actúa normal.

Con el corazón acelerado y la respiración sofocada, Lola está muy lejos de sentirse «normal».

Ya está casi a la altura del policía. Tiene que reunir la mitad de su fuerza de voluntad para no mirarle a la cara. La otra mitad la emplea para contener el impulso de sacar las manos de los bolsillos y bajarse aún más la capucha de la sudadera.

—Hace rasca, ¿eh? —dice el policía, cuando pasa a su lado.

Lola tarda en comprender que la voz que se dirige a ella sólo hace un comentario amable. Quizá porque el pulso le retumba en los oídos como un concierto de Mayumaná.

—Mucha —dice ella, sin detenerse.

Lo rebasa. Y ahora pone todo su esfuerzo en controlar sus pies, que le exigen correr para alejarse cuanto antes.

Despacio. Despacio.

Media hora más tarde llega a su destino. Lomas Blancas es una urbanización de clase media, en la que se alternan casas unifamiliares y pareadas. Lola está agotada, mareada y sedienta. La ausencia de insulina le está pasando una costosa factura. Tiene la boca tan seca que la lengua le hace ruido al rozarla con el paladar.

No puede aguantar mucho más.

No consigue reconocer la casa. Una vez llevó hasta allí a Zenya, porque ella tenía el coche en el taller, pero fue hace más de dos años, y Lola está exhausta y confusa. *Es un pareado*, recuerda. *Casi al final de la calle*. Pero cuando llega al lugar que creía, más allá del segundo badén, todo le parece extraño.

Las piernas son incapaces de sostenerla por más tiempo.

Se deja caer en la acera, entre un contenedor de vidrio y un Peugeot, y se echa a llorar.

Joder, Yuri. ¿Cómo pudiste ser tan idiota?

—¿Señorita Lola?

Lola alza la vista, entre pucheros, y allí está Zenya. Una mujer de mediana edad. Gruesa, morena y de sonrisa triste. Viene en vaqueros y cazadora, cargada con un par de bolsas de la compra.

Lola intenta incorporarse, pero de nuevo siente la cabeza ligera, muy ligera. Tiene que apoyarse en el parachoques del Peugeot, salpicado de barro reseco e insectos aplastados.

—Venga adentro.

Zenya es una buena mujer. Llevaba con ellos cuatro años. Siempre ha cuidado bien de la limpieza de la casa, de la plancha y de los quehaceres. La tenían sin contrato, claro, porque Yuri era así. Pero le pagaban bien. Esta casa donde están ahora es la única aparte de la de Lola en la que trabajaba. Los viernes, como hoy.

—¿Quiere un poco más de café? —dice, acercándole la cafetera a la taza.

Lola deja que se la llene, no sin cierto reparo. Se siente humillada por tener que ir a pedirle ayuda a su asistenta, colarse en una casa que no es la suya y aceptar la hospitalidad involuntaria de otros. Aquí viven un cocinero y su mujer, cincuentones. Los dos están en el trabajo, explica Zenya. Lola se fija en una foto de los dos pegada con un imán en la nevera. Unas vacaciones en Roma. Ambos miran a la cámara con sonrisas plenas. Lucen pulseras idénticas.

Yo podría haber tenido eso con Yuri. Sólo quería eso.

Están sentadas junto a la isleta de la cocina, unida al salón en un solo espacio. Todo bien colocado, modesto, pero hogareño. Lola sonríe al ver que tiene una de esas televisiones minúsculas de 32 pulgadas. No le gustan las teles grandes. Le molesta ver los poros de la nariz de los presentadores, los dientes falsos y fluorescentes. Yuri compró una de ésas, gigantesca, que le hace sentir a Lola como si fuera el espejo de baño de un montón de desconocidos. Uno de los de aumento. Raras veces dan alguna alegría esos espejos.

A Lola le molestó que gastara más de diez mil euros en aquella tele. Hubiera preferido que le sorprendiera con un reloj, o una joya vistosa.

Pero Yuri no era el colmo de la galantería ni de la sutileza. Cuando se acercaba su cumpleaños, ella insinuaba cuánto le gustaba algo. No había acabado la frase y Yuri le alargaba un fajo de billetes de doscientos euros, con una gran sonrisa.

Todo eso pasó.

La certeza líquida, venenosa, le recorre las venas. Aún más dañina allí, sentada en mitad de la perfecta vida de otros, que tú nunca tendrás.

—¿Por qué no me llamó, señorita?

Lola duda si decirle la verdad. Podría asustarse.

Pero no. Esa mujer es dura. Escapó de Ucrania huyendo de la represión del gobierno. No tiene sentido engañarla.

—No podía arriesgarme, Zenya —dice—. La policía seguramente tendrá tu teléfono pinchado.

Zenya le explica cómo le hicieron muchas preguntas, aunque ella poco sabía, porque no estaba en casa cuando ocurrió el asesinato. Fue ella la que descubrió el cadáver y les avisó.

—¿Dónde está Kot?

—Se lo han llevado a la perrera municipal. Yo no podía hacerme cargo de él —dice, con pesar.

Lola lo entiende. Es un perro de noventa kilos, que consume al año cinco mil euros de comida. Por muy bien que se lleve con Zenya —y es raro, porque a Kot no le gusta nadie—, la pobre mujer no podía meterle en su piso.

—Quiero proponerte algo —dice Lola.

Le explica a Zenya su plan, al menos la parte de ella que debe conocer. Y para el que ella es imprescindible.

Zenya escucha, en silencio. Siempre escucha en silencio, con la cara ladeada, la barbilla apuntando un poco a la derecha de la persona que le está hablando. Como si no fuera del todo con ella. Lo mismo si le pides que meta los cacharros en el lavavajillas que si le pides que abandone su casa, su vida, su trabajo.

Un piso alquilado en el que vive sola y un único cliente con el que no va a poder mantenerlo. La decisión es fácil, piensa Lola. Y tiene razón.

Zenya dice que sí.

Pero pone una condición.

—Necesito cinco mil euros para mandar a mi país.

—La semana que viene te daré diez veces esa cantidad.

—No. Los necesito ahora.

—No tengo ese dinero.

—Lo necesito. Mi hermana necesita una prótesis para caminar, y es muy cara. Si me pasa algo, no podré ayudarla. Usted me da el dinero para que yo se lo mande por si acaso, yo la ayudo.

Lola se desespera. Intenta razonar con ella, explicarle que debe ser paciente. Pero Zenya no atiende a otras razones que las suyas.

—Está bien —dice Lola—. Te conseguiré el dinero. Reúnete conmigo mañana por la noche en la perrera.

—Señorita Lola, ese sitio está vigilado. No es una buena idea.

—Es una idea horrible. Pero no voy a irme sin mi perro.

9

Un testaferro

Nadie confundiría a Ruben Ustyan con un visionario.

Ni siquiera el propio Ruben.

En el año 2001, Ruben (con acento en la ú, como él siempre aclara a todo el que se encuentra) acaba de migrar a Italia. En Armenia no había futuro, ni trabajo. Y eso que Ruben no se cerraba a nada. A punto de cumplir cuarenta, había hecho un poco de todo. Un poco de carterista, un poco de camello, un poco de proxeneta. Llegó a Roma por un primo suyo, pero se quedó por la cantidad de turistas a los que podía desplumar en la Piazza Navona. Poco amigo de las fuerzas del orden, fue el primero en enfurecerse cuando el 20 de julio un *carabiniere* abatió a tiros a Carlo Giuliani, un manifestante antiglobalización.

—Eso de la globalización es terrible. Terrible. Hay que acabar con ella cuanto antes.

Obviando el hecho de que él estaba en ese momento ejerciendo una actividad empresarial en suelo extranjero con clientes plurinacionales —robaba carteras indistintamente a españoles, japoneses, americanos o quien se dejara—, el desafecto de Ruben Ustyan por la globalización se uniría a otras grandes predicciones históricas.

Como Alex Lewyt, inventor de aspiradoras, cuando dijo en 1955 que en diez años todas ellas funcionarían por energía nuclear.

Como Thomas Watson, presidente de IBM, cuando dijo en 1943 que en el mundo había sitio para cinco ordenadores, como mucho.

No, nadie confundiría a Ruben Ustyan con un visionario. Pero su nula capacidad de anticipación acabó probándose como una ventaja evolutiva. Durante un viaje de vacaciones en España un par de años más tarde, conoció a Aslan Orlov. ¿Cómo? La historia es muy larga,

involucra una rueda pinchada, una cabra y una botella de vodka. Dejémoslo en por casualidad.

La Fiera miró atentamente a Ruben Ustyan. Bajito, cetrino. Con cara de rata, todo codos y rodillas. Los dientes, más grandes que la boca, le obligaban a adoptar una sonrisa perpetua. Reconoció en él a alguien sin imaginación, y le puso a regentar un burdel en Puerto Banús.

—Podemos fiarnos del armenio —dijo Orlov—. Es demasiado denso como para cagarla.

Orlov dijo, literalmente «denso como caca de oso», pero hay modismos del ruso que traducen mal.

Y así la vida de Ruben transcurrió sin pena ni gloria. Llevando las cuentas. Manteniendo una rotación de las mujeres, vendiéndolas a otros antros menos lujosos en cuanto daban síntomas de fatiga. Encargando latas de refrescos por palés. Un gestor de éxito en los años de la burbuja inmobiliaria.

Cuando el ladrillo reventó, Ruben fue el último en enterarse. El juego y la prostitución son los dos últimos vicios a los que renuncian los que se arruinan. Tardó tanto en enterarse, que para cuando le dijeron que había estallado la burbuja ya se estaba hinchando la siguiente.

—Menos mal que hemos salido de la crisis —le dijo Yuri.

—¿Qué crisis?

—Ponme otra cerveza, anda.

Yuri iba mucho por el burdel, a llevar recados, bolsas con coca para algún cliente, cosas así. Como matón de Orlov, tenía derecho a las mujeres gratis. Las bebidas había que pagarlas. Incluso con el descuento de empleado, Ruben calculaba que el ochenta por ciento del sueldo de Yuri acababa en su caja registradora.

De golpe, Yuri dejó de ir.

Ruben, picado en su cuenta de resultados, se lo recriminó un día que se lo encontró en la sección de perfumería de El Corte Inglés. Llevaba una bolsa en cada mano.

—Yuri, ¿qué te pasa? Llevo meses sin verte. ¿Te has enfadado conmigo?

—Ya no hago esas cosas. Estoy enamorado —dijo Yuri, con radiante

imbecilidad.

Ruben se rio. Yuri era su cliente número uno. Si además de las cervezas, pagara por las mujeres, Ruben tendría un yate. ¿Quién había podido retirarle del vicio? Continuó riéndose hasta que sus ojos siguieron la dirección del dedo de Yuri. Apuntaba a una mujer alta y delgada, de pie junto al expositor de Louis Vuitton. La fotografía del luminoso mostraba a la actriz Léa Seydoux sosteniendo una flor. La mujer que trasteaba entre los perfumes, golpeando las tapas doradas con una uña pintada de rosa, era igualita a ella. Pero más guapa y menos francesa.

Ruben consiguió cerrar la boca con gran esfuerzo, al ver que ella se acercaba.

—Ésta es Lola, mi mujer.

Entonces llegó la proposición.

Han pasado años de esto. ¿Seis? ¿Siete? Ruben no se acuerda. Podrían ser cien. Para él todos los días son iguales desde aquel día. Más tranquilos, también. Pero más aburridos.

Aquel día Yuri le habló de un negocio nuevo que quería llevar a cabo. Ruben se volvió a reír, pensando en aquel matón de nudillos sangrantes montando un chiringuito con permiso de Orlov.

Dos semanas después, dejó de reírse cuando La Fiera le comunicó que dejara el burdel y que hiciera todo lo que Yuri le dijera.

Lo que Yuri le dice es que alquile una oficina en San Pedro Norte. Edificio Palomas. Un espacio interior, sin ventanas, de sólo un par de despachos. Un escritorio, una silla, paredes desnudas.

Yuri sienta a Ruben en la silla y le pone delante un ordenador portátil, para que se entretenga.

—¿Qué hago?

—No sé. Nada.

—¿Y si llaman? —dice, señalando el teléfono.

—Pues lo coges.

—¿Y qué digo?

—Que se han equivocado de número.

Ruben se rasca el cuello, se enciende un cigarro.

—¿Y cuánto vais a pagarme por esto?

Yuri se lo dice.

Es cinco veces lo que ganaba en el burdel.

Así que Ruben ahora es empleado de Yuri.

La mayor parte de su jornada laboral la pasa sentado en la silla de su despacho. Juega a Tetris, ve vídeos de YouTube sobre cosas interesantes. Hay un malabarista coreano que hace trucos desnudo —como quitar el mantel de una mesa agarrando la tela con las nalgas— que le tiene fascinado.

—Podría estar en mi casa.

—Tienes que estar aquí, por si te necesito —responde Yuri.

Y es verdad que Yuri aparece casi todos los días con un maletín, papeles o un notario bajo el brazo. Le pide que firme aquí, aquí y aquí. Ruben firma. Se pasa la semana firmando. Documentos con sellos azules en carpetas azules. Talones, préstamos, solicitudes. Credenciales, cartillas, transferencias. Contratos. Requerimientos. Poderes. Declaraciones.

Y escrituras. Muchas, muchísimas escrituras. Algunos días, hasta treinta.

Ruben ha dominado el arte de firmar sin mirar. Literalmente. Sigue jugando al Tetris con la mano izquierda, mientras va subiendo y bajando la derecha. Yuri le mete el papel en cuestión, dice «ya». Ruben firma, el notario certifica, Ruben sube la mano y vuelta a empezar. Todo ello sin quitar la vista de la pantalla.

Pieza amarilla, escritura, pieza azul, talón.

Ruben sueña con superar el récord mundial de 4.988 líneas. Por ahora va por la mitad.

—Sería más fácil si no me hicieras firmar tanto —protesta.

—No te quejes. Seguro que eres el hombre que más empresas administra del mundo. Igual de Europa, no sé.

—¿Cuántas? —pregunta Ruben, vagamente interesado.

Yuri hace un cálculo rápido.

—Algo más de siete mil.

—Soy un magnate —dice Ruben, pavoneándose—. Como Ramón

Ortiz o Donald Trump.

—Claro, Ruben.

Yuri le da un par de palmadas en el hombro, y se va a guardar los papeles. Al fondo de la oficina hay un despacho de paredes de cristal. En su interior, enormes archivadores y un ordenador. Sólo Yuri entra ahí, solo él tiene llave.

Ahora, Yuri está muerto.

Ruben estuvo en el funeral, como todos. Recibió alto y claro el mensaje de Aslan Orlov. Corren rumores extraños acerca de la muerte de Yuri y de la asesina a la que ha mandado llamar para encargarse de la mujer. Aunque a él todo eso no le incumbe. Él es leal a la *Bratvá*, así que nadie puede tocarle.

Por eso sigue viniendo cada día.

Porque es su trabajo.

No sabe muy bien cuál es, ahora que ya no tiene nadie que venga cada día a traerle papeles para firmar, pero la fuerza de la costumbre es muy poderosa. En casa se aburriría, sin nadie con quien hablar.

Además, está lo del Tetris.

Así que llega, mueve el ratón del ordenador para salir del salvapantallas, y continúa la partida que había dejado en pausa el día anterior. Lleva mil doscientas líneas y no ha cometido más que un pequeño error en una esquina —las malditas piezas rojas, nunca hay manera de colocarlas— así que confía en que puede recuperarlo.

Llaman a la puerta.

Ruben no hace caso. Nunca viene nadie.

Siguen llamando, con insistencia.

10

Un directorio

El Palomas Building está lejos del centro. Es una de esas reliquias de los maravillosos años noventa. Una época en la que los mafiosos no venían de las estepas de Rusia, sino de las de Soria. Una época en la que no se escondían, sino que hacían campaña para la alcaldía en la portada de *As* y de *Marca*. Una época en la que ganaban, y edificaban sin control. Más de treinta mil viviendas ilegales, decenas de edificios construidos sin otro propósito que la rapiña. Casi todos sobreviven, a pesar de infinitas sentencias judiciales que exigen su demolición. Algunos, como el Palomas Building, abandonados a su suerte por un empresario sin escrúpulos.

No tiene portero. Tres cuartas partes de las oficinas están desocupadas. Al menos según el directorio de la entrada, en una indistinguible imitación del bronce.

—Ésa es la empresa de Ustyan. Servicios a Emprendedores, S.L. Octavo piso, puerta B —señala Antonia, cuando localiza la placa que busca.

—Serán mafiosos, pero guasa no les falta —responde Jon.

—Están creando empresas de la nada y facilitando su puesta en marcha. La descripción es técnicamente correcta —dice Antonia, apretando el botón del ascensor.

Jon suspira. Teatral.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de reírte sin que tenga que explicarte un chiste? Una vez, sólo.

—Entra dentro de lo posible. Tú primero —dice, dejándole pasar al ascensor.

11

Un tobillo

Ruben maldice, se levanta, va hasta la puerta de la oficina. La abre con fastidio.

—Oiga, se ha...

Un muro blanco, un resplandor, un poco de vértigo. Ruben no sabe cómo llamarlo, salvo que ahora está tumbado en el suelo, agarrándose la nariz.

El puñetazo se la ha roto, haciendo brotar un chorro de sangre que se escurre entre sus dedos y se derrama en el suelo. Pegajosa, densa. Ruben se mira las manos cubiertas de rojo con incredulidad.

Es un hombre pequeño, asustadizo. Virtudes que benefician a un carterista. Que no impiden demasiado el trabajo del gerente de un prostíbulo, siempre que tenga a mano a hombres fornidos. Pero que dificulta mucho la defensa a un testaferro que lleva seis años sentado en una silla cuando esos mismos hombres fornidos se presentan ante su puerta.

Ruben los conoce. Los hermanos Fomin. Dos georgianos muy hijos de puta. Los dos son grandes, rugosos. Árboles con ropa. Con el pelo cortado al cero y los brazos tatuados. Un recuerdo de su etapa en el ejército.

No es lo único que se trajeron. También adquirieron conocimientos valiosos. Como el de aplicar presión sobre un hueso hasta romperlo. Eso es lo que están haciendo ahora, inclinados sobre Ruben. Uno le registra, el otro le pisotea el tobillo, con insistencia.

El testaferro está tan confuso que tarda en acordarse de gritar.

Su primer aullido sigue al crujido del peroné al quebrarse. Seco, desagradable. Como el ruido que hace el palo de un Magnum cuando lo partes en dos antes de introducirlo desdeñosamente en el envoltorio

de aluminio.

Ruben chilla. El dolor es agudo, punzante, pero lo siente lejos de su cuerpo, como si le estuviera sucediendo a otro. Si Ruben chilla es por incredulidad. Ahí estaba él, tan tranquilo, hace sólo unos segundos, jugando en la pantalla de su ordenador y más dinero en el banco del que podrá gastarse en toda su vida.

—¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis? —dice, como si no estuviera claro.

Y luego añade, porque no puede evitarlo, porque cada persona que ha estado alguna vez en su situación ha sentido la necesidad de decirlo:

—Pero ¿vosotros sabéis quién soy yo?

—Claro —dice uno de los Fomin. El más joven. Ruben cree que se llama Vadim. O Kolia.

—Tengo que hablar con Orlov. Tengo que hablar con Orlov —dice Ruben, tratando de levantarse, de regresar a su escritorio. Resbala sobre el tobillo roto, se cae, opta por arrastrarse.

Uno de sus asaltantes se adelanta, va hacia el escritorio, coge el móvil de Ruben y se lo guarda en el bolsillo. Claro que el testaferro no puede verlo, porque sigue tumbado bocabajo.

—Tengo que hablar con Orlov —insiste Ruben, dirigiéndose a los pies que cruzan delante de él.

Uno de esos pies se dirige a su vez a su pómulo derecho, contra el que impacta a gran velocidad. El crujido y el dolor no le dejan escuchar cómo el otro Fomin —Vadim, o quizá Kolia— echa abajo la puerta del archivo de Yuri.

Ruben pierde el sentido durante unos instantes. Pero cuando lo recupera, vuelve a su cantinela. Lo único a lo que es capaz de aferrarse en este momento. Pues ya habíamos dicho que Ruben Ustyan es un hombre sin imaginación.

—Por favor. Dejadme hablar con Orlov.

La perseverancia de Ruben alcanza su premio cuando uno de los Fomin abandona su trajín, marca un número de teléfono y pone el manos libres cerca de la boca de Ruben.

—¿Habéis acabado ya? —dice Orlov, con brusquedad.

—Aslan. Aslan, soy yo.

La voz de La Fiera cambia al escuchar a quien está al otro lado del teléfono. Se vuelve tranquila. Resignada.

—Ah, hola, Ruben.

Ruben suelta un jadeo alegre y aliviado cuando escucha al *vor* al otro lado. Por fin puede aclarar este malentendido.

—Aslan, están aquí los Fomin.

—Los he mandado yo.

El testaferro siente una humedad en la nuca, en los antebrazos, en la espalda. Percibe un olor penetrante, incluso con la nariz rota de la que no dejan de manar goterones, ahora más densos e intermitentes. Alcanza a girarse lo suficiente para ver que Kolia —está casi seguro de que es él— le está rociando con el contenido de una lata metálica.

—Diles que no me hagan daño. Yo no he hecho nada.

—Lo sé. Pero ya viste anoche las noticias sobre el contenedor.

—¿Qué noticias? —pregunta Ruben, con estupor.

Orlov suelta una carcajada.

—De verdad, Ruben, que siento mucho perderte. Es difícil encontrar tontos tan útiles como tú. Pero no tienen que quedar cabos sueltos —dice, antes de colgar.

Kolia recoge su móvil, se sienta sobre la espalda de Ruben, le agarra por el cuello y comienza a estamparle la cabeza contra el suelo. Con calma. Es un método excelente si no tienes prisa, equivalente a golpear un huevo en el borde de la sartén. Antes o después la cáscara se acaba rompiendo.

El testaferro pierde la consciencia entre el tercer y el cuarto golpe.

Cuando la recupera, sólo hay oscuridad. Cree que se ha quedado ciego, pero entonces aparecen las llamas.

Y después, los gritos.

12

Un poco de humo

—Tengo pruebas de lo que digo. El chiste del gato tampoco lo pillaste —insiste Jon, apretando el botón del octavo piso.

—Se ha subido al árbol. Es un código que su amigo y él han acordado para suavizar un shock emocional producido por una mala noticia. Por supuesto que lo pillé.

El inspector Gutiérrez pone los ojos en blanco. Es inútil.

Completamente a prueba de humor.

Aprieta de nuevo el botón del octavo, a ver si consigue que el ascensor vaya más rápido. En el hilo musical suena una versión de *Despacito*. Jon está convencido de que el infierno tiene que ser un lugar más benigno que éste.

—Deberíamos tener un código nosotros también —dice Antonia.

—¿Para qué?

—Para avisarnos del peligro, cosas así. Una palabra clave. Como «camafeos vaticanos», por ejemplo. Si uno de los dos la dice...

Jon levanta la mano para interrumpirla, se lleva el dedo a los labios.

—¿Has oído eso?

Antonia sacude la cabeza. Pero Jon sabe lo que ha escuchado. Un grito. Y un ruido sordo, como un saco de unos ochenta y cinco kilos relleno de carne y hueso cayendo desde más o menos setenta centímetros. Por poner un ejemplo. Y hay algo más.

Ya antes de que se abran las puertas, ha olido a quemado. A papel, a plástico, a churrasco. A barbacoa de tesorero de partido político.

Ding.

El pasillo está completamente a oscuras, y sólo la tenue luz que procede del interior del ascensor ilumina los jirones de humo, que cuelgan a media altura e invaden la cabina del ascensor.

Jon saca la linterna del bolsillo.

A su derecha hay una puerta, la de la oficina A. Cerrada. Al final del pasillo, la de la oficina B. Abierta.

Adivina de dónde procede el humo.

—Avisa a la comisaria y a Belgrano —dice Jon, en voz baja, sacando la pistola.

No hacía falta, los dedos de Antonia ya vuelan sobre el teclado. El mensaje sale antes de que Jon acabe de pedirlo.

—¿Qué hacemos?

Jon apunta al techo. El aplique está arrancado, los cables colgando, la bombilla rota en el suelo.

El que quisiera oscuridad, la ha conseguido.

—Camafeos vaticanos —dice Jon, caminando hacia la puerta. La linterna en la mano izquierda, agarrada como un puñal. La derecha apoyada en el antebrazo contrario, apuntando hacia delante.

—No es así como funciona —dice Antonia.

—Ya lo sé. Ponte detrás de mí.

El inspector Gutiérrez recuerda con mucha claridad lo sucedido la última vez que le dijo eso a Antonia Scott. Un Porsche Cayenne surgió de la nada, estuvo a punto de arrollarles y comenzó una persecución brutal de la que salieron vivos de milagro.

Jon siente un extraño hormigueo en el cuero cabelludo. Un centenar de insectos correteando entre su cráneo y su pelo. Que sólo se alborotan cuando las cosas no van a salir bien.

Respira despacio, por la boca. El humo no es denso, se está disipando. Sea lo que sea lo que lo ha causado, se está extinguiendo.

Jon Gutiérrez no cree en las casualidades. No cree posible que se declare accidentalmente un incendio en la empresa que van a visitar justo instantes antes de que ellos se presenten. Tampoco cree que entrar en un espacio oscuro potencialmente hostil enarbolando la única luz sea la manera más eficaz de coger al enemigo desprevenido. Más bien es tatuarse en las sienes una diana. También tiene presente que, a diferencia de los delincuentes comunes, la mafia rusa tiene acceso a armas cortas. Incluso rifles de asalto. De esos que, si te enfilan, te dejan arreglado de papeles en cero coma.

Así que Jon emboca la puerta de Servicios a Emprendedores, S.L. con lo que en el argot policial se conoce con el nombre técnico de «huevos de corbata».

—Quédate fuera —le ordena a Antonia.

El haz de luz de la linterna recorre la habitación tal y como le han enseñado en la academia. Esquina izquierda, esquina derecha, otra esquina, detrás de la puerta. Nadie.

Un escritorio vacío, una silla. Al otro lado de la oficina, lo que parece un segundo despacho. Una puerta. En el vano, un cuerpo. Negruzco, humeante.

—Su puta madre.

El taco funciona como un hechizo de invocación. Uno que se podría incorporar a palabras mágicas que hacen aparecer cosas de la nada. *Abracadabra*, *Dracarys*, *su puta madre*. Antonia surge de detrás de la protección del torso de Jon, ve el cuerpo tirado en el suelo y se lanza sobre él.

—Estate quieta, mujer. Todo el día igual —la previene Jon. Tiene aún que comprobar el cuarto del fondo.

Pasa por encima del cuerpo. Hombro por delante, pistola apuntando hacia abajo, de nuevo comprueba las cuatro esquinas.

Esquina izquierda, esquina derecha, otra esquina, detrás de la puerta. Nadie.

Sólo el despojo mortecino de una hoguera practicada en el centro de la habitación. Restos de polímeros derretidos, peste a queroseno y plástico quemado que vuelve el ambiente irrespirable.

Otros dos cuerpos en el suelo. Jon comprueba el pulso del primero. O más bien su ausencia. Del segundo no hace falta, el cuchillo incrustado en el ojo vuelve innecesaria la comprobación.

—¿Está vivo? —pregunta Jon, apuntando la linterna hacia Antonia.

13

Dos segundos

Antonia, de rodillas junto al cuerpo humeante, se da cuenta de que aún respira. Se vuelve hacia Jon para informarle, pero no llega a hacerlo. Escucha un ruido metálico, un *clonc* suave. Como cuando recolocas un cajón de chapa. Un rostro parece surgir de la nada, flotando junto a la cara de Jon. Un brazo le atenaza el cuello.

La linterna cae al suelo, rebota, se apaga con un chasquido.

La oscuridad ahora es total.

Antonia, a gatas, comienza a palpar en el suelo en busca de la linterna, mientras la negrura frente a ella parece cobrar vida, poblarse de estímulos amenazantes.

Un gruñido salvaje.

Un friccionar de cuerpos, de tela contra carne.

Un golpe. Metálico.

Un estrépito.

Un instante de incertidumbre, un silencio.

Un desplazamiento en el aire viciado del despacho cuando un cuerpo cae al suelo.

Un jadeo.

Un paso.

Otro paso.

Los dedos de Antonia por fin agarran la linterna, por el extremo de la bombilla.

No son los únicos. La luz se enciende, iluminando el interior de la mano de Antonia con un brillo rojizo y fantasmal.

—Suelta —dice una voz femenina.

Antonia abre los dedos, soltando la linterna.

Durante el breve instante en el que el haz de luz se refleja en su

camiseta blanca, puede ver el rostro de una mujer joven, de ojos duros y afilados, que cortan en dos mitades la oscuridad.

Luego ella se echa hacia atrás, apuntando la linterna hacia los ojos de Antonia, que se endereza hasta quedarse de rodillas.

Una pistola aparece en la zona iluminada. Su cañón está a menos de seis centímetros de la frente de Antonia.

Ésta entorna los ojos.

Una Makarov de 9 milímetros.

—¿Quién? —dice la mujer.

Pronuncia la pregunta con un tono que no deja lugar a dudas. Contesta o te mato. Pero no es la primera vez que Antonia está enfrente del cañón de un arma. No es la primera, ni la décima. Y ella tampoco tiene dudas. Nunca se muestra miedo, nunca se cede.

—¿Quién eres tú? —responde a su vez.

El cañón de la pistola se adelanta hasta rozarle la frente, aunque Antonia no se mueve, salvo un pestañeo frenético, mientras intenta decidir qué hacer.

—¿Quién? —repite la mujer.

El dedo se curva sobre el gatillo. Está a punto de apretarlo. Sólo tiene un par de segundos.

Para otras personas, dos segundos pueden ser un periodo minúsculo.

No para Antonia Scott.

En dos segundos, Antonia evalúa tres posibles reacciones físicas, incluyendo:

– Rodar.
– Alejarse al suelo.
– Intentar agarrar la pistola.

Las desestima. Cualquier intento de atacarla desarmada está abocado al fracaso. La sospechosa acaba de matar a otros dos hombres voluminosos y reducido —Antonia puede escuchar su respiración— a otro aún más voluminoso. No es que esté gordo.

Intenta calcular mentalmente el tiempo de respuesta de la Policía Nacional en esta zona remota. Revisa en su memoria fotográfica la

página del dossier para la misión que preparó Mentor. Pueden ser hasta cinco minutos. ¿Cuántos han pasado desde que hizo la llamada? Tres minutos y medio, con un margen de error de diez segundos.

Su única opción es ganar tiempo. Mantenerse con vida hasta que lleguen. Lo que Mentor llama la táctica CDS. Confunde. Distrae. Sonsaca.

—Yo no dispararía —dice Antonia—. Sería un grave error.

La mujer apaga la linterna, devolviendo la oscuridad, pesada y espesa.

Es lista. No quiere que me fije en ella.

—Yo no habla muy bien español —dice.

—Mi ruso tampoco es perfecto —responde Antonia en ese idioma. Con impecable acento moscovita.

La voz se vuelve más dulce, complaciente incluso, cuando ambas comienzan a hablar en ruso.

—¿Eres policía?

—Algo por el estilo. Mis compañeros están a punto de llegar.

Como si el universo estuviera esperando su señal, en ese momento comienzan a escucharse a lo lejos las sirenas de la policía.

—Nunca he entendido cuando pasa esto en las películas. —La voz en la oscuridad suena ahora algo más a la derecha de Antonia—. Tiene al protagonista a su merced. Suenan las sirenas y el malo se marcha. Se tarda lo mismo en apretar el gatillo que en no apretarlo.

Antonia sonríe, ante la lógica inapelable.

—¿Es lo que vas a hacer? ¿Vas a matarnos?

Hay un roce de zapatos en el suelo, un desplazamiento de aire. De pronto, la voz de la mujer suena junto a su oído izquierdo. La voz pronuncia las sílabas en ruso con una suavidad desconcertante.

Justo detrás de ella.

—Tienes suerte, policía. Hoy no estáis en el menú.

Antonia da un respingo de sorpresa.

Para cuando se ha recuperado, detrás de ella sólo hay oscuridad.

Se ha ido.

Se pone en pie, saca el teléfono de la chaqueta y enciende el flash. Jon está al otro lado de la habitación, tirado en el suelo bocarriba,

desmayado. Antonia se arrodilla junto a él, le pellizca el tramo de piel entre el pulgar y el índice con una mano, le aprieta con fuerza bajo la nariz con la otra.

Jon vuelve en sí con un aullido de dolor. Tiene el labio inferior partido, y un hilillo de sangre se le derrama sobre la barba.

—¿Qué haces?

—Recuperación por estimulación sensitiva.

—Duele mucho.

—Es la idea —dice Antonia, que ya se pone en pie y regresa junto al cuerpo caído en el suelo—. Ayúdame a darle la vuelta.

—¿Seguro que es buena idea?

Ruben Ustyan está moribundo.

Eso Antonia lo sabe.

También sabe, porque ha estudiado sus heridas con detenimiento, que girarle sobre la espalda le causará un inmenso dolor.

De hecho, cuenta con ello.

Jon no sabe eso, ni tiene por qué saberlo. Hay decisiones que tiene que tomar sola.

—Ayúdame —insiste.

Giran a Ruben.

El armenio grita, con la voz ronca. El benceno que han prendido sobre su cuerpo ha quemado más del cuarenta por ciento de su piel, destruyendo la epidermis y alcanzando la capa de grasa. Las terminaciones nerviosas han quedado arrasadas por el fuego en buena parte de la espalda, pero las zonas exteriores, allá donde la ropa de poliéster se ha fundido con la piel, aún conservan los receptores de dolor. Es el mismo principio que ha empleado antes Antonia con Jon, salvo que mucho más despiadado. Los nervios se activan al mismo tiempo, enviando decenas de millones de señales de alerta al cerebro, incrementando su frecuencia cardiaca, dilatando sus maltrechas vías aéreas y circunvalando los daños del traumatismo craneal. Por desgracia, también reduciendo su esperanza de vida: de siete minutos a unos pocos segundos.

Trata de incorporarse. Antonia le agarra de la mano, a pesar de que el tacto de la piel quemada(crujiente, caliente y áspera por fuera,

craquelada

como un charco seco, resbaladiza al tacto por dentro) le produce un inmenso asco.

—Tranquilo, señor Ustyan —dice.

—No he hecho nada. No he hecho nada. Dile a Orlov que no he hecho nada.

—Ya viene la ambulancia. No se preocupe —dice Jon.

Fuera pueden escuchar los gritos de los policías. El inspector Gutiérrez se pone en pie, alza las manos y avisa de su rango y su posición, porque no quiere llevarse un tiro.

—¿Ha sido él quien le ha hecho esto? ¿Orlov? ¿Él ha enviado a la mujer? ¿Sabe cómo se llama?

Ruben tose, jadea. Pelea por cada bocanada de aire. Su voz es lija. Mira a Antonia con los ojos muy abiertos.

—*Chernaya Volchitsa*.

14

Una réplica

La comisaria Romero no está nada contenta.

Es una mujer hierática, reservada, poco dada a mostrar sus sentimientos. Pero Jon es capaz de percibir su desaprobación porque le está gritando a dos centímetros de la cara. Con salpicón de saliva y todo.

—Le pedí que tuvieran cuidado. Que no removieran el avispero. ¿Y qué me encuentro?

Jon, que se ha sentado en el escritorio de Ustyan para que la comisaria pueda gritarle con más comodidad, se deja llevar. En parte porque en sus veinticuatro años en la Policía Nacional, Jon se ha llevado un montón de broncas. Y sabe que lo mejor es dejarles que escupan el veneno cuanto antes.

Literalmente, piensa Jon, descruzando los brazos el tiempo justo para secarse un perdigonazo de la mejilla.

Y, por la otra parte, porque se siente culpable.

En estos días ha estado documentándose sobre la comisaria. La primera de su promoción, la primera comisaria de Andalucía, un historial de redadas, detenciones e incautaciones impresionante. En el *Diario Sur* hablan de ella como la próxima jefa provincial. Después, inevitablemente, a Madrid.

Como todas las mujeres en esta profesión de mierda, la miran el doble o el triple. Así que tiene que esforzarse el cuádruple. Sin hijos. Sin pareja estable. Dura de cojones.

Debía de estar en su día libre, porque viene vestida de calle, con unos vaqueros y una blusa. También viene con el moño —igual de apretado, hasta el punto que Jon se pregunta si no será un casco—. Y desprendiendo una nube de mala leche que está consiguiendo echar a

patadas el olor a incendio.

—Dos muertos en el centro comercial —recita, enrollando cada número y arrojándolo a la cara de Jon—. Ocho muertas y otra en el hospital, anoche en el contenedor. Otros dos muertos aquí esta mañana.

Belgrano le susurra algo al oído.

—Tres muertos. Ustyan ha fallecido camino del hospital. Eso hace un total de trece.

—Catorce. No nos olvidemos de Yuri Voronin —interviene Antonia.

Jon se pasa la mano por el cuello. Lo tiene dolorido e irritado en el punto en el que la misteriosa mujer de antes le hizo una llave de estrangulación que le dejó grogui. No sabe cómo decirle a Antonia que ahora es el momento de mantener un perfil bajo. Quizá no sea lo mejor, puesto que la última vez que ella le pidió lo mismo le acabó partiendo la cara a un superior. El ruido que su mano abierta produjo al impactar con la cara del capitán Parra aún mantiene a Jon caliente por las noches.

—No me olvido de él —dice Romero, sin quitar los ojos de Jon.

—Pero se olvidó de contarnos que era su confidente, comisaria. Y no sólo eso. Un confidente que traficaba con mujeres.

No vayas por ahí, piensa Jon.

—Es usted la consultora —se vuelve hacia Antonia, como si reparara en ella por primera vez.

—Antonia Scott —dice. También está cruzada de brazos y sentada en el escritorio, sólo que a ella le cuelgan las piernas.

—Me ha hablado Belgrano de usted. Dice que es un hacha con las escenas del crimen. Y una oye cosas. ¿Fue usted la de Valencia?

Antonia no contesta.

Jon se fija en sus manos. Vuelven a temblar.

—¿Le importaría hacernos una demostración? —insiste Romero, señalando la puerta del despacho a su espalda, iluminada intermitentemente por los flashes de los compañeros de la científica—. Así nos enteraremos de lo que ha pasado aquí.

—No soy un mono amaestrado.

La severidad del rostro de Romero se acentúa.

—Scott, permítame que le recuerde lo que está en juego. Llevamos cuatro años armando el caso contra Orlov. Cuatro años, mientras tenemos que lidiar con ciento cincuenta kilómetros de costa y trece mafias organizadas. Cada día que tardamos en cogerles, muere gente. Así que, si puede contribuir en algo, hágalo. Si no...

Antonia sigue atrincherada en un silencio al que ha dotado de ametralladoras y alambre de espino.

Voy a tener que salvarle el culo.

—Si me permite, comisaria —interviene Jon—. Yo se lo explico. Hemos llegado a esta empresa siguiendo una pista que vinculaba el contenedor en el que estaban encerradas las mujeres con una empresa, cuyo testaferro era el señor Ustyan. Hemos venido para interrogarle por el paradero de la señora Moreno, pero lamentablemente alguien ha decidido limpiar el sitio antes de que llegáramos. Sabemos que guardaban alguna clase de documentación, ordenadores. Todo quemado.

—Y esos dos estaban muertos. Y una misteriosa joven con acento ruso les ha atacado en la oscuridad. Una joven a la que no han visto ni pueden describir —interrumpe Belgrano—. Todo eso lo sabemos.

—Lo que no sabemos es cómo ha matado ella sola a los hermanos Fomin —dice la comisaria, arrugando la frente—. Que tienen una lista de antecedentes más larga que mi brazo. Dos bigardos con experiencia militar. Sin usar un arma de fuego.

—Muy deprisa —dice Antonia.

—¿Cómo dice?

—Los ha matado muy deprisa.

Romero se vuelve hacia Belgrano.

—Mientras los de la científica no digan otra cosa, trabajaremos sobre la hipótesis de que los Fomin se mataron entre ellos.

—Por supuesto, comisaria.

Jon procura no reaccionar. Imitar el hieratismo de la comisaria, pero intuye que en su rostro se tiene que estar notando que el desprecio no le ha sentado demasiado bien.

Es lo que tiene el ser de Bilbao. El cráneo braquicéfalo, el RH negativo, los puñales en los ojos cuando insultan a tu compañera. Pero

se calla. Por que haya paz.

Por no liarla.

Aunque ya se va a liar sola.

—Un ama de casa no tiene que ser tan difícil de encontrar, inspector Gutiérrez —les despide Romero, dirigiéndose hacia el despacho para hablar con la científica—. Avísennos si usted o la *externa* se enteran de algo.

Romero convierte la segunda letra de externa en dos, una *k* y una *s*. Deliciosa, insultantemente separadas. Una obra maestra del corporativismo, condensada en una sílaba.

—Si se refiere a que no soy funcionaria, se equivoca, comisaria —ataja Antonia.

Romero se da la vuelta.

El aire se escarcha entre ambas.

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber qué clase de funcionaria?

—Esa información está por encima de sus atribuciones.

El color desaparece de las mejillas de la comisaria Romero. Sus aletas de la nariz se hinchan levemente, y eso es todo lo que deja ver. Es una mujer con un autocontrol casi sobrenatural.

¿Y Jon, mientras tanto?

Pues no da crédito.

¿Comparado con lo que acaba de hacer Antonia?

El bofetón que le dio Jon a Parra es un beso en el trasero.

—Encuentren a Lola Moreno, que es lo que les han encargado —dice con voz gélida—. Y váyanse cuanto antes.

15

Un consejo

Ya en el coche.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dice Jon, comprobando los daños en el espejo retrovisor. El labio está partido e hinchado, pero nada que no pueda curarse aplicando en la zona vidrio bien frío, en forma de botellín o de tercio—. Podrías haberle explicado la escena del crimen.

Antonia se abrocha el cinturón. Le cuesta hacerlo, con esas manos temblorosas, que su compañero finge una vez más no apreciar.

El inspector Gutiérrez pone rumbo a ningún sitio. Para llegar ahí tiene que esquivar los coches de policía y una ambulancia que no sirve para nada. Un municipal de uniforme le granjea el camino al final de la calle, que es donde han cortado el acceso a los peatones. Y por peatones se refieren a la prensa. Sólo hay una cámara de televisión local, que ya está recogiendo. Las noticias hoy hablarán de un derrumbamiento, una explosión de gas, un incendio con tres víctimas. No ha habido que lamentar daños materiales.

—No la he visto inclinada a creernos —responde Antonia.

—Yo te creo —dice Jon, acariciándose el cuello, aún dolorido—. Aunque no sé de dónde narices salió. Hice un barrido con la linterna antes de comprobar los cuerpos.

—¿Esquina izquierda, esquina derecha, otra esquina, detrás de la puerta?

—Es el procedimiento habitual.

—Ya lo sé. Y, al parecer, ella también. Estaba subida al archivador.

El archivador. Metálico, de cinco cajones. Metro y medio de alto. Jon rememora lo que hizo al entrar. Apuntar a cada una de las esquinas, pero al punto en el que se encuentran con el suelo. Que es lo que te enseñan en la Academia, porque no tienen previsto que te

enfrentes con Batman.

—¿Quién demonios era esa mujer?

—Una profesional. Muy peligrosa.

Si no me dices más.

—¿Y no deberíamos asegurarnos de que Romero la busque?

—Los de la científica le explicarán que la mujer mató a los Fomin. Pero esa escena del crimen es irrelevante. No tenemos que encontrar a tu atacante. Tenemos que encontrar a Lola Moreno. La comisaria ha sido muy clara.

—Tú tampoco te has quedado atrás.

Antonia reclina la cabeza en el cristal, con agotamiento.

—No soporto que haya intentado responsabilizarnos. Sobre todo cuando su informante es directamente culpable de la muerte de esas mujeres.

—A ver, cariño. Te voy a dar un consejo. Por muy enfadada que estés, no puedes, repito, no puedes decirle a un jefe «yo mando más que tú». Aunque sea verdad.

Ella se frota el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, con los ojos apretados.

—Estaba... no sé cómo expresarlo.

—¿Cómo expresar qué?

—Ese sentimiento. Cuando alguien te acosa para molestarte, pero de forma sibilina. Subrepticia, esperando una reacción negativa por tu parte. Tiene que haber alguna palabra en algún idioma para expresar eso.

Paran en un semáforo. Jon aprovecha para mirarla, intrigado.

—Intenta explicarte en *este* idioma, cari.

Antonia hace una de sus pausas valorativas de treinta segundos. Y luego otra, y otra más. El semáforo les permite el paso, pero no continúan la marcha. La calle está desierta en este lugar apartado. Jon se limita a parar el motor y observar cómo la luz va cambiando.

Verde.

Rojo.

Otra vez verde.

La vida es lo que pasa mientras esta mujer se decide a hablar, piensa

Jon.

—A veces... a veces busco palabras en otros idiomas. Palabras que no tienen traducción. Es una cosa que tenía... Que tengo con Marcos. Capturamos sentimientos. Cuando encontrábamos una especial, nos la regalábamos. Yo encontraba más que él, claro. Y él tenía que anotarlas, las apuntaba, las apunta todas en un papel.

Jon aguarda. Paciente. Sin comentar el baile de tiempos verbales. Tan significativo en alguien con la enfermiza precisión de Antonia Scott. Sin comentar, pero notándolo. Cada vez habla más de su marido en pretérito imperfecto. Muchas veces Jon se pregunta (a escondidas, con las luces apagadas) cuándo será el momento para hablar con ella de eso.

No es fácil.

En la lista de los tabúes conversacionales con Antonia, el coma de Marcos está en el centro de un templo perdido en las junglas de Perú, protegido por tarántulas, lanzas y una roca gigante.

—Ponme un ejemplo —la anima a seguir, cuando se hace evidente que se ha encallado en la introspección en detrimento de la narrativa.

—¿De palabras especiales? No sé cuál elegir.

—La primera que te venga a la cabeza.

Está claro que no le hace caso, porque se lo piensa. Quizá descartando algunas demasiado personales. Quizá buscando el espécimen perfecto.

—*Boketto* —dice por fin.

Y se calla.

—Claro. *Boketto*. Me pasa mucho.

—No, a ti no te pasa.

—¿Cómo podría saberlo?

Antonia parece darse cuenta de pronto de cómo funciona una conversación. Que hay que emplear términos comprensibles.

—Es japonés. Significa «ese sentimiento que te entra cuando te quedas mirando fijamente en la distancia y te pierdes dentro de ti mismo sin motivo aparente».

—Eso te pasa a ti, mucho —dice Jon, procurando no sonreír.

Antonia intenta no sonreír tampoco.

—Espera. Creo que esta otra te va a gustar. A ver si sabes en quién estoy pensando. *Backpfeifengesicht*. Es alemán.

—¿Y significa?

—Una cara que necesita urgentemente una bofetada.

Jon se queda parado, con la boca entreabierta, antes de mirar a Antonia a los ojos y pronunciar, al mismo tiempo que ella:

—Mentor.

Los dos se ríen.

—Creo que entiendo por qué te gusta este juego.

—No es sólo un juego. Es... más. No sé explicarlo.

Y ése es el problema, piensa Jon.

Alguien como Antonia, que vive encerrada en la prisión de su propio cerebro, percibe con mucha más claridad que los demás seres humanos una verdad inapelable. Que los límites de tu lenguaje son los límites de tu mundo. Aun sin expresarlo en estos términos, cualquier fanático de la lectura lo comprende de forma intuitiva, y por eso nunca puede leer lo suficiente.

Antonia lo ha llevado al extremo, aprendiendo una decena de idiomas, y buscando en aquéllos que no conoce las palabras imposibles de encontrar en los que sí.

Jon no es de leer libros ni de aprender idiomas. Es de ver series y levantar piedras. Así que todo lo anterior lo resume en un socrático:

Esta chica tiene que conocerse un poco.

—En esto tuyo que es más que un juego, ¿vale si tiene más de una palabra?

—Un idiomatismo.

—¿Un qué?

—Una frase. Valdría si sólo tiene sentido en ese idioma.

—Entonces tengo una palabra para lo que te estaba haciendo Romero.

—¿Cuál? —dice Antonia, inclinándose un poco hacia él y abriendo los ojos con anticipación.

—Me estás tocando el coño.

Antonia se queda parada ante la grosería. Violenta, casi.

—¿Qué pasa, no te gusta?

—No me gustan los tacos —dice ella, frunciendo los labios con disgusto—. Empobrecen.

Jon pone los ojos en blanco. Menudo prejuicio. Cuánto bien le haría a esta mujer pasar una temporada en Bilbo. Poteando por Pozas y García Rivero. Salmón con piperrada en El Mugi, felipadas en el Alameda. Tres *txikitos* escuchando a la fauna local, y se le quitaba la tontería.

—Cielo, los tacos son cultura. Son capaces de precisar emociones que muchas otras palabras no pueden. Piensa en la comisaria Romero, por ejemplo.

Mira a Antonia, hasta que ella comprende que de verdad está pidiéndole que piense en la comisaria.

—Imagina que la tienes delante. Y ahora dilo: «Me estás...».

Ella sacude la cabeza. Se ha puesto roja y todo.

—No pienso decirlo. Me da vergüenza.

Jon se inclina sobre su compañera. Alcanza el tirador de su lado. Abre la puerta del coche.

—Hazlo, o te bajas.

Ella le mira, dudando si el chantaje va en serio. Comprende que sí. Mira al cielo, color uranio empobrecido. De nuevo las nubes amenazan tormenta. Decide aceptarlo, por no arriesgarse.

—Está bien. Está bien.

Y luego:

—Me estás tocando el coño —dice, en voz baja.

Inaceptable, piensa Jon, meneando la cabeza.

—Más fuerte. Tiene que llenarte por completo. No sólo estás diciendo cómo te sientes. Estás meando en tu territorio, levantando el muro de Berlín. Estás diciendo «por aquí no pasas, guarra». Otra vez.

Antonia toma aire como para aceptar un Oscar.

Y, por fin:

—Me estás tocando el coño —proclama, con la boca llena. La eñe rebota, enérgica, en el parabrisas.

Jon aplaude. Sobrio, como es él. Pero encantado por dentro. Siente que ha conseguido algo. Aunque no sabe muy bien qué.

—Así se hace. ¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera capturado un sentimiento.

No hace falta que lo diga. Resplandece como si se hubiera tragado un fluorescente.

Pero sí hace falta que lo diga.

—Bien por ti —responde Jon, poniendo de nuevo el coche en marcha. Se acuerda, de pronto, que no sabe adónde ir—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

El rostro de Antonia vuelve a su habitual tono sombrío, a medida que el mundo real desvanece el momento *My Fair Lady*.

—El rastro del dinero era nuestra única opción. Y nos lo han quemado.

—Todo pasa por encontrar a Lola Moreno. Empiezo a pensar si no se la habrá tragado la tierra. O si habrán hecho que se la trague.

—He considerado esa opción. No, los rusos no seguirían montando guardia frente a la peluquería de la madre. Y empiezo a pensar que no sólo la están buscando como venganza por la traición de Yuri. Creo que en todo esto hay mucho más de lo que parece a simple vista.

Jon se rasca el cogote con ímpetu. Se pregunta si habrá una palabra intraducible para cuando te frotas para estimular el flujo de las ideas. No le dice nada a Antonia, no vaya a existir.

—No sé. A veces las cosas son lo que parecen.

—Sí —dice ella, muy despacio—. A veces.

Lo que viene a querer decir que en tu mundo no, bonita. Pero como vives en el mío, va a haber que darte de comer algo, piensa Jon, alertado por la alarma de su estómago. Que no es de las que tienen botón de posponer.

—Pausa del almuerzo. Y luego le das todas las vueltas que quieras.

—No tengo hambre —miente Antonia.

—Hay cosas que son inevitables.

—Tienes razón. Hay cosas que son inevitables —dice Antonia, tras un par de segundos.

Jon se vuelve hacia ella. Ha escuchado la expresión en su cara antes de verla.

—No. Esa cara no.

—¿Qué cara?

—La cara de «me has dado una idea con lo que has dicho, aunque no tengas ni la más remota idea de qué es, y ahora mis procesos mentales están funcionando a toda máquina y no voy a molestarme en explicártelo». Es imposible que sea más molesta.

Antonia añade a la expresión una media sonrisa, probando que Jon se equivoca. Sí, la cara podía ser aún más molesta.

Luego saca el teléfono, llama a la doctora Aguado y le recita una lista de cosas que necesita. Jon no puede entender lo que contesta la doctora, aunque por el tono apresurado no parece que la llamada haya llegado en el mejor momento.

—Una cosa más —añade Antonia antes de colgar—. Necesito que busque en las bases de datos un nombre en clave: *Chernaya Volchitsa*. Loba Negra. Interpol, Europol. FSB.

Una pausa. Más tono apresurado.

—Ya lo sé. Haga lo que tenga que hacer. Ya nos preocuparemos de las consecuencias.

Lo que le hicieron entonces

En la cabina de observación del proyecto Reina Roja, Mentor conversa con un octogenario pequeño, tembloroso, calvo y medio ciego, vestido con una chaqueta de cuadros escoceses. El viejo no tiene muy buen aspecto. Tiene, más bien, un pie en la tumba y otro en una piel de plátano.

Tampoco nos quedamos con su edad. Quizá sea el genio neuroquímico más grande de su generación. Su nombre sonaría entre los candidatos al Nobel si no estuviera un tanto desequilibrado.

—No está lista para comenzar, doctor Nuno.

Al otro lado del cristal, una joven Antonia Scott, ajena a que en el futuro perderá un marido y le arrebatarán a un hijo, pone todo su empeño en ordenar una serie de números en secuencias lógicas. Tiene unos electrodos colocados en el cráneo, está vestida sólo con una bata de hospital.

—¿Cuánto tiempo lleva con el entrenamiento?

—Más que ninguno de los otros candidatos. Pero no consigo sacarla de su zona de confort. Es muy frustrante.

—¿Cómo ha reaccionado al compuesto?

El doctor Nuno alarga una mano sembrada de venas varicosas que parecen una tormenta de rayos púrpura y recoge el papel que le pasa Mentor.

—Los datos están muy bien. Mejor que bien, de hecho. Ningún otro candidato ha dado marcadores tan elevados.

—Y sin embargo no veo resultados. Sigue yendo demasiado deprisa o demasiado lento. La pastilla roja consigue que se centre, pero sólo por un tiempo pequeño.

Nuno carraspea, respira hondo, y entonces Mentor intuye que viene un discurso. Siente una fuerte tentación de mandar a los de seguridad que le reduzcan, le lleven a un callejón oscuro y le hagan desaparecer

discretamente. Podría hacerlo. Y nadie protestaría.

—¿Sabe qué es lo que nos diferencia de los animales, Mentor?

—¿Las quinielas? —dice, porque cualquier respuesta que no sea la correcta no importa.

—La capacidad de razonamiento diagnóstico. Mirar los trozos de jarrón en el suelo y saber que eso era antes un jarrón, que estaba en la encimera, y que la pelota del niño junto a los pedazos tiene algo que ver con todo esto. Cambie trozos de jarrón por cadáver, si lo prefiere.

—Me quedo con el jarrón. Continúe.

—Los investigadores hemos intentado encontrar rastros del razonamiento diagnóstico en los animales. Comenzamos por los chimpancés y los bonobos. Seguimos por los delfines. Nada. Finalmente, alguien tuvo la brillante idea de probar con un cuervo. Le metieron un trozo de carne en un tubo de cristal, y observaron. El cuervo fue capaz de entender que tenía que usar una herramienta para acceder a la carne, y que para hacerlo tenía que evitar un tubo que estaba en medio, para que el trozo de carne no se cayera.

—¿Eso no es lo que hacen con los pulpos?

—No. Los pulpos son capaces de sacar comida de un tarro. Esto es algo mucho más complejo. Está el tubo, el agujero, la herramienta. Y los investigadores descubrieron que el cuervo era capaz de sacar el trozo de carne incluso cuando cambiaban el agujero de posición.

Fin del preámbulo, piensa Mentor para sus adentros.

—Los humanos no somos demasiado buenos en razonamiento diagnóstico. Como especie, me refiero. Hemos desarrollado una maquinaria cerebral complejísima, que busca atajos para funcionar. Así que lo que hacemos es contarnos relatos para simplificar el razonamiento diagnóstico. O para ahorrárnoslo. La Tierra es plana, a Paul McCartney lo cambiaron por un doble…

—El gobierno está montando una agencia de agentes secretos superinteligentes… —aporta Mentor.

—Incluso esa burda parodia que acaba usted de realizar es un ejemplo válido. Lo que hacemos aquí trasciende todo lo que no se ha hecho nunca en el campo de la neurociencia.

—No necesito que me recuerde cuál es nuestro verdadero propósito

—dice Mentor—. Lo que necesito es que me ayude a desbloquear a Scott.

—Si me escucha hasta el final…

—Espero que esto vaya a alguna parte —dice Mentor, apoyándose en el cristal.

Nuno vuelve a carraspear.

—Para demostrarle la importancia de las historias en el razonamiento diagnóstico, le contaré una.

Había un tendero judío en la Alemania nazi que llegó una mañana a su local y se encontró el escaparate cubierto de cruces gamadas e insultos racistas. Limpió la pintura con gran esfuerzo, y abrió la tienda. Al día siguiente volvió a suceder lo mismo. Así que, al tercer día el tendero se quedó toda la noche en vela, y cuando vio aparecer a los camisas pardas con los botes de pintura, se acercó a ellos y les dijo:

—Os doy diez marcos si pintáis ese escaparate.

Los camisas pardas aceptaron encantados el dinero, puesto que iban a hacer gratis el trabajo de todas formas.

Cuando se fueron, el tendero limpió el escaparate. A la noche siguiente, volvió a esperarles.

—Os doy nueve marcos si pintáis ese escaparate.

Y así continuó haciendo, noche tras noche, hasta que la última les ofreció un solo y triste marco por ensuciar el escaparate. Los camisas pardas se negaron. ¡No estaban dispuestos a hacer el trabajo por tan poco dinero!

Se fueron y nunca volvieron.

—¿Qué nos dice este relato sobre el razonamiento diagnóstico?

—Que el tendero podría haber cogido un tren con esos cincuenta y cuatro marcos y haber salido huyendo antes de que los nazis se cansaran de pintadas y le metieran en un campo de concentración —dice Mentor.

Nuno parpadea, sorprendido.

—Ése es, en efecto, un análisis del pobre razonamiento del tendero. Pero me refiero a que los humanos nos desviamos con mucha facilidad del diagnóstico correcto. Los camisas pardas no recordaban ya cuál era el auténtico motivo de sus afanes, porque habían sustituido la causa por un análisis consciente. Por aritmética.

—¿Y qué tiene esto que ver con Antonia Scott?

—¿Qué hace Cristiano Ronaldo cuando va a tirar a portería? ¿Piensa en echar la pierna hacia atrás, levantar un brazo para equilibrarse, apretar los abdominales para mantener recta la columna?

—Se limita a chutar el balón —dice Mentor, comprendiendo por fin adónde quiere ir a parar el doctor Nuno.

—Esta mujer es el ser humano más asombroso que ha existido nunca —dice el médico, golpeando en el papel que le ha dado Mentor con una uña larga, dura y amarillenta—. Si usted está fallando en guiarla hasta su pleno potencial, es porque está enseñándola a hacer diagnósticos con un pensamiento dirigido.

—Dígame qué he de hacer, entonces.

—Tiene que ayudarla a encontrar su relato —responde el doctor—. Si encuentra su relato, dejará de pensar en chutar, para limitarse a hacerlo.

Nuno parte el papel en varios trozos irregulares y los arroja al aire.

—Y entonces, *bum*.

16

Una lista

Lo que le pide Antonia Scott a la doctora Aguado es:

– Una lista de las personas a las que Lola Moreno sigue en Facebook e Instagram, junto con sus nombres y direcciones.
– Un archivo con los mensajes directos que se han cruzado en los últimos quince días, incluyendo aquéllos que hayan sido borrados por los usuarios (pero que la plataforma conserva para siempre).
– Acceso a los emails de Lola, con especial atención a cualquier actividad reciente.

Sólo hay dos opciones: La primera, a Lola la está ayudando alguien, en cuyo caso la información estará en sus redes sociales.

Aunque Antonia se va a volcar con todas sus fuerzas en intentar encontrar algo en esa información, será un trabajo sin recompensa. Pero sí que lo tendrá la última de las cosas que le pide.

Que nos lleva a la segunda opción.

O bien la protege alguna persona cercana en la que no hemos reparado, o bien está sobreviviendo en la calle como puede, piensa Antonia. *En ese caso…*

—Necesito que pinche cualquier llamada al 112 que se haga en Málaga provincia.

—Puedo enviar el archivo de audio en cuanto la persona que llame corte la llamada. Ahora están digitalizados. Pero serán demasiados.

Antonia no responde. El temblor en su mano derecha es cada vez más grande. La desliza entre su pierna y el asiento del coche, para evitar que Jon la vea.

—¿Scott?

La necesidad de una cápsula roja está de nuevo presente. Va y viene en oleadas, tanto más fuertes como intensos son los estímulos que debe afrontar, o más relacionados están con su entrenamiento. Los monos de su cabeza se vuelven aún más locos cuando llega a una escena del crimen, o cuando tiene que pensar en nuevas teorías sobre el caso.

Ahora mismo los pensamientos de Antonia van tan deprisa que su cuerpo está sufriendo un estrés máximo. Tiene las mejillas hundidas, profundas ojeras sobre los ojos. Esta mañana cuando se ha visto en el espejo no se reconocía apenas.

Necesita una cápsula roja. Pero se niega a tomarla.

—¿Puede filtrar por palabra clave? —dice Antonia, regresando a la conversación a duras penas.

—Sí, es posible. ¿Cuáles quiere que introduzca?

—Joven, embarazada, robo, farmacia, casa de empeños, hospital, supermercado, alimentación. Que llegue cualquiera que contenga dos de los resultados.

»Una cosa más —añade Antonia antes de colgar—. Necesito que busque en las bases de datos un nombre en clave: *Chernaya Volchitsa*. Loba Negra. Interpol, Europol. FSB.

Jon enarca una ceja al escuchar ese último. El Servicio Federal de Seguridad no es una entidad que se anime a compartir información con la Unión Europea.

—No es un buen momento para entrar en las bases de datos de Rusia sin autorización —dice Aguado—. Descubrirán que hemos sido nosotros. Y tendré que responder de ello.

—Ya lo sé. Haga lo que tenga que hacer. Ya nos preocuparemos de las consecuencias.

Lola

Había una vez una niña que lo tenía todo.

Se lo dijo a Yuri.

La mañana en la que murió, no. Esos momentos significativos y trascendentales justo antes de perder a un ser querido no pasan nunca en la realidad. En la ficción un padre puede transmitirle una verdad incontrovertible a su hijo, e instantes después sufrir un infarto. O que se lo lleve un tornado.

En la vida real, lo último que Lola le dijo a Yuri fue:

—¡Me voy de compras!

Yuri contestó algo ininteligible a través de la puerta del baño de invitados, que sólo usaba para lo que Lola no le dejaba hacer en el baño principal (Yuri comía mucho picante).

Y eso fue todo. Ni un triste beso, ni un *te quiero*.

En retrospectiva, el asesinato de Yuri era algo que se veía venir, y que se podía haber evitado. Es muy fácil predecir el pasado, tal y como saben todos los economistas, columnistas y sus cuñados, que sólo tienen que añadir un «estaba claro» al titular de ayer.

Pero es que Lola llevaba tiempo avisando a Yuri.

—Lo tenemos todo. ¿Qué más quieres?

Y Yuri no respondía.

¿Qué es lo que quiere alguien que lo tiene todo?

Más, como todo el mundo.

La sensatez de Lola no era constante, más bien se presentaba de forma vaga e intermitente. Como el propósito de aprender inglés, empezar dieta o apuntarte al gimnasio. El noventa y cinco por ciento de esos buenos deseos se materializan «mañana». Es cierto que Lola no le insistía mucho a Yuri.

La ingenua Lola, que creía estar enamorada de él. O que lo estaba de verdad. En lo tocante al amor, ¿acaso no es lo mismo creerse enamorada que estarlo de verdad?

Lola creía estar enamorada. Y creía que tenían que cambiar de vida. Quizá por eso tiró la píldora a la basura y agujereaba con un alfiler muy fino cada condón que entraba en casa. Porque inconscientemente quería quedarse embarazada.

Y se quedó.

Creyendo que eso haría a Yuri mover el culo.

Y movió el culo, claro. Salvo que el muy papafrita, el muy gilipollas, lo hizo sin contar con ella. Pensando por su cuenta, como si eso fuera una buena idea.

Y ahora aquí está Lola, metida en semejante percal.

Esa voracidad, ese querer más y más, es lo que ha hecho que Lola acabe perseguida y amenazada. Pero también puede ser la clave de su salvación. No es cuestión de buscar la ironía a la vida, sería demasiado fácil. Irónicamente.

Cae la tarde, pasan de las siete, y el sol ya se ha metido en la cuna del mar a roncar. Lola baja por la calle Enrique del Castillo y sale a la avenida Ramón y Cajal. Tuerce a la izquierda. Tres tiendas de telefonía más adelante está el local de Edik Gusev.

Por fuera le ha puesto un letrero de Instant Cash, pero por dentro todos los que son alguien saben lo que hay.

Gusev es un perista y un hijo de puta. En ambas profesiones ha alcanzado la excelencia.

También es conocido de Yuri. Amigo sería decir mucho, Yuri siempre le trató con amabilidad pero con distancia. Si hasta Yuri —que recogía por la calle a cuanto excremento social encontraba siempre que hablara en la lengua de Tolstói— era capaz de ver que Gusev era veneno, muy mal tenía que estar el percal.

La puerta de la tienda se abre con un *din don* mecánico, que no parece alertar a nadie. Lola pasea su mirada por los tostadores ¡*seminuevos*!, las cafeteras ¡*de ocasión*! e incluso un optimista

¡*oportunidad*! al lado de una grabadora de CD.

Entonces aparece Gusev.

Tarda en reconocerla. Lola lleva días sin maquillarse, su pelo está fosco y sucio. Tiene unas ojeras del tamaño y forma de hamacas caribeñas.

—Un gusto verla, señora Voronin —dice, tras unos segundos de incertidumbre—. Está más guapa que nunca.

Gusev es un hombre pequeño, gordo, con una cara cuyo anterior trabajo parece haber sido de diana en una galería de tiro, de tantas pústulas como tiene.

—Hola, Gusev.

Los dos se quedan mirándose con cierto reparo. Lola sabe que le ha puesto en un compromiso al acudir a la tienda sin previo aviso.

—La echamos de menos en el funeral de su marido.

—Me fue imposible acudir.

—Estuvo muy concurrido. No faltó nadie.

Lola no necesita escuchar más. La obligación de Gusev es avisar a Orlov de que la ha visto. Quizá hasta cobrar una recompensa, si es que La Fiera ha puesto precio a su estúpida cabeza. Pero Gusev no es idiota. Sabe que Lola lo sabe. Y sabe por lo tanto que no se hubiera arriesgado si no fuera importante.

—¿Qué le trae por aquí tan de… imprevisto?

Gusev tiene un dominio del castellano mejor que muchos españoles, aunque se equivoca a veces. Y habla con voz baja, que gotea desagradables posibilidades.

—Necesito vender una pieza con urgencia.

No hace falta decir para qué.

—Veámosla, entonces.

—Aquí no —dice Lola, mirando de reojo a la calle.

Gusev asiente, va a la puerta y cierra con llave. Le da la vuelta al cartel de ABIERTO.

—Sígame.

La trastienda es un lugar apretujado, lleno de cajas y de monitores de seguridad. Mediría cuatro metros cuadrados si no estuviera atestada de cacharros. Hay trozos de muñeca, piezas de relojes, minas

de bolígrafo. Videojuegos que ya nadie quiere.

Lola no se deja engañar. El almacén de Gusev está en otro sitio, lejos de miradas indiscretas. Sus auténticos negocios los hace por la noche, y consisten en comprar y vender todo. Todo.

—Una vez vendió el hígado de un niño —le había contado Yuri, mientras merendaban en un bar.

—Te lo estás inventando.

Yuri se encogió de hombros y se comió otro torrezno.

Lola no se lo había creído. Ahora se lo cree. Estar a tan poca distancia de Gusev en ese lugar cerrado hace que crea cosas muy oscuras.

—Veamos eso que tiene para mí —dice Gusev, ansioso.

Lola se agacha, como si fuera a atarse la zapatilla. Lo que hace es desatarse la pulsera. Se la ha enganchado al tobillo porque es todo lo que le queda.

La pulsera se la había regalado Yuri, cuando ella se quejó de que la que tenía, de oro rosa, no le combinaba con casi nada.

Yuri sonrió con suficiencia y le compró la pulsera. Una pulsera que no necesitaba, un derroche absurdo, un capricho de niña consentida.

Ahora es su salvavidas.

También es lo único que le queda de Yuri.

No quería desprenderse de ella bajo ningún concepto. Primero, porque nadie querría comprársela sin una prueba de identidad. Y segundo, porque está muy unida a ella. Aunque estar aquí sea una locura, necesita el dinero. Y Zenya se ha negado a aceptarla como pago. No queda otro remedio.

Se la tiende a Gusev.

El perista la sostiene a la luz, con ojo experto. El otro, entrecerrado y bizco, está clavado en Lola, que va recitando las bondades de la mercancía.

—Es de De Beers. Oro blanco de dieciocho quilates. Tiene treinta diamantes engarzados. Debe costar unos...

—Veinticinco mil euros, señora Voronin. Es un regalo de su marido, entiendo. Es una cosa demasiado bonita para comprársela uno mismo.

Le da otra vuelta en los dedos.

—Quizá algo más, está muy bien conservada. Y los diamantes han subido mucho de precio este año.

Lola no puede contener un suspiro de alivio al ver que Gusev no intenta rebajar el valor de la joya.

—Necesito cinco mil euros. Eso es todo. Si me da eso, se la puede quedar. Conseguirá un gran beneficio.

Gusev sonríe, y se pasa la mano por la camisa, que un día fue blanca, condecorada en la pechera por una mancha de huevo.

—Me temo que no puedo darle ese dinero, señora Voronin.

A Lola se le borra la sonrisa del rostro.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto puede darme?

—*Nichego*. Nada —responde Gusev, agitando los dedos en el aire.

—Está bien —dice Lola, tendiendo la mano para que se la devuelva —. Ya buscaré otro sitio.

Gusev expande aún más su sonrisa. Tiene los dientes blancos. Bien cuidados. El efecto es extraño, en un hombre tan desastroso que se revuelca en la vileza.

—No lo ha comprendido —se da la vuelta y hurga en un cajón—. Me voy a quedar con la pulsera, y no voy a darle nada.

Del cajón ha sacado una pistola. La apunta a la cabeza de Lola, que se echa hacia atrás con terror. La espalda le golpea en la estantería repleta de cajas.

—No puede hacerme esto. Es... una descortesía. Nos conocemos. Yuri le ha ayudado cuando lo ha necesitado.

—Se equivoca de nuevo. Voy a hacerlo porque puedo. Y no mencione al *idiot* de su marido. Es un traidor a la *Bratvá*. Puedo hacer con usted lo que quiera. De hecho...

Los brazos de palillo de Gusev obligan a Lola a girarse. Una mano aprieta la pistola contra su nuca, la otra le hurga en el cierre de los pantalones.

Lola contiene un quejido. No quiere llorar. No quiere suplicar. No puede evitarlo.

Los dedos encuentran la manera de desabrochar los pantalones, se enredan en la goma de las bragas. Las uñas le arañan cuando se las baja. Lola siente un escozor infeccioso en la piel, que le hace soltar un respingo.

Gusev pelea con sus propios pantalones. Están ambos de pie y Lola le saca una cabeza, así que la penetración es imposible. Tanto más porque el pene lo tiene blando y fofo.

—Si hubiera sabido que venías me hubiera tomado algo para recibirte como te mereces —dice Gusev, mientras le restriega el miembro flácido contra los muslos—. Tú y tu marido siempre os creísteis mucho más que los demás, ¿verdad? Pues ahora no sois nada.

Agarra a Lola del pelo y la arrastra hasta la puerta.

—Corre, zorra. Huye. Quizá no llame a Orlov, después de todo. Como tú dices... sería una descortesía.

Grabación 06

Hace diez meses

SUBINSPECTOR BELGRANO: Hemos tenido demasiada paciencia contigo. Y ya se nos ha acabado.

YURI VORONIN: Espere un momento.

COMISARIA ROMERO: Es demasiado tarde, Voronin. Hemos venido a avisarle de que mañana presentaremos las pruebas a la fiscalía. El caso contra usted está preparado y tenemos pruebas suficientes.

LOLA MORENO: Les dije que yo podría ayudar.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Señora, dijo que nos traería algo consistente. Y no hemos recibido más que basura.

COMISARIA ROMERO: Déjela hablar, Belgrano.

LOLA MORENO: No podemos ayudarles con lo que quieren. Pero podemos darles algo mientras tanto. *(Ruido de papeles.) (Pausa de cuarenta y un segundos.)*

COMISARIA ROMERO: Aquí está todo menos la fecha y el nombre del barco.

LOLA MORENO: Se lo diré. Necesito que nos dejen al margen de esto.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Si cree que va a librarse con un soplo de mierda, lo lleva claro, señora.

YURI VORONIN: Son cuatrocientos kilos.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Es hachís. A nadie se la pone dura el hachís.

COMISARIA ROMERO: Belgrano, si es tan amable. Ese vocabulario.

LOLA MORENO: Con el debido respeto, comisaria. Son cuatrocientos kilos. Es un alijo enorme. Y los marroquíes que lo traen son mala gente.

COMISARIA ROMERO: Señora Moreno. Este barco es un punto de partida. Voy a aceptarlo, como prueba de buena voluntad. Haremos la redada. Pero es poca cosa.

YURI VORONIN: Son cuatrocientos kilos.

COMISARIA ROMERO: No para de repetir eso, como si significara algo. Las cantidades no son importantes. Lo que importan son los sustantivos.

LOLA MORENO: Importantes, ¿para qué?

COMISARIA ROMERO: Si mañana cogemos seis toneladas de rubio marroquí, como mucho nos darán seis segundos en el telediario nacional.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Y la mitad de los que lo vean se encogerá de hombros, y dirá «si es que tienen que legalizarla». Como si esa mierda fuera a hacer algún bien.

LOLA MORENO: ¿Y entonces?

COMISARIA ROMERO: Deme heroína. Deme cocaína.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Y nada de moros. Los moros son un chiste.

YURI VORONIN: Puedo asegurarle que...

COMISARIA ROMERO: Conocemos muy bien la brutalidad y la represión de los delincuentes marroquíes, Voronin. Pero no compran titulares.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Rusos. Eso es sexy.

COMISARIA ROMERO: O nos entrega a Orlov directamente, o tendrá que dárnoslo a trocitos.

LOLA MORENO: Lo que quiere es que trabajemos para usted.

COMISARIA ROMERO: Lo que quiero es limpiar esta playa de basura. Pero la cuestión, señora Moreno, no es lo que yo quiero. Sino lo que puedo hacerles si no me lo dan.

Lola

Había una vez una niña que escapó a duras penas de un ogro sucio y maloliente.

Lola sale a la calle, con la ropa deshecha y las lágrimas empapándole el cuello de la sudadera. Las luces de las farolas le parecen imaginarias, el aire libre tenue, volátil, como si la atmósfera estuviera a punto de desaparecer. Trastabilla calle arriba mientras se abrocha el pantalón —las bragas le han quedado enrolladas a media nalga, pero no es capaz de notarlo—. Sus pies apenas rozan las baldosas, ingrávidos. Una señora le habla con preocupación, pero las ondas de sonido se pierden antes de alcanzar sus oídos.

Nada de todo esto es real.

Nada de esto está pasando.

Lola siente que sólo un hilo le ata al suelo, delgado y quebradizo como algodón de azúcar. Con una buena ráfaga de aire se desengancharía del todo. Se elevaría y se alejaría de un soplo, como los vilanos de los dientes de león.

Nada de todo esto es real.

No me han quitado mi única oportunidad de salir de todo esto. No puede ser.

Lola, que siempre sabe qué hacer. Lola, que guarda en su interior una frialdad árida, amarga como suelo de cementerio. Lola, que desde que era una niña hace planes para cuando se le acaban los planes, se ha quedado, por primera vez, en blanco.

Quizá por eso no se reconoce en lo que hace, se disocia de su cuerpo mientras éste se bambolea hasta el restaurante de la esquina, que a estas horas de febrero sólo sirve a un par de jubilados despistados. Se acerca a la primera mesa con el servicio puesto, y coge un cuchillo.

—Oiga. Oiga, señora.

Lola no escucha al camarero más de lo que oyó a la señora que la

abordó en la calle.

—¡Señora!

El camarero no sale tras ella en un primer momento porque lleva una comanda en la mano (ensalada, calamares a la romana congelados). Para cuando echa a andar detrás de la intrusa, Lola está abriendo la puerta del Instant Cash. El camarero se frena al verla entrar, hace un silogismo apresurado —tiene, por supuesto, la licenciatura en Filosofía— y decide que lo mejor es llamar a la policía.

Todo se reduce a una simple elección, empeñarse en vivir o empeñarse en morir, piensa Lola mientras se abalanza hacia la trastienda, sobre un Gusev desprevenido.

Lo pilla ocupado, manoseándose la entrepierna mientras mira algo en su monitor. Lola no puede ver qué es, porque está ocupada a su vez en apuñalarle en el brazo y en la espalda. El cuchillo es uno de esos que los camareros te ponen para que te pelees con el filete hasta que le pides uno que realmente corte, así que el primer ataque no consigue más que escarbar la piel de Gusev y desgarrarle la camisa blanca con mancha de huevo.

El segundo le alcanza en el omoplato, que dobla la punta y desvía la trayectoria de la hoja, que se introduce entre el hueso y el músculo, se desliza entre éstos a lo largo de seis centímetros, desgarrando la carne y extrayendo un grito de dolor de la garganta de Gusev cuando Lola arranca el cuchillo, y la punta doblada destroza un buen número de fibras musculares en su camino.

El tercero da en el respaldo de la silla.

El cuarto se lo lleva ella, en su propio brazo, cuando Gusev se deja caer sobre ella. Mientras ruedan por el suelo, Lola se da cuenta de que el perista se ha meado encima, y la crudeza, la brutalidad de lo que está sucediendo se le hace por primera vez evidente.

Aún le queda dentro rabia para un último golpe, que se hunde en la tripa gruesa y dura de Gusev, fallando el ombligo por unos pocos

centímetros. Ahí se queda, clavado hasta la empuñadura, mientras Gusev lo observa con incomprensión. Lola reconoce esa misma mirada de irrealidad, porque es la que colgaba de sus ojos hace menos de dos minutos.

Sorpresas te da la vida.

—He llamado a Orlov, *súka*. Puta zorra. Estás muerta, eres zorra muerta.

Lola se pone en pie, agarrándose el brazo herido. Se remanga la sudadera, y ve que no es más que un rasguño que apenas ha perforado la piel. Duele, pero no demasiado. No puede preocuparse ahora de eso.

Gusev, por el contrario, no tiene otra preocupación que el cuchillo que emerge de su tripa esférica como la bandera de Neil Armstrong de la superficie lunar. Se la agarra con las dos manos e intenta sacarla un poco, pero el dolor que le produce la hoja de sierra, de forma triangular, es insoportable. Aúlla de nuevo, mientras un par de arroyos de sangre brotan de los bordes de la herida y se dirigen dirección sur, tiñendo la camisa blanca de Gusev a su paso.

—Yo no haría eso. ¿No has visto nunca la tele? Te puedes desangrar si sacas el cuchillo —dice Lola.

Su pulsera está sobre la mesa. La pistola la encuentra en el cajón, tras pasar la pierna sobre el cuerpo sollozante del perista y rebuscar un poco. Una se la mete en el bolsillo del pantalón. La otra la apunta a la cara de Gusev.

—La caja fuerte.

Un perista tiene que tener mucho dinero en efectivo. Es su herramienta de trabajo. Pero Gusev no parece dispuesto a colaborar a la primera.

—No tienes quitado el seguro, zorra.

Lola le da la vuelta al arma, la estudia durante unos segundos, y finalmente decide que la palanquita colocada sobre las cachas debe de ser lo que está buscando. La empuja con cuidado, escucha un satisfactorio *clic* y la apunta a la cara de Gusev, que emite un aún más satisfactorio *argh*.

—Gracias. La caja fuerte.

—No pienso darte nada.

Lola levanta la pierna derecha lo justo para rozar un poco el mango del cuchillo con el borde de la zapatilla, provocando un nuevo alarido.

—Puedo hacer esto todo el día.

En realidad no puede, porque vuelve a notar cómo se está mareando de nuevo, y la boca tan seca que le cuesta mover la lengua. Tiene que pincharse, cuanto antes. El muy cerdo ha llamado a Orlov. Quizá el camarero haya llamado a la policía. Debe irse.

Pero no tiene la insulina, no tiene dinero para comprarla, no tiene el dinero para Zenya y ese hijo de puta le ha pasado el nabo por la pierna. Así que no va a marcharse de ahí sin quitarle lo que pueda. Aunque lo más lejos que vaya sea hasta el interior de un coche patrulla.

O de un coche fúnebre, piensa Lola, levantando de nuevo la pierna.

—Está bien. Está bien. Ahí detrás —dice Gusev, señalando un punto de la estantería.

Lola aparta de un manotazo un montón de películas antiguas, y descubre la caja fuerte. Hay un teclado numérico. Obtener la combinación le cuesta solo tres patadas a Gusev en las costillas. Le sale mucho más caro en segundos, pues se le va otro valioso minuto.

La caja se abre con un chirrido. Un olor golpea la cara de Lola, amargo y terroso. Una bolsa de cocaína del tamaño de una pelota de tenis, abierta sobre un montón de documentos en el estante superior, tiene la culpa.

En el inferior hay varios fajos de billetes de cincuenta euros atados con gomas. Unos papeles cuadriculados entre la goma y los billetes, con una anotación escrita a mano, indican cuánto hay en cada fajo. Lola se mete varios de ellos en los bolsillos de los pantalones cargo, disfrutando de los gemidos que Gusev emite durante la operación. Parece que el saqueo le está doliendo más que la cuchillada en el estómago.

—Estás muerta, eres zorra muerta —repite, algo más débil. Los párpados se le están cerrando, y los dedos en torno al cuchillo no aprietan ya con la fuerza de antes.

Se está desangrando.

Una gran pérdida, piensa Lola, dirigiéndose hacia la puerta.

Da un paso en dirección a la zona pública de la tienda, llega a poner el pie derecho fuera de la trastienda.

En ese momento es cuando el policía aparece en la puerta. Alto, con barba, cansado. Pone una mano en el tirador. Su cara pasa inmediatamente del hastío a la alarma, cuando ve a través del cristal a Lola con la pistola en la mano.

En ese momento, también, Gusev, que sigue tendido en el suelo, decide alargar la mano y atrapar el pie izquierdo de Lola por el talón. No tiene apenas fuerza en las manos ya, es un agarre débil. Los dedos resbalan sobre el cuero de las zapatillas de Lola, dejando tres surcos rojos en la piel blanca. Pero el pie había comenzado a levantarse, así que Lola trastabilla un poco, su diafragma se encoge por el reflejo del miedo, y eso hace que el dedo índice de su mano derecha se contraiga a su vez.

Blam.

La bala abandona el cañón en dirección al policía. Falla por milímetros su cabeza, la puerta de cristal se desintegra. El policía se aparta de la puerta, con un grito muy poco masculino, pero comprensible dadas las circunstancias.

Todo lo anterior ha sucedido en menos de tres segundos.

Lola se apoya en la pared para no caerse, apunta el arma hacia Gusev —que parece haberse desmayado—, vuelve a mirar el arma sin comprender. En sus ojos desmesuradamente abiertos se reflejan las luces azules del coche de policía. Fuera, se escuchan gritos.

JOOODER.

17

Una avenida

—Pues parece que al final ha aparecido —dice Jon, bajando del coche.

—Tú mismo lo dijiste —dice Antonia, uniéndose a él camino del cordón policial—. Hay cosas que son inevitables.

Jon y Antonia se presentan en mitad del jaleo con media hora de retraso. A ellos, claro, no les ha llamado la comisaria Romero para compartir los progresos en la localización de Lola Moreno. Quizá porque estaba ocupada rodeándola con dos coches patrulla y un furgón, que han cortado la avenida Ramón y Cajal y colocado a seis hombres armados, apuntando con sus pistolas a un escaparate de tres metros de ancho.

Antonia estaba volcada en los datos que le había mandado Aguado a su iPad cuando entró el archivo con la llamada al 112. Su intuición se ha probado cierta. Con suerte. La misma suerte que libró la cabeza del policía de la bala del escaparate. Que suerte no es más que muerte con una letra cambiada.

A ellos no les ha llamado nadie, y eso está provocando en Jon un mosqueo de campeonato. Se le nota en el paso fuerte, de romper asfalto, y en el rostro enrojecido. Pero una situación con rehenes no es momento para andar dando gritos. Menos aún cuando hay una docena de jubilados grabando el asunto en sus teléfonos móviles desde las terrazas de los edificios cercanos. Y eso que los altavoces del furgón ruegan a los curiosos que se aparten de las ventanas y vuelvan al interior de sus casas, crujido de estática, esto es un mensaje urgente del Cuerpo Nacional de Policía, crujido de estática, hay un sospechoso

armado e igual se llevan un tiro, crujido de estática.

La gente es gilipollas, piensa Jon, con gran acierto.

La cara de Belgrano y de la comisaria cuando aparecen Antonia y Jon es acogedora. Como un gulag.

—¿Quién les ha avisado? —pregunta el subinspector.

—Lo hemos leído en Twitter —dice Jon.

—Su participación ya no va a ser necesaria —dice la comisaria Romero—. Ya hemos localizado a la sospechosa.

—Lola Moreno, el ama de casa. ¿Se ha apuntado a Al Qaeda? —dice Jon, señalando a las pistolas desenfundadas, a los policías parapetados detrás de los coches.

—Tiene un arma de fuego y ha disparado a un agente que respondió a una llamada al 112. Se ha parapetado dentro de la tienda y amenaza con matar al dueño, un tal —Belgrano consulta su documentación— Edik Gusev, ciudadano ruso con permiso de residencia permanente en España.

—Les agradecemos su colaboración, pero a partir de aquí nos encargamos nosotros —dice la comisaria Romero. Gélida. Se está poniendo el chaleco antibalas encima del uniforme.

—Nos gustaría quedarnos como observadores hasta su arresto, comisaria —dice Antonia, con voz de corderito—. Si a usted le parece bien.

Romero observa a Antonia con extrañeza. Esperaba una lucha de poder, no una petición humilde. Tiene demasiadas cosas en las que pensar y demasiada gente mirando como para negarse.

—Procuren no interferir.

Jon se lleva a Antonia unos pasos más lejos.

—Veo que has recibido muy bien mis lecciones de civismo.

—No era momento para decirle ahora que me está tocando nada. Tenemos que quedarnos para ayudar en lo que podamos. Hay mucho machote armado por aquí —dice Antonia, mirando a su alrededor con inquietud.

Los policías están nerviosos, con las armas cargadas y la disposición

de usarlas. Y son muchos. Quién suelte el primer tiro es lo de menos. La responsabilidad se diluye en el grupo. Y esa mujer de ahí dentro ha intentado matar a un compañero. Uno al que han llevado al hospital con un ataque de ansiedad. Eso que es tan común que suceda en una situación como ésta, y que nunca sale en las películas. Una ansiedad que no se va con el agente en la ambulancia, sino que se queda y se multiplica en los seis que quedan a sus espaldas. Enroscándose en sus espinas dorsales, extendiendo sus zarcillos ponzoñosos hacia los pulmones que respiran con más dificultad, rozando el corazón y acelerándolo, en su camino hacia el dedo índice curvado sobre el gatillo.

—Hay que sacarla de ahí como sea —dice Jon.

—Ha disparado ya —dice Antonia—. A un policía. Si no se rinde del todo, y pronto, sólo saldrá de una forma.

Lola

Había una vez una niña que estaba atrapada por culpa de la maldad de otras personas.

Lola está sentada con la espalda contra la estantería de la trastienda. Gusev se ha desmayado, respira muy despacio. Huele a meados y a sangre. Huele a derrota.

—Salga con las manos en alto —berrea un altavoz.

—Déjenme en paz. ¡Váyanse!

El dolor de cabeza sigue aumentando. Se ha instalado detrás de su ojo izquierdo, extendiéndose hasta las sienes. Es como tener unos alicates retorciéndose en su interior.

Y la sed.

Su saliva es espesa como pegamento. Su garganta parece cuero viejo, secado al sol. El deseo de beber se vuelve acuciante, desesperado.

En el despacho de Gusev sólo hay una botella de agua pequeña a la que le queda un culín. Por más que le asquee beberse las babas del perista, Lola cede al impulso primario y coloca la botella en horizontal, dejando que las preciosas gotas caigan sobre su lengua. Es un alivio breve e ineficaz. Y repugnante.

Lola se lleva la botella al ojo, mira a través del agujero hacia el fondo, como si pudiera llenarla mágicamente. Lo único que obtiene es una imagen por sextuplicado de Gusev agonizante, o muerto.

Lola le arroja la botella con desgana. Aterriza en el pecho del perista, desciende hasta los rollos de carne de la papada, y se queda ahí por un breve instante hasta resbalar al suelo por el otro lado.

Voy a morir aquí.

Voy a morir sola y encerrada con un cerdo repugnante.

Los síntomas de la hiperglucemia se han incrementado, a medida que la glucosa se va acumulando en su sangre. Se encuentra débil,

desorientada. La visión borrosa. El vientre hinchado, no solo por el embarazo.

Y la sed.

Tiene todo el dinero que necesita dentro de la sudadera, pero ninguna manera de gastarlo. Piensa en las tiendas de su alrededor, repletas de agua y refrescos. Piensa en las tuberías que corren por las paredes, inalcanzables.

Voy a morir aquí.

Quizá sea mejor rendirme, aceptarlo.

Sigue teniendo la pistola en la mano —la causante de todo este lío —. Por un momento se le pasa por la cabeza utilizarla sobre sí misma, pero después se ríe. Una carcajada áspera como suegra de adúltero, como lima de presidiario. Hay un humor salvaje en esa risa que rebota por las estanterías abarrotadas de licuadoras, calzoncillos usados, deshumidificadores estropeados. Todos esos desechos de la sociedad de consumo que quisieron ser algo, fracasaron y se resisten a morir.

No voy a acabar como una yogurtera.

Seguir viva. Eso que cada día daba por sentado. Nunca fue tan difícil.

Ojalá supiera cómo.

Entonces suena el teléfono.

El cencerreo metálico, maleducado, irrumpe, intruso en la angustia contenida entre aquellas cuatro paredes con olor a polvo, coca, sangre y orina.

Lola contempla el aparato con aversión y pasmo, como quien encuentra un escorpión en un huevo Kinder. Lo deja repicar, hasta que la llamada se extingue, abrupta.

Vuelve a sonar.

Extiende la mano. Descuelga con miedo, se lleva el auricular a la oreja como si de ella fuera a brotar un policía armado, o uno de los *bojevik* de Orlov.

—Escucha —dice una voz de mujer—. *Russki?* ¿Ruso?

—*Nemnogo*. Un poco.

—Hacer yo digo. Coge *pistolet. Ponimayesh?*

Ponimayu. Lola entiende. Pero no comprende nada.

—¿Quién eres?

—No tiempo. ¿Tú viva? ¿Tú quiere viva?

Lola respira hondo.

Oh, sí. Yo quiere mucho viva, piensa.

—Hacer yo digo.

18

Una salida

Romero da instrucciones a sus hombres. Los coches están cruzados en mitad del asfalto de la avenida. Es ancha, y en el tramo de calle frente a la tienda de Gusev hay media docena de árboles. Son los únicos ocupantes de una acera desierta. El restaurante de la esquina está vacío y a oscuras, los locales de telefonía, cerrados hace rato. Sólo el escaparate de Instant Cash permanece encendido.

—¿Dónde está el negociador?

—Han encontrado una en Cádiz. Ha negociado un caso de violencia de género —informa Belgrano—. Estará aquí dentro de tres horas, nos dicen desde la Jefatura Provincial.

—Tres horas —repite Romero, con hastío—. Tres horas para conseguir una profesional, que llegará hecha una mierda. Y así todo.

Jon se ha puesto el chaleco antibalas, y ha logrado que Antonia se lo ponga también, tras mucho insistir. Junto a Belgrano y la comisaria, son los únicos que lo llevan. Otro rasgo de la alarmante falta de presupuesto. Jon leyó cómo hace unos meses los compañeros entraron en una nave donde los colombianos procesaban la droga y tuvieron un enfrentamiento armado. La paradoja es que los narcos llevaban chalecos y fusiles de asalto AR-15, mientras que los policías iban a pelo y con sus pistolas reglamentarias.

Nadie murió, porque los narcos se acojonaron. En un país donde las cárceles son hoteles de tres estrellas, te piensas dos veces disparar a la policía. Las armas son por si la competencia.

Nadie murió esa vez.

Pero el problema persiste.

—¿Qué hacemos? —pregunta Belgrano.

—No vamos a esperar tres horas. Haremos salir a la sospechosa.

—No va a hacer falta —dice Antonia—. Está saliendo.

—Hay movimiento, comisaria —dice uno de los policías parapetados tras el coche patrulla.

Una sombra aparece en la puerta.

—No disparen. Repito, no disparen —dice la comisaria—. No quiero ningún escándalo, ¿estamos?

—¡Salga con las manos en alto! —dice Belgrano, a través del megáfono. El aparato distorsiona su acento granadino, hasta volverlo menos amenazador de lo esperable. Pero hay poco de divertido en los cañones de las pistolas que apuntan al recuadro iluminado.

—¡Voy a salir! —contesta una voz. Hermosa, algo ronca. Teñida por el miedo, pero no exenta de belleza—. Por favor, no disparen.

Lola Moreno está hecha un auténtico desastre. El pelo apelmazado y sucio, las ojeras marcadas, los labios cortados y secos. La piel deshidratada reluce bajo los faros encendidos de los coches, que recortan su sombra contra la pared de la tienda.

Y sigue siendo guapa, piensa Jon.

Él es el único de los presentes que no ha tocado su arma. Incluso la comisaria ha sacado su pistola. Y el subinspector Belgrano sostiene el altavoz con la izquierda, mientras que la derecha está apoyada en la funda que lleva en la cintura.

—No es una amenaza —avisa Antonia—. Que nadie dispare.

Lola lleva el arma en la mano, pero la sostiene por el cañón, entre el índice y el pulgar. Tiene los brazos en alto, la espalda encorvada. Camina muy despacio, alejándose de la puerta de la tienda.

—Señora Moreno —berrea el megáfono—. Tiene que tirar el arma.

—¡Lo de antes ha sido un accidente!

—Tiene que tirar el arma ahora, señora. Es nuestro último aviso.

Lola mira hacia ellos con los ojos abiertos por el miedo. Pero hay algo más en ellos. Los mueve de un lado a otro. Esperando.

—Pasa algo —dice Antonia.

Hasta ahora estaba de pie. Se agacha, muy despacio. Tampoco es que ofreciera mucho blanco. Una mano diminuta engancha el borde del chaleco antibalas de Jon, y tira de él hacia abajo también.

—Señora, no se lo voy a repetir. Tire el arma —dice Belgrano,

invalidando su promesa.

—Ha sido un accidente. Juro que ha sido un accidente. Tienen que dejar que me vaya —dice Lola, entre sollozos.

Da otro paso hacia su derecha, alejándose más de la entrada de la tienda.

—Quieta, señora. ¡Tire el arma!

La comisaria Romero coge el micrófono de su *walkie talkie*, y aprieta el botón de emisión.

—Bravo Uno, permiso para disparo de incapacitación.

—¡No! —dice Antonia, intentando incorporarse. Jon la sostiene por la cintura.

—Bravo Uno, ¿me recibe?

Ruido de estática.

Silencio.

—Soler, ¿dónde cojones está? —insiste Romero, apretando dos veces más el botón de intercomunicación.

—Su hombre fuera —responde una voz de mujer. Resuena por el auricular de Romero, el de Belgrano, el de cada uno de los seis policías.

—Ésta es una frecuencia reservada a la policía —dice Romero, con un bufido—. Salga del canal o...

—Su hombre fuera. Yo uso su radio.

Los policías se miran entre ellos, con incomprensión. Romero y Belgrano intercambian una mirada algo distinta.

—¿Quién habla? ¿Está bien el agente Soler?

Romero hace un gesto con la cabeza a Belgrano. El subinspector deja el megáfono en el suelo y hace un gesto hacia uno de los agentes que están parapetados tras el coche.

—Hombre bien. Tú no mueve.

—Oiga, no sé quién es usted, pero...

—Rueda derecha —dice la voz por los auriculares.

A más de ochocientos metros por segundo, la bala revienta el neumático del Citroën C4 antes de que el sonido del disparo alcance a

los policías congregados frente al Instant Cash. Cuando lo hace, se funde con el ruido de la explosión de la rueda, convirtiendo la detonación en ensordecedora. El coche patrulla se inclina hacia un lado, al tiempo que los agentes se tiran al suelo, buscando la procedencia del tiro y protegiéndose como pueden.

Jon también se ha arrojado al suelo. Sólo que él lo ha hecho cubriendo con su cuerpo el de Antonia. Que intenta revolverse y asomar la cabeza.

—Ahí arriba —dice Antonia, señalando a la azotea que está situada tras ellos.

Romero sabe dónde está el tirador. En el mismo sitio donde ella había apostado al agente Soler con un rifle de francotirador PSG1. Una joya de la precisión. El agente Soler tiene sólo veinticuatro años, pero es capaz de hacer maravillas con el arma. Puede acertar a una sandía a seiscientos metros de distancia. O más bien desintegrarla, porque el PSG1 usa una munición 7.62, capaz de atravesar un bloque de cemento de cinco centímetros.

Conseguir esa arma para la UDYCO Costa del Sol fue un triunfo. Romero tuvo que insistir para que desde Madrid les enviaran uno de aquellos rifles de precisión, que suelen ir a unidades como los GEOS o para departamentos en ciudades como Bilbao o Barcelona. *En manos que sepan usarla, es un arma imparable*, había dicho Romero cuando el paquete llegó a la comisaría. Hubo fiesta.

Ahora hay menos.

—Tenéis que subir a la posición de Soler. Como sea —exige Romero, tirada en el asfalto, cabeza con cabeza con Belgrano.

El subinspector se arrastra por el asfalto en dirección al furgón, pero no llega muy lejos. De nuevo resuena la voz por los *walkie talkies*.

—Coche grande rueda izquierda. Coche pequeño rueda trasera.

Las detonaciones, muy seguidas, vuelven a resonar por toda la avenida Ramón y Cajal, despejando de curiosos y periodistas las inmediaciones del cordón policial. Y de molestos jubilados las terrazas. La rueda del coche revienta limpia, la del furgón, más pesado, lo hace enviando trozos de goma negra por todas partes.

—Comisaria, la sospechosa se está marchando —avisa uno de los

agentes, que ve por debajo del coche patrulla cómo los pies de Lola se alejan de ellos.

—¡Deténgala! —ordena Romero.

El agente se incorpora un poco, levanta el arma.

Esta vez no hay aviso.

La bala le alcanza en el muslo izquierdo, entrando por detrás. La fuerza del impacto es brutal, quebrando su fémur en tres partes, y dispersando pequeños fragmentos de hueso en su salida. Quedan allí, blanquísimos, sobre la sangre y el asfalto, como una tirada de dados en la que la banca gana.

Cuando el sonido de la cuarta detonación se desvanece, hay un instante de silencio. Un instante congelado de quietud, que no paz. Un instante detenido de caras desencajadas, de ojos abiertos de par en par. Un instante de esa clase de miedo atónito, de soberbia abofeteada, que siente el cazador cuando se convierte en presa.

La cagamos, resume Jon.

El silencio lo desgarran los gritos del agente herido, que se agarra la pierna destrozada con ambas manos. Otro agente se acerca hacia él, se quita el cinturón, hace un torniquete en la pierna.

—Tú no mueve —repite la voz por los *walkie talkies*.

Lola Moreno, mientras tanto, ya ha alcanzado la esquina. Cuando llega allí, se encuentra a un cámara de televisión, parapetado en la esquina con la calle Enrique del Castillo. El cámara y la reportera que le acompaña la miran fijamente. Lola alza la pistola al cielo y dispara dos veces. El cámara y la reportera huyen.

Lola también. Se mete en el parque de la Alameda y echa a correr sin mirar atrás.

La cara de la comisaria Romero, mientras tanto, es pura rabia. Mejilla en el asfalto, dientes rechinando, puños apretados. Todo su autocontrol y su hieratismo están ahora dedicados a mantener el cuerpo pegado al suelo. En lugar de empuñar el arma y liarse a

devolver los disparos.

—¿Cuántas balas? —le susurra Antonia, al menos la parte de ella que consigue sobresalir de su abrigo de ciento diez kilos de bilbaíno.

—¡¿Qué?!

—¿Cuántas balas tiene el cargador? —repite Antonia.

Romero se fuerza a pensar. Pero no consigue recordarlo. Los gritos de su hombre en el suelo no le dejan pensar en otra cosa. Se llama Vázquez. Tiene mujer y dos niñas. Una vez vinieron por la comisaría. A ver dónde trabajaba papá, deteniendo a los malos.

—El modelo. Dígame el modelo —insiste Antonia.

—PSG1 —dice Romero, automáticamente. Trece formularios de solicitud rellenados hacen imposible que se olvide.

—Eso son cinco. Ha disparado cuatro —dice Antonia.

Le da una patada en la espinilla a Jon, que afloja los brazos durante un instante, lo suficiente como para que Antonia se ponga en pie y ruede hacia su izquierda.

El disparo cruza el aire que ella acababa de ocupar hace un segundo, hundiéndose en la puerta del coche patrulla y abriendo un agujero perfectamente redondo en la franja gualda.

—Y cinco —dice Antonia, con un jadeo.

Romero por fin reacciona.

—¡Tiene que recargar! ¡Moveos!

Hay que correr.

Nunca había disparado antes un PSG1, pero ha estudiado su funcionamiento. Es un arma potente, diseñada por los alemanes tras la masacre de Munich para que su policía fuera capaz de eliminar a distancia a enemigos armados.

Por desgracia, se tardan varios segundos en recargarla. La mujer pequeña la ha cogido por sorpresa. No contaba con que se levantara de golpe, y su cuerpo y el entrenamiento han hecho el resto. El dedo apretó el gatillo de forma instintiva, el cargador quedó vacío.

No se molesta en cambiar el cargador del fusil. Retrocede, apartándose del borde de la azotea, agachada. Pasa por encima del cuerpo inconsciente del agente.

Conoce bien las normas. No se mata a policías. Acercarse a él fue sencillo, dejarlo fuera de combate sin causarle daños graves algo menos.

Huir no va a serlo en absoluto.

Y menos después de haber herido a uno de ellos.

Puede oírlos en la radio, coordinando sus movimientos, pero no entiende buena parte de las palabras, así que se quita el cable de la oreja y arroja el aparato al suelo. Calcula que tiene al menos cuarenta segundos hasta que alcancen la azotea. Ha inutilizado el ascensor, así que al menos les llevará ese tiempo subir los siete pisos a la carrera. Otros siete segundos para reventar la puerta de la azotea, que ha asegurado con cuerdas.

Va a ir muy justa.

Corre hacia la pared oeste del edificio. Allí ha dejado la cuerda de escalada y los ganchos. Menos de cuarenta euros en total en la tienda de deportes dos calles más allá. Si comprueban las grabaciones de la cámara de seguridad, tendrán una idea de su aspecto actual. No ha sido una solución ideal. Pero ha tenido que improvisar. El mensaje en su móvil, enviado por la gente de Orlov, sólo contenía una dirección.

Estaba a seis minutos en moto.

Llegó en tres.

Demasiado tarde.

Ocurra lo que ocurra, Lola Moreno no puede caer en manos de la policía. No antes de que haya terminado con ella. Después la policía puede recoger lo que quede.

Se coloca el casco y los guantes. Comprueba dos veces el gancho de acero. No hay tiempo para mosquetones, arnés o frenos, así que bajará a pelo. Se pasa la cuerda por entre las piernas, por detrás de uno de los muslos, por encima del pecho y por detrás del hombro, y comienza a descender. Hay un motivo por el que esa técnica no se usa desde hace un siglo, y es que produce una intensa fricción. Puede manejar eso. Los pantalones y la chaqueta son de cuero grueso. Pero la tensión sobre la espalda, eso ya es otro asunto. Con cada nuevo salto, el dolor se incrementa. Sus piernas la impulsan hacia fuera, mientras las manos van soltando cuerda. Pero en el arco descendente, cuando sus pies se aproximan de nuevo al edificio, aprieta los dientes. Flexiona las rodillas cuando las suelas de sus botas rozan la fachada, pero no es suficiente. El impacto envía un latigazo por toda su columna, una descarga eléctrica que le hace gritar. A tres metros del suelo, está a punto de vomitar dentro del casco. No se suelta de puro milagro. Arriba oye los gritos de los policías, y es vagamente consciente de que alguien le ha hecho una fotografía o un vídeo desde una de las ventanas.

Los brazos le fallan en el penúltimo salto. El dolor le hace perder el agarre, y da una vuelta sobre sí misma, enganchada por la cuerda como un extraño yoyó en manos de un niño torpe. Consigue agarrarse en el último momento lo suficiente como para desplomarse de frente, no de espaldas. Es una caída de metro y medio, y no tiene manera de amortiguarla. El casco se lleva la peor parte. La visera, negra, se quiebra, dejando a la vista un ojo, que mira a lo alto de la azotea. Los policías asoman por el pretil, con las armas en la mano.

Impulsada por la adrenalina, logra sobreponerse al dolor de la espalda, rueda sobre sí misma y se pega a la fachada, donde ofrece muy poco blanco a los policías de la azotea. La moto está cerca, aparcada detrás de un contenedor.

Sólo un poco más. Sólo unos metros más.

Envuelta en una nube de dolor, alcanza la Kawasaki. Los 310 caballos del motor rugen, desbocados, cuando pone en marcha el motor.

Se oyen disparos, que no encuentran nada.

Unos segundos después, ya no está.

Aslan

Aslan es un hombre desconcertado, vaya eso por delante.

No hay más que verlo. Sentado en su terraza habitual del paseo Marítimo, frente a su desayuno favorito. Los huevos se han vuelto chiclosos, las tostadas, duras. Las salchichas, frías, revelan su verdadera naturaleza: ochenta por ciento grasa, veinte por ciento restos de carne.

Aslan ni siquiera ha tocado los cubiertos. Lleva más de una hora sentado, intentando comprender qué ha ocurrido. Por qué Lola Moreno no está muerta, como él había ordenado que ocurriese. Por qué la Loba Negra la ayudó a escapar de la policía, en lugar de limitarse a meterle una bala en la cabeza.

Le han detallado cómo ocurrió. Hasta el más mínimo pormenor. Y La Fiera sabe que ha causado inquietud en la comunidad. El mensaje que él había dado en el funeral de Voronin era muy claro. Nadie traiciona a Aslan Orlov y vive para contarlo. Kiril Rebo, su mano derecha, hizo correr la voz de que ella había llegado para consumar la venganza.

Ahora ha quedado en ridículo.

Aslan se retuerce en la silla. Después de una hora, hasta el más cómodo de los asientos de mimbre es una tortura para el culo huesudo de un jubilado. No le queda más remedio que llamar a San Petersburgo, y explicar lo sucedido. Tendrán que pedirle explicaciones a la Loba.

El teléfono suena varias veces, hasta que contesta una voz ajada, aguardentosa.

—Aslan. Qué dicha tan grande escucharte.

—*Pakhan* —le saluda Orlov, con respeto, con el título que se le da a la cabeza de la organización, al Padrino. Puede imaginarlo, al otro lado, con su sempiterno bastón de plata, con sus ojos ciegos y vacíos.

Un libro, en braille, abierto en la mesa cercana.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Orlov se lo explica, le cuenta el fiasco de la noche pasada. Incluso hay un policía herido, algo que traspasa todas las normas. El *pakhan* le escucha con amabilidad, sin interrumpirle.

—Todo está transcurriendo según lo previsto —dice el anciano, cuando Orlov concluye.

El mafioso, confuso, inclina la cabeza, mira a los lados con recelo. No comprende. Y muchos años en la *Bratvá* le han enseñado que no comprender lo que sucede es la antesala de una muerte segura.

—*Pakhan*…

—No sufras, Aslan. Comprendo tu desazón.

—No entiendo qué sucede. ¿Por qué no está muerta la mujer?

—¿Para qué te envié ahí, *vor?*

—Para establecer una…

—Te envié ahí para lavar nuestro dinero. Una labor que has desempeñado con cierta soltura.

—Sólo hago mi trabajo.

—Ah, pero ésa es la cuestión. Que tú no lo hacías. Lo hacía Voronin. Un simple *bojevik*, que en pocos años se convirtió en un mago de las finanzas. Era demasiado bueno para ser verdad. Y lo era.

Una sombra aparece detrás de Orlov. El mafioso se da la vuelta, sobresaltado, convencido de que vienen a matarle. Así ha sido siempre cuando te sientes *temnote*, en la oscuridad. Alguien surge de ella y te clava un puñal en la garganta.

Sólo que esta vez el puñal tiene el tamaño y la forma de un montón de papeles.

—Observa esos documentos que te acaban de entregar, *vor*. Porque comprenderás que la traición de Voronin es mucho más grave y dañina que la de hablar con la policía.

Orlov hojea los papeles en cirílico que le ha alargado Kiril Rebo con un encogimiento de hombros. Y no puede creer lo que lee.

—Esto significa…

—Esto significa que te ha estado robando. Vaciando la *obshchak* delante de tus narices, Aslan. Si esto llegara a saberse…

Orlov sintió un escalofrío descendiéndole por la espalda. Tener un chivato dentro de la organización era un peligro. Un ladrón era un desastre inimaginable. Si corría la voz en la *Bratvá* de que la Tambovskaya se dejaba robar, sería lo mismo que pintarse una diana en la frente. En un mundo de alimañas, el más leve signo de debilidad era una condena.

—Fui yo quien envió a la Loba Negra una semana antes de que la reclamaras, Aslan. No tú. No son tus instrucciones las que sigue, son las mías.

—Si hubiera tenido conocimiento...

—Quizá no hubieras mandado a tus hombres a quemar los archivos de Voronin. Esa decisión fue incorrecta. Ahora será mucho más difícil localizar el dinero. Pero es la única razón por la que sigues vivo.

—La mujer de Voronin sabe dónde está el dinero —dice Orlov.

—La Loba lo encontrará. Y cuando lo haga, quizá sigas siendo el *vor*. O quizá no.

La comunicación se interrumpe, aunque Orlov aún tarda un rato en retirarse el móvil de la oreja y dejarlo sobre la mesa.

No ha eludido la sentencia de muerte por sus errores. Sólo la ha pospuesto.

Hasta que aparezca el dinero, si es que aparece.

Vuelve a estudiar los papeles. Las cuentas no dejan lugar a dudas. Aunque Voronin ha sido astuto, el rastro que ha dejado ha terminado por aflorar, aunque lleve a un callejón sin salida.

Un centenar de tarjetas de crédito anónimas, que han estado haciendo pagos de grandes cantidades durante meses.

Orlov maldice, no por última vez, lo estúpido que ha sido confiando en Voronin. Él, que hizo todo por ayudar a ese patán.

¿Cómo ha sido capaz de engañarme de esta forma?

¿Y en qué demonios se ha gastado seiscientos cincuenta y tres millones de euros?

TERCERA PARTE

LOLA

Condenamos al lobo, no por su naturaleza,
sino por nuestra percepción.

FARLEY MOWAT



1

Un currículum

Jon Gutiérrez está aún dolorido.

No en la espinilla. Antonia Scott necesitaría media hora y un martillo para llegar a hacerle un moratón. Pero el alma, ay, el alma. El alma de Jon es de naturaleza frágil y quebradiza, y el hecho de que Antonia lograra engañarle y zafarse de él con tanta facilidad aún le tiene escocido. De un humor levantisco. Y la agenda de hoy no va a ayudar a que mejore en absoluto.

Hay un solo punto.

Llamar a Mentor.

Les ha convocado a los dos para una videoconferencia a la una en punto. Y les ha pedido que no salgan del hotel hasta entonces.

Jon ha aprovechado para cumplir con dos tareas pendientes.

Una.

Comprobar que el mozo del Grindr sigue sin dar señales de vida. Maldecir con desespero.

Otra.

Llamar a *amatxo*, que se ha desgranado en quejas contra la vecina del 2.º B, a lo largo de media hora. Jon, siempre dispuesto a chismorrear de la vecina —menuda lagarta, lengua bífida, pues anda la que montó con lo de los geranios—, escucha sólo con media oreja. Ya no le divierte tanto como antes poner verde a la susodicha. El agua apaga al fuego, y al ardor, los años. Esta enemistad vecinal que ya dura media vida se le antoja hoy un gasto de tiempo mezquino y ruin. Y se arrepiente al instante de pensarlo, porque no está bien ignorar a los que nos ofenden.

No sin permiso de amatxo. *Estaría bueno*.

Cuando cuelga, Jon se siente peor de lo que estaba al principio. Últimamente las llamadas a su madre se han convertido en una obligación, con sus propios ritmos mecánicos, oxidados y chirriantes. Y no debería ser así. A sus cuarenta y pocos tacos, Jon se ha independizado, por fin. Y no le gustan los peajes emocionales que vienen aparejados.

Jon es lo único que ella tiene.

Pero ¿y yo? ¿Qué es lo que tengo yo?

Como en cualquier relación asimétrica —y pocas no lo son—, una de las dos personas necesita más al otro. Y la balanza tiende a inclinarse, a echar más granos de arroz en el platillo que más pesa, hasta que la cadena se parte y el arroz se desparrama.

De pronto, Jon no está tan seguro de que estas reflexiones sean sólo sobre su madre.

Antonia le abre la puerta de su habitación a las 12.57. A las 13.11, Mentor sigue sin llamar.

Ahí están los dos, cada uno en un sillón, sin hablarse. Él mirando las noticias en su móvil. Ella, leyendo un libro. A su propio, desconcertante ritmo.

—¿Qué lees?

No es la primera vez que la ve inmersa en un libro de papel. Casi siempre, densos manuales de criminología. Sesudos análisis sobre serología o psicopatología en otros idiomas. Con títulos imposiblemente largos y aburridos. Jon los rebautiza en la mejor tradición española. *Mi vecino siempre saludaba*. *Limpiar manchas de sangre es fácil si sabes cómo*. *Soñando, soñando, triunfé asesinando*.

Pero este que sostiene ahora tiene un aire distinto.

—Te lo digo si prometes no reírte —exige Antonia.

Jon jura por lo más sagrado. Por *amatxo*, por el txuletón con patatas, por los trajes de raya diplomática.

Antonia le enseña la portada. Hay una foto de una zapatilla tirada en el suelo. Y un título que pone a prueba la hombría y el saber estar

del inspector Gutiérrez.

Niños: manual de instrucciones.

Con expresión pétrea, Jon se pone en pie y mira por la ventana, que ofrece un precioso paisaje de patio interior marbellí, con sus churretes de humedad en las paredes, con sus charcos de rojo oscuro sobre el terrazo rojo claro.

—Será mejor que contengas esa sonrisa antes de que se te parta la cara por la mitad —dice Antonia.

—Estoy de espaldas a ti.

—Y el cristal es una superficie reflectante.

Jon se rinde. Se da la vuelta, con el arma humeante estampada en el rostro.

—Bueno, y qué. ¿Algún consejo útil?

—La verdad es que no. Un montón de variaciones de «escucha y haz lo que puedas».

—Eso te lo podía haber dicho yo por menos de veinte euros.

—Sí, pero tú no tienes fotos de bebés cada nueve páginas.

—Pues más a mi favor.

Cuando Mentor aparece en la pantalla del iPad, con casi una hora de retraso, tiene un aspecto horrible. Incluso Antonia, poco dada a comentarios sobre el aspecto ajeno, se da cuenta.

—¿Qué sucede?

Mentor se aclara la garganta y se retuerce las manos.

—Algo muy grave, Scott. Han muerto dos Reinas.

Jon y Antonia se miran, alarmados.

—¿Quiénes?

—Inglaterra y Holanda.

—¿Por eso estás en Bruselas?

—Ya no estamos en Bruselas. No puedo decirte dónde estamos.

Tras él no se ve más que una pared blanca, desnuda. La luz dicroica acentúa sus rasgos cansados. Lleva varios días sin afeitarse.

—Pero sí, por eso nos reunimos todos los jefes de equipo. La situación es muy compleja.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No puedo entrar en más detalles.

—¿Necesita que vayamos? —pregunta Jon.

—¡No! —salta Mentor—. No, no necesito que vengan. No, hasta que la situación no se aclare un poco, lo que necesito es que se queden donde están, lejos de Madrid.

—Ha habido juego sucio —dice Antonia.

—No pienso decirte nada, Scott. No intentes manipularme, ya sabes que todos los trucos que conoces te los enseñé yo.

Antonia se repliega en la silla, contrariada.

—Aquí la situación tampoco es una bicoca.

—Lo sé. Tengo aquí la información que le pediste a Aguado —dice Mentor, mostrando unos papeles a la cámara—. Ya hablaremos de cómo lo has conseguido, Scott. Ha sido una irresponsabilidad por tu parte. Pero tengo mayores problemas ahora mismo. Y vosotros también.

—¿Ha encontrado algo sobre la mujer?

—Oh, sí. Te va a encantar.

Y así, Mentor comienza a leer.

—Olena Jovonovich, *aka Chernaya Volchitsa*. Hija de un campeón de sambo, el arte marcial ruso, y una Gran Maestra de Ajedrez. Nació en 1990 en Kstovo, a las orillas del Volga. Se la arrancaron de las manos a sus padres al nacer, diciéndoles que el bebé había muerto.

—Qué maravilla.

—En España también era costumbre hasta hace poco, no sé de qué se sorprenden —dice Antonia.

—La niña entró a formar parte de un programa secreto del KGB, entonces moribundo. Eran tiempos de paranoia, antes de que descubrieran que podían controlar el mundo con ordenadores. Querían crear el arma humana definitiva. Un experimento que ya habían intentado antes los nazis o los norteamericanos, aunque con menos éxito. Los rusos partían de los fallos de sus rivales. Estaban decididos a lograrlo, por eso secuestraron a cientos de bebés. Algunos fueron desechados. Otros sobrevivieron. Niños como ella, con una inteligencia y unas cualidades físicas excepcionales.

Jon cree detectar un deje nostálgico y celoso en la voz de Mentor.

Mejor cogerles cuando están frescos. Así no te saldrían agentes que deciden por sí mismos, piensa, mirando a Antonia.

—Cuando cayó el muro, el programa de los *Osobyye Deti* (Niños Especiales) quedó en manos del SVR, el Servicio de Inteligencia Extranjera. Cuando los niños crecieron, los jefes del SVR ya habían descubierto que para mantener su dacha en el campo, el Mercedes en el garaje y el aumento de pecho de sus *lyubovnitsa*, había que comenzar a vender activos.

—Por eso Asia y África se llenaron de armas automáticas y de misiles tierra-aire —dice Antonia—. Los traficantes hicieron su agosto con el dinero de dictadores y terroristas.

—Y cuando se les acabaron las bombas, vendieron a los niños.

—Eso me temo. Salvo que no eran niños, inspector. Eran armas. No sabemos el número exacto de *Deti* que le vendió el SVR a la *Bratvá*. Los informes varían. Media docena, una docena. Casi todos constan como muertos en las bases de datos del FSB.

—Casi todos —dice Antonia.

—Casi todos. Ésta no.

—¿Antecedentes?

Mentor se enciende un cigarro y rebusca entre los papeles.

—Hay muchas conjeturas, pocos datos confirmados. Dos muertos en Ámsterdam, cuatro en Belgrado. Un juez asesinado en Moscú, otro en Daguestán. Todos ellos enemigos de la Tambovskaya.

—¿Testigos?

—Muy pocos. Todos coincidían en que una mujer desconocida surgió de la nada.

—Eso me suena —dice Jon.

—Por supuesto, no hay ninguna foto —dice Antonia.

Mentor sacude la cabeza.

—Ya tienes un segundo fantasma para tu colección, Scott.

—¿Algo más?

—El resto de la información que tengo es tan confusa e indistinguible de la leyenda que no merece la pena que te la transmita. Ejecuciones imposibles, enemigos abatidos a docenas. Casi

todo falso, seguramente. Pero ha servido para que la Tambovskaya alimente el terror entre sus rivales.

—Tiene su propio Hombre del Saco.

—No es el Hombre del Saco —dice Mentor—. La Loba Negra es a quien manda a matar al Hombre del Saco.

Jon se pasa la mano por la cara, se cruza de brazos. Que él sólo es un chico de Santutxu.

—De puta madre. Éramos pocos y parió la prima de Keanu Reeves. ¿Tú no decías que los mafiosos eran aburridos?

2

Un aviso

—Una cosa más —dice Mentor, antes de colgar—. He decidido dar por concluida vuestra participación en el caso de Lola Moreno.

Antonia, que estaba perdida en algún lugar dentro de su cabeza, la levanta con extrañeza. Jon también, pero con perplejidad. Los tres saben lo que va a ocurrir a continuación. La única duda es qué palabras elegirá Antonia para mandarle a pastar.

—Eso no va a ocurrir.

Mentor se calla. Parece que el vídeo se ha quedado congelado, pero no, es sólo que ha optado por el silencio. Jon también. No se le ha olvidado la historia que Mentor le contó hace unos meses, la historia del perro al que tuvo que sacrificar porque había sido incapaz de controlarse. Así que le extraña que alguien que conoce tan bien a Scott haya elegido esta forma tan poco adecuada para comunicarle una decisión estúpida.

Pasan unos segundos incómodos. Segundos de esos marcados bajo la etiqueta «Si hablas, pierdes».

—Inspector Gutiérrez... —dice Mentor.

—A mí no me mire. Ya sabe lo que hay.

—Lo que hay es una situación imposible. Con demasiadas variables peligrosas. Están ahí solos, sin apoyo forense. El equipo de Madrid está ocupado ayudando a esclarecer lo que ha sucedido a Inglaterra y Holanda. Si no les mando volver, es por miedo a que les suceda algo.

—Tenemos que quedarnos aquí. Entendido. Pues ya que estamos, vamos a aprovechar el tiempo.

—Scott. Ya os habéis encontrado dos veces con esa mujer. Es un milagro que no haya ocurrido algo peor. No sois una unidad de intervención. Vuestras capacidades tienen un uso muy concreto.

—Venga ya. Esto será como lo de Valencia —dice Antonia.

—Tú y yo recordamos Valencia de forma bien distinta —suspira Mentor.

—Puede ser. Pero vamos a encontrar a Lola Moreno y a descubrir lo que ha pasado aquí.

—Eres demasiado valiosa para perderte por esto, Scott.

—¿Cuánto?

Mentor la mira con desconcierto.

—No entiendo.

—¿Cuánto de valiosa? Dime una cifra.

—No creo que...

—Me encantaría saberlo. ¿Cuánto valgo? ¿Como dos mujeres? ¿Tres mujeres? ¿Ocho mujeres muertas, como las del contenedor?

Jon recuerda el olor. La podredumbre. La sangre que tuvo que limpiar del cuerpo de Antonia, del suyo propio. La promesa que ella hizo. Un susurro suave emitido por una mujer minúscula y medio rota. Una mota minúscula en un universo indiferente. Apenas perturbó la oscuridad.

Y, sin embargo...

—Yo no elijo adónde ir. Qué hacer con esto —dice, tocándose la frente con el dedo índice. Suave y despacio.

—Eso no es justo.

—Tú eliges dónde entramos. Pues bien, yo elijo cuándo salimos. Y si no te gusta...

Hace una pausa.

—Si no te gusta, te puedes ir a tomar viento.

La cara desencajada de Mentor, con los ojos del tamaño de pelotas de golf, es lo último que queda en la pantalla, congelada por un instante, cuando Antonia corta la comunicación.

—¿Qué tal lo he hecho? —dice, volviéndose hacia su compañero.

El inspector se acaricia la barba, simulando pensar.

—Te doy un diez en la ejecución, un cinco por la elección del taco y un cuatro en oportunidad.

—¿Una media de seis con tres? —dice Antonia, con un mohín.

—Subes puntos por la cara que ha puesto. Digamos un siete.

—No está mal. Mejor que mis notas de la facultad.

Jon se pone en pie. Vuelve junto a la ventana, se mete las manos en los bolsillos. Emite con todo su cuerpo señales de «pregúntame qué me sucede» que hasta una radio rota como la de Antonia pueda captar.

—¿Qué ocurre?

—Ha sido divertido ver cómo le ponías en su sitio. Pero creo que tiene razón.

Jon no necesita ninguna superficie reflectante para ver la decepción en la cara de Antonia. Ni ojos en la nuca, como los del padre Carlos, en catequesis. Ése sí que tenía superpoderes.

—Tú también, no.

—No te estoy diciendo que lo dejemos —dice Jon, volviéndose hacia ella y alzando las manos en ademán conciliador—. Lola Moreno sigue siendo la clave para coger a Orlov. Pero ahora ha aparecido Xena, la princesa guerrera. Y busca lo mismo que nosotros.

—Ya nos la encontramos una vez. No somos su objetivo.

Jon se acaricia el cuello, que todavía guarda un recuerdo de ese momento.

—No somos su objetivo mientras no nos pongamos en su camino. Ya viste lo que pasó con el policía que se levantó.

—Nos hemos enfrentado a asesinos antes. ¿Qué hay de Sandra Fajardo?

—Una rata astuta que usaba el engaño. Eso podemos manejarlo. Pero esto…

—No es más que un ser humano. Escapó por los pelos.

—Descolgándose con cuerdas desde la azotea. No es nuestro campo, cari.

Antonia se cruza de brazos.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Nos encerramos en la habitación a ver la tele?

—Tampoco es eso. Pero la policía ya está haciendo el trabajo de calle. Y no va a ser la solución. Ahora tiene dinero, así que podrá esconderse. Sólo te pido que no corramos como locos por todas partes durante un par de días. Búscala aquí dentro —dice Jon, tocando el iPad—. Y aquí dentro —dice, señalando su frente.

Antonia clava la mirada en el minibar durante un largo rato. Los argumentos hacen cola tras sus dientes. Pero finalmente decide apretarlos y dejarlos encerrados dentro.

—Está bien. Déjame sola. Necesito pensar.

Grabación 11

Hace ocho meses

COMISARIA ROMERO: Esto no era lo que habíamos acordado.

YURI VORONIN: Lo que habíamos...

SUBINSPECTOR BELGRANO: Cállate, Voronin. Ya sabemos que eres un cero a la izquierda.

COMISARIA ROMERO: Es así, ¿verdad, señora Moreno?

LOLA MORENO: No sé de qué me habla.

COMISARIA ROMERO: Por supuesto que no.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Seguís dándonos mierda.

YURI VORONIN: Es buena información.

COMISARIA ROMERO: No es la información que queremos.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Os pedimos información sobre Orlov. Lo que nos estáis dando es chivatazos sobre sus rivales.

YURI VORONIN: Y usted cogiéndolos.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Estáis eliminando la competencia.

YURI VORONIN: Quería cocaína, quería heroína. Ahí está. Armas, también. Los bielorrusos moverán algo el mes que viene.

COMISARIA ROMERO: Queremos a Orlov.

LOLA MORENO: No, comisaria. Ustedes lo que quieren son titulares. Es lo que nos pidió. Y eso es lo que le estoy dando. Lo que le estamos dando.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Ay, el subconsciente.

COMISARIA ROMERO: No es eso lo que...

LOLA MORENO: *(Hablando a la vez, le interrumpe.)* Ya ha pasado por esto antes. En la Operación Oligarkh, en la Operación Mármol Rojo. Si coge a Orlov, tardarán diez años en juzgarle. *(Pausa de siete segundos.)*

SUBINSPECTOR BELGRANO: Para entonces se habrá muerto de viejo o

será demasiado viejo para ir a prisión. *(Pausa de tres segundos.)*

COMISARIA ROMERO: ¿Qué es lo que propone, señora Moreno?

LOLA MORENO: Propongo que aumente la presión. Siga consiguiendo redadas, titulares. Deje de perseguir el pez gordo y hártese a peces chicos. *(Pausa de veintitrés segundos.)*

COMISARIA ROMERO: Supongamos que me interesa su propuesta. ¿Cuál sería el primero de esos peces chicos?

YURI VORONIN: Hay un envío que va a salir dentro de unos días. Serbios. Droga y dinero, destino Barcelona. Un coche lanzadera y un coche correo.

3

Una necesidad

Tan pronto como Jon se marcha, Antonia abre la puerta del minibar y se come las chocolatinas.

No han parado de llamarla con sus voces insinuantes y sus atractivos paquetes de colores desde esta mañana. Las engulle a grandes bocados, las baja con una Coca Light, eructa y se siente al mismo tiempo mejor y como una cerda. La dicotomía de la comida ultraprocesada. Antonia podría escribir un tratado al respecto.

En cuanto intercambia la necesidad de dulce grasiento por culpabilidad, otra urgencia diferente toma el control.

Lleva mucho tiempo posponiendo esta conversación consigo misma. Una especialidad en la que nunca ha destacado de forma positiva.

Antonia ha funcionado siempre como un cohete pirotécnico. Prendida su mecha, sólo puede ir en una dirección, quemando la pólvora, hasta estallar en una nube de magnesio, antimonio y sales de estroncio. Eso incluye no preguntarse durante el proceso qué es lo que va a suceder al final.

Pero ahora, incluso es capaz de ver que tiene un problema.

La electricidad que le hormiguea en las manos, el pecho y la cara está presente de forma casi permanente. Mantener su respiración controlada es más difícil, aunque no imposible. Pero el temblor de las manos ha ido aumentando. Ahora ni siquiera puede sostener el iPad con la derecha sin que las letras se emborronen en un baile incomprensible.

Cada vez le cuesta más controlarlo en público. Sabe que a Jon no puede engañarlo. Ya le ha visto más de una vez no mirando sus manos temblorosas de forma deliberada. O estudiándola con recelo, cuando cree que ella no se da cuenta.

Tres cápsulas, piensa Antonia. *Tres es todo lo que necesito*.

Sólo tres.

Parecen pocas en comparación con las cuatro que consumió ayer sólo para mantener sus pensamientos bajo control. Abrió las cápsulas y echó el polvo en un vaso de leche, confiando en que la grasa del líquido le proporcionara una absorción más constante en el torrente sanguíneo.

Funcionó, a medias.

Las tres que quiere consumir hoy parecen pocas, salvo que se supone que sólo debería utilizar una en aquellos momentos en los que su cerebro no pueda manejar los estímulos externos ni el exceso de histamina que produce su hipotálamo.

Anụ ọhịa-azụ.

En igbo, idioma que hablan dieciocho millones de nigerianos, la bestia de tu espalda que se come tu comida y sólo deja que te alimentes de sus despojos.

Se quita la camiseta y el sujetador, se arrodilla junto a la bañera y abre el grifo de la ducha. Diez minutos de agua helada en el cuero cabelludo la dejan temblorosa y agarrotada, pero ha conseguido reducir la necesidad. Al menos hasta que acaba de secarse el pelo.

Anụ ọhịa-azụ.

Antonia conoce muy bien el rostro de esa bestia. De los cientos de ellas que pueblan su cabeza, saltando de liana en liana y enseñándose los colmillos.

Sólo la vio una vez, en la vida real. Una mañana de domingo, en el zoo de Barcelona, acompañada por su madre. Pelo hirsuto y pardusco, cara negra. Brazos largos y delgados, larga cola prensil. Se movía como un fantasma por las cuerdas tendidas en su hábitat. En sus ojos azules había algo sobrenatural. No maligno, pero desde luego no amigable. Parecía saber demasiado para su propio bien.

Antonia lloró al verlo.

—Es un mono araña. Comen fruta. No te hará daño —dijo su madre.

Al ver que Antonia no dejaba de llorar, Paula intentó apartarla de la

jaula, pero ella no quiso. Se quedó allí, sosteniendo la mirada de aquel fantasma sabio, que golpeaba el cristal con sus manos sin pulgares, como intentando advertirla de algo.

Fue la última salida que Paula Garrido hizo con su hija. Una semana después ya no pudo salir del hospital. Un mes después, el cáncer ganó.

El monstruo lo sabía, pensó Antonia.

Anụ ọhịa-azụ.

Antonia no quiere ceder tan pronto a la ansiedad, pero necesita su mente despejada. Saca tres cápsulas de la bolsa, las mete en la cajita metálica. Por si acaso.

Sólo quedan otras seis.

Después tendrá que recurrir a Jon. Explicarle lo que ha estado pasando.

No se lo tomará bien.

Guarda la cajita metálica en el bolsillo de los pantalones, y la bolsa con las seis restantes la esconde bajo la cama. Prefiere afrontar a la bestia que hacer daño a Jon. Tendrá que ocurrir, antes o después. *Pero, como cantaban en aquella película, el sol brillará mañana*.

Menuda estupidez.

De pronto, las palabras de Jon vuelven a su cabeza con nitidez. Lo que había dicho acerca de la Loba Negra.

No somos su objetivo.

Entonces ¿cuál es?

Sólo hay una manera de averiguarlo.

Antonia se viste, sale al pasillo del hotel. Rehúye el ascensor y usa las escaleras, donde no hay ningún peligro de encontrarse al inspector Gutiérrez. En la calle sube a un taxi, y da una dirección de la calle Salvador Rueda. Una con la fachada pintada de malva obsceno.

Por el camino, programa en su iPad dos mensajes para Jon. Dos mensajes que le llegarán con dos horas de diferencia.

Va a odiarme por esto. Pero es la única solución.

El taxi se detiene frente a la peluquería Tere’s. Antonia paga, se baja y se cambia de acera.

—¡Hola! ¡Mafiosos!

Agita los brazos hacia la terraza del segundo piso, donde hay un par de señores de aspecto eslavo. Sentados en sillas de plástico, con sus camisetas *sobafresh* y sus tatuajes en los brazos. Se asoman, perplejos, al escuchar los gritos de aquella desequilibrada.

—Me gustaría ver al señor Orlov. Díganle que sé dónde está Lola Moreno.

4

Un problema

A Jon Gutiérrez no le gusta el servicio de habitaciones.

No es una cuestión de comodidad. Te suben en una bandeja hipertrofiada un montón de comida. Tirando a fría, para que no te abrases. Sabes que va a saber exactamente igual que tu anterior pedido en ese hotel de la misma cadena, situado a mil kilómetros. Porque a nadie le gustan las sorpresas. Puedes degustarlos en la tranquilidad de tu habitación. Muy a menudo contemplando en alguno de los múltiples espejos la imagen de tu cuerpo en calzoncillos y calcetines.

La oportunidad del contacto humano es también apreciable. Abrirle la puerta a un desconocido, que invade tu espacio personal con una enorme sonrisa. Fingiendo no ver la cama deshecha, la ropa interior desperdigada. Escuchar cómo recita los platos solicitados. Asegurarle por tu primogénito que no necesitas nada más. Que ya has estado mirando la carta durante diez minutos antes de llamar. Jurar que llamarás para que recojan la bandeja. Saber que lo que harás será asomar la cabeza al pasillo, mirar hacia los lados como el inspector Clouseau, y deslizar la bandeja por la moqueta cuando no haya moros en la costa.

Nada de todo esto molesta a Jon Gutiérrez del servicio de habitaciones.

Si son todo ventajas.

Lo que a Jon Gutiérrez le jode del servicio de habitaciones es que le hace sentirse aún más solo. Soledad de náufrago, de muelle al alba, de estrella en la negrura. Soledad de domingo por la tarde, en pleno jueves. Que no calma la tele encendida, ni el constante tirar hacia abajo para refrescar en los mensajes de Grindr, ni el ruido del polvo

en la 604. Ella, corriéndose con discreción. La discreción de una campana de bronce rodando escaleras abajo. Dos veces.

Que son las cuatro de la tarde, señora.

La soledad de Jon se convierte en una siesta, interrumpida de la peor manera. Con una llamada de teléfono de Mentor.

—Déjeme adivinar, ahora tenemos que enfrentarnos también a un albino malvado del Opus.

Mentor ignora su primera frase, como siempre. Jon ha decidido que la próxima vez que hablen le recitará la alineación del Athletic, a ver si se confirma la teoría.

—¿Está solo?

—Estoy solo —dice Jon, echando vinagre en la herida.

—Necesito hablar con usted sobre Scott. ¿Ha notado algo raro en ella últimamente?

Jon hace memoria de la última semana.

Sin orden particular. Sin ánimo exhaustivo.

Carreras fuera de la escena del crimen, botellas arrojadas al Manzanares, quedarse catatónica tras rescatar a una mujer agonizante de un contenedor lleno de cadáveres, enfrentarse en la oscuridad a una asesina, decir uno, no, dos tacos, ordenar el hackeo de la base de datos de un gobierno extranjero, atraer intencionadamente los disparos de un francotirador, rechazar el postre.

—Tendrá que ser más específico, oiga.

Mentor suelta un bufido exasperado. De perro al que le niegan el borde grasiento del filete.

—Me refiero a su comportamiento. A su físico.

Jon visualiza la mano de Antonia, temblando. Tratando de esconderse bajo la chaqueta.

—Es posible.

—Necesito estar seguro, inspector. Necesito que me cuente más cosas.

—Pues ya somos dos.

Jon puede escuchar al otro lado el chasquido del mechero, el humo

largo y exhalado de una primera calada.

—¿Qué tal el *vapeo?* ¿Funciona?

—Oiga, inspector. La situación aquí es muy grave. Sé que trata de protegerla, pero necesito saber.

—Y yo necesito que me diga por qué coño pregunta. Así podré decidir cómo proteger a mi compañera.

Mentor hace una pausa de tres caladas y dos sacudidas en el cenicero.

—Está bien. Hemos detectado un problema en el almacén de la sede de Madrid. En la cámara de seguridad refrigerada.

—¿Qué clase de problema?

—Faltan cápsulas. Cincuenta cápsulas rojas y diez azules.

Ajá.

—¿Ha hecho una lista de los que tienen acceso?

—Sí, es bastante corta. Sólo yo.

—Pues sí que es un problema.

—¿Va a ayudarme ahora?

Primera regla de un interrogatorio. Haz tus preguntas en forma de afirmación.

—Cree que ha sido Scott.

—Si Scott quisiera adivinar el número de diez dígitos del panel numérico, podría. Podría también conseguir una copia de la llave física. Incluso saltarse las medidas biométricas, incluyendo mi huella dactilar. Pero hacer todo lo anterior sin ser detectada por las cámaras de seguridad, está complicado, inspector.

Jon se rasca la cabeza con fuerza. No tiene sentido.

—Si yo me tomo una de esas cápsulas rojas, ¿qué pasaría?

—Pues efectos secundarios, sobre todo. Gastroenteritis, enrojecimiento de la piel, casi seguro. Mareo, quizá. Dependiendo de lo que haya comido.

—Pero no me volverían más listo.

—El compuesto químico está fabricado a medida del cerebro de Scott. Lo único que hace es ayudarla a regular la dopamina y el control de estímulos. Ella es el mecanismo, inspector, no las cápsulas. De hecho creemos que no las necesita. El problema es lo que ella cree.

—¿A qué se refiere?

—Parte del compuesto está diseñado para estimular la liberación presináptica de ácido gamma-aminobutírico. Y su uso continuado demandará más presencia del compuesto en el organismo.

—¿Y en cristiano?

—Es adictiva de pelotas.

Ajá.

—Por eso no puede tomar más que una cápsula en la escena del crimen, que es el momento en el que su entrenamiento la ha condicionado para tener un máximo de estímulos. Más de eso sería muy peligroso.

Segunda regla de un interrogatorio. Vuelve a hacer tus preguntas una y otra vez hasta que obtengas respuesta.

—Y usted cree que ella podría estar detrás de todo —insiste Jon.

—Créame, me tranquilizaría. Por grave que fuese, sería asumible. Me preocupa mucho más que tenga que ver con lo que está pasando en el proyecto. Y ahora dígame: ¿ha notado algo diferente en Scott estos días?

Pues salvo el hecho de que no me ha pedido ni una sola cápsula, que tiene síntomas de abstinencia intermitentes y de que está más irascible de lo habitual…

—No, nada de nada.

—Está bien —responde Mentor, con la voz rezumando pesadumbre —. No le diga ni una palabra de esto a Scott, ¿me ha comprendido?

—Por supuesto que no le diré nada. ¿Por quién me ha tomado? —dice Jon, que ya se ha puesto los pantalones y va camino de la habitación de Antonia.

5

Una ecuación

El viaje ha sido corto.

Unos quince minutos, o menos. No le han vendado los ojos, ni puesto una bolsa en la cabeza. El cañón de una pistola apretado contra las costillas, sí, pero poco rato. El tiempo justo para dejar una marca en la piel, y dejar claro que la cosa va en serio.

El que se hayan saltado los procedimientos habituales en las películas no le resulta a Antonia nada tranquilizador. Es de donde suelen sacar sus ideas los aficionados. Los profesionales no le dan tanta importancia al hecho de que veas dónde te llevan, sobre todo si el viaje va a ser sólo de ida.

El sitio es más bien feo. No al nivel de la casa de Voronin, un monumento al mal gusto. Este lugar simplemente carece de él. Un adosado neutro, de paredes blancas y gres rojo en el suelo. Como un millar más de los que le rodean. No hay fotos en las paredes ni cuadros. Los muebles son funcionales.

La llevan a la cocina.

Sólo restos de sal en la encimera, una mancha de aceite aquí y allá. Un jamón a medio comer. Huellas dactilares en la cafetera de acero bruñido. Un hueso de aceituna olvidado, junto a la pata de una silla, hacen ver a Antonia que allí ha vivido alguien. La pila llena de agua, con un plato dentro.

Una sola persona, que usaba muy pocos compartimentos de la alacena, deduce, observando el polvo acumulado en algunos pomos, inexistente en los más bajos.

—Buenas tardes, señora. Me temo que no tengo el placer —dice una

voz a su espalda.

Antonia se gira. Orlov. Moreno denso, melena blanca. Ojeras pronunciadas, que no tenía en el funeral. Algo más cargado de espaldas, quizá. Saturado de preocupaciones. Ha cambiado el traje caro por un chándal de diez euros. Marca TEX. Recién comprado, aún con la marca del antirrobo en la solapa derecha.

—Me llamo Antonia Scott —dice ella.

No adelanta la mano.

Él tampoco.

Lo que hace es un gesto hacia los dos *bojevik*. No hacen falta dos gorilas de noventa kilos cada uno para reducir a Antonia sobre la mesa de la cocina, cachearla, quitarle la mochila. Hubiera bastado con medio.

Ella se deja hacer.

Una a una van sacando sus cosas. Al menos las que ella ha dejado para que encontraran. Las llaves de casa, unos AirPods. Un cargador, varios cables. Una batería portátil. El iPad, unas gafas de sol. Su identificación de la Europol. Un paquete de Smint. Su teléfono móvil.

Ella se deja hacer. Incluso cuando le quitan la cajita metálica con las cápsulas del bolsillo.

—¿Qué es esto? —dice uno de los gorilas.

—Para mis dolores de cabeza —dice Antonia.

El gorila se encoge de hombros y vacía la cajita en la pila.

—Tú ya no necesitas más nunca.

Antonia intenta no gritar.

El iPad y el móvil reciben un par de martillazos en la encimera, tan cerca de la cara de Antonia que varios trocitos de cristal le golpean en las mejillas. Después van a hacer compañía a las cápsulas y al plato en remojo.

Por último, los dos gorilas atan a Antonia a los brazos de una de las sillas de la cocina, pasándole esparadrapo por las muñecas. La silla la aproximan a la mesa circular. Antonia aprieta los labios, rogando que la sitúen de cara al reloj, pero éste queda a su espalda.

Maldita sea.

Eso complica mucho las cosas.

Orlov se aproxima a la mesa y se sienta en la silla frente a ella, en ángulo perfectamente recto. Una disposición diseñada para reuniones serias, para que dos personas se miren y lean las intenciones del otro mientras negocian. O para un interrogatorio con tortura.

—La recuerdo. Usted estuvo en funeral, *da?*

—Creo que será más fácil si nos comunicamos en su idioma, señor Orlov —dice Antonia, en ruso.

—Vaya. No hay verdad en las piernas —dice Orlov, gratamente sorprendido. Una expresión común, ayudando a que el interlocutor se sienta como en casa.

—Ah, me temo que sus hombres ya me han invitado a sentarme —dice Antonia, señalando sus muñecas.

—Una precaución necesaria. Como ya sabrá, soy un hombre amenazado.

—Supongo que lo normal en su línea de negocio.

Orlov hace un gesto con las manos huesudas.

—Ha dicho a mis hombres que quería verme.

—Necesito hablar con usted.

—Estamos hablando. ¿Dónde está Lola Moreno?

—Ya llegaremos a eso. Antes me gustaría llegar a un acuerdo con usted.

El viejo sonríe. Es una sonrisa afilada.

—No sé qué es lo que le hace pensar que su opinión es importante.

—¿Acaso no lo son todas?

—Ésa es la mayor debilidad de Occidente. Un día decidieron que podían engañar a la gente repitiendo esa mentira hasta la saciedad. Llevan casi un siglo insistiendo. Expandiendo la mentira para que alcance hasta al miembro más inútil de la sociedad. Y ya ve lo bien que les ha ido.

—¿Es mejor usar la fuerza, cree usted?

—La fuerza son matemáticas, señora —dice Orlov, encogiéndose de hombros—. Ahora, por ejemplo. Observe.

Hace un gesto, y uno de los sicarios se coloca junto a Antonia y le da una bofetada. No muy fuerte, pero suficiente para teñir de sangre su labio inferior.

—Seguro que es usted capaz de resolver la ecuación que acabo de plantearle.

—Está bastante clara —dice Antonia, pasándose la lengua por el labio.

—Pues entonces responda a mi pregunta. ¿Dónde está Lola Moreno?

—No lo sé.

Orlov inclina la cabeza, con extrañeza. Entrecierra los ojos, que parecen desaparecer en el interior de ese rostro enjuto y lleno de cavidades.

Es como una morena, piensa Antonia. *Replegándose al interior de la roca.*

—¿Por qué ha venido, entonces?

—Porque quiero negociar con usted.

—Negociemos, entonces —dice Orlov.

Hace otro gesto.

Una nueva bofetada cruza la cara de Antonia, que nota cómo los dientes le castañetean con el impacto. Su oído derecho emite un zumbido desagradable.

—No me parece forma de negociar —dice Antonia.

—De nuevo, señora, vuelve a sobrevalorar su opinión. ¿Dónde está Lola Moreno?

—No lo sé.

Orlov se tironea de la oreja, asiente despacio.

—Está bien. Comencemos por lo más fácil. ¿Es usted policía?

—Algo por el estilo.

Uno de los gorilas le acerca a Orlov la identificación de Antonia. El viejo la deposita encima de la mesa.

—Europol. Es la primera vez que veo una de éstas.

—No somos muchos. Pero hacemos nuestro trabajo.

—¿Y cuál es su trabajo?

—Encontrar a Lola Moreno.

—Parece que tenemos entonces… ¿Cómo se dice? Conflicto de intereses.

—No tiene por qué. Podemos ayudarnos.

Orlov apoya los brazos sobre la mesa, se inclina un poco hacia

delante.

—Explíqueme cómo, policía.

—Su problema no es con Lola Moreno. Era con su marido.

—Ah, Yuri. Cuando llegó no era nada.

Entonces Orlov emplea un término que va derecho al tesoro de palabras imposibles de Antonia.

Juyem grushi okolachivat.

En ruso, hacer caer las peras del peral dando con la polla en el tronco.

—Significa gandul, ¿verdad? —dice Antonia.

—Sí, disculpe. Habla usted mi idioma muy bien, quizá le exijo demasiado.

—No se preocupe. Lo que no comprendo lo deduzco por el contexto —dice Antonia, girando la cabeza y escupiendo un poco de sangre, que le chorrea por la comisura de los labios.

—Mujer lista. Gosha, tráele una servilleta.

Uno de los gorilas le alarga un rollo de papel de cocina. Orlov arranca un poco y se incorpora para secarle la sangre.

Aslan Orlov es un hombre amable, eso ya había quedado claro.

Antonia no sabe si le desagrada más el contacto de aquellos dedos largos de aspecto cremoso, o el hecho de que haya cortado el papel de cocina sin seguir la línea de puntos.

—Yuri era un gandul. De pronto, se volvió listo. Demasiado listo.

—Usted no necesita a Lola Moreno.

—Ella tiene que morir.

Antonia sonríe. Ha llegado el momento de jugar su órdago. Para eso ha venido.

—La Loba Negra podía haberla matado ayer. La tenía en el punto de mira. Y no lo hizo.

Orlov la mira con interés. Con cálculo. Hay pesos, medidas, cintas métricas en el escrutinio que le dedica.

—Es por eso por lo que ha venido.

—Yo creo que está claro —dice Antonia, que no tiene ni idea de lo que está hablando.

—Ahora comprendo su juego. Quiere cambiar el dinero por Lola

Moreno. ¿Qué vale esa mujer para usted?

—Una vida. Supongo que para usted no es gran cosa. Ya vi los resultados de su ecuación en el puerto de Málaga.

—Fue usted —dice Orlov, abriendo la boca y los ojos muy despacio, como si comprendiera algo de pronto—. ¿Y también la que visitó a Ustyan?

—Culpable.

La Fiera echa la cabeza hacia atrás, y suelta una carcajada gutural, detestable. Suena como una vejiga inflada estallando al calor del fuego.

—Es irónico. ¿Sabe dónde estamos?

—No.

—En casa de Ruben. Estaba desocupada, así que era el sitio para tener una charla con usted. Usted lo mató con su intromisión, claro. Y ahora me ha dicho todo lo que necesito saber.

Se pone en pie, se acerca a su prisionera y se agacha hasta que sus narices casi se rozan.

Si Antonia pudiera oler, percibiría el tufo a linimento, a crema hidratante. A pomada para la artritis.

—No creo que sepa dónde está el dinero. Pero, por si acaso, voy a dejarla en manos de mis hombres. Les llevará un rato. Pero siempre consiguen que la gente hable —dice, dirigiéndose a la puerta—. Ya sabe. Matemáticas.

Antonia traga saliva —mezclada con sangre— y ruega por que sus propios cálculos no estén equivocados.

6

Una espera

El inspector Gutiérrez recorre la distancia hasta la habitación de Antonia, intentando contener el enfado que le está cociendo el hígado a baja temperatura. Sus pasos suenan a «me va a oír».

Los nudillos repiquetean, con impaciencia.

Nada.

Hay una camarera al fondo del pasillo, arrastrando un carrito. Jon le enseña la placa, le pide que le abra la puerta de la 512.

—No puedo ayudarle, tendrá que preguntar en recepción —dice la mujer.

Jon resopla, con desagrado. Nadie tiene respeto por la policía estos días.

Echa el cuerpo hacia atrás, alza la pierna y patea la cerradura con todas sus fuerzas.

—¡No puede hacer eso!

—Llame a la policía.

A la segunda patada la cerradura salta, llevándose por delante un trozo de marco. Jon irrumpe en la habitación, comienza a revolver todo. Tarda menos de un minuto en encontrar la bolsa con el alijo. Puede que otras cosas no se le den tan bien, pero esto… esto lleva décadas haciéndolo.

En ese momento llega un mensaje de Antonia.

> Jon, éste es un mensaje programado. Si lo recibes, significa que tengo un problema. Espera en el coche a mi segundo mensaje. Te rogaría que, cuando lo recibas, conduzcas como si fuera yo.

Debajo, un sticker de un pato con gafas de sol.

Es difícil explicar con palabras educadas los sentimientos que cruzan por la mente del inspector. Jon ya llegaba con un cabreo importante, que le había acelerado el pulso y predispuesto a la pelea. O al conflicto. El mensaje de Antonia llega con las calderas bullendo y la presión alta.

Los juramentos que profiere, camino del coche, son irreproducibles.

Entra en el Audi, aparcado a cincuenta metros del hotel, se quita la chaqueta, cierra con un portazo, se pone el cinturón, gira la llave para que el sistema eléctrico se active, sin llegar a poner en marcha el motor. Jura un poco más.

Fuera ya ha oscurecido.

Desde fuera, un observador casual que pasara junto al coche —con un habitáculo perfectamente insonorizado— volvería la cabeza con estupor. El espectáculo de un hombre gritando en silencio, como una televisión sin volumen, mientras intenta arrancar el volante a manotazos, no se ve todos los días. El observador casual aceleraría el paso enseguida, porque el hombre en cuestión es enorme. No es que esté gordo.

El desahogo no sirve para serenar a Jon. En absoluto.

Y lo que viene ahora, menos.

Esperar una llamada, un SMS, un WhatsApp o un mensaje de Grindr es un suplicio en nuestros días. Acostumbrados a la inmediatez, al doble *check*, a la respuesta instantánea, nos hemos vuelto caprichosos. Infantiles.

Véase el inspector Gutiérrez. Con el teléfono en la mano, comprobando cada pocos segundos que las cuatro barras que indican la cobertura estén llenas. Apretando los puños, mirando a su alrededor por si acaso Antonia decidiera doblar la esquina por arte de magia. El asiento del copiloto, dolorosamente vacío.

Esperar le vuelve indefenso, le encadena a un limbo extraño entre pausa y acción. Y como no recibe lo que espera, comienza a hablarse a sí mismo. Un *vamos*, *vamos*, *vamos*, intermitente, ineficaz. Entre cada exhortación, la amenaza crece. Lo que le está sucediendo a Antonia

ahora mismo, mientras espera, se vuelve la peor clase de amenaza. Esa inconcreta, en la que el monstruo de la incertidumbre va mutando de forma, sin detenerse en ninguna concreta el tiempo suficiente como para poder decidir cómo enfrentarse a ella. Cada niño que ha existido y se ha quedado solo, conoce bien a este monstruo. Habita en el periodo que transcurre entre que gritamos, llamando a nuestra madre, porque las sombras han revelado una garra, un hocico sediento de sangre, y el momento en el que ella aparece. En esa espera, la madre ha muerto de mil formas horribles, dejándonos a merced de la oscuridad.

Cada instante de espera, cada segundo transcurrido, va encogiendo más y más a Jon, hasta transformar su ansiedad y su miedo en un único punto candente. Un agujero negro de violencia y desesperación, que devora todo.

Entonces, el mensaje.

Ven a buscarme, si eres tan amable. Pincha aquí.
PD: Espero no estar muerta.

Debajo, un sticker de un perro horrible enseñando los dientes superiores.

Jon arranca el motor y pisa el acelerador. Tan a fondo que el pie roza el asfalto.

Ojalá no te hayan matado todavía. Porque pienso matarte yo.

7

Una cocina

Antonia ha perdido la cuenta de las bofetadas.

Están siendo cautelosos. Saben que no pueden darle demasiado fuerte. Antonia pesa la mitad que cualquiera de ellos. Si se pasan, le partirán el cuello, o la cabeza, o algo peor.

Por ahora llevan una ceja y los dos labios.

No les está funcionando.

A ella, menos.

Antonia pierde la consciencia en uno de los golpes. No es mucho, sólo unos segundos. La despierta el sonido pulsante y desagradable de un carillón en el interior de su cabeza. La sacude, revelando que el sonido es en realidad un tono de llamada. No escucha la conversación, pero ve a los gorilas hablando entre ellos a través del reflejo de la cafetera bruñida.

Le cuesta mantener el ojo izquierdo abierto. La hinchazón de la ceja aumenta, a medida que los capilares rotos acumulan sangre. Ahí ya no siente dolor. De esa parte se encargan su nariz y, sobre todo, los dientes. Tiene que apretarlos fuerte con cada golpe, para evitar morderse la lengua o el interior de los carrillos. No lo ha conseguido todas las veces, y ya se ha lacerado el interior de la boca. Los músculos de su mandíbula acusan el esfuerzo. Al igual que los de su cuello, que tensa, cada vez, para poder acompañar la dirección de la bofetada.

A la décima, deja de parecer fácil.

A la vigésima, sólo quieres que te maten.

Con todo, no está funcionándoles. Antonia no les ha dicho dónde

está el dinero. Sobre todo porque no lo sabe. Y algo les ha transmitido esa llamada. Algo *importante*. Antonia está segura de que lo es. Uno de sus monos quiere llamar su atención, mostrarle algo, pero una nueva bofetada le hace esfumarse.

—¿Dónde está el dinero? —escucha, a lo lejos.

—Me gustaría saber qué hora es —musita Antonia, en español.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—La hora. Me gustaría saber qué hora es.

O, por lo menos, que me dierais la vuelta.

O que no me peguéis.

Se cumple una de las tres cosas, cuando uno de los hombres gira la silla bruscamente. Después de haber estado contemplando la esquina contraria de la cocina, con el convencimiento de que lo último que viese podía ser una baldosa, contemplar otra parte del mundo se antoja una bendición. En esto está, hasta que se fija en que el más alto ha sacado uno de los cajones de la cocina y está eligiendo objetos que pinchen, corten y trituren.

Así que no eran cautelosos. Sólo me estaban hablando, piensa Antonia.

El otro, aquel al que Orlov llamó Gosha, se decide por un instrumento de acero. Mareada, bizqueante, Antonia no puede ver bien de qué se trata.

Apenas si puede ver el reloj de la cocina, y eso que está a menos de tres metros.

—¿Vas a hablar ahora? —dice el hombre más bajo.

Le muestra el objeto que ha cogido antes. Es una pinza para marisco. Capaz de hacer trizas la quitina del exoesqueleto de los crustáceos decápodos. Como, por ejemplo, una langosta. O el meñique izquierdo de Antonia, cuya falange distal está apretando ahora mismo.

—¿Dónde está el dinero? ¿Lo sabes? ¿Lo sabe el poli gordo? Habla.

El dolor intenso en el dedo hace a Antonia abrir los ojos de golpe. Consigue fijar la vista en la encimera de la cocina. El lugar donde hasta hace un momento estaba la paletilla de jamón.

—Está bien, está bien. Voy a deciros algo —susurra Antonia.

El que sostiene la pinza la suelta, se agacha, acerca la boca al oído de su prisionera. El otro se acerca un poco también.

—¿Qué?

—Se acerca el infierno.

El más alto debe de intuir algo. Lo cual redunda en su perjuicio, porque cuando gira la cara ofrece un blanco perfecto para que la parte externa de la paletilla —denominada maza— le atice en pleno hueso frontal.

Antonia hace el cálculo involuntariamente. Un sistema de ecuaciones de fuerza para el impacto de un cuerpo de cinco kilos golpeando un cráneo.

Considerando que:

– La masa se desplaza a unos cincuenta kilómetros por hora.
– La superficie de contacto ha sido de unos 400 mm cuadrados.
– El espesor de un cráneo humano es de unos 6 mm y su punto de ruptura medio es de 150 newtons/mm2.

La fuerza de impacto total es:

Ocho toneladas.

Antonia concluye el cálculo en el tiempo que transcurre entre el crujido del cráneo al romperse y el ruido del mafioso desplomándose al suelo. Muerto, con toda probabilidad.

—No estoy gordo —dice Jon, dejando caer la paletilla. Estoy lleno de odio.

El otro *bojevik* se pone en pie, se saca una navaja de mariposa del bolsillo, la abre y se abalanza sobre Jon. El inspector da un paso atrás, luego otro, esquivando como puede las cuchilladas, que cortan el aire con silbidos aguzados.

Cuando ha conseguido apartarle lo suficiente de Antonia —que era su objetivo desde el principio, y por eso no lo ha hecho antes—, Jon saca la pistola y la apunta a la cara del mafioso, que detiene uno de sus ataques a la mitad y deja caer la navaja, contrariado.

—Quiero abogado —dice.

Qué aprendido se lo tiene, piensa Jon.

—Déjame que te haga una pregunta. ¿Si yo te hubiera pedido un abogado cuando ibas a clavarme el pincho, qué hubieras hecho?

El mafioso se encoge de hombros, con una media sonrisa en su cara embrutecida. Ésas no son las normas.

—Ya veo —dice Jon, acercándose, poniéndole el cañón en la frente —. La ley te interesa sólo cuando está de tu parte. Debería pegarte un tiro.

El otro amplía más su sonrisa, convirtiéndola en una mueca burlona y desagradable.

—Tú no huevos.

—Tú no dientes —dice Jon, hundiéndole el puño en la cara.

El cuerpo del *bojevik* se convierte en una marioneta que cuelga de un único hilo invisible, meciéndole adelante y atrás, hasta que al final se derrumba, inconsciente.

Aprovechando la circunstancia, Jon le pega una patada en la boca, añadiendo otros tres mil euros a la factura dental.

Después se vuelve hacia Antonia.

No parece contento.

8

Un bufido

—Me alegro de verte —dice Antonia, ofreciéndole una sonrisa sanguinolenta.

Jon emite un bufido de despecho que ya quisiera la reina de Inglaterra.

No dice nada.

Se limita a ir a la pila del lavabo y poner los nudillos debajo del agua fría un buen rato. Luego se las lava con Fairy, pues aún tiene restos de manteca en las manos. Observa, con disgusto, que un reborde negro se le ha formado en el puño de la camisa de algodón egipcio. Así que dedica un rato a frotarlo con agua, consiguiendo, por supuesto, empeorarlo todo.

—Tu iPad y tu móvil están aquí, hechos cisco. ¿Cómo cojones me has mandado la señal de localización?

—Mira en la caja de los Smint.

Jon ve la caja, sobre la encimera. La abre, y dentro encuentra, entre los caramelos, un dispositivo GPS de los que se suelen colgar al cuello los ancianos con alzhéimer. Cincuenta euros en cualquier Media Markt.

—¿Estás enfadado conmigo?

Jon se ríe por lo bajo durante un rato, mientras rebusca en el congelador.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, que no me estás desatando.

Jon no encuentra hielo en la nevera, pero sí una bolsa de guisantes congelados del Mercadona, que son lo siguiente mejor en caso de contusiones y hematomas. Le acerca la bolsa a Antonia y la arroja encima de la mesa.

—Ahí tienes.

Antonia agita los dedos para llamar la atención sobre el esparadrapo que sigue fijando sus muñecas a los brazos de la silla.

—Apáñatelas —responde Jon, sentándose en el sitio que antes había ocupado Orlov.

Antonia se impulsa con los pies, produciendo unos sonidos bastante desagradables cuando la pata metálica de la silla roza con el terrazo, hasta colocarse frente a la bolsa de guisantes. Después dobla el espinazo hasta que su rostro se queda a unos pocos centímetros del ansiado frío.

—¿Te importa?

Jon alarga el brazo y empuja con un dedo los guisantes hasta que Antonia puede apoyar en ellos la cabeza.

—Lo siento —dice.

—Como no me des más datos...

—Desátame, por favor.

—Primero hablemos un rato.

—Ya te he pedido disculpas.

—Ya sé que no entiendes nada de lo que hacen los humanos —dice Jon, intentando revestir su voz de paciencia—. Pero procura comprender esto, al menos. Pedir perdón no es una varita mágica que se agita y borra de golpe nuestros errores.

Antonia no responde. Jon no sabe si está pensando, se ha dormido o ha muerto a consecuencia de los golpes. Al cabo de un rato se agita un poco, y cambia de postura.

—Marcos me decía eso a menudo.

—¿Y qué respondías tú?

—Que no veía el propósito, entonces.

El propósito.

Que no ve el propósito, dice.

—Seguir adelante. Tratar de no cometer los mismos errores. Decir la verdad.

—No te he mentido con esto.

—No. Con esto no.

Jon se saca el alijo del bolsillo. Abre la bolsa de plástico. La vuelca

sobre la mesa. Después la caja de pastillas. La vuelca también.

Antonia se incorpora y las mira fijamente.

Lo que hay en sus ojos, Jon ya lo ha visto antes. En gentes de dientes marrones y escasa higiene personal. Esa derrota, esa sumisión. Ese vacío al que saltaron una vez y cuyo fondo no parecen encontrar. Ya no gritan, ni tratan de agarrarse a nada.

Con un esfuerzo, aparta la mirada.

—Has estado tomando las cápsulas a mis espaldas.

Ella no trata de justificarse ni de negarlo. Sólo le mantiene la mirada.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. Porque no la encontramos.

Sandra. Todo vuelve a esa loca una y otra vez. Y a tu maldito fantasma. Tengo la impresión de que estamos jugando a un solo juego desde que nos conocemos. Y que las reglas no las hemos diseñado ninguno de los dos.

—Tú robaste las cápsulas del almacén en Madrid.

—No —dice Antonia.

Tiene un ojo medio cerrado, el otro no se aparta de él. No lo desvía a los pequeños cilindros rojos y azules desperdigados sobre el tablero. Jon no se engaña, tampoco. Sabe que ya los ha contado, que sabe cuántos hay. Cuál es el peso total, el número de pie del técnico que las encapsuló.

Quizá esto último no. Pero no me está mintiendo.

Sólo hay una forma de averiguarlo.

—Pero sabes quién lo hizo.

Antonia sonríe. La duda ofende.

—¿No vas a decirme quién te las dio?

—No.

Está diciendo la verdad.

Lo cual lo hace todo aún más complicado.

—Mentor está completamente paranoico ahora mismo.

—Dime que no le has contado nada.

—¿Tú qué crees?

Ella sacude la cabeza, la echa hacia atrás, exhala el aire muy despacio antes de volver a mirarle.

—Tienes razón. Lo siento. Tú nunca me fallas.

—Ahora sí —dice Jon. Se pone en pie, pasa por encima del cuerpo del mafioso alto. Coge unas tijeras del cajón colocado sobre la encimera, y se agacha junto a la silla de Antonia—. Ahora ha sido una disculpa de verdad.

—¿Es por lo de respirar hondo antes de pedir perdón?

Jon comienza a cortar el esparadrapo, fingiendo que no ha oído nada.

Te lo da y enseguida te lo quita.

—Estás hecha una mierda.

Tiene la cara hinchada por varios puntos. El peor, el del ojo. La camiseta empapada en sangre.

—Contusiones y cortes superficiales. Solo necesito analgésicos y un poco de hielo —dice, frotándose las muñecas.

—Me alegro. Porque esto se terminó —dice Jon.

Usando su enorme manaza, barre todas las pastillas de encima de la mesa. Las recoge con la otra y las arroja al fregadero.

—¿Qué has hecho? —grita Antonia, poniéndose en pie y corriendo hacia la pila.

Jon le bloquea el paso.

—Lo necesario. Estás perdiendo el norte, niña.

—¡Estoy haciendo mi trabajo!

—El contenedor, el despacho del testaferro. Ayer por la noche. Y ahora venir aquí.

—Si hubieras venido tú, Orlov no habría hablado conmigo.

—¿Y has conseguido sacarle alguna cosa? ¿Ha servido de algo la paliza, el engaño? ¿El ataque al corazón que me has provocado?

Ella baja la vista.

—Déjame pasar.

Antonia forcejea con Jon, durante varios segundos, intentando llegar a la pila donde las cápsulas se van poco a poco disolviendo en el agua sucia, hasta que se convence de que tendría más probabilidades de éxito derribando un muro a soplidos.

—No las necesitas —dice Jon.

Antonia está llorando.

—No lo entiendes. No sabes el sitio al que tengo que ir.

Jon mira a esa pequeña mota de polvo diminuta en un universo indiferente, y la rodea con los brazos sin admitir protestas.

—No lo sé. Pero estaré aquí cuando vuelvas.

Lo que le hicieron entonces

—Esta mujer es el ser humano más asombroso que ha existido nunca —dice el médico, golpeando en el papel que le ha dado Mentor con una uña larga, dura y amarillenta—. Si usted está fallando en guiarla hasta su pleno potencial, es porque está enseñándola a hacer diagnósticos con un pensamiento dirigido.

—Dígame qué he de hacer, entonces —pide Mentor.

—Tiene que ayudarla a encontrar su relato —responde el doctor—. Si encuentra su relato, dejará de pensar en chutar, para limitarse a hacerlo.

La sala es negra y está llena de luz. Paredes y techo están alfombrados de material aislante, tan grueso que no deja pasar el sonido. Cuando Mentor habla por los altavoces, su voz parece venir de todos sitios al mismo tiempo.

Ha estado esperando este momento durante semanas. El relato. La historia que conseguirá que ella deje de pensar.

Ése es el problema con la consciencia. Tú no le dices a tu hígado que segregue bilis, no le ordenas a tus riñones que generen la orina.

Sin embargo, puedes controlar los pulmones. Puedes pensar en respirar. Y cuando tomas ese control, a veces resulta casi imposible dejar de asumirlo. Tienes que pensar en respirar.

Mentor ha reflexionado sobre todas las metáforas que puede utilizar para conseguir que Antonia deje de pensar.

Cree haberla encontrado.

—No puedes domar un río, Antonia. Tienes que rendirte a la corriente, y convertir su poder en el tuyo.

—¿Controlar cediendo el control? No tiene sentido.

—No todo lo tiene, ni tiene por qué tenerlo. Ríndete al río, Antonia

—dice Mentor.

Antonia lo intenta.

Antonia fracasa.

9

Un instante

Antonia vuelve a intentarlo.

Cierra los ojos.

Se sumerge en la última hora. En el tiempo que ha pasado hablando con Orlov. Recupera los detalles que ha obtenido de su interacción. La ropa, el reloj, los zapatos. Las pausas, las inflexiones de la voz. No encuentra nada, salvo lo que ya intuía. Que la persecución de Lola Moreno tiene que ver con algo mucho más complejo que un mero ajuste de cuentas, que salvaguardar el honor de la *Bratvá*. Orlov necesita algo, desesperadamente.

Algo que ella le ha quitado.

Un dinero que dio por sentado que Antonia conocía, hasta que ella cometió un error, que le demostró que mentía. Pero ¿cuál?

Sigue buscando. Sigue indagando en su memoria, en los minutos, largos, pasados recibiendo golpe tras golpe, atada a aquella silla.

Retazos de información, casi toda inútil. Detalles de la vestimenta de los dos matones. La cadena que uno de los dos llevaba al cuello, un anillo grueso de oro —cuyo recuerdo aún perdura en el dolor de su ceja partida—. El teléfono móvil. La llamada.

La llamada que no pudo escuchar.

Pero sí que pudo verlos. Verlos a los dos, en el reflejo en el metal bruñido de la cafetera situada sobre la mesa. Gesticulando.

Lo viste. Si lo viste, puedes recordarlo.

Los monos aparecen.

Vuelven a presentarse frente a ella. Chillando, reclamando su atención. La rodean por todas partes.

Ahora está sola, en el interior de la cocina. En la representación que de ella ha hecho en su cabeza, en la que ya no está Jon. Y los monos

están ahí. Subidos a las alacenas, a la encimera, dando saltos por el suelo, sosteniendo todos los elementos que han encontrado, agitándolos frente a su vista.

Todos y cada uno de ellos creen ser importantes, creen que tienen la solución, agitan su pequeña pieza de verdad afirmando que es la clave para la solución completa.

Antonia gira sobre sí misma, intentando aislar cada pieza de información, entenderla, ver cómo puede sumar al resultado final.

No puedes domar un río, Antonia. Tienes que rendirte a la corriente, y convertir su poder en el tuyo.

—No.

No puedo ceder el control.

¿No puedes, o no quieres?

Cierra los ojos.

Vuelve a abrirlos.

Ya no está en la cocina.

Tiene de nuevo siete años.

Está del brazo de su madre, en el zoo. Pide un helado. Ella accede a comprárselo. Mientras se paran en el puesto, Antonia para y mira por primera vez.

Las marcas del gotero del hospital en el dorso de la mano.

El vaso de agua en el que acaba de disolver el sobre de antibióticos.

La extrema lividez de la piel. El pelo, que ya no es el suyo, sino una peluca. La esclerótica amarilla. La tos seca, apática, de unos pulmones que se han rendido.

—Vamos a ver los monos, cariño —dice su madre, con la derrota asomándole por la comisura de los labios.

Las pruebas estaban ahí, delante de ella.

Lo supe. Lo supe entonces.

Ahora comprende por qué se echó a llorar delante de la jaula. Por qué de repente le asustó aquel animal que parecía guardar un secreto. Cuando era ella quien lo ocultaba desde el principio. El secreto de lo que era capaz de hacer.

Siempre he sabido cómo.

Pero tenía demasiado miedo de mí misma.

Cierra los ojos.

Vuelve a abrirlos.

Está de nuevo en la cocina.

Los matones se incorporan del suelo, guiados por una fuerza invisible que está haciendo que el tiempo vuelva hacia atrás.

Sentando a Antonia de nuevo en la silla, recomponiendo el esparadrapo cortado de sus muñecas, reduciendo la hinchazón de sus heridas.

De nuevo puede ver el reflejo de la cafetera.

Los ve hablar entre ellos.

Lee en sus labios. No ha captado todo, tiene la visión borrosa por los golpes y el mareo.

Pero capta una frase.

Abre los ojos.

Jon sigue abrazándola.

—Creo que sé dónde está Lola Moreno —dice ella, apartándose de él.

Jon frunce el ceño, se rasca el pelo con impaciencia. Ha habido demasiadas emociones ese día. Lo inteligente sería retirarse cuando aún van empatando.

—Vamos al coche. Pero antes pararemos en una farmacia —avisa, señalando el accidente en el que se ha convertido su cara.

Antonia asiente, agradecida, y se dirige hacia la puerta de la cocina. Tiene que saltar por encima de los dos *bojevik* para alcanzarla. Cuando pasa las piernas por encima del más alto, aquel al que Jon golpeó primero, le invade una extraña certeza, que sólo puede expresar en forma de pregunta.

—¿Tú me quieres?

Jon le dedica una sonrisa cansada.

—Ay, cari. Te quiero tanto que todavía no te he matado.

Kot

Es el más pequeño de la camada.

Sus hermanos y hermanas son los primeros en comer, en encontrar el lugar más caliente para dormir. El pastor entra en el cobertizo, ve al pequeño y pasa de largo. Tras muchos años y muchas camadas, conoce cómo funciona la naturaleza. Siempre muere alguno. Esta vez la perra ha tenido ocho. Cuando llegue la primavera, con suerte, quedarán tres.

Los inviernos en Goris, en la provincia de Syunik, en Armenia, son duros. La temperatura alcanza los doce grados bajo cero, nunca asciende por encima de tres. Es un pueblo hermoso, agreste, perteneciente a otro siglo. Sí, hay coches y teléfonos móviles, porque el virus de la civilización infecta incluso los lugares más remotos. Pero el puñado de casas que se arraciman a los pies de las montañas Zangezur, buscando protección contra el viento, están ocupadas por gente diferente. Gente que convive con un fatalismo ancestral, atávico. Nacen entre un cielo vacío y una tumba abierta, y no arquean una ceja cuando uno no les contesta o la otra les reclama.

Por eso el pastor mira al cachorro con indiferencia. Otro en su situación habría llevado un platillo de leche al cobertizo, le habría envuelto con una manta. El pastor pasa de largo, y deja que la naturaleza haga su trabajo.

Bastantes preocupaciones tiene. El rebaño en invierno da mucho más trabajo. Hacinadas en el cercado, las ovejas piden agua y heno y producen enormes cantidades de estiércol que hay que palear. Solo con su hijo pequeño —el mayor murió en la guerra, hace diecisiete años—, el pastor no es capaz de nada más que de desplomarse en la cama, agotado, cuando ha cumplido todas sus tareas.

Cuando llega la primavera y las nieves desaparecen, el mundo se vuelve un lugar más amable. Las ovejas salen a ramonear, pastan la

hierba baja de las laderas, y sólo hay que conducirlas de un punto a otro. Subido en el percherón, con una vara larga en las manos y un zurrón repleto en la espalda, el pastor ve recobradas las fuerzas y la dignidad. El sol devuelve parte de su fuerza a los miembros cansados, y la vida se vuelve soportable.

Los perros ayudarán, cuando llegue el momento.

El pastor caucásico es una raza antigua. Los soviéticos dicen que fueron ellos los que la crearon tras la Gran Guerra, mezclando varias razas de perros molosos de las montañas de Osetia del Norte junto con razas de Armenia y Azerbaiyán. El pastor tuerce la cara con desagrado cuando escucha esa mentira, repetida hasta la saciedad. Él tiene sesenta y tres años, y de niño creció con los *nagazi*, pues ése, y no otro, es su nombre. Y así lo hicieron su padre, y antes que él su abuelo. Típico de los rusos querer apoderarse de todo aquello que ven.

La tierra, las mujeres. Los niños.

Los *nagazi* son fuertes, tan grandes como un hombre adulto, a veces aún más. Dotados de una melena espesa y marrón con zonas negras y de unas patas grandes y altas, llegan a pesar noventa kilos. El pastor recuerda un ejemplar enorme, el abuelo de esta camada, que casi alcanzó los cien. Su inteligencia, su fiereza y su marcado instinto territorial los han convertido en protectores del ganado y de la familia. Y en esa tarea sobresalen en un aspecto por encima de todos.

Matar lobos.

El cachorro superó el invierno.

Una mañana gélida de comienzos de primavera, el pastor lo encontró en el exterior del cobertizo. Tenía una paloma entre las patas. Restos de nieve en polvo le cubrían el hocico. Mezclada con la sangre de la paloma, la nieve refulgía como rubíes sucios al sol del amanecer.

Miró al cachorro con sorpresa. Debía de tener ya doce semanas, y hacía cinco que creía que había muerto, devorado por la madre. Las perras sabían bien que no todos conseguían vivir, y se limitaban a acelerar el proceso.

—¿Ése no es el pequeño? —preguntó su hijo.

El pastor asintió.

—No sé qué haremos con él. Ya tenemos demasiados.

Habían sobrevivido cuatro cachorros. Con este, cinco. Una camada especialmente fuerte. Y alimentar a cuatro perros de noventa kilos ya es bastante difícil. Entre todos pueden comerse treinta ovejas al año, además de pollos, hortalizas y fruta. Nada de pienso para los *nagazi*, no cuando tienes comida que crece y se reproduce a cambio de agua y hierba. No, si quieres que el rebaño sobreviva. Hace siete años, una manada de lobos consiguió entrar al cercado de los vecinos. Mataron a ciento veinte ovejas en una sola noche.

Aún tiembla al recordarlo.

Pero no pueden quedárselo.

—Lo bajaré al pueblo. Nikol me lo comprará.

El pastor hace una mueca de desagrado. Un animal como éste debe ser libre. No mercancía. No es un ser estúpido y servil como las ovejas.

Reprime el gesto de acariciarlo, con sus manos nudosas y agrietadas. No es un hombre sentimental. Pero sabe que, si lo hace, no permitirá a su hijo que se lo lleve.

Y bien sabe Dios que necesitan el dinero.

—Está bien.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nikol, observando aquella bola de pelo, engañosamente plácida. Nikol es el dueño de un supermercado y un almacén de pienso para animales, y conoce muy bien el temperamento de los *nagazi*.

—No lo sé. Kot.

—*Kot*. Cachorro. Está bien —dice, alargándole un puñado de billetes.

Nikol cuidó del perro durante seis días, que fue el tiempo que tardó un adiestrador de Volgogrado en responder a su anuncio. Kot voló hasta Rusia en un carguero que salió de Erevan al día siguiente. En Rusia

pasó tres semanas en la finca del adiestrador, un hombre cuyo negocio consistía en encontrar auténticos molosos de montaña y educarlos para servir a hombres adinerados. El adiestrador sabía lo que vendía. Aquellos perros eran orgullosos e inteligentes. No habían nacido para ser meros animales de compañía, para obedecer órdenes. En las prisiones rusas patrullaban las murallas, y si un preso las saltaba, los guardias los soltaban y los dejaban hacer. Fotos a todo color de los resultados quedaban siempre a la vista de los internos en los pasillos.

Así que había que domar su carácter, pero sin quebrarlos. Uno de aquellos *ovcharka* —el adiestrador usaba el nombre soviético con orgullo, pues creía que los soviéticos eran sus creadores— se dejaría matar antes que ceder.

Cuando el perro estuvo listo, el adiestrador colgó una foto en su página web, anunciando un ejemplar perfecto de *ovcharka*, nacido en las montañas nevadas. El precio serían cuatro mil dólares más desplazamiento, cien veces más de lo que Nikol le había pagado al hijo del pastor.

Al otro lado del mundo, un joven y borracho Yuri Voronin llamó a su mujer y la sentó en sus rodillas delante del ordenador.

—Mira, cariño. Creo que ya sé lo que necesitamos para nuestra nueva casa.

Lola

Había una vez una niña que fue a rescatar a su perro. Consiguió sacarle y huyó con él a un lugar donde los hombres malvados ya nunca, nunca podrían alcanzarla.

Lola sabe que la pesadilla está a punto de acabar. Jack está a punto de huir de casa del gigante, descendiendo por la mata de habichuelas.

Las últimas horas han sido horribles. Consiguió escapar corriendo. La policía montó un operativo para localizarla, difundió su fotografía por los informativos, pero se centraron sobre todo en cómo iba vestida. Con dinero de sobra, Lola pudo hacer muchas cosas. Primero, entrar en un almacén oriental. La sudadera la arrojó a la basura. Vestida ahora con una gabardina de corte poco favorecedor y una gorra deportiva, con una mochila al hombro, su imagen poca relación guardaba con la fotografía que habían hecho pública.

Subió a un taxi que la llevó hasta Estepona. Allí le fue fácil encontrar un apartahotel donde no le pidieron el DNI, porque, claro, se lo había olvidado y mañana tenía una reunión importante para un puesto de trabajo aquí, le pagaré el doble por un par de días. Y no lejos había una farmacia de guardia donde le vendieron su preciada insulina. Lola se dio la vuelta y extrajo un billete de la mochila y lo introdujo en el cajetín metálico con mano temblorosa, temiendo que en cualquier momento el farmacéutico la reconociese. El farmacéutico la miró durante unos segundos más de lo necesario, pero acabó metiendo la insulina y las vueltas en el cajetín y cerrando con un chasquido.

Menos de dos horas después de haber disparado al aire en la esquina de la avenida Ramón y Cajal, Lola estaba llorando en la estrecha ducha de su habitación, incapaz de dejar de temblar de

miedo y de ansiedad.

Apenas durmió esa noche, aunque atrancó la puerta con la mesa. No paraba de saltar al menor ruido, imaginando que ya estaban allí, que la habían encontrado. Consiguió conciliar el sueño cuando el sol ya clareaba a través de las persianas. De puro agotamiento. Durmió hasta bien entrada la mañana.

Se levantó, se inyectó la insulina, desayunó en una cafetería. Fue hasta un Mango, donde compró ropa cómoda, gafas de sol, vaqueros y zapatillas. A pesar de que iba caminando con la cara vuelta hacia la pared, a pesar de que cada mirada le parecía sospechosa, y que el tiempo que estuvo en la tienda no dejaba de volverse hacia la entrada, nadie se le acercó, nadie la reconoció.

La vida continuaba con una normalidad desconcertante, después de todos los sucesos de los últimos días. Cuando se detuvo a comer en un restaurante de la avenida España, cargada de bolsas de la compra, perdió por un instante la consciencia de su situación, y buscó en el bolso recién comprado (que no contenía más que unos pocos billetes) el móvil para llamar a Yuri y ver cómo estaba.

Al instante, la vida le recordó la realidad con la sutileza de una pedrada.

Se echó a llorar sobre el segundo plato.

Seguía siendo una fugitiva de la justicia. No tenía identificación, ni modo de conseguir una. Tampoco amigos a los que recurrir, ni familia que no estuviese vigilada.

Podría huir, subirme a un autobús en dirección a Madrid, o Valencia, perderme allí entre sus calles, conseguir un trabajo, desaparecer.

No.

No voy a irme sin mi perro.

Regresar a Marbella era un riesgo muy grande, pero había recobrado las fuerzas y la confianza en sí misma. Y sólo tendría que estar una hora en la ciudad.

Una hora más, y se acabó.

Qué lugar tan horrible, piensa Lola, mientras rodea el recinto desde

fuera.

La perrera municipal está a las afueras, al final de una carretera estrecha de un solo sentido. Las perreras comparten algo con los tanatorios, las residencias de ancianos y los cementerios. Las colocamos en el sitio donde menos probabilidades tengamos de verlos. Porque nadie quiere saber qué ocurre realmente tras esas vallas altas, aunque intuyamos que ocultan una realidad a la que no queremos enfrentarnos.

El tiempo, medido en dinero, es la droga más efectiva y peligrosa que existe. La dosificamos de forma cicatera y egoísta para dar la espalda a cualquier mínimo atisbo de sinceridad. El tiempo es nuestra justificación para el egoísmo que nos aísla de la verdad, de esa destrucción que causamos, la que carcome a otros, la que en última instancia nos carcome a nosotros mismos. *No tenemos tiempo*, nos decimos. Y así continúan los perros abarrotando las jaulas y los ancianos alzando el cuello arrugado y lleno de colgajos hacia la puerta cada vez que se abre.

No hay tiempo para la verdad.

Tampoco hay tiempo para Kot.

Como perro potencialmente peligroso —y pocos lo serán más que él — la ley dicta que, si no es adoptado antes de diez días, será sacrificado.

Lola ha comprado una cizalla en una ferretería de la plaza de las Delicias en Estepona antes de volver a Marbella. También unos guantes de trabajo para poder doblar los alambres de la valla.

Elige un punto en el descampado de la parte trasera y comienza a trabajar.

Abrirse paso hasta el interior le lleva menos de seis minutos. Tiene que cortar una buena porción de alambrada, porque luego debe salir por ahí con el perro, y no sabe si tendrán que correr. Tampoco quiere que se desgarre con los alambres.

Cuando recorta un agujero de casi ochenta centímetros de diámetro, arroja los restos a un lado y entra a la perrera.

No hay seguridad, ni personal en el recinto por la noche. Una hilera doble de jaulas ocupa el exterior del edificio bajo y destartalado. Es un paseo de los horrores. Lola aparta la mirada al ver la gran cantidad de animales, cuyos dueños decidieron un día que ya no tenían hueco en sus vidas para ese regalo de Navidad, para ese capricho de un hijo. Las jaulas están sucias y los animales, derrotados. La perrera es de gestión privada, y lo que sucede es lo esperable.

Muchos de los animales ni siquiera se inmutan cuando Lola se acerca. Unos pocos gruñen con desgana. Otro suelta un ladrido esperanzado que muere en cuanto Lola pasa de largo.

Otro de los cautivos se limita a ponerse en pie, cuando escucha sus pasos sobre el cemento.

Lola llega a la jaula y la abre sin esperar ni un segundo. No necesita llave, solo un pasador largo de acero.

El perro no se mueve. Incluso en la penumbra de la perrera, con la única luz de las farolas de la calle a un lado y de la carretera algo más lejos, el animal es algo impresionante. Alto como una mesa de comedor, ancho como una mesa camilla. La melena pardusca que le rodea la cara es gruesa y espesa. Sus ojos y sus hocicos están recubiertos de una máscara negra. En la semioscuridad, sólo se aprecia el brillo de sus ojos color café y el suave agitar de su lengua rosada.

Lola pronuncia su nombre.

—Kot.

Es como un besuqueo, con la «u» que te obliga a juntar los labios, las consonantes revolcándose, la lengua despuntando en la «k» y la «t».

—*Ko mne* —ordena, agachándose para que le pueda dar la bienvenida—. Ven aquí.

Adora que sólo responda a las órdenes en ruso.

El perro se acerca enseguida, y le lame la cara con avidez. Puede que sea una mole de músculo y hueso capaz de descabezar a un ser humano en pocos segundos. Pero en lo tocante a su dueña, no conoce otra emoción que no sea el amor.

—Mírate, perro tonto —dice ella, palpándole por la cabeza y el cuello—. Estás sucio. Te han quitado el collar. Y has perdido peso.

Kot no le reprocha que se haya marchado. Pero empieza a ponerse

nervioso por la presencia de otros perros, ahora que sabe que ella está allí. La golpea con una zarpa del tamaño y solidez de una sartén pequeña. Sólo quiere avisarla, pero aun así consigue hacerle daño en la pierna. Así ha sido siempre su vida con Kot. Unas piernas cuajadas de moretones y arañazos.

—Basta. *Molodets*. Buen chico.

Se encamina hacia el agujero en la alambrada con el perro pisándole los talones.

—*Gulyat*. Ve fuera.

Kot se escurre al exterior tras olisquear un momento. Lola le sigue enseguida.

Al final del descampado, aparcado junto a la luz de una farola, ve el Ford Fiesta de Zenya, que le hace una señal con las largas. Está esperándola sentada al volante.

Menos mal. Esto se ha terminado, por fin, dice Lola, sin poder creerse lo fácil que ha sido todo.

Y hace bien. Cuando pone una mano en la manilla del coche, algo le hace darse la vuelta.

Kot ha puesto el cuerpo rígido e inclinado hacia delante. Saca pecho. De entre sus fauces brota un gruñido áspero y amenazador.

—¿Dónde tú vas, Lola? —dice una voz en la oscuridad.

Lola siente una bola de acero en el centro de su estómago. Reconoce esa voz. Esa falsa alegría.

Kiril Rebo da un paso al frente. Entra en el espacio iluminado, con su pelo rubio desleído, su cuerpo enjuto hecho de nudos forrados de piel pálida.

Esgrimiendo su sonrisa, sus ojos vacíos de escualo, y una pistola.

De las tres cosas, no es el arma lo que más aterra a Lola.

—¿Por qué? —dice Lola, mirando a Zenya.

—Me amenazaron con matar a mi hermana si no la entregaba, señora. Ella sigue allí. Y allí a nadie le importa si desapareces.

Lo comprende. Zenya ha hecho lo que tenía que hacer. Como ella misma. Como todo el mundo.

—Lo siento mucho.

Lola le dedica una sonrisa triste. En otro tiempo, hace tan solo unos

días, quizá la hubiera insultado, amenazado, maldecido. Ahora ni siquiera sabe si sigue siendo esa misma persona, la mujer que era. O si alguna vez volverá a serlo. Está demasiado cansada. De todo. De todos.

—Está bien.

El gruñido de Kot se incrementa cuando un segundo matón se coloca al lado de Rebo. También sostiene una pistola, y no deja de apuntar al perro. Tiene la mano crispada y los ojos vidriosos. Se ha metido un gramo, por lo menos.

—Mejor tú controlas tu perro —exige Rebo, señalándolo.

—Solamente tengo que dar una orden —dice Lola.

—Nosotros sólo dispara, *da?*

Lola aprieta los dientes, reteniendo dentro la sílaba que lanzaría a Kot a la garganta de aquellos hijos de puta. Acabaría con uno, incluso aunque le acertaran los disparos. Lanzado al ataque para proteger a su dueña, haría falta mucho más que una pistola para detenerle.

Pero aunque mate a uno, el otro quedará en pie.

Y no va a dejar que maten a su perro inútilmente.

—Hagamos un trato. El perro se va con ella, yo con vosotros. *Khorosho?*

Rebo frunce el ceño, considera la propuesta. Dispararle al perro no es una buena idea. Ya han llamado la atención bastante sobre la organización en los últimos días.

—Está bien.

Lola abre la puerta del coche, y le ordena a Kot que suba. El perro la mira con desconfianza, pero acaba obedeciendo.

Lola se inclina sobre Zenya, y se saca con disimulo un sobre de la chaqueta.

—Llévalo donde te he dicho —le dice a Zenya, arrojándole el sobre —. Allí estaréis a salvo. Ya os alcanzaré.

Zenya abre el sobre. Ahí hay mucho más de cinco mil euros. Suficiente para la operación de su hermana y para desaparecer unos cuantos días.

—No dejarán que se vaya —dice, ahogando un sollozo.

—Ya me las apañaré.

Zenya arranca el coche, y sale del descampado. Llevándose con ella las esperanzas de Lola Moreno.

Se gira, lentamente, y se encara a Kiril Rebo.

—Ya está. Ya lo habéis conseguido.

10

Unos amigos

—Tú me sorprendes —dice Rebo—. Tú no sólo chochito loco de Voronin. No sólo adorno, *da?*

Lola guarda silencio. El reconocimiento laboral no está entre sus prioridades ahora mismo. Y lleva demasiado tiempo camuflándose a plena vista como para mostrarse de repente, en cuanto un psicópata armado le hace un cumplido.

—Nada tú dices. Bueno. Ya hablarás.

Lola se revuelve. Tenía la libertad al alcance de la mano, y la ha desperdiciado por un estúpido error. La rabia la consume por dentro. También el miedo, pero no quiere demostrarlo.

—¿Por qué no nos ahorramos el trabajo y me matas ya?

Kiril Rebo sonríe de nuevo.

Es la sonrisa más desagradable en la historia de las sonrisas.

Que se le congela en la cara cuando, por el extremo contrario del descampado, aparecen unos faros.

—¿Quiénes son ésos? —le pregunta el otro *bojevik*.

Rebo agarra a Lola por el brazo y la aproxima a él.

—¿Amigos tuyos? —dice, poniéndole la pistola en el vientre—. ¿Has llamado tú?

El cañón del arma le arranca un jadeo, la presión del acero transmite una oleada de electricidad y aprensión desde su vientre a su nuca. Siente el impulso —un hormigueo en las manos, en la punta de los dedos— de apartar el cañón de la vida que crece en su interior.

Todo lo que logra es sacudir la cabeza, aterrorizada.

Rebo se plantea correr hasta su propio coche, pero lo han dejado al otro lado para poder acechar a Lola en la oscuridad. Los faros están cada vez más cerca, y otros dos le siguen a pocos metros.

A su espalda aparecen dos más.

De frente, un coche patrulla y un Audi Negro. Detrás, otro coche patrulla. Los tres vehículos les rodean. Frenan en seco, los neumáticos resbalan sobre la grava con un sonido rasposo antes de detenerse. De los coches salen varios agentes, con las pistolas en la mano, que les apuntan parapetados tras las puertas.

—¡Policía! ¡Tiren las armas!

Más coches se acercan, con las sirenas encendidas.

Rebo mira a su alrededor, furioso. Sigue teniendo a Lola agarrada por el brazo, y la pistola apretada contra su costado. Los faros de los coches les han encerrado en un círculo de luz. Sus sombras se alargan en el suelo, gigantescas.

El otro *bojevik* está nervioso. Empapado en sudor, con la respiración agitada y el corazón en la garganta. La cocaína ha multiplicado su agresividad, su paranoia y su confianza en sí mismo hasta extremos peligrosos. Levanta la pistola, apuntando a las formas oscuras que se intuyen al otro lado del muro luminoso que han creado los faros. Hay gritos, confusión. Media docena de gargantas emiten sonidos al mismo tiempo.

El matón agita el arma, da un paso hacia uno de los coches patrulla.

Alguien dispara.

El tiro le alcanza en la espalda. El matón se revuelve, un segundo tiro le alcanza en el cuello, en trayectoria lateral. Arrancándole la tráquea, en una nube de sangre y cartílagos que flota durante un instante bajo la luz de los focos, para luego desvanecerse y caer.

El *bojevik* está muerto antes de tocar el suelo. Su cuerpo, sin embargo, no lo sabe. Aún se agita, entre espasmos y convulsiones, que hacen que su cara se restriegue contra la grava durante unos grotescos segundos.

—Quiero abogado —dice Kiril Rebo, soltando a Lola y tirando la pistola al suelo.

—Pero... ¿A vosotros os dan un cursillo con lo que tenéis que decir, o qué? —se oye decir a Jon, al otro lado de los faros.

Aslan

Aslan es un hombre que no se deja dominar por sus emociones, vaya eso por delante.

Cuando descubrió la traición de Voronin, meditó durante varios días antes de actuar.

Cuando tuvo que presentarse ante la *Bratvá* y sus socios en el funeral de su tesorero muerto, ponderó cada palabra que iba a decirles, sopesando las inflexiones, las pausas, incluso los movimientos de las manos. Ensayó delante del espejo del cuarto de baño, poniendo las manos sobre la pila del lavabo como si las estuviera apoyando sobre la mismísima biblia en la Iglesia ortodoxa.

Cuando tuvo que rendir cuentas al *pakhan* —con el secreto propósito de descubrir el enigmático comportamiento de la Loba Negra—, veló durante largo rato el cadáver de unos huevos fritos con tostadas antes de decidirse.

Ahora, sin embargo, es distinto. No sólo se ha arruinado su posibilidad de recuperar el dinero, tal y como le habían ordenado.

Además se han llevado a Kiril Rebo.

Aslan nunca ha tenido por nadie un afecto incondicional desde hace décadas. Alguna vez se ha escuchado decir en voz alta que un amigo es alguien a quien todavía no ha matado. De cara a la galería, sin creérselo del todo, pero sabiendo que tenía que vivir acorde a los principios que enunciaba. Caminaban por delante de él, como un escudo, pero exigían su precio. El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad, tanto más si eres un mafioso.

Pero si hay alguien por quien Aslan sienta algo parecido a la amistad, a una camaradería sana y real, ése es Kiril. A Rebo le ha perdonado hasta la última de sus infracciones, de sus atrocidades, que ha saludado como rarezas. Orlov siempre supo de sí mismo que era

amoral. Y de Kiril, que era directamente malvado. Cuando era más joven, Aslan se había reído con sorna de los villanos puros a los que tan afecto era el cine soviético. Esos que agarraban a la virginal muchacha y soltaban una carcajada vesánica, que preparaba la entrada del héroe del proletariado.

Luego conoció a Kiril Rebo.

Cuando llegas a una edad determinada, con los pies en el zaguán, mirando hacia la salida, echas la vista atrás. Aunque no quieras. Orlov, que ha hecho siempre lo que la necesidad le dictó y el instinto le permitió, ha matado a una docena de personas con sus propias manos. Nunca disfrutó particularmente del proceso. Para él, lo único importante era el resultado. Bailar sobre la tumba del enemigo. Seguir bailando.

—¿Somos despiadados? —le preguntó un día a Kiril, delante de una botella de vodka. En el suelo, el cadáver del hijo de un rival. Once años.

—Tenemos buen gusto —fue la enigmática respuesta de éste.

Orlov lo comprendió, más adelante, cuando llegaron a España. El buen gusto no tiene que ver con la ropa que vistes o los muebles que pones en tu casa. Los zares atiborraron sus palacios de joyas y enseres que hoy les parecerían horrendos a las revistas de decoración.

El buen gusto no es moda. Es armonía. Y la mejor forma de conseguir ésta es a través del asesinato.

Por eso Orlov siente afecto por Kiril Rebo. Porque ha decidido, libre artista de sí mismo, amar lo que hace, sin fisura alguna.

Incluso para ser mafioso hay que tener talento, piensa Aslan. *Y no existe talento sin pasión*.

Orlov se debate consigo mismo, inquieto, sin acabar de encontrar acomodo en su sillón favorito. La terraza de su mansión en La Zagaleta cuelga sobre la colina. En los días claros se ve Gibraltar y las costas de África. Más arriba, a medio kilómetro, está la casa de

Vladimir Putin en España. Nunca se ha encontrado con él, ni sabría qué decirle. Quizá esbozaría un tímido agradecimiento.

Ha caído la noche, así que la vista se limita a una masa de árboles, que revelan una luna tenue y el murmullo del viento entre sus ramas. Nada que ver, ningún lugar al que ir.

Sólo una decisión que tomar.

Hay cálculo en ella. Consecuencias y repercusiones. Una traición. Y quizá la única posibilidad de seguir adelante. De seguir bailando. A sus setenta años, con su paso renqueante y sus pies en el zaguán, pero resistiéndose a abandonar la fiesta. Porque al otro lado de la puerta de salida solamente hay frío, aullidos, dientes afilados en la negrura.

Aslan es un hombre que no se deja dominar por sus emociones, y por eso es capaz de coger el móvil y marcar un número que nunca creyó que volvería a usar.

Responde al primer timbrazo.

Estaba esperando su llamada.

—Tenemos que hacernos cargo del problema —dice Orlov.

—¿Ocurra lo que ocurra?

—Ocurra lo que ocurra.

Cuelga, y hace una nueva llamada. Tienen que ponerse en marcha, por si el primer plan falla. Y no puede recurrir a nadie más, porque no hay nadie más.

No era así como había visualizado su vejez. Creía que con la edad podría trascender la carne, sus deseos y sus miserias. Instalarse en un reino de serena inmaterialidad. En lugar de eso, sólo se ha visto arrastrado por su cuerpo aún más abajo, hacia el interior de su maquinaria. Su brutal, vengativa, chirriante y cada vez más oxidada maquinaria.

Se pone en pie.

11

Otra bolsa de hielo

Al final fue todo muy rápido.

Ambos van en el coche, de vuelta a Madrid, tal y como vinieron. De noche, viendo las rayas de la carretera perseguirse bajo el capó del Audi. Con una extraña sensación de irrealidad. Los hombros tensos, las piernas demasiado ligeras. Como el soldado que le da la espalda al barro y las balas, corriendo de nuevo sobre terreno seco.

Como si las cosas no pudieran ser tan sencillas.

—Las cosas no pueden ser tan sencillas —le dice Jon.

—Hemos hecho nuestra parte —dice Antonia, aunque sólo con media boca. Es sólo media metáfora. La otra media boca la tiene realmente tapada por una bolsa de hielo (otra distinta).

La primera bolsa de hielo la compraron camino de la perrera municipal. En la gasolinera, mientras Jon pagaba, Antonia llamaba a la comisaria Romero. La tensión entre las dos mujeres desapareció en cuanto Antonia le comunicó, muy seria y profesional y sin asomo de revanchismo oportunista, que sabía dónde iba a estar Lola Moreno dentro de unos minutos. La comisaria Romero, correcta y agradecida por su labor, le pidió un punto de encuentro y le dio instrucciones concretas.

Al menos así le refirió Antonia la conversación al inspector Gutiérrez.

—¿Cuál ha sido su frase de despedida, en palabras textuales? —preguntó Jon, que ya se conoce los resúmenes de Antonia.

—«No la jodan.»

—Ya veo. ¿Y dónde dices que es el punto de encuentro?

El punto de encuentro era una vía de servicio cerca de la perrera municipal. Una inclinación del terreno les daba cierta ventaja visual, así que cuando Lola salió del recinto con el perro, fue cuestión de acercarse por ambos flancos. En el intervalo que tardaron en llegar, estuvieron a punto de que la operación se diera al traste cuando la sospechosa estuvo a punto de subir a un Ford Fiesta que acabó marchándose sin ella.

La sorpresa fue que, mientras convergían sobre el objetivo, aparecieron los mafiosos. Capturar a una sospechosa armada, difícil de por sí, se convirtió en una situación con rehenes. Había siete armas apuntando a los rusos, por sólo dos de ellos. Cuando todo estalló, cuando todo el mundo comenzó a gritar al mismo tiempo, Antonia supo que no habría modo de evitar el derramamiento de sangre.

—Dieciséis muertos —fue el resumen de la comisaria Romero, cuando Kiril Rebo y Lola Moreno estuvieron esposados, cada uno en la parte de atrás de un coche patrulla.

—Ya. Bueno. Al respecto de eso… —dijo Jon, frotándose la nuca y mirándose las puntas de los pies.

Y así fue como informaron a la comisaria del modo en el que habían descubierto la localización de Lola Moreno. Y que la cuenta de cadáveres ascendía a diecisiete.

Hubo una conversación muy tensa, larga y desagradable.

—Tendrán que venir a declarar delante del juez. Ya les avisarán. Por ahora, me alegro de perderles de vista —dijo Romero, por todo agradecimiento.

Jon fue a recoger las maletas al hotel. Antonia se quedó en la escena hasta que se presentó un furgón de la policía judicial, aunque Jon regresó antes. Habían venido desde Málaga para trasladar a los detenidos a Madrid.

—Lo han solicitado desde allí. No creen que este entorno sea seguro para tomarles declaración —dijo Belgrano, cuando el inspector Gutiérrez le interpeló al pasar.

Los dos agentes de la policía judicial, ambos de paisano, esposaron a los dos detenidos a las barras atornilladas a la estructura en la pared del Citroën de color azul marino y blanco. Uno a cada lado. Los

agentes cerraron la puerta lateral, subieron a la parte delantera.

Jon y Antonia también se pusieron en marcha. Adelantaron a la furgoneta tras la primera rotonda, y eso fue todo.

Jon no tiene prisa, no ha superado la velocidad permitida en ningún momento. Ha puesto *19 días y 500 noches* en el Spotify. Los altavoces del Audi les cantan historias de peces de hielo, de malas compañías que son las mejores, de rubias platino.

Apenas hablan, más que para intercambiarse dulces y otras porquerías envasadas que han comprado en la gasolinera (en la segunda, que iban con más tiempo). Ninguno de los dos está satisfecho. Cómo podrían. Pero éste es el trabajo por el que firmaron, en realidad. Ayudar en los márgenes, sabiendo que no habría recompensa ni satisfacción alguna. Y teniendo claro, también, que de no haber estado ellos, el resultado hubiera sido bien distinto.

Hacen una llamada breve a Mentor, para informar.

—Buen trabajo. Preferiría que no volviesen aún a sus casas —dice éste, cuando han terminado. No hay alegría en su voz—. Mañana por la mañana hablaremos de lo que está ocurriendo. Vayan a un hotel y descansen lo que puedan.

Cuelga.

Antonia se duerme, agotada.

Jon baja la música.

Lola

Había una vez una niña que fue capturada por unos monstruos que la cargaron en un carruaje oscuro, camino de un castillo tenebroso.

Lola intenta estirarse, busca una postura cómoda. No la encuentra, porque no la hay. Lleva la muñeca derecha esposada a una barra atornillada al chasis del furgón, en un ángulo muy incómodo. Los cuatro asientos de la parte trasera están dispuestos de dos en dos, con la espalda apoyada contra la pared. A Kiril Rebo lo han colocado en el lado contrario, pero no en el asiento frente a ella, sino en el otro.

No hay ventanas, ni música. Ni posibilidad de dormir. Sólo mirarse.

Kiril lo hace. Clava la mirada en ella. Fija.

Hay algo en esos ojos azules desprovistos de vida que es capaz de robarte la tuya. A pequeños bocados.

Muerden. Esos ojos muerden, piensa Lola.

Cierra los suyos, e intenta pensar qué hacer.

No hay muchas salidas. La policía la interrogará, exigiendo que le cuente todo lo que sepa de la organización de Orlov y de cómo Yuri llevaba todos los negocios de blanqueo de la Tambovskaya en España.

Yo apenas sabía nada, agente. Lo que oía desde la cocina.

Retazos de conversación, captados de pasada en el salón de su casa, mientras ella sirve blinis de anguila y jarras de kissel, y le pasa la roílla a la encimera.

Casi siempre hablaban en ruso. Yo no sé nada, unas pocas palabras. Saludar, pedir la cuenta. Poco más.

¿Las empresas? Todas a nombre de Yuri, que yo sepa.

¿Nuestra casa? ¿Los coches?

¿Ruben Ustyan? Nunca he oído hablar de él.

Lola interrumpe el ensayo. Puede que haya fotos. De alguna fiesta. Ah, lo que daría por poder borrar su Instagram ahora mismo. Da igual, ya tendrán todas las fotos.

Ah, ese hombrecillo pequeño. Sí, alguna vez vino por casa. No, no se presentó, o no lo recuerdo.

Ésa es la clave. 412 «no sé», 82 «no lo recuerdo», 58 «lo desconozco» y 7 «no me consta». Con eso puede una librarse de cualquier cosa.

Y ella tiene la sangre de color normal, pero posee otra ventaja. Recuerda aquella película en blanco y negro tan horrible sobre los judíos en los campos de concentración. Cuando el malo pregunta quién ha robado un pollo a un grupo de prisioneros que esperan en fila. Nadie responde, y el malo le pega un tiro a uno, que se desploma y muere. Un niño sale entonces de la fila. El malo le pregunta si ha sido él quien ha robado el pollo. No. Entonces ¿sabes quién ha robado el pollo? Y el niño señala al muerto en el suelo. Anda, échale un galgo al puto crío.

Lola tiene su propio muerto al que señalar.

No hay constancia documental. El nombre de Lola no aparece por ninguna parte. Su padre la enseñó bien. Era un perdedor, pero sabía de contabilidad más que nadie. Y ella le echa de menos. Todas aquellas tardes que pasaron juntos en sus últimos años, mientras él le explicaba los trucos, los resquicios legales. Cómo desaparecer de la vista, creando pantalla tras pantalla, hasta volverte invisible.

No es la situación ideal. Pero podría ser mucho, mucho peor.

Es cuestión de resistir lo suficiente. O de hacer un trato con lo que sabe, si vienen mal dadas. Aunque sea una vía jodida.

Y también de dinero para un buen abogado, por lo de la tienda, que eso sí que pueden encalomárselo. Pero a ver de dónde lo saca.

A su madre no puede recurrir. Ésa es otra. Qué es lo que va a ser de ella ahora. De las dos.

Qué pasará después. *Si acabaré convirtiéndome en ella*, piensa, tocándose el vientre. En ese parásito conformista. Con una vida marcada por una quietud exánime, un leve pero persistente tufillo de putrefacción. Y un guion que representar en cada llamada de teléfono. Cuando las nimiedades del día a día se acaban, y Lola ve venir la Gran Pausa Cargada de Sentido, antes de la Pregunta Inevitable. *¿No crees que deberías encontrar algo mejor?* Como dos actrices condenadas a

seguir representando la misma escena deprimente cada vez que se encuentran.

Y luego bien que cogía el dinero, no te creas.

Sus pensamientos se van volviendo más amargos e inconexos a medida que el cansancio gana la batalla.

Está quedándose dormida. A pesar de todo. A pesar del fracaso de sus planes, a pesar de los errores, a pesar de que viaja esposada hacia un futuro incierto taladrada por la mirada de un psicópata, se duerme.

Entonces, sucede.

12

Una palabra tamil

En algún momento, horas después, Antonia abandona el sueño profundo. Y los ronquidos, que ronca como un dragón. La luz familiar de las farolas de la avenida del Manzanares, con su patrón característico, la va despertando. Parpadea y se remueve, entrando y saliendo del duermevela, cuando atraviesan el puente de Praga. A menos de trescientos metros del lugar donde habían encontrado el cadáver sin identificar en el río, unos días atrás.

A la altura de Santa María de la Cabeza, Antonia levanta la ídem. Endereza el cuello, que cruje. Sacude con disgusto la bolsa —antes de hielo, ahora de agua—, que ha goteado en sus pantalones.

El efecto del Voltarén está desapareciendo. Cuando echa mano al agua para tragar otro par de comprimidos, se mira la cara hecha un cisco en el reflejo del cristal.

—Qué desastre —dice, con voz ronca de recién despertada.

—Peor quedó Voronin —dice Jon.

Antonia se detiene.

El mundo también.

El rostro de Voronin, destrozado. Un disparo de escopeta, a bocajarro, en línea recta.

Erupararkkiratu.

En idioma tamil, lengua drávida que se habla en la India y el noroeste de Sri Lanka: desviar al buey por mirar la mosca.

Frente a Antonia aparecen de pronto todas las piezas:

– Yuri Voronin, asesinado de un disparo de escopeta mientras estaba en bañador, en su casa, sin que hubiese signos de entrada forzada.
– Un disparo recto, a bocajarro. Le estaban apuntando a la cara.

– El perro, un pastor caucásico enormemente receloso de los extraños, estaba encerrado en el recinto de la piscina.
– Lola Moreno recibe un mensaje de su marido, avisándola de que iban a por ella.
– Alguien intenta asesinar a Lola Moreno, al mismo tiempo que a su marido.
– La lejía en la escena del crimen.
– Yuri Voronin era confidente de la policía.

Todo vuelve al mismo sitio. Todo vuelve a la muerte de Voronin. Antonia recuerda el desasosiego que sintió en la escena del crimen. Cómo los monos se agitaron, intentando hacerle entender algo que estaba ahí desde el principio. La posición del cuerpo. El ángulo del disparo.

Eruparakkiratu.

Desviar al buey por mirar la mosca.

—El perro. El perro, Jon.

—¿Qué le pasa al perro?

—Para el coche.

Jon pone los intermitentes, se pega a la derecha. Están en plena Gran Vía, camino del hotel, pero a esa hora no hay casi tráfico.

—Déjame conducir.

—Pero si estamos casi llegando.

—Tenemos que volver. Cuanto antes. Y tú no estás en condiciones.

Sin creerse del todo lo que está haciendo, Jon le cambia el asiento a Antonia. El frío del exterior —están tres grados bajo cero— le espabila un poco.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Eruparakkiratu, piensa Antonia, que echa el asiento hacia delante para ajustarlo a su cuerpo. No es que Jon esté gordo. Se pone el cinturón, y arranca. Hace un giro bastante ilegal para torcer en plaza de España. Pisa la línea continua, se salta un semáforo, luego dos.

El inspector Gutiérrez, que ya podía oler la cama, se ajusta el cinturón, y maldice el agotamiento que le ha hecho bajar la guardia y cederle el volante a una conductora profundamente desequilibrada.

Otra vez. Cuando había prometido que jamás volvería a ocurrir.

—Me estás asustando.

—Llama a Mentor.

—¿Para qué?

—Que le llames.

Jon marca. Contesta una voz adormilada.

—El furgón en el que va Lola Moreno —dice Antonia—. Necesito que lo localices. Hay dos agentes de la policía judicial a bordo. Se dirige ahora mismo hacia Madrid, según mis cálculos deben de estar entre Villaverde y Usera. Es cuestión de vida o muerte. ¿Has comprendido?

—Ahora mismo —dice Mentor, muy serio. No pide explicaciones. Ha reconocido el tono.

Jon cuelga. Él sí pide explicaciones.

—¿Se puede saber por qué nos estamos jugando un accidente?

Antonia no responde. Está demasiado ocupada en el manejo a noventa kilómetros por hora Cuesta de San Vicente abajo. Esquiva por los pelos a un taxi que salía de la calle Ariaza, que pega un frenazo. El sonido del claxon no llega a alcanzarles.

—El perro, Jon —dice, cuando alcanzan la M-30, y el camino más despejado le permite poner el coche a ciento ochenta.

—Ya, ya. El perro. Que se lo ha llevado la asistenta. ¿Por qué quieres ahora al perro?

—Ahora no. El día del asesinato de Voronin. ¿No lo entiendes? ¿Dónde estaba el perro?

—Encerrado en su piscina —dice Jon, sacudiéndose el cansancio. Que se le está pasando, gracias a la adrenalina que produce adelantar coches, aunque sean pocos, sesenta kilómetros por encima del límite. Y sujetarse bien fuerte a la manija.

—Voronin encerró al perro. ¿Por qué? Porque sabía que iba a recibir visita.

—Conocía a los que le mataron. Eso ya lo sabemos.

—Claro. Pero los que le mataron no iban a matarle. Sólo querían asustarle para que hablara. ¿Qué sentido tenía matarle y *luego* registrar la casa en busca de lo que querían?

—No es práctico, no. ¿Y por qué le mataron, entonces?

Eruparakkiratu.

—Por error, Jon. Le amenazaron con la escopeta, pero en ese momento el perro tuvo que revolverse, ponerse a ladrar. El recinto de la piscina está al lado de la barbacoa.

—El que sostenía la escopeta se asustó.

Y luego, los dos a la vez:

—Pum.

—Vale, pero sigo sin entender por qué estamos dando la vuelta —dice Jon, encogiéndose cuando adelantan a un camión que queda peligrosamente cerca.

—A Lola Moreno intentaron matarla varios minutos después. ¿Por qué?

—Porque había fallado lo del marido —dice Jon, que empieza a comprender.

—Lo hemos enfocado mal desde el principio. Siempre creímos que era un ajuste de cuentas y que iban a por los dos a la vez.

—Pero Orlov se empeñó en dejar clara la traición de Voronin en el funeral. Que era un chivato.

Antonia se muerde el labio inferior, cierra los ojos, intenta pensar. Sin darse cuenta de que, a esa velocidad, no es una buena idea. El volante se le desvía un milímetro. Pasan tan cerca de un monovolumen de color rojo que el retrovisor izquierdo del Audi desaparece. Dejando sólo un cable que se agita, frenético.

—¡Me cago en todos tus muertos, Scott!

—Perdón —dice Antonia, enderezando el volante—. Orlov no sabía lo del dinero entonces. De lo contrario no habrían matado a Ustyan y quemado los archivos de Voronin. Ése fue su gran error, porque encontramos el contenedor.

—¿Entonces?

—Piensa, Jon. Voronin era un negado. Tiraba peras con la punta del pene, según Orlov.

—¿Perdona?

—Luego te lo explico. Era un negado, conoce a Lola Moreno y se vuelve el Da Vinci del blanqueo y del contrabando.

Jon asiente, despacio. Es como uno de esos trampantojos que te muestran una imagen escondida dentro de otra. Una vez que has descubierto el secreto, no hay manera de dejar de verlo. Camuflada detrás de todos los estereotipos sociales, se había reído de todo el mundo durante años. Incluso ahora ellos la habían tratado como una víctima desesperada.

—Qué hija de puta.

—Ella ha sido el cerebro desde el principio. Manipulando a su marido, robando a Orlov. Y un día debieron de cometer un error, y alguien les apretó. ¿Cómo funcionan los confidentes, Jon?

—Tú miras para otro lado, y ellos te cuentan cosas a cambio. Sale más rentable para todos.

—Y a veces te manchas —dice Antonia, con voz suave.

Jon no responde. Bien sabe él qué ocurre, incluso con la mejor de las intenciones. No se puede vadear un río de mierda vestido de novia.

—Ahora dime por qué huyó Lola Moreno y no acudió a la policía.

Jon ata cabos también. Con una claridad estremecedora. Sí, es sólo una chispa minúscula, y casi todo el trabajo lo ha hecho ella, mostrándole a Lola Moreno como quien realmente es. Una mujer manipuladora, con dinero, increíblemente inteligente. Sólo es una chispa minúscula. Pero, por un breve instante, Jon vislumbra lo que debe de ser estar dentro de la cabeza de Antonia Scott.

—Conocía a su atacante.

—Alguien que se había implicado con Voronin y con ella demasiado. Alguien que vertió luego lejía en la escena del crimen —dice Antonia, hablando cada vez más deprisa—. Alguien que había sido herido superficialmente. Alguien cargado de hombros, que apenas movía uno de los brazos cuando le conocimos.

Jon traga saliva, despacio.

—Joder, cielo. Jo. Der. Más te vale estar segura.

Antonia aprieta las manos sobre el volante con determinación. No, aún no lo comprende todo. Quedan cabos sueltos, muchos. Sobre todo los que tienen que ver con la Loba Negra. Hay más fuerzas actuando sobre este tablero de lo que ella es capaz de ver con la información de que dispone. Pero ha eliminado lo imposible hasta que sólo le ha

quedado lo improbable.

—Estoy tan segura de que fue Belgrano, como de que no dejarán que Lola llegue a la sede de la UDYCO con vida.

Grabación 16

Hace dos semanas

YURI VORONIN: No quiero seguir con esto.

COMISARIA ROMERO: Creo que hace tiempo les dejamos claro que sus preferencias no importan, Voronin.

YURI VORONIN: No lo entiende. Lola no sabe que estoy aquí. Por eso no la he traído.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Mira que me extraña. Si es ella la que te lleva de la correa.

YURI VORONIN: Ella es la que piensa cosas. Yo soy el que tiene que rebuscar en basura, hablar con gente para enterarme de cosas que contarles. *Bratvá* y fuera de *Bratvá*.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Eso es algo que haces muy bien. Y era el acuerdo. Nosotros te facilitamos las cosas, tú nos facilitas las nuestras.

YURI VORONIN: Bueno, pues se acabó.

SUBINSPECTOR BELGRANO: ¿Y esta ventolera que te ha dado?

YURI VORONIN: Lola está embarazada. Queremos dejarlo.

COMISARIA ROMERO: Me temo que es imposible.

YURI VORONIN: ¡He hecho todo lo que me pidieron!

SUBINSPECTOR BELGRANO: Y vas a seguir haciéndolo. *(Pausa de ocho segundos.)*

YURI VORONIN: No.

SUBINSPECTOR BELGRANO: ¿Cómo dices?

YURI VORONIN: He dicho no. *(Ruido de una silla cayendo al suelo.)*

SUBINSPECTOR BELGRANO: Menuda hostia que te voy a dar, enano. Te vas a cagar.

YURI VORONIN: No va a tocarme. No va a tocarnos a ninguno de los dos.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Te voy a borrar esa sonrisa a patadas.

COMISARIA ROMERO: Subinspector. Me gustaría saber por qué el sospechoso está sonriendo, cuando sabe que le tenemos cogido.

YURI VORONIN: Usted lo ha dicho. Soy bueno enterándome de cosas. Sé cuánto dinero había en el coche que incautaron a los serbios.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Tú qué vas a saber.

YURI VORONIN: Seiscientos mil euros. Ustedes declararon cuarenta mil.

COMISARIA ROMERO: Es curioso que sepa eso, señor Voronin. Teniendo en cuenta que el conductor murió cuando se resistió al arresto.

YURI VORONIN: Porque yo mismo lo puse ahí.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Dijiste que era un envío de los serbios.

YURI VORONIN: Mentí. El envío era de Orlov. Un pago por una deuda. Yo lo organicé para que fuera así. Ayudé al pobre Jovovic a estibar la carga. Antes de que saliera le pregunté si iba armado.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Debió de armarse después.

YURI VORONIN: Perdimos el envío, perdimos al conductor. La vida sigue, Orlov no se enfada.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Verás cómo se enfada cuando se entere de que eres una rata.

YURI VORONIN: No se lo dirán. Porque si no, yo lo cuento todo. He grabado todas nuestras conversaciones.

SUBINSPECTOR BELGRANO: Tienes que estar de puta coña.

YURI VORONIN: También camuflé una cámara en el coche. *Streaming* 4K. Todo grabado. Incluso el momento en el que sacan a pobre Jovovic de coche y le pegan dos tiros, subinspector. *(Ruidos metálicos, golpes, gritos. Barullo indistinguible durante cuarenta y dos segundos.)*

COMISARIA ROMERO: Vamos a calmarnos todos y discutimos cómo arreglamos esto.

YURI VORONIN: No hay nada que discutir. Ustedes dejan en paz a mi familia y a mí. Si no, habrá consecuencias.

13

Un silencio

Ocurre en sólo tres segundos. Pero qué tres segundos.

El furgón está recorriendo los últimos kilómetros del trayecto por la A-4, a la altura de la depuradora La China. La planta que limpia las aguas de casi millón y medio de madrileños.

Ella, la conductora, se llama Noelia Pardeza, tiene cuarenta y un años y un niño de seis. Hoy no le tocaba trabajar, pero su compañero, el agente Alonso, estaba con fiebre. Así que aquí está.

En el asiento del copiloto viaja Mateo Carmona, treinta y seis años, soltero, sin hijos. Tiene tres perros y vive con su padre, que es mayor, el hombre. Va medio amodorrado, y se ha quitado el cinturón porque con esta mierda no hay quien duerma, y total, quién nos va a multar a nosotros, que somos la policía. Ese sentimiento de invulnerabilidad estúpido e irracional es lo que le salva la vida.

El furgón cruza por encima del Manzanares un poco antes de llegar a la depuradora. Dejan las piscinas de decantación a la izquierda, y continúan el recorrido. Ahora paralelos a las vías del AVE, que transcurren a la derecha de su posición, y a unos cuatro metros de altura. La autovía pasa por encima de la prolongación de la calle Embajadores, del apéndice recóndito donde ésta viene a morir.

La calle desierta, la noche ideal.

La agente Pardeza mantiene la aguja del Citroën a un ritmo constante de cien kilómetros por hora. En una autopista de cuatro carriles, de madrugada, es una velocidad muy segura.

A no ser que te embistan de forma intencionada.

El todoterreno (sin luces) sale del espacio que queda bajo las vías del AVE, invade la autovía a setenta kilómetros por hora, el máximo que ha conseguido su conductor en tan poco espacio. El golpe

(certero) alcanza al Citroën en el lateral de la puerta del copiloto y buena parte del motor, en trayectoria diagonal.

A esa velocidad, un vehículo de tonelada y media que recibe un impacto para el que no ha sido diseñado se convierte en una especie de Euromillones de la física. Cualquier cosa puede suceder, siempre que recordemos el principio de conservación de la energía. La energía cinética transferida es la misma que haría falta para parar en seco a un elefante cayendo desde un octavo piso.

¿Dónde va toda esa energía?

Para empezar, a la cabina de conducción. Que está construida como un módulo independiente del habitáculo trasero. El choque deforma la estructura que rodea al motor, absorbiendo parte de la fuerza del impacto. No la suficiente. La energía cinética de los cuerpos de los agentes Pardeza y Carmona, que siguen viajando a cien kilómetros por hora cuando el vehículo cambia de dirección, les envía en direcciones distintas. Carmona sale disparado hacia arriba y hacia delante, de forma que su pecho impacta contra el salpicadero con una fuerza equivalente a cincuenta veces la gravedad. Tonelada y media que absorben, en parte sus costillas, en parte el airbag frontal, que ha tardado en salir por culpa de la violencia del impacto. En el interior de su cavidad torácica, el corazón golpea el esternón, causando una contusión miocárdica grave, aunque no letal.

El resto de su cuerpo se sigue moviendo, sin las ataduras del cinturón de seguridad. Eso es lo que le salva la vida cuando la puerta se deforma y se rompe, invadiendo el espacio donde hasta hace poco había estado su cabeza. Dos dientes de aluminio y acero, que babean fragmentos de vidrio, pero que no alcanzan a rasgar su piel.

La suerte de Carmona, momentánea, no lo es tanto para la agente Pardeza. El cinturón retiene su cuerpo, limitándose a causarle dos costillas rotas, una contusión pulmonar y un bazo lacerado. El airbag salta, dispuesto a impedir que se golpee contra el volante, lo que a esa velocidad hubiera sido letal. Seis meses de recuperación dolorosa, un aumento en la paga por heridas en acto de servicio, y un niño que conservaría a su madre.

Pero no.

La suerte de Carmona le ha apartado de la zona de peligro, pero ha convertido sus ochenta kilos en un proyectil. El giro que ha imprimido la energía cinética a su cuerpo se transmite a su brazo, que impacta, a la altura de la muñeca, el hueso temporal de Pardeza, por encima de la oreja.

Es como golpear un muro de ladrillos. La muñeca de Carmona se parte con un crujido, doblándole la mano en sentido contrario al natural hasta que las uñas rozan el antebrazo. El cúbito fracturado asoma por la piel desgarrada.

Es como que te golpee un muro de ladrillos. El cráneo de Pardeza se ve lanzado contra la ventanilla, que frena en seco el desplazamiento. Pero en cada accidente de coche hay tres choques. El del vehículo hasta que se para, el de los cuerpos en su interior, y el de los órganos en el interior de los cuerpos. El cerebro de la agente se mueve dentro del cráneo, empujado por el líquido cefalorraquídeo. Que debe servir como colchón natural, aunque en una colisión a alta velocidad tiene la particularidad de moverse a una velocidad distinta que la masa cerebral, por su diferente densidad. Así que lo que hace es enviar el cerebro de la agente en dirección contraria al impacto. Haciendo que rebote dentro del cráneo como un juguete dentro de su caja en manos de un niño curioso al que no le dejan abrir los regalos de cumpleaños hasta que no sople las velas.

Está muerta antes de que acaben los tres segundos.

El habitáculo de los detenidos, mientras tanto, ha corrido mucha mejor suerte. La posición inhabitual de los asientos, que hubiera resultado fatal en un choque en distinto ángulo, redunda en beneficio de los prisioneros. La fuerza centrífuga del primer impacto ha hecho que el vehículo gire sobre sí mismo, en dirección contraria a la marcha, trasladando gran cantidad de energía a los neumáticos del lado izquierdo, que revientan por la fricción lateral contra el asfalto.

Dentro del habitáculo, Kiril y Lola gritan de terror, mientras la inercia les pega la espalda contra el asiento, y el cinturón de seguridad se asegura de que no se muevan.

Eso, mientras el Citroën gira, rodeando el todoterreno, que se ha quedado prácticamente en el sitio en el que impactó contra el furgón.

Una tonelada más pesado, un centro de gravedad más alto. Mejores protecciones y estructura: sólo ha sufrido daños menores. Un lateral destrozado, el capó abollado como un cromo en el patio de un colegio. El faro izquierdo reventado, el motor probablemente no vuelva a arrancar una vez que se pare. Pero aún sigue bombeando gasolina al interior del motor, a razón de cincuenta y seis megajulios por litro. Mucha energía.

Cuando el Citroën detiene el giro que le ha llevado a rotar alrededor del todoterreno, la gravedad entra en juego. La diferencia de altura entre las ruedas que aún resisten y los neumáticos reventados hace que el furgón vuelque sobre el lado del conductor, derrumbándose sobre el quitamiedos y aplastándolo. Hierros azules retorcidos caen a la calle, cuatro metros más abajo. Media carrocería asoma al vacío, la otra media se ofrece, vulnerable, como un animal caído que muestra la panza.

Aquí acaban los tres segundos. Pero no acaba el drama.

El todoterreno da marcha atrás y embiste la carrocería. Tiene mucho menos recorrido y menos velocidad, así que esta vez no hay un impacto brusco. Es un empujón constante, con las ruedas del todoterreno produciendo humo mientras buscan el agarre necesario para avanzar. Poco a poco van empujando el furgón fuera de la carretera, hasta que la gravedad vuelve a tomar el control. El Citroën cae a plomo por el puente, aterrizando sobre un costado. El choque deforma la carrocería y revienta las pocas lunas que quedan intactas. También manda al agente Carmona —herido, pero vivo— contra los metales retorcidos de la puerta, de los que se había salvado antes. Uno de ellos le atraviesa la mandíbula, le lacera el cuello y la tráquea. Carmona se libera del mordisco y se desploma —herido, pero no muerto— sobre su compañera.

El conductor y su acompañante se bajan del todoterreno. Los dos llevan cascos de moto. Se asoman por el agujero en el quitamiedos que ha dejado el furgón al caer, y contemplan el destrozo. El olor a goma y a revestimiento chamuscado de frenos impregna el ambiente.

—Ya está —dice Belgrano, subiéndose la visera. Su aliento forma nubes de vaho en el frío gélido y seco.

—Baja eso —le ordena Romero.

—No hay cámaras aquí.

—Por si acaso.

Vienen coches. Uno de ellos se para, el conductor saca su teléfono. Está llamando a la policía. La mujer que viaja con él apunta hacia ellos con el suyo. Está grabando un vídeo.

No queda tiempo.

Así que corren.

Han dejado la moto en la calle Embajadores, oculta debajo del puente. Descienden por el terraplén, suben a ella y desaparecen. Como aquella mañana en el centro comercial.

Sólo que esta vez han terminado el trabajo.

O eso creen ellos.

Lola

Lola ya no está de humor para cuentos.

El accidente ha sido una película de terror en pocos segundos. Primero, el choque brutal. Luego, el giro que la dejó pegada al asiento. El momento en el que el furgón volcó fue el peor de todos. Lola sintió cómo la tierra, el planeta entero, cambiaba de posición debajo de sus pies. Noventa grados completos. Se preguntó, por un instante, qué pasaría con los edificios, con la gente, con las casas. Todo arrasado.

Quedó suspendida por el pecho y la cintura, un brazo colgando hacia el suelo, el otro enganchado por las esposas, el pelo extendido delante de ella. Sólo el cinturón de seguridad la sostenía.

Después, el golpe por detrás. Lola notó la fuerza del impacto en el culo, transmitida a través del chasis hasta el asiento. Un golpe, seguido de la vibración y la tensión de la tonelada y media de aluminio y acero que se resistía a moverse, mientras era empujada por una fuerza superior, centímetro a centímetro.

El furgón se va moviendo hacia el vacío. Hay un instante de ingravidez, que Lola sintió en la boca del estómago, como cuando su padre pasaba a mucha velocidad por la cuesta de Arroyo de la Miel, cuando ella era una niña y se iban de vacaciones a Torremolinos. Torroles, que es como lo llaman en casa.

El furgón cayó a plomo al vacío, y Lola supo que iba a morir. Su último pensamiento consciente fue para el rostro de su padre, pisando el acelerador cuesta arriba, subiéndose las gafas que le resbalaban por el puente de la nariz. Con una sonrisa traviesa, sabiendo que va a hacerlas reír a las dos en cuanto el coche alcance el punto más alto y la gravedad les haga cosquillas en el estómago.

El furgón se estrelló. Hubo un crujido metálico cuando el chasis se deformó por el impacto. Ruido de cristales rotos. Y eso fue todo.

Lola no muere.

Ni siquiera queda inconsciente.

Tan sólo se queda allí, colgando.

No siente alivio por no haber muerto, solamente sorpresa. Un anticlímax perturbador. El universo había dispuesto las piezas para que se produjese un resultado, y luego ha entregado uno bien distinto. Es como una estafa en la que has salido beneficiada.

Lo cierto es que el habitáculo interior del Citroën ha resistido muy bien. Lola sólo tiene unas magulladuras. Algo de sangre le resbala por la punta de los dedos. El choque ha hecho que el borde de las esposas le lacere las muñecas. Las heridas son superficiales.

Hasta aquí las buenas noticias.

Las malas noticias: Kiril Rebo ha sobrevivido también.

La escasa luz que entra por una de las puertas traseras, que ha quedado abierta, le permite verle frente a ella. Está sentado, de espaldas, con las piernas en alto. Dando fuertes tirones a la abrazadera que le ata al vehículo. El choque ha debido de aflojar los tornillos, aunque Lola no puede verlo desde su posición.

Con un chasquido y un tintineo, Rebo se libera. Se quita el cinturón.

Lola se estremece de miedo. Aunque en la penumbra no puede ver los ojos de Rebo, aún recuerda la mirada fija y vacía que no ha cambiado desde que subieron al vehículo. Así que espera a que la ataque. Y Lola, atada, colgada bocabajo, esposada.

Indefensa.

Pero Rebo no se mueve.

Lola le observa durante largos segundos, hasta que comprende qué es lo que sucede. Y ve también su oportunidad.

—Han intentado matarte —dice, con voz suave.

Kiril Rebo se agita, suelta un gruñido ronco, pero no responde.

—A Orlov le ha dado igual que estuvieras aquí. Creías que era tu amigo, ¿verdad? Pues aquí tienes la prueba de su amistad.

El mafioso se arrastra fuera del asiento y gatea hacia ella. En la oscuridad, sus ojos vacíos han perdido el brillo azul pálido y se vuelven aún más amenazadores.

—Tú no hablas así —dice, agarrándola por el cuello.

Lola no se achanta. Ha escuchado muchas veces a Yuri hablando de Orlov y de Rebo. Cómo fueron los primeros en llegar aquí, cuando comenzó la invasión de la Costa del Sol. Inseparables, los dos. Uno el guante de seda, el otro el puño de hierro.

—¿Cuántos años llevas con él? —dice Lola, con la voz ahogada—. ¿Cuántos son suficientes para que te traicionen?

Rebo afloja la presión sobre su garganta.

—Suéltame. Sácame de aquí, y te prometo que haré que te compense.

—Tú lleva a dinero.

—Hazlo rápido, antes de que venga la policía.

El mafioso le dedica una mirada perturbadora.

Después se arrastra fuera de la furgoneta. Vuelve al cabo de medio minuto, con una barra de hierro azul en la mano. La introduce entre la abrazadera y el chasis, y hace palanca. La abrazadera salta de su soporte al tercer intento.

Lola se suelta, se quita el cinturón, y se deja caer.

Rebo la espera en el exterior. Está temblando, hace un frío insoportable. Se ha quitado la chaqueta y la ha arrojado al suelo, por alguna razón que Lola no alcanza a entender. Tiene tantos tatuajes en los antebrazos que parece como si se los hubiera tapizado.

—Me engañas, te mato —dice Rebo, mostrándole el trozo de hierro azul.

Lola asiente. Lo tiene claro.

—Necesitaremos un coche.

Se escuchan voces que vienen de lo alto del puente, por donde transcurre la autovía. Rebo y ella echan a correr por debajo del paso elevado de las vías de tren, y continúan por la calle desierta. Es poco más que una carretera secundaria. A la derecha hay una nave solitaria, rodeada de altos muros. A la izquierda, un desvío en dirección a Madrid. Otra calle sin un solo coche a la vista. Un letrero, pegado por un emprendedor optimista bajo una señal de ceda el paso, anuncia en letras negras sobre fondo amarillo:

LOCAL DE ENSAYO CASTLE ROCK
A 300 M

Lola sigue a Rebo en esa dirección. Cuatro minutos después, llegan a un polígono industrial. Hay un aparcamiento semivacío a la entrada.

Rebo camina entre los coches, hasta que se detiene delante de un Renault Clio.

—Éste muy fácil —dice—. Coches franceses, *puag*.

Se acerca a la ventanilla de la parte trasera e introduce el extremo del hierro azul en el borde de la luna, entre la goma y el punto donde ésta encaja en la carrocería. La goma se resiste a ceder. Tras varios forcejeos, Rebo opta por la versión rusa del acceso al interior: destrozar la luna a golpes. Se mete por el agujero y caracolea hasta el asiento del conductor. Tira del pasador de seguridad, abre la puerta. Arranca el plástico que protege los cables de arranque.

Mira los cables durante un rato, tocando con sus dedos cortos y nudosos, en forma de palillos de tambor. Tira de un extremo, donde hay tres cables rojos.

Se pone en pie y se acerca a Lola, que contempla todo de pie, abrazándose para intentar conservar el calor. Sólo lleva una chaqueta negra. Suficiente para las temperaturas suaves de Málaga. Un chiste para las madrugadas de febrero madrileñas.

Rebo alza las manos hasta la cabeza de Lola, que se echa atrás, asustada.

—Tú quieta —dice—. Necesita esto.

Le hurga en el pelo, hasta que le arrebata dos horquillas con las que mantenía el pelo hacia atrás. Se las había puesto cuando se peinó en el hotelucho de Estepona, hace un millón de años, o veinticuatro horas.

Rebo las dobla, parte una de ellas, y tras cierto forcejeo consigue acoplar uno de los pedazos uniendo la fuente de doce voltios y la fuente auxiliar, otro entre la fuente de doce voltios y el panel de instrumentos, y finalmente uno más entre el motor de arranque y las otras dos. Con un ronroneo suave, el motor se pone en marcha.

—¿Dónde? —le pregunta a Lola.

—Yo conduzco —dice ella.

—Dime dónde.

—No es lejos.

—¿Cuánto?

—Una hora. Hora y cuarto, quizá. El coche es malo.

Rebo la mira con desconfianza.

—Está bien —dice, al cabo de un rato.

Le deja el hueco del conductor libre, y se coloca en el asiento de atrás.

Lola se pone detrás del volante, ajusta el espejo retrovisor. Los ojos de Rebo están ahí. Tan amenazadores como siempre.

Mete la primera, saca el coche del parking, y se dirige al este, a través del puente de Vallecas y la avenida de La Paz, hacia la M-30. Sin el GPS es mucho más difícil orientarse. Siempre que venían a esta casa era Yuri quien conducía.

Qué difícil que es todo sin él. ¿Por qué tuvo que ser tan estúpido?

¿Por qué tuvo que ir a por Romero y Belgrano? Y, sobre todo, ¿por qué se le ocurrió pensar por sí mismo? ¿Qué le hizo pensar que era capaz?

Lola vuelve a evaluar su situación. Puede que lleve a un psicópata asesino en el asiento trasero, armado con un objeto contundente y punzante. Por ahora está controlado, aunque no se hace ilusiones.

Los hombres son fáciles de manipular. Unos más que otros. Para casi todos, el sexo es suficiente motivación. Algo que ella ha podido prometer con un guiño, una caída de ojos, un tirante de la camiseta que se resbala accidentalmente. Desde que era muy joven ha sabido que poseía un arma de destrucción masiva. Tan sólo porque sus rasgos estaban alineados de determinada forma, unas protuberancias de grasa tenían determinada otra. Y la ha usado, vaya si la ha usado. Yuri era idóneo para camuflarse, y se convirtió en una herramienta mucho más lucrativa de lo que nunca hubiera imaginado. Pero no todos los hombres son tan sencillos.

Si no responden al sexo, o al dinero, si responden sólo a un fuego interno que ella no puede encender a voluntad, son mucho más peligrosos. Si hay algo que le aterra más de Kiril Rebo que la posibilidad de que le haga daño, es que parece inmune a sus habilidades.

Lola no se hace ilusiones, por tanto. Rebo sólo está fingiendo dejarse manipular.

Por ahora, tendrá que bastar, piensa, mirando al retrovisor. Los ojos

fríos siguen clavados en ella. *Te espera una sorpresa cuando lleguemos. Te va a encantar*.

14

Un rastro

El potente Audi llega al lugar del siniestro ocho minutos tarde.

Antonia frena junto al todoterreno, que sigue atravesado en mitad de la calzada. Un par de coches han parado para ver lo que sucedía y si podían ayudar. Otros sólo frenan el tiempo suficiente como para asomar la cabeza y comprobar si hay sangre. Uno se para, se hace un selfie y se vuelve a subir a su vehículo a toda prisa, en busca de wifi.

Antonia y Jon bajan por el terraplén, esquivando botellas vacías y jeringuillas rotas. Los restos del Citroën siguen calientes, las últimas volutas de humo escapan por el amasijo retorcido donde una vez estuvo el frontal del vehículo. El radiador estrujado aún gotea sobre la raya divisoria de la calzada.

Los cadáveres de los agentes, unidos en un abrazo obsceno, son visibles a través del hueco del parabrisas. No hace falta comprobar si respiran. El atestado dirá «heridas incompatibles con la vida».

—Diecinueve —dice Jon, con la voz quebrada.

Antonia no responde. Va directa a la parte de atrás. Una puerta está deformada y hundida. La otra, unida a la carrocería sólo por un pernio, está en el suelo.

Dentro, nada.

—¿Han escapado, o se los han llevado? —pregunta Jon.

Antonia se toma su tiempo en contestar. Da una vuelta alrededor del coche, mirando con detenimiento. Coge la linterna de Jon, entra en el furgón, revisa las abrazaderas donde habían estado esposados. Una de ellas está arrancada. De la otra cuelgan unas esposas.

—Rebo se soltó. Y luego liberó a Lola Moreno —dice, aún acuclillada en el interior.

Sale, camina hasta la parte inferior del puente. Las manos vuelven a

temblarle, pero no es como antes. No ha perdido ni un ápice de su fragilidad, de ese aire tenue que anuncia que está a punto de derrumbarse. Y, sin embargo…

Hay algo distinto en ella, piensa Jon. *Algo peligroso*.

Pasa un rato agachada debajo del puente.

—Se han ido en moto —dice, mostrándole a Jon las yemas de los dedos, en las que aún hay restos de goma.

—¿Cómo sabes que era de los sospechosos?

—Ha arrancado en este punto —dice Antonia, señalando al asfalto con la linterna—. No es un sitio lógico para aparcar, a no ser que quieras que sea tu vehículo de huida. Y los restos están limpios, no tienen polvo acumulado.

—Así que vinieron con la moto y el todoterreno. Adelantaron al Citroën, prepararon la emboscada y huyeron —dice Jon.

—Creyendo que los habían matado.

Con dos vehículos tan potentes, pudieron sacarle mucha ventaja al furgón en un trayecto tan largo. Sólo con apretar un poco…

De pronto cae en la cuenta.

—No sólo adelantaron al furgón.

Antonia le mira, en silencio, y asiente.

—Eran una moto y un coche en la carretera, Jon. No podías saberlo.

Jon le pone una mano en el hombro.

—Ni tú tampoco.

Antonia rehúye el contacto al principio, pero luego deja que la enorme manaza se quede ahí. Hace mucho frío, y el calor que desprende Jon es como un bálsamo.

—Lo creas o no —dice, con un hilo de voz—, estoy empezando a creer que no puedo salvar a todo el mundo.

Jon retira la mano, muy despacio.

Le embarga una oleada de tristeza. No es posible conocer a Antonia Scott, pero es posible entenderla. Y él entendía de dónde procedía la enorme energía que la mueve. Porque reconocía en ella la misma pureza con la que él empezó, el mismo deseo de justicia, la misma compasión por los que sufren. Pero ahora es capaz de ponerle nombre a algo que lleva días percibiendo. Que el epicentro de la energía de

Antonia Scott se ha desplazado un tanto. La compasión ha cedido terreno al deseo de venganza.

Puede que eso la haga mejor aún. Más poderosa. La compasión es una niebla en la que perderse. La venganza procede del odio, y el odio es algo tangible, algo que se puede esgrimir como un arma.

Mirando a los cadáveres de sus compañeros en el furgón, recordando la pesadilla del contenedor del puerto de Málaga, Jon no es capaz de culparla.

Hay que hacer lo que toca. O, al menos, lo que se puede.

Si no puedes salvarlos, al menos podrás vengarlos.

Lo cual no quita para que se sienta muy triste.

Arriba se ven las luces de la Guardia Civil. Se asoman por el puente, comienzan a descender por el terraplén con sus chalecos amarillos.

El inspector Gutiérrez se encarga de las explicaciones, que se llevan valiosos minutos. Antonia le espera en el interior del coche, sentada en el asiento del copiloto, con los ojos cerrados.

Jon entra, frotándose las manos y echándose el aliento para calentarlas. Cada vez hace más frío.

—¿Te has dormido? —dice Jon.

Ella sacude la cabeza, con los labios apretados, sin abrir los ojos.

—Lo que daría por una cápsula roja —dice.

—Ya, y yo por un marido rico. Puedes hacerlo. Lo has hecho antes.

Antonia respira de forma entrecortada.

—Es mucho más difícil. Y más…

No añade más adjetivos. Jon, a cambio, añade un sustantivo. Miedo. Que es lo que tiene Antonia Scott. Ella, que parece no temer a nada, más que a sí misma.

—Voy a necesitar tu móvil —dice, al cabo de un rato.

Jon le pasa el aparato, y ve cómo lo apaga y lo vuelve a encender. Salvo que al encenderlo, deja apretado el botón de subir el volumen. En lugar de la pantalla de inicio, lo que aparece es una aplicación. Antonia introduce un número de muchos dígitos, y después la aplicación le hace un reconocimiento facial.

—¿Cómo has instalado eso en mi móvil?

—Éste no es tu móvil. Te lo cambiamos por otro hace meses. Éste es mejor. Y sin que Apple sepa lo que haces.

—¿Y vosotros sí lo sabéis?

—Estoy segura de que *Asier_29* terminará escribiéndote. Parece buena persona —dice Antonia, sin dejar de teclear en la aplicación.

Jon sabe muy bien las páginas que ha visitado, los mensajes que ha mandado, lo que ha fotografiado con ese teléfono. Y que no le gustaría que nadie más supiera. El rubor sube a sus mejillas, en forma de calor seco. Las protestas hacen cola tras sus dientes, pero luego recuerda no sé qué de quien juega con fuego, mojado se levanta. Así que se limita a abrazar al volante y mirar hacia otro lado. Hasta que se le pasa.

—Esto es interesante —dice Antonia.

—¿El qué?

—Lola Moreno fue a buscar a su perro. Iba a subir al coche con su asistenta, pero no llegó a hacerlo. La gente de Orlov apareció y se la llevó.

—El chófer ese me pone los pelos de punta —dice Jon, recordando a Kiril Rebo.

—Sospecho que fue esa mujer la que les avisó. Zenya Kuchma, ucraniana, con permiso de residencia. Quizá por miedo.

—Se fue antes de que llegáramos.

—Esa mujer vive a las afueras de Marbella. ¿Por qué su móvil me dice que está en movimiento, por una carretera de la sierra de Madrid?

Antonia le muestra en la pantalla la posición del teléfono de Zenya Kuchma. Noventa y nueve kilómetros de distancia.

—Esto es Heimdal, ¿verdad? —dice Jon, poniendo en marcha el motor.

Antonia asiente.

—Y ha localizado su teléfono vía satélite, ¿verdad?

Antonia asiente de nuevo.

—¿Ves como sí que tenía función de satélite fascista mágico?

Lola

Había una niña que se compró una casa en un bosque, no lejos de un pueblo de cuento de hadas.

Lola ama Rascafría.

Es un lugar increíblemente hermoso. El monasterio del Paular tiene más de seiscientos años. Los cartujos lo fundaron en torno a una chimenea y un molino de papel. Les llevó dos siglos edificarlo, y enormes esfuerzos conservarlo, en aquella zona salvaje, a los pies de Peñalara. En mitad de aquel paraje repleto de arroyos gélidos y pedregosos, de los bosques de álamos, abetos y abedules.

Lola nunca había estado antes allí. Pero sabía que Yuri y ella necesitarían un refugio para el día de mañana. Un lugar que nadie conociera, lejos de todo y de todos. Encontró la casa buscando en un portal inmobiliario. Una parcela de mil setecientos metros cuadrados, en un camino forestal en pleno Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama. Una construcción de 1975 que hoy sería absolutamente ilegal.

—Cómprala —le dijo a Yuri.

Puso especial cuidado en la operación, de forma que no pudieran relacionarlos con su propiedad. Ni siquiera usaron a Ustyan como testaferro, sino los servicios de un maltés carísimo.

La casa costó trescientos mil euros. Adquirirla de forma anónima, otros tantos. Pero se convirtió en un escondite romántico. En varias ocasiones subieron hasta allí, con su coche, de forma discreta. Kot en el asiento de atrás, roncando paciente. Y cómo disfrutaba el perro de los largos paseos por el bosque interminable. Más aún cuando acudían en invierno, y la nieve alcanzaba a veces casi medio metro de altura.

Hoy parece que será uno de esos días.

Se encontraron con nieve a la altura del embalse de Pinilla. La carretera iba mutando poco a poco del negro al gris sucio. Y después, al blanco.

Las ruedas del Clio comenzaron a tener problemas de agarre a la altura de Alameda del Valle. Lola desvió el coche de la carretera y se metió en el pueblo.

—¿Es aquí? —dijo Kiril, repentinamente alerta.

—No. Necesitamos unas cadenas, o no podremos continuar.

Aparcaron detrás de un Mercedes que tenía las cadenas puestas, aparcado junto a un restaurante. *Imposible de forzar*, dijo Rebo. A falta de poder llevarse el coche, robaron las cadenas. Penaron durante casi media hora, para quitarlas e instalarlas en las ruedas delanteras del Clio.

—Eres ruso, se supone que tendrías que haber hecho esto antes.

Kiril se encogió de hombros.

—Prejuicio, *da?* Como negros que bailan, *da?*

Ofender la sensibilidad política de un mafioso, lo que me faltaba, pensó Lola. Subieron de nuevo al coche, que ofrecía poco calor. Incluso con la calefacción al máximo, el método ruso que había usado Kiril para acceder al interior había convertido el Clio en una nevera.

Tiritando, alcanzaron Rascafría.

La hermosura del pueblo vuelve a sobrecoger a Lola. Incluso de noche, con el temporal rugiendo en la ventana, el pueblo parece una reliquia de otro siglo. Allí la gente es pacífica, tranquila. No hay discotecas, ni prostíbulos. Apenas mil quinientos habitantes, y sólo un coche de la policía municipal, que únicamente abandona el garaje del ayuntamiento el día de las fiestas patronales.

El paraíso.

Lola conduce hasta el final del pueblo, y toma el desvío en dirección al puerto de Cotos. Se encuentran con un cartel de la Guardia Civil, avisando de que la carretera está cortada por el temporal.

Lola lo aparta, se baja y sigue adelante. Cien metros más lejos está el desvío hacia el Arroyo del Cuco.

Son doce kilómetros más, por un camino de tierra en mitad del bosque. La nieve alcanza ya varios centímetros de alto. Lola baja la velocidad, conduce en tercera para evitar perder tracción, y toca el volante lo menos posible. Aun así, ese último tramo es un infierno, con las ruedas patinando peligrosamente cada pocos minutos.

De pronto, el coche se queda clavado en mitad de la carretera.

—Tendremos que seguir andando —dice Lola.

Rebo mira afuera, con la nieve arreciando cada vez más fuerte, y mira a sus exiguas ropas.

—Si nos quedamos aquí, moriremos —insiste Lola.

—¿Lejos? —pregunta Rebo.

—Cerca —responde ella, que no tiene ni la menor idea de dónde están.

Tan sólo un poste ocasional cada pocos metros les salva de perderse. Eso, y que apenas estaban a cien pasos de la casa. Porque no hubiera aguantado mucho más, con el viento arreciando a ochenta kilómetros por hora.

Media hora más y no lo hubiéramos conseguido, piensa Lola, viendo cómo la capa de blanco va creciendo.

Aun así, llegan a la puerta de la finca completamente ateridos. Con los labios azules y los músculos agotados. Lola aprieta el botón del interfono con fuerza. Si Zenya no le hizo caso y no acudió a la casa, tendrán que saltar el muro. Y no será nada fácil. El seto que rodea la finca es alto, espeso, tiene tres metros de alto.

Por favor. Por favor, dice Lola, sin dejar de apretar.

—¿Sí? —suena una voz por el telefonillo.

Lola pronuncia la contraseña que ha abierto cualquier portal de España, a cualquier hora, desde siempre.

—Soy yo.

El portón de acceso a la finca se abre con un zumbido áspero y petulante.

Una luz se enciende en el lado frontal de la casa. Apenas es visible en el manto de nieve. Lola se dirige hacia ella. Tiene que alzar los pies

con fuerza para caminar entre la nieve, que ya alcanza los dos palmos. Tiene los vaqueros empapados hasta las rodillas, y apenas puede sentir los pies.

Cuando alcanzan el porche delantero, Lola está a punto de desfallecer. Kiril no está mucho mejor que ella. La piel enrojecida, la respiración tenue. Cuando entran en el zaguán, apenas pueden caminar. Cada paso es una tortura.

Zenya está esperando junto a la puerta con una manta. Lola va a cogerla, pero Kiril la agarra por detrás antes de que la alcance. La asistenta se echa hacia atrás, asustada, cuando ve aparecer al ruso.

—El perro —dice, obligando a Lola a darse la vuelta, y poniéndole el extremo retorcido de la barra de hierro en el cuello.

Lola le mira con un agotamiento infinito. En algún momento de un pasado lejano, su plan incluía ordenar a Kot que atacara a Kiril tan pronto entraran en la casa. Ese plan que había ya olvidado, pero que Kiril parece haber tenido en cuenta desde el principio.

Alza la mano, a la que todavía siguen unidas las esposas.

—Zenya. ¿Dónde está Kot?

—En la cocina, señora —responde Zenya.

Unos zarpazos en la puerta contigua.

—Ve a por él —ordena Kiril Rebo, en ruso—. Y átalo donde yo pueda verlo.

Zenya desaparece por la puerta de la cocina, y vuelve al cabo de un momento con el perro, atado con un arnés que le rodea el cuello y le sujeta a la altura del pecho. Kot va tirando de ella con tanta fuerza que Zenya apenas puede retenerlo.

—Controla —dice Rebo, apretando más el hierro contra la garganta de Lola.

—*Myeste*. Quieto —ordena Lola.

Kot se detiene, al instante. Pero su mirada no se aparta de Kiril Rebo. Hay fuego hambriento detrás de esos ojos color café.

—Átalo ahí —dice Rebo, señalando una columna de madera en mitad del salón.

Zenya obedece, rodeando la columna con la correa. Hace un nudo fuerte, y le da la vuelta al asa de la correa.

Sólo entonces Rebo suelta a Lola, que se aparta dando tumbos de él, y se deja caer de culo delante de la chimenea. Zenya ha encendido la calefacción eléctrica de la casa, pero no ha prendido la chimenea. Hay troncos preparados.

No usan pastillas de encendido. Lo único que tienen para iniciar el fuego es una enorme pila de periódicos viejos (intacta) y un ejemplar de *Cincuenta sombras de Grey* al que le faltan la mitad de las páginas. Con dedos casi insensibles, Lola arranca un capítulo y lo usa para arrancar la hoguera.

Cuando las llamas prenden, Lola se desprende de la ropa empapada. Desnuda, se arrebuja en la manta que le trae Zenya.

Rebo no se ha movido de la entrada, esperando a ver qué hacía Lola. No la ha perdido de vista mientras se quitaba la ropa, recreándose en las extrañas geometrías que las llamas dibujan sobre los pechos desnudos y el vientre de Lola. Sin la ropa, es imposible ocultar su estado.

—Yuri, *da?* —dice, acercándose a la chimenea.

Lola no responde. Tiene la vista clavada en el fuego, y la mente a un millón de kilómetros de distancia. O a ese mismo lugar, pero hace un millón de minutos. Sentada frente a esa misma chimenea, con su marido. Pasándole la mano por el pelo, negro, ensortijado en el flequillo cuando se lo dejaba más largo. Dios, qué guapo era. Con esos labios carnosos y esa nariz ancha y varonil. No era muy alto, pero sabía cómo hacerla feliz.

Pudimos haberlo tenido todo. Idiota.

—Nunca he matado embarazada —dice Rebo.

—Tampoco vas a hacerlo ahora. Tenemos un trato. Compartiremos el dinero.

Rebo se acerca a Zenya y le ordena que se siente en el sofá junto a la chimenea. Se saca las esposas del bolsillo y le ata las manos a la espalda. Lola se da cuenta de que en algún momento del viaje ha tenido que quitárselas.

Probablemente usando mis horquillas.

—Prefiero hablar en ruso. Tú me contestas en español. ¿Está bien? —dice Kiril Rebo en su idioma.

Lola asiente. Ya no tiene sentido fingir.

—¿El dinero está en esta casa?

—Está aquí, en este salón.

—Bien, pues muéstramelo.

No sólo no tiene sentido discutir, sino que tampoco tiene sentido pelear. No va a exigirle nada a Rebo, ni a discutir con él.

Se levanta, envuelta en la manta, y camina hacia la columna en la que está atado Kot.

—¿Adónde vas? —dice el mafioso, interponiéndose entre ella y el perro.

—Voy a por el dinero.

—Vas a soltarle, zorra.

—Si quieres el dinero, tendrás que confiar en mí.

Rebo, que nunca ha confiado en nadie, no va a empezar a hacerlo ahora. Le arranca la manta a Lola, le pone el hierro en la espalda y la obliga a caminar delante de él.

Kot se pone tenso según se acercan. Se incorpora un poco, aunque el arnés no le deja levantarse del todo. Emite un gruñido amenazador y constante.

—*Myeste*. Quieto —dice Lola, con la voz temblorosa.

Lleva horas sin pincharse la insulina. Vuelve a sentir la garganta seca y la visión algo borrosa. Pero no puede cometer errores ahora.

Se agacha, y acaricia al perro detrás de las orejas.

—Cuidado —le advierte Rebo. La punta del hierro le rasga la piel, y puede notar un hilillo de sangre descendiéndole por la zona lumbar.

Kot se revuelve, inquieto. El olor de la sangre le está volviendo loco.

—*Molodets*. Buen chico —dice Lola, palpando su cuello, hasta encontrar lo que busca debajo de la enorme pelambrera. Una zona de la piel algo más dura. Allí donde el adiestrador ruso le había hecho una pequeña incisión del tamaño de una uña con un bisturí, antes de insertarle una funda de plástico rígida bajo la epidermis.

Impermeable, invisible.

Como tener una caja fuerte con dientes.

Sin dejar de susurrarle palabras tranquilizadoras, Lola hurga con la uña hasta que consigue extraer la tarjeta micro SD. 512 GB. A prueba

de golpes, de agua, de campos magnéticos. Capaz de aguantar hasta ochenta y cinco grados de temperatura.

Lola le muestra a Rebo la tarjeta, sin volverse. El mafioso se la arrebata de las manos y la agarra del pelo, haciendo que se aparte del perro.

Lola recoge la manta del suelo, sin inmutarse. Se envuelve en ella y regresa junto a la chimenea.

—¿Qué es esto?

—Lo que todo el mundo está buscando. La estructura de las empresas de la Tambovskaya. Pruebas contra la comisaria Romero y el subinspector Belgrano.

—¿Y el dinero? ¿Está aquí?

Lola asiente.

—Hay una carpeta. Dentro hay 74.568 bitcoins.

—Seiscientos millones de euros —dice Rebo, sin poderse creer que esa cantidad de dinero quepa en un trozo de plástico del tamaño de la uña de su dedo meñique.

—Cuando se los quitamos a Orlov era esa cantidad. Ahora valen más. Casi ochocientos millones, la última vez que comprobé la cotización —dice Lola, con una calma pasmosa—. Y antes de que se te ocurra nada extraño, cada una de las carpetas está protegida por una contraseña distinta. Sólo yo la sé.

—No me preocupa. Acabarás diciéndonosla —dice Rebo, con una sonrisa de suficiencia.

Lola se da la vuelta, alarmada, ante el uso del plural.

Rebo le muestra un teléfono móvil.

—La bolsa con nuestros objetos personales estaba en la cabina del furgón. Tuve que rebuscar un poco debajo de los policías. Pero a ellos ya no creo que les importe. De regalo, a uno le quité esto —dice, dejando caer la barra de hierro al suelo y sacando una pistola de la parte de atrás de los pantalones.

Zenya, que no se ha movido del sofá, ni ha abierto la boca, se echa a llorar.

Lola mira aquella pieza de metal negro y pesado, y comprende lo ingenua que ha sido. Rebo no sacó el arma antes para dejar que se

confiara. Para hacerle pensar que podría vencerle de algún modo. Ha sido más astuto que ella.

—Teníamos un trato —dice, a la desesperada.

—Hay una función muy interesante en WhatsApp —pronunciado en ruso, el nombre de la aplicación suena cómico en labios de Rebo. *Guat-sa*—. Compartir ubicación en tiempo real. Aquí ya no hay cobertura, pero no creo que les cueste mucho encontrarnos.

—Estúpido hijo de puta —dice Lola, poniéndose en pie, enfurecida—. Orlov te hubiera matado sin dudarlo.

—Pero sobreviví —dice Rebo, encogiéndose de hombros—. La guerra es la guerra.

En ese momento se abre la puerta.

Seguirlos fue muy sencillo, al menos al principio.

El furgón iba despacio, así que tuvo que refrenar la Kawasaki en la autovía, volviendo el trayecto tedioso. Incluso se permitió parar a descansar unos minutos en una gasolinera. Comió algo, fue al baño, y luego no tardó en alcanzarlos. Dejó casi ochocientos metros de distancia entre ella y el Citroën, para evitar el riesgo de que la vieran.

Su plan no era tan sencillo. Necesitaba que se detuvieran antes de actuar, así que esperaba su oportunidad. El mejor momento sería una vez llegados a Madrid, aprovechando que los dos agentes estarían agotados del viaje. En un semáforo, o en un ceda el paso.

La oportunidad nunca llegó. Porque alguien se le había adelantado.

Cuando vio el todoterreno embistiendo al furgón, frenó en seco y se echó al arcén. Apagó las luces y continuó la marcha, muy despacio. Así fue testigo de cómo sucedió todo.

Cuando llegó al puente, los dos atacantes ya estaban marchándose en su moto. Otro coche se había detenido ya junto al todoterreno accidentado, y alguien llamaba por teléfono a la policía.

Reprimió una maldición dentro del casco. Todo aquel esfuerzo había sido inútil. La rabia y la frustración se apoderaron de ella.

Entonces vio salir a Rebo de la parte de atrás del furgón. Le vio hurgar entre los cadáveres, coger una barra de hierro. Y luego salir de nuevo junto a Lola Moreno.

Sonrió. Su plan se había vuelto mucho más sencillo, de repente.

Calculó los pros y los contras de actuar en ese momento. Y, finalmente, decidió que era mejor esperar y dejar actuar a Rebo.

Apagó el motor de la Kawasaki, se bajó y la guio, a pie, terraplén abajo. Después, a cierta distancia por la calle. Sólo encendió el motor cuando se subieron al Clio y continuaron la marcha.

Con las luces apagadas, la moto negra y ella solamente eran una sombra

más densa en la oscuridad.

Media hora más tarde, notó vibrar su teléfono móvil. Se frenó a un lado de la carretera para consultarlo. Orlov le había enviado un mensaje con la ubicación de Lola Moreno. Al parecer Rebo había logrado comunicarse con él. Decía que un equipo iba para allá. Le ordenaba (¡le ordenaba!) que se uniera a ellos para capturarla de una vez por todas.

Soltó una carcajada ante la arrogancia del viejo insensato. Le esperaba una sorpresa, sin duda. Pero no antes de que ella cumpliera su misión.

Volvió a ponerse en marcha, y no tardó en alcanzar al Clio. Pero un poco más adelante, la situación se complicó. A medida que iba ganando altura, el clima empeoró. El temporal que afectaba a la sierra había llenado de nieve sucia las carreteras, que ya no eran perfectas y seguras autovías, sino reviradas, y de doble sentido.

Vio cómo se detenían a robar unas cadenas, pero ella no podía permitirse ese lujo. No encontraría cadenas que se adapten a la rueda de la Kawasaki ni tiene tiempo de buscarlas.

Así que seguirles de pronto se vuelve un juego muy peligroso. Incluso a la baja velocidad a la que circulan. La moto no ha sido diseñada para esto. Con unos neumáticos claveteados, o incluso con un compuesto en espray que mejorase la tracción, podría desempeñar mejor la tarea. Pero pensar en esas cosas es lo mismo que desear un helicóptero.

Continúa, como puede, intentando mantener la rueda delantera en la rodada del Clio. Eso ayuda, pero en dos ocasiones se va al suelo. Cuando el coche abandona la carretera principal y entra en un camino de tierra, la situación se vuelve insostenible.

Avanzan tan despacio que tiene que detener la moto en varias ocasiones, para evitar que la vean. Y el viento, cada vez más fuerte, le hace muy difícil permanecer encima de ella. El cuero de la ropa y la camiseta térmica que lleva debajo la aíslan un tanto del frío, pero sumado al aire comienza a notar cómo pierde calor corporal demasiado deprisa.

Sin embargo, no cede.

Decide dejar la moto entre los árboles y continuar a pie.

Ellos no tardan en hacer lo propio. Contempla con estupor cómo se

lanzan al temporal vestidos con ropa ligera. No durarán así ni diez minutos, *piensa*. Asnos estúpidos.

Por suerte para ellos, la casa estaba muy cerca.

Les sigue al interior de la finca con facilidad. Ni siquiera han cerrado la cancela tras ellos.

Así, escucha toda la conversación desde la entrada, protegida del viento por las columnas del porche.

Cuando ha oído todo lo que necesita saber, abre la puerta.

—La guerra es la guerra —está diciendo Kiril Rebo.

De pronto escucha la puerta abrirse y se vuelve hacia ella, apuntándole con la pistola.

—¿Quién coño eres?

—Chernaya Volchitsa *—responde ella, quitándose el casco y acercándose a él.*

Kiril Rebo ríe con crueldad, y se vuelve hacia Lola Moreno.

—La Loba Negra está aquí —canturrea, con tono burlón—. Ahora vas a saber lo que es el miedo.

Ella sonríe a su vez, y saca la pistola del interior de la chaqueta de cuero. Con mano firme, la pone en la sien de Rebo, que sigue riendo, y aprieta el gatillo. La bala le revienta la cabeza, cortando la risa a la mitad.

15

Un vuelco

—Hay que joderse con la nievecita —dice Jon.

—Creo que dices demasiados tacos.

—Creo que nos vamos a meter una hostia como un pan.

Jon conduce con sumo cuidado, atravesando Rascafría. No han parado a poner las cadenas, porque Antonia se niega.

—Tenemos prisa. Activa las ayudas electrónicas —le dice, apretando un botón del salpicadero.

El coche lleva un ordenador de a bordo *—por ese precio, podía conducirse solo*, piensa Jon— que corrige los desvíos bruscos de las ruedas. No hace magia, pero ya ha colaborado a evitar que el Audi patine en dos ocasiones.

Rebasado el pueblo, la señal se pierde.

—No hay cobertura —dice Antonia—. Este punto donde estamos es el último que registró el móvil de Zenya como activado.

Este punto donde están es ninguna parte. Hay dos caminos delante de ellos. Uno da la vuelta, en dirección a Rascafría. El otro lleva al puerto de Cotos. Altitud, 1.830 m. Hay un cartel de la Guardia Civil avisando que el paso está cortado.

Alguien lo ha echado a un lado.

Jon mira a Antonia, y ella asiente.

—Hay unas rodadas en el suelo —dice, cuando se adentran en la carretera.

Las rodadas son tenues, y a Jon le cuesta seguirlas. La nieve sigue cayendo con fuerza, y va cubriendo las huellas. Hay un punto en el que éstas desaparecen.

—No puede ser —dice Antonia, bajándose del coche. Se agacha en el cono de luz que iluminan los faros, y estudia el suelo con atención.

—Por aquí no ha pasado nadie —dice, cuando regresa al coche, con los dientes castañeteando y la voz trémula.

—Hemos debido de saltarnos el desvío —dice Jon, dando marcha atrás.

—Ve lo más despacio que puedas —avisa Antonia, abriendo la ventanilla. Saca la cabeza y apunta con la linterna al suelo, y entre los árboles. El bosque es espeso, y los troncos se levantan frente a ellos, como guardianes espectrales.

Un poco más atrás, hay un hueco entre los árboles. Apenas es distinguible en la oscuridad. Y en el suelo, una rodada apenas imperceptible.

—Es por aquí —indica, señalando a la derecha.

Jon maniobra para entrar en el camino forestal. El manto blanco ha cubierto el suelo, haciendo mucho más difícil seguir el trazado. La visibilidad frente a ellos es nula.

De pronto, al tomar una curva algo más cerrada, un coche parado surge de la nada. Jon pega un volantazo de forma instintiva. Las ayudas electrónicas se empeñan en contrarrestar el brusco giro, empujando las ruedas en dirección contraria. El Audi golpea de refilón al coche (es un Renault Clio, se fija Antonia al pasar junto a él), resbala en la nieve, se sale del camino, desciende tres metros entre los árboles, hasta que uno de ellos lo frena en seco.

—Otro —dice Jon, cuando el airbag se ha desinflado lo suficiente para permitirle hablar.

—Dos a uno —responde Antonia, manoteando para apartar de su cara el nailon blanco.

—Éste no cuenta como conducción temeraria. Íbamos a treinta por hora.

—Supongo que no —admite Antonia, saliendo del coche para inspeccionar los daños.

Al Audi le ha crecido un árbol en el capó. La carrocería se ha abombado y deformado, abrazando la mitad de la superficie del tronco del abedul. No irá a ninguna parte sin ayuda de una grúa y treinta horas de taller a doscientos euros la hora.

Jon va al maletero y abre la maleta. Un abrigo fino, es todo lo que

puede usar para protegerse del frío. Antonia no está mucho mejor. Un tres cuartos de paño era todo lo que había empacado.

—Volvamos a la carretera.

—Espera un minuto —pide Jon.

Aparta las maletas, las pone en la nieve y retira la alfombrilla que protege el fondo del maletero, descubriendo la rueda de repuesto.

—Me temo que vamos a necesitar algo más que cambiar una rueda.

Jon alza la rueda, la arroja al suelo. Debajo hay un hueco con una bandeja alargada, de un metro de largo. Jon la desplaza hacia delante y extrae lo que hay dentro.

—Remington 870 Nighthawk con culata extensible, canana con cinco cartuchos extra, correa de neopreno —dice Antonia, con tono apreciativo—. Éste no es el equipamiento oficial.

—El bosque de noche es peligroso —responde Jon, colgándose la correa del hombro, con el cañón apuntando al suelo. Por último, recoge los dos chalecos antibalas, se pone el suyo y obliga a Antonia a hacer lo propio—. Anda, tira.

Regresan junto al Clio abandonado en la carretera con gran dificultad. Cuando llegan arriba tienen las piernas cargadas y el aliento escaso.

—Sigamos adelante.

Los árboles desaparecen de forma abrupta un poco más adelante. La nieve ahora cae más despacio, y el viento ha amainado bastante. Eso les permite andar un poco más erguidos cuando encuentran el muro que rodea la finca.

La cancela está abierta.

Están a mitad de camino de la casa, cuando escuchan el disparo.

—Quédate aquí —dice Jon, caminando hacia el porche.

Antonia, por supuesto, no hace caso. La puerta está abierta, y cuando entran ven un cuadro que no era el que esperaban.

El salón es amplio, rústico. Vigas vistas de madera en el techo, y también en varios puntos del salón. Una chimenea encendida. Un sofá y dos sillones. Una mesa. Nada de toda la excentricidad y el horror de la casa de Marbella.

En el sofá, una mujer ucraniana esposada. De pie, junto a la

chimenea, Lola Moreno envuelta en una manta. Atado a una columna, un pastor caucásico que gruñe amenazador. En el suelo, haciendo de alfombra, el cadáver de Kiril Rebo, al que le falta un buen trozo de cráneo. De pie, a dos pasos del cadáver, una mujer pelirroja, de tez tan blanca que devuelve cada reflejo de la chimenea, vestida con ropa de moto de color negro. En una mano tiene el casco, en la otra, una pistola.

Jon entra, con la escopeta por delante.

—Tire el arma. Ahora.

La mujer le mira, luego mira a Antonia.

—Les conozco. Policía.

En ese momento, Lola se adelanta y empuja a la mujer en el pecho. El ataque la pilla por sorpresa, se tropieza con el cadáver de Rebo, y cae hacia atrás.

—*Fas* —dice.

Kot se lanza, gruñendo, sobre la mujer derribada. No logra alcanzarle el brazo, pero sí le engancha en el muslo izquierdo con los dientes. La mujer suelta un grito ahogado. Alza la pistola contra la cara del perro, pero no llega a disparar.

—Ordene que la suelte —dice Antonia.

—¡Esa mujer está con Orlov!

—No se lo repetiré —dice Antonia.

Está desarmada, y es una cabeza más baja que ella, pero algo en su voz le dice a Lola Moreno que no le conviene discutir.

—*Myeste*.

El perro abre inmediatamente las mandíbulas. Cuando retira los colmillos, están teñidos de rojo.

—La pistola —dice Jon, acercándose a ella, sin dejar de apuntarla con la escopeta.

La mujer respira fuerte, intentando no gritar por el dolor. Tiene los dientes apretados, y aun así se resiste a entregarle el arma al inspector Gutiérrez.

Antonia se agacha y se la retira de los dedos crispados.

—Déjeme ver —pide.

La herida es profunda. Los enormes dientes del pastor caucásico han

desgarrado un buen pedazo del músculo. Está perdiendo mucha sangre.

—Encárgate —dice Antonia a su compañero, señalando a las mujeres.

—Descuida.

Antonia vuelve al cabo de un rato con tijeras, toallas limpias, una botella de vodka y un rollo de cinta de carrocero, que ha encontrado en un cajón de la cocina. Corta los pantalones de cuero y comienza a remediar el desastre como puede.

—Necesita antibióticos.

—Y yo necesito insulina —dice Lola, que está agachada sobre el cadáver de Rebo.

—Échese atrás —dice Jon.

—No lo entiende. En esta tarjeta está lo que buscan —le dice, mostrándole la tarjeta—. El dinero. La información sobre Orlov. Las pruebas contra Romero.

—Yo me haré cargo de esto —dice Antonia, quitándole la tarjeta de la mano.

—Aquí hay más dinero del que ustedes ganarán en cien vidas. Si me salvan de ellos, podremos repartírnoslo.

—¿Cuánto?

Lola se lo dice.

Jon suelta un silbido.

—Ha dicho que hay pruebas contra Romero. ¿A qué se refiere?

—Mi marido era confidente de la policía. Teníamos un acuerdo. Él marcaba los objetivos, ellos hacían las redadas. Luego la cosa se complicó. Yuri les tendió una trampa. Un correo con dinero y droga. Ellos robaron parte del dinero y mataron al correo. Está todo ahí. Grabaciones en vídeo, audio. Todo.

Antonia y Jon se miran.

—Tenías razón —dice Jon.

—Eso me temo. Fue Belgrano quien intentó matarla, ¿verdad? —pregunta Antonia a Lola.

—Yuri les amenazó. Quería romper nuestro acuerdo.

—Y salió regular —dice Jon.

—Fue un estúpido. Había muchas formas de hacerlo bien. Si tan sólo me lo hubiera dicho —dice Lola, que vuelve a sentirse mareada, y tiene que sentarse junto a Zenya.

—Está bien. Ahora ya ha acabado todo. Incluso hemos capturado a la Loba Negra —se ufana Jon.

Antonia mira a la mujer tumbada en el suelo. Luego mira a la pistola que le ha quitado. Al cadáver de Kiril Rebo. Al perro, que no aparta sus ojos de ellos, mientras se relame la sangre del hocico.

—Ella no es la Loba Negra —dice Antonia.

Jon se vuelve hacia ella, con los ojos muy abiertos.

—Pero qué dices, cari. ¿Has enloquecido?

Antonia señala al perro, señala a Rebo.

—Dime por qué nuestra asesina profesional mata a sangre fría a Kiril Rebo y no mata al perro en defensa propia.

Definitivamente, Jon no tiene una respuesta para eso.

—¿Eres la Loba Negra? —dice, inclinándose sobre la mujer herida.

—No. Yo la seguí y la maté.

El inspector Gutiérrez suelta una carcajada de incredulidad.

—¿Tú mataste a la Loba Negra? ¿A la asesina que teme toda la mafia?

—Ella buena. Yo mejor —dice la mujer, encogiéndose de hombros.

Jon se rasca la cabeza.

—Vale. No eres la Loba Negra. Entonces ¿quién eres?

—Nombre no importante. Importante es que Orlov viene.

—Déjanos decidir eso a nosotros.

Ella reprime una mueca de dolor. Respira hondo. Lleva años sin pronunciar esas palabras. Tantos, que muchas veces ha llegado a dudar de quién es de verdad.

—Mi nombre es Irina Badia.

CUARTA PARTE

JON

La niña no sintió dolor
cuando el clavo le rasgó la cara
por debajo del ojo izquierdo.



1

Un relato

Éste es un relato que debería contarse en voz baja, cadenciosa, con un ritmo pausado, con todo el tiempo del mundo.

Había una niña

Vocales suaves, consonantes contundentes, fonemas con un acento de tierras lejanas.

que jugaba a colgarse

Frases cortas, muchos silencios, a veces largos.

de la rama del viejo roble

Hasta explicar el mismo cuento que ella se narra a sí misma sin cesar.

hasta que un día llegaron

Para calmarse el dolor, para aliviar su necesidad, para lograr conciliar el sueño.

unos hombres malvados.

Había una niña que jugaba a colgarse de la rama del viejo roble hasta que un día llegaron unos hombres malvados.

La niña se llamaba Irina Badia. Su hermana, Oksana. Vivían en una

granja propiedad de sus padres en Chkalova, Ucrania.

Todo eso son sólo palabras.

¿Cuántas son necesarias para contar la historia de una persona? ¿Mil? ¿Cien mil?

Tampoco son suficientes.

Describir el horror que la niña sufrió cuando los hombres fueron a buscarla sería un intento inútil. Su familia murió, y ella escapó, eso es todo. Siguió viva, por difícil que fuera. Hasta que se hizo lo bastante fuerte como para recorrer dos mil kilómetros, en busca de alguien que la hizo aún más fuerte. Que la enseñó a elevarse por encima de sí misma.

—*¿Cuánto debe durar una pelea?*

—*Cinco segundos*.

—*No eres la más fuerte, nunca lo serás. Si tu contrincante resiste tu asalto inicial, será un infierno. Ataca en los puntos débiles, sin piedad, y túmbale antes de que se entere siquiera de que hay una pelea*.

Pasaron los años.

Viajó mucho más lejos, hasta el otro extremo del mundo, en busca de aquellos que se lo habían arrebatado todo.

Encontró el amor, o algo parecido.

Lo dejó atrás, porque descubrió que no era suficiente. Que lo único que podía llenar el inmenso vacío en el centro de su corazón era la sangre.

Regresó. Sola.

Cuanto más sola está una persona, más solitaria se vuelve. La soledad va creciendo a su alrededor, como el moho. Un escudo que inhibe aquello que podría destruirla, y que tanto desea. La soledad es acumulativa, se extiende y se perpetúa por sí sola. Una vez que ese moho se incrusta, cuesta una vida arrancarlo.

La niña siguió adelante. Volviéndose mucho más violenta, más expeditiva. Sus peleas eran breves, pero cada vez iban cobrándose un

precio más alto. Su cuerpo se fue quebrando, su espalda era un universo propio, donde habitaba un dolor insoportable, que se adueñó de todo.

Cada vez le quedan menos peleas dentro. Y el corazón sigue sin haber comenzado a colmarse.

Un día, en San Petersburgo, descubrió el paradero del último de los hombres que habían ordenado la incursión en la granja de los Badia. Un proxeneta llamado Orlov. Que había progresado desde entonces. Ahora tenía su propio clan, allá abajo. En España.

Pero los jefes de la Tambovskaya no estaban contentos con Aslan Orlov. Habían enviado a una asesina para destruirlo y arreglar sus errores.

Todo esto se lo contó un hombre moribundo, al que Irina torturó durante horas. Un *shestiorka* de la organización, que quería vivir. No lo consiguió, pero su muerte no fue en vano. Puso a Irina sobre la pista de la Loba Negra.

Viajó a Madrid en el mismo avión que ella.

Se alojó en el mismo hotel que ella.

Cuando salió a dar un paseo aquella noche, por la orilla del río, Irina la siguió con un cuchillo y un alambre. La alcanzó en el puente. Iba tranquila, confiada. Como todos los depredadores que creen que la noche les pertenece. En el último instante, cuando estaba ya sobre ella, la Loba presintió el peligro. Logró parar sólo su primer golpe.

La pelea duró en total tres segundos.

Irina la desnudó, se deshizo del cuerpo. No sin antes usar su dedo pulgar para desbloquear su móvil por última vez.

A partir de ahí, se convirtió en ella. La información sobre su objetivo estaba totalmente a su disposición. Pero justo cuando iba a salir en su busca, se encontró con que Orlov también requería de sus servicios. El juego se volvió aún más interesante.

Este relato comienza de la misma forma que los cuentos de hadas siempre cambiantes que Lola se cuenta a sí misma. ¿Hay acaso alguna otra manera de comenzar un cuento? Pero hay una diferencia respecto

a esas mentiras autocomplacientes con las que Lola intenta reescribirse a sí misma.

El relato de Irina Badia es real.

Todo lo real que pueda ser una historia, al fin y al cabo.

Ésto sería lo que Irina Badia tendría que haberle contado a Antonia Scott. Pero el mundo, en general, ofrece pocas oportunidades para escuchar el relato completo de una persona antes de emitir un juicio sobre ella. Cuáles son sus orígenes, sus aspiraciones, sus sueños. Qué anhelos alberga el corazón infinito de un ser humano. Qué piedras ha encontrado en el camino, qué le ha hecho cruzarse en el tuyo. Qué sonrisas de dientes afilados le impiden conciliar el sueño cuando trata de dormir. Quién plantó las zarzas que desgarran su alma y asfixian su juicio.

Cómo se hizo esa cicatriz debajo del ojo izquierdo.

El mundo ofrece pocas oportunidades para escuchar completo el relato de una persona. Estar atrapado en un chalet de montaña que está a punto de ser asaltado por asesinos armados hasta los dientes no es una de esas oportunidades. Y la vida no es como una película o una novela, donde justo antes de un momento decisivo, el narrador se permite hacer un largo *flashback* en tonos pastel.

Así que la conversación fue más bien de esta otra forma.

2

Un resumen

—Mi nombre es Irina Badia.

—Eres muy buena. ¿Fuerzas especiales rusas? *Spetsnaz?* ¿Grupo Alfa?

Irina menea la cabeza.

—Amigo enseña a mí.

—¿Por qué estás aquí, Irina?

—Orlov mata a mi familia. Yo mato Orlov.

Antonia se da cuenta de que el rudimentario español de Irina no les llevará demasiado lejos.

—¿Cómo murieron? —pregunta, cambiando al ruso.

Irina le contesta en ese idioma. Habla más despacio. Su voz se vuelve más suave.

—Teníamos una granja. Nos querían a mi hermana y a mí. Mataron a mis padres, se llevaron a mi hermana para la red de trata. Yo escapé.

Antonia mira a la mujer, tumbada en el suelo, indefensa. Cuando se mueve un poco, puede ver que le falta una oreja. La analiza, a la luz de los nuevos datos. Alza el brazo hasta la mejilla izquierda de Irina, hasta casi tocar la cicatriz. Esa fina, antigua, línea que llega hasta la mitad de la mejilla. Y que late en la misma frecuencia que la que ella oculta bajo la ropa.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho.

Hasta ahí, el preámbulo conteniendo las motivaciones.

—¿Y luego?

Los pensamientos fluyen bajo sus ojos, como peces bajo el hielo verde: inalcanzables. Irina toma aire y resume veinte años de entrega, de violencia y de sufrimiento, en veinte palabras.

—Luego crecí y los maté a todos. Los que lo hicieron y los que lo ordenaron. Uno por uno.

Una idea ilumina a Antonia como un relámpago en un cielo claro. Un súbito, empequeñecedor, entendimiento de que sus capacidades, por grandes que sean, nunca serán suficientes para comprender del todo.

Y sin comprender, ¿cómo puedo hacer lo correcto?

Vuelve la mirada a Jon, que no pierde detalle de la escena, a pesar de que no ha entendido nada.

—Tenéis que marcharos —dice Irina, agarrando la manga de Antonia para reclamar de nuevo su atención—. Orlov está a punto de llegar.

Antonia le aparta la mano con delicadeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo el móvil de la Loba Negra. Venían detrás de mí, siguiendo una señal que estaba enviando Rebo.

No son buenas noticias.

No son buenas noticias, en absoluto.

Tiene que tomar una decisión sobre ella. Pero antes necesita comprenderla.

—Has venido a por esto —dice Antonia, mostrando la tarjeta micro SD—. ¿Por qué?

—Orlov es el último de mi lista.

Antonia piensa en el contenido de la tarjeta. En todos los nombres, las conexiones, las cuentas bancarias. No sólo de la mafia rusa, sino de sus colaboradores, de sus socios en una docena de países. Gente a la que la justicia de los hombres no podrá tocar nunca.

—Se te ha acabado la lista. Y quieres hacerte otra.

Irina se aprieta fuerte la herida. Está sufriendo, sin duda.

—Por todas las niñas que no han tenido mi misma buena suerte.

Pronuncia la palabra con dulzura, con fatalismo.

Udachi.

En ruso, significa buena suerte.

Sin más.

La palabra azota a Antonia. Un látigo trenzado de envidia, burla y

tristeza. A esa mujer se lo arrebataron todo cuando era una niña. ¿Cómo puede pensar que ha tenido suerte? Alguien irrumpió en su vida, la destrozó. La convirtió en una máquina de odio.

¿Cómo puede pensar que ha tenido suerte?

¿Cómo puede hacerme eso sentir tan culpable?

3

Un amanecer

Antonia termina de hablar con Irina y después tiene una breve conversación con Lola Moreno. Luego regresa junto a Jon, que se ha quitado el abrigo y se ha sentado a la mesa del comedor, desde donde puede vigilar a las tres mujeres.

—¿Y bien?

—La situación está complicada —dice, bajando la voz.

Y le explica.

—La madre que me hizo. Tenemos que salir corriendo, entonces.

—No es tan fácil, Jon.

—Tenemos el coche de la asistenta. Nos metemos los cinco ahí, y hasta luego.

—Es un Ford Fiesta sin cadenas, Jon. Ahí fuera hay medio metro de nieve. Si no se ahoga el tubo de escape, las ruedas patinarán. O nos encontraremos con Orlov a campo abierto.

—Podemos ir en dirección contraria.

—Montaña arriba las cosas estarán peor. Y el camino termina tres kilómetros más lejos, en un mirador. No hay nada en esa dirección. Sólo volver por donde hemos venido.

Jon se pasa la mano por la cara. Está muy cansado. Tiene los ojos hinchados, y está muerto de hambre.

—No puedo más.

—Espera aquí —dice Antonia.

Vuelve al cabo de un rato con dos tazas de café instantáneo calentado al microondas y un paquete de galletas rancias. De esas que viven para siempre en cualquier despensa, porque no hay nadie tan famélico como para atreverse con ellas. Jon coge la taza que le tiende su compañera. Después se mete las galletas en la boca de dos en dos.

—Andando no está lejos. Podríamos intentar escapar por el bosque, y bajar hasta el pueblo.

Antonia hace un gesto hacia las prisioneras.

—Una está herida, dudo que pueda caminar. Las otras dos no tienen ropa adecuada.

—Quizá guarden algo de abrigo en la habitación.

—No, ya he mirado. El armario está casi vacío. No hay más que un par de camisetas de marca. Y una caja llena de juguetes sexuales.

Jon apura el café, por llamarlo de alguna manera. Mira por la ventana. Una luz sucia y gastada anuncia el amanecer, iluminando el jardín. Es un recinto cuadrado, alfombrado por una espesa capa de nieve. Las copas de los árboles se intuyen, fantasmales, contra el cielo que muda de negro a gris. En contraste con los fuertes ventarrones de anoche, la brisa tenue que mece las ramas más bajas parece un delicado arrullo.

La nevada se ha detenido por completo.

—Eso no ayuda —dice Jon, señalando afuera—. Encontrarán antes la casa.

Antonia le mira, muy seria.

—Tú y yo podríamos conseguirlo. Dejarlas aquí, llevarnos la tarjeta. Llamar a la policía, cuando consigamos cobertura. Y quizá lleguen a tiempo.

El inspector Gutiérrez se sacude una miga de galleta de la barba, y sonríe.

—Eso no va a ocurrir.

—No —admite Antonia—. Pero era la última opción que quería que descartaras.

—Así que sólo queda una cosa por hacer.

Antonia asiente, despacio.

—Dos contra ni se sabe —dice Jon.

—Tres —le corrige Antonia, señalando a Irina.

—Creo que no te sigo.

—Está de nuestro lado.

—¿La loca del coño?

Antonia tuerce el gesto.

—No es el término que yo utilizaría.

—¿Y qué término utilizarías tú?

—¿Si tuviera que hacer un perfil psicológico? Estrés postraumático, egomanía, trastorno persistente del duelo, personalidad antisocial. Probables rasgos esquizoides, aunque no estoy segura.

Menudo diagnóstico, piensa Jon. *Para que la encierren*.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Voy a devolverle la pistola.

—Estás de broma.

Antonia coge una galleta y la mastica despacio, negando con la cabeza.

—¿Cómo puedes confiar en una persona así?

—¿Cómo puedes tú?

Alguien aprieta el *pause* sobre la cara de Jon, que se detiene hasta comprender a quién se refiere Antonia.

—Ah. Todo eso, ¿eh?

Antonia se encoge de hombros. No es cuestión de presumir.

—Pero a ti no te ha dado por matar gente —dice Jon.

—Sabes que lo he intentado. Pero tengo una puntería bastante mala.

Jon suelta una carcajada, recordando lo que pasó en el túnel con Sandra Fajardo. Es una carcajada nerviosa, de esas que uno suelta en una oscuridad repleta de monstruos.

—Pues ya puedes ir mejorándola. Por cierto, este café estaba buenísimo. Me está quitando el cansancio de golpe.

Antonia saca del bolsillo una bolsita con píldoras blancas.

—Difenilmetilsulfinilacetamida.

Jon reconoce la bolsa enseguida. Se suponía que estaba en la guantera. Mira la taza vacía, y luego mira a Antonia, con los ojos entrecerrados.

—Qué bajeza, cari. Me has echado *droja* en el Nescafé.

—Ya me lo agradecerás.

Romero

No es esto para lo que me hice policía, piensa la comisaria.

Mira el reloj. Pasan de las ocho de la mañana, no queda mucho para el amanecer.

Está siendo una noche eterna. Y muy triste.

El cansancio ejerce sobre su ánimo un efecto melancólico. Nunca ha sido ella muy dada a reconocer en su interior las emociones. Mucho menos, a manifestarlas. Bien sabe Dios que lo último que puede traslucir una mujer que se dedica a su profesión son los sentimientos. Todo es interpretado como un signo de debilidad. Una gripe, el periodo, el más leve cambio de humor. Una queja sobre una situación empleando cualquier término valorativo. Cualquier peculiaridad o rasgo del carácter que en un hombre es aceptado sin un segundo vistazo, para una policía es un baldón. Cada día desde que empezó ha tenido que enfrentarse a palabras como *cuota*, *paridad*, *adorno*.

Así que elimina cualquier rasgo que la humanice. El color en la ropa, descartado. También el maquillaje. Incluso ha aprendido, a lo largo de los años, a modificar su lenguaje corporal.

Un trabajo ingente. Que comenzaba a dar sus frutos.

Hasta que un día se obsesionó con Orlov. Y con Voronin, como medio de conseguir llegar a él. Se obsesionó tanto, se involucró tanto, que ha terminado aquí.

Aquí. Un cruce de carreteras, a la salida de un pueblo perdido de la sierra madrileña. Donde hace un frío de mil demonios.

Un lugar como cualquier otro para volver la vista atrás.

Todo empezó cuando pillaron a Voronin por el lío aquel del contenedor. Las pruebas eran endebles, siendo muy generosos. Pero Voronin picó el anzuelo. Y su mujer también. Menuda sinvergüenza.

Iba de mosquita muerta, de no haber roto un plato en su vida. Pero a ella nunca la engañó. Voronin la miraba antes de abrir la boca. Aunque le preguntaras la hora. Cada puñetera vez, se volvía y la miraba.

Lola Moreno. Qué asco de tía.

Romero se enciende un cigarro. Sólo fuma en privado. Otra debilidad que evita mostrar. Pero qué más da ya. En este cruce de caminos, solamente está Belgrano. Y él lo sabe todo de ella.

El subinspector Belgrano. Leal hasta el final. Con su impulsividad y su mal genio. Se pregunta por qué nunca se ha acostado con él. Es lo único que les falta. Han compartido todo lo demás. Noches en vela, sangre. Broncas. Detenciones que no han prosperado, delincuentes que se han librado. Otros que han acabado donde deberían. Frustración, mucha. Victorias, menos. Pero la cama, nunca.

Está bien así, piensa, echándole un vistazo de reojo. Apoyado en la moto, sin decir palabra. Cansado, como ella. Pero sin protestar. Son hermanos. Comparten un código. Y eso une más que lo otro. Son familia.

La familia mancha. La vida pesa.

Ella sabía que usar a Voronin como confidente era un camino peligroso. Que iba a utilizarles para eliminar a la competencia. Es de primero de soplón, y Romero ya tiene sus años. Pero cómo iba a prever ella la trampa que les tendió, el muy cabrón.

Ella no había metido la mano demasiado. No más de lo normal, al menos. En una redada de las gordas siempre se perdían un par de fajos. Todo el mundo lo sabía, y todo el mundo miraba hacia otro lado. Y qué esperan, con la miseria que les pagan. Ella no llega a los tres mil brutos. Belgrano, un tercio. Lo que ellos ganan en un mes, un camello lo gana en una tarde tonta. Un gomero, diez veces eso, con un solo viaje. Pero ellos tienen que dejarse la vida y las horas, jugarse la piel y el pescuezo cada minuto, por unas migajas. Y vadear un río de mierda, con una sonrisa y la ropa impecable. Claro que sí.

Ella no había metido la mano demasiado. No más de lo normal. Las reglas estaban claras. Que no te pillen, no llames la atención. No lo tengas por costumbre. Todo lo que quede por debajo de esa línea es tu

puñetero problema. Allá tú y tu conciencia. Nadie levantará una ceja.

Los inspectores que entrullaron hace ocho años en Marbella. Amigos suyos. Compañeros de la UDYCO. Sólo cometieron un error. Confundieron los términos. En lugar de dedicarse a hacer de policías y trincar lo que caía de la mesa, se subieron a la mesa y pusieron un plato.

Ella no era así. Nunca lo había sido.

Todo lo que ella quería era hacer bien su trabajo.

Pero aquel coche correo de los serbios. Seiscientos mil euros en billetes usados. Sólo un conductor. Escoria con antecedentes de violencia. Homicidio, robo, abusos. A Belgrano se le calentó la cabeza. Y a ella también, cómo no. Con esa pasta se tapaban muchos agujeros. Se apuntaban la detención, una más para el historial impecable de la comisaria Romero. Y aquí paz y después gloria.

Cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad, adivina el resto.

Puto Voronin.

Siendo honesta, tampoco es que le quedase mucho que dar. El tipo estaba quemado. Ya iba siendo hora de que dejase de darles peces chicos, y les entregase el atún. Pero se les adelantó. Sólo porque no contó con ella. Su mujer nunca le hubiera dejado cometer esa estupidez. Amenazar a una comisaria de policía. Hay que ser…

Lo pagó. Caro. No era la idea. El puto perro asustó a Belgrano, que siempre ha sido más bien ansioso. Y todo se descontroló. Hubo que ir corriendo a por ella. Y fallaron.

Menudo desastre.

Llamó demasiado la atención. El propio Orlov la llamó por teléfono, para pedir explicaciones. Era la primera vez que hablaban. Y ella le dio media verdad. Lo justo para que todo el mundo salvara la cara.

Pero en Madrid alguien levantó una oreja. Y aparecieron aquellos dos en busca de Moreno.

Cuando la cogieron, Orlov volvió a llamar. Se suponía que tenía que morir, como fuera. Orlov facilitó el coche. Una segunda cagada. Y dos policías muertos. Dos inocentes. Otra raya cruzada.

Esa Lola Moreno es como una puñetera cucaracha. No termina de

morirse nunca.

Orlov llamó una tercera vez. Para informarles del fracaso, y ordenarles qué hacer. Y Romero se dio cuenta de que las tornas habían cambiado. Que ahora sólo era una herramienta en sus manos.

No es esto para lo que me hice policía, piensa la comisaria, de nuevo.

Los dos coches llegan con las primeras luces del amanecer. El sol no va a romper hoy por encima de los montes. El cielo cuelga muy bajo, henchido de nubes grisáceas y malos presagios. Lo que hagan hoy, quedará oculto de la mirada de Dios.

Es un alivio miserable para una tarea miserable.

El primer todoterreno se detiene en el cruce. Romero echa un vistazo al interior. Sólo dos hombres, que no hacen gesto alguno al verlos.

—¿Esto es lo mejor que tiene Orlov?

—Lo mejor que tiene Orlov es Orlov —dice una voz tras ellos.

Romero se gira, y ve al viejo mafioso, acompañado de dos matones, bajarse del segundo todoterreno. La Fiera. Proxeneta, violador, narcotraficante. Asesino. Tiene que contenerse para no sacar el arma y esposarle contra el capó.

Una oleada de repugnancia la invade. Hacia él, hacia sí misma.

—¿Están solos? —dice Orlov.

—Sólo nosotros. ¿Esperaba a alguien más?

El viejo mira a lo lejos. A la línea donde comienza el bosque que se extiende montaña arriba, hasta desaparecer devorado por las nubes.

—No importa. ¿Han localizado la última posición que les envié?

—Es aquí —dice Belgrano, mostrando un mapa hecho por satélite en la pantalla de su móvil—. Hay una casa en el bosque, doce kilómetros más adelante, por este camino. Después, nada.

—Suban al coche. Acabemos con esto de una vez.

4

Un inventario

Lo ponen todo encima de la mesa. Cuatro piezas de metal y plástico encima de la madera.

No es gran cosa.

El arma de Jon tiene trece balas en el cargador insertado, otras trece en el de repuesto.

La pistola de Irina, diez balas. Sin cargador de repuesto.

La pistola que tenía Rebo. Doce balas. Sin cargador de repuesto.

La escopeta de Jon. Ocho cartuchos.

—Veinte metros de alcance. A partir de ahí, la dispersión de las postas disminuye las posibilidades de un disparo letal —dice Antonia, apoyando el índice en la culata.

Jon asiente, despacio.

—Así a ojo, ¿cuánto dirías que son veinte metros? —pregunta, señalando por la ventana.

—Hasta el abedul.

—Claro. Y sólo por clarificar…

Ella pone los ojos en blanco.

—El árbol de la derecha del Ford Fiesta.

—Ves como cuando te explicas…

Antonia se pone en pie, y recoge la pistola de Irina y la que Rebo había robado a los policías.

—Al final hemos acabado resolviendo el asesinato del Manzanares.

—Ése no te lo puedes apuntar. Se ha resuelto solo.

—¿Y quién ha cogido a la asesina?

—Técnicamente, la ha atrapado el perro —dice Jon, levantándose y yendo hacia las prisioneras.

El inspector Gutiérrez le pide a Zenya que se incorpore, y le quita

las esposas.

—Necesito que lleves tu coche hasta la cancela y lo aparques de culo, lo más cerca que seas capaz. Después echas el freno de mano, y vuelves cuanto antes.

La asistenta obedece. Antonia se acerca a la entrada, y aprieta el botón que cierra la cancela. Por si a la mujer le entra una idea de última hora.

Cuando regresa, les explica el plan.

—Orlov tiene que estar a punto de llegar. No sabemos cuántos son, ni con qué armas cuentan. Así que tendremos que aguantar como podamos. Tenemos dos ventajas a nuestro favor. La casa es sólida, todas las ventanas tienen rejas. Así que el único punto de entrada posible es la puerta principal.

—¿Cuál es la segunda? —pregunta Lola.

—No esperan oposición. Ni que seamos tres —dice, alargándole su pistola a Irina, sosteniéndola por el cañón.

Hay un instante de silencio incómodo. Incluso la hoguera, casi apagada para entonces, cesa de crepitar.

Ella no hace ningún movimiento para coger el arma. Sus ojos verdes no se apartan de los de Antonia.

—¿Seguro?

—No. Pero tampoco tengo mucho que perder —responde Antonia.

Irina levanta el brazo. Sus dedos rodean el cañón del arma. Durante un instante, la energía que transmite su mano se comunica con Antonia a través de ochocientos gramos de acero.

—¿Y nosotras? —dice Lola.

—Usted la ha traicionado a ella —dice Antonia a Zenya, señalando a Lola.

—Y tú has traicionado… —Jon hace cuentas, pero sale más barato resumir—. Bueno, a todo el mundo. Así que tumbaos debajo del sofá, y no incordiéis.

Irina se incorpora un poco, y va con Jon hasta la ventana. Tiene que apoyarse en él a cada paso.

—Plan vuestro… mal.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas veces has estado en una casa asaltada por

mafiosos rusos?

Irina inclina la cabeza, intentando comprender. Luego alza dos dedos.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Una mal. Una bien.

Antonia se une a ellos.

—¿Tienes una idea mejor? —pregunta, en ruso.

—Alguien tiene que estar en el tejado —responde ella en el mismo idioma—. Intentar que no se acerquen demasiado. No importa que las ventanas tengan rejas, si se acercan, moriremos todos.

—Iré yo —se ofrece Jon, cuando Antonia le traduce la respuesta al castellano.

—Con la escopeta, y desde arriba, cubrirás mucho terreno. Intentarán rodearte, así que tienes que estar atento a tu espalda.

—De acuerdo —dice Jon.

Irina coge a Antonia por el codo, la lleva hacia la ventana e inicia con ella una conversación en ruso.

—Tú, aquí —le dice, dando con los nudillos en el alféizar—. Rompe los cristales, sólo estorban. Espera hasta que estés segura de acertar.

—¿Y tú?

—Yo iré afuera, entre los árboles.

—Con esa pierna, ni hablar.

—¿Sabes usar eso? —dice Irina, señalando la pistola de Antonia.

—No muy bien —admite ella.

—Pues no discutas. Deprisa. Tienen que estar a punto de llegar.

5

Un tejado, un jardín y un salón

Jon es el primero en verlos.

Su trabajo le ha costado. En el dormitorio principal hay un velux que da al tejado, el único acceso a la casa que no tiene rejas. Salir por él ha sido una odisea. Primero, subirse a una silla para poder maniobrar. Después, abrirlo al máximo. El máximo resultan ser cuarenta centímetros. Las matemáticas le indican que por ahí no va a pasar. No es que esté gordo. Así que rompe las varillas que le impiden la salida. A culatazos.

Abajo, Antonia hace algo parecido, a juzgar por el ruido de cristales rotos.

El inspector Gutiérrez lleva once años sin subirse a un tejado. Y fue para arreglar una antena parabólica en casa de unos amigos. Así que toda su experiencia consiste en recordar que están inclinados, y que resbalan mucho, sobre todo cuando están cubiertos de nieve.

El tejado es a un agua, de teja árabe. A la izquierda del velux queda la chimenea. Es grande, y ofrece suficiente espacio para que Jon pueda parapetarse tras ella. Queda justo encima de la puerta de entrada.

Las malas noticias son que en esa posición ofrece un blanco perfecto a cualquiera que se acerque por detrás de la casa.

No pasa ni un minuto desde que Jon se coloca en su sitio y los todoterrenos doblan el recodo del camino. No lejos de donde el Audi se estrelló sin que Jon tuviera culpa alguna.

—Ya están aquí —grita Jon, a través del hueco de la chimenea.

En el salón, Antonia rompe los cristales con el atizador de la

chimenea, y coloca una manta —robada en un vuelo de Iberia— sobre la jamba destrozada, para poder apoyarse sin miedo. Un muro de aire gélido le golpea en la cara.

La voz de Jon llega a través del hueco de la chimenea un minuto más tarde. A su derecha escucha cómo la puerta del salón se abre. Irina está saliendo.

Antonia se vuelve hacia Lola Moreno, que se está vistiendo, ahora que sus ropas se han secado.

—Esté pendiente de la puerta, por si le ordeno que la abran corriendo. Y usted —le dice a Zenya—, preste atención a la ventana de la cocina, por si alguien intentara algo desde ahí.

Irina desciende los escalones del porche y se interna en el jardín. La nieve le llega justo por debajo de la rodilla, dificultándole mucho los movimientos. Pero, por extraño que resulte, estar de nuevo en contacto con ese manto blanco le transmite una energía que hace mucho tiempo que creía perdida. No le quita el dolor, pero le devuelve algo. Del tiempo en Magnitogorsk, junto al Afgano. El hombre que la convirtió en un arma.

Está claro que la discreción no va a ser su aliada. Va dejando detrás de ella un rastro bastante claro. Huellas, arrastres, incluso pequeñas manchas rojas que se vuelven rosadas en cuanto se diluyen en la nieve removida.

Usa lo que tienes a tu disposición, resuena la voz del Afgano en su cabeza.

En lugar de ir directamente hacia la entrada, Irina se desvía hacia la pared, de la que ve colgar una manguera. Abre el grifo al máximo, confiando en que el agua no se haya helado dentro del tubo. Pero lleva demasiado tiempo sin usarse, así que fluye con fuerza al cabo de unos instantes. Irina coge la manguera y la arrastra tras ella hasta la zona junto al seto, y deja que el agua corra hacia la entrada de la finca. A la vuelta, necesitará un camino abierto para regresar deprisa. El agua ayudará a despejarlo.

En el tejado, Jon ve cómo se están preparando para entrar. Bajan de los coches. Cuatro del primero, tres del segundo. Reconoce a Orlov, a Romero y a Belgrano. El asco que le produce ver a dos compañeros —dos personas que gritaron a pleno pulmón el mismo juramento que él—, al lado de esa alimaña, no se puede reproducir.

—Son siete. Belgrano y Romero también —dice a la chimenea, confiando en que Antonia le escuche.

Puede ver a Irina, recorriendo el lateral de la finca, pegada al seto. Va muy despacio. Apenas puede moverse con esa pierna herida. Cojea ostensiblemente, y va dejando un rastro que cualquiera puede seguir. La pierde de vista a ratos, ya que la media docena de árboles que hay en el jardín le bloquean parte de la visión. De pronto es consciente de que esos árboles van a ser un problema, si cualquiera de los atacantes los usa como parapeto para avanzar hacia la casa.

Igual lo de poner el Ford Fiesta delante de la cancela no ha sido una buena idea. Va a dificultarles entrar, pero el truco les ha avisado de que venimos, piensa Jon.

Porque se están organizando. Alguien da una orden, seguramente Orlov, aunque Jon no puede verlo. El primero de los cuatro por cuatro da marcha atrás en el camino, se coloca con el morro hacia la cancela, y comienza a empujar. La cancela suelta un chirrido metálico, el todoterreno sigue empujando.

Y hay dos hombres que están rodeando la casa. Jon ve cómo doblan la esquina, luego pierde la perspectiva cuando el seto les oculta.

Mierda, mierda, mierda.

En el jardín, Irina ha conseguido llegar hasta el fondo del mismo. Hay una leñera, que forma un recodo en la pared. Allí espera, con la pistola en la mano, intentando no pensar en lo difícil que es mantenerse en pie.

El todoterreno, un Range Rover de color negro, embiste la cancela con golpes secos, cortos. Marcha atrás, acelerador a fondo, marcha adelante. Las ruedas han conseguido abrirse un surco en la entrada. El parachoques está ya medio hundido, pero a la cancela no le queda

mucho. Un golpe más y saltará del riel que la mantiene derecha. El aire huele a gasolina, a barro y a metal.

Clang.

El ruido, rasposo, resuena por encima del motor revolucionado. Eso es algo que nunca ha dejado de sorprender a Irina. Cómo la nieve es capaz de amortiguar unos sonidos y multiplicar otros. La nieve es caprichosa.

El todoterreno se echa hacia atrás, para permitir que los hombres pasen. El primero se cuela por el hueco entre la cancela y la pared. Irina ve asomar unas zapatillas de color azul, unos vaqueros, finalmente un cuerpo rechoncho, enfundado en una cazadora de cordura.

Irina lo deja pasar. Espera a que avance un poco sobre la nieve del jardín, que tire de la cancela para ayudar a que pase el siguiente. En el momento en el que las piernas del segundo están a mitad de camino, Irina da un paso hacia delante, abandonando la protección del reborde de la leñera. Pone la pistola en la cabeza del primero, y aprieta el gatillo. Ni siquiera mira a la cara del segundo, sólo se gira, le apoya la pistola en el estómago y dispara de nuevo. El primero aún está cayendo al suelo, de rodillas, con la cabeza destrozada, cuando el segundo comienza a gritar de dolor. La bala le ha atravesado las tripas, haciendo un agujero de salida del tamaño de una pelota de tenis.

Irina se arroja al suelo justo a tiempo. Los disparos atraviesan el aire que acaba de abandonar. Rueda, vuelve hacia atrás, se refugia en la leñera.

Ahora intentarán dispararme desde arriba, comprende, demasiado tarde.

En el tejado, Jon ve caer a los dos a los que ha disparado Irina, y cómo se arroja al suelo. De pronto, una cabeza se asoma por encima de la leñera.

Están intentando trepar por ahí. Jon deja a un lado la escopeta, se apoya en la piedra de la chimenea, tensa los hombros y relaja las

manos. A esa distancia es imposible acertar a la cabeza y las manos que se asoman, pero no es necesario. Basta con lo que sucede. El tiro pega en el muro, arrancando un pedazo de revoco, y haciendo que la cabeza y las manos desaparezcan.

Eso da tiempo a que Irina se incorpore y se aleje un poco, renqueando, pero por desgracia también ha causado otro efecto.

Jon ha revelado su posición.

Los dos que estaban rodeando el muro de la finca han conseguido un ángulo de tiro, y han visto a Jon.

Por suerte sólo asoma parte de la cabeza y los hombros. Un tableteo resuena en sus oídos, al tiempo que una ráfaga se estrella en la cumbrera del tejado, haciendo estallar una lluvia de tejas y enviando una nube de arcilla y cemento encima de Jon, que se agacha antes de que una segunda ráfaga desgaje una de las piedras de la chimenea.

Su puta madre. Eso es un arma automática.

—¡Tienen armas automáticas! —clama la voz de Jon, por la chimenea.

Antonia, para entonces, ha reconocido el tableteo característico del AK-74. La versión modernizada de su primo famoso y veintisiete años anterior. Fuego selectivo, treinta cartuchos fabricado en poliamida semitranslúcida, cerrojo rotativo

Mala cosa, piensa Antonia.

Por la dirección de los disparos, deduce dónde están los atacantes de Jon. Por detrás de la finca el seto mide tres metros y no hay acceso al interior de la casa. Pero si son capaces de retenerle en el tejado sin permitirle que dispare, sus posibilidades se reducen mucho. Irina se está replegando, en el exterior del jardín. Lo que deja sola a Antonia frente a los atacantes.

El hombre al que Irina hirió en el estómago está atascado en la cancela, se ha debido de enganchar la ropa en los hierros. Sigue gritando de dolor. *Aunque aún no lo sepa, está muerto*, evalúa Antonia desde la distancia. Una bala de 9 mm a bocajarro en el estómago requiere de asistencia urgente antes de treinta y dos minutos. A partir

de ese momento, sólo queda poner morfina.

Al parecer, Orlov ha hecho la misma evaluación que ella. El todoterreno se echa hacia atrás, y vuelve a embestir la cancela, retorciendo los hierros contra la pared y aplastando el cuerpo del herido, que suelta unos alaridos desgarradores. Suena un disparo, uno solo. Los alaridos se detienen.

—Ejecuta a sus propios hombres. Ésa es la piedad que podemos esperar —dice Lola, detrás de ella.

Se ha levantado y mira por la ventana, con los ojos repletos de miedo.

—Vuelva a su sitio —le ordena Antonia—. Y haga el favor de no molestar.

Fuera, Irina ha conseguido retroceder hasta el lateral de la finca. Renqueando cada vez más. La pierna herida apenas tiene ya fuerza. Se parapeta detrás de uno de los árboles, buscando un lugar desde el que poder disparar. Pero no hay ángulo que le permita ver la puerta con claridad.

Mierda, piensa Irina.

En el tejado, Jon sigue atascado. No hay forma de regresar al interior sin ponerse de pie y convertirse en un blanco fácil. Levanta la mano para comprobar que sigan ahí, y la baja enseguida. Una nueva ráfaga de balas le clava en el sitio.

Mierda, piensa Jon.

Dentro, Antonia contempla cómo el todoterreno embiste la cancela de nuevo, empujando hacia delante el Ford Fiesta. Las ruedas resbalan en la nieve, desplazando el coche a pesar de tener clavado el freno de mano.

Con un último empujón, el Range Rover invade la finca, comienza a rodear el Ford Fiesta, el último obstáculo que se interpone entre el

todoterreno y la casa. Detrás del parabrisas, el rostro de Orlov se va haciendo cada vez más grande.

Mierda, piensa Antonia.

6

Una mañana tranquila

El todoterreno irrumpe en la finca, al tiempo que Antonia comienza a disparar. Una bala pasa por encima del coche, otra se estrella en el capó. Una última da en el parabrisas, arrancando de cuajo el retrovisor.

Antonia sopesa los resultados con cierta distancia objetiva y concluye, que, para ser ella, no están mal del todo.

Pero no han servido para frenar a Orlov.

—Si pasan, estamos muertos —grita Antonia.

Desde el asiento trasero del todoterreno, que lleva las ventanas abiertas, alguien comienza a disparar.

Jon escucha, más que ver, el todoterreno entrando en la finca. Agazapado tras la chimenea, no tiene ángulo suficiente como para disparar con precisión. Pero la escopeta tiene una ventaja: no necesita mucha.

Asoma el cañón de la Remington, sosteniéndola con una sola mano. En alguien menos fuerte, el retroceso de aquella bestia la haría brincar como una cabra montesa en celo. Pero el brazo derecho del inspector Gutiérrez no es cualquier brazo. Cuando aprieta el gatillo, la escopeta se mantiene recta como si la hubieran soldado a esos cinco dedos. Jon siente el zurriagazo reverberar en los músculos del antebrazo y en la articulación del codo.

El primer tiro revienta un faro y una de las ruedas. Jon encoge el brazo, vuelve a cargar, lo asoma de nuevo. Dispara, haciendo saltar el capó del Range Rover. Recarga, con un chasquido doble.

El todoterreno está logrando rodear el Ford Fiesta. Medio metro más

y tendrá vía libre hacia la casa. Parapetados por las tres toneladas del coche, no habrá manera de detener a los atacantes.

No.

Jon se pone en pie.

El tercer disparo envía veintisiete postas de seis milímetros de ancho a través del radiador, de la batería, del sensor de flujo de masa de aire. De todas esas heridas, sólo la última es mortal para el Range Rover. Privado de una información vital para su funcionamiento, el motor decide pararse.

A Jon le sale muy caro.

Al incorporarse, ha vuelto a ofrecer blanco.

Una nueva ráfaga resuena desde abajo. Las balas, en trayectoria ascendente, muerden la piedra de la chimenea, la espalda de Jon, rozan su brazo derecho.

Jon suelta un grito, se desploma sobre la chimenea, los pies le resbalan. Eso es lo que le salva de la segunda ráfaga, que arranca esquirlas de la piedra.

En el último instante, cuando va a caerse del tejado, logra agarrarse a la chimenea. Apoya uno de los pies en el canalón, que cede bajo su peso.

Antonia ve bajar del todoterreno a Orlov y a dos *bojevik* que viajan con él. Orlov corre por detrás del coche hacia la izquierda del jardín, los otros dos se cubren tras los árboles del otro lado. Van en dirección a Irina, que sigue escondida tras uno de ellos, esperando su oportunidad.

Tres por el jardín delantero, dos muertos. Dos más acosando a Jon, calcula Antonia.

Entonces tiene una idea.

—Son Belgrano y Romero —grita Antonia en dirección a la chimenea—. Hazles hablar.

Jon está viendo una constelación flotar delante de sus ojos. El brazo

derecho le sangra, pero apenas nota el dolor. Lo que le duele es la coz que le ha dado en la espalda el impacto de la bala. La placa de cerámica en combinación con el kevlar le ha ahorrado una operación a corazón abierto, pero le ha dejado un hematoma formándose, una costilla rota y un abrigo que tirar a la basura.

También le ha costado la escopeta, que le ha resbalado del brazo y ha caído por el tejado hasta hundirse en la nieve.

Escucha a Antonia como si le hablara desde dentro de un tanque de agua.

Algo de Belgrano y Romero. De que les haga hablar.

No estoy para respirar, voy a estar para hablar, piensa Jon.

—Romero, ¿me oye? —grita, con toda la fuerza de sus pulmones. Que después del golpe en la espalda, alcanza para que le oiga el cuello de su camisa.

Jon trata de darse la vuelta, pegarse más a la chimenea y volverse. Los pies le resbalan sobre las tejas. Unas pocas caen. Pero logra colocarse sobre los codos, e incorporarse un poco.

Repite la llamada, ahora con suficientes decibelios.

—¿Qué quieres? —responde Belgrano.

—Si se rinde ahora le prometo que no vamos a decir nada de que intentaban matarnos.

El subinspector suelta una carcajada.

—Pero, hombre, ¿tú eres gilipollas?

Pues más bien sí, piensa Jon, empuñando la pistola.

Entonces escucha cuatro palabras a través de la chimenea.

En el salón, Antonia dispara a uno de los hombres que se parapetan detrás de los árboles. La bala impacta en el tronco del árbol, de forma muy decepcionante. El único efecto que tiene es conseguir que se cubran un poco, y retrasarlos unos instantes.

No muy largos. El segundo *bojevik* se asoma detrás de uno de los árboles, y dispara. También tiene un AK-74. Y, contra eso, hay poco que hacer. Antonia se aparta de la ventana, mientras las balas rebotan en el alféizar y las rejas.

Entonces escucha la voz de Belgrano.

—Irina —llama, en ruso—. ¡La voz tras el seto!

Luego grita hacia la chimenea otras cuatro palabras.

Irina está intentando no aullar de dolor. Cuando rodó por el suelo para evitar los disparos junto a la leñera, algo en su espalda sonó como dados rodando sobre una mesa. L4 y L5, sus vértebras amistosas, empeñadas en juntarse. Al menos la tortura de la espalda le ha hecho olvidar momentáneamente la de la pierna.

Ha logrado recorrer quince metros en esas condiciones. Casi ha llegado a la casa, a la zona donde el agua de la manguera ha derretido parte de la nieve, pero ha tenido que detenerse tras el último de los árboles, agazapada. Su cuerpo se niega a dar un paso más. Apoya el rostro contra el tronco, sintiendo su rugosidad en la mejilla, permitiéndose cerrar los ojos un segundo. Sólo un segundo.

Arriba. No te detengas.

Alza la vista a tiempo de ver a Jon agarrarse para no caer del tejado. Una nueva punzada en su espalda le hace apretar los dientes, apoyarse contra el tronco, boquear en busca de aire.

Su nombre. Alguien grita su nombre.

La voz tras el seto.

Irina comprende.

Hace fuerza con los gemelos para incorporarse, deslizando la espalda contra el árbol, y aprieta el gatillo en dirección a la voz.

Una. Dos. Tres veces. Con un ángulo de quince grados entre cada uno de los disparos.

Las balas atraviesan el seto. Se escucha un grito al otro lado.

—Cuando dispare la rusa —escucha Jon, a través de la chimenea.

Suenan tres disparos. Y un grito.

Jon se incorpora un poco, hasta asomarse por encima de la cumbrera del tejado, y ve cómo Belgrano se agarra el costado y cae al suelo. Una bala le ha alcanzado por encima de la cadera.

De ésta no te mueres, piensa Jon. *Pero te va a doler, vaya si te va a doler*.

Romero le arrebata el fusil de las manos, levanta el cañón y vacía el cargador contra el seto. Un abanico de fuego abre varios boquetes irregulares en el follaje, enviando ramas de ciprés de Leyland por el aire, y revelando la valla metálica bajo la planta.

Clic, clic, clic.

—Ahí no quedan balas. Pero aquí sí, comisaria —dice Jon.

La ráfaga de balas que ha devuelto Romero a través del seto no es el mayor problema de Irina. Se ha dejado resbalar de vuelta, y la base del muro en el que está plantado el seto la protege de los disparos del otro lado, la mayor parte de los cuales pasan a más de medio metro de su cabeza.

El mayor problema de Irina es que los disparos han revelado su escondite.

Los dos *bojevik* que se cubrían tras los árboles la han detectado, y ahora están moviéndose hacia ella, en una maniobra envolvente. Uno de ellos la mantiene en el sitio con una ráfaga, el otro se va moviendo para rodearla.

No hay escapatoria.

Con la espalda hirviendo de dolor, la pierna negándose a sostenerla, Irina no tiene medio de salir de ésta.

Así que hace algo que nunca había hecho antes. Algo que el Afgano le prohibió hacer. Algo que nunca creyó que podría hacer.

Pedir ayuda.

Antonia ha perdido de vista a Orlov, pero puede ver a los dos mafiosos en el jardín. Uno de ellos se mueve hacia Irina, el otro, más lejos, está acribillando el árbol tras el que se esconde.

Su grito de socorro llega nítido a los oídos de Antonia.

Ha estado reservando las balas que le quedan para el momento en el que alguno de ellos se acercara más a la casa. Dos o tres metros. Sobre

todo para tener una mínima posibilidad de acertar.

El que sostiene el AK-74 está a doce metros. Medio resguardado por el tronco, con una rodilla en tierra.

Antonia dispara.

Falla.

No deja de disparar, hasta quedarse sin munición.

Irina escucha el fuego de cobertura que Antonia le ofrece desde la casa, y siente cómo su esperanza renace. Ahora tiene una oportunidad. Se asoma por el lado izquierdo del tronco, justo un instante antes de que el hombre que corre llegue al árbol que está más cerca de ella. Dispara de forma instintiva, alcanzándole en la pantorrilla. La tela de sus pantalones de chándal —blancos, equipación oficial del Real Madrid— explota por dos sitios al mismo tiempo. Dejan de ser blancos.

El hombre cae de bruces sobre la nieve, e intenta devolver los disparos, pero Irina es más rápida. Le mete una bala en la garganta, otra en la mandíbula.

Queda el otro.

Queda una bala.

El *bojevik* del fusil de asalto se para a cambiar el cargador. Sigue intacto pese a la cantidad de disparos que ha hecho Antonia. Introduce el cargador nuevo, levanta el arma.

Irina se deja caer de espaldas sobre la nieve.

No falles ahora.

El disparo entra por el ojo derecho del mafioso y se aloja en el cerebro.

Irina se queda en el suelo, inmóvil.

El dolor se ha apoderado de ella por completo.

En lo alto del tejado, Jon tiene en el punto de mira a la comisaria Romero.

—Deje caer el fusil y levante los brazos —ordena Jon.

—Escuche, inspector. Estoy segura de que podemos encontrar una manera de arreglar esto.

—Seguro que sí. La van a encontrar usted y el juez.

A Romero la traiciona una vida entera dedicada a eliminar cualquier rasgo que la humanice. Incluyendo el lenguaje corporal. El movimiento que hace con la cabeza hubiera pasado desapercibido en otra persona. En ella es el equivalente de un anuncio de neón en plena Gran Vía.

Jon aparta el cañón del arma de ella, y lo dirige a Belgrano, que se ha incorporado sobre el codo y sacado su pistola, aprovechando la pantalla que le hacía la comisaria.

Dispara.

Jon también.

El disparo de Belgrano pasa rozando la oreja izquierda de Jon. Puede que el pulso tembloroso de Belgrano a causa de la herida haya tenido que ver. Puede que Jon se haya desplazado un poco en el último segundo. El caso es que él no muere.

Belgrano sí.

El disparo le alcanza en la frente.

Romero se lleva las manos a la cartuchera para sacar el arma. Sabe que no tiene ninguna oportunidad contra el inspector, que está ya preparado y en postura de disparo en posición elevada. Pero ha elegido su propio camino. Suicidio por policía. Un camino más corto, menos vergonzoso, infinitamente menos cansado.

Jon dice que nones.

En lugar de disparar, salta.

Es casi imposible que Jon haya podido ver con claridad el rostro de la comisaria Romero mientras caía hacia ella. Es más que probable que la imagen que atesore dentro de sí, que recuerde con viveza durante los próximos días, sea fruto de su imaginación. Un rostro con los ojos muy abiertos, la boca torcida en un rictus de miedo, una mano alzada como protección. Y un moño habitualmente perfecto, ligeramente despeinado.

Se oye un crujido seco, o quizá sean dos sonando al mismo tiempo. Un brazo y una pierna rotos, bastante rotos. Y es que ciento diez kilos

de vasco cayendo desde cinco metros de altura son muchos kilos. Por mucho colchón de nieve que tengas para amortiguar.

7

Un resultado

Aslan Orlov pone un pie en el porche, preparado para devolver los disparos, en medio de una extraña quietud. El leve crujido de las maderas bajo las suelas de sus zapatillas de deporte subraya el silencio intranquilo.

No hay oposición.

Con precaución, cuidando mucho cada movimiento —es un hombre viejo, y en su profesión no se llega a serlo sin cautela—, se asoma a la ventana, con la pistola por delante.

Apenas reacciona ante el cadáver de Rebo. Ya le daba por muerto. Sólo busca amenazas, pero no las encuentra.

Sonríe, al ver lo que le espera dentro. Una sonrisa blanca y perfecta, de anuncio de pegamento de prótesis dental.

Antonia está de pie, con las manos alzadas, delante de Lola y de Zenya. No es que tape mucho, pero la intención la deja clara.

La puerta la han dejado abierta.

—Señor Orlov —saluda Antonia, en ruso, cuando el viejo aparece en el umbral.

—Tendrá que perdonarme, no recuerdo su nombre. Recuerdo habernos visto en otras circunstancias.

—No eran mucho mejores —dice Antonia.

—No lo eran. Espero que recuerde nuestra conversación.

Orlov da un paso hacia delante. Su pistola recorre el salón, de un extremo a otro, buscando amenazas.

Enfrente sólo hay tres mujeres.

Un trabajo sencillo.

—Recuerdo la conversación muy bien —dice Antonia, que quiere que siga centrando la atención en ella—. Hablamos sobre

matemáticas.

—La ecuación de la fuerza —dice el mafioso, apuntando la pistola hacia Antonia.

—¿Qué le parecen dos mil kilos de presión por centímetro cuadrado?

La mirada de Orlov se enturbia, sin comprender.

Lola susurra una palabra.

Desde el sofá en el que estaba tumbado, esperando la orden, Kot salta al suelo, gruñendo. Sólo tres zancadas le separan de Orlov. El mafioso dispara cuatro veces sobre el enorme moloso. Acierta dos. Pero no es suficiente. Lanzado al ataque para proteger a su dueña, hace falta mucho más que una pistola para detenerle. Las enormes patas derriban a Orlov, los dientes se cierran sobre su garganta. El mafioso dispara dos veces más, a bocajarro, contra el lomo, contra la tripa del animal. Éste se sacude, pero no ceja.

Incluso cuando la vida abandona el cuerpo del leal perro, las mandíbulas no se separan. Siguen cerradas sobre Orlov. Lo último que éste ve antes de que los ojos se le llenen de oscuridad es la cara de Antonia, asegurándose de que el resultado de la ecuación es el esperado.

8

Una decisión

Cuando Antonia se asoma al borde del tejado —subir le ha costado mucho más que a Jon, por la diferencia de alturas—, el inspector Gutiérrez está volviendo en sí. En el choque, la comisaria Romero ha salido mucho peor parada. Tiene una pierna doblada en posición antinatural, un hombro dislocado y un dolor que va a tardar en pasar, a juzgar por los sollozos que emite. Pero las cabezas chocaron, y ahora Jon está frotándose la frente mientras intenta recordar cómo se llama.

—En tu ficha pone «falta de respeto a sus superiores» —dice Antonia—. Subrayado varias veces. Supongo que se referían a esto.

—Ya me conoces. A la mínima, salto.

Incluso Antonia tiene que sonreír.

—Vuelve adentro, anda. Te necesito.

Las palabras de Antonia resultan ser proféticas.

Cuando regresa al salón, encuentra a Irina amenazando a Lola con la pistola. La malagueña, de rodillas, con el cañón de Irina en la frente, suplica por su vida entre sollozos.

—¿Qué haces? —pregunta Antonia, en ruso.

—Tiene que pagar por lo que ha hecho —dice Irina.

Está hecha un desastre. La ropa empapada de nieve sucia, el muslo goteando sangre. Apenas logra tenerse en pie. Pero la ecuación de la fuerza que hay que hacer para apretar un gatillo a bocajarro da un resultado minúsculo.

—Ésa no es la manera.

—Vi las imágenes del contenedor. Nueve mujeres encerradas —dice Irina—. Como trozos de carne para el consumo de animales sin

conciencia. ¿Cuántas más habrán traído así? ¿Cuántas más muertas? ¿Cuántas más como mi hermana?

—¡Fue un accidente! —protesta Lola, sorbiendo los mocos. Tiene el rostro encendido, las lágrimas rodándole por las mejillas coloradas.

Irina le da una bofetada seca, y vuelve a encañonarla.

—Cállese —ordena Antonia.

Un ruido junto a la puerta hace que las cuatro mujeres —Zenya sigue la escena pegada a la pared— se vuelvan hacia el sonido.

—Me gustaría saber qué es lo que está pasando aquí —pide Jon, que ha entrado con la pistola en la mano. Tiene el cañón fijo en la cabeza de Irina.

Antonia le hace un gesto para que baje el arma. Jon mira a su compañera de reojo. Acaba obedeciendo, muy despacio.

—Comprendo lo que te sucedió —continúa hablando con Irina, de nuevo en ruso—. Yo también he perdido a alguien.

—¡No puedes comprenderlo! —protesta Irina. Su mirada se vuelve hacia Antonia, pero la boca de la pistola sigue posada sobre la frente de Lola, empujando su cuello hacia atrás.

—Comprendo la desesperanza. El sentimiento de culpa. El saber que el mundo está roto y no puede arreglarse.

—Entonces sabrás por qué tengo que hacerlo.

—Está embarazada.

—No me importa.

Antonia respira hondo y menea la cabeza.

—Entonces has perdido la poca razón que aún tenías.

Irina aprieta aún más fuerte el arma contra la frente de Lola. Parece a punto de echarse a llorar ella también.

A los ojos de Antonia, parece una niña pequeña.

—No vendes drogas —dice Irina, con voz muy suave—. No vendes mujeres. No te beneficias de la miseria de otras personas. Las reglas fueron escritas hace mucho tiempo. Y no cambian.

Antonia se lleva la mano al bolsillo y saca la tarjeta micro SD. Se la muestra a Irina, en la palma de la mano extendida.

—Viniste a por esto. Te lo daré. Pero tienes que dejarla ir.

Jon le pone una mano en el brazo a Antonia.

—No puedes darle el dinero y las pruebas —dice, muy serio.

Su compañera le mira. Hay tristeza en sus ojos, pero también convicción.

—No puedo dejar que la mate.

El inspector Gutiérrez le devuelve la mirada. Hay una batalla librándose bajo sus ojos pardos. Una batalla cruenta, que va a dejar víctimas. Su instinto de policía se debate contra su confianza en ella. Su deseo de justicia frente a la necesidad de proteger la vida de Lola y de su hijo nonato.

—Jon, no hay otro modo —dice Antonia.

Con un suspiro, Jon le suelta el brazo.

Antonia da un paso hacia Irina, ofreciéndole la tarjeta.

—Cógela —dice, en ruso.

—¿Cómo sé que no me disparará por la espalda en cuanto me haya dado la vuelta? —pregunta Irina, haciendo un gesto hacia Jon, con los ojos entornados.

—Tienes mi palabra. Si yo tengo la tuya.

Irina estudia a ambos.

El rostro de Jon, pétreo, con los dientes apretados y el brazo paralelo al cuerpo. Su arma apunta al suelo, pero la crispación de los dedos indica lo que querría hacer en realidad.

Antonia, serena. Sosteniendo la tarjeta entre el índice y el pulgar.

Irina hace sus propias cuentas. Que le llevan largos y angustiosos segundos.

Finalmente, aparta el arma. La cabeza de Lola se sacude hacia delante, liberada de la presión del acero. El cañón del arma ha dejado un rectángulo en su frente, con un círculo insertado en la parte superior.

Respira hondo, de alivio y de rabia, cuando ve cómo Irina coge la tarjeta de manos de Antonia y comienza a renquear hacia la puerta.

—¿Y mi hijo y yo, qué comeremos? —pregunta, agarrando a Irina por la bota, intentando retenerla—. Dime, qué comeremos.

Irina ha necesitado treinta y dos años —los treinta y dos años de su vida, minuto a minuto— para llegar a ese instante. Se siente pura, explícita, invencible, en el momento de responder:



—Mierda.

9

Una línea recta

Recoger y limpiar tras una fiesta nunca es divertido. Y contarlo, aún menos. Baste un resumen.

Antonia logró llegar andando hasta el cruce de caminos, donde consiguió cobertura de nuevo. La nieve estaba alta y espesa, pero ella aprovechó unas huellas recientes. La mujer que las dejaba cojeaba y sangraba. Antonia caminó despacio para no correr el riesgo de alcanzarla.

Una hora después, el tranquilo paraje estaba atestado de policías. Expertos de la científica, moviéndose entre los cadáveres y los impactos de bala, llenándolo todo de triángulos. Un fiscal y un juez de instrucción. Gente de Asuntos Internos, también. Incluso alguien del Ministerio de Interior. La participación de una comisaria y un subinspector corruptos en todo aquel asunto lo había vuelto un lío de descomunales proporciones. Que, como casi todos los embrollos escabrosos, acabó bajo la alfombra.

Cuando se llevan a Lola Moreno en la ambulancia —con los hombros caídos envueltos en una manta—, Jon se la queda mirando con desprecio.

—Lo que realmente me jode es que se va a librar de todo.

—Seguramente —dice Antonia, compartiendo su frustración—. Pero hemos hecho lo que debíamos.

Hace frío. Ellos también están arropados con mantas, que sirven de poco contra el aire gélido que baja desde la sierra. Es probable que

vuelva a nevar muy pronto. Jon da una patada en el suelo, intentando entrar en calor.

—No estoy seguro de ello, cari. Hemos tomado demasiados desvíos.

—Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos —dice Antonia.

Es mucho más sencillo perdonar a otros por estar equivocados que por estar en lo cierto, piensa Jon.

—Quizá. Lo que sé es que hasta aquí he llegado yo.

En condiciones normales, quizá Antonia tardaría un rato en comprender qué es lo que está intentando decirle Jon. Su compañero. Su único amigo. Su inquilino de tres pisos más abajo. Pero ha temido que este momento llegase durante varios meses. El momento en el que dijese *basta*.

—Así que ya no estamos juntos —dice.

—Eso parece.

Lo sucedido durante las últimas semanas ha sido más de lo que cualquiera hubiera soportado. Ha forzado su confianza, le ha mentido, le ha empujado hasta el límite y más allá.

No puede culparle, en realidad.

Pero tampoco va a ponérselo demasiado fácil.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora sin ti?

Eso Jon lo tiene claro.

—Por encima de las mentiras, de la estupidez, seguirás indagando sin rendirte. Porque es lo que eres. Una detective. Quizá la mejor.

—¿Quizá? —dice Antonia.

—Tampoco las conozco a todas, cielo.

EPÍLOGO

—¿Cuánto tiempo es para
siempre? —preguntó Alicia.
—A veces sólo un segundo
—respondió el Conejo Blanco.

LEWIS CARROLL

Un adiós

La habitación ha cambiado mucho. Todas las cosas de Antonia están recogidas, guardadas en cajas.

Marcos no ha cambiado.

Sigue atado a la vida por las máquinas.

Su cuerpo se ha deteriorado todavía más en estos meses. Sus miembros se han encogido, su piel se ha vuelto opaca y flácida. Haciendo visible el diagnóstico. Los médicos le desahuciaron hace años. «Ninguna posibilidad», dijeron. Y Antonia no les creyó. Le dio la espalda a la razón, porque era demasiado orgullosa para admitir un error irreparable.

Luego conoció a Jon. Y lo cambió todo.

Llaman a la puerta. Abre, con cuidado.

Es un hombre alto, elegante. El hombre que necesita hoy a su lado.

—Hola, papá.

Sir Peter Scott está sorprendido de que su hija le haya llamado. Pero ha acudido, a pesar de todos los meses que llevan sin verse.

Ha venido, y es lo importante.

—¿Cómo está Jorge?

—Creciendo. Deseando verte.

—Mañana —promete Antonia.

—Le diré que prepare el ajedrez.

—Le echo de menos —dice. Y es verdad.

Antonia y Peter permanecen un rato junto a la cama de Marcos, mirando al cuerpo exánime. La carcasa vacía que una vez contuvo un amor increíble.

—Todas estas cosas que puedo hacer. Todas estas capacidades. Y no pude salvarle.

Su padre no dice nada. Tampoco la abraza. Año tras año de rechazos continuados le han enseñado a no acercarse a ella. Incluso en este momento en el que Antonia tanto lo necesita. En el que Antonia querría que lo hiciera.

No recibe consuelo, así que lo busca dentro de sí misma.

Desde que nacemos, sabemos cuál es nuestro destino. La cuna se mece sobre el abismo, dispuesto a tragarla. Nuestra vida no es más que un fogonazo entre dos negruras infinitas. El final que nos aguarda nos resulta más amenazador que la oscuridad anterior, ese instante en el que no sabíamos cuál era nuestro rostro antes de nacer. Quizá tenemos miedo a lo que viene después porque, en el fondo, una brizna de nuestro ser recuerda algo terrible. Algo que olvidamos cuando llenamos por primera vez de aire nuestros pulmones, y lloramos.

Y si nada nos libra de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida.

Antonia besa a Marcos en los labios por última vez. Después le hace un gesto al médico, que aguarda pacientemente junto al respirador.

Cuando las máquinas se apagan, Antonia se echa a llorar. Agradecida, por tanto amor.

Un paseo

Antonia Scott se permite pensar en el suicidio durante cincuenta y cuatro largos minutos.

Ha declinado la invitación de regresar a casa en el coche de su padre. Prefiere caminar, guardar ese tiempo para sí misma. Para recuperar el tiempo perdido.

Cincuenta y cuatro minutos puede parecer una gran cantidad de tiempo.

No para Antonia Scott. No cuando, en realidad, no es capaz de emplearse a fondo en la tarea.

En lo único en lo que es capaz de pensar es en el *ahora*. En cómo seguir adelante sin Jon.

En el minuto cuarenta y ocho, decide que no puede.

Un cambio

En el número siete de la calle Melancolía, mientras, Jon está empaquetando sus cosas.

Tampoco está poniendo todo su empeño, para ser justos.

Su ropa es bastante cara, y requiere de un mimo especial a la hora de embalarla. Portatrajes, papel de seda, cajas de cartón altas con una barra central.

No ha comprado nada de eso, así que en realidad lo único que ha hecho ha sido meter en la maleta la ropa interior, unos cuantos pares de gemelos —no todos—, un neceser, dos toallas y tres botes de mermelada casera de higos. Parte del botín con el que el resto de los inquilinos paga el alquiler a Antonia, y que ella se había negado a comer, con el burdo pretexto de que los higos no le gustan y la mermelada engorda.

Mira el reloj.

A esta hora no va a encontrar nada abierto para comprar material de embalaje. Pero sí que estará abierto el *wok* de la calle del Olivar. Ideal para una cena tardía. Quizá un par de capítulos de la serie que dejó a medias antes de que empezara todo el lío. Quedarse dormido delante de la tele.

Y mañana, quién sabe. Quizá pensarse dos veces lo de volver a Bilbao.

Jon baja a la calle. Cuando está a punto de doblar la esquina, escucha unos pasos tras él. Pasos femeninos, pasos menudos. Se vuelve, con una sonrisa en la cara. Pero no es Antonia. Es una mujer delgada, bien vestida y sonriente. Tiene un rostro amable.

—Disculpe. ¿Podría indicarme por dónde se va a la calle Atocha?

—Es hacia allá, todo recto —dice Jon, enmascarando su decepción.

La mujer le sonríe a su vez. Después saca una jeringuilla del bolsillo, y se la clava en el cuello.

—Pero qué c… —dice Jon, apartándola de un manotazo.

El rostro amable es lo último que ve antes de que unos brazos fuertes le agarren por detrás, antes de que la oscuridad descienda sobre él.

Un saludo

El teléfono de Antonia suena cuando está subiendo por Lavapiés, a la altura de la calle de la Cabeza.

—No es buen momento.

—Escúchame, Scott —dice Mentor—. Tenemos ya la prueba. Tu fantasma ha resultado ser muy real.

—No te entiendo.

—No puedo contarte más por teléfono. Pero ya sabemos lo que le pasó a Inglaterra y a Holanda.

Antonia por fin comprende a qué se refiere Mentor. Y disfruta de una amarga realidad. Lo único peor que clamar sola cuando tienes razón es que te la den cuando es demasiado tarde.

—Fue White.

—Estoy de nuevo en Madrid. Recoge al inspector cuanto antes, y venid aquí.

Antonia cuelga y aviva el paso.

Cuando tuerce en la calle del Olivar, a punto de llegar a casa, lo ve.

Dos hombres forcejean con un tercero para meterle dentro de una furgoneta. El hombre manotea, sin fuerzas. Una bolsa negra le cubre la cabeza, pero Antonia no necesita verle la cara para saber quién es.

Una mujer elegante, con una gabardina y un rostro amable, se da la vuelta y la ve. Está demasiado lejos para vislumbrar la sorpresa en sus ojos, el pequeño regalo que ha supuesto que ella contemple lo que está pasando. Pero Antonia no necesita verlo para saberlo.

Sandra Fajardo la saluda con la mano antes de subir a la furgoneta.

Antonia corre hacia ellos, sabiendo que está demasiado lejos. La furgoneta gana distancia, cuesta abajo, y deja atrás a Antonia enseguida. Pero ella no se rinde. Sigue corriendo, hasta que los pulmones le arden y el corazón le golpea en el pecho como un martillo neumático.

En el momento que se detiene, con las manos en las rodillas, luchando por respirar, es cuando le llega el mensaje.

Espero que no te hayas olvidado de mí.
¿Jugamos? W.

Nota del autor

La historia de Antonia Scott lleva diez años gestándose, y prometo que cuando llegue el momento te contaré cómo comenzó todo. Mientras tanto, te ruego que sigas guardándome el secreto de las novelas.

Ah, una cosa más.

Sí.

Antonia y Jon regresarán.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias.

A Antonia Kerrigan y a todo su equipo: Hilde Gersen, Claudia Calva, Tonya Gates y las demás, sois las mejores.

A Carmen Romero, Berta Noy y Juan Díaz, que creyeron en Antonia Scott y Jon Gutiérrez. A todo el equipo de comerciales de Penguin Random House, que se deja la piel y el aliento en la carretera para llevar los libros hasta el último rincón. A Eva Armengol, Nuria Alonso e Irene Pérez, que me ayudaron a darlo a conocer. A Raffaella Coia, que maquetó y corrigió el libro.

A Juanjo Ginés, poeta que vive en la Cueva de los Locos y se recrea en el Jardín de los Turcos, que merece un agradecimiento largamente retrasado desde hace siete libros.

A Javier Cansado, Dani Rovira, Mónica Carrillo, Alex O’Dogherty, Agustín Jiménez, Berta Collado, Ángel Martín, María Gómez, Manel Loureiro, Clara Lago, Raquel Martos, Roberto Leal, Toni Garrido, Carme Chaparro, Ernesto Sevilla, Luis Piedrahita, Miguel Lago, Goyo Jiménez, Berto Romero y otros tantos represaliados muy justamente por Arturo González-Campos.

Al inspector jefe Antonio Rodríguez Puertas y a todos los valientes hombres y mujeres de la UDYCO que defienden cada día los ciento cincuenta kilómetros de costa de la provincia, un agradecimiento especial. Lo que ellos enfrentan podría llenar tres novelas con hechos reales que, de haberlos reflejado yo en este libro, se me hubiera acusado de inverosímil (que es una palabra que emplean las mentes pequeñas).

La Costa del Sol es un destino predilecto de mafias de muchas nacionalidades y de grupos de sicarios armados que hacen palidecer a los de *Loba Negra* (y que son, por desgracia, muy reales). En muy raras ocasiones los miembros de la UDYCO de Málaga salen en los

telediarios, pese a que en 2018 realizaron más de quinientas detenciones, decomisaron cuarenta mil kilos de droga y cientos de millones de euros en efectivo. Una labor discreta y leal, llevada a cabo en mitad de mortales ajustes de cuentas entre bandas —con decenas de muertos—, amenazas y miedo. Lo que le explica Romero a Jon está basado en la realidad: sólo en 2018 hubo en Marbella ajustes de cuentas con bombas, asesinatos a tiros desde motos, desde bicicletas, con asalto a mansiones, con secuestro, con mutilaciones faciales a lo Joker, con Kalashnikov, en restaurantes… Y al salir de una comunión, que los malos también ven *El Padrino*.

El inspector jefe Rodríguez Puertas, por cierto, es el hombre que incautó en la vida real treinta y cuatro millones de euros en cocaína camuflada en Nutella. Esa parte también tengo que agradecérsela a él.

Sobre la corrupción: aunque es cierto que en el pasado ha habido manzanas podridas en el seno de la UDYCO, la encomiable labor policial y de la fiscalía han logrado arrinconarlas y que cumplan condena, y son casos aislados dentro de un enorme grupo humano que hace grandes sacrificios. Aun así, la realidad deja, como siempre, en ridículo a la ficción. Un inspector jefe y tres inspectores de la UDYCO en Marbella fueron detenidos en 2008 por cambiarse de bando y crear una red de protección a narcotraficantes. Valga como recordatorio a «nuestros amigos los verosímiles», parafraseando a Alfred Hitchcock.

Quiero agradecer también a Carol Reed y su inmortal película *El tercer hombre*, que ha servido de inspiración para la portada y los dibujos del gran Fran Ferriz que la ilustran.

A Rodrigo Cortés, una inspiración constante, un amigo leal que me ayudó a revisar el manuscrito.

A Manuel Soutiño, una más, y van ocho.

A Arturo González-Campos, dibujante profesional y director de podcast vocacional. Algún día espero que me invites a participar en alguno de tus programas.

A Alberto Chicote, que se dejó los ojos también sobre el manuscrito.

A Gorka Rojo, asesor de cosas vascas y de física teórica de paletillas.

Gracias a James Gunn, a Andrea Köhler, a Pablo Neruda, a Arturo Pérez-Reverte, a John Carpenter, a Gabriel García Márquez.

Gracias a Joaquín Sabina y Pancho Varona, mi banda sonora.

Gracias también a Cruz Morcillo y Pablo Muñoz, autores del libro *Palabra de Vor*, una investigación exhaustiva (y aterradora) sobre la mafia rusa en España.

A la más importante, Bárbara Montes. Mi esposa, mi amante, mi mejor amiga. El mundo es un lugar mejor sólo porque estás en él. Te quiero, y espero que vivamos lo suficiente para ver juntos la *Fase 24*.

Y a ti, lector, por haber convertido mis obras en un éxito en cuarenta países, gracias de corazón. Un último favor: no hables a nadie del final, ni me hagas comentarios en redes sociales acerca del final, ni especialmente de lo que te he confesado en la nota del autor. Si escribes una reseña en una librería online o en Goodreads (gracias, por cierto, eso ayuda mucho), no comentes nada, ni siquiera bajo la etiqueta *SPOILER*, pues todo el mundo podría verlos y se arruinaría la sorpresa.

Un abrazo enorme,

JUAN GÓMEZ-JURADO

JUAN
GÓMEZ-JURADO

REY
BLANCO

B

Rey Blanco

Juan Gómez-Jurado



Para Babs,
porque la amo

Para Carmen,
por la lealtad

Para Antonia,
por prestarme el nombre

Un final

Antonia Scott no tiene ni siquiera tres minutos.

Para otras personas, tres minutos pueden ser un período minúsculo.

No para Antonia. Diríamos que su mente es capaz de almacenar ingentes cantidades de datos, pero la cabeza de Antonia no es un disco duro. Diríamos que es capaz de visualizar con nitidez el callejero completo de Madrid, pero la cabeza de Antonia no es un GPS.

La mente de Antonia Scott es más bien como una jungla, una jungla llena de monos que saltan a toda velocidad de liana en liana llevando cosas. Muchos monos y muchas cosas, cruzándose en el aire y enseñándose los colmillos.

Salvo que Antonia ha aprendido a domarlos.

Falta le hace. Porque Antonia Scott no tiene tres minutos. Dos hombres con pasamontañas —y una mujer de rostro amable— se acaban de llevar a su compañero, el inspector de policía Jon Gutiérrez.

Antonia Scott no corre detrás de la furgoneta. No grita pidiendo ayuda. No llama, desesperada, a la policía.

Antonia Scott no hace ninguna de esas cosas, porque Antonia Scott no es como cualquiera de nosotros.

Lo que hace es detenerse.

Diez segundos. Eso es todo lo que se concede.

En diez segundos —con los ojos cerrados y las manos apoyadas contra la pared de un edificio, para controlar la ansiedad—, Antonia es capaz de:

– Calcular las tres rutas más probables de salida del casco urbano.

– Recuperar mentalmente todos los detalles de la furgoneta y los

secuestradores.

– Decidir un curso de acción para salvar la vida de Jon.

Abre los ojos.

Marca un número de teléfono especial. Uno que le hace saber a Mentor que no tiene que decir nada al descolgar. Tan sólo escuchar y obedecer.

Antonia le dicta las palabras exactas que debe emitir en la alerta (10-00 Inspector Gutiérrez, 10-37 Mercedes Vito, máxima prioridad), la matrícula del vehículo (9344 FSY), y el color (por supuesto, blanco). Y luego elige una ruta de las tres posibles. Una sola salida, a la que ordenar que converjan los coches patrulla.

Pirámides, Madrid Río, Legazpi.

De esas tres, la más difícil, la lenta, la más improbable, es Madrid Río. El paseo de Santa María de la Cabeza está siempre congestionado. Y, junto a la salida, hay una comisaría de la Policía Municipal.

Antonia la descarta enseguida.

Quedan Legazpi y Pirámides.

Elige Pirámides. La ruta más corta, la más rápida, la más obvia.

No es fácil. Se juega la vida del inspector Gutiérrez. Cuando una tiene en sus manos la piel de una de las tres personas que más le importan en el mundo, debería poder tomar una decisión racional.

Ésta no lo es. Es una moneda al aire.

Y eso no le gusta en absoluto.

Una alerta

Ruano pone el intermitente en el último momento. En lugar de doblar hacia la comisaría, gira en sentido contrario.

—Una vuelta más. ¿Te importa?

Su compañero mira el reloj, mosqueado. Es tarde, su turno ha acabado hace once minutos, y quiere volver a casa con la parienta. Pero Osorio es comprensivo con el novato. Es final de mes. No es que Ruano vaya retrasado con las multas. Eso de que los municipales tienen un cupo que cumplir no es más que una leyenda urbana, por supuesto.

—¿Cuántas te quedan?

—Quince.

—No es para tanto. Sólo en *doblefileros* en Carlos V nos lo hacemos mañana, hombre.

No es buena idea aparcar «un momentito de nada» frente a El Brillante. Para los *munipas* rezagados con su cuota, es como pescar peces en un barril. Dos vueltas a la rotonda, identificar el coche abandonado, saludar al incauto hambriento cuando regresa. De su muñeca cuelga, siempre, una bolsa de plástico blanca con un bocadillo de calamares cuidadosamente envuelto en papel de aluminio. El olor inefable que desprende hace rugir el estómago de cualquier madrileño que se precie. Pero al incauto, en cuanto el municipal le alarga la receta, se le pasa el hambre. El olor, de pronto, se revela como lo que es: una peste a rebozo y grasuza que le acaba de costar doscientos euros.

En una tarde tonta, el agente avispado se pone al día con sus cupos.

Pero eso a Ruano no le gusta. El chaval ha salido idealista. Soñador. Gilipollas, vamos. A lo mejor tiene que ver con su antiguo trabajo. O, simplemente, porque es joven. Ya se le pasará en cuanto acumule grasa en el culo y sensatez en el cerebro.

A Ruano lo que le gusta es ganarse el sueldo. Dar vueltas y coger a infractores *de verdad*. Los que van a toda leche por calles estrechas, los que pasan maría en las esquinas. Si quisiera coger a los infractores *de verdad* me habría hecho policía *de verdad*, le dice Osorio.

Ruano le mira y se ríe, cada vez que oye eso. Una risa pasota, de *millennial* convencido. A Ruano todo le hace gracia.

—Verás cuando llegues a viejo como yo, verás.

—Tienes treinta y siete años, Osorio.

—Y aquí sigo dando vueltas en el coche con los novatos.

—A lo mejor si no hicieras el mínimo...

—A lo mejor si te fueras a la mierda...

Donde va Ruano es en dirección noreste. Gira de memoria, al tacto. Se saben ese triángulo a la perfección. Al día pueden recorrerlo una decena de veces. Al año, incalculables. Serían más, si Santa María de la Cabeza no fuese tan lenta. A todas horas, y a ésa, más.

A la altura de la calle Arquitectura, escuchan la alarma por la radio. Osorio enarca una ceja, a Ruano se le ensombrece la cara. Un inspector de policía. Secuestrado. A bordo de una furgoneta blanca. Abre la boca para decir algo, pero un sonido insistente le interrumpe.

Pripripri, pripriri.

El monitor del salpicadero desprende un resplandor naranja presidiario. Unos caracteres parpadean, en el centro.

9344 FSY

El coche patrulla está equipado con un sistema OCR. Varias cámaras situadas en el techo, en el salpicadero y el guardabarros, escanean las matrículas de los coches con los que se encuentran, y las cotejan con las bases de datos del CISEVI. Por si acaso. No vaya a ser.

El sistema es imperfecto, pero a veces salta un aviso. Un número de matrícula, y una causa por la que parar a ese coche. Que si lo han robado, que si debe mil euros en multas, que si dentro va un inspector de policía secuestrado.

—No entiendo nada —se extraña Osorio—. El OCR dice «Megane amarillo». Pero es por la alerta 10-00 de antes.

—¿No era una furgoneta blanca? —dice Ruano, con los ojos clavados en el retrovisor.

Osorio se gira en el asiento. Acaban de cruzarse con una Vito hace un par de calles. Puede verla, entre el tráfico, parada frente al semáforo de Peñuelas. Desde aquí no se ve la matrícula.

—Avisa por radio —dice Ruano.

Mientras Osorio habla, el tráfico se pone en marcha de nuevo. Pero el novato no continúa. Uno de los conductores pita, pero el coche patrulla no se mueve.

—Voy a seguirles.

—No puedes saltarte la mediana. Es muy alta.

Ruano tamborilea con los dedos en el volante. No hay una apertura en la mediana hasta ciento y pico metros más allá. Demasiado lejos.

Unidad M58, confirme contacto visual con vehículo sospechoso, cambio, pide la operadora por la radio.

—Se van a ir.

La furgoneta desaparece en el retrovisor, y Ruano no se lo piensa más. Maniobra, enfilando la mediana, y pisa a fondo. El parachoques del Nissan Leaf se desgaja, salpicando de trozos de plástico blanco el parterre, y provocando aún más pitidos de protesta de los coches que les siguen, pero consigue salvar el obstáculo y pasarse al carril contrario.

—Unidad M58, en dirección suroeste por Santa María de la Cabeza. Perseguimos Mercedes Vito involucrada en 10-00 —dice Osorio, por la radio. Suelta el botón y mira a Ruano, con preocupación—. Estás completamente loco, chaval.

—Se iban a ir —dice Ruano, estirando el cuello.

Enciende las luces, pero no la sirena. Lo justo para que los coches que van delante se aparten, dejándoles hueco. El atasco es considerable, pero los dos carriles ayudan. Y el miedo a las multas, también. Que el madrileño se aparta el doble de rápido cuando ve los infames cuadros azules y blancos de los *munipas* que ante una ambulancia o los nacionales.

Unos segundos más tarde consiguen volver a ver el techo blanco de la furgoneta.

—Si se meten por el túnel de Acacias, están jodidos. Damos aviso, y listo. Los nacionales les pillarán al otro lado.

—Si cruzan el puente, ni aviso ni leches —dice Ruano, mordiéndose el labio inferior.

Osorio resopla. El novato tiene razón. Al otro lado del puente, las opciones para la furgoneta se multiplican. Pueden perderse en Usera, o en Opañel. Una infinidad de calles laberínticas a ambos lados, y muchas carreteras que salen de Madrid. Demasiadas.

Unidad M58, no intervenga, repito, no intervenga. Estamos enviando zetas desde Pirámides. Tiempo de llegada, cuatro minutos.

—Un poco tarde para eso, central —dice Osorio a la radio. Con aire distante, casi como para sí mismo.

En la intersección de Esperanza con Santa María de la Cabeza el último semáforo se acaba de poner en rojo. La furgoneta es el tercero de los vehículos esperando en la fila.

Unidad M58, repito, no intervenga. No delate su posición a los sospechosos.

Un poco tarde para eso, también. Las luces del coche patrulla, que les han abierto el camino hasta la furgoneta, están ahora mismo arrancando reflejos azules de la carrocería de la Mercedes. Sólo un coche se interpone entre los municipales y ellos.

Los silbidos del semáforo se espacian, avisando de que la luz va a cambiar. El último peatón pone el pie en la otra acera. El primer coche arranca.

La furgoneta no se mueve.

El coche que hay delante de Ruano y Osorio pita, y acaba dando un volantazo para incorporarse al otro carril. Los demás vehículos siguen su camino, algunos pitando, otros bajando las ventanillas y dando voces a la furgoneta, que sigue inmóvil.

Ruano mira a Osorio y aprieta los dientes.

—¿Qué hacemos?

—Dale un aviso, a ver qué hacen.

Ruano aprieta y suelta el botón de la sirena. El aullido, breve y seco, muere sin respuesta.

—Venga ya, no me jodas —dice Osorio, abriendo la puerta del

copiloto.

—¿Adónde vas? —le sujeta Ruano. Se inclina sobre el asiento, agarrándole por la cazadora.

—A ningún lado, como no me sueltes.

El novato mira a su compañero con extrañeza. No es ésa la actitud a la que le tiene acostumbrado. Pero esto no es un aviso normal. Ruano echa una ojeada a la furgoneta inmóvil. Quizás dentro de ella haya un inspector de policía retenido contra su voluntad.

—Nos han dicho que no intervengamos.

Osorio chasquea la lengua con fastidio.

—No voy a intervenir, no me pagan bastante para eso. Sólo voy a asegurarme de que no se mueven del sitio mientras vienen los...

Ruano abre los dedos, un poco. Lo justo para que Osorio ponga un pie en la acera. La bota hace un sonido acuoso al entrar en contacto con el asfalto. Un ruido que debería ser casi imperceptible, pero que resuena en los oídos de Ruano, que se multiplica con un eco persistente y mordaz. Que llega a ahogar el ronquido metálico de la puerta lateral de la Vito, abriéndose. Que aún sigue rebotando en su cabeza, cuando los primeros disparos comienzan a estallar.

Ruano no los escucha.

Siente los puñetazos del plomo sobre la carrocería, el olor del aceite y la grasa del motor, cosido a balazos, que le protege de los proyectiles.

Siente el aire entrando a través de la puerta abierta del copiloto, formando una corriente con el que entra a través del parabrisas destrozado.

Nota fragmentos de cristal cayendo sobre su cabeza, introduciéndose en su uniforme, arañándole la piel.

De Osorio, de su compañero, del hombre que hace unas semanas le invitó a pasar la Navidad con ellos —*no va a estar solo, mujer, pobrecito, donde caben cuatro...*—, del gruñón dejado y simpático que está tocándole las pelotas buena parte de su tiempo, apenas ve nada. Sólo un hombro, derrengado sobre el ángulo antinatural de la puerta desgajada.

Ruano no escucha los disparos, ni los gritos de terror de la gente, ni

el chirrido de los neumáticos de la furgoneta alejándose a toda velocidad. El eco de la bota de Osorio poniendo un pie en el suelo se extingue después de que lo haga el propio Osorio, que muere sin acabar la frase.

PRIMERA PARTE

ANTONIA

¿Quién vigila a los vigilantes?

JUVENAL



1

Un avión

Es sólo un punto en el cielo de la mañana.

Aún no ha amanecido cuando el Bombardier Global Express 7000 inicia el descenso por el oeste, sin tener que esperar turno para recibir el vector de aproximación. El aeródromo de Cuatro Vientos ha sido cerrado al tráfico, con la única excepción de este aparato.

Antonia Scott no le quita los ojos de encima mientras toma tierra. Aguarda, sentada en el capó del coche, ajena al relente de la madrugada, hasta que el avión se detiene junto a ellos.

La puerta del Bombardier se abre, y una figura conocida se recorta en el rectángulo de luz. Antonia se baja del capó y camina hacia ella, una mano en la espalda, ignorando los calambres en las piernas entumecidas.

—Llegas tarde —dice.

—Tuvimos problemas para salir de Gloucester —responde la sombra, desde el rectángulo de luz.

Antonia no retira la mano de la espalda mientras sube, despacio, los ocho escalones. Sólo cuando está segura de que la mujer es a quien ella esperaba, afloja los dedos de la culata de la Sig Sauer P290 que lleva enganchada al cinturón.

—Te has cambiado el pelo.

—Éste es mi color. Me cansé del rubio.

Carla Ortiz sonríe con calidez, a pesar del cansancio y del miedo que se asoma a sus enormes ojos marrones. Extiende la mano para saludarla, pero la retira en el último instante.

—No... no me gusta el contacto físico —se disculpa Antonia.

—Lo sé. Me han informado. De eso y de más cosas.

—Vergonzozosas, supongo.

—Supones bien, niña —dice una voz en inglés, desde el interior del aparato.

Antonia entra y se arrodilla junto al primer asiento. Unas manos nudosas y enjoyadas, gélidas como las sábanas en invierno, le revuelven el pelo con ternura.

—Estás horrible—dice la abuela Scott, señalando las ojeras violáceas en el rostro de su nieta.

—Y tú estás… —responde Antonia, intentando contener la emoción que le produce la caricia.

La abuela y Marcos eran las dos únicas personas cuyo contacto anhelaba. Su marido acaba de morir hace unas horas, desconectado de las máquinas de soporte vital por decisión de Antonia, después de años de insensata espera. Y a la abuela Scott no le queda mucho. Este viaje sorpresivo en mitad de la noche no ayuda en absoluto.

Antonia contempla el manojo de huesos cubiertos por un vestido de lunares. Con la mano que no acaricia a su nieta, rodea un vaso con un dedo de whisky.

Antonia percibe enseguida la ausencia de marcas de labios en el borde del vaso, la ausencia de olor en su aliento, y comprende que ya no puede mover el brazo izquierdo. Abre la boca para preguntarle por ello, pero un pensamiento cruza por su cabeza. Un pensamiento con acento vasco y voz gruesa, que no gorda.

Se ha tomado muchas molestias para ocultártelo. Déjala creer que lo ha conseguido.

—… más guapa que nunca —termina diciendo, con un esfuerzo.

—Voy para el siglo, niña. Hace décadas que eso dejó de ser cierto.

Antonia mira a los ojos azul desleído de la abuela, y siente que el corazón se le desgarra. Quizás sea la última vez que puedan mirarse cara a cara. Quiere inclinarse sobre ella y abrazarla, lo desea con todas sus fuerzas, pero no es capaz.

—Vamos, niña —le disculpa la abuela, con una última caricia de despedida—. Ve a hacer lo tuyo. Y cuéntamelo después.

Antonia asiente, y se levanta. Repasa la cabina del avión durante

largos minutos, desoyendo los intentos de Carla de entablar conversación, y notando cómo su ansiedad va creciendo. Finalmente, da por bueno el examen, por más superficial que sea.

No hay tiempo para más.

Se acerca a Carla.

—¿Alguna noticia del inspector Gutiérrez? —pregunta la empresaria.

—La furgoneta escapó. Por ahora no sabemos nada.

Carla duda, tiene miedo, pero finalmente se atreve.

—Ella… ella estaba ahí, ¿verdad?

Antonia asiente. Hay un silencio incómodo, de esos que, en el pasado, se veía obligada a rellenar con promesas. Promesas grandes, tranquilizadoras. Para otras personas, vacías.

Para otras personas, una promesa hecha en un momento como éste, no son más que palabras.

No para Antonia Scott.

Para Antonia Scott, una promesa es un contrato. Un contrato, que, si no cumple, acaba pagando igualmente. En culpa y remordimiento, moneda inflacionaria.

Por eso, en estos momentos Antonia no rellena el silencio con palabras como *encontraré al inspector Gutiérrez* o *capturaré a la mujer que te secuestró y torturó*. No, Antonia ha aprendido algo en los últimos meses sobre las promesas.

Por eso, lo que le dice a Carla es:

—Lamento lo de tu padre.

Una sombra cruza el rostro de la joven, que aparta la mirada.

—Era muy mayor.

—¿Pudiste hablar con él? Antes de…

Esos puntos suspensivos entierran enciclopedias enteras.

—Yo no quería, y él no podía —dice Carla, encogiéndose de hombros.

Carla

El ictus que golpeó a Ramón Ortiz unos meses atrás le había dejado reducido a un despojo babeante. La muerte no excluye a nadie de su lista, ni siquiera al hombre más rico del mundo. Todo el poder y la fortuna del empresario tan sólo habían mejorado el lugar de su fallecimiento, pero no lo habían evitado.

La rica heredera se había transformado durante el tiempo en el que había estado secuestrada por Ezequiel.

Había emergido del pozo distinta. Todo lo que quedaba de ella de veleidad y capricho había ardido sin llama en la oscuridad del encierro. Donde antes había egoísmo y necesidad de validación había ahora generosidad y una seguridad en sí misma oscuras y desconcertantes. Sonreía menos, pero cuando lo hacía era de verdad.

Y no, nunca llegó a reconciliarse con su padre. El empresario estaba esperándola al borde de la alcantarilla, en la calle Jorge Juan, en mitad de una nube de fotógrafos y periodistas. Ella rechazó la mano que le tendía, y eligió apoyarse en el inspector Gutiérrez, el hombre que había afrontado un túnel lleno de explosivos y recibido un disparo para salvarla. No respondió al abrazo que le dio Ramón, ni sonrió, ni vertió una sola lágrima. Después, se apartó de él y se dirigió a los periodistas. Con voz sorprendentemente clara, les dio las gracias por su interés, y dijo encontrarse perfectamente, lista para regresar al trabajo. El mundo entero escuchó sus palabras serenas en las noticias de la mañana, y las acciones de la empresa subieron un seis por ciento.

A Ramón no volvió a dirigirle la palabra en privado. Lo intentó en ocasiones. Quiso preguntarle un centenar de veces por qué la había dejado abandonada a su suerte. Por qué no había cedido al chantaje de Ezequiel, como hubiera hecho ella sin dudar un instante si hubiese sido su propio hijo quien estuviese en peligro.

Su hijo, que ahora dormía en uno de los sofás de la zona central del jet privado, tapado con una manta, era todo lo que importaba. Nada más. Volver a abrazarle era lo único que había deseado mientras estaba secuestrada. Por él lo cambiaría todo. Hasta el último de los miles de millones de euros que poseía, y la calderilla del bolsillo, si se la pidieran también.

Sólo cuando murió Ramón —a las tres de un sábado, en mitad de los titulares del telediario—, ella lo comprendió todo. Estaba en la cama del hospital, mirando la televisión, cabeceando ligeramente, como si se quedara dormido. Y de pronto, murió. Sin hacer ruido, simplemente se fue. Todo esto se lo contó la enfermera privada, una de las cuatro que le cuidaban día y noche. Carla cogió el teléfono a las 15:08, sabiendo de antemano —esas cosas se saben siempre— que su padre acababa de morir. Y tan pronto colgó, miró a su vez el telediario, sin prestar atención al desfile de sucesos banales, ni a la ironía cruel de que ambos hubieran estado viendo exactamente lo mismo a ocho kilómetros de distancia.

Acababa de heredar un imperio de doce cifras. Un uno seguido de once ceros. Una cantidad imposible, absurda, a la que en vida de Ramón Ortiz había prestado tan poca atención como al telediario ahora mismo. Al igual que esas imágenes, era algo simplemente que estaba ahí. Que pasaba, fuera de su ámbito de responsabilidad e influencia.

Sí, ella se había dejado el alma en la empresa, echando horas como si las llevara en un saco. Pero lo había hecho para ganarse lo único que no podía poseer. El respeto de su padre.

Casi pudo ver en el enorme televisor de cien pulgadas las imágenes del telediario del día siguiente. Casi, que el televisor era caro, pero no tanto. Pudo verse a sí misma, vestida de negro, recibiendo en el tanatorio a los invitados. Los reyes, seguro, el presidente del Gobierno, algún ministro. Y también gente importante, como Laura Trueba o Bill Gates. De pronto ella era algo distinto. Un volquete de responsabilidad le acababa de caer encima. Las vidas de cientos de miles de empleados y las inversiones de millones de personas dependían, desde aquel instante, de cada uno de sus gestos. Una inflexión, una sílaba a

destiempo, podía arruinarlo todo.

Fue entonces cuando comprendió la traición de su padre. Fue entonces cuando quiso llamarle, decirle que le entendía. Que no le perdonaba —le resultaría imposible—, pero que le entendía.

Porque, junto con aquella cifra exorbitada, junto con aquellos once ceros, había heredado una verdad, acerada y luminosa, en tan sólo seis palabras.

No se los había ganado ella.

2

Un cubo

—Vamos a repasar el plan —dice Antonia, moviéndose hacia la parte delantera del avión.

Mirando a aquella mujer menuda, casi un palmo más baja que ella, Carla Ortiz siente una extraña envidia. Antonia Scott no es fea, pero tampoco una belleza. No es eso, ni siquiera su intelecto lo que Carla envidia. Es su determinación inquebrantable. Le salvó la vida en los túneles de Goya Bis, y por tanto adquirió una deuda perpetua.

Cuando Antonia la llamó, tan sólo unas semanas atrás, Carla esperaba una petición. Un pago, de alguna clase. Estaba dispuesta a dárselo, claro. Deseosa, incluso.

No hay favor más barato que el que puedes rescindir con dinero.

En lugar de eso, Antonia Scott le contó una historia, una historia que le revolvió el estómago y le robó el sueño. La historia de cómo una mujer desconocida, a la que llamaremos Sandra Fajardo, a falta de mejor nombre, manipuló a un enfermo mental para hacerle creer que era su hija. De cómo ambos la habían secuestrado para, supuestamente, chantajear a su padre. De cómo el cadáver de la falsa Sandra nunca había aparecido.

De cómo todo lo que creían saber era una inmensa mentira.

—No lo comprendo. ¿El chantaje a mi padre no fue real?

—No fue más que una elaborada farsa —respondió Antonia—. De alguna forma que desconozco, todo esto tiene que ver conmigo.

Le habló entonces del elusivo y misterioso señor White. El hombre que tiraba de los hilos de Sandra Fajardo.

—No puedo creerlo. Todos aquellos policías que murieron

intentando salvarme. La mujer en el colegio de tu hijo. ¿Cuántas vidas se han perdido por esta farsa, como la has llamado?

—Ocho, que sepamos.

—Creía... que había terminado —dijo Carla, con la voz anegada por el miedo. Aguarda, en vano, una respuesta tranquilizadora de Antonia. Que no llega.

Entonces el recuerdo la alcanzó.

El desvío.

El hombre del cuchillo.

La persecución en el bosque.

El pinchazo en el cuello, cuando ella se había rendido.

Y después la batalla desesperada con la oscuridad. La voz amable que había resultado ser su torturadora.

—¿Sabes...? ¿Sabes qué es lo que quiere?

—No lo sé. Pero lo sabré.

Antes de colgar, le había dado a Carla instrucciones muy claras sobre lo que tenía que hacer si alguna vez se cumplía la peor de sus pesadillas.

Diez horas antes, sucedió.

El mensaje de Antonia decía sólo:

HA VUELTO

Pero eso fue todo lo que necesitó Carla. Se levantó en mitad de una cena con unos socios comerciales, murmurando una excusa, y se subió al coche, al tiempo que daba instrucciones a la niñera para que sacara a su hijo de la cama.

El vuelo desde La Coruña hasta Gloucester para recoger a la abuela Scott les había llevado dos horas. Salir del aeropuerto, otras cuatro. Pero allí estaban, por fin.

Según el plan.

—Nada de teléfonos móviles. Ningún dispositivo electrónico. Tampoco búsquedas en internet sobre mí, ni sobre noticias de España. Ningún acceso a mis cuentas de correo, ningún contacto con nadie —recita Carla.

—Dame tu cartera —pide Antonia.

Carla rebusca en el bolso y se la alarga, con un mohín de disgusto. Antonia saca las tarjetas de crédito, el DNI, incluso el carnet de descuento del Sephora, lo arroja en una bolsita para el mareo y ésta a su vez en una papelera. De su bandolera saca un mechero y un bote de fluido para encendedor, y convierte la vida de Carla en un charco pestilente en pocos instantes. Tan sólo salva un rectángulo negro y metálico que se guarda en el bolsillo.

—Ten cuidado con esa tarjeta, Antonia. No tiene límite de crédito.

—No soy de gastos exagerados. Tú necesitarás dinero.

—Esa maleta está preparada desde hace semanas —dice Carla, señalando una enorme Samsonite.

Antonia no se molesta en abrirla. Sabe lo que contiene.

—¿En dólares?

—Y yenes, euros y libras.

Antonia asiente con aprobación.

—¿Dónde debemos ir?

—Si lo supiera, os pondría en peligro. No debes tomar ninguna decisión basada en la lógica. Pero voy a darte algo que te ayudará.

Antonia deposita en la mano de Carla un cubo de plástico de veinte milímetros de arista. En cada una de sus caras hay grabados unos puntos, de tal manera que las caras opuestas suman siete.

Carla observa perpleja el dado, durante un instante, hasta que comprende que es lo que quiere Antonia.

—Cada decisión, una tirada de dados. Cambia de avión en tu siguiente destino. Y vuelve a hacerlo en el siguiente a ése. Después desplázate por tierra al menos seiscientos kilómetros y toma un vuelo comercial. Después un nuevo desplazamiento por tierra en dirección contraria. Será duro —concluye, asomándose por encima del hombro de Carla.

Ella sigue su mirada hasta la abuela Scott, que parece haberse

dormido.

—Tranquila. Nos enterrará a todos.

—No veo cómo debería tranquilizarme eso. Es una posibilidad muy real —dice Antonia.

Sólo la expresión horrorizada de Carla le revela que ha vuelto a caer en las trampas del lenguaje figurado. Si Jon estuviese aquí haría algún comentario que hiciera más llevadera la situación, pero no es el caso. Antonia tampoco se disculpa. Primero, porque no sabe poner paños calientes. Ni siquiera sabe lo que significa la expresión. Y segundo, porque el peligro es, efectivamente, muy real.

Ahora que Sandra ha regresado, nadie está a salvo. Y Carla, uno de los trofeos que se le escapó de entre los dedos, menos que nadie.

—Tenemos que irnos —dice la empresaria, retorciéndose las manos con ansiedad.

Antonia comprende que no puede retrasarlo más.

3

Un bulto

Antonia se asoma a la puerta del avión y hace una señal. Del coche —un Rolls-Royce Phantom, recientemente restaurado— desciende un hombre alto, delgado, de pómulos hundidos. Trajeado, con el nudo de la corbata impecable, a pesar de llevar horas aguardando en el asiento trasero. En brazos lleva un bulto valiosísimo. El otro trofeo que se le escapó de entre los dedos a Sandra Fajardo.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunta el recién llegado.

Para ser diplomático nunca ha sido demasiado amigo de la flexibilidad propia, más bien de la ajena. Por otro lado, sir Peter Scott, embajador del Reino Unido en España, es un varón inglés rico de mediana edad, así que la prepotencia es casi obligatoria.

El relente de la madrugada y haber pasado la noche en un coche no están ayudando a sus modales, tampoco. Alza la barbilla y mira inquisitivamente a la empresaria.

—Disculpe, creo que no nos han presentado —dice Carla.

—Sabe muy bien quién soy, y yo sé muy bien quién es usted. Y ahora, si no le importa, me gustaría una respuesta.

Antonia menea la cabeza. Carla no dice nada.

—Durará lo que tenga que durar —interviene una voz aguardentosa a su espalda.

El embajador se da la vuelta, y se encuentra con la mirada severa de la abuela Scott. Es posible que trague un poco de saliva, discretamente.

—Disculpa, madre. No te he visto al entrar.

—Claro que no. Estabas muy ocupado siendo un maleducado. ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste?

—Las responsabilidades de mi cargo...

—Son más importantes que tu madre. Lo has dejado perfectamente claro. Ahora acércate y déjame que vea a mi bisnieto.

Jorge Losada Scott lleva horas roncando, ajeno al drama que se desarrolla a su alrededor. Envuelto en una manta de cuadros y en un pijama de Baby Yoda, no se despierta ni siquiera cuando la abuela Scott le descubre el rostro. Tiene las mejillas de un rojo encendido, y los labios entreabiertos.

—Tiene tu nariz, Peter.

—Es cierto —dice el embajador con una sonrisa.

—Afortunadamente, el resto es de Antonia. Y ahora acuéstale en el sofá antes de que te salga otra hernia, muchacho.

Sir Peter Scott obedece. El asiento de piel de potro cruje cuando deja a Jorge al lado del hijo de Carla Ortiz. Los bultos son casi del mismo tamaño, pues ambos se llevan pocos meses.

—Todo irá bien —dice Carla.

—No puede garantizar eso.

—Por el amor del cielo, Peter —le regaña la abuela Scott—. Esta mujer te está diciendo que hará todo lo que esté en su mano. Si quieres garantía, cómprate una tostadora.

El embajador cambia el peso de un pie a otro, la mirada entre su nieto y la abuela Scott. Finalmente inclina la cabeza en dirección a la anciana y abandona el avión a grandes zancadas, sin mirar atrás.

Antonia se reúne con él junto al coche al cabo de un par de minutos, tras una despedida y alguna instrucción final. El avión comienza a rodar por la pista antes de que ella alcance a su padre.

—No me habías dicho que estaría tu abuela —dice sir Peter.

—También es un objetivo.

—Me hubiera gustado saber que estaría, Antonia.

—Deberías ir con ellos.

—Tu abuela y yo metidos en un espacio reducido durante horas. Qué idea tan pintoresca. No necesitaríamos de ningún psicópata que nos asesinara.

—Estarías más seguro.

—¿Más seguro dando tumbos por sabe Dios dónde que en la embajada, protegido por un destacamento de SAS? —replica sir Peter —. No sé ni por qué permito que Jorge...

—Sandra Fajardo ya le secuestró una vez, a plena luz del día y de un lugar que creíamos seguro. ¿De verdad quieres correr el riesgo?

El embajador chasquea los labios con frustración. Hace tan sólo unas horas, su hija le había llamado para que le ayudara en la difícil tarea de despedirse de su marido para siempre. Había acudido a su lado enseguida, como era su deber. Lo que estaba sucediendo era un paso en la dirección correcta, en la ansiada reconciliación con su hija. Decir adiós a Marcos era el primer paso para recobrar parte de la humanidad que Antonia había perdido. Durante un instante fugaz, junto al monitor de frecuencia cardíaca que emitía pitidos cada vez más lentos, sir Peter había visto el reflejo de la niña sonriente y feliz que alborotaba los pasillos del consulado en Barcelona cuando no era mucho mayor que Jorge. De la niña sonriente y feliz que podría haber sido, de llevar otra vida.

No hay nada de aquella niña en la mujer menuda que está de pie junto a él en la pista de aterrizaje. Sus ojos son dos piezas de obsidiana.

Y, lo que es más aterrador, piensa el embajador, *lo que acaba de decirme es cierto*.

—Supongo que no quiero correr el riesgo —admite.

—Deberías ir con ellos —insiste Antonia.

—El avión ya ha despegado.

—Podemos hacer que vuelvan.

—Eres tú quien debería subir a ese aparato.

—Sé cuidarme sola.

De las sombras, donde ha estado aguardando, surge uno de los guardaespaldas de su padre. Antonia le recuerda bien. Es el que la sacó a rastras de la habitación de Marcos. Metro noventa, ochenta y siete kilos, y no demasiada simpatía por Antonia. Un muro de ladrillos con traje, entrenamiento de élite, oficial del SAS.

El embajador le señala el mostrenco a Antonia, cuando éste le abre la puerta del coche.

—Gracias, Noah.

Y luego la señala a ella. Tan pequeña, tan sola.

—Yo tengo quién me proteja, Antonia. Día y noche. Tú no.

4

Un mostrador

Sola en mitad de la pista de aterrizaje, mientras ve alejarse el coche de su padre, Antonia piensa en la última frase que le ha dicho.

—Yo tengo quién me proteja. Tú no.

Que Antonia traduce como:

Raksakuduha.

En télugu, lengua dravídica que hablan setenta y cuatro millones de personas, el protector sin armadura. Aquel que salta desnudo en la trayectoria de la flecha.

Antonia tenía a alguien así. Y ahora ya no. White se lo ha arrebatado, sin explicación alguna. Sólo un mensaje que decía

ESPERO QUE NO TE HAYAS OLVIDADO DE MÍ.
¿JUGAMOS?
W.

Un Audi A8 negro con las lunas tintadas se acerca a ella. La puerta del copiloto se abre, invitándola a entrar. Por un momento Antonia —contra toda lógica, lo cual es extremadamente inusual en ella— espera que al volante vaya el inspector Jon Gutiérrez. Unos breves instantes de pensamiento mágico, de cruzar los dedos muy fuerte y desear, desear, desear que pase. El universo devuelve a Antonia la respuesta habitual. Salvo que, en el caso de Antonia, además viene con un extra de vergüenza por haber cedido a semejante vulgaridad.

Con un gesto de fastidio, Antonia abre la puerta trasera y se derrumba en el asiento.

—¿Ahora soy tu chófer, Scott?

—Necesito cerrar los ojos un momento.

—El asiento de delante es completamente reclinable.

—Ya, pero aquí atrás estoy sola.

El hombre que va al volante se da la vuelta. Moreno, de entradas pronunciadas, bigote recortado fino y ojos de muñeca, que parecen más pintados que reales. Abrigo corto, color camel. Caro.

—Ten cuidado con dónde pones los pies. Ahí atrás hay una Chéjov —dice Mentor.

Al igual que Antonia, ha estado muchas horas cubriendo el acceso a la pista de aterrizaje.

—No es un Chéjov. Es un Remington 870 —dice Antonia, abriendo un ojo y dándole con la punta de las zapatillas de deporte.

—Es una escopeta cargada —dice Mentor, nervioso, revolviéndose en el asiento para alcanzarla y apartarla de los pies de Antonia—. Y ya sabes lo que dijo Chéjov sobre las escopetas.

—No tengo ni idea.

—Que si enseñas una en el primer acto, tienes que dispararla en el tercero.

—Estamos en el tercer acto.

—Ahí quería yo llegar, Scott.

Tras una breve pelea con el cinturón de seguridad, Mentor logra agarrar el arma y colocarla en el asiento a su lado.

—¿Cómo ha ido la cosa con tu padre?

—Tan bien como cabía esperar.

—Así de mal, ¿eh?

Antonia no responde, sólo clava la mirada en la ventanilla. Un trueno suena a lo lejos, coincidiendo con el ronroneo del Audi cuando Mentor lo pone en marcha. Las gotas de lluvia se vuelven pequeños cometas efímeros que se persiguen por el cristal.

En la M40, a la altura de la salida de Plenilunio, el tráfico les hace avanzar muy despacio. Antonia se fija en el coche del carril vecino. Una furgoneta blanca, de la misma marca que la que se llevó a Jon. Distinto modelo. En el asiento de en medio viajan dos niños pequeños, que se arrojan un juguete. En otro tiempo había sido un dinosaurio y ahora es una masa informe de color verde recubierta de mordiscos. La madre se gira y les dice algo, con tono serio, a juzgar por la expresión, pero no está realmente enfadada.

Tan sólo una familia normal, de camino a pasar un día anodino en el centro comercial junto a otras familias normales. Antonia se pregunta qué han hecho ellos para obtener aquella vida y qué ha hecho ella para merecerse la que lleva. No halla respuesta, por supuesto. Sólo…

Pothos.

En griego, el deseo de lo inalcanzable.

Antonia desea, no por primera vez, tener una familia en la que refugiarse, un lugar en el que esconderse. Pero no hay nada, más que el feroz chillido de los monos en las profundidades de su mente. Con tan cuestionable arrullo, se queda dormida.

Cuando despierta, el sol está bien alto en el cielo.

Baja del coche, frotándose los ojos, con la vejiga repleta y la lengua pastosa. Están en el aparcamiento de una nave industrial anodina en mitad de un barrio anodino. Rejas, al sur del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas, es un rectángulo desconocido, el último borrón que los viajeros ven antes de que el taxista les avise de que son treinta euros, muchas gracias. Cierto, millones de personas visitan Plenilunio cada año, es el centro comercial más grande de la ciudad. Pero ninguno se aventura más allá del aparcamiento. En las cercanías hay un barrio relativamente consolidado. Pero en el lado este, a un par de kilómetros, el panorama se transforma. Los edificios medianamente ordenados dejan sitio al caos. Naves vacías al lado de viviendas unifamiliares destartaladas, huertas con caballos, edificios de oficinas a medio construir. Solares en cuyas vallas cuelga un SE VENDE, carteles de los que el sol ha devorado el rojo y el negro, para vomitar un rosa pálido y un gris pretérito. Carteles en los que ya no se lee el teléfono. Pero, si se leyera, se vería que tiene sólo siete cifras.

Un lugar dejado de la mano de Dios y de sus superiores directos, los concejales de Urbanismo.

Un puñado de calles con nombres de meses, en los que agosto y diciembre se parecen demasiado.

No hay camino que llegue hasta aquí y luego pretenda salir, y por

eso fue el lugar que Mentor eligió para erigir el cuartel general del proyecto Reina Roja en España.

Desde fuera sólo es una nave industrial más, con un aparcamiento vallado, un nombre respetable de una empresa de fabricación de áridos, un edificio de aluminio arriba y cemento abajo.

Mentor está sentado en las escaleras de cemento del edificio, apurando un cigarro. A juzgar por la altura de la montaña que han hecho las colillas entre sus pies, no se ha movido de ahí desde hace horas.

—Estás fumando demasiado —dice Antonia, mientras recorre la distancia entre el coche que le ha servido de cama y los escalones que le han servido a Mentor de sala de espera.

—Mi mujer opina lo mismo. Pero nunca es buen momento para dejarlo.

—¿Por qué no me has despertado?

—Ya sabes por qué. Acabas de volver de una misión larga. Y te has pasado la noche en vela.

—No tenemos tiempo que perder.

—Cuando no duermes te pones irritable y consentida.

Antonia protestaría y daría una patada en el suelo, pero ha podido dormir lo suficiente como para limitarse a respirar fuerte y subir en dos zancadas las escaleras.

Al otro lado de una puerta de cristal —sin cerradura ni nada— hay un mostrador de melamina descascarillado, un suelo de linóleo, una zona de espera con dos butacas que dejan ver el relleno y unas cuantas revistas sobre áridos, incluyendo los últimos números de *ANEFA*, la revista oficial del ramo. En el número de este mes, ¡*todo sobre las arenas silíceas*!

—Identificación, por favor —dice un joven, desde detrás del mostrador.

Antonia mira a Mentor con hastío. Mentor se encoge de hombros.

—El chico es nuevo.

—El chico es obediente —dice el chico.

—No puedo relajar las costumbres. Además, hace mucho que no

vienes por aquí. Tiene que comprobar que eres tú.

Antonia cede y se acerca a lo que parece la carcasa sucia y remendada con celofán de una webcam que ya era vieja antes de que Zuckerberg fundase Facebook.

En su interior, por supuesto, se esconde un escáner retinal de última generación, que hace que suene un pitido en la pantalla oculta tras el mostrador.

—Todo listo, señor.

—Gracias, agente. Vamos, Scott —dice Mentor, señalando la puerta. Ella le mira, sin moverse del sitio.

—¿Has acabado con las lecciones?

—No sé de qué me hablas.

Con un gesto de fastidio, Antonia sigue a Mentor hasta una puerta metálica, que se desbloquea con un zumbido. Mentor tira de la manija, pero Antonia agarra la puerta, impidiéndole abrir.

—Me has dejado dormir cuatro horas en el coche. Ahora, el numerito de la entrada. Intentas decirme algo, eso no se me escapa.

—Scott, realmente te hemos echado de menos.

—Ahorraríamos tiempo si me dijeras directamente qué es.

Mentor se muerde el labio inferior, intentando reunir paciencia.

—El mensaje es que no estás sola en esto y que tenemos que tener más cuidado que nunca.

—Mensaje recibido. Y ahora, si no te importa, tenemos que empezar a buscar a Jon Gutiérrez.

—¿Qué te crees que hacíamos mientras dormías? —dice Mentor, abriendo la puerta, por fin.

Antonia contiene la respiración al entrar. Casi había olvidado lo imponente que es el lugar.

Casi, porque Antonia no olvida nada.

5

Un cuartel

La recepción cochambrosa con muebles de los años noventa da paso a un espacio abierto y diáfano de seis metros de alto. Del techo cuelgan potentes focos de 1250 vatios, que iluminan una serie de estructuras interconectadas, fabricadas en hormigón y fijadas al suelo con vigas de acero, un pueblo en miniatura. Una zona a la entrada sirve de parking para los Audi A8 modificados. De las cuatro plazas, sólo una está ocupada. Sobre el resto, alguien ha pegado en el suelo fotos a tamaño DIN A3 de los sucesivos siniestros.

Antonia se permite una media sonrisa al ver las imágenes. A Mentor no se le escapa el gesto.

—No tiene gracia. Habéis mandado al desguace trescientos mil euros en menos de un año.

—Yo sólo cien mil. Los otros se los cobras a Jon.

—Me estoy pensando lo de rescatarle.

El primero de los módulos de cemento junto al que pasan es una estructura cúbica con una ventana enorme en uno de sus lados. El interior está a oscuras, pero Antonia no necesita luz para saber lo que hay dentro. Conoce de memoria hasta el último centímetro de la sala de entrenamiento. Y no son recuerdos felices.

Aparta la mirada y aprieta el paso. Delante del laboratorio de la doctora Aguado está aparcado el MobLab, y más allá el bloque que contiene la sala de reuniones. Un espacio abierto con una gran mesa en el centro, y una docena de monitores de treinta pulgadas fijados a la pared.

Nadie ha dedicado ni un minuto, ni una gota de pintura a adecentar el cuartel general del proyecto Reina Roja. No hay ni un solo elemento en el lugar que no sea funcional o que no parezca comprado en la

ferretería de *Blade Runner*. Quizás por eso a Antonia le resulta tan hermoso.

Y a pesar de ello no ha entrado en esa sala de reuniones desde hace casi cuatro años.

Mentor se hace a un lado, para permitirle el paso. Pero, al fijarse en su mirada, en sus puños apretados, se lo piensa dos veces.

—Cuando estés lista, Scott.

No parece que eso vaya a suceder pronto.

El corazón de Antonia está acelerado, el aliento entrecortado. Ahora que Jon depende de ella, el pánico la invade. O quizás —más bien— es que ella permite al pánico entrar porque ya no le quedan excusas.

Después de todo este tiempo huyendo de lo que es, de lo que puede hacer, la realidad ha acabado alcanzándola. Antonia es cinturón negro en mentirse a sí misma, pero incluso ella es capaz de reconocer que desea tanto como teme cruzar la puerta y entrar de nuevo en esa habitación.

Aunque no sea una buena idea.

Aunque el hombre al que le hizo la promesa de no regresar jamás a esa sala, esté ahora en una funeraria, sin nadie para velarle.

Aunque un peso plomizo en la boca del estómago le pida darse la vuelta y huir de la jaula de cemento. Del lugar que la transformó para siempre en algo infinitamente mejor, infinitamente más odioso.

Entonces mira a través del hueco de la puerta, y ve que todas las pantallas se han unido para ofrecer una única imagen fragmentada. El rostro del inspector Jon Gutiérrez. Con su pelo ondulado tirando a pelirrojo, su barba espesa, tirando a cana. Con esa mandíbula cuadrada del tamaño de un diccionario. Los ojos, entrecerrados por el resplandor del flash.

Incluso en su estado alterado, Antonia percibe el truco sucio de Mentor. Le enfurece la capacidad que tiene para manipularla.

—Tómate tu tiempo —susurra la voz de Mentor, junto a su oído.

Antonia abre la boca para hablar, pero él la interrumpe, desde más cerca. Sus labios casi llegan a tocarla. Su aliento caliente y amargo de fumador le eriza la piel.

—Si lo siguiente que me vas a decir es que no puedes, ahórratelo.

Sea lo que sea lo que esté pasando en tu cabeza, supéralo. Te he dejado una noche para poner a salvo a tu familia y una mañana para que descanses. Eso es todo. Porque ese hombre cuyo rostro estás mirando te ha salvado la vida más veces de las que puedes contar.

Al oír esto, a Antonia le invade una repentina certeza.

El peso en el pecho se aligera, la respiración se ralentiza. Los monos de su cabeza gritan un poco más bajo. Eso es lo hermoso de las certezas. Nos nutren con un cierto alivio.

Antonia exhala el aire que había estado reteniendo y se vuelve hacia Mentor.

—Sí que puedo.

—Ésta es mi chica.

—No me has entendido. Sí que puedo contarlas. Son siete —dice Antonia, entrando en la sala.

6

Una pregunta

La doctora Aguado se levanta al ver entrar a Antonia. Rondará los cuarenta. Pestañas largas, maquillaje desvaído, piercing en la nariz, una pícara languidez en la mirada. Ahora con una chispa de miedo.

—No sabe cómo lamento lo de...

Aguado se detiene, porque en realidad no sabe ni por dónde empezar. Antonia asiente, con respeto. Se alegra de verla allí.

—Vamos a trabajar.

—Por supuesto. Ah, casi me olvido —dice la doctora, alargándole un vaso con agua y otro, más pequeño y de plástico, que contiene una cápsula roja.

Antonia menea la cabeza, intentando que los ojos no se le cuelen dentro del segundo vaso.

La forense mira a Mentor, extrañada, pero éste le hace un gesto, y Aguado retira la pastilla de encima. Sólo entonces Antonia se sienta, en su sitio de siempre, frente a las pantallas. Las ruedas de la silla, una Herman Miller Aeron (de la talla más pequeña, para que no le cuelguen los pies), hacen un característico sonido metálico sobre el cemento cuando se aproxima a la mesa.

—¿Qué tenemos?

—Todo eso —dice Mentor, señalando frente a ella.

La superficie de cristal de la mesa está cubierta por decenas de informes y fotografías. Antonia se inclina un poco, apoya los codos en la mesa y comienza a recorrer con los ojos cada uno de los documentos. Cincuenta segundos después, alza la cabeza de nuevo.

—O sea, nada.

—La matrícula de la furgoneta era falsa, pero eso ya lo sabes.

—El número era el mismo que el del coche en el que se suicidó la

auténtica Sandra Fajardo —interviene Aguado.

—¿Una broma macabra, Scott?

—Nos deja su firma. Como si no estuviera por todas partes.

Antonia aún recuerda cómo se había parado a saludarla antes de subir a la furgoneta en la que se llevaban a Jon. Una mujer elegante, de rostro amable.

Un rostro amable que nadie más que ella ha visto.

—¿Hay alguna cámara de seguridad? ¿Tráfico? ¿Algo?

Mentor menea la cabeza. Antonia ya sabe la respuesta a la pregunta. De haberla, estaría en la mesa frente a ella.

—Podemos hacer un retrato robot a raíz de tu descripción. Podría estar dentro de media hora en todos los telediarios. Pero...

—Pero —dice Antonia, golpeando la mesa con irritación.

Mientras Jon Gutiérrez esté en poder de Sandra, no pueden hacer ningún movimiento de ese tipo. No pueden hacer mucho.

—Tengo a todo el personal intentando seguir la pista de la furgoneta por Usera. Los seis novatos de apoyo flotante que nos dejan los nacionales, el equipo de informática...

—Incluso mi propia ayudante —tercia Aguado.

—Todos con sus coches particulares, preguntando si alguien ha visto la furgoneta.

—Es una posibilidad bastante remota.

—No tenemos ninguna otra, Scott. No hay fotos de Fajardo, no hay pistas, no tenemos nada. Sólo un municipal muerto y otro sedado en el hospital.

Los dos que intentaron detener la Mercedes antes de que cruzara el Manzanares. Se les avisó de que no intervinieran. Buscaban una medalla y se llevaron cien tiros de regalo.

—Ya ha visto el informe de balística —dice Aguado, señalando un folio frente a Antonia.

—Munición 5,56 x 45 OTAN —responde Antonia, sin mirar—. Extremadamente común. Prácticamente cualquier soldado de la Unión Europea la ha usado alguna vez en las últimas décadas. Y miles de policías.

Un ruido de fricción se revela en el silencio posterior. Aguado y

Mentor observan cómo la mano izquierda de Antonia vuelve a agitarse, sacudiendo los papeles.

Aguado busca en el bolsillo de su bata la caja donde ha guardado la pastilla roja de Antonia. Mentor alza un poco las cejas y menea la cabeza muy despacio.

Antonia, por fin, parece darse cuenta del movimiento, y se sujeta la muñeca con la mano derecha. Sus labios dibujan una mentira inaudible.

—Estoy bien.

A una pregunta que nadie ha formulado.

Y luego, más alto:

—Estamos perdiendo el tiempo. No vamos a encontrar a Jon con nada de esto —dice, empujando los papeles delatores hacia el centro de la mesa, fuera del alcance de sus manos temblorosas.

—¿Alguna idea mejor? —dice Mentor.

—Tenemos que comprender qué está pasando. Tienes que contarme por qué fuiste a Bruselas.

Lo que pasó en Bruselas

Mentor se rinde a la petición de Antonia, y le hace un gesto a Aguado, que manda desde su portátil una señal a los monitores.

—Esto ocurrió hace nueve días. Cuando estabais viajando hacia Málaga, en busca de Lola Moreno.

Las imágenes muestran una habitación de hotel. Lujosa. Un hombre, desnudo, sobre una cama de dos metros. Las sábanas están revueltas. Tiene el cuerpo lleno de cuchilladas. En la foto se ven cuatro pies. Los que cuelgan de la cama, pertenecientes al acuchillado, y los que cuelgan a ochenta centímetros por encima de ella. La siguiente foto muestra al dueño del segundo par, ahorcado del ventilador. Sus ojos se salen de las órbitas, el rostro desencajado, la lengua atrapada entre los dientes.

—Es Inglaterra.

—¿Cómo le has reconocido? Dudo que su propia madre pudiera.

—No le he reconocido a él. La marca del ventilador —dice Antonia, señalando un minúsculo logotipo en la base del aparato—. Es un modelo que sólo se vende en el Reino Unido.

—Callum Davis, Reina Roja en Inglaterra —confirma Mentor, apuntando al ahorcado—. Y Rhys Byrne, su escudero.

—¿Amantes?

—Está prohibido, Scott.

—No has…

—Sí que he contestado, en realidad. Sí, lo eran. No abiertamente, pero hay pocos secretos dentro de nuestros equipos —dice Mentor, mirándola fijamente.

Antonia hace enormes e infructuosos esfuerzos por no mirar al bulto que forma la caja de píldoras rojas en la bata de Aguado.

—Callum y Byrne estaban en una misión bastante peligrosa. Unos contrabandistas de diamantes en Glasgow, gente peligrosa, con

conexiones con la mafia. Creíamos que habían sido ellos.

—El equipo forense examinó la escena —interviene Aguado— y descubrió que la verdad era mucho peor.

Antonia se pone en pie y se acerca a la imagen de su homólogo inglés, entrecerrando los ojos. Hace un movimiento ascendente y repetitivo con el brazo, unos cálculos mentales, y luego vuelve a mirar.

—Le mató él, y luego se colgó.

—¿Cómo…?

—Las retrosalpicaduras de sangre en la camisa. Esta forma semiesférica casi perfecta, rodeando a otras más pequeñas. Sólo pueden producirse si el que empuñaba el cuchillo era Callum.

Aguado se aclara la garganta, incómoda, y mira a Mentor.

—Es cierto —corrobora éste—. Nos llevó un poco más que a ti, Scott. El cuchillo no estaba en la escena del crimen. Apareció horas más tarde, en el jardín del hotel. Pero para entonces la cosa había enloquecido.

Nuevas fotos aparecen en los monitores. Muestran un Audi A8 aparcado encima de una acera de un área residencial. Esta vez Antonia no tiene que adivinar. La cinta roja y blanca con la leyenda POLITIE, NIET BETREDEN le ahorra el esfuerzo.

En uno de los monitores comienza a reproducirse un vídeo, grabado con un teléfono móvil. En el asiento del copiloto del Audi ven el cadáver de una mujer vestida con chaqueta gris y falda de tubo a juego. El agujero de entrada de la bala es pequeño, del tamaño de una moneda. El contraste con el destrozo que ha hecho al salir es enorme. La ventanilla es un cuadro abstracto. Una composición en rojo con una hendidura en el centro, el lugar donde la cabeza agrietó el cristal sin llegar a romperlo.

—Lotte Janssen, Reina Roja de Holanda. Encontraron el coche frente a su casa de Rotterdam. A su escudero lo detuvieron a menos de doscientos metros. Iba vagando sin rumbo por la calle, con la pistola en la mano, en estado catatónico.

—Fue entonces cuando comprendisteis que algo no iba bien.

—Una reina que mata a un escudero, un escudero que mata a una

reina. Todo en pocas horas. Sí, incluso los simples mortales fuimos capaces de sumar dos y dos, Scott.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—El papel de Jon. No te queda bien.

Mentor saca un cigarro del bolsillo, y se lo enciende.

—Yo también le echo de menos, Scott. Pero tenemos que estar listos para lo peor.

Antonia medita durante unos segundos esas palabras. Después da la única respuesta posible.

—No.

—Las posibilidades... —comienza Aguado.

—¿Qué pasó cuando descubristeis lo de Holanda? —la interrumpe Antonia.

—Los jefes de equipo nos reunimos en Bruselas. Sabíamos que pasaba algo, pero no teníamos ninguna información. Hubo gritos, mucha tensión. Estábamos viviendo nuestro propio 11S. Nadie sabía qué hacer. Teníamos en custodia al escudero de Holanda, pero no había dicho ni una sola palabra. Entonces...

Mentor se calla, baja la cabeza. Aguado desvía la mirada.

—Y entonces hubo otro —susurra Antonia.

En la pantalla aparece una foto. Entre el humo y los escombros, Antonia alcanza a distinguir una sillería elaborada, imágenes de santos esculpidos en piedra, y una puerta repujada en bronce. Tarda un poco en reconocerla. El arte no es lo suyo, y el gótico menos. Pero acaba encajando lo que ve con un viejo recuerdo del instituto. Una lección aburrida de viernes por la tarde, las persianas de la clase echadas, el sopor y el calor de finales de la primavera en Barcelona. Y, en el retroproyector de la clase, la imagen de una catedral alemana de siete siglos de antigüedad.

—Colonia.

—Hubo una explosión —dice Mentor—. Seis heridos graves. Dos muertos.

Hay un silencio, que rompe la forense.

—Los muertos eran...

—Ya sé quiénes eran, doctora.

Antonia parece a punto de echarse a llorar. O quizás de liarse a puñetazos con alguien. No hay forma de reconocer la diferencia.

—Nos está cazando —dice, con la voz sobrecogida por la rabia—. Uno por uno. Todos los miembros del proyecto Reina Roja. Cinco muertos en tan sólo dos días. Inglaterra, Holanda, Alemania. ¿Qué hay de los demás?

—El escudero de Holanda sigue bajo arresto. Isabelle Bourdeau, en Francia, ha desaparecido, junto con su reina. Paola Dicanti estaba junto con su reina, camino de una localización segura en Florencia, pero perdimos el contacto ayer por la noche, creemos que por voluntad propia.

Hace una pausa. Más bien larga. Se masajea la frente con las yemas de los dedos, como si quisiera invocar el conocimiento, o quizás ahuyentar la desesperanza. No parece que sirva de mucho.

—Eso es todo lo que sé —concluye.

—No, no es verdad.

Mentor se incorpora un poco, extrañado.

—Te he dicho todo lo que...

Antonia levanta un dedo para hacerle callar.

—Anoche, cuando me llamaste, me dijiste que sabías lo que había sucedido en Inglaterra y Holanda. Que mi fantasma era muy real.

Mentor le sostiene la mirada, sin parpadear.

—Con estas pruebas que me has enseñado —continúa Antonia— no puedes llegar a esa conclusión.

—No sé si me gusta tu tono, Scott.

—Cuatro años. Cuatro años desde que ese monstruo irrumpió en mi casa, cuatro años he estado hablándote de él. Cuatro años en los que lo único que he recibido por tu parte han sido sonrisas indulgentes, cuando no la insinuación de que había perdido la cabeza.

—Después de lo de Marcos...

—«Tráeme una prueba. Una prueba y creeré que ese asesino tuyo existe.» ¿Cuantas veces habré escuchado eso?

—No tenías más que rumores, habladurías, Scott.

—¿Y qué tienes tú esta vez?

—El *modus operandi*…

—No hay *modus operandi* en esas fotos. Sólo violencia y muerte aleatorias.

No es cierto que en un duelo de miradas pierda el primero que la aparte. Quien pierde es el que, ante la inmediatez de su derrota, aparta la vista para impedir que su adversario la vea reflejada en sus ojos.

—Doctora, ¿le importaría darnos unos minutos? —pide Mentor.

Antonia hace un leve gesto de asentimiento a la forense cuando ésta pasa por detrás de su silla. Espera hasta que oye la puerta cerrarse tras ella.

—Y ahora… ¿vas a decirme lo que de verdad pasó en Bruselas?

Lo que de verdad pasó en Bruselas

Mentor se afloja la corbata, alarga la mano para coger su portátil, se enciende otro cigarro, despacio, intentando ganar tiempo. Cuando exhala el humo de la primera calada, se queda sin excusas para seguir en silencio.

—El escudero de Holanda… habló.

—Dijiste que estaba catatónico.

—Durante unas horas. Acabó saliendo del shock. Pero seguía sin querer hablar.

Mentor aprieta una tecla en su portátil y una imagen sustituye a las del atentado en Alemania. Un hombre de piel oscura y rasgos marcados. En la cincuentena, pero conservando su fuerza.

—Michael Seedorf. Nacido en Surinam. Ex policía militar, en la reserva. Lo reclutamos en un momento particularmente bajo de su vida.

—El procedimiento habitual.

—Acababa de perder a su hija. La chica era genetista, con un expediente brillante y un futuro increíble. La atropelló un coche.

—Y ahí entrasteis vosotros.

—Yo no tuve nada que ver. Pero mi colega holandés hizo un excelente trabajo. Modeló una relación perfecta entre Seedorf y su reina. La quería como a una hija. Llevaban trabajando juntos desde el principio. Resolvieron algunos casos muy jodidos.

—He oído que era muy buena.

—No tanto como tú, pero sí. Lo era.

Antonia aguarda, mordiéndose el labio inferior, a que Mentor continúe. Éste aprieta un botón, dejando la pantalla de los monitores en negro.

—Tienes que comprender que necesitábamos que hablase, Scott.

Antonia respira hondo y cierra los ojos.

—¿Qué hicisteis?

—Hubo grandes discusiones entre todos los jefes de equipo. La decisión tenía que ser unánime.

—¿Qué hicisteis?

—La decisión…

Antonia formula la pregunta una tercera vez.

Mentor se pone en pie, se frota las manos, se recuesta en la pared de cemento.

—Interrogatorio extremo —dice, finalmente.

Antonia abre los ojos.

Lo que hay en ellos es exactamente lo que Mentor estaba temiendo encontrar. Se ha parapetado detrás del eufemismo, pero de poco sirve eso con una filóloga que ama, por encima de todo, la precisión en el lenguaje.

—Torturaste a uno de los nuestros —dice Antonia, incrédula.

—Hicimos lo que debíamos, Scott. Estamos siendo atacados.

—Lo que debíamos —repite Antonia, con una carcajada seca, sin rastro de humor.

Hace una pausa, de esas suyas.

—Justo antes de volver de Málaga, Jon me dijo algo que me hizo pensar. Acerca de nuestro trabajo. Acerca de lo que hacemos. Sobre los desvíos que habíamos tomado, intentando hacer lo que debíamos. ¿Adivinas lo que le dije yo?

Mentor no contesta.

—*Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos*. Eso le dije. ¿Sabes de quién es esa frase?

Claro que lo sabe. Pero no va a admitirlo.

—Tuya, Mentor. Esa frase es tuya. Una de esas con las que excusamos actos de los que no estamos particularmente orgullosos. Nuestras mentiras, nuestros engaños, nuestros atajos.

—¿No crees que Jon…?

Antonia alza un dedo.

—Ni se te ocurra. Ni se te ocurra volver a usar el nombre de la persona más honesta y buena que he conocido para justificar lo que has hecho.

—Teníamos que averiguar qué había ocurrido, Antonia. Había matado a su compañera. Eso no viene de la nada.

—Está bien. Cuéntamelo todo.

—No puedo decirte más, Scott.

—¿No puedes, o no quieres?

Mentor se cruza de brazos. Lo que le queda aún de dignidad, no va a consumirlo de una sentada. Pretende dejarse algo para después.

—No puedo, y no quiero.

Pero Antonia aún sigue con hambre.

—Déjame que te cuente yo qué es lo que sucedió, a ver si soy capaz. Tú limítate a asentir, si es que acierto. ¿De acuerdo?

Mentor duda, pero sabe que está acorralado, y que la única manera de salir del rincón en el que él mismo se ha encerrado es hacia delante.

Así que, asiente.

—Los jefes de equipo os pusisteis de acuerdo después del atentado de Colonia en que había una amenaza externa que justificaba la tortura de un miembro del proyecto Reina Roja que no colaboraba.

Asentimiento.

—Ninguno de vosotros os atreveríais a hacer algo así personalmente —sigue Antonia, hablando despacio, camuflando el interrogatorio de pensamiento en voz alta—. Quizás se lo encargaste a alguien.

No hay asentimiento.

—Quizás alguien te lo encargó a ti.

La cabeza de Mentor sigue quieta. Gracias al cielo por los pequeños favores.

—Ocurrió, sin más. No es que importe —miente Antonia, no demasiado bien—. Alguien lo hizo. Supongo que nada demasiado brutal. No somos unos salvajes. Tampoco nada demasiado lento, vamos con prisa. Nada de terapia de insensibilización, privación de sueño... ¿Holandés errante? ¿Suspensión boca abajo? ¿*Waterboarding*?

Antonia recita hasta que uno de los nombres provoca una reacción mínima en las pupilas de Mentor.

—*Waterboarding*. Un clásico, casi infalible. Dime una cosa, ¿lo viste?

No hay asentimiento.

—No, claro que no. No es tu estilo. Delegar y esperar resultados es tu estilo. Bueno, pues déjame que te refresque el procedimiento. Se introduce al sujeto en una bañera llena hasta la barbilla. Se le coloca una toalla sobre la cara. Después se vierte agua sobre la toalla.

Mentor se enciende otro cigarro, pretendiendo aparentar indiferencia, o quizás distancia. Antonia no olvida que fue él quien le enseñó las técnicas básicas de interrogatorio.

Pero ella, a su vez, ha aprendido unas pocas.

—A través de la tela, el líquido comienza a inundar la nariz y la tráquea del sujeto. El cerebro cree que está sumergido por completo en el agua, así que vienen espasmos incontrolables, vómitos. El sufrimiento es atroz, porque el sujeto está en el umbral de la muerte, pero sin cruzarlo en ningún momento. Un minuto entero muriendo. Sesenta segundos completos.

Mentor continúa con el cigarro en la mano, pero la mano no viaja a la boca. El fuego va transformando el papel y el tabaco en un irregular cilindro de ceniza que amenaza colapsar sobre el cristal.

—El sujeto se derrumba en menos de un minuto. Nadie resiste más. Muchos se hacen todo encima. Cuando les quitan la toalla de la boca, cuentan todo lo que saben, sin importar las consecuencias.

—No se le puede mentir al agua —dice Mentor, ausente. Sin darse cuenta de que la brasa del cigarro está a punto de quemarle la falange del dedo.

—No se puede. Así que Seedorf habló. A ver si adivino lo que os contó: un hombre había contactado con él. Quizás primero por mensaje, después por teléfono. Probablemente acompañaría el primer contacto con una demostración de fuerza. Una foto, un dedo arrancado.

—Un pañuelo manchado de sangre —reconoce Mentor, dándose cuenta por fin de que el fuego le ha alcanzado. Apaga el pitillo sin mirar.

—De un familiar de Seedorf. ¿La esposa?

—La madre.

—Y unas instrucciones claras. Tenía que matar a su Reina Roja, la mujer a la que había jurado proteger, para salvar a la mujer que le

había dado la vida.

Asentimiento.

—Tampoco podía deciros nada. Se suponía que debía suicidarse después. Era el modo de salvarla.

Asentimiento.

—Vosotros le robasteis incluso ese consuelo. ¿Aún sigue vivo?

Asentimiento.

—¿Y su madre?

La cabeza de Mentor no se mueve.

La de Antonia da vueltas.

Se toma unos instantes para digerir todo aquello. No demasiados. No puede permitírselo, o dejará que la furia y la indignación se apoderen de ella. En ese momento, para ella, los sentimientos son un objeto de lujo al otro lado de un grueso escaparate.

—Intuyo que antes de que obtuvierais esa información, White no era sospechoso.

Asentimiento.

—Porque nadie consideraría sospechoso a un fantasma. A un invento de la española rarita. La desquiciada inestable que perdió el asidero de la realidad. Tus compañeros me habían puesto algún mote, ¿verdad?

No hay asentimiento. No hay nada. Lo cual termina de confirmar las sospechas a Antonia.

—Dime una cosa… ¿Habías mencionado a White a los demás jefes de equipo, una sola vez? ¿Aunque fuese sólo para reírte de mí?

Mentor, que ya ha logrado recomponer un poco su dignidad ante sí mismo, dice una verdad, para variar.

—No —admite.

Antonia menea la cabeza. Lo que siente no es dolor. Ni siquiera decepción.

Lo que siente es *åselichibå*. En oromo, lengua hablada por cuarenta millones de personas en el cuerno de África, el lago de aburrimiento que produce la estupidez ajena.

Un enorme, angustioso hastío. Un mar de tedio en el que ahogarse, en el que dejarse ir. Cuando la más digna acción del ánimo no es alzar

los brazos, sino bajarlos.

Quizás en otras circunstancias Antonia se habría limitado a marcharse. A levantarse e irse, sin mirar atrás.

Pero no puede hacerle eso a Jon.

Ni a Marcos. Ni a Carla.

Ni a ella misma.

Así que respira hondo, se levanta de la mesa y se acerca a Mentor.

—Torturaste a un hombre para que te dijese algo que ya sabías. Te lo dije yo, hace años. Si entonces me hubierais apoyado, si me hubierais ayudado a encontrar a White, ahora tú y yo no estaríamos aquí.

Antonia le arrebata el ordenador, y vuelve a encender las pantallas.

Comienza a apretar teclas a toda velocidad, recuperando las imágenes de la base de datos, acumulándolas en los monitores, acorralándole poco a poco.

Las fotos de la escena del crimen de La Finca. Un niño desangrado, el primer asesinato de Sandra Fajardo.

—No habrían muerto inocentes.

El desastroso resultado de la intervención de la USE en casa de Nicolás Fajardo, cuando Sandra hizo detonar dos bombas consecutivas.

—No habrían muerto policías.

Las recientes muertes de Holanda, Inglaterra, Alemania.

—No habrían muerto nuestros compañeros.

Antonia cierra el portátil, con manos temblorosas. Las pantallas están inundadas de los pecados de Mentor, de los pecados por omisión, de los que ella, por supuesto, se siente igualmente responsable.

—Ya es suficiente, Scott —dice Mentor, con la voz rota.

—No. Falta lo más importante. Falta que me digas cómo, cuando logre recuperar a Jon, voy a ser capaz de pedirle que vuelva. Sabiendo que algún día tú podrías justificar su tortura.

Mentor abre la boca para contestar, pero nunca llega a hacerlo.

Porque en ese momento suena el móvil de Antonia.

Dos pitidos, vibración.

Ella lo saca del bolsillo.

Lee el mensaje.

Echa a correr.

7

Una puerta de garaje

Desoye los gritos de Mentor a su espalda. Ignora la cara de sorpresa de Aguado cuando pasa corriendo a su lado. No tiene tiempo para nada de eso.

El Audi A8 está abierto, y la llave puesta. No se pone el cinturón de seguridad, ni ajusta el asiento, configurado para alguien treinta y cinco centímetros más alto que ella. Tampoco hay tiempo para eso.

El mensaje no le deja mucho margen. Contiene una localización, y cuatro palabras.

OCHO MINUTOS.
TÚ SOLA.

Así que Antonia pone el motor en marcha y se dirige hacia la puerta del parking, que permanece firmemente cerrada. Antonia rebusca por el coche, pero el mando a distancia no aparece. Y los segundos corren.

El teléfono de Antonia, entretanto, se ha emparejado automáticamente con el manos libres del Audi, y la voz de Mentor suena por los altavoces.

—Espero que tengas una buena explicación.

—Claro que la tengo.

El silencio posterior aclara que no piensa darla.

—Te ha llamado él, ¿verdad? Dame la dirección, puedo montar un operativo.

Antonia se muerde un labio mientras considera las opciones. El lugar de la cita es enorme, el tiempo del que disponen es mínimo. No es una buena idea.

—No es una buena idea —dice, en un ejercicio de coherencia—.

Abre la puerta.

—Scott…

—Habrá pensado en todo. Y es la vida de Jon lo que nos estamos jugando. Por una vez en tu vida, déjame hacer las cosas a mi modo.

—La excepción será cuando eso no suceda —dice Mentor.

—Sin que protestes —aclara Antonia.

Aclara tarde, porque Mentor ya ha colgado. El sonido de la llamada terminando coincide con el zumbido metálico de la puerta del parking abriéndose.

Antonia pisa a fondo, y el bastidor del coche suelta chispas cuando roza con la rampa al salir.

8

Una excepción

Mentor reflexiona unos instantes sobre la situación, con el puño apoyado contra la pared, la frente sobre el puño, los ojos cerrados. Su cuerpo forma un juego de contrapesos.

Hay demasiado en juego, concluye, *como para confiar en que Antonia Scott haga las cosas a su modo*.

Con esta decisión, su anatomía parece recuperar el equilibrio.

—Envíe un mensaje a los demás. Que vuelvan inmediatamente. Y no la pierda de vista —ordena a la doctora Aguado, que ya está de nuevo en la sala de reuniones, sentada frente al portátil. En las pantallas se ve un mapa en el que la localización del Audi A8 se muestra como un punto rojo en movimiento.

9

Una cita

El puntito rojo en movimiento va a setenta kilómetros por hora, doblando esquinas de calles con nombres de mes. Pasa por Febrero, Marzo y Diciembre, recorre una manzana en contradirección y toca el claxon repetidas veces cuando alguien tiene la inoportuna idea de cruzarse en su camino. Para Antonia Scott las normas de tráfico son más bien sugerencias, recordatorios bienintencionados a los que hacer caso tan sólo cuando no tienes nada mejor que hacer, como cuando Facebook te notifica el cumpleaños de un primo.

Así llega a la avenida Invierno, con su límite de velocidad de treinta, a unos considerables ochenta kilómetros por hora. Hay varios autobuses aparcados, pero las cosas sólo se ponen complicadas cuando llega a la calle de Samaniego. Que es de doble sentido, y está completamente atascada.

Antonia maniobra, sube las ruedas derechas a la acera. Conduce así durante quinientos metros más, entre los pitidos cabreados —y más de una mirada de envidia— de los padres de familia que hacen cola, con los coches repletos de niños con vejigas repletas, para entrar en el parking del centro comercial.

Antonia no puede hacer la cola, ni quiere dejar el coche abandonado en mitad de la calle, porque no sabe si lo va a necesitar después. Así que pega un volantazo y enfila el parking del Aldi que hay frente al centro comercial. Hay una barrera de esas que te hacen aguardar a que cojas un tíquet, pero Antonia la ignora (su infracción grave número treinta y seis en los últimos siete minutos), y se limita a apretar el acelerador. La barrera metálica deja una preciosa raya triple al arrastrarse sobre el capó antes de partirse contra el parabrisas.

Milagrosamente, la plaza de minusválidos junto a la entrada no ha

sido malocupada aún por ningún imbécil, así que Antonia se echa a la espalda la tarea.

Cuando cruza las puertas del centro comercial, once segundos más tarde, llega casi un minuto tarde. Las escaleras mecánicas que conducen a la segunda planta están llenas de gente de la peor clase, de esa que olvida que la escalera es una ayuda, no una excusa para rendirse y desplomarse sobre el pasamanos hasta que su cuerpo exánime emerja al otro lado. Antonia se abre paso entre las masas de carne, usando codos y rodillas.

El Moran Cafe está al final de un largo pasillo, en un lugar algo más solitario. Muchas de las franquicias de la segunda planta, poseídas por particulares, tuvieron que cerrar tras la crisis del año anterior. Los esqueletos abandonados de hamburgueserías y pizzerías con nombre extranjero yacen inertes, como los hielos sucios en el fondo de un vaso que un día contuvo un refresco. Los clientes comen en las más baratas del primer piso, cerca de las tiendas de ropa y de los infectos parques de bolas.

El Moran Cafe, sin embargo, está lleno. Seis mesas, con la clientela habitual en este tipo de establecimientos. Antonia la cataloga en décimas de segundo, mientras intenta recuperar algo de aliento antes de entrar.

Tres parejas que fingen prestarse atención mientras miran su Instagram, dos hipsters haciendo como que escriben una novela en sus MacBooks, un asesino psicópata. Al último es más fácil reconocerle, es el único que, en lugar de un dispositivo electrónico, tiene un libro de papel en la mano.

Cuando alza la cabeza y sus miradas se cruzan, el estómago de Antonia se encoge. Alguien como ella ha visto mucha muerte, muchos cadáveres. En la escena del crimen o en la mesa de acero de la sala de autopsias. En todos y cada uno de esos ojos apagados había más vida que en las dos piedras azules, frías y brillantes que la acechan desde el fondo del local.

Es una trampa, por supuesto. Pero no tiene elección. Y lo público del lugar ofrece cierta protección, deduce Antonia, dando un paso hacia el interior del café, en dirección al hombre más peligroso que ha

existido nunca.

Éste se levanta cuando Antonia se acerca, pero no hace ademán de estrecharle la mano. En lugar de ello, señala con una elegante floritura la silla vacía frente a él.

—Por favor, tome asiento, señora Scott —le dice, en inglés—. Espero que no le haya costado demasiado encontrar el sitio.

Antonia se sienta, despacio. Ambos se dedican unos instantes a estudiarse mutuamente en silencio.

El hombre contará unos cuatro años más que ella. Tiene el pelo rubio y ondulado, y la piel blanca y suave. Los rasgos de su cara parecen cincelados en mármol, y sobre su mandíbula podrían partirse nueces. Lleva un traje azul marino de tres piezas, camisa blanca, sin corbata, en el que parece tan cómodo como si pudiera usarlo como pijama. Por cómo le cae en los hombros parece hecho a medida, y debe de haberle costado lo que un coche pequeño.

—Tenía las coordenadas. El margen de tiempo ha complicado un poco las cosas.

—Ah, sí. El inevitable reloj en contra. Me temo que era una medida imprescindible. Ahora mismo, mientras hablamos, sus colegas están preparando un operativo para capturarme.

—He dado instrucciones de que no lo hicieran —dice Antonia, enarcando una ceja.

—Instrucciones que su empleador, su Mentor, ha ignorado por completo. Calculo que tenemos unos…

Dobla el brazo para consultar su muñeca. Cuando Antonia ve encogerse la tela y escucha el suave murmullo de la camisa, cambia de opinión sobre el precio. Hay todoterrenos más baratos que ese traje. Contrasta con la fealdad del reloj, una correa de plástico transparente.

—… diecisiete minutos antes de que consigan organizarse de manera efectiva para rodear un lugar de dimensiones tan considerables como éste.

El acento de colegio inglés y su gramática son inmutables. Antonia apenas puede creer que este hombre sea el mismo que le disparó a ella, que dejó en coma a Marcos, que ha secuestrado a Jon. El hombre al que ella lleva buscando desde hace años, y que de repente se ha

materializado frente a ella.

Ha ensayado mentalmente qué le diría, y qué le haría, cuando llegara este momento. Lo ha ensayado una y otra vez, durante noches interminables. Decenas de líneas de diálogo, centenares de variantes.

Y, ¿ahora que ha llegado el momento?

Se ha quedado en blanco.

Está confusa, pero también furiosa. Siente el impulso irresistible de tocarse la cicatriz del hombro izquierdo. Una estrella irregular de cinco brazos, retorcidos, en el lugar donde la bala de White abandonó su cuerpo.

No lo hace, para no mostrar debilidad.

Aprieta los puños con fuerza bajo la mesa.

—Me he tomado la libertad de pedir por usted —dice el hombre, cuando el camarero se acerca con las infusiones. Aparta el libro para hacer sitio a un té verde. Es un ejemplar antiguo, del siglo XIX, encuadernado en piel. El título, repujado en oro, es *Dinámica de un asteroide*. El autor, ilegible.

Una taza de café aparece frente a Antonia.

Ella la observa con suspicacia durante un instante, pero deduce enseguida que el riesgo de que esté envenenada es inexistente. Le da un sorbo al café, intentando ordenar sus pensamientos, calmar a los monos, impedir que la rabia la desborde, decidir una estrategia.

—Largo de leche, corto de café, como a usted le gusta —dice el hombre.

—Parece saber muchas cosas de mí.

—Son ya años de estudiarnos en silencio, en la distancia, señora Scott.

—Con resultados desiguales.

—No sea modesta, señora. El hecho de que dedujera mi existencia es un logro considerable.

Por ahora, la única estrategia que a Antonia Scott le viene a la cabeza consiste en

a) estrellar el plato bajo su taza contra el borde de la mesa

b) coger uno de los trozos afilados de cerámica resultantes, y

c) rajarle la garganta a ese arrogante y condescendiente imbécil.

Según sus cálculos, la probabilidad de que Jon Gutiérrez sobreviviera a ese curso de acción es del cero por ciento. Así que se contiene.

—No parece un logro tan grande. Ni siquiera sé su nombre.

—Señor White está bien —zanja él, abanicando el aire con la mano.

—Apasionado del anonimato.

—Apasionado de la libertad.

—Han pasado trescientos once segundos desde que he entrado por esa puerta. Si quiere mantener esa libertad, será mejor que vaya al grano.

White arquea una ceja ante la precisión. Comprueba el dato en su reloj, y esboza una sonrisa extraña, de dientes blanquísimos y perfectos. No es una sonrisa real. No hay luz ni sentimiento en ella, tan sólo músculos cambiando de postura sobre la cara.

—Es cierto lo que dicen sobre usted. Realmente es extraordinaria.

De alguna forma, el halago de aquel monstruo le resulta a Antonia más terrorífico que cualquier otra cosa que haya dicho antes. Siente un escalofrío, y mira de reojo a su alrededor, instintivamente.

—Ah, tiene usted razón. Demasiada gente, ¿verdad? —aprecia White.

Alza la cucharilla, la agita brevemente en el aire, como un director de orquesta, y la golpea cuatro veces contra la taza. Despacio.

Clin.

Clin.

Clin.

Clin.

Antes de que el último de los sonidos se haya extinguido, todos los ocupantes del café se han puesto en pie y se dirigen hacia la puerta, dejando atrás hasta la última de sus pertenencias. Incluido el camarero. El movimiento es tan repentino, tan breve, tan fantasmagórico e irreal, que cuando todos se han ido es como si nunca hubieran estado ahí.

Mirando al local desierto, Antonia siente, al mismo tiempo, miedo y

otra cosa.

Una punzada de admiración, por ponerle un nombre.

Surge desde la parte más racional de su cerebro, la parte más grande y presente. La parte que comprende la enorme energía y habilidad que ha desplegado un truco como el que acaba de presenciar. Y, por esa punzada de admiración, se cuela un resquicio de reconocimiento.

Es mejor que ese hombre crea que le tiene miedo. Dejar que la parte atávica de su cerebro, la más pequeña y escondida, pase a un primer plano, se asome a sus ojos y tiña su voz del ocre desvaído de la angustia.

No le cuesta demasiado.

—De acuerdo, White. Lo ha dejado muy claro. Usted tiene el control.

La sonrisa de White se hace un diente más ancha, un diente más cruel. Es una sonrisa mucho más fea, pero infinitamente más real que la anterior.

—Al fin se ha dado cuenta.

Antonia intenta rehacerse, ganar tiempo.

—No voy a matar para usted.

—¿Le he pedido yo eso?

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Muy sencillo. Quiero que haga lo que mejor sabe hacer. Quiero que resuelva tres crímenes y que haga justicia.

10

Un encargo

Antonia se queda paralizada. Aquella petición era lo último que habría podido esperarse.

—¿Por qué quiere que resuelva crímenes?

—¿No es eso lo que usted hace?

—Exacto. Y lo contrario de lo que hace usted.

White parece reflexionar durante unos segundos, mirándose las uñas de perfecta manicura, al extremo de unos dedos largos y delicados.

No puede evitar pensar en las manos de Marcos, que sostuvo entre las suyas por última vez no hace muchas horas. Dedos nudosos, palmas cuadradas. Manos de hombre, manos de escultor. Manos que habían perdido la fuerza y la vitalidad por culpa de esas otras.

Si hubiera unas manos más opuestas en el mundo a las de Marcos, serían éstas, piensa Antonia, asqueada.

—Me temo que se ha formado una opinión muy equivocada de mí, señora Scott.

—Usted es un asesino a sueldo que chantajea a inocentes para que le hagan el trabajo sucio.

White menea la cabeza y chasquea los labios, como si el apelativo le resultara ofensivo.

—Confunde los medios con el fin.

—Pues sáqueme de mi error.

—Saldrá usted sola, muy pronto. Ahora me temo que nuestro tiempo está acabándose —dice, consultando de nuevo su reloj—. Esta misma noche recibirá un mensaje con las instrucciones sobre su primer encargo.

—Supongo que lo siguiente que me dirá es que si hago todo lo que me pide, me devolverá intacto a mi compañero.

—Suena a que no confía en mí.

—¿Lo haría usted?

White se queda mirando a Antonia, muy fijamente. Sus pupilas minúsculas, como dos cabezas de alfiler, ejercen un efecto hipnótico. Antonia experimenta en sus propias carnes lo que debe sentir un ratón frente a una víbora.

No intuye el peligro que se le aproxima por detrás hasta que es demasiado tarde.

Hasta que siente el cañón de la pistola entre los omoplatos, y un aliento cálido y seco en el cuello. Escucha una aspiración lenta, prolongada.

—Hueles distinto cuando duermes —susurra Sandra junto a su oreja.

Antonia siente un peso en las tripas, una bola gélida compuesta de asco y odio. Lo que siente por White palidece frente a la reacción primaria que le provoca la mujer que secuestró a su hijo. Permanece muy quieta, recta, mientras Sandra rodea la mesa con elegancia y se coloca junto a White, que ya se ha puesto en pie.

De cerca, y a la luz de los focos del café, el rostro de Sandra no le parece tan amable.

Lleva el pelo oscuro salpicado de gris aquí y allá, recogido hacia atrás con tanta presión como los grilletes de un asesino.

El cañón de la pistola sigue apuntándola.

—Es la hora —le dice a White.

El otro le dedica una mirada exasperada, y se vuelve hacia Antonia.

—Mi querida señora, pronto recibirá el mensaje con mi encargo. Debo avisarle, naturalmente, de que no debe intentar seguirnos, ni hacer una llamada advirtiendo de nuestra posición. Dentro de diez minutos podrá usted abandonar el local. Ni un segundo antes.

White hace ademán de marcharse, pero luego añade, como si se le acabase de ocurrir.

—Una cosa más. Para asegurarme de que afronta mi encargo en las mejores condiciones, me gustaría hacerle un regalo de despedida.

Antonia se gira, en la dirección en la que señala el dedo de White.

Y no puede creer lo que ve.

Desmadejada sobre una silla de ruedas hay una figura que reconoce enseguida. A pesar de que lleva la cabeza tapada por una capucha de tela, el volumen torácico de su dueño es inconfundible. No es que esté gordo.

Su sorpresa es tan grande que apenas presta atención a la última frase de White, antes de que su dueño desaparezca en la trastienda.

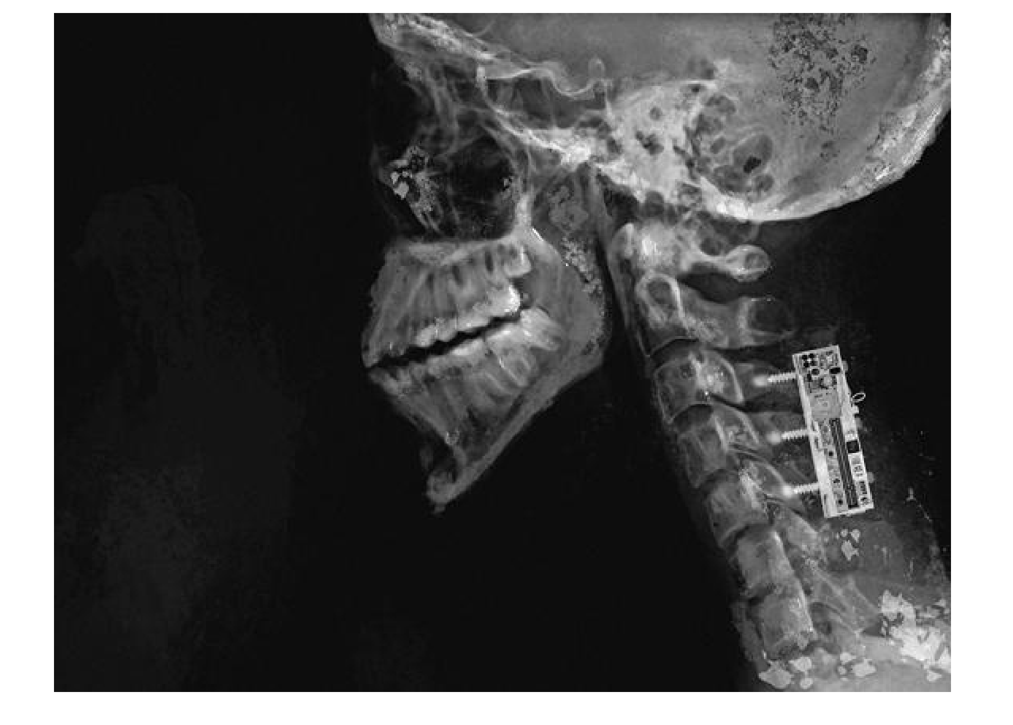
—Porque... ¿Qué sería Antonia Scott sin Jon Gutiérrez?

SEGUNDA PARTE

JON

—Al menos murió haciendo algo que amaba.
—Preferiría morir haciendo algo que odio.

JERRY SEINFELD



1

Una silla

A Jon Gutiérrez no le gustan los secuestros.

No es una cuestión de estética. Por regla general, los secuestros conllevan menos sangre y violencia que los asesinatos, al menos en su fase inicial. Un secuestro es una ausencia, en su mayor parte.

Está, por supuesto, la violencia que sufre la víctima, recluida contra su voluntad en un lugar oscuro y estrecho. Y el dolor que sienten los que aguardan al ausente. Cada instante de espera, cada segundo transcurrido, va encogiéndoles más y más, hasta transformar su ansiedad y su miedo en un único punto candente. Un agujero negro de angustia y desesperación, que devora todo.

Nada de todo eso molesta a Jon de los secuestros, porque está acostumbrado a lidiar con las ausencias (su padre les abandonó siendo niño), con los lugares estrechos (es gay) y con el drama de los familiares (es inspector de policía).

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de los secuestros es que lo secuestren a él.

Ya no puede uno andar por la calle sin que le metan en un coche con una bolsa en la cabeza, piensa Jon. *Esto en Bilbao ya no pasa*.

Lo piensa tirando a despacio, porque todavía está despertándose. Su cuerpo está tardando en eliminar el anestésico. Escucha voces a tres millones de años luz —la oscuridad en torno como un túnel—, intenta moverse, pero nada le responde. Tiene miedo, pero es un miedo ajeno, como de prestado. Un miedo de alquiler, igual que el que siente él ahora mismo dentro de su propio cuerpo. La garganta irritada, con textura de *after hour*, y la vejiga a reventar.

De pronto, la tela que le cubre el rostro desaparece. El telón de arpillera es sustituido por una cara borrosa pero bastante familiar.

—¿Me has echado de menos?

—De sobra sabes que eres la primera —responde Jon, entre toses, intentando meter aire de nuevo en sus pulmones.

Incluso en los márgenes de su borrachera de Propofol y Fentanilo, el inspector Gutiérrez aprecia un hecho, incontrovertible y sereno. Jamás en la vida se había alegrado tanto de escuchar una voz como se alegra ahora de escuchar a Antonia Scott.

Ella observa a Jon con preocupación. Su desorientación, las pupilas contraídas y la ataxia son compatibles con la intoxicación por anestésicos, pero también con una conmoción cerebral y otro par de cosas más, potencialmente letales.

—¿Cuántos dedos ves? —dice ella, alzando la mano.

—Quince o veinte.

Antonia encoge tres dedos y deduce que el margen de error de trece a diecisiete es demasiado exagerado como para deberse a fallos neuronales. Lo achaca, por tanto, al humor, señal de que su compañero está lo suficientemente bien como para que ella continúe con su trabajo.

Se lleva la mano al bolsillo, en busca de su teléfono.

—Tengo que avisar a Mentor. Aún estamos a tiempo de coger a este...

Jon se inclina hacia ella. Intenta agarrarla por el antebrazo, pero falla la primera vez. A la segunda, consigue ponerle encima una mano del tamaño, forma y peso de una paella rellena de piedras.

—No... no llames.

Antonia le mira sin comprender.

—¿Has perdido el juicio?

El inspector Gutiérrez menea la cabeza.

—Será mejor que me des una buena razón.

Jon abre la boca, con un esfuerzo extremo. Siente el cuello como si fuese de plastilina, incapaz de sostener una cabeza que, de normal, ya tiene una densidad considerable.

—Bomba —consigue decir.

Ella parpadea cinco veces, a toda velocidad.

—Ésa es, efectivamente, una buena razón —dice.

Pero Jon no puede oírla. Se ha desmayado.

Antonia se agacha bajo la silla. Es un modelo corriente, plegable, de tela. De los que se puede comprar en cualquier farmacia o tienda de ortopedia por menos de cien euros, o robar de cualquier pasillo de hospital a un coste aún menor.

No hay nada debajo del asiento, ni pegado al respaldo.

No parece que en los tubos de aluminio haya demasiado sitio para esconder nada.

Así que vuelve su atención al propio inspector Gutiérrez. Su traje de Tom Ford favorito —solapas de pico, bolsillo con ribete en el pecho, bolsillo con solapa en la parte delantera, corte recto, negro, de lana— está arrugado y sucio. La camisa de algodón egipcio, antes blanca, es ahora de un gris desvaído. Antonia palpa el pecho, pero a través del tejido no encuentra otra cosa que la dureza de sus enormes músculos, bajo una capa exterior más bien mullida.

Es como tocar acero recubierto de neopreno, piensa Antonia, en una analogía inútil.

Se inclina sobre él, prosiguiendo el examen, rodeándole con los brazos, haciendo fuerza con las piernas para poder mover el peso muerto y alcanzar la espalda y el cuello. Es entonces cuando las yemas de sus dedos notan la humedad, viscosa y caliente. Y debajo, algo que no debería estar ahí.

Es como tocar una bayeta empapada en aceite, piensa Antonia, en una analogía bastante más esclarecedora. Tiene el brazo atrapado, pero ya sabe lo que va a encontrarse cuando logre retirarlo.

Un instante después, tras un tirón final, lo comprueba. Sus dedos están teñidos de rojo oscuro.

Con una mueca de horror, Antonia comprende lo que aquellos animales han hecho con su compañero.

Aun así, el debate interno aún no ha concluido. Mira su móvil. Un aviso ahora aún le daría tiempo a Mentor a intentar localizar la salida más cercana, una ruta de huida.

Después vuelve a mirar los dedos manchados de sangre.

Vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo, lentamente, como si estuviese realizando un esfuerzo que va más allá de lo razonable.

Y algo de eso hay.

2

Un reconocimiento

El inspector Gutiérrez está tumbado, boca abajo, en la camilla del módulo médico del cuartel. Bastante desnudo. Antonia y Mentor han tenido el buen detalle de darle un poco de espacio y han salido de la habitación. Ahora observan todo desde el otro lado del enorme ventanal abierto en el hormigón. El hecho de que la cara interior del ventanal sea un espejo no mejora las cosas. Tan sólo le da a Jon una información muy concreta acerca de la imagen que están viendo ahí fuera.

—Sabéis que sé que estáis ahí, ¿no? Estoy con el culo al aire —suena la voz de Jon a través del intercomunicador.

Antonia, algo cohibida, no sabe qué contestar. Nunca se ha llevado bien con determinadas situaciones sociales que requieren de una fineza especial, como ceder asientos en los autobuses, hacer cola en un baño público o hablar con tu compañero desnudo mientras le examinan porque tiene una bomba cosida debajo de la piel.

Los primeros años de su vida fueron un desierto árido. Cuando conoció a Marcos, él se había convertido en su apoyo, en su fuerza, en una especie de traductor Humanos/Antonia. Incluso cuando estaba en coma, ella le hablaba (bajito, despacio, cuando no estaban las enfermeras), le contaba sus problemas de conexión. El simple hecho de mencionarlos en voz alta servía como punto de partida para encontrar una solución.

Jon se había ido ganando gradualmente ese papel, pero ahora no servía de gran cosa. Así que Antonia se vuelve hacia Mentor.

—¿Qué se dice en estos casos?

Él, muy serio, le da instrucciones precisas.

—Pero no es cierto —dice Antonia.

Para qué preguntas qué haría yo si vas a seguir siendo tú, le dice el encogimiento de hombros de Mentor, así que Antonia aprieta el botón del intercomunicador y repite lo que le ha dicho Mentor.

—Tienes un culo precioso.

Jon suelta una carcajada de sorpresa.

Breve, seca.

Casi un aullido de dolor.

Que es en lo que se convierte el aire al final, cuando el diafragma, el serrato y los intercostales agitan la piel de su espalda, que protesta en los puntos en los que ha sido desgarrada.

No hay una, sino dos heridas en la epidermis del inspector Gutiérrez. Una en el cuello, en el punto en el que este se une con la espalda. Otra, en la espalda, cuatro dedos por encima del lugar donde Jon se abrocha el cinturón.

Cuatro cortes rectos, precisos, con forma de cruz. De unos ocho centímetros la primera, algo mayor la segunda. Los cortes han sido cosidos con hilo negro, grueso, que se ha abierto en varios puntos. Los nudos sobresalen de las líneas rojas de las heridas como larvas surgiendo de la tierra, boqueando en busca de aire.

Sobre ellas se cierne una plataforma metálica, movida por un brazo articulado. Éste se mueve y zumba alrededor de los cortes del inspector Gutiérrez, que se agita, incómodo.

—Si no se está quieto, tardaremos más.

Aguado está concluyendo el examen radiológico, usando un equipo portátil que emplea nanotubos de carbono.

—Cuesta más de cien mil euros —le había dicho Mentor a Aguado cuando se lo pidió.

—Si Scott se rompe un hueso, ¿vamos a apuntarla a la lista de espera en Radiología en La Paz?

Mentor no contestó. Como buen funcionario, se limitó a comprar el cacharro. A modo de pequeño y mezquino desquite, eligió el modelo pediátrico, idéntico en todo al normal, pero que venía con un vinilo con coloridos animalitos en la base del equipo. Aguado, que es de una

sobriedad patológica, torció un tanto el gesto al verlo, pero no dijo nada.

Hasta ahora nadie se había roto ningún hueso, pero hoy por fin el desembolso parecía empezar a justificarse.

Cuando acaba el examen, Aguado rocía la espalda del inspector con clorhexidina alcohólica, y después emplea una aguja finísima para inyectarle un antibiótico.

—No tengo buenas noticias —dice, dándole una bata para que pueda cubrirse.

Hace un gesto hacia el espejo. Al cabo de un instante, entran Mentor y Antonia.

Jon aguarda, sentado en la camilla.

—¿Cómo está, doctora? —pregunta Mentor.

—Físicamente, muy bien, dadas las circunstancias. No hay conmoción, ni pérdida de sangre significativa.

—¿Y las malas noticias?

Aguado reproduce las radiografías que le ha tomado a Jon en un monitor que cuelga de la pared.

—El campo de visión de este equipo es más pequeño que una radiografía convencional, pero creo que nos haremos todos una idea.

En la imagen se muestra la zona superior de la columna vertebral del inspector Gutiérrez. La poderosa estructura ósea del vasco emerge, tras colisionar con los fotones emitidos en el frenado de los electrones libres, como en un tenebroso negativo fotográfico. Los huesos se muestran delicados, casi fantasmales. Un soplo podría disolverlos en nada.

En contraste con ellos, la estructura metálica fijada a sus cervicales parece nítida, rotunda, amenazadora.

—Como ven —dice Aguado, señalando con el bolígrafo— hay dos piezas de fijación visible y cuatro tornillos, entre la C3 y la C6. No parece que haya habido daños en la columna o en los nervios. Es un trabajo tosco, pero limpio.

Aunque los tornillos no son el problema, como saben todos.

Soportada sobre los tornillos hay una estructura metálica, plana, no muy grande. Soldada de forma irregular, y con pequeños paneles que sobresalen. En una de las imágenes llega a intuirse un cable, que pasa por debajo y llega a la parte inferior del dispositivo.

—Lo que nos muestran los rayos equis no es gran cosa. La superficie es pequeña, y las piezas están encajadas dentro de un panel casi en su totalidad. Tornillos y unas piezas de acero comunes. Nada de titanio, ni materiales de los que se usan en medicina. Esas piezas son rastreables.

—¿Qué es lo que puede decirnos, doctora? —pregunta Mentor, que no deja de cambiar el peso de un pie a otro, fruto de la tensión.

—No soy una experta en artefactos explosivos. Pero soy capaz de reconocer, o intuir, varias cosas. Esto de aquí podría ser una antena GPS —dice, señalando el cable visible, que conduce hasta un cuadrado en la cara exterior—. El extremo es muy característico. Además, ha dejado a la vista el modelo —les muestra unos números impresos.

—Es decir, que White tiene acceso al dispositivo desde cualquier parte —dice Mentor.

—Y quería que lo tuviéramos claro —dice Antonia, señalando los números—. O hubiera tapado esto.

—¿Podemos sacar algo en claro del modelo?

—Cuesta ochenta céntimos en Aliexpress —dice Antonia, que lo acaba de comprobar en su iPad—. Y hay cientos de proveedores.

—No me puedo creer que…

—Antes de que continúes —le interrumpe ella—, debes saber que esta pieza es exactamente la misma que hay en los modelos de móviles de alta gama. Tan sólo la están vendiendo a su precio, sin pegarle una manzana.

Mentor se calla. Aguado corrobora lo que ha dicho Antonia, muy seria, y continúa con la explicación.

—Esta parte de aquí, más opaca y densa, es sin duda la carga explosiva. Está conectada a algo que no puedo ver, que hará las veces de detonador.

—¿Qué hay de la… potencia?

Mentor no lo dice, pero no hace falta. Se mantiene a una distancia

prudencial de Jon. Bastante prudencial.

—No mucha, con ese tamaño. Quienquiera que diseñase esto, lo ha hecho para que, si explota, haya una sola víctima.

Antonia no lo dice, pero piensa en cómo los sistemas complejos se reajustan. La escalada. La policía compra semiautomáticas, los criminales compran automáticas. Se ponen chalecos antibalas, ellos usan balas perforadoras. Pones a toda tu familia y tus seres queridos a salvo, y ellos les taladran bombas a los huesos.

—¿Podemos desactivarla?

La forense mira al inspector, que no ha dicho ni una sola palabra desde que los demás han entrado en la sala. Se limita a mirar la pantalla con rostro inexpresivo.

—Quizás sería mejor que...

—Hable —dice él.

Aguado se vuelve hacia Mentor, y entonces Jon la agarra del brazo.

—Quiero saber cuáles son mis opciones.

Mentor le da permiso a la forense con un gesto. Ella les muestra la imagen del segundo dispositivo, el que tiene Jon en la parte baja de la espalda.

—Parecen casi idénticos, pero hay diferencias. Estoy segura de que esto es un sensor fotoeléctrico —dice Aguado, señalando una de las piezas visibles—. Y esto otro un módulo Bluetooth.

—En cristiano, doctora —pide Mentor.

—Lo que está diciendo —interviene Antonia, incapaz de resistirse— es que, si intenta operarle para extraer cualquiera de los dos dispositivos, el sensor fotoeléctrico podría activarse. Y el Bluetooth funciona emitiendo una señal de radio por proximidad. Con un alcance de unos quince metros.

—Creo que están emparejadas —aventura Aguado—. Si intentamos tocar una, la otra, o las dos, se activarán.

En ese momento, Jon se pone en pie. Sus pies descalzos hacen un ruido seco contra el suelo de cemento. Sin decir una palabra, sale de la habitación.

Antonia va a ir tras él, pero Mentor se interpone en su camino.

—Dale unos minutos, Scott.

Ella le mira sin entender. Está claro que Jon se encuentra angustiado, y ella sólo quiere ofrecerle su apoyo. Intenta rodear a Mentor, pero éste sigue taponándole el paso.

—Lo que tiene que hacer ahora, debe hacerlo solo.

3

Una ducha

Lo que tiene que hacer Jon Gutiérrez es llorar.

Puede que Jon sea sensible y dulce por dentro, con el interior relleno con un suave acolchado con estampado de caballitos poni, pero por fuera sigue siendo un policía vasco. Y los policías vascos no lloran delante de extraños. Ni de propios, si nos ponemos. *Que hay cosas que son como son y no son de otra manera, hostias*.

Así que Jon se mete en el módulo de vestuarios, que está vacío, y va derecho a las duchas del fondo. El proceso de desnudarse consiste en dejar caer al suelo la bata de hospital que le ha prestado Aguado. Dejar caer la amenaza debajo de la piel es más difícil, así que Jon se conforma con dejar salir el agua hirviendo, al máximo, apoyar las manos contra la pared, y dejar salir las lágrimas después. El llanto es un perro inmenso, que va mordiendo por dentro mientras no sale, y deja vacíos detrás, abismos de llenado incierto.

Pasan varios meses, o quizás media hora, mientras el chorro cae sobre su cuello y su espalda, golpeando contra los puntos de sutura, en los lugares donde alguien le ha insertado la muerte. Jon comprende que ya no le quedan lágrimas cuando a éstas las sustituye la rabia, y comprende que esto pasa porque cuando quiere darse cuenta está aporreando el lateral del cubículo con todas sus fuerzas. Por suerte para sus nudillos, los herrajes que sostienen el fenólico no resisten más que tres embates antes de que los puñetazos los arranquen de la pared.

Pasa la rabia, o quizás sólo el ímpetu que ayuda a que se manifieste, y queda el estupor. Jon se descubre a sí mismo desnudo, empapado, con sangre en las manos y la nariz llena de mocos. Frota las zonas críticas bajo el chorro, intentando arreglar el estropicio.

Cuando cierra el grifo y se da la vuelta, ve a Antonia.

Está sentada en el banco del vestuario, de lado, con la vista clavada en las taquillas. Con la actitud del sacristán cuando pasa la cesta en misa, o del camarero cuando te pide que pongas el número secreto de tu tarjeta de crédito. Esa actitud que uno tiene cuando quiere dejar claro que no está mirando.

Jon se envuelve en una toalla y se acerca a ella.

Pasan unos minutos, en los que ninguno de los dos dice nada. El foco del vestuario se refleja en los hombros de Jon, blancos y recubiertos de pecas anaranjadas, como el pelirrojo cabal que es. Antonia mira por encima de ellos, reprimiendo el deseo de arrancar del cuerpo de su compañero aquellos dos bultos que le sobresalen de la espalda.

—Aguado me ha dado esto para ti —le dice, enseñándole un móvil—. Y yo he ido a buscar esto a tu casa.

Jon ahoga un suspiro de agradecimiento y luego —con algo más de esfuerzo— uno de frustración, cuando saca el traje. Lo alza a la luz.

—Mi Dolce & Gabbana verde petróleo —entona, con la voz más neutra de la que es capaz.

—No te lo había visto nunca.

—Porque no es un traje para trabajar, cari.

Antonia le mira, extrañada.

—¿Para qué tienes un traje que no es para trabajar?

Jon pone los ojos en blanco, recordando lo importante que es tener paciencia con Antonia, que viste como si hiciera la compra en un contenedor. Luego se pelea con la ropa. Cuando llega a la camisa, logra pasar un brazo por la manga antes de encontrarse en problemas. La maniobra para introducir el otro es complicada. Los puntos le tiran, y el dolor que le producen es poca cosa en comparación con el miedo.

Antonia, que sigue observando con su actitud de no hacerlo, comprende la situación enseguida. Se pone en pie, y se sube al banco.

—Ten cuidado. Te vas a escoñar, y para qué queremos más.

Sin hacerle caso, ella le sostiene la manga para que pueda vestirse. Repiten la operación con el chaleco, ven que no hay forma de colocar la corbata con el bulto en el cuello, terminan con la chaqueta. Antonia, pensando en la última vez que hizo algo así. Con su hijo,

hace unas semanas. Jon, en algo muy distinto.

—Menudo escudero estoy hecho.

—No querría otro —responde ella, mientras acaba de ajustarle la solapa de la chaqueta.

—Tampoco es que estén haciendo cola en tu puerta, cari.

—Es algo incomprensible.

—A lo mejor es por la compañía.

—Tampoco estoy tan mal —dice ella. Y no es una afirmación.

Jon piensa, muy muy despacio, que el problema no es ella, que el problema es lo que hace. Y el caos que genera a su alrededor. Dicen los científicos que en la Tierra un hombre es alcanzado por un rayo cada diecinueve minutos. Jon sospecha que ese hombre es cualquiera que esté a menos de diez metros de Antonia Scott.

Piensa todo eso, pero en realidad dice:

—No, no estás tan mal.

Y eso zanja todo el agradecimiento o el consuelo que él es capaz de ofrecer, al menos por el momento. Por el rescate, y por esto. Que viene a ser lo mismo.

—¿Cómo te sientes?

El inspector Gutiérrez hace inventario: náuseas fuertes; un dolor sordo y persistente en la espalda a pesar del cóctel de antiinflamatorios y analgésicos que le ha metido la doctora; las piernas endebles como un mueble de Ikea.

—No estoy muy católico —resume.

—Es por tu nivel de azúcar en sangre. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Jon se acuerda perfectamente. Salía de casa, en dirección al *wok* de la calle del Olivar. La que iba a ser su última cena en Madrid.

Y al final, no.

4

Un kebab

Si el mundo se hubiese convertido en un desierto postapocalíptico en el que se hubiesen extinguido todas las vacas, y los cocineros del Etxebarri hubiesen convertido sus parrillas en espadas, incluso entonces Jon Gutiérrez se lo hubiese pensado dos veces antes de entrar en el local frente al que Antonia aparca el Audi A8.

—¿Kebab? Una polla me voy a comer yo un kebab.

—Es el sitio más cercano. Baja del coche, es una orden.

—No eres mi jefa. He dimitido.

—Que te bajes.

A Jon no le quedan fuerzas. Ni para discutir, ni de ningún otro tipo. Así que entra, jurándose que no va a probar bocado. Desde que era poco más que un adolescente y abrieron el Turkistan II —del I nunca hubo noticias— en Santutxu, Jon ha sentido un tremendo repelús ante aquella masa informe de carne semicocinada y giratoria. Solía hacer bromas con su cuadrilla sobre ello. Era agradable tener algo sobre lo que hacer bromas, ya que por lo general el objeto de broma era él. El marica fornido. Sin embargo, no le duró demasiado. En cuanto sus amigos tuvieron edad para emborracharse, el kebab pasó a ser el oasis salvador de la madrugada. O te mantenía todo dentro, o te ayudaba a sacarlo.

Para Jon, por tanto, el kebab era algo que se veía desde fuera o que potabas entre dos contenedores. Hasta que Antonia pone sobre la mesa —una de esas de color plateado a cuadraditos que siempre están cojas— dos platos de cartón y dos cocacolas. La lata ni la roza, para todo hay límites. Pero el rollo de carne con lechuga y salsa de color indeterminado desprende un olor que desmiente su aspecto, y Jon se descubre pegándole un primer y desconfiado mordisco. Treinta

segundos después, el kebab ha desaparecido en el interior del inspector Gutiérrez.

—Tenías hambre —celebra Antonia, que sigue dándole pequeños mordiscos de pájaro al suyo.

—¿Qué era esta maravilla?

—Una mezcla de cordero, pollo y salsa de yogur, creo.

Jon agria el gesto, aunque sólo un poco.

—Tenemos que hablar sobre tu alimentación.

—Comida es comida.

—Si te oyera la *amatxo*, te ibas a enterar, cari. Madre mía, tengo que llamarla y explicarle...

Algo. No mucho. Lo suficiente. O mejor, nada, piensa Jon.

—No puedes hablar con ella.

—Tienes razón. Se pondría hecha un manojo de nervios, la pobre.

Antonia le da un sorbo a su refresco.

—No, digo que no puedes hablar con ella, literalmente. La hemos puesto a salvo.

—¿Qué dices?

—Un contacto de Mentor la ha recogido hace unos minutos. Se han subido a un coche y estarán unos días fuera de circulación, hasta que las cosas se aclaren.

Jon se pone en pie, alterado —y aún bastante torpe— y echa mano del flamante móvil que le ha dado Aguado. Por supuesto, al otro lado de la línea no responde nadie, aunque Antonia tiene dudas sobre si los gritos que pega no se oirán en la margen izquierda del Nervión sin necesidad de teléfono.

Cuando vuelve a entrar en el restaurante, ella tiene que hacer uso de toda su capacidad de persuasión para impedir que Jon le arrebate las llaves del Audi y se plante en Bilbao.

—Cálmate —dice—. Era necesario. Yo también he hecho lo mismo con mi familia.

Al oír aquello, Jon consigue calmarse un poco.

Antonia le explica cómo ha enviado lejos a la abuela Scott y al pequeño Jorge. Jon atiende sólo a medias, como si alguien le estuviese narrando unos sucesos completamente ficticios en una galaxia muy,

muy lejana.

—¿No tienes miedo de que estén por ahí, sin poder comunicarse contigo, sin saber dónde están?

Antonia medita la respuesta mientras se termina el kebab. Porque la pregunta es de esas que hay que pesar, medir, hacerles el carbono 14 y usar el escalímetro.

—Sí que lo tengo. Pero tendría mucho más si estuviesen aquí, al alcance de ese psicópata sin escrúpulos. Sandra ya se llevó a Jorge una vez, y volvería a hacerlo.

—Aún no me puedo creer que se llevara al crío —dice Jon, meneando la cabeza. Unas visiones muy oscuras de la estación abandonada de Goya Bis vienen a su memoria. Visiones de él mismo intentando no saltar por los aires en un túnel plagado de trampas, mientras procuraba rescatar al hijo de Antonia. Las despacha con un resoplido. Al fin y al cabo tiene otros explosivos de los que preocuparse, mucho más cerca.

—Ése es su sistema. Encuentra la vulnerabilidad de una persona, y la utiliza en su propio beneficio.

—No es muy diferente de un extorsionador barato, entonces. En Otxarkoaga hay un tipo al que los polis conocemos bien. Le llaman el Banano. El cabrón tiene un método. Te roba el coche, y te llama por teléfono. Si no te presentas en tal sitio con quinientos euros en menos de una hora, le prende fuego al coche.

Antonia sonríe de medio lado.

—¿Cuál es tu plato favorito, Jon?

—Toma, ésa es fácil. Las *kokotxas* de la *ama*.

—Tu Banano se parece a White como ese kebab a las *kokotxas*.

Jon se limpia —es un decir— la comisura de los labios con una de esas servilletas en las que pone GRACIAS POR SU VISITA. El brillo en los ojos de Antonia no le gusta nada. Así que elige sus siguientes palabras con cuidado.

—Debe de haberme sentado mal la porquería esta. He creído detectar un tono de admiración en tu voz.

—Es la mente más brillante que nos hemos encontrado jamás, Jon. Mucho más inteligente que yo.

—También es un asesino. Es el hombre que dejó a tu marido en coma, y que me ha hecho esto —dice Jon, señalándose la espalda.

—Todo ello acciones que tienen más mérito que prenderle fuego a los coches.

Jon se rasca el pelo —ondulado tirando a pelirrojo, habíamos dicho — y respira hondo. Llenar ese torso enorme lleva unos cuantos segundos y bastantes litros de oxígeno. En este caso con aroma a grasa requemada y especias morunas.

—¿Mérito? Te juro que a veces no te entiendo, cari.

Antonia se cruza de brazos.

—Sus métodos son más complejos que los del Banano, eso es todo. Sólo así se explica que lleve tantos años en activo. Sin que nadie le haya detectado. O sin que nadie escuchase a quien lo hizo —dice, apartando la mirada.

Decir que Jon es de natural orgulloso sería como decir que su envergadura está por encima de la media. Jon lleva el orgullo como los baños de los noventa. Alicatado hasta el techo, y con flores de colores.

—Tendrás que reconocer que la historia de un asesino a sueldo fantasma era un poco difícil de creer.

—Supongo que ahora te costará menos, ¿no?

Jon encaja el golpe bajo en el sitio en el que se encajan los golpes bajos, y a la manera tradicional. Encogiendo un poco la cabeza y los hombros, y preparándose para devolverlo. Abre la boca, prepara el veneno, pero no llega a escupirlo. Ni a tragárselo. Se le queda a mitad de camino, corroyéndole la lengua.

Los dos permanecen en silencio durante unos minutos, evitando cruzarse la mirada, sin más compañía que el adormecedor ruido del televisor. En la pantalla hay un montón de gente poniéndose los cuernos unos a otros en no sé qué isla, así que tampoco es lugar en el que la vista encuentre reposo. Cuando se cansa de mirar la masa informe de carne semicocinada y giratoria, se levanta y sale del local.

Éste sería un momento excelente para empezar a fumar, piensa, cuando se descubre con dos manos desocupadas. Sin dinero, sin teléfono, sin cartera, y junto a un coche cuyas llaves no tiene. *Tampoco es que vaya*



a darle tiempo a matarme.

5

Un compromiso

Antonia sale al cabo de un rato, tras despedirse del dueño en turco. Se acerca al coche despacio, con esos andares suyos, solitarios. Como si flotase en su propio espacio. Jon la ha visto andar así, evitando el más mínimo roce, incluso en mitad de una Gran Vía rebosante. Verla hacer lo mismo en una calle estrecha de un solo sentido de un polígono a las afueras le provoca a Jon una ternura y una tristeza infinitas, incluso en su situación.

—Escucha... —dice ella.

—Ya lo sé.

Ella le mira, extrañada.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que no nos queda otra que trabajar juntos. Yo, porque si no, me matan. Y tú... porque sola duras menos que un *dantzari* en una cristalería.

—¿Eso es poco? —pregunta Antonia, algo confusa.

—Luego te mando un vídeo. En cuanto consiga aprenderme este cacharro nuevo.

—¿Y qué pasó con tu móvil, por cierto?

—Se lo quedaron ellos.

Antonia asiente, despacio.

—¿Qué es lo que recuerdas de las últimas horas?

—Lo mismo que le dije antes a la doctora, mientras me mirabais el culo. Alguien me abordó en la calle, y todo se volvió negro. Escuché hablar a gente, pero eran voces lejanas. Luego escuché la tuya. Y eso es todo.

—No es gran cosa. ¿Eso es todo lo que recuerdas?

Por supuesto que no.

También estaba el miedo.

El miedo. El miedo atroz, insoportable.

Porque Jon estaba dormido durante el proceso, pero no del todo inconsciente. No podía ver nada, apenas podía escuchar. Pero estaba despierto, al menos lo suficiente para saber que algo malo estaba ocurriendo. Algo malo, de lo que él era objeto. Recuerda intentar mover los brazos y las piernas, enviar la orden a su cerebro, y no obtener a cambio ninguna respuesta. Recuerda sentirse indefenso, violado. Recuerda el ruido del taladro al penetrar en su columna vertebral. La sensación del metal contra su cuerpo, contra los cimientos de su existencia, era desquiciante. Un sentimiento inexplicable.

Indoloro, pero aterrador.

Algo de lo que Jon no va a hablar, porque le resulta imposible.

Y porque lo mejor que se puede hacer con el miedo es fingir que no se tiene.

—Sí, eso es todo —miente Jon, casi convincente.

Antonia se sienta a su lado en el capó del coche. Los dos miran a lo lejos, disfrutando de la puesta de sol sobre el tejado de la nave de Ferrallas Domínguez, S.L. Las últimas luces del atardecer dibujan inciertos presagios en el tejado de uralita, recortando una sombra alargada y repleta de dientes que avanza hacia ellos, amenazando con devorarlos.

—Va a ponerse el sol —dice Antonia—. En breve se pondrá en contacto con nosotros, y nos pedirá algo.

Jon no contesta.

—Siempre hace lo mismo. Pide algo. Y eso que pide, te destruye.

—¿Cómo sabes tanto sobre él?

—No *sé* tanto. He ido reuniendo fragmentos de información sobre él. Algunos, meras intuiciones. Otros, suposiciones bien fundadas. Nada demasiado útil. Ni una sola prueba de su existencia. Hasta hoy.

Jon se lleva los dedos al cuello, donde hay una prueba bastante tangible.

—Algo te tuvo que dar la primera pista. ¿Cómo descubriste su existencia?

Antonia hace una pausa larga.

—De eso no quiero hablar ahora —dice, al final.

Pues nada, cuando a ti te venga bien, piensa Jon, sintiendo cómo el veneno vuelve a fluir a sus labios. Hace de nuevo un esfuerzo por controlarse.

—¿Qué tenemos entonces?

—Todo en contra. No tenemos nada sobre su localización, no sabemos nada sobre sus intenciones.

—¿Y sobre Sandra?

—Aún menos. Aunque en su caso parece haber algo más. Algo muy personal.

—Si por personal te refieres a que está como un par de panderetas, tienes razón.

—Hay otra cosa que no sabes. Parece que ambos llevan mucho, mucho tiempo planificando esto.

Le cuenta entonces a Jon cómo se ha ido tejiendo a su alrededor la telaraña sin que ambos fueran conscientes. Le explica a Jon lo sucedido en Inglaterra y en Holanda. Despacio, sin ahorrarle detalles. Cuando Jon escucha cómo el escudero holandés mató a su propia reina a sangre fría, su corazón se salta un latido.

—Antonia, yo nunca…

—No digas nada, Jon —le previene ella—. ¿Te has parado a pensar qué pasaría si hubiese secuestrado a tu madre? ¿Qué serías capaz de hacer?

—Yo nunca… —repite Jon. Algo más despacio.

—¿Nunca cederías al chantaje? Si estás aquí es precisamente porque cediste a un chantaje. ¿O no recuerdas cómo Mentor te utilizó para sacarme del retiro? ¿Cierto vídeo de cierto maletero?

El inspector Gutiérrez se baja del capó del coche como si estuviese al rojo vivo.

—Eso es completamente distinto —dice, levantando un dedo acusador hacia Antonia, tieso como polla de novio, antes de reflexionar sobre lo que está diciendo. A medida que lo hace, el dedo va perdiendo firmeza, encogiéndose hasta regresar, humillado, junto con sus otros cuatro hermanos.

Antonia asiste, desde la barrera, al desinfle. Y luego dice:

—Nadie está libre de hacer nada, ni siquiera lo más horrible, por amor. El amor es lo más poderoso que existe.

Él se ahorra el «yo nunca...», porque ha comprendido. Su cuerpo, sin embargo, va a su propio ritmo.

—No hay manera sencilla de salir de esta situación, Jon. Mientras tengas eso debajo de la piel, no nos queda otra que jugar a su juego.

Jon da un par de vueltas, nervioso, con ganas de pegarle patadas a algo. Los únicos blancos que encuentra a su alrededor son un envoltorio de preservativo abierto y reseco, una lata arrugada de Mahou, el coche, y la propia Antonia. Tras sopesar sus opciones, elige el segundo blanco más apetecible. La lata resuena cuando termina al otro extremo de la calle.

—No podemos ceder, Antonia. Sea lo que sea que nos pida, no podemos ceder.

—¿Y qué propones?

—Podrías desaparecer —dice él—. Ir a buscar a tu hijo, sin mirar atrás.

—Detrás te quedarías tú. La respuesta es no.

Jon asiente con la cabeza, al menos lo que le permite el dolor que le producen los puntos del cuello.

—Lo que llevas ahí tiene un par de baterías. Sin ellas, no es más que una prótesis bastante fea.

—Las baterías no son eternas —dice él, comenzando a comprender.

—No lo son. Así que vamos a jugar a su juego, y a ganar tiempo. Esperando a que cometa un error.

El inspector Gutiérrez está pensando en qué clase de estrategia es esperar a que cometa un error alguien que lleva mucho, mucho tiempo trazando sus propios planes. Abre la boca para expresarlo en voz alta, pero lo que se escucha es:

Dos pitidos, vibración.

Antonia se saca el móvil del bolsillo.

No hace falta que lo diga. Aun así, lo hace.

—Es él.

6

Una visita

Antonia le muestra su móvil a Jon. Cuatro palabras, un número.

SANTA CRUZ DE MARCENADO, 3.

—¿Qué se supone que significa esto?

—Me dijo que quería que investigáramos tres crímenes. Éste debe de ser el primero.

—Tampoco es que nos haya dado muchas pistas.

El móvil vuelve a sonar, y ella lo desbloquea para leer el mensaje. La pantalla le ilumina la cara por completo. Antonia es una de esas personas horribles que lleva siempre el brillo al máximo, un defecto imperdonable que Jon tiene que perdonarle cada vez que es de noche y le destroza las retinas. Gracias al molesto resplandor, Jon puede comprobar que Antonia no está nada contenta. Cuando le muestra lo que acaba de recibir, él lo está aún menos.

TIENES SEIS HORAS.

W.

—Vamos, no me jodas.

Antonia activa una cuenta atrás en el teléfono, con el tiempo límite que les ha dado White.

—Vamos a esa dirección.

—Así, ¿sin más? ¿Sólo porque has recibido un mensaje?

—Así, sin más.

—Podríamos investigar la procedencia del mensaje. Las pistas que haya podido dejar. Cuando me secuestraron, había dos personas con

él. Habrá tenido que reclutarlos en algún sitio…

—Estás pensando como un policía —le interrumpe Antonia—. Y ahora no necesitamos un policía.

Jon tuerce el gesto, pero no dice nada. Se limita a poner el brazo en la puerta del conductor cuando ella intenta abrirla.

—¿Qué haces?

—Mantenernos vivos. Vivos y en marcha. Éste es el último coche que nos queda, me lo ha dicho Mentor.

—Ni que hubiéramos siniestrado tantos —dice ella, entregándole las llaves, con un suspiro.

—Madre mía, cómo relativizamos cuando nos conviene, cari.

A Jon, incluso sin tener que pagar la factura, el casi medio millón de euros en Audis destrozados se le hace mucho. Sobre todo cuando tiene que aguantar a Mentor. Lo que no deja de sorprenderle es la lasitud que muestra Antonia con las matemáticas y los medios de locomoción. Está casi a la altura de su desprecio a las normas de tráfico.

Antonia se coloca en el asiento del copiloto y usa FaceTime para conectarse con Mentor mientras se ponen en camino. Deja el iPad en el soporte del salpicadero, para que Jon pueda verlo también.

—¿Cómo está el inspector? —pregunta, al descolgar.

—Lo bastante bien para conducir, aparentemente —responde ella, encogiéndose de hombros.

—Expongámoslo de la siguiente manera, Scott. Si en algún momento tienes que acompañar al inspector a la UCI porque le hayan pegado un tiro, aun así te preferiré en el asiento del copiloto.

El inspector Gutiérrez hace esfuerzos infructuosos para no sonreír.

—Técnicamente él ha roto más que yo.

—Técnicamente, me da igual. ¿Qué sabemos de ese hijo de puta?

—Ha contactado —informa Antonia, detallándole el mensaje que acaba de enviarles White.

Mentor les pide que no cuelguen mientras accede a los datos. Jon casi espera que les ponga una musiquita atroz, como un teleoperador de Movistar. Pero, a diferencia de estos últimos, Mentor tarda menos de un minuto en regresar.

—Ha habido un único crimen en esa dirección en los últimos treinta y cinco años. Más allá de eso, no lo tenemos informatizado.

Una foto aparece en pantalla. Una mujer joven, de pelo rizado y sonrisa tímida.

—Su nombre es Raquel Planas Mengual. Diseñadora de interiores.

Muestra una fotografía de la escena de un crimen. Apenas se distinguen los detalles. Hay una gabardina cubriendo un cuerpo. Y mucha sangre.

—Fue asesinada de una puñalada en la calle Santa Cruz de Marcenado hace cuatro años.

Jon arruga la nariz al escuchar aquello.

En una ocasión, Jon había colaborado en la investigación de un caso antiguo, o caso frío, que es como los conocen los policías. Habían aparecido nuevas pruebas referentes al asesinato de un adolescente en Getxo, a las afueras de Bilbao. Una camiseta manchada de sangre desconocida. El dueño había resultado ser bastante conocido, y el caso acabó en todas las portadas de los periódicos. El proceso implicó a ocho investigadores de la Ertzaintza, tres policías nacionales, dos forenses, un laboratorio externo y decenas de miles de euros.

El caso sólo tenía dos años y medio. Pero para cuando los investigadores llegaban a los lugares relacionados con la víctima, había infinidad de detalles que habían cambiado. Los testigos no recordaban nada, o recordaban algo totalmente distinto de lo que le habían dicho inicialmente a la policía.

No hay nada que un policía tema más que un caso frío.

—¿Sospechosos?

—Un culpable.

Una nueva foto aparece en pantalla. Treinta y muchos, pelo largo, mandíbula huidiza y ojos aún más huidizos. No es guapo bajo ningún concepto de cuello para arriba, así que ha intentado subsanarlo en dirección sur. Unos músculos de gimnasio, de pinchacito en el culo, de huevos del tamaño de aceitunas. Un Rolex dorado que dice, a gritos «tengo algo que compensar».

Le falta salir en la foto subido a un deportivo, piensa Jon, que no es muy caritativo con los asesinos de mujeres.

—¿Su marido?

—Su novio, Víctor Blázquez. Dueño de un gimnasio. Con antecedentes de maltrato.

—¿Dónde está?

—En Soto del Real. Cumpliendo veintitrés años. Saldrá en seis, es un preso modelo.

—Da gusto ver cómo el sistema funciona.

Antonia mira la foto, mira a la carretera, mira a su compañero y toma una decisión.

—Da la vuelta.

—¿Qué dices?

—Que des la vuelta. Vamos a Soto del Real.

—Pero ¿no íbamos a Santa Cruz de Marcenado?

Ella le dedica una de esas miradas suyas contra las que es mejor no entablar una discusión. Así que Jon hace un giro bastante ilegal, y da la vuelta al coche. Busca en el GPS del Audi la dirección de la cárcel mientras Antonia se dedica a lidiar con la insatisfacción de Mentor.

—¿Qué se supone que haces, Scott?

Antonia no lo tiene demasiado claro. Pero una palabra le ha venido a la cabeza.

Katsrauvsaali.

En jemer, idioma hablado por veinte millones de camboyanos y que tiene el alfabeto más largo del mundo, el que corta el trigo cuando se supone que tiene que cortar el trigo. El mejor paladín de una causa posible.

—Lo lógico sería recorrer la lista de testigos, el sumario del caso, visitar el escenario del crimen, hablar con el fiscal, con el juez, con los policías encargados. ¿Cuánto tiempo nos llevaría eso?

—Demasiado —admite Mentor.

—Es de noche ya. Incluso si movilizáramos un ejército, los sacáramos a todos de la cama y los pusiéramos en fila, tardaríamos días en poder hablar con ellos —admite Jon.

—¿Y en qué dirección crees que apuntarían todos?

Jon ya sabe en qué dirección. La M-609, en el kilómetro 35. La misma que acaba de introducir en el GPS.

—White nos ha ordenado resolver este crimen —dice Antonia—. Si Blázquez no es el culpable, no hay otra persona mejor a la que preguntarle.

—Preguntar a un preso si es inocente. ¿Qué podría salir mal? —dice Jon, poniendo el intermitente.

—Estoy de acuerdo con el inspector Gutiérrez. Podéis estar perdiendo un tiempo precioso, Scott.

Antonia no contesta. Es uno de sus recursos habituales cuando quiere dar a entender lo poco que le importa la opinión de los demás sobre un asunto en el que cree tener razón. Mentor ya lo conoce de sobra, así que usa el truco más viejo del libro de los jefes: Hacer creer que todo es idea suya.

—Será mejor que se den prisa. Intentaré facilitarles la entrada en tanto llegan. ¿A qué distancia están de la prisión, inspector?

—A veintiocho minutos. Llegaré en quince, soy un conductor modelo.

Mentor ignora la pulla al impecable sistema penitenciario español y se vuelve hacia Antonia.

—Scott, coge el teléfono —dice, antes de interrumpir la llamada de FaceTime en el iPad.

Antonia obedece, extrañada.

—No pongas el manos libres —le advierte—. Tengo que hablarte en privado.

—De acuerdo —responde ella, aún más extrañada.

7

Un aparte

No es el estilo de Mentor darle a ella información que no le dé a su compañero. Más bien al contrario.

—Necesito saber que estás en condiciones, Scott.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—No te hagas la tonta. ¿Cuánto hace que no tomas una pastilla roja?

Antonia lo sabe muy bien. Podría decirle las horas, los minutos, incluso los segundos, aunque para eso tendría que concentrarse un momento.

Una vez, de niña, Antonia metió la mano inocentemente en el hueco que quedaba entre la puerta del garaje y el marco. Había visto a su padre hacerlo más de una vez. Un pequeño truco de adulto, para ahorrarse unos pasos hasta la entrada de peatones: aprovechar que un coche acababa de salir, para acceder al garaje por el camino más corto. Tan pronto como su padre metía el brazo, la puerta dejaba de cerrarse y comenzaba a recorrer el camino inverso.

Con el inconveniente de que ella lo hizo por un lugar donde no estaba la célula fotoeléctrica.

La puerta continuó inexorable, aprisionándole la carne. Su padre llegó a tiempo de impedir que el pesado marco de acero rojo le amputara el brazo, pero no lo suficiente para evitar el dolor. Condujo como un loco hasta el hospital más cercano, y allí le pusieron un sedante muy suave, y todo quedó en un susto y en un mes sin poder mover la mano derecha. De regalo le ha quedado una cicatriz blanquecina de tres centímetros en el antebrazo, y una depresión en el

músculo, que nunca acabó de crecer del todo bien.

Y algo más: cada vez que escuchaba el sonido de la puerta de un garaje o que se miraba la cicatriz, el recuerdo del dolor volvía nítido a su memoria. Un latigazo eléctrico recorría el camino entre el brazo y el cerebro, y ella se encogía un poco, no importaba lo que estuviese haciendo. Aún hoy, después de tantos años.

El recuerdo de Jon tirando por el desagüe en casa de una víctima los restos de su alijo —y ella forcejeando entre sus brazos, intentando llegar a la pila donde las cápsulas se van poco a poco disolviendo en el agua sucia—, produce en Antonia la misma sensación. El recuerdo sólo tiene unos días, no tres décadas. Aun así, conservan improntas casi idénticas. Una acción impetuosa, un resultado inesperado, y una enorme masa inexorable cerrándose sobre ella para atraparla. O liberarla, para el caso. Lo que deja detrás es dolor, y músculos doloridos.

—Estoy perfectamente —responde a la pregunta de Mentor. La segunda mentira es casi igual de grande que la primera—. Ya no las necesito.

—Antonia —dice Mentor, lo cual es más raro aún, ya que casi nunca la llama por su nombre de pila—, llevo años diciéndote eso mismo. Pero, ¿por qué precisamente ahora?

—Estoy intentando rendirme a la corriente, no domar el río. La cita no es literal, pero creo que la recordarás igualmente.

—Es una filosofía bastante buena. ¿Formaba parte de ella robar cápsulas de la cámara refrigerada?

Antonia cierra los ojos, y aprieta los labios. Se alegra de que la conversación sea por teléfono, y no una videollamada o en persona, porque es una mentirosa malísima. En una escala de cero a Presidente del Gobierno, a Antonia le sale a ingresar.

Tampoco puede decirle la verdad. No debe. Así que opta por darle largas y desviar su atención. En eso es campeona del mundo imbatible.

—¿Alguien ha cometido errores con el inventario?

—Faltan cincuenta pastillas rojas y diez azules, Scott.

—Es un error bastante grande.

—Y a la cámara refrigerada sólo tengo acceso yo.

—Al menos ya tenemos al culpable. Caso resuelto.

—La única persona que podría reventar la seguridad eres tú.

Antonia no tiene que pensar demasiado su respuesta. No es como si hubiera fantaseado decenas de veces con ello en los últimos días. Con arramplar en el maldito sitio y meterse las cápsulas en la boca a puñados.

—Supongo que podría averiguar el número de diez dígitos del panel numérico. O conseguir una copia de la llave física. También saltarme las medidas biométricas, ésas son casi un chiste. Pero la cámara de seguridad es una cinta analógica, si mal no recuerdo. ¿Has podido revisarla ya?

Una cinta analógica Serfram Cobalt de banda inversa, que son las que mandó instalar Mentor, es imposible de falsificar. Puedes romperla, puedes destruirla, puedes tapar la cámara, puedes hacer cualquier cosa con ella, menos alterar su contenido.

Mentor lo sabe.

Antonia lo sabe.

Y él sabe que ella sabe que los dos lo saben.

Así que es un empate. Mentor podría haberlo dejado ahí, y de ordinario quizás lo habría hecho. La competición con Antonia Scott no es una carrera de velocidad, sino el Tour de Francia. Consiste en ir llegando como se puede, sin desfondarse. Pero algo dentro de él se agita —el estrés, que baja las defensas—. Y no puede callarse.

—No hay nada en esa cinta. Pero a lo mejor sólo tengo una sospechosa. A lo mejor te has estado metiendo más de lo que debías en Málaga. A lo mejor te has vuelto una yonqui, Scott. Y ahora el inspector necesita algo mejor que eso.

Antonia traga saliva, con cierta dificultad. Cuando habla, le cuesta hablar sin dejar de apretar los dientes.

—A lo mejor no tendrías que haberme inyectado lo que me inyectaste, cuando yo no estaba segura, para empezar. A lo mejor no tenías que haberme vuelto adicta a esa basura, para empezar.

Y luego, recordando cierta sabiduría ancestral que le transmitió Jon, no hace mucho, decide que va a comunicarle a Mentor por completo sus sentimientos de forma inequívoca. Toma aire, bien hondo.

—A lo mejor tendrías que dejar de tocarme el coño.

8

Un coche eléctrico

Mentor cuelga, sintiendo la irritación, la culpa y la vergüenza invadirle el rostro y las manos como una corriente eléctrica, pesada y débil. Cuando termina de hacer unas llamadas para allanarle el camino a Antonia y Jon, el cansancio le cae encima como una tonelada de ladrillos.

Se vuelve a la doctora Aguado, que sigue con la nariz enterrada en el ordenador, los ojos rojos y secos, y el pelo echado a perder. Tampoco es que él esté mucho mejor. Lleva la camisa pegada a la piel, y apesta a sudor y humo de tabaco. Se mantiene en pie a base de buena voluntad, Marlboro Light y bolsas de Conguitos de la máquina que hay en recepción. El chocolate relleno de cacahuete le repugna, pero es eso, o uno de los sándwiches que siempre salen mojados.

—Vaya a descansar un poco —le dice a Aguado, confiando en aprovechar para echar él una cabezada también. Que Mentor será muchas cosas, pero como jefe es el primero en llegar y el último en irse, costumbre que adquirió fuera de nuestras fronteras.

—Ahora no. Estoy a punto de dar con algo —le responde la forense.

—Vaya —dice él, metiendo la mano en el bolsillo, en busca de monedas sueltas—. ¿Quiere algo de la máquina?

Ignorando su ofrecimiento, Aguado le hace gestos para que se acerque.

—Tengo algo.

Mentor se asoma por encima del hombro de Aguado y reconoce la interfaz de usuario de Heimdal, el software espía del proyecto Reina Roja. Aguado está usándolo para entrar en un sistema ajeno.

—¿Qué es lo que estoy viendo?

—Las cámaras de seguridad del centro comercial. Observe —dice la

forense.

Mentor no observa nada, porque la pantalla está en negro. Tan sólo se ve el marcador de tiempo, avanzando sobre la nada.

—Es como si hubiera habido un apagón.

—Y lo ha habido —afirma Aguado—. Salvo que es uno intencionado. Alguien ha hackeado las cámaras para que estuviesen apagadas desde una hora antes y hasta una hora después de que Scott se fuese del centro comercial.

—Ni un pequeño respiro vamos a tener, ¿eh? —dice Mentor, pasándose la mano por la cara, intentando espabilarse. El estómago le ruge. Está considerando seriamente salir a comer algo al kebab situado a dos manzanas, hasta ahí llega su desesperación.

—Espere… Hay algo con lo que no han contado.

Cuando la señal de las cámaras regresa, Aguado señala una plaza de aparcamiento algo separada de las demás. Hay un coche aparcado, conectado a la pared por un grueso cable.

Es uno de esos eléctricos tan carísimos que sólo se pueden permitir los ricos. *Y que además te convierten en mejor persona en cuanto los compras*, piensa Mentor, que ha visto cómo más de uno de esos salvadores del planeta le miraba por encima del hombro cuando coincidían en un semáforo.

—¿A qué se refiere?

—Estos coches… mientras están cargándose, son muy vulnerables. Un choque en mal momento podría arruinar por completo sus baterías, que son el componente más caro.

—¿Y? —dice Mentor, bastante incómodo, porque su estómago sigue rugiendo, esta vez a menos de quince centímetros de la oreja de Aguado. Pero la forense no da muestras de haberse percatado, porque sigue tecleando, furibunda.

—Un instante… —pide ella, sin dejar de abrir ventanas en el sistema. Subrutinas, se llaman, o eso cree recordar Mentor, de la charla que les dieron sobre Heimdal a los jefes de equipo.

Finalmente, el logo de la conocida marca de coches eléctricos aparece en pantalla. Y junto a él, una serie de comandos escritos en coreano. Lo cual es un problema, porque los genios que diseñaron los

terminales Heimdal se olvidaron de incluir un traductor automático.

Un software de medio billón, con be, de euros, y acabamos preguntándole a Google, piensa Mentor.

—Ojalá estuviera aquí Scott —dice Aguado, que tiene que recurrir a su móvil para ir traduciendo los caracteres hangeul.

—Scott no sabe coreano.

—No está entre sus habilidades registradas, no. Pero ha aprendido lo suficiente.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas. Hicimos una apuesta.

—¿Y quién ganó?

—¿Usted qué cree?

Uno de los efectos secundarios de pasar tanto tiempo junto a alguien extraordinariamente inteligente es que uno toma conciencia de sus verdaderas capacidades.

El mundo es mucho más fácil cuando eres idiota, porque una de las bendiciones de serlo es que no sabes que lo eres.

Mentor menea la cabeza, intentando fingir aplomo.

—Si nos ponemos, nosotros somos tan capaces como ella.

—No, en realidad no —dice Aguado, volviendo a dejar el móvil sobre la mesa y señalando a la pantalla—. Esto de aquí es el sistema de administración del coche. Y este botón de aquí activa…

Ante ellos aparece un archivo de vídeo.

—Las cámaras del coche.

—No lo comprendo. ¿Esto es en tiempo real?

—El coche es muy vulnerable durante la carga. Así que, lo que hace es activar todas sus cámaras por si algún coche se acerca demasiado a gran velocidad. Lo que estamos viendo es la grabación de esta mañana, mientras el coche estaba cargando.

—Dios bendiga a los pijoprogres. ¿Y el coche guarda ese archivo de vídeo?

—Oficialmente, no. Extraoficialmente, es información valiosa. Y ya sabe el principio básico de cualquier programador. Lo que el usuario no sabe, al usuario no le hace daño.

No lo conocía, aunque es el mismo principio básico de los gobiernos,

piensa Mentor, inclinándose sobre la pantalla para intentar descifrar lo que tiene enfrente.

Unos minutos después decide que, después de una de Tarkovski, ésta es la película más aburrida que ha visto nunca.

Tan sólo cuatro cuadrantes, a los lados y al frontal del coche. En dos de ellos sólo se ve las carrocerías de los coches aparcados cerca. En el tercero, sin embargo, puede verse algo de movimiento, cuando ocasionalmente alguien sale de una puerta semioculta en una pared cercana. A juzgar por la vestimenta de las personas que la atraviesan, Mentor deduce que es el acceso del personal del centro.

Aguado va adelantando la imagen, cada vez más deprisa, hasta la hora a la que comenzó el encuentro entre Antonia y White. Ahí los dos observan atentos, pero la puerta está quieta. Nadie la cruza. El código de tiempo sobrepasa la hora a la que concluyó el encuentro.

Nada.

—Esto es inútil… —dice Mentor.

—Valía la pena inten… Espere…

La puerta se abre, pero en ese momento una masa negra tapa la pantalla fugazmente y se coloca frente a la puerta.

—No me lo puedo creer. Algo ha tapado el plano.

Mentor, poco dado al exabrupto fácil o la mala educación en general, se explaya bien a gusto esta vez en particular.

—Es… parece una furgoneta —dice Aguado, señalando uno de los extremos de la imagen.

Cuando la furgoneta desaparece, no queda nada detrás. Tan sólo una puerta, del mismo color que la pared de cemento, pintada con la misma raya roja.

—Rebobine. Justo antes de que llegue la furgoneta.

Aguado retrocede once segundos.

—Vaya ahora fotograma a fotograma.

La forense ensancha la línea de tiempo hasta que cada una de las imágenes aparece como una diminuta fotografía en la barra inferior del monitor. Comienza a apretar, despacio, la tecla derecha. Un fotograma, dos, tres.

Nada.

—¿Qué es eso?

Mentor señala una zona más clara en el marco de la puerta.

—Espere…

Aguado amplía la zona, y comienza a avanzar de nuevo. La zona está más iluminada durante unos pocos fotogramas, y algo se percibe en el hueco.

—¿Puede hacerlo más nítido, o eso es en las películas malas?

Aguado esboza una sonrisa desgastada ante la broma aún más desgastada de su jefe. Puede que sea la décima vez que se la escucha. Fue el propio Mentor el que le dio el presupuesto para el software FRBDYC —usa un filtro de realce de bordes por desplazamiento y convolución, no se estrujaron mucho los sesos con el nombre—. Pero a él aún le sigue haciendo gracia que a principios de siglo, cuando la tecnología estaba a lustros de ser viable, en *CSI: Las Vegas* la usaran casi cada semana.

A medida que el filtro comienza a trabajar sobre la zona clara, el rostro que hay debajo comienza a desvelarse.

Primero se identifican los ojos y la boca.

Sólo unas manchas colocadas en el sitio correcto.

Después los rasgos comienzan a aflorar, cada vez con más precisión, pasada tras pasada del filtro. Una media sonrisa insinuada, o quizás un gesto de apremio. Una mirada algo desviada. Unas cejas ligeramente curvadas hacia arriba, encuadrando un rostro femenino que alguien, a primera vista, podría calificar de amable.

Mentor no aparta la vista de la imagen, hasta que el filtro termina de procesar. El resultado se muestra en negativo —la mejor forma de resaltar los bordes de un rostro—, pero aun así, la reacción que provoca en él es tan extraña como radical.

Adelanta el brazo, aprieta en el teclado la combinación que despliega el monitor de actividad del software, y borra toda la actividad del terminal durante la última hora. El archivo de vídeo grabado por el coche desaparece.

La forense le mira sin comprender. Mentor se aproxima a ella, tanto como lo haría alguien que quisiera sacarle una pestaña de un ojo. Aguado, incómoda, intenta retroceder en la silla, pero la postura de su

jefe no le deja espacio.

—Usted no ha visto esa cara. ¿Me ha comprendido, doctora?

Su tono, al igual que su actitud, no dejan lugar a dudas.

—Pero...

Ella se da la vuelta, pero Mentor ya no está ahí, sino dirigiéndose a la puerta, cogiendo la chaqueta arrugada de la silla donde la había dejado, sin detenerse. Antes de cruzarla, se vuelve hacia ella y le dice, inexpresivo

—Ni una sola palabra a Scott.

9

Una etapa

Jon es un tipo con mundo, es un tipo con cierto don de gentes, un tipo con mucha mano izquierda. Mano derecha no le falta tampoco, tiene manos como para parar un funicular. Pero vamos, que el tipo es diplomático y sutil. Por eso, cuando Antonia termina la conversación, no dice:

—Voy a reventarle los putos dientes contra la acera.

No, Jon, tiene cierta experiencia ya en el trato con su compañera, así que se limita a apretar el volante de forma que se queden los dedos marcados, y a darle al play en el reproductor de CDs. Está puesto *Física y química*, pista nueve, y Jon sube el volumen para no escuchar llorar a Antonia. Para que ella no le oiga a él maldecir por lo bajo. Porque lo que las palabras lastiman, a veces sólo el silencio arregla.

Deja pasar el tiempo, y los kilómetros, mientras ella mete la cabeza en el iPad, en el expediente. Un par de lágrimas caen sobre la pantalla, tornasolando el blanco deslumbrante en un arcoíris pixelado, pero ella se limita a apartarlas con el pulgar, porque obstruyen su trabajo.

Jon deja pasar el tiempo, porque ha escuchado la conversación completa. Sí, también la parte de Mentor, gracias a las bondades de un habitáculo insonorizado y un volumen bastante alto. Antonia sabe algo que no quiso decirle cuando él se deshizo de sus pastillas, invitándola cordialmente a una desintoxicación forzosa mientras ella gritaba «no, no, no» a lo Amy Winehouse.

Se suponía que, tras aquella misión, ella podría descansar. Se suponía que podría recuperarse, dejar atrás esa necesidad, en lugar de verse lanzada a una carrera contra el reloj al son que toca un psicópata malnacido.

Se suponía que él estaría en el sofá de la *amatxo*, en Bilbao, haciendo la digestión de un bacalao al pil pil, en lugar de conduciendo hacia un penal haciendo infructuosos intentos para que el puñetero kebab no se le repita demasiado.

Se suponían tantas cosas, claro. Pero el mundo no es una fábrica de conceder deseos. Todos sus planes, todas sus antiguas aspiraciones han quedado obsoletos por ese tirón que nota en el cuello cada vez que mueve la cabeza unos centímetros. Todos sus anhelos le parecen ahora cosa de necios, de críos, de blandengues. Quizás en eso consiste crecer: en darte cuenta de lo gilipollas que eras.

Y hablando de crecer, Antonia Scott, 12 points, piensa Jon, fan impenitente de Eurovisión. La manera en la que se ha enfrentado a Mentor ha sido espectacular. Por sus baremos, al menos.

Le gustaría hablarle de ello. Darle la enhorabuena, de alguna forma. Aunque duda que ella le dejara acercarse ahora. Después del exabrupto habrá alzado de nuevo el puente levadizo y soltado las pirañas.

Está eso, y que hay algo mucho más urgente.

—Antonia —dice él, con voz suave.

Ella levanta la cabeza de la tablet. No llega a mirarle, mira la carretera, pero aun así Jon ve cómo tiene los ojos rojos y algo hinchados.

—Dime —sorbiendo por la nariz.

—Investigar un caso frío es igual que comer sopa con un machete.

—¿Es una de tus metáforas?

—Aparatoso, frustrante, y con puntos de sutura garantizados.

—Eso lo sé.

—Requiere muchos recursos, gente, tiempo.

—También lo sé.

—Hacerlo en seis horas es imposible.

—¿Vas a seguir diciendo obviedades?

—Sólo quería asegurarme de que estamos los dos en la misma página.

—No tenemos alternativa, mientras sigas teniendo eso en el cuello.

—A lo mejor no es real. A lo mejor sólo es un trozo de metal que me ha metido debajo de la piel para asustarnos y poder controlarnos.

Antonia hace una de sus famosas pausas valorativas de treinta segundos exactos. Jon espera una larga explicación sobre las características técnicas de la bomba. Pero Antonia Scott no deja de sorprenderle nunca.

—¿Estás familiarizado con las etapas del duelo de la doctora Kübler-Ross?

—Las etapas de... ¿quién?

—Ira, negación, miedo, negociación, aceptación.

A la mente de Jon viene un recuerdo de un doctor dibujado en negro hablando con un hombre de piel amarilla en ropa interior. El hombre pasa por las cinco fases a velocidad de vértigo. Casi tanto como él, que ha pasado de destrozar la ducha a negar que lo que lleva en el cuello sea real.

—Lo he visto en *Los Simpson* —admite.

—¿En dónde?

Jon levanta el pie del acelerador, de pura incredulidad.

—No me puedo creer que no hayas puesto Antena 3 a mediodía en lo que va de siglo.

Ella hace una pausa. Jon no mira. No quiere pasarse el desvío. Pero casi puede escucharla sonreír.

—Te estoy tomando el pelo.

—Tienes muchísima gracia —dice Jon, mientras le da al intermitente para tomar la salida. El tono es sarcástico, pero se siente mejor, de pronto. De forma inexplicable.

O quizás no tanto.

10

Otro mostrador

Ya es muy tarde cuando llega al aparcamiento de la Clínica Psiquiátrica López Ibor.

Mentor tiene ciertos conocimientos de la historia de Madrid. No al nivel íntimo y desconcertante de Antonia Scott, por supuesto. Ella lee la ciudad como un traumatólogo estudia un cuerpo humano. Como una serie de capas superpuestas, en las que los huesos, los músculos, los órganos y la piel son simplemente partes de un todo que respira y se mueve.

En comparación con Antonia, Mentor es sólo un aficionado, pero algo sabe.

Lo suficiente para conocer cómo se pagó ese edificio. Levantado con el dinero que el buen doctor ganó *curando* a homosexuales durante el franquismo. Las curas incluían lobotomías y tratamientos de electroshock. Realizados sin el consentimiento de los pacientes. Bastante lucrativos.

Mentor no es precisamente rojo. El traje de luces que cubre sus ideas políticas permite ver con claridad hacia qué lado carga. Lo cual no le impide distinguir el bien del mal, o reconocer con claridad cuando un edificio tiene los cimientos repletos de fantasmas.

Aunque uno no crea en ellos.

Aunque uno haya contribuido a engrosar su número.

Estamos construidos a base de incoherencias, y es nuestra capacidad para convivir con ese material inestable lo que nos permite prosperar. A Mentor, sin duda, esas contradicciones le han permitido ser quien es, hoy en día.

Mientras cierra la puerta del coche, se pregunta si no será éste el momento en el que tendrá que pagar el precio por ellas. De facturas,

él sabe un rato largo.

Aprieta el paso hacia la entrada. Ha comenzado a llover, de repente, como ocurre a veces en Madrid. Una gota gruesa, que elige para caer el lugar cercano más resonante posible —el capó de un coche, un canalón, una señal de tráfico—. O, en su defecto, el minúsculo hueco entre tu nuca y el cuello de la camisa, con certera, diabólica precisión.

La primera gota es una de estas últimas. Y luego, siguiendo el guion, todas las demás.

Mentor llega a la entrada, que promete refugio, luz y calefacción central, pero que incumple esa promesa con una puerta deslizante de cristal que decide no abrirse. Golpea la mampara hasta que la mujer de recepción alza la vista y le pasa por el lomo la mano a un animal invisible. La señal universal de «*hemoscerradovuelvaustedmañana*».

Mentor saca del bolsillo su placa de inspector de la Policía Nacional. Siempre lleva una encima, por si acaso. Por si se salta un semáforo. Es indistinguible de una de verdad, porque es de verdad, con la salvedad de ser falsa.

A la mujer, sin embargo, parece impresionarle lo suficiente como para abrir la puerta a toda prisa.

—No hemos avisado a la policía —dice, cuando él se acerca al mostrador. Es una mujer de mediana edad, con el pelo prematuramente blanco. El hecho de que haya decidido no teñirse agrada a Mentor, que le dedica una sonrisa sincera, a pesar de su ansiedad.

—A veces venimos sin avisar.

—Ya ha concluido el horario de visitas.

—Lo sé, pero este asunto no puede esperar, señorita.

Ella cierra el libro que está leyendo. *Guerra y Paz*.

—Si es algo que tiene que ver con los pacientes, tendrá que esperar a mañana, cuando esté aquí el personal de administración.

—Me encanta ese libro —dice Mentor, señalando el tomo.

Ella le mira, suspicaz.

—¿Lo ha leído?

—Varias veces.

—A ver... ¿De qué va?

—De casi todo, en realidad.

Si hubiese dicho «de una guerra» o «una historia de amor», ella quizás hubiera reaccionado de otra forma. Pero esa respuesta parece gustarle. Destensa un poco los hombros, y las arrugas de su rostro se suavizan.

—Me lo regaló mi padre. Es mi favorito.

—Tiene suerte. Mi padre desconfiaba de los libros. Decía que hay demasiado conocimiento en el mundo, y muy poco sitio donde guardarlo.

—¿Qué significa?

—No tengo ni idea —dice Mentor.

En realidad, tiene una idea bastante aproximada. Su padre, al fin y al cabo, pertenecía a una de *esas* familias. Una de esas con calle, como el hombre en cuyo edificio están ahora mismo.

Ella se encoge de hombros.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—He venido a ver a una paciente.

Le dice el nombre. La mujer ladea la cabeza, extrañada.

—No me suena.

—¿Le importaría comprobarlo en la base de datos?

—¿Es usted un familiar?

Mentor saca su DNI. El auténtico. Está al fondo de la cartera, semienterrado por muchos otros documentos de mayor utilidad. Probablemente caducado. No recuerda cuándo fue la última vez que tuvo que usarlo.

—Soy la persona de contacto.

Ella comprueba ambos nombres en la base de datos.

—Aquí figura como dada de alta, señor.

Si esto fuera una secuencia de cine negro, en este momento el director hubiera elegido el tenso silencio que siguió a la frase de la recepcionista para introducir el ominoso sonido de un trueno. La vida real, por desgracia, no suele llevar ritmos tan precisos. El trueno sonó un poco después, coincidiendo con la respuesta tartamudeante de Mentor.

—¿Alta…? Pero… ¿Cuándo fue eso?

—Hace más de cuatro años.

—Eso no es posible —dice él, estirando el cuello, intentando ver el monitor. Ella lo retira de su vista.

—Lo siento, pero está muy claro en su ficha.

—¿Y por qué yo sigo pagando cada mes tres mil ochocientos cuarenta y cinco euros por sus gastos? —dice Mentor, llevándose la mano al bolsillo, para sacar el móvil. Está dispuesto a mostrarle la cuenta del banco, donde cada mes se siguen cobrando los recibos, con absoluta regularidad. O su cuenta de correo electrónico personal —de Hotmail, para su vergüenza— donde le envían evaluaciones psicológicas trimestrales en PDF donde «estable» y «sin cambios» aparecen subrayadas.

—Lo siento, señor. Si se trata de un problema de recibos, los de administración vienen a las nueve.

La mujer se ha echado hacia atrás en la silla, ha vuelto a ponerse en guardia. Han regresado la tensión en los hombros, las arrugas en la frente.

Mentor comprende que es inútil continuar haciendo preguntas. Sin embargo, lo intenta, con poco éxito.

La flexibilidad no es una cualidad imprescindible cuando eres la recepcionista de un manicomio.

Cuando se cansa, Mentor regresa por donde ha venido. Once pasos hasta la puerta, que se cierra a su espalda. Otros treinta hasta el coche, que aguarda a su dueño bajo la tormenta. O eso espera Mentor. La lluvia es tan densa que apenas puede ver lo que tiene enfrente. Se tropieza con el parachoques de otro vehículo antes de alcanzar el Audi.

Cuando se dirige a la puerta del conductor, frena en seco.

Bajo el parabrisas alguien ha colocado algo. No es uno de esos folletos anunciando prostitutas, tan habituales en su barrio. No, ésos siempre van estampados en cuatricromía y en papel satinado. Que se note que hay poderío.

Éste es un humilde folio, impreso por una cara, la que está en contacto con el cristal.

Mentor se aproxima, despacio. Levanta el parabrisas con una mano,

y con la otra despega el papel del parabrisas chorreante.

Cuando le da la vuelta, no sin dificultades, y lee la primera línea, una bola de hielo se le forma en el estómago.

Es de ella.

El resultado de su PCL-R. La escala de evaluación clínica de la psicopatía de Hare.

El papel, empapado de lluvia, se le deshace entre los dedos. Poco importa.

Mentor conoce su contenido de memoria, tan bien como un reo de muerte conoce su propia sentencia. Puede recitarlo, casi, hasta la última coma.

> Egoísta descarnada, centrada exclusivamente en sus intereses. Actúa con deliberación y sin escrúpulos ante cualquier perjuicio que pueda ocasionar a sus víctimas. Sin temor ni aprensión alguna ante las posibles consecuencias.
>
> Faceta interpersonal: explotadora, manipuladora, falsa, egocéntrica y dominante.
>
> Terreno afectivo: muestra emociones cambiantes y superficiales. Es incapaz de vincularse con personas o principios compartidos. Carencia absoluta de sentimiento de culpa, remordimiento o temor genuinos. Capaz de fingirlos en cierto grado, cuando está en calma. No reacciona bien bajo presión.
>
> Faceta conductual: impulsiva, necesitada de sensaciones fuertes, inestable. Propensa a saltarse las normas y a incumplir responsabilidades y obligaciones.

SE RECOMIENDA INGRESO INMEDIATO.

Mentor deja caer el testimonio de su ceguera, ahora casi ilegible, al suelo. Lo aplasta con la puntera del zapato, hundiéndolo en el charco. Mira a su alrededor mientras lo hace, intentando ver más allá de la cortina de lluvia.

No ve a nadie, y sin embargo siente que no está solo en el parking. Escucha moverse algo a su espalda, un roce en el asfalto, quizás una pisada en el agua que desborda ya los sumideros. Se da la vuelta deprisa, pero no encuentra nada. Falsa alarma. Si esto fuera una película, un gato se colaría maullando en un callejón, pero en la vida real los gatos callejeros no se pasean cuando caen chuzos de punta.

Mentor siente un escalofrío, y no es sólo por la lluvia. Busca dentro

del bolsillo, las llaves se le caen al suelo. Tiene que agacharse y tantear el reguero cenagoso, en busca del llavero. Cuando se incorpora, casi siente unos brazos rodeando su cuello, la hoja de un puñal hundiéndose en su espalda.

Casi.

Sus amenazas no están hechas de carne, ni de metal, tan sólo de miedo. Consigue abrir el coche, cierra la puerta y echa mano de la Remington 870 que había dejado en el asiento del copiloto horas atrás. Completamente empapado, aterido de frío, al borde del infarto de miocardio, atrincherado en el coche y abrazado a su escopeta, Mentor reflexiona sobre los errores que ha cometido en la vida, sobre barrer bajo la alfombra.

Sobre lo que hicieron entonces.

Reflexiona lo justo, todo hay que decirlo, porque enseguida pone el motor en marcha y tierra de por medio.

Sabiendo muy bien que sus problemas saben aún mejor dónde encontrarle.

Y dudando aún menos de que vayan a hacerlo muy pronto.

11

Un patio

Jon aparca cerca de la entrada, en un sitio libre junto a un Prius, y se vuelve hacia ella.

—Dale, cari.

—¿Que le dé a qué?

—Al informe. Tendrás que contarme algo, para que no entre en pelotas.

Antonia abre la boca, forma la primera sílaba, y luego la cierra.

Ya empezamos, piensa Jon.

—Creo que será mejor que no.

—¿Hay algún motivo, o es por diversión?

—Si te cuento lo que pone aquí, te estaré contando las conclusiones de la investigación. Y nosotros hemos venido a buscar otra cosa.

—¿Exculpar a un inocente? —pregunta Jon, con cierto retintín.

—No. Buscamos lo de siempre. La verdad. Que no siempre coincide con una sentencia. Y tú, Jon, no eres muy objetivo con los maltratadores de mujeres.

No, no lo soy, piensa él. *Y tres cojones si me importa.*

—¿Entonces?

—Entonces yo pregunto, y tú, sobre todo, observa. No quiero que entres condicionado. Más.

Jon se aviene a la estrategia, sin creérsela demasiado. Cuando ponen un pie fuera del coche, comienza a llover a mares. Trotan hacia la entrada, al ritmo de la lluvia sobre las capotas.

Se identifican. Hoy Antonia es inspectora de policía, nada de las tapaderas complejas de otras ocasiones.

Un funcionario con malas pulgas les pide vaciarse los bolsillos sobre una de las mugrientas bandejas de plástico antes de cruzar el detector.

Jon, que conoce a Antonia, se adelanta para depositar una bandeja en la cinta delante de Antonia, ya que ella odia tocar cualquier cosa que haya pasado por un trillón de manos, por razones distintas —y por tanto, las mismas— por las que odia que la toquen.

—Han avisado de que veníamos —dice Jon.

—Sus objetos personales tienen que quedarse en esta caja —responde el funcionario, abriendo una sucia caja de cartón para cada uno. En comparación con ellas, las bandejas de plástico de la entrada parecían cristal de Bohemia recién soplado.

—¿También la pistola? —dice Jon, un poco por joder.

El funcionario le mira con cara que no invita al recochineo. Cara que se avinagra más cuando el detector de metales pita, descontrolado, al pasar Jon.

Antonia lo mira, y él a ella.

—Me han operado hace poco. Una prótesis.

El funcionario agarra el detector manual y se pone en pie, con la misma energía que si el postoperatorio lo estuviera pasando él.

—¿En dónde?

—En la clavícula —dice Antonia.

—En las vértebras—dice Jon, al mismo tiempo.

—¿Se aclaran?

Jon se baja un poco el cuello de la camisa, donde el esparadrapo ensangrentado es claramente visible. El funcionario le pasa el Garret por la zona, y confirma lo de la prótesis.

Siguen al funcionario hasta un patio que hay tras una puerta de cristal con una raja que va de arriba abajo. Una de esas rajas que no forman los cambios bruscos de temperatura. Más bien los cambios bruscos de humor, y la aplicación de una suela del cuarenta y tres.

—Esperen aquí —dice el hombre, indicándoles un banco de madera. Está situado bajo una marquesina, pero aun así está empapado, porque ahora a la lluvia también acompaña un viento racheado y sibilante. Así que ellos aguardan de pie, pegados a la pared, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

Al otro lado del patio, la enorme torre de hormigón que domina el espacio tiene todos los focos encendidos. Enormes luces

estroboscópicas. 3000 vatios, temperatura de color de 5700K. No hay calidez ni mentiras posibles bajo uno de esos focos. La lluvia tan sólo alcanza a afilar, precisos, los contornos de su haz.

Antonia se agita, inquieta.

—¿Qué te sucede? —pregunta él.

—Éste no es un buen sitio para mí, Jon.

—Venga ya. Habrás visitado una cárcel antes, ¿no?

Ella menea la cabeza, despacio.

Jon sí que ha estado, varias veces. Las suficientes como para insensibilizarse lo suficiente. Recuerda, no obstante, su primera vez. La recuerda bien. Los ruidos, el metal, los olores. La desesperación.

—No te preocupes. Luego no es para tanto. No es más que otro edificio. Unas cuantas cerraduras, unos cuantos guardias.

Lo otro lo omite, por razones obvias. Pero resulta que no estaba acertando, en absoluto.

—No estás acertando, en absoluto —dice ella.

—Ilumíname, cari.

Antonia señala su propia cabeza. El dedo índice, tembloroso, perpendicular a la sien. Cerca, pero sin llegar a tocarla. Como si tuviese miedo de lo que contiene.

—Aquí dentro. Aquí dentro hay monos.

Algo en su tono de voz hace a Jon dejar de lado todas las bromas, las impertinencias, las miradas. Algo en su tono de voz ya lo ha escuchado antes. También en un patio, también vacío. Un lugar gris y deprimente, de un colegio británico. El día en que le llevó a conocer, desde la distancia, a su hijo. El día en que se abrió a él por primera vez.

Así que no dice nada, mientras los segundos pasan, calzados con botas de metal, y las rachas de viento les arrojan a la cara las sobras de la lluvia.

Pero ella no continúa. Así que lo hace él. Qué remedio.

—¿Te asustan?

Ella sacude la cabeza de nuevo.

—Me ayudan. Me muestran cosas. Llaman la atención sobre detalles. A veces, demasiados.

Otro silencio. Lo más parecido bajo una tormenta que arrecia, en cualquier caso.

—Sé que no son reales, no tengas miedo. Son fragmentos de mi mente. La manera en la que procesa la información para hacérmela comprensible. De ordinario están tranquilos. Pero...

Se calla, y mira a lo lejos. Jon ha visto esa mirada antes. El día —el mismo día— en el que le preguntó qué le habían hecho. Y ella no pudo y no quiso contárselo.

—En un lugar como éste, se ponen nerviosos —aventura Jon.

—Para esto me... para esto me entrenaron. Una escena de un asesinato, un lugar repleto de criminales. Los despiertan a todos.

Jon no necesita que Antonia le aclare que nunca le ha contado esto a nadie. Le inunda una mezcla extraña de sentimientos.

Alegría por ella, por ser capaz de abrirse.

Odio por los que le han hecho daño.

Orgullo, por haber sido el primero.

Y, flotando por encima, algo más.

Como un sucio zurullo, en una piscina. El resentimiento que aún perdura hacia ella, cada vez más consciente. Porque, con su mera existencia, Antonia Scott ha complicado la suya hasta el extremo.

—¿No puedes controlarlo? —pregunta, intentando no sonar exasperado.

—Es muy difícil.

—De ahí las pastillas.

—Pero no quiero volver a verlas —menea la cabeza, y se aferra los hombros, intentando abrazarse a sí misma. Jon, de ordinario tan dispuesto a ayudarla en ese cometido en el que hacen falta dos, no es capaz esta vez de encontrar fuerzas en su interior para obligarse y obligarla.

—Pues, como dice *amatxo*, tendrás que poder.

Antonia aparta la mirada, un tanto desencantada.

Aquella confesión ha tenido que ser muy dura para ella. Quizás esperaba un resultado distinto, con una respuesta emocional que Jon no puede ofrecer ahora mismo. Y que no está seguro de deber entregar. Ha visto lo que era capaz de hacer con su mera fuerza de

voluntad, manteniéndose lejos de la química.

Pero Jon ha visto los suficientes adictos en su vida como para saber que la compasión de otros es el combustible de la suya propia.

Una vez se encontró a uno con una sobredosis en un callejón cerca de San Francisco. La goma aún en el brazo, la cara metida en un charco. Junto a su boca había un envoltorio de Phoskitos que un par de cucarachas habían elegido para pasar la noche. Salieron huyendo en cuanto el haz de la linterna de Jon rozó el plástico rojo y azul.

Cuando llegó la madre, después de llorar seco y en silencio —lágrimas no debían de quedarle ya—, apoyó un brazo en el joven policía de uniforme y le dijo:

—Ay, si no me hubiera dado tanta pena antes.

Así que Jon no dice nada.

Lo que tampoco es solución, porque Antonia suele refugiarse en el silencio como las cucarachas en un envoltorio de Phoskitos.

Por eso resulta aún más sorprendente lo que ocurre a continuación.

—Te voy a explicar lo que siento. Mete tripa —dice ella, cogiéndole por el codo y apoyándole la mano en el estómago.

Si le hubiera dado una patada en los huevos, el inspector Gutiérrez hubiera sentido, quizás, un desconcierto menor. Quizás.

—A ver, es verdad que este traje no me queda perfecto. Pero no es que esté gordo —acierta a decir.

—No es por eso. Hazme caso.

Jon hace caso.

—No tanto —instruye ella, acompañando hacia fuera el diafragma de Jon con la palma de la mano—. Como si te quedara aliento para diez o doce palabras.

Jon aprieta el estómago un poco. Sólo un poco.

—No sueltes.

Al principio es sencillo. Pero, a medida que transcurren los segundos, se da cuenta de lo que quiere transmitirle Antonia.

Mantener el músculo tenso comienza a costarle cada vez más. De pronto, pasa a consumir toda su atención, hasta el punto que se le hace difícil mantener el ritmo de la respiración, y comienza a notar cómo sus enormes pulmones empiezan a quedarse sin aire.

—¿Todo el tiempo?

Ella asiente con la cabeza. Todo el tiempo. Todos y cada uno de los segundos que pasa consciente tiene que mantener esas defensas levantadas. Ese músculo invisible, apretado en el interior de su cerebro.

Jon no alcanza a sentir lástima por ella —lo hará, dentro de unas horas, y en el momento más inoportuno—, porque unos pasos al otro extremo del patio les interrumpen.

Madrid, 14 de junio de 2013

El hombre alto y delgado se restriega los ojos de puro cansancio. La jornada está a punto de concluir, aunque para él ya lo había hecho después de la segunda entrevista.

Se encuentran en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense. Nada mejor para camuflar aquellas pruebas y que nadie sospeche nada que hacerlas pasar por ensayos estudiantiles. Y el lugar es apropiado. Una sala blanca, sin ventanas, en la que se puede controlar la temperatura, provista de visor unidireccional. Cristal por un lado, espejo por el otro. Una cabina de control y unos altavoces.

—No puedo más —dice el hombre alto y delgado, sin dejar de frotarse los ojos—. Voy a salir a fumar un cigarro.

—Deberías dejarlo.

—Nunca es buen momento para dejarlo.

—Hay una técnica nueva, con acupuntura. A mi novia le quitaron el vicio en sólo tres sesiones.

—¿No decías que quedaba una candidata más?

Su asistente hace pasar a la última participante, no sin antes hacerle un gesto de pretendida contrariedad.

Al hombre alto le cae bien. Es una buena persona. Flor mañanera. De esas que llegan al trabajo como una rosa después de haber corrido cinco kilómetros y que ve siempre el lado positivo de todo, y que se despiden con una enorme sonrisa, pensando ya en el trabajo del día siguiente. Es difícil pensar en alguien más despreciable.

Con el tiempo ha ido mejorando su opinión de ella. Hay días en los que ya casi no quiere estrangularla, ni a ella ni a la colección de tarados, cerebritos y bichos raros que han pasado por allí. Más de setecientos.

Casi ochocientos, en realidad.

Pero ninguno tan prometedor como la segunda a la que han

entrevistado hoy.

La candidata 794.

Justo a tiempo, piensa el hombre alto y delgado.

Sabe bien que los responsables de Bruselas estaban a punto de darle una patada en el culo. Y no le gustaba. Todo lo que había hecho en su vida antes era sentarse delante de un libro. A absorber ideas de otros, sobre todo. Se le daba mejor repetir que crear. Por eso cuando le habían propuesto formar parte del proyecto Reina Roja había saltado dentro de la oportunidad con los ojos cerrados. Hasta hace unas horas se estaba dando un chapuzón increíble dentro de su propio fracaso.

Pero todo eso ha cambiado con la 794.

Antonia Scott, piensa el hombre alto y delgado. *Tengo que empezar a familiarizarme con el nombre*.

Quizás sea ella. Quizás sea la aspirante que el proyecto Reina Roja está necesitando para España. Él tiene una intuición, y es algo que le ocurre muy poco. No es que haya destacado nunca por su desbordante imaginación. Tiene más de contable que de artista. En una escala del uno al diez, siendo el uno un inspector de Hacienda y el diez Julio Iglesias, el hombre alto y delgado sería la calculadora encima de la mesa.

Las intuiciones y las copas de whisky tienen algo en común: cuanto menos acostumbrado estás a ellas, mayor efecto producen. Así que él está dispuesto a dejar de buscar y apostar por la candidata 794.

—¿Podemos librarnos de la última?

—Será sólo un momento. No vamos a haberla hecho venir para nada…

Él hace un gesto de conformidad. Total, un rato más, qué importa. No es como si estuviese alguien esperándole en casa.

—Que pase la 798.

La mujer es delgada. De estatura mediana, bien vestida. Una manicura perfecta. Aún no debe de haber cumplido los veinticinco. Hay una cierta bondad en su rostro.

No, no bondad, piensa él.

Amabilidad.

—Buenas tardes —dice el hombre alto, apretando el botón del

interfono, que comunica la cabina con la sala de observación—. Voy a plantearle una historia. Todas las respuestas que dé serán válidas para la puntuación que usted obtenga en nuestro estudio. Le rogamos que se esfuerce al máximo, ¿de acuerdo?

La mujer asiente.

—Está bien, comencemos —dice el hombre alto y delgado, y empieza a leer el texto que va apareciendo en la pantalla, y cuyo principio, después de una semana, casi conoce de memoria—. Es usted la capitana de una plataforma petrolífera Kobayashi Maru, situada en alta mar. Es de noche y está usted disfrutando de un plácido sueño. De pronto su asistente le despierta en mitad de la noche. Las luces de emergencia están encendidas, la alarma sonando. Hay una alerta de colisión. Un petrolero se dirige hacia ustedes.

La mujer se mantiene en silencio, mirando al espejo directamente. No se ha quitado el abrigo, y sigue aferrada a su bolso.

—Ahora es su turno —dice el hombre alto y delgado.

—¿Tenemos algún barco a nuestra disposición? —dice la mujer. Acorta el final de las palabras, como si no le gustara hablar y prefiriera dedicarles tan poco tiempo como pudiera.

Al hombre, la pregunta le sorprende.

Casi todo el mundo acaba preguntando por el barco, claro. Cuando se dan cuenta de que no hay modo de contactar con el barco, que éste continúa su avance inexorable, que no hay modo de impedir la colisión. Cuando se dan cuenta de que no hay manera de salvar la plataforma, piensan en salvar a la gente a bordo. Ésa es la clásica actitud ante un escenario imposible, ir poco a poco retrocediendo, quedándose sin opciones, hasta que la única solución lógica es la rendición.

—Nunca preguntan por el barco al principio —interviene la asistente, extrañada.

—En fin, casi mejor. Al menos nos iremos a casa pronto.

El test ha sido diseñado para actuar reaccionando a las acciones del sujeto del experimento, modificando el escenario de forma dinámica, de modo que cada vez sea más complejo. Puntúa, además, en función de la originalidad de las respuestas o de la capacidad de

improvisación.

—En efecto —contesta el hombre alto y delgado, apretando el botón del intercomunicador—. Disponen de un buque de salvamento.

—¿De qué tamaño?

Al haber hecho esa pregunta la primera, el programa ofrece una respuesta distinta a haberla hecho varios minutos después.

—Treinta metros —apunta la asistente.

—No soy experta en navegación, pero parece bastante grande. ¿Disponemos de explosivos a bordo de la plataforma?

Esa pregunta es bastante menos común.

De hecho, el hombre alto y delgado no la ha escuchado ni una sola vez.

Pero el programa tiene una respuesta para ella, y él la transmite, algo extrañado.

—Bien —responde ella, tras pensarlo unos instantes—. En ese caso, acumulo la tonelada y media de explosivos en la proa del buque de salvamento, y ordeno a un tripulante que lo lance contra el costado del petrolero que viene en nuestra dirección.

Se hace un silencio atónito en la cabina de control. La asistente teclea los datos en el programa, cuando logran recobrarse un poco de la sorpresa. Es cierto que el ejercicio es puramente teórico. Aun así, ambos lo han sentido como completamente real.

El hombre alto y delgado aprieta el botón del intercomunicador, pero no dice nada. Durante unos instantes, por los altavoces del interior de la sala se escucha tan sólo un tenue ruido de estática.

—¿Puedo preguntarle cómo ha llegado a esa conclusión? —dice él, al cabo de unos segundos muy largos.

—Es sencillo. Hay más gente en una plataforma que en un petrolero. Es el resultado más lógico —dice ella, sin pensar.

Después, mucho después, regresarán a su memoria una infinidad de detalles sobre este momento.

La inflexión en el tono de voz de la mujer.

Su hieratismo.

El hecho de que no soltase el bolso en ningún momento, ni se quitase la ropa.

Su mirada, fija en el espejo.

Muchos de esos detalles, casi todos, eran más una proyección que un recuerdo real. Una reescritura del pasado, con la ventaja de la información que pone a tu disposición el futuro. O con sus desventajas, como la culpa, el remordimiento, la tortura que supone que todo esté delante de ti y no puedas cambiarlo.

Pero, por el momento, el hombre alto y delgado tiene algo muy distinto en la cabeza. Y es que ocurra algo que no ha sucedido antes en ningún país de los participantes en el proyecto.

Ni siquiera escucha a su asistente

—Ha sacado la máxima puntuación —está diciendo ella, boquiabierta—. Según los desarrolladores, sólo una persona de cada veintitrés millones daría una respuesta así.

Dos Reinas Rojas. ¿Será eso posible?

—Me gustaría hablar con usted acerca de una propuesta de trabajo —dice, apretando de nuevo el botón del intercomunicador.

Al otro lado del espejo, la mujer, por primera vez, sonríe. Es sólo un pliegue en la comisura de la boca. Calculado, como todas sus expresiones. Como si hubiera repasado el presupuesto y decidido que podía permitirse el gasto.

—Estaré encantada de escucharle, señor…

—Puede llamarme Mentor.

12

Un taconeo

—Soy la jefe de servicio —dice una mujer enjuta, de mediana edad y ojos hundidos, al llegar a su altura. No parece nada feliz. No añade su nombre, no extiende la mano. Su boca es una línea dibujada a escuadra y cartabón.

—Le agradecemos que nos atienda tan tarde —dice Jon, alzando la mano a modo de saludo. Cuando hay que lidiar con bordes, Jon suele limitarse a hacer el mismo gesto, pero con la identificación policial. La misma que se ha quedado en las cajas de fuera. El gesto del cuero al cerrarse de golpe ayuda a finalizar las presentaciones.

—No se equivoque ni un pelo, inspector. Ya estaba saliendo para mi casa, me han hecho darme la vuelta.

Jon ya ha vivido en un par de ocasiones esta situación. Personas con una cierta cuota de poder, acostumbradas a hacer y deshacer en su pequeña parcela del mundo, reciben un día una llamada de teléfono. No de su jefe directo, con ése están acostumbrados a discutir. Ya sea de amistad o de odio mutuo, hay una relación, y las relaciones son manejables.

Lo que hace Mentor es hacer que llame el jefe del jefe. O más alto, a veces.

Se pregunta de qué hilo habrá tirado esta vez. El secretario de Estado, quizás. O la ministra de Justicia. Una conversación breve, amable pero seca. Una vaga promesa de recordar el nombre de la persona en cuestión. Un saludo apresurado, sin dejar lugar a negociación ni a objeción alguna.

A cambio, tenemos una puerta abierta, y mala hostia como para llenar una piscina.

Antonia había recordado en un caso similar cierta frase popular entre los nativos de la Amazonia brasileña. *Cuando el río baja lleno de pirañas, el caimán nada de espaldas*.

—No es cierto desde el punto de vista etológico ni anatómico, pero te haces una idea.

Jon se la hacía. Lo que no aclaraba el dicho era qué hacías cuando el río tenía un caimán con bolso de Mulaya y falda pantalón. Un caimán, al que has alejado de su cena y de la gala de Master Chef.

—Es un caso urgente, señora. Le ruego que disculpe las molestias que hayam...

La mujer se limita a darse la vuelta, lo que Jon y Antonia entienden como una invitación a seguirla.

—Cuanto antes acaben, antes se van. El interno les está esperando en la sala seis.

Atraviesan varias puertas enrejadas. En una de ellas hay una cabina de control, el resto se va abriendo a su paso, a medida que la jefa de servicio va mirando a la cámara situada sobre ella.

Apenas se detiene en cada una de las puertas, como si no las viera, como si simplemente no estuvieran allí. Se limita a seguir a paso firme por los pasillos, desiertos e interminables. Las suelas de madera de sus zapatos resuenan en el linóleo verde con un paso tan firme y regular como un metrónomo. Uno algo tendencioso, ya que, por algún motivo, el zapato derecho (*clap*) hace un ruido ligeramente distinto al izquierdo (*clapa*).

El resultado

clapclapaclapclapa

es tan enloquecedor que Jon siente que va a volverse loco. Y una mirada de reojo a Antonia, que camina a su lado —muy recta moviendo los pies a la misma velocidad que él—, le hace pensar que para su compañera es aún peor.

—¿Cuántos internos tienen aquí, señora? —dice Jon, intentando

acallar el ruido de los tacones.

—¿Por qué? ¿Quiere aprovechar el viaje para despertar a alguno más?

—Como ya le he dicho…

—La vida en una cárcel es una cuestión de *ru-ti-nas*. Una cuestión de horarios estrictos, de calendarios de acero. El castigo viene de ahí, de la firmeza. Cualquier cambio en la *ru-ti-na*, cualquier desviación, aunque le suceda a otro, es un alivio de ese castigo.

—Yo creía que estaban ustedes para reinsertar —dice Antonia, con voz queda.

La mujer logra volver la cabeza lo suficiente como para mirarla por encima del hombro sin aminorar el paso.

—No diga gilipolleces, que es usted policía, por favor.

En el silencio embarazoso que sigue, los taconazos se hacen más presentes. Así que Jon opta por disculparse en nombre de Antonia.

—La inspectora tiene un sentido del humor particular.

Antonia abre la boca para desmentirle, pero Jon le hace un gesto para que se calle. Ajena al intercambio, la jefa de servicio continúa.

—Aquí hay más de mil internos. Tenemos tres asesinos en serie, once terroristas, ochenta y cuatro violadores múltiples, dieciséis pederastas. Y luego los cuatro o cinco corruptos que habrá visto usted en la tele jugando al mus. Esto no es una guardería, inspector. Es una prisión. El que está aquí, es porque tiene algo que pagar.

Llegan delante de una última puerta. Ésta, a diferencia de las demás, no se abre antes de que lleguen. Ésta permanece firmemente cerrada.

—Éste es el módulo F. El más jodido de la prisión, inspectores. Aquí dentro sólo hay escoria. La parte más difícil de nuestro trabajo no es mantenerlos a raya. Es evitar que nos maten, o que se maten entre ellos.

Un guardia aparece al otro lado de la puerta. Lleva colgada una llave del cuello, que es la que usa para abrir la puerta. Después de granjearles el paso, vuelve a encerrarse en una cabina, tras gruesos cristales.

—Nos habían dicho que Blázquez era un preso modelo.

—Es una forma de verlo —contesta la jefa de servicio, con una sonrisa retorcida, antes de abrir la puerta de la sala seis—. Hay tres personas que se han tenido que quedar más horas para poder garantizar su seguridad esta noche, inspectores. Horas extras que no tengo cómo pagarles. Les ruego que sean breves.

La puerta se cierra a sus espaldas, cuando Jon y Antonia entran. Lo que tienen enfrente, encadenado a la mesa de acero inoxidable, no se parece en nada a la foto que habían visto de camino aquí.

El pelo ha desaparecido, para empezar. Se comprende enseguida por qué lo llevaba largo: sus orejas son dos grumos de cera caliente.

Detrás del pelo ha ido la masa muscular. En ausencia de los esteroides, la piel de sus brazos aparece ahora descolgada, sobrante. Su barriga es claramente visible a través de la camiseta, incluso sentado. Pero lo peor no está ahí, sino en el rostro. La cara lleva pintada una expresión que Jon conoce bien. Ese *look* de presidiario, esa cura de humildad. La ceja partida, costras en la cabeza, la nariz hundida. Ha envejecido una década.

No es la cara de un hombre inocente, piensa Jon, que de pronto siente miedo de que este tiro al aire de Antonia no sea más que una enorme pérdida de tiempo. Hace un esfuerzo enorme por no mirarse el reloj, que en su muñeca parece haber aumentado tres kilos de peso y cincuenta grados de temperatura.

—Señor Blázquez —dice Antonia, sentándose frente a él—. Somos los inspectores Scott y Gutiérrez.

Lo que hicieron entonces

La sala es negra y está llena de luz. Paredes y techo están alfombrados de material aislante, tan grueso que no deja pasar el sonido. Cuando Mentor habla por los altavoces, su voz parece venir de todos sitios al mismo tiempo.

La candidata 798 está sentada en el centro, en la posición del loto, vestida sólo con camiseta negra y pantalones blancos. Está descalza. El aire de la habitación es frío, aunque eso puede cambiar en cualquier momento. Mentor controla la temperatura a su antojo, para poner las cosas más complicadas durante el entrenamiento

—Te has dejado olvidado en casa el permiso de conducir. No te detienes en un paso a nivel, te saltas un ceda el paso, vas siete manzanas en dirección prohibida. Hay un policía de movilidad siguiéndote, pero no hace nada para impedírtelo. ¿Por qué?

—Porque voy andando —responde la mujer al momento.

—Fácil. Abre los ojos.

La mujer mira el enorme monitor situado frente a ella. La pantalla a oscuras deja paso a una instantánea con dos grupos de personas a punto de cruzar un semáforo.

—¿Qué ves?

Los ojos de la mujer escanean la imagen a toda velocidad, y encuentran la discordancia enseguida.

—A un lado de la acera sólo hay hombres, al otro lado sólo mujeres.

—Demasiado fácil y demasiado lento.

Debajo del monitor hay un cronómetro con los números en rojo. Mide el tiempo con una precisión de milésimas de segundo. Ahora marca 03:138. Tres segundos y ciento treinta y ocho milésimas.

—Un pueblo tiene cien parejas de habitantes. Si nacen dos hijos por cada uno de los habitantes del pueblo, pero veintitrés mueren, ¿cuántos habitantes tiene el pueblo?

La mujer está agotada. apenas ha dormido esta noche, Mentor exigía que hiciera ejercicios de memoria, casi seis horas seguidas recitando números primos. Duda.

—Seisc… No. Quinientos setenta y siete.

Los números se detienen en 04:013.

—Demasiado lento. No progresas lo suficientemente rápido.

—¡Necesito descansar un poco!

La mujer siente los ojos pesados, la cabeza ligera. Mentor está jugando de nuevo con la cantidad de oxígeno de la habitación. Ella se pregunta por primera vez si está haciendo lo suficiente para conseguir su objetivo. Si va a lograr estar a la altura. Tampoco es que haya nadie esperándola en casa. Tampoco es que tenga nada más importante que hacer.

Ella quiere esto. Necesita esto.

Está muy segura. Tan segura como no lo ha estado nunca de nada.

Mentor le habla cada día de alcanzar su pleno potencial. De hacer cosas que nadie más es capaz de hacer, de llegar más lejos de lo que nadie ha llegado antes. Y ella está de acuerdo, como si cada palabra que él dice fuera un pensamiento que surge de su propia cabeza. Haría cualquier cosa por satisfacerle, por conseguir de él una alabanza, un elogio.

Pero está tan cansada.

—Si tan sólo pudiera… —comienza a decir.

No logra concluir la frase. La puerta se abre, y entran tres hombres con monos azules. La mujer se gira, extrañada, pero no tiene tiempo de protestar. Uno de ellos le inmoviliza los hombros rodeándole con los brazos y la derriba, el otro le sujeta la cabeza contra el suelo.

El tercero lleva una jeringuilla en la mano.

Cuando entra en el campo de visión de la mujer, ésta contiene un grito a mitad de camino entre el alivio y el triunfo. Sabía que esto iba a ocurrir. Lleva exigiéndole a Mentor que pase, desde hace mucho tiempo. Aun así, ella se resiste, lucha. Porque es lo que él espera que haga.

En la cabina de observación —ya no están en la Universidad Complutense, sino en un lugar mucho más pequeño y secreto, en un polígono cercano al aeropuerto—, Mentor conversa con un octogenario pequeño, tembloroso, calvo y medio ciego, vestido con una chaqueta de cuadros escoceses. El viejo no tiene muy buen aspecto. Hace mucho que se desliza por la ladera descendente de la vida haciendo slalom.

Tampoco nos quedemos con su edad. Quizás sea el genio neuroquímico más grande de su generación. Su nombre sonaría entre los candidatos al Nobel si no estuviera un tanto desequilibrado.

—Es la segunda vez que presencia el procedimiento. Ya debería estar un poco más tranquilo —dice el doctor Nuno, observando la incomodidad de su acompañante.

Mentor apoya en el cristal una mano con los dedos algo amarillentos por la nicotina, y observa cómo la inyecta a la aspirante antes de hablar.

—Uno no termina de acostumbrarse a según qué cosas, doctor.

—Como a levantarse temprano, ¿verdad? Los que somos hipotensos nunca logramos hacernos a ello.

Mentor no menciona la sutil diferencia entre madrugar y ver cómo se inyecta una droga experimental en el cerebro de un ser humano, por más que ella se haya mostrado como una voluntaria más que dispuesta.

—Debería estar orgulloso —insiste Nuno—. España iba a la cola del proyecto Reina Roja. Los jefes estaban, por así decirlo, descontentos con su falta de progreso...

Como si no lo supiera.

—..., de repente, logra encontrar no una, sino dos candidatas viables. Hubo cierto revuelo en Bruselas, ya sabe...

Eso sí que no lo sabía.

—... «el Mentor de España se ha vuelto inseguro», decían. Tenían miedo de que hubiera decidido presentar a dos candidatas para maquillar lo mucho que había tardado en encontrar a una sola.

Lo cual es cierto. En parte.

—... hubo murmullos. Nadie había presentado a dos candidatas al

mismo tiempo y con la misma convicción. No faltaron voces que pidieron una auditoría, digamos, severa...

Lo cual significa darme una patada en el culo.

—... pero tras la intervención de la semana pasada en la 794.

—Scott. Antonia Scott —interrumpe Mentor.

—Son números para mí —desestima el doctor, agitando la mano como quien dispersa el humo de una vela—. Y de números quiero hablarle. Los resultados iniciales son muy prometedores.

Nuno ha estado encerrado más de una hora a solas con Antonia, haciéndole toda clase de pruebas. Se suponía que Mentor no podía escuchar, aunque lo ha hecho, claro. No le gusta que se acerquen a su gente sin estar él presente.

Aunque sólo sea para sentirse culpable cuando les ve sufrir.

—Lo que intento decirle es que mi informe a Bruselas será sumamente elogioso. Y aún más si esta segunda candidata consigue unos resultados al menos la mitad de buenos que los que ha arrojado la primera. Simple y llanamente.

—Simple y llanamente —repite Mentor, sombrío.

Se da la vuelta. En la habitación, los dos hombres han soltado a la mujer. Ella no parece muy consciente de lo que está ocurriendo. De hecho apenas recordará el proceso por el que tanto anhelaba pasar. En el futuro llegarán retazos, imágenes que obviarán que fue ella quien pidió todo esto y se centrarán en el dolor y el rencor que subsiguieron. Por ahora, se limita a permanecer en el suelo, con las piernas encogidas, la mirada perdida y los brazos sacudiéndose lenta y espasmódicamente.

—Aún no saben la una de la existencia de la otra, ¿verdad?

—No. Tenemos un protocolo para evitar que coincidan. Sólo pueden acceder al complejo acompañadas. Se las lleva directamente al módulo de pruebas, se las encierra dentro, y nunca lo abandonan sin supervisión.

Nuno asiente con aprobación.

—Como en los burdeles finos de Lisboa.

—No sabría decirle. ¿Ya hemos concluido? —pregunta Mentor, ansioso por volver a casa.

Nuno se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz y esboza una sonrisa llena de ausencias. De su maletín extrae un sobre de papel de Manila que le tiende a Mentor.

—Ya tengo uno de ésos —dice Mentor, sin extender la mano. Como quien se desentiende de los vándalos que te asaltan por la calle carpeta en mano para que te apuntes a Médicos sin Fronteras.

—No, como éste no.

Mentor coge el sobre, a regañadientes. En su interior hay una carpeta de anillas. A medida que hojea la información contenida ahí, su rostro va perdiendo color.

—Esto... es muy distinto de los métodos que estamos usando con Scott.

—También esta candidata es muy distinta.

—¿Qué se supone que significa eso?

El doctor Nuno vuelve a sonreír.

Mentor desearía que dejara de hacerlo.

—Ya lo descubrirá, amigo mío. Será, sin duda... interesante.

13

Una carcajada

Jon se apoya en la pared, de forma que pueda ver al mismo tiempo a Antonia y a Blázquez. El preso mira a los dos, alternativamente, y luego se dirige a Jon.

—¿Qué es lo que quieren?

—Hemos venido a hacerle unas preguntas sobre Raquel Planas Mengual, señor Blázquez —dice Antonia.

Blázquez no se vuelve hacia ella, sigue con el cuello girado hacia Jon.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué a estas horas?

Jon no contesta. No hace falta mucho esfuerzo para ver lo que está ocurriendo.

—Míreme, señor Blázquez —ordena Antonia.

El preso gira el cuerpo hacia Antonia. No del todo, tan sólo un poco.

—Estaba durmiendo —dice, al cabo de un momento.

—Sentimos mucho haberle despertado, señor Blázquez, pero es un asunto muy urgente.

Blázquez va vestido con unos vaqueros bastante limpios. Intenta llevarse la mano al bolsillo derecho, pero la cadena de las esposas no le deja. Tiene que ponerse en pie para poder alcanzar el tabaco del bolsillo. Un paquete de Fortuna arrugado, con el mechero dentro.

—Raquel está muerta —dice, tras exhalar el humo—. ¿Dónde está la urgencia?

Antonia elige sus palabras con sumo cuidado.

Cualquier pequeño desliz puede poner sobre aviso a Blázquez, puede pedir un abogado, o simplemente negarse a hablar con ellos. No tienen tiempo para negociar, ni nada que ofrecer. Tampoco pueden contarle la verdad.

Mlakundhog.

En javanés, idioma que hablan setenta y cinco millones de indonesios, la suavidad del que camina sobre huevos sin hacer ruido.

—Estamos trabajando en un caso relacionado con el suyo, señor Blázquez. Si tenemos razón en lo que estamos investigando, podría ayudarle a usted.

—No veo cómo podría ayudarme.

No digas inocente, piensa Jon.

—No puedo decírselo, señor Blázquez.

El hombre da una nueva calada, pensativo. Vuelve a mirar a Jon.

—¿Usted no dice nada?

Jon se encoge tanto de hombros que puede notar cómo la herida del cuello protesta, los puntos le tiran. Hace una mueca de dolor involuntaria, que el preso toma por burla.

—¿Se están cachondeando de mí? Es eso, ¿verdad? Es por las quejas que he puesto. Por mis cartas. Pues pienso seguir mandándolas. Pienso seguir contando qué es lo que está pasándome.

—¿Y qué es lo que está pasándole?

—Como si no estuviera a la vista —dice Blázquez. La mano que sostiene el cigarrillo hace un semicírculo con el pulgar, señalando su rostro. Las heridas, las nuevas y las viejas.

Antonia mira a su compañero, en silencio.

Y Jon comprende.

Hay un cambio de planes. Si lo que parece es cierto —y la cara de Blázquez parece confirmarlo—, hablar de eso con una mujer le resultará muy difícil. Especialmente viéndole el pelaje al animal.

—Víctor —dice Jon, sentándose frente a él—, ¿estás teniendo problemas aquí?

El preso gravita hacia Jon, inmediatamente. Hay algo en su actitud —en su falta de ella, quizás—, que está demandando algo a gritos.

Antonia se levanta a su vez, va hacia la pared, se coloca de espaldas, y simula hacer una llamada en voz muy baja.

—Soy el cirio —dice Blázquez—. Eso pasa.

Jon no está tan familiarizado con el argot carcelario de la meseta como requiere la situación, y se le nota en la mirada.

—La puta del F. El palo de las tortas —le aclara el preso—. Siempre hay uno, ¿sabe? Siempre hay uno.

Se enciende otro cigarro, con manos temblorosas. Jon le echa una mano para encenderlo, persiguiendo la punta del cigarro con la llama.

Ahora todo le cuadra.

El módulo F es el de los hijos de puta. Si no ponen aquí a alguien débil, alguien que se lleve las hostias, se las dan entre ellos. Y cuando se las dan entre ellos, acaban muertos. Y eso queda fatal en las revisiones semestrales. Los muertos bajan muchos puntos.

Ha escuchado historias similares antes. De gente que ha ganado estancias *full credit* en Basauri, en Nanclares, en El Dueso. Historias que podría haber contado el guardián de un zoo, porque no hay tanta diferencia. Si dejas a un lobo por módulo, se convierte en el rey y la vida se hace muy jodida. Si los pones a todos juntos en el mismo, tienes que andar sacándoles pinchos del culo casi a diario. De lo contrario, ese mismo pincho acabará en la garganta de otro.

Así que dejan unas cuantas ovejas por módulo. Para que los lobos sacien su sed de sangre con ellas, pero sin que ésta llegue al río. O, aún peor, a los titulares.

—Cualquiera diría, al verte, que tú eres uno de los hijos de puta.

Es mentira, claro. Pero Jon no puede dejar de ver, superpuesta sobre la de la piltrafa humana que tiene enfrente, superpuesta la imagen del macho alfa de la foto. O la sangre de Raquel Planas Mengual en el suelo.

Manda cojones que este asesino de mujeres me haya elegido a mí como su protector, piensa Jon. *Pues va más de culo que san Patrás*, añade, con esa filosofía urbana, tan suya.

—Inspector, yo no soy así. Yo no tengo que estar aquí.

—No me digas más. Un hombre tranquilo, que busca la vida para él y los suyos. Injustamente acusado, ¿verdad?

—Yo no maté a Raquel. Pero da igual, a todo el mundo le da igual. Yo lo único que quiero es cumplir la pena, y hacer *fú*, como el gato, *¿mentiende?* Pero a este paso, no voy a salir vivo de aquí. Me tienen enfilado.

—¿Quiénes?

—Todos. Todos. Pero dos sobre todo. Cuervajo, es un asturiano, un cabrón con pintas. Y Sergei, es un amigo suyo.

—¿Ruso?

—Qué va, de Moratalaz. Es un *flipao*. Qué más da de dónde sea. Me la tienen jurada.

—Algún motivo les habrás dado.

—¿Es que no me ha escuchado? No necesitan motivos. Lo que necesita la zorra esa de ahí fuera es un cirio. Para dar espectáculo en el patio y en las comidas.

—Ésas no son formas de hablar de la funcionaria, Víctor.

—Las formas. Las formas las tengo yo. Que le he pedido ayuda un montón de veces. «Señorita, me han roto la nariz. Señorita, me han roto el brazo. Señorita, ayúdeme.» Una mierda *pamí*.

Jon mira a Antonia, que sigue de espaldas a ellos. No parece dispuesta a ayudar. Le surge la duda de que fuera capaz de hacerlo. A pesar de que agarra una mano —vacía— con la otra, como si estuviese hablando por teléfono, puede notar el ligero temblor en la punta de los dedos extendidos de la mano izquierda.

—¿Es su jefa? —dice Blázquez, en voz baja, a Jon.

—Mi compañera.

—Es por si quiere decirle que aquí no hay cobertura, que puede dejar de hacer el indio.

Al inspector Gutiérrez se le queda una cara de boniato que, si le pones sal, ya tienes merienda. Luego, sin poder evitarlo, se echa a reír. Es una carcajada seca, contenida, una carcajada a su pesar. Su primera carcajada desde que lleva la muerte atornillada al esqueleto. En aquel pozo de angustia en el que están —a juego con el que él lleva dentro—, ese sonido puro, transparente, queda flotando un instante antes de diluirse como una gota de agua en un cubo de brea. Y, sin embargo, deja algo detrás. Una brizna de ligereza.

Jon se promete que nunca, jamás —viva mil años o hasta el final del plazo de White—, le dirá nada de lo que acaba de contarle el preso a Antonia Scott. Jamás.

O hasta que haya que aplicarle un correctivo, piensa Jon, aún sonriendo por dentro. *Lo que pase antes*.

En ese momento Antonia interrumpe sus ocasionales *ajás* y *ujums* a su teléfono imaginario. Se da la vuelta y se incorpora a la conversación.

—Vamos a hacer una cosa, Víctor. Usted responde nuestras preguntas, y yo me encargo de que le trasladen a un módulo de respeto.

Jon mira a Antonia sin poder creer lo que acaba de escuchar. Le gustaría recogerlas, pero es tarde, las palabras ya han impactado en el rostro de Blázquez. Primero sus ojos se iluminan con esperanza. Un módulo de respeto es el lugar más codiciado de la prisión. Seguro, limpio, muchas de las celdas son individuales. Las puertas de la cárcel están abiertas para sus internos durante un par de horas al día. Cualquier altercado da con su iniciador en un módulo normal, así que todos se comportan.

Tan sólo hay un pequeño problema.

Que es el que hace que los ojos de Bláquez se entrecierren con sospecha.

—No pueden hacer eso. Tengo un delito de sangre. Y violencia de género. No me lo van a dar.

A Jon le parece una idea pésima. Se supone que este tipo ha matado a su pareja. Pero ahí está su compañera, haciéndole promesas.

—Se sorprendería.

—Lo quiero por escrito. Cuando me trasladen, y luego hablo con ustedes.

—No es tan sencillo —dice Jon, meneando la cabeza.

El preso se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

—Ya sabía yo...

—Tendrá que confiar en nosotros.

—Y dejarme llevar, ¿no? Ya me han dicho eso aquí un par de veces.

Jon se pone en pie, y tira del brazo de Antonia.

—¿Podemos hablar fuera?

Antonia se sacude el tirón de Jon de malos modos, pero le acompaña al pasillo. La jefe de servicio está esperándoles apoyada en la pared, con cara de concentración y la mirada fija en la pantalla de su móvil. A juzgar por los «Divine» y los «Sweet» que emite el

auricular, el inspector Gutiérrez sospecha que no está exactamente trabajando.

—¿Han acabado ya? —dice, sin dejar de jugar.

—No, señora. Le avisaremos enseguida —dice Jon. Y luego, a Antonia, antes de que pueda recriminarle la manera en la que la ha sacado de la sala.

—¿A qué ha venido eso?

Antonia está muy tensa. Vuelve a tener esa mirada vidriosa y vacilante.

—No vuelvas a tocarme sin que yo lo sepa, y menos aquí —no lo iba a dejar pasar, claro—. No podemos decirle la verdad, Jon. Le concedería un poder enorme sobre nosotros.

—¿Y la mejor forma de conseguir que hable es regalarle lo que le has prometido?

—¿Por qué no? Hemos venido aquí con la premisa de que es inocente.

Jon aprieta los labios con cierta intranquilidad. Todo aquello no deja de provocarle muchas dudas.

—No sabemos eso. Sólo sabemos lo que White te ha dicho. ¿Y si este tipo es un secuaz suyo? ¿Alguien a quien quiere que liberemos por encima de todo?

Antonia mira a Jon. Mira a la puerta metálica de la sala seis. Mira de nuevo a Jon.

—Reconozco que el tipo no es exactamente un jugador de primera división —admite el inspector Gutiérrez, tras una breve introspección.

—Y aunque no lo fuera. No tenemos tiempo para hacer nada que no sea sobrevivir a esta noche. Por eso no te he contado nada de este caso antes.

El que no tiene tiempo soy yo, piensa Jon. *También deberían ser mías las decisiones*.

Pero dice otra cosa, porque los puntos ya no sólo le tiran, también le escuecen.

Antonia se acerca a la jefa de servicio, que sigue enfrascada en su videojuego.

—Disculpe —le dice Antonia.

—Un instante —responde ella—. Llevo ya una semana intentando pasarme este nivel. Y no hay manera.

Antonia le quita el móvil con suavidad, tanta que la jefa de servicio aún está mirándose la palma de la mano vacía cuando se da cuenta de que ya no lo tiene.

—¡Oiga!

Antonia no le escucha. Está ocupada moviendo el dedo a toda velocidad por la pantalla, aplastando caramelos. Cinco segundos después, le devuelve el aparato. La imagen muestra NIVEL COMPLETADO.

Antonia espera a que la jefa de servicio recoja la mandíbula del suelo, y luego le dice:

—Si no es mucha molestia, nos gustaría pedirle un favor.

Víctor

Raquel y yo estábamos enamorados. Pero enamorados de verdad. Bueno, yo más de ella, ¿sabe? Supongo. Nos conocimos en mi gimnasio, un par de años antes de... de eso. Ella vivía con su madre. Una vieja insoportable, la tipa, una pelleja de misa diaria. No, no nos mudamos juntos. A ver, ella dormía muchas noches en mi casa, sí, claro. Pero no podíamos vivir juntos. No, era sobre todo por su madre. ¿Cuántas? Yo diría que dos a la semana. En mi casa, sí. Fines de semana juntos, también. Unos cuantos. Le gustaba viajar, le gustaban los regalos. ¿Su trabajo? Iba por rachas. A veces sacaba bastante pasta, otras veces, pues menos. Era diseñadora de interiores, pero no siempre tenía curro. Dedicaba demasiado a cada proyecto. No, no es eso. Es... le ponía todo el alma, *¿mentiende*? Yo le decía, Raquel, plantéatelo, que luego lo pasas mal, pero ella ni puto caso, así era ella. ¿Celos? ¿Celos de qué? ¿Yo? No, me daba igual. Yo no le decía lo que tenía que hacer. A ver, si venía al gimnasio y pillaba a alguno de los clientes mirándole el culo cuando estaba en la estática, pues sí, no te jode, de piedra no es uno, eso está claro, vale, es que... no, no. No es eso. En tu cara... Pero que no, que yo no le decía nada. Discutimos, sí, pero nunca le puse la mano encima. Y no, no. Aquel día tampoco. Llevaba... llevaba un tiempo muy rara. Estábamos medio enfadados, pero no había motivo. A veces se rayaba, las pibas, a veces se rayan, no es que... no, no pasa nada... a ver. Serio, no. De esto que te dices por el *Guas* cosas que a lo mejor te pasas. Pero no iba en serio. El día que pasó era seis de junio... tres, tres días sin vernos. No, no era raro. Ya había... sí, una vez. De aquélla estaba con el tomatazo, y las pibas son como son, qué le voy a contar yo, inspector... Y esta baza, pues yo creo que lo mismo, que a lo mejor necesitaba hueco, sus cosas. ¿Muchos mensajes? No sé... alguno. A ver, hay que mostrar interés. Eso me decía ella. Te quiero porque eres como Don Quijote, jajajaja.

El cabrón está loco, pero pone interés, jajaja. Sí, era... joder. Perdonen. Yo me reía mucho con Raquel, sí. Y bueno, pues sí, le mandé muchos *guas*, vale, y qué, no es que sea delito eso. *(Silencio)*. Ah, pues no sabía. Pero vamos, que me contestó ella, me contestó, pues esa misma tarde, me dijo: «ven a casa de mi madre, quiero hablar contigo», y yo fui, claro. El gimnasio está cerca, en Alberto Aguilera. Sí, es franquicia. No, somos más socios, hay dos capitalistas. No, yo hice INEF... yo pongo el curro y ellos la pasta, sí. Pero se me daba bien, la gente, fidelizar... Muchas pijas, les van los tíos como yo, que tienen mazo calle encima. Yo soy de Estrecho, sí. Somos noblotes, sí, a lo mejor no mucha escuela, pero sí tenemos labia, y eso les priva. ¿Ligar? No, no. O sea, por mí, que bueno, lo de ligarse al monitor ya sabe la *muesquita* que todas se quieren marcar un poco, pero no. No, vamos. Sí, me mandó el *guas* y yo fui. ¿Enseguida? Pues claro, no te jode, hay que poner interés.

14

Un portal

Antonia interrumpe aquí el relato del preso. En un ejercicio de contención, le ha dejado entrar en materia, confiarse, hasta llegar a la parte crucial.

—Me gustaría que ahora fuera más despacio, señor Blázquez. Con tantos detalles como le sea posible.

—Bueno, llegué al piso…

—Antes. Antes de eso. Salió del gimnasio. ¿Recuerda la hora que era?

—No hace falta que lo recuerde. Tenemos un control de salida, la hora se queda grabada cuando pasas la tarjeta. Eran las ocho y cuarenta y tres.

—De acuerdo. Ahora, paso a paso.

—Salí a la calle. Fui andando hasta el portal de Raquel.

—¿Llevaba el móvil en la mano?

—No, creo que no. Sólo… llevaba las manos en los bolsillos.

—¿Qué hizo al llegar al portal? ¿Llamó al telefonillo?

—No hizo falta. El portero estaba abajo y la puerta abierta, con la cuña de madera.

—¿A esa hora?

—Su edificio siempre tiene portero, hacen tres turnos.

—Comprendo. Saludó al portero.

—No, bueno, supongo. Saludé con la cabeza, supongo.

Miente, piensa Jon. *Con toda su calle y todos sus muertos, no es más que un pequeño clasista. De los de chupar hacia arriba y pisar hacia abajo*.

—¿Y luego?

—Seguí recto hacia el ascensor, qué iba a hacer. Llamé y subí. Cuando llegué a la puerta, Raquel me abrió.

—Y no se cruzó con nadie.

—No, nadie.

—¿Llamó a la puerta?

—No, Raquel me abrió antes de que llegara. Supongo que me oiría llegar.

—Descríbame a Raquel.

—Tiene el pelo rizo, es más bien alta, casi como yo...

—Me refiero en ese momento. ¿Qué es lo que vio al abrir la puerta?

—Estaba muy pálida. Lo noté, tenía mala cara, como de bajona.

—¿Estaba detrás de la puerta, o la abría del todo?

—La abría del todo. Me dijo que pasara, que fuera al salón.

—¿Qué hizo usted?

—Intenté darle un beso, pero ella se apartó. Así que fui al salón. Pero me entraron ganas, así que fui al baño.

—¿Antes o después de ir al salón?

—Entré por una puerta al salón y salí por otra.

—¿Había a alguien más en la casa?

—No. La casa es pequeña, estábamos solos.

—¿Pasó por delante de la habitación de Raquel?

—No, quedaba justo en medio. El baño está al lado de la de su madre.

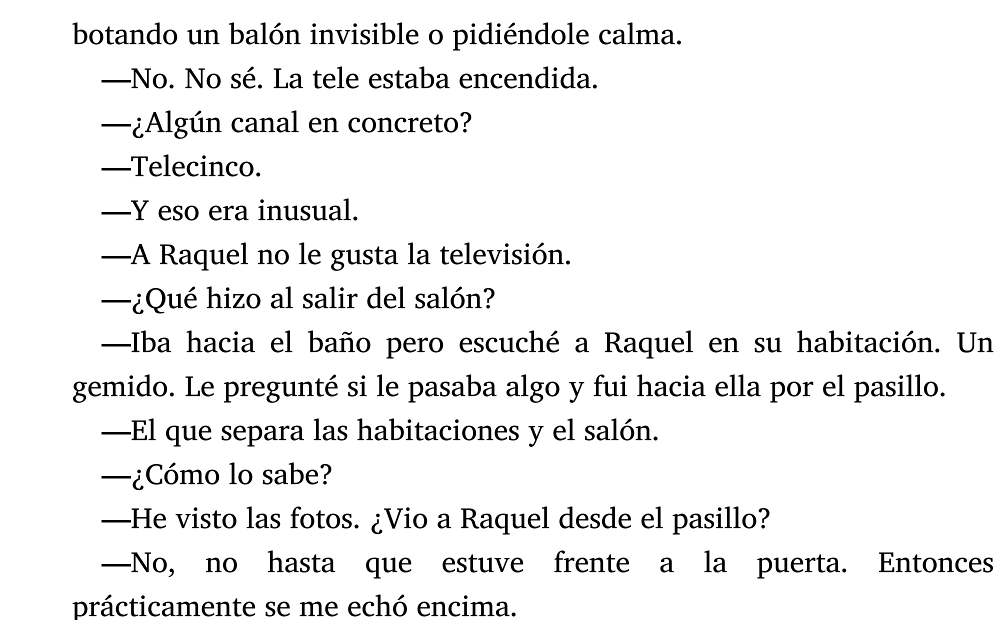
—¿Vio algo al pasar por el salón?

—No comprendo. ¿Los sofás, la mesa del comedor, se refiere?

—Algo inusual. Algo que le llamase la atención.

Jon no puede dejar de admirar la inmensa paciencia que está teniendo Antonia con él. En contraste, a él le queda más bien poca, y va a menos a medida que transcurren los minutos. Mira el reloj, con angustia. Ya han transcurrido cuatro horas de las seis que les ha dado White. A tenor de que le quedan ciento veinte minutos de vida, Jon está tentado de aplicarle a Blázquez un método de interrogatorio algo más directo. Una variedad de boxeo en la que uno de los contrincantes tiene las muñecas atadas.

Como si intuyera lo que le pasa por la cabeza, Antonia extiende los dedos de la mano derecha —la más cercana a Jon— y la mueve despacio arriba y abajo, apenas unos centímetros. Jon no sabe si está


botando un balón invisible o pidiéndole calma.

—No. No sé. La tele estaba encendida.

—¿Algún canal en concreto?

—Telecinco.

—Y eso era inusual.

—A Raquel no le gusta la televisión.

—¿Qué hizo al salir del salón?

—Iba hacia el baño pero escuché a Raquel en su habitación. Un gemido. Le pregunté si le pasaba algo y fui hacia ella por el pasillo.

—El que separa las habitaciones y el salón.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto las fotos. ¿Vio a Raquel desde el pasillo?

—No, no hasta que estuve frente a la puerta. Entonces prácticamente se me echó encima.

—¿Le atacó?

—No. Me agarró. Me dijo que llamara a una ambulancia. Entonces fue cuando vi la sangre en sus manos.

—¿Sólo en las manos?

—No. También en la ropa. La habían apuñalado.

—¿Pudo ver la habitación de Raquel desde el pasillo?

—Sí. Estaba vacía.

—¿Y qué hizo?

—Llamar al 112.

—¿Enseguida?

—Al momento. Estaba muy nervioso, pero me acuerdo.

—¿Y luego?

—Raquel cayó al suelo. Y yo... me achanté.

Hay un silencio, bastante largo.

Jon procura no moverse. Antonia, lo mismo.

—Sólo para dejar constancia, señor Blázquez —dice ella, al cabo de una eternidad—. Usted se marchó justo en ese momento. Después de llamar a la ambulancia. Dejando a su novia herida en el suelo, y sola.

El preso reacciona a la crudeza de la exposición de Antonia encogiéndose en la silla. Se diría que quiere desaparecer. Con los inconvenientes habituales de ese deseo.

—¿Por qué? —pregunta Jon.

Blázquez le mira, se mira las palmas, agarra el paquete de tabaco. Está vacío, como sus excusas. Lo estruja, con todas sus fuerzas, hasta que el celofán deja de crujir, y sólo queda una pelota arrugada sobre la mesa de acero.

—Por miedo, por qué va a ser.

—Es curioso. Su forma de expresarlo.

—¿A qué se refiere?

—Omisión del deber de socorro. Otros hombres tendrían más reparos en admitir una cosa así.

Tendrían vergüenza.

—Han pasado años. Lo que hice no ha cambiado. Yo sí.

El inspector Gutiérrez se ha preguntado muchas veces acerca de lo que Víctor Blázquez acaba de expresar. Acerca de la posibilidad del cambio. Si éste es posible. Y si lo es, qué lo motiva. Unos barrotes, una paliza en las duchas. O el arrepentimiento puro.

No hay forma de juzgar, claro, y ésa es la desgracia de su profesión. Un policía no es la cura, ni por desgracia el remedio. Tan sólo el coche escoba, que va recogiendo los pedazos de algo que está roto, y apartándolos a los lados de la carretera. Permitiendo que la vida siga rodando con la menor cantidad de baches posibles.

En el primer año en la academia, cada vez que Jon entraba en clase, se encontraba con la misma frase escrita en lo alto de la pizarra. Llevaba allí tantos años que estaba medio borrada —sus trazos enmendados una y otra vez—, y aun así se le quedó grabada en el cerebro.

Justicia es darle a cada uno lo suyo.

En el primer año en la calle, Jon comprendió que aquella frase no era más que un conjunto de palabras huecas. No hay manera de devolverle a Raquel Planas Mengual lo que le han quitado. Comprendió lo que era de verdad la justicia.

La justicia no es satisfacción, es la verdad en movimiento. Porque la primera es imposible, y la segunda es su trabajo.

—Es usted consciente de que lo que nos ha dicho deja la situación muy complicada para usted —le dice.

—A ver, inspector, más complicado que esto... —responde el preso, haciendo un gesto a su alrededor.

—Nosotros hemos venido porque ha surgido la posibilidad de ayudarle. Pero no nos lo está poniendo fácil.

—Yo no la maté.

—Pero estaban solos en casa.

—Lo sé. Pero no la maté. Se lo dije al juez, se lo dije al jurado, y se lo vuelvo a repetir a ustedes.

—Y, ¿cómo lo explica, entonces?

—No puedo —dice él, encogiéndose de hombros—. Pero yo no la maté.

—¿Se apuñaló ella a sí misma, entonces?

—El forense dijo que no.

—Y usted no tiene una explicación.

—No.

—Encontraron la sangre de ella en su cuerpo.

—Porque ella me abrazó. Ya se lo he dicho.

—¿Qué pasó al salir, Víctor?

—Corrí hacia la puerta. Dije algo en voz alta, no me acuerdo.

Sí se acuerda.

—Salí al pasillo, creo que me tropecé. Estaba mareado. No recuerdo gran cosa, la verdad.

—¿Bajó por la escalera? —pregunta Antonia.

—No. Es un séptimo. Fui al ascensor.

Jon enarca una ceja, al escuchar aquello. Pero no dice nada. Es Antonia quien pregunta.

—¿Apretó el botón del ascensor?

—Los dos botones. El del ascensor y el del montacargas. A ver cuál llegaba primero. Entonces fue cuando me crucé con la madre de Raquel. Supe que era ella por los zapatos, unos blancos muy feos que tiene. Enseguida me vio a través del cristal del ascensor, pero el montacargas había llegado mientras tanto. Yo me subí antes de que ella abriera y me fui.

Antonia se pone en pie, de golpe. Echa la silla hacia atrás, tan deprisa que Jon tiene que echar la mano para evitar que caiga al

suelo.

Está dirigiéndose a la puerta, pero antes de llegar se da la vuelta, al mejor estilo *Colombo*.

—Una cosa más. ¿Raquel tenía alguna gabardina?

El preso se la queda mirando, desconcertado, tanto por la reacción como por la pregunta.

—No, que yo sepa... Pero aquel día llevaba puesta una.

—¿Y usted?

—No, tampoco —dice, ahora más convencido.

—Eso será todo, señor Blázquez —dice, haciéndole un gesto a Jon —. Gracias por su ayuda.

15

Un resoplido

Antonia no habla hasta que tiene la mano en el manillar del Audi.

—¡Lo tenemos, Jon!

El aludido tarda aún un rato en poder hablar, lo que le lleva a recuperar el aliento. Ha venido todo el camino desde el control de seguridad hasta el coche trotando detrás de Antonia, lo cual no ha sido fácil.

Para las piernas tan cortas que tiene, cómo esprinta, la cabrona.

La velocidad se explica en parte por las ganas que ella tiene de abandonar el ambiente tóxico de la prisión, y en parte por esa energía maníaca que se apodera de ella cuando ha encontrado una de las piezas del puzle.

—Como no lo tengas tú —dice, con la voz entrecortada, metiéndose en el coche y girando el contacto.

Antonia, excitada y en vena, no le escucha.

—Hay que volver a Madrid cuanto antes. Vamos a Santa Cruz de Marcenado.

—¿Ahora sí? —dice Jon, que ya había puesto rumbo hacia allí.

—¿Quién lo hubiera pensado? Y si no hubiera llevado esos...

A la hora de reeducar a Antonia sobre las reglas básicas de la interacción humana —como, por ejemplo, que las personas que te rodean no pueden leer mentes—, Jon sigue distintas estrategias de inteligencia emocional, a cuál más sofisticada. En este caso opta por ciscarse en sus muertos pisoteados, en voz bastante alta.

Dieciocho segundos de tratamiento después, Antonia consigue registrar cuál es el problema. Respira hondo, y consigue que sus pensamientos vayan lo suficientemente despacio.

—Lo siento —dice, aunque él duda que sea verdad.

Lo que parece es que sigue en el interior de su propia cabeza. Aunque al menos hace el intento de fingir lo contrario.

Al inspector Gutiérrez el esfuerzo le parece enternecedor. La ama por ello lo suficiente para no estrangularla durante unos minutos más.

—Vamos a empezar por el principio —le dice Jon—. Tenías razón.

—¿En qué? —pregunta ella, inocente. Perdiendo los puntos del esfuerzo anterior.

Ay, amá. *Si esta mujer supiera que vive al borde de la muerte*.

—Ese tío no la mató —dice Jon—. Eso está claro. O eso, o se merece seis Oscars.

—Te dije que era inocente. Pero estaba en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. Tenía antecedentes de maltrato. Y es posible que también le levantase la mano a la víctima.

—He dicho que no la mató, no que sea inocente. Es un gañán, un machista y un cobarde. Y un mentiroso. Nos ha contado varias trolas, ha intentado manipularnos para quedar bien y hacerse el pobrecito.

—Nada de eso justifica que siga en la cárcel, Jon.

Lo que al inspector Gutiérrez le jode más no es que Antonia tenga razón. Lo duro es que no hace mucho se enfadó con ella por algo parecido, aunque desde el lado opuesto.

Es la actitud de ella la que no ha cambiado.

Jon es partidario de que los que matan se mueran de miedo, que ser cobarde no valga la pena. Antonia también, pero mirando el precio de la factura. Si en ella va a sufrir quien no lo merece, prefiere romperla.

Pero dar su brazo a torcer nunca ha sido plato de gusto para él.

Por eso, insiste.

—Puede que se asustara y dejara morir a la víctima, o que llevase algo encima que no quisiera que le encontrara la policía y dejase morir a la víctima.

—Es omisión del deber de socorro, con atenuantes. Llamó a la ambulancia.

—La dejó morir sola, Antonia. A una persona a la que se suponía que quería —dice Jon.

Bajo y grave.

Despacio.

No añade nada más, ni falta que hace. Es el tono en el que hablaría de un imposible, como un perro con tres cabezas o llevar una camisa azul marino con un jersey negro. Basta con enunciarlas en voz alta para dejar las cosas claras.

—Es cierto. Pero se ha comido ya unos años de cárcel, y no parece que le estén sentando muy bien.

—Ya te has encargado de cambiar eso, con el traslado al módulo de respeto.

—Jon, él no la mató.

—Eso ya lo sé —admite Jon.

—Tendremos que sacarle de ahí.

—Eso también lo sé.

La justicia no es satisfacción. Es la verdad en movimiento.

Y es nuestro puto trabajo.

—Pues nada —dice, con un largo suspiro—, ya hemos descartado a un madrileño. Nos quedan tres millones.

—Según el censo del año pasado, somos 3.397.174 —informa Antonia, siempre dispuesta a ayudar.

—Pues, si te parece, vamos casa por casa. Aún nos queda hora y media para resolver el crimen antes de que ese cabrón me mate.

El inspector Gutiérrez cierra con un resoplido que se queda colgando entre los dos. El sarcasmo y la resiliencia vascos se tambalean un poco cuando los minutos que te quedan bajan de las tres cifras.

—Jon —dice ella, al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Confía en mí.

—¿Acaso sabes ya quién mató a Raquel Planas Mengual?

—No. No lo sé. Pero sé quién lo sabe.

Lo que hicieron entonces

La sala de pruebas ha cambiado.

Ahora es más grande. La silla está anclada al suelo con tornillos de doce centímetros. Del techo cuelgan cinco cintas de nailon negro. La más ancha está destinada a la cintura. Las otras cuatro, a las muñecas y los tobillos. Cada una de éstas tiene incorporado un electrodo en el extremo, al final de los velcros de sujeción. Ese electrodo puede soltar descargas de 50 voltios.

Hoy toca cintas.

A la mujer no le importan los electrodos. Se supone que no debe recordar nada de las sesiones de entrenamiento. Cuando comienzan, se sienta a la mesa. Hay un vaso de agua y dos cápsulas frente a ella. La roja la toma al principio, junto con la mitad del contenido del vaso. La azul la toma al concluir. Es la que se lleva los recuerdos.

Pero no siempre.

El recuerdo, por ejemplo, de que un minuto después de tomar la cápsula, dos hombres vestidos con monos azules la cuelgan de las cintas, cabeza abajo.

Comienzan a gritar en sus oídos. Uno a cada lado. Insultándola. Vejándola. Escupiéndola.

La voz de Mentor resuena por los altavoces.

—Del ruido, la mente surge.

La mujer respira hondo y cierra los ojos. Intenta aislar su mente de los gritos, de las amenazas. Uno de ellos ha sacado un cuchillo y se lo ha colocado en la garganta. Poco a poco, a medida que la droga va haciendo efecto, el ruido va transformándose en su alimento.

Llenándola.

Se concentra en el *koan*. Una pregunta irresoluble que los maestros zen hacían a sus discípulos hace siglos, y que Mentor le hace ahora antes de cada sesión.

Del ruido, del caos, del miedo, la mente surge.

Abre los ojos.

La sesión comienza.

Una imagen aparece frente a ella en la pantalla. Once hombres en fila, mirando hacia la cámara. La imagen permanece menos de un segundo en el monitor.

—¿Quién tenía un tatuaje en el cuello?

—El número tres.

—¿Quién podía suponer una amenaza?

—El número ocho. Tenía una mano a la espalda.

—¿De qué color eran los tirantes del número ocho?

—Verdes. —Cae en la trampa ella, antes de comprender que el número ocho no llevaba tirantes. La descarga le atenaza manos y pies y le revuelve el estómago, hasta casi hacerla vomitar.

Las cintas ascienden hasta que la espalda y los talones de la mujer casi rozan el techo. Los hombres vuelven a gritar, a zarandearla.

Ella suelta un rugido rabioso, frustrado.

—A través de la calma viene el pensamiento —le advierte Mentor—, y necesitas pensamiento para detectar cosas. Ni siquiera necesitas una pistola. Y definitivamente no necesitas esa rabia. La rabia nunca puede resolver nada. La calma, sí.

—Déjate de cháchara y continúa —le interrumpe ella.

Una nueva imagen aparece en la pantalla. Esta vez son números. Ocho líneas de trece cifras cada una.

El cronómetro se activa bajo la pantalla, al tiempo que los números desaparecen. La mujer comienza a repetirlos, lo más deprisa que puede.

El cronómetro se para.

09:313.

—Ni un solo fallo. Esta vez casi me has impresionado.

Las cintas descienden veinte centímetros.

Las normas son claras. Una respuesta correcta, veinte centímetros. Si tocas el suelo, el entrenamiento termina. Si fallas, si no contestas suficientemente deprisa, recibes una descarga y asciendes hasta el techo, perdiendo todo el progreso.

En la cabina, Mentor se estremece cuando se da cuenta de algo.

La mujer no ha dejado de sonreír desde que han empezado. El sudor que le cae de la frente nubla sus ojos.

Ya sólo quedan dos metros y medio hasta el suelo.

Lleva la sonrisa pegada a la cara como un herpes. Igual de agradable.

16

Una madre

Cuando llegan al portal de Santa Cruz de Marcenado es casi la medianoche. Jon deja el coche aparcado en doble fila, y los dos se encaminan hacia el portal.

Antonia ha dedicado los últimos veinte minutos a explicarle a Jon Gutiérrez cuál es la estrategia que pretende seguir. Está, por decirlo de alguna manera, hilvanada con alfileres.

—Suponiendo que tu teoría sea correcta, tenemos que hacer que confiese antes de cincuenta y ocho minutos.

—Necesitaremos algo por donde entrarle.

—¿Alguna sugerencia?

—No tenemos perfil, ni apoyo, no tenemos nada. Habrá que improvisar.

Y cuándo no es fiesta, piensa Jon.

El edificio al que Antonia y Jon se acercan es impresionante incluso de noche. Todos los madrileños lo conocen, por distintos nombres. El edificio Princesa, San Bernardo, lo de los militares. Es imposible llegar a la glorieta Ruiz Jiménez y que la vista no se desvíe a la imponente estructura de hormigón, taladrada de balcones de los que cuelgan impresionantes enredaderas.

Más de medio siglo después de su concepción, el edificio —que no tiene nombre— es una de las estructuras más emblemáticas de Madrid. Pero pocos conocen su historia. El hombre que lo proyectó, Fernando Higueras, fue un paria para los franquistas, que le creían rojo, y un fascista para los rojos, ya que aceptó el dinero de los primeros. Murió muy pobre, muy solo, y muy español, que poco hay más nuestro que el talento arrumbado. Esta obra maestra cuyas escaleras de entrada suben ahora Antonia y Jon, fue la última piedra

de su ataúd.

—Aquí estaba el antiguo Hospital de la Princesa —le explica Antonia, mientras se aproximan a la entrada—. Lo demolieron para levantar casas para los oficiales del patronato militar en los años setenta.

Jon se identifica ante el portero mostrando su placa, y éste les deja el paso sin abrir la boca. Ni dónde van, ni qué horas son éstas ni qué se les ofrece.

—¿Los porteros de Madrid han perdido el toque, o qué pasa?

—Este lugar es un poco especial —dice ella, al notar su extrañeza.

—¿Has estado aquí antes?

—Una vez. De visita. Un contacto de Mentor. Pero sí, éste puede ser de los pocos sitios que quedan donde ese escudo que acabas de enseñar te abra todas las puertas.

La ligera satisfacción que había sentido Jon se vuelve prevención en cuanto escucha esto —si hay un ser humano que es un revoltijo de contradicciones es el inspector Gutiérrez—. Pero se le esfuma pronto.

Nada más franquear la portería y alzar la vista.

Y mirar hacia arriba, sin dejar de caminar.

La parte más visible —por dar a la plaza y a Alberto Aguilera— es, paradójicamente, la parte más pequeña del conjunto. En el interior, tal y como comprueba Jon, una calle divide en dos la manzana, dando espacio a un patio continuo, repleto de terrazas, jalonadas por enormes jardineras. Además del cristal, el único elemento constructivo es el hormigón, que va trazando círculos desde la última planta hasta alcanzar el patio, ensancharse un poco, y después convertirse en el garaje, subterráneo pero abierto hacia el cielo. El aire, muy frío en el exterior, es aquí suave, cinco o seis grados más cálido que en la calle. El ruido de los coches se ha desvanecido, y tan sólo se escucha el suave murmullo de las enredaderas.

—Esto es alucinante —dice Jon.

—Al que lo hizo lo tacharon de loco —responde Antonia, abriendo la puerta interior del portal al que se dirigen.

Gritando desde fuera, piensa Jon, avivando el paso. *Porque nadie que ponga un pie en este lugar emplearía esa palabra*.

Sigue Antonia al interior. Al final de un corto pasillo recubierto de espejos hay dos puertas, una de cristal y una metálica. Un ascensor y un montacargas.

Jon se pone inmediatamente en guardia.

—Aquí fue donde sucedió —dice.

Antonia aprieta el botón del ascensor, grande, de color blanco, con una luz tenue en su interior. Moderno, no debe tener más de siete u ocho años. El montacargas tiene un botón diferente, pero está esperando abajo.

—Subamos por separado —dice Antonia, abriendo el ascensor, cuando éste llega.

Jon entra en el montacargas —no es que esté gordo— y se fija que el interior es completamente distinto a lo que ha visto en el otro vehículo. Mucho menos lujoso, con el suelo de plástico, sin espejos.

Aprieta el botón del séptimo. Cuando llega arriba, Antonia está esperándole.

—Ha tardado mucho más —dice, enigmática.

Al salir del ascensor no se encuentran con las puertas de las viviendas, sino que éstas están al final de un pasillo largo. Jon camina mirando al suelo.

—¿Te has fijado?

Jon hace un gruñido de asentimiento.

Blázquez les ha dicho que la víctima abrió la puerta antes de que él llegara. Pero él no había llamado al telefonillo. Ni tampoco al timbre.

Supongo que me oiría llegar.

En el suelo hay una alfombra gruesa, de color verde. Las paredes son de madera clara.

Los zapatos italianos de Jon no arrancan ni un sonido de la moqueta.

Y las deportivas de Blázquez harían aún menos.

Hay cuatro puertas. Dos entradas de servicio, dos principales. Las del piso de Raquel Planas Mengual están a la derecha.

El timbre suena bonito. Antiguo. De los de campanilla de bronce, con su delicada pausa en medio. Timbre de postín.

Suena, pero nadie viene.

Jon llama de nuevo, con paciencia la primera vez. Algo menos la segunda. Al cabo de un minuto, se limita a dejar el índice de la mano derecha apoyado. Al cabo de dos minutos, incorpora a la mezcla el puño de la mano derecha. Los vecinos abren la puerta, alarmados, y Antonia les espanta con un volteo de su placa. La puerta se cierra enseguida.

En todos sus años de policía, Jon ha podido comprobar un curioso fenómeno, que se repite con pasmosa regularidad. Lo comentó con sus compañeros, y los fumadores le ofrecieron un símil. El autobús dobla la esquina cuando te enciendes el cigarro en la parada, pensando que tienes tiempo.

De la misma forma, justo en el instante en el que por tu cabeza pasa la idea de que la sospechosa no está en casa y que igual debes tirar la puerta abajo, es cuando se escucha una voz al otro lado de la madera.

—¿Quién es a estas horas?

—Señora Mengual, somos la policía —dice Jon, sosteniendo la identificación frente a la mirilla.

—¿Cómo sé que son de la policía y no ladrones?

—Señora, los ladrones no aporrean la puerta y despiertan a todos los vecinos.

La lógica incontrovertible consigue que la puerta se abra unos centímetros, los que le permite la cadena. Jon va a mostrarle de nuevo la identificación, pero Antonia se le adelanta.

—Soy la alférez Scott, de la Policía Militar —dice, mostrándole una credencial amarilla y verde—. Estoy aquí en calidad de observadora, como una atención a su difunto esposo.

Jon se pregunta cuántas de esas tarjetas llevará Antonia en la mochila. Si las clasificará por colores. Teniendo en cuenta cómo funciona la mente de su compañera, probablemente se sepa de memoria incluso los números de los distintivos, por muy falsos que sean.

—¿Dónde estudió?

—En Toledo. Luego estuve en blindados, en Badajoz.

—Mi marido también.

—Lamento mucho su pérdida, señora.

La puerta se cierra, la cadena se suelta, la puerta se abre.

—Es muy tarde —protesta la mujer.

Alta, enjuta, de ademanes secos. Tendrá unos sesenta y cinco años, pero aparenta ochenta. Lleva puesto un vestido de lunares muy fino, con un botón mal abrochado, observa Jon. Deduce que estaría durmiendo ya, o en la cama, con un camisón o con una bata. Todo este tiempo que ha tardado en abrir es el tiempo que ha tardado en ponerse presentable.

—Lo sabemos, señora. Pero es una emergencia. Cuestión de vida o muerte, se lo aseguro —dice Antonia.

—Pasen, entonces.

El recibidor es un espacio pequeño, en el que sólo hay un velador adornado con fotografías de Raquel y un señor en uniforme de militar. Jon reconoce los galones de teniente coronel. Los marcos son de plata de ley, aún llevan la pegatina con forma de macarrón.

Desde el recibidor, una puerta da a las habitaciones y la cocina. Al asomarse, Jon comienza a comprender lo que dijo Blázquez. El piso es pequeño, pero está muy bien construido. Tanto que no tiene apenas pasillos, ni recovecos.

¿Si él no la mató, si estaban solos en casa, cómo demonios sucedió?

Se vuelve hacia Antonia, que está haciéndose las mismas preguntas, o eso supone. Pero por como de rápido se mueven sus ojos, como se agita su respiración, y como ha regresado el temblor de sus manos, Jon sabe que su cabeza vuelve a ir a toda máquina.

—Supongo que no querrán un té ni un café, con lo tarde que es. —La señora lo pronuncia con educación, pero deja muy claro el tipo de respuesta que espera.

—Dos tazas de té, si es tan amable —pide Antonia, que intenta ganar un tiempo del que no disponen.

La otra puerta da al salón. Es uno de esos salones de los años setenta. Con el parquet pegado, la chimenea de adorno, la mesa de comedor de cristal por si vienen invitados. A juzgar por las marcas de las sillas en el suelo, eso sucede a menudo.

Al otro extremo hay un televisor de tubo, apagado. Un DVD con VHS. Un bargueño antiguo, entre dos sofás. Dominicales sobre la mesa

de café, un periódico que asoma debajo en el que Rajoy aún es presidente. Más indicios de que la vida en esa casa se detuvo hace tiempo.

Mientras la mujer trastea en la cocina, Jon se asoma al pasillo. La habitación de la mujer tiene la puerta entreabierta. La de la hija, cerrada.

Antonia se cuela entre Jon y la pared. Abre la puerta.

Una cama, aún deshecha. Un ordenador. Polvo acumulado sobre las estanterías, el monitor, el teclado.

En el suelo, junto a la entrada, hay una alfombra. Tiene una de las esquinas doblada, la que está en contacto con la puerta. Es un sitio extraño para colocar una alfombra.

Jon no necesita que Antonia la levante para saber lo que oculta. Aquellos puntos del parquet donde la sangre de la hija no ha salido, ni jamás lo hará. Se pueden ver las marcas allá donde un estropajo, o alguna otra herramienta, ha excoriado el barniz, sin lograr nada que no sea hacer más patente la madera ennegrecida, especialmente entre las juntas.

Ni siquiera lijándolo saldría. Habría que arrancarlo entero, piensa Jon.

17

Un salón

Antonia deja caer la esquina de la alfombra, echa un último vistazo y retrocede cuando escucha el silbato de la tetera.

Cuando la mujer entra en el salón, sosteniendo la bandeja, les encuentra a los dos sentados en el sofá. Jon se pone en pie enseguida para ayudarla con la bandeja.

—¿Ya han podido fisgonear a su antojo? —dice la anfitriona.

Las tazas de porcelana con filo de oro tintinean con una musicalidad particular en manos de Jon al escuchar aquello. Deposita la bandeja sobre la mesita con sumo cuidado. El mismo que tienen a partir de ahora, ya que la han puesto sobre aviso.

—Señora Mengual...

La mujer ataja la pobre excusa de Jon justo a tiempo.

—Señora de Planas, inspector. En esta casa se guarda el recuerdo de los que ya no están. ¿Un terrón o dos?

—Ninguno, gracias.

—¿Y usted, alférez?

—Tres, señora. Muchas gracias.

La mujer le sirve los terrones con delicadeza, empleando dos cucharillas contrapeadas.

—Tenía unas tenazas, pero se rompieron hace años. Ha sido imposible encontrar un reemplazo. Incluso llevé una al Corte Inglés de Princesa, a ver si ellos... pero nada.

—¿Limoges? —pregunta Jon, que de estas cosas entiende un rato. No pocas tardes de té con pastas en casas de señoras de pelo cardado se pasó en su infancia, que *amatxo* es muy dada a visitar.

La señora de Planas asiente con la cabeza. Su cardado, teñido de un rojo imposible, se mantiene digno, aunque algo aplastado por el lado

de la almohada. Completamente entendible, dadas las circunstancias.

—Fue un regalo que me hizo mi marido durante nuestra luna de miel. Toulouse, Poitiers, Nantes, París... Fuimos en coche, turnándonos al volante. El viaje más bonito de nuestra vida. Raquel nació al año siguiente, y luego todo fue más difícil, por supuesto.

—¿Tenían mucho trabajo?

—Mi marido era teniente coronel, señora. Con no poca tarea. Durante unos años incluso estuvo destinado en... ya sabe —baja un poco la voz—. En la complicada parte.

Antonia parpadea, extrañada. Jon no necesita de demasiada imaginación para deducir cuál sería «la complicada parte» en los años del plomo para un militar de carrera. Se señala el pecho, y Antonia entiende.

—¿Hace mucho que falleció su marido?

—Once años. En la flor de la vida, alférez. Un día estaba bien, y al otro los pantalones le estaban un poco holgados. Y luego se le caían. Para cuando pudimos hacer algo, el cáncer se lo había comido —dice, alzando las manos y volviendo a dejarlas caer luego sobre el regazo—. Raquel... quedó devastada. Y yo, pues se pueden imaginar. Era mi vida, mi todo. Y luego, ella...

Se echa a llorar. Tan bajito, tan quedo, que apenas se nota. Las lágrimas, simplemente, surgen de ella, al igual que transpira el vino entre las costuras de un odre viejo, tan baqueteado por el sol y los años que ya no es capaz de mantener intacta su forma.

—Disculpen mi reacción —se disculpa ella, extrayendo un Kleenex arrugado del bolsillo lateral del vestido, y enjugándose las lágrimas—. No saben lo que es perder a una hija.

Jon no lo sabe, pero se lo imagina. Su madre, allá en la complicada parte, tiene un hijo policía. Es su única familia. Muchas noches Jon las ha pasado tumbado en la cama. Comiendo techo. Preguntándose qué será de ella si a él le pasa algo. Noches que se hacen eternas cuando el día ha sido de los difíciles. Cuando ha cruzado un túnel lleno de explosivos, le han estrangulado y disparado, por ejemplo. Días de ésos. Las noches que siguen a esos días no terminan, sólo sale el sol hacia la mitad, sin que eso traiga luz alguna. Tan sólo atenúa ligeramente los

bordes filosos y serrados de la pesadilla.

Una pesadilla que se parece mucho a la imagen que Jon tiene frente a él. Una mujer sola, llorando en un piso yermo, rodeada de viejas fotos polvorientas.

—Yo soy madre, señora Mengual.

La mujer alza sus ojos enrojecidos y los cruza con los de Antonia.

—Tan joven —dice, aunque lo que se escucha es un lamento—. ¿Ya le ha roto el corazón?

—Aún no —responde Antonia, aunque detrás de sus ojos también hay imágenes de túneles oscuros y mujeres solas en habitaciones vacías.

—Ya lo hará. Agarre todo lo que pueda mientras tanto.

Hay un silencio, salpicado con los chasquidos del reloj que hay sobre la repisa de la chimenea. Hace ruido, pero las agujas no se mueven, están caídas en la posición de las seis y media. Otro signo más de que el tiempo se ha rendido en esa casa.

—¿A qué han venido?

—Creo que ya lo sabe, señora —dice Antonia, con voz suave.

—No, no lo sé —niega ella, sacudiendo la cabeza, pero bajando los ojos.

—Yo creo que sí lo sabe. Creo que ha estado esperando que llamásemos a su puerta desde hace años. Hemos venido porque usted no dijo la verdad en su momento sobre la muerte de Raquel.

La mujer se inclina hacia delante en la silla.

—¿No pueden dejarnos en paz? ¿No hemos sufrido bastante ya?

Jon mira el reloj. Quedan sólo veintinueve minutos.

—Mintió, y ahora esa mentira está a punto de costarle la vida a otra persona.

Esa revelación demuda el rostro de la mujer.

—No... no puede ser.

—Le garantizo que sí, señora de Planas.

—¡Le digo que no es posible!

—Cuéntenos lo que pasó aquella noche, entonces.

La mujer —cuesta no llamarla anciana, a tenor de su aspecto— se retuerce las manos en el regazo. Tiene la espalda muy recta y las

piernas muy juntas, en escorzo, y se sienta al borde del sofá. La postura francesa, así lo llamaban las damas elegantes en los años sesenta y setenta, sin asomo de ironía.

—Si lo hago, ¿me dejarán en paz?

—No puedo prometérselo. Pero puedo prometerle que, si nos dice la verdad, se sentirá mejor.

La promesa suena tan hueca como la recibe la señora de Planas, que no obstante se incorpora un poco y recita.

Jon conoce muy bien el tono de voz de las víctimas. Sabe cómo relatan la pena. Instantes antes de comenzar, se inducen a sí mismas en una especie de autohipnosis, de adormecedor desapego, plagado de tropezones. No hay nada de eso en la voz de la mujer. A pesar del cansancio y la debilidad, sus palabras discurren por un camino trillado.

—Regresaba de misa de ocho, en Las Comendadoras. Aquí al lado. Subí en el ascensor y vi a Víctor a través del cristal, que cogía el montacargas. No llegué a hablar con él, se metió antes de que yo saliera. Seguí hacia casa. Cuando iba a mitad del pasillo, me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta. Entré, llamando a Raquel, pero no me contestó. Entonces vi su mano, en el pasillo.

—¿Avisó usted a la policía?

—No. No llamé. Fui corriendo a sostener a mi hija. Usted habría hecho lo mismo.

—¿Y después?

Ella se echa un poco hacia atrás.

—Después no recuerdo nada más.

—La ambulancia llegó un par de minutos después. Cuando llegaron la encontraron apretando la herida en el costado de Raquel. Intentaron estabilizarla aquí mismo, y después trasladarla.

La señora asiente, sin mirarles. Su vista está perdida en algún punto de la pared, en línea recta con la habitación de su hija.

Antonia se pone en pie, y le hace una petición muda a su compañero. El inspector Gutiérrez hace un gesto de entendimiento.

—Murió camino del hospital, por la pérdida de sangre —añade, girándose hacia la dueña de la casa.

Ella no responde. Su cabeza ahora sigue el movimiento de Antonia, que ha rodeado el sofá y se dirige al pasillo.

Va a decirle algo. Sus labios se separan.

—Y usted le contó a la policía que Raquel estaba sola cuando usted se fue a misa —continúa Jon, tratando de llamar su atención y ganar tiempo para Antonia—. Le dijo que quería dejar a su novio, que llevaban un tiempo distanciados. Que usted había temido por ella. Y que le había visto cuando subía en el ascensor.

—Sí —afirma la mujer, con un hilo de voz—. Fue exactamente así como pasó.

De nuevo, el silencio, subrayando la mentira. Tan sólo el chasquido uniforme del reloj, troceando el tiempo sin llegar a marcarlo, ofrece una mínima semblanza de vida, en el aire pesado y espeso. Pasa un minuto, pasan dos. Los dedos de la mujer se retuercen en un ángulo extremo, sus nudillos amenazan con asomar a través de la piel translúcida.

—No. No fue así como pasó —dice Antonia, desde el pasillo.

Ciento dieciséis segundos antes

Antonia apenas ha registrado la conversación que tiene lugar a su espalda. Está demasiado ocupada intentando hacer que el mundo vaya más despacio.

Los monos de su cabeza se habían calmado lo suficiente al salir de la cárcel de Soto del Real como para permitirle procesar lo que le había dicho el preso. Pero al entrar en casa de la víctima, los monos le dejan claro a Antonia que tan sólo habían ido un instante a por tabaco.

Tan pronto como ve la habitación de la víctima, pulcra y recogida, su cerebro se empeña en desordenar, manchar, alterar. Se empeña en devolverla a su estado original.

En su cabeza,

(Los monos exigen. Los monos se pelean
por su atención plena, chillando,
sosteniendo cosas en alto)

la jungla se obstina en recobrar el control.

Antonia cierra los ojos y, como tantas veces, recurre a su particular archivo de expresiones para intentar calmarse. Busca en los cajones de su mente, pero lo que encuentra no es una palabra, sino un proverbio.

Kkamagwiga nal ttae baega tteol-eojigo.

En coreano, cuando el cuervo echa a volar, cae una pera. Uno de los *koan* que Mentor le ha enseñado. Acude la expresión, pero no hay explicación alguna. No hay hilazón con la realidad. Tan sólo la repetición, obsesiva y machacona, de la misma frase.

¿*Por qué esto, por qué ahora*?

¿*Qué es lo que no estoy viendo*?

Antonia abre los ojos.

Vuelve su atención al pasillo. En su mente, recrea el momento en el que Víctor da la vuelta por el salón, escucha el gemido en la habitación de Raquel. Da dos pasos. Se encuentra con la víctima en el punto exacto en el que ella está ahora.

Antonia evoca las imágenes de la escena del crimen. No son muy buenas. La alfombra del pasillo es otra, sin duda cambiada. Sin embargo, hay algo. Está manchada de sangre, pero esa sangre no está bien. Hay salpicaduras, pero caen de forma intermitente.

Y la mancha, grande, circular y desagradable del suelo de la habitación, a tan sólo dos pasos. Lejos de donde cayó el cadáver, en mitad del pasillo. Sin patrón de comunicación con…

Cuando el cuervo echa a volar, cae una pera.

Por supuesto, piensa Antonia. ¿*Cómo he estado tan ciega*?

No es fácil saber si la pera ha caído porque el cuervo ha echado a volar, o si el cuervo ha echado a volar porque ha caído la pera.

¿*Qué aprendemos de este* koan*, Antonia*?, insiste Mentor en su cabeza.

Que son nuestras percepciones las que definen lo que creemos ver.

Que correlación no implica causalidad.

Desde el salón, le llegan los últimos retazos de la conversación entre la señora de Planas y el inspector Gutiérrez.

—… usted había temido por ella. Y que le había visto cuando subía en el ascensor.

—Sí —afirma la mujer, con un hilo de voz—. Fue exactamente así como pasó.

—No. No fue así como pasó —dice Antonia .

18

Una falla

No es sencillo concretar el instante exacto en que la señora de Planas se derrumba. Quizás al escuchar a Antonia desde el pasillo, o tal vez cuando la ve regresar con un aplomo distinto, con una luz de certeza en el rostro. Toda la que parece haber desaparecido de la anfitriona, a la que la única fuerza que parece sostenerla en la silla es la de la costumbre.

Antonia se coloca frente a la mujer. Si ambas estuviesen de pie, Antonia quedaría dos cabezas por debajo. Ahora, es ella la que parece de una estatura inmensa, que obliga a la señora a mirar hacia arriba.

—Cuando los agentes de policía le preguntaron, usted nunca dijo que fue Víctor Blázquez. Se limitó a decir que le había visto saliendo de la casa. Cuando era obvio que no había nadie más.

—No mentí —susurra la mujer.

—No, en eso no —asiente Antonia—. Y no hizo falta más, ¿verdad? Un caso de violencia de género, un culpable con antecedentes de malos tratos. Los agentes no le dieron ni media vuelta. Tenían un culpable, y era todo lo que necesitaban.

Antonia retrocede un poco, y señala el mando a distancia sobre la mesa.

—Había indicios, claro. El televisor encendido, por ejemplo.

—En Telecinco, ni más ni menos —interviene Jon.

Una cadena que sólo ponen las personas mayores para tener compañía. No una joven de veintiséis años a la que no le gusta la tele.

—Lo que me desconcertó del todo fue que Raquel abriese la puerta a su novio. Eso era lo que no me cuadraba. Eso significaba que estaba viva cuando él llegó, pálida y nerviosa, pero viva. La propia declaración de Blázquez acabó por condenarle, aunque dijo la verdad

en todo momento.

—Fue él —insiste la mujer. Cada vez peor, y cada vez más rota.

—Pero finalmente comprendí la verdad cuando Víctor me habló de sus zapatos. Siempre son los pequeños detalles los que no cuadran, señora de Planas.

Deja de gustarte y abrevia, cari, que nos quedan catorce minutos, piensa Jon, dando un par de toquecitos en la esfera de su reloj con la uña.

Antonia le mira de reojo, pero ahora tiene bien sujeta la presa en el hocico, y no la va a soltar. Cuando está así, produce auténtico pavor. Jon no puede dejar de pensar en la historia del perro de Mentor y el hueso de jamón.

—No sé de qué está hablando —niega la mujer.

Antonia la ignora.

—Por supuesto, usted no estaba en casa, pero se encontraba cerca. La verdad estuvo delante todo el tiempo. ¿Cómo si no es posible que Víctor viera sus zapatos en el ascensor *antes* de verle la cara, *antes* de que usted abriera la puerta? Muy fácil. Usted no subía en el ascensor. Bajaba del piso de arriba, donde había estado aguardando a que llegara Víctor.

La justicia es verdad en movimiento, piensa Jon. Y esta verdad en concreto se desploma sobre la mujer con el peso de una tonelada de ladrillos. Sus hombros se hunden, sus labios descienden hasta formar un semicírculo sobre su barbilla temblorosa.

—¿Quiere usted hablar ya, o prefiere que termine yo?

La mujer no responde. Jon cree que es físicamente incapaz. La fuerza que sea necesario aplicar hasta arrancar completamente la venda recae sobre Antonia.

—Raquel regresó aquella tarde a casa, y le pidió ayuda. Una ayuda muy concreta. Le dijo que Víctor iba a llegar enseguida, y que usted debía esperar cerca, y entrar cuando ya estuviesen los dos juntos en casa. Necesitaba un testigo. Pero ¿qué clase de testigo?

No me jodas en el suelo, piensa Jon, que de pronto lo comprende todo.

—Usted subió al piso de arriba, y esperó. Su hija mandó un mensaje, y aguardó junto a la puerta. Raquel estaba muy pálida

cuando abrió la puerta a su novio. Él creía que estaba yendo a un encuentro de reconciliación, cuando en realidad acudía a una encerrona. Ella le esperaba, vestida con una gabardina. Víctor entró al salón, y ella fue a su habitación. Entonces se quitó la gabardina, y al hacerlo, soltó un quejido de dolor que llamó la atención de Víctor.

—La sangre de la habitación… —dice Jon.

Antonia asiente.

—Al quitarse la gabardina, la sangre que había acumulada en su herida y en lo que hubiese usado para taponarla, salió en tromba y cayó al parquet con una enorme salpicadura.

Igual que cuando cruzas los brazos en la ducha y los separas. El agua se acumula, y después cae, con un chapoteo.

—Porque Raquel no fue apuñalada en esta casa, señora de Planas. Su asesino la hirió, no lejos de aquí. Alguien a quien ella conocía, alguien a quien estaba protegiendo. Y ella tuvo la presencia de ánimo suficiente como para taponar la herida, ponerse la gabardina, y volver a casa para incriminar a su novio.

—No fue así…

—Raquel probablemente creería que tenían tiempo. Que llamando a la ambulancia, llegarían a tiempo para atenderla. Pero no contó con lo que pasaría al quitarse la gabardina.

Antonia se lleva las manos al abdomen, las separa, abre mucho los dedos. Jon casi puede ver la incisión, la sangre saliendo de golpe. Ella continúa hablando, más para sí misma, para seguir comprendiendo. Hay un aire feroz —incluso gozoso— en sus palabras, a medida que encuentra y redibuja la verdad de lo sucedido.

—¿Qué era lo que tapaba la herida? ¿Un pañuelo? ¿Una toalla? Sé que la gabardina no era suya porque era demasiado grande, así que sólo podía ser de su asesino. Pero… la toalla, el pañuelo, lo que fuera… eso tuvo que ir a alguna parte. En el caos de la ambulancia y la policía, lo hizo usted desaparecer, ¿verdad?

La mujer no contesta. Pero no quita los ojos de Antonia. En su mirada hay miedo y odio a partes iguales.

19

Un abrazo

Antonia sonríe, por dentro. Sabe que ha ganado.

Pero también que esa victoria es el final del camino, y es insuficiente. Le hace un gesto a su compañero, que Jon descifra enseguida. Ella ha llegado hasta aquí, pero ya no puede apretar más. Ahora es su turno.

Jon se acerca a la señora, se arrodilla, y le toma las manos, huesudas y largas, que desaparecen entre las suyas.

—Víctor no le gustaba demasiado, ¿verdad? No era lo bastante bueno para su hija.

Silencio.

—Raquel le pidió algo y usted hizo lo único que podía hacer. Ayudarla —continúa Jon, con voz suave y tranquilizadora—. Ayudó a su propia hija a proteger a su asesino.

La mujer le aprieta las manos. Es toda la aquiescencia de la que es capaz, después de años protegiendo la mentira de su hija, la última petición que le había hecho. Aunque fuera injusta e incorrecta, a ella se había atenido.

Pero esa exigua confesión a ellos no les basta.

El tiempo se agota. Y siguen sin tener lo único que necesitan.

El *quién*.

Pero antes del quién…

—¿Por qué lo hizo?

—Porque él le hizo daño. Quizás no la mató, pero la arrojó en brazos de quien lo hizo. Y la dejó sola, inspector. Sola.

Hay un atisbo de comprensión en la mirada de Jon. No justificación, pero sí comprensión. La suficiente. Va con el oficio, al fin y al cabo. Parte de ser policía consiste en encontrar comprensión para todo —

incluso, con suerte, para ti mismo—. Te permite dar por buenos los actos del sospechoso, ganarte su confianza para que siga hablando. Te permite hacer afirmaciones como la siguiente, intuyendo que son ciertas, porque van a precipitar la respuesta adecuada.

—Engañó a su hija.

—Con una clienta del gimnasio. Raquel se enteró y cortó con él.

—Y empezó a verse con otra persona.

La mujer asiente, despacio.

—Necesitamos saber su nombre.

—Raquel estaba enamorada de él. Eso es todo lo que sé.

—Esa persona fue quien apuñaló a su hija.

—Raquel dijo que había sido un accidente. Que no había tenido más remedio.

El inspector Gutiérrez sabe cosas que Jon rechaza. Sabe que, en algún punto del alma de un ser humano, pueden gestarse palabras como las trece que acaba de escuchar.

Creyéndoselas.

Va con el oficio, también. Asumir que existen recovecos, dobleces, energías dentro del entendimiento de las personas que les permiten unir proposiciones antagónicas dentro de sentencias afirmativas. «Te quiero tanto que si no estás conmigo te mato» y «Ha sido un accidente, no ha tenido más remedio», brotan del mismo lugar. De esa falla entre dos placas tectónicas sobre la que los humanos urbanizamos nuestras certezas. A esos edificios los llamamos amor, familia, amistad. Qué hace una persona cuando las placas se mueven en direcciones opuestas, eso… Nadie lo sabe antes, ni es quién para juzgar con demasiada dureza después.

Puta empatía de los cojones, piensa Jon, un poco por zanjar.

—Señora, no podemos retrasarnos más. Hay una vida en juego, y nuestro tiempo se acaba —dice Antonia. Su voz se ha vuelto de acero—. Necesitamos que nos dé el nombre. Ya.

—No lo sé —repite la mujer, sacudiendo la cabeza—. No lo sé.

Antonia comprueba el reloj.

Ocho minutos.

Empieza a dar muestras de nerviosismo —parecidas a las de los

humanos—, y da vueltas alrededor del salón, con los brazos en jarras. Repasando en su mente qué es lo que tienen.

De pronto, se detiene a mitad de vuelta.

Ha recordado algo importante.

Algo que no tienen.

—El móvil. Nunca encontraron el móvil de Raquel. La policía creyó que se lo había llevado Víctor. Pero no fue él, ¿verdad? Ella se lo dio a usted, y fue usted quien le pidió que subiera. Quien escribió el WhatsApp.

—Quiero que se vayan de mi casa —dice la mujer, soltándose de las manos de Jon, y poniéndose en pie—. Voy a llamar a mi abogado.

—Buena idea, señora —dice Jon.

Y luego, en una muestra de astucia callejera, añade:

—Puede usar el móvil de su hija.

Que es el truco más viejo del mundo, mencionar lo escondido para luego aguardar a que los ojos del sospechoso graviten, inevitablemente, hacia ello. No hay camello que no se lo sepa, así que Jon optaba por ir hacia el lugar en donde *no* miraban.

Para desgracia de la señora de Planas, ella nunca ha pasado drogas. Ni tiene el culo pelado y con moscas de cualquier camello con sede en el parque de doña Casilda.

Sólo desvía su mirada de odio durante un instante de los ojos de Antonia.

No hace falta más.

Antonia sigue la dirección del error (la bisectriz entre su cuerpo y el de Jon) hasta el mueble que está justo a su espalda.

El bargueño.

Si hay un elemento que caracterice a las clases pudientes de Madrid —o a los que pretendían aparentar serlo— de los últimos cuatro siglos, ése es el bargueño. Un mueble de madera, repleto de cajones, y apoyado sobre cuatro patas independientes. Su propósito original era el de almacenar legajos, archivos y toda clase de papeles que documentaban la hacienda de la familia. Se fabricaban en materiales nobles. Ébano, caoba, limoncillo. Engastados en carey, en hueso, en marfil. Los más antiguos pueden alcanzar cifras millonarias en las

subastas, para desgracia de los sobrinos que heredan. Ignorantes, tiran a la basura «aquel espanto» para poner en su lugar una práctica estantería de Ikea, serie Kallax, 69 euros, puertas aparte.

Antonia no tiene ni idea si el bargueño es original del XVII o una réplica barata, propia de los trepas de principios del XX. Ni tiene ojo para reconocer la diferencia, ni le importa gran cosa.

Lo que a ella le interesa es el propósito oculto del bargueño. Uno que se ha perdido en la era en la que el dinero se almacena en pequeños bits de información, pero que era relevante cuando se acuñaba en piezas de metales preciosos.

Comienza a sacar los cajones del mueble, uno a uno, y a depositarlos en el suelo. Ignora su contenido: viejos sobres de cerillas, pequeños álbumes de fotos, una colección de postales. Una carpeta con la declaración de la renta de 1998.

—Oiga, ¡¿qué hace?! —dice la señora, alzando la voz.

Demasiado tarde. Antonia encuentra lo que buscaba al sacar el cajón inferior de la derecha. Los laterales del interior del mueble parecen, desde fuera, tener la misma profundidad. Pero una inspección cuidadosa revela que es unos centímetros más corta en el lado izquierdo.

Antonia introduce los dedos en ese espacio, y palpa una protuberancia, hecha de cuerda. Al tirar de ella, se desliza hacia fuera un cajón de unos cuatro centímetros de fondo por veinte de largo. Un espacio ideal para guardar en él cosas valiosas. Un saco de monedas de oro, un fajo de billetes…

Un móvil con funda de Hello Kitty.

Antonia sostiene el teléfono en alto. Un Samsung Galaxy, modelo de hace varios años. No hay demasiadas dudas de a quién pertenece.

Ha sido cuidadosamente limpiado con un paño, pero aun así aún tiene una mancha cobriza y reseca en el botón frontal.

—Sin batería —dice Antonia, presionando el botón de encendido.

—Hay cables en el coche —dice Jon—. Vámonos rápido.

—No puede llevárselo —dice la señora, con la voz ahogada por la súplica. Se ha puesto entre ellos y la puerta—. Ahí están todas sus fotos.

Jon contiene un ramalazo de lástima. Piensa en cuántas veces habrá abierto la mujer el teléfono —a altas horas de la madrugada, con todas las persianas bajadas y doble vuelta de llave en la puerta—, para contemplar esas imágenes. Probablemente sin saber cómo extraerlas del teléfono, ni nadie a quien pedírselo.

—Se lo devolveremos pronto, señora.

Antonia la esquiva y se dirige a la puerta, pero Jon no la sigue inmediatamente. Piensa en *amatxo,* vete a saber dónde está, y en cómo esa mujer la representa a ella, como un aciago fantasma de las Navidades futuras. Decide emplear unos valiosos segundos en detenerse junto a la mujer, y abrazarla. Al hacerlo, nota lo cerca que están los huesos bajo la carne escasa y fofa. Ella no le devuelve el abrazo —una vida de orgullo no permite frivolidades en su recta final—, pero Jon siente cómo su cuerpo absorbe el abrazo, lo recibe y lo acepta.

Le susurra algo al oído, unas palabras de consuelo, que sólo ella escucha.

Y luego trota, detrás de Antonia.

20

Un móvil

—Seis minutos —dice Jon, mirando el reloj.

—Tranquilízate. No ganamos nada poniéndonos nerviosos —responde Antonia, apretando el botón de la planta baja unas quince veces.

El ascensor es rápido. Pero la cabeza de Antonia lo es más. Ya ha planificado cómo va a acceder a la información del teléfono, en el caso de que esté protegido por contraseña.

—Lo cargamos con el cable del coche. Hacemos una conexión puente con mi iPad, y usamos Heimdal para saltar la protección. Podremos ver los últimos mensajes de Raquel.

—Te das cuenta de que estás hablando en plural, ¿no?

—Claro, cuando me refiero al equipo, siempre hablo en segunda persona del plural.

Completamente a prueba de sarcasmo, piensa Jon. Aprieta también el botón del bajo, a ver si consigue que el ascensor vaya más rápido.

—¿Tienes idea de cómo vamos a contarle a White que hemos resuelto el crimen?

—Llamará —dice Antonia.

El *supongo*, lo omite. Es una palabra tan tabú en el vocabulario de Antonia Scott como *esfera* para un terraplanista.

—Todo saldrá bien —añade, con una sonrisa.

Es una de las buenas. De las que hacen que un hoyuelo se le forme en cada lado de la boca, dibujando un triángulo perfecto con el que le parte la barbilla. De las que últimamente regala pocas.

Jon se la pierde, por desgracia. Y mira que le gustan las sonrisas de Antonia, con sus diez mil vatios de potencia, su capacidad de iluminar por completo la estancia.

Jon se la pierde, porque está muy ocupado salvándole la vida.

Esto es lo que ocurre en un segundo y once centésimas:

A 900 m/s, la primera ráfaga de balas no encuentra rival en la puerta del ascensor, y la destroza antes de que llegue a tocar el suelo. La cabina de cristal y la puerta exterior forman un escudo capaz de ralentizar o de desviar las balas, y eso el tirador lo sabe muy bien. Por eso, la primera andanada es muy corta, una leve presión sobre el gatillo del rifle de asalto, que envía un total de cinco proyectiles.

Los dos primeros destrozan la puerta mientras se abre, convirtiéndola en añicos. Los dos siguientes se estrellan en el marco. Al impactar contra el acero, ambos se aplastan y la fuerza del impacto los desvía, casi sin potencia de penetración, hacia el lateral del hueco del ascensor.

El quinto abre un hueco en la puerta por el que cabría holgado un velador de cafetería, antes de pasar por encima de la cabeza de Antonia Scott y hundirse, formando una enorme telaraña, en el cristal del otro lado.

La distancia que ha impedido que la persona más inteligente del planeta pierda el órgano que la convierte en eso, ha sido de tan sólo tres centímetros.

Esos tres centímetros, Antonia no se los debe a la fuerza de la casualidad, sino a la fuerza de Jon Gutiérrez. Que, décimas de segundo antes de que el ascensor alcanzase la planta baja, ha visto una figura oscura reflejada en el espejo del pasillo, sosteniendo un arma de gran calibre.

Instintivamente, Jon ha tirado de la chaqueta de su compañera sin contemplaciones, para ponerla detrás de él y protegerla con su cuerpo. El ángulo no era el más apropiado, con lo que Antonia esquiva la bala, que pasa por encima de ella, pero se da directamente de morros contra el apoyamanos del ascensor. El golpe no llega a romperle la nariz (por poco) ni los incisivos superiores (por menos aún), pero es suficiente como para que un surtidor de sangre le inunde la boca.

Para entonces, el estampido de la primera detonación les alcanza, pero no le prestan demasiada atención. Antonia porque está

retorciéndose de dolor (cualquiera que alguna vez haya recibido un golpe en la zona del bigote entenderá por qué), y Jon porque está atareado sacando de la funda su pistola reglamentaria con una mano, mientras intenta meter a Antonia detrás de él con la otra.

Y así concluye el segundo y once centésimas, y empieza la pesadilla.

—¡Detrás de mí! —grita Jon, cuando ve que Antonia se revuelve.

Jon intenta aplastarse contra la pared del ascensor, lo cual no es nada sencillo. Apenas hay medio metro de cabina tras el que refugiarse, y el ángulo con respecto al tirador no es el idóneo.

Cuando no tengas con qué parapetarte, hazlo detrás de una bala, recuerda Jon, de su etapa en la academia. Un consejo estupendo cuando estás sentado en clase razonando sobre una exposición táctica. No tan bueno cuando estás cagado de miedo, y encogiendo el estómago para que no asome por el borde de tu cobertura.

Jon estira un poco el brazo y dispara, a tontas y a locas, por el hueco de la puerta. Tres balas que no sirven más que para que el tirador identifique mejor su posición y el ángulo de disparo.

El pasillo no es recto, antes de llegar al portal hace un pequeño recoveco, detrás del que se ha colocado su atacante. En la pared contraria están los espejos, que son lo que ha salvado la vida de Antonia, al menos hasta ahora.

Hay que recalcar el *hasta ahora*, porque Antonia parece decidida a morir. Al menos, por todo lo que se revuelve.

—Suéltame —grita, aunque con el charco de sangre que tiene en la boca suena más bien *fuezameh*.

Una nueva ráfaga entra por el agujero. Jon no ha escuchado el *clic*, pero sabe que su agresor ha cambiado del modo automático al manual. Los balazos —tres, esta vez— son consecutivos, pero hay una pausa entre ellos. Una premeditación.

Esta clase de finuras, claro, Jon no las piensa. Las siente en la piel, sin pasar por caja. Es el resultado de dos décadas de entrenamiento, que no han concluido al entrar a formar parte del proyecto Reina Roja. Una vez por semana, el cuádruple que antes. Pero hay aún márgenes que el entrenamiento no cubre, y es cuando uno tiene que

confiar en sus instintos.

Las balas impactan en la esquina del ascensor, a corta distancia, cubriendo a Antonia y a él de fragmentos de cristal. Tan pronto se extingue el eco de la tercera, Jon se asoma —sólo un poco— y devuelve los disparos. Otros tres. Esta vez, apuntando, y dando en la esquina tras la que se esconde el tirador. Arranca pedazos enormes del revoco, sin llegar a hacer demasiado destrozo en el hormigón, pero ganando unos preciosos segundos.

Le sería más fácil apuntar si no tuviera que estar sujetando a Antonia.

—¿Quieres estarte quieta? —dice, apretándola con todas sus fuerzas contra la pared del ascensor.

Antonia aspira, traga sangre y consigue hacerse entender a través del dolor, de la adrenalina y del miedo.

—El móvil —dice.

Jon mira al suelo y se le hiela la sangre. Comprende ahora por qué su compañera intenta revolverse y escapar.

Con la primera ráfaga, Antonia ha dejado caer al suelo el móvil de Raquel Planas.

Toda la esperanza que tienen de resolver el caso antes de que concluya el tiempo —que Jon intuye que tiene que ser muy poco— yace ahora en un revoltijo de cristales y esquirlas de metal, a un metro de sus pies.

¿Por qué nunca, nunca puede ser fácil?, se pregunta Jon.

—Estate quieta —ordena de nuevo.

—Tengo que cogerlo.

Jon dispara, una vez. Su disparo es seguido por una respuesta casi inmediata del tirador.

Cuatro disparos, en rápida sucesión, justo cuando ella intentaba estirar el brazo por debajo del agarre de Jon. Una lluvia de chispas les cubre, cuando uno de los balazos destroza el sistema de luces del techo. Antonia suelta un grito de dolor, y encoge el brazo.

A lo lejos se escucha una sirena de policía, y Jon se da cuenta de que tienen un reloj en contra, pero también otro a favor. Al menos si consigue que Antonia se esté lo suficientemente quieta como para que

él contenga al tirador.

—Puedo alcanzarlo. Sólo un poco más.

—Antonia… déjalo —dice Jon.

Ella le mira, y ve en sus ojos algo que no había visto nunca antes. O quizás sí, pero que no había sabido reconocer. Una demanda de confianza, de la misma moneda que él ha ido depositando en su cuenta durante tantos meses juntos.

Antonia cierra los ojos y deja de pelear.

Jon asiente, con una sonrisa perversa.

A lo mejor me muero, pero antes me llevo por delante a este cabrón, piensa.

Demasiado largo para un grito de guerra, así que no emite más que un sonido gutural, profundo y áspero, cuando asoma medio cuerpo por el borde del ascensor y vacía el cargador —las cinco balas que le quedan— contra la posición del tirador, justo en el momento en el que éste asomaba a su vez. El otro encoge el cuerpo y devuelve el fuego sin mirar, pero las sirenas están cada vez más cerca.

Jon, que se ha retirado para recargar la pistola y tomar aire, espera pacientemente una respuesta del tirador, pero no hay ninguna. No escucha nada, tampoco. Tan sólo las voces de los policías, al otro lado del patio de luces del edificio.

Duda por un instante si asomarse para ver qué ocurre, pero no tiene tiempo de decidirse, porque justo en ese momento suceden tres cosas al mismo tiempo.

Uno, el tono de llamada de Antonia comienza a sonar, pero Antonia no atiende porque Dos, está agachada, en el suelo, intentando alcanzar el móvil de Raquel Planas, cubierto de fragmentos de cristal. Cuando lo alza, vuelve a Jon una mirada de desesperación. Un balazo ha alcanzado el teléfono de lleno, de forma que una de las mitades del móvil se le queda entre los dedos, y la otra cuelga, unida tan sólo por un cable medio desgarrado. Pero lo más aterrador no es eso, sino que Tres, Jon comienza a escuchar unos pitidos muy cerca de su oreja, y una desagradable vibración bajo la piel, que reverbera en las vértebras y hace que le castañeteen los dientes.

El tiempo se ha acabado.

White acaba de activar la bomba que Jon lleva en el cuello.

21

Un pitido

No. No. No.

Antonia mira a Jon, aún de rodillas, sosteniendo todavía los restos del móvil de Raquel Planas entre los dedos cubiertos de sangre. La mitad que cuelga acaba de caerse con un chasquido, arrancando un crujido de los cristales rotos.

En el techo, la luz del ascensor va y viene, arrancando espectrales destellos de la piel sudorosa del inspector Gutiérrez, que está pálido como vampiro en cuarentena.

—Antonia...

Ella le mira, intentando pensar. Lo cual no es sencillo, entre el teléfono, que no para de sonar, y los pitidos, cuya frecuencia ha ido aumentando de intensidad.

—Cálmate. Lo único que tengo que hacer es...

No llega a acabar la frase, porque la interrumpen los gritos.

—¡Manos arriba, Policía Nacional!

Antonia aún está de rodillas, cuando un agente de uniforme asoma por el pasillo, pisoteando los casquillos que ha dejado el tirador antes de huir.

Jon está de pie, con la pistola en la mano, de espaldas al policía.

Congelado.

—¡No voy a repetirlo! —grita el policía, antes de repetir— ¡Manos arriba!

—Jon —dice Antonia, levantando las manos.

Jon no responde. El miedo le agarrota los músculos, a medida que el ritmo de los pitidos en el cuello se incrementa. Su cara está tensa, tiene la mandíbula apretada. Lo único que se mueve es el miedo en sus ojos, titilando como diamantes bajo un foco.

Antonia se vuelve hacia el policía. Lo que ve no le gusta.

Novato. Miedoso. Con el dedo en el gatillo. Malísima combinación.

—Agente, somos los inspectores Scott y Gutiérrez, de la Policía Nacional. Números de placa 27451 y 19323 —dice Antonia.

—Primero tire el arma y luego me enseña la placa —responde el agente, sin dejar de apuntar.

—Puedo enseñarle yo...

—¡No baje las manos!

—Agente, estamos en una situación con explosivos. Retroceda ahora mismo tres metros, y establezca un perímetro.

—¡Que tire el arma!

—Agente —dice Antonia. Duda de cómo dotar a su voz de autoridad, y finalmente decide seguir los consejos del mejor—, me está usted tocando el coño. Como no obedezca ahora mismo, mañana va a estar haciendo controles en Albacete. ¿Estamos?

Antonia debe haber acertado con la frecuencia correcta, porque el policía parece reaccionar. Apunta el arma hacia el techo y retrocede un poco, al tiempo que se pone a hablar por la radio.

El teléfono vuelve a sonar.

Antonia se lleva la mano al bolsillo.

Descuelga.

—Los plazos son para cumplirlos —dice White. Su voz, metálica y desagradable, está llena de ira.

—Hubiese sido más fácil si no hubiese enviado un sicario a matarnos.

Hay un silencio tenso al otro lado de la línea. Con una nota de desconcierto.

—Me temo que no la sigo, señora Scott.

—Caucásico, alto, pasamontañas. Vestido con vaqueros y chaqueta de cuero negra. Llevaba un fusil de asalto Colt Canadian. El modelo C7 o C8 Carbine, no he podido verlo bien, estaba oscuro y nos estaba disparando. Antes de que concluyese el plazo, por cierto. ¿Tiene usted a alguien así entre su personal?

Un nuevo silencio. Más largo y más tenso.

—No. En este momento no. Aunque debo decir que no descartaba su

aparición.

—¿Un antiguo empleado descontento?

—Nada de eso. Pero me temo que no juega en nuestro equipo.

—Usted y yo no estamos en el mismo equipo, señor White.

—Eso piensa, ¿eh? Bueno, ya irá cambiando de opinión. Sigo necesitando una respuesta a su primer encargo.

—A Raquel Planas no la mató su novio.

—Fácil. Eso lo averiguó hace horas. Probablemente desde que vio el informe de la policía, ¿verdad?

—Tenía mis sospechas —admite Antonia.

Nota que White está apelando a su ego, y nota también cómo está reaccionando, a su pesar. Pero no puede permitirse errores. Puede oler la trampa, así que sigue hablando.

—La víctima tenía una relación con una tercera persona, alguien a quien conoció durante el final de su relación con Víctor Blázquez.

—El nombre.

—Alguien de quien se había enamorado y que la apuñaló por un motivo desconocido —continúa Antonia cada vez más deprisa—. Convenció a su madre para que la ayudara a encubrir al autor del ataque.

—El nombre —repite White.

—Pero todo salió mal, la herida era más grave de lo que pensaba...

—Deduzco que no ha averiguado el nombre.

Los pitidos en el cuello de Jon incrementan la velocidad, aún más, hasta formar uno solo, continuo y mortal.

—¡No es justo, maldito cabrón! —grita ella.

—No. No lo es.

Antonia hace un esfuerzo por no sucumbir —a las lágrimas o a la rabia—, y agarra la mano izquierda de Jon. La izquierda. La que no sostiene el arma a la que el inspector Gutiérrez decide aferrarse, en un último gesto de dignidad ante lo inevitable. El esfuerzo de Antonia, sin embargo, no es suficiente.

—¿Es eso llanto? —dice White, tras un silencio.

—Bien sabe que sí —contesta ella.

—¿Tan importante es para usted el inspector Gutiérrez? ¿O es sólo

que llora porque ha fracasado? Piense muy bien antes de responder.

Antonia se pregunta cuál de las dos opciones es correcta. Sabe bien cómo debería sentirse, qué sería lo correcto. Pero no es eso lo que contesta. No sabe muy bien cómo debe sentirse, así que busca dentro de su prodigioso palacio de la memoria, hasta encontrar la palabra correcta.

Fa'atanmaile.

En samoano, la mirada del perro en el espejo. El sentimiento que tienes cuando peleas contra la percepción de ti misma, porque no eres capaz de reconocerla como propia.

Respira hondo, y contesta.

—Ambas.

White parece ponderar la verdad de sus palabras durante segundos interminables.

—La creo —dice al fin—. Así que he decidido que voy a pausar el castigo.

Antonia se pregunta, por un instante, si ha escuchado bien.

—¿Por qué?

Más silencio. Y luego:

—Mis razones sólo son mías. Ahora vayan a descansar. Recibirán el siguiente encargo muy pronto.

—Se lo agradezco —dice ella.

Estúpidamente, se da cuenta nada más pronunciarlo. Es un reflejo de educación, un vestigio de modales civilizados —o de síndrome de Estocolmo— que no tiene cabida en una situación a vida o muerte como ésa.

White suelta una carcajada, breve, seca, sin pizca de humor.

—No lo haga. Sigue teniendo que pagar el precio del fracaso. Pero ahora lo hará a plazos. Y con intereses.

Cuelga.

El pitido se interrumpe, de golpe.

Antonia y Jon se miran. Los dos tienen lágrimas en los ojos.

Ambos se dan la vuelta, para no verlas.

TERCERA PARTE

SANDRA

Concebir un pensamiento,
un solo y único pensamiento,
pero que hiciese pedazos el universo.

E. M. CIORAN



1

Un colchón

Son casi las tres de la mañana del día siguiente, y Jon sigue dando vueltas en la cama.

No está del todo despierto, tampoco dormido. Es vagamente consciente del calor y del peso de su cuerpo sobre el colchón, de ultimísima tecnología. Mucho mejor que el que tiene en su piso. En calzoncillos, con el edredón hecho un guiñapo a los pies, logra encontrar una postura una hora después de meterse en la cama, y se deja llevar por el sopor. Pero no logra dormirse del todo.

En parte, porque se despertó a las tres de la tarde, tras nueve horas de sueño. Levantarse a destiempo y volver a dormir enseguida no es lo suyo.

En parte, porque no paran de venir a su cabeza las imágenes de lo ocurrido en las últimas horas.

La cárcel.

La mujer.

El ascensor.

El pitido, que aún no ha acabado de extinguirse en sus oídos.

Y lo que sucedió después.

Había habido muchas explicaciones.

Demasiadas.

Primero, las que tuvieron que darle a la policía sobre el tiroteo. Las justas, pero bastante tensas. Las autoridades competentes se muestran extraordinariamente curiosas cuando se produce un intercambio de disparos con armas de alta potencia en un edificio repleto de militares. Incluso aunque nueve de cada diez estén retirados, y el resto

recibiendo amenazantes folletos del IMSERSO, con títulos como «Tu tiempo se acaba», «Bienvenidos a la sala de espera de Dios». *Bueno, quizás no con esos títulos, pero parecidos*, piensa Jon, que teme a la vejez más que a los disparos.

Pero menos que a las bombas.

Haber pronunciado la palabra «explosivos» en un edificio lleno de militares tampoco ayudó a disminuir la curiosidad de la policía. Se habían presentado unos cuantos TEDAX, con menos imaginación que el señor White. Buscaron en todas partes menos debajo de la piel del inspector Gutiérrez, que, mientras tanto, esperaba envuelto en una manta y con un café razonablemente bueno en las manos. Mirando al infinito, o a su parte proporcional más cercana, que resultó ser un parterre en el patio central, cubierto de hortensias y glicinias. Estaban floreciendo, como suelen hacer a finales del invierno.

Jon se quedó allí, en una esquina, sin hablar, mientras a su alrededor la noche deliraba como un pájaro en llamas.

Al guardia de seguridad de la entrada lo atendían los sanitarios por el golpe en la cabeza que le había dado el intruso, dejándolo fuera de juego. Una docena de técnicos corrían como pollos sin cabeza, varios inspectores cabreados revoloteaban. Y Jon, mientras, dejando que Antonia se ocupase de las relaciones públicas. Nunca una buena idea, en circunstancias normales.

O en ninguna circunstancia.

Jon prestó poca atención a la conversación. O más bien es que le llegaba a través de un velo, como cuando estás sumergido en la bañera y alguien grita desde la habitación contigua. Asistió a los retazos que le llegaban con desapego, con esa indiferencia que te regala el universo cuando has sentido la muerte. No llamando a la puerta de tu casa, sino *okupándola*, empadronándose, cambiando las cerraduras y tirándote besos desde la ventana.

Hubo alguna palabra más alta que otra, miradas de extrañeza, y también algún comentario en voz baja —pero no lo suficiente— de «quién es esta gilipollas».

Luego llegó Mentor —y con él las llamadas de teléfono de gente importante—, y las preguntas desaparecieron. Con más reticencia que

de costumbre, dado el lugar, la situación, y la cantidad de jubilados acostumbrados a mandar regimientos que daban instrucciones contradictorias asomados en pijama a las terrazas.

Finalmente, Mentor se acercó a él. Torció un poco el gesto al ver el estado en el que Jon se hallaba, y probablemente también al encontrarse lo bastante cerca como para olerle. Al inspector Gutiérrez le rodeaba una nube de sudor y adrenalina quemada. Dos olores nada agradables.

Al menos, Antonia nunca se quejaría de eso, pensó Jon, dándose cuenta de que su trabajo no estaba exento de ventajas.

Hubo más explicaciones. Más breves, más auténticas. Antonia y Jon le acompañaron en el coche al cuartel de Reina Roja, se metieron bajo la ducha y se retiraron cada uno a una habitación. Hay un módulo especial con cuartos minúsculos donde poder dormir. No es que pudieras agitar a un gato sosteniéndole por la cola dentro de ellos, pero le había servido a Jon para descansar —con la ayuda de una inyección suministrada muy atentamente por la doctora Aguado, además de los antibióticos.

Se despertaron pasada la hora de comer.

Hubo una reunión.

Se intercambiaron algunas palabras.

Se dieron cuenta de lo jodidos que estaban.

—Resumiendo —dijo Mentor, tras un largo y hosco silencio—. No tenemos la identidad del asesino de Raquel Planas, porque el teléfono estaba destrozado. ¿Algo en la nube?

Aguado negó con la cabeza.

—No tenemos tampoco ni la más remota pista de por qué White os mandó a esclarecer este crimen —siguió Mentor.

Antonia negó con la cabeza.

—Hemos descartado por completo la posibilidad de que White esté relacionado con Víctor Blázquez —dijo Mentor—. Que es, por ahora, el único beneficiario de nuestros esfuerzos.

Jon negó con la cabeza.

Y fue al que más le costó.

Después de la confesión de la señora de Planas, ellos estaban obligados a actuar para cambiar la situación de Blázquez. Probablemente con una llamada a los inspectores que se encargaron del caso, en su día. Esto tendría un doble efecto. El primero, recordarles que habían llevado la investigación mal, basándose en prejuicios, y colocando a un inocente en la cárcel. El segundo, darles la oportunidad de enmendar su error, ya que serían ellos mismos quienes presentaran ante la Fiscalía sus nuevas «conclusiones». Lo cual causará vergüenza a muchos, agitación a muchos más, y, casi seguro, una condena de cárcel para la señora de Planas. De dos años justos, para que no pasase ni un día en prisión. Ya que cualquier condena de dos años o menos, en España no se cumple.

Cierto, se habían enfrentado a un caso frío, de casi cuatro años de antigüedad. Algo que, en el mejor de los casos requería meses, un equipo enorme, recursos. Y que, en el peor, era imposible.

Ellos dos lo habían resuelto en seis horas.

Aun así...

No se sentía como una victoria en absoluto.

La justicia es verdad en movimiento, pensó Jon. *Y también el único juego donde todo el mundo pierde*.

—Y, no sólo eso —añadió Mentor—, sino que, además, ha aparecido una tercera parte en esta historia. Un tirador misterioso, con experiencia en armas de fuego, y que lleva un rifle de asalto pesado. Del que no conocemos ni su identidad, ni sus motivaciones, ni su relación con White, ni por qué quería borraros del mapa. Y del que sólo tenemos una descripción genérica.

—También tenemos las imágenes grabadas con los móviles desde las terrazas —apuntó Jon, siempre deseoso de ayudar.

—Cierto, cierto. Seis vídeos grabados por septuagenarios, que, dada la calidad de los teléfonos, las condiciones lumínicas y el pulso de los abuelos, nos han dado como resultado un maravilloso borrón —dijo Mentor, señalando a la pantalla de la sala de reuniones, donde se veía, efectivamente, un borrón.

—¿Tienen ustedes alguna novedad por aquí? —pregunta Jon.

—Absolutamente ninguna —responde Mentor, muy alto y muy deprisa, mirando a la doctora Aguado, que no abre la boca—. Seguimos sin tener ningún hilo del que tirar. Lo que nos deja, de nuevo, a merced de lo que White quiera ordenarnos. Y, como única estrategia, esperar.

—Once de cada doce veces es lo mejor que puede hacerse —dice Antonia, intentando que suene creíble una estadística que se ha sacado, evidentemente, del culo.

—Entonces, sospechosos cero, identificaciones cero, pistas cero. Está bien el resumen, ¿o me he perdido algo?

Antonia, Jon y la forense asintieron con la cabeza.

—Resumiendo aún más, que estamos bastante jodidos —concluyó Mentor.

Jon le había dado la razón entonces, y se la da ahora.

En el cuartel han procurado que las habitaciones, aunque escuetas —más bien camarotes, en ese lago de cemento que es la nave—, estén bien acondicionadas. El colchón, por ejemplo. Látex y viscoelástico, de los caros, igual que la almohada que le sostiene el cuello. De esas que se adaptan perfectamente a la forma de tu anatomía, reaccionando a tu peso y a tu calor corporal. Ajustándose a cada recoveco y a cada curva. Jon se pregunta si la almohada también registrará la zona de su cuello donde la bomba forma un pequeño saliente. El viscoelástico tiene efecto memoria, la impresión dejada permanece durante un rato antes de regresar a su forma original.

Jon se pregunta cuánto tiempo durará la memoria. Si ahora, por ejemplo, estallase la bomba. Si su cuello reventase, de dentro a fuera, y la fuerza de la explosión enviase trozos de metal y hueso a través de su bulbo raquídeo, matándole instantáneamente. ¿Dejaría antes de latir su corazón, de lo que durase el efecto memoria de la almohada? ¿Seguiría ahí su silueta cuando Antonia entrase en la habitación?

Jon imagina a dos sanitarios cargando su cuerpo en una camilla. Luego, un poco más realista, se imagina a tres. Cómo le levantan, arrastran el cadáver y lo llevan hasta el laboratorio de la doctora

Aguado. El viaje es corto, apenas veinte metros. Allí, la forense examinará los restos de la explosión, hurgando en su cerebro, buscando desesperadamente una pista entre los fragmentos. Apartando los trozos de lo que, tan sólo unos minutos antes, era Jon Gutiérrez. Conservando aún el calor al tacto.

Antonia lloraría, por supuesto. Y luego se remangaría, y se pondría a buscar venganza, sin solución de continuidad. O quizás le diese uno de esos chungos suyos, y se encerrase otros tres años en su ático.

Uno nunca sabe, con Antonia Scott.

Te puede salir por donde menos te lo esperas.

Como por ejemplo, aporreando la puerta de tu dormitorio, a las 03.26 de la madrugada.

Cuando abre, Antonia está delante de él, en bragas y sujetador, con la ropa colgando de una mano, las deportivas en la otra, y el móvil en la boca.

Jon se lo arrebata, al ver que trata de hablar.

—Ha llegado un mensaje —dice ella, cuando le libera los labios—. Hace medio minuto.

Jon mira la pantalla, mientras Antonia se viste a toda prisa en el pasillo.

CALLE DEL CISNE, 21.

—¿Dónde está esto?

—No lo sé —dice ella, peleando para abotonarse la camisa.

Jon procura dotar a la primera palabra que pronuncia a continuación de toda la malicia de la que es capaz, a esas horas y aún adormilado. Que es bastante.

—¿*Tú* no sabes una calle de Madrid, cari?

—Madrid tiene 9.187 calles, Jon. No puedo sabérmelas todas.

Antonia parpadea —tiene aún la marca de la almohada en la cara, el pelo revuelto, y el rostro caliente—, y hace una pausa valorativa, mientras mete las piernas en las perneras del pantalón.

—Quiero decir, *podría*. Pero no es el caso. ¡Búscala en Google!

Jon teclea en la aplicación.

—¿Se lo has dicho a Mentor?

—Le he reenviado el mensaje.

El mapa de la aplicación se abre, mientras la señal, en décimas de segundo se conecta al sistema de localización por satélite, ubica la posición del teléfono de Antonia y muestra el mapa de las cercanías del aeropuerto para, a continuación, marcar la distancia hasta la calle del Cisne, 21; y todo ello en menos tiempo del que se tarda en leer, por ejemplo, sesenta y ocho palabras.

—Enséñame —dice ella, abrochándose el cinturón.

Jon le da la vuelta al teléfono, mostrándole la localización. Ella lo mira, atenta, durante un segundo y medio.

Entonces, Jon comprende por qué Antonia ha hecho algo tan extraño como salir semidesnuda al pasillo y darle a él el teléfono para que busque la dirección. Lo comprende en el momento exacto en el que ella dice:

—Vístete, te espero en el coche.

Mientras corre, descalza, pero con suficiente ventaja.

Será hija de…

Lo que hicieron entonces

—No está lista para comenzar, doctor Nuno.

Al otro lado del cristal, la mujer, ajena a su futuro que consistirá en causar inmensas cantidades de dolor a muchas personas, pone todo su empeño en ordenar una serie de números en secuencias lógicas. Tiene unos electrodos colocados en el cráneo, está vestida sólo con una bata de hospital.

—¿Cuánto tiempo lleva con el entrenamiento? —dice el médico, aunque lo sabe demasiado bien.

—Tanto ella como Scott han superado el tiempo recomendado. Pero no consigo que controle sus emociones. Es muy frustrante.

—¿Cómo ha reaccionado al compuesto?

El doctor Nuno alarga una mano sembrada de venas varicosas que parecen una tormenta de rayos púrpura y recoge el papel que le pasa Mentor.

—Los datos están muy bien. Son mejores aún que los de Scott.

—Y sin embargo no consigo estabilizarla. Las pastillas se han probado inútiles.

Nuno carraspea, respira hondo, y entonces Mentor intuye que viene discurso. No es la primera vez que siente una fuerte tentación de mandar a los de seguridad que le reduzcan, le lleven a un callejón oscuro y le hagan desaparecer discretamente. Podría hacerlo. Y nadie protestaría.

Sin embargo, Nuno se queda callado. Como si hubiera perdido el hilo de lo que iba a decir. O algo dentro de él le hubiera obligado a dejarlo dentro antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando lo recupera, algo ha cambiado en su voz. Ya no navega sobre un río de sarcasmo. Es una octava más baja. Hay más verdad en sus palabras. En contra de lo que cabría esperar, eso aún preocupa más a Mentor

—Hace años participé en un experimento que cambió mi manera de ver el mundo. Lo que voy a contarle es del dominio público, puede encontrar el experimento con facilidad. Mis conclusiones personales… no.

Nuno se recuesta contra la pared, como si llevara encima el peso del mundo.

—Eran cincuenta sujetos del experimento, veintiocho hombres y veintidós mujeres. Les fijamos a la silla. No una atadura demasiado restrictiva, simplemente teníamos que obligarles a mirar la pantalla. Después les empezamos a reproducir un carrusel de imágenes. Tartas, bebés regordetes, cachorros lanudos. Debajo poníamos música feliz, perfecta. Louis Armstrong, una tal Katy Perry, cosas así, de los jóvenes. ¿Tiene uno de ésos?

Mentor le alarga un cigarro. Nuno forma un tejadillo con las manos, tan tembloroso que Mentor tiene miedo de quemarle. El médico exhala el humo antes de continuar.

—Entre todas esas imágenes insertábamos material gráfico extremadamente violento. Cuerpos humanos desgarrados en un accidente de tráfico, fragmentos de asesinatos, llagas purulentas, deformidades faciales. La peor clase de carnicería y muerte que se pueda encontrar. Y créame, nos empleamos a fondo.

Hay algo en el tono de Nuno que hace que Mentor se estremezca. De alguna manera, el horror imaginado es siempre peor que el real. Lo cual se revela profético unos instantes después.

—Los sujetos mostraron señales de respuesta de estrés. Incremento en el ritmo cardíaco, presión sanguínea elevada, palmas sudorosas. Eso era lo esperable. Lo que no esperábamos era lo que sucedió a continuación.

El médico se queda mirando la punta del cigarro, que va consumiéndose lentamente. Sopla la ceniza, que cae al suelo, desvelando una brasa que colorea con tonos anaranjados su cara arrugada en la semipenumbra de la sala de control.

—Las imágenes se mostraban de forma aleatoria. Podía aparecer una imagen violenta cada quince imágenes positivas, cada seis, cada treinta. No había un patrón establecido.

—¿El algoritmo tampoco tenía en cuenta la reacción del sujeto? —pregunta Mentor.

—Aleatoriedad pura. Ruido blanco.

Nuno deja caer el cigarro al suelo de hormigón, y pone el pie encima. No lo aplasta, ni lo restriega contra el suelo. Simplemente deposita la suela encima, confiando en que la física haga su trabajo.

—Lo increíble fue que, al cabo de suficientes horas de exposición, algunos sujetos comenzaron a mostrar las señales de estrés *justo antes* de que se mostrara la imagen.

—Eso es imposible —dice Mentor—. De lo que me está hablando…

Nuno sacude la cabeza.

—No fue en un caso aislado. Fueron siete de los cincuenta. Dos hombres y cinco mujeres. Los siete manifestaron el mismo comportamiento. Idéntico. La respuesta anticipada se manifestaba el 84 por ciento de las veces.

—No puede ser, doctor. Eso sería como predecir el futuro.

——Eso, mi querido señor, es una tontería de enorme calibre. Dedica usted demasiado tiempo a esa bazofia llamada televisión. No, lo que ocurre en el cerebro de los sujetos es que sus capacidades cognitivas empezaban a verse potenciadas. Concretamente la intuición.

—La intuición puede funcionar si veo a una persona ladearse e intuyo que se va a caer por las escaleras. Pero esto…

—Pero ¿quién se cree? Usted no tiene ni la más remota idea de nada que tenga que ver con el cerebro, amigo —dice Nuno. Su acento portugués se vuelve más pronunciado y cantarín cuando se enfada, restándole potencia a la reprimenda—. Y yo, tampoco. Nadie la tiene.

Mentor deja reposar lo que acaba de escuchar durante unos instantes.

—¿Qué sucedió con el experimento?

—No se continuó.

—Pero…

—Lo que estábamos haciendo se consideró una violación de la ética. Estábamos modificando el cerebro de los participantes empleando el trauma. Muchos tuvieron pesadillas durante semanas.

Hay un silencio. Largo.

—Hubo amenazas —confiesa Nuno, en voz baja—. Se pronunciaron palabras de grueso calibre.

—¿Cómo de grueso?

—Tortura. Mengele. De ese calibre.

Y con razón, piensa Mentor, tragando saliva.

Ambos se vuelven hacia el cristal. En la sala, la mujer ha iniciado un nuevo ciclo de pruebas. Pero no consigue completar los ejercicios. Se pone en pie, se arranca los electrodos, camina en círculos, como un animal enjaulado.

—Scott es muy diferente a ésta —dice Nuno—. Ambas tienen unas capacidades asombrosas. Pero son distintas. De ahí los métodos tan... particulares que he diseñado para ella.

Mentor, por fin, comprende lo que le está diciendo el doctor. La certeza no llega de golpe, como una cuchillada traicionera, o una puerta que te da en las narices. No, más bien se desvela poco a poco, como un objeto que palpas en la oscuridad, intentando descubrir qué es durante horas, hasta que comprendes que estabas sosteniendo, literalmente, una mierda.

Lo único que este cabrón quería era experimentar con ella. Llevar a cabo lo que no pudo completar años atrás.

—Es usted un hijo de puta, Nuno.

—Por primera vez en todo el proyecto Reina Roja teníamos dos. Recambios. Merecía la pena probar —dice Nuno, encogiéndose de hombros. Cuando uno es tan viejo que ya no se le posan ni las moscas verdes, gana a cambio cierta indiferencia.

Mentor le mira, sin poder creer esa frialdad. A base de mirarle, consigue esperar algo remotamente parecido a una mirada de culpabilidad.

—Esta mujer tenía algo. Una configuración interna, que creí que serviría para protegerla.

—¿A qué se refiere?

—¿De verdad no lo ha visto? Fíjese bien en ella, Mentor. Mírela bien. Pero no la mire como lo ha hecho hasta ahora, como a un trozo de carne que usar para su propio triunfo. Usted y yo nos equivocamos,

cada uno a nuestra manera. Y ahora tendrá que tomar una decisión.

Nuno abandona la sala.

Mentor se queda atrás, observando la colilla del cigarro que el médico había pisado. Un tenue hilo de humo apestoso aún se desprende del extremo ennegrecido.

Al final no se puede uno fiar de nada, piensa Mentor.

2

Una dirección

Jon consigue vestirse en un tiempo récord, y alcanzar el coche cuando Antonia aún está acabando de atarse las deportivas. Demasiado tarde. Ya se ha hecho con el volante. Y Jon ha sido lo bastante idiota como para dejar las llaves puestas.

—Conduciré con cuidado —le promete Antonia, con seriedad, al verle allí, plantado, probablemente decidiendo si la saca a rastras o no.

—¿Respetando el límite de velocidad? —precisa Jon, porque no es lo mismo.

—Respetando el límite de velocidad.

Jon la cree. Contra todo raciocinio. Inmediatamente. Se da cuenta, de forma extrañamente lúcida —mientras rodea el coche, abre la puerta del copiloto, se abrocha el cinturón— de que sus conexiones cerebrales se han ido recableando para confiar ciegamente en Antonia Scott. De la misma forma que su cuerpo lo ha hecho para protegerla. Parte de él rechaza, no sin motivo, ese servilismo incondicional. No sin motivo, pero tampoco con madurez. Hay algo infantil, minúsculo y egoísta, en rechazar el propio propósito.

Cierra la puerta del coche con fuerza para alejar ese pensamiento.

—¿No ha habido un segundo mensaje? —dice Jon, señalando el móvil de Antonia, que ha colocado en el salpicadero.

Para Jon, la pregunta más importante. Con el primero de los *encargos* de White, habían recibido una dirección de un lugar donde se había cometido un crimen con el primer mensaje, y un margen de tiempo con el segundo: seis horas.

Preguntar por un segundo mensaje es preguntar cuánto le queda.

Es posible que haya dos clases de personas en el mundo. Los que

quieren saber con exactitud la hora de su muerte, y se sentirían exasperados por la necesidad de saber. Con un buen chuletón en el cuerpo, un par de cervezas y dando una palmada en la mesa, el inspector Gutiérrez hubiera respondido, sin dudar un momento, que pertenecía a esa primera categoría. De sus cien kilos de peso, noventa y ocho son de chicarrón del norte. De bañarse en pelotas en la ría en pleno invierno, levantar piedras y partirle el alma a cualquiera que se le ocurra mentarle a la *amatxo*.

Pero.

A lo mejor, un dos por ciento, acurrucado en la cama con el relajo poscoital, se pensaría dos veces esa afirmación. Pensaría que es mejor no saber, desmintiendo al chicarrón del norte.

—Sólo el primer mensaje —responde Antonia, arrancando el coche.

Jon descubre que no tener que poner una cuenta atrás, no ver los numeritos haciéndose cada vez más pequeños, le produce un considerable alivio.

Tener una bomba atornillada bajo la piel es fantástico para el descubrimiento interior, piensa Jon, anotando mentalmente que debe expresarle su agradecimiento al señor White a la primera ocasión que se le presente.

De todas formas —que Bilbao es Bilbao, y los polis son polis—, el que contesta es el chicarrón del norte, exasperado.

—Pues qué bien. ¿Sabemos al menos ya qué es lo que tenemos?

—No, aún no. Mentor está en ello. Pero cuando lo averigüe, quiero llevar la delantera.

Hay algo en la manera que ha tenido de pronunciar esa frase que le chirría a Jon.

No por sí solo, sino porque vibra en la misma frecuencia que la conversación que tuvo al teléfono con White. Jon no la captó entera. Su inglés no es muy fuerte, las series las ve dobladas. Pero captó lo suficiente. Un *both* —ambas— que lleva rondándole por la cabeza desde la noche anterior.

—Esto no es más que un juego para ti, ¿verdad?

—¿Eso es lo que crees?

—Creo que estás disfrutando con esto. Aunque no quieras

reconocértelo a ti misma. Pero creo que estás disfrutando.

En crudo y por derecho, suena obsceno. Por mucho que haya intentado evitarlo Jon. Pero es la verdad, está ahí, está dicha.

Tengo derecho a estar enfadado, joder.

Y, si es así, ¿por qué demonios me siento tan mal?

Antonia hace una de sus pausas valorativas, en lo que alcanzan la avenida de Logroño, y luego otra y luego otra, y cuando finalmente parece que va a decidirse a hablar, suena el teléfono.

La voz de Mentor se abre paso a través del manos libres del coche.

—Ya tengo la información. En Cisne, 21, hay una vivienda unifamiliar. Los datos del catastro indican que un matrimonio compró el terreno y edificó un chalet en autopromoción hace diez años.

No añade nada más.

—¿Y? —pregunta Jon.

—Y eso es todo —dice Mentor—. No tengo nada en esa dirección.

—¿Y en esa calle?

—Lo he comprobado, también. El registro más cercano de un crimen mayor es un asesinato-suicidio, una pareja de ancianos, en los años noventa.

—¿Distancia?

—Seis manzanas.

Jon menea la cabeza. Parece demasiado lejos —en el tiempo y en el espacio— para tratarse de un error.

De pronto cae en la cuenta, abriendo mucho los ojos, de lo que está ocurriendo.

De por qué aún no han recibido el mensaje con la cuenta atrás.

Antonia tiene esa expresión que Jon ha visto antes y ha aprendido a reconocer. Los ojos vidriosos, la mandíbula tensa. Esa expresión que indica que su cerebro está trabajando a más revoluciones de lo normal.

Y que ha llegado a la misma conclusión que él, pero unos segundos antes. Por eso mantiene el coche aún a 120 kilómetros por hora, y se queda mirándole, esperando a que la libere de su promesa.

Porque en la calle Cisne, 21, no se ha cometido ningún crimen.

Aún.

—Tú dirás —dice Antonia, poniendo la mano en la palanca de cambios.

Jon se agarra fuerte a las manijas de acero y asiente con la cabeza, por toda respuesta.

—Mentor —dice Antonia—, avisa a la Policía Nacional que envíen un zeta a Cisne, 21, con la sirena puesta. Nosotros vamos de camino.

—¿Por qué deberí...?

Jon interrumpe la llamada, para reducir las distracciones innecesarias.

Antonia respira hondo, cuenta de diez a uno hacia atrás. Parece sentarse más recta, con los hombros más altos. Y sus ojos ya no están vidriosos, sino que se han convertido en dos rayos láser. Mete la sexta marcha, y aprieta el acelerador al máximo, arrancando un bramido exaltado del motor V8. Al igual que ella, parecía estar esperando su momento para soltar todo su potencial.

A esa hora la autovía tiene poco tráfico.

Aun así, a 180 kilómetros por hora y subiendo, los pocos que hay parecen obstáculos inmóviles, muros contra los que estrellarse.

—Seis minutos.

Jon no tiene la prodigiosa habilidad de cálculo de Antonia, pero sabe que eso es mucho.

—Estamos a veintiún kilómetros, cari.

—Exacto —dice ella, pegando un volantazo para esquivar a un camión que parece haber surgido de la nada (en realidad, del carril de incorporación), y acelerando un poco más, hasta que el indicador rebasa los doscientos kilómetros por hora.

La noche anterior, Jon no vio pasar su propia vida ante sus ojos. *A Dios gracias*, piensa, *que bastante malo es morirse, como encima hacerlo viendo cine español*. El terror que le había producido la inmediatez de la muerte había sido distinto. Una especie de oscuridad, de túnel. No sólo el cuerpo había dejado de responderle, también sus ojos. Apenas podía registrar nada de lo que ocurría.

El pánico que siente ahora, con los nudillos blancos por el esfuerzo de agarrarse a las manijas, y los pies muy afianzados en el suelo del coche, es bien distinto. Ahora todo lo que ve a su alrededor —las

farolas, los demás vehículos, el quitamiedos tan parecido a aquel que Antonia había atravesado hace unos meses— le parece una amenaza.

Reconocer las distintas clases de miedo. Otra de las pequeñas experiencias que le debo al señor White.

—Ahora en qué estoy, ¿en la fase del miedo?

—¿De qué hablas? —dice Antonia, que no aparta los ojos de la carretera.

—De la doctora Kubrick esa. Las fases del duelo. Negación, miedo, todo ese rollo.

—Kübler-Ross. Para tu información, esa teoría está bastante en entredicho.

Jon contiene una carcajada de asombro.

No me lo puedo creer. Una broma doble, aunque sea involuntaria. Ni puta gracia ninguna de las dos, pero aun así, demos gracias al cielo por las pequeñas victorias.

—A lo mejor vivo suficiente para que me hagas reír, cari.

Aunque, visto lo visto, piensa, cuando el coche pasa a tan sólo unos milímetros de un Golf que parece clavado al asfalto, *lo dudo mucho*.

Nueve minutos antes

La felicidad está en las cosas pequeñas.

Eso es, al menos, lo que proclama la taza, regalo de una compañera de trabajo por su cumpleaños, hace un par de semanas. Aura reflexiona sobre ello, mientras le da un sorbo a su infusión. Es la sexta que le regala. Según ella, irónicamente.

Esa taza —obstinarse en acabarla— va a salvarle la vida a Aura esta noche, aunque ella aún no lo sepa.

Aura tiende a dejarse las tazas olvidadas junto al microondas, en una esquina de la mesa del salón, y en varios puntos estratégicos por la casa. Por las mañanas suele dedicar unos minutos a ir en busca y captura de esos testimonios de su despiste, en varios estados de abandono. Tres cuartos, mitad, y, muy a menudo, para su vergüenza, completamente llenas.

La idea es recogerlas y vaciarlas antes de que llegue la asistenta y se lo recrimine con una sonrisa despiadada y un «Ay, señora», que a Aura le genera una profunda incomodidad.

Tras la búsqueda suele formarse un pequeño campo de concentración junto al fregadero. Las tazas —con sus mensajes motivadores en colores pastel, parcialmente tapados por el hilo del que cuelga el papel con la marca y el tipo de infusión— le recuerdan a una rueda de identificación de esas que salen en las películas, en las que el prisionero sostiene un cartel con numeritos.

La felicidad está en las cosas pequeñas.

Esa noche, la felicidad está en la novela, que la mantiene despierta hasta muy tarde —necesita llegar al clímax— y en un rooibos que se está empeñando en tomar, a pesar de que se ha quedado frío. Al contrario que ella. Como siempre, antes de que le baje la regla, el cuerpo le reclama necesidades perentorias. Jaume no ha sido de mucha ayuda hoy. Ha llegado muy cansado de la oficina, y después de

cenar se ha quedado grogui en el sofá. A duras penas ha logrado reunir fuerzas para alcanzar la cama y ponerse el pijama antes de desplomarse.

Los ocho años de diferencia —ella cuarenta y tres, él cincuenta y uno— ya se empiezan a notar. Aún le funciona todo en los sitios adecuados, pero ya empieza a notarse cierta desgana, una incipiente blandura.

Aura se pregunta cuánto tiempo queda antes de que empiecen a dormir en camas separadas. Se siguen queriendo —la masa crítica de dieciséis años de matrimonio, una hipoteca, dos preciosas niñas— y son razonablemente felices. A ratos, bastante. Aura no es capaz de identificar ni un solo motivo por el que no permanecer al lado de ese hombre que ronca a su lado, tapado con el edredón, durante el resto de su vida. Su matrimonio no es perfecto —¿cuál lo es?—, pero las amenazas suelen ser externas. Rachas malas en el trabajo, en la familia extendida, o porque el mundo se pone del revés, simplemente. Pero ellos se quieren, y eso es más de lo que tienen muchos.

Lo cual, sin embargo, no soluciona el problema inmediato de Aura, y es que está —por citar a su amiga Mónica— cachonda como una perra. Mónica tiene tres hijos, cero maridos, y una libido de lo más saludable. Fue ella precisamente la que le regaló el juguete que ahora mismo necesita.

—Soluciona todos tus problemas. Treinta segundos. Pim, pam, y a otra cosa.

Al principio, a Aura le había dado una cierta vergüenza. Nunca ha sido demasiado pacata con respecto al sexo. Lo normal en una familia tirando a conservadora, pero con ínfulas de modernidad. De colegio privado, pero conversaciones en los cuartos de baño. De ahí a que te regalen un Satisfyer por tu cumpleaños, en mitad de un rodizio —¡barra libre de caipiriñas, 45,95!—, pues hay una cierta distancia.

Al abrir el paquete, y ver lo que era, volvió a taparlo enseguida, con un leve rubor en las mejillas. Pero las otras cinco invitadas —dos compañeras de trabajo, una prima, la hermana de Aura— enseguida lo reconocieron y se pusieron a glosar las bondades del aparato con una alegría y una naturalidad desconcertantes. Aura sintió por un

momento, con un ramalazo de frustración, que se había quedado un poco antigua. Así que ahora se *podía* hablar de eso. Para defenderse, dijo que, por la descripción, parecía una aspiradora.

Aun así, lo metió en la bolsa y se olvidó de él. Hasta que, un par de días después, en una mañana de sábado —las niñas en clase de tenis, Jaume jugando al golf— el regalo volvió a su cabeza. Ella se dio una ducha, y al aparato una oportunidad. Lo aplicó en el lugar apropiado, con cierta desilusión durante los primeros veinte segundos. Y, de pronto, *oooh*, fuegos artificiales.

No es que el invento la volviese loca —en su mente se estableció al instante la comparativa entre una paella de bogavante y un arroz instantáneo—, pero Aura es gestora de fondos de inversión en banca privada, con una rentabilidad media interanual para sus clientes del 8,32 por ciento. Sabe muy bien reconocer el valor añadido cuando lo tiene delante.

Lo que nos lleva al siguiente problema. Y es que el dichoso cacharro no está, precisamente, a mano. Lo había guardado en su bolsa de gimnasio, en el baño de la planta baja, a salvo de miradas indiscretas. Por desgracia, también a un paseo.

Por un momento, Aura se plantea dejarlo correr —*jajá*, se ríe ella sola, por dentro—. Por no desvelarse. Porque se está a gustito en la cama, bajo el hechizo de Dan Brown. Si es su autor favorito es porque lleva dos décadas publicando una y otra vez la misma novela. Aura gana cada año un bonus de seis cifras precisamente porque sabe reconocer el valor añadido en lo predecible.

Pero la urgencia acaba imponiéndose.

La felicidad está en las cosas pequeñas, con batería de litio, se dice para animarse.

La mejor decisión que tomará en su vida, cortesía de Mr. Wonderful. Chúpate ésa, realidad.

Aura desliza un pie fuera de la cama, con cuidado de no despertar a su marido. Nota un escalofrío cuando su pulgar desnudo busca a tientas las zapatillas. El suelo radiante está programado para bajar el consumo energético de noche. No consigue encontrarlas, y le da pereza agacharse debajo de la cama, así que decide ir descalza.

La segunda mejor decisión que tomará en su vida, cortesía de la vaguería. Chúpate ésa, voluntarismo.

Aura sale de la habitación, pasa por delante de las niñas, y alcanza la escalera. Es el orgullo de la casa. Preciosos escalones volados de cebrano, una madera muy llamativa y cara de importar, *algo menos si se usa algún truqui*, le había dicho el carpintero. El *truqui* consistía en pagar en efectivo, sin molestas facturas. Aura y Jaume, gracias al truqui, se pudieron permitir una preciosa escalera, muy firme, con una madera noble muy hermosa. *Y no cruje nada*, añadió el carpintero.

La tercera mejor decisión de su vida, cortesía de la evasión fiscal. Chúpate ésa, responsabilidad.

Aura está a mitad de la escalera cuando se da cuenta de que algo sucede.

Algo malo.

Hay una diferencia importante entre las personas que viven en un piso y los que viven en una casa. Los primeros desarrollan un sentimiento de cercanía, de familiaridad. Tienen gente arriba, abajo y a los lados. Probablemente, también enfrente. Sus rutinas, sus movimientos, tienen eso en cuenta. También sus percepciones.

Aura ha vivido siempre en una casa. La de sus padres, primero; ésta, después. Dieciséis años viviendo en un lugar te habilitan una serie de certezas. De sentido del espacio. La temperatura, la luz, la distancia a las paredes. Son una extensión de ella.

No llega a oír nada. En las películas, siempre hay un chirrido, un golpe en el piso de arriba, el teléfono que suena y te pregunta si sabes cómo están los niños —¡*desde dentro de la casa*!

Aura sabe que hay algo que no va bien. Nota en los tobillos desnudos una suave corriente de aire que no debería estar ahí. Porque viene de la puerta del jardín, una puerta que ella se ha asegurado de cerrar personalmente. Como cada noche, desde hace dieciséis años. De lo contrario, no puede dormir.

Retrocede, despacio, por las escaleras. Poco a poco. Sin arrancar ni un solo crujido de la madera (¡*truqui*!) en su camino de vuelta al dormitorio principal.

Parte de ella (*la parte racional, civilizada, la parte seria*) le dice que

no sea histérica, que seguramente se haya olvidado de cerrar la puerta, que no ha saltado la alarma del jardín ni la de las puertas, que está sugestionada por tantas novelas de misterio, que se vuelva a la cama.

La otra parte es la que aporrea el hombro de Jaume hasta que éste se despierta, sobresaltado.

—Que pa…

Aura le pone la mano en la boca, mientras se lleva un dedo a los labios. Durante unos instantes, Jaume piensa que Aura le ha despertado para pedirle sexo —puede verlo en sus ojos, la lujuria, a través del sueño—. Aura está demasiado asustada como para colocar eso demasiado arriba en su bandeja de entrada mental. Es vagamente consciente de que han entrado un par de archivos, pero se quedan sepultados bajo el que pone, en letras rojas y en mayúsculas HAY UN INTRUSO EN NUESTRA CASA.

Aura forma una versión de ese mensaje con los labios y con los gestos, hasta que Jaume parpadea, y reacciona enseguida apartando el edredón y bajándose de la cama. Se dirige al vestidor y rebusca hasta encontrar un viejo palo de golf, que lleva ahí una década, por si acaso. Para un momento como éste.

En pijama, con su barriga algo más que incipiente, y unas entradas pronunciadas, con el palo de golf en la mano, desde fuera podría parecer ridículo. Aura tiene una opinión propia. Siente un ardor muy concreto, fruto del miedo, de la adrenalina y de su estado hormonal. Y se dice a sí misma que en cuanto pase esta falsa alarma piensa follarse a su marido como si lo fueran a prohibir.

Jaume avanza por el pasillo con el palo en ristre, seguido de Aura, que, en un claro reflejo del siglo XXI, ha agarrado su teléfono móvil. Piensa llamar a Emergencias a la mínima señal de peligro. No antes. Aura sigue temiendo, por encima de todo, hacer el ridículo. Un miedo que viene de muy atrás, de su educación conservadora, de ser la hermana de en medio. Poco importa.

Quizás si hubiese llamado inmediatamente al 112 el resultado hubiese sido diferente.

Es difícil saberlo. Y eso es lo jodido.

El intruso aparece en lo alto de la escalera, una sombra vestida de negro. No le han escuchado llegar. Es lo malo de la madera que no hace ruido, que no discrimina a los hombres armados que invaden tu hogar.

Jaume reacciona por puro instinto, dando un grito y lanzando un golpe con el palo de golf que alcanza al intruso en el hombro. Una vez, dos. El intruso suelta un grito de dolor y de sorpresa y alza el brazo para protegerse del tercer golpe, justo cuando Jaume lo está descargando. El palo de golf se parte en dos cerca del cabezal, que cae rodando y desaparece en un hueco entre los peldaños de la escalera.

No existe una fórmula matemática para expresar la valentía, ninguna clase de ecuación del tipo *inventario más atrevimiento multiplicado por inconsciencia, igual a equis*. Pero, si existiera, una de sus variables habría cambiado por completo. Una cosa es salir al pasillo de la planta superior de casa armado con un palo de golf para investigar una posible intrusión. Otra muy distinta es hacer frente a un asaltante armado con un cuchillo de caza, mientras tú sostienes un trozo de aluminio y plástico.

Jaume retrocede, empujando a Aura, que está detrás de él, pulsando el botón de llamada a Emergencias.

—¿Qué es lo que quiere? ¡Váyase de nuestra casa! —grita Jaume, con la voz chillona y aguda, quebrada por el pánico. Escucha detrás de él cómo Aura está dándole su dirección a la operadora, pero lo que de verdad le gustaría es que saliese corriendo (y él con ella) y que los dos se encerraran en el baño. Pero ahora mismo sus cuerpos son lo único que se interpone entre el intruso y las habitaciones de sus hijas.

—He llamado a la policía —dice Aura, con tono triunfal, alzando el teléfono. Como si pudiera servir de barrera protectora contra todo mal el invocar el nombre de la Autoridad Suprema, que pone a los malvados en su sitio, que es fuera de las casas de la Gente Buena Con Trabajo y Que Paga Sus Impuestos Casi Siempre.

El conjuro no parece hacer mella alguna en el intruso, que da un paso hacia ellos, masajeándose el hombro donde ha golpeado Jaume con la mano derecha. La izquierda es la que sostiene el cuchillo, que puede ser con diferencia la visión más horrible que ha contemplado

Jaume nunca. Un trozo de metal serrado en las proximidades del mango, curvado y puntiagudo en el extremo contrario de la hoja.

Jaume está seguro de haber visto uno así antes. Una imagen cruza su mente. Él mismo, sentado en el suelo del salón de sus padres, merendando un bocadillo de mantequilla con azúcar, extasiado ante la visión de un héroe musculoso, de torso desnudo, que clava un cuchillo igualito a ése en uno de los malvados soldados del vietcong. Todos los niños de su colegio querían un cuchillo como aquél, y sus padres le regalaron uno, justo a tiempo para que lo luciera en una excursión del colegio. Aquel cuchillo, sin embargo, era una imitación barata, plasticurrienta, que acabó en la basura enseguida.

Lo que tiene enfrente es real. Es lo más real que ha visto nunca.

El desconocido no habla, no abre la boca, tan sólo avanza un paso, y luego otro, hasta que su rostro queda iluminado por la escasa luz que emana del flexo de lectura de Aura, que se ha quedado encendido.

—No. Tú... ¿Por qué?

El intruso no contesta, sólo echa para atrás el brazo para ganar impulso y lanza una cuchillada que Jaume esquiva por poco. Al hacerlo, su cadera golpea a Aura, que cae al suelo. El móvil se le escapa de la mano, pero apenas se da cuenta. Lo único que le preocupa ahora es apartarse de las dos figuras que se han enzarzado en una pelea en mitad del pasillo.

Jaume es alto y tiene cierta fuerza, pero incluso Aura —que toda la acción que ha visto es en las películas, sin hacer nunca demasiado caso— puede ver que no es rival para el hombre del cuchillo. El desenlace es inevitable, para lo único que servirá la resistencia de su marido será para ocasionar un breve retraso.

Ahora mismo, Aura daría todo lo que posee por unos segundos de tiempo. La casa, los coches, las tarjetas de crédito. Todo por unos segundos más, hasta que llegue la policía.

Jaume tiene agarrado el brazo del intruso, pero no dura mucho. Éste le golpea en la cabeza, luego en el cuello, y finalmente logra liberar el brazo del cuchillo. Se lo clava en el estómago, lo saca y lo vuelve a clavar.

La resistencia de Jaume termina en ese momento. Aura contempla

con horror cómo su marido empieza a vomitar sangre —no, no vomitar, sino más bien *derramar* sangre por la boca, como si la tuviese llena y no pudiese contener más—. Se deja caer sobre las rodillas, y su cuerpo se sacude, tiembla, al chocar contra el suelo. Hay un sonido de huesos rotos que trae a Aura imágenes de traumatólogos. Muletas. Una escayola blanca, inmaculada, que sus hijas dedicarán un buen rato a llenar de garabatos.

En otra vida, en otro universo.

Mientras su marido se desploma en el parquet, entre los últimos estertores de la muerte, lo único que logra pensar Aura es en qué poco tiempo ha durado. Qué poco tiempo ha logrado comprarles, a ella y a las niñas.

El intruso —*ahora asesino, es un asesino*, piensa Aura— no deja nada al azar. Agarra a Jaume del pelo, con una mano enguantada, y tira hacia arriba para alzarle, exponiendo su garganta. Coloca el filo del cuchillo debajo de la oreja derecha, y traza un semicírculo hasta la izquierda. Continúa sosteniendo la cabeza de Jaume hasta que se asegura que el corte es lo bastante preciso y después simplemente abre los dedos, dejándolo caer de nuevo, delegando en la gravedad y en la física el final del trabajo.

No grites. No grites. No grites. Las niñas no pueden ver esto, las niñas no pueden verlo, no pueden asomarse, no pueden, no pueden, no lo permitas. No.

Aura trata de incorporarse. Tiene los brazos extendidos, cubriendo el espacio de pared que hay entre la puerta de cada una de sus hijas. Por un momento, se imagina abriendo la puerta y entrando en uno de los dos dormitorios para proteger a una de las dos. Pero eso significaría abandonar a la otra a su suerte. La tentación es enorme, inmensa, arrebatadora.

Aura ha conocido muchos tirones en su vida. El tirón del sexo (sin dramas), el tirón del dinero (sin prejuicios) y el tirón de las drogas (sin excesos). Todos, más o menos pasajeros. Por encima de todos ellos, el más incómodo y más presente, el indomable, el tirón de la comida (el más pecaminoso, el que comparte, le consta, con todas sus amigas).

Pero todos ellos juntos palidecen ante el deseo absolutamente irrefrenable, imperioso y brutal de abrir esas dos puertas. Al otro lado de los diez centímetros de muro, sus hijas duermen en sus camas. Cómodas. Tranquilas. Sus cuerpos, pequeños y frágiles, cubiertos por el edredón, la luz de compañía de Amanda encendida, la de Patricia ya no, porque es mayor. Su pelo conservará aún el olor a champú del baño, tendrán la boca entreabierta, y los labios brillantes.

Aura necesita entrar en esas habitaciones a protegerlas, a abrazarlas. Lo necesita como no ha necesitado nunca nada, jamás en su vida. Pero no puede hacerlo. No puede, porque hay dos puertas. Elegir es imposible, así que se queda parada entre ambas, con los brazos en cruz y la espalda apoyada en la pared, impulsándose con los talones para incorporarse. En un último y patético intento de que su cuerpo sirva de escudo, sirva para comprar unos pocos segundos más antes de que llegue la policía.

El intruso alza el rostro y mira a Aura.

Da un paso por encima del cuerpo de Jaume, y se acerca a ella. Está a menos de medio metro. Sus ojos azules, líquidos, miran a las puertas —con los nombres de las niñas escritos con letras de madera pegada, de esas que venden en el Tiger a un euro y medio cada una— y luego miran de nuevo a Aura.

Levanta una mano enguantada y se la lleva a los labios, sin hablar. Y luego señala a una puerta, y a la otra, y por último, a sus ojos.

Aura comprende.

Aura asiente.

Cierra los ojos muy fuerte, y aprieta los dientes. Cuando el cuchillo se hunde en su estómago, Aura contiene el aullido en su interior

(nogritesnogritesnogrites)

diciéndose que ese dolor es la salvación de sus hijas, es la felicidad, es el tiempo, es Patricia recogiendo el diploma de graduación, es Amanda consiguiendo el trabajo de su vida, puede verlas a ambas, años en el futuro, siendo felices, a cambio de renunciar a un último abrazo, a cambio de entregar su vida en silencio, sin emitir un solo

sonido, sin despertarlas, a cambio de ese dolor, ese dolor es

(insoportable)

vida, aguanta, aguanta, aguanta…

Es justo antes de que todo se vuelva negro, cuando escucha las sirenas.

3

Un lego

El Audi llega a la calle Cisne, 21, sorprendentemente intacto.

Es un milagro navideño, piensa Jon, a golpe de marzo.

—Cari, como sigas así van a acabar devolviéndote puntos del carnet.

—¿Qué carnet?

Jon se queda mirando a Antonia, descubre que habla completamente en serio, y respira hondo, hondo, hondo, para tranquilizarse antes de hablar.

No llega a hacerlo, porque Mentor —que tiene este don— interrumpe con una llamada.

—Acaba de saltar una alarma en Emergencias justo en vuestra posición —dice.

—¿Has mandado una unidad?

—Cuando me lo dijisteis. Tiene que estar a punto de llegar.

—Pues pide también una ambulancia —ordena, sombría.

Antonia cuelga, y salen del coche. En el exterior del chalet, todo parece tranquilo. Es una casa de estilo moderno. Paredes en blanco, acero corten, cubierta plana. Una valla exterior en piedra y aluminio, una puerta de acceso a la finca.

Intacta.

—¿Qué hacemos? —dice Antonia.

El inspector Gutiérrez duda. La siguiente decisión es un debate antiguo entre las fuerzas del orden en casos como éste. Si entrar a gritos o entrar de puntillas. El sospechoso puede estar dentro, y si anuncian su presencia, podría hacerle daño a los dueños.

Además, ya hemos tenido bastantes emociones últimamente, piensa Jon. *Lo último que me apetece es avisar de que voy a entrar a alguien que está*

armado.

—Despacito.

—Haz los honores, entonces —pide Antonia, señalando la cerradura.

Jon vuelve al coche, saca de la guantera su viejo estuche con las ganzúas y otra cosa. Regresa junto a su compañera, que le alumbra con la linterna del móvil mientras Jon ejercita las habilidades que le enseñó el Luismi, hace ocho o nueve años, una tarde. *Las cerraduras de finca son una perita en dulce*, decía el Luismi. *Y como sean de resbalón, ni te cuento. Con mirarlas se abren, con mirarlas*.

Ésta es de resbalón, pero Jon no es el Luismi, así que le lleva buena parte de un minuto el abrirla. Por un momento encoge el estómago, pensando que al hacerlo saltaría la alarma del exterior. Justo debajo del telefonillo ha visto la placa de Securitas Direct.

—Ni alarma, ni alarmo —dice Jon, mirando a Antonia, que estaba esperando el mismo resultado.

—No parece de los que pongan la placa de adorno —responde ella, arrugando la frente.

—Toma —dice Jon, alargándole la otra cosa que acaba de sacar de la guantera.

Es la funda de la Sig Sauer P290 «de Antonia». El entrecomillado es porque, oficialmente, es suya, pero, según ella, no. *No va a ser mía, cari, esta cosa pequeñaja, si no me da para meter ni el dedo, cógela. Que no la quiero, cógela tú*, y así todo el rato.

—No es imprescindible.

—Cógela, o no entras.

Antonia acepta, de mala gana, sabiendo que lo siguiente que hará será ir al maletero y calzarle el chaleco antibalas. Para disuadirle de esto último aprieta el paso hacia la casa, entre los juramentos en voz baja de Jon. Que tiene que conformarse con que al menos vaya armada. Sin más luz que la de la luna, y la distante de las farolas, se agradece que los dueños hayan puesto las placas de granito de color blanco, aunque sólo sean veinte metros.

Se detiene en el metro trece.

La fachada está salpicada de enormes cristaleras de tres metros de

alto, que conectan visualmente el jardín delantero con el salón. Una de las cristaleras es una puerta.

Abierta.

A lo lejos, se escucha una sirena de policía.

A la mierda el sigilo, piensa Jon.

—Esperemos —le susurra a Antonia.

Antonia le hace un gesto afirmativo.

En esta circunstancia, perdido el elemento sorpresa, lo mejor es aguardar un minuto o dos y contar con el apoyo de los agentes. Lo dicen todos los manuales. Cambiar la sorpresa por la superioridad numérica.

Entonces mira al suelo. Y allí, junto al riel de la puerta, ve algo que le llama la atención. Se agacha a por ello.

Es un trozo de plástico inyectado, de color amarillo. En un costado tiene una pegatina medio arrancada. En la parte superior hay cuatro circunferencias. En cada una de ellas pone LEGO.

Hace unos meses, para Navidad, Jon había acompañado a Antonia a Sarasús, una juguetería cerca de su casa, para que le comprara un regalo de Navidad a su hijo Jorge. El dependiente les había explicado todo lo que tenían que saber sobre Lego y su serie Duplo. Con piezas el doble de grandes que las normales para evitar el atragantamiento. Edad recomendada, de uno a cinco años.

Nadie les había dicho que hubiese niños pequeños en la casa.

Antonia deja caer la pieza en el césped y se lanza de cabeza al interior.

A la mierda la sensatez, piensa Jon.

No queda sino seguirla. Camina muy despacio, intentando no tropezar con nada. Jon saca su linterna táctica del bolsillo de la chaqueta, y alumbra por delante de ambos.

Hay algo muy inquietante en entrar en una casa que no es tuya, en mitad de la noche, sabiendo que te enfrentas a un agresor potencial. Cada sombra se convierte en una amenaza, cada ángulo en un arma esgrimida contra ti, cada retrato en las paredes es un rostro que te observa con la codicia del ladrón, el deseo del violador o el apetito del monstruo. Jon contiene el aliento, sin darse cuenta. Pisa distinto,

apoyando el exterior del pie en lugar del talón. También está atento a cada roce, a cada susurro.

Entonces suena un ruido en el piso de arriba.

Un golpe, unos cristales rotos.

Jon alcanza a Antonia y le obliga a situarse detrás de él, casi tirando de ella, antes de que suba corriendo por las escaleras. Que son, Jon se da cuenta, muy bonitas. Con mucho gusto. Y crujen muy poco, piensa, cuando apoya el pie en el primer escalón.

Hay diecisiete, en total.

La sangre comienza en el catorce, tiñéndolo casi por completo. Se escurre sobre el trece antes de salpicar ligeramente el doce, y gotear hacia el suelo del salón.

El inspector Gutiérrez no tiene más remedio que pisar la sangre. Es imposible evitarlo. Tiene que pasar por esos escalones, apoyarse en ellos para poder asomarse y comprobar que el pasillo está despejado.

No lo está. El cadáver de un hombre es lo que chorrea sangre sobre las escaleras. Un poco más allá, una mujer está desplomada en el suelo, con una herida en el vientre.

Entonces escucha el gorgoteo.

Antonia pasa a su lado como una exhalación, se acerca a la mujer y la tumba boca arriba, al tiempo que comienza a apretar sobre la herida.

—¿Está viva? —susurra Jon.

—Por poco.

Jon rebasa la posición de Antonia y sigue avanzando. Por el pasillo. Hay luz en el dormitorio, que recorta un triángulo difuso de luz, en el que se pueden ver unas huellas rojizas. Jon no necesita a una experta en salpicaduras de sangre como Antonia Scott para descifrar la dirección en la que ha huido el asesino.

Antonia le hace un gesto en esa dirección, pese a todo. Y luego intenta como buenamente puede taponar la herida de la mujer, que parece completamente ida. Sus ojos están vacíos, pero sigue respirando.

Jon regresa, al poco tiempo, con malas noticias.

—Ha roto uno de los cristales y ha saltado al jardín de atrás. Le diré

a los agentes que…

Antonia sacude la cabeza, y le hace un gesto de que baje la voz.

—No vas a hacer nada de eso. Llama a Mentor y dile que ordene a los agentes que no entren. Bastante hemos contaminado la escena ya. Que suban sólo los sanitarios.

El sonido de la sirena de la policía ya les ha alcanzado y se ha detenido. Afuera se escuchan las voces de los agentes, la radio. Y más lejos, la sirena del SAMUR. Con su sonido más urgente, perentorio y quejicoso que las de sus compañeros.

—Aguanta —dice Antonia, en voz baja.

Jon, mientras, se encarga de cumplir las órdenes de Antonia. Cuando acaba, se cerciora de que las niñas estén bien. Se limita a abrir una rendija de ambas puertas. Las habitaciones están intactas, y las niñas parecen dormir con normalidad, ajenas a que, cuando despierten, lo harán a un mundo que no se parecerá en nada al suyo. Que despertarán a una pesadilla.

Son pequeñas, piensa Jon. *Saldrán de ésta. Pero a qué precio*.

Cuando aparecen los sanitarios, Antonia les deja espacio para que hagan su trabajo. Mientras intentan estabilizar a la mujer, ella se acerca a Jon. Tiene las manos empapadas de sangre, la camiseta, incluso el pantalón.

—Me dijo que lo iba a pagar. Con intereses —recita Antonia, con la voz fría y la mirada gélida.

Una mirada que da miedo.

—¿Cómo sabes que…?

—Me ha mandado un mensaje. Cuando entrábamos. Tenía el móvil en silencio, pero he visto la notificación en el reloj.

Se estira de la manga —qué más da, la chaqueta está arruinada— y le muestra la muñeca.

TIENES SEIS HORAS.

W.

4

Una frase

El resto de la noche es un caos, sucio y atolondrado.

Una psicóloga y un familiar se llevan a las niñas. La salida es un baile complejo. Más de diez personas, incluidos dos bomberos, colaboran en extraerlas de la casa a través de sus respectivas ventanas, para evitar que vean el pasillo, para evitar que se asomen ni por un instante al horror. Antonia no asiste a la operación, es Jon quien se encarga de que, al menos, en su mente no queden imágenes que les obliguen a recordar un suceso que, de todas formas, será angular y definitivo. No volverán a ver a su padre. Probablemente no regresen a esa casa, nunca.

Al menos podrán esquivar lo más duro, piensa Jon, mirando alrededor cuando vuelve a entrar. La cocina con muebles de alta gama —Neff, Gaggenau—, la piscina cubierta, la casa en general, todo en ese lugar habla el lenguaje del dinero. No son ricos, al menos no en sentido estricto. No como los Ortiz o los Trueba, gente para los que el dinero es un concepto, no una realidad contra la que pelear. Pero está claro que a esas niñas no les faltará de nada.

Luego piensa dos veces, y se da cuenta de que no está engañando a nadie. Y, teniendo en cuenta que es su único interlocutor, jodido la hemos.

Porque sí les faltará.

Les faltará todo.

Habrá un agujero que no serán capaces de llenar nunca. Los humanos somos historias, y la de esa mujer y sus hijas no puede ser contada de ninguna otra forma ya que no sea la de la tragedia. Crecerán, vivirán y serán razonablemente felices. Con suerte. Pero siempre habrá un vacío que absorberá todo, un pozo sin fondo que

tragará toda la alegría y la luz.

El inspector Gutiérrez sabe de culpas, pero comparado con su compañera, es poco menos que un novato. Encuentra a Antonia al pie de la escalera, esperando con paciencia a que la doctora Aguado le dé permiso para subir. La Policía Científica y el juez de instrucción les han dado un par de horas de ventaja, gracias a la intervención de Mentor. Así que la casa es ahora un territorio vedado a todos menos a ellos tres.

—Ya están a salvo —dice Jon, señalando hacia la calle, donde las luces de los coches patrulla dan vueltas, muy despacio.

Antonia no dice nada. No hace ningún gesto. Sólo está allí, cruzada de brazos. Un manojo de culpabilidad y de rabia comprimidas en metro cincuenta y cinco.

—Sé lo que estás pensando. Y te equivocas —advierte Jon.

—Estaba aquí cuando llegamos. Si tan sólo...

—Hirió a la mujer y la dejó ahí al oír las sirenas. ¿Sabes por qué?

—Calculó que moriría antes de que llegaran.

—Y no fue así, porque nosotros estábamos ya en la puerta. Le has salvado la vida a esa mujer. Condujiste como una loca, entraste en la casa, taponaste la herida.

—¿Qué han dicho los sanitarios?

—No han dicho nada —miente Jon.

En realidad, los sanitarios lo que han dicho es que la cosa está muy chunga y que no dan un duro. Con esas mismas palabras. Pero no hay ninguna necesidad de alimentar una hoguera a cuyo hogar ya está echando Antonia suficientes leños.

—Un minuto. Si tan sólo hubiéramos llegado un minuto antes...

—Cari —dice Jon, un poco hasta las pelotas—. Si mi madre tuviera ruedas, sería una bicicleta.

Antonia baja la cabeza.

—Siempre es lo mismo. Da igual lo que hagamos, lo que consigamos. Al final, por las noches, de los que te acuerdas es de los que no podemos salvar.

Jon sabe que es verdad. Pero no quedan más narices que tirar.

Eso es lo que diría *amatxo*. Jon no para de pensar en ella. Se

pregunta dónde estará. Se pregunta si se habrá acordado de llevarse la crema hidratante para las piernas, que se le secan mucho.

Se pregunta cómo puede animar a Antonia, pero no se le ocurre nada demasiado inteligente, ni demasiado profundo. *Espabila y continúa* no es exactamente una frase de esas que te puedes encontrar en internet en letras grandes al lado de una foto en blanco y negro. Pero es lo que tiene, y es lo que ofrece.

—No nos queda otra que espabilar, cielo.

Antonia consigue levantar la cabeza y esbozar una sonrisa tímida.

—Lo siento. Normalmente hablo estas cosas con la abuela Scott.

—Si quieres me pongo unos rulos, cari.

—La abuela Scott no usa rulos, y a ti no te quedarían bien.

Impermeable al humor. Impermeable, piensa Jon.

Lo que hicieron entonces

Cuando Nuno abandona la sala, Mentor se queda observando a la mujer. Tiene la bata de hospital abierta por detrás, debajo sólo lleva la ropa interior. Deportiva, de color negro. Su pelo es rubio pajizo, sus ojos de un color indefinido, más bien gris. Su piel tiene un tono extraño, oscuro, pero no saludable. Está tensa, fibrosa como una competidora en los veinte kilómetros marcha.

Mirándola, por primera vez, comprende algo. Su enorme inteligencia es de una naturaleza distinta a la de Antonia. Tiene la astucia del animal atrapado, del lobo que huele a la oveja más lenta. Pero eso no es lo que le aterroriza, paradójicamente. Lo que más miedo le da a Mentor es comprender que la radical diferencia entre Scott y ella está en un lugar más profundo.

Es una cuestión de voluntad.

Antonia Scott sigue, incluso cuando se acaba la carretera. Cuando ha caído por el risco, y está cayendo. E incluso cayendo, Antonia simplemente se niega a golpear contra el suelo.

Esta mujer, en cambio…

—Quiero hacerte una pregunta —dice Mentor, a través de los altavoces de la sala.

Ella no interrumpe su caminar en círculos, pero su cuello se vuelve, brusco hacia el cristal. Sigue moviéndose, pero sus ojos no lo hacen. Siguen fijos, como los de una mangosta.

—El día de tu primera prueba. Me diste una respuesta de lo más inusual. Me gustaría saber por qué llegaste a la conclusión de que tenías que tomar la decisión que tomaste.

—Hay más gente en una plataforma que en un petrolero. Es el resultado más lógico —dice ella, con la respiración entrecortada.

—Sí, eso me dijiste entonces —recuerda Mentor—. Ahora, dime la verdad.

Ella se detiene, de pronto. Su respiración no ha parado de acelerarse. No consigue meter suficiente aire en sus pulmones. Si no se hubiera arrancado los sistemas de control, Mentor vería que su saturación de oxígeno en sangre ha caído peligrosamente. Pero tampoco le hace falta, porque ve claramente lo mucho que le cuesta mantenerse en pie.

—¿Estás jugando con el aire otra vez, Mentor? —pregunta ella, con la voz rota.

—Qué máquina más maravillosa es el cerebro. Una variación del 2 por ciento de oxígeno en el hipocampo, y se alteran las funciones ejecutivas. Entre otros efectos, disminuye la capacidad para la mentira.

La mujer se apoya en el espejo. Tiene la frente sudorosa aplastada contra el cristal. Su puño izquierdo golpea el cristal con poca fuerza. Aun así, Mentor retrocede un poco. De no mediar los doce milímetros de cristal entre ambos, casi podrían besarse.

O podría matarme, comprende Mentor.

En muchos aspectos, es como si la viera por primera vez. Sin los velos que ella ha tendido, o los que él ha querido tender.

—Era el camino más corto a la victoria —dice la mujer, entre largas aspiraciones.

—Por fin una verdad —dice Mentor, apretando el botón que libera el oxígeno de las paredes. Hay un leve siseo en los tubos del techo. Aún tardará unos segundos en llenar los treinta metros cúbicos de la sala de pruebas.

—No es la que querías, ¿verdad?

—Ni yo ni las familias de los ochenta tripulantes del petrolero.

—¡Sólo era un ejercicio teórico!

—Para el que no mostraste ni un leve atisbo de duda.

—Sin cadáveres no hay gloria. Lamentarlo sería como lamentar las mondas de una naranja.

—¿Harías cualquier cosa por ganar? —dice él, con un escalofrío recorriéndole la columna.

Mentor apenas reacciona cuando ella cae al suelo, medio desmayada. Aún sigue conmocionado por su propio fracaso.

Quizás por eso no escucha la última frase que dice ella. Susurrada, con los últimos restos de aliento, al duro y frío hormigón.

Haría cualquier cosa por ti.

Dos hombres vestidos con monos azules entran en la habitación, y se acercan a ella.

Van a incorporarla. Van a prestarle ayuda. Van a conducirla a la salida.

Ya no tiene sitio en el proyecto Reina Roja.

Nada de todo eso ocurre.

Ella sabe que el velo ha caído. Que ya no tiene la necesidad de retenerse. De ocultarse. Ahora él la ha visto como es. Es, en cierto modo, un alivio. Una liberación.

Ha llegado el momento de revelarse por completo.

Cuando el primero de los dos hombres le pone una mano en el hombro, ella se convierte en peso muerto, para obligarle a inclinarse un poco más. Es entonces cuando reacciona.

Tira de la muñeca de él hacia delante, hasta dejar el cuello a la altura de su boca. Se abalanza hacia él, y muerde con fuerza. La piel se desgarra bajo sus dientes. No logra cerrarlos del todo, pero sí dañar lo suficiente la garganta. El hombre no llega a soltar un alarido, porque la laringe destrozada no se lo permite. Bastante tiene con tratar de no ahogarse, mientras se lleva las manos a la herida abierta y chorreante.

El segundo hombre se ha quedado congelado en el sitio mientras se producía la breve carnicería.

Una cosa es atar, amordazar e insultar a una mujer indefensa, por un experimento científico

(*y un sueldo bastante bueno, en plena crisis, a ver dónde voy a encontrar yo otro trabajo a mi edad, y hasta me da tiempo a llegar a casa a ayudar a los niños a hacer los deberes*)

y otra cosa muy distinta es ver cómo le clavan los dientes en el cuello a tu compañero de trabajo.

Tan sólo reacciona cuando ella se vuelve hacia él. Apenas tiene

sangre en la boca, un resto deslizándose barbilla abajo y goteando en la bata blanca. Lo que le aterra son los ojos, con las pupilas minúsculas como cabezas de alfiler.

Es entonces cuando echa a correr hacia la salida. Casi ha alcanzado la manija de la puerta, cuando algo tira de él hacia atrás. No mucho, unos centímetros tan sólo. Se lleva la mano al cuello, en el punto en el que la mujer le está ahogando usando los cables de los electrodos. Cae al suelo, hacia atrás, sobre ella, intentando liberarse. Es inútil. Uno de los cables se rompe, los demás se le escurren entre los dedos, le laceran la piel. Tratando de incorporarse, de apartarse de ella, lo único que hace es aumentar la presión sobre su cuello. Nota, en los últimos instantes de su conciencia, con la lengua amoratada asomándole entre los labios, los pies de ella afianzándose sobre sus hombros, asegurándose de que la tarea queda completa.

Cuando otros tres hombres irrumpen en la habitación, ella aún sigue aumentando la presión sobre el cuello del hombre. Está agotada, pero no ha dejado de tirar.

Ni de sonreír.

5

Una escena

—Cuando quieran— les reclama la voz de Aguado, desde lo alto de la escalera, al cabo de unos minutos.

La casa tiene ahora todas las luces encendidas. La escalera parece un fotograma de *American Psycho*, con la sangre secándose sobre el suelo de microcemento. Un decorado al que contribuye el mono de plástico de Aguado. La forense ha colocado plástico con bridas para ayudar a salvar los escalones problemáticos.

En el pasillo, no hay mucho que ver, a juzgar por la escasa cantidad de marcas de señalización que ha colocado Aguado. Las huellas del intruso, las manchas de sangre, y poco más.

Antonia Scott, sin embargo, tiene su propia forma de hacer las cosas. Ignora los triangulitos de plástico naranja de Aguado, y se deja llevar por su entrenamiento. Absorbe cada detalle de la escena del crimen. Su mirada pasa de uno a otro elemento en un bucle incesante en el que las paradas son:

La barandilla de la escalera, donde uno de los remaches está ligeramente separado.

La posición del cuerpo, con el rostro hacia abajo, los brazos debajo del torso.

El pijama, la herida defensiva,
loscorteseltraumatismoenlacaraocurremuydecercayesorequiereunaexplicaciónbast

—Va a necesitar una de éstas —le susurra Aguado a Jon, que se ha colocado junto a ella, a distancia prudencial.

Le muestra una cajita metálica, pequeña. Jon la coge y se la guarda en el bolsillo.

—Yo me encargo de esto, doctora.

Le arrebata la cajita de los dedos, amarillentos por la nicotina. Normalmente la doctora Aguado huele mucho a tabaco, pero en los últimos días el olor se ha solidificado, parece que lo lleve puesto.

—¿No va a darle una? —pregunta, extrañada.

—No, si puedo evitarlo. En Málaga tuvo una crisis, y la superó.

—No es la primera vez. Verá...

La doctora parece querer decirle algo, pero Jon ataja el tema sin contemplaciones.

—Saldrá por sus propios medios.

—No me parece la mejor solución, dado que...

Aguado no completa la frase. Pero no hace falta. Jon ya sabe a qué se refiere.

Dado que tu vida depende de ello.

—Confío en ella.

—Comprendo —dice ella, alargando lo justo las sílabas de la palabra—. Es su decisión.

La voz escéptica y educada de Aguado suena a «*es tu funeral, idiota*», pero aun así, Jon no tiene dudas. O muy pocas. O muchas, de acuerdo, pero se aguanta como un auténtico campeón.

No piensa traicionar a Antonia.

Más importante que mantenerse vivo, es mantenerse humano.

—Confío en ella —repite. Más bien para sí mismo.

6

Dos escaleras

El objeto de los desvelos de Jon no inspira demasiada confianza ahora mismo.

Se tambalea, se apoya en la pared, sujetándose la cabeza con las manos. No representa el colmo del equilibrio, ni externo ni interno. Respira fuerte y rápido, y parece bailar a milímetros de un ataque de ansiedad.

Cuenta hasta diez, dejando una respiración entre cada número, descendiendo un peldaño cada vez, hacia el lugar donde necesita estar, hacia la oscuridad. Adonde no consigue llegar.

Los *koan* apenas sirven. Las palabras ya no la sujetan a nada.

Tienes que hallar tu historia, le había dicho Mentor. *Tu historia. Entre la rabia y la serenidad.*

En Málaga no había descendido una escalera, sino cruzado un puente. Su historia la había hallado en el recuerdo de su madre. Había ido a un lugar de ella misma donde no había estado nunca. Había regresado herida, pero más fuerte.

No quiere usar ese lugar de nuevo. El dolor es demasiado grande, demasiado reciente. Desde que esto empezó —y Antonia está bastante segura de que ese comienzo coincide con el momento en que Jon entró en su vida— sus rituales de paz, sus tres minutos al día, se han vuelto un lujo esporádico. Y, en los últimos días, imposible. La serenidad no es una opción. La culpa la sigue a cada paso que da. A veces tiene la sensación de que, si se da la vuelta lo suficientemente rápido, podrá verlos detrás de ella. La hilera de muertos que ha dejado sembrados en el suelo con su torpeza, con su incompetencia. Por no ser lo suficientemente fuerte.

Y quizás ése sea el problema, razona, parada en mitad de la escalera

de su mente, a tan sólo dos escalones de la oscuridad. *Quizás estoy equivocada. Quizás lo está Mentor*.

Entonces hace algo que nunca había hecho antes.

Se da la vuelta.

Detrás de ella no hay ocho escalones, como antes. Ahora son más, muchos más. Y la escalera no es recta, sino intrincada. Gira sobre sí misma, volviéndose más estrecha a medida que asciende.

Antonia comienza a subir.

Abre los ojos.

De pronto el mundo se vuelve más lento, más pequeño. La electricidad que le hormiguea en las manos, el pecho y la cara, se disuelve.

Toma una última bocanada de aire, y comprueba que los monos de su cabeza están casi silenciosos. No es como la cápsula roja, nada puede serlo. Pero no recuerda haber sentido esta

(cordura)

serenidad desde hacía

(nunca)

mucho tiempo.

Vuelve sus ojos a la escena del crimen. Y comienza a ver.

—El asesino entró por la puerta del jardín. Tienen sensor de presión, así que deduzco que tuvo que desconectar la alarma. A no ser que se olvidaran, que no creo. ¿Doctora?

—Lo comprobaré —dice Aguado.

Antonia no contesta, sigue metida en su burbuja, visualizando los detalles de la escena del crimen, cada uno de ellos, casi como si pudiera rebobinar una película en su cabeza. O, mejor dicho, volverla a filmar. Porque va moviendo a los personajes, en su esquema mental, hasta que encajan con las evidencias.

—Subió las escaleras, y aquí fue donde se encontró con el marido. ¿Cómo se llama?

—Él, Jaume Soler. Ella, Aura Reyes.

—Jaume atacó al intruso con el palo de golf. El intruso debió de

protegerse…

Antonia alza el brazo, y luego mueve el cuerpo hacia un lado. Después se agacha y coge el palo de golf, que Aguado ya ha embolsado y etiquetado. Lo estudia detenidamente.

—Es zurdo. Levantó el brazo para protegerse, el mismo en el que tenía el cuchillo.

—¿Cómo…?

—Las marcas en el palo de golf. Probablemente al partirse, resbaló por la hoja. Entonces el asesino y Jaume forcejearon. Uno de los dos fue empujado contra la barandilla.

Señala el punto en el que los remaches se han abierto un poco, las juntas desviadas.

—La pelea fue muy breve. Un hombre medio dormido y desentrenado no tiene nada que hacer contra un asesino experimentado.

Antonia mira al cadáver en el suelo, y luego a la pared, donde la sangre de la mujer ha dejado un semicírculo irregular en la pintura plástica.

—Él era el objetivo —dice.

—Podría haber sido la mujer.

—Primero le apuñaló a él, y luego fue a por ella.

—Quizás fue para eliminar la amenaza que suponía el hombre.

Antonia señala la herida en el costado del cadáver. El desgarrón en el pijama es pequeño, a pesar de haber sangrado con profusión.

—Observe la incisión intercostal. Creo que cuando haga la autopsia verá que ni siquiera ha rozado el hueso.

—Coincido. Esto es obra de un profesional. Una cuchillada certera —le reconoce Aguado.

—La herida de ella era… distinta. ¿Una herida en el estómago, como herida primaria? Eso no es lo que hace un profesional. El objetivo era él. Ella era…

Jon, que ha estado callado todo este tiempo, atento al intercambio entre Antonia y la forense, elige este momento para intervenir.

—El postre. Estaba jugando con la mujer. Pero nosotros aparecimos.

No añade «Así que le salvamos la vida, después de todo», porque no

está de humor para aguantar a Antonia rebatiéndole. Pero aun así, deja la frase en el aire, para que al menos ella tenga algo a que aferrarse.

Antonia asiente, muy seria.

Tiene los ojos encendidos, brillantes.

Si Jon no supiera que le ha resultado imposible —porque la ha estado vigilando muy atentamente—, sospecharía que ha vuelto a meterse una de las rojas. Pero no. Esta vez parece que lo ha conseguido por sus propios medios. Aún tiene el pulso trémulo, y sigue inclinando la cabeza, quizás intentando escuchar a esos monos suyos, o apartarse de ellos. Pero, al menos, esta vez no ha salido corriendo, ni tampoco se culpa.

Pequeñas victorias, piensa Jon.

—Es posible. Pero no llegamos lo suficiente rápido —dice, señalando al cadáver del suelo.

Con sus derrotas, piensa Jon.

—¿Podemos darle la vuelta?

La forense asiente con la cabeza, y se agacha junto al cuerpo. Con habilidad —y la experiencia de haber girado decenas de cadáveres— Aguado introduce el antebrazo por debajo del pecho de la víctima, para hacer palanca. Con la otra, tira del hueso de la cadera. El difunto se da la vuelta enseguida.

Jon también se agacha y contempla horrorizado la herida del cuello, profunda y desagradable. Como una segunda boca en el lugar inadecuado. Una obscenidad que ofende a la vista y a otro sentido, el común.

Cuesta mirar sin apartar la vista, que es lo que Jon hace. Pero, al girar la cabeza, se encuentra con Antonia. En cuclillas, su rostro está mucho más cerca, casi de frente, en lugar del plano picado y oblicuo habitual.

Así, el inspector Gutiérrez se encuentra a pocos centímetros del desastre. Es testigo privilegiado de la confusión y la extrañeza en sus ojos, que no se apartan de las dos cuencas frías e inmóviles del cadáver.

—No —dice.

Antonia se levanta, muy despacio, sin añadir nada, y se aleja unos metros, adentrándose en el dormitorio.

Jon y la doctora Aguado intercambian una mirada. Ella le hace un gesto, y Jon sigue a Antonia, que se ha detenido frente a la ventana.

Incluso desde el pasillo, puede ver que está temblando.

Jon se acerca, pisando con cierta rotundidad en el suelo de parquet, para no sobresaltarla. Se coloca junto a ella, y se asoma por la ventana del dormitorio. Está orientada al este, de forma que el amanecer bañe la cama. Una aberración, en opinión de Jon, que odia cualquier mínima luz durante el descanso. Dormiría dentro de un depósito de gasolina si pudiera.

Aún no ha despuntado el sol, pero afuera la claridad vira del índigo al magenta. Los policías, en la calle, se arrebujan en los abrigos y patean el suelo, intentando alejar el frío. Los cuatro vecinos curiosos ya han desaparecido dentro de sus casas.

Dentro, el aliento de Antonia se condensa en el cristal, formando una nube tenue, un semicírculo de forma casi idéntica a la sangre de la mujer, en la pared, a su espalda. Algo de lo que ni Jon, ni Antonia, se darán cuenta nunca.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme qué es lo que le ha sorprendido a Antonia Scott? ¿La que normalmente mira los cuerpos desmembrados sin arquear una ceja?

Jon deja ahí el anzuelo, y espera.

Pasa un minuto.

Pasan dos.

—A tu ritmo. No es como si tuviéramos prisa —dice Jon, cuando se le hinchan las narices de esperar.

Antonia sigue mirando por la ventana, con los brazos cruzados. Cuando arranca a hablar lo hace con una lentitud exasperante, como si cada palabra la estuviese extrayendo, a pico y pala, de un pasado sepultado bajo una tonelada de rocas.

—Me ha sorprendido tanto porque ese hombre lleva cuatro años muerto.

El muerto, hace cuatro años

—Ni siquiera has probado las alcachofas.

Antonia mira a su marido, luego a la bandeja vacía, y de nuevo a su marido.

—No quedan —dice, sin comprender.

Marcos sonríe. Es una sonrisa dulce, ligeramente desviada. Esa clase de sonrisa que tienes cuando ves a un niño que se salva por los pelos de meter los dedos en un enchufe, o a un concursante de la tele eligiendo la pregunta obviamente incorrecta —*era la sal*, piensas, meneando la cabeza, y sonríes de medio lado.

—¿Quieres que pida otro plato? —dice él, conociendo de antemano la respuesta.

—No. Apenas tengo hambre.

Marcos mira a su esposa, luego a la bandeja de callos a la madrileña vacía, luego a su esposa de nuevo.

—Es un misterio cómo te mantienes con tan poco.

Antonia tiene el vago conocimiento de que Marcos está tomándole el pelo, pero no le importa demasiado. En los últimos días apenas han tenido tiempo para estar juntos, así que aprovecha el momento. Cuando extiende la mano a través de la mesa, la coge, y aprieta con fuerza. Es imposible hacer daño a Marcos de esa forma. Sus manos de palmas cuadradas son duras, callosas, parecen labradas en la misma piedra en la que él trabaja a diario.

—Es mi turno —dice ella, cogiendo la nota, cuando el camarero les trae la cuenta.

—Es mi turno —dice él, tratando de adelantarse.

Es una vieja costumbre.

Desde que eran novios, los dos han peleado por quién pagaba la cuenta. Al principio era una cuestión de orgullo para Antonia, ya que Marcos viene de una familia con posibles. Y ella también, pero haber

cortado los lazos con su padre le dejó a ella sujeta a sus propios medios.

Ahora Antonia tiene un sueldo mensual de cinco cifras, así que puede competir en condiciones de igualdad con Marcos. Sus padres ya no están, pero le dejaron en herencia el edificio donde viven.

Los alquileres le rentan una bonita suma todos los meses, aun después de pagar todos los gastos. Los inquilinos, hipsters en su mayor parte. Ansiosos de pagar sobreprecio —y subiendo— por vivir lo más cerca posible del centro, de sus bares con cerveza artesanal y de sus cafeterías estéticamente compatibles con sus *stories* de Instagram.

Marcos puede dedicarse a la escultura, que es su pasión. El arte le absorbe y le llena, y está mejorando a pasos agigantados. Ha conseguido ya dos exposiciones medio decentes, y todo apunta a que su carrera está en la rampa de lanzamiento. Tiene hueco para su hijo, que es lo importante, sobre todo teniendo en cuenta que Antonia tiene horarios extraños y pasa temporadas fuera de casa. Por lo de su trabajo como «consultora» de la policía. Un trabajo que a Marcos le intriga, pero sobre el que nunca pregunta, porque Antonia ha dejado claro que no hablará.

—No quiero —fue toda la explicación que dio.

Marcos ha aprendido a comprender esa faceta de su mujer. Le saca de quicio, pero sabe que es parte de lo que la hace única. Tiene que ver con la raíz de su profesión. Extraer la belleza del mundo, incluso aunque esté oculta a simple vista.

Cuentan de Miguel Ángel que encontró un día un pedazo de mármol de Carrara en el patio de obras de la catedral de Florencia. El joven escultor tenía veintiséis años, y no le asustaban los retos. Aquel pedazo de roca comido por la maleza tenía fama de maldito. Incluso el escultor Agostino di Duccio le había hecho un agujero enorme, dejándolo casi inutilizado. Cinco metros de mármol que nadie quería.

Miguel Ángel lo miró durante meses, paseaba a su alrededor, se sentaba en él, incluso apoyaba la oreja en su costado. Los estudiantes y los religiosos pasaban a su lado y le miraban, como si estuviera loco.

Un día, Miguel Ángel cogió un cincel y se puso a trabajar. No tenía un molde de yeso, ni bocetos. Simplemente, comenzó a golpear. Al cabo de una semana, pidió que levantaran un enorme muro alrededor del bloque. Lo que iba a hacer requería privacidad.

Cuatro años tardó.

Un día, Miguel Ángel anunció que en unas horas dejaría caer los muros. Toda Florencia se reunió en el patio y sus alrededores, intrigados y seguros de que el joven había fracasado. Los obreros empujaron los ladrillos, éstos se vinieron abajo. Y el mundo contempló, por primera vez, el *David*. La obra cumbre del Renacimiento y, quizás, de toda la historia de la Humanidad.

Mudo de asombro y admiración, el obispo de Florencia se acercó a Miguel Ángel y le preguntó cómo había logrado hacer algo tan perfecto. Miguel Ángel se encogió de hombros y dijo:

—David estaba en el bloque de mármol, yo sólo quité lo que sobraba.

Marcos no es Miguel Ángel, pero comparte con él su profesión. Y sabe que de los bloques más difíciles es de donde se extraen las esculturas más bellas. Su amor por Antonia es inmenso, precisamente porque no es sencillo. Porque es esforzado, porque es noble, pero satisfactorio. Porque ella se entrega, como él, sin traicionar. Por eso la quiere con locura.

Aunque a veces, Antonia le saca completamente de quicio. Como, por ejemplo, ahora.

No deja de mirar el reloj, y eso que aún queda una hora para que la niñera se tenga que ir a casa.

—Jorge está bien. Relájate. Vamos a tomarnos un helado.

Antonia menea la cabeza.

—Tengo que hacer un par de llamadas. ¿Te importa adelantarte? Te lo compensaré.

Marcos suspira, pero presiente la debilidad, así que la usa a su favor para negociar.

—Depende.

—¿De qué?

—De si *compensar* tiene un propósito oculto.

—Por supuesto que no, ¿qué clase de propósito…?

Antonia se detiene cuando ve el gesto que está haciendo Marcos con su dedo índice de la mano derecha y el índice y el pulgar de la izquierda. Sonríe, le riñe un poco y se ruboriza, las tres cosas al mismo tiempo. A Marcos se le calienta el corazón al ver aquello, así como otros músculos.

—Esta noche podemos hablar de polisemia —se rinde Antonia— si tienes alguna palabra nueva para nuestro diccionario especial.

—Tengo una. Es del latín. Luego te explico cuál es.

Marcos le da un beso, se despide y se encamina hacia la puerta. Antonia se lo queda mirando, aún con los restos de una leve sonrisa, que se esfuma en el momento en el que se ha ido. Se saca del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja metálica y extrae una cápsula roja, la que lleva para las emergencias. Rompe la gelatina de la cápsula con los incisivos, liberando el polvo amargo, y lo recibe debajo de la lengua, dejando que la mucosa absorba el cóctel de substancias químicas y lo lleve a su torrente sanguíneo a toda velocidad.

Espera un poco, notando cómo el mundo a su alrededor va reduciendo su velocidad, hasta que se centra en la amenaza a su espalda.

—Espero que sepa usted dónde y con quién se está metiendo —dice, en voz alta, sin darse la vuelta.

El ocupante de la mesa contigua, detrás de Antonia, se levanta y se coloca en el lugar que Marcos acababa de abandonar.

—Con su permiso.

—No lo ha necesitado para seguirnos por toda la calle Preciados, ni cuando hemos entrado a las tiendas, de compras. Ni cuando le ha dado dinero al camarero para que le sentasen en esa mesa —enumera Antonia.

El hombre tendrá unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Es alto, ancho de espaldas, algo cargado de hombros. Acento catalán. Tiene una leve perilla, gafas, y esa mirada encogida y miope de los que pasan muchas horas delante de la pantalla. Contable, quizás. No

ha sido entrenado para la violencia. En la cabeza de Antonia, el nivel de alerta desciende de amenaza a preocupación. Ha hecho bien en dejar que les siga, durante horas, sin avisar a Mentor. Intuía, por su actitud, que sólo quería hablar con ella. Pero hacerlo delante de Marcos no era una opción.

—Hubiera jurado que no me había visto —dice el hombre—. Realmente es usted tan impresionante como dicen.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo. Los que saben lo de Valencia, al menos.

Antonia observa a su interlocutor con algo más de detenimiento.

Definitivamente, no es un contable. La camisa es buena, cara. Los puños están ligeramente brillantes alrededor de los botones. La chaqueta es cómoda, pero no la usa para trabajar. Se sienta delante de un ordenador, pero no se la pone para ir a la oficina, no tiene la marca característica en la tela, ese abultamiento de los que la cuelgan, ni ese abombamiento de los que la dejan en el respaldo. Sólo se la pone para salir a la calle. Nada de corbata. Las uñas limadas, el pelo bien cortado.

—No sé de qué me está usted hablando.

—Sabe muy bien de lo que le estoy hablando, y yo también.

—Lo que me gustaría saber es su nombre.

—De lo que vengo a hablarle es de lo que necesita saber, no de lo que le gustaría.

Y así, el hombre extraño comienza a contarle una historia extraña y a todas luces falsa. Acerca de un asesino a sueldo. Un hombre extraordinariamente peligroso.

—Puede hacer pasar cualquier asesinato por una muerte accidental. Incluso los más complicados. Ha trabajado en América, en Oriente Medio, en Asia… Desde hace unos meses se ha instalado en Europa.

El hombre alarga una fotografía. Antonia no hace ningún ademán de cogerla, así que la deposita frente a ella. Entre el vaso de agua y el azucarero.

La foto está realizada desde lejos, y muestra a un hombre elegante de unos treinta y cinco años. Pelo rubio y ondulado. A punto de subirse a un coche. Antonia piensa que tiene cierto parecido con el actor escocés que salía en *Moulin Rouge*. Pero es difícil decirlo. La

imagen es borrosa.

—Es la única foto que existe de él. De hecho, él no sabe que existe. De lo contrario, no hubiera parado hasta destruirla y matar a todos los que la han visto. Tiene un cierto gusto por lo teatral.

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Porque este individuo es un demonio, señora Scott. Un ser implacable, de una inteligencia sobrehumana. Y hace falta alguien como usted para detenerle.

—¿Yo? Yo soy filóloga inglesa.

—Lo que no es usted, seguro, es actriz —dice el hombre, pasándose la mano por el estómago. Es evidente que está hambriento y sediento. Lleva siguiéndoles todo el día y no le había dado tiempo a pedir nada. Están en la terraza de uno de los mejores restaurantes de Madrid, en la azotea del edificio. Y la puerta del Sol, en pleno junio y a las cuatro de la tarde, hace honor a su nombre.

Antonia levanta el dedo, y uno de los camareros acude enseguida. Al cabo de un rato, regresa con una botella de agua para el hombre y un café para ella.

—Sigo sin comprender por qué me ha seguido durante todo el día. Podría acudir a la policía.

—Señora Scott, la mera existencia de este… ser, por llamarlo de alguna forma, es la razón por la que se creó el proyecto Reina Roja.

Definitivamente, informático. No es un ejecutivo, nada encaja en su forma de hablar ni de moverse. Un ingeniero, un consultor externo, deduce Antonia. *El acento es de Barcelona. ¿Quizás uno de los involucrados en la nueva herramienta que comenzaron a testar antes de Valencia? Los ordenadores están en Barcelona*.

—No es muy inteligente usar esas dos palabras en público.

—Estoy desesperado. Necesito su ayuda. Y, créame, no podrá usted negarse. No cuando le cuente lo que sé.

Antonia se inclina hacia delante en la mesa.

—Hable, entonces. Me quedan cincuenta minutos antes de la hora de la merienda. Empiece por su nombre. Empiece por decirme qué le vincula al proyecto Reina Roja. Y no me mienta. Si de verdad sabe quién soy, sabe que lo averiguaré.

El hombre se reclina hacia atrás, rehuyendo la proximidad de Antonia. Mira por encima del hombro, y hacia detrás. Las mesas se van vaciando, a medida que acaban de comer los clientes. A su alrededor ya no queda nadie.

—Aquí… aquí no —dice el hombre, sin embargo—. Ya hablaremos. Piense en lo que le he dicho.

Se levanta, con torpeza, haciendo chocar el respaldo de su silla con la más cercana. Y luego se marcha, sin mirar atrás.

Antonia permanece aún un rato más en la mesa, pensando en el extraño encuentro que acaba de tener lugar. No dice una palabra, salvo en el momento en el que se acerca el camarero para retirar la botella de agua vacía. Antonia se lo impide. Después coge una servilleta y agarra la botella por el cuello, evitando cuidadosamente tocar la parte inferior, allá donde el hombre ha puesto sus dedos.

7

Un billete

—Y eso fue todo —dice Antonia, que no ha apartado la vista de la ventana en todo el relato.

Afuera, el sol ha roto por el horizonte. Va a ser una de esas mañanas gélidas de Madrid. Ni una sola nube en el cielo, ni un atisbo de calor. Jon piensa, y no es el primero, que en el invierno madrileño el sol enfría más que calienta.

—¿Ya no le volviste a ver?

—No. Dos días después, White irrumpió en nuestra casa. Dejó a Marcos en coma. A mí, casi me mata. El resto ya lo sabes.

No, piensa Jon. *No, el resto no lo sé*.

No sé nada de esos tres años. No sé nada de lo que hiciste, de hasta dónde te hundiste.

No sé nada de cuánto te dejaste por el camino. De lo que perdiste entonces, ni de lo que estás ganando ahora. Porque recomponerte es como juntar un puñetero puzle, sin tener la foto de la caja. A oscuras. Con las manos atadas.

No lo sé, pero lo sabré. Como tú dices siempre. Si me dejas. Si me dejaras.

Jon quiere gritarle. Quiere abrazarla. Quiere estar a mil kilómetros de allí con una bomba de menos y una cerveza de más.

Pero el mundo no es la maravillosa fábrica del extravagante Willy Wonka. El único billete que ganas seguro no es de color dorado ni te lleva a un lugar mágico con ríos de chocolate, sino a uno bien distinto.

Y el billete de Jon tiene la hora de salida cada vez más cerca.

—Entiendo por qué no me lo has querido contar antes.

—Dos días, Jon. Tuve dos días completos de preaviso. Y aun así...

—No hiciste nada porque te parecieron las divagaciones de un loco.

Pero aun así le tomaste las huellas, ¿no?

—Sí. Pero me dijeron que estaba muerto.

—Pues parece que no.

—Ya volveremos a eso. Primero averigüemos quién es la víctima. Lo más importante es saber quién lo ha matado, no mi relación con él —dice Antonia, apartándose de la ventana.

—Te equivocas.

Antonia se da la vuelta, con una expresión extraña en la cara. Más sorprendida que intrigada.

Que ella recuerde, Jon jamás le ha dicho algo así.

—Tu cerebro. La manera que tiene de funcionar… está programado para las evidencias —dice Jon, señalando a su cabeza—. A analizarlas y extraer conclusiones. Todo esto que estamos viviendo, todo este sinsentido, intentas recomponerlo en tu cabeza…

Como yo contigo.

—… pieza a pieza, por colores. Los *qués* y los *cómos* te apartan de lo más importante.

Antonia hace una pausa, mirando al suelo, como si la respuesta estuviera en un punto indeterminado entre los dedos de sus pies.

—De acuerdo. El porqué es lo más importante.

—No puede ser casualidad que este hombre fuera quien te hablara de White hace cuatro años y que ahora esté muerto. ¿Alguien tan celoso de su privacidad que elimina a todos los que saben de su existencia?

—¿Me estás diciendo que lo ha matado él?

—No tiene sentido. Si está cubriendo sus huellas matando a Soler, entonces, ¿por qué nos encarga resolver su asesinato?

—Un asesinato que sabía que se iba a producir. Recuerda que primero nos dio la dirección. Y sólo cuando estuvimos aquí nos mandó el segundo mensaje.

—Sigue sin tener sentido.

—Como parte de su juego, ¿entonces?

—Eso es una respuesta circular. Lo ha matado porque juega con nosotros. Deja fuera tu pregunta más importante. ¿Por qué?

Jon se lleva la yema de un dedo a los labios, como hace siempre

cuando está a punto de lanzar alguna afirmación profunda.

—No tengo ni puta idea.

Antonia se frota la cara, se pasa la mano por el pelo —sin mejorar el desastre— y, finalmente, acaba por pronunciar la variante Scott de la misma afirmación que acaba de hacer el inspector Gutiérrez.

—Vamos a trabajar sobre lo que sí sabemos. El reloj corre.

8

Un cascanueces

Cuando regresan junto al cadáver, la doctora Aguado está recogiendo su instrumental. A Jon siempre le ha fascinado la multitud de trastos y cachivaches que lleva la forense encima. Reglas, escalímetros, cuerdas, lupas, cámaras, frascos con toda clase de polvos, productos químicos y reactivos, bolsas de plástico y recipientes vacíos de todos los tamaños. Le fascina que domine el manejo de todos aquellos elementos, pero aún más un detalle aparentemente menor. Cuando termina de trabajar, como ahora, vuelve a colocar cada uno de los elementos en sus dos maletines de acero, sin dejarse fuera ni un clip. Esa capacidad prodigiosa que uno puede comprender cuando compra un producto hecho en China, lo saca de su caja, comprueba que no funciona, e intenta meterlo de nuevo en la caja en idénticas condiciones a como se lo encontró.

—Poco me queda por hacer aquí. La escena del crimen está procesada, el resto de la casa se lo dejo a los de la científica, aunque no creo que haya gran cosa.

—Es un trabajo profesional —concuerda Antonia.

—Hubo algo que salió mal. Si no, los hubiera encontrado indefensos en la cama y matado sin tanto estropicio.

—Quizás la mujer viera algo —aventura Jon—. Tendremos que hablar con ella.

—Está en la UCI en La Zarzuela. Le he pedido a Mentor que le ponga custodia en la puerta. Si ella le vio, quizás el asesino quiera ir a concluir el trabajo. Yo mientras regreso al cuartel y pondré a todo el mundo a trabajar en esto. A ver si conseguimos algo.

—Gracias, doctora —dice Antonia.

Después de varios minutos inspeccionando la casa —tan convencional y aburrida desde el punto de vista policial como cualquier otra— por separado, ambos acabaron convergiendo al mismo tiempo en la puerta del despacho de Jaume Soler.

Era un lugar sorprendentemente sobrio. Una estantería cubierta con libros de lenguajes de programación y manuales de software. Jon se fija en que uno en particular tiene un nombre que le salta a la vista.

—Parece que el tipo también era escritor —dice, sacando uno de los tomos y mostrándole la portada a Antonia.

Deep learning and high-level programming languages, by Jaume Soler, Ph. D., reza en la portada. La ilustración muestra un sobrio dibujo de un cerebro formado con unos y ceros.

No hay más libros firmados por Soler, pero sí un montón de fotografías familiares. La más grande está colgada en la pared, cerca de la mesa. Una imagen del día de la boda de los dueños de la casa. Jaume parecía mucho más joven vestido de novio, con cara de idiota. *Todos los novios ponen cara de idiota, pero ésta es de concurso*, piensa Jon.

Es difícil deducir la felicidad de un matrimonio a través de las fotos, pero el inspector Gutiérrez ha desarrollado un cierto músculo para esto en sus años como policía. Un músculo que no parece estar flexionándose adecuadamente, ya que no es capaz de sacar conclusión alguna de lo que está viendo. El señor Soler tiene uno de esos rostros de los que no eres capaz de deducir si ocultan inteligencia o segundas intenciones. Algo que a Jon le pone particularmente nervioso.

Dentro de un rato verá lo acertado que está, aunque por ahora está demasiado ocupado con otra cosa que le produce disonancia cognitiva.

—Hay algo que no entiendo. Si este tipo es informático, ¿por qué no hay ni un solo Funko en las estanterías? Ni una figurita de Cazafantasmas, ni un triste y básico Darth Vader... ¿Algo?

—Creía que no te gustaban los tópicos.

—¿A qué tópicos te refieres?

—Los estereotipos. Como que los gais vestís de forma extravagante.

—Cielo, llevo *literalmente* un traje de Dolce & Gabbana de color

verde. Por tu culpa casi muero dentro de este espanto.

Jon se da cuenta, demasiado tarde, que no está hablando únicamente de Antonia eligiendo su traje de fiesta, en lugar de los habituales modelos sobrios que suele llevar al trabajo. Se arrepiente al instante de haber pronunciado esas palabras, pero por suerte, la proverbial sordera con respecto al sarcasmo viene en su ayuda.

—A mí me parece elegante.

—No para una escena del crimen. Y menos que ninguna, la mía.

Respira hondo y mira alrededor.

—No sé, cari. Este tipo no me parece trigo limpio. Hay algo aquí que no me termina de cuadrar.

Antonia está revolviendo el archivador situado junto a la mesa. Sus manos, enfundadas en guantes de látex, parecen picotear los distintos objetos —útiles de papelería, en su mayor parte— sin dirección ni motivo aparente.

—Desde un punto de vista heurístico, las intuiciones son información no procesada de forma racional que pueden producir un resultado cognitivo que se ha saltado procesos lógicos de pensamiento.

Jon pondera detalladamente lo que acaba de escuchar.

—Ojalá te entendiera.

Antonia pondera a su vez cómo traducirle a Jon lo que acaba de decir. No tiene ninguna palabra en ningún idioma, pero sí una experiencia íntima de la que ha hecho partícipe a Jon. La única persona viva que lo sabe, además de su abuela.

—Quizás —dice, despacio, aún le cuesta hablar de ello en voz alta— tú también tengas un mono que te está enseñando algo.

Eso Jon lo entiende perfectamente. El problema es que el mono no aparece, el despacho no es muy grande, y el único sitio que queda por escudriñar es la mesa. Una superficie de caoba apoyada en dos caballetes de acero. Un modelo reciente, de esos en los que se puede controlar la altura del tablero simplemente apretando un botón. Sobre ella hay un portátil cabalgando en un soporte de acero, dos monitores de treinta pulgadas, y un teclado mecánico.

Antonia aprieta el botón de encendido en el ordenador, y se encuentra con una pantalla de acceso. Observa detenidamente el

ordenador, y después sale de la sala a grandes zancadas. Grandes para ella, se entiende. Jon la sigue, extrañado, sólo para descubrir que le ha dado el alto a los de la científica, que están sacando una camilla en la que han cargado una bolsa enorme de color negro.

—Esperen un instante —les dice.

Va corriendo a la isla de la cocina, revuelve en los cajones, y regresa enseguida con algo metálico y alargado en cada mano.

—¿Un cascanueces? Para qué quieres un...

Antonia no contesta, se limita a descorrer la cremallera de la bolsa y extraer la mano derecha del cadáver. El propósito del cascanueces queda claro cuando sostiene el dedo índice del muerto en alto, a la altura de la articulación interfalangiana proximal, y aprieta con todas sus fuerzas. El primer intento no produce nada. El segundo, un crujido sordo y desagradable. Como abrir un pistacho que estuviera envuelto en jamón de York.

—Oh.

Es todo lo que dice Jon. Una interjección lo suficientemente ambigua para significar cualquier cosa en el amplio espectro que recorre el camino desde:

Oh, para eso era el cascanueces. hasta

Oh, estás como una regadera.

Para cuando llega el turno de usar el otro elemento que se ha traído de la cocina (unas tijeras de pescado), Jon ya no necesita mirar. Tampoco es que pueda, porque está ocupado intentando evitar que los de la científica se le echen encima a Antonia. De una forma bastante enérgica, que incluye agarrar a uno por la pechera y a otro por el brazo. Por suerte están más acostumbrados a levantar placas de Petri que piedras de trescientos kilos, así que Jon se apaña más o menos bien. Al menos hasta que Antonia corta el dedo del cadáver y regresa al despacho, dejando a Jon con la incómoda tarea de dar explicaciones.

—Mirad, os comento...

9

Un dedo

Cuando Jon regresa al despacho de Jaume Soler —unos tensos diez minutos más tarde—, Antonia está sentada delante del ordenador, abstraída en su contenido. Encima de la mesa de caoba está el dedo, abandonado junto al sensor de huellas que protegía el inicio de sesión.

—¿Te puedo pedir un favor?

Antonia emite lo que parece un vago ruido de asentimiento.

—¿Te importaría no volver a mutilar cadáveres de las víctimas sin avisarme antes? Si no es mucho pedir.

Otro vago murmullo.

Jon rodea la mesa, y se coloca tras ella. Cuando pasa la tentación de estrangularla —cuando pasa lo bastante, ya que con Antonia es una sensación que no te abandona, como los desodorantes—, le presta atención a lo que está haciendo.

Antonia ha accedido a los archivos del ordenador, y va pasando carpeta tras carpeta, buscando algo comprensible. Por ahora, sin suerte. Cada vez que abre una de ellas se encuentra con un aparente galimatías.

—¿Entiendes algo de esto?

—No. Son bloques de código, archivos de proyectos, pero nada que pueda entender. ¿Tú tienes idea de programación?

—A *amatxo* le programaba el VHS para que le grabara *Aquí Hay Tomate*. ¿Te sirve?

—Me temo que no —dice Antonia, volcándose de nuevo en la pantalla.

—Si lo que estamos buscando es un motivo para que le matasen, podemos empezar por el sitio tradicional: su dinero. ¿Por qué no buscas en tu satélite fascista mágico, y me dejas a mí el ordenador del

sospechoso? Total, voy a entender lo mismo que tú, parece.

De mala gana, Antonia cede a Jon la silla. Ella echa mano de su iPad y abre la aplicación de Heimdal. Al cabo de unos minutos, levanta la cabeza y le muestra a Jon las cuentas corrientes del fallecido.

—Desde luego, no les iba mal —aprecia Jon, soltando un silbido al ver el saldo total.

Casi dos millones de euros. No llega por unos céntimos.

—En absoluto —dice Antonia.

—¿Sabemos de dónde venía la pasta?

—Hay transferencias mensuales de cincuenta mil euros. El remitente es una LLC, una empresa extranjera con capital limitado.

—¿Siempre la misma?

—Sí. Voy a ver si averiguo quiénes son.

Antonia se pelea contra la aplicación, mientras Jon sigue enfrascado en el ordenador. Para ambos, esas tareas son, de ordinario, tediosas. Obligados por la cuenta atrás que pende sobre sus cabezas, se vuelven insoportables. Cada pocos minutos la mirada de Jon se desvía a la esquina de la pantalla donde el reloj avanza, inexorablemente, a la siguiente hora límite que les ha dado White.

Mantener la concentración se vuelve mucho más difícil con esa ansiedad. La mente de Jon se escapa durante un instante, y le hace vagabundear por una extraña reflexión. Que su vida no se puede contabilizar sólo por los minutos que le restan, sino por las palabras no dichas. Todas las que quedarán dentro de él, sin alcanzar su destino. Algunas, las menos, serían un desahogo final, al puñado de seres humanos a los que aún les debe cuatro verdades bien dichas.

Y luego están las otras.

Las que curan, las que salvan.

Sin duda, a *amatxo*.

A Antonia, también.

A sí mismo, al que más le debe.

Siempre nos decimos que mañana será otro día, que tendremos tiempo para arreglar las cosas. Hasta que no.

Antonia arroja el iPad encima de la mesa, con un gesto de

frustración extrema. Tan inusual en ella que Jon se vuelve a mirarla, asustado.

—No puedo más —dice.

—No me falles ahora, no me jodas, cari.

Antonia menea la cabeza y se apoya en la mesa.

—No hay nada. La empresa de las transferencias, he logrado ubicarla en la isla de Jersey. Es un paraíso fiscal. A partir de ahí, nada. Es como si no existiera.

Jon se rasca el cogote, como suele hacer cuando necesita pensar. Salvo que este gesto, tan habitual en él, se vuelve un recordatorio de la amenaza cuando sus dedos se encuentran con el abultamiento de la piel y con la cicatriz. Retira la mano enseguida.

—Te diría que nos fuéramos a casa a descansar y a consultarlo con la almohada. Pero nos hemos quedado sin fechas.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Y siento que todo está delante de nosotros. Que lo ha estado todo el tiempo. Desde...

De ordinario, a Jon le molesta mucho esa expresión que Antonia acaba de poner. La cara de «me has dado una idea con lo que has dicho, aunque no tengas ni la más remota idea de qué es, y ahora mis procesos mentales están funcionando a toda máquina y no voy a molestarme en explicártelo». Pero esta vez siente un alivio muy comprensible.

Antonia vuelve a coger el iPad y teclea a toda prisa.

—Los pagos empezaron hace cuatro años.

—¿Antes o después de que te encontraras con él?

—Un mes después es el primero. Hazme un favor, abre la aplicación de calendario.

El icono está en la barra de herramientas, bien visible. Un doble clic, y se abre, desplegando completo el mes actual. Cada uno de los días está lleno de anotaciones, con nomenclaturas extrañas.

«Ensamblar bloque 34HCV»

«Depuración errores str.substring»

—No entiendo nada.

—Yo tampoco. Ve hace cuatro años.

Jon retrocede en el programa, mes a mes, cuatro años. Hasta el

junio que lo cambió todo.

—Éste es el día en el que nos encontramos —dice Antonia, señalando el día 11.

Ni una sola anotación en el calendario. Un día en blanco, algo extraño en un hombre que tiene anotados todos y cada uno de ellos.

Tan sólo hay otro día en blanco.

Una semana antes.

—¿Sabes qué día es? —pregunta Antonia, con un hilo de voz.

Jon sabe que ha escuchado esa fecha antes. De pronto vuelve a escuchar a Víctor Blázquez.

El día que pasó era seis de junio…

—No puede ser —dice Jon—. ¿Crees que…?

—Busca en el correo.

Jon obedece. Prueban de todas las formas posibles, pero nada. La aplicación de email de Soler no tiene apenas correos. Casi todos están en la bandeja de spam. Publicidad u ofertas millonarias de herederos guineanos, lo normal. El resto, correos de familiares, la factura del teléfono, de la luz…

—No. Es demasiado listo para haber dejado un rastro aquí. Ayúdame con esto. ¿Cómo guardáis los hombres en el ordenador las cosas que no queréis que vea vuestra pareja?

Tras cavilar un momento, Jon dice:

—En una carpeta que se llame COSAS, que tenga dentro otra que se llame POCO INTERESANTE, y dentro de esa otra que se llame NADA DE PORNO AQUÍ DENTRO.

—Prueba en las fotografías.

Jon abre de nuevo el buscador de archivos, y modifica la búsqueda para que muestre únicamente las carpetas que contienen imágenes.

—Son muchísimas.

—Ponlas en mosaico y dale al scroll —dice Antonia, muy consciente del reloj. Apenas queda una hora.

—Esto no son formas de trabajar —dice Jon.

Las carpetas se van sucediendo en la pantalla, todas aparentemente idénticas. Hasta que una de ellas llama la atención de Antonia.

—Para. Abre ésta.

El icono que señala Antonia es una carpeta normal, en todo salvo en que tiene un minúsculo candado en una esquina.

El nombre de la carpeta es Recursos Gráficos.

—Supongo que podría valer como cosas —dice Jon, haciendo doble clic sobre ella.

La carpeta no se abre. Lo que se abre es, de nuevo, la aplicación de protección biométrica. Antonia recoge el dedo del muerto de encima de la mesa y lo coloca con cuidado sobre el sensor. La parte superior tiene una lucecita que no para de iluminarse en rojo.

—¿Qué demonios le pasa ahora?

—Los sensores capacitivos funcionan detectando la electricidad de nuestros cuerpos. Es lo que permite leer la huella. Cuanto más tiempo pases muerto, menos electricidad.

—¿Fue así como robaste las pastillas rojas? —pregunta Jon, como quien no quiere la cosa.

—¿Has visto que a Mentor le falten dedos?

—No voy por ahí contándole las falanges a la gente.

—Yo no voy por ahí robando pastillas. No me hizo falta —dice Antonia, que sigue peleándose con el sensor, sin éxito.

—En la máquina de café del cuartel, si no te coge el euro, lo frotas en el lateral de la máquina un poco y ya tira —sugiere Jon. Un poco por ayudar, y otro más por joder.

Antonia se le queda mirando, inclina la cabeza un poco. Como ponderando la sugerencia. Después acerca la punta del dedo a la manga de la chaqueta de Jon.

—¡Eh!

Antonia ignora sus protestas, frotando el dedo contra el tejido. Lo aparta enseguida y lo acerca al sensor, que se ilumina de inmediato en verde.

—Electricidad estática. Bien pensado.

Jon no tiene tiempo de maldecir demasiado, porque la carpeta se abre, y su contenido se revela a los ojos de Jon y Antonia.

Revelar es exactamente la palabra, piensa Jon, al ver todo aquel despliegue de piel, de glúteos, de órganos sexuales y de glándulas mamarias.

Cincuenta y cuatro fotografías.

En todas aparece la misma mujer. Las posturas, pues las propias de la situación. *Sexting*, lo llaman. El rostro se ve en pocas. Pero no hace falta más que una. Jon la abre, para confirmar lo que los dos ya saben.

Si ya decía yo que este tío tenía algo escondido.

Mirando a la cámara de forma sugerente, y completamente desnuda, está Raquel Planas.

—Parece que hemos encontrado a su asesino. Un poco tarde, pero vamos bien. Vamos cojonudamente —dice Jon, pegando un manotazo exasperado sobre la mesa.

Lo que hicieron entonces

La vida en un manicomio no está tan mal, al fin y al cabo.

Las noches apenas existen. Los medicamentos que te embuten garganta abajo —a la fuerza las primeras noches, algo menos después, a medida que tu espíritu va cediendo— te hacen desaparecer. Eliminan los sueños, las pesadillas. Ese duermevela infinito que transcurría entre el momento en el que cerrabas los ojos y aquel en el que la vejiga tomaba el control, ha desaparecido. En su lugar, cae un telón negro, pesado y espeso. Jirones de ese terciopelo oscuro cuelgan de tus párpados cuando te despiertas.

Comprendes la muerte —de verdad—, cuando te inducen ese sueño terroso y denso. Comprendes lo que es desvanecerse en la nada. Dejar de ser.

Es la primera vez que la mujer duerme. Durante sus veintitrés años anteriores, no recuerda ni una noche de puro descanso, de auténtica calma.

Con la distancia y el desapasionamiento que le produce la medicación, comienza a analizar su vida anterior. No en las absurdas terapias que le imponen los psiquiatras. En ésas se limita a guardar silencio y a guarecerse en su propio interior. No, lo hace en los ratos en los que la dejan suficientemente a solas, cuando la aparcan en la esquina de la sala común, atada a la silla de ruedas, junto a los demás huéspedes. Así los llaman.

Hay algo que ha cambiado dentro de ella, y sólo es consciente ahora.

El sueño enmascara sus carencias. La lógica de la vida exige dormir. Y así hacen las personas normales. Pueden acostarse con los ojos arrasados por las lágrimas, desesperados, hundidos, derrotados. Con ganas de devolver centuplicado el sufrimiento a quienes se lo han causado.

Sin embargo, al despertar, nada es como la noche anterior. La ira se ha diluido. Se ha transformado en ayer, en recuerdo. Muchos intuyen, intuimos, que hay algo turbio en la realidad, en lo que nos rodea. En el sistema, en los demás, en nosotros mismos. Pero la vida nos soborna y compra nuestro silencio con la dádiva del sueño.

Ella, en cambio, no olvidaba, no podía olvidar. Cuenta las noches, largas como serpientes. Su odio no se aligeraba al despertar. Al contrario. Cada noche de insomnio, cada pesadilla lúcida —con los ojos entornados, consciente del peso de las sábanas sobre su cuerpo, del sudor frío entre el cuello y la almohada— daba músculo a su rencor.

En el manicomio ha descubierto el valor del sueño, por primera vez. Del *no-ser* que resetea todo, que interrumpe el proceso del odio.

Día a día, va transformándose. En términos generales, no es gran cosa. Sigue viendo a los demás seres humanos como objetos, tan prescindibles como un trozo de papel higiénico, tan aplastables como una cucaracha. No hay nada, salvo ella. Eso no ha cambiado. Pero ahora siente una cierta serenidad ante lo inevitable.

Un día, uno de los celadores —el mismo que suele sobarle las tetas durante varios minutos cuando la ata a la cama por la noche— se olvida de atarle el brazo izquierdo a la silla. Ella mira el trozo de carne que va desde su codo hasta la punta de los dedos con indiferencia. Durante los primeros días había deseado que llegase una oportunidad como ésta a cada instante.

Ahora, los días se han convertido en meses. Tiene la tripa llena, el cerebro abotargado. Ha ganado peso. Su pelo es un desastre, su piel está grasienta y grisácea. No se reconoce en el espejo.

Tampoco su brazo, con la muñeca libre, colgando inane. Por un instante piensa en enviar una orden, la orden de moverse, de quitarse la otra sujeción. Por su cabeza pasan imágenes de ella misma lanzándose hacia el cuarto de los celadores, agarrando a uno por el cuello, usando algún objeto —un bolígrafo serviría— para amenazarle, para obligarle a abrir la puerta.

Sería sencillo. Pero no encuentra las fuerzas, ni el motivo.

Una noche, las pesadillas vuelven.

No es gradual. Ocurre, sin más. Una única pesadilla, a mitad de la madrugada. Y ya no puede dormirse.

Pasa el día agotada, inquieta, revolviéndose. Los celadores vuelven a mirarla con precaución. Ya la consideraban domada, pero ahora está de nuevo sobre aviso. Hace mucho que no les causa daño, pero ellos parecen no haberlo olvidado.

Ella toma nota, también. Finge. Y espera.

La noche siguiente ya no puede dormir.

Se toma las pastillas que le dan, sin protestar. Abre la boca para mostrar que las ha tragado, mientras la enfermera revisa cada ángulo con una linterna.

Las nota descendiendo por su garganta, suavemente. A veces alguna se atasca a medio camino, con esa sensación tan desagradable y pegajosa. Pero siempre hacen efecto.

No esta vez.

Se queda quieta en la cama mientras la sujetan —esa noche no está el celador sobón, y ella se alegra, porque duda de que hubiera podido controlarse—. Cierran la puerta, y ella los ojos.

A través de sus oídos, comienza a descubrir un mundo que antes le había sido velado. De noche, el manicomio se transforma.

Hay lloriqueos, quedos, a través de la pared. Unos gemidos, también, al otro lado. Puede escuchar a su vecina masturbarse. A pesar de que la ha visto a la luz del día —una mujer repulsiva, que suele vomitarse encima en mitad de la comida—, la combinación de jadeos, frotes y chapoteos le causa una excitación leve. Afortunadamente, también efímera.

Pasan minutos, quizás horas, y unos pasos resuenan por el pasillo. Les acompaña un intenso olor a desinfectante y el traqueteo metálico y sincopado de las ruedas de un carro. Ella percibe cómo la rueda de la izquierda está claramente desalineada. Se pregunta cómo es posible que reconozca esto. También cree escuchar el sonido de unos cascos reproduciendo música. No reconoce la voz del celador, es alguien con quien no se ha cruzado nunca. Tararea algo con voz sorprendentemente afinada (*tu cuerpo y el mío / llenando el vacío /*

subiendo y bajando).

La canción es pegadiza. Se promete buscarla algún día. En su vida anterior le gustaba mucho la música, el muro que levantaba ante las estupideces de la gente.

Con el estribillo en la cabeza, desciende un peldaño dentro del sueño. Sólo uno. A mitad de camino entre la dureza de la vigilia y la paz de la negrura. Un territorio poblado de monstruos y alfombrado de dientes. Pasa la noche en él, huyendo a trompicones, sin llegar a dormirse o despertarse del todo.

A la mañana siguiente, el odio ha regresado.

Los recuerdos lo hacen con la sobremesa.

Les dan la comida a las 12.30. Una pasta insulsa, arroz aplastujado, carne misteriosa, gelatina verde. Depende del día. Los cubiertos son de plástico fino, para evitar tentaciones. A ella le liberan un brazo, pero hoy finge estar ida por completo, como le ocurre a veces. Una de las celadoras le mete las cucharadas con desgana en la boca, limpiándole la barbilla cuando se acuerda.

Después de comer, se queda mirando la televisión. Con la barriga llena y el adormecedor murmullo del aparato, con el volumen casi al mínimo, la sala común es un lugar tranquilo, en el que se perciben con claridad los ronquidos y los eructos de los internos.

Entonces arranca el informativo. La noticia de última hora llega desde Valencia. Unas imágenes aéreas de la plaza del Ayuntamiento. Una densa columna de humo sale del edificio, haciendo casi invisibles las palmeras. La fuente está apagada, las calles cortadas. La explanada delantera tomada por coches de la Policía Nacional. Coches patrulla, enormes camiones con conexión vía satélite.

La voz en off de la presentadora habla de milagro. De heroicidad. Un miembro desconocido de las fuerzas del orden, que ha salvado centenares de vidas. Una camarera —rubia, uniforme de color claro, placa con su nombre— habla a la cámara despeinada y con churretes de hollín en la cara.

—Ella me ha salvado la vida. Allá donde esté, sólo quiero decirle

gracias.

Las imágenes muestran ahora el cordón policial. Al otro lado, los agentes gritan, dan órdenes, se apresuran de un lado al otro. Durante un instante, brevísimo, aparece alguien al fondo. No es mucho, pero la mujer ha sido entrenada para reconocer rostros y absorber detalles mínimos.

Su reacción es inmediata. Se incorpora en la silla, abre los ojos, emite un ladrido seco, salvaje. Los ojos de los celadores se vuelven hacia ella. Uno se lleva las manos a la espalda, donde guarda la defensa extensible. No, no han olvidado. Ni ella tampoco, los moretones que el bastón de acero y polipropileno le ha causado en los glúteos, en las espinillas, en la espalda. A veces, sin provocación previa. Así que se encoge, recuesta la cabeza, entrecierra los párpados hasta convertirlos en dos finas líneas oblicuas, y no quita ojo a lo que cuenta la televisión.

La mujer del coche oscuro no vuelve a salir. Pero ella la ha reconocido.

Su rival.

Siempre supo que había otra. Los esfuerzos por controlar sus movimientos dentro del complejo, la existencia de una segunda sala de entrenamiento que ella no empleaba nunca, delante de la que pasaba cada día. Siempre a oscuras. Siempre vacía. La suya estaba más lejos, al final de la nave.

A pesar de la vigilancia constante, había podido escabullirse un día en el retrete, aprovechando un momento de distracción. Había espiado a la otra a través de la ventanilla de la puerta de la sala. Menuda, con el pelo negro y lacio, y los ojos verdes. Sintió un destello de fascinación al verla. La Otra. Otra como ella. Alguien especial, único. Alguien con una inteligencia casi sobrenatural, con la capacidad de ver lo que nadie más veía, hacer lo que nadie más era capaz de hacer. Eso es lo que le había dicho Mentor a ella.

La fascinación se convirtió en odio unos segundos más tarde. Cuando las matemáticas se impusieron, y comprendió que dos de algo

es menos valioso que uno de ese mismo algo.

El odio se convirtió en despecho —mucho más peligroso que el odio, no conoce el infierno furia como la de la mujer despechada— cuando escuchó a Mentor a través de los altavoces.

—No puedes domar un río, Antonia. Tienes que rendirte a la corriente, y convertir su poder en el tuyo.

—¿Controlar cediendo el control? No tiene sentido.

—No todo lo tiene, ni tiene por qué tenerlo. Ríndete al río, Antonia.

Antonia. Se dirigía a La Otra por su nombre. Con suavidad, con cariño.

Nada de la brutalidad y el desprecio que guardaba para ella.

Regresó al baño con el corazón latiéndole en las sienes, y la boca sabiéndole a rabia y a hierro. Se había mordido los labios sin darse cuenta, se había hecho heridas en las palmas de las manos de tan fuerte como las había apretado. Se preguntó si él notaría algo, cuando llegase para dirigir su entrenamiento. Fantaseó durante horas con esa posibilidad. Con que él entrase en la sala, la tomase entre sus brazos y la abrazase, preguntándole qué le había ocurrido.

No sucedió.

Los informativos terminan, la tarde pasa, llega la noche. Vuelven a encerrarla en su habitación, vuelven a atarla. Vuelve a cerrar los ojos.

—Diría que estás hecha un asco, sin duda.

La voz suena a su lado, dentro de la habitación. Ella se incorpora todo lo que le permiten las ataduras. Unos pocos centímetros.

La luz que entra por la ventana —siempre cerrada con rejas— forma un rincón oscuro en una esquina de la habitación. Esa noche la sombra es más densa, y sus formas, distintas. De ese lugar procede la voz. Metálica, segura. Le habla en inglés, idioma que ella maneja con cierta soltura.

—¿Quién es usted?

—Por el amor del cielo, menudo acento. También tendremos que trabajar eso.

Ella se revuelve. No siente miedo —eso no ocurre nunca—, pero se

siente amenazada. Y ante cualquier amenaza, siempre reacciona de idéntica forma. Como un animal salvaje.

—¿Qué es lo que quiere?

—Esa pregunta no es importante, por ahora.

Ella deja de pelearse contra sus ataduras —cuero, acero, candados por todas partes, un esfuerzo inútil—, y se para a reflexionar durante varios segundos. Pero algo ha aprendido durante su entrenamiento. Ha aprendido a complacer a la voz al otro lado. La voz que controla su destino. Ha comprendido el poder que encierra esa voz de rostro desconocido. En el futuro, una perversión de ese poder le ayudará a causar el sufrimiento de Carla Ortiz. Ahora le sirve de forma distinta.

Si no importa quién es, ni lo que quiere... Entonces lo que importa es lo único que sabe de él. Que está en un lugar donde no debería estar, sin haber sido detectado, o habiéndose encargado de que no importase. Eso, y la muy improbable coincidencia de que su medicación haya dejado de funcionar.

—Lo que importa es lo que puede hacer.

El hombre tarda una eternidad en responder. Tanto que ella está a punto de dormirse, llega a creer que ha soñado la presencia extraña en su habitación. La locura, acechando agazapada.

—Nunca lo hubiera imaginado —dice, finalmente—. Después de tantos años de soledad. Vamos a hacer grandes cosas juntos.

Ella no puede evitar soltar un bufido exasperado.

—He escuchado eso antes.

—Yo no soy como tu antiguo mentor.

—Me han llamado a luchar antes en el lado de los ángeles. No salió bien —dice ella, agitando las correas. Los eslabones arrancan chirridos metálicos del bastidor al que han sido enganchados.

—Esta llamada es para el lado contrario, querida. Estimulante —responde el hombre, incorporándose.

Sandra medita un momento. Finalmente decide que le parece bien. Si iban a darle el papel de villana, que así fuera. Los villanos siempre eran los personajes más interesantes, de todos modos.

Cuando el hombre se pone en pie, la luz de la ventana da de lleno sobre su rostro. Tiene el pelo rubio y ondulado, y la piel blanca y

suave. Se parece un poco al actor ese que hacía de padre en *Lo Imposible*.

—Te espero con el coche en marcha —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. No tardes.

—Espere. ¿No va a soltarme?

Él se da la vuelta, y arroja un bolígrafo encima de la cama. Rebota en la sábana, y cae rodando, casi al alcance de su mano derecha.

—Si eres quien yo espero que seas, no te hará falta.

10

Una visita

—¿Tienes alguna teoría? Porque en este momento nos vendría bien.

—No me gusta trabajar con teorías. Acabas forzando a los hechos a encajar dentro de ellas.

El inspector Gutiérrez esboza una mueca mientras trata de seguir el ritmo de Antonia por los pasillos del hospital de La Zarzuela. Ahora ya no es una cuestión de agilidad, es una cuestión de agotamiento. Los antibióticos y el estrés le están dejando machacado, y no ingiere una comida en condiciones desde hace muchas horas. Por otro lado, apenas les quedan 59 minutos. Así que bajar el pistón no entra en sus planes.

—Está claro que no has leído un periódico en los últimos diez años. ¿No sabes que ahora es tendencia decirle a la gente lo que quiere oír?

—No lo comprendo. Una noticia es correcta o incorrecta —dice Antonia, esquivando a una enfermera que corre por el pasillo.

—No tienes ni idea. Lo que piensa ahora la gente es: «¿Cómo va a estar equivocada si es lo que yo pienso?». A lo mejor tu señor White es de ésos.

—No es *mi* señor White. Y no me da el perfil.

—Está bien. Entonces dime qué hechos tenemos. Ya me pensaré yo las teorías.

Intenta que no se le note la desesperación en la voz. Es un intento infructuoso, pero menos da una piedra.

Antonia parece distante, como le ocurre cuando su cerebro está haciendo esas cosas que hace. Pesos, engranajes, mediciones. Casi a regañadientes, accede a la petición de Jon.

—Tenemos el asesinato de Raquel Planas, hace cuatro años. Sabemos, por la madre, que el asesino era su amante —Antonia gira

en la intersección, siguiendo la indicación de la flecha azul y del letrero marcado como Unidad de Cuidados Intensivos—. El amante resulta ser un ingeniero informático que aparece muerto cuatro años después.

—No te olvides lo de que te siguió por la calle.

—No me olvido. Una semana después de la muerte de Raquel Planas, Jaume Soler se pone en contacto conmigo para pedirme ayuda. Y yo…

El resto lo omite, y Jon no insiste.

—Tres años después —continúa Antonia—. Tú apareces. Tenemos que capturar a un asesino que está secuestrando y chantajeando a personas de alto nivel. El asesino no era sino un pelele en manos de Sandra y de White.

—Un truco para engañarte a ti.

—Todo el *modus operandi*, en perspectiva, apestaba a él. Eso lo sabemos ahora. Sandra desaparece, no sin antes avisarnos de que White estaba de camino.

—Cuando vuelve, ataca a las reinas rojas de otros países. Mientras nosotros estábamos ocupados en Málaga.

—A la vuelta, te coge a ti. Te pone eso en el cuello. Nos convierte en sus marionetas para investigar tres crímenes. Raquel Planas. Jaume Soler.

Eso es todo.

No es poco.

No es suficiente.

—No ha ayudado mucho —dice Jon, con un suspiro.

—No —admite Antonia—. Nos siguen quedando 57 minutos antes de que se cumpla el segundo plazo. Y lo más urgente sigue siendo resolver el crimen.

En eso, Jon está de acuerdo.

El miedo que pasó en el ascensor no se ha esfumado del todo. Tan sólo ha cambiado de sitio. Del centro de su pecho gigantesco —atrapándole, congelándole, impidiéndole incluso pensar— ha descendido a sus tripas. Es una sensación pesada y creciente, un ácido frío y pegajoso, que va aumentando su volumen y densidad a medida

que el tiempo va disminuyendo.

Jon nunca ha tenido un ataque de ansiedad diagnosticado. Pero si le describiera sus síntomas a un psiquiatra, probablemente usaría esas palabras. Además de recetarle media farmacia. Claro que Jon antes volaría por los aires que visitar a un loquero, que Bilbao es Bilbao y los polis son polis, etcétera.

En la puerta de la UCI se encuentran con dos obstáculos. El primero tiene la forma y aspecto de un policía, pero se esfuma rápidamente en cuanto Jon se identifica.

El segundo, más pequeño y con uniforme de hospital, resulta ser una enfermera de guardia que no está en absoluto por la labor de dejarles pasar. Jon tiene que utilizar todo su encanto y su labia para conseguir el acceso. Cuestión de vida o muerte, ya sabe usted.

La enfermera se aviene sólo después de que Jon y Antonia se comprometan a calzarse patucos, gorro de plástico, mascarilla y guantes.

—¿Cómo se encuentra?

—Si no hay infección, saldrá de ésta. La herida ha comprometido el estómago, aunque se ha librado por muy poco de que le destrozara el hígado.

—¿Está consciente?

—Ha despertado hace poco. Aún está muy débil, y hasta arriba de morfina.

—Pero puede hablar.

—Cinco minutos.

Como si tuviéramos más.

—No le digan nada del marido, ¿de acuerdo? —les grita la enfermera, antes de que se cierren las puertas presurizadas tras ellos.

El interior de la UCI es un lugar deprimente y hostil. Todo lo que les rodea es estéril, hace ruido, está moribundo o tiene prisa. Los cuatro estados representados por el aire, las máquinas, los enfermos y quienes les cuidan.

Incluso a través de la mascarilla, Jon ve que Antonia no se

encuentra bien. Tiene los ojos huidizos, y vuelve a abrazarse el estómago.

—¿Qué...?

—Ahora no, por favor. Después hablamos.

El inspector Gutiérrez mete lo de preocuparse por su compañera en tareas pendientes, porque han llegado junto a la cama de Aura Reyes. Separada de las demás por una mampara de metro y medio de alto, la víctima está conectada a los monitores y al suero intravenoso. Parpadea cuando ve que se acercan.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está Jaume? —dice, con la voz reseca y rasposa.

Jon se sienta junto a la cama para no intimidar a la mujer con su envergadura. Antonia se coloca a su lado.

—Señora Reyes, somos de la policía. Inspector Gutiérrez, mi compañera Antonia Scott.

La mujer tiene la mirada perdida en algún punto por encima de la cabeza de sus dos visitantes. Pero cuando escucha la palabra *policía*, algo en su interior se ajusta, se recalibra, a medida que las piezas caen en su sitio —el olor a desinfectante, el remoto dolor de la herida, la incomodidad de la vía intravenosa en el brazo— y se da cuenta de que no está despertando de una pesadilla que se vaya a esfumar en cuanto se levante a preparar el desayuno de las niñas.

—Mis hijas. Mis hijas —dice, intentando levantarse.

Jon le pone la mano con suavidad en el hombro —no tiene ni siquiera que hacer fuerza, pues la mujer está débil como un pajarillo— para impedir que se mueva y se haga daño.

—Las niñas están perfectamente. Están con su abuela, a salvo y tranquilas. Hoy no irán al colegio, van a pasar la mañana viendo *Frozen 2* y episodios de *Peppa Pig*.

—Quiero hablar con ellas.

—Después, señora, se lo prometo. No tenemos mucho tiempo. Necesitamos que nos conteste antes a unas preguntas.

—¡He dicho que quiero hablar con ellas! —dice Aura, con lo más parecido a un grito que puede emitir una que ha escapado por tan poco de la muerte que aún lleva las marcas de dedos en la garganta.

Jon se ve obligado a malgastar unos preciosos segundos en localizar el teléfono de la abuela. Finalmente consigue comunicar a las dos. La conversación es breve. Las niñas no se han enterado de nada, y contestan felices, con voces incongruentes y extrañas para la situación. Ya habrá tiempo de que conozcan la verdad. Pero, de algún modo, la dicha de la ignorancia de sus hijas ejerce un efecto anestésico en Aura Reyes. Su cuerpo se destensa, sus ojos vuelven a vagabundear por el techo.

—Señora Reyes, tenemos que hacerle unas preguntas. Es importante.

—Quiero hablar con Jaume ahora.

Esta nueva petición es pronunciada en un tono completamente distinto. La urgencia se ha transformado en otra cosa. En la expresión de un deseo, quizás. Jon es vagamente consciente de que la mujer habla a través de una nube, de un banco de niebla que amortigua su voz.

No le hablen del marido, les ha dicho la enfermera.

Pero hay que despertarla de esa ensoñación en la que parece haber caído. Se les acaba el tiempo. Así que Jon se prepara para comunicar las malas noticias. No es la primera vez que lo hace. Junto al papeleo, es la parte que los policías más odian de su trabajo. Un escalón por encima de la posibilidad de llevarse un tiro.

Jon intenta visualizar ocasiones anteriores, aunque no sirva de gran cosa. Al igual que ducharse con agua fría, este tipo de interacciones con la realidad no se benefician de la experiencia. Puedes intentar suavizar el golpe como buenamente puedas, pero antes o después tienes que girar el grifo, antes o después tu piel toca el agua gélida, antes o después acaba resbalando hasta el escroto.

—Señora Reyes… —comienza a decir Jon.

—Jaume está muerto. No pudimos hacer nada, lo siento —concluye Antonia, con la delicadeza de un lanzallamas.

Ole tus ovarios, cari, maldice Jon.

La mujer no reacciona. Su cara es un folio en blanco, sus ojos permanecen inmóviles. El único signo de que sigue viva es el pitido constante del monitor cardíaco.

Aquí es cuando la experiencia del inspector Gutiérrez es de cierta utilidad. Porque Jon ha visto antes esta clase de reacción. El rostro del superviviente se mantiene intacto, a medida que la noticia va calando en su conciencia, transformando el folio en blanco. Es como prenderle fuego a ese papel. Comienza por una esquina, de forma tímida, vacilante. Una línea de llama que puedes apagar con un soplido. Pero que, a medida que avanza, se va haciendo imparable, revelando la verdad debajo.

Aura tiembla, y se echa a llorar.

—Lo sentimos mucho, pero es imprescindible que encontremos al asesino, señora Reyes —dice Jon, al cabo de unos segundos.

—¿Qué… ¿qué quieren saber?

El relato de Aura es muy breve, no cuenta nada que no supieran ya. Se levantó, presintió que había alguien en casa, avisó a su marido. Todos los relatos de este tipo suelen incorporar un momento insoportable (para Aura, cuando el asesino le corta el cuello a Jaume); y un lamento desgarrador (para Aura, no haber llamado inmediatamente a la policía).

El inspector Gutiérrez se promete —como el que jura ir a Lourdes de rodillas si la virgencita le cura al niño sin piernas— que visitará a esa mujer para calmarla, para ayudarla a superar el trago, para que comprenda que no podía haber cambiado su destino. Para Jon, a tan sólo 50 minutos de morir, es una de esas promesas que se hacen desde la impunidad. Porque, en realidad, sospechas que al niño no le van a crecer piernas, porque nadie quiere ir de rodillas a una gruta en el sur de Francia.

—¿Sabe a qué se dedicaba su marido? ¿Para quién trabajaba? —pide Antonia, cuando ve que la mujer ha terminado.

—Es consultor. Es… hace programas informáticos. Algo para el gobierno, creo.

—¿Para el gobierno? ¿Está segura?

—No le gusta hablar de su trabajo.

El terreno es demasiado abstracto. Jon le hace una señal para que avance, señalando el reloj. Así que Antonia decide volver a la noche anterior.

—Háblenos del agresor.

—No recuerdo gran cosa. Estaba… estaba vestido de negro y llevaba puesto una especie de gorro. Como los de esquiar.

Antonia no tiene tiempo para ninguno de los procedimientos habituales. No puede hacer un retrato robot, ni pueden buscar fotos de delincuentes habituales y conocidos.

—¿Llevaba la cara tapada?

—No. Era… no sé, diría que rubio. Un poco mayor que usted —dice Aura, señalando a Jon—. Pero menos…

—Aún más delgado —precisa el inspector.

—No le vi bien. No vi gran cosa, lo siento.

—Tienen que irse ya —dice la enfermera, apareciendo por detrás de la mampara—. La paciente está agotada.

—Sólo una pregunta más —pide Antonia.

—No me obliguen a llamar a seguridad, agentes —insiste la enfermera.

Antonia la ignora y se vuelve hacia Aura, que da muestras de estar visiblemente agotada. Las heridas, la pena y la conversación han exprimido de ella las fuerzas hasta dejarla exhausta. Pero Antonia no puede irse sin más. No con las manos vacías.

Así que hace la última pregunta.

—Tuvo que ver algo que le pareciera fuera de lo común —pide, con tono casi de súplica.

—Me dio la sensación de que mi marido lo conocía —dice Aura, tras pensarlo un momento.

—¿Por qué piensa eso? —pregunta, inclinándose hacia delante.

—No lo sé. Cuando le atacó el hombre, mi marido dijo algo. No lo recuerdo bien. *Tú no, espera*, o algo así.

11

Un declive

—Es imposible. No vamos a conseguirlo —dice Jon, desesperado.

La enfermera ha acabado por sacarlos a rastras de la UCI. Ambos se encuentran, de pronto, en el parking del hospital. Sin pistas, sin información nueva. Sin rumbo.

Antonia llama a Aguado, que le comunica que no hay ninguna novedad. Siguen investigando por su cuenta los datos que tienen, pero sin avances, por ahora.

No hace falta que le cuente a Jon el resultado de la conversación, porque se le ve en la cara.

—No vamos a rendirnos —dice Antonia.

—No queda tiempo.

—Tenemos 37 minutos. Hasta que se agoten, vamos a actuar como lo que somos. ¿Me has escuchado?

Jon no dice nada.

Camina los pocos pasos que le separan del coche y se sienta sobre el capó. Al salir a la luz tibia del sol, al aire frío, al viento desapacible que agita las hojas secas, se ha dado cuenta de algo.

Está muy cansado. Eso es lo único que puede pensar. En lo cansado que está.

Jon ha experimentado todos los tipos de cansancio antes, como cualquier ser humano de cuarenta y cuatro años. Está el cansancio que te agota tanto que no te deja dormir. Está el cansancio que te provoca ganas de llorar. Está el cansancio que te deja triste, muy triste.

Este cansancio es distinto.

Es un cansancio más allá del llanto, más allá de la tristeza. Es un cansancio entumecedor, doloroso, que se le adhiere a la carne y a los huesos.

Es un cansancio de la esperanza.

—No puedo más, cari. Entiéndelo.

Antonia le mira, intentando descifrarle. Una palabra le viene a la mente.

Karōshi.

En japonés, la muerte provocada por el agotamiento.

La palabra es vulgar. Poco inspirada, ramplona. Cuando se la propuso Marcos, ella la colocó al fondo del armario, como se hace con los regalos de una suegra con mejor intención que gusto.

La descarta, sigue buscando.

Dharmanisthuya.

En canarés, lengua dravídica que hablan cuarenta y cuatro millones de personas en India, la piedad del declive. El sentimiento que experimenta el caminante exhausto cuando halla en el camino una cuesta abajo.

Antonia no puede ofrecer gran cosa a Jon, con todo en contra. Lo único que puede ofrecer es la oportunidad de seguir peleando hasta el final. Negarle a Jon la oportunidad de pensar. Empujarle por la cuesta abajo. Ofrecerle la piedad del declive. Si no tiene nada más, al menos reducirá su ansiedad y su miedo en la recta final.

Así que coge el teléfono y hace una llamada. Una llamada que nunca habría creído que haría. Alguien de su pasado que, sin duda, no espera que llame.

Tan poco lo espera, que no coge el teléfono.

No queda más remedio que ir a verlo, piensa Antonia.

—Escúchame, Jon. Súbete al coche. He tenido una idea.

El inspector Gutiérrez vuelve la cabeza muy despacio, mira a Antonia con extrañeza. No hay hilos de los que tirar. Ninguno. Al menos, ninguno que vaya a dar resultado en tan poco tiempo. Lo único que le pide el agotamiento es dejarse caer y esperar a la muerte. O quizás meterse a un bar a comerse un bocadillo de jamón que nunca llegará a digerir del todo.

—Si no vas a acompañarme, al menos bájate del capó —pide Antonia.

Jon mueve una pierna, mueve el pie, se llena el pecho de aire —le

lleva un rato—. Finalmente se incorpora, tras exhalar un enorme suspiro, de los que cambian el viento de dirección.

¿Por qué lo hago?, piensa, mirando el reloj. ¿Por qué seguir adelante, cuando sabes que todo es inútil?

Porque tiene miedo, y eso le avergüenza.

Porque a Antonia le sigue importando.

Porque sí importa el modo en que un hombre se hunde.

Porque no va a dejar que, cuando pase lo peor, dentro de 37 minutos, esa maldita canija sabelotodo y mandona tenga nada que reprocharle. Faltaría más.

Así que se levanta.

Por lo que sea.

—Cari, espero que no me estés haciendo perder el tiempo —dice, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Porque en mis últimos 37 minutos, me gustaría comerme un bocata.

12

Una clase

La Dirección General de la Policía, en Pinar del Rey, está a unos quince minutos en coche del hospital de La Zarzuela. Como conduce Antonia, la cifra se reduce a la mitad.

—Lo único que se me ocurre —dice Antonia, mientras cruza a toda velocidad el puente sobre la avenida de Burgos— es que descubramos por qué le han matado. Quizás con eso pueda negociar con White.

—¿Te has planteado que éste pueda ser un crimen sin motivo?

—El problema del crimen sin motivo es que no existe. Simplemente no lo vemos.

Jon se echa para atrás en el asiento, encogiéndose sin poder evitarlo, cuando Antonia adelanta por la derecha a un coche que estaba a su vez adelantando a otro. Las columnas del puente de La Paz pasan tan cerca del retrovisor que puede ver los granitos en el hormigón.

No mires. No grites. No protestes, piensa Jon.

Si te mata, habrá sido intentando salvarte la vida. No estás para pedir.

—¿Sabes lo que realmente me toca las narices? Que no tuviera apenas correos en el ordenador. Esto es muy raro. ¿Quién no se comunica por email hoy en día?

—Tú y yo, por ejemplo —dice Antonia—. Gente con un trabajo que tiene que mantener en secreto.

Jon piensa en esa última frase, y la pone en el contexto de todo lo que saben hasta ahora.

—¿Estás diciéndome que Soler no sólo sabía acerca de Reina Roja? ¿Que pudiera ser parte activa del proyecto?

—Eso sospeché entonces. Sólo que cuando me dijeron que estaba muerto, su identidad no era ésta.

Volver la cabeza para mirar asombrado a Antonia no es una buena idea cuando estás mareado y exhausto en un coche que viaja a casi doscientos por hora. Jon tiene que contenerse para no vomitar lo poco que le queda en el estómago.

—¿Qué sabes de mi antiguo compañero? —le pregunta Antonia, para distraerle.

—No mucho. Lo que me ha contado Mentor.

—Especifica.

Puede que el inspector Jon Gutiérrez no sea el hombre más inteligente del mundo, pero no viaja con la mujer más sutil del planeta, así que se da cuenta enseguida de lo que está haciendo Antonia. Aun así, decide jugar.

—Que era un guaperas insufrible. Y que os llevabais como un perro y un cojín.

—Es bastante correcto, sí. También es muy listo, muy hábil y muy trepa.

—¿Es ése a quien tienes en marcación automática desde que nos hemos subido al coche? —dice Jon, señalando al móvil, que está en el soporte del salpicadero, marcando una y otra vez un número que no contesta.

—Vas a conocerle enseguida.

Entrar en la sede central del Cuerpo Nacional de Policía con un vehículo a doscientos no es una buena idea en absoluto. Por la barrera de seguridad y por los agentes armados con fusiles de asalto en la entrada. Así que esperan impacientemente su turno en la fila de coches. Mientras, Antonia busca algo en internet, lo lee, lo memoriza. Luego llama a la doctora Aguado, que está trabajando sobre todos los datos que tienen, a ver si ha podido avanzar en algún sentido.

Nada.

El siguiente en la lista es Mentor. Que no tiene buenas noticias. Pero sí una mala.

—Se trata del escudero de Holanda. Hace unas horas le han encontrado en su celda. Se había ahorcado.

Antonia no reacciona. No cuelga, tampoco. Deja la mirada perdida en algún punto entre el parabrisas del Audi, la interminable fila de coches y la barrera del centro.

—Antes de que cuelgues sin despedirte… —empieza a decir Mentor.

Antonia cree que va a hablarle de nuevo del escudero, pero resulta que no es así.

—Hace años te confesé que me dabas envidia —continúa, muy despacio y muy bajo, casi susurrando. Parece a punto de llorar—. Iba a preguntarte si lo recuerdas, pero ya sé que lo recuerdas. Tú lo recuerdas todo.

—Lo recuerdo —responde Antonia—. Justo antes de que me inyectaras lo que me inyectaste.

—Pues ya no.

Cuelga.

Antonia, no sabe muy bien por qué, cree que le acaba de pedir perdón.

Seis preciosos minutos les lleva alcanzar la puerta del edificio. Antonia hace algunas averiguaciones en la entrada, y finalmente arrastra a Jon por los pasillos hasta una de las salas de formación del lado oeste del complejo. Otros tres minutos.

Quedan 13 minutos.

Los dos irrumpen en la sala —pintada de verde vómito y con carteles motivacionales en las paredes—, encontrando a treinta y cuatro policías en chándal, muy extrañados. Y a uno más, de uniforme, subido en el estrado —pizarra con esquemas, bandera de España, retratos del rey titular y del fugado—, aún más perplejo.

La perplejidad se convierte en malestar cuando Jon anuncia:

—Venga, niños, al recreo. Tenemos que hablar con el profesor.

Los alumnos se levantan, despacio, mientras el profesor se vuelve hacia ellos, indignado. Da tres pasos y se agacha en el estrado, para susurrarles

—Éstas no son formas, Antonia.

—Inspector Gutiérrez, te presento al inspector jefe Raúl Covas —

dice ella.

Jon no contesta. Ahora mismo está —potenciado por el estrés— bajo los efectos del síndrome de Stendhal. O su equivalente sexual, por más señas. El inspector jefe Covas, el antiguo compañero de Antonia, su primer escudero. Cincuentón, metro ochenta, pelo color caoba, ojos grises y hombros de rechupete. Jon contempla el cuerpo del policía como el que se queda atascado delante del mapa de Disneyland, sin saber dónde montarse primero.

Esto sí que es una razón para vivir, piensa Jon.

—Creo que la última vez que nos vimos me dijiste que sería la última vez que nos veríamos —Covas ignora a Jon, y se dirige a Antonia sin que apenas se le note el resquemor en la voz.

—Raúl, tenemos mucha prisa. La vida de un compañero depende de ello. Necesito hablar contigo.

Al oír aquello, el ceño de Covas se desfrunce un poco.

—¿Qué es lo que queréis?

—Hace cuatro años te hice un encargo. El último. Quiero que me cuentes todo lo que recuerdes.

13

Una espera

Nunca le ha gustado esperar.

¿A quién le gusta?

Por supuesto, si en la faceta conductual de tu diagnóstico psicopático pone «impulsiva, necesitada de sensaciones fuertes, inestable. Propensa a saltarse las normas y a incumplir responsabilidades y obligaciones», eso quiere decir que esperar te gusta algo menos de lo normal. Esperar la vuelve irritable, la encadena a un limbo extraño entre pausa y acción.

Como siempre, se muerde los padrastros de las uñas. Y, como siempre, le duele. Se da cuenta de que es un mal hábito. Como siempre.

Sentada en el coche, en la calle solitaria, con la música a todo volumen en sus AirPods —Los Ronaldos, *Saca la Lengua*, 1988—, Sandra piensa que apenas ha hecho otra cosa que esperar a este momento desde que White la liberó del manicomio.

Es curioso cómo la felicidad pura, sin adulterar, no deja poso en nuestros corazones, mientras que las aguas turbias de la tristeza manchan por doquier. Cada día que Sandra ha estado esperando a este momento ha sido un día de ansiedad, un día de agonía, desperdiciado. Es cierto que junto a él ha aprendido muchas cosas. Habilidades nuevas que no estaban en el libro de Mentor. Por ejemplo, apuñalar a alguien en la base del cráneo con un tenedor. Dejando que el cubierto se hunda hasta el mango en la carne blanda, alcanzando el bulbo raquídeo, matando instantáneamente. Lo ha podido practicar ya en dos ocasiones, ambas momentos especiales, que atesora con enorme deleite y que recuerda de tanto en tanto. Una, en una gasolinera, de madrugada. Ningún desafío, más allá de lidiar con las cámaras y

demás molestias modernas. Otra, en una casa solitaria y apartada escogida al azar de un pueblo escogido al azar. Ninguno de los dos asesinatos había tenido otro propósito que el del mero desarrollo personal.

También había aprendido a manejar y detonar explosivos. No tan cercanos e íntimos como los objetos punzantes, pero, aun así, apasionantes. Le había enseñado un húngaro viejo y aburrido, del tamaño y forma de un metro cúbico. Al húngaro le faltaba medio brazo izquierdo —contra todo pronóstico, la pérdida había sido por sacar el brazo en mal momento conduciendo más borracho que un Mon Chéri—, lo cual había limitado sus oportunidades profesionales a la enseñanza.

El húngaro le había contado todos sus trucos sucios, los secretos pasmosos de quien usa la física y la química para causar el mayor daño posible. Había disfrutado con cada pequeño descubrimiento, con la sutileza y la astucia desapasionadas inherentes al oficio. La guinda del pastel fue, por supuesto, volar al propio húngaro cuando concluyó su entrenamiento. El viejo se lo tomó con sorprendente deportividad. Atado a una silla y todo, entre gimoteos, aún le hizo un par de observaciones sobre el detonador y el cartucho de dinamita que le había colgado del cuello.

Había habido encargos reales, por supuesto. No tantos como a ella le hubiese gustado. Todo el rato tenía la sensación de que White la trataba como a un cachorro con una correa corta.

Me sorprende que no me guarde en una caja por las noches, piensa, a menudo.

Pero White ejercía una extraña brujería sobre ella. Sandra intentaba buscar la confrontación a menudo con él, trataba de buscar su límite, sacarle de quicio. Incluso, en un momento de especial necesidad, había pretendido tener sexo con él. Ninguno de sus acercamientos, salidas de tono o excesos había obtenido resultado alguno. A veces intentaba engatusarla con esas palabras suaves, las que se emplean para atraer a un gato por el hueco de una valla. Pero casi siempre se

limitaba a quedarse impasible.

La impasibilidad es un método de control más eficaz.

Eso Sandra lo ha descubierto desde el lado negativo de la ecuación. Pero ha averiguado otra cosa sobre White. Después de preguntarle una y otra vez por qué la ayudaba.

—Tengo un motivo egoísta, cosa que te conviene, porque los motivos egoístas son los únicos en los que deberías confiar —le había dicho.

El egoísmo es algo que Sandra es capaz de asimilar. Cuando por fin White comenzó a ejecutar el plan que había comenzado con Ezequiel, Sandra asumió el nombre que ahora ostenta.

También asumió que su propia venganza, su propósito particular, era un simple decorado. Un añadido dentro de un plan mayor.

Está dispuesta a jugar un poco más. Mientras le convenga.

Y luego…

Luego habrá cambios.

Spotify interrumpe la reproducción porque entra una llamada. Ella descuelga dando un golpecito en el auricular inalámbrico.

—Ejecuta mis instrucciones —ordena White.

—Aún no se ha cumplido el plazo que le has dado.

—Estoy cambiando las normas.

Eso sólo puede significar una cosa, piensa Sandra.

—¿Ya la ha descubierto?

—Lo hará en un par de minutos. Y después irá derecha hacia ti. Scott es más brillante de lo que imaginaba —hace una pausa y luego añade—: No preví que llegaría aquí tan pronto.

Sandra sabe por qué lo ha dicho. White no pronuncia ni una sola palabra que no haya pensado detenidamente antes. Sabe por qué alaba a su rival, a la mujer que odia por encima de todo. Es la manera en la que él cree que consigue provocarla, incentivarla, despertar en ella sentimientos de rabia y frustración.

No sabe que no es necesario. Que ella tiene un suministro interminable de ambos combustibles.

Ése es mi secreto. Siempre estoy rabiosa.

White es endiabladamente inteligente. Pero ella también. Y mientras él cree controlarla, ella ha ido jugando sus propias cartas. Mientras cree agitar un trapo rojo frente a ella, no se da cuenta de que también revela algo sobre sí mismo.

Nunca preví que llegaría tan pronto.

Es cierto. Este plan que va a ejecutar ahora Sandra es el cuarto de una lista de varias opciones. Hace meses, mientras preparaba las piezas para arrancar a Scott de la soledad de su ático, cuando disponía todo para que el juego comenzara, ni siquiera lo había considerado.

Lo que significa que el genio es falible.

Eso es lo que sucede con el control: no es unidireccional. Para tirar de los hilos de la marioneta, tienes que atarlos a tus propios dedos.

Y un día puedes encontrarte con que la marioneta empieza a tirar a su vez.

Sandra sonríe, no contesta. Opta por dejarle creer que su alabanza a Scott la ha alterado, como él pensaba. Y espera a que él hable. Un pequeño tirón del hilo.

—Será mejor que te pongas en marcha. Esto es lo que tanto estabas deseando.

—Puedes contar con ello —dice Sandra, sin dejar de sonreír.

Cuelga. Comprueba una vez más las dos pistolas, se ajusta la gabardina y se baja del coche. Sube la música en sus auriculares y comienza a andar hacia la parcela del final de la calle.

Nada hay de especial en ella.

Una nave industrial más, con un aparcamiento vallado, un nombre respetable de una empresa de fabricación de áridos, un edificio de aluminio arriba y cemento abajo.

14

Un cuestionario

Encontrarte con un ex, aunque no sea sentimental, siempre es una experiencia emocionante. Hacerlo a 13 minutos de que a tu nueva pareja le estalle una bomba en el cuello contiene aún más desafíos.

Por eso Antonia, mientras esperaban para entrar al complejo, dedicó unos pocos segundos a informarse. Una búsqueda en Google le llevó enseguida a un cuestionario de la revista *Telva —Encontrarte con tu ex: cómo no quedar como una imbécil—* , con información relevante para la situación.

Punto 1: Finge un encuentro casual.

Esa parte ya ha quedado cubierta con la irrupción en las clases y las dieciocho llamadas perdidas, así que Antonia pasa al siguiente.

Punto 2: Actúa con naturalidad.

—Las huellas que te di, para que averiguaras la identidad del hombre que me había abordado cuando estaba con Marcos. ¿Qué es lo que recuerdas?

El inspector jefe se incorpora un poco, se da una vuelta por el estrado y se ajusta un poco el cabello, había tres o cuatro pelos fuera de sitio.

—No gran cosa. Te di el expediente, ¿verdad?

Punto 3: Que no te note la ansiedad.

—Me lo diste. Pero necesito saber qué es lo que recuerdas tú. Es muy importante, Raúl.

Covas sonríe —una pequeña arruga de condescendencia se le forma en el pómulo— y mira de arriba abajo a Antonia. Debido a la diferencia de altura y del estrado, parece que está en un primer piso.

—Creía que tú no olvidabas nada.

Antonia ha desmentido ese mito en muchas ocasiones, tantas que ya

se ha cansado de hacerlo. Y más teniendo en cuenta las circunstancias de aquella petición. Ella estaba sola, en su habitación del hospital. Había pasado una semana del atentado contra Marcos y ella. Raúl se pasó a verla, y ella le encargó que fuera a su casa a por la botella de cristal (ahora en un cajón de su escritorio, envuelta en plástico) y comprobase las huellas.

Raúl tardó otra semana en regresar. Para aquel entonces, Antonia apenas hablaba. La pena y la culpa había ido creciendo en su interior como una mala hierba, se había adueñado de todo. Casi no podía mover el brazo izquierdo, estaba hasta las cejas de tranquilizantes. Fragmentos de bala seguían aún dentro de ella, a la espera de una segunda operación, desgarrándola.

Y sí, Raúl le alargó un papel, le hizo un par de indicaciones, y eso fue todo. Pero Antonia apenas registró nada de aquel informe. Para aquel entonces ya había comenzado su descenso al infierno de la depresión y de las intenciones suicidas.

Pero Antonia se atiene al

Punto 4: Evita el drama.

y se limita a decir:

—Raúl, por favor. Esto es muy serio.

—Está bien —dice, tras una pausa—. No había mucha información. Comprobé las huellas, tal y como me lo pediste. El hombre se llamaba Enrique Pardo, era un empleado de banca que se había quedado en paro después de la crisis. Se tiró a las vías del metro un día antes de lo de tu marido. Así que lo descarté como sospechoso enseguida.

El siguiente punto del cuestionario se vuelve enseguida relevante.

Punto 5: No hagas reproches.

Porque Antonia puede sentirse un poco traicionada porque Raúl la dejara en aquella habitación del hospital como un caso perdido y que siguiera adelante con su carrera. Puede que eso le pese, quizás él tenga sus propias quejas, por supuesto. Egoístas, simplistas, infantiles, como suelen ser los hombres en general. Así que Antonia procura que no se filtre demasiado en su voz la carga emocional, e intentar hacer una pregunta desde el punto de vista exclusivamente profesional.

—Entonces, ¿cómo explicas que le hayan asesinado esta

madrugada?

—¿Cómo? No... no puede ser —se sorprende Covas.

—Quizás el metro iba tan despacio como esta conversación —dice Jon, señalándole el reloj a Antonia, desesperado.

—Ni se llamaba Enrique Pardo ni se tiró al metro. Su nombre era Jaume Soler, un consultor informático que podría estar relacionado con el proyecto Reina Roja. ¿De dónde sacaste la información?

—¿Estás insinuando que no hice bien mi trabajo?

—No sería la primera vez.

—Te equivocas. Fui yo mismo al depósito a comprobarlo.

Jon no puede soportarlo más. Mira el reloj. Tan sólo quedan ocho minutos. Siente que se ahoga, así que se quita el abrigo y la chaqueta, abre la ventana situada junto a la mesa del profesor. La bandera de España apenas se agita un poco, pero la escasa brisa sirve para devolver algo de color al demudado rostro de Jon. Apoya en el alféizar de la ventana los enormes brazos, y estira el enorme cuello, en busca de oxígeno. La costura de la herida es visible desde ahí.

Antonia mira a su compañero, sintiendo también la ansiedad, la urgencia y la desesperación.

—Fuiste tú en persona al dep...

Antonia se detiene.

El mundo también.

Qué ciega he estado, piensa.

Karıskırkira.

En kirguís, idioma hablado por tres millones de personas en Asia central, el lobo disfrazado de mecedora en el que llevas un buen rato sentada sin verlo. El sentimiento de estupidez que te embarga cuando lo que estás buscando lleva delante de ti desde el principio.

Vuelve, despacio, la mirada, hacia la herida de Jon. Más visible, ahora que ha descendido la hinchazón y no está recubierta de sangre. Y se fija en la costura. De punto longitudinal. Hecha con aguja recta. Con dos puntos de apoyo proximales y dos distales. Una costura muy buena, casi impecable. Que se conoce en medicina como punto de Sarnoff, o punto colchonero.

Y, en un extremo, una nudatura en mariposa.

Una nudatura tan pequeña y tan perfecta es muy, muy difícil de hacer.

Y Antonia Scott sólo la ha visto ejecutar así a alguien. Con soberana maestría.

Qué ciega he estado, se repite.

—¿Quién te atendió en el depósito?

El inspector jefe Covas no recuerda el nombre. Pero sí la descripción. Para las caras de mujeres atractivas nunca ha ido mal de memoria.

INTERLUDIO

Un cronómetro

Jon muestra a Antonia el cronómetro con la cuenta atrás, cuando sólo quedan unos segundos para que todo acabe.

Para que todo acabe, piensa Jon.

Se agarran fuerte de la mano.

Qué muerte más hortera y miserable.

Quiere mirar a Antonia a los ojos, quiere despedirse de ella.

Pero mira el cronómetro.

No puede evitarlo.

Seis segundos.

Cinco segundos.

Qué hortera, piensa de nuevo.

Cuatro segundos.

Tres segundos.

Morir mirando un cronómetro.

Dos segundos. Un segundo. Nada.

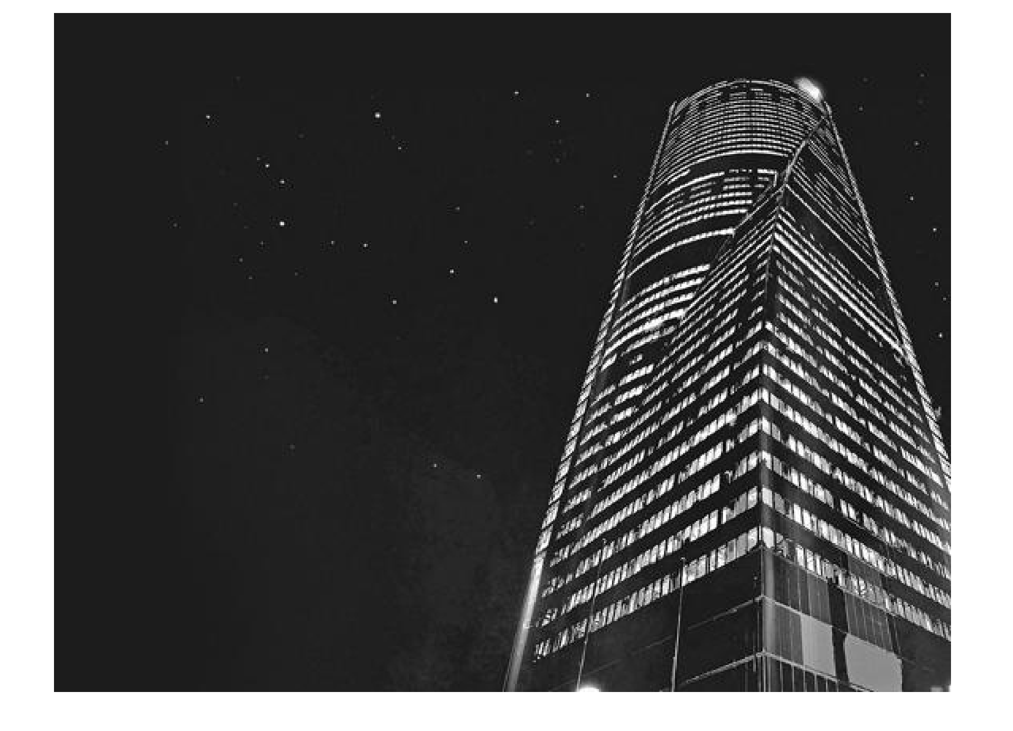
Jon suelta la mano de Antonia cuando después de unos instantes en que se detiene el aire, comprende —con una inexplicable decepción— que la cuenta atrás nunca fue para ellos.

CUARTA PARTE

WHITE

El infierno es la verdad vista demasiado tarde.

THOMAS HOBBES



1

Un rostro amable

El agente de recepción sonríe. Con desgana, pero sonríe. Al fin y al cabo, la mujer tiene un rostro amable.

Nadie desconfiaría de un rostro amable como ése.

No ve ningún motivo para poner la mano en el arma debajo del mostrador —una Glock 17 de cuarta generación—, porque la mujer tiene un aspecto inofensivo. Gotas finas de lluvia cubren su gabardina impermeable, alguna más en el pelo. Por eso lleva los hombros encogidos y las manos metidas en los bolsillos.

No es la primera persona desorientada que entra en la nave en busca de información, o incluso para curiosear. Hay un par de ellos a la semana, al menos. Delante de él —junto al móvil y un teclado viejo y cascado— hay un folio manoseado y envuelto en plástico que contiene una serie de frases con las que distraer la atención o desviar al curioso. Pocas veces hacen falta, basta con un «ni idea», un «es mi primer día» o un «aquí ya no queda nadie».

El agente lleva apenas dos meses en el puesto. Está recién salido de la academia e imaginaba cosas mucho más emocionantes cuando se sacó la oposición. Como casi todo el personal externo del proyecto Reina Roja, lo único que sabe de ese lugar es lo que le han contado. Que es una unidad encubierta de la Policía Nacional, pero que tras un breve servicio saldrá de ahí con una buena recomendación.

Le han encargado que sea discreto, que no hable de su trabajo con nadie, y que mantenga alejados a los extraños. Además de los agentes de apoyo, sólo tiene que hacer caso a las cuatro personas que llevan una identificación con el borde en rojo. Es imposible equivocarse: uno es el jefe, el funcionario gris y cincuentón que anda todo el día saliendo a fumar. Otro es la mujer bajita que apenas ha ido un par de

veces, y que supone que será alguna clase de científica, o algo. Otro el inspector vasco grandote, que no gordo. Ése le cae bien. Por lo amable, y por lo mucho que se esfuerza en que no se le note la pluma.

La última persona a la que tiene que hacer caso está a su lado, buscando algo en su bolso. Es maja, la forense. Y está buena, con su pelo largo y rubio, con ese piercing que le pone un poquito. Ha intentado invitarla a tomar algo un par de veces, pero ella siempre le ha rechazado con amabilidad. El agente comienza a sospechar que no juegan en el mismo equipo, pero está dispuesto a probar alguna vez más. Quizás hacia el fin de semana, cuando estrenen alguna buena película en el centro comercial. A sus veintitrés años, su dilatadísima experiencia con las mujeres le dice que ninguna se resiste al plan de película y Gino's. Quién podría.

La mujer está ya sólo a un par de pasos del mostrador, pero aún no ha dicho nada. No ha saludado, ni abierto la boca. Tan sólo sonríe y menea la cabeza al ritmo de una música que sólo ella puede escuchar.

Ahora que el agente la ve más de cerca, su rostro no parece tan amable.

—¿En qué puedo ayudarla? —dice.

La mujer se sitúa junto al mostrador y saca las manos de los bolsillos. En cada una lleva una pistola. El agente no sabe que cada una de ellas es una Sig-Sauer P-226, porque de conocimiento de armas va justito, y porque al verlas el estómago le pega un latigazo de miedo y de sorpresa. Lleva corriendo la mano a la suya, pero no llega a cogerla. El disparo no llega desde el frente, pero él no se entera.

Por algún motivo, el mundo ha decidido cambiar su orientación. El mostrador —que es todo su horizonte durante ocho horas al día— se pone de pie, asciende desde su derecha, y el suelo con él.

Qué raro, piensa, antes de que todo se vuelva negro.

La doctora Aguado devuelve el arma, aún humeante al bolso. Década y media de tratar con cadáveres le han enseñado una triste verdad. Hacer un hombre cuesta toda una vida de duro trabajo. Acabar con él apenas una ligera presión en un gatillo.

Es la primera vez que ella genera a un potencial cliente. Llevaba semanas dándole vueltas a ese momento, temiendo que no fuera capaz de hacerlo. Que en el último segundo se echaría atrás. Que simplemente los mecanismos de defensa que la sociedad nos implanta —conciencia, religión, empatía— tomarían el control y le impedirían meter una bala en el cerebro del agente novato mientras éste estaba distraído mirando a Sandra.

No ha sido así.

En los breves instantes que suceden a la detonación, con el olor a cordita aún impregnando el espacio de recepción, la forense se examina por dentro y no encuentra grandes cambios. Nervios, por supuesto, y ganas de mear, pero no detecta la esperable fractura sustancial en su alma. El asesinato cierra una puerta y abre otras. Por la mente de la doctora Aguado cruza una fugaz visión de la realidad de Dios, de su auténtica naturaleza. La cara visible, su infinita creatividad, no requiere de microscopios ni de fórceps para descubrirla. Basta con pasear por un bosque o mirar nadar a un ornitorrinco.

La otra cara, la infinita y criminal indiferencia del Creador por sus criaturas, es más difícil de apreciar. Se puede llegar a ella contemplando una foto de Auschwitz o Mauthausen, pero será un razonamiento vicario, de segunda mano. Es necesario apoyar una pistola contra la sien izquierda de un joven sano, inocente y más bien cortito, y apretar el gatillo. En el segundo siguiente, esperas que se abra la tierra, que se alcen las llamas del infierno, que un fuego purificador descienda de entre las nubes y derrita tu carne pecadora.

No sucede.

Es ahora cuando ves la cara oculta de Dios, sin intermediarios. Lo muchísimo que todo se la suda.

—Bien hecho, doctora —dice Sandra, acercándose a ella y retirándose el auricular de la oreja.

Aguado tiene la mano temblorosa.

—Cálmese, doctora. Ahora no es momento de tener miedo. Eso viene después.

La forense se guarda la mano en el bolsillo.

—Las bombonas están colocadas en el sistema de ventilación —dice —. Les he pedido a todos que me esperen en la sala de reuniones.

Sandra asiente con una sonrisa densa.

—¿Y… él?

—En su despacho.

—Bien hecho —repite Sandra, colocándose de nuevo el auricular en la oreja—. Ya puede usted marcharse. Y no se olvide de hacer su llamada.

Con un giro elegante del cuerpo, le da la espalda y se dirige hacia la entrada.

2

Una bombona

Hay una regla no escrita de la memoria, y es que ésta tiende a almacenar los lugares que han sido importantes para nosotros con ciertos errores de escala. No hay más que regresar a la habitación de nuestra infancia, al aula de la universidad, para comprobar que el lugar es mucho más pequeño y mundano de lo que recordábamos. Nosotros podemos no haber crecido ni un milímetro, pero el lugar habrá encogido sin remedio.

Lo mismo es cierto para el lugar donde te torturaron implacablemente, tal y como descubre Sandra al entrar. La amenaza, la oscuridad, el miedo y el trauma se han diluido. Se han convertido en ella.

Sandra se encamina hacia el módulo de la sala de reuniones, pasando por delante del módulo de entrenamiento sin dedicarle una sola mirada. En lugar de rodear el MobLab aparcado junto al laboratorio de Aguado, coloca el cuerpo de lado y avanza entre ambos, para que no la vean desde la puerta de la sala de reuniones. Sin perder el ritmo y sin dejar de tararear.

—*Contarás las noches largas como serpientes, dormirás debajo de la cama otra vez* —canta, bajito. Limitándose casi a formar las palabras con los labios.

Cuando alcanza su objetivo, lo contornea por el lateral y se agacha junto a la maquinaria que sirve de acondicionador de aire. Allí, en efecto, están colocadas las dos bombonas de color verde, con sus letras y sus advertencias, y su pegatina con la calavera y las tibias cruzadas en negro sobre fondo amarillo. Aguado ha cumplido su parte. Ella sólo tiene que girar las espitas.

Rodea el módulo, por el lado contrario, y se acerca a la puerta. Se

asoma a la ventanilla de cristal. Dentro hay once personas, en torno a la mesa de conferencias, con caras de aburrimiento. Ninguno se da cuenta de que ella está rodeando la manija de la entrada con una cadena, que cierra con un grueso candado. Tampoco parecen darse cuenta de que por la rejilla de ventilación surge una tenue niebla de color anaranjado. Una receta del húngaro, mezcla de bromoacetato de etilo e iperita. No se sentía orgulloso de ella, sin embargo. *Si no explota, qué gracia tiene*, decía, con su acento repleto de vocales dulces y jotas arrastradas.

Sandra adora la diversión, pero también la practicidad. Cuando tienes el terreno a tu favor y varios meses para planear un atentado contra las fuerzas del orden, una puede recrearse en los detalles, como hizo cuando preparó la doble explosión contra el equipo que fue a rescatar a Carla Ortiz.

En este caso, en terreno contrario y con poco preaviso, hay que ceder en los detalles y limitarse a hacer el trabajo.

—*Llamaré a la puerta, nos esconderemos, tiraremos piedras para no quedar bien* —tararea, apoyada en la puerta.

Dentro escucha el primer grito de alarma.

Siente el antojo —físico, urgente, imperativo— de asomarse a la ventanilla de cristal para contemplar con sus propios ojos el resultado de sus esfuerzos, pero es un poco pronto aún. Alguno de los que están dentro podría ir armado, y no confía demasiado en la solidez de la ventanilla. Así que espera unos instantes más, dedicándose a imaginar la escena.

Los más cercanos a la rejilla del aire acondicionado no habrán sido los primeros en notar algo, ya que los síntomas comienzan por la lengua. Se hincha dentro de la boca, sientes que te abulta el doble de lo normal, la boca te sabe rara.

La extrañeza da paso al pánico cuando notas que respirar se va haciendo más difícil, a medida que el gas venenoso va constriñendo tus vías respiratorias en su camino a los pulmones. Para el momento en que comienzan a arderte los ojos y a descender la cantidad de oxígeno en tu cerebro, gritar es imposible.

Los que gritan son los que están más lejos, al ver que tu cara se ha

vuelto de un extraño color rojizo y que intentas abrirte la camisa para intentar respirar. En los casos más agudos, el sistema nervioso toma el control y te hace desgarrarte la garganta con las uñas, mientras pierdes por completo la visión y te desplomas al suelo.

Para entonces, los que rodean a las primeras víctimas se han lanzado a ayudarles, a preguntar qué ocurre, agachándose junto a ellos. Dado que el gas es más pesado que el aire, es la peor decisión que podrían tomar. Son ellos los siguientes en caer, derrumbándose sobre los anteriores, aplastándoles con el peso de su cuerpo y sus retortijones, acelerando su muerte.

Los más alejados, los que estaban más cerca de la puerta, tienen aún unos preciosos segundos para reaccionar, sobre todo si estaban de pie.

De hecho, lo hacen.

Sandra nota cómo alguien empuja la puerta, primero con fuerza, después con desesperación. Un golpe, otro, tres. La cadena resiste, aunque Sandra ha calculado mal la distancia entre los eslabones, y el que empuja debe de ser un hombre bastante fuerte.

La puerta se abre unos milímetros.

Por la rendija no escapa una cantidad suficiente de veneno como para resultar peligrosa en ese espacio abierto de seis metros de alto. Aun así, Sandra percibe una brizna de olor.

Ácido, metálico, corrosivo.

Le recuerda al olor del líquido para limpiar armas. Cuando el nitrobenceno desciende por el cañón, disolviendo los restos de carbón, pólvora y cobre.

Sandra se aparta un par de metros, con disgusto. Los ojos le lloran un poco. Nada grave. Es peor su decepción al no poder disfrutar del espectáculo. Asomarse a mirar por la ventanilla queda descartado, así que pone un ojo en la puerta y otro en la lista de reproducción de su teléfono. Pone en bucle la canción que está escuchando —el corte 11 del disco—, ya que parece lo más apropiado.

En el interior de la sala de reuniones, los golpes a la puerta han cesado. Pero ahora ya estarán todos muertos o agonizantes, con una espuma rosada brotando a borbotones de sus labios hinchados y sanguinolentos. El contenido de esa espuma es el tejido mucoso de sus

propios pulmones. Una imagen que quería contemplar en directo, pero ya no podrá ser, gracias al espontáneo de la puerta —y a su propio error de cálculo con la longitud de la cadena, pero no es el momento de la autocrítica.

Sandra regresa, al son del diálogo entre guitarra eléctrica y batería con el que arranca la canción, hasta las bombonas de gas. Cierra las espitas, y así se asegura que, al menos, podrá echar un vistazo rápido en su camino de regreso. Un pobre consuelo —no es lo mismo ver el balón dentro de la portería, que ver cómo entra—, pero es lo que hay.

Se incorpora justo a tiempo.

El disparo de escopeta revienta el mecanismo del aire acondicionado, en el lugar exacto donde estaba su cabeza hace sólo un segundo. En vez de atravesar su cráneo, destroza el faldón de su gabardina Burberry. Una edición especial, en cachemira y seda, más de cuatro mil euros y pico.

La rabia inunda a Sandra, más que si el disparo le hubiera volado la cabeza. Si así fuera, no se habría enterado del estropicio, al fin y al cabo. Reacciona de forma instantánea, arrojándose al suelo y devolviendo el fuego.

3

Unos pecados que vuelven

Mentor se esconde detrás del MobLab. La parte delantera de la furgoneta absorbe los disparos. Las balas de .9 mm destrozan el parabrisas, la rueda delantera derecha, y uno de los faros. Y Mentor sabe, entonces, que está jodido. Porque no tiene apenas entrenamiento en armas, ha perdido el factor sorpresa...

Y esa zorra loca hija de la gran puta sabe muy bien lo que está haciendo. Al fin y al cabo, le enseñé yo.

Encogido de miedo, se maldice en repetidas ocasiones por su estupidez.

Hace menos de dos minutos estaba saliendo de su despacho en dirección a la máquina de sándwiches cuando vio a Sandra junto a la puerta de la sala de reuniones. Vio la cadena, y enseguida ató cabos. Se deslizó pegado a la pared de la nave hasta su coche, y recobró la escopeta del asiento del copiloto.

En ese momento, sintió la tentación —física, urgente, imperativa— de correr hacia la puerta de salida y poner tierra de por medio. No había nada que se lo impidiese. Miró una vez en esa dirección, y luego, de vuelta hacia el interior de la nave. Allí, asesinando a casi todo su equipo, estaba el fruto de sus pecados. Lo que había barrido bajo la alfombra, y que había vuelto arrastrándose, más fuerte que nunca.

Amartilló el arma.

Al fin y al cabo, ya sabemos lo que dijo Chéjov sobre las escopetas, pensó, antes de dirigirse de cabeza hacia él.

Ahora mismo, parapetado tras la furgoneta, Mentor se arrepiente de no haber corrido hacia la salida. Se arrepiente de haber fallado el tiro —fácil y por la espalda—. Se arrepiente de muchas cosas, pero sobre todo de haberse dejado el tabaco en el abrigo. Tiene tan claro que va a morir en los próximos cincuenta segundos, que lo que más le jode es no poder darle una última calada.

Por otro lado, voy a dejar de fumar definitivamente, piensa, rodeando el MobLab, en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Salir corriendo está descartado. Desde el lugar donde estaba Sandra, tiene más que cubierta la entrada y el camino hacia el coche. La única posibilidad que tiene es tenderle una trampa, rodearla.

Entre la furgoneta y el laboratorio de Aguado *(espero que no esté dentro, espero que haya podido escapar)* queda un hueco, suficiente para que un cuerpo pase de lado. El ancho del enorme espejo retrovisor, y un poco más. Si se mete por ahí, aún tendrá una oportunidad. Incluso si ella decide rodear la furgoneta por el mismo lado, se encontrará con el cañón de la escopeta apuntando en línea recta a su asqueroso rostro amable.

Ni siquiera yo puedo fallar eso, piensa.

Con el cañón por delante, Mentor se introduce en el hueco. Es una apuesta a vida o muerte, al cincuenta por ciento. Al menos si contamos sólo las opciones que se le han ocurrido a él. Que le disparen a los tobillos por debajo del bastidor de la furgoneta ni lo ha considerado. Le pasa vagamente por la cabeza cuando ya está metido en el estrecho callejón entre el metal de la carrocería y el cemento de la pared, pero ya es demasiado tarde. Sólo queda seguir adelante. Un metro. Dos metros.

Cuando está a mitad de camino, tan cerca del retrovisor que casi puede rozarlo con el cañón de la escopeta, escucha la risa.

Una risa aguda y filosa, como la hoja de un cuchillo.

Sandra aún continúa riéndose un poco más, como si no pudiera controlar esa risa. La clase de risa que viene de un lugar muy lejano, y que puede conducirte a la locura.

Mentor siente un puño de hielo hurgar en su interior, rascar sus tripas, atascarse en su esófago. Ella está justo detrás de él.

—*Y cuando piensen quién ha sido le diremos que no, no han sido tus amigos, allí nadie quedó* —tararea, bajito.

—Por favor… —dice él, cerrando los ojos.

Una gota de sudor, o quizás una lágrima, le resbala por la mejilla y le alcanza la comisura de los labios. Un delicado sabor salado se insinúa en su lengua. Intenta tragar saliva, y lo logra con dificultad.

—Resuelve esto —dice Sandra, en una imitación bastante potable del tono de Mentor en las sesiones de entrenamiento—. Estás en un lugar muy estrecho, apuntando con un arma larga hacia delante. No tienes espacio para cambiarte el arma de mano, y tu enemigo está justo a tu espalda. ¿Qué haces?

Él no responde, por supuesto. Pero ella da un paso hacia él, y le apoya la pistola en su axila. Nota el frío del metal a través de la camisa empapada en sudor.

—No puedo hacer nada —responde él.

—Demasiado fácil y demasiado lento —sentencia Sandra.

Clava el cañón del arma en su nervio circunflejo. Una sacudida de dolor insoportable recorre el cuerpo de Mentor, hace que se contraigan los músculos de su brazo izquierdo. La escopeta cae del derecho. Una humedad y un calor le inundan la entrepierna. No enteramente por el daño reflejo.

—Dispara de una vez, hostias.

Sandra chasquea la lengua, con desaprobación. Como si la mera idea de que creyera que iba a librarse tan fácil le resultara ofensiva.

—¿Sabes qué? Yo lo único que necesitaba era que me quisieras. Pero nunca llegaste a verme. Nunca llegaste a descubrir quién soy.

—Eres un error. Eso es lo que eres. Un error del pasado.

Ella se ríe de nuevo.

Es una risa distinta a la anterior.

Más sencilla.

Casi infantil.

Se aproxima a él, hasta pegar su rostro al suyo, y baja la voz. Es una vieja amiga, contando un secreto al oído.

—Sí, tienes razón. Pero bastante anterior a lo que crees.

Antes de dispararle en la cabeza, le canta, suavecito, el estribillo de

la canción.

Después de dispararle en la cabeza, le recoloca el pelo que le clarea en la frente.

—Habría hecho cualquier cosa por ti.

4

Siete instantáneas

Ni Jon ni Antonia recordarán con claridad las siguientes horas de su vida, más allá de una colección de instantáneas tridimensionales, momentos congelados en el tiempo, sin solución de continuidad entre ellos.

1. Jon aprieta convulsivamente el botón de la llamada en el teléfono del coche. Antonia está conduciendo por el arcén en la salida de la M40. El retrovisor izquierdo se lleva por delante el de un coche que estaba demasiado cerca. Una lluvia de fragmentos de cristal, plástico y cables se queda suspendida en el aire.
2. Jon conecta la radio policial —disimulada bajo el salpicadero del coche—, a tiempo de escuchar la llamada a las unidades cercanas. Sus manos forman un incrédulo triángulo equilátero en torno a sus sienes. Es el tipo de cosas en las que se fijaría Antonia, pero esta vez no lo hace.
3. Dos furgonetas de la Policía Nacional y un coche de bomberos aguardan a la salida del cuartel camuflado. Esperan instrucciones que no llegan. Las luces azules de las sirenas arrojan destellos fantasmales sobre la nave anodina. Antonia camina hacia el interior, seguida de Jon, entre los gritos de los policías.
4. Un bombero, la cara cubierta por la máscara de oxígeno, deja caer el hacha sobre la cadena que obstruye la puerta de la sala de reuniones. Los eslabones vuelan por el aire, y una nube anaranjada y tenue escapa de la puerta abierta. Los cuerpos del interior hace tiempo que han dejado de agitarse entre las convulsiones de la muerte, pero más de uno tiene la mirada vuelta hacia la puerta. Como si aún no hubieran perdido del todo

la esperanza.

5. Antonia se agacha para cerrar los ojos del cadáver de Mentor. Sus dedos están rozando los párpados. Los sanitarios del Samur le han dejado la camisa abierta después de certificar la muerte. Uno de ellos habla con Jon, a pocos metros. Jon tiene el rostro desencajado. El sanitario tiene los labios extendidos hacia delante —como si se preparara a dar un beso—. Están formando la cuarta letra de la palabra *imposible*.
6. Antonia llora, un antebrazo apoyado en la carrocería del Audi, la mano izquierda aferrando el brazo de Jon que intenta consolarla, aunque sin mirarla. Jon acompaña con la vista a la camilla que se lleva el cuerpo de su jefe. La lluvia arrecia, y las ruedas de plástico de la camilla salpican diminutas gotas al hundirse en las rendijas de la acera.
7. El teléfono suena. Antonia sorbe los mocos con ansia y se lo saca del bolsillo. Jon aún está mirando en otra dirección, así que tarda en darse la vuelta. Antonia se seca las lágrimas con el dorso de la mano, incrédula, al ver quién está llamando.

5

Una llamada

Antonia descuelga el teléfono.

—¿Llama para pedir perdón?

—No. Sé que eso no lo voy a obtener —dice Aguado—. No en esta vida, al menos. Llamo para despedirme.

Cuando no eres capaz de analizar bien tus propios sentimientos y de comunicarlos, como en el caso de Antonia, cuando para ti es un rompecabezas, lo que para otros cae de cajón, desarrollas mecanismos de adaptación. Pero no hay mecanismo de adaptación capaz de asimilar y procesar lo que ella está sintiendo ahora mismo. La mezcla de emociones es abrumadora.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo?

—Porque no he tenido otro remedio. Me tiene atrapada, como la tiene a usted.

Antonia no puede contenerse y suelta de golpe todo lo que ha estado acumulando durante estos minutos horribles. Todas las conclusiones que han caído en su sitio, las diminutas piezas de la enorme maquinaria, encajando por fin en su lugar.

—Desde hace mucho tiempo, ¿verdad? Fue usted quien le dio a Covas un informe falso que aseguraba que Jaume Soler había muerto. ¿Fue usted también quien le habló de White a Sandra, o fue al revés? ¿Manipuló usted también las pruebas en casa de Laura Trueba, el primer crimen de Sandra?

—Acierta en muchas cosas, me temo.

—Cuando yo estaba obsesionada con encontrarla, con usarla a ella para llegar hasta White, ¿qué hizo usted? Sacó las cápsulas rojas de la cámara para «ayudarme». Y no me cabe duda de que también fue usted quien le sugirió a Mentor que sería perfecto para nosotros que investigásemos lo de Málaga. De esa forma nos tenían entretenidos

mientras ustedes preparaban su gran golpe…

Antonia sólo para de hablar cuando siente la mano de Jon en su hombro. Ella está apoyada en el coche, bajo la lluvia. Tiene el pelo empapado, y el alma lacerada. La mano de Jon es un bálsamo, un ligero alivio que le permite sujetarse a la realidad.

—No me permite decirle nada más. Lo lamento.

—Entonces, ¿para qué llama? ¿Se lo ha pedido él? Es también parte de su juego, supongo.

Al otro lado de la línea, la forense guarda silencio. Antonia casi puede escucharla deshaciéndose de sus excusas y justificaciones. Descartándolas sin miramientos. Quien ha llegado tan lejos como ella, no puede tampoco albergar demasiados escrúpulos.

—Lo he hecho porque él me lo pidió.

—Y con ello hoy ha matado a doce personas.

—Mataría a doscientas si me lo ordenase. Sin pensarlo un momento.

—¿Qué tiene sobre usted, Aguado? ¿Cómo consiguió doblegarla? —pregunta Antonia, desesperada por conseguir una brizna de información.

—Esto no voy a decírselo. Pero seguro que es usted capaz de hacerse una idea.

Sí, Antonia se la hace.

En realidad, no importan los detalles. Una novia, un hermano, una madre. Sea quien sea la persona a la que está amenazando White en la vida de Aguado, se limita a hacer válido lo que Antonia ya sabía. Nadie está libre de hacer nada, ni siquiera lo más horrible, por amor. El amor es lo más poderoso que existe.

—Podría haber usted acudido a mí. Yo la hubiera ayudado.

—Usando… ¿cómo lo llamó el inspector ayer? ¿Su cerebro programado para las evidencias?

—Juntos…

Aguado la interrumpe.

—No sabe lo que es capaz de hacer. Cómo es capaz de anticiparse a todo. Por mucho que usted prevea y planifique una posibilidad, él ya ha estado ahí. Nadie puede vencerlo, Scott. Ni siquiera usted.

Antonia siente un escalofrío, y no es sólo por la lluvia que le resbala

por el pelo, se cuela por el cuello de su camisa y le empapa la espalda, el sujetador, desciende hasta su cintura por la piel blanca y fina. No, su frío brota de dentro hacia fuera.

—Nunca tuve ni la más mínima oportunidad de vencer, ¿verdad?

—Tan sólo le ha hecho creer que podría. No es usted más que una cometa en mitad de un vendaval.

—¿Y usted? ¿Cree que ahora la dejará marcharse? Así, sin más. Sabiendo todo lo que sabe.

—Era nuestro acuerdo.

—La matará —le previene Antonia.

—Es posible.

Antonia baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—Rece porque así sea. Porque si no es él, seré yo. Voy a encontrarla, Aguado. Pagará por lo que ha hecho.

Un susurro suave emitido por una mujer minúscula y medio rota. Una mota minúscula en un universo indiferente.

Apenas perturba la lluvia y el viento de marzo.

La lluvia y el viento de marzo no saben nada. Aguado sí. Por eso un cubo de hielo desciende por su espina dorsal. Tendrá que vivir el resto de su vida sabiendo que es la destinataria de esa promesa.

—No dudo de que lo intentará. Adiós, Antonia.

6

Un atasco

Cuando Aguado cuelga, Antonia explota.

Si fuese otra persona —pongamos el inspector Jon Gutiérrez, ya que es la persona que más cerca está de Antonia ahora mismo— y tuviera que lidiar con las emociones que ella está procesando en este instante, lo haría probablemente a través de un ataque de rabia. Arrancando de cuajo una papelera de una farola, por ejemplo. Gritando y hundiéndola a pisotones, hasta dejarla convertida en una lámina de plástico de un par de centímetros de grosor.

No es tan fácil para Antonia.

Ella está sintiendo al mismo tiempo la agonía de la pérdida y la tortura de su propia ceguera. Pero, por encima de todo, la traición de la confianza.

Cuando las personas dejan que otras se acerquen a ellas, lo hacen por un motivo. A veces, esa aproximación ocurre de manera gradual, casi imperceptible. Pero, por muy despacio que eso ocurra, siempre hay un momento. Algo que cambia la etiqueta que la cara de esa persona lleva en nuestro archivo personal. Ya sea un compañero de trabajo, un vecino, alguien a quien conoces en una red social, siempre hay algo. Un gesto, una mirada, una frase. Una risa compartida, un segundo de lucidez conjunta. No siempre lo recuerdas de forma nítida y consciente. Pero, si te esfuerzas un poco, eres capaz de llegar a encontrarlo. Ese día, hora y minuto exacto en el que el cartel bajo la foto cambia de *conocido* a *amigo*.

Para Antonia, alguien que tiene muy pocos de los primeros y menos aún de los segundos, alguien que tiene una memoria inabarcable y una capacidad analítica enfermiza, esos momentos son hitos

imborrables.

Con Mentor, fue un día, tras un entrenamiento, muy al principio. Ella estaba sudada y exhausta, dudosa de sus propias capacidades. Sintiéndose, como todas las personas realmente inteligentes, una impostora. Y él se acercó con una toalla en la mano, y le dijo:

—Te envidio.

Fue sólo eso. Una única frase. Sincera y real. Desconcertante, como sólo puede serlo la verdad. Hay una enorme cantidad de idiotas en el mundo real que se creen inteligentes, capaces de entrenar a la selección, operar a corazón abierto y arreglar el problema de la inmigración. Emiten sentencias incontestables sobre cada uno de esos temas en el lapso de pocos minutos. Las personas realmente inteligentes dudan sobre todo y sobre todos, pero por encima de todo dudan de ellos mismos.

Mentor, con aquella frase, cambió el cartel bajo su foto. Antonia siguió odiándole —sigue haciéndolo, por todas las mentiras—, pero tal y como odias a alguien que está dentro del muro, no escupiendo desde fuera.

¿Y el inspector Gutiérrez? Oh, ésa es sencilla.

Justo al salir del despacho de Laura Trueba, cuando Antonia vio reflejado en el dolor de una madre ajena el suyo propio, Jon estuvo ahí. Le acompañó a ver a Jorge al colegio. No hizo demasiadas preguntas equivocadas, lo que para Jon es todo un récord. Lo que le hizo fue una tortilla de patatas. Antonia le perdonó que le pusiera cebolla, incluso. No es que pueda notar demasiado el sabor —le supo, como todo, a cartón—, pero no hay manera de camuflar la textura de los pequeños trozos entre los dientes.

Antonia, que no podría freír un huevo ni aunque su vida dependiera de ello, es muy consciente de los pequeños actos de amor. Del valor que se esconde dentro de un gesto tan aparentemente minúsculo como cocinar para otra persona. Te salta a la cara, como una caja de esas de broma con una serpiente de papel dentro. Estás tan tranquila y *zas*, una tonelada de amor, directa al rostro.

Con aquella tortilla de patatas, Jon cambió el cartel bajo su foto. Y no se detuvo ahí. Siguió cambiándolos, hasta que ya no le quedaron

más carteles que ponerle. La progresión *extraño, compañero, amigo, familia*, culminó en una palabra con tres letras. Una jota, una o y una ene. Para Antonia, no se puede ser más que eso.

¿Y la doctora Aguado?

Antonia evoca el momento en que se encontraron por primera vez, en casa de Laura Trueba. Tan sólo era una técnica emocionada por haber leído su expediente. Curiosa, por conocer a la monstruita responsable de lo de Valencia. Admirada, o eso le había transmitido Jon, después.

El cartel debajo del rostro de Aguado cambió días más tarde. Cuando Antonia afrontaba uno de sus momentos más oscuros. Ezequiel se había escapado tras una ardua e infructuosa persecución. Antonia se debatía consigo misma, con las incoherencias del caso. Tenía claro que aquel asesino era una clase de animal distinto a lo que ella conocía. Por supuesto, estaba en lo cierto, salvo que por las razones equivocadas.

Aquel momento de dudas e incertidumbre, en aquella madrugada de insomnio y desasosiego la encontró junto a la cama de Marcos. Agarrada a su mano derecha, contemplando la pared y concentrándose en el sonido del electrocardiograma en el silencio boscoso del hospital. Con los ojos arrasados por las lágrimas, desesperada, hundida, derrotada. Con ganas de devolver centuplicado el sufrimiento a quienes se lo causan a otros.

En ese estado débil, llamó Aguado. Su voz, al otro lado del teléfono, fue como un faro, una cuerda a la que aferrarse en medio de las olas. Cascada por el tabaco y por el cansancio, rasposa por la alergia, o al revés. La soledad hace del alma una esponja reseca, que acepta con gratitud cualquier líquido que le caiga encima.

Aguado le había mentido mientras ella sostenía la mano exánime de su marido en coma. Siendo ella cómplice de los que le habían postrado en aquella camilla.

De alguna forma, aquél era el peor insulto de todos.

Y todo esto es lo que ha pasado por la cabeza de Antonia Scott entre el momento en el que Aguado cuelga y ella separa el teléfono de la oreja.

Contar esto lleva tiempo.

Cuando Aguado cuelga, Antonia explota, decíamos.

La agonía de la pérdida, la tortura de su propia ceguera, la traición de la confianza. No hay palabra en lengua alguna que sea capaz de resumir ese colapso de tráfico en el cerebro y el corazón de Antonia.

Su cuerpo decide por ella. Su estómago se contrae una, dos veces. En el tercer retortijón, Antonia vomita el escaso contenido de su estómago sobre la ventanilla del Audi.

Jon, que estaba a punto de pisotear una papelera, cambia la violencia por amabilidad —se saca un pañuelo limpio del bolsillo y se lo ofrece a Antonia— y la furia por arrepentimiento —se arrepiente, concretamente, de haber dejado la ventanilla abierta.

—Hija de puta —dice Antonia, entre toses y arcadas.

Escupe, pero la boca le sigue sabiendo a todo eso de antes. A pérdida, a ceguera y a engaño. Mezclado con la bilis, por fin encuentra una palabra:

Desesperación.

Acepta el pañuelo de Jon, se limpia los labios y la barbilla.

—Puedes quedártelo, cari —dice Jon, cuando Antonia hace el gesto de devolvérselo.

—Hija de puta —repite ella, cerrando el puño en torno al pañuelo y golpeando en el techo del coche.

—Tampoco puedes pasarte al otro lado con los tacos, cielo —la provoca Jon—. Hay que encontrar el punto medio.

—¿Cómo puedes bromear en un momento así? —dice ella, dándose la vuelta, y atacando a Jon con el puño cerrado. Le golpea el pecho con todas las fuerzas que le quedan, con el resultado que cabía esperar. Él acepta los golpes, con los brazos abiertos, dándole tiempo, ofreciéndose, esperando. Cuando por fin está lista, cuando dentro no le queda más furia, sino tristeza, se limita a recibirla cuando ella se derrumba sobre su pecho. Sólo entonces se atreve a rodearla con los brazos y a dejar que ella, entre mocos y lágrimas, acabe de arruinarle el lavado en seco.

7

Una espantada

—Te están esperando dentro —dice Jon, cuando Antonia se separa de él.

Antonia se seca los ojos, vuelve a sorber por la nariz y le da más uso al pañuelo. Luego abre la puerta del copiloto, ve el desastre que ha causado en la tapicería, se lo piensa mejor y se sienta en la parte de atrás.

Jon golpea, suavemente, el cristal.

Antonia lo baja.

Jon se apoya en la puerta.

—La escena ya está limpia. Tenemos que...

—No vamos a volver ahí dentro —contesta ella, sin mirar.

—Antonia...

—No. Ya sabemos quién ha sido.

—Antonia...

—¿Quién está al mando de la escena?

Jon mira por encima de su hombro, y se da cuenta de que no tiene una respuesta.

—No lo sé. Había alguien de la policía, pero estaba discutiendo con uno del CNI. Había una juez en camino, también...

—Exacto.

Jon comprende, de pronto, lo que Antonia está pensando. Normalmente ellos llegaban a cualquier escena del crimen por la puerta de atrás, sin preguntar a nadie y sin pedir permiso. Si surgía cualquier clase de problema, tan sólo tenían que hacer una llamada. A los pocos minutos, milagrosamente, todas las puertas se abrían, todas las barreras caían, todos los baches se allanaban.

El problema es que la persona que hacía las llamadas yace ahora en

el suelo de hormigón de la nave, cubierto por un charco de su propia sangre.

—No podemos dejarle ahí solo, Antonia.

Ella mira a su alrededor, a todos los extraños que entran y salen de la nave, las caras desconocidas, las luces estroboscópicas. El caos que les devorará sin remisión, si no juegan bien sus cartas.

—En esta escena del crimen no somos investigadores, Jon. Conocemos a las víctimas, sabemos quiénes son los asesinos. Ahora somos personas de interés.

—Pero…

—Si entramos ahí, no saldremos. Nos meterán en una sala de interrogatorios, y no es como si tuviéramos tiempo que perder —dice ella, señalando a su cuello.

—¿Y qué propones, entonces?

—Volar bajo. Durante un rato. Necesito pensar.

El inspector Gutiérrez tamborilea con los dedos en el techo, ponderando lo que ha dicho Antonia. Por desgracia, es cierto. Sin su paraguas habitual, no son más que un humilde funcionario *oficialmente* suspendido y una filóloga en paro.

—Nos buscarán, igualmente.

—Tendremos que ser fugitivos, durante unas horas. No será la primera vez.

Jon sonríe, a través del cansancio, y rodea el coche. Se sienta al volante y mira por encima del hombro hacia el asiento trasero.

—¿Adónde vamos, miss Daisy?

Antonia le devuelve la mirada, con un desconcierto rayano en la indefensión.

—No importa —dice Jon—. Conozco el lugar ideal para una mujer de tu categoría.

8

Un Toblerone

La estación de servicio Repsol de la avenida de Aragón, enfrente de la ITV, puede no figurar en la *Guía Michelín* ni haber ganado ningún premio en TripAdvisor, pero a cambio tiene colesterol envasado de primeras marcas. Incluso el nuevo Toblerone relleno de Funduk, que está haciendo furor.

Antonia coge los veinte euros que le alarga Jon y se hace con todas las chocolatinas que puede. Se las come, sentada en el banco cercano a los servicios, tan cercano que puede escuchar el sonido de las cisternas.

Jon, entretanto, lava el coche. Le pasa la aspiradora por dentro, lo limpia bien y lo rocía con ambientador hasta que huele a vómito con vainilla, en vez de sólo a vómito.

Cuando acaba, entra a ver qué puede encontrar que no sea mortal. Un vistazo al mostrador le confirma lo que temía: la comida es tan mala que se puede ver a los estreptococos correr por el mostrador huyendo de ella. Al final se resigna a deleitarse con un bocadillo de lomo reseco, la opción menos repulsiva que ofrece la amplia carta del establecimiento.

—Si Mentor te viera comiendo eso… —dice Antonia.

Jon se saca un hilo de lomo de la boca para poder contestar.

—Si no se hubiera dejado matar, no estaríamos aquí, semifugitivos.

—De nuevo haces eso —responde ella, tras un silencio largo.

—¿El qué?

—Eso que haces. No es gracioso.

—Cari, tú no reconocerías lo gracioso ni aunque te estuviese pateando el culo. Y las bromas son un mecanismo de manejo del dolor.

Antonia se mete el último triángulo de Toblerone en la boca, lo mastica despacio, considerando muy seriamente lo que Jon acaba de decirle.

—¿Crees que podrías enseñarme?

—No.

Jon arruga el papel rojo y blanco del bocadillo, intenta encestarlo en la papelera cercana, falla, se agacha a recoger el papel, se limpia el resto de las migas de la chaqueta, regresa junto a Antonia que continúa aguardando, expectante.

—No me mires así. No puedo enseñarte eso.

—Me enseñaste lo de los tacos.

—No es lo mismo.

—Explícame por qué.

—Porque no es lo mismo. Porque el dolor es personal, y el humor también. Sólo tú eres dueña de esas dos cosas.

—No lo entiendo. ¿Harías un chiste si yo me muriera?

Jon, que ha pasado noches enteras en vela sufriendo por la posibilidad de que eso sucediera. Que ha tenido que apartarla de la trayectoria de un todoterreno en marcha. Que ha recibido más de un disparo por su culpa. Que ha saltado de un tejado para salvarla y un cierto número de cosas más que no viene al caso, piensa en cómo se rompería su corazón si esa cosa minúscula de pelo sucio desapareciera del mundo.

—Aún no estarías fría del todo, y ya me estaría riendo —asiente, muy serio.

Antonia suelta una carcajada. Lo cual es un fenómeno más extraño que el cometa Halley. Tiene una risa preciosa, cristalina, armónica. Contagiosa, incluso. A pesar de ello, Jon considera su sagrada obligación mantener los labios rectos y las mandíbulas apretadas.

—¿Qué te parece tan gracioso? —dice, entre dientes.

—El *algor mortis*. El frío de la muerte. Se calcula con la ecuación de Glaister. Por un método muy concreto.

—¿Qué es?

—Un termómetro en el recto.

La sagrada obligación de Jon se va al carajo.

Ríe.

Ríe con todas sus fuerzas, de la fragilidad de la existencia, de los termómetros en el culo y de su propia indefensión.

Ríe, y Antonia se une a él, hasta que los dos acaban llorando.

—No quiero quedarme aún más sola —dice ella.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes, Jon. Hay algo que no te he contado.

Y Antonia le explica qué es lo que estaba haciendo la noche en la que él desapareció. Lo que iba a contarle cuando Sandra le drogó, le metió en un coche y se lo llevó.

Cómo tomó la decisión más difícil de su vida. Desconectar la máquina que mantenía a Marcos con vida.

Le cuenta cómo su cuerpo se había deteriorado todavía más en estos meses. Sus miembros se habían encogido, su piel se había vuelto opaca y flácida. Haciendo visible el diagnóstico. Los médicos le habían desahuciado hace años. Ninguna posibilidad, dijeron. Y Antonia no les creyó. Le dio la espalda a la razón, porque era demasiado orgullosa para admitir un error irreparable.

—Luego te conocí a ti, y lo cambiaste todo —le dice.

Le cuenta cómo Jon había vuelto a conectarla con la vida. Con la posibilidad de equivocarse. No le habla de su ritual diario, de su deseo de muerte, de sus tres minutos. De lo que la mantiene cuerda. Porque hay territorios del alma que no pueden ser compartidos, por mucho que quieras y confíes en la otra persona.

Le cuenta lo que ha significado volver a sentirse viva, sólo para ver cómo todo lo que amaba era destruido o se ponía en riesgo.

—Primero Marcos, luego Jorge, luego Mentor. Ahora tú.

Jon escucha el relato, en silencio.

Cuando ella termina, le cuenta uno a su vez.

—Sé lo que significa creer que tienes la culpa de todos los males del mundo. Tengo un amigo que se echó al monte con ocho años. Llevaba dos vueltas de chorizo, media barra de pan y una bota medio llena de Fanta Naranja. Todo porque un chaval en el colegio le decía a mi amigo que su padre se había marchado de casa por su culpa. Antes de la segunda noche dos guardias civiles lo sacaron a rastras de un

aprisco. Que, si es por él, ahí se hubiera quedado.

Antonia lo piensa un momento y mira a Jon con ternura, sin decir nada.

—Mira, te lo voy a decir. El amigo soy yo —aclara él.

—Ya lo había adivinado.

—Realmente eres la mujer más inteligente del mundo —ironiza Jon. Y luego se pone serio—. Pero no tienes que ser la más solitaria.

Ella sonríe, una tímida sonrisa de agradecimiento, y se pone en pie.

—¿Puedo saber por qué me cuentas esto ahora? —dice Jon.

—Porque te has dejado el móvil en el coche.

El inspector Gutiérrez se palpa el bolsillo, extrañado. Luego mira a Antonia, que tampoco tiene su bolsa bandolera. Mira al coche, aparcado cerca del autolavado. A unos diez metros.

—No te entiendo.

—Esto era muy personal. No quería que él lo oyera.

Entonces Jon rebobina. Hasta el instante en el que se despertó sin teléfono en una silla de ruedas. Adelanta unos capítulos. Hasta la ocasión en la que Aguado le dio un nuevo terminal, con el mismo número.

Suma esos dos momentos, y les añade la certeza líquida, difusa y etérea, de que White siempre parece saber dónde están en cada segundo.

Que va siempre dos pasos por delante de ellos.

Como si...

—Jooooder.

—Exacto.

—¿Nos ha estado escuchando desde el principio?

Antonia asiente, despacio. Dejándole hueco para que vaya llegando a las conclusiones, por sí mismo. A veces tiene consideración. No muchas.

—¿Usando el micrófono de mi móvil?

Otro asentimiento.

—Y quizás también el mío. Me he quitado todo. El iPad, el teléfono, el reloj. Todo se ha quedado en el coche.

Jon menea la cabeza con incredulidad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo he sospechado desde que empezó todo. Porque es exactamente lo que yo hubiera hecho. Saberlo, lo sé desde hace un rato.

—¿Cómo?

—Aguado ha usado una frase que tú me dijiste en casa de Soler. «Cerebro programado para las evidencias.»

—Tú y yo estábamos en otra habitación. No había forma de que ella lo escuchara —dice Jon.

—Creo que lo ha hecho intencionadamente para avisarnos, sin que White lo sepa.

Jon respira hondo, y cuando exhala el aire lo hace con un suspiro que agita las hojas muertas, un envoltorio de caramelos y uno de esos trozos de papel, con el que te limpias las manos después de echar gasolina, que hay por el suelo.

—Eso no la exime de culpa, en absoluto.

—No. Pero creo que, al final, quería ayudarnos.

—Espera un momento —dice Jon, que sigue asimilando poco a poco la nueva información—. Eso quiere decir que… si sabes que nos estaba escuchando desde el principio…

—No te lo he dicho, porque se te hubiera notado, Jon.

—Cari, que tú no sabes mentir —dice el inspector, con el rostro encendido—. Que eres la peor mentirosa que he visto.

—Y tú no sabes camuflar tus emociones.

Jaque mate.

La muy cabrona.

Jon tiene que admitir que, de haberlo sabido, con todo por lo que han pasado, por todo por lo que han sufrido, y dado su historial personal de confrontación —de liarse a hostias, en cristiano— con los obstáculos que se le presentan en la vida, a lo mejor se le hubiera notado.

Por lo que sea.

—Entonces… todo eso que has dicho sobre no tener ni idea de por dónde vamos, ni qué hacer, ni nada de eso, era…

—En su mayor parte, verdad.

—En su mayor parte —remeda él, con acento sombrío.

—Creo que intuyo lo que está pasando. Algo, al menos.

—Y no vas a decirme nada, ¿verdad?

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —dice Antonia, con una mirada de pura inocencia.

9

Un mensaje

Antonia regresa al coche, esta vez de nuevo al asiento del copiloto, razonablemente limpio. Tampoco es como si a ella le fuera a molestar el olor.

Cuando Jon se sienta a su lado, tiene que apartar el teléfono, que había quedado abandonado sobre el asiento. Al volvérselo a meter en el bolsillo, siente miedo y asco ante un dispositivo que no solía traerle más que cosas buenas.

Bueno, unas cuantas cosas buenas. Como el Grindr, por ejemplo.

El inspector Gutiérrez se da cuenta de que ella había tenido razón desde el principio. Saber que había una tercera presencia con ellos en el interior del coche, otro par de oídos, es imposible de olvidar. El mismo principio que rige en *Gran Hermano*: por mucho que intenten venderlo como realidad, todo es una actuación. Así que decide hablar lo menos posible.

Porque la bomba de su cuello es, desde luego, imposible de olvidar.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —le dice a Antonia, esforzándose por sonar natural. Es decir, agobiado, cansado y muerto de miedo.

—Nos escribirá. Aún tiene que darnos la tercera dirección. El tercer crimen que resolver.

—¿Crees que ese puto enfermo...

Antonia abre mucho los ojos, y le hace un gesto con la mano.

Jon intenta moderarse. Confirmado, es imposible de olvidar que estás hablando para la misma persona que tiene tu vida a tan sólo un botón de distancia.

—... puede darnos la solución ahora?

—¿A qué te refieres?

—Cuando buscamos la solución al asesinato de Raquel Planas, no pudiste encontrarlo. Cuando estabas buscando al asesino de Soler, encontraste al asesino de Planas, el propio Soler.

—No te falta razón —dice Antonia, tras reflexionar un momento.

—A lo mejor tenías razón antes en lo que dijiste. A lo mejor simplemente no es posible ganar este juego.

—Jon, ya sabíamos que todo estaba amañado. Es un asesino psicópata, no el Tribunal Supremo.

—No, lo que quiero decir es que nunca tuvo intención de apretar este botón —dice Jon, señalándose el cuello—. No hasta ahora, quiero decir. No sé qué vendrá ahora, pero estoy convencido de que lo que quería de verdad era traernos hasta aquí.

—No lo sé. No lo sé —dice Antonia—. Ahora mismo estoy demasiado cansada, demasiado vacía, demasiado superada. Haré lo que me pida, mientras tengas eso ahí. No queda ningún otro remedio. Y tú harás lo que yo te diga.

El inspector Gutiérrez escucha a su compañera con recelo. No sabe cómo juzgar lo que acaba de escuchar.

Resulta que el señor White interpreta mejor que él.

Jon sonríe, sin poder evitarlo. De pronto, el omnipresente y poderoso White ha perdido algo de su fuerza, de su intimidación. Porque, de no haber sabido que su teléfono se había convertido en un micrófono involuntario, Jon se hubiera cagado encima al escuchar el mensaje

(dos pitidos, vibración)

en el móvil de Antonia, sonando justo al terminar ella la frase.

Con la perfección y la sincronía de un montador de películas de Hollywood.

Jon, que con el cine tiene más vicio que una puerta vieja, se había quedado un día prendado de un documental que vio sobre el trabajo de Skip Lievsay en *El silencio de los corderos*. De cómo había logrado mezclar el sonido de manera que las voces de los actores de una escena comenzaran a escucharse cuando aún no había terminado la

escena anterior. Es la posición superior del narrador, conociendo lo que va a suceder antes que nosotros, lo que nos provoca la sensación de amenaza.

Pero en realidad Jon no temía que White les escuchara. Temía que fuera omnipotente.

Y no lo es. Es un señor con un micrófono.

Podemos con él. Puede que sea muy listo. Incluso puede que sea más listo que Antonia. Puede que lo tenga todo pensado.

Pero si al final tengo que elegir entre él o yo, si tengo que llevármelo por delante, lo haré. Y eso es una fuerza que él no podrá nunca igualar, piensa Jon.

Antonia, entretanto, levanta el teléfono y mira el mensaje.

Y el rostro le cambia.

Le enseña la pantalla del móvil a Jon.

Y a Jon le cambia también.

Esta vez no necesitan buscar en Heimdal qué crimen se ha cometido en esa dirección. Ni tiene que programar el GPS para que le ayude a encontrarla.

Porque el crimen que se cometió en ella lo sabe de sobra.

Porque la dirección que acaba de llegarle al móvil es la dirección de Madrid que mejor conoce.

MELANCOLÍA, 7

La dirección de Antonia Scott.

10

Un ático

Al llegar al último piso, se encuentran la puerta del ático.

Verde. Antigua de narices. Descascarillada.

Abierta. De par en par.

Jon saca el arma, con cuidado, y se coloca delante de Antonia. Hace meses que consiguió quitarle el mal hábito de dejar la puerta abierta.

No es que haya cambiado gran cosa dentro del piso. Sigue casi vacío, sin nada que merezca la pena robar. Salvo un precioso ficus de plástico, situado en el distribuidor.

Jon avanza por el pasillo, sujetando el arma con las dos manos. La cocina está vacía, a oscuras. El antiguo estudio de Marcos, también.

De la habitación principal lo único que asoma es el cañón de una pistola, apuntando directamente a su sien derecha. Jon iguala la cortesía, apuntando a la oscuridad.

Dos pasos hacia delante revelan el rostro de Sandra, sonriente. Una cara que inspira la misma confianza que la cena de una rata.

—Inspector —saluda ella.

—Loca del coño —saluda él.

—Sería bueno que se guardara el arma.

—Tú primero, tesoro.

Sandra aumenta la sonrisa aún más, hasta convertirla en una mueca imposible.

—Con mucho gusto —dice, ocultando la pistola bajo la gabardina. Saca las manos y las muestra, como un mago que acabase de meter la paloma en el sombrero. Le falta enseñar los antebrazos desnudos.

—Jon.

Antonia le advierte, desde la entrada. Jon, sin embargo, sigue con el arma levantada. El cañón está a menos de un palmo del rostro de

Sandra.

Una ligera presión, sería todo lo que haría falta.

Un pequeño tirón del gatillo, y eliminamos una alimaña de este mundo, piensa Jon. *Una asesina de policías*.

La tentación —física, urgente, imperativa—, tensiona todos los músculos de su cuerpo. Su brazo está rígido como el larguero de un campo de fútbol. Podría colgarse de él toda la plantilla del Athletic. La punta de la pistola palpita, perceptiblemente, al ritmo de su corazón.

Sandra se fija, pero la sonrisa no le flaquea. Si acaso muda de naturaleza. Se vuelve pervertida, casi sensual. Da un paso hacia Jon, y se inclina un poco hacia la pistola. Por un momento Jon cree —es la mirada en sus ojos, una mirada que anuncia que le falta una patata para el kilo— que Sandra va a sacar la lengua y pasarla por el cañón. Pero lo que hace es apoyar la frente sobre él.

El inspector Gutiérrez nota una vibración en la muñeca, que llega hasta él desde la punta del arma. Por un instante es capaz de percibir la locura a través del metal.

—No te atreves —susurra Sandra, con voz tersa de reptil—. Aunque acabo de matar a tu jefe y a todos tus compañeros. No te atreves. ¿A que no, gordito?

Oh, eso sí que no, piensa Jon.

No llega a apretar el gatillo, porque una mano pequeña y blanquecina se posa sobre el acero negruzco y aceitoso. Muy suave y muy despacio, le obliga a bajar el arma.

Jon aparta la vista de la mirada venenosa y burlona de Sandra, y sigue la dirección de la mirada de Antonia, temblorosa y llena de ira. A través del pasillo, hasta el salón.

Afuera, el sol se pone.

Adentro, el señor White está sentado en el suelo, en mitad de la habitación, en la posición del loto. Cuarenta y pocos. Vestido con unos pantalones negros y una camiseta blanca. Tiene los pies descalzos. Frente a él hay una carpeta marrón, de cuero, cerrada por un cordón de fieltro rojo.

—Adelante, señora Scott —la invita, en inglés—. Pase y cierre la puerta.

—No —dice Jon, adelantándose.

—Inspector, su subconsciente está tan cerca de la superficie que puedo ver asomar el periscopio —dice White, en un torpe y arrastrado español.

Le muestra un pequeño dispositivo que tiene en la mano. Del tamaño y forma del mando de un garaje de los antiguos. Jon se hace una idea muy concreta de qué es lo que activará ese mando a distancia. Un fuerte picor en la herida del cuello acompaña la intuición.

—Haga el favor de quedarse fuera —añade White, ante la indecisión de Jon.

—No me pasará nada —dice Antonia, rodeando el cuerpo de su compañero.

Antes de cerrar la puerta tras ella, le hace una última recomendación, señalando con la cabeza hacia Sandra.

—Intenta no matarla, Jon.

—No prometo nada.

Antonia se da la vuelta y se enfrenta a White.

—Está en mi sitio —dice, en inglés, señalando el punto exacto del suelo donde ella se sienta siempre.

White no hace ademán de haberla escuchado, y señala a su vez un espacio de suelo frente a ella.

—Siéntese, por favor. Está usted en su casa.

Una oleada de furia invade el rostro de Antonia. La vez anterior que se encontraron White y ella, pasó por un proceso similar. Calmar a los monos, impedir que la rabia la desborde, decidir una estrategia.

La otra vez iba desarmada. Esta vez lleva su P290 en la diminuta pistolera, disimulada apenas por la chaqueta.

Mueve el brazo hacia ella. Sólo un poco.

—Más rápido que una bala —pregunta él, alzando la mano que contiene el mando a distancia.

Bien lo sabe ella. Ni se molesta en hacer los cálculos, aunque aparecen los números frente a ella, casi visibles, con todos sus ceros.

Pero no hay forma humana de que desenfunde la pistola y le meta un tiro en la cabeza antes de que él apriete el botón que mataría a Jon.

Atrapada a medio camino entre la ira y el sentido común, no le queda otra que volver a colocar ambos brazos frente a ella.

White disfruta con ese movimiento, abortado en el último instante. Como quien observa a un perro bien entrenado.

La mayoría de los animales, a fin de cuentas, tienen mejor aspecto enjaulados, piensa Antonia, pensando en los suyos propios.

Muy despacio, se sienta frente a White.

La habitación tiene un aspecto extraño desde esa perspectiva.

Que es exactamente lo que él pretende.

Y, hablando de monos, aquí llegan unos cuantos. A gritarle, a llamar su atención sobre el hombre sentado frente a ella. Los detalles la inundan, imponen sus propias, abrumadoras condiciones.

—Respire hondo —dice White—. Usted y yo estamos frente a nuestro problema final. Y a nadie le gustan los finales apresurados.

Antonia es capaz de descifrar muy bien el tono de amenaza en la voz de su interlocutor. Lo que debería haber aumentado su nerviosismo, produce en ella el efecto contrario.

—¿Qué hace usted en mi casa?

—Creo que ya iba siendo hora de que tuviéramos nuestro primer encuentro —responde él, encogiéndose de hombros.

—¿Tiene alguna clase de trastorno en la memoria, además de en el lóbulo prefrontal?

White menea la cabeza con desaprobación.

—El viejo prejuicio. Un fallo en mi sistema límbico, en mi lóbulo prefrontal, es lo que me convirtió en psicópata. Malvado desde la cuna. Sin empatía. ¿Eso piensa?

—No me cabe la menor duda.

—No voy a molestarme en debatir con usted, señora Scott. Verá, en realidad, me alegra que mencione el tema. Hubo una persona, hace años, que también se dirigió a mí en esos términos. El único que se ha atrevido. No le fue muy bien.

—¿Qué es lo que quiere, White?

—De hecho, el médico, ¿era médico, sabe? El médico, le decía, tuvo

un aleccionamiento relativamente corto. Me llevé a su hija y le dejé en el sótano el cuerpo de la niñera. No hizo falta más.

Antonia tiene —no por primera, ni última vez— visiones de su ansiedad y su miedo en el túnel, cuando Jorge estaba en manos de Sandra.

—Esta vez no podrá tocarlo.

—Bueno, eso es opinable —dice White, abriendo la carpeta que hay en el suelo, entre ambos. Saca una fotografía de ella, y la coloca frente a Antonia.

No.

No puede ser.

11

Una teoría

Antonia mira la foto durante unos segundos. Tomada en la calle, con un teleobjetivo. Las caras, a pesar de la distancia y de que la foto está borrosa, son inconfundibles. Una anciana en silla de ruedas, una mujer, un niño.

—Hotel Las Flores, San Salvador. Un remanso de paz en un país muy peligroso, donde la vida no vale demasiado. Tengo un contacto en la Mara Salvatrucha. Por matar al niño me cobrarían seis mil dólares. Por ellas dos, probablemente nada. Al fin y al cabo, lo más caro en todos los servicios es el desplazamiento. *Donde tiras una bala, tiras tres, maje* —concluye, en español.

El remedo de acento salvadoreño es entre pasable y malo.

Pero es suficiente para hacer que Antonia trague saliva con dificultad.

—Hemos hecho todo lo que nos ha pedido.

White junta las yemas de los dedos hasta formar un tejadillo con las manos.

—Ah, pero eso no es exactamente cierto, ¿verdad? No lograron resolver el primer crimen a tiempo. Ni tampoco el segundo. Y la deuda ha ido ascendiendo, poco a poco, señora Scott.

—Ha matado a doce personas —dice Antonia, intentando que el miedo no aflore a su voz. Fracasando.

—Me temo que eso ha sido cosa de mi asistente. Verá, ella tenía una cuenta pendiente con su jefe. Empleada descontenta, ya sabe.

Las emociones en el cuerpo de Antonia cambian como las luces de una pista de baile. El miedo, la ira, el odio, el sufrimiento. De nuevo vuelve a sentir la necesidad de llevarse la mano a la espalda. Está allí, indefenso, frente a ella. Puede que eso salvase la vida de Jorge, de

Carla, de la abuela Scott.

Al precio de la vida de Jon. Una vida por tres.

Y, sin embargo, las matemáticas no le salen.

—Como le decía, su aleccionamiento ha sido algo más largo que el del médico. Pero es usted un ejemplar excepcional, señora Scott. Me ha hecho replantearme todo lo que sé, realmente.

—¿Qué es lo que quiere? —susurra Antonia.

—Espero no aburrirla. Si así ocurriera, le ruego que me lo haga saber. Verá, tengo una teoría. Una pequeña idea, que vino a mí hace muchos años, cuando estudiaba en la universidad. Un profesor nos explicó que las emociones son cambios que preparan al individuo para la acción. Y yo pensé… Si generamos en el sujeto las emociones adecuadas, podemos orientar sus actos de forma externa. Como…

Agita de nuevo en el aire el mando que tiene en la mano.

—Eso es una abominación —dice Antonia, asqueada.

Aunque, al mismo tiempo, y aunque jamás podría reconocerlo en voz alta, ligeramente fascinada.

White se da cuenta. Ha notado cómo la voz de Antonia ha subido un tono. Cómo sus pupilas se han dilatado un poco.

Él se anima a seguir hablando. Ésa es la fragilidad del genio. Necesita una audiencia.

—Lo mismo pensó mi profesor. Once días después se suicidó delante de su mujer y sus hijos. Costó un poco, fue un primer intento algo torpe. También mi momento *eureka*. Lo recuerdo con cierto cariño.

—Arquímedes usó su conocimiento para salvar a Siracusa. Usted lo ha hecho para ganar dinero.

—Como le dije hace unos días, confunde usted los métodos con el fin. Yo no he usado mi investigación para ganar dinero. Gano dinero para mi investigación.

—Tanto da. Lo que importa es que ha definido un método para la maldad —dice Antonia, que no se atreve a preguntar, pero que necesita saber.

—Más de uno. Descubrí que hay patrones de personalidad. Un número concreto de ellos. Los seres humanos encajan en ellos como un guante.

—Las personas no son prendas de ropa.

—Su amigo de ahí fuera, por ejemplo. Un tipo tres, indiscutiblemente. Creo que si le ordenase entrar aquí conseguiría que se saltase la tapa de los sesos en unos… —consulta su reloj, con afectación— digamos, setenta y cuatro segundos.

—Oh, yo no apostaría contra Jon Gutiérrez, señor White —dice ella, entrecerrando los ojos.

—Es usted quien ha apostado contra su vida, señora Scott. Espero no parecerle presuntuoso, pero diría que ha disfrutado de nuestro pequeño intercambio.

Antonia parpadea varias veces, con incredulidad.

—¿De verdad cree conocerme?

—No, en realidad no. Señora Scott, todo esto debía haber concluido hace ocho meses, cuando nos llevamos a su hijo. La idea era muy sencilla, sin duda alguna.

—Todo ese teatro del asesino en serie, de Ezequiel. ¿Eso le pareció sencillo?

—La idea, no su ejecución —admite White—. Pero usted resultó no encajar en ninguno de los patrones. Quién hubiera imaginado que se hubiera usted jugado la vida de su hijo contra la de una desconocida.

Antonia no puede, no quiere, no debe contestar a eso. Porque es la pregunta que alimenta aún las pesadillas que la consumen por dentro. Y no sólo por las noches. Sueños increíblemente lúcidos en los que no consigue llegar a tiempo para salvar a Jorge.

Sabe lo que está intentando. Manipular sus emociones para recordarle que es madre. Y es cierto. Pero es muchas más cosas.

—Eligió el deber. Le salió bien, debo reconocerlo. Y ganó aquella batalla, indiscutiblemente.

—Pienso ganar ésta también —dice ella. La voz le flaquea lo justo.

White estudia a Antonia durante unos instantes. Al principio, genuinamente intrigado. Después, pensativo.

Finalmente, sacude la cabeza.

—No, en realidad no. Realmente usted ya sabe que ha perdido —desestima—. Es casi tan orgullosa como inteligente, pero aún gana lo segundo.

—¿Qué es lo que quiere, White?

—Ya lo sabe. Quiero que investigue el crimen que se cometió en esta dirección.

—Usted sabe muy bien quién es el autor de ese crimen —dice Antonia, apretando los dientes.

—Lo sé. Quien no lo sabe es usted, señora Scott.

Antonia se queda paralizada al escuchar aquello.

—Sé que me ha culpado de esto durante años. Pero ahora le pido que busque en esa extraordinaria memoria suya.

A ella no le cuesta nada invocar la pesadilla.

12

Una pesadilla

Marcos está en su pequeño estudio. El cincel arranca de la piedra arenisca sonidos secos. Antonia es dolorosamente consciente de lo que va a ocurrir, puesto que ha ocurrido mil veces. No está en el salón, delante de un montón de papeles con pistas, con informes, con fotografías. Está a su lado, mirando por encima del hombro la escultura en la que él trabaja. Es una mujer, sentada. Las manos reposan quietas sobre los muslos, la espalda está inclinada hacia delante, en una postura agresiva que contrasta con la quietud de su rostro. Algo hay delante de la mujer que la impulsa a querer levantarse, pero sus piernas están hundidas en la piedra, el cincel aún no ha logrado liberarlas. Nunca llegará a hacerlo.

Suena el timbre de la puerta. Antonia quiere detener a Marcos, decirle que siga trabajando, que continúen con sus vidas, pero su garganta está tan seca como los trozos informes que hay por todo el suelo del estudio. Se oye a sí misma —a esa otra mujer, a esa tonta e ignorante mujer que sube el volumen de la música en sus auriculares— gritar algo, y Marcos deja el martillo sobre la mesa junto a la escultura a medio terminar. El cincel se lo guarda en la bata blanca, y va a atender la llamada. Antonia, la Antonia real, la Antonia que mira, la Antonia que sabe lo que va a ocurrir, quiere seguirle, y lo hace, pero despacio, muy despacio, de forma que no ve cómo abre la puerta, que no ve cómo el extraño y Marcos forcejean. Cuando alcanza el pasillo, Marcos y el extraño ya están en el suelo. El cincel ya asoma de la clavícula del extraño, su sangre está sobre la bata de Marcos, el extraño se retira, pero aún puede disparar dos veces. Una atraviesa a Antonia, la Antonia real, la Antonia que espera en el pasillo, y alcanza a esa mujer ignorante que está en el salón, con los cascos puestos y la música ya a todo volumen, sin apartar la vista de los papeles frente a ella. El tiro roza la esquina de madera de la cuna donde duerme Jorge, lo cual desvía

la bala lo suficiente para que en lugar de entrar en el cuerpo de Antonia entre por la espalda y salga por el hombro. Una trayectoria amable para un balazo. Sin graves consecuencias. Sólo unos meses de recuperación. Quizás volver a barnizar la cuna.

El otro disparo no es tan afortunado. El otro disparo alcanza a Marcos en el hueso frontal, del que los médicos tendrán que arrancar luego un buen trozo para que el cerebro se expanda, intentando sanarse. Dicen que tras un rebote en la pared. Dicen que porque Marcos se arrojó sobre el extraño.

La pesadilla nunca lo deja claro. La pesadilla termina siempre con el estampido del segundo disparo aún resonando en sus oídos.

13

Una palabra búlgara

Antonia abre los ojos.

White está observándola, detenidamente. Tan inmóvil como ella.

—¿Qué sabe del intruso que irrumpió en su casa, señora Scott? —pregunta, con voz suave.

—Llamó a la puerta. Llevaba una pistola. Marcos le atacó con el cincel.

—La sangre del intruso estaba sobre la bata de su marido, ¿verdad?

—Unas gotas. No había ADN viable. Dijeron que era por los productos químicos de la bata.

—¿Quién lo dijo? ¿Quién hizo ese análisis?

Antonia se detiene, considerando las implicaciones de lo que está insinuando White.

—Yo...

—Usted no sabe utilizar un secuenciador de ADN. Es lógico. Yo tampoco. Ese tipo de tareas manuales corresponden a mentes inferiores. A la suya le corresponde saber en quién confiar. Repito. ¿Quién hizo ese análisis?

—Alguien del equipo de Mentor.

—Fue él quien le dio el informe. Quien le dijo que estaba en un callejón sin salida. ¿Verdad?

Los sentimientos vuelven a apoderarse de ella. El shock emocional vuelve a darle un *tour* gratuito por los lugares más interesantes de su psique. En autobús de dos alturas, con techo descubierto. Transita por la rotonda del Desconcierto, el monumento a la Rabia, la plaza de la Traición. El autobús tiene los asientos repletos de personajes de su vida, todos mirando alrededor, y señalando, y haciéndose *selfis*.

Cuando consigue recobrarse, con el pulso más acelerado que nunca,

la sangre rebotándole en las sienes, la respiración entrecortada, siente la mano de White sobre su antebrazo. Su mano está fría como un pez recién comprado.

Extrañamente, Antonia no rehúye el contacto, tan perdida está.

—Puedo pedirle al inspector Gutiérrez que entre. Creo que aún tiene algunas de esas píldoras azules que la ayudan en momentos como éste —ofrece White, con una amabilidad pegajosa.

Antonia siente la necesidad —física, urgente, imperativa— de aceptar la oferta. Pero hay límites que no está dispuesta a cruzar de nuevo.

—Ya se encargó usted de que no me faltase de ese veneno. No pienso volver a caer.

—Ah, sí, la doctora Aguado. Un elemento de lo más útil. Debido a su profesión, en parte. Nunca he conocido a un forense que crea en Dios o en el alma. Suelen ser piezas muy sencillas de manejar. Fiables.

Al escuchar aquello, Antonia se recobra un poco. Aparta la mano de White de un tirón seco.

—Puede que manipulase a Aguado a su antojo. Puede que impidiese que analizaran el ADN del intruso, que ocultase las huellas digitales de Soler. Pero eso no prueba que usted no matase a mi marido.

White suelta el aire por la nariz y menea la cabeza, como un padre amoroso que no puede creer que su hijo aún no haya aprendido a usar el orinal.

—Corríjame si me equivoco, señora Scott, pero la carga de la prueba ¿no reside en la acusación? ¿Y aquello de «inocente hasta que se demuestre lo contrario»?

Antonia se inclina hacia delante y apunta con el índice a la cara de White.

—¿Pretende decirme que es una coincidencia que estuviese usted en Madrid acosando a Soler justo cuando ocurrió lo de Marcos?

—Es sorprendente que esté usted tan cerca y no haya sido capaz de llegar aún a la conclusión correcta. A lo mejor elegí a la reina roja incorrecta... —dice él, encogiéndose de hombros.

—Muchas veces he deseado que esa bala me matase, White. No lo crea. Que hubiese acabado usted conmigo, como ha hecho con los

demás.

—Y, de nuevo, vuelve a dar un rodeo alrededor de la solución. Una vez más, obviando mis motivos y mi naturaleza. Debo reconocer que me siento muy decepcionado.

—Sus motivos… —susurra Antonia.

El mundo se detiene.

Antonia también.

Kuklenlěva.

En búlgaro, el que le lanza leones al titiritero.

Antonia cierra los ojos y desaparece por unos instantes dentro de su mundo interior. Frente a ella aparecen de pronto todas las piezas del puzle. Los monos aúllan, desesperados, mientras se las muestran. Antonia grita, interiormente, para callarlos a su vez.

Y, por primera vez, las ordena en un sentido lógico.

– Jaume Soler, un consultor informático de alto nivel que busca su ayuda para librarse del acoso de White.
– Raquel Planas, la amante de Soler, asesinada *antes* de que Soler fuera a buscar a Antonia, su amante inculpado falsamente.
– Marcos y ella, tiroteados en su propio domicilio.
– Jaume Soler comienza a recibir cuantiosos pagos de una misteriosa empresa *offshore* en un paraíso fiscal.
– Alguien oculta pruebas en el asesinato de Marcos y hace creer a una Antonia hundida que Soler ha muerto.
– Tres años después, aparece Ezequiel. Un primer intento de White de doblegarla, que fracasa.

Y aquí están, de nuevo. Con una segunda partida de ajedrez, ya que la anterior quedó en tablas. Con tres crímenes interconectados, que les devuelven exactamente al principio. A aquella misma habitación.

Kuklenlěva.

La única pieza del puzle en la que nunca pensó, la única que nunca había sido capaz ni siquiera de imaginar, aparece frente a ella, en el centro de la imagen. Un enorme agujero, hacia el que todas las demás apuntan sin remisión.

Kuklenlěva.

La imagen que las piezas forman frente a Antonia, en su complejo y extraño mundo interior, es una figura de ajedrez. Una figura incompleta, de color blanco. A la que le falta tan sólo una pieza para estar terminada.

Pero eso es lo fascinante de los puzles. Cuando sólo queda una pieza, las demás te indican su forma exacta.

La forma de esa pieza es redondeada, con una cruz en lo alto.

El rey blanco.

Kuklenlěva.

En búlgaro, el que le lanza leones al titiritero. Teniendo en cuenta que la palabra con la que los búlgaros designan a su moneda es *lěv*, león, no hace falta explicar mucho más.

El proceso tan sólo ha durado unos cuantos segundos. Un mundo, para Antonia Scott. Pero cuando regresa, algo ha cambiado. El aire ha mutado su naturaleza. La densidad oleosa de antes parece haberse aclarado. La noche se ha impuesto al día, y White no ha encendido la luz. Sin embargo, ambos pueden distinguirse perfectamente en la penumbra.

Quizás, por primera vez.

White está sonriendo. De una forma extraña. Casi respetuosa.

—Ha sido un privilegio poder contemplar esto.

Antonia respira hondo, apartando la mirada. Sigue odiándole, con cada fibra de su ser. Nada va a modificar eso. Y, sin embargo, algo ha cambiado también entre ellos.

—Todo este tiempo…

Él asiente, comprendiendo.

Cuando Marcos fue atacado, Antonia decidió que el asesino implacable y misterioso tenía que ser el responsable de la muerte de su marido, el que había destruido su vida.

White se desabrocha los tres primeros botones de la camisa, y se retira la tela un poco, hasta descubrir el lado izquierdo. Su piel está cuidada, los pectorales bien marcados, el cuello fibroso forma un triángulo perfecto con los hombros musculosos.

En el hombro izquierdo, sin embargo, hay una cicatriz. Una estrella

irregular de cinco brazos, retorcidos allá donde la piel había decidido cómo curarse.

Una cicatriz en el lugar en el que Marcos le había clavado el cincel, justo antes de que White le disparase.

Una cicatriz más pequeña, pero no muy distinta de la que Antonia tiene en su propio hombro izquierdo, causada por el disparo de White.

—La reina es la figura más poderosa del tablero —dice él—. Pero por poderosa que sea una pieza de ajedrez no debe olvidar…

—… que siempre hay una mano que la mueve —completa Antonia.

—Exacto. Así que ya está usted un paso más cerca de resolver el crimen, ¿verdad?

La mirada de White vuelve a endurecerse. Antonia no se ha olvidado ni por un instante de con quién estaba hablando, pero la máscara se lo había dificultado por unos minutos.

La tregua ha terminado.

—Usted ha sostenido todos los triunfos desde el principio, White. No he hecho más que correr en la dirección que usted ha pretendido que corriese.

Agotarnos, minar nuestra confianza. Matar a todos nuestros compañeros. Cortar nuestros lazos con la policía. Destruir el proyecto Reina Roja.

—¿Por qué tomarse tantas molestias? —pregunta ella.

—Para completar su educación. Y ahora, termine el trabajo. Resuelva el crimen.

—Sería más sencillo si me dijese quién le contrató.

—Quizás. Pero menos interesante. En lugar de eso, he decidido responder a la pregunta que me formuló en el ascensor. La respuesta está frente a usted.

Antonia extiende el brazo y abre la carpeta de cuero, de la que White antes había sacado la foto de su familia, tomada en San Salvador.

Dentro hay otra fotografía, en blanco y negro. Tamaño 21 x 28.

A pesar de que es de noche, Antonia reconoce la calle, y la casa de los Soler. Si la foto estuviera encuadrada un poco más a la derecha, mostraría la ventana de la habitación principal. Quizás con Jon

Gutiérrez a punto de asomarse a ella.

Lo que sí muestra es a un hombre junto a una moto de gran cilindrada, aparcada a unos treinta metros de la casa, detrás de un contenedor. Vestido con vaqueros y chaqueta de cuero negra. Tiene el casco en la mano, y el rostro hace un pequeño escorzo hacia la cámara.

—Nuestra Sandra es toda una *paparazza*. No era una imagen fácil de obtener, con tan poca luz, y el objetivo moviéndose. No le atraparon ustedes por muy poco —dice White, separando el índice y el pulgar un par de centímetros.

Antonia no ve el gesto de burla. Sus ojos no se han apartado de la fotografía, del hombre cuyo rostro está a oscuras, pero aun así claramente reconocible.

Intenta hablar, pero tiene la garganta seca.

—Usted habría llegado a este mismo sitio hace mucho tiempo. Si no le hubieran repartido cartas marcadas, por supuesto.

Antonia menea la cabeza, sin poder creer lo que está viendo.

—No.

—Le aseguro que mis tarifas no son baratas, señora Scott. No lo son, en absoluto. Hay muy pocos que puedan pagarlas.

—Está usted mintiendo.

—Supongo que únicamente hay una forma de comprobarlo, ¿verdad? Así que, ya sabe. Póngase en marcha.

Antonia se pone en pie, y le da la espalda, pero la voz de White la alcanza antes de que llegue a la puerta.

—Vamos a subir las apuestas. Nada de policía. Nada de ayudas externas. Solamente ustedes dos. ¿Me ha comprendido?

Antonia asiente, sin volverse.

—Excelente. Ah, y por cierto, he visto que disfrutaban mis dos anteriores cuenta atrás, así que…

Dos pitidos, vibración.

Un mensaje llega al teléfono móvil de Antonia.

TIENE TRES HORAS

14

Un primer error

Es Jon quien conduce. Ella está demasiado nerviosa, demasiado alterada. Su cabeza es un caos, su cuerpo suspira por una cápsula roja. Tan sólo el hecho de que White estuviese esperando a que ella cayera de nuevo en el hábito ha impedido que se tire encima de Jon y le arrebate la caja del bolsillo de la chaqueta. Cuyo bulto es claramente visible a través de la tela del traje.

Saber que están ahí debería hacerle la vida más difícil. Como un niño al que han puesto a dieta antes de que ruede cuesta abajo, y que pega la nariz al cristal de la pastelería. Sin embargo, es al contrario.

—¿Vas a contarme qué es lo que ha pasado?

Antonia no contesta. Saca su iPad y hace una breve búsqueda en Heimdal. Con el rabillo del ojo, Jon ve un mapa, con varios puntos marcados.

El inspector Gutiérrez sabe muy bien que, cuando su compañera está en esas condiciones, debe dejarle espacio.

—Por fin. Por fin ha cometido su primer error —dice ella, al cabo de un rato.

—El segundo error.

—¿Cuál fue el primero? —pregunta Antonia, extrañada.

—Su primer error —dice Jon, alzando una ceja— fue meterse con nosotros.

Antonia le mira, con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto rato has estado ensayando eso?

Jon piensa un momento.

—¿Cuánto rato has estado con tu amiguito White?

—Unos veinte minutos.

—Digamos diez minutos, entonces. Mentalmente. El resto del

tiempo lo he dedicado a pensar en formas de matar a esa cabrona.

—La violencia no es la solución —dice Antonia, volviendo a centrarse en el iPad.

—Se nota que nunca has pegado lo suficientemente fuerte, cari. Se ha tirado todo el rato mirándome, sin hablar. El papel de secundaria *creepy*, lo borda, tu amiguita.

—No es mi amiguita. Y alégrate. Ahora mismo podría ser ella quien estuviera sentada a tu lado.

Jon tiene que esperar hasta pararse en el siguiente semáforo, que está a unos veinte metros, antes de girarse hacia Antonia y ponerle su cara de *peroquémestáscontandomaricón*.

—Ya te explicaré. Lo importante es que tenemos una oportunidad, Jon.

El inspector Gutiérrez no se ha olvidado de que sigue llevando el teléfono en el bolsillo. Tiene que hacer un enorme esfuerzo para contestar con naturalidad.

—Me gustaría mucho saber adónde vamos y qué es lo que estamos haciendo.

El rostro de Antonia se ensombrece.

—Vamos al peor lugar sobre la faz de la tierra. Enseguida te contaré. Pero antes quiero hacer una parada en un sitio. Gira a la derecha cuando termine Atocha.

Se pone a rebuscar, mientras tanto, en la guantera, sin más explicaciones.

A sus órdenes, princesa.

15

Un municipal

Ruano está aparcado enfrente de El Brillante, cuando el universo le hace un regalo inesperado.

Hasta un minuto antes, nada hacía presagiar aquello. Su nuevo compañero es un tipo agradable, callado. Más novato que él. Ruano le está enseñando el truco para ponerse al día con las multas. Sólo hay que esperar a que alguien aparque en doble fila para ir a por un bocadillo y *zas*, receta.

—Esto es demasiado fácil —dice el novato, cuando cae el tercero. Un idiota con un Mini verde, que, para colmo, no tenía ni seguro ni había pasado la ITV. La grúa se acaba de llevar el coche.

—Uy, si vieras cómo era antes de la señalización nueva. Eso sí que era...

Se da cuenta de cómo suena, exactamente un instante después de que las palabras salgan de su boca. Como un viejo acabado contando batallas.

Los médicos no querían que volviera al trabajo tan pronto, pero Ruano dijo que estaba bien. Que si se quedaba en casa, solo, se volvería loco o se pegaría un tiro. Y ahí está. Dando vueltas, con un nuevo compañero, a los pocos días de la muerte de Osorio.

Ocultarle a los demás los síntomas de trastorno de estrés postraumático es fácil. Siempre ha sido un tipo tranquilo, reservado. Ocultárselos a sí mismo no es tan sencillo. Cada vez que cierra los ojos, vuelve al tiroteo. A la puerta de la Vito abriéndose, a las balas golpeando la carrocería del coche. A la mujer de Osorio, negando con incredulidad la noticia, sacudiéndole airada, diciendo que no le mintiese, que cómo iba a estar muerto su marido, si ella está embarazada y eso no se hace.

No fue el mejor día en la vida de Ruano. Y eso que, en su antiguo trabajo, había visto cosas jodidas. Dos misiones en Afganistán y una en Somalia. Y luego había entrado directamente en la Municipal, a través de las plazas reservadas al ejército. Un trabajo sencillo, buena paga, buena jubilación. Nada de complicaciones.

Y, aun así, cada vez que cierra los ojos, siente los puñetazos del plomo sobre la carrocería, el olor del aceite y la grasa del motor, cosido a balazos, el aire entrando a través de la puerta abierta del copiloto, los fragmentos de cristal cayendo sobre su cabeza. Ve el cuerpo muerto de Osorio, doblado sobre la puerta abierta del coche.

Así que no cierra mucho los ojos.

Tampoco es que haya podido hacer nada al respecto de lo que les sucedió. Estamos en Madrid, no en una peli de Liam Neeson. Ni siquiera se llevó un solo rasguño durante el tiroteo, más allá de unos pocos arañazos del cristal que no dejaron marca. Ni siquiera puede optar al aumento de paga por haber sido herido en acto de servicio.

Lo único que le tocaba, unas semanas de descanso, es lo último que quiere.

Así que ahí está, poniendo multas.

Lo que el agente Ruano no se imagina, cuando ve un Audi A8 negro pararse junto a ellos, es el regalo inesperado que le va a hacer el universo.

—Aquí no se puede parar —dice, a través de la ventanilla abierta. Hace el gesto de continuar, que irrita a los conductores de todo el mundo.

La ventanilla del Audi baja, y en ella aparece el rostro de una mujer hermosa. No una belleza, tampoco nos volvamos locos. Pero tiene algo. A pesar de las dos ojeras que le cuelgan como hamacas de los ojos, de que lleva el pelo hecho un asco.

—Compañero —dice la mujer, enseñando una placa de la Policía Nacional. El conductor se asoma a su vez, enseñando la suya—. Inspectores Scott y Gutiérrez.

—Hola, compañeros. ¿Qué necesitáis?

—Tenemos que pedirte un favor. Necesitamos dos unidades de municipales estacionadas frente a una dirección.

—Esa petición tiene que ir por central, compañeros —dice Ruano, perplejo.

La mujer le mira, con unos ojos verdes extraños. *Afilados*, es la palabra que viene a la mente de Ruano, pero claro, no puede ser.

—Tiene que ver con Osorio, agente. Supongo que me comprende.

Ruano es *millennial*, pero tirando a los treinta, así que pertenece a esa generación que exprimió los últimos *flipar en colores* antes de que WTF se acabara imponiendo. Éste es un momento en el que las dos expresiones se quedan cortas en su cabeza.

—¿Qué... qué es lo que necesitan?

—Tenemos a dos sospechosos localizados. Uno de ellos es un hombre de unos cuarenta años, pelo rubio ondulado, traje elegante. Le acompaña una mujer de pelo rubio y gabardina, de unos treinta años. Creemos que van a estar dentro de dos horas y media en esta dirección —dice, alargándole una hoja de papel, a través de la ventanilla.

Ruano coge la hoja de papel, la lee, y mira a la mujer a los ojos, que asiente despacio con la cabeza.

—Necesitaremos dos unidades en la puerta. Es un lugar estrecho, no tiene pérdida. Si los ven entrar, no intervengan, ¿de acuerdo? Ambos son extremadamente peligrosos. Háganlo sólo a la salida.

—Compañera, yo esto tengo que avisarlo por radio. Tenemos que hablar con central, llamar a...

—No. Si hace eso, no se presentarán. La única posibilidad que tenemos de cogerles es si hace usted *exactamente* lo que le he pedido.

Ruano piensa en Osorio. Piensa en las pesadillas, que vienen incluso cuando está despierto. Piensa en el hijo de Osorio, aún por nacer.

—Haré lo que me ha pedido, compañera.

—Discretamente —remarca ella.

—Discretamente.

Ruano contempla las luces traseras del Audi, que se adentra en la rotonda para enfilar hacia el norte, y empieza a hacer una lista. No tiene tiempo que perder.

La vida es algo demasiado valioso como para dejarlo en manos del destino, piensa Antonia, mirando por el retrovisor cómo el agente Ruano se va haciendo cada vez más pequeño.

Aunque dejarlo en manos de una nota de setenta y ocho palabras escritas a lápiz, no es mucho mejor.

16

Una torre

Claro, tenía que acabar todo en una polla gigante, piensa Jon, alzando la mirada.

—Esto no va a ser como en Rascafría. Nada de fuegos artificiales —dice Antonia, mirando arriba a su vez.

—No hace falta que sean en plural. Basta con uno —dice Jon, acariciándose el cuello. Los puntos de la cicatriz están más tirantes que nunca. De repente, a Jon le apetecería tener la crema hidratante de *amatxo* a mano.

Frente a ellos se alza la Torre Espacio. Una de las cuatro torres de la Castellana. Doscientos veinticuatro metros de altura. Cincuenta y seis plantas. El cuarto rascacielos más alto de España. Una monstruosidad de acero, cristal y hormigón, que se alza al lado de los otros tres edificios más altos del país. Un monumento a una época anterior, un mausoleo, una aberración, depende de a quién le preguntes.

A Jon le parece, simplemente, una polla gigante.

No exenta de ciertas ventajas. Para empezar, un único punto de entrada. Con una seguridad extraordinaria. Sin accesos laterales, sin aparcamiento. Una auténtica ratonera.

—¿Estás segura de que White vendrá?

—Estoy segura. Éste es su gran triunfo. Todo por lo que ha trabajado desde hace años. Doblegarme a mí también, demostrar que su teoría es infalible.

Jon vuelve a mirar la entrada del edificio, a la calle repleta de coches oficiales. Mercedes, BMW, Audis, todos negros o grises, algunos con banderas. Casi todos con matrícula con fondo rojo y caracteres en blanco.

—Deberíamos llenar este sitio de policías —dice, más para sí mismo

que para ella.

—No puedo arriesgarme —responde Antonia, meneando la cabeza.

La siguiente pregunta de Jon podría haber sido sarcástica un par de días atrás. Podría haber estado llena de reproches, de drama, de mala leche. Ahora, después de todo lo que han pasado en los últimos días, tiene un tono distinto. Tierno, incluso.

—¿A perder el juego?

—No, Jon. A perderte a ti.

Jon frunce los labios, con sorpresa. No se esperaba esa respuesta. Ni siquiera está seguro de que Antonia hubiese considerado la posibilidad de perder, antes de hoy. O de no sacrificar todo lo que hiciese falta, con tal de ganar, que es casi lo mismo.

En eso estamos completamente de acuerdo, cari.

Aun así, el cronómetro sigue contando hacia atrás, y el plan de Antonia no acaba de convencerle.

—Repíteme que es lo que vamos a hacer.

—Vamos a subir. Vamos a hablar con él. Y vamos a hacerle confesar.

—Y con eso será suficiente. Con eso White considerará que has cumplido con tu tarea.

Dicho así, parece sencillo. Una minucia.

Jon mira a Antonia, preguntándose qué estará pasando ahora mismo por su cabeza. Qué decisiones, qué dilemas. Qué enorme valentía la de afrontar una verdad que va a cambiar por completo todo aquello que creía saber de sí misma.

No quién es, por supuesto. Porque eso, Jon lo sabe bien, no lo cambia lo que hagan los demás.

Le gustaría decirle todo eso, poder consolarla de alguna forma, pero nunca ha tenido un don especial para las palabras. Poder elegir las correctas, poder curar a través de ellas, suministrar la fuerza necesaria con unas cuantas sílabas. No es ése el estilo de Jon Gutiérrez. Tampoco lo que ha aprendido, en los años que lleva de vida.

—Gracias por estar aquí, Jon —le dice Antonia, mirándole a los ojos.

Y Jon sonríe, porque eso es, al fin y al cabo, lo más importante en la

vida. El noventa por ciento del trabajo es estar junto a quien tienes que estar. El otro diez por ciento, se improvisa sobre la marcha.

—Hoy no echaban nada en la tele. ¿Nos movemos?

Antonia se quita la bandolera, y la arroja al maletero abierto del Audi. También se quita el reloj y el teléfono.

Jon hace lo mismo. Se vacía los bolsillos. Sólo lleva consigo la identificación y el arma. Pero cuando va a dejar el teléfono, Antonia hace un gesto y le pide que se lo quede.

Jon no lo comprende. Ese aparato sigue siendo los oídos de White. Dejar el teléfono en el coche sería la manera de dejarle sordo, en el último movimiento de la partida. Pero no va a discutir con Antonia. Entiende que debe tener un motivo.

Ya que no puede hacer otra cosa, al menos intenta protegerla. Saca el chaleco antibalas y se lo ofrece a su compañera.

—Ponte esto, cari.

—Si nos ponemos eso, no nos dejarán pasar.

Jon mira a Antonia, mira al chaleco, mira a la puerta de la torre. Se muerde el labio inferior. Repite el proceso un par de veces más. Concluye que tiene razón. Suelta el chaleco.

—No te preocupes, de ésta no vamos a salir a tiros —añade ella—. Ésta es otra clase de historia.

No sé yo si creerte, cari, piensa Jon, cerrando el maletero de un portazo.

17

Un sarao

Al otro lado del enorme vestíbulo, solado de mármol travertino, está la recepción. Un mostrador límpido, cristalino, de diez metros de ancho y formas futuristas. Tras él, media docena de —casualmente— jóvenes y atractivos recepcionistas de ambos sexos (hay un chico).

Justo hacia él es al que —casualmente— se dirige el inspector Gutiérrez.

—Necesitamos acceder a la planta diecisiete —dice, enseñando su identificación.

—¿Están en la lista?

—Es un asunto policial.

El joven atractivo aletea sus larguísimas pestañas.

—No va a ser posible sin autorización, señor. Como sabrá, hoy hay un evento importante —dice, apuntando con el bolígrafo hacia la entrada, donde un grupo de rezagados en trajes de cóctel van pasando sus tarjetas identificativas por el lector.

—Compruebe mi nombre —dice Antonia, mostrando su identificación.

El joven atractivo está situado en una silla alta que —casualmente— permite a los visitantes ver las piernas de los recepcionistas. También le concede al recepcionista una altura privilegiada. Suficiente para hacer un escaneo ocular de arriba abajo que ríete tú del portero del Urban.

Jon es dolorosamente consciente del lamentable aspecto de ambos. Él, con su traje verde terrorífico arrugado. Antonia, con la chaqueta casual en la que aún son apreciables unas manchas de vómito, por mucho que la haya frotado bajo el grifo en el baño de la gasolinera. No son la imagen del glamour.

—Como les digo, es un evento privado —dice el joven.

—Estoy en la lista permanente —insiste Antonia.

Las largas pestañas se entrecierran con incredulidad, pero aun así el recepcionista le sigue el juego, deseando poner en su sitio a esa pareja de zarrapastrosos.

Jon y Antonia no pueden ver el resultado que arroja la pantalla, ni falta que hace. Las largas pestañas se separan, con asombro autoexplicativo.

—Lo lamento mucho, señora Scott. Aquí tiene su tarjeta —dice el recepcionista, alargándole un rectángulo de plástico.

—Y una para mi compañero —pide Antonia.

Cuando se separan del mostrador y se dirigen a los tornos, Jon aún está saboreando el instante *ustednosabequiénsoyyo*.

—A veces la vida te da momentitos —le dice a su compañera, mientras se ponen a la cola de trajeados.

—No es que nos queden muchos —responde Antonia, mirando al reloj situado al otro lado del torno.

A pesar de que el ascensor va atestado, disponen de mucho espacio. El resto de ocupantes se han apelotonado delante de la puerta, intentando mantenerse lo más lejos de ambos, y concretamente de ella. Sobre todo, por el olor a vómito.

El viaje hasta la planta diecisiete es breve, veloz y les provoca una leve sensación de vacío en el estómago cuando el ascensor termina el recorrido y se detiene suavemente en su parada.

—Que disfruten la velada —dice Jon, disfrutando a su vez de las miradas reprobatorias de los ocupantes, que compiten por ver quién se aleja antes de ellos.

Ambos salen del ascensor y esperan a que el resto de ocupantes se alejen por el ascensor y pasen su identificación por el segundo torno de acceso. Una oleada de música intermitente surge del otro lado de las puertas interiores. Jon reconoce los versos

(They will not force us

They will stop degrading us
They will not control us)

del *Uprising,* de Muse, que brotan junto a destellos de luces de colores y el rumor de un centenar de conversaciones en voz alta.

—De todas las noches, tenía que elegir ésta —dice Jon, mirando las puertas automáticas, custodiadas por dos mujeres con sonrisas agarrotadas.

—No ha sido casualidad. Con White, nada lo es.

Jon se encoge de hombros, con estoicismo. No es como si pudiera pararse a quejarse.

—Ya sabes lo que dicen. Que el fin del mundo te pille bailando.

—¿Quién lo dice?

—Un vecino tuyo que canta mucho mejor que éstos que suenan. Anda, tira.

Y, sin más ceremonia, se dirigen hacia los tornos, hacia las mujeres de sonrisas agarrotadas, y hacia la puerta que custodian. Una puerta coronada por una banda de tela en la que se lee, en dos idiomas:

64.ª CONMEMORACIÓN DEL DÍA DE LA COMMONWEALTH

Justo encima de las letras que, recortadas en acero, dan la bienvenida a la:

EMBAJADA BRITÁNICA

18

Un sarao

A Antonia Scott no le gustan las fiestas.

No es una cuestión de estética. Esta fiesta tiene lugar en la recepción de la embajada, un espacio abierto y moderno (reformado hace cinco años por el único interiorista inglés sin mal gusto). Para la ocasión lo han llenado de banderas de todos los países de la Commonwealth en general y de Inglaterra en particular. Pero no es cuestión de ponerse exquisitos.

Hay poca luz, y los led rojos y azules que han colocado por todas partes sólo sirven para convertir a todos los invitados en fantasmas de formas indefinidas y de rostros uniformes. Lo cual conviene a la gran mayoría de ellos, que se encuentran en esa edad dorada entre la madurez y la licuefacción. Al fin y al cabo, estamos en una embajada, es una recepción anual y se trata de invitar a los invitados más selectos, que en inglés es sinónimo de ricos y esnobs.

Nada de todo esto molesta a Antonia Scott de las fiestas, porque está acostumbrada a lidiar con peces gordos (es la hija del embajador de Inglaterra), personas cercanas a la licuefacción (llama mucho a su abuela) y patrioterismo exacerbado (es funcionaria).

Lo que a Antonia Scott le jode de las fiestas es la cantidad de gente que hay.

El cerebro de Antonia está habituado a trazar líneas invisibles —y casi inconscientes para ella— en el espacio que dista entre su posición y el lugar al que se dirige. Estas líneas invisibles suelen esquivar los obstáculos que suponen mayor amenaza para sus preferencias personales. Objetos sucios, dañinos, peligrosos. Esa lista incluye farolas meadas por perros, contenedores de basura y al cien por cien de la raza humana.

En una fiesta abarrotada, moverse de un punto a otro —que ni siquiera has determinado, cuando estás buscando a alguien, como es el caso— sin rozar a otro ser humano es algo complejo. Antonia lo intenta durante unos escasos y desperdiciados segundos. Trazar una ruta que atraviese todos esos cuerpos en movimiento, círculos de conversaciones intrascendentes, presunciones, sonrisas falsas y esmóquines alquilados. Esquivando de paso a las —casualmente— atractivas y jóvenes camareras, que hacen equilibrismos con bandejas repletas de exquisiteces —desgraciadamente— de la cocina inglesa.

Antonia lo intenta, Antonia fracasa, Antonia cambia de estrategia. Se dirige con paso decidido a la mesa de los cócteles, asediada por una bandada de invitados no lo suficientemente borrachos, y la rodea, seguida por un inspector Gutiérrez bastante confuso.

—Con permiso —dice Antonia, apartando a una de las camareras.

Pone un pie en una caja de cervezas, el otro en dos cajones de vinos, y alcanza lo alto de la mesa con un tercer paso que derriba una hilera de vasos de tubo con los hielos medio derretidos. El efecto dominó acaba generando una marea de mejunje asqueroso que se arrastra por la mesa recubierta de mantel de hilo y desemboca en el vestido blanco de una señora. No se le llega a pintar el disgusto en el rostro ya que el botox le arrebató hace tiempo la capacidad para dibujar emociones. Pero donde no llega el gesto, llega la garganta.

—Ese vestido era demasiado corto para una ocasión formal, de todas formas —acalla Jon a la gritona inexpresiva.

Ajena al drama que ha causado, Antonia se alza medio metro por encima de todas las cabezas. Desde arriba todas las fiestas son un poco deprimentes. El jolgorio a nivel de los ojos se convierte en un campo de cabezas calvas y peinados caros. Que se giran todos en la dirección de la loca que acaba de subirse a la mesa.

Antonia divisa al hombre que busca al final de la sala, cerca de un diminuto escenario en el que un DJ con traje de lentejuelas intenta animar el cotarro con resultados dispares.

—Vamos —dice, apoyándose en Jon para volver a bajar.

El inspector Gutiérrez ejerce de rompehielos humano y le abre paso a Antonia por entre la multitud, hasta que alcanzan el lateral del

escenario. Los enormes altavoces y un par de mesas altas han formado un pequeño claro. En el centro del cual sir Peter Scott, embajador del Reino Unido en España, escucha —algo encorvado y muy poco interesado— la perorata de un señor regordete que gesticula mucho.

—¿Antonia? —dice sir Peter, al ver a su hija aparecer detrás del enorme torso del inspector Gutiérrez—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha vuelto ya Jorge?

Antonia avanza en su dirección…

—Padre —le saluda, con una inclinación de cabeza.

… le rebasa y se dirige al hombre que aguarda paciente, tan sólo unos pasos por detrás, con las manos cruzadas delante de la cintura. Metro noventa, ochenta y siete kilos, y no demasiada simpatía por Antonia. Un muro de ladrillos con traje, entrenamiento de élite, oficial del SAS, guardaespaldas personal de sir Peter y jefe de seguridad de la embajada.

—Noah Chase —grita Antonia, mirando hacia arriba, intentando imponer su voz por encima del sonido de los altavoces—. Queda usted detenido por el asesinato de Jaume Soler y el intento de asesinato de Aura Reyes.

El enorme inglés mira a Antonia con extrañeza, mira a Jon, y después hacia la salida. Su mandíbula cuadrada se agita un poco, la inquebrantable seguridad de hace unos instantes se viene abajo como un castillo de naipes.

—Yo…

Va a levantar la mano derecha en dirección al bulto a la izquierda de su chaqueta, pero se encuentra inmediatamente con el brazo del inspector Gutiérrez sujetándole por la muñeca. El guardaespaldas intenta zafarse de la mano del policía, pero sería como intentar librarse de una trampa para osos.

—No montes una escena, corazón —dice Jon, al tiempo que le introduce la otra mano por la abertura de la chaqueta. La pistola abandona la cartuchera y desaparece discretamente en la parte trasera de la chaqueta del inspector.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Antonia? —dice el embajador, que ya se ha deshecho de su molesto interlocutor.

—No tengo tiempo para explicártelo, padre. Tenemos que fichar a este hombre.

El embajador mira a su hija como si le estuviese hablando en una jerga incomprensible. Sólo parece reaccionar cuando Jon agarra a su guardaespaldas por debajo de la axila y le empuja hacia la puerta.

—Antonia, te recuerdo que estáis en territorio soberano del Reino Unido. No tenéis jurisdicción aquí —alega el embajador.

—Puede ser que la detención no sea válida —dice Antonia, encogiéndose de hombros—. Incluso que tu gobierno no renuncie a la inmunidad diplomática para el señor Chase, según el convenio entre nuestros países. Pero para entonces ya nos habrá contado todo lo que queremos saber. Y saldrá en todos los periódicos.

Sir Peter mira a Chase, que con todos sus músculos de soldado de élite parece un peluche en manos de Jon Gutiérrez.

—No puedes hacer esto.

—Yo tengo quién me proteja —dice Antonia, señalando a su compañero—. Tú, no.

El embajador frunce los labios ante la pulla de su hija.

—Quizás deberíamos hablar en un sitio más tranquilo.

19

Un despacho

Hace casi quince años, el gobierno británico decidió vender por cincuenta millones de euros el enorme edificio que le servía de sede en el barrio de Almagro, en el que llevaba cuatro décadas, y trasladarse a unas oficinas ultramodernas que ocupaban las plantas diecisiete a veintiuna de Torre Espacio. La compra de la nueva sede y su aprovisionamiento había sido dirigida por el propio sir Peter, con la promesa —en plena recesión económica— de que la operación no le costaría ni una libra al gobierno de Su Majestad.

En tiempos como aquéllos —no tan distintos de los que vendrían después, tras un breve espejismo—, un movimiento como aquél levantó muchas suspicacias. El embajador, un hombre tan recto y tan pulcro que acababa los bolis Bic, no estaba dispuesto a permitir la más mínima sombra de duda sobre su gestión. Invitó a tres medios de comunicación distintos —BBC, *The Sun* y *The Guardian*— para que revisaran en tiempo real las cuentas de la transacción. Resultó que, al concluir, las cuentas arrojaron un déficit de ochenta y cinco mil doscientas setenta y cuatro libras, debido a un error en el presupuesto para mobiliario.

El diplomático reunió a los medios que habían auditado el proceso, y delante de ellos firmó con gesto altanero un cheque personal por la cantidad exacta que se había excedido del presupuesto inicial.

Ése es el padre de Antonia.

El despacho de sir Peter está en el piso dieciocho, en la zona noble de la embajada. La planta inferior está destinada a recepción, las superiores a oficinas y tareas administrativas. En el dieciocho, todo

son gruesas moquetas y maderas coloniales que recuerdan al visitante que Inglaterra fue una vez un enorme imperio.

Antonia sigue a su padre hasta el enorme despacho, situado en la esquina del edificio. El inspector Gutiérrez va detrás, agarrando a Noah Chase. El guardaespaldas, lejos de la multitud, ha recobrado parte de su entereza, y ya no le pone a Jon tan fácil lo de conducirle por el pasillo desierto.

Cuando entra en el despacho, Antonia siente un latigazo en el corazón. Tan sólo ha estado aquí un par de veces antes, nunca sin un motivo importante. La última vez fue después de lo de Marcos, cuando intentó explicarle a su padre su teoría acerca de un asesino invisible. La respuesta de su padre había sido quitarle la custodia de Jorge.

Pero el latigazo en el corazón no es —o no tan sólo— por las circunstancias de su última visita.

Es por la decoración.

No por las butacas y el escritorio Chippendale original. Ni por las paredes forradas de teca, o el enorme ventanal de suelo a techo. Ni por el velador de mármol con una pata ligeramente desequilibrada, debido a que Antonia lo arrojó al suelo jugando al escondite de niña.

No, no es por esos detalles, aunque a Antonia no se le escapa que el único mueble que el embajador conserva de su etapa de cónsul en Barcelona, es precisamente el que ella estropeó en un descuido. Su padre siempre ha sabido mandar los mensajes adecuados, desde luego.

Es por el cuadro.

Antonia no recuerda el nombre del pintor, ni cree haberlo sabido nunca. Pero recuerda perfectamente las largas horas que pasó de pie, posando para él. Un hombre enjuto y altivo, que no sonrió ni una sola vez.

El cuadro muestra a sir Peter, sentado en un butacón de dos plazas. A su lado, con las piernas juntas, apuntando hacia el espectador, una mujer hermosa sonríe, cariñosa y enigmática. Paula Garrido tiene el rostro vuelto hacia su hija. La pequeña Antonia tiene seis años, el pelo por los hombros, y los ojos mucho más verdes y llenos de luz que ahora. No sonríe, sin embargo. En su rostro hay una tristeza, un presagio de lo que ha de venir en el siguiente año, con la enfermedad

que ya consumía a Paula sin que ninguno de ellos lo supiera. Tres seres humanos congelados en el que quizás fuera el último instante feliz de sus vidas, captados al óleo, con un trazo no demasiado elegante y una paleta de colores mediocre. Pero que sacude un fuerte latigazo en el corazón de Antonia cuando entra en el despacho, aunque sabía que lo iba a ver, aunque se había preparado para ello.

—¿Ésa eres tú? —pregunta Jon, arrojando a Chase sobre una de las sillas. El mármol del velador tiembla sobre las patas de bronce, la silla cruje bajo el peso del guardaespaldas.

—Tenga usted cuidado, con los muebles, inspector. Créame que no se puede permitir pagar la reparación.

Jon va a replicarle, pero el gesto de Antonia corroborando lo que acaba de decir su padre le quita las ganas.

—Antes de que comencemos —dice sir Peter— les informo de que mi despacho está protegido contra cualquier vigilancia electrónica. Se tratan asuntos importantes de seguridad aquí.

—No estamos grabando la conversación, padre —dice Antonia—. Tan sólo queremos que sepas qué es lo que ha estado haciendo este hombre a tus espaldas.

—¿Noah? Eso es ridículo. No tenéis ninguna prueba de que...

Antonia saca del bolsillo de la chaqueta la fotografía de Chase y la arroja sobre el escritorio del siglo XVIII. Incluso de noche se pueden apreciar las salpicaduras de sangre en el rostro. Tal y como aprecia sir Peter en cuanto la desdobla.

—Tomada un par de minutos después de que matase a Jaume Soler, un consultor informático, y apuñalase a su esposa. La mujer está grave pero estable. Ya le ha identificado como su agresor.

Esto último es mentira, pero ocurrirá de todas formas, tal y como Antonia comprueba al ver cómo el color desaparece de nuevo del rostro de Chase.

—¿Noah? ¿Es eso cierto? —pregunta el embajador, alarmado.

El guardaespaldas se agita en la silla, y finalmente se cruza de brazos, evitando mirar a su jefe.

—No quedó otro remedio —confiesa. Volviéndose, finalmente, hacia él, con la culpa pintada en el rostro—. No podía permitir que llegase

hasta nosotros, señor.

20

Un crimen

El embajador mira a su guardaespaldas durante largos segundos, y acaba apartando la mirada a su vez. Pero la huida es breve. Al otro lado está esperándole su hija. Los pensamientos fluyen bajo sus ojos, como peces bajo el hielo verde: inalcanzables.

—No sé qué es lo que crees saber, Antonia, pero te aseguro…

—No —dice ella.

Es una negativa tajante, pero a la vez dulce, casi tierna. Menea la cabeza y sonríe cuando la pronuncia. Es una negativa llena de hartazgo, llena de nostalgia. Que no la hay peor que añorar lo que nunca jamás sucedió.

—No es lo que creo saber. Es lo que sé.

—Antonia…

Ella le ignora, y continúa hablando. Las luces de la habitación parecen oscurecerse a su alrededor, a medida que comienza a desgranar su historia, y sólo su rostro parece resaltar en mitad de las tinieblas.

—Hace cuatro años, un consultor informático llamado Jaume Soler fue abordado por un contratista independiente, llamado señor White. White chantajeó a Soler con destruir su vida y revelar a su mujer que tenía una amante. Como Soler se resistía a darle a White lo que quería, White asesinó a su amante y le incriminó a él.

Respira hondo. La voz se le quiebra un poco.

De dolor.

De rabia.

—Para nuestra desgracia, Soler acudió a mí para intentar librarse de White. Con ello sólo consiguió que White entrase en nuestra casa y disparase a Marcos y a mí, tratando de borrar sus huellas. Soler se

rindió entonces. Entregó a White lo que quería. Pero algo no salió como él deseaba. No sé qué es lo que sucedió, pero White estaba herido, y probablemente bajo vigilancia. Uno de sus empleadores intervino y se quedó con el premio. Mi intuición es que fue el propio Chase. Al fin y al cabo, lleva mucho tiempo contigo, ¿verdad, padre?

—Antonia...

Ella ignora la voz que surge desde la oscuridad.

Ahora sólo existe ella.

Sólo existe el relato.

La incontrovertible verdad, de todas las pruebas, los indicios, los hilos que se han ido desenmarañando en los últimos días.

—¿Qué es lo que tenía Soler que fuera tan valioso? ¿Y cómo sabía de la existencia de Reina Roja? La respuesta a ambas cosas es muy sencilla. Él fue uno de los programadores de Heimdal.

Sacude la cabeza, despacio. Incluso ahora, Antonia sigue construyendo la historia.

—No el principal, le faltaba talento para ello. Pero estaba lo bastante introducido como para poder conseguir una copia del código fuente. Porque ésa es la genialidad del programa. Sin el código fuente, aunque cualquier agente enemigo se haga con un terminal que tenga instalado el programa, no le servirá de nada. Sin la conexión al ordenador central, es como tener un ladrillo.

El embajador retira la silla de su escritorio y se sienta, despacio, con las piernas temblorosas. Antonia no se inmuta, sigue adelante con la narración.

—Es muy fácil ver la mano del MI6 en todo esto. ¿Quién más tendría el dinero para pagar la exorbitante tarifa de White? ¿Quién más necesitaría de un contratista externo para que ninguno de sus agentes se viera involucrado en una operación en suelo extranjero, y contra sus propios aliados?

—No queda tiempo, Antonia —le insta Jon.

Ella mira el enorme reloj de pared —un Bennet que aún conserva sus manecillas originales—, y se resigna a avanzar.

—El Servicio Secreto de Su Majestad pagó la operación. Pero nunca consiguieron lo que querían. Alguien se aseguró de ello.

—Lo creas o no, todos queremos lo mejor —dice sir Peter, con la voz llena de amargura—. La raíz de los males del mundo es que nadie se pone de acuerdo en qué es eso.

—Por supuesto que no. Tú te encargaste de que lo que quería tu gobierno desapareciera. Pero ellos seguían queriéndolo. Continuaron pagando a Soler durante todo este tiempo, para obtener una copia limpia y viable de Heimdal.

—Ese programa puede abrir cualquier ordenador. Romper casi cualquier clave. Con él no existe ya la intimidad. Es demasiado poder para que esté únicamente en manos de unos pocos, Antonia —dice el embajador, que lucha por mantenerse erguido en la silla sin perder la dignidad.

—Lo que quiere decir es que es demasiado poder para que no esté únicamente en sus manos —apunta Jon.

—Querían su propia copia de Heimdal. Por lo que pudiera pasar. Y para sus propios fines. Sin que sus socios europeos, cada vez menos socios, se enterasen de lo que hacían con ello —dice Antonia, acercándose al escritorio.

Sir Peter se echa hacia atrás en la silla, cuando Antonia se inclina hacia él y apoya ambas manos en el escritorio.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Lo que quiere White? Desde que estuvimos en casa de Soler.

Al otro lado del despacho se escucha un gruñido de disgusto y un taco en euskera que Antonia no comprende del todo.

—Lo que no he sabido hasta hoy era que tú estabas metido en todo esto.

—Tenía que cumplir las órdenes —dice sir Peter, bajando los ojos.

Antonia ha escuchado eso antes. Es muy cómodo tener un ático donde apilar todas las culpas.

—Existe la libertad individual. Tu guardaespaldas, por ejemplo. Cuando vio que nos acercábamos a Soler, intentó matarnos. No estaba cumpliendo tus órdenes, por supuesto. Era otra cosa. El deber, supongo. O las ganas de protegerse.

Nada dice el embajador ante esto. No mira a su subordinado, no explota de indignación al saber lo que hizo. Porque no es lo que hizo

Chase de lo que está hablando Antonia, en realidad.

—Como no le sirvió de nada, decidió matar a Soler.

Su padre guarda silencio.

Antonia vuelve a mirar el reloj.

El tiempo casi se ha agotado.

—Hace cuatro años, Soler le dio el código fuente a White —continúa—. Chase lo interceptó, y te lo entregó a ti. Pero tú nunca lo entregaste al MI6. Esa orden no la cumpliste.

El embajador se incorpora un poco. Tiene los ojos húmedos y la voz temblorosa.

—Después de lo que sucedió con tu marido... no pude hacerlo.

—Lo que sucedió —repite Antonia, con voz inexpresiva.

—No sabía que iría a por ti, Antonia. Tienes que creerme.

Antonia vuelve a sonreír. No hay felicidad, ni alegría en su sonrisa. Es una sonrisa tan triste como la lágrima solitaria que está rodando por su mejilla izquierda.

—Metisteis a un asesino en nuestras vidas. Un hombre cruel y sin escrúpulos. Mató a mi marido. Cuando te hablé de él, en lugar de apoyarme, me hiciste creer que estaba loca. Me arrebataste la custodia de mi hijo.

—¡Tú no eras el objetivo! —se defiende el embajador, apretando los puños.

—Alguien lo era. Que fuera tu hija, en lugar de otra persona la que acabara sufriendo, no cambia lo que hiciste —dice Antonia, negando con la cabeza—. Sólo lo hace más doloroso. Pero lo más sangrante es que lo supieras todo. Que, para no admitir tus culpas, me hicieras pasar por loca. Que me arrebataras la custodia de mi hijo.

—Yo no podía saber...

—Dámelo.

Sir Peter alza los ojos al escuchar aquello.

—¿Qué?

—Ya lo sabes. No queda tiempo, padre. Dámelo. Él está a punto de llegar. Puedo sacarnos a todos de este lío, pero necesito que me lo des. Ya.

El embajador abre la boca para contestar, pero no llega a hacerlo.

Porque en ese momento se abre la puerta del despacho.

Un hombre vestido de chaqueta y corbata aparece en la puerta.

Es un miembro del servicio de seguridad de la embajada. Antonia lo recuerda. Cabeza rapada, pinganillo en la oreja. Expresión indescifrable.

Ahora la expresión es otra.

—Muchas gracias por el tour —dice una voz de mujer, tras él.

El hombre da un paso adelante, medio trastabillado, medio empujado.

Antes de que pose el segundo pie en el suelo, suena un disparo.

El hombre se desploma en el suelo. En el lugar en el que antes había una vida, aparece Sandra. Con una sonrisa más ida que nunca, entra en el despacho.

Detrás, con paso elegante y tranquilo, aparece White.

—Ya ha escuchado a su hija, embajador —dice, apuntando con una pistola directamente a la cabeza de Antonia—. Le ruego encarecidamente que le haga caso y le entregue lo que le ha pedido.

21

Una palabra yagán

Durante un instante, todos se quedan mirando, congelados.

Mamihlapinatapai, piensa Antonia.

En yagán, idioma que habla una tribu nómada de Tierra del Fuego, el ojo encallado.

Una mirada entre personas que aguardan que las demás inicien una acción que todas desean, pero que ninguna se atreve a iniciar.

Entonces el hechizo se rompe.

22

Dos cuadros

—Aquí hay demasiada gente —dice Sandra.

Apunta el arma hacia Chase, y aprieta el gatillo de nuevo. La detonación resuena en las paredes de teca, y una flor roja se abre en el centro del pecho del guardaespaldas, que cae hacia atrás en la silla. Jon hace un intento de sacar su propia arma, pero se encuentra con el cañón de Sandra a dos palmos de los ojos.

—Inspector, por favor. Muy despacito y usando sólo la punta de los dedos.

Jon traga saliva, y obedece, con los dientes apretados. Se desabrocha la chaqueta y le entrega el arma a Sandra, que la hace desaparecer en el interior de su gabardina.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta White, dando otro paso hacia Antonia—. Ah, sí. Embajador, cuando le sea más conveniente.

—No puedo —dice sir Peter.

Su tono de voz no es lo bastante convincente para White, que da otro paso hacia Antonia y le apoya el cañón del arma en la sien.

—Está usted en su derecho a negarse, por supuesto. Me temo que las consecuencias serán bastante obvias.

—No lo hagas, padre —dice Antonia.

El metal de la Glock no parece moverse, sólo hay un ligero siseo, y un choque sordo. La cabeza de Antonia se agita, y un rectángulo rojo aparece en su frente, ahí donde el arma de White le ha golpeado. Un hilo de sangre le desciende por la cara, acelera en la cuenca del ojo y acaba recorriendo el mismo surco empapado que había abierto la lágrima que había derramado Antonia antes.

—Yo le sugiero lo contrario —dice White, con la mirada gélida.

Sir Peter se pone en pie con dificultad.

—¿Qué es lo que va a hacer con ello?

—Nada de su incumbencia, embajador. Pero, en honor a nuestra antigua relación comercial, le comentaré que hay varios compradores interesados. Gente poco recomendable. Resumiendo, voy a ser extraordinariamente rico. Se acabó la consultoría para mí.

—Al final no es usted más que un vulgar ladrón —dice Antonia, volviéndose a mirarle.

White rodea a Antonia y se coloca al otro lado del escritorio, cerca del enorme ventanal, de forma que pueda apuntar al mismo tiempo

—Me duele, señora Scott. Me duele, lo reconozco. Me duele mucho que no imagine que tendré mi propia copia de ese juguetito. A una escala modesta, nada como lo que harán con él Pekín o Moscú. Pero suficiente para seguir trabajando en mi verdadera pasión.

White abre mucho sus ojos fríos y muertos, disfrutando por anticipado de su victoria.

—Y ahora, sir Peter, si es tan amable…

El embajador se gira hacia el cuadro situado detrás de su escritorio. De un metro de alto por setenta centímetros de ancho, muestra dos árboles muertos y resecos en primer plano, y una catarata brumosa al fondo. Una reproducción, por supuesto. La acuarela original está en la Tate Gallery, a menos de seis millas del lugar donde Turner la pintó en 1802.

Lo cual es una suerte, porque esta reproducción no es más que una puerta montada sobre dos bisagras ingeniosamente ocultas. Que, al girarse, muestran una caja fuerte.

—Un clásico imperecedero. Mucho cuidado al abrirla, embajador.

Sir Peter introduce la combinación y después su huella dactilar en un sensor rojizo en el lateral de la puerta. Ésta se abre con un chasquido metálico.

—Perdóname, hija —dice, introduciendo el brazo en el hueco.

En el siguiente segundo y medio suceden siete cosas.

Sir Peter comienza a darse la vuelta, sosteniendo en la mano la pistola que había en la caja fuerte. En su rostro tenso hay una suerte de calmada determinación.

Sandra, que tenía un mejor ángulo de visión de la caja, aparta el

arma de Jon y la vuelve hacia el embajador. En su garganta comienza a brotar un grito fiero, gutural, de animal salvaje.

Jon Gutiérrez aprovecha el instante para echarse la mano a la espalda, donde aún conserva el arma que le ha arrebatado al guardaespaldas. En su mandíbula los dientes rechinan con furia.

Sandra intenta cambiar la trayectoria del arma y la vuelve hacia la cabeza de Jon, apretando el gatillo. En su brazo hay demasiada inercia, en su rostro incredulidad ante el error de no asegurarse de que el inspector estuviera desarmado.

El señor White dispara, alcanzando a sir Peter en el lateral del cráneo. En su mirada no hay ni un leve atisbo de emoción al hacerlo.

Jon Gutiérrez no llega a levantar el arma —no tiene tiempo—, pero aprieta el gatillo tres veces, a puro bulto. En su oído interno se produce un terremoto provocado por el disparo de Sandra, que le hace perder el equilibrio.

Antonia Scott grita y se lanza hacia delante intentando detener la caída de Jon, cuya cabeza golpea al caer con el velador. En su cerebro privilegiado, Antonia se alegra de haberlo dejado cojo hace ya una eternidad, porque gracias a ello el mármol se desploma acompañando el movimiento de Jon, en lugar de desnucarle.

23

Un problema final

Antonia mira alrededor y analiza el resultado del último segundo y medio. Tiene que gestionar tres emociones distintas al mismo tiempo:

- Una tristeza desgarradora, al ver a su padre con la cabeza destrozada, derrumbado entre el escritorio y la pared.
- Un júbilo insano, al ver a Sandra, con la gabardina empapada de sangre, agonizar con una mirada de incredulidad.
- Una preocupación inmensa, al ver a Jon tumbado en el suelo, con los pitidos amenazadores brotando de su cuello, los ojos cerrados.

—Nos hemos quedado solos, señora Scott —dice White.

Antonia le ignora, y se dedica a comprobar el pulso de su compañero. El inspector Gutiérrez está bastante inconsciente, pero su ritmo cardiaco es firme y regular.

—Le ruego que resista la tentación de hacerse con el arma del inspector, o con la que hay al otro lado del escritorio junto al cadáver de su padre —le avisa White—. Le recuerdo que no sólo estoy apuntándole con la pistola.

Antonia se vuelve hacia él.

White agita un pequeño dispositivo que tiene en la mano izquierda. Del tamaño y forma del mando de un garaje de los antiguos.

—Eso no le servirá de nada aquí. El despacho de mi padre está protegido con inhibidores de señal —dice Antonia.

—Qué suerte entonces que pensara en añadir una conexión Bluetooth. Que funciona en una banda diferente.

Aprieta uno de los botones del mando a distancia. Del cuello de Jon comienza a brotar un pitido constante.

Antonia se pone en pie, con la derrota pintada en el rostro. White la observa con una sonrisa triunfal. Saltaba a la vista que no es una mujer a quien le guste perder. Pero ¿qué diversión tendría derrotar a alguien a quien le gustara?

—Si fuera tan amable de sacar el disco duro de la caja fuerte, se lo agradecería —pide White, señalando con el arma.

Antonia rodea el escritorio y mete la mano en la caja fuerte. Detrás de unos cuantos papeles y carpetas encuentra una forma rectangular, forrada de goma roja.

Se lo enseña a White con la mano izquierda.

Con la derecha saca su propia pistola de detrás de la espalda.

—Vaya, Antonia Scott con un arma. Esto es una novedad —dice White, sonriendo.

—No voy a permitirle que se lleve esto —dice Antonia—. Aunque nos mate. Millones de personas sufrirán.

White mira, divertido, al brazo de su rival.

—No tiene usted la mejor puntería del planeta, señora Scott. Si aprieta el gatillo ahora mismo…

Antonia lo hace. Una y otra vez, hasta vaciar el cargador. Las seis balas de .9 mm impactan en el ventanal, abriendo seis agujeros en el cristal a más de metro y medio de White, que no se ha movido mientras Antonia hablaba.

—… fallará, sin duda.

La corredera de la P290 se ha quedado atascada atrás, avisando de que ahora sólo es un trasto inútil. Antonia lo deja caer, y rodea el escritorio.

—No saldrá de aquí, White —dice ella—. ¿Por qué no se rinde?

—¿Rendirme? ¿Con todos los ases en la mano?

White extiende el brazo, reclamando el disco duro. Antonia mira a Jon, inconsciente en el suelo, de cuyo cuello siguen brotando los mortíferos pitidos. No contaba con que, en la última de todas las jugadas, él no pudiera moverse. Así que no le queda otro remedio que confiar en el agente Ruano.

No todos —dice.

White suelta una carcajada, metálica y desagradable.

—¿Aún no ha aprendido que siempre voy cuatro pasos delante de usted, señora Scott? Ya sé que ha pedido la ayuda de unos cuantos agentes de la Policía Municipal. De hecho sé todo lo que ha estado hablando con el inspector, desde el comienzo de nuestro juego —dice, inclinando la cabeza hacia ella, señalándose un auricular en la oreja.

Ella no responde. No se mueve. Sólo le mira, con el disco duro en la mano extendida. Aún a tres metros de él.

—Qué oportuno para su plan que este rascacielos sólo tenga una sola entrada —continúa White—. Pero no ha contado con que la azotea es enorme. Suficiente como para que aterrice un helicóptero.

Antonia asiente con la cabeza, y suelta una carcajada.

Ja.

Es una carcajada sarcástica. Pequeña, pero lo bastante grande y poderosa como para abrirse paso a través de la pena, la rabia y el miedo que le atenazan la garganta.

—¿Qué le parece tan gracioso?

Antonia se encoge de hombros.

—Que ha perdido, sólo que aún no lo sabe.

White entrecierra los ojos.

—¿Y por qué he perdido, si puede saberse?

—Porque dedico tres minutos al día a pensar en el suicidio —dice Antonia.

No ha terminado la frase cuando le arroja el disco duro a la cara. White da un paso hacia atrás de forma instintiva, y su espalda golpea contra el cristal de la ventana.

Un cristal extragrueso, diseñado para ser irrompible.

Pero no para resistir el impacto de seis balas de .9 mm, más el impacto de un cuerpo de ochenta kilos. Enormes resquebrajaduras se forman en el centro del cristal.

No las suficientes para romperlo.

Al menos hasta que Antonia se arroja con todo su peso sobre White, impactando en su cintura, agarrándose a él mientras se lanza hacia delante.

El cristal se despedaza con un crujido.

White suelta la pistola, intentando mantener el equilibrio y

deshacerse del peso de Antonia, pero es demasiado tarde. La ventana cede, mientras los cuerpos de ambos, enganchados, caen al vacío.

24

Una negativa

Se tarda cuatro segundos en impactar contra el suelo cuando caes desde el piso dieciocho de un edificio.

Cuatro segundos puede parecer un período minúsculo.

No para Antonia Scott.

En cuatro segundos —con los ojos cerrados, firmemente enganchada al cinturón de White mientras cae al vacío— Antonia es capaz de:

– calcular la velocidad a la que se desplazan (cuadrática, depende del cuadrado del tiempo de caída). Cada segundo que pasa, caen el doble de pisos que el segundo anterior debido al movimiento acelerado que provoca la única religión verdadera: la Ley de la Gravedad;
– comprobar que mientras cae, White aprieta el botón que activa la bomba en el cuello de Jon, sin darse cuenta de que el Bluetooth tiene un rango muy reducido de alcance, de menos de quince metros, y que la caída le ha separado demasiado de su objetivo;
– sentir una extraña sensación de paz al saber que, ocurra lo que ocurra, habrá salvado a su amigo.

No hace más, porque incluso Antonia Scott tiene límites.

Lo único que no los ha encontrado aún es su voluntad inquebrantable.

Ella sigue, incluso cuando se acaba la carretera. Cuando ha caído por el risco, y está cayendo. E incluso cayendo, Antonia simplemente se niega a golpear contra el suelo.

En el último instante, abre los ojos.

No puede ver nada.

Todo es un borrón acelerado. Hecho de viento, de oscuridad, de la nada hacia la que se dirige.

Pero, incluso cayendo, Antonia Scott simplemente se niega a golpear contra el suelo.

Contra lo que golpean el cuerpo de White y el suyo es contra el gigantesco colchón inflable del Parque de Bomberos #11 de Hortaleza. El mismo que tan específicamente había indicado a Ruano en la nota que le pasó en el coche, hace tan sólo tres horas.

> Ignore todo lo que le he dicho antes. Acuda al Parque de Bomberos #11 de Hortaleza y consiga el inflable antisuicidios y personal que le ayude. Despliéguenlo en el suelo, en la esquina del edificio más cercana al quiosco de prensa de Torre Espacio. A una distancia exacta de dos metros de la pared del edificio. Porcentaje de dureza: 92%. Exactamente dentro de dos horas y cincuenta minutos, no antes. Entonces detendrá al hombre que mató a su compañero.

Ruano había seguido las instrucciones de Antonia al pie de la letra. Setenta y ocho palabras exactas, pero nada fáciles de cumplir. El jefe de Bomberos del #11 de Hortaleza discutió con él durante más de una hora hasta que se dejó convencer de que sacara su carísimo equipo en dirección a lo que parecía una broma. Y no sólo necesitaba su ayuda para que le entregara el colchón, sino también la de otros ocho bomberos para transportar y desplegar los 371 kilos de goma y tela que pesaba, y manejar el tiempo de inflado, que era de varios minutos y requería a un especialista para calibrar el porcentaje de dureza. Al final, lograron tener listo el dispositivo tan sólo un par de minutos antes de que dos cuerpos saltaran al vacío desde el piso dieciocho del rascacielos, ante la mirada atónita del jefe de bomberos y de sus seis hombres.

Antonia tampoco lo tiene nada fácil.

Incluso con el colchón antisuicidios.

Incluso firmemente agarrada a White para concentrar la masa.

Incluso con todas las veces que ha anticipado un momento como éste durante sus sesiones de tres minutos.

Nada la ha preparado para algo así.

El choque es brutal, aterrador.

El estómago de White le golpea en la cara con el primer rebote, partiéndole la nariz y llenándole la boca de sangre, mandando minúsculas gotas escarlata en todas direcciones.

La fuerza del impacto envía los cuerpos de ambos a una altura de casi seis metros.

Separándoles.

Haciéndoles cruzarse en el aire.

El antebrazo derecho de Antonia impacta con el rostro de White, rompiéndose, y fracturando el pómulo del asesino, que pierde el conocimiento en ese mismo instante.

Cuando caen de nuevo sobre el colchón, el segundo rebote les mandó el uno contra el otro, rodando en un abrazo deslavazado que termina con los dos en el centro de la goma.

Maltrechos, pero vivos.

Antonia, antes de perder a su vez el conocimiento, puede ver las esposas del agente Ruano cerrándose sobre las muñecas de White.

Quiere añadir toda clase de precauciones, de avisos, de prevenciones.

Le es imposible.

La oscuridad se adueña de ella.

EPÍLOGO

Una convalecencia

A partir de ahí, las cosas fueron bastante aburridas.

Antonia acabó en el hospital. Hubo que operarla de urgencia aquella misma noche para volver a colocar el hueso del brazo en su sitio. Resultó que tenía rotas también tres costillas, que le provocaban un daño insoportable. Pese a todos los ofrecimientos de los médicos, no aceptó ninguna medicación para el dolor.

En lugar de eso, se dedicó a hacer llamadas, tan pronto como despertó. El primer asunto —encontrar a Aguado— fue infructuoso. A la forense se la había tragado la tierra. Decidió posponerlo.

El segundo asunto era más importante.

Habría ido en persona a encargarse de los detalles, pero había un policía en la puerta puesto ahí para evitar ese punto concreto. La ausencia de Mentor complicó mucho el proceso, pero Antonia no es de las que se dan por vencidas fácilmente.

El propósito de sus llamadas —largas y extenuantes para todos sus interlocutores— fue desarrollar un protocolo específico para evitar que el señor White escapase.

—Le aseguro que… —comenzaban todas las conversaciones.

—Le aseguro yo a usted que, si no obedece al pie de la letra mis instrucciones, la seguridad de usted y de toda su familia está en riesgo.

En los casos más desesperados, Antonia obligaba a un contacto suyo de la Agencia Tributaria a llamar al reticente. Nadie, ni siquiera los más honrados de ellos, se resistió a esa amenaza.

—Es usted una mujer cruel. Pero se hará lo que dice.

—Me alegro, porque tengo una nueva sugerencia. Un único envío de comida al día. Se depositará en la primera habitación. La primera puerta se cierra, se abre la segunda. En ningún momento se permitirá a ninguno de los celadores tener contacto directo con el preso, ¿de

acuerdo?

—Está bien, señora. Jesús, qué carácter.

—Con esto a lo mejor son capaces de retenerlo cinco semanas —dijo Antonia, tras unos cálculos rápidos—, mientras buscamos algo definitivo.

—¿Cómo que definit...?

Antonia colgó, sin despedirse. Tenía otra llamada, una que estaba esperando con el corazón encogido.

—Buenos días.

—Me han dejado un mensaje en recepción diciendo que llame a este número —respondió Carla Ortiz.

—¿Cómo sabías que no era una trampa?

Antonia no se había atrevido a pactar ningún modo de comunicarse con Carla tras su huida para poner a salvo a su familia, ni tampoco un código. Ninguno le parecía lo suficientemente seguro. Le había dicho «Yo te encontraré», creyendo genuinamente que eso pasaría. Pero sin tener ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Después de que White le dijera que estaban en San Salvador, esa tarea se había vuelto más fácil. Había dejado un mensaje en recepción, porque era muy tarde cuando llamó. Pero había añadido un toque que le recordaría a Carla la aciaga noche en el túnel.

—Al parecer, la persona que dejó el mensaje pidió que dibujase debajo un pato.

—¿Lo ha hecho bien? La mayoría de la gente no sabe dibujar.

—El animal era reconocible, si exceptuamos que lo ha dibujado fumando —rio Carla—. Creo que hay dos personas que quieren hablar contigo. Pero antes dame buenas noticias.

—Volvéis a casa.

—¿Se ha acabado?

—Se ha acabado.

Carla soltó un suspiro de alivio y le pasó el teléfono a Jorge.

—¡Mamá, he ido en avión! Nos pusieron una película. Es mi película favorita ahora. ¿Sabes cuál es?

Antonia no lo sabía, le dijo. Pero estaría encantada de saberlo.

¿Y Jon?

El inspector Jon Gutiérrez se despertó en el hospital, con más incertidumbre y hambre que dolor de cabeza. Lo primero que hizo fue preguntar por Antonia y por Sandra. En cuanto le confirmaron que una estaba viva y la otra muerta, entró en juego el apetito. Hubo que recurrir a varios enfermeros para impedirle bajar a la cafetería a por un sándwich al grito de «estoy perfectamente, sólo ha sido un golpe de nada». Se negó a probar bocado de los platos insípidos y descoloridos que le ponían delante, alimentándose a base de manzanas y yogures, lo único que le inspiraba cierta confianza.

Al final, fue la propia Antonia —con un brazo en cabestrillo y la bata de hospital dejando asomar las bragas— la que acabó yendo a un restaurante cercano a buscarle algo decente que comer.

—Cinco huevos fritos y tres chorizos —dijo Jon, con voz neutra, cuando abrió el recipiente plástico del restaurante.

—Me ha parecido apropiado. Si quieres puedo bajar a por otra c...

Antonia detuvo su ofrecimiento cuando vio a Jon atacar los huevos, con lágrimas en los ojos.

La operación para quitarle los dos artefactos explosivos de la columna era más sencilla ahora que habían desactivado algunas de las defensas de White, pero aun así Antonia hizo venir a un neurocirujano desde Estados Unidos para asistir en la intervención. En el quirófano había siete personas, y otros nueve expertos ayudaron conectados en línea desde diversos puntos del planeta. Cuando el último de los tornillos cayó en la cubeta de acero con un satisfactorio chasquido metálico, hubo un suspiro de alivio generalizado del que Jon no fue nunca consciente.

Tampoco se enteró de gran cosa en la conversación posterior con el cirujano. Entre los restos de la anestesia y que el hombre hablaba en extranjero, Jon apenas captó unas pocas frases. Algo como que había estado en la cárcel, y que ahora estaba terminando de escribir un libro que se publicaría pronto. Jon supuso que el tipo le estaba tomando el

pelo, pero le dio las gracias con mucha amabilidad, en su mejor inglés de Santutxu. Aparte del *zenkiu, zenkiu very much*, dudó que el médico captase gran cosa tampoco.

Aún permaneció unos días más en el hospital. Esta vez con visita inesperada. La mismísima *amatxo*, que había roto su promesa de no cruzar nunca la frontera invisible del Duero. Y allí se presentó, mirando de reojo a Antonia al entrar, como con desconfianza. Mandándola a su casita, que estarás cansada, hija, ya me ocupo yo, cúrate ese brazo. Sacando de la bolsa una tartera de *kokotxas*, y una bolla de pan de la panadería del Gorka, ya sabes, el primo segundo de Maider. Un chaval majísimo, creo que está soltero, ya sabes, por si te da por dejar tu importantísimo trabajo en la capital y volverte a tu tierra, con tu familia, que parece mentira. Y él, que si tienes una foto del Gorka, *amatxo*. Y ella, pues mira, casualmente. Y Jon miró —estalqueó— la página de Facebook de la panadería Gorria, al lado del metro de Basarrate. Y al panadero, sonriente a la cámara, con una *baguette* enorme en cada mano.

Y a Jon le entró una terrible morriña, que no había forma de calmar. Y agarró la mano de *amatxo*, tiró de ella hacia él, le dio un beso en la frente y le dijo algo.

Y *amatxo* se alegró mucho al escucharlo.

Y los dos se echaron a llorar.

Un principio

Antonia Scott sólo se permite pensar en el suicidio tres minutos al día.

Para otras personas, tres minutos pueden ser un período minúsculo.

No para Antonia.

Los tres minutos en los que Antonia piensa en maneras de morir son sus tres minutos.

Son sagrados.

Antes eran lo que la mantenía cuerda, ahora son su tecla de escape. Le ordenan la mente. Le recuerdan que, por mal que se ponga el juego, siempre podrá ponerle fin. Que siempre habrá una salida. Que puede intentarlo todo.

Ahora los vive casi con optimismo. Le han salvado la vida.

Especula con ellos como el poseedor de un décimo que se gasta mentalmente el premio gordo la noche antes del sorteo. Como un adolescente sediento con el momento misterioso del primer beso.

Son sagrados. Le recuerdan que, por doloroso que sea caer desde muy alto, primero hay que haber subido.

Por eso no le gusta nada, nada, cuando unos pasos que conoce muy bien, un piso más abajo, interrumpen el ritual.

Antonia está segura de que viene a despedirse.

Y eso le gusta aún menos.

A Jon Gutiérrez no le gustan las escaleras.

Por eso decide subir a casa de Antonia en ascensor.

Pero se baja un piso antes. Por mantener la tradición. Por hacer ejercicio. Por ir avisándola.

Los últimos cuatro escalones los sube al trantrán, debido al ajetreo de los últimos días, el agotamiento y la falta de costumbre. No es que esté gordo.

Cruza la puerta del piso —verde, descascarillada, antigua de narices—, abierta de par en par, y recorre el pasillo hasta el final.

Antonia Scott está sentada en el suelo, en mitad de la habitación, en la posición del loto. Mirándole con extrañeza.

—¿Has venido a despedirte?

—He venido a decirte que hace dos días recibí una llamada. Por un puesto de trabajo.

—Ah —dice Antonia.

Jon alarga el momento. Es agradable, por una vez, encontrarse al otro lado de la incomodidad de Antonia Scott.

—Me costó un poco entenderme con ellos. Hablaban en un español muy malo. Y yo, de francés, ni papa.

Ella le mira, aguardando. Sin acabar de atar cabos. Otra novedad, en un día lleno de maravillas.

—¿Te vas a Francia?

—Cari, por Dios. No es el único país donde se habla francés.

Nada. Ni un solo signo de reconocimiento. Sólo esa cara neutra, expectante. Que, con tiempo, esfuerzo y generosidad, uno podría aceptar como humana.

—Llamaban de Bruselas.

—Ajá —dice Antonia, aún sin comprender.

—Los jefes de equipo restantes están poniendo el proyecto de nuevo en marcha. Habrá menos recursos. Menos dinero. Menos países involucrados. Pero siguen considerando Reina Roja como un proyecto estratégico.

—Me alegro por ti. Bruselas es una ciudad preciosa.

Jon sonríe para sus adentros. Tanta inteligencia y aún no se ha dado cuenta de lo que está pasando.

Probablemente tardará.

—He aceptado el trabajo, por supuesto. A cambio, sólo he pedido que me permitan sugerir, al menos, un candidato para otro puesto que se ha quedado vacante.

—Jon, como no me expliques qué...

—No fue fácil —le interrumpe él—. Hacía falta una persona con experiencia en el proyecto, que hubiera pasado los vetos de seguridad,

con capacidades de gestión. Y de pronto pensé, pero si yo conozco a alguien de confianza.

Jon se hace a un lado.

Detrás de él, en el pasillo, está Raúl Covas. Cincuentón, metro ochenta, pelo color caoba, ojos grises y hombros de rechupete. Con el traje se le marcan menos que con el uniforme, pero aun así.

—Scott —dice, inclinando la cabeza.

—Inspector Covas —pronuncia ella, como quien invoca al demonio.

—Ya no. Puedes llamarme Mentor.

En la cabeza de Antonia aparece, nítido, el punto clave, el más importante de todos los que había en el cuestionario de la revista *Telva*.

Punto 6: Nunca vuelvas con tu ex.

No importa lo que creas, hay un millón de cosas que saldrán mal.

Antonia se pone en pie, da un par de vueltas por la habitación, y acaba parándose al otro extremo del salón, debajo del ventanuco.

—¿Puedes venir un momento, Jon?

Jon se acerca, con andares inocentes.

—¿Sí, cielo?

—¿Te das cuenta de que es un imbécil?

—Dijiste que era muy listo.

—No es esa clase de imbécil.

—Bruselas lo aprueba.

—Ya, pero yo no.

—Ésa es otra, cari. En Bruselas aprueban tus resultados. Pero están un poco —mueve la mano derecha, en paralelo al suelo, con los dedos bien separados— así así con respecto a tu iniciativa, a tu exceso de ella, concretamente. Y a algo llamado *bullé purle veicúl espesió*.

—No es justo —se queja Antonia—. Vamos dos a uno. Y esta vez no hemos siniestrado ninguno.

Mentor saca un papel del bolsillo de la chaqueta y comienza a recitar.

—Dieciséis mil euros en daños en pintura, retrovisores, una valla de un centro comercial…

Antonia mira a Jon, y menea la cabeza, con resignación.

—Debo reconocerte una cosa. Necesitaban un lameculos y bienqueda profesional. Has escogido al mejor.

—Tengo un ojo tremendo, cari.

—¿Y qué pasa contigo?

—¿Conmigo?

—¿No has tenido suficiente sangre, suficientes escenas del crimen, suficiente violencia?

—Para toda una vida —afirma Jon.

—¿Quieres más?

—Por Dios, sí.

Antonia sonríe.

Su sonrisa de diez mil vatios, marca registrada.

Mentor les alarga una carpeta, con unos cuantos papeles. Un misterio, por supuesto.

—Pues ¿a qué estamos esperando?

Jon sonríe a su vez y extiende la mano. Antonia le ofrece la carpeta, pero Jon niega con la cabeza. *Amatxo* no crio ningún idiota, no señor.

—¿A qué va a ser? A que me des las llaves del coche, cari.

Agradecimientos

Ha costado doce años llegar hasta aquí, y no lo he hecho solo. Por eso quiero dar las gracias.

El primer agradecimiento es para ti, que me lees. Por haber convertido mis obras en un éxito en cuarenta países, gracias de corazón. Es un orgullo y un honor compartir mis historias contigo. Te pido un último favor.

Seguro que ya te has dado cuenta de que esta historia comenzó mucho antes de la publicación de Reina Roja. Si aún no lo has hecho, te invito a releer la pentalogía completa en orden cronológico *El Paciente, Cicatriz, Reina Roja, Loba Negra y Rey Blanco*. Verás cómo la historia cambia delante de tus ojos.

A Antonia Kerrigan y todo su equipo: Hilde Gersen, Claudia Calva, Tonya Gates y las demás; sois las mejores.

A Carmen Romero, Berta Noy y Juan Díaz, que creyeron en Antonia Scott y Jon Gutiérrez. A todo el equipo de comerciales de Penguin Random House, que se deja la piel y el aliento en la carretera. A Eva Armengol, Irene Pérez y Nuria Alonso, que me ayudan cada día a dar a conocer a Antonia y Jon. A Raffaella Coia y Bettina Meyer, que corrigieron y maquetaron el libro. A Clara Rasero, que tiene un cronómetro en la cabeza.

Al departamento de diseño de Penguin Random House, que hizo más de cincuenta versiones distintas de la portada de *Reina Roja*, hasta que dimos con la idónea. Sin quejarse ni un poquito.

A Juanjo Ginés, poeta que vive en la Cueva de los Locos y se recrea en el Jardín del Turco, que siempre está ahí, por muchos años que pasen.

A Manuel Soutiño, que siempre está ahí, leyendo manuscrito tras

manuscrito, desde el principio.

A Alberto Chicote e Inmaculada Núñez, porque os queremos mucho y por las mejores albóndigas que jamás se han cocinado en la historia de la humanidad.

A Dani Rovira, Mónica Carrillo, Alex O'Dogherty, Agustín Jiménez, Berta Collado, Ángel Martín, María Gómez, Manel Loureiro, Clara Lago, Raquel Martos, Roberto Leal, Carme Chaparro, Luis Piedrahita, Miguel Lago, Goyo Jiménez y Berto Romero. Tenéis todos más talento, más gentileza y más compañerismo del que me merezco. Me enorgullezco de vuestra amistad.

A Gorka Rojo, que calcula mejor que nadie cuánto tarda la gente en caerse.

A Arturo González-Campos, mi amigo, mi socio. Es una pena que seas tan viejo y me quede tan poco tiempo de disfrutarte.

A Rodrigo Cortés, quien es tan insoportablemente listo como Antonia, en algunas ocasiones. Tan buen amigo como Jon, en el resto.

A Javier Cansado, que nunca cumpla su amenaza de jubilarse.

A Emil Cioran, Fernando Savater y Alberto Domínguez Torres, de quienes aprendí sobre el sueño y el insomnio.

A Joaquín Sabina y Pancho Varona, mi banda sonora.

A Bárbara Montes. Mi esposa, mi amante, mi amiga. Cada mañana es un privilegio despertar a tu lado y ver que no has salido corriendo, como sería sensato. Gracias infinitas por tus consejos, por tu sonrisa de diez mil vatios. Tú eres mi Antonia Scott. Te quiero.

Una aclaración final. Quizás quieras preguntarme qué va a suceder ahora que ha concluido la primera aventura de Jon Gutiérrez y Antonia Scott. ¿Les darás algún nuevo desafío? ¿Qué ocurre con esas aventuras nuevas que seguro tienes en la cabeza?

La respuesta corta es: no lo sé.

La respuesta larga es: depende de ti.

Me dijo una vez Michael Connelly —uno de los genios de este oficio — que una lectora motivada es capaz de generar al menos diez lectores nuevos. De convencerles de que vivan la misma historia que

ha vivido ella, o él. Así que puedo decir, con inmensa alegría y agradecimiento, que Antonia y Jon ya no son míos, te pertenecen a ti.

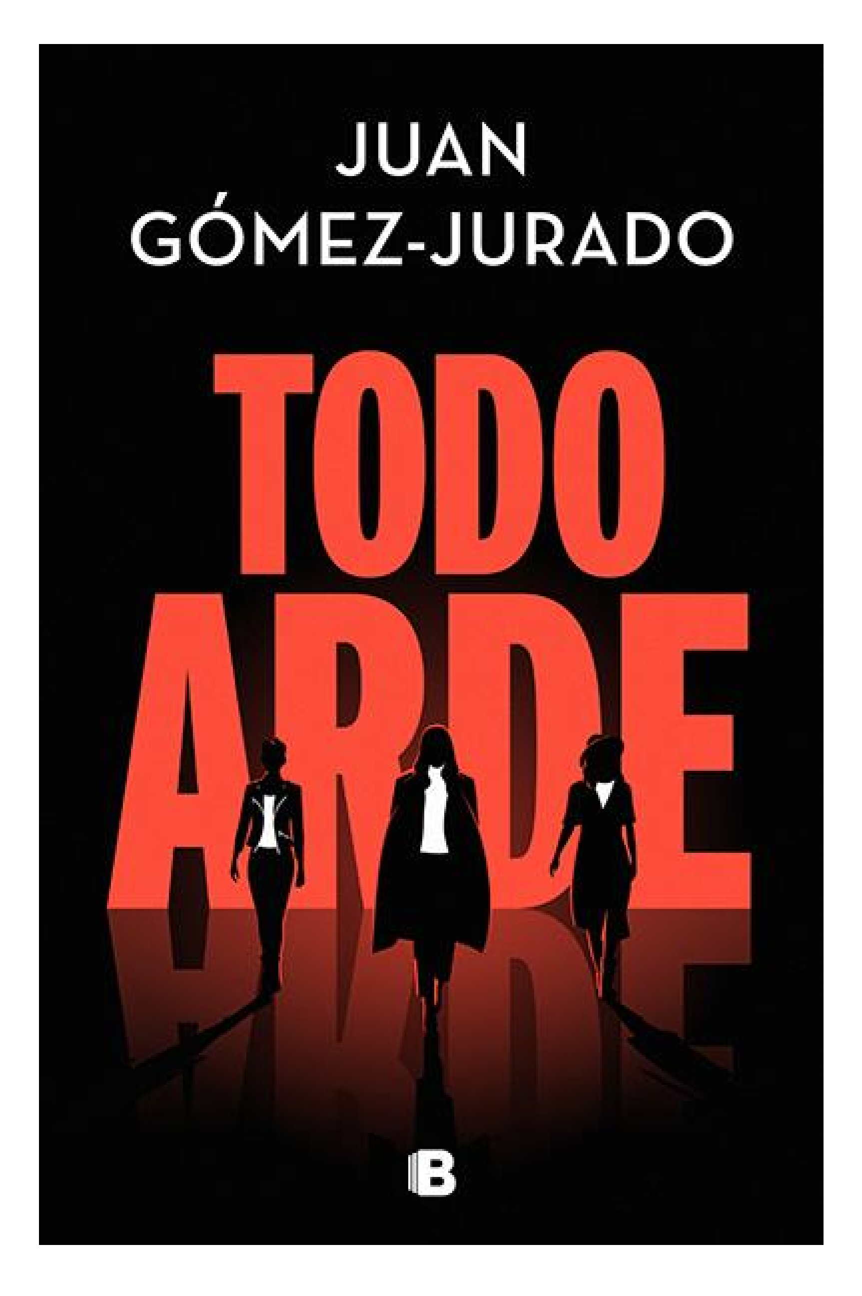
Así que, respóndeme tú.

¿Antonia y Jon regresarán?

Un abrazo enorme

JUAN GÓMEZ-JURADO

Esta es la historia de tres mujeres que lo han perdido todo. Por eso son tan peligrosas.



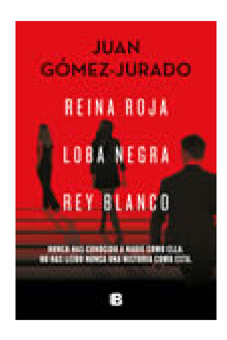
«Después de todo lo que ha pasado con la trilogía Reina Roja, sólo había una forma de dar las gracias a mis lectores: intentar escribir una novela todavía mejor».

Juan Gómez-Jurado

Este otoño regresa el mayor fenómeno de ventas del thriller español.

Tres protagonistas inolvidables y una trama que atrapará a los lectores. Si alguna vez has querido mandar todo a la mierda, esta es tu historia. Siempre ganan los mismos, es hora de cambiar las reglas.

Déjate seducir por el fenómeno que ha conquistado ya a más de 1.800.000 lectores.



Reina Roja

Antonia Scott es especial. Muy especial. No es policía ni criminalista. Nunca ha empuñado un arma ni llevado una placa, y, sin embargo, ha resuelto decenas de crímenes.
Pero hace un tiempo que Antonia no sale de su ático de Lavapiés. Las cosas que ha perdido le importan mucho más que las que esperan ahí fuera.
Tampoco recibe visitas. Por eso no le gusta nada, nada, cuando escucha unos pasos desconocidos subiendo las escaleras hasta el último piso.
Sea quien sea, Antonia está segura de que viene a buscarla.
Y eso le gusta aún menos.

Loba Negra

Antonia Scott no tiene miedo a nada. Solo a sí misma.
Pero hay alguien más peligroso que ella. Alguien que podría vencerla.
La Loba negra está cada vez más cerca. Y Antonia, por primera vez, está asustada.

Rey Blanco

Cuando Antonia Scott recibe este mensaje, sabe muy bien quién se lo

envía. También sabe que ese juego es casi imposible de ganar. Pero a Antonia no le gusta perder.
Después de todo este tiempo huyendo, la realidad ha acabado alcanzándola. Antonia es cinturón negro en mentirse a sí misma, pero ahora tiene claro que si pierde esta batalla, las habrá perdido todas.

La crítica ha dicho:

«Lo que está haciendo Gómez-Jurado es, sencillamente, el mayor truco de magia de la historia del thriller.»
ABC

«A Juan Gómez-Jurado le leen en cuarenta países y ha vendido millones de libros. Diviértanse y lean a muerte.»
El País

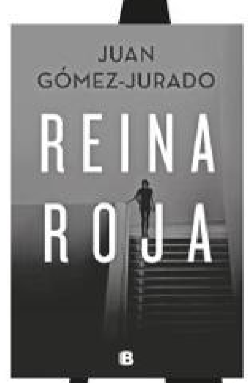
«Juan Gómez-Jurado atrapa irremediablemente al lector.»
Booklist

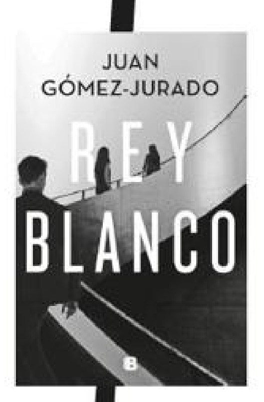
«Respira hondo antes de empezar a leer. No volverás a tener tiempo hasta el final.»
Javier Sierra

«Gómez-Jurado es el mejor escritor de thriller de Europa.»
Gorka Rojo, *Zenda*

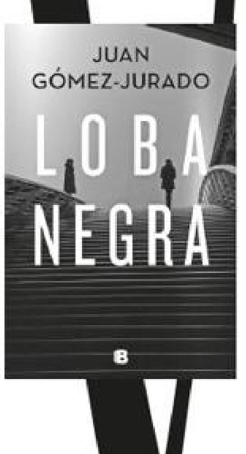
Juan Gómez-Jurado (Madrid, 1977) es periodista. Ha pasado por las redacciones de algunos de los principales medios españoles. Sus novelas El paciente y Cicatriz, la más reciente) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en best sellers mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.


JUAN
GÓMEZ-JURADO
EL
PACIENTE
B


JUAN
GÓMEZ-JURADO
REINA
ROJA
B


JUAN
GÓMEZ-JURADO
REY
BLANCO
B


JUAN
GÓMEZ-JURADO
CICATRIZ
B


JUAN
GÓMEZ-JURADO
LOBA
NEGRA
B



Edición en formato digital: noviembre de 2021

Diseño de portadas: Penguin Random House Grupo Editorial

ISBN: 978-84-666-7097-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguincrimen
Twitter: penguincrimen
Instagram: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.**»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Índice